

CIÓN



OBRAS
DE
BRETON
DE LOS HERREROS



1

PQ6171
.A2
B7
V.1
c.1

86-8

86-8
B

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON MANUEL

BRETON DE LOS HERREROS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

EDICION AUTORIZADA POR SU AUTOR Y SELECTA POR SI MISMO,

CON UN PROLOGO,

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



TOMO PRIMERO

Capilla Alfonsina
Biblioteca Pública del Estado
Universitaria



MA DE NUEVA LEÓN
DE BIBLIOTECAS
PARIS.

LIBRERIA EUROPEA DE BAUDRY
M^{me} DRAMARD-BAUDRY, SUCESORA
3, QUAI VOLTAIRE

1875

54557

34236

P96171
 .A2
 B7
 v.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



BIBLIOTECA PÚBLICA
 DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

INDICE.

TOMO PRIMERO.

	Pag.		Pag.
Prólogo	vii	Marcela	55
Prefacio del Autor	xvii	Elena	83
Advertencia	xxiii	Todo es farsa en este mundo	126
Apuntes biográficos	xxv	Me voy de Madrid	159
La Declamacion en España	xxix	La Redaccion de un Periódico	193
		El Amigo Mártir	227
		Una de tantas	262
		Muérete ¡ y verás...!	274
		Don Fernando el Emplazado	309
		Medidas extraordinarias	346
		Ella es Él	362

OBRAS DRAMATICAS.

TOMO SEGUNDO.

Flaquezas ministeriales	1	Octavas	414
Un Día de campo	43	Letrillas	415
El Pelo de la dehesa	79	Quintillas	434
Don Frutos en Belchite	113	Redondillas	437
Pruebas de amor conyugal	146	Romances	440
El Cuarto de hora	168	Romancillos	459
La Batelera de Pasajes	201	Anacreónticas	461
¡ Por no decir la verdad !	232		
La Independencia	244		
¡ Cuidado con las amigas !	277		
¿ Quién es Ella ?	314		
La escuela del Matrimonio	351		

OPUSCULOS

EN PROSA.

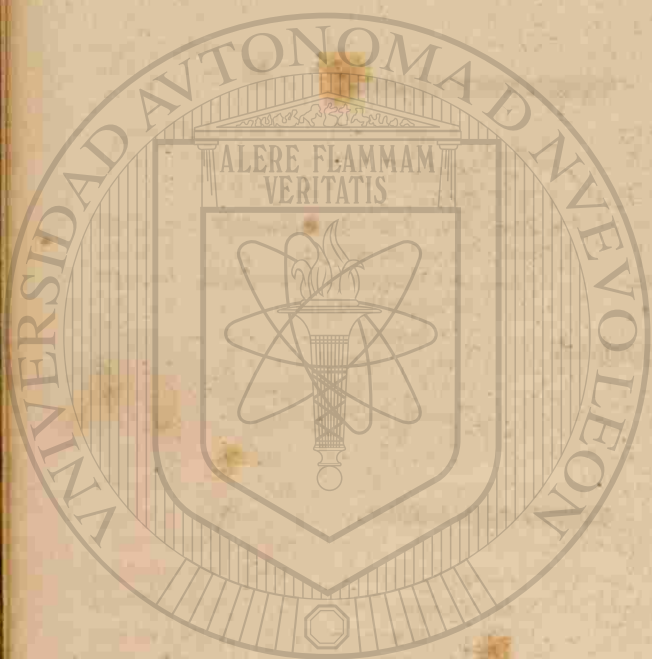
La Castañera	467
La Nodriza	471
La Lavandera	475
Una Nariz	481

POESIAS.

Sátiras	397
-------------------	-----



1080043338



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

PRÓLOGO.

Pocos escritores dramáticos contaba el Parnaso español, á principios del siglo presente; pocas tambien fueron las obras que dejaron. Cinco solas escribió Moratin, cinco Cienfuegos, Quintana dos; Plano, Meseguer y Sanchez una cada uno (1). Jovellanos, preso en Bellver, mal podia ya pensar en ficciones poéticas; Enciso, Tapia, Carnerero, Garcia Suelto, Marchena y Saviñon traducian; los demás autores ó traductores no eran muchos, aunque eran malos. Cienfuegos murió en Francia, levado allí por ser enemigo de los franceses; Moratin emigró por amigo: la segunda visita que nos hicieron nuestros vecinos en el año 1823 arrojó de la Península ó redujo al silencio á los sucesores de Moratin y Cienfuegos. Cuatro poetas dignos de nombre contribuyeron á los teatros de Madrid con alguna obra recomendable en el agitado trienio del 20 al 23: don Francisco Martinez de la Rosa, que dió su moral y bien dialogada comedia *La hija en casa y la madre en la máscara*; don Manuel Eduardo de Gorostiza, que, representado á principios de 1820 su *don Dieguito* trabajó despues algunas imitaciones del francés y varias piecicillas políticas originales; don Angel Saavedra Ramirez Baquedana (duque de Rivas hoy), autor de la tragedia titulada *Lanuza*, muy superior á sus ensayos dramáticos anteriores; y don Dionisio Villanueva Solis, traductor del drama de Chenier *Juan de Calás*, cuya versificación le hubiera granjeado el título de buen poeta, si no se lo hubieran ganado antes las vigorosas traducciones del *Oréates*, y la *Virginia* de Alfieri. Fugitivos de España Gorostiza, Martinez de la Rosa y el futuro duque de Rivas; oculto y confinado despues en Segovia Solis, apuntador del teatro de la Cruz, aunque digno de mas alto empleo, la escena española quedó en tan mísero estado, que de los tres dramitas representados en Madrid para celebrar la restitucion de Fernando VII en la plenitud de la autoridad absoluta, hubo de escribir el uno don Juan Bautista de Arriaza, que ciertamente no había nacido con ingenio dramático. Su obra, sin embargo, fué la mejor, porque él al cabo era poeta.

En tal situación, habiendo trascurrido un año, durante el cual solo se habían representado en la coronada Villa como obras originales, fuera de los

(1) *La Orgullosa* de don Juan Francisco del Plano, el *Saul* de don Francisco Sanchez Barhero y la *Andria* de don Francisco Meseguer no son originales, sino imitaciones, y aun esta última ne debió ser escrita para la escena. Así únicamente queda á Plano su tragedia titulada *Gombela y Suni-Ada*; á Sanchez su *Coriolano*, y á Meseguer *El Chismoso*.

dramas políticos, dos comedias, arrancadas de cuajo lastimosamente de dos novelas (1), trajo el vetusto *Diario de Madrid* (único de la Capital, porque la *Gaceta* no era diaria), este modesto anuncio :

« TEATROS. En el del Príncipe á las siete de la noche, en celebridad del cumpleaños del rey nuestro señor (Q. D. G.), estará el teatro iluminado, y se ejecutará la funcion siguiente. Se dará principio con una sinfonia : en seguida se representará la comedia nueva original, en tres actos, titulada *A la vejez viruelas* : á continuacion se bailará el bolero por María Vives y Pedro Gonzalez ; y se finalizará el espectáculo con la comedia nueva original, en un acto, titula *Virtud y reconocimiento, ó la entrada del ejército francés en Madrid.* »

No se usaba entonces elogiar las obras dramáticas en los periódicos antes que fueran expuestas al público ; no se decia en los carteles si la composicion era la primera ó la última del autor ; no se habían vulgarizado aun los epitetos de distinguido, acreditado y célebre, ni se vendian los billetes para la funcion nueva un mes antes que se representara : el público madrileño, menos aficionado á la declamacion que á la ópera, concurría sin aceleramiento á las funciones llamadas de *verso*, generalmente escritas en prosa ; palmoteaba á Rafael Perez, á Cubas y á Carretero ; oía con benevolencia á Luis Martínez y á Ramon Lopez ; sufría pacientemente á los raconistas ; descomponíase cuando alguno se equivocaba. Para los autores no había misericordia : verdad es que no solían ser conocidos, y así la reprobacion cargaba solo sobre la obra. Hoy la prensa diaria divulga el nombre del autor mucho antes que la obra se represente, y aun quizás antes que haya sido escrita ; sin embargo, aquella diferencia de suerte entre el autor y el actor subsiste idéntica. El actor de mérito, aunque no todos los dias sea igual á sí mismo, aunque no todo lo reprenta bien, aunque algunas veces trabaje mal, no por eso suele ser desairado : los errores se le perdonan, equitativa y aun justamente, en gracia de los aciertos. Pero escriba un poeta una obra endeble, despues de veinte que hayan sido aplaudidas ; si no se ase á buenas aldabas, el mérito de las veinte no salvara del naufragio á la veintiuna. Esto es muy natural. El trato engendra cariño : el público ve y trata mas de cerca á los actores que á los autores.

La comedia titulada *A la vejez viruelas* obtuvo lisonjera acogida. Testigo fué un jóven, de diez y ocho años entonces, que solo pisaba el teatro de tarde en tarde, porque su padre no era aficionado á recreos, que, sobre ser costosos, acababan cerca de media noche. Todavía recuerda bastante bien este testigo la traza del teatro y el aspecto general de la concurrencia en aquella ocasion. La embocadura, mas estrecha que la que tiene ahora el *Teatro Español*, unas pilastras estriadas jónicas á los lados, un escudo enorme de talla con las armas reales en medio del arco : en el telon, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada : Minerva mandando á los genios de las artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles. Palcos divididos con pared ; antepechos altos ; sobre el sitio destinado á las mujeres, llamado *cazuela*, el palco real descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII ; todos los espectadores col el sombrero en la mano : en las lunetas

(1) *El Durmiente despierto, y don Quijote y Sancho Panza en el castillo del Duque.*

algunos con uniforme de gala ; capas y chaquetas en galerías y patio ; pocos guantes, poco lujo en lo general del auditorio ; en el ornato del teatro, ninguno : la iluminacion de cera constituía el lujo de aquella noche. Alzóse el telon ; aparecieron en el tablado Joaquin Caprara y Gertrudis Torre (los actores no usaban don en aquella época) ; hicieron una profunda reverencia al retrato del rey, y la actriz principió diciendo... lo que el lector verá pocas páginas mas adelante.

« ¿ Quién es el autor de esa comedia ? preguntaba el testigo anónimo á un empleado, que tenia algunas relaciones con las compañías. — Un riojano que ha servido de voluntario, un cesante. Era secretario de una intendencia en tiempo de la *indefinida*, y se ha quedado á pié como todos. Dicen que es jóven de provecho : á los diez y nueve años escribió esa comedia. — ¡ Hola ! añadió otro interlocutor, bachiller en leyes. Pues el que hace eso á los diez y nueve años, vena fecunda tiene. Mucho bueno, muchas comedias espero de él. »

Poco mas que esto dió que hablar la comedia original del cesante. El público había venido á verla ; se había divertido, y se retiró en paz á su casa.

Veinticinco años despues se leían en diez ó doce periódicos de Madrid estas ó semejantes palabras :

« Mañana 20 de noviembre se verificará la primera representacion de la comedia titulada *¿ Quién es ella ?*, cuyo autor persiste en guardar aun rigurosamente el incógnito. »

¡ Cuántos sucesos en veinticinco años ! Pierde sus colonias España ; Francia conquista á Argel ; álzase Atenas, capital de un reino independiente y cristiano ; una dinastía cae ; otra le sucede y cae tambien ; estalla una guerra civil ; arde, quema, devasta, mengua y se extingue. — El mundo entero se había renovado en un cuarto de siglo ; ¿ qué mucho que se renovara un teatro ?

El del *Príncipe* había perdido su nombre : su aspecto interior era otro. Bajas y cómodas butacas de terciopelo encarnado sustituían á las antiguas lunetas con asientos de badana y respaldo elevadísimo ; la cazuela, el palco real y los tabiques de los otros habían ya desaparecido : luz vivísima de gas iluminaba el arqueado recinto, donde por todas partes se veían dorados y seda : la embocadura presentaba, en el mismo lugar que ocuparon las pilastras antiguas, los retratos al óleo de los seis grandes poetas de la escena española, Lope, Calderon, Tirso, Moreto, Rojas y Alarcon... ¡ Alarcon, que en 1824, ciento ochenta y cinco años despues de su muerte, aun no había conseguido que la posteridad le hiciese justicia ! Teatro, actores, trajes, espectadores, todo era nuevo, todo era diferente de lo del año 24 ; hasta el fin con que el público asistía era otro : en 1824 iba á saber qué cosa era la comedia que se le ofrecía ; en 1849 iba á averiguar quién era el autor de una comedia ; veinticinco años há el público veía el drama sin acordarse del autor ; veinticinco años despues oía el drama con impaciencia, anhelando solo saber quién le había escrito.

« ¿ Quién es él ? ¿ Quién es él ? decían á la vez varios curiosos al espectador anónimo de *A la vejez viruelas*, ya con canas y anteojos. — Aun no es posible decirlo : dentro de poco se acabará el secreto. »

Y poco despues era notorio que el autor de *¿ Quién es ella ?* y el autor de *A la*

vez *viruelas* eran una misma persona : el poeta dramático mas fecundo y popular de España, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

La profecía del bachiller se había cumplido : entre la obra de 1824 y la de 1849, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS había escrito sesenta y ocho originales, sin las piezas de *circunstancias*, cincuenta y nueve traducciones y nueve refundiciones de comedias antiguas : ciento treinta y seis obras en todo (1).

Desde la edad de oro de nuestra literatura dramática, desde esa brillante época de siglo y medio, que finalizó en Cañizares principiando por Lope, nin-

(1) Son las siguientes :

ORIGINALES. A la vez *viruelas*; Los dos sobrinos; Achaques á los vicios; A Madrid me vuelvo; El Ingenuo; La falsa ilustracion; Marcela; Un tercero en discordia; Un novio para la niña; Elena; El hombre gordo; Mérope; Todo es farsa en este mundo; Me voy de Madrid; La redaccion de un periódico; El amigo martir; Una de tantas, *en un acto*; Muérete; y verás...; don Fernando el Emplazado; Medidas extraordinarias, *en un acto*; Ella es él, *id.*; El poeta y la beneficiada; El pro y el contra, *en un acto*; El hombre pacífico, *id.*; Flaquezas ministeriales; El que dirán; Un día de campo; El novio y el concierto, *en un acto*; No ganamos para sustos; Una vieja; Vellido Dolfos; El pelo de la dehesa; Lances de carnaval, *en un acto*; El cuarto de hora; Dios los cria y ellos se juntan; Cuentas atrasadas; Mi secretario y yo, *en un acto*; Qué hombre tan amable; Lo vivo y lo pintado; La pluma prodigiosa; La batelera de Pasajes; La escuela de las casadas; El editor responsable; Pruebas de amor conyugal; Finezas contra desvios; Los solitarios, *en un acto*; Estaba de Dios; Un novio á pedir de boca; Un francés en Cartagena; El Carnaval de los demonios, *en un acto*; Por no decir la verdad! *id.*; Una noche en Burgos; Pascual y Carranza, *en un acto*; La independencia; A lo hecho pecho, *en un acto*; Cuidado con las amigas!; Aviso á las coquetas, *en un acto*; Lo que es vivir en buen sitio, *id.*; don Frutos en Belchite; Frenología y magnetismo, *en un acto*; Errar la vocacion; Un enemigo oculto; Memorias de Juan García; El intendente y el comediante, *en un acto*; ¿Quién es ella?; Los tres ramilletes, *en un acto*.

INÉDITAS. Mi dinero y yo; La hipocresía del vicio.

Después de dada á luz la coleccion de Madrid, ha publicado el autor las siguientes obras dramáticas originales : Una ensalada de pollos; Por poderes; La escuela del Matrimonio; El novio pasado por agua (zarzuela); El valor de la mujer.

TRADUCCIONES. Lujo é indigencia; Andrómaca; La llave falsa; La ciegucecita de Olbruck; Ifigenia y Oréstes; doña Inés de Castro; Dido; El caballero á la moda; El sitio del campanario; Engañar con la verdad; El amante singular, ó el legado, *en un acto*; La autoridad paternal; El paseo á Bédlam, *en un acto*; El suplicio en el delito; Maria Estuarda; Ingenio y virtud; El que menos corre vuela, *en un acto*; La astucia contra la fuerza, ó los tres presos; El contumaz; Mitridates; Los primeros amores, *en un acto*; Ariadna; El cómico de la legua; Desconfianza y travesura, *en un acto*; Antígona; El confidente, *en un acto*; Querer mandar en casa, *id.*; El amante prestado, *id.*; El médico del difunto, *id.*; Joco; El regañon enamorado; El poetastro, ó la boba fingida; El aturdido; Mi tío el jorobado, *en un acto*; Carolina, ó la fuerza del talento, *id.*; La madre política, ó la rubia y la morena; Yelva, ó la huérfana rusa; El viaje á Huelva; El segundo año, *en un acto*; El desertor y el diablo; Vallenstein; La familia del boticario, *en un acto*; Cómo se pasa el tiempo, *id.*; Por la novia y por la dote; El albañil; Un año, ó el matrimonio por amor; No mas muchachos, *en un acto*; La hermanita, *id.*; La nieve; La loca fingida, *en un acto*; La fé de bautismo, *id.*; El colegio de Tonington, ó la educanda; Los dos preceptores, *en un acto*; Mi empleo y mi mujer; ¿Se sabe quién gobierna?; Los hijos de Eduardo; Un agente de policia; La primera leccion de amor; La mansion del crimen, *en un acto*.—De estas traducciones hay varias que no se han impreso, algunas que no han llegado á representarse, y otras que se han extraviado.

REFUNDICIONES. Los Tellos de Meneses; La carcelera de sí misma; ¿Qué de apuros en tres horas!; El Príncipe y el villano; No hay cosa como callar; ¿Si no vieran las mujeres!; Con quien vengo, vengo; Las paredes oyen; ¿Fuego de Dios en el querer bien!

gun buen escritor escénico había hecho otro tanto. Los sucesores de Cañizares, los Zavalas y Comellas, escribieron mucho, pero mal, y despojando al prójimo : don Ramon de la Cruz compuso trescientos sainetes; pero no todos eran de invencion propia, ni aquel trabajo es tan difícil como el de la buena comedia, ni la cantidad de versos invertida en ellos equivale á mas que á la de unos cincuenta dramas en tres actos de mediana extension: el poeta contemporáneo que mas cerca está de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS en abundancia de obras, no ha dado á luz todavía mas que unas cuarenta: es indudable, pues, que el señor BRETON excede en fecundidad á todas los escritores dramáticos que ha tenido España durante un siglo.

De la popularidad que sus obras alcanzan, darán testimonio las repetidas ediciones hechas en Madrid, en Caracas y otros puntos de América, las falsificaciones de varios impresores barceloneses, y la coleccion formada con mucha anterioridad á esta por don José María Lafradua en Méjico.

Si los libros se imprimen para ser leídos, nadie tiene mas dercho á la lectura que el autor popular y fecundo. En la fecundidad, naturalmente va envuelta la variedad, que produce el deleite : el que deleita á un pueblo merece ser leído de los demás, porque se erige representante del gusto nacional literario.

Sin embargo, gustos hay poco dignos de elogio. Obras agradaron, populares fueron autores en el siglo pasado, que de nadie son leídos en este : su fecundidad y popularidad no los pudo salvar del olvido, muerte sempiterna de los partos de ingenio, muerte sin esperanza de resurreccion. Permitase á la amistad que me une con el autor de estas obras, permitase á la estimacion con que las miré desde que vi la primera, muchos años antes de tener ocasion de conocerle y tratarle, que exponga brevemente cuáles el carácter especial por que á mí ver se distinguen : es decir, qué son, por qué son así, y qué es lo que valen.

El teatro de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS comprende piezas de los tres géneros en que se divide la poesía dramática; el tragico, el cómico y mixto; pero la mayor parte, casi la totalidad de sus composiciones, pertenece al género cómico. Ha escrito el señor BRETON alguna comedia novelesca á la antigua, ha escrito algun drama de invencion ó histórico á la moderna : pero lo mas y mejor de su teatro, lo que verdaderamente le da fisonomía propia, consta de comedias de costumbres y caracteres, cuyos personajes son de la clase media. Es, pues, en general el teatro del señor BRETON una dilatada galeria de cuadros que representan la clase media de España en tres épocas diferentes, marcando con exactitud las alteraciones que han ido sucediéndose en ella : desde 1824 á 1833 ofrece un aspecto de homogeneidad y reposo : en los diez años siguientes resaltan la agitacion y trastorno de un pueblo en lucha : desde 1843 la agitacion va sosegándose. Las circunstancias generales de la época en que principió á escribir el señor BRETON decidieron de la forma y dimensiones del lienzo en que había de ejercitar su pincel : escribió la comedia como se podía, como se debía, como era forzoso escribirla entonces, y como, pasada esa revolucion que trastornó la república de las letras, ha vuelto a escribirse. Tino en la eleccion y firmeza en el propósito la han ganado triunfos imperecederos.

Los perceptistas del siglo XVIII habían establecido reglas de que nadie

osaba apartarse. Moratin habia declarado que la comedia española necesitaba mantilla y basquiña : era artículo de fe literaria que la comedia debía ser una accion entre personas particulares. Abolido el régimen constitucional en el año 1823, restaurados los privilegios de clase, restablecida la censura, no pudiendo ningun español escribir ni hablar de los ministros del poder, desde el secretario del Despacho al infimo corchete, claro era que la alta comedia, la comedia con señoría, la representacion de los vicios de los poderosos era políticamente imposible, al mismo tiempo que por el código literario estaba poco menos que prohibida. Hubo así de limitarse el señor BRETON á la clase media, porque la superior tenía delante el *Noli me tangere* de su posicion, y el *Non plus ultra* de la forma dramática entronizada por Moratin. — Efecto de otras causas, tambien ahora hay vicios, harto generales á fe, quo no puede escarnecer el poeta. La posteridad extrañará no ver en el teatro moderno castigadas nuestras ridiculeces, nuestros vicios, nuestras culpas graves en materia política. ; Oh! no lo extrañe : cuando todos pecan, es imposible que unos se rian de otros. Una comedia en que se ridiculizase á los blancos, solo podría ser escrita y gustar entre negros.

Elegidos por el señor BRETON para sus comedias hechos propios de personas particulares, el lenguaje que debía prestarles habia de ser necesariamente el que ellas emplean de ordinario entre sí. Eso que enfáticamente llaman algunos *lenguaje de buen tono*, jerigonza medio francesa, propia y exclusiva de sujetos que han estudiado tal vez dos ó tres idiomas, ninguno de ellos el castellano; ese dialecto caprichoso y fugaz que varia cada año bisiestro, no era conocido en la clase media cuando el señor BRETON comenzó á escribir, y aun hoy dia no ha cundido mucho : el carácter nacional lo resiste. Son los españoles independientes por naturaleza, y por lo mismo no muy sociables : el español ó se pasa sin trato ó lo quiere familiar y sin etiqueta : donde la franqueza predomina, el lenguaje es sencillo y enérgico, en vez de ser afectado y asustadizo. Tal era el habla de la clase media en Madrid, cuando el señor BRETON dió á luz sus primeras obras, y tal es la que ha puesto en boca de los personajes en ellas introducidos. Gente de mediana condicion que se expresa en buen castellano, es la que aparece con mas frecuencia en el teatro del señor BRETON por las razones ya indicadas de necesidad y verdad. No se les pida un remilgo impropio : quédese para los autores de melodramas eso de alterar las leyes de la naturaleza, y hacer tal vez á los arrieros hablar como académicos de la lengua.

Con dos fines se debe, y con uno se suele escribir la comedia ; para corregir al pueblo, para educarle, y para tenerle propicio y contento : los dos son de provecho comun ; el otro de utilidad propia. El primero es el sistema de Alarçon, de Molière y de Moratin, ridiculizar el vicio : el segundo es el de Calderon, realzar las virtudes : el tercero es el de la escuela francesa moderna, embellecer las flaquezas humanas y hacerlas plausibles. Burla, alabanza y lisonja, ó caricatura, belleza y afeite son los tres medios que tiene á su disposicion el poeta dramático : el postrero es muy fácil, el segundo ya es trabajoso, el primero dificilísimo : este eligió BRETON. Los argumentos que maneja van siempre dirigidos á un fin saludable. Sigase el orden cronológico de sus inventivas, y se verá que al principio se emplea en la correccion de defectos

individuales ; después se erige censor de las costumbres de un pueblo ; mas adelante sus lecciones ya son para la humanidad entera. Primero se contenta con escarmentar viejos enamoradizos y parientes sin apego á su sangre ; alza después el velo engañoso que oculta los vicios de las aldeas ; revela luego los secretos y mezquinos móviles que rigen las acciones humanas, haciendo ver que en este mundo nada es lo que parece, todo es fingimiento, es *farsa* todo. Ya manifiesta la incompatibilidad de cariño entre una señorita melindrosa de corte y un ricacho indisciplinable de provincia : ya saca á luz las arterias de un tuno decente, que beneficia la amistad como una mina de rica vena ; ya da útiles avisos á las coquetas, ya instrucciones importantes á las casadas. Cuando la censura se lo permite, penetra en las secretarías del Despacho á espiar las flaquezas ministeriales : cuando cree que los censurables dejarán que se les amoneste, ridiculiza á los que por darse á la política descuidan sus negocios ó faltan á las obligaciones de su ejercicio : se engaña en su cálculo y escarmenta. Tras una comedia de pensamiento grave, cual *Muérete ¡y verás...*!, obra de las mejores de nuestra época, produce dos ó tres piecitas en un acto, como *El pro y el contra*, *Ella es él*, y *El hombre pacífico* : junto á un cuadro de costumbres campestres, como *Dios los cria y ellos se juntan*, nos da en *El cuarto de hora* una pintura elegante de costumbres urbanas. Por último, deseoso de satisfacer al bello sexo, cuyos defectos habia censurado, aunque blandamente, en tal y cuál obra, junta en *¿Quién es ella?* las mas ricas flores del ingenio para tejer la corona de la hermosura ; busca los sonidos mas armoniosos de su lira para cantar las virtudes de la mujer.

Estos pensamientos, morales todos, ó son de invencion propia, ó de tal manera manejados que, no siendo nuevos, el autor los ha hecho legitimamente propiedad suya. Otras plumas se habian ejercitado antes en algunos de ellos ; la de BRETON supo hacer que la semejanza de asunto desapareciese entre la diferencia de forma. Picard habia pintado en *La petite ville* un francés, que harto de Paris, iba á un pueblo á vivir á gusto, y tenia que salirse de él renegando : con igual idea escribió el señor BRETON su comedia *A Madrid me vuelvo* ; pero cotéjese una con otra, y se verá que en ambas son tan distintos los caracteres, los lances y el diálogo, como el país y el tiempo á que pertenecen. Poco menos puede decirse del *Ingenuo*, comparado con el *Misántropo* ; de *La escuela de las casadas*, respecto de *La Nouvelle école des femmes* ; de *Finezas contra desvíos*, parangonada con *Palabras y plumas* ; de *Un nocio á pedir de boca*, puesta al lado de la comedia inglesa *Rule a Wife and have a Wife* (1), imitada en aleman con el titulo de *Stille Wasser sind tief* (2). Originalidad en los argumentos, ó en el modo de plantearlos, ó en uno y otro, es una de las cualidades que brillan mas en el teatro del señor BRETON.

Aun es mas original en los caracteres. No los elige, no ha podido elegirlos de mucho bulto, porque los principales, como el Hipócrita, el Avaro, el Embustero, el Murmurador, la Desdenosa, el Vano y los Zelosos, ya estaban

(1) *Gobierna á tu mujer y tendrás mujer*, de Fletcher.

(2) *Aguas calladas son hondas* (Guárdate del agua mansa), de Schröder.

puestos para siempre en escena por Molière, Alarcon, Moreto, Destouches y Calderon de la Barca; en los caracteres de segundo orden, en la pintura de los vicios, manías ó defectos menores, que tanto abundan y perjudican tanto en el trato comun de las gentes, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS no tiene en nuestro concepto, rival en España ni fuera. En estos retratos la semejanza es completa, el pincel fácil y seguro, el colorido fresco, vivo, centelleando verdad y gracia. ¿Quién no ha conocido á un hablador como don Martín Campana y Centellas? ¿En qué tertulia no se cita el nombre de alguna viuda, igual punto por punto á Marcela, ó el de una ú otra coquetilla, como la que figura en *Una de tantas?* Aquel don Elias de *Muérte y verás...*!, tan superiormente dibujado, el mayordomo del *¿Qué dirán?*, todos los personajes, sin exceptuar uno, de *Dios los cria y ellos se juntan*, el sargento *Briones* de *La Batelera*, y la doña Amparo de *Me voy de Madrid*, ¿no son tipos, de cuya verdad patente depondría con juramento la sociedad entera? Ni Plauto, ni Moreto, ni Tirso, ni Regnard, los cuatro poetas de mas gracejo de Roma, de España y Francia, hubieran trazado estos caracteres con mas verdad, ligereza y chiste.

Verdad es que en la dición cómica el señor BRETON aventaja á todos los poetas que conocemos. — En filosofía y artificio, en grandeza de miras ó conocimiento de un público dado, autores hay que podrán disputarle la primacia; en el manejo de la lengua, en el uso del metro, en la chispa del diálogo, no hay escritor moderno ni antiguo que se mantenga á su altura: el sello que llevan sus obras, hasta hoy no ha sido falsificado. Esta fecundidad de gracejo, cualidad dominante, idiosinerasia, por decirlo así, del ingenio del señor BRETON, es la explicacion de su sistema, la clave, el rasgo característico, el verdadero carácter de sus obras. Su pluma, rica de sal, ha necesitado argumentos y caracteres en que pudiera correr sin tropiezo; donde hay mucha accion, donde las pasiones y los lances ocupan gran parte del dialogo, la *vis cómica* no halla lugar suficiente: el señor BRETON ha debido rechazar esta clase de asuntos, y preferir aquellos en que pocas personas y accion sencilla le permitian derramar las gracias de una vena abundante. Con mas accion y menos chiste hubiera hecho el señor BRETON comedias mas parecidas á las de otros, menos nuevas y originales; con menos accion y mas gracejo ha enriquecido la escena española con obras únicas en nuestra literatura. Cuando él principió, el ingenio dramático español estaba adormecido y acobardado: los que le sentian en sí, creían como Moratín que en manifestando una vez que sabian escribir, habían cumplido, aunque ya no escribieran mas: el señor BRETON creyó por el contrario que el que sabe es el que tiene obligacion de escribir, porque si no, da lugar á que le ocupen el puesto los ignorantes. Muy pronto y con mucha felicidad le siguió don Antonio Gil y Zárate; siguiéronle despues don Francisco Flores Arenas, don Mariano José de Larra, don Ventura de la Vega y otros autores cómicos hasta don Tomás Rodríguez Rubí, el mas aplaudido de todos; pero el señor BRETON DE LOS HERREROS tiene la gloria de haber sido el primero; tan original como el que mas; fecundo, correcto y festivo como ninguno. Su filosofía es humana y risueña, su chiste no amarga; no trata de profundizar mucho, porque se propone enseñar riendo. Tal vez

engalana sus fábulas con bellos trozos de poesía lírica; pero generalmente su dición es sencilla, juntando en el verso la sonoridad del ritmo con la exactitud de la prosa. En las formas de construcción es severísimo; en el uso de la metáfora no le hay mas libre: ninguno ha dado acepciones mas nuevas y oportunas á las palabras, encontrando así el chiste donde nadie le hubiera buscado. Aunque se han hecho imitaciones de algunas obras suyas, no ha formado escuela: en su género ha sido solo. Imágen fiel de una época, su teatro, hasta lo que le falta, contribuye á darle carácter: lo que allí se echa menos no podía estar. Esto son, esto han debido ser, y esto valen las comedias del señor BRETON. Muchas en número, grandes en mérito, una sencillísima reflexión dará á entender el aprecio que se les debe. Por sola una obra han conseguido varios autores extranjeros y nacionales inmortalizar su nombre. *La Metromania* y *El maligno* mantienen á Piron y á Gresset en la jerarquía de buenos escritores escénicos; *El Socorro de los mantos*, *El castigo de la miseria*, *La Raquel* y *Numancia* bastan para ilustrar á don Carlos de Arellano, á don Juan de la Hoz, á Huerta y Ayala: fácilmente se puede formar una lista de comedias de BRETON seis veces mas grande, que tienen tanto derecho como las seis citadas para pasar á la posteridad.

Por eso han hallado tan buena acogida en teatros y gabinetes, en todos los rincones de España y América. No todas han sido igualmente felices en la prueba escénica; de la prueba de la lectura todas salen airosas. Hombres y mujeres que no ponen los piés en el teatro saben de memoria trozos y escenas del repertorio de BRETON: á cada paso oye uno en las conversaciones, convertidos ya en frases de uso general, versos que le pertenecen. Esta aura popular, que por espacio de quince ó diez y seis años había corrido sin tropiezo, tuvo su fin natural y preciso: la admiración continuada se debilita y se desvanece: los triunfos se pagan, y el señor BRETON había obtenido muchos. Circunstancias de varia índole obraron una revolucion en el gusto del público: alabanzas imprudentes engendraron cargos injustos. Hombre hubo que trató de probar el mérito de las comedias de BRETON alegando que agradaban sin tener argumento; otro dijo despues que el público no podía sufrirlas, cabalmente por aquella falta. Uno y otro partian de un principio falso. Esas paradojas ridículas, esas suposiciones manifiestamente arbitrarias, esas vaciedades que solo pueden correr en broma, suelen ser recibidas sin dificultad por el vulgo: pasado algun tiempo, cobran autoridad y quedan por artículos indudables de fe. Hablando con juicio, no hay quien sostenga que las comedias del señor BRETON, ó de otro autor, carezcan de argumento: bueno, ó malo, grande, pequeño, toda obra lo tiene: nadie escribe sin proponerse un fin. Con aquella hipérbole extravagante querian decir algunos que BRETON daba poca accion á sus obras, lo cual equivalía á no decir nada. La accion de la fábula dramática no tiene dimensiones fijas: tan accion es la de *Casa con dos puertas* como la del *Sí de las niñas*, no obstante que de una á otra hay diferencia enorme. Lo que importa es que la accion, grande ó chica, esté desenvuelta cumplidamente y con desahogo, sin comprimirla cuando es extensa, sin estirajarla cuando es reducida: el que imagine que en las obras del señor BRETON falta ó sobra, pruebe á quitar ó añadirles algo, sin que el todo

padezca. Tan verdadero es este principio, que justamente aquellas obras de señor BRETON mas sencillas en su argumento, *Marcela*, *El pelo de la dehesa* y *El cuarto de hora*, son las que el público saborea con mayor gusto; fuera de que no se puede afirmar sin grave injusticia que sean escasas de accion otras, como *Los dos sobrinos*, *La redaccion de un periódico*, *El amigo mártir*, *No ganamos para sustos*, *Cuentas atrasadas*, *Muérete; y verás...* y *La Independencia*, que bastan y sobran para acreditar á un autor de rico y hábil en el artificio y desempeño de la trama cómica. Pero no nos cansemos en una justificacion ya innecesaria: el gusto ha tomado mejor camino, y el tiempo ha vuelto sus derechos á la razon. La forma sencilla del drama bretoniano prevalece hoy dia: entre las obras escénicas, mas aplaudidas hace unos años, figuran *La rueda de la fortuna*, *Bandera negra* y *El hombre de mundo*, que no son de seguro mas copiosas de accion que las siete citadas.

No se ha hecho aquí mérito de las traducciones del señor BRETON hasta ahora, porque tratándose de un autor nacional, requisimo de suyo, parecia poco importante tratar de esa clase de préstamos de la literatura extranjera, préstamos en verdad con que por mucho tiempo han vivido los teatros de España. Pero si la traduccion de *Aminta*, harto fácil de hacer, ha dado tanta fama á don Juan de Jáuregui, ¿no se le deberá alguna al traductor de *Los hijos de Eduardo*, *Maria Estuarda* y *¿L'amant bourru?* Poco se le ha tenido en cuenta este mérito, que á otros ha valido muchísimo. El señor BRETON no ha sido siempre ni en todo el hijo mimado de la fortuna.

No obstante, hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle, dar á la literatura una especie de drama nuevo, recoger laureles en todas, enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos, conquistar para la poesia un tesoro de rimas indóviles, ocupar los tablados y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del señor BRETON, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio; el público lector siempre le ha sido fiel y benévolo. Buena ocasion se le presenta ahora para manifestarlo, admitiendo esta coleccion con el mismo aprecio que las ediciones sueltas, y perdonando por la bondad del libro la prolijidad y molestia del prólogo. ¡Ojalá esta publicacion señale para las letras el principio de una edad maz feliz que la que llevamos pasada! La coleccion de las obras de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, hecha por él mismo, es una novedad grande: en eso va tambien delante te todos. Desde el tiempo de Lope ningun autor cómico ha hecho en España coleccion de sus obras.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

NOTA. — Con este mismo prólogo y con el prefacio que sigue se ha publicado en España recientemente una coleccion completa de las obras dramáticas y líricas de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, que consta de cinco tomos en cuarto mayor, y se halla de venta en Madrid, librerías de *Pérez*, *Cuesta*, *Monier* y *Bailly-Bailliére*, y en el establecimiento tipográfico de don *Francisco de Paula Mellado*.

PREFACIO DEL AUTOR.

«Habiéndose el autor reservado el derecho exclusivo de publicar en coleccion sus producciones literarias, ha llegado el caso de verificarlo. La mayor parte son harto conocidas del público para que sea necesario dar idea de ellas: tampoco le es lícito encomiarlas. A falta pues de la fraseologia con que en anuncios semejantes procuran editores y autores captarse la buena voluntad de los suscriptores, el que echa á volar este prospecto tiene la ventaja de poder decir que ninguno de los que le favorezcan podrá llamarse engañado. Solo se trata de reproducir en cuerpo de obra metódico y homogéneo los dispersos materiales dados ya á luz en diferentes formas y períodos desde el año de 1824. Comprenderá la edicion algunas obras inéditas; pero, valgan estas lo que valieren, no pueden quitar ni añadir muchos quilates al mérito del conjunto. Revisadas escrupulosamente una por una antes de darlas á la prensa, desaparecerán de ellas en esta edicion todos los leves defectos que el autor advierta y acierte á corregir. Enmiendas de mas importancia, ni tiene tiempo para hacerlas, ni á su juicio podría intentarlo sin defraudar en cierto modo de una especie de propiedad suya al público que tantas pruebas de benevolencia le tiene dadas. Por otra parte, limando demasiado sus escritos perderían en originalidad y vigor mas de lo que ganasen en tersura y correccion.»

Esto dije al anunciar por primera vez la edicion de mis obras reunidas, y esto bastaba entonces para mi propósito y para gobierno del público: ahora añadiré algunas advertencias y haré algunas explicaciones concernientes á mi teatro, que ni eran de aquel lugar ni cabían tampoco ni venían á cuento en el prólogo que precede.

Principiaré por dar las mas expresivas gracias á su erudito y apreciable autor, el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, mi buen amigo y compañero, por el espontáneo y afectuoso arranque de bienquerencia con que se brindó á hacerme este obsequio desde que supo que yo empezaba á pensar seriamente en coleccionar mis obras, y por haberme cumplido su generosa oferta con pluma tan parcialmente amistosa, que en verdad me ruborizan muchos de sus trozos, y le rogaría que los suprimiese, habiendo de figurar en una publicacion de que juntamente soy autor y editor, á no tener sobradamente probada la independencia de su carácter el justamente célebre autor de *Los Amantes de Teruel* para que nadie que le conozca pueda acusarle de compadrazgo.

padezca. Tan verdadero es este principio, que justamente aquellas obras de señor BRETON mas sencillas en su argumento, *Marcela*, *El pelo de la dehesa* y *El cuarto de hora*, son las que el público saborea con mayor gusto; fuera de que no se puede afirmar sin grave injusticia que sean escasas de accion otras, como *Los dos sobrinos*, *La redaccion de un periódico*, *El amigo mártir*, *No ganamos para sustos*, *Cuentas atrasadas*, *Muérete; y verás...* y *La Independencia*, que bastan y sobran para acreditar á un autor de rico y hábil en el artificio y desempeño de la trama cómica. Pero no nos cansemos en una justificacion ya innecesaria: el gusto ha tomado mejor camino, y el tiempo ha vuelto sus derechos á la razon. La forma sencilla del drama bretoniano prevalece hoy dia: entre las obras escénicas, mas aplaudidas hace unos años, figuran *La rueda de la fortuna*, *Bandera negra* y *El hombre de mundo*, que no son de seguro mas copiosas de accion que las siete citadas.

No se ha hecho aquí mérito de las traducciones del señor BRETON hasta ahora, porque tratándose de un autor nacional, riquísimo de suyo, parecía poco importante tratar de esa clase de préstamos de la literatura extranjera, préstamos en verdad con que por mucho tiempo han vivido los teatros de España. Pero si la traducción de *Aminta*, harto fácil de hacer, ha dado tanta fama á don Juan de Jáuregui, ¿no se le deberá alguna al traductor de *Los hijos de Eduardo*, *María Estuarda* y *¿L'amant bourru?* Poco se le ha tenido en cuenta este mérito, que á otros ha valido muchísimo. El señor BRETON no ha sido siempre ni en todo el hijo mimado de la fortuna.

No obstante, hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle, dar á la literatura una especie de drama nuevo, recoger laureles en todas, enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos, conquistar para la poesía un tesoro de rimas indóviles, ocupar los tabladros y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del señor BRETON, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio; el público lector siempre le ha sido fiel y benévolo. Buena ocasion se le presenta ahora para manifestarlo, admitiendo esta coleccion con el mismo aprecio que las ediciones sueltas, y perdonando por la bondad del libro la prolijidad y molestia del prólogo. ¡Ojalá esta publicacion señale para las letras el principio de una edad maz feliz que la que llevamos pasada! La coleccion de las obras de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, hecha por él mismo, es una novedad grande: en eso va tambien delante te todos. Desde el tiempo de Lope ningun autor cómico ha hecho en España coleccion de sus obras.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

NOTA. — Con este mismo prólogo y con el prefacio que sigue se ha publicado en España recientemente una coleccion completa de las obras dramáticas y líricas de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, que consta de cinco tomos en cuarto mayor, y se halla de venta en Madrid, librerías de *Pérez*, *Cuesta*, *Monier* y *Bailly-Bailliére*, y en el establecimiento tipográfico de don *Francisco de Paula Mellado*.

PREFACIO DEL AUTOR.

«Habiéndose el autor reservado el derecho exclusivo de publicar en coleccion sus producciones literarias, ha llegado el caso de verificarlo. La mayor parte son harto conocidas del público para que sea necesario dar idea de ellas: tampoco le es lícito encomiarlas. A falta pues de la fraseología con que en anuncios semejantes procuran editores y autores captarse la buena voluntad de los suscriptores, el que echa á volar este prospecto tiene la ventaja de poder decir que ninguno de los que le favorezcan podrá llamarse engañado. Solo se trata de reproducir en cuerpo de obra metódico y homogéneo los dispersos materiales dados ya á luz en diferentes formas y períodos desde el año de 1824. Comprenderá la edicion algunas obras inéditas; pero, valgan estas lo que valieren, no pueden quitar ni añadir muchos quilates al mérito del conjunto. Revisadas escrupulosamente una por una antes de darlas á la prensa, desaparecerán de ellas en esta edicion todos los leves defectos que el autor advierta y acierte á corregir. Enmiendas de mas importancia, ni tiene tiempo para hacerlas, ni á su juicio podría intentarlo sin defraudar en cierto modo de una especie de propiedad suya al público que tantas pruebas de benevolencia le tiene dadas. Por otra parte, limando demasiado sus escritos perderían en originalidad y vigor mas de lo que ganasen en tersura y correccion.»

Esto dije al anunciar por primera vez la edicion de mis obras reunidas, y esto bastaba entonces para mi propósito y para gobierno del público: ahora añadiré algunas advertencias y haré algunas explicaciones concernientes á mi teatro, que ni eran de aquel lugar ni cabían tampoco ni venían á cuento en el prólogo que precede.

Principiaré por dar las mas expresivas gracias á su erudito y apreciable autor, el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, mi buen amigo y compañero, por el espontáneo y afectuoso arranque de bienquerencia con que se brindó á hacerme este obsequio desde que supo que yo empezaba á pensar seriamente en coleccionar mis obras, y por haberme cumplido su generosa oferta con pluma tan parcialmente amistosa, que en verdad me ruborizan muchos de sus trozos, y le rogaría que los suprimiese, habiendo de figurar en una publicacion de que juntamente soy autor y editor, á no tener sobradamente probada la independencia de su carácter el justamente célebre autor de *Los Amantes de Teruel* para que nadie que le conozca pueda acusarle de compadrazgo.

Esta coleccion lo es completa de todas las producciones dramáticas de mi ingenio, cuya responsabilidad debo y quiero aceptar : solo exceptúo las piezas llamadas *de circunstancias*, hechas todas por encargo de empresas teatrales ó *comisiones de festejos*, para objetos puramente políticos, muy *plausibles*, por supuesto, aunque no para todos, pero cuya oportunidad duraba solo veinte y cuatro horas, y á veces pocos días mas su *plausibilidad* relativa. Semejantes embriones *oficiales* ú *oficiosos* no pertenecen á *Talia*, ni á *Melpómene*, ni á *Terpsicore*, ni á *Euterpe*, ni á ninguna de las otras cinco hermanas ; ora actúen en ellos los númenes mitológicos, ora figuras alegóricas *ad libitum*, ora personas de este mísero globo terráqueo en representacion de partidos y facciones y sistemas encontrados. Por otra parte, con el transcurso del tiempo y los desengaños de unos y otros, se mitiga el furor de las discordias intestinas, las parcialidades se hacen recíproca justicia, el tiempo se la administra á todas, desaparecen incompatibilidades que se creyeron eternas y se verifican *fusiones* que se juzgaron imposibles. ¿A qué reproducir engendros, que cualquier cosa fueron menos *literatura*, después de los abrazos del *Congreso* y de *Vergara* y de las coaliciones que hemos presenciado, y de tantos reconocimientos, sumisiones, indultos y amnistias? Yo, que no peco ciertamente de rencoroso en mi particular, ¿renegaría como escritor público del espíritu de tolerancia y olvido de lo pasado que ya anima á todo buen español? De ningún modo ; y si yo mismo necesito absolucion por haber sido en ciertas ocasiones sobrado condescendiente, la pido con sincera contricion y firme propósito de la enmienda.

Fuera de los insinuados bosquejos, pocas veces ha jugado la política en mis dramas, y aun esas incidentalmente. Sin embargo, en *Todo es farsa*, en *Me voy de Madrid*, en *La redaccion de un periódico*, en *Muñete ; y verás...*, en *El hombre pacífico*, en *Flaquezas ministeriales*, en *La Batelera de Pasajes*, en *El Editor responsable* y en *La Independencia*, creo haber hecho lo suficiente para que no falten en mi galería los cuadros que basten á pintar en lo posible esta interesante parte de las costumbres de la época, y creo haber cumplido mi objeto sin incurrir en odiosas personalidades, y sin que prevencion alguna adversa ni favorable, ni el afán de una mal entendida popularidad, me hayan arastrado á rebasar la prudente línea que por muchos respectos debetrazarse todo el que censura los vicios y extravagancias de la sociedad en que vive.

He procurado que haya variedad en los argumentos de mis comedias ; y aunque no falte quien me acuse de lo contrario, creo poder decir sin vana jactancia que in igual número de obras nadie hasta ahora lo presentó mas crecido de asuntos y lances y caracteres diferentes ; con lo cual no quiero decir que todos, ni uno siquiera, de los caracteres, ni de los lances, ni de los asuntos de mi invencion poética lleven el sello de la perfeccion. No he copiado á nadie, pero me he repetido algunas veces á mí mismo ; ora en la estructura de dos ó mas fábulas ; ora en el modo de desenlazarlas ; ora en la analogía de conducta, de miras ó de pasiones entre diversos personajes ; ora en fin, en el uso de ciertas frases, sobre todo de las proverbiales. Esto es verdad ; pero ¿ á qué escritor medianamente fecundo no le sucede algo ó mucho de esto ? ¿ Qué pintor no tiene una *manera* que le es peculiar, y que en vano querría no tener,

en uno ú otro de los accidentes de sus cuadros? En muchas de las figuras que no son retratos hechos por una misma mano, aunque sea muy maestra, ¿ no reconocen los inteligentes cierto aire de familia? ¿ No hay Virgenes de Rafael ó de Murillo que parecen hermanas gemelas? ¿ Y qué mucho, si padres tan prolíficos las engendraron? Pero estúdiense con detencion, y se verá que en la actitud, sinó en el rostro, ó en el misterio que representan, ó en los varios afectos de que se muestran poseidas las figuras accesorias, ó en alguna otra circunstancia no indiferente se diversifican mas de lo que á primera vista aparece. Yo, que en mi esfera de poeta cómico, y por consecuencia pintor tambien con la pluma como aquellos con el pincel, estoy muy lejos de quererme comparar á tan insignes varones, no me reprendo á mí mismo por haberme cabido en suerte un estilo malo ó bueno, pero todo mio, porque teniendo mi *manera* propia de ver las cosas, tengo tambien para pintarlas otra que nadie me ha prestado.

Insisto en que he sido tan variado como el que mas en mis escritos teatrales ; y esto á pesar de ser tantos y del corto espacio que de unos á otros ha mediado ; lo cual me ha impedido, al bosquejar el plan de cada comedia, revisar con nimia escrupulosidad las anteriores para esquivar toda reminiscencia de ellas. Así he reproducido, por ejemplo, no sé cuántas veces el carácter de *coqueta*, no pocas el de *farsante*, ó de amor, ó de virtud, ó de nobleza, ó de patriotismo, y muchas mas el de *vieja ridícula* ; pero ni todas mis coquetas lo son de la misma manera y en iguales circunstancias, ni todos mis buscavidas están vaciados en el mismo molde, ni tengo en mi estudio aparatos litográficos que estampen hasta lo infinito la primer señora proveyta cuyas extravagancias me chocaron. Muchas páginas tendria que escribir para sincerarme cumplidamente de tales inculpaciones, y entiendo que, sobre este y otros cargos, mi verdadera y mas concluyente defensa está en la misma coleccion que ofrezco al público ; pero limitándome al artículo de *viejas*, si es verdad que hay algunas mas ó menos parecidas en mi teatro, ¿ quién no ve, no ya matices, sino rasgos muy pronunciados de diferencia entre la fisonomía de la linajuda y orgullosa *doña Matea* de *A Madrid me vuelvo*, y la comilona *doña Gerónima* de *Achaques á los vicios* ; entre la entrometida *Nemesia* de *El Tercero en discordia*, la indolente egoísta *doña Eustoquia* de *Todo es farsa en este mundo* ; entre la intrépida é insurgente *Marta* de *Flaquezas ministeriales*, y la romántica y deleznable *doña Ramona* de *El hombre pacífico* ; entre la despreocupada *doña Rosalía* de *El qué dirán*, y la pedante y aperreada *Sebastiana* de *Cuentas atrasadas* ; entre la intrigante y vengativa *Rufina* de *Cuidado con las amigas*, y la jugadora é indisciplinada *doña Hipólita* de *Errar la vocacion*? Y á propósito de *viejas*, no por haber acudido reiteradamente á tan respetable repertorio en busca de tipos cómicos, dejo de venerar mucho en general á las señoras mayores, á quienes en mi propio teatro hago mas de una vez la debida justicia, y muy cumplida en la comedia *Una Vieja*, escrita de intento para desagraciarlas á todas.

Otra de las repeticiones en que varias veces he incurrido es la de presentar á una dama en el conflicto de haber de optar entre dos, tres, y á veces cuatro amantes ; pero me parece que esto no pasa de pecado venial, siendo como

son distintos los caracteres, así de las heroínas como de sus galanes respectivos, moviéndose cada máquina por medio de diferentes resortes, y produciendo sus funciones diversos resultados.

Hay asimismo en mi caudal cómico desenlaces que semejan á otros, y este tiene aun disculpa mas obvia y mas plausible; porque sabido es que una accion dramática no puede terminarse, á no hacer intervenir en ella causas sobrenaturales, sino de uno de estos cinco modos: desenlazándose por sí misma en virtud de mútuas explicaciones de los interlocutores y á consecuencia de los incidentes que naturalmente produzca el antagonismo de sus pasiones y caracteres; y es el mejor sistema de todos y el que yo he adoptado en la mayor parte de mis invenciones: por medio de reconocimientos entre personas que no sabían unas de otras, ó cuyas relaciones, bien de parentesco, bien de otra especie, eran antes ignoradas ó imperfectamente conocidas: obrándose notables peripecias ó cambios de fortuna en alguno ó algunos de los actores principales: sobreviniendo con mas ó menos preparacion algun personaje nuevo que cambie de un modo sensible la situacion de otros: ligando, en fin, la accion del drama con alguna revolucion política ú otro notable suceso. Ahora bien, ¿cómo es posible evitar, siendo tan limitados los arbitrios legítimos de que un poeta dramático puede servirse, que, por poco que crezca el número de sus obras, resulten entre ellas en esta parte muchos puntos de contacto?

¿Qué diré, por último, de ciertos giros, y modismos, y proverbios, y vocablos triplicados, ó cuádruplicados, ó multiplicados si se quiere, en doscientos mil versos que bien tendrá mi almacén dramático, sin hacer mérito de las obras en prosa? ¿Habré de refutar seriamente cargos como el de un sujeto, para mi desconocido, que le dijo á un amigo mío: « ¡ Ba! ¡ Cosas de Breton!... Siempre es el mismo. En cuatro ó cinco comedias tuyas se dice: *eso es harina de otro costal.* » Verdaderamente este es un crimen inaudito, y á quien lo comete se le debe negar el agua y el fuego. Por fortuna hé aquí el punto en que, sin vanidad, me considero menos vulnerable, pues aun los que mas acerbamente me han censurado han convenido siempre en que, ni en los diálogos mas vivos, ni en los metros mas difíciles y revesados, peca de estéril mi imaginacion, ni de forzado y diminuto mi vocabulario.

En suma, no se me podrá reconvenir, puedo asegurarlo, de haberme calcado y reverdecido á mi propio tantas veces relativamente como *Calderon* con sus *escondidos* y sus *tapadas*, como *Molière* con sus *médicos* y sus *cornudos*, ó como *Moratin* con sus *viejos* y sus *niñas*; y razon será que á mí se me perdonen culpas de que no libertó la humana flaqueza á un *Calderon*, á un *Molière* y á un *Moratin*.

Sigo en mi coleccion el orden cronológico; esto es, el de antigüedad en la composicion de cada pieza, que pocas veces ha dejado de coincidir con la fecha de su representacion, y cuando lo altero digo al pié de la página por qué lo hago.

Observará el lector que en los primeros años de mi carrera dramática no abundan tanto como en los sucesivos las producciones originales; y excuso decir que lo son todas las que no llevan el aditamento de traducidas ó refun-

didas. La causa de esta aparente infecundidad es tan convincente como dolorosa. Se pagaban entonces tan mal las obras originales, que para probar cuánto era mísera y precaria la situacion de los escritores, basta decir que *A Madrid me vuelvo*, que en su estreno duró muy cerca de un mes sin interrupcion con muy crecidas entradas, solo me valió 1,300 rs., y en época en que con nada retribuían los empresarios de las provincias, porque nadie respetaba ni reconocía el derecho de propiedad de las obras dramáticas. Poco menor era la remuneracion de las traducciones, trabajo harto mas fácil y en que muy débilmente se empeñaba la reputacion del que las hacía. Me apliqué, pues, á traducir cuanto se me encargaba, porque sin patrimonio y sin empleo, de algo había de vivir un hombre honrado que nunca fué gravoso á nadie, y solo daba tal cual comedia toda mía para cumplir con lo que ya el público tenía derecho de exigirme y mi irresistible vocacion reclamaba, hasta que mejores tiempos me fueron permitiendo no malgastar mi poco ó mucho estro poético en versiones mas ó menos libres de concepciones ajenas. Por tanto, solo doy lugar en esta recopilacion á siete traducciones de las que pude elaborar con alguna mas detencion y esmero, y las he escogido de suerte que entre ellas haya un poco de cada uno de los géneros y escuelas que se disputan el dominio de la escena. Doy tambien dos refundiciones de nuestro teatro antiguo y en nota particular los motivos de comprenderlas en la coleccion. Concedo además en ella paternal albergue á unas cuantas obras inéditas hasta ahora; unas porque en el tiempo en que las escribí ni había editores á quienes acudir, á menos de darles de balde ó poco menos los manuscritos, ni el autor podía ni quería publicarlas de su cuenta; otras porque acertaron á representarse, y con poco ó ningun éxito, cuando el autor no tenía editor determinado ni humor entonces ni nunca de rogar á ninguno con sus escritos. Pero como no siempre un escritor puede repartir como quisiera sus comedias, ni menos elegir el día ni la hora de su estreno; y como alguna de las mías no publicadas aun se resintió evidentemente de semejantes contrariedades, séame lícito apelar en la prensa de tal cual fallo que aun no sé de cierto si solo se fulminó contra mí.

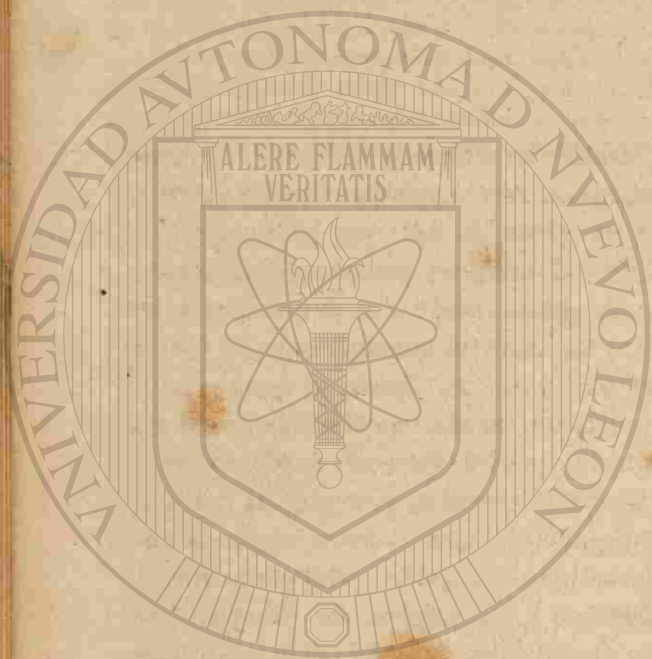
No sé si me dejo en el tintero alguna de las advertencias que tenía ánimo de hacer al curioso lector: el tomo está ya impreso, y no me conviene retardar mucho su publicacion: los cajistas esperan con los brazos cruzados este desaliñado prefacio, ó proemio, ó lo que sea, y consideraciones de mas de una especie me imponen silencio sobre muchas anécdotas y particularidades de mi vida escénica. Algunas de ellas no serían indiferentes á mis beneméritos suscritores, porque pican en historia; pero espero de su discrecion que se contentarán con lo dicho y con algunas notas especiales que, si gustan, irán leyendo interpoladas con el texto. Yo he ofrecido en el prospecto mis comedias, pero no la historia de mis comedias.

Añadiré solamente, para concluir, que si cada composicion no lleva á la derecha de los interlocutores los nombres de los actores que por primera vez las representaron, es solamente porque no se acostumbra á hacerlo en colecciones tan voluminosas como esta, y porque no constando en muchas de las ediciones parciales, hechas, por convenir así á los editores, con anterioridad

á las representaciones, el llenar ahora tantos huecos sería obra de romanos; pero me complazco en declarar que desde que me di á conocer como el mas asiduo y laborioso de los poetas cómicos contemporáneos, ya que carezca de otras dotes, no ha habido una actriz ó un actor de nota á cuyos esfuerzos no sea yo en gran parte deudor de mis modestos triunfos. A todos tributo, pues, este público testimonio de estimación y agradecimiento, y singularmente á los que han tenido mas ocasiones de prestarme su hábil cooperacion; ó por su mayor permanencia en los teatros de Madrid, sobre todo en el del *Principe*, hoy *Teatro Español*, que ha sido siempre el de mi predilección; ó por el puesto que ocupaban en las compañías; ó porque la especialidad de sus talentos se adaptaba mas á la índole de mis habituales producciones.

ADVERTENCIA.

En esta coleccion, hecha con anuencia del autor, va comprendido lo mas selecto de su Teatro y de sus Poesías sueltas, con algunos artículos en prosa de los mas celebrados. La mayor parte de las obras dramáticas pertenecen al género cómico, que es el que mas ha cultivado y en el que mas se ha distinguido este poeta, y por natural analogía son de índole satírica y epigramática casi todos los demás opúsculos indicados. Mas para que pueda ser juzgado en diferentes conceptos, se ha procurado dar la posible variedad á esta edicion, particularmente en las obras de teatro, que son las mas numerosas, incluyendo algunos dramas escritos segun la romántica escuela moderna bien entendida, tales como *Elena*, *Don Fernando el Emplazado* y *La Batelera de Pasajes*. Aun dentro del género puramente cómico, se ha cuidado de amenizar el conjunto con la diversidad de asuntos y caracteres, y el editor se lisonjea de ofrecer al público en estos dos tomos una pintura fiel, ingeniosa y casi completa de las actuales costumbres de España, especialmente en la clase media. *La escuela del Matrimonio*, comedia estrenada con universal aplauso despues de impresa la coleccion de Madrid, forma parte de la presente, á la cual hemos añadido tambien alguna otra obrilla, el retrato del autor y noticias auténticas sobre su vida y escritos.



APUNTES BIOGRAFICOS.

Hijo de padres nobles, aunque escasos en bienes de fortuna, nació don Manuel Breton de los Herreros en la villa de Quel, provincia de Logroño, el día 19 diciembre de 1796. Desde la infancia se mostró poseído del estro poético, pues aun no había cumplido siete años cuando ya improvisaba redondillas sobre cualquiera *pie* que le diesen, costumbre de su país en las comilonas con que aquellos naturales, á falta de espectáculos y otras diversiones, gustan de solemnizar las grandes festividades religiosas, ó los acontecimientos plausibles para cada familia, como bodas, etc. Aun se recuerdan en Quel, despues de medio siglo, algunas de aquellas improvisaciones, y como muestra de lo que ya prometía el naciente ingenio de Breton, citaremos una. Era la vigilia de la Natividad del Hijo de Dios, que en todos los hogares de la católica España, y singularmente en los pueblos de provincia, se celebra con opípara cena, prescindiendo de la abstinencia canónica, y con baile, música, bulla y zambra, hasta que ponen término á tan piadosa algazara el cansacio y el sueño. En aquella alegre noche cada casa es una república, y en todas una verdad los tres famosos principios *Libertad, Igualdad, Fraternidad*: con los niños no rige aquello de *un huevecito y á la cama*, y los criados alternan familiarmente con los amos. En la noche á que nos referimos hubo villancicos con acompañamiento de guitarras y zambombas y rabeles, jota y fandango, juegos de prendas, acertijos, interpelaciones picantes, chanzas pesadas, cascajo y verduraje, besugada y turrónes, y mosto largo, y anísete á discrecion. A su tiempo rompió el tiroteo de las redondillas de *pie* forzado, en que hubieron sin duda de proferirse atrocidades poco gratas al dios del Pindo, y no las mas aceptas al verdadero y único cuya gloria se ensalzaba. Entre las criadas presentes habia una que se llamaba *Segunda*, y como un circunstante diese por *pie* al poeta en cierne este verso: *La mejor es la Segunda*, prorumpió en la siguiente cuarteta, cuyo desenfado sorprendió agradablemente á toda la tertulia:

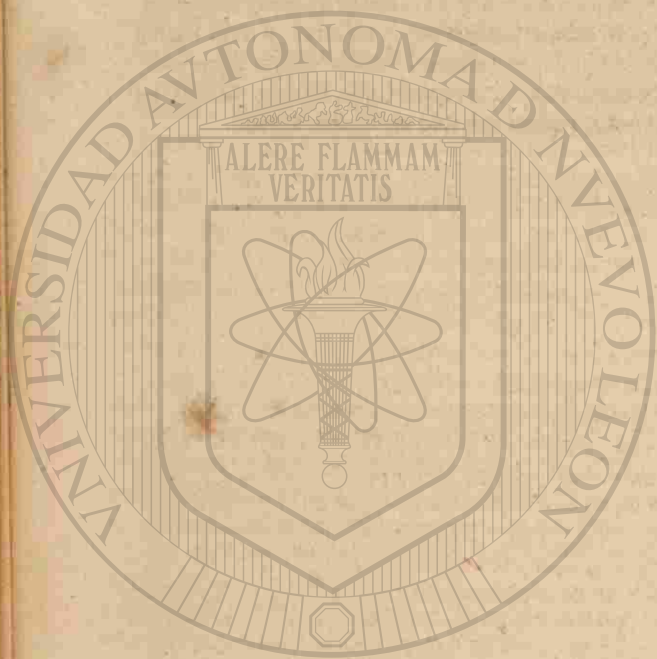
Para pegarle una tunda
Con las faldas levantadas,
Entre todas las criadas
La mejor es la Segunda.

Por el año de 1806 se trasladó á Madrid con su padre, que siéndolo ya de otros tres hijos, sin los que venieron despues, y confiando en el valimiento

de parientes poderosos, pretendió varios destinos sin obtener ninguno, consumió en la corte gran parte de su menguado patrimonio, y pasado un lustro de afanes y desengaños, falleció de enfermedad en la flor de sus días. El niño Manuel, educado por los padres escolapios, se había aventajado á sus condiscípulos en el estudio de las humanidades, y ya principiaba á cursar otros mas serios cuando, precoz en su desarrollo físico no menos que en su inteligencia, bien que todavía adolescente, pues solo contaba quince años, se alistó voluntariamente en la filas de la patria por setiembre de 1812, y sirvió, primero como soldado raso y luego como distinguido, hasta que obtuvo su licencia absoluta en 1822.

Concluida la guerra de la Independencia, y cesando por consiguiente la noble causa que le impulsó á abrazar la carrera de las armas, suspiraba ya Breton por otro género de vida que le permitiese consagrarla de lleno al culto de las musas. Todavía, despues de dado de baja en el ejército, tardó otros dos años en ver realizados sus deseos. Precisado á aceptar para subsistir un modesto destino en rentas, y desempeñando, á pesar de su inferior categoría, el cargo de secretario de la Intendencia de Játiva y luego de la de Valencia; sin libros, sin amigos ilustrados; interrumpidos por tanto tiempo y casi olvidados en los campamentos y en las guarniciones sus estudios, no le era dado escribir cosa de algun fundamento, y empleaba sus limitados ocios en componer himnos patrióticos, tal cual poesia amatoria ó satírica y otras obrillas tan efímeras como incorrectas. Tampoco permitian mas aquellos tiempos azarosos: ardía en España la lucha civil; Breton era liberal; su partido se desmonoraba y fallecía por momentos, y á las alarmas, retiradas y derrotas siguieron las persecuciones y los insultos y los suplicios de la apostólica reacción. Una sola producción de alguna importancia habra emprendido el autor, siendo militar y aprovechando, á la edad de diez y nueve años, la licencia que obtuvo de sus jefes para pasar una temporada entre deudos y amigos. Fué esta composición la comedia intitulada *A la vejez viruelas*, que, representada en 14 de octubre de 1824, fué acogida con benevolencia, y marcó al autor la senda literaria que debía seguir, como la mas conforme á su peculiar talento y á su aun latente vocación. Desde entonces, perseverante en el estudio, tenaz, en el trabajo, dió principio á la larga serie de obras dramáticas cuyo número y cualidades se expresan en el prólogo que antecede del señor *Hartzenbusch*, alternándolas con infinidad de diversas poesías sueltas, como sátiras, letrillas, romances, etc., artículos de costumbres y otros opúsculos literarios, y cumpliendo al mismo tiempo con sus deberes de empleado. Retirado á la vida privada mientras duró el absolutismo, sirvió al gobierno constitucional desde 1834; primero en la jefatura política de Madrid, luego en la Biblioteca nacional, mas tarde y en pos de tres años de cesantía, de resultas de un *pronunciamiento*, en la imprenta nacional, como administrador de ella y director de la Gaceta de Madrid, desde diciembre de 1843 hasta junio de 1847, en que obtuvo su actual plaza de bibliotecario mayor y director de la Biblioteca nacional. Es individuo de la real Academia española desde 1837, pertenece á otras varias corporaciones literarias de España y extranjeras y está condecorado con la cruz de comendador de número de la orden de Carlos III.

Como hombre estudioso hasta no mas, y por lo mismo poco comunicativo fuera del círculo de sus amigos, sin ambicion, sin afan de brillar en palacios ni en tribunas, metódico, morigerado y de apacible condicion, no es de aquellos que legan á la posteridad, ó á lo menos lo pretenden, ruidosas vicisitudes y peregrinas anécdotas. Por tanto, prescindiremos de algunas particularidades, mas ó menos exactas, que de él se refieren en otras biografías. Su vida son sus escritos; pues, autor infatigable, si de otros, y de él mismo muchas veces, se ha podido decir con fundamento que *han escrito para vivir*, la inversion de esta frase cuadra como á ninguno á don MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, porque, en efecto, parece que *solo vive para escribir*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL

DEL ARTE

DE LA DECLAMACION

EN LOS TEATROS DE ESPAÑA⁽¹⁾.

Aceptemos ante todas cosas el vocablo *declamacion*, á falta de otro mas adecuado y expresivo, para significar el arte de representar obras dramáticas, excluyendo de ellas, por supuesto, las líricas, pantomímicas, ecuestres, y con mas razon otras aun mas inferiores en categoría que las últimamente nombradas, no obstante su afinidad mas ó menos remota con el drama; esto es, con la imitacion viva, ora hablada, ora cantada, ora gesticulada de la vida y costumbres de la humanidad. Cualquier otra palabra que quisiéramos sustituir á la que encabeza este artículo cumpliría menos con su objeto. *Representacion á secas*, sería muy vaga, y aplicándole los adjetivos *escénica* ó *teatral* generalizaría demasiado la idea: tampoco sería á propósito la voz *histrionismo*, que, sobre ser ya en el día mal sonante, mas bien se refiere al modo de existir los actores como clase y á la historia de todos ó algunos de sus individuos que á la de su profesion: *arte del teatro*, así puede aplicarse á los que escriben comedias como á los que las recitan sobre las tablas, y con los mismos ó mayores inconvenientes habríamos de tropezar acudiendo á otra dicción y aun cláusula breve para reemplazar la locucion ya por el uso consagrada, que, como sabe todo el que haya saludado la gramática, fué siempre y es y será *et jus et norma loquendi*. Llamemos,

pues, *declamacion* al arte consabido, y ahorraremos circunloquios.

No falta quien pretenda negar á la *declamacion* la cualidad de *arte* en el mas noble sentido de esta palabra, y el vulgo de los cómicos no ha dejado de contribuir á opinion tan infundada llamando modestamente *ejercicio* á su modo de vivir. En efecto, *ejercicio* y no otra cosa sería su profesion, pues ni aun el nombre de *oficio* merecería, si todos los que se dedican á ella la limitasen, como algunos, á ejercitar maquinalmente la memoria y los pulmones, tomando de coro los papeles que se les reparten y recitándolos luego en el escenario como Dios y el apuntador les dan á entender; y aun los hay tan desmemoriados, tan indolentes ó tan confiados en su buena organizacion para *orechianti*, que se dan por cumplidos y satisfechos con la mecánica repeticion de lo que les reza el consue-^(R)ta; en lo cual no aventajan mucho á los montes, que, obedeciendo por su particular situacion á las repercusiones del aire, reproducen los sonidos fuertes, sean ó no articulados. Pero arte es la declamacion, y que puede contarse entre las llamadas liberales, si el que la practica ha de cumplir con todas sus condiciones y comprender, ya que á vencerlas no acierte, todas sus dificultades: arte es, y no vulgar, pues requiere una vocacion decidida, ta-

(1) Se ha escrito este artículo en el año de 1882.

lento mas que mediano, dotes físicas y morales que no á todos concede la naturaleza, estar muy versado en lo que se llama ciencia del mundo, y por último, una instrucción no tan limitada como desgraciadamente suele serlo en la generalidad de los actores. Se pretende, no obstante, atribuir á la declamacion condiciones y virtudes que no tiene, al menos en tan alto grado como algunos suponen. De actores eminentes vivos y difuntos se ha dicho que han *creado* tales ó cuales papeles, como si los poetas no hubieran hecho otra cosa que indicar sumariamente la situacion del personaje, dejando al arbitrio del actor el expresarla con la palabra y con la accion del modo mas adecuado; como si ya no hubiese harto mérito en la fiel y genuina interpretacion de los pensamientos escritos por aquel, ó como si estos nada fuesen sin la gesticulacion, los ademanes y el traje con que forzosamente ha de contribuir el representante para transmitirlos al auditorio con la debida verosimilitud. No; esto no es crear; esto es solo *imitar*; y no el todo, sino una parte, aunque muy principal, de la cosa imitada; esto no es *inspiracion*, sino *habilidad*, aunque habilidad mas excelente que la del artifice que la muestra en una manufactura, siquiera sea de las mas delicadas y primorosas. Si en la representacion teatral fuesen lo mas importante los movimientos del rostro, de las manos, etc., no veriamos con indiferencia y hasta con fastidio la parte puramente mimica de los bailes escénicos; no seria preciso para bien entender su argumento, y aun el de las óperas, proveerse previamente del respectivo *libretto*. Queremos conceder que algun actor de mucho, y muy cultivado talento pueda superficialmente corregir el papel que representa y darle la última mano, por decirlo así, sin variar una sola palabra del texto; bien sea emitiendo con mayor énfasis las cláusulas que carezcan de la suficiente energía para significar la idea misma del escritor; bien atenuando en la pronunciacion las que pequen por el extremo contrario; ó ya evitando, por medio de una discreta y rápida transicion, que los espectadores fijen su atencion en uno que otro vocablo mal sonante; pero este trabajo de pulimento no supone el *númen* que toda creacion artística requiere, ni está exento de graves inconvenientes, que pueden excusarse ensayándose los dramas con alguna mas formalidad y mayor esmero de lo que en muchos de nuestros teatros

se acostumbra. Pónganse de acuerdo el actor y el poeta, aquel para dar la expresion y el colorido convenientes al papel que se le confia, y éste para explicar el verdadero sentido de una frase que parezca anfibológica al actor, ó que en efecto lo sea. Háganse de antemano por uno y otro las supresiones ó enmiendas ó adiciones necesarias en la parte que á cada cual incumba; y el poeta nada perderá con deferir á los consejos que en beneficio de la obra le dicte la pericia del actor, y este no se expondrá á cometer mas de un contrasentido, ó por dejarse llevar de un celo que de eficaz puede pasar á temerario, ó por el immoderado afán de oír bravos y palmoteos. Posible es, no lo negamos, y aun probado en mas de una ocasion, que obras de muy escaso mérito literario se acojan con benevolencia y hasta con entusiasmo en la representacion; y esto sin que el éxito se deba, como con harta frecuencia sucede, á *comisiones de aplausos* aguerridas y bien disciplinadas, al grande interés de la fábula, que hace olvidar sus defectos, ó á estar confectionada para halagar *invito Apolline* las pasiones de la multitud: sin tales alicientes y apelando al *charlatanismo* del arte, pueden dar uno ó mas actores, ó todos los de la compañía, cierto valor ficticio y transitorio á producciones medianas; pero ¿á cuántas muy sobresalientes ha dejado de hacerse la debida justicia, por el desden y la torpeza y el abandono y la falta de estudio y de ornato con que se han estrenado! Y de la sobrada fortuna de aquellas como de la no merecida desgracia de estas ¿qué se infiere? Que ni unas ni otras han sido con justa y severa propiedad ejecutadas. Aunque una comedia no se represente á la perfeccion, comoverá, deleitará generalmente mucho mas viéndola representada que oyéndola leer: esta es una verdad que no ha menester demostracion; pero no es menos cierto que la simple lectura es preferible, sobre todo si la hacen personas entendidas, á la misma representacion, por perfecta que sea, para percibir ciertos primores del diálogo, que por no ser muy de relieve se escapan á la penetracion del actor ó al oído del espectador, por cualquiera de los mil accidentes que interrumpen en una ú otra localidad el silencio necesario ó distraen la atencion; y lo que decimos de las bellezas es asimismo aplicable á los defectos. Toca, pues, entre estas dos artes el primer lugar al poeta; el segundo al actor. La representacion puede añadir, y de hecho añade ordi-

nariamente atractivos al drama, pero no es necesario complemento de él, como algunos acaso lo imaginen. El cuadro está acabado y perfecto antes que el grabado lo multiplique, la imprenta solo puede y suele añadir erratas á la obra que reproduce hasta lo infinito; el músico instrumentista no ha compuesto las notas que traslada del papel á las teclas del piano, á los registros de la flauta ó á las cuerdas del violin; y no por eso dejan de ser artes muy útiles y mas ó menos meritorias el grabado, la imprenta y la música instrumental. Compárese, si se quiere, al actor respecto de una comedia con el padrino respecto del niño que saca de pila: uno y otro pueden lucirse, y con beneficio de lo que prohijan; pero ni aquel habrá compuesto la pieza de teatro, ni éste, pãadosamente juzgado, habrá engendrado el parvulito. Pueden existir los dramas sin los actores, como lo prueban muchos que no se han representado, y no todos por ser malos, así como viven muchas criaturas sin el agua redentora, si bien con la desventura de no admitirlas en su gremio la santa madre Iglesia.

La prioridad que acabamos de establecer entre una y otra arte no tiende á ensalzar á la una á expensas de la otra, sino á poner á cada cual en su verdadero lugar, circunscribiendo sus limites naturales; y en prueba de nuestra imparcialidad confesaremos que los escritores dramáticos serian, casi en su totalidad, pésimos representantes de sus propias composiciones. Y ¿cómo no, si muchos de ellos y de los mas notables, ni aun aciertan, á leerlas bien; esto es, de un modo que recree y cautive al auditorio? Y la razon es clara; ni hacen profesion de buenos lectores, ni para escribir excelentes dramas se ha necesitado nunca voz sonora, expedita pronunciacion y otras cualidades físicas de que no pueden los actores dispensarse. Hubo un *Lope de Rueda*, un *Shakspeare*, un *Molière* que fueron á la vez escritores y comediantes; pero solo en el primer concepto han pasado sus nombres á la posteridad, aunque sin duda en uno y en otro fueron sobresalientes; y estas y otras excepciones de que pudiéramos hacer mérito, aunque prueban, que un mismo sujeto puede ejercer simultáneamente ambas artes, dejan en pié nuestro aserto de que son independientes entre sí, sin embargo de su aparente analogia.

Pero sin conceder á la declamacion todos los titulos que algunos de sus adeptos se arrojan por exceso de amor hácia ella, ó

buenamente aceptan de amigos lisonjeros, sobrados son los que tiene á la consideracion, á la simpatía y al aplauso de las gentes. Haber de dar la vida á un cuaderno de pápel insensible y mudo; comprender y expresar los pensamientos ajenos como si fuesen propios, y esto aunque repugnen á su conviccion; amoldar su rostro á todo género de sensaciones y las inflexiones de su voz á todo linaje de acentos, haciendo cotidiana violencia á su índole, á su carácter, á sus hábitos particulares; llorar sin dolor, reír sin alegría, admirarse sin motivo, temblar sin miedo, enfurecerse sin ira, requebrar sin amor; hoy ser viejo y mañana jóven; hoy peon de albañil y mañana emperador; ahora católico y despues sarraceno; y lo que es mas, mujer en Madrid y hombre en Barcelona; ¡ cuántas facultades de alma y de cuerpo, cuánto talento de observacion, cuánta facilidad de imitacion, qué organizacion tan privilegiada, cuánta aplicacion, cuánta, perseverancia, que de improbas tareas intelectuales y mecánicas no requiere un arte que á tales condiciones está sujeto! Porque no le basta al que lo profesa ser apto para mostrarse poseido de las pasiones humanas, sino que en su imitacion ha de tener en cuenta las diferentes modificaciones, los distintos matices y accidentes que exige cada personaje, segun su carácter, su educacion, su categoria, y segun las diversas situaciones en que el autor le ha colocado; para lo cual necesita el actor estar dotado de una sensibilidad exquisita, y al mismo tiempo de la rara virtud de subordinaria al decoro de la escena, que siempre pide verosimilitud en semejantes espectáculos, pero muy rara vez consiente en ellos la desnuda y rigurosa verdad. Esclavo de la memoria, nunca le es lícito al cómico manifestar sus sentimientos con otras palabras que las que aprendió, ni aunque quisiera le seria posible hacerlo sin que en aquel punto se terminase la funcion entre silbidos estrepitosos. En una palabra, ha de fingir con toda la propiedad posible que habla y acciona por inspiracion propia; pero, como no le es dado fingir en las tablas ni mas ni menos que lo que otro fingió sobre el papel en su gabinete, es hombre perdido si cuando habla olvida que está fingiendo. La imitacion es la esencia de todas las artes, pero el poeta, el pintor, el músico, todos los artistas menos el actor cuentan con algun respiro, con algun ensanche en los medios de cultivar las suyas: aquellos pueden tomarse todo el tiempo

que quieran para corregir y limar sus obras, y aun el simple cantante puede impunemente apuntar tal cual nota, si no la alcanza bien, y hasta trasportar cláusulas enteras, quedándole siempre cierta libertad en lo que llaman *floriture*; pero no hay enmienda posible para el representante que dice un despropósito por falta de memoria ó de inteligencia. *Nescit vox missa reverti*. El poeta, cuyas concepciones se obliga el actor á comunicar de viva voz al público, ha podido elegir á su placer el argumento del drama, observando con calma y madurez los preceptos del arte; algunos de los cuales en vano quisieran proibir los anarquistas literarios, como el de *sumite materiam vestris qui scribitis equam viribus*, etc.; mas para el actor no hay *materiam*, ni *viribus* que valgan: bien puede proveerse de todas las fuerzas de Sanson, y de todas las caras de Proteo, ó ver para qué ha nacido. El poeta cuando se causa deja su trabajo *in statu quo*, y se va á paseo ó se echa á dormir: el comediante con pocos y breves intervalos ha de representar en dos horas lo que aquel pudo escribir en dos años. Al alumno de las musas le es dado en todo tiempo consultar con sus amigos ó con los libros, que son los mejores amigos; pero el cursante en la escuela de Roscio, interrumpirá el diálogo en que está empañado para interrogar sobre el sentido de una frase ó sobre el efecto de una transición, no ya á las tradiciones vivas que se conservan en los camarines y entre bastidores; no ya á lo poco que hay escrito sobre el arte de la declamación, sino aun al mismo autor de los versos que recita?

Sirven los ensayos de alguna compensación á tales desventajas, pero faltando como falto en ellos, menos en uno ó dos de los mal llamados generales, la decoración, el acompañamiento, los muebles, los trajes, y sobre todo los espectadores, siempre tiene mucho de improvisado y no poco de fortuito el estreno de una función.

Sin embargo, tantas fatigas y tantas contingencias, obtienen digno galardón en la celebridad, en la gloria á que pueda con ellas aspirar el actor mas sobresaliente? No por cierto. Oirá palmadas y vitores un día y otro; le celebrarán en los cafés, en los periódicos, en las sociedades, y hasta en los palacios; caerán á sus pies ramos, coronas, palomas, sonetos acrósticos; le halagará con mas ó menos contradicción el aura popular, mientras la juventud y la robustez no le abandonen ó el vulgo ingrato

y versátil no le arroje del pedestal para alzar en él un ídolo nuevo; gozará mucho de presente, ó al menos excederán sus satisfacciones á sus contratiempos; pero de los dones de su talento no quedará un solo testimonio auténtico á la posteridad; pues aunque la imprenta perpétue los versos, que no son suyos, no hay forma de imprimir la enérgica, la persuasiva propiedad con que los articuló, ni las actitudes, ni la expresión del rostro, ni nada en fin de lo que constituye su arte; y si de esto último pueden dar imperfecta idea el pincel ó el buril, solo será contrayéndola á lo mas gráfico y culminante de una escena dada; solo constará su mérito en tal cual ligero y diminuto y quizá apasionado artículo de crítica, á cuyo autor habrá que creer por su palabra; mas nada de positivo dejará en pos de sí, lo repetimos, ni á la admiración, ni á la enseñanza de las futuras edades. Así, no es de maravillar que la mayor parte de los actores sean tan codiciosos de aplausos, ni que á todo trance y hasta por medios nada legítimos se los procuren algunos; ni hay que culpar que á muchos les escueza y les irrite la censura, por mas fundada y comedida y amistosa que sea: lo que es inconcebible ciertamente es la heroica indiferencia con que ciertos comediantes adocenados suelen mirar todo lo que no sea huir cuanto puedan el cuerpo al trabajo y cobrar puntualmente su sueldo.

De no haber vida póstuma para el actor, es consecuencia necesaria el carecer de historia el arte de la declamación. Se hallarán, si bien se rebuscan, algunos datos sobre los lugares mas ó menos adecuados donde dieron principio y continuaron despues los espectáculos escénicos, pasando desde los templos donde primero se inauguraron á las plazas públicas y á las enercujadas sobre toscas y mal unidas tablas; de allí á corrales descubiertos; luego á mal llamados teatros á medio cubrir, y por último á otros que con el tiempo se fueron perfeccionando. Agustín de Rojas, Cervantes, Pellicer, Moratin y otros autores nos dirán algo de los lentos progresos que fueron haciendo las compañías de representantes, creciendo poco á poco en número y en condiciones de vida y acierto; sabremos cuándo depusieron nuestros cómicos las barbas de chivo que usaron como en equivalencia de las carátulas de los antiguos; averiguaremos cuándo principiaron á representar mujeres en lugar de los rapazuélos que suplian, tan picaramente como es de presumir, á esta

parte preciosísima del género humano, y nos informarán, en fin, aunque con poca precisión, de otros accesorios; pero á excepción de los elogios de tabla, en todo tiempo prodigados á los actores principales, nada nos dirán, porque nada pueden decirnos, de cómo los llegaron á merecer los que en efecto los mereciesen, al paso que nos contarán mil anécdotas de su vida artística y privada, que por lo general poca luz pueden darnos para investigar lo que unos ú otros ó todos juntos pudieron en cada época contribuir al perfeccionamiento del arte. Tendremos, pues, que fundar nuestras opiniones en meras conjeturas, á falta de documentos fehacientes.

Desde luego se nos ocurre, porque así hubo forzosamente de suceder, que el teatro representado siguió en sus progresos al teatro escrito; si bien á muy larga distancia, porque el segundo tiene vida propia, y el primero nunca hubiera salido de su ruda infancia sin el auxilio de otras artes.

Sabido es que el origen de nuestro teatro nacional fué bastante posterior á la formación progresiva del habla castellana, habiendo muerto, desde mucho antes que las belicosas milicias del Norte se repartiesen el despedazado imperio romano, el arte escénico que aprendieron de los griegos sin perfeccionarlo los Plautos, los Sénecas, y los Terencios. Sabido es asimismo que el renacimiento del drama en Europa, casi simultáneo en todas las monarquías que antes fueron provincias romanas, se debió á los sacerdotes del Crucificado, como muchos años antes lo inauguraron en Atenas los sacerdotes de Baco, y que si bien no puede negarse á nuestros cómicos tonsurados las mas sanas y piadosas intenciones, pronto se vieron estas lastimosamente malogradas, mezclándose á los santos misterios de nuestra religion, únicos argumentos de aquellos informes ensayos, no pocas ni leves profanidades, tanto mas reprobables, cuanto que las representaciones tenían lugar en los mismos templos. Contra semejantes abusos no tardaron en fulminar graves censuras los Sumos Pontífices y los concilios, durando, sin embargo, los escándalos, aunque reprimidos por intervalos mas ó menos largos, hasta muy entrado el siglo XV, y en algunos puntos hasta el siguiente. Se ve, pues, que los rudimentos del arte en esta segunda época nada tuvieron que envidiar á las heces y á la carreta de *Thepsis*.

La escena castellana, así inaugurada como á mediados del siglo XI, por el mismo

clero que mas adelante, y siendo harto menos reprobable y grosera, la habia de combatir tenaz y encarnizadamente, tardó mas de otros tres siglos en salir de la infancia, á lo cual hubo de contribuir en gran manera la especie de monopolio que del arte histriónico hicieron los cabildos eclesiásticos, cuyo personal no debía de ser el mas á propósito para dar á los fieles tan mundanos espectáculos, y tampoco es de extrañar que estos no se conociesen ó al menos no se generalizasen fuera de los templos, pesando ya en aquella época la nota de infamia sobre los representantes de oficio. Tambien fueron causa y poderosa de que por largas centurias se mantuviese estacionario el arte de la declamación las turbulencias de los reinados de Sancho el Bravo, Fernando IV, Alfonso XI, don Pedro, y todos los demás que siguieron hasta el de don Juan II, que, si bien borrascoso y agitado como el que mas, fué notable por el rápido incremento que en él tomaron todos los ramos del saber humano, y señaladamente la poesía, cultivada con brillo por los mismos magnates que traian al reino dividido en sangrientas parcialidades, y aun por el mismo monarca. Pero, si ya por entonces se representaron en los palacios de los grandes algunas farsas menos informes, y algo ganó la escena en regularidad y decoro, perdió lo poco que habia adelantado, y hasta casi de todo punto llegó á verse suprimida y olvidada con el advenimiento de Enrique IV al trono de Castilla, para dar al mundo, á falta de otros mas cultos, amenos é inofensivos, el triste y vergonzoso espectáculo de su impotencia física y moral, y el de los ultrajes y desventuras que trabajaron su deplorable existencia.

Del reinado de los reyes Católicos, glorioso por tantos títulos, y sobre todo desde la reconquista de Granada, data la verdadera creación de nuestro teatro, que nació, puede decirse, con el siglo XVI.

Sin dramas que tal nombre mereciesen, sin actores de profesion, y hasta sin teatros, ¿qué fué, qué pudo ser en España la declamación teatral en la época que hemos bosquejado? Un toscó embrión de lo que llegó á ser con el tiempo, un pensamiento mal digerido y apenas iniciado.

Juan de la Encina, clérigo, músico, poeta y representante, fué el verdadero padre de nuestro teatro. Sus composiciones dramáticas, ó mas bien bucólicas, aunque muy sencillas, se recomendaban por su buen lenguaje, fácil versificación, y cierta gracia

natural que aun hoy recrea en la lectura. Favorecidas primero sus églogas con la proteccion y aplausos de la corte, pasaron pronto á deleitar al público, y ya hubo cómicos seglares que las representasen; cómicas no: Hubiera sido demasiada temeridad para aquellos tiempos.

Desde entonces fué en aumento la afición á este ramo de literatura, cuyo cultivo facilitaban nuestras conquistas y ascendiente en Italia, mas adelantada á la sazón en artes y ciencias que el resto de Europa; y ya Plauto y Terencio principiaron á ser conocidos en España por traducciones mas ó menos libres, mas ó menos felices, si bien es de presumir que pocas de ellas llegaron á ser representadas.

Bartolomé de Torres Naharro aventajó mucho á su contemporáneo Juan de Encina, escribiendo en Roma, donde residió, varias fábulas cómicas de mayor extension y arte, y en lenguaje mas culto y adecuado, las cuales no tardaron en ser conocidas y aplaudidas en España. Á Naharro siguieron otros autores de crédito, tales como Vasco Diaz Tanco, autor de tres tragedias; las primeras que se escribieron en castellano, y que por desgracia no han llegado hasta nosotros; Cristóbal de Castillejo, mas célebre por sus composiciones líricas; Fernan Perez de la Oliva y otros muchos, viniendo luego á eclipsar la fama de todos ellos Lope de Rueda, que se distinguió no menos como famoso poeta dramático, para aquellos tiempos, que como hábil ó ingenioso representante.

Pero el mal gusto se había apoderado ya de nuestro teatro; para lo cual pudieron concurrir varias causas. 1.ª La indiferencia con que desde luego fueron miradas estas clases de tareas, y los que se dedicaban á ellas, por los que mas obligación tenían de darles estímulo y buena direccion, siendo solo lucrativas las facultades de teología, jurisprudencia y medicina, y mirándose en nuestras universidades con sumo desden la amena literatura, que por sí sola no conducía á los honores y empleos. 2.ª Las condiciones exóticas del breve reinado de Felipe I, las no muy favorables al desarrollo de las artes indígenas que en esta parte hubieron de deslucir el imperio de Carlos V, tan glorioso bajo otros conceptos; pues sabido es que sus incesantes guerras, los graves negocios que de continuo le abrumaron y hasta el gran número de estados que llegó á reunir bajo su dominacion no le permitian largo asiento en ninguno, ni

parece que codiciaba mucho la residencia de España, pues no la tuvo permanente en ella hasta que abdicando todas sus coronas, le plugo acabar sus dias en el monasterio de Yuste. 3.ª Lo mucho que ya se había generalizado la lectura de los libros de caballería, que legaron á la escena, con sumo beneplácito de la ignorante multitud, sus maravillosas monstruosidades. 4.ª La infinidad de comedias y autos que pusieron en accion los misterios de nuestro dogma religioso, y las vidas de todo género de santos, patriarcas y profetas, vírgenes y ermitaños, mártires y confesores; no sin mezclar lo cómico con lo trágico, y lo místico con lo profano.

Con el mayor aparato escénico, y con el establecimiento de teatros fijos, malos ó buenos, creció la manía de complicar, ó por mejor decir, embrollar la fábula dramática hasta hacerla absurda; y aunque no faltaron escritores que tradujeran y publicaran las poéticas de Aristóteles y de Horacio, y aun alguno (Alfonso Lopez, llamado el *Pinciano*) compuso otra con juiciosos preceptos para la dramática, nadie se cuidó de observarlos, ni de imitar los buenos modelos griegos ni latinos, ni menos las pocas obras originales que por entonce se escribieron con alguna regularidad. Ni el mismo Cervantes, á pesar del peregrino talento que en otro género de tareas le immortalizó, y sobre todo en su *Ingenioso Hidalgo*, logró dar acertada direccion al teatro, ni siquiera á producir dramas, cuyo relevante mérito, en lo que permitía la indisciplinada escuela vigente, diesen á la misma aquella brillante sancion que despues recibió del popular y fecundo Lope de Vega.

A este fenix de los ingenios castellanos han acusado algunos de corruptor de nuestra escena. Inculpacion injusta: harta corrompida la halló, y si de algo se le puede culpar es de no haber llevado á ella la correccion, la sobriedad, la verosimilitud, como llevó la sana doctrina moral, la bella pintura de varios caracteres, el patético interés de muchas situaciones y tantas galas de elocucion y de poesía. Para haber obrado en el teatro español una reforma mas filosófica, mas completa, sobraron á Lope la inteligencia, la erudicion y el injujo. No lo hizo así porque, halagado con una larga y no interrumpida serie de triunfos hasta los últimos años de su vida, gustó de dejar que campease libremente su lozana imaginacion, y pudiendo imponer leyes á un público que le adoraba, prefirió recibirlas de

él, si leyes fueron los aplausos con que á porfía y sin exámen eran acogidas todas sus tareas.

Siguieron y perfeccionaron esta nuestra escuela dramática novelesca otros ingenios, si no tan fecundos, superiores acaso á Lope, cuál en una, cuál en otra de las dotes que las obras de teatro requieren: Tirso de Molina y Moreto, dando á sus fábulas mas intencion cómica; Alarcon siendo mas doctrinal y de frase en general mas correcta y menos afectada que todos los dramáticos contemporáneos; Rojas con dar mas lugar al juego de vehementes pasiones y mas nervio al diálogo; todos con aumentar el artificio y dar mas regularidad y verosimilitud á la accion en lo posible, atendido el sistema adoptado; y sobre ellos Calderon, que en todas estas cualidades, menos en la de la facil versificacion, en que no llegó á Lope ni á Tirso, los aventajó á todos. Él llevó la patria escena á su apogeo, y con sus últimos alientos principió á decaer rápidamente, valetudinaria en Candamo, mas que achacosa en Zamora, y muerta en fin con Cañizares.

Con el advenimiento de la casa de Borbon al trono castellano, se fué introduciendo en nuestra literatura dramática, lenta, trabajosa y estérilmente otra escuela mas sujeta á los preceptos de Aristóteles y Horacio, aunque menos lozana y espléndida: la escuela francesa; pero si bien hizo perder mucha influencia al magnifico repertorio nacional del siglo XVII, con nada notable lo reemplazó hasta fines del XVIII, pues casi todo el surtido de nuestros coliseos se reducía á malas traducciones ó infelices imitaciones de obras francesas ó italianas, no todas selectas, hasta que escritores de mas instruccion y criterio, como Ayala, Trigueros, Huerta, Jovellanos, Ferner, Iriarte, Cienfuegos, Quintana, y otros principiaron á dar nueva vida á nuestra escena con dramas originales de indudable mérito. Coetáneo de todos ellos, y muy superior en el género cómico, fué don Leandro Fernandez de Moratin el regenerador de nuestro teatro; esto es, en cuanto á darle animacion y gloria; que por lo que respecta al principal objeto de la musa dramática, que es el de representar hechos y costumbres de la vida humana con tal apariencia de verdad que commuevan, interesen y persuadan como si realmente estuviesen sucediendo; en este concepto, repetimos, fué su verdadero fundador, aunque sean muy estimables los ensayos en que

con el mismo propósito le precedió don Tomás de Iriarte.

Por desgracia, si desde su primer comedia *El viejo y la niña*, hizo tanto en favor de la razon, de la decencia y del buen gusto, su semilla, de superior calidad, pero escasa, pues entre originales é imitadas apenas pasan de media docena las comedias que quiso escribir, no fructificó tanto como hubiera sido de desear, porque en su tiempo estragaron de un modo lastimoso el paladar del público los Valladares, los Comellas, los Zavalas, y otros *ejusdem farinae* con un género de drama espurio y plebeyo, que, si pecaba menos que el creado por Lope de Vega contra las unidades horacianas, lánguido y pobre en la versificacion, trivial y mas que humilde en el estilo, vulgarísimo en la doctrina, infeliz en la trama, solo tenia el mérito negativo de no apoyar máximas contrarias á los dogmas de la Iglesia católica, á las buenas costumbres ni á las regalías de S. M. El mismo Moratin ajustició en su inmortal *Comedia nueva* á este Diocleciano del sentido comun, con su forzado séquito de presos y alcaldes, emperadores y soldados, víctimas y verdugos, Tarquinos y Luercias, y sitios y batallas, y Rusias y Suecias, y clamores soporíferos y hambres calaguritanas. Pero el público, ¡ni por esas! Una parte de él, la mas ilustrada, empezó á conocer lo bueno y á gustar de ello; faltaba, sin embargo, quien se lo diese, al menos con la frecuencia que la ya iniciada revolucion teatral demandaba; y entretanto para dar gusto á los mosqueteros sobraban dramotes de espectáculo mal traducidos del francés, y absurdos comedones de magia groseramente servidos y decorados, alternando unos y otros con el caudal antiguo, que ya principió á no estar muy en boga.

Mañquez, de vuelta de su viaje á Paris, sobre dar al arte de la declamacion grande impulso, como veremos mas adelante, no contribuyó poco al auge y perfeccionamiento de la literatura dramática. Actor sobresaliente, inspiró á algunos buenos ingenios composiciones dignas de ser interpretadas por él, y celoso director de escena, ó formaba con su ejemplo, ya que no con su enseñanza, otros actores recomendables, ó hacia que á su lado pareciesen tolerables aun los mas medianos: por tanto, logró ya un regular conjunto en las representaciones; el ejercicio era ya arte, y el otro su compañero hacia visibles progresos,

La guerra de la independencia vino á paralizarlos. Durante la dominacion francesa, en Madrid apenas se alimentó la escena de otra cosa que de traducciones; poco mas dió de sí la musa castellana desde 1814 á 1820; del 20 al 23 hizo algo mas, y aunque no dejaron de viciarla en otro sentido las comedias de *circunstancias*, ya principiaron á darse á conocer como buenos autores dramáticos, y mejores lo fueron despues, algunos que no nombramos porque pertenecen aun á la literatura militante, y entre ellos don Manuel Eduardo de Gorostiza, hoy ciudadano mejicano. Terminado aquel periodo de gobierno constitucional, como de todos es sabido, y un tanto amortiguado el espíritu de acerbá reaccion que le siguió, las aras de Talia recibieron mas frecuentes ofrendas, si escasas fueron las que á Melpómene se tributaron, pero siguiéndose en unas y en otras los buenos principios que venian prevaleciendo en el teatro francés desde que á tal perfeccion lo llevaron Molière y Regnard, Cornille y Racine. Si el número de las traducciones excedió con mucho al de las obras originales, por lo mezquinamente que estas eran remuneradas, y si no siempre se elegian para versiones de *pape lucrando* los mejores textos, al menos se encomendaba de ordinario esta clase de trabajos á plumas discretas y ejercitadas, que sabian españolizar en lo posible los ejemplares franceses; y aunque no todos los dramas inventados por nuestros ingenios se eximiesen de cierto dejo traspirenático, consecuencia necesaria de los estudios de sus autores y de la larga y no siempre voluntaria residencia de algunos en el extranjero, no faltaron comedias, que pudieron entonces y pondrán ser ahora juzgadas diversamente bajo otros respectos, pero á las cuales nos parece que no sería justo negar la cualidad de esencialmente españolas.

Dado el impulso, ya no se cejó en él un solo instante, y coincidiendo el restablecimiento de las libertades públicas con la ilimitada de la escuela llamada *romántica*, importada tambien de los franceses, que la habian tomado de los alemanes, la poesía escénica tomó en Castilla un vuelo portentoso y ostentó una actividad febril que la expusieron á morir de plétora, como antes habia muerto de inanición. ¿Qué mucho, si de pronto sacudió el yugo de la censura frailerá y el de las terribles y tiránicas *unidades, rémoras del talento y verdugos de la imaginación*?... Por for-

tuna, duró poco tiempo entre nosotros la anarquía literaria. La pugna de los dos sistemas *clásico* y *romántico*, sostenida en uno y otro bando por diestros y denodados campeones, dió por resultado la comun avenencia; se restablecieron en su fuerza y vigor los cánones antiguos que lo merecian; escarmentó el público la sobrada desenoitura de algunos novadores, admitiéndose, no obstante, como máxima fundada en la naturaleza, la prudente y bien entendida mezcla de lo cómico con lo trágico, de lo grande con lo pequeño; no se hicieron *cuestiones de gabinete* las de mera forma; se refundieron todas las reglas de los preceptistas en una sola, que en efecto las abraza todas, la vero similitud, y sin poner ni sobre un ara supersticiosani en tela de juicio los aforismos de *Boileau*, convinieron tirios y troyanos en lo de:

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux.

Así llegó á su mayor auge el teatro nacional y á ser tan fecundo en notables producciones como en sus mejores tiempos, y acaso muy superior á todos los de Europa en nuestros días, sin excluir los de Francia, á los cuales por espacio de cerca de dos siglos nadie habia disputado la primacía. Solo faltaba al lustre de la escena emancipar de la tiranía y de la codicia de las empresas á los autores, y esto en parte se logró con las reformas publicadas por real decreto de 7 de febrero de 1849 y con la creación del Teatro Español organizado por otro real decreto de la misma fecha; pero esta fundación, que tanto honra al ministro que primero la concibió, señor don Antonio Benavides y al señor conde de San Luis que luego con algunas importantes modificaciones lo llevó á efecto, solo ha subsistido dos años, y á duras penas, por causas harto conocidas y cuya explicacion no entra en nuestro propósito. Tenemos empero la íntima confianza de que el gobierno, y en caso necesario las Cortes, proveerán lo necesario á que nuestra escena no vuelva á la postracion de que ya se alzaba gloriosa; que por los que pueden y deben fomentar este interesante ramo de literatura no tornará á afectarse la indiferencia de que casi siempre fué víctima; que reconocida universalmente la necesidad de un teatro modelo, sostenido con una decente subvencion, que no sea gravosa á los demás, no se relegará al olvido, quedando en este punto postergada indefi-

nidamente la nacion española, no solo á la francesa, sino á otras que no nos aventajan, que no nos igualan siquiera en ilustracion ni en recursos ni en patriotismo.

Hecha ya de nuestra historia dramática literaria una fiel reseña y tan abreviada como nos ha sido posible, quisiéramos seguir paso á paso los progresos de la declamacion en España, al menos desde que, dejando los templos que profanaba, pasó á las plazas y á los corrales; pero en obsequio de la mayor brevedad tomaremos el punto de partida desde donde lo tomó *Agustin de Rojas* en su *Viaje entretenido*, y cuando hayamos hecho ver, siguiendo á este autor, el mas calificado para nuestro intento, que á principios del siglo XVII todavía estaba el arte poco menos que en mantillas, nadie echará de menos un bosquejo de lo que fué durante la anterior centuria.

Al perfeccionamiento del teatro práctico se opusieron hasta los tiempos de aquel famoso comediante y en mayor ó menor escala las causas siguientes: la falta de coliseos fijos; y aun despues de haberlos, su mezquina é imperfecta construccion: la mala organizacion de las compañías y escaso número de sus individuos: la ausencia de toda policia y buen orden en los espectáculos escénicos: la condicion legal de los actores: las relaciones sobrado familiares entre los *mosqueteros* y los cómicos, nada favorables ni á la dignidad de estos, ni á la ilustracion de aquellos, ni á la mejora de las costumbres y del arte que habria de corregirlas: la carencia de una acertada direccion de escena en todos los ramos que debe abrazar, y de medios materiales para ella: la multitud de representaciones privadas con el nombre de *particulares*: los autos sacramentales: la falta de crítica literaria, y por último, la indole especial de la literatura dramática de aquel tiempo. Vamos á exponer sumariamente lo que consta de datos auténticos sobre cada uno de los puntos que acabamos de designar.

Coliseos. Hasta muy mediado el siglo XVI no contaban los cómicos en ninguna parte con localidad fija donde dar representaciones, viéndose por tanto reducidos á disponerlas sobre malos tablados que de improviso alzaban en cualquier corralo que al efecto alquilaban, ó en el patio de un meson, ó en las plazas públicas como ya lo dejamos apuntado. Dos piadosas cofradías de Madrid, la de la Soledad de Nuestra Señora, y la de la Pasion de Nuestro Señor

Jesucristo, viendo que de dia en dia se aumentaba la aficion del pueblo á las fiestas dramáticas, imaginaron, con el objeto de subvenir á los gastos de diversos establecimientos piadosos que tenian á su cargo, comprar los corrales mas espaciosos y mejor situados que encontraron para que en ellos se diesen representaciones teatrales, pagando un tanto las compañías de actores á las citadas cofradías, cuyos intereses corrieron unas veces unidos y otros separados, hasta que definitivamente se asociaron para beneficiar estos arbitrios, que consta haber principiado á regir en 1568. Despues se fueron añadiendo á los teatros nuevas cargas para otras casas de beneficencia.

Dichos corrales fueron tres al principio; á saber, uno en la calle del *Principe*, otro en la de la *Cruz*, y uno tercero en la del *Lobo*, que luego dejó de aplicarse á tan útil y filantrópico objeto. Las principales ciudades del reino tardaron poco en imitar el ejemplo dado por la capital, y estos humildes asilos de Talia algo contribuyeron á que la profesion histrionica prosperase, pues por su cualidad de permanentes excusaban improbas diligencias y acaso mayores dispendios á las compañías que ambulaban de una poblacion á otra; pero estaban al descubierto y desmantelados, sin ninguna comodidad para el auditorio y con muy escasos materiales para la propiedad de las representaciones. Así y todo, se mantenian en la corte dos compañías que se relevaban con frecuencia, y aun hubo temporada en que llegaron á juntarse tres; dos españolas y una italiana, dirigida por un tal *Ganasa*, que llegó á hacerse célebre y rico alternando sus farsas arlequinescas con todo género de grotescos alienantes para atraer á la multitud, tales como volatines, títeres, monos y pulchinelas; que de tan larga fecha data entre nosotros el preferir lo extranjero, bueno ó malo, á lo de casa. Verdad es que las representaciones no eran continuas, pues además de los de la Cuaresma se exceptuaban muchos días; mas de tanta actividad se infiere naturalmente que hubo de generalizarse mucho, y relativamente mas que ahora, la pasion de los madrileños á semejantes diversiones, pues á la sazón no debió de contar la villa coronada ni aun la cuarta parte de la poblacion que hoy tiene: y es de advertir que con las públicas alternaban muchas funciones privadas de la misma naturaleza.

Por fin, ya en los sitios mencionados

fundaron las obras pías sus dos teatros de planta; el de la Cruz en 1579 y el del Príncipe en 1582; pero todavía distaban mucho de la holgura, comodidad y buena distribución á que han llegado en nuestros días; todavía el patio, que no compondría menos de un tercio del local, no tenía otro cobertizo que el del cielo y un mal toldo que en el rigor estió le defendiese del sol, y aun se reputó por entonces gran primor el empedrarlo; todavía la mayoría de los espectadores asistía de pié á la función, y gran parte de los asientos no eran fijos y obligados, sino alquilados *ad libitum* y amovibles. Los aposentos (patcos) eran casi todos de propiedad particular, por hallarse en las medianerías de las casas contiguas, cuyos dueños los disfrutaban por sí, mediante una retribución á las de misericordia, ó los subarrendaban á quien mejor les parecía. Desde estos aposentos se veía la comedia por medio de ventanas, rejas ó balcones y usaba de celosías el que lo tenía por conveniente. Por consecuencia, no hablemos ni de visualidad, ni de simetría en el edificio, ni de compostura y silencio en el público, ni de aquella especie de unidad, de aire de familia, digámoslo así, que la regularidad y buen orden de un espectáculo y el decoroso y no interrumpido contacto entre los que lo presencian forman en ellos instintivamente. Para mayor confusión y molestia se pagaba al entrar, y no de una vez, pues cada cofradía cobraba lo suyo, y los cómicos lo que les pertenecía. Con harta razón continuaron nuestros teatros llamándose *Corrales* por espacio de muchos años, y si aun después de desaparecer casi todo lo que de tales tenían se les conservó semejante apodo, no hay que achacarlo solamente á la costumbre, que aun viven muchos de los que en ellos gozaron casi tan discreta y amplia libertad como la que hoy es permitida en las plazas de toros.

Siguiendo la historia arquitectónica de los dichosos *teatros-corrales*, diremos, para orillar de una vez esta materia, que ninguna mejora esencial lograron en todo el siglo XVII, en que tantos laureles le cifieron nuestros poetas dramáticos, ni en casi los dos primeros tercios del siguiente. Tales eran y estaban, que para hacerlos tolerables se les aplicó el remedio casero de demolerlos, y ya en forma mas conveniente, y que dando todos los espectadores á cubierto de la intemperie, se reedificaron el de la Cruz en 1757 y el del Príncipe en 1745, á

costa de la villa, en la cual habia recaído la propiedad de los terrenos, no sin crecidas gabelas, que aun se aumentaron después. El del Príncipe fué pasto de las llamas en 1802, y otra vez construido de planta por el arquitecto Villanueva con inteligencia y buen gusto. Este mismo coliseo aun ha sufrido reformas parciales en nuestro tiempo, hasta la reciente y mas radical que de él se hizo al erigirlo en 1849 en *Teatro Espanol*, ahora cesante de este empleo hasta que Dios mejore sus horas, habiendo quedado de resultados de su última refundición muy lindo, y aun lujoso, si bien con escasos desahogo en camarines, dependencias, transitos, etc., por no permitir otra cosa lo exiguo del terreno. Al de la Cruz se le han echado en varias ocasiones, ninguna de ellas muy remota, diferentes remiendos y tapas y medias suelas, pero sumamente defectuoso en su construcción cardinal, y ruinoso además, solo apelando al consabido expediente de reducirlo á escombros, para levantar otro mas digno en el sitio que ocupa, se le podría redimir de su pecado original.

Hablemos ahora del teatro de los *Caños del Peral*, aunque respecto de la declamación, propiamente así llamada, apenas tiene historia, la de su influencia en la literatura nacional fué, es y probablemente será harto lastimosa, y la del edificio en sus varias vicisitudes asaz deplorable. El que quiera informarse de todo esto muy circunstanciadamente, lea la Memoria histórico-artística de dicho coliseo, escrita con sumo esmero por nuestro amigo el señor don Manuel Juan Diana é impresa con elegancia en la Imprenta nacional. A nuestro propósito basta dejar sentado que, si bien posterior en mas de un siglo á los de la Cruz y el Príncipe, pues su primer *conato* de construcción tuvo lugar en 1704, no fué menos humilde su origen que el de aquellos, porque allá se van con los corrales los lavaderos públicos que entre barrancos y lodazales sirvieron de asiento á la mala compañía de italianos cantantes y pantomimos que lo inauguró y á los pocos meses lo hubo de abandonar por no morir de hambre. Otra compañía de la misma especie, pero algo mejor acondicionada, arrendó el local y construyó sobre él un mezquino teatro, tanto que habiendo quebrado la empresa en 1713 y cediéndolo para pagar sus deudas, la fábrica entera con todas sus servidumbres interiores y exteriores, incluso los muebles, y no excluidas las decoraciones, se justipreció en treinta mil reales. Poste-

riormente se adjudicó el teatro de los Caños á otra compañía de ópera italiana, que tambien representaba algunas comedias en su idioma, y obtuvo gratis el privilegio de explotar su mista industria, pues aunque á instancia del ayuntamiento se aumentaron ocho maravedises por entrada á beneficio de la villa, los italianos se los embolsaban. La novedad del espectáculo, singularmente en lo lírico, y la preferencia que le daban ya entonces las clases acomodadas, arruinaba á las pobres compañías españolas, y creyendo aquel gobierno protegerlas, (¡es mucho creer!) dispuso que las representaciones exóticas tuviesen lugar de noche para no hacer mala obra á nuestros cómicos, que trabajaban por la tarde y á veces por la mañana, pero siempre con franqueza castellana, á la luz del día. Ya se deja inferir que este remedio fué peor que la enfermedad, pues al público le pareció mejor en las funciones teatrales la luz de artificio que la del padre Febo, como era de esperar; y cuando á proceder así no le hubieran movido otras razones que están al alcance de todo el mundo, la moda hubiera bastado á determinar su predilección. Lo singular del caso es no haber dado en ello nuestros comediantes y apresurados á adoptar una novedad que tanto séquito tenía; pero ¿quién sabe si se lo prohibió la superioridad? Sea de esto lo que fuese, es lo cierto que hasta principios del siglo que acaba de mediar, la comedia española, ó no ganó para acoberte, ó contemplando el limpio y despejado cielo que nos alumbra, creyó buenamente que podía excusar ese gasto superfluo.

Con tantos mimos no era mucho que el acariciado huésped cobrase bríos y creciesen sus pretensiones, que por fin se vieron satisfechas con la demolición en 1737 del mezquino edificio donde se alojaba y su inmediata reconstrucción en área mas extensa, que facilitó mejores proporciones para el servicio de la escena y mas comodidad para el público. En fin, aunque no un modelo de buena arquitectura, quedó de esta hecha el teatro de los Caños del Peral muy por encima de los dos consabidos corrales en capacidad, en decencia y hasta en cierta elegancia relativa. En él, con todo, no hubo de prosperar mucho por entonces la compañía italiana, acaso porque no pudo sostener le rivalidad de otra que aun muy superiores elementos en todos sentidos trabajó al mismo tiempo en el real coliseo del Buen Retiro. Elle es que desde 1740 á 1745 se

representaron en el de los Caños comedias españolas. Los italianos volvieron á posesionarse de él; pero cerrados todos de real orden en 1777, hasta diez años después no volvió á abrirse el de la ópera. Desde entonces fué cada día en aumento la boga de este espectáculo, reforzado con los bailes que en la misma escena simultáneamente en cada noche, ó en oportuna alternativa se ejecutaban. Ya no se escaseaba ningun gasto para dar pompa y lucimiento á estas funciones, y á fin de pagar á los mas célebres cantantes de Europa los crecidos sueldos que exigian para satisfacer la anhelante curiosidad de los flarmonicos y danzofilos madrileños, como la sentradas no bastasen á tanto, los fondos municipales ó los del erario cubrian el déficit. La aristocracia de hiraba por los alumnos de Orfeo y de Terpsicore; la *Todi* fué objeto de una verdadera idolatría, y no menos la *Banti*, émula de sus triunfos; casas de las primeras en timbres y riqueza entre las solariegas de Castilla tiraban á arruinarse compitiendo pertinazmente en regalar y deliciar quien á una, quien á otra de aquellas y otras princesas de teatro: en una palabra, el fanatismo por el baile y la ópera, por esta última sobre todo, aunque en época mas reciente ha podido parecer exagerado y hasta ridiculo, nada ha sido comparado con lo que fué en Madrid á fines del siglo pasado y principios del presente. La lucha no podia menos de ser muy desventajosa para el pobre verso español, que por no parecer tuvo que recurrir al auxilio de operetas francesas, y alguna que otra española, sin renunciar á la tonadilla, mas antigua en nuestras tablas, ni á las píruetas francesas ó italianas, no sin descrédito y humillación del castizo bolero y del indigena fandango. Apresurémonos empero á confesar que no todo fué exótico en el nro teatro. Ministros ilustrados y otros personajes, animados de celoso patriotismo, hicieron laudables esfuerzos para crear la ópera española; llegó á representarse una con mucha aceptación; su título, *la Isla del placer*, escrita por don Vicente Martí, acreditado profesor; á este ensayo siguieron otros bastante felices, aunque reducidos á breves composiciones sacras ó profanas, y la protección á la música y cantantes del país llegó á ser tan decidida, que el gobierno prohibió en 1801 la admisión de extranjeros en nuestros teatros. Otra gloria cupo al de los Caños: la de haber representado en él á su vuelta de Francia el célebre Isidoro Malquez, empe-

zando ya á ganar sin contradiccion los laureles inmarcesibles que ciñeron su frente.

Poco vivió ya el referido coliseo, y aun esto arrastrando una existencia lánguida y enfermiza, ora en brazos de Talla y Melpómene, ora en los de Terpsicore y Euterpe. Las prodigiosas campañas de Napoleon, sus no interrumpidas victorias, tantos tronos por tierra, tantos otros mal seguros en sus cimientos, tantas revoluciones consumadas ó inminentes, hicieron enmudecer las musas. Por otra parte, fuese verdad ó pretexto, se dijo que el susodicho teatro amenazaba ruina, y por los años de 1804 ó 1805 hubo de cerrarse, para no volverse á abrir hasta el carnaval de 1811, en que se habilitó para bailes de máscaras, que se repitieron en el de 1812. Teatro político, no ya lirico ni de declamacion ni coreográfico, todavia hizo el notable servicio de dar acogida á la representacion española en las Cortes de 1814, muertas de mano airada. Mas adelante se decretó su demolicion, que tardó un año, y su reedificacion, que tardó mas de treinta. Es verdad que la mayor parte de ellos mas ha dormido que progresado la obra; es verdad tambien que se han invertido en ella millones que hubieran sobrado para erigir una magnífica catedral, y materiales que en cantidad y calidad hubieran venido muy holgados á una ciudadela; es cierto que, así como el salon de Oriente sirvió por espacio de muchos años para el Congreso de los diputados, pudo darse definitivamente esta aplicacion al edificio, asignando el Estado una parte de las crecidas sumas empleadas en el palacio costeado *ad hoc*, á la construccion de un teatro mas ligero, aunque no menos cómodo y elegante, y situado mas en el centro de la poblacion; no es dudoso que ese sempiterno expediente admitia otras varias resoluciones de evidente utilidad, en cuyo exámen no queremos entrar, y tampoco ofrece duda, porque la experiencia no ha tardado en demostrarlo, que el nuevo coliseo causará la ruina de cualquiera otro que no sea de poco mas ó menos, como ya ha causado la del *Teatro Español*, y otros dos ó tres, y que aun así no podrá vivir de sus propios rendimientos, porque si continúa sirviéndose con el lujo que ha ostentado en su estreno, sus gastos han de exceder en mucho á sus productos, aunque siempre se ocupen todas las localidades; y por otra parte, á poco que se economice en el número y calidad de cantantes, profesores para la orquesta, coros y acompañamiento, partituras y decoracio-

nes, los ingresos habrán de disminuir considerablemente. De este círculo fatal no se puede salir, porque la poblacion de Madrid no reúne las condiciones de las de Londres y París, y aun de las de Nápoles, Viena ó Milan, para sostener dignamente tan ostentosos espectáculos, á menos de conceder á la empresa que haya de entender en ellos una subvencion de treinta mil duros anuales por lo menos; cosa que no parece ahora muy realizable, pero de que no nos pesaria, siempre que se principiase dispensando igual beneficio al Teatro Nacional, mas benemérito y mas necesitado. Pero el hecho es que, celebrado por unos, mordido por otros, tenemos en Madrid un teatro mas, y este tan capaz, bien distribuido y lujoso como cualquiera de los mejores de Europa, aunque irregular y mazacote en su exterior, que si ha costado mucho, tambien dice el refrán *á buen bocado buen grito*; que haber hecho lo que se ha hecho y no otra cosa, es prueba de loable constancia; que estaba de Dios que había de ser una vez mas coliseo público y coliseo para canto y baile el que tantas veces lo fué: *sibi constet*; que esta clase de edificacion tenia sobre cualquiera otra la preferencia que dan los derechos adquiridos; que á menos de restituir el terreno á su pristina aplicacion de caños y lavaderos, lo que procedia es lo que se ha llevado á efecto; y últimamente, que pues el edificio en cuestion *amphora capit institui*, bueno es que no haya razon para exclamar *¿cur urceus exit?*

Volvamos á nuestro carril, que ya hemos divagado mas de lo regular.

Mala organizacion de las compañías y escaso número de sus individuos. Ya en otro lugar hemos apuntado que los cómicos españoles vivieron en perdurable ambulancia desde que empezó á ejercerse esta industria por los profanos, y que á esta vida errante les obligaba en un principio la falta de teatros fijos, buenos ó malos. Añadiremos ahora que, aun despues de logrado este progreso continuó siendo trashumante la profesion en todo el siglo XVII y la mayor parte del siguiente, hasta cuya época la mayor temporada en que cada compañía usufructuaba un coliseo dentro ó fuera de Madrid no pasaba de dos ó tres meses; y esto sucedió, sin duda, porque el número de personas dedicadas á la vida de la escena creció en proporcion del de comedias que se escribian, y el público, amigo de la variedad en todo tiempo, no solo queria satisfacerla en punto al reper-

torio dramático, sino al de los muchos comediantes que se disputaban la honra de comunicárselo por ojos y oídos. Se relevaban, pues, frecuentemente las compañías hasta turnar cuantas valian algo en todas las poblaciones importantes, y las menos hábiles, donde podian. Ahora bien, gentes que pasaban la tercera parte del año en portearse ellas y su mezquino y forzosamente derrotado equipaje por esos caminos de Dios (del diablo dirian otros), ¿qué estudios sérios podian hacer, qué espacio ni facilidad tenian para la atenta observacion de una sociedad en la cual solo eran huéspedes transeúntes? Por otra parte, la formacion de tales compañías tenia que resentirse de la misma vida traqueteada que llevaban. Antes que el interés del arte, era fuerza consolar la necesidad de llevarse bien y de ayudarse reciprocamente en los contratiempos y las privaciones á que de continuo se exponian. Eran, pues, aquellas asociaciones otras tantas familias, en que se procuraba que todos ganasen, si quiera mecánicamente, el pan que todos comian, y como este no abundaba, si hemos de creer á mas de un indio vehemente, era tambien muy natural que se escatimase en lo posible el número de bebidas. El donoso Agustin de Rojas dice sobre este particular cuanto puede apetecer el curioso lector, y lo dice con gracia tan peregrina y franqueza tan candorosa, que por no extendernos demasiado renunciaremos con sentimiento á copiarle. Diremos solo que por testimonio suyo habia hasta ocho maneras de compañías y representantes y todas diferentes, á saber: *bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bogiganga, farándula y compañía*, contando desde una sola persona hasta *doce*, de que en su máximo solia componerse una compañía ya merecedora de este nombre. El verídico autor prueba este aserto en la loa que él mismo compuso para la presentacion de su compañía en Valladolid; todos sus individuos son interlocutores en la loa, y resultan ser tres mujeres, ocho hombres y un niño. Aviértase que ya corria el siglo XVII, y que Valladolid era á la sazón la residencia de la corte. Tan reducido número de actores no alcanzaba al de personajes que actúan en la mayor parte de los dramas contemporáneos; y una de dos, ó para facilitar de cualquier modo su representacion eran impuramente refundidos y multilados, ó habia cómico á quien se repartian dos y aun tres papeles distintos.

Son muy obvias las consideraciones que de esto contra los progresos del arte se desprenden, y siendo ocioso, por lo mismo, el explicarlas, pasemos á otro asunto.

Ausencia de toda policia y buen orden en los espectáculos escénicos. Ya en gran parte hemos probado esta triste verdad al reseñar la imperfecta é incómoda construccion de nuestros teatros, y su no menos viciosa administracion. Donde era tan limitado el número de espectadores que viesan la funcion sin codazos y apretones y angustias, y sin riesgo de que el sol los quemase ó los calase un aguacero; donde casi tenian que pagar cuarto á cuarto los pocos que costaba el espectáculo, por ser muchos los partícipes y hacer todos ellos en el acto su cobranza, dando ocasion tan extraña práctica á disputas, fraudes y extorsiones, erán punto menos que imposibles el decoro y la compostura que todo teatro exige, si quiera sea corral. Muchos eran los que con especiosos pretextos, y aun sin dignarse de allegar ninguno, se colaban sin pagar. En su primera loa se queja ya de este abuso el mencionado Rojas.

..... Entran sin dinero
Paje, ruñan, valiente y caballero. *

Así lo dijo, *coram populo*, que no se mordía la lengua el desenfadado representante; y como, tras de divertirse gratis, todavia se propasaban á insultar á los pobres comediantes, añadió:

* Barbaro, simple, bestia, almidonado.
Poeta, bachiller, valiente, ó nada,
Ya que no pagues, no seas mal criado,
Pues por hablarnos bien no pierdes nada. *

Habia entonces y subsistió mucho tiempo despues otra costumbre, capaz por sí sola de acabar con el último rasgo de grata ilusion que tan informes espectáculos pudiesen insinuar en el ánimo mas entusiasta: la de venderse durante la funcion agua, aloja, vino tambien, probablemente, confituras, torrados, piñones, etc., y por último, la gente menuda del patio, los llamados *mosqueteros*; tales eran de belicosos y atrevidos!, ejercian impunemente ilimitado imperio sobre los actores y los autores y el resto del público, ora con aplausos, ora con silbidos, denuestos y otros adherentes mas significativos. Esto, como ahora se dice, no necesita comentarios.

Condicion legal de los actores. En esta parte, los de España libraron mucho me-

lor, desde que los hubo, que los de otras naciones cultas, sin excluir la cultísima Francia. Las leyes los infamaban sin razon, es cierto, pero las costumbres templaban en gran parte ó casi anulaban al rigor legal; y en tanto, lejos de arrojarlos de su gremio la Iglesia, negándoles hasta la sepultura, como sucedía en Paris con el gran *Molière*, y como hasta en nuestros dias ha acontecido á otros compatriotas suyos, con escándalo del mundo civilizado, sinó los panteones de los reyes como á *Garrick* y otros actores ingleses, se franquearon los de grandes y nobilísimos señores, en esta nacion católica por excelencia, al buen *Lope de Rueda* y á otros. Pero aun así, gozaban los comediantes españoles, como clase, de escasa consideracion, pues desde la primera autoridad civil hasta el último de sus esbirros podian vejarnos, multarnos y prenderlos sin mas ley que su antojo, y esta falta de independencia y de respetabilidad colectiva, hubo de ser uno de los mayores obstáculos para el lustre y crédito de la profesion. La profesion misma estuvo una y otra vez amenazada de muerte por teólogos cavilosos, aunque quizá bien intencionados, que ya que nunca lograron abolir de todo punto el teatro, pudieron suspenderlo por largas temporadas, algunas de muchos años, y siempre tuvieron suspendida sobre este arte asendereado la espada de *Damocles*.

Relaciones sobrado familiares entre los mosqueteros y los actores. Que así eran, ya lo demuestran los versos poco há transcritos, pero aun citaremos otros del mismo verídico autor del *Viaje entretenido*, que lo pondrán mas de manifiesto.

Ya arguye desde luego poca dignidad de parte de los cómicos la misma práctica constante de inaugurar cada compañía en cada teatro las funciones que había de ejecutar en él, con una loa en que procuraba captarse la benevolencia, ó al menos desarmar la ira de la Insubordinada y agresiva multitud. Tan humillante sacrificio, no ya del artista, sino del individuo voluntariamente sometido á semejante tribunal, es un oprobio que en mal hora pesó y nunca debería volver á pesar sobre los actores, por mas que toda la culpa no fuese suya, sino tambien de los gobiernos que lo consintieron. Ha de tenerse entendido que en aquellos groseros intróitos no siempre se adulaba bajamente al mosqueterismo; pues, por el contrario, mas de una vez se le colmaba de graves dieterios y no venia-

les injurias. Rojas declaró en una ocasion desear á sus oyentes:

« Una tos que los ahogue,
Una mujer que los pelee,
Y una sarnaza perruna
Que les dure ochenta meses. »

Otra vez, despues de referirles el cuento de un labriego que con alas postizas quiso volar, y como por su necia temeridad fuese segunda burlesca edicion de *Faetonte*, y exclamase que hubiera, sin duda, volado á no faltarle la cola, se expresa en estos términos dirigiéndose al patio:

« Bien podrá decir ahora
Que entre muchos que aquí hablan,
Hay algunos á quien sobra
Lo que al labrador faltaba, etc. »

El populacho, de suyo honachon para quien le trata con cierta llaneza, si ya ha cobrado sobre él algun ascendiente, sufría por lo visto con serénica paciencia y hasta aplaudia con candorosas risotadas tales insultos, pues á no ser así, hubiera desde el primero escarmentado al *loista* para que no le quedase gana de reincidir; pero se reservaba el derecho de continuar ejerciendo su omnimoda soberania, silbando á diestro y siniestro, y aun haciendo retrirar á tronchazos al actor ó actriz que no era de su superior agrado, erigiéndose en juez caprichoso de ellos y de ellas; no solo en lo relativo á su profesion, sino á su vida y costumbres y hasta á su figura buena ó mala. En las dichas loas, y no eran mas puleras las de otros autores, se embutian toda suerte de baratijas históricas, mitológicas y metafísicas, con tal licencia y con tan buena eleccion, que asunto fué de una de ellas la apología del *cerdo*: perdona y pásmese el lector; y por colmo de abnegacion, por no decir de cinica desvergüenza, contaban los recitantes sus propias culpas, flaquezas, miserias y adversidades. Por una de esas introducciones rimadas sabemos de la propia boca del tantas veces citado *Agustín de Rojas*, que fué estudiante, soldado, galeote, escribiente, paje, lacayo y hasta picaro de marca antes de parar en comediante, en cuya profesion, ya de por sí aventurera, ne le cupo una existencia menos aventurera y aventurada. Lo que él no dice, pero de su ameno libro se infiere, es que fué hombre de talento no vulgar, muy dado á la lectura, como lo muestra la grande erudicion de que hace gala, no siempre con oportunidad: que su estilo,

aunque á veces sentencioso en demasia, es agradable y desembarazado, su diction corecta y fácil, y que en su versificacion, aunque desigual y con tendencia á prosaismo, hay algunos trozos que le acreditan de poeta no mediano.

Queda demostrado que faltaba á la generalidad de los autores en la época á que nos referimos aquella dignidad personal de que un artista no puede eximirse si aspira á no ser vulgar y adocenado; y pues algunos se ponian á sí mismos en escena del modo que hemos visto y lo consentian sus compañeros, todos incurrian á sabiendas en la misma nota.

Carencia de una acertada direccion de escena, etc. Ni acertada ni errada se puede decir que entonces la hubiese. El jefe de cada compañía en lo artistico como en lo gubernativo y económica era el *autor*, que con algun fundamento pudo llamarse así mientras compuso comedias ó remendó las de otros, pero con harta impropiedad ha conservado hasta hace pocos años el mismo nombre, pues nada escribía ni inventaba. No obstante, por algun lado le cuadraba el título, porque *autor* es de una compañía el que la forma, y á veces poco masque de la nada; pero aquel nobilísimo empleo vieniendo á menos de año en año, ha quedado ya reducido, aunque con la misma pomposa denominacion, á una especie de ayudante de campo de las empresas, con puntas de mayordomo y ribetes de inspector, que los descansa en lo mas mecánico y chinchorro del negocio, y suelē tambien representarias ante las autoridades cuando se teme de ellas alguna fraternidad ó hay que pedirles la condenacion de alguna multa. Tambien suelen ser ellos los que á telen corrido ó entretelon y candeléjas anuncian al público de viva voz los perances improvisos que no ha habido tiempo de anunciar en los carteles, y las mutilaciones y variantes que ha sido preciso improvisar en la anunciada funcion. Ahora bien, la falta de constante y seguro domicilio que afligió á las compañías de comediantes por espacio de mas de un siglo, primero porque no existia para ninguna, y despues porque á manera de arcaduces de noria vivian en continuo movimiento, pues salian hoy de un teatro que apenas hablan calentado para mal vivir en otro algunas semanas, y en otro y otro hasta correrlos todos; lo reducido de los escenarios, que en su mala construccion corrían parejas con el resto de los pseudo-teatros, y á los cuales abo-

caban en aposentos ó sillas algunos espectralores, amen del magistrado que presidia, y que allí mismo tenia su silla, que probablemente no sería curul, y sin contar la orquesta tambien situada en el tablado, y que por cierto se rudecia á un par de guitarras, tañidas sabe Dios cómo, el escaso número de mal pintados telones que fuesen á propósito ó no lo fuesen, servian, porque así se lo mandaban, para la multitud de mutaciones que exige nuestro antiguo teatro; igual penuria ó impropiedad en muebles y acompañamientos; el ningun estudio que se ponía en vestir cada figurado personaje como reclamaba la época y condicion en que vivieron real ó ficticiamente; tantas circunstancias negativas, sin otras que luego apuntaremos, nos persuaden, no solo de que no hubo ni á principios del siglo XVII ni mucho tiempo despues verdadera direccion de escena, sino de que era materialmente imposible que la hubiese.

Multitud de representaciones privadas con el nombre de particulares. Como ya hemos dicho que la aficion á la comedias era desmedida, no contentos los pudientes con asistir á las funciones de los corrales, llamaban á sus casas á los actores para que trabajasen en ellas. Con qué medios y de qué manera, ya se deja entender, pues como aquellos señores solo iban á satisfacer un capricho pasajero, no habian de alzar de la noche á la mañana un teatro con todos sus menesteres. Y notemos de paso que mientras en general el alto clero se mostraba tan hostil como podia á autores y comediantes, de curas y frailes se componía la mayor y mejor parte de nuestros escritores dramáticos; y todo fraile que podia frecuentaba los corrales, faltase ó no á la regla de la orden, hasta que se emplearon medidas muy severas para que se retirasen á ser menos mundanos; y entendiéndose (esto es lo mas curioso) que no pocos de los dichos particulares tenían lugar en los mismos conventos; y no solo en los de frailes, sino tambien en los de monjas. ¡Qué vasto campo de importantes reflexiones para los políticos y los filósofos! Por lo que atañe al arte de la declamacion, nadie desconocerá que semejantes excursiones no hubieron de favorecer mucho su desarrollo y perfeccionamiento, si bien los actores aumentaban con ellas los medios de proveer honradamente á su manutencion, proporcionando á los mas sobresalientes útiles relaciones de que para su

fama ó para su peculio sabian sacar partido.

Autos sacramentales. Sabido es que se efectuaban en plazas ó calles públicas, sobre carros que llevaban de acá para allá al tablado y á los representantes, que eran los mismos de los corrales; que la declamacion, sobre enfática por excelencia, porque los argumentos de aquellos dramas lo requerian, habia de ser á grito herido para que desde sus balcones la oyesen los Consejos ante quienes, uno despues de otro, se repetia la funcion, y desde otros balcones, ó ventanas ó tejados, ó desde la santa calle, la apiñada y devota multitud, que no por solazarse, y de lo lindo, con la tarasca y los gigantes y las danzas y mogigangas y vejigazos que amenizaban la fiesta, quedaba menos edificada, pensando piadosamente, con los misterios á cuya representacion asistia... ¿Y el arte?... Dios guarde á usted muchos años.

Falta de critica literaria. No hay noticia de que nadie cultivase en regla y de intento este ramo del saber humano, que tan útil es á los progresos del mismo cuando no degenera en personal y virulenta sátira. Tal cual epigrama mas ó menos sangriento, con que á veces se escopeteaban los autores entre sí, tal cual soneto ó madrigal apologético, ya de un escritor á otro, su compadrito, ya de un barbilindo á la actriz de su predileccion: á esto se reducía la critica sobre literatura en aquellos benditos tiempos. Si en ellos hubiera existido el periodismo, él la hubiera ejercido, ora bien, ora mal, ora medianamente, como hoy acontece, y no hubieran faltado ni materiales ni plumas para la terrible *gaceta*, que ya ha venido á ser la parte mas interesante, aunque peligrosa, de nuestros diarios; tan empachados están de la alta política, y de las mútuas recriminaciones, y del ministerialismo, y de la oposicion, y de partidos, y clubs, y coaliciones..., en fin, de toda esa monserga que á otros gusta y aprovecha, los muchos millones de españoles que, cansados de experimentos y vicisitudes y trastornos, solo piden paz y gobierno, vengán de quien vinieren. Además, la critica con aplicacion al teatro, y á la declamacion sobre todo, tiene que ser continua si hade producir algun resultado: lo de el llanto sobre el difunto le viene de molde, porque las impresiones que deja cada representacion de estremo son hartofugitivas, especialmente cuando abundan como tanto abundaban entonces los dramas nue-

vos. Solo, pues, la prensa periódica puede seguir la pista de artes que tan velozmente caminan, y como sabido es que en tiempo de Lopey Calderon ni aun se soñaba por acá en imprimir periódicos, ni políticos, ni artísticos, ni literarios, á excepcion de la *Gaceta* de Madrid, que no se metia en tales dibujos, disculpados quedan por ende nuestros mayores si unos no emplearon y á otros no pudo aprovechar tan poderoso estímulo para alentar y premiar á los buenos artistas, y para corregir á los malos. Esto, en cuanto á la comedia puesta en accion, que por lo que respecta al arte de escribirla, tampoco le hubiera dañado la pública discusion, siendo cortés, discreta y razonada.

Ídolo especial de la literatura dramática de aquella época. Llegamos á la última en el orden que hemos establecido, pero á la primera en importancia de las causas á que atribuimos los progresos sobrado lentos de la *declamacion* en nuestro pais. El drama español, ó por decirlo mejor, la comedia española, que con este nombre se distinguen todas las obras dramáticas que ligeramente vamos á examinar, ¿era bastante á propósito para que al interpretarla mostrasen y luciesen los actores su talento imitativo? No por cierto. Somos los primeros en reconocer y admirar las altas dotes de los insignes poetas que en el siglo de los Felipes cultivaron el poema escénico: no somos ciegos sectarios de su escuela, pero confesamos de buen grado que los vicios inherentes á ella están compensados con bellezas de primer orden en no pocas de las comedias que escribieron: mas diremos; los materiales de mejor ley para el buen drama con todas las condiciones de tal, filosóficas y literarias, no escasean en aquel copioso repertorio; en otras de suma irregularidad suelen hallarse escenas, ya en el género sério, ya en el festivo, con tal naturalidad dialogadas, y con afectos y costumbres tan convenientes á cada interlocutor, que el mismo puritanismo de *Moratin* nada hubiera hallado que reprender en ellas; comedias enteras merecieron ser imitadas, y algunas casi literalmente traducidas por un *Corneille*, por un *Molière*, sin contar las muchas que plagiaron otros autores franceses de segundo orden, cuando ya el teatro de aquella nacion blasonaba, no sin justicia, bajo el concepto del decoro y de la verosimilitud, de haber llegado á un grado de perfeccion de que otros distaban mucho todavia. Pero estas gloriosas excepciones, ¿qué dicen en favor del

verdadero objeto del arte dramático, cuando contamos á millares las comedias en que sus autores lo perdieron enteramente de vista, obedeciendo mas de lo justo á los arranques de su lozana y harto libre imaginacion? Aun cuando en el fondo acertaban, y esto no de ordinario les acontecia, con la artística imitacion de la verdad, bien en los incidentes, bien en los caracteres, bien en el dialogo, lo amanerado y conceptuoso del estilo, la incuria en el lenguaje, la excesiva redundancia en unos casos, y en otros la oscuridad ó la anfibia, malograban sus mas felices inspiraciones. Es muy comun en los momentos mas peligrosos, mas terribles, el emplear los personajes de aquellos dramas agudezas impertinentes, discusiones académicas y retruécanos pueriles. En situaciones no menos interesantes se ve la accion paralizada por diálogos sempiternos, en que una esgrima acompañada de antitesis inoportunas y otras sutilezas escolásticas hace ver que los interlocutores no están afectados de los sentimientos que la accion reclama y el poeta les atribuye, ni de otro que no sea el de lucir fuera de sazón un ingenio de que en muchos casos ni aun pueden verosimilmente estar dotados. Pase en una égloga lo de *amant alterna Camena*, pero pocas veces podrá convenir al drama, y esas con mucha sobriedad. También llega á ser muy reprehensible en el referido teatro el abuso de los *apartes*, no solo de unos personajes para con otros, sino de uno mismo, que incesantemente, y también á veces con estudiada alternativa, habla con los demás que actúan en la escena y con su conciencia, ó su dolor, ó su ira, ó su amor, ó su honra. Las costumbres históricas ó contemporáneas pocas veces están de acuerdo con la época y nacion á que se refieren. Griegos, ó romanos, ó persas, ó escitas antiguos, franceses, ó italianos, ó polacos ó ingleses modernos; todos, y especialmente los primeros galanes y las primeras damas, tienen cierto barniz de actualidad española. Esta misma actualidad estamos persuadidos á que solo en algunos rasgos, aunque de los mas característicos, se pinta fielmente en nuestras comedias de capa y espada; á saber: en el delicado y suspicaz pundonor de los caballeros, en ser gadivosos, hospitalarios, fieles á su palabra, muy dados á pendencias y galanteos, y si se quiere hasta en tratar con sobrada familiaridad á sus criados, compensada en ocasiones con pun-

tapiés y cintarazos. Por lo demás, no es fácil de creer que á las damas castellanas de aquellos tiempos se las educase, y sin excepcion, con tan exquisito esmero que pudiesen victoriosamente ergotizar con los mas estrados escolares de Salamanca. Mucho es y ha sido siempre el innato ingenio, y mucha la peregrina gracia de nuestras amabilísimas compatriotas, pero no sabemos que otros testimonios mas fehacientes confirmen los de los poetas en punto á si se cuidaba antaño mas que ogaño de fortalecer y pulir con el estudio tan felices dotes naturales. Por otra parte, si hubiéramos de dar entero crédito á nuestros antiguos dramáticos, habríamos de sacar en consecuencia que en nada pensaban los padres menos que en criar á sus hijas con púnica modestia y cristiano recogimiento, algo mas útiles y recomendables para las doncellas que el título de marisabidillas. En las comedias á que aludimos, son poco menos raras que el ave Fénix las damas que en ausencia de padres ó hermanos no abran á sus galanes, no solo las puertas, sino hasta los balcones; y no contentas con esto, ó por necesidad, ó por zelos, ó por mero capricho, los citan al Prado de San Jerónimo, á casa de una amiga, á la iglesia, á donde pueden, ó se quitan de cuentos y los persiguen en sus propias posadas, sin otra precaucion que un velo poco fiel á la consigna, y una criada no menos requerida y emprendedora que su ama respectiva.

Que algo de lo arriba dicho hubo entonces de suceder, como ahora sucede y eternamente sucederá, no pretendemos negarlo; pero hacer regla general de una excepcion, y poco laudable, es demasiada licencia poética. Hay que agradecer, sin embargo, á la mayor parte de aquellos ingenios, que escaseasen ejemplos de los resultados graves y de bulto á que tales aventuras eran harto ocasionadas, pero de todos modos no eran muy edificantes, que digamos, sus lecciones, y excusamos detenernos en probarlo. ¿Y cómo es que aquellos padres eran tan ciegos ó tan poco vigilantes que así se la pegaban siempre sus hijas? Verdad es que tal incumbencia es mas propia de las madres; pero apenas se halla una ni para un remedio en el inmenso archivo de nuestras comedias *famosas*. ¿Por qué? ¿Eran acaso viudos todos aquellos buenos señores? Esto ya es menos que inverosímil; es increíble. A un amigo y compañero nuestro, muy versado en todo género de literatura, y especialmente en la dramática, hemos

oído aventurar la especie de que, sin duda por ser tanta la respetabilidad del carácter de madre, se abstuvieron nuestros antepasados de sacarlo á las tablas ni para bueno ni para malo; pero replicaremos que, en nuestro humilde dictámen, harto mas se ofendía á las matronas castellanas con eliminarlas de la escena; pues esto argüía, ó que nada importaban en la familia, con ser parte en ella tan integrante y de tal valía, ó que en general eran culpables de punible abandono en la educación de sus hijas, si no de complicidad en sus arriesgadas galanterías. Lo contrario no parece mas probable. Padres y madres, estas sobre todo, debieron de celar con nimio rigor la honra de sus hijas, que era la suya propia; la familia hubo de ser en aquella era un santuario donde no era lícito penetrar á la juventud masculina de la nobleza contemporánea, que es la que juega en el teatro de Calderon, Moreto, Rojas, etc.; juventud aventurera, muy dada á la carrera militar, y por consiguiente tan desentendida y libertina por lo menos como la de nuestros días; no existía la *tertulia*, que mas tarde nos importaron los franceses, y de los mismos escritores citados sabemos que, fuera de los espectáculos, y á falta de cafés y casinos, los puntos de reunión de aquellos hidalgos eran las casas de juego ó el mentidero de las gradas de San Felipe. Por tanto, los poetas, ó formaron una sociedad ficticia para su uso particular, ó conociéndola imperfectamente, solo quisieron pintarnos algunas de sus fases, ó mas bien algunas de sus aberraciones, las que mas se prestasen á satisfacer su inclinación y la del público á lo enmarañado y novelesco de las fábulas dramáticas. Del manoseado precepto *aut prodesse volunt, aut delectare poetae*, solo en lo segundo ponían especialísimo conato, dejando el *prodesse* en todos conceptos al púlpito y al confesionario. Pecando, pues, en todos sentidos contra la verosimilitud la pluralidad de las comedias que recitaban, faltando además en nuestro antiguo caudal dramático la filosófica representación de muchos caracteres, y hasta de clases enteras, los cómicos, á quienes se pide, no solo la verosimilitud, sino la verdad misma en el ejercicio de su profesion, poco pudieron realmente sobresalir en ella, pues como los autores solían hablar mas á la fantasía que á la razon, hasta imposible habia de ser á veces á aquellos el poner en consonancia sus gestos y ademanes con el texto que reproducían.

Hubo, no obstante, aplausos sin cuento y merecida celebridad para aquellos comediantes, especialmente desde que andando el siglo XVII y con la decidida protección de Felipe IV, prosperaron los teatros de España cuanto cabia en la creciente decadencia del Estado; y las compañías, no ya tan desprovistas de los necesarios pertrechos, llegaron á ser en Madrid mas numerosas y escogidas, siguiera porque con frecuencia trabajaban en el suntuoso aunque privado coliseo del Buen Retiro. ¡Alcanzaban los actores tan satisfactorio galardón de sus tareas porque interpretaban con la posible exactitud los conceptos de los poetas; ó no obstante lo poco que estos atendían á que siempre estuviesen en perfecta consonancia los versos con las ideas, y las ideas con los caracteres y las situaciones, y estas con el todo de la ficción dramática, corregían á fuerza de arte en la voz y en la gesticulación tan graves faltas? A lo primero nos atenemos, porque lo segundo rara vez seria factible y muchas absurdo, y porque es de suponer que impregnados del espíritu de la época, también los actores propendiesen mas á lo fantástico que á lo verdadero, mas á deslumbrar que á persuadir, mas á halagar el oído y la vista que á cautivar el corazón de los espectadores. Por eso el vestir, ya que no con propiedad, con todo el lujo que sus medios y los de sus protectores permitían, emulando unos con otros, las actrices especialmente, en gala y bizarría, que así consta haberlo hecho á porfía desde mediados del siglo á que nos referimos; por eso la buena figura, cierta elegancia convencional en las modales, algo de rígida majestad en ocasiones y de garbosa desenvoltura en otras para estar en la escena ó para andar por ella, sano pulmon, voz simpática y sonora y un tono agradablemente cadencioso en la recitación, fueron sin duda requisitos de que en menor ó mayor grado no podían carecer damas y galanes, por lo mismo que no se les pedía otros, aunque en este punto fuese el auditorio menos exigente con barbas y graciosos y demás partes subalternas. Diremos de paso que algunas de las cualidades que acabamos de apuntar, y especialmente las de buena voz y agradable figura, nunca se debieran dispensar á los actores, y aun menos á las actrices, cualesquiera que sean su categoría y su especialidad; porque lo ridículo y deforme se puede figurar; pero no así como quiera se estira lo menguado, se rejuvenece lo viejo, se herosea lo feo, ni

se ennoblece lo ruin: lo mas que puede conseguir un artista de sumo talento es que el público le disimule tales defectos, si los compensa con otras prendas de mucho relieve, pero no que del todo los olvide; pues el diálogo mismo con harta frecuencia los denuncia evidenciando lo mal que concuerda la copia con el original. Que en las enunciadas exterioridades venia fundándose el mérito principal de nuestros comediantes, y así continuó aun despues de la radical revolucion que obró Maiquez en el arte de la escena, lo pueden aun atestiguar, no solo los ancianos, sino muchos que todavía no lo son aunque andan cerca de serlo y en cuyo número ¡ay! nos contamos. Actores y actrices hemos conocido, y muy estimables por cierto, que aunque capaces sin duda de brillar en mejor escuela, nunca quisieron desposeerse de la tradicional en que se educaron, y como de ellos se dijese que *cortaban bien el verso y pisaban bien las tablas*, á poco mas se limitaba su ambición artistica. Por lo mismo, preferían al moderno el teatro antiguo, que se prestaba mucho mas á su amanerada canturía; canturía que no acertaban á desechar ni aun en la prosa, cuando se veían precisados á trabajar en dramas de fecha mas reciente.

En resumen, creemos que á la sazón no fué la declamacion lo que siempre debe ser, porque no recaía sobre dramas en que debida y cumplidamente se pudiese ejercer, y por las demás razones que hemos expuesto, pero fué todo lo que pudo ser atendidos los elementos con que contaba; esto es, una especie de gimnástica agradable acompañada de una manera de decir que por la uniformidad de las inflexiones y cadencia hubiera podido pautarse como el canto llano, pero grata al oído, y muy adecuada al estilo floridamente enfático y poético en demasia de las escenas á que se aplicaba. Los poetas tuvieron ciertamente en aquellos comediantes los intérpretes que mas convenia á la índole y estructura de aquellas comedias. No dudamos tampoco que cuando algunos actores tropezaron con rasgos de verdadero sentimiento, con pinceladas de enérgica verdad en la pintura de costumbres, se penetrasen de ello y supiesen comunicarlo al público, hasta donde los sabios adquiridos lo consintiesen, y aun á veces olvidándolos sin querer ellos mismos; pero estos no eran mas que preludios del arte verdadero que aun no existía ni podia existir, destellos de inspiración artistica que

casi podrian reputarse defectos dentro del sistema halagüeño, pero falso, que prevalecia. En las escenas, ó mas bien en las disputas amatorias de que tanto abundan los aludidos poemas dramáticos, rayarian con frecuencia en la perfección, y no lejos de ella estarían en las polémicas caballerosas que acababan de ordinario, sino principiaban, arguyéndose á cuchilladas; pero ni aun tales lances eran en la comedia muy conformes generalmente con lo que pasa en el mundo, y es consiguiente que tampoco podían serlo en la representación. De todos modos, hasta para la verosimilitud relativa á que se aspiraba en las funciones de teatro debió de perjudicar al conjunto de las compañías lo poco que solían cuidarse los poetas de que todos los personajes fuesen lo que cada uno debiera ser en su esfera: sabido es que de ordinario todo lo sacrificaban al lucimiento de los dos ó tres papeles; el galán, la dama, el gracioso, á veces el barba; pero en tal caso con detrimento de alguna de las otras partes principales. Ingenios, y no vulgares, que en nuestros días hagan otro tanto, no faltan; pero esto nunca merecerá nuestra humilde aprobación. Mereció la del público español el sistema mimico declamatorio de que dejamos hecha mención, ni mas ni menos que la literatura de que era intérprete; no porque la generalidad de los espectadores tuviese aptitud para dar su valor verdadero á la apenas interrumpida contienda de argucias y silogismos, prenda capital de los diálogos que oía; pues al contrario, presumimos que de tales primores poco ó nada sacarían en limpio los mosqueteros; sino porque los alardes de ingenio, siquiera estriben en vanas y pueriles sutilezas, y no decimos que eso se observe siempre en nuestro teatro antiguo, tienen en todo tiempo el privilegio de cautivar la atención y captarse la benevolencia y aun la admiración de la multitud. Ahora mismo lo estamos viendo todos los días: suelen hacer poca ó ninguna sensación los mas delicados rasgos de pasión, de talento, de agudeza, si se expresan con la sencillez y claridad que constituye una gran parte de su mérito; y un pensamiento falso, extravagante, paradójico, una cláusula empedrada de vocablos ampulosos y figuras estrambóticas, pero vacías de sentido, rara vez dejan de hacer fortuna: la hace siempre cualquiera latinajo, aunque de mil espectadores solo dos docenas sepan lo que significa. Además, ¿no eran hartos incentivos para los que asistían á los corrales la

infinidad de lances y peripecias que prestan tanta animacion á las comedias consabidas, el sumo conato que sus autores ponian siempre en ensalzar todo lo que era español, los chistes del obligado gracioso, que aunque no todos oportunos ni de recibo, siempre fueron el mas sabroso manjar para el patio y la cazuela; aquel lenguaje, si á veces incorrecto y alambicado, siempre decente, pulcro y urbano, y por fin tanta poesia alli á granel derramada?

Otra prueba de que la escuela de declamacion española, á pesar de su evidente é inevitable imperfeccion, no carecia de atractivos, nos la suministra el diligente don Casiano Pellicer cuando en su apreciable tratado sobre el *Origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España* nos dice que de continuo ejercian con aplauso su profesion en Italia comediantes españoles; lo cual no es muy de admirar dominando en aquella hermosa península, donde no las armas y el derecho de la corona de Castilla, por lo menos su grande influencia; pero Pellicer añade que tambien viajaban y no en balde á la nacion francesa nuestros espectáculos teatrales, y entre otros testimonios de esta satisfactoria verdad aduce el de haber seguido á la infanta doña Maria Teresa de Austria, hija de Felipe IV, la compañía de Sebastian de Prado, cuando aquella augusta señora se casó con el monarca francés Luis XIV. Allí permanecieron algunos años nuestros cómicos representando ante aquella ilustrada corte con la aceptacion que naturalmente se infiere de haber regresado á Madrid Sebastian de Prado, no solo cargado de aplausos, sino de regalos, de modo que llegó á juntar gran caudal de dinero y alhajas. Es de advertir que por faltar á la compañía española el mas importante de sus miembros, pues dice de Prado el referido autor que fué de los mas famosos, hábiles y virtuosos comediantes del siglo XVII; que su elegante figura, su pericia cómica, sus honrados procederes y buenas costumbres le adquirieron la admiracion y el aplauso comun, que señores y señoras se esmeraban en regalarle, etc., etc.; es de advertir, repetimos, que la ausencia de actor tan célebre y aventajado, no impidió que nuestras comedias continuasen representándose en Paris, pues consta que Francisca Beson, actriz no menos notable que formó parte de la citada expedicion en calidad de primera dama, actuó como tal por espacio de once años en la capital de Francia de donde volvió á esta

coronada villa cargada de aplausos, de alhajas, de años y de achaques.

Por mucho que influyesen en tales laureos y crecidas remuneraciones los respetos y la proteccion de la mencionada reina y la galanteria de la corte francesa, debieron de ser nada vulgares la gracia y la pericia de los actores españoles para sostener honrosamente tan larga competencia con los de Paris, que para su lucimiento disponian de obras mas á propósito, por estar escritas con la regularidad é intencion moral que faltaban á la mayor parte de las nuestras.

Hemos omitido franca y lealmente nuestra opinion sobre el estado del arte en aquel interesante periodo; opinion que no pretendemos dar por infalible, aunque hemos procurado mostrar que es fundada; pero antes de pasar adelante en nuestras investigaciones dejaremos consignado, con presencia de los datos que los ya citados autores y otros nos suministran, que si hubo actores de uno y otro sexo no exentos de los deslices á que su género de vida fué siempre y entonces mas que nunca ocasionado, otros y otras dieron ejemplo de virtudes, tanto mas meritorias cuanto que todo en torno suyo conspiraba á hacerlas difíciles en extremo. El mismo Sebastian de Prado, que mientras permaneció en las tablas se hizo, como hemos dicho, no menos plausible por su buena conducta que por su habilidad, se retiró del teatro para tomar el hábito en uno de los conventos de esta corte. Cristóbal Santiago Ortiz, famoso actor y autor de compañía, fué tambien un modelo de cordura y moralidad. El mismo pidió al gobierno saludables providencias que, purgando á las compañías de la chusma introducida en ellas, especialmente en las de la legua, librasen á los artistas honrados y laboriosos de las censuras y persecuciones que afligian á justos y pecadores. El nos dice que, sin duda por ser tantas y tan poco tangibles atendida su constante movilidad, se acogia á las compañías mucha gente de mal vivir, huida de la justicia, incluso frailes y clérigos fugitivos y apóstatas de sus hábitos, siendo las mujeres que llevaban consigo la capa con que se cubrian y disimulaban todos. Si hubo una Maria Navas sobrado correntona y arriscada; si hubo una Maria de Heredia encerrada en la galera por escandalosa, si alguna mas lo mereció; de Clara Camacho, de Damiana Lopez, de Mariana Romero y de otras varias solo méritos y alabanzas se cuentan como actrices y como mujeres: su

retiro fué el claustro, como lo fué para la famosa Maria Calderon, amiga de Felipe IV y madre del segundo don Juan de Austria. No fué mepos celebre como histrionisa y como mujer galante, ni menos ejemplar en su muerte la muy nombrada Francisca Baltasara, que de repente hizo alto en la espléndida carrera de sus triunfos y se despidió de las pompas y vanidades del mundo para hacer vida de anacoreta en un santuario á media legua de Cartagena, donde dicese que murió en olor de santidad. Tan grande fué su celebridad, que á poco de muerta, y cuando aun la sobrevivía su marido Miguel Ruiz, gracioso de la compañía de Heredia donde ambos trabajaron, se hizo de su vida y milagros una famosa comedia intitulada *La Baltasara*. Es de lo mas disparatado que se ha escrito, aunque por plumas de tanto prez como las de Velez de Guevara, Coello y Rojas; pero sin duda hubo de ser bastante singular y dramática la verdadera biografia de la heroína, cuando tan de cerca le siguió aquel ruidoso testimonio de fama póstuma, que por cierto valió á sus compañeros de profesion cuantiosas utilidades. Observemos, entre paréntesis, que pudo tambien dar margen á esta especie de apoteosis la circunstancia de haber representado *la Baltasara* muchos papeles de hombre; y no asi como quiera, sino de hombre de pelo en pecho. Dice de ella Pellicer: *Era la Baltasara primera dama, y no solo desempeñaba este papel con perfeccion, sino que era muy aplaudida en la ejecucion de otros papeles en que, vestida de hombre, hacia de valiente montando á caballo, haciendo guapezas é intimando retos y desaftos*. Bien es verdad que en eso de galanear la imitaron muchas actrices de su tiempo, progreso notable de la libertad histrionica, que puso de tan mal humor á los teólogos como los bailes sobrado libres con que se amenizaban las funciones teatrales. No hacia un siglo que solo los muchachos eran en el tablado insipidos representantes del bello sexo, y vueltas las tornas, ya las damas vestian con gentil desenfado ropillas y gregüescos, ceñian espada y calzaban espuela. ¿Era por falta de galanes? No por cierto, sino por dar una salsilla apetitosa á los espectáculos, como seria de inferir aun sin el testimonio del buen Cristóbal Santiago Ortiz, arriba mencionado. Excusamos advertir que con tan ameno recurso pudieron ganar mas que sin él las compañías; pero el arte, maldita de Dios la cosa.

Hasta aquí hemos visto, desmintiendo al autor de *Gil Blas*, sea quien fuere y á otros Zoilos de la época, que el histrionismo español no fué ni con mucho tan pecador como se ha pretendido, y aun si no temiéramos alagar mucho esta disertacion, que ya no es breve, nos seria fácil probar que, habida consideracion á los peligros y tentaciones de que entonces estaba rodeado, excedió en sus individuos la suma de las virtudes á la de los vicios. Ahora diremos tambien en honor de esta clase, que no siempre hacia su recluta entre gente vaga, ignorante y mal entretenida: apellidos ilustres suenan en ella desde muy á los principios; caballeros muy calificados se dieron á la farándula, ó por irresistible aflicion á ella, ó por amores con cómicas *in facie ecclesie* santificados; y no faltaron damas verdaderas que cediendo á su vocacion pudieron sobre la escena imitar sin esfuerzo el cultivado ingenio y los donosos melindres de las damas de Calderon. De instruccion y talento cupo tambien razonable dosis á los comediantes que conmemoramos. Consta que muchos de ellos compusieron comedias, y otros en mayor número se dedicaron á escribir loas, entremeses, y otras farsas de poca importancia, pero que suponian en sus autores algun ingenio y una regular educacion. Sin los ya anteriormente nombrados, como Juan de la Encina, Lope de Rueda, Naharro el de Toledo y el celeberrimo Agustin de Rojas, figuran con honra en el catálogo de escritores dramáticos españoles los comediantes Villegas, Cisneros, Tomás de Fuente, Morales, Correa, Grajales, Claramonte y otros de que se conservan estimables producciones; y aunque no hayan llegado á nosotros las de Velazquez, Angulo, Gabriel Torres, Zurita, Mesa, Ruiz Avendaño, Sanchez, Vergara, Castro y algunos mas, el dicho Rojas no les escasea los encomios. Es de recelar que algunos de los últimos, y otros que ni aun por su nombre son conocidos, antes fuesen malos remendones y plagiarios descarados que verdaderos autores, pues desemejantes falsificaciones y contrabandos ya se quejaron los que fueron sus victimas, y en un romance satirico de la época se atestigua esta verdad, si bien con versos tan deplorables como los siguientes:

De esto no tiene la culpa,
Sino aquel que va engañado
Juzgando es comedia nueva,
Y le dan liebre por gato;
Que al que ha leído comedias

No es muy fácil engañarlo.
Aunque los títulos muden
Con arenga en el tablado. *

Para concluir satisfactoriamente esta ligera revista personal de nuestros actores del XVII siglo consignaremos aquí con mucho gusto que uno de ellos, *Damian Arias de Peñafiel*, fué tan excelente mímico y declamador que *los mas afamados oradores de la corte* (predicadores, por supuesto), concurrían con frecuencia á verle para aprender á hablar y accionar con perfeccion. No deslindaremos con nimia escrupulosidad, que á algunos pudiera parecer mal intencionada, hasta qué punto puedan y deban ser análogas las dotes de un buen actor y las de un buen orador, ni si puede su asimilacion traer el inconveniente de dar cómicos al púlpito y predicadores á la escena; pues aunque algo de esto pudo suceder, no es lícito desvirtuar con cavilosas interpretaciones un hecho averiguado, que ciertamente no hubiera tenido lugar á haber sido Peñafiel un comediante de tres al cuarto. Consta que el príncipe de la oratoria Ciceron no desdeñó las lecciones de Roscio y de Esopo, celeberrimos comediantes de su tiempo, y hasta ahora nadie ha acusado de farsante al autor de las *Catilinarias* ni de predicadores gerundianos á sus maestros de declamacion.

Habiendo, pues, demostrado que entre los principales de nuestros antiguos comediantes abundaron las cualidades y condiciones que el buen desempeño de su arte requería, no fué en verdad culpa suya, sino de las varias causas que dejamos enumeradas, lo mucho que aquella en su tiempo y muchos años después distó de la perfeccion á que en el nuestro ha llegado.

¿Qué diremos ahora del largo periodo que siguió al que acabamos de recorrer? Lo que fué en él nuestra historia literaria y la lamentable de nuestros coliseos en lo material, uno y otro ya expuesto en este escrito, nos obligan á pasar casi por alto fastos tan infelices. Con la decadencia de la monarquía, que por todas partes desfallecía y se desmoronaba, alcanzó á las letras desde poco después de la muerte de Felipe IV la postracion general de que parecia vivo representante el último monarca español de la dinastia austriaca. Aunque sobrado aprensivo, sobre achacoso y débil, no fué enemigo del teatro Carlos II, pero su agonioso reinado era, segun las ideas dominantes, mas cortado para rogativas, exorcismos y

autos de fé, que para alardes de ingenio, y espectáculos y regocijos. Con Calderon, el mas sobresaliente y el mas longevo, el Aquiles y el Nestor al mismo tiempo de aquella luminosa constelacion de autores dramáticos, espiró, así puede decirse, la Talia española. El siglo XVIII se inauguró con una larga y obstinada guerra, la de sucesion, que vino á ser civil para España, porque en sus campos, como de costumbre, se libraron las batallas que habian de decidir intereses europeos ligados con los nuestros. Mientras duró aquella calamidad, ó estuvieron cerrados los teatros, ó apenas dieron señal de vida. Venció la casa de Borbon, que aun felizmente reina. Su primer augusto representante en el trono de San Fernando, el animoso é ilustrado Felipe V, que fundó y dotó espléndidamente la Biblioteca Nacional y la Academia Española, no se manifestó tan aficionado á nuestro teatro como hubiera sido de desear, sin duda porque la alta política, que tanto dió que hacer á sus ministros, de buen ó mal grado llamó tambien preferentemente la atencion de S. M.; el cual por otra parte fué muy casero, digámoslo así, en sus placeres y diversiones, y en punto á espectáculos, prefería los líricos, y esos en el Buen-Retiro. En su glorioso sucesor, el señor don Fernando VI, aun fué mas marcada la filarmónica, y tambien en la reina doña Bárbara, tanto, que llegó á ser su favorito, ó poco menos el famosa *Farinelli*, músico de gran mérito, director y actor de la ópera Italiana, á quien esta última condicion no sirvió de obstáculo para ser nombrado caballero del hábito de Santiago. Con mas gusto citariamos esta notable distincion, si hubiera recaído en un artista español; pero es justo confesar que el agraciado se hizo en todos conceptos digno de ella, pues modelo de modestia y desinterés, supo conducirse con singular cordura en terreno tan resbaladizo y posicion tan tentadora, no queriendo nunca salir de su esfera, único medio de conservarse bien quisto en la corte. Como quiera, este fué un auténtico testimonio de que la condicion social de los actores en España nunca fué tan injustamente vejada y abatida como en otras naciones. Hasta el siglo XV fué proscrita la clase, es verdad, pero solo *pro formula*, porque en realidad no existía; á luego de constituida, el gobierno la miró con benevolencia, aunque de reojo la curia; mas adelante fueron sus individuos objeto de toda clase de atenciones y agasajos por parte de los grandes y del

toda persona de valia; visiblemente fueron ganando luego en consideracion por las leyes y por las costumbres, pública y privadamente; y por último, cuando el gobierno constitucional los igualó en derechos á los demás ciudadanos, ya la opinion general estaba perfectamente de acuerdo con este acto de justicia.

Mas atendida fué la escena española en el memorable reinado de Carlos III que en los dos anteriores. Bastante hicieron por mejorarlos en todos sentidos el conde de Aranda y el marqués de Grimaldi. Por entonces dejaron siquiera de ser corrales; pero ni hubo bastantes elementos literarios y artísticos para realizar en ellos una reforma radical, ni aun los que habia se prestaron el mútuo auxilio que habian menester. La nueva escuela dramática, esto es, la francesa, que como ya lo hemos indicado mas de una vez, se acomodaba mas al ejercicio de la verdadera declamacion teatral, no habia echado aun raices en nuestro suelo; aun componian en gran parte el caudal de nuestras compañías las comedias de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Montalvan, etc.; pero no habia escritores que lo renovasen, ni por lo visto actores que con su habilidad lo rejuveneciesen; ni ya dejaria de chocar algun tanto con los hábitos, ideas y gustos de un siglo tan diferente al anterior bajo cualquier aspecto que se le considere. El filosofismo de los enciclopedistas pugnaba en vano por penetrar en la Peninsula; todavia no madura para tanto, y con perdón de aquellos señores, tampoco sus elucubraciones han dado frutos muy opimos á la escena; si se exceptúan algunas tragedias de *Voltaire*; pero en su lugar nos favoreció mas de lo conveniente el suporífero sentimentalismo de que fueron dignos intérpretes los escritores de mucion, tan victoriosa como merecidamente vapulados por Moratin. Así, pues, sin detenernos mas en este periodo, que puede llamarse de transicion, y calificariamos de completamente estéril si con lentitud, y casi sin designio, no se hubiera en él incubado otra era harto mas gloriosa para el teatro español, diremos que no faltaron esfuerzos aislados mas ó menos meritorios para sacarlo de su crónico marasmo, ni actores de justa nombradia en uno y otro sexo; en el bello especialmente, que suministró á la escena tres notabilidades á cual mas extraordinarias, una en cada tercio del siglo; á saber: en el primero, *Petronila Iñaba*, idolo de Madrid por su hermosura,

su talento y sus gracias; en el segundo *Maria Ladvenant*, que sin ceder á su antecesora ni en el mérito personal ni en el artístico, se hizo tambien admirar por sus virtudes, y cuya muerte á la temprana edad de veinte y cuatro años, fué universalmente llorada; *Rita Luna*, en el tercero, de cuya voz simpática, exquisita sensibilidad, inteligencia y amor al arte, se hacen lenguas todavia las pocas personas provecas que alcanzaron sus últimos triunfos teatrales, tanto mas legítimos y plausibles por la escasa cooperacion que en la generalidad de sus rutinarios compañeros pudo hallar, y por el atraso de que aun adolecía *in utroque* la escena española. Fué por cierto muy de sentir que siendo contemporánea de *Isidoro Maiquez*, nunca hubiese representado con él, por circunstancias que sin duda no dependieron del uno ni del otro. Pasemos ahora á hablar de aquel ilustre actor, que tal nombre mereció, no solo por lo mucho que él valió, sino por la grande influencia que tuvo en que el arte que profesó con tanto ardor y perseverancia llegase en nuestra patria á su mayor altura.

Para el mejor desempeño de esta parte, no la menos grata de nuestra tarea, seguiremos, aunque abreviando en lo posible la jornada, á nuestro erudito y apreciable amigo el señor don José de la Revilla en su *Vida artística de don Isidoro Maiquez*, impresa por Burgos en 1845. Admirador de Maiquez el señor Revilla, á quien conoció y trató, aunque por la diferencia de la edad hubiera podido el actor ser holgadamente padre de su biógrafo, y contando, además de sus propias observaciones, con las que á su diligencia suministraron documentos auténticos y recientes tradiciones, pudo darnos y nos dió con efecto en pocas páginas cuantas noticias pudiéramos apetecer acerca de aquel distinguido artista, noticias cuya exactitud confirman nuestros vagos recuerdos y los no inciertos de personas coetáneas de Maiquez, que ó viven todavia, ó acerca de él dejaron no há muchos años consignada su opinion, bien de palabra, bien por escrito.

Como la vida privada de nuestro eminente actor estuvo muy ligada con la artística, y todo interesa en personas de mérito superior, daremos simultáneamente el epitome de una y otra.

Hijo del ejercicio, nació Maiquez en Cartagena el dia 17 de marzo de 1768, y siguió á su padre, actor mediano, en la vida sobrado ambulante de que pocos de esta profesion pueden excusarse y menos pudieron

hacerlo en aquella época. Así criado, no es de admirar que su educación fuese sumamente descuidada. Aprendió las primeras letras, y abandonado luego á sí mismo, toda su instrucción se redujo á la muy embrollada y superficial que pudo adquirir leyendo desde su niñez cuantas comedias pudo haber á las manos; y ¡cosa singular! su padre, con ser cómico, no quiso que lo fuese el joven Isidoro; ni le disponía para que pudiese ganarse de otro modo la vida; ni procuraba perfeccionarle en el oficio de pasamanero, que uno y otro ejercieron antes y que sin duda por serles improductivo lo abandonaron. Maiquez, cuya vocación fué no menos precoz que decidida, se ingeniaba como podía para introducirse en el teatro contra el expreso mandato de su padre. Una de las trazas de que se valió fué la de dedicarse á conducir sillones para los palcos: así, con mas ó menos holgura y comodidad, veía todas las funciones, así fortalecía su pronunciada afección, y en los mismos apuestos, ó por los pasillos y otras dependencias, iba insensiblemente formando el copioso caudal de observaciones propias y ajenas que tan útil le habia de ser en lo sucesivo. Convencido al fin el padre de que era tan inútil como poco justificada su resistencia, no solo consintió al fin en que saliese á las tablas, sino que él mismo le ensayó el papel con que se presentó en ellas.

El pueblo de Cartagena, donde Isidoro hizo su primer ensayo, no le acogió con benevolencia; y lo peor es, que aquí no encaja lo de que nadie es profeta en su patria, pues el neófito no fué mas afortunado en Málaga y en otros puntos. Confesando él mismo ingenuamente la infelicidad de sus primeras campañas, contaba haber sido tan mal recibido en Toledo, representando el papel del morazo *Tarfe* en la desatinada aunque siempre popular comedia *El triunfo del Ave Maria*, que sin concluir la función hubo de fugarse mohino y desalentado, no solo del teatro, sino de la ciudad, no parando hasta Madrid, adonde llegó sin desnudarse del ropaje sarraceno que vestía cuando fué saludado con una grito estrepitosa.

Esta serie de desgracias, que hubiera desanimado á cualquiera no dotado del tesoro genial de Maiquez, se atribuía entonces á su falta de instrucción, á su inexperiencia, ó acaso á lo oscuro de su voz, y á lo poco que *accionaba*. Así opinaban los que mas propendían á la indulgencia, prendados de su aventajada talla y bella cuanto

expresiva y simpática fisonomía. Examinemos el fundamento de este juicio. Que Maiquez no era hombre instruido, dicho queda; pero sus compañeros ¿eran en general menos ignorantes que él? De inexperiencia adolecería precisamente en sus principios, pero no tanto como los que no habian como él mamado, por decirlo así, la vida escénica; y si por experiencia se entendía cierto aplomo, cierta seguridad y soltura para ejecutar como por propia inspiración las prácticas recibidas, estamos firmemente persuadidos de que faltaba á ellas por convicción propia, ó instintivamente las repugnaba su buen talento, como contrarias á la filosofía del arte; así, pues, no era de extrañar y á mérito se le debió tener que no prodigase ni la salmodia obligada, ni los gritos desahorados, vinieran ó no á cuento, ni el incasante manoteo de los que estaban habituados á ganar con su trabajo *corporal* los aplausos que al mal juzgado cartaginés tanto se escatimaban. Por último, cierto es que su voz no era de un timbre perfecto, pero luego que logró vencer las preveniciones que habia contra él, nadie le prestó nuevos órganos para conmovir con su mágica palabra á los espectadores. Digámoslo de una vez, á Maiquez le faltaba un público capaz de apreciarle en lo mucho que valia; y reservado le estaba el lauro de extirpar sus preocupaciones y resabios; que los públicos se resabian tambien; mas para lograr su objeto, si ya lo tenia, ó para obedecer aun sin designio á la ley de su destino, le faltaban en aquel primer período de su carrera dos requisitos indispensables; que el mismo público depusiese la animosidad con que le trataba, y ocupar en las compañías un puesto que le diese mayor ascendiente, y le facilitase desempeñar papeles de importancia y lucimiento. Ni aun esto bastaba, mientras no lograrse trabajar en la corte, porque entonces como ahora, en ella perecía ó se sancionaba la reputación adquirida por los actores en la provincias.

Con el tiempo llegó á ser Maiquez, sinó muy aplaudido, á lo menos tolerado, y ya pudo ingresar en una de las compañías de Madrid por el año de 1791. Aunque solo se le ajustó como *parte de por medio*, ya su acogida hubo de ser mas lisonjera; y esto sucedió, ó porque el público se iba acostumbando á su manera de representar, ó acaso porque reservándose Isidoro plantearla mas resueltamente en mejores dias, hubo de contemporizar algo con el sistema vigente. La cierto es que á los dos años, en

1793, ascendió á *sobresaliente*; esto es, suplente de galan en ciertos casos y encargado habitualmente de los papeles de fuerza y pasión, pero poco simpáticos en lo moral; de los *traidores*, como dice *Pipí* en *El Café*. Quizá desde entonces comenzó Maiquez á preferir el género trágico, para el cual sus ordinarias tareas en cierto modo le preparaban. Pero la misma odiosidad de los caracteres que en mayor número representaba, y la insignificancia de otros, añadían desventajas á la lucha desigual que sostenía con los galanes, y tampoco adelantó gran cosa en dicho año su reputación artística. En el de 94 no pudo ó no quiso ajustarse en Madrid; y pasó á Granada en clase de primer galan, esperando que, puesto ya en esta jerarquía, volvería con ella á la corte en 1795. No hubo forma de conseguirlo; ocupó de nuevo la plaza oficial de *sobresaliente*, aunque sin duda ya lo sería en la mas genuina acepción de la palabra. Esta vez ya logró, sin embargo, hacerse aplaudir, y muy señaladamente, en la comedia de *El Pastelero de Madrigal*, en cuyo repartimiento le cupo el papel del protagonista, sin duda porque el galan no sospechó el mucho partido que de aquel carácter podía sacar un actor inteligente. La situación del artista habia dejado de ser amarga, y aun hasta cierto punto podía llamarse satisfactoria; pero no acababa de dominar al auditorio, porque nadie ni nada le ayudaba á desenvolver sus grandes facultades: no los cómicos, porque marchando por tan distinto si no opuesto camino, entre ellos y nuestro héroe habia de resaltar la consiguiente disonancia, y á él se le habia de echar la culpa; no las comedias, porque ni abundaban las que podian contribuir á que él ostentase su don de imitación, ni él influía en su adquisición y repartimiento; no el gobierno, porque poco ó nada se cuidaba del teatro; no, en fin, el público, porque damas remilgadas y galanes medio antifoneros y medio gladiadores le tenian sorbido el seso. Otros tres años pasaron antes que arribase al suspirado puesto de galan de la corte, y aun esto no fué en Madrid, sino en los sitios reales, porque las puertas del teatro del Príncipe no se le franquearon como primer actor, jefe y director de la compañía, hasta 1799. Ya cogía algun fruto de sus afanes y de su constancia; ya podía, con menos obstáculos, desenvolver sus principios y conocimientos prácticos. Todavía le acusaban de *frío* muchos espectadores recalitrantes,

á quienes pocos años despues habia de aterrar con un acento y estremecer con una mirada, aunque ya nadie le disputaba las dotes de actor inteligente y hábil director de escena. No era obra de un dia la reforma que ya seriamente proyectaba nuestro actor. Había conquistado una posición conveniente para llevarla á cabo; el público se iba amoldando á sus ideas y podía contar con la seguridad de hacerlo completamente suyo cuando quisiera; pero le faltaba otra base no menos esencial para su grande obra, un repertorio propio; y ni eran aptos para formárselo cual convenia los desdichados autores que entonces abastecían la escena, ni de pronto podia sacarlo del teatro antiguo, que todavía es el que estaba mas en juego. Mas adelante lo supo utilizar Isidoro, como lo veremos, con gloria suya y de los insignes poetas á quienes dió nueva vida; pero no podia gustar de los papeles de galan que estaban en lista y cuyos caracteres, acciones y discursos eran generalmente tan lindos y brillantes y seductores como se quiera, pero poco fundados en la concienzuda observación de la naturaleza y de la sociedad; ó bien la altivez genial del actor y acaso su propia organización física no se avenían mucho á aquella fria y sistemática esgrima de conceptuosas filigranas. Maiquez buscaba con ansia la verdad teatral y sabia el camino de encontrarla, pero no podia él solo desembarazarlo de tanta maleza como lo obstruía. Con todo, bastabase á sí mismo para realizar aunque lentamente la regeneración; ó, mejor dicho, la fundación de la declamación española; pero verdadero artista y capaz como tal de imponerse los mayores sacrificios por el bien del arte que cultivaba; con la conciencia de su no ordinaria aptitud, pero muy distante de la necia presunción que muy fácilmente se apodera de ciertas medianías, por poco que el aura popular las lisonjee, echó de ver que, en especial para la dirección de escena, le faltaban conocimientos que en los teatros de España no habia podido adquirir; sabia cuán superiores eran en este como en otros puntos los de Francia; la fama del memorable Talma habia salvado ya la valla de los Pirineos; Maiquez, que habia estudiado la lengua francesa, veía que los periódicos de aquella nación alababan en su actor predilecto las mismas dotes de que el nuestro blasonaba. Anhelaba, pues, observar por sí mismo cómo se servía y administraba el teatro

francés, hasta qué punto eran sus prácticas y doctrinas adaptables al español, si reconocía en efecto los mismos principios que la suya la escuela de Talma, y si en lo accesorio, ya que no en lo sustancial, podía aprender algo, como ingenuamente presumía, de quien, mas favorecido por todo género de circunstancias, le había precedido y superado en nombradía.

Tomada tan laudable resolución, no era Maiquez hombre de arredrarse en presencia de los muchos obstáculos que la dificultaban. En su mismo generoso designio, y en las privaciones y hasta humillaciones á que forzosamente se había de sujetar para llevarlo á feliz término, evidenció Maiquez que no era su carácter tan soberbio y vanaglorioso como compañeros suyos, animados de baja envidia, no de noble emulación, lo pintaban. No bastándole para costear su residencia en París sus escasos ahorros, ni los vientos duros mensuales con que le socorrió el duque de la Alcudia, y poco tiempo disfrutó, vendió algunas alhajas de su uso, su vestuario de actor que, probablemente háto reducido como el de todos en aquel tiempo, no valdría gran cosa; y por último, sacó del fondo de jubilaciones lo que tenía en él depositado, renunciando hasta á la esperanza de asegurar un pedazo de pan para cuando los años ó los achaques le retrasen de la escena; rasgo que nos autoriza á llamarle el *Hernán Cortés* del teatro español. También recibió algunos auxilios de la condesa de Benavente y de su mujer la actriz Antonia Prado.

Como no pudo presentarse con cierto boato, de que en todas partes y en Francia particularmente se hace mas aprecio que de las cualidades intrínsecas de las personas, al principio hubo de contentarse con ver las representaciones entre bastidores, que no era poca mortificación para hombre de aquel temple y de tal valía; luego, mas relacionado, pudo cómodamente estudiar á Talma, su ídolo, y á los demás actores y actrices franceses de primer orden.

Del fruto que sacó de sus observaciones y del juicio tan acertado como imparcial que los artistas franceses le merecieron, nos da cabal idea el opúsculo del señor Revilla en los párrafos que copiamos á continuación.

« Varios españoles que á la sazón se hallaban en París, entre ellos don José María de Carnerero, le facilitaron las relaciones necesarias y hasta íntimas con Talma, Pi-

card, y otras personas notables de aquel tiempo, y de las cuales supo diestramente aprovecharse. La grandiosidad y sublime expresión de Talma; la fuerza y vehemencia de Lafond; la delicadeza de Madlle. Mars; la dignidad de Madlle. Georges; la energía de Madlle. Duchesnois; la naturalidad de Clauzel, todo llamó y fijó su atención, y de todo cuanto halló digno en estos célebres actores se propuso formar un modelo ideal, un tipo constante de su ejecución escénica. Así lo escribía á sus amigos, hablando con toda imparcialidad, y con aquel criterio seguro que tanto le distinguió siempre, acerca del mérito artístico de aquellos, ensalzando hasta lo sumo el estado de prosperidad y grandeza en que halló los teatros franceses, superior á todo lo que su imaginación pudiera haberle representado como mas perfecto en su género, y encareciendo en particular el efecto maravilloso que habían producido en su alma las primeras representaciones que vió en París.

« A este propósito refirió á uno de sus amigos en cierta ocasión, que apenas llegó á aquella corte fué á ver ejecutar á Talma el papel de *Hamlet* en la tragedia de este nombre, y tan extraordinaria sensación experimentó al llegar la escena en que el protagonista intenta asesinar á su madre, que por un movimiento involuntario se levantó de la luneta creyendo que brotaban sangre sus ojos, porque todo cuanto veía le pareció de color de sangre; y en fin, que entusiasmado por la prodigiosa ejecución de aquel artista admirable, exclamó fuera de sí: *¡Y soy yo el primer actor en Madrid estando este hombre en el mundo!*

« Talma en lo trágico, y Clauzel en lo cómico, fueron sus principales modelos, sin copiarlos servilmente como algunos han creído: si así lo hubiera hecho, jamás habría alcanzado aquel mérito superior que le hizo inimitable. Tenía Maiquez demasiado talento para engañarse hasta el punto de creer que todos los medios de expresión son aplicables á todos los países, y mucho orgullo para contentarse con el mezquino título de copiante. Persuadido íntimamente de que un artista para ser grande ha de ser original, y que la simple imitación de maneras en el arte que profesaba, no solo es insuficiente para el objeto, sino también un testimonio irrecusable de la impericia y falta de recursos morales del actor, procuró precaverse con sumo cuidado del contagio, para evitar el

des crédito en que han caído enantos han llegado á creer de buena fé que una simple copia de los actores franceses debía necesariamente agradar á espectadores españoles. »

Así lo acreditó prácticamente, añadimos nosotros, y no podía menos de ser así. Maiquez llevó á París, y quizá mas en sazón de lo que él mismo creía, el germen de lo que en tiempo no lejano había de ser: cada primor del arte confirmaba en su ánimo una idea innata, cada fórmula un principio, y todas ellas un cuerpo de doctrina, que si á él propio le sorprendió agradablemente, fué sin duda, no tanto por el atractivo de la novedad, como porque la experiencia acreditaba victoriosamente lo exacto de su sistema, allí perfeccionado, pero no aprendido.

En adelante fueron frecuentes y siempre cordiales las relaciones entre aquellos dos actores eminentes, y al paso que Maiquez, con una modestia que mucho le honraba, pretendía deber á Talma toda su celebridad, el gran trágico francés se complacía en manifestar que, si bien maestro de tan excelente discípulo, se confesaba inferior á él en los papeles de *Oscar* y *Otelo*.

A principios de 1801, despues de año y medio de residencia en París, regresó Maiquez á la capital de España con gran copia de nociones artísticas, de importantes proyectos, y de risueñas esperanzas; pero desprovisto de todo recurso. Merced al favorito, que le acogió de nuevo y con mas eficacia bajo su protección, y á lo que ya esperaba el público del interesante viajero, logró superar los obstáculos de toda especie que sus descastados compañeros le suscitaban, y lo hizo arrojando con denuedo una dificultad mayor en la apariencia que todas las demás, pues á falta de veteranos que quisieran asociarse á su buena ó mala fortuna, porque sin duda el vulgo histriónico la juzgó muy problemática, organizó una compañía de principiantes y aficionados, á cuya cabeza abrió el teatro de los Caños del Peral en junio del mismo año. No era, sin embargo, tan arriesgada la empresa como parecía. Hombre tan experimentado y de tanto talento como Maiquez, y que tantas pruebas de abnegación y fortaleza tenía dadas, no por una pueril impaciencia, ni aun por la necesidad de ganar su sustento, se hubiera expuesto á malograr todos sus sacrificios con una tentativa de éxito dudoso. Para salir airoso de ella contaba en primer lugar con el ascendiente

de su genio, con el atractivo de las novedades que iba á introducir en la escena, aunque en pequeña escala, y con la docilidad de asociados que iban á deberle una reputación y un porvenir, y si no llevaban al fondo social una suma de aplausos mal ó bien ganada á los mosqueteros, ni aquella clientela de café y de corrillos que nunca falta á cómicos de cierta categoría, tampoco adolecían de inveterados resabios, y al menos se aborraba la improba faena de hacérselos desechar. Antes de presentarse al público con aquella bisoña milicia, es de suponer que la aleccionó una y cien veces, y sin agravio de ella, porque nadie nace enseñado, presumimos que no sudaría, juraría y patearía poco aquel apóstol de la verdadera doctrina teatral.

La compañía se inauguró con *El Zeloso confundido*, comedia traducida del francés; todos los actores fueron perfectamente acogidos, y Maiquez con un entusiasmo desconocido hasta entonces en nuestros fastos teatrales. Data desde aquel día la larga y nunca interrumpida serie de triunfos que largamente remuneraron á Isidoro de los pasados contratiempos y sinsabores, y de los que aun habían de acibarar la no larga existencia de aquel hombre extraordinario. El público que observó mayor decoro y propiedad en el servicio de la escena, mas amenidad en la alternativa de las funciones, y el celo, la disciplina con que todos y cada uno de los actores se esmeraban por dar á la representación el agradable conjunto sin el cual de poco sirven los esfuerzos individuales, reconoció que con Maiquez no solo había adquirido un actor que tanto descolaba sobre los de su tiempo, sino un ingenioso y activo director del mas culto de los espectáculos... ¿Para qué es cansarnos? Reconoció deberle el *arte verdadero*, en lugar del mentido simulacro que usurpaba sus fueros.

Cerca de cuatro años gozó en paz el digno reformador de su creciente celebridad, pero la envidia trabajaba á la zapa para minar la eminencia en que había sabido colocarse á despechos de ruines enemigos; y de tan sordos manejos á que, lo decimos con dolor, no fueron extraños algunos de los comediantes que todo se lo debían, apenas se apercibió Maiquez hasta el momento de la explosión. A fuerza de intrigas le hicieron perder el favor del favorito, sin el cual todo era entonces efímero y precario en nuestra degradada monarquía; Maiquez no hubo de resignarse para recobrar la pérdida

gracia á bajezas que desdecían de su carácter poco acomodaticio, y disculpa tenía en su propia elevacion si tantos laureles le engrañaban y tantas contrariedades le exacerbaban. Por no consentir lo que á su dignidad no cumplía abandonó la corte en 1805, y pronto se hizo notar su ausencia; porque ¿quién le había de reemplazar? Al año siguiente, la opinion pública, cada vez mas unánimemente pronunciada en su favor, le llamó de nuevo á Madrid, y bajo sus auspicios se instauró el teatro del Príncipe, recientemente reedificado, y á su frente continuó siendo la delicia de Madrid hasta la invasion de los franceses en 1808, en que, huyendo de la dominacion extranjera pasó á Granada, su ordinario refugio en las adversidades. Volvió despues porque creyó poder ejercer su inofensiva profesion sin nota de afrancesado; y aunque, al contrario, nunca desmintió la de patriota decidido y el gobierno intruso lo sabia, José Bonaparte, que por ser usurpador no dejaba de mostrarse ilustrado y aspiraba á ser tenido por popular, hizo completa justicia al mérito relevante de nuestro actor, como se la hizo todo el séquito militar y civil de aquella transitoria majestad. Ya durante esta época, con una censura menos rigida, pudo mostrar su pericia en obras y papeles á que antes la suspicacia de las autoridades habia puesto entredicho, y aun pudo dar á su talento mayor ensanche en el corto tiempo que medió entre la ocupacion de la capital por el gobierno legitimo, luego que la evacuaron los invasores, y la llegada del rey de vuelta de su cautiverio; pues hizo vibrar nuevas fibras, y las mas generosas del corazón humano, en obras como *Roma libre*, *Graco* y *Virginia*. Bien es verdad que este nuevo linaje de ovaciones le valió el verse sumido en un calabozo, aunque por poco tiempo.

Con tantas vicisitudes é incesantes trabajos físicos y morales se iba debilitando la salud de Maiquez, y no hubo de contribuir poco á arruinarla la empresa hercúlea que acometió en julio de 1818, en que para ver de desempeñarse, tomó por su cuenta el teatro del Príncipe, y ejecutó lo mas selecto de su caudal trágico, sin arredrarle lo caloroso de la estacion, como no arredró al público que un dia y otro llenaba todas las localidades ansioso de asistir á aquel desusado alarde del que á la vez se mostraba inspirado artista y vigoroso atleta. En 18 de junio de 1819, victima de envidias y malquerencias nacidas y fomentadas entre basti-

dores, y tambien del corregidor de Madrid y del que era á la sazón ministro del ramo, que atribuyeron á desobediencia declarada á no presentacion de Isidoro en las tablas, harto justificada por sus graves dolencias, se le dió la jubilacion *sin solicitarla*, y se le hizo salir desterrado de Madrid. Así acabó la vida artistica de Maiquez, y la natural nueve meses despues, porque falleció en Granada el dia 18 de marzo de 1820 á los cincuenta y dos años de edad y en la mas solemne prueba; pues sin la caridad de un amigo fiel, que le asistió en su larga y dolorosa enfermedad y costeó sus humildes funerales, en un hospital hubiera fallecido aquel hombre tantas veces y tan merecidamente laureado. Otro actor muy distinguido y muy entusiasta por el arte, don Julian Romea, le erigió á sus expensas en la misma ciudad de Granada un elegante y decoroso monumento; laudable rasgo que no podemos menos de dejar aquí consignado, aunque respecto de los actores que aun continúan en ejercicio, nos hemos propuesto no hablar individualmente, por evitar comparaciones y rivalidades.

Completaremos con algunas consideraciones secundarias estos apuntes biográficos, en los cuales ya se contiene lo mas sustancial de cuanto dice relacion á Maiquez como actor y como hombre, y la admiracion que sin reserva tributamos á su admirable y creador talento artistico. Pretendieron algunos en su tiempo y algunos opinan todavía que, inimitable en el drama trágico, no pasaba en el cómico de ser un actor apreciable. No es este nuestro parecer ni el del público, que siempre é indistintamente le aplaudió así en la comedia como en la tragedia. Para probarlo nos complacemos en citar otra vez á su digno biógrafo: «*García del Castañar, Fenelon, El Vano humillado, Oteló, Orestes, El Pastelero de Madrigal, La Casa en venta, El mejor alcalde el rey, La Jaira, El rico-hombre de Alcalá, El Distruido, El Diablo predicador, Pelayo, El Convidado de piedra, Numancia destruida* y hasta la ópera de *El Califa de Bagdad* hallaron en Isidoro un actor digno de desentrañar profundamente las pasiones, los caracteres y situaciones dramáticas, dando á muchas de estas composiciones una celebridad no merecida; y la escena vió brillar en su centro un artista que no tiene rivales.

Antes de pasar adelante, llamamos la atencion del lector sobre las palabras que acabamos de subrayar. En efecto, con po-

cas, aunque honrosísimas excepciones, le faltó mucho al caudal dramático de Maiquez para ser digno de su sólida reputacion y de las dotes privilegiadas con que la ganó. Aun podriamos añadir á los de arriba los títulos de otras obras mas infelices; y, por supuesto, las dos terceras partes de la lista se compondrian de malas traducciones; mas esto no fué culpa de Isidoro; alcanzó un tiempo muy estéril en buenas producciones dramáticas originales. Casi todos los mejores ingenios de su tiempo le consagraron sus vigilias, pero escasas en número, aunque de tanto valer como *Pelayo*, *Oscar* y otras, no sufragaban á las necesidades apremiantes y casi diarias de un teatro en via de reforma. Ahora bien, ¿podria aducirse mas concluyente testimonio de la indisputable superioridad de aquel gran actor que el de haberla sabido ostentar con piezas que en su mayor número no solo eran menguadas bajo el concepto literario, sino tambien atendiendo al poco ó ningun efecto que hubieran tenido á caberles un intérprete menos hábil?

Volviendo á la aptitud para uno solo ó para los dos géneros, trágico y cómico, creemos que *intelectual* la tuvo Maiquez en el mayor grado para uno y otro, y sin esta circunstancia no se comprende la existencia de un buen actor, pero la naturaleza le habia organizado con proporciones de cuerpo y de espíritu menos adaptables á los papeles meramente cómicos que á los trágicos y á los que con estos tenían mas afinidad; por eso los preferia, y en preferirlos obraba como cuerdo, bastándole para probar la universalidad de su pericia escénica el hacer tal cual excursion fuera de su mas natural terreno, triunfando en lo jocoso como en lo serio, en lo grave como en lo ligero, y haciendo ver que no habia rival para él, á menos de compararse consigo mismo.

Entre los arriba mencionados hemos visto un número razonable de dramas de nuestro teatro antiguo. Maiquez sabia bien, como en otra parte lo hemos notado, el gran partido que podria sacar de aquel inagotable tesoro, pero á su experiencia y perspicacia no se ocultó que, anticuado en la forma y poco en armonia con el diferente gusto que ya empezaba á dominar, era preciso regularizar en lo posible tan magnífico teatro y refundirlo con el tacto y sobriedad convenientes si se habia de rehabilitar. En la eleccion de comedias, cuando él la hizo, anduvo muy acertado, y le aconsejó muy discretamente en las que le propuso el muy

aventajado y docto escritor don Dionisio Solís, primer apuntador del teatro del Príncipe (para que tampoco falte una ilustracion á esta clase), amigo íntimo de Maiquez y su consultor en punto á la direccion de escena y á los accesorios que requerian la instruccion de que Maiquez carecia. El mismo Solís fué autor de las refundiciones mas notables y mejor ejecutadas que Isidoro puso en escena, de traducciones perfectamente desempeñadas como las de *Orestes* y *Virginia*, que tanto contribuyeron á la gloria de su amigo, y despues de su muerte aun enriqueció con muy buenas producciones el Parnaso español, entre otras la tragedia intitulada *Camila*, que bien merece el nombre de original, aunque en ella imitase algunos pasajes de los *Horacios* de Corneille.

Censores rigurosos reconvinieron á Maiquez de algunos contrasentidos, ora en la interpretacion de tal ó cual frase, ora en el servicio de la escena, ora en el modo de vestirse, sin considerar las circunstancias en que se hallaba y que habiéndose criado en el mayor abandono, lo admirable es que no cometiese mayores yerros, y sin tener en cuenta que la falta de fondos y de verdadera y efectiva proteccion de parte del gobierno le ataban las manos para muchas cosas. Despues de él se ha decorado con mas pompa y con mas propiedad el teatro, pero bajo la direccion de empresarios acudados. Por lo que hace á su manera de vestir los personajes que representaba, su mismo apologista, el señor Revilla, conviene en que solia sacrificar, aun á sabidas, algo de la verdad histórica al disculpable deseo de dar mas apostura y gentileza á su figura; pero no perdamos de vista que aun en este ramo, hoy tan adelantado, dió pasos de gigante, pues de fecha muy reciente era la costumbre, por Moratin referida y deplorada, de vestir *Semiramis de tontillo*, *Julio César de diplomático moderno* y *Aristóteles de abate*.

Al paso que algunos criticos decian de aquel insigne actor que por demasiado *natural* rayaba en frio, no faltaba quien le acusase de pecar por el extremo contrario. De la *naturalidad* en la declamacion hay mucho que hablar, y algo diremos en esta obrilla: ahora observaremos que de juicios tan encontrados se deduce lógicamente que Maiquez iba por el buen camino, tan distante de la sencillez sistemática y prosáica que enerva y desluce el arte, como de la afectacion que lo descubre demasiado á las claras. Es lo cierto que Maiquez no hacia lo que muchos

actores de su tiempo y algunos posteriores; esto es, prescindir del estudio detenido y filosófico de cada papel; decirlo de memoria sin colorido, sin intencion, como quien lee la Gaceta, y fijarse solo en algunos de sus pasajes mas culminantes para sacar partido de ellos esforzando la voz y exagerando la gesticulacion. En la representacion de cada personaje mostraba Isidoro que lo habia analizado por completo para desentrañar todos sus rasgos característicos, y hasta matices poco perceptibles para el vulgo de los comediantes. Así, no solo se hacia aplaudir en las situaciones de cuerda tirante, en las imprecaciones y apóstrofes vehementes, en los *parlamentos* (voz del *ejercicio*) floridamente encrespados y retumbantes, sino en una simple transicion, en una reticencia, en una sonrisa, en una mirada. No solo sabia *hablar* como convenia, sino *escuchar* como era debido; prenda entonces muy rara en nuestros teatros, y que todavia no se ha generalizado bastante.

Maiquez no enseñó á nadie fundamentalmente su arte. ¿Por egoismo acaso? ¿Por temor de que algun discipulo suyo destruyese al maestro? ¿Por desidia y negligencia? No; por ninguna de estas razones, sino por otra mas concluyente; porque hay cosas que no se pueden enseñar, y una de ellas es el arte de la declamacion, como lo veremos sin mucho tardar. Sus lecciones eran meramente prácticas, y las daba en los ensayos de cada pieza directa ó indirectamente: lo primero con el ejemplo de lo que él mismo decia y hacia, y que sus compañeros aplicaban mal ó bien á sus respectivos papeles; lo segundo, haciéndoles advertir sobre la marcha los errores de mas bulto, y declamando él en debida forma lo que muchos de ellos recitaban sin calor, sin gracia, sin sentido y á salga lo que saliese. De esta escuela práctica salieron actores tan recomendables como *Rafael Perez*, el mejor de su tiempo despues de Maiquez, á pesar de su mala figura, la *María Garcia*, la *Gertrudis Torre*, la *Virg. Caprara*, *Cristiani* y otros. Algunos de sus discipulos le pagaron con la mas negra ingratitud; que en nadie como en Maiquez se acreditó de verdadero el antiguo adagio *cria cuervos y sacarte han los ojos*.

Por último, entre las reformas materiales que Maiquez introdujo en nuestros teatros son muy de notar el haber hecho numerar todos los asientos, que antes no lo estaban, estableciéndolos tambien en el patio, con lo cual desapareció el temible *degolladero*,

y la mosqueteria, con verse mas decorosamente tratada, depuso gran parte de su ruda tirania. Del tiempo de Maiquez fué tambien la importante novedad de ejecutarse de noche las comedias, el proscribirse de todo punto la inventerada costumbre de vender agua y otras frioleras en la platea, y el substituir coches á las sillas de manos en que, no sin escándalo á veces, eran conducidas las actrices desde sus casas al teatro y vice-versa.

Separado Maiquez de la escena y muerto poco despues, dejó en ella un inmenso vacío. Habia, ya lo hemos dicho, actores muy apreciables entre sus compañeros sobrevivientes; pero unos pasaron á otras compañías, y otros reducidos á su valor intrínseco perdieron mucho en el concepto del público. Faltábanles los destellos vivificadores del planeta en cuya órbita habian girado. Aun algunos tuvieron la cordura de no acometer empresas superiores á sus fuerzas, ó á lo menos las probaron en funciones nuevas ó no ejecutadas per Isidoro; y estos libraron mejor; pero los que osaron reproducir algunos de los papeles en que aquel se habia distinguido mas, pagaron muy cara su temeridad. Sin embargo, el público, que quiere divertirse y tarde ó temprano *toma ley* al que con mas ó menos destreza, pero con buena voluntad satisface sus deseos, no suele vestir largo luto por los actores que se jubilan ó emigran ó se mueren. Entonces, como antes y como despues, los gozes presentes atenuaban cuando no extinguian totalmente el recuerdo de los pasados; y como al fin mucho habia ganado en todos sentidos la escena española, no dejó de verse frecuentada y favorecida. Volvió, no obstante, á dar visibles indicios de decadencia en el período desde 1820 á 1824. La revolucion primero, y la reaccion despues, gustaron mas de los *dramas verdaderos* ejecutados en las calles y en otros sitios casi tan públicos como ellas, que de los representados en las tablas, y aun gran parte de estos tenian mas de políticos que de literarios. Por otra parte, con el advenimiento de una muy regular compañía de ópera italiana, á que se agregó para solaz de los aficionados otra decentita de baile extranjero, Talía y Melpómene volvieron á gemir bajo el yugo de Terpsicore y Euterpe. Pero no hay mal que por bien no venga: al volver la comedia al santuario de que habia sido expulsada, ya sola, ya en amor y compañía de aquellas sus amables y agasajadas huéspedes, tocóle una parte

en el espléndido festin que diariamente se le servia, y empresarios y actores se esmeraban á porfia para que ni en trajes, ni en decoraciones ni en acompañamientos dejasen de alternar decorosamente los animados órganos de Tirso, Moreto, Calderon, Moratin, etc., etc., con los de Rossini, Mercadante, Morlachi, Meyerbeer y demás *Anfiones* modernos.

Cupo al teatro del Príncipe en tales circunstancias la buena suerte de que el señor don Juan de Grimaldi, nuestro inolvidable amigo, que habia dirigido una de las mencionadas compañías italianas, prendado de la jóven y ya aplaudida actriz doña Concepcion Rodriguez, se casase con ella, y creciendo con este motivo su grande aflicion al teatro, que teórica y prácticamente conocia como pocos, se dedicase primero exclusivamente á la educacion artística de su consorte y á cultivar aquellas felicisimas disposiciones naturales que desde el principio dieron tan opimos frutos... Permitásenos interrumpir aqui nuestro discurso: el puro y entrañable cariño que como actriz y como señora nos mereció y siempre nos merecerá aquella inestimable joya de la escena castellana, y lo mucho que su flexible y singular talento contribuyó á sacar de la oscuridad nuestro humilde nombre, pudieran dar á nuestros elogios cierto tinte de supersticiosa adoracion, que daria motivo á que fuesen acogidos con desconfianza por las personas que no presenciaron los legítimos triunfos á que aludimos. Por fortuna, no distan tanto de la fecha en que escribimos, que de ellos no haya testigos á millares.

Deciamos que Grimaldi, ocupado primero en formar de su cónyuge una actriz incomparable, tarea para ambos tan fácil como grata; por amistad unas veces y por su fervoroso amor al arte, y otras en calidad de director de escena que fué muchos años bajo diferentes empresas, aleccionó á muchos de nuestros actores de ambos sexos, y especialmente al malogrado don Carlos Latorre, que de mero aficionado y careciendo hasta de los rudimentos que pueden adquirirse en comedias caseras, pasó á colocarse desde su primera salida al teatro público en la linea de los primeros actores. Verdad es que tambien entonces labró Grimaldi en terreno de excelente calidad; pero de otros, que antes habian parecido estériles é ingratos, supo sacar gran partido. Pocos de entre los artistas de crédito que él ya conoció actuando ó en su tiempo se formaron, dejaron de aprovechar sus consejos,

sus lecciones mas ó menos extensas y repetidas. Dotado de un talento superior y muy cultivado, aprendió con admirable prontitud nuestro idioma, y no superficialmente, sino en términos de haberse hecho notable entre los escritores españoles cuando, no muchos años despues, dió muestras de su aventajada pluma en algunos periódicos tratando varias materias de politica y de administracion. Instruia en cuanto era posible, con la doctrina, ayudándole mucho para ello sus no vulgares conocimientos tanto artísticos como literarios, y el don de la enseñanza, que no á todos es concedido; y al atractivo de la doctrina unia el ascendiente del ejemplo. ¡Qué filsonomía! ¡Cómo al pensamiento obedecian sin sombra de violencia la voz, el gesto, la accion!... ¡Qué instinto para descubrir efectos teatrales donde nadie sino él sospechaba que existiesen!... Otra vez el temor de que se nos juzgase reos de idólatra parcialidad nos impone silencio. Solo añadiremos que oírle leer un drama equivalia para las personas de gusto, sino superaba, al placer de verlo representado.

Bajo la direccion del señor Grimaldi se completó la obra de Maiquez, se extirparon abusos y desaparecieron rutinas que eran todavia rémoras del arte, y este llegó á su completo apogeo.

En tal altura lo conservan todavia el celo y la inteligencia de los actores en general, cuyas condiciones artísticas y personales hemos visto de dia en dia mejorar. Entre ellos contamos verdaderas notabilidades que merecen este titulo como el mas aventajado de los artistas extranjeros, y en el pecho de algunos vemos con satisfaccion condecoraciones que aun se rehusan á los de su profesion en esa Francia, que en todas lineas presume marchar á la cabeza de la civilizacion.

Dos novedades recientes han venido á viciar la buena escuela: las farsas andaluzas en sumo grado, y algun tanto la ópera cómica ó sea zarzuela: pero aquellas solo han campado por su respeto en algun teatro de segundo orden, y aun esto alternando con espectáculos mas decorosos, porque solas no hubieran vivido dos meses, y además se han prodigado tanto, que ya tienen hastiado á todo el mundo. Se acerca, si ya no ha llegado el dia en que no podrán ser parte principal del repertorio de una empresa, y solo se conservarán algunas de las mas decentitas para alternar como fines de fiesta con los sainetes escogidos de don Ra-

mon de la Cruz y de Castillo. Justo es, sin embargo, confesar, que si no aprobamos semejante literatura, algo notable ha dado de sí en la gracia y propiedad con que á veces nos ha pintado ciertos caracteres y costumbres de la infima plebe, y que actores de relevante mérito, digno de ser mejor empleado, han sido la perfeccion misma en la pintura de los referidos cuadros, que tales como son no están al alcance de talentos vulgares. En cuanto á la zarzuela, pobres de composicion y de ejecucion han sido sus principios, pero el espectáculo es de buena ley; hacia ya falta en Madrid, el público lo acoge muy bien, de él ha de nacer una ópera española, que de este nombre sea merecedora, y para que andando el tiempo pueda rivalizar con la italiana no nos faltan elementos propios. Nuestra lengua, si no tan dúctil y de tan libre prosodia como la de Metastasio y Rossini, es abundante como ninguna, tersa y sonora, variada en su acentuacion, rica en diversidad de desinencias, libre de consonantes parásitas y de diptongos indeterminados, al paso que lo largo de algunas locuciones se compensa con el mucho uso que las vocales tienen en ella; escritores de nota capaces de escribir buenos dramas líricos no nos faltan, ni compositores y cantantes que con ellos compartan los escénicos laureles (1).

Para lo que acabamos de decir, y tambien para formar buenos actores de declamacion, tenemos una institucion utilisima que ya ha dado muy felices resultados; el Conservatorio que se fundó bajo los auspicios y lleva el augusto nombre de la reina madre doña Maria Cristina de Borbon. Si duda es susceptible de muchas mejoras, y esto no se oculta ni á la ilustracion de su director actual, ni á los dignos profesores del establecimiento; mas para realizarlas necesitaría estar mejor dotado, y en frecuentes y fraternales relaciones con dos teatros públicos, uno de verso y otro de ópera, auxiliados pecuniariamente por el gobierno. Así los discípulos mas adelantados y de mejores disposiciones podrian ir probando sus fuerzas ante el verdadero público y entre actores ya acreditados, mejor que en los casi privados simulacros de que forman parte de cuando en cuando, recogiendo aplausos no siempre tan merecidos como galantes,

(1) Despues de escrito este artículo, se ha mejorado notablemente y bajo todos aspectos el drama lírico español, y lleva camino de poder competir dentro de poco con los de otras naciones que lo han cultivado antes que la nuestra.

que si sirven de estímulo á los cuerdos, envanece y estragan y pierden á los presuntuosos. Así no se repetirían algunas prematuras emancipaciones de cantantes abortados y actores sietemesinos, que por fruto de su credulidad é impaciencia cogen crueles desengaños.

Por lo demás, ya hemos insinuado que el arte de la declamacion no se puede fundamentalmente enseñar en lo mas esencial é importante de él, y ahora explanaremos algo mas nuestro aserto. Al que no haya recibido de la naturaleza, además de una privilegiada organizacion fisica que le dé aptitud para imitar todo género de afectos y pasiones, el instinto de esa misma imitacion, es seguro que los estudios, los consejos, y aun la práctica, acaso mas necesaria para este arte que para ninguno, le servirán de poco. Ni es posible reducir á preceptos claros, fijos y determinados un arte cuyo texto es la humanidad entera. Si solo se quieren establecer algunos principios cardinales, ni es fácil decidir cuáles hayan de ser estos, ni resolverían las infinitas dificultades que habria de experimentar el alumno al ponerlos en ejercicio: si para cada situacion de la vida, para cada pensamiento, para cada sensacion se tratase de dar reglas, ni las páginas del Tostado bastarian á formular tal enseñanza. Por lo mismo, no hay tratados de declamacion de que pueda sacarse mediano provecho, aunque los comente y explaye de viva voz el mejor maestro. Por lo mismo, ninguno comunica su talento de actor, su estro, digámoslo así, ni aun al escolar mas despierto y aplicado. El secreto de este arte es el mas guardado de todos, porque queriéndolo y todo, no se puede comunicar. Los profesores, y mas si nunca han militado en la escena ó ya se han retirado de ella, tienen un evidente interés en sacar buenos discípulos, pero lo ordinario es no producir sino gimios-papagayos que remedan sus gestos, sus movimientos y hasta el eco de su voz, siquiera para ello la fuercen como los ventrílocos; ó si la comparacion parece demasiado satirica, estampas mal litografiadas de los papeles que han aprendido verso á verso, y quizá sudando tantas gotas como versos discípulo y maestro. Cómo se doma algun tanto un órgano vocal áspero y desabrido, cómo se corrige una pronunciacion imperfecta y resabiada, cierta soltura en mover cabeza, piernas y brazos, algunas actitudes tomadas de la naturaleza misma ó de la estatuaria, y aplicadas á tales ó cuales personajes, el modo

de tomar aliento para que no haga falta en la mejor ocasion; estas y otras lecciones accesorias, además de las indispensables de literatura, historia, etc., etc., se pueden dar y su utilidad es innegable; pero de aquí no le es dado pasar al catedrático, porque no hay explicacion posible para poner en juego á sangre fria tanto resorto oculto, para escudriñar tanto pliegue del corazon humano. Por el año de 1800 se publicó un *Ensayo sobre el origen y naturaleza de las pasiones, del gesto y de la accion teatral*, que aunque dado á luz como obra original, descubre á tiro de ballesta ser una mala version del francés. Allí se nos dice qué movimientos imprimen en el rostro humano la ira, el odio, la venganza, el deseo y otros vehementes afectos, y no faltan sus estampitas al canto que explican el texto, no con la mayor exactitud que digamos. Esto servirá de algo á los pintores y á los escultores, no lo negamos, y con ellos habla tambien el librito; pero aunque estuviera veinte veces mejor pensado y escrito, de ninguna utilidad sería en nuestro diclaman para hacerse actor el que tal no ha nacido, como todas las artes poéticas y todos los diccionarios de la rima imaginables no harán un poeta ni del hombre mas erudito, si espontáneamente y como huésped perpetuo no le asiste aquel *Deus* qui agitaba y encandecía á Ovidio. No es esto decir que el actor novel, y aun el ya formado, deban despreciar estas y otras nociones relacionadas con su arte, ni que el hacer frecuentes y detenidas visitas á los museos de pintura y escultura deje de convenirles; mas no para proponerse copiar exactamente la gesticulacion y actitud de cada figura en situaciones análogas, porque corren mucho riesgo de dar en la caricatura; pues con poco ó mucho caudal de observaciones y conocimientos, el actor, ya lo hemos dicho, y nada se pierde con repetirlo, debe atenderse á la inspiracion del momento y esperar todo de ella. Mas necesario es el estudio constante de la humanidad viviente y agente en todas sus clases y jerarquías, y eficazmente lo recomendamos; pero no olvide que si los principales caracteres físicos de las pasiones se pintan del mismo modo en la fisonomia de un príncipe que en la de un carretero, la diferencia de educacion, de hábitos y hasta de complejiones, llega á modificar considerablemente, no solo en la palabra, sino en algunos accidentes de la accion y del gesto, la expresion de lo que se piensa y se siente.

En una palabra, fuera de la instruccion literaria y artística, de que no se puede prescindir, y de ciertas máximas generales, pero secundarias, no hay modo de transmitir la teoría de la declamacion. Decirle á un principiante: proponte imitar á la perfeccion, y sin sentir las, todas las adversidades y flaquezas, y penas, y glorias, y virtudes y maldades de esta vida miserable, es decirle demasiado y no decirle nada; pues él responderá: ¿y cómo? Y aquí está el *quid* de la dificultad, porque ni la centésima parte de los casos prácticos pueden preverse ni aplicárseles principios que no sean muy vagos y muy subordinados á una infinidad de accidentes calculados ó casuales. En nuestra opinion, aunque poco valga, mas aprovecharia el discípulo siguiendo el maestro en esta enseñanza un sistema contrario al que se observa en las demás; á saber, no perdiendo el tiempo en endosarle primores que si no es capaz de hacerlos por sí mismo nadie dejará de advertir que son postizos, sino poniendo todo su conato en hacerle evitar los resabios y aberraciones y adeseos de que adolece el vulgo de los representantes. Así á lo menos el nuevo actor, sino por la presencia de altas dotes artísticas, que con el tiempo se pueden adquirir, se haria estimar por la ausencia de graves defectos, capaces de deslucir y que en efecto deslucen aun á actores no despreciables.

Otro cabo habíamos dejado suelto, y ya es tiempo de anudarlo: la cuestion de si debia ser ó no absoluta la imitacion de la naturaleza en el teatro. Ya hemos hecho observar que el actor tiene que seguirla mas de cerca que otro cualquiera artista, y eso precisamente constituye la mayor dificultad del arte; pero su objeto como el de todas las demás, es copiar á la naturaleza, con tendencia á embellecerla, no á afearla, y descartando del cuadro, ó por lo menos sombreado todo lo posible los objetos innobles y repugnantes. No se olvide que entre el traslado artístico y la realidad hay siempre algo de convencional; y téngase muy presente que aun contra la misma verdad, cuya imagen debe el teatro representarnos, se pecará infalible y gravemente si el actor se propone seguirla á todo trance y sin ninguna restriccion. La óptica y la acústica del teatro exigen que la voz se esfuerce algun tanto y á la gesticulacion se dé cierto relieve, sin lo cual se pierden muchas inflexiones de aquella y á veces y en ciertos lugares no se oye la mitad de lo que en la escena se articula,

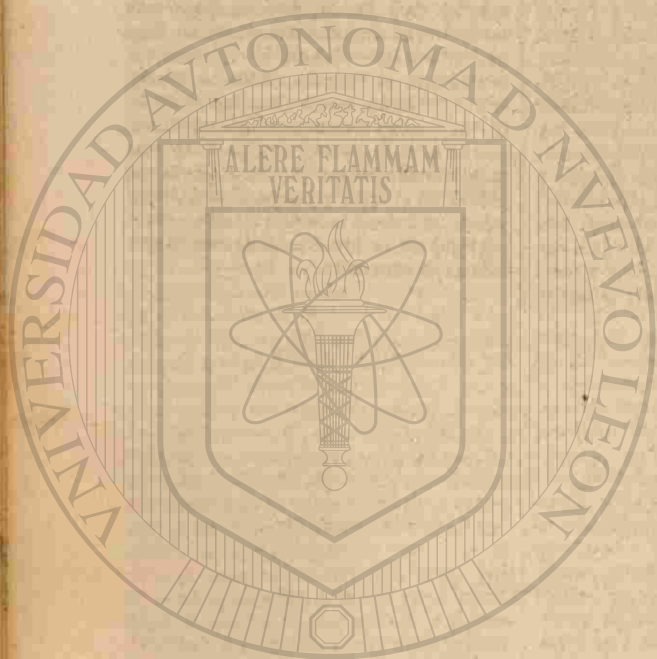
y tambien pierde mucho de su vigor y eficacia el juego de la fisonomía. Cierta solemnidad en la entonacion, que no llegue á ser el canticio á que algunos actores se dejan arrastrar sin advertirlo, especialmente cuando recitan endecasílabos, no daña al que represente personajes muy elevados. *Intererit multum Davusne loquatur an heros.* Por lo contrario, y siguiendo la misma máxima de Horacio, no se debe atribuir un tono de majestuosa autoridad á personajes que, aun peseidos de los mas altos pensamientos, no se les supone habituados á semejantes maneras: lo que en los primeros será natural, ó verosímil á lo menos, y sabido es que la verosímilitud en las artes suele tener mas atractivo que la verdad, en los segundos parecerá afectado, aunque circunstancias excepcionales hagan que moral é intrinsecamente sea verdadero. Otra circunstancia que algunos desatienden mas de lo conveniente es la de dar valor á las bellezas poéticas del diálogo, sobre todo cuando el drama está versificado, sin que necesitemos advertir que en los de cierta clase aun la prosa admite algunas de esas mismas bellezas. No se pretende que se reciten los versos con cierta salmodia escolástica como ante una academia, pero bien se compadece con la naturalidad de la expresion el cuidado de hacer perceptibles el número y el ritmo. Una parte y no la menor de esta obligacion incumbe al poeta: pero el actor le debe su fraternal cooperacion. Algunos actores se pintan rara vez; otros siempre y demasado: unos y otros yerran, en nuestro dictámen; los primeros porque, aunque sea grande la movilidad de sus músculos faciales y cuenten con poseese bastante del papel para que su rostro palidezca ó se encienda, en momentos dados cualidad poco común, en otros de mas calma, y particularmente en los de reposo y silencio, harán perder al espectador mucha parte de su ilusion, recordándole con sobrada exactitud las facciones y el colorido que está viendo diariamente servir para la imitacion de diversos y aun opuestos caracteres; los segundos porque llegan á desfigurarse con tantos chafarrinones, y ni son el actor ni el personaje que representan, y porque no dejan de entorpecer los resortes de su cara los excesivos afeites con que la embadurnan. En esto como en tantas cosas en el medio está la virtud. Otra advertencia, que quisiéramos omitir porque nos la han de murmurar, pero nuestro amor al arte no nos lo permite. Todos los actores barbados debe-

rian raparse la cara tan por completo como los curas: este es el único medio de poder caracterizar mejor sobre la escena en parte tan principal todo género de personajes; pero hay algunos de nuestros artistas escénicos que tienen invencible repugnancia á hacer tan ligero sacrificio y un cariño tan entrañable á sus bigotes ¡maldita moda! que ni quieren rasurárselos para ejecutar papeles que á voz en grito los excluyen. Algunos se los afeitan sin misericordia siempre que es necesario, pero cuidando de dejárselos crecer tan luego como cesan las representaciones á cuyo mejor desempeño los inmolaron heroicamente. Prescindiendo de que los mostachos, sin los cuales se hallaron muy á gusto nuestros padres, no sientan bien á todos sus hijos, aun á los que hacen por conservarlos cuanto pueden para utilizarlos en la escena les aconsejaria yo que no economizasen tanto las navajas. El bigote llevado de continuo viene á convertirse en una nueva faccion, no sin usurpar los fueros y prerogativas de otra faccion y tan primordial como lo es la boca. A nadie se oculta que en esa faccion semipostiza presenta la naturaleza tantas variantes como en las demás, así de figura como de color y de longitud, latitud y profundidad. Ahora bien, *salvo meliori*, no nos parece lo mas acertado para el rigorismo del arte que aun en tal accesorio tengan nada de comun personas tan poco conformes en categoria, en indole y en costumbres como las que de una semana á otra y á veces de hoy á mañana nos exhibe el teatro.

A pesar del indicado abuso y de algunos otros defectillos que aun subsisten, nos complacemos en repetir que el arte de la declamacion ha llegado y se mantiene del lado acá de los Pirineos á tanta altura como en cualquiera otra nacion; y si se toma en cuenta que ni la Superioridad ni el mismo público la apoyan y protegen como seria de desear, estamos por decir que nuestros actores son individual y colectivamente mas hábiles que los extranjeros. Será verdad que, generalmente hablando, las representaciones en los teatros de Paris, y sobre todo las de la comedia, ofrecen un conjunto mas animado, mas natural, mas perfecto que en los nuestros; pero si consideramos que allí se ensayan las funciones nuevas treinta, cuarenta y mas veces, cuando aqui ocho ó diez ensayos es el maximum para las de mas empeño y aparato; no pasando de media docena, y esos incompletos, los que pueden consagrarse á la mayor parte de las

novedades dramáticas; si esto mismo constituye á nuestros representantes en la absoluta necesidad de seguir la voz del apuntador, que en coliseos mas favorecidos puede limitarse, como lo hace, á dar solo las *entradas*, y eso á media voz, y no siempre; y si aun luchando con tales escollos vemos en muchas escenas y aun en comedias enteras, desde su estreno todo el calor, toda la unidad que en aquellos se celebra, fuerza será confesar que los españoles son, no diremos mejores, pero sí mas beneméritos. El apuntador, cuando no es meramente preventivo, podrá ser buen auxiliar aun para los actores de mas memoria, entendimiento y voluntad, y para los de misa y olla su oráculo, su número, su providencia; mas para el arte es una calamidad. Don Juan Lombía, actor que como tal habia merecido bien de la escena española y como director de ella reunia y sabia poner en

práctica cualidades no comunes, hizo laudables tentativas para suprimir la viva voz del consueta; su ejemplo se ha imitado recientemente en varias ocasiones; pero como el público español pide sin cesar obras nuevas, y acaso mas de las que puede digerir en calidad y cantidad, no es posible por ahora verificar por completo tan importante reforma. Para que un día se realice, y asimismo otras muchas mejoras que la ilustracion del siglo reclama en nuestras representaciones teatrales, urge ya mucho que el Gobierno, con la cooperacion de las Cortes, proteja seriamente una institucion que da en cada país la medida de su respectiva civilizacion, y que, aparte de lo que influye en el brillo y prosperidad de letras y artes, aun como industria merece y necesita salir de la precaria situacion en que todavia se encuentra.



OBRAS ESCOGIDAS

DE

BRETON DE LOS HERREROS

OBRAS DRAMATICAS.

LOS DOS SOBRINOS,

ó

LA ESCUELA DE LOS PARIENTES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 50 DE MAYO DE 1825.

PERSONAS.

DOÑA CATALINA.
DOÑA JULIANA.
PLACIDA.
INES.
DON CANDIDO.
DON JOAQUIN.

DON BRUNO.
DON ONOFRE.
DON MARCELO.
MATIAS.
UN SOLDADO.

La escena es en Madrid. Sala con tres puertas : una conduce á la antesala y á las habitaciones interiores, otra á la de doña Catalina y la restante al cuarto de don Joaquin. ®

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MARCELO, DON ONOFRE.

Marc. ¿Qué resolvemos, Onofre,
De nuestro caro sobrino?
¿Te lo llevas al lugar?

1.

Onof. ¡ Si es tan apocado el niño
Que no sirve para nada!
No es hombre, segun he visto,
De cojer un azadon,
Ni de podar un olivo,
Ni aun de cuidar de las mulas,
Que es el único ejercicio
En que pudiera emplearlo.
Si fuera como su primo...
¡ Oh ! Joaquin es otra cosa.
¡ Qué despejado ! ¡ qué fino !

1

Y al cabo es un capitán.
Este sí que honra á sus tíos;
Pero Cándido...

Marc. No obstante,
Me parece que es preciso
Llevemos la carga todos.
Siete meses bien cumplidos
Tengo á Joaquín en mi casa.

Fué robado en el camino,
Y, como era regular,
Le franqué mi bolsillo
Para hacerse un equipaje
Conveniente á su destino.
He pagado varias deudas

Que en Madrid ha contraído...
Todas por lances de honor
De que un jóven de principios
Nunca puede prescindir:
Banquetes con sus amigos;
Balles; á veces el juego;
Que, aunque en rigor es un vicio,
Sin pasar por un quijote
Extravagante y mezquino,
Ya ves, todo un capitán...

Onof. Eso está bien. Él es digno
De todo; él es acreedor
A cualquiera sacrificio;
Pero el otro...

Marc. Pues el otro
Me ha puesto en un compromiso.
Aquí se nos ha encajado
Sin anunciarnos su arribo,
Hecho un adán.

Onof. ¿Y qué culpa
Tengo yo?

Marc. Pidió un asilo
En mi casa, y yo no pude
Negárselo.

Onof. Pues, amigo,
Paciencia. A mí no me hubiera
Encontrado tan propicio.

Ya se la puede buscar,
Que no es manco ni tullido.
¡Holgazan! Con esa cara
Que tiene de teatino

Viene á pegarla, sin mas
Que « aquí estoy porque he venido. »

Marc. Tuve que pagar el viaje
Y los gastos del camino,
Porque él no trajo...

Onof. Esa es otra.
Vaya, vaya; el señorito
Es una buena prebenda.

Marc. Aunque el gasto es tan crecido,
No es esto lo que me apura.

Onof. Pues ¿qué?

Marc. Que afrentado vivo
Con él. Ese encojimiento,

Ese porte tan sombrío,
Tan toscó...

Onof. Di de una vez
Que es un solemne pollino
Y que quieres embocarme
La maula. Pues, hijo mío,
Desáznalo tú si quieres.

Marc. Yo además de Joaquinito
Tengo á doña Catalina
Que hace mes y medio vino
De Cádiz; y hasta que encuentre
Casa... Ya ves, su marido
Fué amigo nuestro, y no creo
Regular...

Onof. Nada: conmigo
No se viene. Es excusado
Porfiar.

Marc. ¿No eres su tío
Como yo?

Onof. Si te es gravoso,
Desde este instante me obligo
A abonarte lo que gastes
Con él; pero yo no admito
Gaznápiros en mi casa.
Mejor quiero un tabardillo.

Marc. Ya he dicho que no es el gasto
Lo que siento.

Onof. Y yo repito
Que á mi lado no le quiero.

Marc. En tus haciendas de Pinto
Puede estar.

Onof. ¿Y qué dirían
Las gentes si algun domingo
Me viniera á visitar

De toscó sayal vestido,
Con montera, con polainas,
Abarcas y vara en cinto,
Y oyeran que me decía:

Buenas tardes, señor tío?
Marc. No hay remedio. Es necesario
Que yo le aguante. ¡Maldito
Parantesco! Mantenerlo
Lejos de mí es un arbitrio
Costoso. Al fin en la casa
Se viene á gastar lo mismo

Esté ó no esté; pero fuera...

Onof. Eso quisiera el chiquillo:
Asegurar la pitanza
Y vivir á su albedrío.

Pero nuestro primo Bruno,
Que la echa de compasivo,
¿No se lo puede llevar?

Marc. No conviene. Mi designio
Es muy diferente. Bruno
Es viudo sin hijos, rico
Y amigo de sus parientes.

Ya sabes tú que Fabricio
Nuestro hermano, que Dios haya,

Tuvo cierto disgustillo

Con él.

Onof. Sí; cuando le echó
De su casa porque quiso
Con sus prudentes consejos
Salvarle del precipicio.

Marc. Riñeron. A pocos meses
Su indolencia, su prurito
De brillar, y la aprehension
Que le hicieron de un navio
Fletado por él con carga
De géneros prohibidos,
Fueron causa de su ruina
Total.

Onof. Bien: y á este conflicto
Siguió pronto el de la muerte
De su mujer; y Fabricio
Enfermó de pesadumbre;
Murió ya puesto en camino
Para los baños de Caldas;
Y lo enterraron; y su hijo
Cándido, viéndose solo,
Desamparado, aburrido,
Viene á comernos un lado
A título de sobrino.
Pero todo esto...

Marc. El pobrete
Haria sin duda juicio
De ser recibido mal

De Bruno. Por eso vino
A Madrid, y ni siquiera
Una visita le hizo
Al pasar por Zaragoza.

Onof. Con todo, no le imagino
Capaz de desampararlo.

Marc. Pero si yo se lo envío,
No solo le admitirá
Con placer y con cariño;

Sino que podrá dejarle
Algun día, con perjuicio
De Plácida, cuanto tiene:

Y esto es lo que determino
Evitar á toda costa.

Onof. Cuando Cándido era niño
Como un padre le quería.

Marc. Es cierto; pero hace un siglo
Que no le ve.

Onof. Y dime: ¿sabe
Que está aquí?

Marc. ¿Qué desatino!
No se lo diré yo nunca.

Onof. Pero... ¿y si le escribe el chico?
Marc. No lo hará; te lo aseguro,

Porque yo no me descuido
En prevenir al muchacho
Contra él.

Onof. Ya; tú habrás dicho
Para ti: la caridad

Se entiende consigo mismo;
Y el prójimo, que se dé
Contra una esquina.

Marc. Es preciso
Que me ayudes á inclinarle
A mi favor.

Onof. Ya le he escrito
Que Plácida es un tesoro
De virtudes, un hechizo.
Y mis elogios por cierto
No son muy equitativos,
Porque es una linda maula.
Ahora cuatro rengloncitos
Contra Cándido: ¿no es esto?
Y negocio concluido.
Pero si se le antojara
Venirse...

Marc. No; no hay peligro.
Es muy viejo. — En todo caso
Nunca vendrá de improviso,
Y podremos...

Onof. Ya; ya entiendo.
¿Y dónde está tu pupilo?

Marc. Salió con Juliana.

Onof. ¡Calla!
Aquí está. ¿Qué compungido!
¡Qué humilde!

ESCENA II.

Don ONOFRE, Don MARCELO, Don
CÁNDIDO.

(Don Cándido se presenta pobremente
vestido.)

Onof. ¡Hola, buena pieza!
¿Cómo vienes tan marchito?

¿Dónde has dejado á tu tia?

Cánd. A la mitad del camino
Me dijo que no gustaba
De acompañarse conmigo.

Onof. Habrás hecho de las tuyas.
Marc. Cuando ella te ha despedido
Por algo será.

Onof. La habrás
Avergonzado.

Marc. Habrás dicho
Mil necesidades.

Cánd. Dios sabe
Qué yo...

Marc. Calla.

Cánd. ¡Ah! Yo suplico
A ustedes...

Onof. Cállese usted.
Es un enorme delito
Disculparse de ese modo.

Cánd. (¡Paciencia!)

Marc. Si; ya está visto

Que no haré carrera de él.

Onof. Con ese aire de novicio
No pienses que nos engañas,
¡Hipocritón!

Cánd. (¡Qué martirio!)

Onof. ¿Qué murmuras entre dientes?
Vehementísimo indicio
De tu culpa es tu silencio.

Cánd. Pues bien: ¿cuál es mi castigo?
¡Si callo soy delincuente,
Y ofendo cuando replico!

Onof. Ni callar, ni replicar.

Cánd. Eso es imposible, tío.

Marc. Vamos, será necesario

Tomar con él un partido.

Onof. Si, si; por incorregible
Debe echarse a un presidio.

Marc. Aquí viene mi mujer
Y nos dirá lo que ha habido.

ESCENA III.

DON ONOFRE, DON MARCELO, DON
CANDIDO, DOÑA JULIANA.

Jul. ¡Jesus, qué sofocación!

¡Jesus, Jesus, qué sobrino! (Se sienta.)

Onof. ¿Qué te ha hecho ese bergante?

Jul. ¡Nunca le hubiera yo dicho

Que me acompañase! ¡Nunca

Hubiera á casa venido!

Empeñado el muy zoquete

En ir siempre al lado mio

Como si fuera un cortejo.

¡Ah, qué afrenta! ¡qué suplicio!

Por mas que haciéndole estaba

Señas con el abanico

Para que detrás viniera,

No he podido conseguirlo.

Ya se lo iba á decir claro

Al pasar por los Basílios,

Cuando de manos á boca

Me encuentro con don Faustino

Y Conchita su mujer.

¡Entonces fué el compromiso!

Como ella es tan crítica

Y tan vano su marido,

Temía que ese señor

Dijera algun desvarío

O les diera á conocer

Que era mi pariente. Quiso

Mi fortuna, ó mi desgracia

Mas bien, que como es el niño

Tan hurano y tan agreste,

Sin dar lugar á mi aviso

Se quedó á cierta distancia.

Con esto me tranquilizo,

Y despues de saludar

A mi amiga con cariño

La propongo me acompañe

Esta tarde en el Retiro,

Cuando me agarra del brazo

Ese zafio de improviso

Y me dice: ¡Tia, tia!

¡Un coche! ¡Pronto, de un brinco

Pase usted á la otra acera!

No senti tanto el peligro

Como verme abochornada

De tal modo. No he tenido

Rato mas malo en vida.

Estoy hecha un basilisco.

¡Qué atrevimiento! ¡En la calle

Llamarme tia, y á gritos!

Cánd. No podia imaginar

Que usted se hubiera ofendido

De que la llamase tia.

Ahora, si es un delito

El ser pariente de usted

Porque en el mundo no brillo,

Eso es otra cosa; pero,

Señora, si no soy rico,

¿Cómo lo he de remediar?

Esta pobreza en que gimo

No es consecuencia funesta

De algun vergonzoso vicio.

¡La muerte de un tierno padre

Solo me deja el conflicto

De llorarla, y la desgracia

De ser gravoso á mis tios!

Yo quisiera...

Jul. Yo quisiera

Que fuera usted mas sumiso

Y algo menos bachiller.

Si, señor; así lo exijo.

Con que despues que le estamos

Colmando de beneficios,

¿Aun nos viene usted con fieros?

Vaya, ¿si será preciso

Que le pidamos perdon?

Cuando usted haya aprendido

A tratar con las señoras;

Cuando sea usted tan fino

Como su primo Joaquin,

Merecerá mi cariño,

Y no me desdeñaré

De llamarle deudo mio.

Pero no siendo elegante,

Gracioso, amable, cumplido,

Como él lo es; no entendiendo

El pais de un abanico;

No sabiendo dar su voto

Sobre el gusto de un vestido,

Ni bailar un rigodon,

Ni trinchar un palomino,

Que me llame usted su tia

Formalmente le prohibo.

Onof. Dice muy bien.

Jul. Y cuidado

Con no serme tan altivo.

Cuidado con respetar

El menor de mis caprichos.

Si no acomoda, ya puedes

Tomar la puerta. Clarito.

ESCENA IV.

DON ONOFRE, DON MARCELO, DON
CANDIDO.

Marc. ¿Ves á lo que das lugar

Con tu imprudencia? Es preciso

Enmendarse. ¿Qué te cuesta

Darle gusto? ¿Qué perjuicio

Se te sigue de ser dócil,

Callado, humilde, expresivo

Y cariñoso con ella?

Si se indispone contigo

Es por tu bien. — Por ahora

Tus desaciertos olvido

Y te quiero perdonar.

Procura no repetirlos

Si deseas conservarte

En mi gracia. Harto te digo.

ESCENA V.

DON ONOFRE, DON CANDIDO.

Onof. La reprimenda no es floja;

Pero ¡vanos raciocinios!

A ti nada te hace mella.

Yo no sé á quién has salido:

Tan torpe, tan bigardon,

Tan ingrato, tan arisco,

Tan... ¡Qué veo! ¿Está llorando?

¡Ay qué gracia de angelito!

Vamos, desmáyate ahora.

¡Cuidado que es un prodigio

El muchacho! Con mas cuartos

Que un arriero vizcaino,

¡Llorar como una madama!

¿Y piensas que no concibo

Que ese llanto es de soberbia?

¡Muy bien! ¡Estamos lucidos!

¡Sobre que ya no se puede

Hacer bien en este siglo!

Cánd. ¡Ah, señor! El hacer bien

Nunca...

Onof. Calla, que me irrita.

Tú has venido á deshonorarnos.

Mi hermano hizo un desatino

En recibirte en su casa

Y darte el pan de sus hijos,

¿Si querrás que te contemplan

Y que te traten con mimo?

Vaya; ¡no faltaba mas!

¿Por qué no naciste obispo?

El te llena la bartola

Y yo te calzo y te visto.

Pues ¿qué mas quieres? Peor

Fuera estar en el hospicio.

¡Ah, qué bien dice el refrán!

Al que Dios no le da hijos,

Para purgar sus pecados

El diablo le da sobrinos.

ESCENA VI.

DON CANDIDO.

No es posible tolerar

Tratamiento tan indigno.

Me avergüenzo del estado

De humillacion en que vivo,

Y solo la fuga puede

Salvarme del precipicio

A que tantas sinrazones

Me conducen de continuo.

Huyamos; ¡si! Poco pierdo

En dejar tan triste asilo.

Mejor es morir de hambre

Que depender de mis tios.

ESCENA VII.

DON CANDIDO, DON JOAQUIN,

(Don Cándido se queda triste y pensativo á un extremo de la escena. Don Joaquin sale de su cuarto leyendo un papel con direccion á la habitacion de doña Catalina.)

Joaq. Perfectamente. No puede

Estar mejor. Yo me pinto

Solo para hacer sonetos.

Ni Berjes, ni Tito Livio

S' rven para descalzarme.

¡Es mucho número el mio!

Se lo voy á presentar...

¡Hola! Buenos dias, primo.

Me alegro mucho de verte.

Ya sabes tú que me pico

De poeta. Vas á oír

Este soneto que he escrito

A nuestra huéspedea amable

Casi casi de improviso.

Oye, y verás ¡qué conceptos

Tan armoniosos! ¡qué estilo

Tan bien medido! ¡qué rima

Tan sentimental!

Cánd.

Amigo,

No estoy de humor para coplas,
Déjame.

Joaq. Yo necesito
Tu aprobacion.

Cánd. Yo lo apruebo.
Desde ahora sin oírlo.

Joaq. No importa. Es un jefe de obra,
Y lo has de oír.

Cánd. (Estoy frito.)

Joaq. Por mirarte con líbrico entusiasmo
(*Leyendo.*)

Corta la parca mi vital estambre.
Me voy quedando ya como un alambre
Y tú tienes la culpa. No me pasmo.
De tu desden el rígido sarcasmo
En materias de amor me mata de hambre;
Y cual si fueras cálido flambre
No te puedo mirar sin pleonasma.

Ni Venus misma con su hermoso físico
Merece ser de Catalina el prólogo.

Pero ¿has de permitir que muera tísico?
¡Ah! Bien puedo decir sin ser teólogo,
Segun me hieren tus miradas áridas,
Que tus ojos, mi bien, son dos cantáridas.

¿Qué tal? ¿Se encuentran sonetos
De este mérito en los libros?

Lo del cálido flambre
¿No te parece un prodigio?

Lo del rígido sarcasmo
¿No es un concepto exquisito?

Confieso que el consonante
Me tenia apuradillo.

Ya iba á abandonar la empresa,
Cuando á mi socorro vino
La palabra pleonasma,
Grave, de hermoso sonido,
Y sobre todo oportuna.

Eso de morirme tísico
Es lo que enmendar quisiera;
Pero ya está puesto en limpio
Y así ha de ir. — Vamos, hombre:
Todavía no me has dicho
Qué te parece.

Cánd. ¿No acabas
De ponderarlo tú mismo?

Joaq. No importa. Yo soy modesto
Y á tu fallo me remito.

Cánd. ¿Podré decir sin rebozo
Mi dictámen?

Joaq. Sí, sí; dílo.

Cánd. Pues bien; á mi me parece
Cada verso un desatino.

Joaq. ¿Te burlas, hombre?

Cánd. No estoy
Para burlas. Lo repito:
Tu soneto es detestable.

Joaq. Solo un hombre tan borrico
Como tú diría eso.

Vamos; bien dice mi tío,
Que la miseria embrutece
A las gentes.

Cánd. Si has creído
Inpunemente insultarme,
Te equivocas, Joaquinito.

Joaq. ¡Hola! Con que ¿eso es decir
Que te batirás conmigo?

Pues bien; corriente. No doy
Por tu vida dos caminos.

¿Cómo quieres que riñamos?
¿A cuchilladas, ó á tiros?

Elige: ¿dónde ha de ser?
¿En el campo, ó aquí mismo?

Testamento... no lo harás,
Se supone: esto lo digo
Porque no tienes de qué,
¿Piensas buscar un padrino?

¿Quieres que...?

Cánd. No quiero nada.
Soy opuesto á desafíos.

Lo que quiero es que me dejes
En paz y que tangas juicio.

Joaq. Al fin eres un gallina
Sin honor y sin principios.

Cánd. Yo no conozco ese honor
Que tanto los libertinos
Decantan. En la virtud
Únicamente los cifro

Y no en andar á estocadas
Por tan frívolo motivo.

Yo sé respetar las leyes
Y obedecerlas sumiso;

Pero aunque ves que no peino
Bigotes, ni espada cifo;

*Va acercándose á don Joaquin, y éste
retrocediendo.)*

Ni llevo dos charreteras
Que deslumbren con su brillo
En los bailes y en el Prado;
Ni tengo hoja de servicios
Llena, no de campamentos,
De batallas y de sitios,
Sino de hospitalidades,
Deserciones y castillos;
Desprecio á los fanfarrones
Que escupan por el colmillo,
Y les doy de bofetadas
Sin necesitar padrino.

Joaq. Pero, hombre,... no te sofoques
Nunca ha sido mi designio
Que fuéramos á matarnos.
¿Qué disparate! ¿Dos primos!
Ya ves tú; los que tenemos
El genio así..., un poco vivo,
Nos excedemos á veces...
Vaya; vengán esos cinco
Y olvidemos lo pasado.

Ya sabes tú que te estimo.

Cánd. Harto hago con agnantar
La injusticia de mis tíos,
Sin sufrir tus insolencias.

Procura en lo sucesivo
Tratarme con mas respeto,
Porque si no...

(*Amenazándole á la cara.*)
Te confirmo.

ESCENA VIII.

DON JOAQUIN.

¡Toma! Será muy capaz
De hacerlo como lo ha dicho.

¿Quién había de creer
Que tuviera tantos brios
Un pobretón? No; con este
No es fácil sacar partido,

Porque pudiera dejarme
De un hofeton sin carrillos.—
Pero es mucha necedad
Decir que no vale un pito
Mi soneto. A bien que yo
Estoy muy bien persuadido
De lo contrario, y me basta.—
¡Eh! Ya es tiempo de lucirlo
Con la huésped. Yo voy
A leérselo ahora mismo.—
¿Y si Plácida lo sabe?

La voy á tener de hocico
Quince dias.— ¿Qué me importa?
Si á la viudita conquisto,
Que es hermosa, rica y jóven,
Pronto con mi prima rifo
Y desbarato la boda;
Y si no saco partido,
Fácil me es desenojarla;
Y mas estando los tíos
De mi parte, y teniendo ella
Tantas ganas de marido.

(*Entra en el cuarto de doña Catalina.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CATALINA, DON JOAQUIN.

Joaq. Con que ¿no permite usted
Que la acompañe?

Cat. Mil gracias.
Me precisa salir sola.

Joaq. ¿Y no quedamos en nada?

Cat. Pues ¿no le he dicho á usted ya
Que su soneto me encanta?

¿No he dicho que hay en sus versos
Mas bellezas que palabras?

Es verdad que muchas de ellas
A mi comprension se escapan;

Pero tiene cierto nervio
Poético que arrebató;

Y sobre todo el donaire
Singular con que usted llama
Cantáridas á mis ojos
Me embelesa, me entusiasma.

Joaq. Sí; cantáridas de amor
Que me pican y me abrasan.

Cat. Es un soneto estupendo
Lleno de fuego y de gracia.
Usted debía imprimirlo.

Joaq. Ya se ve; de eso se trata.
Pronto va á salir á luz
Con mis poesías varias
Así que haya reunido,
Que esto lo hago en dos semanas,
Materiales para un tomo.

Cat. Siga usted con confianza
La carrera del Parnaso:
Así con pluma y espada
Será usted en poco tiempo
El ornamento de España.

Joaq. Pero usted se desentiende
De la pasion que me inflama,
Y hasta ahora no me ha dicho
Si la aprueba ó la desaira.

Cat. Segun eso, ¿usted me quiere?

Joaq. Esa pregunta me balda.
La quiero á usted con furor.

Cat. ¡Ay qué miedo! Usted me espanta.

Joaq. ¿Tan feo soy?

Cat. Nada de eso;
Pero ¿quién no se acobarda
Con un amante forjoso?

Joaq. Esto es ponderar mis ansias
Usando de una figura
Retórica que se llama
Sinalefa.

Cat. ¡Ah! bien: ya estoy
Mas tranquila. Yo pensaba,
Como es usted militar,
Que enamorar á las damas
Era para usted lo mismo
Que asaltar una muralla.

Joaq. ¡Qué dicha fuera la mia
Si esa mano delicada...!

(*Quiere tomársela y ella la retira.*)
Cat. Verdad es: déjela usted,
Que se quiebra si la palpan.

Joaq. Perdóne usted, Catalina,
El cariño me arrebató.

Yo apasionado, usted bella...
En fin, el diablo las carga.
Como me quisiera usted,
Dejaría á diez muchachas
Que están perdidas de amores
Por mí.

Cat. La fineza es rara.
Fuerza es que yo valga mucho
Para desbancar á tantas.
¿Y dejará usted también
A su prima, cuando trata
De ser su esposo?

Joaq. Señora,
No crea usted tal patraña.
Mi mano no es para ella.
Si mi hermosa gaditana
La aceptase, yo sería
Mas dichoso que un monarca.
¡Ah! Sáqueme usted de penas,
Catalinita de mi alma.
¿Dirá usted que sí? Si no,
Voy á meterme en la Trapa.

Cat. Sería lástima.

Joaq. Vamos;

¿Qué resuelve usted?

Cat. ¿Yo? Nada.

Joaq. ¿Y con esa frialdad!...

¿Piensa usted que hablo de chanza?

Cat. ¿Qué quiere usted! ¡Soy tan fría!

Joaq. (Si, lo mismo que una fragua.)

¿No mereceré de usted

Que me responda?

Cat. Mañana.

Joaq. ¿Mañana?

Cat. O cualquiera día.

¿Tiene usted prisa?

Joaq. Usted trata

De que yo me vuelva loco.

Vaya, por ahora basta.

Pero ¿podré concebir

Alguna dulce esperanza?

Cat. Sí, señor; espere usted

Cuanto le diere la gana.

¿Quién se lo puede estorbar?

Joaq. Señora... Infinitas gracias.

Beso á usted los pies. (¡Qué chusca

Es la andaluza! ¡Caramba!)

ESCENA II.

Doña CATALINA.

¿Qué apunte es el capitán!
¿Si pensará que me engaña?
¿A buena parte se arrima!
¿Pensará que soy tan fátua
Como su prima? Otras prendas
Han de tener, otras gracias

Mas sólidas los que aspirén
A mi amor. Su petulancia
Ridícula...

ESCENA III.

Doña CATALINA, Don CANDIDO.

Cánd. Buenos días,
Mi señora...

Cat. Yo pensaba
Que ya se había usted muerto.

¿Cómo, en toda la mañana

No saludar á su amiga!

Cánd. Disimule usted mi falta.

Quiso que la acompañase

Mi tía doña Juliana;

Y entre ella y los otros tíos

Después una hora larga

Me han estado predicando

Como acostumbran.

Cat. ¿Canalla!

Hoy mismo me he de mudar

Aunque sea á una posada

Por no verlos. ¡Qué mal hice

En ceder á las instancias

De don Marcelo!

Cánd. A un esclavo

No tratarían con tanta

Inhumanidad.

Cat. ¡Infames!

¿Aun no ha tenido usted carta

De don Bruno?

Cánd. No, señora.

Con bastante repugnancia

Le escribí, como usted sabe,

Y así no extraño que se haya

Desentendido. Mi tío

Don Marcelo no me engaña.

El me aborrece; él recuerda

Más bien que mi suerte infausta

La enemistad de mi padre.

¡Ah! ¡Todos me desamparan!

Pero usted iba á salir

Y no debo molestarla.

Cat. No, señor; no tengo prisa.

Usted no ha perdido nada

En escribir á don Bruno.

No hay duda que si tratara

De estorbarlo don Marcelo,

Es porque teniendo fama

De rico y caritativo,

Y siendo tan avanzada

Su edad, temía que usted

Alguna parte heredara

De sus bienes. En verdad

Ya me parece que tarda

En contestar. Sin embargo,

No pierdo las esperanzas.
Y si al fin es tan pariente
Como los demás, no faltan
Jamás al hombre de bien
Almas benignas y francas
Que sin ser tíos ni primos
Se duelan de sus desgracias.
Don Cándido, nadie sabe
Lo que le espera mañana.
La fortuna es caprichosa,
Pero no siempre es ingrata.

Cánd. Usted dirá lo que quiera;

Pero yo no tengo tanta

Filosofía. No sé

Lo que la suerte me guarda.

Lo cierto es que sobre mí

Todas las desdichas cargan,

Y en vano es alimentarme

De ilusiones y fantasmas.

Cat. ¿Ilusiones? — Bien: hablemos

De otro asunto. En confianza

Voy á descubrir á usted

Cosas de mucha importancia.

Sepa usted que he desbancado

A su cara prima. — Vaya;

¿No celebra usted mi triunfo? —

¿Por qué pone usted esa cara?

Cánd. Señora...

Cat. ¿Lo siente usted?

Cánd. (Yo no sé lo que me pasa.)

Cat. ¿Tomaría usted á mal

Que yo fuese capitana?

Cánd. Yo quisiera... que usted fuese

Feliz.

Cat. Y si me casara

Con don Joaquín ¿lo sería?

Cánd. Yo no lo sé: — ¿Usted le ama?

Cat. Yo... ¿Qué me aconseja usted?

Cánd. Señora, ¿á usted le hacen falta

Mis consejos para amar?

No he visto cosa mas rara.

Yo pensaba que el amor

Era una pasión tirana

Que sin consultar á nadie

Subyugaba nuestras almas.

Cat. ¿Y de quién lo sabe usted?

Cánd. De mí mismo.

Cat. ¿Calla, calla!

¿Usted también tiene amor?

Cánd. Sí, señora. ¿Usted lo extraña?

Cat. ¿Y es usted correspondido?

Cánd. No, señora.

Cat. ¿Con qué calma

Lo dice usted!

Cánd. ¿No sería

La mayor extravagancia

Desesperarme por eso?

¿Me habré de colgar de rabia

Por dar gusto á mi rival?

Cat. Pero ¿quién es esa ingrata?

Cánd. Usted... la conoce mucho:

Yo no me atrevo á nombrarla.

Cat. ¿Sabe ella que usted la quiere?

Cánd. Yo no le he dicho palabra;

Y ahora me alegro mucho.

Cat. Pues alabo la cachaza.

¿Esperaba usted acaso

A que ella se declarara?

Cánd. Mi situación...

Cat. Es usted

Un pobre hombre.

Cánd. Yo temblaba...

Cat. Pues qué, ¿es alguna serpiente?

Cánd. Si fuera yo con las damas

Tan feliz como Joaquín...

Cat. Será con las que se pagan

Del oropel engañoso

De la frívola elegancia,

De la necia afectación,

Y en fin, de apariencias vanas.

Pero yo que, aunque parezco

Coqueta y atolondrada,

Tengo el corazón muy limpio

Y la cabeza muy sana,

Distingo perfectamente

Lo que es grano y lo que es paja;

Y desprecio como debo

Las ridículas monadas

De un adonis confitado

Con bucles y sin sustancia.

Cánd. ¿Es decir que usted no quiere

A mi primo?

Cat. Me estomaga,

Me fastidia hasta no mas.

Cánd. ¿Y con todo usted aguanta

Que la enamore! ¡Y tal vez

Le pondrá muy buena cara!

Cat. Quiero reirme á su costa.

Quiero dejar humillada

Su insolente vanidad

Y su impertinente audacia.

En fin, quiero consentirle

Para darle calabazas.

Cánd. Yo sentiría en extremo

Que usted con él se casara;

Y temía...

Cat. No, hijo mio:

No soy yo tan insensata.

Pero de ese sentimiento

¿Se puede saber la causa?

Cánd. ¿Pues no sería dolor

Que una señora adornada

De tantas amables dotes

De ese mico se prendara?

Cat. Ya se ve: y usted se explica

Con tanto interés, con tanta

Energía, que cualquiera
Diría...

Cánd. ¿Qué?

Cat. Que usted no habla
Con mucha imparcialidad.

Cánd. Y puede ser que acertara,
Porque el amor...

Cat. ¿Qué? ¿Qué dice (*Afectando enojo.*)
Usted del amor?

Cánd. ¿Yo?... Nada.
Quise decir otra cosa.

Cat. No, señor; usted me engaña.
Y si no, ¿por qué razón

Me mira, se turba y calla?

Cánd. Y usted ¿qué motivo tiene
Para ponerse encarnada?

Cat. Usted se muere por mí,
Y finge que no me ama.

Cánd. Y á usted quizá no le pesa,
Aunque finge que se enfada.

ESCENA IV.

Doña CATALINA, DON CANDIDO,
DON ONOFRE.

Onof. ¡Voto va! Hoy he descuidado
Mi visita cotidiana. —

¿Usted va á salir, mi vida?

Cat. Sí, señor; si usted no manda
Otra cosa. Hasta después.

Onof. Vaya usted con Dios, salada.

ESCENA V.

DON ONOFRE, DON CANDIDO.

Onof. ¡Cáspita, qué aire de taco!
Hoy está la gaditana

De mal temple. Apostaría
A que alguna cerrilada

De las tuyas.... ¿Qué le has dicho?

Cánd. ¿Yo? Ni una sola palabra
Que la pueda incomodar.

Onof. ¿Si querrás enamorarla?

Cánd. Bien pudiera ser.

Onof.

¿Qué es eso?

Cánd. ¡Buéno! Y porque yo la amara
¿Sería...?

Onof. Sería un crimen;

Sería una extravagancia,

Una insolencia, un absurdo,

Y si yo lo averiguara

Te costaría bien caro.

Pues qué, ¿así se cojen gangas?

¡Vaya! Con que yo que soy

Un señor de circunstancias;

Gracioso, vivo, elegante

Y, aunque peino algunas canas,

Robusto como una encina

Y verde como una grama;

Yo que soy un propietario

Y tengo muchas medallas,

No me atrevo á pretenderla

Aunque me tiene hecho un ascua;

Y tú que eres un piojoso

Sin chirumen y sin gracia,

¿Tienes la desfachatez,

¡Picaro! de resquebrarla?

Cánd. ¡Tío, por Dios! Usted quiere

Que me desespere y haga

Una locura.

Onof. ¡A su tío

Quéerle soplar la dama!

Cánd. Si yo...

Onof.

¡Bribon! ¿De este modo

Tantos beneficios pagas?

Cánd. Yo ¿qué beneficios...?

Onof.

Pero

Yo te cortaré las alas.

Cánd. ¿Quiere usted dejarme en paz!

Onof. Lo mismo eres que una tapia.

Ni consejos, ni desaires,

Ni reprensiones te bastan.

Eres incapaz.

(*Quiere irse don Cándido, y le detiene.*)

Espera;

Que no quiero que te vayas

Sin oír todo el sermón. —

Hombre, ¡que sea tan crasa

Tu estupidez! Si la viuda

Tus necedades aguanta

Es por burlarse de tí.

¿No conoces la distancia

Que hay entre los dos? No sé,

No sé cómo tienes cara

Para presentarte á ella.

Y así..., con tan mala traza... —

¡Calla! ¿Qué veo? ¡Ya has roto

La levita!

Cánd. (Se me acaba

La paciencia.)

Onof. Los ojales

Desbaratados, las mangas

Todas hechas un giron...

Esto pasa de la raya.

¡Haya valor para romper

En menos de tres semanas

Una levita flamante?

Diez años hará por Pascua

Que la estrené. En tanto tiempo

Ni un desgarron, ni una mancha

Se ha visto en ella; y con todo,

Casi siempre la llevaba.

¡Quién me diría que tú

Tan pronto la destrozaras!

ESCENA VIII.

DON CANDIDO, DON ONOFRE, PLACIDA,
DON MARCELO, Doña JULIANA.

Marc. ¿Qué es eso?

Onof. No tienes tú

La culpa, sino el que ampara

A un bribon, á un haragan.

Jul. Pero bien, ¿cuál es la causa

De tantos gritos? Sepamos

Quién...

Onof. ¡Cria cuervos, Juliana,

Y te sacarán los ojos!

Plác. Mire usted; toda su rabia

Es solo porque le he dicho

Que desocupe su estancia

Para alojar á Gertrudis.

Onof. Sí, señor; y el muy canalla

Se ofende de una medida

Tan justa y tan necesaria;

Y me levanta la voz;

Y se me sube á las barbas.

Marc. Mira que ya estoy cansado

De sufrirte.

Jul. Sí; ya basta

De contemplaciones. Yo

No estoy para templar gaitas.

¡Hola! De fuera vendrá

Quien nos echará de casa.

Pues, hijo mio, desde hoy

Libro nuevo; yo soy clara.

Si te hemos de mantener,

Has de ver cómo lo ganas.

Aquí nos sacrificamos

Por tí, pero tú no tratas,

Ya que no nos das decoro,

De complacernos en nada.

Se acabó la sopa boba.

¿Lo entiendes? Desde mañana

Me harás la compra, hijo mio;

Que no está lejos la plaza,

Ni creo yo que por esto

La venera te se caiga;

Y después...

Cánd. Piadosos tios,

Benigna doña Juliana,

Amable primita, escuchen

Ustedes cuatro palabras.

Yo, no lo puedo negar,

Soy mas pobre que las ratas;

Pero aunque huérfano y pobre,

Tengo vergüenza, á Dios gracias.

El pan que me dan ustedes

De malditísima gana,

Ese pan que á todas horas

Me echan ustedes en cara,

Yo me lo sabré buscar

¿No es un cargo de conciencia?

Pues ya puedes remendarla,

Porque yo no te doy otra.

Cánd. Tampoco yo la tomara.

Onof. Eso sí; pobre y soberbio.

Aun querrás echarme plantas.

Cánd. Demasiado tiempo he sido

Humilde con quien me trata

Con tan poca caridad.

ESCENA VI.

DON CANDIDO, DON ONOFRE, PLACIDA.

Plác. Ya puedes sacar la cama

Y los trastos de tu cuarto.

Prontito, que me hace falta

Tenerlo vacío. ¿Entiendes?

Onof. ¿Qué prisa es esa, muchacha?

¿Quién lo ha de habitar?

Plác. Gertrudis,

Mi nodriza, que ahora acaba

De llegar de Villaverde.

¡Me quiere tanto! ¡Es tan guapa!

Viene á pasar con nosotros

Una corta temporada;

Y no puedo menos...

Onof. Si;

Es necesario hospedarla

Con toda comodidad. —

Al instante que se vaya

(*A don Cándido.*)

A su lugar, te prometo

Que volverás á tu sala.

Mientras tanto en la guardilla

Te acomodas, ó en la cuadra

Con los mozos.

Cánd. No, señor.

Yo le doy á usted las gracias

Por su hospedaje. No pienso

Dormir mas en esta casa.

Onof. ¡Hola! ¿Con humos me vienes?

Cánd. Tío, ya basta de infamias,

Y ni de usted ni de nadie

Quiero mas tiempo aguantarlas.

Con que así...

Onof. ¿Cómo se entiende?

¡Picaro! ¿Tú me amenazas?

¿Tú me pierdes el respeto?

Cánd. Tanto es lo que usted me ultraja,

Que si no fuera mi sangre

Y no mirara á sus canas...

Onof. ¡Insolente! ¡Galopin!

¡Que no tuviera una tranca!

Sin deber á ustedes nada;
Yo le tendré sin bañarlo
Con mis lágrimas amargas.
Yo serviré; si, señores;
Pero será sin infamia:
No á parientes despiadados,
Sino á mi rey y á mi patria.
No espero grandes riquezas,
Sino peligros y balas;
Pero tendré pan y gloria,
Que para un soldado basta.
Yo viviré muy gozoso
Con mis bravos camaradas,
Sin un tío don Marcelo
Que siempre ingrato me llama,
Cuando peor veinte veces
Que á su caballo me trata.
Sin un tío don Onofre
Que me insulta y me regaña
Sin dejarme responder,
Haya motivo, ó no lo haya:
Que me ha dado una levita
Achacosa, derrotada,
Y tan raída, que solo
De cepillarla se rasga;
Y con todo, es tan tacaño
Que por nueva me la pasa,
Y de verla destruida
Se escandaliza y espanta.
Viviré lejos de un primo
Tan pedante como mandria,
Que desafía á las gentes
Si sus sonetos no alaban,
Y luego pide perdón
Al que no teme bravatas.
Lejos de una prima tonta,
Superficial, sin crianza,
Impertinente, aturdida.
Lejos, en fin de una vana
Y quijotesca señora,
Que como esclavo me manda,
Y cuando la llamo tía
Se enfurece ó se desmaya.—
A todas estas verdades
Una que añadir me falta:
Cuando uno tiene parientes
De tan perversas entrañas,
No conoce la vergüenza
Ni el honor si los aguanta.

ESCENA VIII.

DON ONOFRE, DON MARCELO, DOÑA
JULIANA, PLACIDA.

Onof. ¡Qué sarta de iniquidades!
¿Y hemos podido tragarlas
Sin romperle las narices?

Plác. ¡Llamarme á mí mentecata
Y superficial!
Marc. Yo siento
Que haga una calaverada.
Onof. Y bien, ¿qué le hemos de hacer?
Jul. Bendito de Dios se vaya,
Y no parezca en su vida.
Vamos á comer.
Marc. ¿No aguardas
A la huéspedada?
Jul. La tiene
Convidada su paisana.
Vamos. Desde hoy habrá paz
Y alegría en esta casa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, DON JOAQUIN,
INÉS.

Jul. Vamos, que hace buena tarde.
Ponte bien esa mantilla.
Plác. ¿Al Retiro?
Jul. Si.
Plác. ¿Y papá?
Jul. Ya se marchó á las Delicias
Con tu tío don Onofre.
Plác. Oyes; cuida mi perrita.
Inés. Bien está.
Jul. ¿Qué tienes tú,
Joaquin? ¿Estás triste?
Joaq. Tía,
Tengo un esplin de mil diablos.
Plác. Esa tristeza imprevista
Bien sé yo de donde nace.
Como doña Catalina
No nos acompaña... ¿Piensas
Que aunque soy una chiquilla
Se me escapa nada?
Joaq. ¡Vaya,
Que has tomado una manía
Particular! Mi cariño
Solo tú, amable primita,
Lo mereces. — ¿No es verdad?
(A doña Juliana.)
Jul. ¿Quién hace caso de niñas?
Joaq. La viudita, bien mirado,
No es una grande conquista;
Y como quisiera yo,
Tal vez... Pero me fastidia.
Plác. ¿Por qué?
Joaq. Porque sabe mucho,

ESCENA II.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN, MATIAS.

Mat. Mande usted, mi capitán.
Joaq. El sombrero; date prisa,
Y el sable.
Mat. Voy al instante.

ESCENA III.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN.

Plác. ¿Si veremos á Conchita?
Joaq. ¿Qué habrá sido de mi primo?
Jul. No me hables de él; que me indigna
Su memoria. Aunque le vea
Llorar á lágrima viva
Y pedirme mil perdones,
No haya miedo que le admita
En mi casa.
Joaq. Ha sido un bruto.
El ha perdido una viña
Con dejar á ustedes. No;
No hará tan buena barriga
En el cuartel; y si da
Con un cabo loco...
(Llega Matias con el sombrero y el sable
de don Joaquin.)

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN, MATIAS.

Joaq. Quita
Esa funda, majadero.
(Toma el sombrero: Matias quita la funda
al sable.)
El ya ha hecho la tontería
De sentar plaza á esta fecha.—
¡Eh! Su letra no es malita,
Y tiene buena figura.
¿Quién sabe...? Si no se vicia
Puede ser que haga carrera.
Con veinte añitos que sirva,
Basta para ser sargento.
Entonces ya es otra vida:
Y luego ¡el premio de nueve! (1)
Vamos, trae.
(Toma el sable y se lo ciñe.)
Solicita
Una plaza en el resguardo;

(1) Ventaja o sobresueldo mensual de nueve reales que
gozan los individuos de tropa, hasta la clase de sar-
gento inclusive, luego que cumplen veinte años de
servicio.

Plác. Ya; tú las buscas tontitas
Para engañarlas mejor.
Joaq. ¡Qué disparate!
Plác. Pues mira:
Basta que mamá lo manda,
Te amaré toda mi vida
Como tú me seas fiel;
Mas si sé que solicitas
A la viuda, hago las paces,
Aunque la mamá me riña,
Con el cadete de guardias
Que despedí el otro día.
Joaq. No; no llegará ese caso,
Dulce y adorada prima. (La abraza.)
Jul. ¡Niños, niños! poco á poco.
Joaq. No se enfade usted, tía.
(Acerciendo á su tía.)

Ya ve usted; ¡tengo este genio
Tan bullicioso! — ¡Qué linda
Carretela le han traído
De París á Taravilla
Mi amigo, el marqués del Junco!
¡Preciosísima! Daria
Cualquiera cosa... — ¡Ah! ¿No saben
Ustedes una noticia?
¡Cosas como las que pasan
En el mundo! La sobrina
De don Claudio el boticario
Salió antes de ayer á misa
Y no á vuelto á parecer.
Su padre está echando chispas.
Anoche me lo dijeron
En casa de doña Higinia. —
Por cierto que desde entonces...
¡Tengo una suerte maldita! —
¿No sabe usted quién tallaba?
El teniente de milicias
Don Toribio. ¡Vaya un cuco!
Se empeñó en echar judías
Y perdí sesenta pesos; —
Pero me cayó una rifa.

Jul. ¿Si? ¿Y es cosa de valor?
Joaq. No, señora; media libra
De cigarros. — ¡Qué bien toca
El piano Dolorecitas!
Su hermano es un botarate. —
Me han dicho que la modista
De ahí enfrente baila bien,
Y, aunque está comprometida
Con un cesante de Propios...
Jul. ¡Jesus, qué tronera! ¿Olvidas
Que te estamos esperando?
Joaq. Tiene usted razon. — ¿Matias?

Sin deber á ustedes nada;
Yo le tendré sin bañarlo
Con mis lágrimas amargas.
Yo serviré; si, señores;
Pero será sin infamia:
No á parientes despiadados,
Sino á mi rey y á mi patria.
No espero grandes riquezas,
Sino peligros y balas;
Pero tendré pan y gloria,
Que para un soldado basta.
Yo viviré muy gozoso
Con mis bravos camaradas,
Sin un tío don Marcelo
Que siempre ingrato me llama,
Cuando peor veinte veces
Que á su caballo me trata.
Sin un tío don Onofre
Que me insulta y me regaña
Sin dejarme responder,
Haya motivo, ó no lo haya:
Que me ha dado una levita
Achacosa, derrotada,
Y tan raída, que solo
De cepillarla se rasga;
Y con todo, es tan tacaño
Que por nueva me la pasa,
Y de verla destruida
Se escandaliza y espanta.
Viviré lejos de un primo
Tan pedante como mandria,
Que desafía á las gentes
Si sus sonetos no alaban,
Y luego pide perdón
Al que no teme bravatas.
Lejos de una prima tonta,
Superficial, sin crianza,
Impertinente, aturdida.
Lejos, en fin de una vana
Y quijotesca señora,
Que como esclavo me manda,
Y cuando la llamo tía
Se enfurece ó se desmaya.—
A todas estas verdades
Una que añadir me falta:
Cuando uno tiene parientes
De tan perversas entrañas,
No conoce la vergüenza
Ni el honor si los aguanta.

ESCENA VIII.

DON ONOFRE, DON MARCELO, DOÑA
JULIANA, PLACIDA.

Onof. ¡Qué sarta de iniquidades!
¿Y hemos podido tragarlas
Sin romperle las narices?

Plác. ¡Llamarme á mí mentecata
Y superficial!
Marc. Yo siento
Que haga una calaverada.
Onof. Y bien, ¿qué le hemos de hacer?
Jul. Bendito de Dios se vaya,
Y no parezca en su vida.
Vamos á comer.
Marc. ¿No aguardas
A la huéspedada?
Jul. La tiene
Convidada su paisana.
Vamos. Desde hoy habrá paz
Y alegría en esta casa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, DON JOAQUIN,
INÉS.

Jul. Vamos, que hace buena tarde.
Ponte bien esa mantilla.
Plác. ¿Al Retiro?
Jul. Si.
Plác. ¿Y papá?
Jul. Ya se marchó á las Delicias
Con tu tío don Onofre.
Plác. Oyes; cuida mi perrita.
Inés. Bien está.
Jul. ¿Qué tienes tú,
Joaquin? ¿Estás triste?
Joaq. Tía,
Tengo un esplin de mil diablos.
Plác. Esa tristeza imprevista
Bien sé yo de donde nace.
Como doña Catalina
No nos acompaña... ¿Piensas
Que aunque soy una chiquilla
Se me escapa nada?
Joaq. ¡Vaya,
Que has tomado una manía
Particular! Mi cariño
Solo tú, amable primita,
Lo mereces. — ¿No es verdad?
(A doña Juliana.)
Jul. ¿Quién hace caso de niñas?
Joaq. La viudita, bien mirado,
No es una grande conquista;
Y como quisiera yo,
Tal vez... Pero me fastidia.
Plác. ¿Por qué?
Joaq. Porque sabe mucho,

ESCENA II.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN, MATIAS.

Mat. Mande usted, mi capitán.
Joaq. El sombrero; date prisa,
Y el sable.
Mat. Voy al instante.

ESCENA III.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN.

Plác. ¿Si veremos á Conchita?
Joaq. ¿Qué habrá sido de mi primo?
Jul. No me hables de él; que me indigna
Su memoria. Aunque le vea
Llorar á lágrima viva
Y pedirme mil perdones,
No haya miedo que le admita
En mi casa.
Joaq. Ha sido un bruto.
El ha perdido una viña
Con dejar á ustedes. No;
No hará tan buena barriga
En el cuartel; y si da
Con un cabo loco...
(Llega Matias con el sombrero y el sable
de don Joaquin.)

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN, MATIAS.

Joaq. Quita
Esa funda, majadero.
(Toma el sombrero: Matias quita la funda
al sable.)
El ya ha hecho la tontería
De sentar plaza á esta fecha.—
¡Eh! Su letra no es malita,
Y tiene buena figura.
¿Quién sabe...? Si no se vicia
Puede ser que haga carrera.
Con veinte añitos que sirva,
Basta para ser sargento.
Entonces ya es otra vida:
Y luego ¡el premio de nueve! (1)
Vamos, trae.
(Toma el sable y se lo ciñe.)
Solicita
Una plaza en el resguardo;

(1) Ventaja o sobresueldo mensual de nueve reales que
gozan los individuos de tropa, hasta la clase de sar-
gento inclusive, luego que cumplen veinte años de
servicio.

Plác. Ya; tú las buscas tontitas
Para engañarlas mejor.
Joaq. ¡Qué disparate!
Plác. Pues mira:
Basta que mamá lo manda,
Te amaré toda mi vida
Como tú me seas fiel;
Mas si sé que solicitas
A la viuda, hago las paces,
Aunque la mamá me riña,
Con el cadete de guardias
Que despedí el otro día.
Joaq. No; no llegará ese caso,
Dulce y adorada prima. (La abraza.)
Jul. ¡Niños, niños! poco á poco.
Joaq. No se enfade usted, tía.
(Acerciendo á su tía.)

Ya ve usted; ¡tengo este genio
Tan bullicioso! — ¡Qué linda
Carretela le han traído
De París á Taravilla
Mi amigo, el marqués del Junco!
¡Preciosísima! Daria
Cualquiera cosa... — ¡Ah! ¿No saben
Ustedes una noticia?
¡Cosas como las que pasan
En el mundo! La sobrina
De don Claudio el boticario
Salió antes de ayer á misa
Y no á vuelto á parecer.
Su padre está echando chispas.
Anoche me lo dijeron
En casa de doña Higinia. —
Por cierto que desde entonces...
¡Tengo una suerte maldita! —
¿No sabe usted quién tallaba?
El teniente de milicias
Don Toribio. ¡Vaya un cuco!
Se empeñó en echar judías
Y perdí sesenta pesos; —
Pero me cayó una rifa.
Jul. ¿Si? ¿Y es cosa de valor?
Joaq. No, señora; media libra
De cigarros. — ¡Qué bien toca
El piano Dolorcitas!
Su hermano es un botarate. —
Me han dicho que la modista
De ahí enfrente baila bien,
Y, aunque está comprometida
Con un cesante de Propios...
Jul. ¡Jesus, qué tronera! ¿Olvidas
Que te estamos esperando?
Joaq. Tiene usted razon. — ¿Matias?

La consigne; se retira,
Y es feliz.—Eh, ya estoy listo.
Venga la mano.

Jul. A tu prima;
Que yo bajo muy despacio.
(*Vanse don Joaquín y Plácida.*)

Cuida de casa, Inesilla.—
¡Qué talentazo de jóven!
¡Qué imaginación tan viva!
¡Qué gracia! Vamos; él es
La honra de la familia.

ESCENA V.

INÉS, MATIAS.

Inés. ¡Jesús, qué gente, Dios mío!
No sé cómo hay quien los sirva.
¡Y qué compasión me da
Don Cándido! ¡Qué injusticias,
Qué perreterías han hecho
Con él! Al cabo le obligan
A una desesperación.

Mat. Tienen muy malas partidas
Estos señores.

Inés. ¡Qué bien
Hace en perderlos de vista!
Da lástima, porque al cabo
Se crió en buenas mantillas;
Pero, no digo un fusil,
El presidio de Melilla
Es más dulce que aguantar
Parentela tan indigna.
¡Pobrecito! ¡Y á tu amo
Que es un loco, un mariquita,
Libertino y jugador,
Tantos agasajos! Ira
Me da solo de pensarlo.

Mat. Pues no sabes todavía
Lo que es bueno. Yo pudiera
Decirte ciertas cosillas...

Inés. ¿Sí? Dímelas.

Mat. No me atrevo.

Inés. Hombre, ¿de mí no te fías?

Mat. Si sabe que le descubro

Me arrea un pié de paliza

Que no me podré lamer.

Inés. Nada de cuanto me digas

Se sabrá, que, aunque criada,

Soy de chismes enemiga,

Y sé guardar un secreto.

Mat. Pues escucha: en Algeciras

Se jugó siete mil reales

Que eran de la compañía,

Y por eso estubo un año

En el fuerte de Chinchilla.

Cuando volvió al regimiento

Le nombraron de partida

Para perseguir ladrones,
Vagos y contrabandistas;
Y á todos les daba suelta
Si largaban la propina.

¡Vaya un modo de robar
Entre él y el sargento Díaz!
Otra vez tuvo un bromazo

En Cabra: cojió una chispa,

Y le dió por ser valiente,

Y eso que él es muy gallina

Con todos menos conmigo.

Entró en casa de unas tías

A la tremenda; y al golpe,

Mas prontito que la vista,

Le quitó el sable un paisano

Y le llevó calle arriba

A leñazos.—¡Cá! No he visto

Hombre más malo en mi vida.

Los soldados no le quieren;

Los cabos le tienen tirria;

Los sargentos le desprecian;

Los subalternos le silban;

Los capitanes le escupen

Y los jefes le castigan.

Cuando no está preso, le andan

Buscando, y él cada día

Es peor. Mas trampas tiene

Que un sastre dice mentiras,

Y en su hoja de servicios

Más notas feas que líneas.

Inés. ¿Y cómo está tanto tiempo

Fuera de su cuerpo?

Mat. Chica,

Yo no sé. Él lo que es licencia

Para Madrid, la tenía;

Pero hace ya cuatro meses

Que se acabó.

Inés. Si averiguan

Su historia...

Mat. ¡Oh! Si; nos despiden

A patadas.

Inés. A él le estiman

Solo por las charreteras;

Y si un día se las quitan...

Mat. Mas seguro tendrá eso

Que un ascenso.

Inés. Le estaría

Muy bien al tonto de mi amo

Que le atrapase la hija

Y...

Mat. Buen provecho. A nosotros

¿Qué se nos dá?

Inés. A mí maldita

La cosa. (*Suena la campanilla.*)

Mat. Pues á mí...

Inés. Chito,

Que están llamando. Anda; mira

Quién es.

ESCENA VI.

INÉS.

¡Qué diablo de casa!
Como doña Catalina
Me quisiera recibir...
Ella es.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA, INÉS.

Cat. ¿Y la familia?
Inés. Han salido á pasear.
Cat. ¿Y también con ellos iba
Don Cándido?

Inés. Según eso,
¿No sabe usted todavía
Lo que pasa?

Cat. Ne sé nada.

Inés. Se ha marchado, señorita,
Y acaso no volveremos
A verle. Como una niña

He llorado. Sus roñosos

Tíos y su insulsa prima

Le han ajado hasta no mas,

Le han hecho mil felonias,

Y por fin han apurado

Su paciencia. ¡Dijo que iba

A sentar plaza!

Cat. ¿Qué dices!

¿Y no hubo un alma benigna

Que le detuviera? ¡Infames!

Inés. No, señora. A sangre fría

Su resolución oyeron,

Y tienen tan malas tripas

Que permitieron se fuese

Sin comer.

Cat. ¿Que Dios asista

A una gente tan perversa!

Nada de esto pasaría

Si hubiera estado yo en casa.

¡Oh vanidad! ¡Oh avaricia

Detestable! (Acaso yo

Soy causa de su desdicha;

¡Yo que á hacerle venturoso

Estaba tan decidida!)

¡Infeliz! Ya será tarde.—

Si yo pudiera... Matias

Acaso le encontrará.—

Corre; que lo busque aprisa

Por todo Madrid. ¿Entiendes?

(*Suena la campanilla.*)

Y si le ve, que le diga...

Mira primero quien llama.

ESCENA VIII.

DOÑA CATALINA.

Las leyes de la milicia
Son tales que, si obcecado
En las banderas se alista,
En vano... ¡Qué veo! Él es.
¡Ay Dios! ¿Si serán tardias
Mis lágrimas?

ESCENA IX

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO.

Cat. ¿Es posible,
Don Cándido! ¿Usted olvida,
Usted quiere abandonar
A su verdadera amiga?

Cánd. Así lo quiere, señora,

La insufrible tiranía

De mis parientes. No hay nada

Que me acobarde ó me allija

En la penosa existencia

Que me aguarda. Las fatigas,

Las privaciones, los riesgos

Serán para mí delicias

Lejos de esta gente. Acaso

Culpará usted la medida

Que he tomado; pero yo

La considero precisa

Para salvar mi virtud

Que he visto comprometida

Tantas veces. Si me quejo

De mi fortuna mezquina,

Usted sabe bien por qué,

Sin que mi lengua lo diga;

Usted que ve en este instante

El fondo del alma mía.

Cat. Con que en fin ¿ya no hay remedio?

¿Nos deja usted?

Cánd. Si; reciba

Usted mi postrer adiós.—

En la tienda de la esquina

Me han dicho que á pasear

Salió toda la familia;

Y por eso me he atrevido

A subir.

Cat. Muy ofendida

Debo estar de un proceder

Tan injusto. ¿No era digna

De que usted me consultase

Primero? ¿No sufriría

Que el mejor de mis amigos

Pereciese, siendo rica,

Compasiva y generosa

Aunque lo diga yo misma,

Mas que todos los parientes

Del mundo?

Cánd. No me atrevía
A comprometer á usted.

Cat. Esa es una intempestiva
Delicadeza, que yo
Llamo orgullo ó cobardía.
En fin, ya es usted soldado.
¡A bien poco se limita
Su ambicion!

Cánd. Aun no lo soy.
Cat. ¡Cómo!

Cánd. Ya estaba extendida
La filiacion; pero el jefe
Cuando iba á poner mi firma
Me mandó volver mañana,
Diciendo que así teodría
Lugar de pensarlo bien.

Cat. No me paga usted en su vida
El mal rato que me ha dado.

Cánd. Salí, pues, de la oficina,
Y, resuelto á no mudar
De pensamiento, venía
A despedirme de usted.

Cat. Agradezco á usted su fina
Atencion. — Vámos; ¿y ahora?
¿Es cierta la despedida?
¿Está usted determinado
A incorporarse en las filas
De los valientes?

Cánd. Señora...

Cat. ¿Podrá usted con la mochila?

Cánd. Usted se burla de mí.

¿Acaso es cosa de risa...?

Cat. No hace mucho que he llorado:
Deje usted que ahora me ria.

Cánd. ¿Qué escuchó? ¿Yo he merecido
Que la amable Catalina
Llore por mí?

Cat. Usted va á ver
Si soy ó no soy su amiga.
Mire usted: — yo no soy fea;
¿Cierto?

Cánd. Es usted peregrina;
Es usted...

Cat. Veinte y cinco años
No es una edad excesiva,
Me parece.

Cánd. ¡Qué preguntas,
Señora, á quien no respira
Mas que amor y gratitud...!

Cat. Yo tengo en Andalucía
Haciendas considerables
Y en Castilla muchas fincas;
Soy viuda, pero sin hijos;
Detesto la hipocresía,
Y me gusta divertirme,
Pero nadie con justicia
Puede tachar mi conducta...

Cánd. ¡Ah señora! ¡Qué prolija
Digresion! — Perdone usted:

Ya sé adónde se encamina
Ese discurso. Usted puede
Juzgarlo por mi alegría,
Por la dulce agitacion...

Cat. Me ha gustado mucho el clima
De Madrid...

Cánd. ¡Por Dios! ¿Qué tiene
Que ver eso con mi dicha?

Cat. Es decir, que ya una vez
En la corte establecida,

Y con tantas circunstancias
Para excitar la codicia
De un novio, aspirar pudiera
A bodas muy distinguidas;
Pero usted conocerá
Que mi corazon se inclina...

Cánd. Basta, señora: no puedo
Mas. ¡Oh fineza inaudita!

¡Oh ventura! Yo era amado
De la hermosa Catalina;
¡Y la pagaba tan mal
Que de sus ojos huía!
Yo soy el mortal feliz
A quien su mano destina;

Yo soy...

Cat. Eh, poquito á poco,
Señor mio. Usted delira.
Vaya, vaya; ¡pues me gusta
La ocurrencia! Usted creia
Verse ya... ¡Buenos estamos!
¡Caramba con la mosquita
Muerta!

Cánd. (No sé dónde estoy.)

Cat. Yo soy una buena amiga
De usted; una apasionada
Que le protege y le estima;
Pero estimacion y amor
Son dos cosas muy distintas.

Cánd. Poco debe de estimarme
Quien así me martiriza;
Quien se regocija en verme
Padecer. ¡Ah! ¡yo creia
Que era usted mas generosa.

Cat. ¡Cómo! Mi amistad se obliga
A facilitar á usted

Una subsistencia digna
De su cuna y sus virtudes,
Sin exigir que me sirva
Ni me adule, á imitacion
De su despreciable tia.

Si esto no es ser generosa,
Que venga Dios y lo diga.

Cánd. ¡Ah! Si. Pero ¿usted presume
Que mi ventura se cifra
En eso solo?

Cat. ¿Pues qué

ESCENA XI.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO,
DON BRUNO, DON JOAQUIN.

(Don Joaquin entra precipitado con dire-
cion á su cuarto.)

Joaq. ¡Maldita
Memoria! ¡Haberme dejado
Una cosa tan precisa!
¡Mi lente! — ¡Ah! estoy á los piés
De usted, bella Catalina.
¿Usted no pasea?

Cat. No.
Joaq. Es usted muy egoista.

Cat. Mil gracias por el obsequio.
Joaq. Los elegantes se privan

Por la pereza de usted
De la cara mas bonita
Y el cuerpo mas agraciado
Que tiene Madrid. — ¿Matias? —
Hoy está muy concurrido
El salon. Hace buen dia. —

¿Usted va á salir?

Cat. No.

Joaq. Como
La veo á usted de mantilla...

ESCENA XII.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON
BRUNO, DON JOAQUIN, MATIAS.

Mat. ¿Qué manda usted?

Joaq. Trae mi lente;
Sin arrugarme la cinta.
Corre.

ESCENA XIII.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON
BRUNO, DON JOAQUIN.

Joaq. Vaya; ¿quiere usted
Venir al Prado, alma mia?
Si; venga usted. Aun podemos
Dar cuatro vueltas.

Cat. Se estima.
Joaq. ¿Qué apunte es ese?

(Aparte á doña Catalina examinando á
don Bruno.)

Cat. No sé.
Joaq. Me chocha mucho. El me mira
Con una atencion... — Adios,
Primo mio. No te habia

Quiere usted? ¿Que yo le elija
Para marido?

Cánd. ¡Señora!...
Quiero que usted me permita
Rehusar sus beneficios.

Cat. Está buena la salida.

Cánd. ¿Qué me importan las riquezas,
¡Cruel! con que usted me brinda

Despues de oír el funesto
Desengaño que me priva
De mis mas dulce esperanza?

Yo no debí concebirla;

Es cierto, pero quizá

Toda la culpa no es mia.

(Se arroja á los piés de doña Catalina.)

Tal vez esa misma boca,

Que ahora solo conspira

A mi desesperacion,

Ha pronunciado propicia

Acentos consoladores.

Esos ojos, que me inspiran

Tanto amor, tal vez hoy mismo

El placer me prometian.

Sea loca presuncion

En mí, ó en usted perfidia,

Jurara que en este instante

Mas amorosos me miran;

Y yo...

(Suena la campanilla. — Don Cándido se
levanta.)

Cat. Levántese usted,

Que tocan la campanilla.

(¡Y á qué buen tiempo! Si tardan

Dos minutos, soy perdida.)

ESCENA X.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO,
DON BRUNO.

Bruno. ¡Cándido!

Cánd. No; no me engaño. —
El es. ¡Tio de mi vida! (Se abrazan.)

Bruno. ¡Tan mal vestido!... Ya veo
Que en tu carta no mentias.

Cat. Aquí le han hecho penar

Mas de lo que usted imagina.

¡Qué parientes! Juzgue usted

Cuán deplorable seria

Su situacion, cuando hoy mismo...

Pero ruego á usted se sirva

Pasar á mi habitacion.

Y allí...

Cánd. Si; usted necesita

Descansar.

Bruno. Como usted guste.

¿No están en casa...?

Visto. ¿Has sentado ya plaza?

(*Vuelve Matias con el lente, lo da á su amo y se retira.*)

Mat. Aquí está el lente.

Joaq. ¿En marina,
O en guardias? — ¡Qué bien has hecho
En sacudir la polilla
Y largarte de esta casa!
Yo no sé cómo sufrías

Tantos ultrajes. — A mi
Me adulan y me acarician
Porque soy hombre de pro
Y esperan que con mi prima
Me case. Yo no la quiero,
Porque es una coquetilla.
Ella, sí, tiene buen dote;
Y en muriendo el estantigua
De Don Bruno...

(*Violento gesto de cólera en don Cándido.*)

Bruno. Distimula. (*En voz baja.*)

Joaq. Que es, según tengo noticias,
Muy bruto, pero muy rico,
Es regular que la niña
Lo herede; mas otro amor
Es el que á mi me electriza. —
¿No es verdad? (*A doña Catalina.*)

El tío Marcelo

Es tal cual; pero la tía
Es muy cócora. ¿Y el tío
Don Onofre? Me fastidia,
Me degüella. — Harás muy mal
En volverle la levita. —

¡Ah! Me olvidaba: si quieres
Servir en caballería
Te traeré á mi regimiento.
Antes de pasar revista
Te tomaré de asistente
Y así tu suerte se alivia:
Al fin no comes en rancho
Ni haces ninguna fatiga.

¿Qué tarde es ya! — Abur, madama. —
(*Huf! ¿Qué facha tan antigua!*)

(*Mirando á don Bruno con su lente.*)

ESCENA XIV.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO,
DON BRUNO.

Bruno. ¡Dios mio! ¿Y este es el joven
De quien Marcelo me hacía
Tantos elogios? ¿Es este
A quien destina su hija?

Cat. Sí, señor; tal para cual.
No se yo quién perdería
De los dos. A ese tropera
Se le obsequia, se le mimá

Y... Vamos, vamos adentro.

Oirá usted maravillas.

(*Entran en el cuarto de doña Catalina.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DON BRUNO, DON CANDIDO.

(*Salen del cuarto de doña Catalina. Don Bruno deja su sombrero sobre una silla.*)

Bruno. ¡Qué franca es esta señora!
Parece que se interesa
En tu suerte.

Cánd. Si, señor.
Le debo muchas finezas.
En medio de mi desgracia,
Su bondad, sus nobles prendas,
Su trato afable y ameno,
Y en fin su amistad sincera
Me han hecho menos amarga
La vida. La Providencia
Aquí sin duda la trajo
Para mi consuelo.

Bruno. ¿Y piensa
Establecerse en la corte?

Cánd. Como parte de sus rentas
Las tiene en este país,
Va á fijar su residencia
En Madrid, según ha dicho,
Y mientras se le presenta
Una buena habitación,
En esta casa se hospeda
Bien á su pesar.

Bruno. Lo creo.
Cánd. No confrontan las ideas
De mis tíos con las tuyas.

Bruno. No deben de ser muy buenas
Cuando á un sobrino carnal
Porque es pobre menosprecian.

Y á otro menos inmediato
Por llevar dos charreteras
Le colman de beneficios,
Le distinguen y contemplan,
Siendo insolente, vicioso,
Sin talento y sin vergüenza.
Pero si tantos parientes
Tienen entrañas de piedra
En este mezquino siglo
De vanidad y miseria;
Todavía no están todos

Prostituidos. Aun quedan
Algunos que sin rubor
Del infortunio se duelen. —
Bien conoces que yo debo
Tener de tí muchas quejas.
Sabiedo cuánto te amaba
Desde tu infancia mas tierna,
Hiciste muy mal...

Cánd. Confieso
Mi culpa. Con tantas pruebas
Del buen corazón de usted
Debí llegar á su puerta
Antes que á ninguna; pero
Me acordaba de la afrenta
Que sufrió usted de mi padre
Poco antes de que muriera,
Y temía...

Bruno. Yo perdono
A tu poca edad la ofensa
Que me hiciste. Aun dado caso
Que yo conservar pudiera
A tu padre algun rencor,
Cosa que siempre fué opuesta
A mi carácter; pensar
Que á un hijo suyo trascienda
Es un error. En fin, no
Se hable mas de la materia.
Todo lo olvido; y muy lejos...

ESCENA II.

DON CANDIDO, DON BRUNO, INÉS.

Inés. Señor, ahora mismo entran
(*Con lucés que deja sobre una mesa.*)

Mis amos.

Bruno. Bien: ¿dónde están?

Inés. Han pasado á la otra pieza

A refrescar. Yo he llamado

Para que usted los sorprenda.

Bruno. Bien; te lo agradezco.

(*Inés entra con una luz al cuarto de doña Catalina, la deja dentro y vuelve á salir.*)

Escucha,

Cándido: la conferencia
Con mis primos será corta.
No conviene que te vean
Por ahora. Mientras tanto, (*Le da dinero.*)
Toma. Vete á cualquier tienda
Donde vendan ropas. Compra
Lo que necesites, y echa
A un basurero esos trapos.
¿Entiendes? No te detengas
En el precio. — ¡Ah! también te hace
Falta un sombrero. En la Puerta

Del Sol lo puedes tomar.
Bastante dinero llevas
Para todo. Vete luego
A la Fontana (1), y espera
Hasta que vaya por tí.

Cánd. ¡Ah! Mi gratitud extrema...
(*Quiere arrodillarse y don Bruno le detiene.*)

Bruno. ¿Qué vas á hacer? — Vamos, anda,
Que es tarde.

Cánd. ¡Que diferencia!

ESCENA III.

DON BRUNO, INÉS.

Bruno. Muchacha, enseñame el cuarto
Donde tus amos refrescan.

Inés. Con mucho gusto. — Abra usted
(*Señalando á lo interior desde la puerta de la entrada.*)

Esa puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

INÉS.

Ya sé yo que la visita
No va á ser muy lisonjera
Para ellos. Es difícil
Que le engañen, que á esta fecha
Ya está informado de todo.
Yo le he dicho cosas buenas,
Y la hnépeda, á fé mia,
No se ha mordido la lengua.
Don Cándido va á salir
De opresion y de miseria.
¡Cuánto me alegro!

ESCENA V.

INÉS, DON JOAQUIN.

Joaq. ¡Qué lance
(*Con sombrero y sable.*)

De los diablos! ¿Quién creyera
Que había de ser don Bruno
Ese vejete postema?
Me he quedado tonto. ¡Vaya
Una cara de baqueta!
La fortuna es que he podido
Largarme antes que me viera. —
¡Hola, Inesilla! Me alegro
De verte sola. ¿En qué piensas? —
Dame un abrazo: ya sabes

(1) Fonda y café célebres, que ya no existen.

Que te quiero. Con franqueza.

Inés. Déselo usted á su prima :
Yo no lo gasto.

Joaq. No seas

Tan huraña. Ven...

Inés. Pasito.

Las manos quietas y secas.

Joaq. ¡Eh, tonta! ¿Qué sabes tú
Lo que es bueno?

Inés. ¿Soy yo de esas
De por ahí?

Joaq. Vamos, hija :

¿A qué tanta resistencia?

Ya veo que no lo entiendes.

Animato : ¿qué te cuesta?

(*Quiere abrazarla; Inés le da un empellon
y escapa.*)

Inés. Aparte usted, espantajo,
Títere.

ESCENA VI.

DON JOAQUIN.

¡Maldita seas!

¡Canario, qué fuerza tiene!

Si me descuido me estrella.

¡También se ven heroínas

Entre estropajo y cazuelas! —

Bien empleado me está

Por requebrar á una bestia. —

Con esto, y con que me deje

A la luna de Valencia

La viudita, la he logrado.

Esta ocasion es muy buena

Para atacarla. Allá voy.

¡Animo! (*Levanta el picaporte.*)

¿Da usted licencia,

Catalinita?

ESCENA VII.

DON JOAQUIN, DOÑA CATALINA.

Cat. ¿Quién llama?

(*A la puerta de su cuarto.*)

Joaq. ¿Quién ha de ser? Quien se pela
De amor desde que es talle
Por la córte se pasea.

Cat. Bueno : ¿y qué es lo que usted
quiere?

Joaq. Yo quiero que usted me quiera ;
Quiero que usted sea mía ;
Quiero que no me entretenga
Con frivolas esperanzas
Que quemar y no calientan ;
Quiero que usted reconozca

La extraordinaria fineza

De amarla mas que á mi prima.

A pesar de que está muerta

Por mis pedazos ; en fin

Quiero que usted se convenza

De que yo voy á morirme

Como usted no se resuelva

A darme esa blanca mano

En la santa madre iglesia.

Cat. Pues bien ; yo quiero que usted

Me deje en paz y no vuelva

Con esas majaderías

A romperme la cabeza ;

Quiero que se desengañe

De que es un fatuo, un tronera ;

Quiero que usted se persuada

De que ninguna que tenga

Dos dedos de frente debe

Escuchar á usted siquiera,

Y que si yo he tolerado

Hasta ahora sus simplezas,

Ha sido para burlarme

De su presuncion grosera.

Joaq. Pero escuche usted...

Cat. Abur.

(*Entra en su cuarto y cierra por dentro.*)

ESCENA VIII.

DON JOAQUIN.

¡Eh! Ya me dió con la puerta

En los hocicos. ¡Lucidos

Estamos! ¡Que esto suceda

A un hombre de mi calibre! —

Armémonos de prudencia

Y resignacion. Yo... bien

Le diría cuatro frescas ;

Pero mejor es dejarlo. —

¡Qué calabazas tan netas

Me ha espetado! Estoy furioso.

¡Aunque tuviera epidemia!

¡Qué modo de despacharme

Tan seco! — Y hasta la puerca

De Inesilla... Pero ¿yo

Me apuro por bagatelas?

La viudita es buen bocado :

Mucha lástima es perderla ;

No por su cara, que al fin

Si se la mira de cerca

No vale cosa. Mejor

Es Placidita. Sí ; treinta

Veces ; y es una chiquilla

Que hará lo que quiera de

Ea, á mi prima me atengo ;

Y para que no se vuelva

La boda agua de cerrajas,

Voy á pedir la licencia

Mañana mismo. — Y ahora

¿*Quid facendum?* — La comedia

De esta noche no me gusta.

¿Me irá al café de Venecia?

Sí ; y desde allí á la partida

De los cucos.

ESCENA IX.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, DON JOAQUIN.

Joaq. ¡Oh mi bella

Primita! ¡Oh, tú que de todas

Las *Plácidas* de la tierra

Eres la que mas me place

Por ser la mas *placentera!*

Me tienes enamorado

Hasta la crisma.

Plác. ¿De veras?

Jul. ¡Qué cumplimiento tan fino!

¡Lo que vale ser poeta!

Joaq. ¡Dulce tía á quien me une

La simpa-tía mas tierna,

Simpa-tía que será

Muy en breve simpa-suegra!

¿Cuándo aquí del himeneo

Arderá, tía, la tea?

Jul. ¡Bravo! ¡Bravo! Muy bien dicho.

Qué donaire! ¡Qué agudeza!

Jul. El mismo *Gerardo Lobo*

Para mí es niño de teta.

¡Tengo yo mucha sintáxis!

Jul. Ya se conoce.

Joaq. Y mi vena

Es un torrente.

Jul. Lo creo. —

Mira que quiero que vengas

A acompañarnos.

Joaq. ¿Adónde?

Jul. Pronto daremos la vuelta.

Plác. Es dos puertas mas arriba.

Jul. Sí ; á casa de *Genoveva*.

Joaq. Con usted irá yo

Aunque sea á *Filadelfia*.

Plác. Por no ver al tío *Bruno*...

Jul. Ha sido mucha imprudencia

Venirse sin avisar.

Plác. ¡Tiene una cara tan seria!

Jul. Aunque él no se explica claro

Y disimula sus quejas,

A mí me ha estado pudriendo

La sangre con indirectas.

Plác. Pues y la ridiculez

De arquear tanto las cejas

Porque yo no le miraba

Y jugaba con mi perra?

Joaq. Lo gracioso es que esta tarde

Le hice una burla sangrienta
Sin conocerle.

Plác. Me alegro.

Joaq. De esta hecha te deshereda.

Plác. ¿Qué me importa? A mí ninguna

Falta me hacen sus talagas.

Jul. Ocultarle el paradero

De *Cándido*, es lo que lleva

Muy á mal á mi entender ;

Pero como es tan babieca

Le hará creer mi Marcelo

Todo lo que nos convenga.

No tengais cuidado. Ya

Le han tomado por su cuenta

Entre mi cuñado y él.

Aunque á *Cándido* proteja,

No por eso...

Joaq. ¿A qué queremos

Calentarnos la cabeza

Sobre ese particular?

Allá los viejos se avengan.

Hablemos de nuestra boda,

Que es lo que mas interesa.

¿No es verdad?

Plác. ¿Y la viudita?

Jul. Siempre estás con esa tema.

Joaq. ¡Disparate! Sobre ser

Plato de segunda mesa,

Es mujer que me encocora.

Plác. Vaya ; yo sé que la obsequias.

Joaq. Estás muy equivocada ;

Y si no, para que veas

Que no la puedo tragar,

Aunque la lleve pateta,

Delante de todo el mundo

Le voy á decir que es fea.

Plác. Bueno ; eso es lo que yo quiero.

Joaq. Tú quedarás satisfecha.

Plác. Está muy bien ; pero mira

Que no quiero que me vuelvas

A dejar sola en el Prado,

Como esta tarde.

Joaq. ¿Y te quejas

Por eso? ¡Valiente injuria!

¿Qué querias tú que hiciera

Sin lente? Poco tardé ;

Antes que dices dos vueltas

Ya me habia reunido.

Plác. Como la mamá se sienta

Y nos deja solos...

Joaq. Vamos...

Y tú ¿por qué hacias señas

A todos los *lechuguinos?* (1)

Plác. Eso no vale la pena.

(1) Apodo que por algun tiempo ha prevalecido para designar á los mozalbetes adamados que antes se llamaban *petimetres* y *currutacos*.

Otras veces me las hacen
Ellos á mí.

Joaq. Me hace fuerza
Esa reflexion.

Jul. ¿Qué siempre
Os piqueis por bagatelas!

Vaya; ¿vamos, ó me siento?

Joaq. Vamos á donde usted quiera,
Mamá, que ya lo es usted
Para mí desde esta fecha.

¡Ah, qué boda tan brillante!

¿Bailará usted en la fiesta?

Por supuesto. ¿Qué felices

vamos á ser!

Jul. ¡Dios lo quiera!

Joaq. Y á los diez meses..., lo mas,
Cuenta usted con una nieta.

ESCENA X.

INÉS.

Ya se fueron. La mejor
Ocasion del mundo es esta
Para hablar con la andaluza
Sin que ninguno lo entienda.
¡Oh! como pueda lograr
Que me tome de doncella...
¿Y por qué no? Ella me quiere;
Yo sé todas las haciendas
De una casa; yo soy fiel;
No tengo nada de lerda,
Y así, á mi paso... Es verdad.
Que soy algo bachillera
Y...

ESCENA XI.

INÉS, UN SOLDADO.

Sold. ¡Ave María!

Inés. ¿Quién es?

¿Quién le ha dado á usted licencia
Para entrar aquí?

Sold. ¿A mí? Nadie.

La puerta de la escalera

Está abierta, y me he colao.

Inés. ¡Pues! sin duda aquel veleta...

Sold. ¿No vive aquí un capitán

De á caballo?

Inés. Aquí se hospeda.

¿Qué trae usted?

Sold. Este plego

De la inspeccion.

Inés. Bueno; venga. (Lo toma.)

Sold. ¿No está en casa?

Inés. No; ha salido.

Se le dará cuando vuelva.

Sold. Pues es que yo no me voy

Sin llevarme la cubierta;

Que así lo tienen mandao.

Inés. Tome usted y no nos muela.

(Rompe el sobrescrito y se lo da.)

Sold. A mí en cosas del servicio...

¿Está usted? Pues. Aunque fuera

Con mi padre... Yo sé bien

Mi obligacion.

Inés. ¿Quién lo niega?

Sold. Y no soy ningún recluta,

Que ya tengo los noventa (1).

¿Está usted?

Inés. Bien; vaya usted

Con Dios.

Sold. Y por mar y tierra

Soy siempre Alonso Morata.

¿Está usted? — A Dios, Morena.

ESCENA XII.

INÉS.

¿Qué papelotes son estos?
¡Caramba! ¿Qué no supiera
Leer! ¿Qué letras tan gordas!
Y aquí hay un sello...

ESCENA XIII.

DON BRUNO, INÉS.

Bruno. Vilezas
Semejantes no se han visto
Desde que hay parientes. Piensan
Justificar su conducta
Levantando mil groseras
Calumnias al pobre jóven.
¡Oh! Buen petardo se llevan.
Yo les haré ver...

(Toma el sombrero y al irse repara
en Inés.)

¿Qué estás

Leyendo?

Inés. Sí; eso quisiera,

Pero me estorba lo negro.

La culpa tuvo mi abuela

Que no me dejó aprender

Mas que á hilar y hacer calceta.

Bruno. ¿Quién te ha dado esos papeles?

Inés. Un soldado; y á la cuenta

Son papeles de importancia,

Porque es de molde la letra.

Son para don Joaquinito,

(1) Premio de noventa reales mensuales adquiridos
á los veinte y cinco años de servicio

Segun ha dicho. Era fuerza
El sobrescrito entregarle,

Y por eso...

Bruno. Qué ¿está fuera

Joaquín?

Inés. Sí, señor.

Bruno. ¿A ver?

Veamos. (Toma los papeles y los lee.)

Inés. (No; como pueda,

Aunque me cueste el salario

De un año, hasta que yo aprenda

De letras...)

Bruno. Mira: es preciso

(Guarda los papeles.)

Que en la casa no se sepa

Que has recibido tal pliego.

¿Lo oyes? Y que nadie entienda

Que yo guardo estos papeles.

Inés. Está muy bien. Usted pierda

Cuidado.

Bruno. Toma; y silencio.

(Le da un doblon.)

Inés. Me echaré un nudo á la lengua.

ESCENA XIV.

INÉS.

¿Qué misterio será este?
Estan grande mi impaciencia
Que el doblon y mas daría
Por saber lo que se encierra
En esos papeles. ¡Soy
Tan curiosa!... Esta reserva
De don Bruno... Apostaría
A que tienen mala cena
Mis amos. Allá veremos.
Segun son las apariencias,
Esta calma está anunciando
Una borrasca deshecha.

(Entra en el cuarto de doña Catalina.)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DON ONOFRE, DON MARCELO.

Onof. Bien. Tú dirás lo que quieras;

Pero Bruno te da perro.

Marc. El se desenojará.

Onof. Ya verás.

Marc. Nuestros esfuerzos

En condenar la conducta
De Cándido han hecho efecto
A mi parecer.

Onof. Yo juzgo

Que no está muy satisfecho

De nuestras disculpas. Ellas

Son muy débiles al menos.

Marc. Yo no siento que se lleve

A Cándido, como temo.

Con tal que Plácida, ya

Que se frustren mis deseos.

De verla un dia heredera

De sus caudales inmensos,

Logre que aumente su dote

Con diez ó doce mil pesos.

Cosa que á él nunca podría

Arruinarle, estoy contento.

Onof. Como él te dé ni diez cuartos

Que me corten el pescuezo.

Marc. Le instaré, le adularé,

No omitiré ningún medio

En ganarle. — En un buen padre

Es natural el desvelo

De acomodar á sus hijos;

Y aunque á la verdad poseo

Bastantes fondos, ya ves,

Si á Plácida casar puedo

Sin desmembrarlos, ¿qué mal

Me vendrá?

Onof. ¡Oh! Por supuesto.

Marc. Ya no tardarán. Yo voy

Aquí cerca en un momento

A traerme á los muchachos

Y á Juliana. Pronto vuelvo.

Onof. ¿Y por qué querrá que todos

Reunidos le esperemos?

¿Habrá reconciliacion?

Marc. ¿Quién lo duda? Ese es su objeto.

ESCENA II.

DON ONOFRE, DOÑA CATALINA.

Onof. Yo pienso muy al contrario.

No tiene él cara...! ¡Oh portento

De hermosura!

Cat. ¿No ha venido

(Saliendo de su cuarto.)

Don Bruno? (Se sienta.)

Onof. No, mi embeleso,

No ha venido todavía.

Pero, ¿á qué viene ese ceño

Conmigo? ¿Se ofende usted

De que la adore?

Cat. Me ofendo.

Yo no gusto de esas chanzas.

Onof. ¿Acaso yo me chancéo?

Si es usted fisonomista

Conocerá todo el nervio
De mi amorosa pasión
En mi cara.

Cat. ¿Será cierto
Que está usted enamorado
De mí?

Onof. (Si; de tu dinero.)
¿Y le quedará usted duda
Si ahora mismo prometo
Ser su marido, y mañana
Lo cumplo?

Cat. ¡Qué! No lo creo.
Y luego; qué adelantamos
Con que usted pretenda serio
Si no me acomoda á mí?

Onof. Pero ese es mucho despego
Para un amante, hija mía.

Cat. ¡Qué quiere usted! Es mi genio.
Onof. Eso no me satisface.

Dígame usted sin rodeos
Ahora mismo por qué causa
Rehusa mi casamiento;
Que á mí no se me repulsa
Sin mas ni mas.

Cat. ¡Fuerte empeño!
Pues, señor, yo no me caso
Con usted, porque no quiero.

Onof. Esa franqueza me gusta.
Vea usted; ya estoy contento
Y resignado. A otra parte
Con la música.

ESCENA III.

Doña CATALINA, DON ONOFRE,
DON MARCELO, Doña JULIANA, PLACIDA,
DON JOAQUIN.

Jul. Veremos
Con qué embajada nos viene
El señor don Bruno.

(*Se sientan todos.*)

Plác. Pero
¿Nos tendrá toda la noche
Esperando?

Joaq. Nada bueno
Espero yo de tal ente.

Plác. ¡Qué fastidioso!

Cat. ¡Qué groseros!
Ni siquiera me saludan.

Joaq. ¿No ve usted qué circunspecto
(*A doña Juliana.*)

Y qué formalote estoy?

Jul. Es que ya vas pareciendo
Marido.

Onof. Esta gente tarda.

(*A doña Catalina.*)

Cat. Si. Yo también los espero
Con impaciencia.

Marc. ¿Usted?

Cat. Yo.

Jul. ¿Y á qué fin?

(*Suena la campanilla.*)

Cat. Se verá presto.

Plác. La campanilla ha sonado.

Jul. ¡Eh! ya están aquí.

Cat. (Me alegro,

Porque estaba cousumida
Con esta gentualla.)

ESCENA IV.

Doña CATALINA, Doña JULIANA,
PLACIDA, DON ONOFRE, DON MARCELO,
DON JOAQUIN, DON BRUNO,
DON CANDIDO.

Bruno. Siento
No haber podido venir
Mas pronto.

Marc. Déjate de eso.

Vamos, sentaos.

(*Se sientan don Bruno y don Cándido.*)

Plác. ¡Mamá! (*En voz baja.*)

Ya está vestido de nuevo.

Parece otro.

Jul. No te rías.

Joaq. (Ya me canso de estar serio.)

Marc. ¿Piensas ya con mas cordura?

(*A don Cándido.*)

Sabe Dios el sentimiento

Que nos has dado. Otra vez

Domina un poco tu genio...

Bruno. Dejémonos de sermones,

Que ya son fuera de tiempo.

Marc. Esto no es reconvenirle;

Aunque bien pudiera hacerlo,

Que al fin siendo tío suyo...

Bruno. Si, pero ningún derecho

Tienes para maltratarle.

Marc. Pues ¿acaso yo...?

Bruno. Marcelo,

Estoy muy bien informado.

No nos cansemos.

Marc. Va veo

Que me han calumniado.

Bruno. Basta.

Yo sé que no.

Marc. ¿Pero tengo

La culpa yo de que sea

Imprudente y altanero?

Aquí se le aconsejaba...

Bruno. Primo mío, con consejos

Ne se come. Fácil es

Ser generoso á ese precio.

(*Se levanta y todos en seguida.*)

Jul. ¡Dale con las indirectas
Y el tono de misionero!

Bruno. ¡Juliana!

Jul. Mira que ya

Estoy hasta los cabellos

De oír tus impertinencias.

Bruno. Tranquilízate, que luego

Cesaré de incomodarte.

Marc. Disimula. (*Aparte á doña Juliana.*)

Joaq. (Vamos; esto

No pára en bien.)

Bruno. Como estoy

De todas veras resuelto

A cortar mis relaciones

Con todos vosotros, quiero

Despedirme para siempre.

El villano tratamiento

Que ha sufrido á vuestro lado

Un jóven, digno por cierto

De mas consideración

Por su honradez, sus talentos,

Su desgracia; en fin, por ser

Hijo de un hermano vuestro,

Me obliga á romper los nudos

De la sangre que me unieron

A vosotros. — No creais

Que me apartaré por esto

De aceros un beneficio

Si, como yo no lo espero,

Necesitais algun día

De mí. — Yo ya soy muy viejo.

Poco me puede engañar

La fortuna; mas si llego

Por mi desgracia á tener

Que mendigar el sustento,

No será, no, en vuestra puerta

Donde se estrelen mis ruegos. —

En cuanto á Cándido, libres

Estais del enorme peso

De su subsistencia. Yo

Desde ahora le protejo,

Y de nadie necesita.

En mí tendrá un padre tierno,

Un bienhechor y un amigo;

Y me sobra fundamento

Para esperar que jamás

Me arrepentiré de serlo.

Cánd. ¡Mi padre! ¡Oh título dulce

Y consolador! Lo acepto

Con todo mi corazón.

Las lágrimas con que riego

Esta mano protectora...

Cat. Basta; que yo me enternezco

También, y no viene al caso,

Don Cándido, que floremos

Cuando debemos pensar

En el baile y el bureo
De la boda.

Jul. ¿De qué boda?

Onof. Esta es otra.

Joaq. Yo estoy lelo.

Cat. Ahora me toca á mí.

Un poquito de silencio. —

Yo he sido testigo fiel

De todos los improperios

Y vilezas que ha sufrido

Don Cándido, y del exceso

De su bondad y paciencia

Entre parientes tan perros.

Yo que sé compadecer

Los infortunios ajenos,

Y no soy indiferente

Al mérito verdadero,

Días há que concebí,

Señores, el pensamiento

De hacer su felicidad

Y la mía al mismo tiempo

Uniendo nuestros destinos

Con un dichoso himeneo.

Don Cándido no ignoraba

Que me debía un afecto...

De amistad, al parecer,

Pero en realidad mas tierno.

Desde el momento le hubiera

Revelado mi proyecto

A no habérmelo estorbado

El orgullo de mi sexo. —

Pero, en fin, llegó la hora

De entregar mi mano, en premio

De su ternura, á quien ya

De mi corazón es dueño.

Cánd. ¡Ah! ¡Qué dulce recompensa!

¿A quién en el universo

Podré yo envidiar ahora?

Cat. La verdad; ¿no es mejor esto

Que sentar plaza?

Onof. ¿Qué tal?

(*Aparte con los de su partido.*)

¡Y yo creí que era lego! —

Pero ¿cómo la ha podido

Engatusar?

Joaq. No lo entiendo.

Lo cierto es que las mujeres

Tienen el diablo en el cuerpo.

Siempre escojen lo peor.

Jul. Vámonos; que yo no puedo

Sufrir mas.

Bruno. ¡Venid! Entramos

(*Abrazando á doña Catalina y don Joaquin.*)

Me servireis de consuelo

Y de alivio en mi vejez.

Todo cuanto yo poseo

Será para vuestros hijos.

Ya no nos separaremos

Jamás.

Onof. Chico, tu esperanza

(*Aparte con don Marcelo.*)

Cuéntala ya con los muertos.

Marc. Ya lo veo.

Jul.

¿Has acabado?

(*A don Bruno.*)

Pues también aquí tenemos

Motivos de regocijo.

Si tú estás tan satisfecho

Porque á un sobrino prohijas;

Con mayor razón debemos

Nosotros felicitarlos

Teniendo un estorbo menos.

Otro sobrino nos queda

Mas amable y menos necio;

Y también por nuestra parte

Habrà boda y bailaremos.

Marc. Sí; venid.

(*Va á unir las manos de don Joaquín*

y Plácida.)

Dadme esas manos...

Bruno. Aguarda.—Ahora qué me acuerdo,

Lee primero esos papeles

Que han remitido á tu yerno

De la inspección general.

(*Toma don Marcelo los papeles y los lee*

para sí.)

Joaq. ¡Eh! ¿qué papeles son esos?

Bruno. Deja que el tío los lea. —

La criada ha abierto el pliego

En que venían, no estando

Tú en casa. Yo llegué á tiempo

De quitárselos sin dar

Lugar...

Joaq. Pero ¿usted...?

Marc.

¿Qué veo!

Joaq. ¿Pero usted los ha leído?

Bruno. Sí.

Joaq. ¿Qué dicen?

Bruno. Yo no entiendo

La milicia. — Me parece

Que se trata de un ascenso.

Plác. ¡Un ascenso, mamá!

Jul.

Calla;

A ver qué dice Marcelo.

Joaq. Comandante de escuadrón;

¿Eh?

Plác. ¡Comandante!

Marc.

Me alegre

De tener esta noticia

A tan buen tiempo.

Jul.

¿Sí? ¿Es cierto

Que han ascendido á Joaquín?

Marc. ¿Ascender? ¡A buen sujeta

Ascenderían! ¡La escoria,

El oprobio de su cuerpo!

Plác. ¡Eh, papá! usted se chancea.

Marc. Si me descuido te pierdo.

Onof. Pero en fin esos papeles

¿Qué contienen? Acabemos.

Marc. ¿Qué? Su licencia absoluta

Por vicioso y por inepto.

Joaq. ¡Cómo!

Jul. ¿Y es posible...?

Marc.

Toma.

(*Toma don Joaquín los papeles y los lee*

aparte.)

Diviertete.

Jul. Aun no me atrevo

A darle crédito.

Cat. ¡Adios

Boda!

Plác. No; ya no debemos

(*A doña Juliana.*)

Dudarlo. Mire usted cómo

Muda de color. Bien puedo

Buscar otro novio.

Jul.

Sí.

Joaq. Pues, señor, estamos frescos.

Onof. Con que ¿es verdad...?

Joaq.

Sí, señor.

Me he quedado sin empleo. —

¡Eh! yo no lo extraño. Chismes,

Envidias del regimiento.

El coronel me tenía

Entre ojos. Los compañeros...

La mujer del comandante

Que es vengativa en extremo...

Si yo la hubiera obsequiado

Como deseaba... Pero

¡Si es una arpía!

Onof.

Eso es

Una bicoca. Ten pecho

Y no te apures... Tú sabes

Cuánto vale un buen consejo

En ocasiones como esta.

Si presumes que yo puedo

Dártelo, pierde cuidado:

Desde ahora te lo ofrezco

De muy buena voluntad.

Joaq. Por supuesto. Siempre cuento

Con la protección de ustedes. —

Creo que este contratiempo

No será un inconveniente.

Para la boda... Yo pienso...

Jul. Sobrino, han variado mucho

Las circunstancias. No es esto

Despreciarte; pero al fin

Soy madre y todo mi anhelo

Se funda en el bien estar

De mi hija. ¡Sin empleo,

Sin reputación, sin bienes!

¡Iba á buscar un buen yerno!

Y lo peor es, perdona,

Que el honor comprometemos

De Placidita si en casa

Permaneces por mas tiempo.

Todo Madrid sabe ya

Que has sido su novio, y quiero

Evitar murmuraciones.

¡Cómo ha de ser! No hay remedio.

Es preciso que te vayas.

Ten paciencia. Yo lo siento.

ESCENA V.

DOÑA CATALINA, PLACIDA,
DON CANDIDO, DON JOAQUIN, DON BRUNO,
DON ONOFRE, DON MARCELO.

Joaq. ¡Placidita!...

Plác. Ya has oído

A mi mamá. Yo no tengo

La culpa. — No; el mal no es solo

Para tí. ¿Y yo, que consiento

En casarme, y de repente

Me quedo con los deseos?

Pero yo procuraré

Consolarme. Te aconsejo

Que hagas otro tanto. Abur.

ESCENA VI.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO,
DON JOAQUIN, DON BRUNO, DON ONOFRE,
DON MARCELO.

Bruno. Se dispó como el viento

(*Aparte con doña Catalina y don Cándido.*)

Su cariño. ¡Qué lección!

Cánd. ¡Qué desengaño!

Cat. Veremos

Cómo se explican los tíos.

Joaq. Querido tío Marcelo,

Este imprevisto revés

De la fortuna se ha opuesto

Al enlace deseado

Que colmaba mi contento;

Pero al menos un asilo...

Marc. No; no te canses. Bien veo

Que vas á pasarlo mal.

Hijo de padres muy buenos,

Pero pobres, no tenías

Más recurso que tu sueldo.

Si te has quedado sin él,

Culpa solo á tus excesos.

Yo los autorizaria

Sufriendo que un mismo techo

Nos cubriera. Quien merece

Que lo echen de un regimiento

Con ignominia, no es digno

De mi protección. — Yo espero,

Sin embargo, que este golpe

Te servirá de escarmiento.

¡Dios lo quiera así! Si no,

Te anuncio un fin muy funesto.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO,
DON JOAQUIN, DON BRUNO, DON ONOFRE.

Joaq. ¡Qué crueldad! — Y usted tam-
bien

(*A don Onofre, que iba á seguir á don*
Marcelo.)

Me abandona.

Onof. Yo me precio

De haber sostenido siempre

El honor de mis abuelos,

Señor mio; y faltaria

A los principios austeros

De justicia y probidad

Que á todo trance profeso,

Si consintiera á mi lado

A un perdido, á un vago...

Joaq.

Al menos

Los vínculos de la sangre

Deberian...

Onof. Yo no entiendo

De vínculos ni de alforjas.

¡Mire usted qué el parentesco

Es grande! ¡Echele usted un galgo!

Hijo de un primo tercero...

Joaq. No, señor. ¡Si por mi madre

Soy sobrino...!

Onof. Vaya; ahorremos

Palabras. Anda á buscar

Tu madre gallega lejos

De mí. En la corte hay arbitrios

Para los hombres de ingenio

Como tú. Si no te quieres

Morir de hambre, apela al juego,

A la embrolla y á la estafa;

Que no serás el primero,

Ni se ha de apurar Madrid

Por un pillo mas ó menos.

(*Don Joaquín queda en el mayor abati-*

miento.)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO,
DON JOAQUIN, DON BRUNO.

Bruno. Estoy escandalizado,

Yo no podria creerlo

Si no lo viera.

Cat.

Me da

Lástima su abatimento
Ni aun á mirarnos se atreve.

Cánd. Joaquín, para estos momentos
Es el valor. No te aflijas.
Si yo pensara como ellos
Podría desampararte
Alegando otros pretextos
Sin duda mas oportunos;
Mas decorosos al menos.
Yo veo tu desventura,
(*Tomándole afectuosamente la mano.*)

Y no mis resentimientos.
Aun no me atrevo á brindarte
Con mi amistad: la reservo
Para cuando experimente
El reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
Y mi tío te prometo
Favor y hospitalidad.

Joaq. Esa bondad sin ejemplo
Me confunde mas que todo.
Perdóname si no acierto
A responderte.

Cánd. ¡Eh, no llores!
Bruno. Dejémonos de lamentos,
Y á la enmienda. Con nosotros
Vivirás: yo lo consiento.
Ahora en tí solo consiste
Granjearte nuestro aprecio.

Cat. Vámonos á la posada
Cuanto antes, porque no quiero
Estar un instante mas
En esta casa. — Ya es tiempo
De sentar esa cabeza,
Joaquinito.

Joaq. ¡Ah! Yo lo ofrezco.
Cat. Sea usted hombre de bien.
Y no vuelva á hacer sonetos.

A MADRID ME VUELVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 25 DE ENERO DE 1828.

PERSONAS.

CARMEN.
Doña MATEA.
DON BERNARDO.
DON BALTASAR.
DON ESTEBAN.

DON FELIPE.
DON ABUNDIO.
EL TÍO LAMPREA.
CRIADOS.

La escena es en un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de don Baltasar, con muebles antiguos, dos puertas y una ventana que da á la calle.

ACTO PRIMERO.

ESCENA II.

DON BALTASAR, DON BERNARDO.

Bern. Buenos días, Baltasar.

Balt. Felices. ¿Qué tal el catre?

Bern. He dormido bien.

Balt. Me alegro.

¿Quieres tomar chocolate?

Bern. No. Mas bien almorzaria
Otra cosa.

Balt. Muy bien haces.

El chocolate no es mas

Que un despertador del hambre

Y un laboratorio de tripas.

Esté año que soy alcalde

He resuelto prohibirlo. —

¡Tío Lamprea! (*Llamando.*)

Si te place

Sentémonos: me dirás,

Mientras de almorzar nos hacen,

Qué poderosos motivos

A la Montaña te traen

Cuando menos te esperaba. —

¡Lamprea! — Como llegaste

ESCENA PRIMERA.

DON BALTASAR.

El huésped no se ha vestido,
Y se va haciendo muy tarde. —

(*Mira el reloj.*)

Las siete. — Estos cortesanos

Son lo mismo que las aves

Nocturnas. Eh, no me admiro.

Después de un molesto viaje

Por caminos tan perversos

Y posadas tan fatales...

¡Hola! Ha abierto la ventana

(*Mirando á la puerta del cuarto de don
Bernardo.*)

Sin esperar que le llamen.

Vamos; no es tan perezoso

Como creía. — Ya sale,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lástima su abatimento
Ni aun á mirarnos se atreve.

Cánd. Joaquín, para estos momentos
Es el valor. No te aflijas.
Si yo pensara como ellos
Podría desampararte
Alegando otros pretextos
Sin duda mas oportunos;
Mas decorosos al menos.
Yo veo tu desventura,
(*Tomándole afectuosamente la mano.*)

Y no mis resentimientos.
Aun no me atrevo á brindarte
Con mi amistad: la reservo
Para cuando experimente
El reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
Y mi tío te prometo
Favor y hospitalidad.

Joaq. Esa bondad sin ejemplo
Me confunde mas que todo.
Perdóname si no acierto
A responderte.

Cánd. ¡Eh, no llores!
Bruno. Dejémonos de lamentos,
Y á la enmienda. Con nosotros
Vivirás: yo lo consiento.
Ahora en tí solo consiste
Granjearte nuestro aprecio.

Cat. Vámonos á la posada
Cuanto antes, porque no quiero
Estar un instante mas
En esta casa. — Ya es tiempo
De sentar esa cabeza,
Joaquinito.

Joaq. ¡Ah! Yo lo ofrezco.
Cat. Sea usted hombre de bien.
Y no vuelva á hacer sonetos.

A MADRID ME VUELVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 25 DE ENERO DE 1828.

PERSONAS.

CARMEN.
Doña MATEA.
DON BERNARDO.
DON BALTASAR.
DON ESTEBAN.

DON FELIPE.
DON ABUNDIO.
EL TÍO LAMPREA.
CRIADOS.

La escena es en un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de don Baltasar, con muebles antiguos, dos puertas y una ventana que da á la calle.

ACTO PRIMERO.

ESCENA II.

DON BALTASAR, DON BERNARDO.

Bern. Buenos días, Baltasar.

Balt. Felices. ¿Qué tal el catre?

Bern. He dormido bien.

Balt. Me alegro.

¿Quieres tomar chocolate?

Bern. No. Mas bien almazaría
Otra cosa.

Balt. Muy bien haces.

El chocolate no es mas

Que un despertador del hambre

Y un laboratorio de tripas.

Este año que soy alcalde

He resuelto prohibirlo. —

¡Tío Lamprea! (*Llamando.*)

Si te place

Sentémonos: me dirás,

Mientras de almorzar nos hacen,

Qué poderosos motivos

A la Montaña te traen

Cuando menos te esperaba. —

¡Lamprea! — Como llegaste

ESCENA PRIMERA.

DON BALTASAR.

El huésped no se ha vestido,
Y se va haciendo muy tarde. —

(*Mira el reloj.*)

Las siete. — Estos cortesanos

Son lo mismo que las aves

Nocturnas. Eh, no me admiro.

Después de un molesto viaje

Por caminos tan perversos

Y posadas tan fatales...

¡Hola! Ha abierto la ventana

(*Mirando á la puerta del cuarto de don
Bernardo.*)

Sin esperar que le llamen.

Vamos; no es tan perezoso

Como creía. — Ya sale,

DIRECCIÓN GENERAL DE TIPOGRAFÍA

Tan cansado del camino,
Y habia gente delante,
Y eran ya mas de la nueve,
Nada quise preguntarte.—
Pero ese viejo maldito...
¡Lamprea!

Lamp. Ya voy.

(Dentro.)

ESCENA III.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
LAMPREA.

Lamp. ¿Qué diantre!
¿Por qué grita usted?

Balt. ¿Por qué
Das lugar á que te llamen
Tantas veces?

Lamp. Yo no salgo
De mi paso, usted lo sabe,
Aunque ardiera el universo.
Primero soy yo que nadie,
Y hace usted mal...

Balt. ¿Será cosa
De que ahora me regañes?
Lamp. Es que á mi no se me trata
Como á cualquier badulaque.
¿Entiende usted?

Balt. Basta ya.
Lamp. Cuidado que no hay aguante...

Balt. Bien, hombre; tienes razon
Ahora y siempre que me hables.
Di á Gervasia que nos fria
Unas magras con tomate,
Y llena un par de botellas
De aquella cuba...

Lamp. ¿La grande?

Balt. Si; y despacha; qué yo tengo
Que salir.

Lamp. Voy al instante.

ESCENA IV.

DON BERNARDO, DON BALTASAR.

Balt. Estos criados antiguos
Se toman mil libertades;
Pero á un hombre que es tan fiel
Algo ha de disimularse.—

Con que ¿establecerse piensas
En el lugar? ¡Qué bien haces!

Bern. Si, que ya estoy fastidiado
De la corte.

Balt. Aquí los aires
Son mas sanos; las costumbres
Mas sencillas; aquí á nadie
Se guarda contemplaciones

Sino al cura y al alcalde;
Aquí hay salud y apetito;
Allá es un pobre petate
El mismo que aquí es feliz
Con cuatro ó cinco heredades.

Bern. Algunos son desgraciados

Porque segundones nacen,
Yo, al contrario, debo dar
Muchas gracias á mi madre
Porque tuvo la humorada
De parirme un poco tarde.
Quedamos huérfanos. Tú
El mayorazgo heredaste,
Y yo á la edad de quince años
Tuve á bien emanciparme.

Atravesado en un mulo
A Madrid hice mi viaje;
Me recibieron de *hortera*
En la casa que ya sabes:
Me porte bien; me estimaron;
Mis salarios y mis gajes
Dejé al riesgo del comercio;
Crece mi peculio; cae
El fero mi principal...

¡El médico era hombre grande!
Le mató de puro sabio.
Se hicieron los funerales;
Di en consolar á la viuda;
Y ella, que era muy amable,
No tomaba á mal que yo
Sus lágrimas enjugase.

Nos casamos; cerró el ojo
A las ocho navidades;
Su herederó universal
Me nombró; Dios se lo pague!
Y me encontré millonario

Yo que pocos años antes
No tenia sobre qué
Caerme muerto. Al instante
El tráfico me aburrió

Tan contrario á mi carácter.
No quise ver mi fortuna
Expuesta á los huracanes,
Los subsidios, las aduanas,
La guerra y el agiotaje;
Y empleando mi caudal

En casas y en olivares
Que me dan muy buena renta
Y cuestan pocos afanes;
Jóven todavía, alegre,

Sin familia y sin achaques,
En las olas de la corte
Bogó intrépida mi nave.—
La felicidad buscaba

Con ansia por todas partes.
No perdonaba conciertos,
Tertulias, suntuosos bailes,
Espectáculos, banquetes...

¡Baltasar! todo era en balde.
(El tio Lamprea va trayendo lo necesario
para el desayuno hasta dejar la mesa
cubierta.)

En cambio de algun placer
Frivolo y poco durable
Siempre estaba atormentado
De disgustos y pesares,
Y en mi corazon sentia
Un vacío perdurable.
Mis queridas todas eran
O coquetas, ó venales;
Y entre cien aduladores
Que me chupaban la sangre,
Ni un solo amigo contaba

Que por mi propio me amase.—
¡Fuera de aquí! dije un dia.
En las grandes capitales
Buscar la dicha es error.
Hallaria será mas fácil
En la pacífica aldea.
No en vano tanto la aplauden
Los poetas, y mil pestes
Nos dicen de las ciudades.
Tomé un coche de colleras
Y empecé alegre mi viaje
Al lugar donde nací,
Deseoso de abrazarte,
Y pasar contigo el resto
De esta vida miserable.

Balt. Eres un héroe, Bernardo.
Deja que otro vez te abrace.
La corte es un laberinto;
Es una casa de orates;
Un infierno.

Bern. ¡Oh! si, un infierno.
Si entramos en el exámen
De los vicios infinitos
Que la hacen abominable,
Te aseguro...

Lamp. Cuando ustedes
Quieran, pueden acercarse. (Vase.)

Balt. Vamos allá. (Se sientan á la mesa.)
Te haré plato.

Bern. Yo me le haré; no te canses.

Balt. Como quieras.— Al principio
Es muy natural que extrañes
El lugar. Aquí no tienes
Aquellas comodidades
De la corte. Los paseos...

Bern. ¿Paseos? ¡Qué disparate!
No se pasca en Madrid
Aunque el médico lo mande;
Se rabia. Fuera de puertas,
Ya que nada de agradable
Ni de ameno tiene el campo,
Al menos es puro el aire;
Pero desdeña el buen tono

Lo que alegra á los gañanes,
¡Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes;
Allí se arman las intrigas,
Y se disponen los briles;
Se corteja á las muchachas;
Se hace burla de las madres;
Se critica á los de atrás;
Se pisa á los de delante
Ya te llama la atencion
Aquel delicado talle,
Donde la naturaleza
Gime victima del arte:
Ya el cabello de Belisa...
Que se lo debe á un cadáver;
Ya la blancura de Anarda
Que encarece el albayalde.—
¿Quién se apea de aquel coche?
La marquesa del Ensanche,
Que antes de ayer fué modista.
¿Quién es aquel botarate
Que talarea entre dientes
Un aria de *Mercadante*,
Y va saludando á todos
Aunque no conoce á nadie?

Es el hijo de un fondista
Que vino aquí desde Flandes,
Y dando gato por liebre
Llegó á hacerse un personaje.—
¿Qué Babilonia! ¿Qué polvo!
¿Qué divertido contraste
Hacen aquellos galones
Y aquel lacónico fraque
Con los andrajos heliondos
De aquel intonso pillastre
Que va vendiendo candela!
Y el ruido de los carruajes;
El guirigay de la gente;
Aquel continuo rozarse;
Y al lado de Apolo, ¡el numen,
El creador de las artes!

Aquel batallon de sillas
Tan prosáicas, tan infames...
¡Uf! Quitá allá. De pensarlo
Me están temblando las carnes.

Balt. Pero las buenas tertulias
Ese fastidio resarcan;
Y en Madrid...

Bern. Reniego de ellas.
Algunas hay regulares;
Pero la etiqueta, el tono
Las hacen insoportables.
En otras mandan en jefe
Lechuguinos y pedantes;
Y el que no gasta corsé
Y, aunque fino en sus modales,
No baila cuando saluda,
Ni pone en boga á su sastre,

En un rincón hostezando
Hace un papel despreciable.
En otras de dos en dos
Se acomodan los amantes,
Requebrándose al oído
Sin hacer caso de nadie;
Y el pobre número impar
Espera á que haya vacante
Jugando á la perejila
Con las feas y las madres,
Por último, en todas ellas
El que no baila es un café;
El que no canta, un caribe;
El que no juega, insociable;
El hombre formal se aburre,
Y los tontos... se distraen.

Balt. Por fortuna allí hay teatros,
Y, por no mortificarte,
Muchas noches...

Bern. No he perdido
Función; pero en todas partes
Me han perseguido los necios.
Gastaba mis doce reales,
Y pico, con el objeto
De instruirme y recrearme;
Pero en vano muchas veces.
Ahora un lampiño elegante
Flecha el antejo en un palco
Y me pisa al perfilarse.

Poco después, y en la escena
Tal vez más interesante,
Llora en la cazuela un niño.
No bien se logra que calle,
Dos títeres, que me puso
Mi mala estrella delante,
A media voz deletrean
La traducción en romance
De una ópera italiana;
Y después que ni una frase
De la comedia han oído,
Dicen que es abominable.

Nunca me falta un moscón
Que con preguntas me balde.

¿Qué función hay en la Cruz?

¿Qué sueldo tiene *Vaccani*?

¿Cuáles son los privilegios

De las damas y galanes?

¿Qué sainete hacen? ¿Vió usted

Hacer el *Otelo* á *Maiquez*?

Otro, incomodando á todos,

Y solo porque reparen

En él, viene á su luneta

Poco antes del desenlace;

Y si silban los de al lado

Silba; aplauden, aplaude.

Otro... Vamos, no hay paciencia.

Concluyo con afirmarte

Que el hombre recto y juicioso

En la corte vive mártir. (*Se levantan.*)

Balt. Bien dices. — Aquí estás libre

De esas incomodidades.

No hay paseos, ni teatro,

Ni óperas buffas, ni bailes,

Ni tertulias...

Bern. ¿Cómo es eso?

Pues las noches perdurables

Del invierno ¿en qué se pasan?

La población no es muy grande,

Pero siempre habrá á lo menos

Diez familias principales

Que podrían reunirse...

Balt. Ya se ve; si no mediasen

Pleitos, chismes, etiquetas...

No hay dos casas que se traten.

Pero esto á mí ¿qué me importa?

Yo no necesito á nadie.

Cada uno en su casa, y Dios

En la de todos.

Bern. No obstante,

La sociedad...

Balt. Esa fruta

No se come en los lugares;

Pero no faltan placeres

Que suplan...

ESCENA V.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
DON ABUNDIO.

Abun. Inclito alcalde,

Dilectísimo Mecenas

De este respetuoso vate,

Buenos días. En las casas

Que llaman consistoriales

El senado reunido,

Permitaseme esta frase,

Espera á su presidente.

Bern. ¡Calla! ¿También hay pedantes

En la Sierra?

Abun. Yo, no digno

Secretario...

Balt. Que se aguarden

Un momento. Pronto voy.

Abun. Así al regidor Pelaez,

Á quien por antonomasia

El vulgo llama *Tres panes*,

Nuncio fiel se lo diré,

Pero ¿puedo gratularme

Con la placida esperanza

De obtener, de mis afanes

Optado premio, el empleo

De sacristan y sochantre

De esta población, que vaca?

Es decir, que está vacante

Por súbita defunción

De don Ciriaco Gonzalez?

Balt. La plaza será de usted.

En mi protección descansa.

Abun. No tantas el turbio Reno,

No tantas el ancho Ganjes

Arenas cria, ni tantos

Cándidos sobre los Alpes

De frígida nieve copos

El torvo Aquilon abate;

Como yo beatos días

A usted le deseo. ¡Salve!

ESCENA VI.

DON BALTASAR, DON BERNARDO.

Bern. ¡El hombre es original!

¿Se entiende aquí ese lenguaje?

Balt. No por cierto. Yo estudié

Metafísica en Irache;

Y cuando habla, casi siempre

Me quedo en ayunas. ¡Sabe

Mucho el señor don Abundio!

Bern. Se conoce.

Balt. El hombre grande

Siempre se verá abatido.

Creyó poder sustentarse

En Madrid con sus talentos.

Escribió varios romances;

Sainetes, discretos motes

Para damas y galanes,

Y ¿qué sé yo cuántas cosas?

Pero se moría de hambre

El bueno de don Abundio;

Porque en este siglo infame

Diez que son muy contados

Los que quieren ilustrarse,

Y nada impreso se vende

A excepción del almanaque.

Por fin, viéndose aburrido

El pobre, tomó el portante;

Y, con recomendación

De no sé qué personaje,

De dómine y fiel de fechos

Aquí logró acomodarse.

Bern. ¡Hola! ¡Grande adquisición

Para el lugar!

Balt. Admirable.

El hace los villancicos

Cada año por Navidades.

Bern. ¡Oh! Pues teneis una viña

Con él.

Balt. ¡Yo lo creo!

Bern. ¿Y Carmen

Tu hija?

Balt. Está en su tocador:

Voy á decirle que haje.

Bern. No; no la incomodes. Ella

Bajará. Puedo engañarme,

Pero me debe muy buen

Concepto. Son sus modales

Finos sin afectación...

Balt. ¡Si ha estado en Soria, ¿quién sabe

Cuánto tiempo? con su tía

La comisaria!

Bern. Es amable,

¿No es verdad? y muy modesta.

Balt. ¡Oh! y muy linda. Toda al padre.

Bern. Ya habrás pensado en casarla.

Balt. Y con ventajas muy grandes.

Bern. Me alegro.

Balt. El mozo es muy rico;

De esclarecido linaje;

Cristiano viejo...

Bern. Muy bien.

¿Y Carmen...?

Balt. Hombre muy hábil

Para la vihuela.

Bern. Siendo

A gusto...

Balt. No hay quien le gane

A tirar la barra.

Bern. ¿Y ella...?

Balt. Un muchachon que no cabe

Por esa puerta.

Bern. La chica

Le amará...

Balt. ¿Pues no ha de amarle?

Eso se supone; y luego...

Basta que yo se lo mande. —

Pero me están esperando.

Adiós, Bernardo. No extrañes

Que te deje. Hoy es la fiesta

Del pueblo; y como yo falta,

Nada se hará con concierto.

Hay función de iglesia en grande,

Y procesion, y novillos,

Arbol de pólvora, baile,

Rifas, gaita zamorana...

Mandaré por tí al instante

Con el dómine, y verás

Cómo te diviertes. — ¡Cármén!

¿No bajas? — Vaya, hasta luego.

ESCENA VII.

DON BERNARDO.

Mucho voy á fastidiarme

En un pueblo donde no hay

Sociedad... Pero ¿es tan grave

Esta falta que no pueda

De mil modos compensarse?

Sobre todo, aquí habrá paz;

Y sin intrigas ni fraudes
Como en Madrid...

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, CARMEN.

Cárm. Buenos días,
Tío Bernardo.
Bern. Dios te guarde,
Carmencita.
Cárm. ¿Ha descansado
Usted?
Bern. Sí, hermosa. ¿No sales
Tú á ver la fiesta?
Cárm. Soy poco
Amiga de semejantes
Funciones. Muy temprano
Fui á misa; y prefero estarme
Leyendo en casa.
Bern. Mi hermano
Me ha dicho que va á casarte
Muy pronto.
Cárm. (¡Ay Dios!)
Bern. Con un jóven
Poderoso, de la sangre
Azul, buen mozo...
Cárm. Si; es cierto:
Padre quiere que me case...
Bern. Y á ti no te pesará.
Cárm. A mi...
Bern. Teniendo ese talle,
Y esa cara, y esos ojos,
Harto será que tú trates
De ser monja.
Cárm. No por cierto;
Porque al fin en todas partes
Se puede servir á Dios;
Pero...
Bern. Te turbas, y casi
Las lágrimas se te saltan.
Carmencita, no me engañes.
Yo no soy preocupado.
No puedo aprobar que un padre
Por su capricho, ó tal vez
Por el interés infame,
A sus hijos tiranice.
Tú eres la que ha de casarse,
Y no mi hermano. Formar
Delante de los altares
Un nudo que solo puede
En la tumba desatarse,
Es negocio muy formal.
Cárm. ¡Ah! Si mi padre pensase
Como usted... no me vería...
Bern. Con que ¿es decir que ese enlace
Repugna á tu corazón?

Cárm. Preciso es que lo declare:
Seré muy desventurada
Si me obligan á casarme
Con ese hombre; pero debo,
Aunque con la vida pague,
Obedecer...

Bern. Poco á poco.
Será lo que tase un sastre.
Estoy aquí yo, y primero
He de sufrir que me empalen.
¿Pues no faltaba otra cosa!
Cárm. Mi padre es inexorable,
Y en vano...
Bern. Nada me ocultes.
¿Hay en campaña otro amante?

Cárm. ¡Señor...!
Bern. No te dé vergüenza.
¿Voto va á cribas! No claves
Los ojos en tierra.
Cárm. Pero...
¿Qué empeño de sofocarme!

Bern. Un amor honesto y puro
Nada tiene de culpable
Si el objeto lo merece.
Soy indulgente. Es muy fácil
Que yo también me enamore,
Que aun soy de recibo. El martes
Cuarenta años cumpliré.
Si yo me confieso frágil
¿Cuánto mas deberá serlo
Una niña?

Cárm. Tío, un ángel
Aquí le ha traído á usted
Para protegerme. A nadie
Sino á usted revelaría
Mi oculto amor, mis pesares.
Un jóven, no acaudalado
En verdad, pero...

Bern. No pases
Adelante, que ya viene
El preceptor á buscarme.
Hablares mas despacio.

ESCENA IX.

CARMEN, DON BERNARDO, DON ABUNDIO.

Abun. Me envía el señor alcalde...
Bern. Ya sé. Me voy á vestir.
Soy con usted al instante.

(Entra en su cuarto.)

ESCENA X.

CARMEN, DON ABUNDIO.

Abun. Mi sitibunda pasión,

Que al de Tántalo equivale,
Si bien la juzgo, suplicio,
Bendice el grato mensaje
Que ofrecerte me procura
Mis humildes homenajes.
Mis homenajes humildes;
Que no así la que de un áspid,
Egipcia reina, fué presa;
Ni la que en redes de alambre
El unipede Vulcano
Encerró cuando *in fragranti*
En los brazos de Mavorte,
Estando la luna en Aries...

Cárm. Si no me habla usted mas claro.
Excusado es que se canse.
No entiendo esa algarabía.

Abun. Tienes cuarenta quintales
De razon. Una muchacha
Que es bonita como un ángel;
Graciosa como ella sola;
Con unos ojos capaces
De abrasar, no digo á mí
Que soy de hueso y de carne,
Sino al mismo mar Glacial,
No necesita quemarse
Las pestañas estudiando
La prosodia y la sintaxis.
Por tanto en vulgar estilo,
Aunque las musas me arañen,
Digo que por ti me muero;
Y que ni el troyano Paris,
Ni Pirro, ni Marco Antonio...

Cárm. Si usted pretende mofarse
De mí...

Abun. ¿Yo mofarme? Caigan
Sobre mi montes y mares
Si no es cierto...

Cárm. Bien; lo estimo.
Abun. ¿Y no mas? ¡Crudo desaire
Que es mi sentencia de muerte!
¿Y es justo que me desbanque
El imbécil don Esteban?

Cárm. Si en mi voluntad mandase,
Lejos de ser su mujer...

Abun. ¿Qué escucho? ¡Oh Jove! Renace
Mi agonizante esperanza.
¿Es cierto que ese elefante,
Ese ayestruz con patillas
No merece que le ames?
Siendo así, quizá sucumba
Al amor que me inspiraste
Ese corazón de acero.
¡Oh! ¡Plegue á Dios que se ablande!
Y desde el lapón conciso
Hasta la eritrea Gades,
El mas plácido y feliz
Seré yo de los mortales.
No consientas que al altar

Ese mastuerzo te arrastre,
Mas como víctima pingüe
Que como consorte amante.
No tu alabastrina mano
A la de un bruto se enlace.
Dignate aceptar la mía;
Dignate *exaudir* mis ayes;
Que si no puedo ofrecerte
Riquezas y dignidades,
Mi sabiduría inmensa,
Mi facundia inagotable,
Si en obscura no la sume
Tu desden horrible cárcel,
De mi número los prodigios,
De mi vena los raudales...
¿Te ries? ¡Fausto presagio!
¡Ah! Mirame, dulce Cármén,
Extático y genuflexo...

Cárm. ¿Qué hace usted?
Abun. ¡Oh! no te apartes.
Permite que de tus manos
En las ebúrneas falanges
Del venerando himeneo
El ósculo tierno estampe,
Y mi delirio...

(*Le sigue de rodillas, y en esta actitud le sorprende don Esteban, que entra sin quitarse el sombrero, vestido como señorito de lugar, con grandes patillas, y un cigarro en la boca.*)

ESCENA XI.

CARMEN, DON ABUNDIO, DON ESTEBAN

Esteb. ¡Hola! ¡Hola!
¡Estamos lucidos! — Alce
Usted de ahí, domine endeble,
Si no quiere que le arrastre
Por la sala.

(*Le levanta con violencia, asiéndole del cuello.*)

Abun. Poco á poco.
No hay necesidad de ahogarme
Para eso.

Esteb. ¿Sabe usted,
Fiel de fechos vergonzante,
Que yo mando aquí?

Abun. ¿Quién duda...?
Esteb. ¿Si querrá usted disputarme
La novia? ¿Qué hacia usted
Arrodillado delante
De ella?

Abun. Soy flojo de nervios,
Y desde el año del hambre
Flaquean tanto mis piernas

Que no pueden sustentarme
Muchas veces. — Otros hay
Que de cogote se caen;
Pero yo, es maravilloso,
Siempre de rodillas.

Esteb. ¡Diantre!
Pues hágame usted el favor
De no sufrir ese achaque
Delante de mi futura,
O á palos sabré curarle.

Abun. Gracias,
Esteb. ¡Cuidado! — Y usted,
Niña, con ninguno me hable,
O nos oirán los sordos.

Cárm. Ese imponente lenguaje
No le pertenece á usted.
Yo dependo de mi padre
Solamente, y no acostumbro
A sufrir que otro me mande.

Esteb. Usted va á ser mi mujer
Dentro de poco aunque rabie,
¿Entiende usted? y no quiero
Que tolere en adelante
Otro amor que el de su novio;
No porque ese ruin abate,
Figura de friso antiguo,
Sea capaz de inquietarme.

Abun. ¿Qué escucho? ¡O tempora!
¡O mores!

¡Quantum in rebus inane!

Esteb. Pero...

Cárm. Señor don Esteban,
Me es desconocido el arte
De fingir. Si Dios no quiere
Que mis lágrimas alcancen
Piedad de un padre cruel,
Podrá usted vanagloriarse
De ser dueño de mi mano...

Esteb. ¡Oh! Si.

Cárm. Pero, aunque me maten,
Jamás de mi corazón.

Esteb. ¡Eh! todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres mas.

Yo no soy de esos amantes
Débiles que, aunque de injurias
Y de desprecios los hartan,
Adulan á sus queridas.

Las miman y las aplauden,
(*Se pasea sin hacer caso de don Bernardo,
que sale ya vestido y se le queda mi-
rando.*)

ESCENA XII.

CARMEN, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO,
DON BERNARDO.

Esteb. Sí; ¡pues bonito soy yo!

No hay en la provincia un jaque
Que tosa donde yo toso,
¿Y tengo de sujetarme
Al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
¿Qué importa? Yo soy muy hombre;
Y tengo cuarenta pares
De mulas en mi labranza;
Y se pierde en los anales
Mi nobleza; y tengo tres
Capellanías de sangre;
Y muchas prerrogativas;
Y...

Bern. ¿Quién es ese salvaje,
(*Aparte con Cármen.*)

Sobrina?

Cárm. ¿Quién ha de ser?
¡Mi novio!

Esteb. Y á centenares
Tengo yo novias mas ricas,
Y de mas rancio linaje,
Y mas hermosas tambien
Que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir

Que un hombre de mi carácter
Ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
Mi empeño; y me casaré
Aunque se oponga mi madre,
Y usted, y todo el lugar;
Y...

Bern. Eso no será tan fácil
Viviendo yo...

Esteb. Y ha de haber
(*Sin oír á don Bernardo.*)

La de Dios es Cristo si alguien
Lo estorba. ¿Está usted? Que yo
De bien á bien soy un ángel;
Pero de mal á mal no hay
Quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡Y pobre del que yo agarre
Del pescuezo!

(*Lo hace con don Abundio.*)

Abun. ¡Ay! ¡Ay! Si; basta
Que usted lo diga.

Esteb. Es que nadie
Se atreverá...

Abun. Por supuesto.
Todos aman su gaznate
Y...

Esteb. Es mucha fuerza la mía.
Abun. ¿Quién lo duda? Formidable.
Es usted un cananeo;
Es usted un abencerraje;
Un Hércules; un Sanson;
Y no hay en los arenales
Del Africa un dromedario

Que le derrienguen á palos
Al revolver una calle.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
No acabaría la fiesta.
No lo han de contar por gracia
Los mozos de Valdearenas,
Y mas estando por medio
El terrible don Esteban.
Si no fuera por lo mucho
Que ya los años me pesan,
Tratándose de la honra
Del lugar, el tío Lamprea
No estaría entre paredes
Cuando los demás pelean.

(*Mira por la ventana.*)

¡Oh! A qui tenemos al novio
Que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
En qué paró la refriega.

ESCENA II.

DON ESTEBAN, LAMPREA.

Esteb. ¡Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
Por los barrancos abajo
Corren que el diablo los lleva.

Lamp. Me alegro.

Esteb. Porque han tenido
Este año buena cosecha
Nos han quietido afrentar;
Pero no hay miedo que vuelvan
A habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.

Lamp. ¿Y por qué ha sido la riña?

Esteb. Yo te diré. En la taberna
Se juntaron unos cuantos
Con los de acá. Un tal Ortega,
A quien llaman los de allá
Por mal nombre Comadreja,
Con el hijo del herrero,
No sé sobre qué materia,

Que con usted se compare.
Jamás...

Esteb. Dómine de viejo,
Calle usted y no me enfade. —
¿Qué hace usted aqui?

Abun. Yo aguardo

Al señor para llevarle
A la fiesta del lugar
De órden del señor alcalde;
Pero si le estorbo á usted
Le iré á esperar á la calle.

Bern. No hay para qué. Ya nos vamos.
Tú sube á tu cuarto, Cármen;

(*Aparte con Cármen.*)

Que este novio es muy cerril.

Cárm. Tío, no me desampare

Usted...

Bern. Anda; no te apures.

(*Váse Cármen.*)

Oiga usted, señor alarbe,
El de las ochenta mulas,
Si no quiere granjearse
El odio de mi sobrina
Tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
Como usted dice, ni jaque,
Ni perdonavidas; pero
Tengo bastante carácter
Para obligarle á guardar
Mas respeto á estos umbrales,
O de lo contrario hacer
Que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

DON ESTEBAN.

¿Cómo es eso? ¡Oiga usted...! ¡Vaya
Una cara de vinagre!
¡Oh! Y yo le veo resuelto...
A fe de Esteban Oñate
Que me ha cortado el tal tío.
Yo no soy ningun cobarde;
Pero, como no estoy hecho
A que me hable gordo nadie,
Confieso... ¡Eh! nada me importa
Que murmure y amenace.
Don Baltasar me ha elegido
Por yerno; soy el tu aut em
Del pueblo: él es temerario
Y le soplará en la cárcel
Si estorbar quiere la boda;
Y si acaso no lo hace
Por ser un hermano suyo,
Nada me será mas fácil
Que encomendar mi venganza
A cuatro ó cinco jayanas

Que no pueden sustentarme
Muchas veces. — Otros hay
Que de cogote se caen;
Pero yo, es maravilloso,
Siempre de rodillas.

Esteb. ¡Diantre!
Pues hágame usted el favor
De no sufrir ese achaque
Delante de mi futura,
O á palos sabré curarle.

Abun. Gracias,
Esteb. ¡Cuidado! — Y usted,
Niña, con ninguno me hable,
O nos oirán los sordos.

Cárm. Ese imponente lenguaje
No le pertenece á usted.
Yo dependo de mi padre
Solamente, y no acostumbro
A sufrir que otro me mande.

Esteb. Usted va á ser mi mujer
Dentro de poco aunque rabie,
¿Entiende usted? y no quiero
Que tolere en adelante
Otro amor que el de su novio;
No porque ese ruin abate,
Figura de friso antiguo,
Sea capaz de inquietarme.

Abun. ¿Qué escucho? ¡O tempora!
¡O mores!

¡Quantum in rebus inane!

Esteb. Pero...

Cárm. Señor don Esteban,
Me es desconocido el arte
De fingir. Si Dios no quiere
Que mis lágrimas alcancen
Piedad de un padre cruel,
Podrá usted vanagloriarse
De ser dueño de mi mano...

Esteb. ¡Oh! Si.

Cárm. Pero, aunque me maten,
Jamás de mi corazón.

Esteb. ¡Eh! todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres mas.

Yo no soy de esos amantes
Débiles que, aunque de injurias
Y de desprecios los hartan,
Adulan á sus queridas.

Las miman y las aplauden,
(Se pasea sin hacer caso de don Bernardo,
que sale ya vestido y se le queda mi-
rando.)

ESCENA XII.

CARMEN, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO,
DON BERNARDO.

Esteb. Sí; ¡pues bonito soy yo!

No hay en la provincia un jaque
Que tosa donde yo toso,
¿Y tengo de sujetarme
Al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
¿Qué importa? Yo soy muy hombre;
Y tengo cuarenta pares
De mulas en mi labranza;
Y se pierde en los anales
Mi nobleza; y tengo tres
Capellanías de sangre;
Y muchas prerogativas;
Y...

Bern. ¿Quién es ese salvaje,
(Aparte con Cármén.)

Sobrino?

Cárm. ¿Quién ha de ser?
¡Mi novio!

Esteb. Y á centenares
Tengo yo novias mas ricas,
Y de mas rancio linaje,
Y mas hermosas tambien
Que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir

Que un hombre de mi carácter
Ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
Mi empeño; y me casaré
Aunque se oponga mi madre,
Y usted, y todo el lugar;
Y...

Bern. Eso no será tan fácil
Viviendo yo...

Esteb. Y ha de haber
(Sin oír á don Bernardo.)

La de Dios es Cristo si alguien
Lo estorba. ¿Está usted? Que yo
De bien á bien soy un ángel;
Pero de mal á mal no hay
Quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡Y pobre del que yo agarre
Del pescuezo!

(Lo hace con don Abundio.)

Abun. ¡Ay! ¡Ay! Si; basta
Que usted lo diga.

Esteb. Es que nadie
Se atreverá...

Abun. Por supuesto.
Todos aman su gaznate
Y...

Esteb. Es mucha fuerza la mía.

Abun. ¿Quién lo duda? Formidable.

Es usted un cananeo;
Es usted un abencerraje;
Un Hércules; un Sanson;
Y no hay en los arenales
Del Africa un dromedario

Que le derrienguen á palos
Al revolver una calle.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
No acabaría la fiesta.
No lo han de contar por gracia
Los mozos de Valdearenas,
Y mas estando por medio
El terrible don Esteban.
Si no fuera por lo mucho
Que ya los años me pesan,
Tratándose de la honra
Del lugar, el tío Lamprea
No estaría entre paredes
Cuando los demás pelean.

(Mira por la ventana.)

¡Oh! A qui tenemos al novio
Que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
En qué paró la refriega.

ESCENA II.

DON ESTEBAN, LAMPREA.

Esteb. ¡Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
Por los barrancos abajo
Corren que el diablo los lleva.

Lamp. Me alegro.

Esteb. Porque han tenido
Este año buena cosecha
Nos han quietido afrentar;
Pero no hay miedo que vuelvan
A habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.

Lamp. ¿Y por qué ha sido la riña?

Esteb. Yo te diré. En la taberna
Se juntaron unos cuantos
Con los de acá. Un tal Ortega,
A quien llaman los de allá
Por mal nombre Comadreja,
Con el hijo del herrero,
No sé sobre qué materia,

Que con usted se compare.
Jamás...

Esteb. Dómine de viejo,
Calle usted y no me enfade. —
¿Qué hace usted aqui?

Abun. Yo aguardo

Al señor para llevarle
A la fiesta del lugar
De órden del señor alcalde;
Pero si le estorbo á usted
Le iré á esperar á la calle.

Bern. No hay para qué. Ya nos vamos.
Tú sube á tu cuarto, Cármén;

(Aparte con Cármén.)

Que este novio es muy cerril.

Cárm. Tío, no me desampare

Usted...

Bern. Anda; no te apures.

(Vase Cármén.)

Oiga usted, señor alarbe,
El de las ochenta mulas,
Si no quiere granjearse
El odio de mi sobrina
Tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
Como usted dice, ni jaque,
Ni perdonavidas; pero
Tengo bastante carácter
Para obligarle á guardar
Mas respeto á estos umbrales,
O de lo contrario hacer
Que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

DON ESTEBAN.

¿Cómo es eso? ¡Oiga usted...! ¡Vaya

Una cara de vinagre!

¡Oh! Y yo le veo resuelto...

A fe de Esteban Oñate

Que me ha cortado el tal tío.

Yo no soy ningun cobarde;

Pero, como no estoy hecho

A que me hable gordo nadie,

Confieso... ¡Eh! nada me importa

Que murmure y amenace.

Don Baltasar me ha elegido

Por yerno; soy el tu aut em

Del pueblo: él es temerario

Y le soplará en la cárcel

Si estorbar quiere la boda;

Y si acaso no lo hace

Por ser un hermano suyo,

Nada me será mas fácil

Que encomendar mi venganza

A cuatro ó cinco jayanas

Parece ser que ha tenido
Una disputa. Babiaca,
Que me lo vino á contar,
Dice que el de Valdearenas
Es quien tenia razon;
Pero ¿por qué ha de tenerla
Siendo forastero?

Lamp. Ya.

Esteb. Al instante en la contienda
Tomaron parte unos y otros
Como es justo; y si no fuera
Porque pasó por allí

El síndico Juan de Urrea,
No sé en qué hubiera parado.
Los apaciguó; y en prueba
De quererle hacer amigos,
A pesar de su pobreza
Convidaron los de acá
A los de allá por su cuenta.
Los de acá de buena fe
Bebian largo y sin rienda;
Pero los de allá... ¿Me entiendes?

Lamp. Sí; no pierdo ni una letra.

Esteb. Los de allá, haciendo desprecio
De los de acá, y con la idea
De avergonzarlos sin duda,
Bebian poco y con fiema.
Los de acá disimulaban,
Porque tienen mas prudencia
Que los de allá. Llega el caso
De ajustar por fin la cuenta,
Y en pagar por los de acá
Todos los de allá se empeñan.
Este era ya mucho insulto:
Los de acá no lo toleran;
Enarbolan los garrotes
Y anda la marimorena.
Ofendidos los de allá
Quieren hacer resistencia,
Pero los de acá...

ESCENA III.

DON ESTEBAN, LAMPREA,
DON BALTASAR.

Balt. Ya el pueblo
Tranquillo y triunfante queda.
Cuatro de los enemigos
Menos ágiles de piernas
Han caído en mi poder,
Y ya en la cárcel se hospedan:
Por señas que el uno de ellos
Tiene abierta la cabeza.
Los demás huyeron todos.

Esteb. Y si no, que se estuvieran
Por acá; que yo les juro...

Balt. Los prisioneros de guerra,
Si no pagan una multa
Para reparar la iglesia,
Calabozo y grillos tienen
Lo menos hasta cuaresma.
Debia estar ya empezada
La sumaria; mas no encuentran
En todo el lugar al bueno
De don Abundio.

Esteb. ¡Si! Apenas

Olió el peligro, escapó
Mas ligero que un cometa,
Y puede que de correr
No haya parado á esta fecha.

Balt. ¡Pobre dómine!

Esteb. Estos sabios

Me estomagan, me revientan.
Siempre hablando del desprecio
De la vida, y cuando llega
La ocasion de aventurarla
Consultan á la prudencia.

Y dale con la virtud;

Y vuelta con la grandeza

De alma; y la filosofía;

Y la farmacia; y las..., esas

Palabrotas que ellos dicen;

Mas nunca hacen cosa buena.

Balt. No: todos no están cortados

Por una misma tijera;

Y, aunque rara vez del docto

La extravagancia se aleja,

Siempre es útil...

Esteb. ¿Qué ha de ser?

Lo cierto es que los desprecia

Todo el mundo; y casi siempre

Andan á sombra de teja;

Y nunca tienen salud,

Ni proteccion, ni pesetas.

Vea usted si yo estoy gordo;

Y todo el mundo me obsequia;

Y siempre alegre y de broma.

¿Qué falta me hacen las letras?

Maldita. — Esto no es decir

Que por un bruto me tenga.

Yo sé leer de corrido;

Escribir; las cuatro reglas

De cuentas; y todo el *Fleury*;

Y he leído las novelas

De *doña Maria Zayas*;

Y el *Bertoldo*; y la *Floresta*

Española; y el *Lunario*

Perpetuo; y muchas comedias

De esas que todas principian

Con; *Arma!* ¡*Arma!* ¡*Guerra!* ¡*Guerra!*

Y aquí donde usted me ve

Ya sé tañer la vihuela

Con mas primor veinte veces

Que el barbero que me enseña.

Lamp. Y sobre todo el fandango
Y la jota aragonesa.

Esteb. Y hago siempre de *traidor*

En las comedias caseras;

Y la aldea se alborota

Cuando canto la rondeña;

Y tengo yo cierta gracia

Natural, cierta agudeza...

¿No es verdad?

Balt. Sí.

Esteb. Y en fin tengo

Diez mil ducados de renta.—

Mas con tantas campanillas,

Tanto aquel, tantas riquezas;...

Escandalicese usted;

No falta quien me desprecia.

Balt. ¿Quién se atreve á despreciar

Al inclito don Estoban?

Nombre usted al temerario:

Haré que en la cárcel duerma.

O soy alcalde, ó no soy.

Esteb. Pues venga usted mis ofensas.

Su hija de usted no me quiere

Por marido.

Balt. ¿Se chancea

Usted?

Esteb. ¿Qué he de chancearme?

Con la mayor desvergüenza

Me lo ha dicho.

Balt. No hay envidia.

Yo la haré entrar por vereda.

Esteb. ¡Eh! yo en parte la disculpo;

Que al fin es una tontuela,

Y no sabe cuánto vale

Un marido de mis prendas.

Balt. Pero, es posible...

Esteb. A quien yo

Tengo tirria no es á ella,

Sino á su hermano de usted

Porque ha dado en protegerla.

Balt. ¿Mi hermano? ¿Quién le ha man-

dado

Que en mis asuntos se meta?

Le diré cuántas son cinco;

Que á mí nadie me gobierna.

¡Pues no faltaba otra cosa!

Y en cuanto á *Cármen*... — Lamprea,

Que baje aquí...

ESCENA IV.

DON ESTEBAN, DON BALTASAR,
LAMPREA, DON BERNARDO.

Bern. Te has lucido,
Baltasar. No lo creyera
A no haberlo visto. ¿Así

El empleo desempeñas
De alcalde? A los forasteros

¿Así acojes en tu aldea?

Balt. ¡Estamos frescos! ¿Es cosa

De que tú me reconvengas?

Bern. Que hiciera esos desatinos

Un alcalde de montera.

Pase; pero ¡tú! ¡Estar viendo

Que sin razon apalean

A los pobres aldeanos

Que vienen á honrar la fiesta,

Y perseguirlos, en vez

De castigar la insolencia

De tus convecinos! Vaya;

O has perdido la chaveta,

O la vara que te han dado

Deshonrada está en tu diestra.

Balt. Yo de mis operaciones

No tengo que darte cuenta,

Y si hemos de estar en paz

Modera un poco tu lengua.

Bern. Modera el orgullo tú,

Y no con tal impudencia

De la autoridad abusos.

Balt. Pero ¿á qué tanta pamema?

¿Qué ha habido para que así

Te alborotes?

Bern. ¡Friolera!

Por pagar ó no pagar

El gasto de la taberna

¡Andar á palos dos pueblos!

Balt. ¡Tóma! ¿Y qué funcion de aldea

No se acaba agarrotazos?

Aquí ya nadie se altera

Por semejante bicoca.

El año que no hay penencia,

Que sucede rara vez,

¡Es tan insulsa la fiesta!

Gracias que no ha habido muertes

Como en julio por la feria.—

Estos hombres de la corte,

Tanto como cacarean,

Parece que no han vivido

Entre gentes.

Bern. No hay paciencia

Para tal barbaridad.

Después que los atropellan

Sin motivo, á los que prendes

En una cárcel encierras.

¿Qué horror! Las pobres familias

Que con sus brazos sustentan,

Porque tú eres testarudo

¿Será justo que perezcan?

Balt. Pues bien; que paguen la multa

Y se vayan á su tierra.

Bern. Si en eso solo consiste,

Yo la pago. Libres sean.

Balt. Ya que eres tan generoso,

Págala tú en hora buena.
Después iré yo á mandar
Que los suelten. Me interesa
Zanjar primero otro asunto
Que me toca mas de cerca.
Anda: di á Cármen que baje

(A Lamprea.)

Al instante.

Lamp. (Ahora es ella.)

ESCENA V.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
DON ESTEBAN.

Balt. Ya te dije esta mañana
Que he resuelto establecerla
Con un jóven del lugar,
Que á su gallarda presencia
Une ilustre nacimiento,
Gracia, talento y riquezas.

Esteb. El señor me hace justicia.

Balt. Parece que tú aconsejas
A Cármen que se desvie
De la voluntad paterna,
Y eso es una iniquidad.

Bern. Iniquidad mas horrenda
Es obligarla á una boda
Que su corazon detesta,
Y que pudiera tener
Muy fatales consecuencias.
¿Por qué, en vez de consultar
El interés que te ciega,
No consultastes de tu hija
El gusto y la conveniencia
Antes de ofrecer su mano
A quien es indigno de ella?

Esteb. ¿Indigno yo...? ¿Estamos bien!
¿Pues no ha dado en mala tema
El hombre! ¿Me meto yo
Con usted para que venga
A insultarme? Pues si á mí
Se me atufa la mollera...

Bern. Hará usted probablemente
Lo que hizo Cascaciruelas.
Un dómine hambriento, un pobre
Sumergido en la miseria,
A quien puede usted privar
Del jornal que le alimenta,
No es mucho que se acoquinen
Cuando usted jura y gallea,
Señor maton; pero yo,
Gracias á la Providencia,
Ni necesito de usted,
Ni le temo.

Balt. Don Esteban,
Aquí solo mando yo,

Poco importa que él se meta
En camisa de onze varas
Si usted con mi apoyo cuenta.
La chica se casará...
¡Oh! Aquí viene.

ESCENA VI.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
DON ESTEBAN, CARMEN.

Bern. Ten firmeza.
(Aparte con Cármen.)

No des tú consentimiento.
Yo tomaré tu defensa.

Cárm. No sé si tendré valor...
Balt. ¿Qué le dices á la oreja?

Ya lo comprendo. La animas
A faltarme á la obediencia.
Será en vano.—Ven acá.

¿Presumes que haya en la tierra
Quien te ame como tu padre?

Cárm. Yo... no, señor.

Balt. ¿Por qué tiemblas?

Cárm. (¡Triste de mí!)

Balt. ¿Qué otro afán

Día y noche me desvela
Sino asegurar tu dicha?

Cárm. Es justo que así lo crea.

Balt. Los buenos hijos á un padre
Profundamente respetan;
No examinan sus preceptos
Y le obedecen á ciegas.

Bern. No, señor; que puede haber
Excepciones en la regla.
Tampoco es razon que un padre
En tirano se convierta;
Y cuando...

Balt. ¿Quiéres callar?

Esteb. ¿No ve usted yo con qué flema
Me estoy y espero tranquilo
A que dicten mi sentencia?
Y eso que, hablando en verdad,
Ya estoy cargado de esteras,
Porque á un hombre como yo
No es razon se le entretenga
Tanto tiempo; que mas hago
En casarme yo con ella
Que ella... ¿Está usted? Porque al fin
Hay alguna diferencia
De casa á casa; y quizá
Cuando mi padre lo sepa...
Porque... como dijo el otro...

Bern. ¡Vaya unas explicaderas!
Vamos, prosigue. (Mal fin
Va á tener esta contienda.)

Balt. Yo no te mando arrojarte

En un pozo de cabeza.
Te mando tomar marido:
Y son pocas las doncellas
En el dia que hacen ascos
A una ley tan lisonjera.

Cárm. Yo no me opongo á casarme;
Pero en una edad tan tierna...
Ya ve usted; diez y siete años
Cumpli por la primavera.

Balt. Edad mas que suficiente

Para que pagues tu deuda
A la patria; que no es cosa
De jugar á las muñecas
La que ya puede ser madre.

Esteb. Ya se ve; y usted es muy bestia...

Balt. ¡Cómo!

Esteb. No hablo con usted. —

Si quiere estarse soltera
Teniendo un novio de á folio
Ahora que tanto escasean.

Balt. Don Esteban hace dias

Que ser tu esposo desea.

El ya te lo habrá insinuado.

Esteb. ¿Qué! ¿me muerdo yo la lengua?

Se lo he dicho veinte veces.

Primero haciéndole señas;

En seguida de palabra;

Y despues con una esquila;

Y con la guitarra luego;

Que ha sido mucha fineza

Estar me desgañitando

Tantas noches en su reja.

Balt. Me pidió tu mano en fin.

Yo, viendo entrar por mis puertas

Tanto bien, y como nunca

Me ha pasado por idea

Que á lo que mande tu padre

Capaz de oponerte seas,

Sin decirte nada vine

En aceptar sus ofertas.

Bern. Mal hecho. Eso no es casarla:

Eso es...

Balt. ¿Qué? Vamos.

Bern. Venderla.

Pero me han de hacer pedazos

Primero que lo consienta.

Balt. Hombre, no nos interrumpas.

Deja que responda ella. —

Cármen, ya te has enterado

De mi voluntad suprema;

Y no la revocaré

Si todo el mundo se empeña.

Ahora hálame sin rodeos.

Vaya; ¿el casamiento aceptas,

O no? No digas despues

Que te he casado por fuerza.

Bern. ¿Qué ha de decir la infeliz

Despues que tú...?

Balt. ¿Qué molestia!

¿No la dejarás hablar? —
Vamos, hija; con franqueza.

El esposo que te ofrezco
¿Es de tu gusto? En la tierra
No hay un mozo tan bizarro
Ni que mejor te merezca.
El te ama...

Cárm. Será verdad;

Pero ¿dónde está la prueba?

Ha usado siempre conmigo

De expresiones tan groseras,

Y tiene un modo tan tosco

De enamorar...

Balt. Bagatela.

Se conoce que en amor

Tienes muy poca experiencia;

De lo que me alegro mucho.

Así tú llamas rudeza

A la amable sencillez,

Y al donaire desvergüenza.

Esteb. Y en fin, en esto de amores

Cada uno tiene su escuela.

¿No es cierto, don Baltasar?

Si otros títeres babean,

Ya le he dicho á mi futura

Que esto para mí no es regla.

Yo no sufro que mis novias

Por su juguete me tengan,

Y á las primeras de cambio

Les acuso las cuarenta.

Balt. Con que vamos; yo supongo

Que amarás á don Esteban...

Cárm. ¡Señor!...

Esteb. Si es cierto que me ama,

Lo disimula.

Cárm. Quisiera

Poder complacer á usted

Y á mi padre; pero es fuerza

Hablar claro y sin rodeos,

Puesto que así me lo ordenan.

Bern. ¡Buen ánimo! Así va bien.

(En voz baja.)

Cárm. Jóvenes hay en la Sierra

Que pudiera hacer felices

El señor con sus riquezas.

Mi padre lo pasa bien,

Y soy única heredera.

Así no debo esperar,

Si mi vida le interesa,

Que me sacrifique...

Balt. ¿Cómo!...

¡Qué avilantez! ¡Qué soberbia!

Con que ¿es decir...?

Bern. Es decir

Que ya puede don Esteban

Buscar novia en otra parte.

Balt. ¿Contra un padre te rebelas?

¡Vive Dios, ingrata!...

Esteb. ¡Duro!

Bern. Perdónala. Ten prudencia.

Balt. No sé cómo no te mato.

Cárm. ¡Padre!

Balt. Jamás en tu lengua

Vuelva á sonar ese nombre.

Cárm. ¡Ah!

Balt. Yo haré que te arrepientas

De tu osadía. ¡Dejar me

A mi feo una muñeca!

¡Desvelarme por tu bien,

Y darme esta recompensa!

Cárm. Yo...

Balt. Quitate de mi vista,

Que la cólera me ciega. —

Ven acá. *(La coje de la mano.)*

Esteb. Una buena zurra

Le daría yo por necia.

¡Dar calabazas á un hombre

Como yo!

Bern. ¡Firme! No temas

(A Cármen en voz baja.)

Balt. Elige: ó darle tu mano,

O podrirte en una celda.

Cárm. ¡Señor...

Balt. No me irrites mas.

¿Quieres con la inobediencia

Labrar tu desdicha? ¿Quieres

Que te abandone y te pierda?

¿Quieres arrostrar el peso

De mi maldición eterna?

Cárm. ¡Ah! no, no. Me casaré

Aunque desolada muera.

Obedeceré á mi padre.

Bern. ¿Qué escucho! ¡Tanta flaqueza! —

Mujer al fin.

Esteb. He vencido.

Balt. ¡Hija mía! ¡Dulce prenda!

Ven á mis brazos. Tu edad

Al error está sujeta;

Bien lo sé; pero por fin

Te veo entrar en la senda

Del deber. — Vamos; no llores,

(Le enjuga las lágrimas.)

Que ya mi ojo se temple.

¡Pobrecilla! Un tío injusto

Te infundió malas ideas...

Vaya; ¡no faltaba mas!

Ahora que se presenta

Tan buen partido; ¡quedarte

Por darle gusto soltera!

Bern. Muy pronto cantas victoria.

Si en oprimirla te empeñas,

Las leyes la ampararán.

Yo las reclamo por ella.

Supone muy poco un sí

Arrancado con violencia.

Si ella por temor sucumbe,

Yo la salvaré por fuerza.

Balt. ¿Cómo?...

ESCENA VII.

CARMEN, DON BERNARDO, DON
BALTASAR, DON ESTEBAN, DON
ABUNDIO.

Abun. Cual otro Mercurio,

Si es lícito que me atreva

A similitud tan alta...

Balt. ¿Viene usted con esa flemma

Al cabo de tanto tiempo?

Abun. Esa canalla extranjera

A la que ya es para mí,

Pues me mantiene y alberga,

Nueva dulcisima patria

Con súbita infanda guerra

Pagó la hospitalidad.

No con apatía yerta

El riesgo de mis penates

Debi mirar; que tal mengua

De un alma grande es indigna.

Así en la feral contienda

Que hará inmortal nuestra gloria

No ha sido imbele mi diestra.

Esteb. Miente el señor don Abundio.

Abun. ¿Yo mentir? ¡Horrída afrenta!

Si al furor que me devora

Soltar osara la rienda...

Pero yo soy generoso

Y perdono tanta ofensa;

Que si el furor tiene altares,

Aun tiene mas la paciencia.

Esteb. Si apenas se armó la zambra

Cuando tomó usted soleta,

¿Como...?

Abun. Y por ventura ¿solo

Con garrotes se pelea?

¿No es la pluma en este siglo

Veinte veces mas sangrienta?

Yo me retiré, es verdad;

Mas fué á estudiar una arenga

Para animar á la pugna

A esa multitud guerrera.

¡Qué de batallas ganó

De un general la elocuencia!

¡Ah! ¿Por qué sin escuchar me

Finásteis la lid horrenda?

Pero en esta sala al menos,

Ya que no fué en la palestra,

Voy á leer el aborto

De mi patriótica vena.

*(Saca un pliego de papel escrito por las
cuatro caras.)*

« No de otra suerte, intrépidos guerreros,

Que en el de las Termópilas barranco

Del que azotara el Ponto las falanges

Trescientos esparciatas humillaron;

O cual allá en los campos de Farsalia;

O cual allá en los mares de Lepanto;

O cual allá en el laso Trasimeno;

O cual allá en los muros de Cartago;

O cual allá en Clavijo do el Apóstol

Seiscientos mil mató mahometanos;

O cual allá... »

Balt. Basta, basta;

Que ahora tengo mucha prisa.

Otra vez escucharemos

Esa magnífica arenga.

Abun. Cuando usted la oiga verá

¡Qué nervio, qué efervescencia!

Bern. (Vamos, ya está visto: todos

Son locos en esta aldea.)

Balt. Secretarj, venga usted

Conmigo, que hay diligencias

Que practicar, y es forzoso

Volver á entablar la fiesta.

Esteb. Y tenga usted entendido,

Señor maestro de escuela,

Que aquí persuade un garrote

Mas que toda su elocuencia.

Abun. Quedo enterado.

Balt. Yo como

Con el señor don Esteban

En casa de un regidor.

No me esperéis. — Adios, perla.

(A Cármen acariciándola.)

— Y tú no me la seduzcas,

Que te saldrá mal la enenda. *(Vase.)*

Esteb. Que ustedes lo pasen bien.

Pronto daremos la vuelta. *(Vase.)*

Abun. ¡Ay, cuál me tienen tus ojos!

(Al salir, mirando á Cármen.)

¡Oh amor! ¡Oh pectora cæca!

¡Oh inopia! ¡Oh magnum Jovis

Incrementum! ¡O hijas de Eva!

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, CARMEN.

Bern. Al fin se marcharon. Ya

Me faltaba la paciencia.

Cárm. ¿Qué desventurada soy!

Bern. No tanto como tú piensas.

Aterrada has consentido

En esa boda funesta:

No importa. Procura ahora

Sacar fuerzas de flaqueza.

Disimula tus pesares;

Finge que estás muy contenta;

Canta, rie, y deja obrar

A tu tío.

Cárm. La dureza,

Las terribles amenazas

De mi padre...

Bern. Bagatela.

Deja que amenace y jure;

Que voces de asno no llegan

Al cielo. — Ea, ten valor.

Inútil es que yo emprenda

Tu salvacion, si después

En la estacada me dejas. —

Recuerdo que esta mañana

Me dijiste que te obsequia

Otro jóven...

Cárm. Sí, señor;

Y lo que mas me atormenta

Es el pesar que tendrá

Cuando en los brazos me vea

De su rival...

Bern. No me aturdas

Con lamentos de novela.

Vamos al caso. Una vez

Que tú le amas tan de veras,

Será un muchacho juicioso

Y de las mejores prendas.

Su familia será honrada...

Cárm. Eso sí; es de las primeras

Del país; pero...

Bern. ¿Qué?

Cárm. Goza

De muy limitadas rentas.

Bern. Eso no le hace. — Y tu padre

¿Sabe algo?

Cárm. ¡Ah! Si lo supiera,

¡Pobre de mí! Tiene horror

A toda la parentela

Porque le han ganado un pleito.

Bern. ¿Y ha sido de consecuencia?

Cárm. ¡Qué! Puede que su valor

A cien ducados no ascienda.

Bern. ¡Vil avaro! (Ya está visto.

No encuentro yo aquí la piedra

Filosofal.) Di: tu amante

Seguirá alguna carrera...

Cárm. Si, señor.

Bern. ¿La medicina?

¡Gran profesion! Haya guerras

O paces nunca perecen

Les médicos. A mil quiebras

Todos vivimos sujetos;

Pero el ramo de postemas,

Cólicos y tabardillos

En todo tiempo prospera.

Cárm. No sigue esa profesion,

Aunque mucho la respeta;

Y es muy humano mi novio,

Aunque lo diga yo mesma,
Para desear que Dios
Nos envíe una epidemia.

Bern. Pero en fin, ¿qué estudia?
¿Leyes?

Cárm. Sí, señor; y ya estuviera
Recibido de abogado;
Mas no puede hasta que tenga
Veinte y cinco años, y cumple
Veinte y dos por la cuaresma.

Bern. ¡Calla! ¿Si será...? ¿Su nombre?

Cárm. Don Felipe de Villegas.

Bern. El mismo. Bien parecido,

Su tez un poco trigueña,
Pero sonrosada y fina;
Buen talle, gentil presencia,
Hermosa cara, ojos negros,
Y así... un aire de modestia
Y de probidad...

Cárm. Convienen
Perfectamente las señas.

Bern. Con que ¿no es exagerado
El retrato? ¡Ah picarón!

Cárm. ¡Cuidado que usted también...!
No puede una ser ingenua.

Bern. Poco hace le he visto en casa
Del médico. Su tristeza
Llamó mi atención. — Supongo
Que ya la causa penetras. —
¡El pobre muchacho! Yo
No cometí la imprudencia
De preguntársela. Hablamos
De diferentes materias.
Y de instrucción no vulgar
Me dió repetidas pruebas. —
Vamos; será mi sobrino. —
Cuando salió de la iglesia
Hablé al cura en tu favor;
Y no dudo que intervenga...

ESCENA IX.

DON BERNARDO, CARMEN, DOÑA
MATEA.

Mat. ¿Dónde está, dónde está el hijo
(*Entra vestida como se usaba hace cien
años y hecha una furia.*)

De mis entrañas? Mi Esteban,
¡La gloria de la provincia!

Bern. ¿Qué embajada será esta?

Mat. ¿Embajada? usted verá
La embajada que le espera.
¡Picarones! ¡Seductores!
¿Se ha visto maldad mas negra?
Abusar de su candor;
Burlarse de su inocencia,

¡Infames! para caserle
¿Con quién? Con una cualquiera.

Bern. Oiga usted...

Mat. No quiero oír.

Si esa boda se celebra,
Tengo de dejar memoria
De mi venganza sangrienta.

Cárm. Pero, señora...

Mat. ¡Oh! tú eres

La encantadora sirena
Que me le tiene hechizado.

¡Miren la gatita muerta!

¡Miren cómo sabe hacer

Su negocio! Y ¡qué! ¿tú piensas

Pescarlo para marido?

Primero aspada me vea.

Cárm. Al contrario; yo...

Mat. La casa

De los Oñates, y Heredias,

Y Pimenteles, y Osorios,

Y Castros, y Mendinuetas,

Y Ganboas ¿con un *quidam*

Se ha de unir, que no se acuerda

Nadie de quién fué su abuelo?

Es una infamia, una afrenta

Que no la consentirá

La ilustre doña Matea.

Cárm. ¡Qué mujer! Pero si yo...

Mat. ¿Qué valen las cuatro cepas,

Y el olivar, y el molino,

Y las tísicas ovejas

De tu avaricioso padre?

Todo es eso hambre, miseria.

¿Quereis sacar la barriga

De mal año con mis rentas?

¿Quereis...?

Cárm. ¡Por Dios, oiga usted!

Mat. ¡Hipócrita! ¡Zalamera!

¿Tú aspiras al alto honor

De tenerme á mi por suegra?

Si al momento no desistes

De tan temeraria idea,

Te pondré donde mereces.

Cárm. ¿Se ha visto igual insolencia?

¿A mí usted...?

Bern. Vete de aquí;

Porque esta mujer chochea.

Cárm. Mejor es; que ya estoy harta

De oír sus impertinencias.

ESCENA X.

DON BERNARDO, DOÑA MATEA.

Mat. ¡Cómo! Ella es la impertinente,
Y atrevida, y mala hembra,
Y...

Bern. Señora, tenga usted
Un poco mas de prudencia.
La habrán informado mal
Sin duda. Cuando usted sepa...

Mat. Todo lo sé; si, señor.

Y conmigo no se juega.

¿Está usted? — Don Baltasar

¿Qué hace que no se presenta?

Bern. Salíó hace poco con su hijo

De usted á unas diligencias...

Mat. ¡Pues! Serán las de la boda.

Bern. Tal vez.

Mat. ¿Y con esa flema

Lo dice usted? No lo extraño,

Porque usted también husmea

La sopa boba.

Bern. ¿Yo?

Mat. Usted;

Pero es en vano. Aunque venda

La camisa...

Bern. ¡Si yo soy

El que...!

Mat. Pues; el que desea

La perdición de su hermano;

El que á la niña aconseja

Pensamientos tan altivos;

El que engatusa á mi Esteban;

El que...

Bern. Si usted me dejase

Explicarme...

Mat. El que se mezcla

En lo que no le compete.

Bern. No hay tal cosa. Yo quisiera...

Mat. Mas yo escribiré á mi tío

El conde de la Verbena...

Bern. Que Cármén fuese feliz.

No es posible que lo sea...

Mat. Y á mi cuñado el virey;

Y á mi prima la abadesa...

Bern. Con su hijo de usted. ¿Qué

vale

Su decantada opulencia...?

Mat. Y al embajador de Prusia;

Y al gobernador de Ceuta...

Bern. Cuando el corazón... (No

me oye.)

¡Señora! — ¡Maldita seas!

Mat. Y al intendente de Murcia;

Y al cabildo de Sigüenza.

Bern. ¿Es usted mujer ó sierpe?

(¿Dónde estoy?) Con una recua

De demonios, ¿quiere usted

Oírme?

Mat. ¡Raza perversa!

¡Canalla!

Bern. (Si no la dejo

Voy á perder la cabeza.

Sudo como un galeote.)

Mat. ¿No lo dije? La jaqueca.

(*Abanicándose muy aprisa.*)

Bern. ¡Que gente, Dios mio! En hora
Menguada vine á la Sierra.

ESCENA XI.

DOÑA MATEA.

¡Oiga usted!... ¡Gente ordinaria!
¡Gente incivil y grosera!
¿Y se han de burlar de mí?
¡Uf! La cólera me ciega.
Hasta encontrar al alcade
Correré toda la aldea;
Y donde quiera que esté
Le he de arracar las orejas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN.

(*Está anochejiendo.*)

¡Qué crítica, qué terrible
Es mi situación! Si acepto
Por esposo á don Esteban,
Mi triste fin acelero:
Si le rehuso, á mi padre
Clavo un puñal en el seno. —
¿Qué haré? — Dejemos obrar
A mi tío. Por su medio
Quizá lograré la dicha
De obtener mas grato dueño. —
La imprevista circunstancia
De oponerse al casamiento
Doña Matea pudiera
Favorecer mis deseos
Y... ¿Quién entra?

ESCENA II.

CARMEN, DON FELIPE.

Fel. No te asustes:
Yo soy.

Cárm. ¡Felipe! — ¡Oh cielo!

¿Cómo te atreves á entrar
Aquí? ¿No sabes el riesgo...?

(*Hablan los dos á un tiempo y muy acalorados.*)

Aunque lo diga yo mesma,
Para desear que Dios
Nos envíe una epidemia.

Bern. Pero en fin, ¿qué estudia?
¿Leyes?

Cárm. Sí, señor; y ya estuviera
Recibido de abogado;
Mas no puede hasta que tenga
Veinte y cinco años, y cumple
Veinte y dos por la cuaresma.

Bern. ¡Calla! ¿Si será...? ¿Su nombre?

Cárm. Don Felipe de Villegas.

Bern. El mismo. Bien parecido,

Su tez un poco trigueña,
Pero sonrosada y fina;
Buen talle, gentil presencia,
Hermosa cara, ojos negros,
Y así... un aire de modestia
Y de probidad...

Cárm. Convienen
Perfectamente las señas.

Bern. Con que ¿no es exagerado
El retrato? ¡Ah picaruela!

Cárm. ¡Cuidado que usted también...!
No puede una ser ingenua.

Bern. Poco hace le he visto en casa
Del médico. Su tristeza
Llamó mi atención. — Supongo
Que ya la causa penetras. —
¡El pobre muchacho! Yo
No cometí la imprudencia
De preguntársela. Hablamos
De diferentes materias.
Y de instrucción no vulgar
Me dió repetidas pruebas. —
Vamos; será mi sobrino. —
Cuando salió de la iglesia
Hablé al cura en tu favor;
Y no dudo que intervenga...

ESCENA IX.

DON BERNARDO, CARMEN, DOÑA
MATEA.

Mat. ¿Dónde está, dónde está el hijo
(*Entra vestida como se usaba hace cien
años y hecha una furia.*)

De mis entrañas? Mi Esteban,
¡La gloria de la provincia!

Bern. ¿Qué embajada será esta?

Mat. ¿Embajada? usted verá
La embajada que le espera.
¡Picarones! ¡Seductores!
¿Se ha visto maldad mas negra?
Abusar de su candor;
Burlarse de su inocencia,

¡Infames! para caserle
¿Con quién? Con una cualquiera.

Bern. Oiga usted...

Mat. No quiero oír.

Si esa boda se celebra,
Tengo de dejar memoria
De mi venganza sangrienta.

Cárm. Pero, señora...

Mat. ¡Oh! tú eres

La encantadora sirena
Que me le tiene hechizado.

¡Miren la gatita muerta!

¡Miren cómo sabe hacer

Su negocio! Y ¡qué! ¿tú piensas

Pescarlo para marido?

Primero aspada me vea.

Cárm. Al contrario; yo...

Mat. La casa

De los Oñates, y Heredias,

Y Pimenteles, y Osorios,

Y Castros, y Mendinuetas,

Y Ganboas ¿con un *quidam*

Se ha de unir, que no se acuerda

Nadie de quién fué su abuelo?

Es una infamia, una afrenta

Que no la consentirá

La ilustre doña Matea.

Cárm. ¡Qué mujer! Pero si yo...

Mat. ¿Qué valen las cuatro cepas,

Y el olivar, y el molino,

Y las tísicas ovejas

De tu avaricioso padre?

Todo es eso hambre, miseria.

¿Quereis sacar la barriga

De mal año con mis rentas?

¿Quereis...?

Cárm. ¡Por Dios, oiga usted!

Mat. ¡Hipócrita! ¡Zalamera!

¿Tú aspiras al alto honor

De tenerme á mi por suegra?

Si al momento no desistes

De tan temeraria idea,

Te pondré donde mereces.

Cárm. ¿Se ha visto igual insolencia?

¿A mí usted...?

Bern. Vete de aquí;

Porque esta mujer chochea.

Cárm. Mejor es; que ya estoy harta

De oír sus impertinencias.

ESCENA X.

DON BERNARDO, DOÑA MATEA.

Mat. ¡Cómo! Ella es la impertinente,
Y atrevida, y mala hembra,
Y...

Bern. Señora, tenga usted
Un poco mas de prudencia.
La habrán informado mal
Sin duda. Cuando usted sepa...

Mat. Todo lo sé; si, señor.

Y conmigo no se juega.

¿Está usted? — Don Baftasar

¿Qué hace que no se presenta?

Bern. Salíó hace poco con su hijo

De usted á unas diligencias...

Mat. ¡Pues! Serán las de la boda.

Bern. Tal vez.

Mat. ¿Y con esa flema

Lo dice usted? No lo extraño,

Porque usted también husmea

La sopa boba.

Bern. ¿Yo?

Mat. Usted;

Pero es en vano. Aunque venda

La camisa...

Bern. ¡Si yo soy

El que...!

Mat. Pues; el que desea

La perdición de su hermano;

El que á la niña aconseja

Pensamientos tan altivos;

El que engatusa á mi Esteban;

El que...

Bern. Si usted me dejase

Explicarme...

Mat. El que se mezcla

En lo que no le compete.

Bern. No hay tal cosa. Yo quisiera...

Mat. Mas yo escribiré á mi tío

El conde de la Verbena...

Bern. Que Cármén fuese feliz.

No es posible que lo sea...

Mat. Y á mi cuñado el virey;

Y á mi prima la abadesa...

Bern. Con su hijo de usted. ¿Qué

vale

Su decantada opulencia...?

Mat. Y al embajador de Prusia;

Y al gobernador de Ceuta...

Bern. Cuando el corazón... (No

me oye.)

¡Señora! — ¡Maldita seas!

Mat. Y al intendente de Murcia;

Y al cabildo de Sigüenza.

Bern. ¿Es usted mujer ó sierpe?

(¿Dónde estoy?) Con una recua

De demonios, ¿quiere usted

Oírme?

Mat. ¡Raza perversa!

¡Canalla!

Bern. (Si no la dejo

Voy á perder la cabeza.

Sudo como un galeote.)

Mat. ¿No lo dije? La jaqueca.

(*Abanicándose muy aprisa.*)

Bern. ¡Que gente, Dios mio! En hora
Menguada vine á la Sierra.

ESCENA XI.

DOÑA MATEA.

¡Oiga usted!... ¡Gente ordinaria!
¡Gente incivil y grosera!
¿Y se han de burlar de mí?
¡Uf! La cólera me ciega.
Hasta encontrar al alcade
Correré toda la aldea;
Y donde quiera que esté
Le he de arracar las orejas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN.

(*Está anochejiendo.*)

¡Qué crítica, qué terrible
Es mi situación! Si acepto
Por esposo á don Esteban,
Mi triste fin acelero:
Si le rehuso, á mi padre
Clavo un puñal en el seno. —
¿Qué haré? — Dejemos obrar
A mi tío. Por su medio
Quizá lograré la dicha
De obtener mas grato dueño. —
La imprevista circunstancia
De oponerse al casamiento
Doña Matea pudiera
Favorecer mis deseos
Y... ¿Quién entra?

ESCENA II.

CARMEN, DON FELIPE.

Fel. No te asustes:
Yo soy.

Cárm. ¡Felipe! — ¡Oh cielo!

¿Cómo te atreves á entrar

Aquí? ¿No sabes el riesgo...?

(*Hablan los dos á un tiempo y muy acalorados.*)

Fel. No estando en casa tu padre
¿Qué temes?

Cárm. ¡Ah! Pero el viejo
Lamprea...

Fel. Estamos seguros.

Anda por los aposentos.
De arriba. Acabo de verle
Desde el balcon de don Pedro.

Cárm. No importa. Vete por Dios:
No me pierdas.

Fel. Un momento...
Cárm. No, Felipe. ¡Ah! Si supieras...

Fel. Lo sé todo; y, satisfecho
De tu cariño, no pienses
Que airado y zeloso vengo
A hacerte reconvenções
Injustas. Mi único objeto...

(*Tose dentro Lamprea.*)

Cárm. ¡Ay de mí! Ya baja. Le oigo
Toser. — Vete: aun será tiempo. —
(*Mira adentro.*)

No: ya está aquí. — En ese cuarto...

Fel. ¡Maldito sea...!
Cárm. Entra presto.
(*Entra don Felipe en el cuarto de don
Bernardo.*)

ESCENA III.

CARMEN, LAMPREA.

(*Lamprea trae un velon encendido, y lo
coloca sobre la mesa.*)

Lamp. Bendito sea por siempre
Y alabado... (*Tose.*) ¡Qué tormento
De tos! Un día me ahoga.
¡Triste pensión de los viejos!
Lo mismo es anocheecer
Que así... (*Tose.*) á manera de muermo...
¿Qué hace usted aquí, señorita,
Tan sola?

Cárm. Corre mas fresco
Que arriba.

Lamp. Si quiere usted
Compañía...

Cárm. Lo agradezco.
(No se marchará. ¡Qué pelma!
Estoy en brasas.)

Lamp. ¿Y es cierto
Que se casa usted muy pronto?

Cárm. No sé.

Lamp. Yo en parte lo siento; (*Tose.*)
Porque se irá usted de casa,
Y... ¡Pero qué buen sugeto
Es el señor don Esteban!
Bella estampa; muy buen genio;

Caapechano si los hay,
Y hombre de mucho dinero.
Cárm. Es verdad; pero si tienes
Que hacer allá arriba...

Lamp. Creo
Que está usted de mal humor (*Tose.*)
Y es cosa rara por cierto
En visperas de casarse.

Cárm. (¡Qué suplicio!)
Lamp. Yo me acuerdo

Que mi difunta Gregoria...

¡Téngala Dios en el cielo!
Cuanda yo la festejaba...

¡Ay, señorita, qué tiempos
Aquellos!...

Cárm. ¡Oh! Basta ya...
Lamp. Si incomodo...

Cárm. No por cierto;

Pero tengo poca gana
De conversacion.

Lamp. Ya entiendo.
A usted no le gusta hablar
Con un vejete estafermo.

Si fuera yo don Esteban... (*Tose.*)
¡Qué tos? — Vamos; ya la dejo
A usted solita. — Cuidado,
Que es muy dañoso el sereno. —
Con que hasta después.

(*Se va muy despacio.*)

Cárm. ¡Uf! ¡Qué hombre!
Gracias á Dios... — Sal corriendo.
(*A la puerta del cuarto de don Bernardo.*)

(*Va á salir don Felipe, y al oír las voces
siguientes vuelve á esconderse.*)

Esteb. ¿Quién hace caso de viejas?
(*Dentro.*)

Balt. Pero es mucho atrevimiento...
(*Entran en la escena hablando.*)

ESCENA IV.

CARMEN, DON BALTASAR, DON
ESTEBAN, DON ABUNDIO.

Balt. Insultar con tal descaro
A la autoridad del pueblo.

Esteb. Es muy animal mi madre.
Balt. Si no me la quitan, creo
Que me araña.

Cárm. (Soy perdida
Si de aquí no los alejo.)

Balt. Que dé gracias á que usted
Debe ser pronto mi yerno.

¿No es verdad?
Esteb. ¿Qué duda tiene?
A mí me importa tres bledos.

La voluntad de mi madre;
Que mi gusto es lo primero.

Balt. Pues siendo así la perdono. —
Con que no perdamos tiempo.

El domingo la primera
Amonestacion. ¿No es esto? —
¡Oh! ¡Estás aquí! No te habia

(*A Cárm.*)
Visto. Estamos disponiendo
La boda.

Cárm. Bien. — Pero aquí
Para un asunto tan serio

Están ustedes muy mal.
Puede entrar un indiscreto
Que los interrumpa. Arriba...

Balt. No. ¡Si ya estamos de acuerdo!
Es cosa hecha. Mañana
El contrato firmaremos.

¿No es esto?
Esteb. Cuando usted quiera.

Cárm. (Mi vida está en grande riesgo
Si le descubren.)

Balt. Muchacha,
A tí no te pára el cuerpo.

¿Qué tienes?
Cárm. Nada, señor.

Algo indispueta me siento,
Pero... se me pasará.

Balt. ¿Has merendado?
Cárm. No tengo

Gana. (¡Dios mío!)
Balt. ¿Estás triste?

No lo extraño. El mucho afecto
Que me tienes es la causa.

¿Temes que tu casamiento
Nos separe? No lo creas,
Carmencita. Viviremos
Todos juntos. Vaya, niña,
Alégrate.

Esteb. Fiel de fechos,
Diga usted algo que nos haga
Reír.

Abun. De Plauto y Terencio,
Dilectos hijos de Apolo,
Quisiera tener el plectro;
O del que con culta vena
Hustró el hispano suelo,
Góngora insigne, que tantos
Sutiles parió conceptos...

Balt. Aquí queremos reír,
Y no dormimos, maestro.

Deje usted su erudicion
A un lado; que los paletos
Nos quedamos en ayunas
Cuando nos hablan en griego.

Abun. (¡Idiotas!)
Esteb. Ahora es buena
Ocasion para leernos

Aquella arenga.

Balt. Es verdad.
Léala usted.

Cárm. (¡Si á lo menos
Viniera mi tio!...)

(*Al sacar don Abundio el papelote del acto
segundo deja caer otro sin advertirlo:
lo coge don Esteban, y lo lee para sí.*)

Abun. ¿Dónde
Quedamos?

Balt. Ya no me acuerdo.
Lea usted desde el principio.

Abun. « Al peñagudense pueblo. »
(*Lee.*)

Esteb. ¡Qué veo! ¡Ah bribon!
Abun. « No de otra
(*Lee.*)

Suerte, intrépidos guerreros... »
Esteb. Calle usted ó le desnucó.

De ira estoy que reviento.
¿Usted mi rival, canalla?

¿Usted á mi novia versos?
Abun. ¿Cómo...?

Esteb. Aquí están en mi mano.
No me dirá usted que miento.

Al suelo se le han caido
Al sacar ese proceso
Que iba á leer.

Abun. Pero... si...
Yo...

Esteb. Escuche usted, señor suegro;
Y verá usted...

Abun. (Si pudiera
Escaparme...)

Esteb. ¡Quieto, quieto
(*Asiéndole.*)
(*Lee.*)

Aquí!
« A la adorable Cármén,
El cisne de los Cameros,
Don Abundio de Ruibarbo
Y Remolacha, soneto. —

¿Y tú sufres; oh amor! tan vil ultraje?
¿Y, en vano por Carmela suspirando,
Quieres que vea en su regazo blando
Solazarse á un indómito salvaje? » —

¿Ha visto usted qué insolencia?
¡Llamarme á mí un fiel de fechos
Salvaje! ¡Y enamorar
A mi novia!

Abun. ¡Pero si eso
No es mío! Algun envidioso...
Esteb. ¡Cómo! ¿Aun tiene usted aliento
Para hablar?

(*Amenaza á don Abundio, y don Baltasar
le contiene.*)

Balt. Déjele usted.
Sin duda ha perdido el seso,
Esteb. ¿Dejarle? No ha de salir

De aquí vivo.

Abun. Me arrepiento.

¡Perdon!

Esteb. No hay perdón.

Balt. ¡Eh! vamos;

Basta que esté yo por medio...

Abun. ¿Dónde me refugiaré?

En este cuarto...

(Va á entrar, y viendo á don Felipe, retrocede.)

¡Qué veo!

¡Un hombre oculto!

Cárm. ¡Buen Dios!

A tu favor me encomiendo.)

Esteb. ¿Un hombre oculto?

Balt. Lamprea, (Gritando.)

Macario, Cosme, Ruperto.

ESCENA V.

CARMEN, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO, DON FELIPE, DOS CRIADOS.

Fel. Aquí estoy, don Baltasar.

No hay que alborotar el pueblo.

Balt. ¿Qué veo? ¡En mi casa usted!

¡Y escondido! ¡Vive el cielo...!

Esteb. ¡Caracoles! Esto pasa de castaño oscuro.)

(Vienen los criados, y á una seña de don Baltasar se detienen en el foro.)

Balt. Pero

No es usted, sino esa infame

En quien descargar lo debo

El rigor de mi venganza.

Abun. (No salí de mal aprieto.)

Cárm. ¡Padre!

Balt. ¿Aun te atraves, indigna...?

Fel. Mire usted que la deliando

Yo.

Balt. ¿Usted?

Fel. Si, señor; y soy

Capaz de cualquier exceso

Si usted se atreve á ofenderla

Siendo de virtud modelo.

Balt. ¿Usted sabe con quién habla?

(Don Esteban se pasea haciéndose el indiferente.)

Fel. Ahora solo miro al riesgo

De Cármén, y si no me hacen

Dos mil pedazos primero,

No lograrán arrancarla

De mi lado.

Balt. ¿Oye usted esto,

Don Esteban?

Esteb. ¡Qué! ¡Si estoy

Pasmado! (Sigue paseándose.)

Abun. ¡Buen argumento

Para un drama! Si no fuera

Poeta y actor á un tiempo,

Lo haría solo por dar

Una carda á ese mostrenco.)

Balt. Usted ¿con qué fin ha entrado

Aquí? Deseo saberlo.

Fel. No acostumbro en parte alguna

A entrar con fines siniestros.

Sepa usted, si lo ignoraba,

Pues ya ocultarlo no puedo,

Que amo á su hija. No sé

Si la ventura merezco

De ser suyo; pero el novio

Que usted la destina creo

Que, á pesar de sus riquezas,

La merece mucho menos.

Balt. ¿Y sufre usted que le ultraje

(Aparte con don Esteban.)

De ese modo?

Esteb. ¡Eh!... le desprecio.

Balt. ¿Ignora usted, señor mío,

Que á su familia aborrezco

De muerte?

Fel. Es una injusticia.

Balt. Pues ¿y el pleito que su abuelo

De usted me ganó?

Fel. Sin duda

Le asistió mejor derecho

Que á usted; y aun cuando no fuera

Así ¿qué culpa tenemos

Los que no hemos litigado?

¿Acaso el ganar un pleito

Es el pecado de Adán

Que pasa al último nieto?

Abun. Distingo. Si el pleito...

Fel. A usted

¿Le dan vela en este entierro,

Señor pedante?

Abun. A mí, no;

Pero...

Fel. Guarde usted silencio;

O se lo haré yo guardar.

Abun. Será usted servido.

Balt. Hablemos

Claro. Usted de ningún modo

Me conviene para yerno.

Fel. No lo dudo, pero acaso

A su hija de usted convengo

Mas que don Esteban.

Balt. ¿Cómo!

Es decir que está de acuerdo

Con usted...

Cárm. Yo... padre mío...

Fel. Contra el tirano precepto

De unirse á quien aborrece

Pues son en vano los ruegos,

Vine á ofrecerla mi amparo.

Yo; sí, señor; no lo niego.

Nada he podido decirle,

Porque no he tenido tiempo;

Pero...

Balt. Hipócrita, después

Que diste el consentimiento

A la boda proyectada

¿Cómo es que un galán te concuentro

Escondido en ese cuarto?

Fel. Por la fe de caballero

Juro á usted que está inocente

Su hija: yo solo soy reo.

Aquí entré sin ser llamado;

Y Carmencita, bien lejos

De aprobarlo...

Balt. Se concluye,

Señor mío, de todo eso,

Que usted es un libertino,

Un desalmado, un perverso

Seductor.

Fel. Señor alcalde,

Poco á poco, que dicterios

Semejantes...

Balt. Usted puede

Hacer cundir en el pueblo

Sus depravadas costumbres;

Y yo, que no en vano ejerzo

La primer magistratura,

A todo trance resuelvo

Librar á la juventud

De tan pernicioso ejemplo. —

Irá usted á un calabozo.

Fel. ¿Yo?

Balt. Y para que otro muñeco

No venga á hacer cucamonas

A mi hija, en un convento

La tendré mientras celebra

Sus desposorios. — ¿No es esto,

Don Esteban?

Esteb. Si; será

Lo mejor.

(Cansado de pasearse se sienta retirado;

toma una guitarra y la temple.)

Abun. (El estafermo

Del novio con mucha calma

Lo toma.)

Fel. Saber deseo

Cuál es mi delito.

Balt. Ya

Lo he dicho. El crimen horrendo

De seducción, con indicios

De raptó, y escalamiento,

Y...

Fel. Es una calumnia atroz.

Cuando yo mi mano ofrezco

A Cármén y ella la acepta...

Cárm. ¡Infeliz de mí!

Balt. No es cierto.

Con quien ella ha prometido

Casarse en ese aposento,

Hoy mismo, es con el señor. —

¿No es verdad?

Esteb. ¡Si no me acuerdo

De qué estaba usted hablando!

Balt. ¿Ahora salimos con eso?

¡Me gusta la flema!

Esteb. Yo

Por tan poco no me altero.

Balt. Digo que á usted ya le ha dado

Palabra de casamiento

La muchacha.

Esteb. ¿Quién lo duda? —

¡Maldita prima! (Sigue templando.)

Balt. Y yo quiero

Que la cumpla.

Fel. Fué arrancada

Por el terror. Mas derecho

Tengo á reclamarla yo,

Porque me la dió primero.

Balt. ¿Cómo primero? ¡Hija vil!...

Cárm. Padre, me habia propuesto

Obedecer y callar;

Pero llega á tal extremo

La tiranía de usted,

Que en dar mi vida consiento

Antes que la mano á otro

Que á Felipe.

Balt. ¡Qué desuello!

¡Qué infamia! Hoy vas á morir.

(Amenazada Cármén por su padre se ampara de don Felipe.)

Abun. (El drama ya se va haciendo

Trágico.)

Fel. ¡Guárdese usted

De tocarla!

Esteb. Yo no acierto

A templar esta guitarra.

Abun. (Mejor será huir el cuerpo...)

Balt. Prendedle.

(Los criados hacen un movimiento hácia don Felipe: saca este una pistola, y á su vista desaparecen: don Abundio se queda detrás de don Esteban.)

Fel. Nadie se arrime,

O le devano los sesos.

Abun. ¡Misero de mí!

Balt. ¡Favor

A la justicia!

ESCENA VI.

CARMEN, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO, DON FELIPE, DON BERNARDO.

Bern. ¿Qué es esto?
Balt. ¿Qué ha de ser? Las consecuencias De tus inicuos consejos. Rebelárseme una hija; Aspirar á ser mi yerno Ese jóven temerario; Y al querer llevarle preso Hacer armas contra mí.
Bern. ¿Y qué hace usted ahí tan serio, Don Esteban?
Esteb. ¿Qué pregunta! Pues qué ¿no lo está usted viendo? Tocar la guitarra.
Bern. ¡Calla!
 Y detrás el fiel de fechos...
Abun. Soy filarmónico.
Bern. Ya. Pues yo creí que por miedo...
Abun. No, señor; es precaucion. *Caveant consules...*
Bern. Entiendo. — Basta de escándalo, hermano. Los chicos por lo que veo Se quieren. Cásalos tú Antes que se casen ellos.
Balt. Primero me vea yo Con una argolla en Marruecos.
Esteb. «Yo soy aquel que subí *(Cantando por el aire del fandango.)* Hasta el último elemento... »
 ¿Qué demonio de guitarra!
 ¡Si esto parece un cencerro!

(La deja sobre una silla.)
Bern. ¡Miren por dónde se apea El señorito!
Balt. Celebro La ocurrencia, amigo mío. ¡Cuando estoy hecho un veneno Se pone usted á cantar!
Esteb. ¡Toma! ¡Pues estamos frescos! No le han de dejar á uno... Cada uno tiene su genio. — Con que uno ha de ir á matarse Porque usted... ¡No es mal empeño!
Bern. Tiene razon.
Balt. Pero es cosa Que me sorprende en extremo...
Bern. Vamos. Ten calma, y escucha. La boda que te has propuesto No se verificará De ninguna suerte. Hay medios

Legítimos de evitarla. Yo ya he tomado al efecto Mis medidas.
Balt. Yo sabré Desvanecer tus intentos; Y si me apuras un poco Puede ser que...
Bern. Ya te entiendo. Me meterás en la cárcel; ¿No es verdad? — Vamos, yo espero Que todo se compondrá Felizmente. En prueba de ello, Guarde usted esa pistola, Señor don Felipe.

Fel. Pero...
Bern. No hay pero que valga.
Cárm. Yo Te lo suplico.
Fel. Obedezco.
Esteb. Esta es mano de cigarro. *(Saca una gran bolsa de vejiga, y de ella tabaco que pica con una descomunal navaja; hace un cigarro disforme; echa yescas, á pesar de haber luz; lo enciende y fuma.)*
Abun. Ya la guardó. Respiremos. *(Volviendo al medio de la escena.)*
Bern. Ahora los dos pedidle Perdon con mucho respeto.
Balt. No perdono.
Cárm. ¡Padre mio!
(De rodillas, y lo mismo don Felipe.)
Fel. ¡Señor!...
Balt. Quitáos de enmedio. Soy inflexible.
Cárm. Mi llanto...
Balt. Aunque todo el universo Se empeñara...
Bern. ¡Qué dureza,

Baltasar!
Fel. ¡Ay! A lo menos No la vea yo enlazada...
Balt. Con doscientos y el portero Déjenme ustedes en paz; *(Los hace levantar.)* Que ni me ablandan lamentos, Ni me aturden amenazas. *(Coge de la mano á don Esteban, que le sigue como forzado.)*
 Venga usted acá. Al momento *(A Cárm.)* La mano que me ofreciste, Sin réplica... ¿Está usted lelo, Don Esteban?
Esteb. Es que yo... ¿Sabe usted lo que yo pienso? Que es mejor que se la dé A don Felipe.
Balt. ¡Eh! dejemos Bromas á un lado.

Esteb. ¿Qué bromas? Lo digo como lo siento. Porque, mire usted, mi madre No quiere que nos casemos; Y por no oirla gruñir...
Balt. ¿Estoy soñando, ó despierto? Pero ¿usted...?
Esteb. Mire usted: yo Soy caviloso en extremo, Y... Vamos; si me casara Con ella... Porque lo cierto Y lo seguro es que Cármén Tiene ya su quebradero De cabeza. ¿No es así? Y... como dice el proverbio, Quien bien ama, tarde olvida. No haga el demonio que luego... Lo que es la chica es muy guapa; Eso es otra cosa; pero... ¿Qué quiere usted que le diga? No es tanto, tanto mi afecto Que apechugue... Mire usted; Yo por otra parte... hablemos Claros, hacia una boda Muy desigual. Mis inmensos Caudales... Bien es verdad Que si me hallaba dispuesto A casarme, yo soy franco, Era con el solo objeto De no entrar en quintas; pues; Porque yo no tenga apego A la milicia; y me bastan Los timbres de mis abuelos, Sin exponer mi pelleja Por adquirir otros nuevos. En fin, cada uno se entiende. — Buenas noches, caballeros.

ESCENA VII.

CARMEN, DON BERNARDO, DON BALTASAR, DON ABUNDIO, DON FELIPE.

Balt. *(No sé dónde estoy. Me ahoga La cólera; y no me atrevo De vergüenza á alzar la vista.)*
Bern. Chico, ningun sentimiento Debe darte su inconstancia. Antes parece que el cielo Lo ha dispuesto por tu bien Y el de Cármén.
Balt. Le prometo Que me las ha de pagar.
Bern. Al contrario; yo en tu puesto Iria á darle las gracias.
Abun. Si en tan crítico momento Me es lícito hablar, insigne

Don Baltasar...
Balt. Bien: con menos Preámbulos diga usted Qué quiere; y nada de textos Ni...
Abun. Con lenguaje pedestre Digo pues que soy maestro De primera educacion En este dichoso pueblo, Y secretario además Del ilustre ayuntamiento. Ambos empleos bien dejan A mi bolsa de provecho Trescientos ducados. *Item:* En breve obtener espero La plaza de sacristan, Que rendirá por lo menos, Sin la cera y otros gajes Legítimos, otros ciento. Son cuatrocientos ducados. Agregue usted á todo esto...
Balt. ¡Eh! Basta...
Bern. No le interrumpas, Que me divierte en extremo.
Abun. Lo que deben producirme Ocho ó diez resmas de versos Que puedo hacer en el año Para días, casamientos, Bautizos, pascuas, *et cetera,* Y el *Desiderio y Electo,* O sea *Luz de la fe* Y *de la ley,* que muy presto Daré á la prensa en octavas Reales.
Balt. ¿Qué lengua de hierro! Al caso, al caso.
Abun. Con tantos. Emolumentos, ya puedo Vivir con comodidad Aunque se me agregue el peso De nuevas obligaciones.
Fel. ¡Qué moscardon!
Bern. *(Yo no puedo Contener la risa.)*
Balt. Vamos; ¿Y á qué fin...?
Abun. El majadero De don Esteban renuncia Al dulcísimo himeneo De la incomparable Cármén. Usted, por lo que comprendo, No desea emparentar Con don Felipe. — Tercero En discordia aquí estoy yo, Que á sus piés rendido ofrezco Mi...
Balt. Quite usted de delante. ¡Habrá mueble! Pues es cierto

Que la boda...

Abun. ¿Calabazas?
Bien: no riñamos por eso.
Yo me casaré con otra,
O me quedaré soltero.

Bern. ¡Bravo! Eso es lo que se llama
Grandeza de alma.

Abun. ¡Oh! Yo venzo
Fácilmente mis pasiones...
Cuando no hay otro remedio.—
Mas daré la última prueba
Del cariño que profeso
A esta amable señorita.
Creo que el mejor obsequio
Que la puedo hacer ahora
Es el quitarme de en medio;
Y por tanto, tengo á bien
Largarme con viento fresco.

ESCENA VIII.

CARMEN, DON BERNARDO, DON
BALTASAR, DON FELIPE.

Fel. ¿Qué original es el hombre!
Balt. A no ser por mi despecho,
Mucho hubiera celebrado
Su petulancia.
Bern. Supuesto
Que quedó por don Felipe
El campo, ya es hora...

ESCENA IX

CARMEN, DON BERNARDO, DON
BALTASAR, DON FELIPE, DOÑA MATEA.

Mat. ¿Puedo
(A la puerta, y entra luego.)
Entrar?

Balt. Según. ¿Viene usted
De paz, ó de guerra?

Mat. Vengo
Decidida á que seamos
Amigos; y lo seremos
Si usted quiere.

Balt. En hora buena.
Bern. (Otra tempestad me temo.)
Mat. Sé que Esteban no está aquí,
Y esta ocasion aprovecho
Para ver de dar un corte
Al asunto, porque aprecio
Mucho la paz.

Balt. Ya es inútil...
Mat. He tomado por empeño
Que no se case mi Esteban

Con su hija de usted.

Balt. Lo creo;
Pero ya...

Mat. Suplico á usted
No me interrumpa, que luego
Concluyo. Estos matrimonios
Desiguales son funestos
Por lo regular. Mi Esteban
Está enamorado ciego
De la chica...

Balt. Usted sin duda
No sabe...

Mat. Pero sus genios
Están en contradicción.
El es de un temperamento
Vivo, impaciente, fogoso;
Y su hija de usted, hablemos
Claros, apática, fría...

Fel. ¿Qué dice usted?...
Mat. Los primeros

Quince dias será todo,
Glorias y deleites; pero
Es natural que después
Entren los remordimientos.
Porque Esteban sentirá
Verse con nudo perpetuo
Enlazado á una familia
Tan inferior...

Balt. ¿Cómo es eso?
Mi familia...

Mat. La muchacha,
A quien no mueve otro objeto
Que el interés...

Cárm. ¡Oiga usted!
Ni yo he menester, ni quiero
Nada de nadie.

Balt. Señora,
Acabe usted de molernos.

Mat. En una palabra, exijo
De usted, por no andar en pleitos,
Que se oponga como yo
A ese injusto casamiento.

Balt. Si usted me dejase hablar...

Mat. Y si acaso hay de por medio
Compromisos de otra especie...
Porque el muchacho es travieso,
Y el demonio que anda listo...

Balt. Ya me falta el sufrimiento.
Fel. Si usted se atreve á poner

En boca...

Mat. Yo haré un esfuerzo,
Y veré de asegurarla
Una pensión de trescientos
Ducados, si ella se quiere
Retirar á un monasterio.

Balt. Tome usted pronto la puerta;
Porque si llevar me dejo
De mi furia...

Mat. ¿Puedo hacer
Mas que dotar...?

Balt. Los infernos
No han vomitado una bruja
Tan bruja.

Mat. ¡Pobre y soberbio!
Después que una...

Balt. Calle usted;
Calle usted, ó no me acuerdo
De que es mujer, y si vuelve
A alzar el grito la estrella.
¡Energúmena!

Mat. ¿Qué insulto!
¿Yo energúmena?

Bern. Acabemos.
Mi sobrina no se casa
Con su hijo de usted...

Mat. Me alegro.
Bern. Ni emparentar deseamos

Con semejante camueso.
Mat. ¡Camueso! ¡Un hombre como él
Que cuenta diez y ocho abuelos
Y...!

Bern. Con que si usted no quiere
Que la falten al respeto,
Calle, y váyase con Dios.

Mat. Si: me voy; que me desdén
De alternar con una gente
Tan de poco mas ó menos.

ESCENA ULTIMA.

CARMEN, DON BERNARDO, DON
BALTASAR, DON FELIPE.

Balt. ¡Oiga usted!...

Bern. Déjala. Es loca.
Cárm. Gracias á Dios que me veo

Libre de ella.
Fel. ¡Buena suegra
(A Cármen aparte.)

Te esperaba!

Bern. Ea, saquemos
De penas á estos muchachos,
Y á un lado resentimientos.

Balt. Supuesto que tú te empeñas,
Y que ellos se quieren, bueno;
Que se casen.—Pero tú
Sabes cómo están los tiempos.

La cosecha ha sido mala...
Bern. No importa; eso es lo de menos.

Balt. Las heladas... la langosta...
Las alcabalas... el diezmo...

Fel. No es el mezquino interés
El que me mueve...

Balt. Los pleitos
Me arruinan...

Bern. Ya me hago el cargo...
Balt. Es un horror lo que debo...

Bern. Cármen se contentará
Con unos treinta mil pesos
De dote. ¿No es verdad, niña?

Balt. ¿Treinta mil? ¿Qué estás di-
ciendo?

Ni mil, ni ciento, ni diez...
Bern. ¡Si soy yo el que los ofrezco!

Balt. Acabaras. Pues entonces
Que se casen, y *laus Deo.*

Cárm. ¡Padre mio!
Balt. Ea, venid:

Os estrecharé en mi seno.
Fel. ¡Oh ventura!

Bern. Y yo en el mio.
Cárm. ¡Ah! ¿Cómo pagar podremos...?

Bern. ¡Bagatela!
Fel. Será eterna

Mi gratitud, y...
Bern. Silencio.—

Después que he gastado tanto
En vicios y devaneos,
Razon es que alguna vez
Emplee bien el dinero.
Solo exijo de vosotros
Un corto favor.

Cárm. ¿Qué puedo
Negar á mi bienhechor?
Fel. Para mí será un precepto
Sagrado...

Bern. Quisiera ser
Vuestro padrino.

Cárm. ¿Qué exceso
De bondad! ¿Y por favor
Nos lo pide usted?

Fel. Yo acepto
Con el mayor regocijo

Tan alto honor, tanta...
Bern. Pero...

Hay una dificultad.
Balt. ¿Cuál?

Bern. Que mañana me ausento.
Balt. ¿Por qué?

Cárm. ¿Adónde?

Bern. Si dos dias
En el lugar permanezco,
Voy á enfermar.

Balt. Pero apenas
Has descansado...

Fel. A lo menos
Hasta que se haga la boda...

Bern. No os canséis. Ya lo he resuelto.
¿Queréis venir á Madrid

Conmigo?
Fel. Yo, desde luego.

Bern. ¿Y tú?
Cárm. Si mi padre quiere...

Balt. No solamente lo apruebo,
Sino que iré á acompañarte.

Bern. Pues no se pierda un momento.
¿Mañana dije? Esta noche
Partiremos con el fresco.

Balt. Pero, hombre, ¿es posible...!

Bern. Estoy
De aldea hasta los cabellos.

Balt. ¿No dijiste esta mañana

Que, harto ya de los enredos

Y el bullicio de la corte,

Venias con el objeto

De fijarte para siempre

En el lugar?

Bern. No lo niego;

Pero yo bahia formado

Otra opinion de los pueblos.

Pensé que todo era paz,

Candor y virtud en ellos.

¡Ah! La experiencia es el libro

Mejor: bien dice el proverbio.

Aquí la sórdida envidia

Tiene fijado su imperio;

Aquí á la voz de la sangre

Se impone un atroz silencio;

Aquí el noble es orgulloso,

Y envilecido el plebeyo;

Aquí hay discordias, intrigas,

Calumnias, rencores, pleitos,

Señoritos mal criados,

Y hasta pedantones necios.

La urbanidad ni se sueña;

La ignorancia está en su centro;

Se atropella á la justicia;

Se apalea al forastero;

Se llama alegre al borracho;

Al desvergonzado ingenuo;

Al asesino valiente...

¡Qué horror! *A Madrid me vuelvo;*

Que allí hay mas comodidades

Si los vicios no son menos;

Y entre gente racional

No vivirá tan expuesto

A morir de un trabucazo,

O á consumirme de tedio.

MARCELA,

ó

¿A CUAL DE LOS TRES?

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 30 DE DICIEMBRE
DE 1831 (1).

PERSONAS.

MARCELA.
JULIANA.
DON TIMOTEO.

DON MARTIN.
DON AMADEO.
DON AGAPITO.

La escena es en Madrid en una sala de la casa de Marcela.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON AGAPITO,
JULIANA.

(*Don Timoteo y Juliana aparecen en el foro disputando: Marcela y don Agapito mas inmediatos al proscenio, sentados, haciendo aquella una petaca, y este un cordón.*)

Tim. ¡Si no quiero! ¿Hay tal porfia?
Mi habitacion es sagrada.

Jul. ¿No he de dar una escobada
Donde hay tanta porqueria?

Tim. ¿Qué importa? No lo consiento,
No lo sufro; y si te atreves...

Jul. Pero...

Tim. En tus manos alevés

Va á morir mi nacimiento.

A tal ruina, á tal estrago

Ya no hay paciencia que baste.

Ayer rompiste, ó quebraste

Mi Baltasar, mi rey mago.

Hoy con los zorros fatales

Me has hecho trozos, añicos

Dos pastores con pellicos;

O si se quiere, zagales.

Jul. Pero, señor...

Agap.

Lindamente.

(1) Abrió el autor con esta comedia nuevo y mas libre rumbo á su imaginacion. Para las anteriores no habia osado emplear otro metro que el romance octosilabo, por recomendarlo asi autoridades muy respetables, y porque, en efecto, es el que mas se adapta á la viveza y á la propiedad del dialogo. Sentia entre tanto una terrible començon de rimar; ardía en deseos de permitir á su pluma, demasiado disciplinada, lozanear un poco en el campo de la poesia. Estudiando una y otra vez á *Lope, Tirso, Calderon, Rojas, Moreto, Alarcon*, envidiaba en este punto su feliz independencia tan fecunda en primores. Todos los poetas contemporáneos afojaban, y algunos empezaban ya á sacudir del todo el yugo escolástico. Constante en su fé literaria, si bien no ciego sectario de una escuela exclusiva, logró preservarse de las aberraciones lastimosas en que otros incurrian; pero hubo

Balt. No solamente lo apruebo,
Sino que iré á acompañarte.

Bern. Pues no se pierda un momento.
¿Mañana dije? Esta noche
Partiremos con el fresco.

Balt. Pero, hombre, ¿es posible...!

Bern. Estoy
De aldea hasta los cabellos.

Balt. ¿No dijiste esta mañana

Que, harto ya de los enredos

Y el bullicio de la corte,

Venias con el objeto

De fijarte para siempre

En el lugar?

Bern. No lo niego;

Pero yo bahia formado

Otra opinion de los pueblos.

Pensé que todo era paz,

Candor y virtud en ellos.

¡Ah! La experiencia es el libro

Mejor: bien dice el proverbio.

Aquí la sórdida envidia

Tiene fijado su imperio;

Aquí á la voz de la sangre

Se impone un atroz silencio;

Aquí el noble es orgulloso,

Y envilecido el plebeyo;

Aquí hay discordias, intrigas,

Calumnias, rencores, pleitos,

Señoritos mal criados,

Y hasta pedantones necios.

La urbanidad ni se sueña;

La ignorancia está en su centro;

Se atropella á la justicia;

Se apalea al forastero;

Se llama alegre al borracho;

Al desvergonzado ingenuo;

Al asesino valiente...

¡Qué horror! *A Madrid me vuelvo;*

Que allí hay mas comodidades

Si los vicios no son menos;

Y entre gente racional

No vivirá tan expuesto

A morir de un trabucazo,

O á consumirme de tedio.

MARCELA,

ó

¿A CUAL DE LOS TRES?

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 30 DE DICIEMBRE
DE 1831 (1).

PERSONAS.

MARCELA.
JULIANA.
DON TIMOTEO.

DON MARTIN.
DON AMADEO.
DON AGAPITO.

La escena es en Madrid en una sala de la casa de Marcela.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON AGAPITO,
JULIANA.

(*Don Timoteo y Juliana aparecen en el foro disputando: Marcela y don Agapito mas inmediatos al proscenio, sentados, haciendo aquella una petaca, y este un cordón.*)

Tim. ¡Si no quiero! ¿Hay tal porfia?
Mi habitacion es sagrada.

Jul. ¿No he de dar una escobada
Donde hay tanta porqueria?

Tim. ¿Qué importa? No lo consiento,
No lo sufro; y si te atreves...

Jul. Pero...

Tim. En tus manos alevos

Va á morir mi nacimiento.

A tal ruina, á tal estrago

Ya no hay paciencia que baste.

Ayer rompiste, ó quebraste

Mi Baltasar, mi rey mago.

Hoy con los zorros fatales

Me has hecho trozos, añicos

Dos pastores con pellicos;

O si se quiere, zagales.

Jul. Pero, señor...

Agap.

Lindamente.

(1) Abrió el autor con esta comedia nuevo y mas libre rumbo á su imaginacion. Para las anteriores no habia osado emplear otro metro que el romance octosilabo, por recomendarlo asi autoridades muy respetables, y porque, en efecto, es el que mas se adapta á la viveza y á la propiedad del dialogo. Sentia entre tanto una terrible comenon de rimar; ardía en deseos de permitir á su pluma, demasiado disciplinada, lozanear un poco en el campo de la poesia. Estudiando una y otra vez á *Lope, Tirso, Calderon, Rojas, Moreto, Alarcon*, envidiaba en este punto su feliz independencia tan fecunda en primores. Todos los poetas contemporáneos afojaban, y algunos empezaban ya á sacudir del todo el yugo escolástico. Constante en su fé literaria, si bien no ciego sectario de una escuela exclusiva, logró preservarse de las aberraciones lastimosas en que otros incurrian; pero hubo

Primoroso va el tejido.

Tim. Reniego de tu barrido.

Jul. ¡Vejestorio impertinente!

(*Entre dientes.*)

Tim. ¿Qué dices de vejestorio?

Jul. Yo...

Tim. Mira que si me irrito...

(*Se acerca.*)

¿Qué hace usted, don Agapito?

(*Juliana arregla los muebles.*)

Agap. Nada; un cordón de abalorio.

Marc. Agapito es muy amable.

Agap. Sabe usted cuál se desvela

Por complacer á Marcela

Mi amistad inalterable.

Prosigo pues mi cordón

Mientras ella se ejercita

En su petaca de pita.

Jul. ¡Qué enfadoso maricon!

Tim. Según parece, es de moda

Esa labor, ó tarea,

Entre las damas; ó sea...

Pero di, ¿no te incomoda

Esa mano de mortero

En la tuya delicada?

¿Qué moda tan desairada!

No llega al mes de febrero.

Marc. En algo se ha de pasar

El tiempo.

Agap. Esa bagatela

Es del gusto de Marcela.

Marc. Mejor es esto que holgar.

Agap. Y yo diré en todas partes

Que es obra muy singular,

Y que la debe premiar

El Conservatorio de Artes.

Marc. Alabanza lisonjera,

Digna de un jóven tan fino

Como usted.

Tim. ¡Oh! Mi vecino

Sabe muy bien la manera,

El modo y forma de hacer

A una dama cumplimientos;

Es decir...

Marc. En sus acentos

(*Se levanta, y don Agapito tambien.*)

Es muy fácil conocer

Su educacion esmerada.

Tim. ¡Oh! Es un jóven, un mancebo,

Que puedo decir, me atrevo

A afirmar..., y nunca errada

Me salió una profecía,

Me atrevo á pronosticar

Que le harán mucho lugar

Las damas.

Marc. Su bizzarria,

Su trato afable y cortés,

Su gusto para cantar,

Su destreza en el bordar,

Y la gracia de sus piés

Cuando baila un rigodon,

Son prendas que sin empeño

Bastan para hacerle dueño

Del mas yerto corazón.

Agap. ¡Señora! ¡Ensalzarme así!...

Me confunde usted. Ya veo...

Marc. Como lo digo lo creo.

Agap. (Ciega, ciega está por mí.)

Marc. Su contextura es endeble;

Pero...

Agap. Sí, soy delicado.

Marc. Ya se ve; niño mimado...

Jul. ¿Que no conozca este mueble

Que se están mofando de él!

Marc. Mas la gordura, el color...

Son de mal tono. ¡Qué horror!

No es de elegante doncel

Presumir de pantorrillas

Como un ganapan, un bruto.

¡Qué bello es un rostro enjuto

Abismado en las patillas!

Ni sobre cuello macizo

Arman bien los corbatines;

Ni se pintan figurines

Para un mancebo rollizo

Rostro sano y carrilludo

Propio es de gente ordinaria.

¡Qué feo al cantar un aria,

Ó lanzando un estornudo!

¡Qué mal sobre alfombra turca

Quien tiene recios jamones,

Qué mal mueve los talones

Para bailar la mazurca!

¿Qué vale la corpulencia?

El hombre alto, moceton

Parece sauce lloron

Cuando hace una reverencia.

Aunque escritores morales

Viendo á un hombre encanijado

Clamen: ¡fatal resultado

De las costumbres actuales!

Puesto que el hombre no es bueno,

Lo prefiero chiquitín;

Que en pequeño vaso al fin

No cabe mucho veneno.

De gigantesca figura

Huye amor como del bú.

Vamos; valen un Perú

Los hombres en miniatura.

Agap. ¡Ah, que es celestial consuelo

El gustar á tal belleza!

Tome usted: tanta fineza

Bien merece un caramelo.

¡Ah...! tambien una pastilla

Menos dulce que esa boca.

Jul. ¡Tonto! A risa me provoca.)

Agap. Tiene esencia de vainilla. —

Vaya unos caramelitos.

(*A don Timoteo y Juliana.*)

Tim. Gracias.

Agap. Son pura ambrosia.

Tim. ¿Y de qué confitería?

Agap. Calle de Majaderitos (1).

Marc. Como usted... es parroquiano,

Le servirán...

Agap. De rodillas.

Tome usted; de estas pastillas

Gasta la *dona soprano.*

Tim. ¡Eh! Yo os dejó ventilar,

Discutir tan grave asunto.

Por mi parte he dado punto,

Y me subo al palomar.

Allí me hechizo, me encanto,

Y se me pasan las horas

Muertas. ¡Son tan criadoras!...

Quiero decir ¡ponen tanto!...

Yo no paro, no sociego

Hasta pasar mi revista.

Con que abur; hasta la vista;

Hasta después; hasta luego.

(1) Hoy es calle de Cádiz.

ESCENA II.

MARCELA, DON AGAPITO, JULIANA.

Agap. ¿Vuelve usted á su petaca?

Marc. No. La cabeza me duele.

Agap. Jaqueca. Quitarse suele

Con parches de tacamaca.

¿Se los quiere usted poner?

Bueno será. En dos instantes

Iré á casa de Collantes...

Marc. ¿Para qué? No es menester.

En tomando el aire un poco...

Bajaremos al jardín.

Agap. (Ya triunfé de don Martin.

Mia es Marcela. ¡Estoy loco!)

El brazo. (*Se le da Marcela.*)

Jul. (Ya está tan hueco.)

Agap. La sombrija.

(*La toma de Juliana.*)

¡Bravo, bravo!

¿Allons? (Mi ventura alabo.)

Marc. (Me divierte este muñeco.)

ESCENA III.

JULIANA.

Sola estoy, y esta pereza...

Vamos, el viento del Sur

Me desalienta. Tenia

Que arreglar el *canezú*

De la señorita; pero

Para trabajar en tul

No estoy ahora. ¿Y qué haré?

¿Murmurar? El avestruz

De Juanillo no está en casa;

Bonifacio es un grandul;

La cocinera... ¡Ah! Gertrudis,

Que ayer vino de Gallúr,

Y ahí en la casa de al lado

Sirve á don Pedro Egulúz...

Si, si. ¡Qué buena muchacha!

Y yo no la he dicho aun...

(*Se asoma á un balcon.*)

¡Paisana! ¡Gertrudis! ¡Hola!

Ya viene.

(*Se supone que la hablan desde otro*

balcon.)

Tal cual, ¿y tú?—

Me alegre. — ¿Sf? Ganas poco.

Yo cuatro duros y algun

Regalillo, porque mi ama,

Dios le dé mucha salud,

Es generosa y me quiere:

de entrar en cuentas consigo mismo y tantear sus fuerzas para ver si era ó no posible conciliar la pintura vigorosa de afectos y caracteres, la *vis cómica* del diálogo, la naturalidad del lenguaje con una versificación mas artificiosa, mas variada y mas galana, aunque no tanto que pecase de lirica y pintoresca en demasia. A medida que iba adelantado en este ensayo observó que en los versos dialogados no le obedecía menos el *consistente* que en otras obrillas poéticas de distinto genero; y que, lejos de embarazarse para que cada interlocutor dijese lo que segun la situacion debía decir, le ayudaba á formular de un modo mas epigramatico sus pensamientos, le sugería otros nuevos, daba estímulo y calor á su fantasia, y á cada momento le demostraba ser para él una verdad lo de la *rima inspiratrice*. La acogida verdaderamente extraordinaria que obtuvo *Marcela*, debida en gran parte, si no en todo, al nuevo aliciente con que el autor aspiró á captarse la pública benevolencia, le decidió á no renunciar á él para lo sucesivo; y tanto que por huir en esta parte de su primitiva sencillez, cayó con frecuencia en el extremo contrario: lo confiesa ingenuamente. Por no desnaturalizar sus propias obras y porque, siendo tantas y no muy holgado el tiempo de que dispone, solo puede hacer ya en ellas muy leves correcciones, no purga como quisiera á su teatro de la exuberancia métrica en él derramada. Bien meteria sin piedad la podadera en no pocas estancias de laboriosa ó inconducente estructura y en mas de una página de esdrújulos á cuya confeccion no le movió otro deseo que el de embarazarse gratuitamente con nuevas dificultades, mas ó menos felizmente separadas, como si hartas no ofreciese de suyo el arte dramático. No se pudo el poeta ir á la mano. ¡Pecó! y de esta como de otras culpas pide humildemente perdón á sus lectores.

Así tengo yo un haul
Que da gozo. Te aseguro
Que mi eterna gratitud...
Su tío don Timoteo
Es un pedazo de atún,
Cominero, impertinente...
¡Qué lástima de atahud!
Tan plomo para explicarse,
Que cuando dice según
Si detrás no va el conforme
No está contento. ¡Jesús!
Y luego me da una guerra
Con su palomar, con su...
Vamos; bien dijo quien dijo
Que el servir es mucha cruz.
Mi ama, como viuda y rica,
Goza de su juventud;
¡Oh! pero con juicio, aunque esto
No es hoy día muy común.
No le faltan aspirantes;
Pero ella, sea virtud,
Sea orgullo, ó lo que fuere,
No se ha decidido aún
Por ninguno. Hay un poeta
Que la mira de trasluz,
Suspira, gime, se arroba
Y no pronuncia una Q.
Reverso de la medalla
Es un compadre andaluz,
Capitán de artillería,
Que lo mismo es entrar, ¡prum!
Estalló la bomba. Aquella
No es boca, no, que es obus.
El tercero... ¡Y cuál me aburre
Su terca solicitud!...
Es un fatuo, un botarate,
Post-data de hombre; el non plus
Del lechuguinismo: enclenque,
Periquito entre ellas... ¡Puf!
¡Qué peste! Siempre meneando,
Siempre cantando el *Mai piú*;
Siempre hablando de piruetas,
Y del solo y de la *pul*...
Hombre que iría al Japon
Por bailar un *pádedú*;
Y siempre con golosinas...
¡Así está él que no echa luz!
Y dale con si el peinado
Ha de llevar *marabús*,
Y si es color más de moda
El de *hortensia* que el azul;
Si el corsé... Mas viene gente.
Ya nos veremos. Abur.

ESCENA IV.

JULIANA, DON AMADEO.

Amad. Julianita, Dios te guarde.
Jul. ¡Oh, señor don Amadeo!
Amad. ¿Y tu ama?
Jul. Salió á paseo.
Amad. ¡Que siempre venga yo tarde.
Jul. Ahí está don Timoteo.
Amad. Mi corazón solo anhela
Ver á la hermosa Marcela;
Y no viéndola mi amor,
Ese prosaico señor
Me cansa, no me consuela.
Jul. Puede que lejos no esté.
Amad. ¿Quién?
Jul. Mi ama.
Amad. Dimelo. Iré...
Jul. En cuatro saltos...
Amad. Al fin,
¿No me dirás dónde fué?
Habla.
Jul. Ha bajado al jardín.
Amad. ¿Al jardín? Tú, según creo,
Te burlas de un afligido.
¿No dijiste...?
Jul. Que á paseo
Salió. Y en esto ¿he mentido
Al señor don Amadeo?
Amad. No; mas tu chanza enfadosa
El tiempo me hace perder.
¡Oh Marcela! ¡Oh prenda hermosa!
Vuelo al jardín. ¡Oh placer!
¿Hay suerte mas venturosa?
Allí entré el verde arrayán
Le diré mi tierno afán,
Y que enamorado, muerto...
¿Está sola?
Jul. No por cierto,
Que la acompaña un galán.
Amad. ¡Ah!
Jul. (Se quedó tamañito.)
Amad. ¡Ingrata y fatal mujer!
Jul. ¡Oh! No es tan grave delito.
Amad. ¿Y quién pudo merecer...?
Jul. El señor don Agapito.
Amad. ¿Don Agapito? Ese mono...
No le temo; le desprecio;
Mas al pesar me abandono
Al ver que me usurpa un necio
Dicha que tanto ambiciono.
Jul. Grande es sin duda el amor
Que le inspira á usted mi ama.
Amad. Si; mas ni un solo favor
Paga mi amorosa llama,
Y moriré de dolor.

¿Quién al mirarla tan bella,
Quién no se abrasa de amores?
¿Quién no delira por ella?
Envidia tengo á las flores
Que están besando su huella;
Envidia al aire sutil
Que en torno juega lascivo
De su cabello gentil;
Y al ruiseñor que festivo
La canta diosa de abril;
Y á la fuente cristalina
Que murmurando la llama;
Y en la enramada vecina
Envidia tengo á la grama
Si en ella ¡ay Dios! se reclina.
Envidio al rojo clavel
Que la ofrece su carmin,
Envidio á todo el vergel...
Y á don Agapito en fin,
Porque la acompaña en él.
Jul. ¿Qué relación tan discreta,
Y cómo huele á azahar,
A tomillo y á violeta!
Para eso de enamorarse
No hay hombre como un poeta.
¡Bien haya su boca, amen,
Que con elocuencia tal
Pinta el favor y el desden!
Ellos suelen sentir mal,
Pero ¡lo dicen tan bien!
Amad. ¡Ah!
Jul. Mas mi señora bella,
¿Por qué cuando está presente
Esos labios siempre sella?
¡Conmigo tan elocuente,
Y tan cartujo con ella!
Declare usted su pasión,
Porque mentales amores
Ya de este siglo no son.
Amad. Yo temo que sus rigores...
Jul. ¡Eh! No es tan fiero el león.
Es preciso ser más franco.
Ser cobarde con las damas
Es querer quedarse en blanco.
No se ande usted por las ramas.
Herrar ó quitar el banco.
Amad. A un desaire, lo confieso,
Preñero una enfermedad;
Y aunque la amo con exceso...
Jul. ¡Hola! Vence según eso
Al amor la vanidad.
Amad. Si Julianita quisiera,
Pues tan tímido nací,
Y es de mi bien camarera...
Jul. ¿Qué?
Amad. Sé tú mi medianera.
Jul. ¡Yo!
Amad. Declárate por mí.

Yo te ruego...

Jul. ¡Bueno es esto
Pues ¡qué! ¿no tiene usted lengua?
O por ventura mi gesto...
Amad. ¡Oh! No lo tengas á mengua,
Que mi amor es puro, honesto.
¡Ah! Si venzo sus desvíos...
Jul. En mi vida me he mezclado
En ajénos amorios,
Porque el tiempo me ha faltado
Para ocuparme en los míos.
Pero en fin, por compasión,
Aunque repruebo el oficio,
Ofrezco mi intercesión.
Amad. ¡Oh dicha! A tal beneficio
No hay humano galardón.
Si fueses tú camarera
De las que andan por ahí,
Dinero y joyas te diera;
Mas veo prendas en tí
Superiores á tu esfera.
Tu talento es sin igual,
Y mi pluma no profano...
Si; voy á escribirte ufano
El más lindo madrigal
Que se ha escrito en castellano.
Jul. ¡Pues! Dádiva de poeta.
¿Y con esa fruslería
Me paga usted la estafeta?
Amad. ¡Oh! La dulce poesía...
Jul. ¡Buen dinero es la Gaceta!
Aunque tenga yo talento,
Y guste de madrigales,
Perdone usted si no miento,
Daria por veinte reales,
No un madrigal, sino ciento.
Yo agradecería no obstante
Tal honor, fineza tal,
¡Oh caballero galante!
Si envuelto en el madrigal
Me diese usted un diamante.
Amad. ¡Oh Pimpleas! No escuchéis
Tan horrorosa blasfemia.
Huid ¡oh musas! ¿qué hacéis?
Y hasta Rusia no pareís,
Aunque os coja la epidemia (1).
¡Que tú discreta te llames,
Tú que en el alma cobijas
Pensamientos tan infames!
Jul. Pues ¿yo...?
Amad. Calla; no me aflijas.
¡Oh auri, auri socra fames!
Da una moneda á Julianita.
Toma, pues dinero quieres,
Y perteneces, mezquina,
Al vulgo de las mujeres.

(1) El cólera morbo, que á la sazón hacia estragos en aquellas regiones.

Mayor será la propina
Si con celo me sirvieres;
Ya que por raro portento,
Cuando las musas están
En tan triste abatimiento,
No me pudro en un desvan
Descamisado y hambriento.
Toma; que la dulce lira
Solo consagro á la hermosa
Por quien el alma suspira;
No á fámula codiciosa
Que solo tedio me inspira. —
¡Ah! Perdona. Loco estoy.
No te enojos.

Jul. Bagatela.
Tan quisquillosa no soy.
Amad. Hazme dueño de Marcela
Y cuanto quieras te doy.
Jul. ¿No baja usted al jardín?
Amad. No; que me siento con vena,
Y quiero á mi serafín
Hacer una cantilena.
Abreme su camarín.
Jul. Vaya usted, que abierto está.
Amad. Voy, voy. La primera estrofa...
(*Distraído.*)
(*Se retira gesticulando como quien com-
pone versos.*)
Jul. La cabeza perderá,
Y luego si una se mofa....

ESCENA V.

JULIANA, DON MARTIN.

Mart. ¡Oh Juliana! ¿Cómo va?
Jul. (Otro loco rematado.)
Muy bien, señor don Martín.
Mart. Mucho de verte me agrado.
Desde Cádiz á Pekín
No hay un cuerpo mas salado.
Jul. Es favor que...
Mart. No, mujer.
Y ese color... ¡Cosa rara!
Y el cutis... No hay mas que ver.
Hoy has estrenado cara.
Jul. ¡Yo!
Mart. No es esa la de ayer.
A fe mía, Julianita,
Si no me hubieran flechado
Los ojos de la viudita...
¡Ah! pero aun no he preguntado
Por tu bella señorita.
¿Salió ya del tocador?—
¿Que un hombre de mi calibre
Esté perdido de amor!—
Y ella independiente, libre,

Fresca, tranquila... ¡Qué horror!—
¿Qué hace el viejo estafalario?
¿Recompones el nacimiento,
O le echa alpiste al canario?—
Hoy pasó mi regimiento
Revista de comisario.
La vida de un militar
Es vida perra, Juliana.
Suenan el clarín. ¡A montar!
Y por tarde y por mañana...
Es cosa de reventar.
Con que anda; sé diligente.
¿Puedo entrar? Pasa recado.—
El vecino encanijado
Ahí estará. ¡Vaya un ente!
Ya me tiene estomagado.—
¿No respondes? Tú estás lela.
Jul. ¡Si usted no me deja hablar!
Mart. Vamos, ¿dónde está Marcela?
Jul. Ha bajado á pasear.
Mart. ¿Al Prado? ¿En la carretela?
Jul. No. Al jardín.
Mart. ¿Con el pelmazo
De su tío?
Jul. No, señor.
Bajó...
Mart. Terrible embarazo
Es un viejo... ¡Ah! ven, primor:
Te quiero dar un abrazo.
Jul. ¡Eh! ¿Qué hace usted?
Mart. No hay escape.
¡Eh! Si al fin me has de querer,
¿De qué sirve...? Ay, mona!...
(*Va á abrazarla, y Juliana, encogiendo
el cuerpo, se le huye y le deja con los
brazos abiertos.*)
Jul. ¡Zape!

ESCENA VI.

DON MARTIN.

Se escapó. ¿Cómo ha de ser!
Pero como yo la atrapé...
Ea; vamos al jardín...
Mas ¿quién sube? ¡Hola! Es la viuda,
Y el enfadoso arlequín
La acompaña; sí, no hay duda.
¡Formidable paladín!

ESCENA VII.

MARCELA, DON MARTIN, DON AGAPITO.

Marc. ¿Usted por aquí, mi amigo?
Muy buenos días.
Mart. Estoy

A los plés de usted, señora.
Agap. Saludo á usted...
Mart. Servidor.
(*Se sienta Marcela, y en seguida don Mar-
tin á su derecha, y don Agapito á su
izquierda.*)
Marc. Hoy hace un día admirable.
Agap. Casi, casi pica el sol.
Mart. Se equivocó usted: no pica.
Agap. A mí sí.
Mart. Pues á mí no.
Agap. Eso va en naturalezas.
(*Don Martin habla al oído con Marcela.*)
Yo tengo una complexion...
Vaya una pastilla... (*Se la presenta.*)
Marc. Usted
(*Aparte con don Martin.*)
Se burla. Sé que no se
Ningun mónstruo...
Agap. Una pastilla...
Marc. Pero el cielo no me dió
Las gracias que usted pondera.
Mart. Pues no es exageracion.
Esos ojos, esa boca
Son obra del mismo Amor.
Modestia sin sosería,
Gracia sin afectacion...
Y luego habrá quien alabe
Las bellezas de Moscú,
De Paris, de Filadelfia,
De Edimburgo, del Japon...
¡Eh! No hay nada comparable
Con el gracejo español,
Con ese garbo, ese brío...
En la boca de un cañon
Me vea yo si...
(*Tropieza con su brazo en el de don Aga-
pito, que seguía ofreciéndole su pas-
tilla.*)

¿Qué es eso?
Agap. Una pastilla...
Mart. ¡Eh! No soy
Amigo de golosinas.
Agap. Suavizan mucho el pulmon.
Mart. ¡Eh! ¿Soy yo tísico? ¡A mí
Pastillas!...
(*Don Martin sigue hablando aparte con
Marcela.*)
Agap. Pero... (¡Es atroz!)
Marc. ¿Dejaría usted de ser
Andaluz! En fin, le doy
Mil gracias por la lisonja.
Mart. Lo digo de corazon.
Si no lo sintiera así
No dudé usted que...
Marc. Mejor.
Así lo agradezco mas.
Tengo una satisfaccion

En gustar á mis amigos.
Sabe usted cuán franca soy.
No me quiero parecer,
Aquí para entre los dos,
A esas que arañan á un hombre
Cuando les dice una flor;
O bien fruncen el hocico,
Y con zalamera voz,
Clavando en tierra los ojos,
Suelen responder: « favor
Que usted me hace. — ¿Sí? ¿De veras?
¿Para que lo crea yo! —
¡Eh! No diga usted esas cosas,
Que me cubro de rubor. —
¡Oh, qué malos son los hombres! —
Vaya; calle usted por Dios... »
Y nunca saben salir
De este mismo diapason.
Mart. Nunca he gustado de tontas.
Agap. Pues las hay de tan precoz
Talento, que...
Marc. El hombre fino,
De mundo, de educacion,
Es galante con las damas,
Y, siempre que su pudor
No ofenda, si las requiebra
Cumple con su obligacion.
Porque eso de si el *poplin*
Es mas de moda que el *gró*;
Si recibió mas aplausos
El contralto que el tenor;
« ¿Se divierte usted? ¿estuvo
Muy concurrido el salon?... »,
Son ripios insustanciales,
Por mas que entre col y col
Se suela mezclar un poco
De amable murmuracion.
Agap. Ciertamente...
Marc. Ni á una dama
Se le ha de hablar del Mogol,
De la guerra de los rusos,
De si vino el paquebot
De la Habana, de...
Mart. A las bellas
Se las debe hablar de amor.
Agap. Y cuando mas de algun baile,
De alguna...
Mart. Prendado estoy
(*A Marcela.*)
De esa gracia peregrina.
Agap. Marcelita... (Se acabó:
No me deja meter baza.
(*Se levanta.*)
¿Hay hombre mas hablador?)

ESCENA VIII.

MARCELA, DON MARTIN, DON AMADEO,
DON AGAPITO.

Amad. ¡Eh! Ya acabé mi letrilla.
Jamás Apolo... Señora...

Marc. Beso á usted la mano.

Mart. ¡Oh primo! —
Pues, señor, vuelvo á mi historia.

(Habla al oído con Marcela.)

Amad. ¡Ingrata! ¡Apenas me mira;
Me saluda desdeñosa,
Y habla con otro en secreto!
Yo no sé cómo soporta
Tantos ultrajes mi amor.)

(Se pasea. — Don Agapito, aburrido, se pone á trabajar en su cordón.)

Marc. ¡Que siempre ha de estar de broma
Este don Martín!

Agap. Amigo, *(A don Amadeo.)*
Poco favorable sopla

El viento para nosotros.
Don Martín es quien la logra.
Mire usted ¡qué amartelado,
Qué ufano está...! No me importa.

Yo sé bien que si Marcela
De algun galán se enamora
Será de mí, porque al cabo
Y al fin, aunque no me toca
Alabarme... ¡Ah, qué ocurrencia!

¿Por qué no hace usted unas coplas
Satíricas contra ese hombre
Que tanto nos encocora?

Amad. No estoy para coplas.

Agap. Pero...
Amad. Ni jamás contra personas
Determinadas...

Agap. No le hace.
La venganza es muy sabrosa.

Pero, ya se ve, no siempre
Las deidades de Helicón...

¿Y qué tiene usted entre manos
Ahora?

Amad. Nada. ¡Qué mosca
Es el hombre!

Agap. ¿Algun soneto
A los desdenes de Flora?

¿Algun agudo epigrama?
¿O bien algunas estrofas...?

Amad. ¡Hombre!...

Agap. ¿O quizá algun poema
Al céfiro y á la aurora?

Amad. No pienso...

Agap. ¿Alguna elegía?
¿Alguna oda? ¡Oh! Las odas...

Amad. No, señor. Voy á escribir,
No con tinta, con ponzoña,
Una sátira sangrienta
Contra hombrecillos de alcorza,
Que solo tienen talento

Para bailar la gabota;
Que por un yerro de imprenta
Son hombres, y no son monas;
Que huelen á majaderos

Al través de tanto aroma;
Que si España fuera Egipto
Pudieran pasar por momias;

Que con su voz de folsete
Los oídos me destrozan;
Que con su extraña figura

Siempre á risa me provocan;
Que con sus gestos me pudren,
Me empalagan con sus modas...

Y en fin, con necias preguntas
Me fastidian, me sofocan.

Agap. Ya; pero eso ha de entenderse
Con quien...

Marc. Doblemos la hoja,
Don Martín, y guarde usted

Para quien no le conozca
Esas frases de cartilla.

Mart. ¿Y por qué ha de ser lisonja,
Y no...?

Marc. Por Dios, don Martín!
Mire usted que no soy tonta.

Mart. (Otra será su respuesta
Cuando me declare en forma.)

Marc. Amigo don Amadeo,
¿Teme usted que se le coman?

¿Cómo así tan retirado?

Amad. Quien de prudente blasona,
Señora mía, se aleja

Si conoce que incomoda.

Marc. ¡A mi incomodarme usted!
Con decirlo me sonroja.

Don Martín me estaba hablando;
Y como siempre es chistosa
Su conversacion...

Mart. (Yo venzo.)
Marc. Me hacen gracia hasta las bolas
Que suele ensartar.

Mart. ¡Marcela!
Marc. Yo le oigo como una boba.

Ni era cosa de dejarle
Con la palabra en la boca.

Agap. Si; ¡fácil es!

Marc. Yo no gusto
De insípidas ceremonias,

Y trato con confianza
A mis amigos. Ahora

Soy de usted.

Amad. ¡Oh dulces ojos!
¡Oh voz que el alma me roba!

Mareelita...

Marc. ¿Piensa usted
Publicar alguna obra
De su ingenio?

Mart. Mal hará,
Si no es alguna espantosa
Novela donde haya espectros,
Y violencias, y mazmorras,
Y almas en pena, y suicidios...

Y en fin, eso que está en boga.
Sobre todo, gran cartel
Con cada letra tan gorda,
Y te haces hombre. Si aspiras
A merecer la corona

De escritor discreto, puro;
Si cuidas mas de la gloria
Que del dinero, ¡ay de ti!
Ningun cristiano te compra.

Amad. No me desvela el afán
De verme impreso. ¡Es tan poca
La confianza que tengo
En mis versos...!

Marc. Es muy propia
Del verdadero saber
La modestia.

Amad. Usted me honra.
(¡Oh bella!)

Marc. Mas yo, que soy
Su amiga y admiradora,
Y por usted me intereso
Tanto...

Amad. ¡Bien haya tu boca!

Marc. Siento que versos tan lindos,
Y que justamente elogian
Sujetos de ciencia y gusto,
El público desconozca,

Cuando hace gemir las prensas
Tanta fementida copla.

Amad. ¡Ah!... La aprobacion de usted
Es mi mas satisfactoria
Recompensa.

Agap. (Estoy volado.)
Mart. ¿De qué valen las cien trompas
De la Fama? Quien merece
La aprobacion de una hermosa...

Cuando voy yo á la cabeza
De mi veterana tropa,
Y agitando el avanico
Con sonrisa encantadora

Alguna humana deidad
Me saluda... vaya; es cosa
De perder el juicio. — Estando
Mi escuadron en Tarragona...

A propósito: hoy me ha escrito
El ayudante Mendoza.

*(Se levanta Marcela y en seguida todos,
menos don Agapito.)*

¡Qué buen muchacho! Se casa
Por poderes en Daroca
Con una... Don Agapito,
Deje usted esa manobra.
¿Qué diablo...?

Agap. Si; ya la dejo,
Que no estoy de humor. Las borlas
Para mañana. *(Se levanta.)*

ESCENA IX.

MARCELA, DON AMADEO, DON MARTIN,
DON AGAPITO, DON TIMOTEO.

Tim. ¡Oh, señores!
Tanta dicha, tanta honra...

Mart. ¡Oh, amigo mio!

Tim. Yo estaba
Arriba con las palomas...

Amad. ¡Las tres!

*(Va á tomar el sombrero, y lo mismo don
Agapito y don Martín.)*

Tim. ¿Dónde van ustedes?
Alto ahí, que quiero que coman
Con nosotros.

Amad. Por mi parte...

Tim. ¡Cómo! Ninguno se oponga,
Ni resista á mi convite,
A mi obsequio. — Juan, la sopa.

(A la puerta.)

Mart. Pero...

Tim. No hay pero que valga.
No somos gente tan sobria,
Tan frugal, que nuestra mesa
Se asuste por tres personas,
Por tres convidadas mas
O menos.

Marc. Soy muy gustosa
En que ustedes me acompañen.

Mart. Acepto pues.

Tim. Buena olla;
Quiero decir, buen cocido

No ha de faltar; y unas ostras,
Que no se comen mejores

En la fonda de Perona.

Amad. Con mucho placer...

Agap. No debo
Despreciar...

Tim. Sin ceremonia;
Sin cumplimiento. No gusto
De etiquetas enfadosas. —

Ea; al comedor conmigo. —
¿Qué haces tú que no te apoyas
En un brazo...?

*(Los tres se lo ofrecen, y Marcela toma el de
don Agapito, que está mas cerca.)*

¡Bravo Adentro.
(Se lleva como á remolque á don Martin
y á don Amadeo.)
Mart. (¡Maldito goloso!...)

ESCENA X.

DON AGAPITO, MARCELA.

Agap. (¡Hola!
Me prefiero.) Marcelita,
Si usted á mal no lo toma,
Después de comer quisiera...
Marc. ¿Qué?
Agap. Hablar con usted á solas.
Marc. Muy bien. (¿Qué querrá decirme?)
Agap. (¡Qué de finezas me otorga!
¡Si digo yo que mi amor
Navega con viento en popa!)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, JULIANA.

Jul. Pronto deja usted la mesa.
Marc. Ya han levantado el mantel:
No tienen por qué quejarse.
Les he servido el café,
Y huyendo de los cigarros,
Que maldiga Dios, amen,
Aquí me vengo, Juliana.
Jul. Pero esa es mucha esquivéz,
Señorita. ¿Qué dirán
Viendo que se aleja usted
Tan pronto?
Marc. ¿Qué han de decir?
Que preciándome de ser
Amiga suya, los trato
Con franqueza.
Jul. Eso está bien.
El señor don Timoteo,
Que habla él solo mas que diez,
En punto á conversacion
Sabrá suplir, bien lo sé,
La falta de su sobrina;
Pero, á mi corto entender,
Motivos mas halagüeños
● Harán sensible y cruel

Esa retirada.
Marc. ¡Cómo!
Yo no te entiendo.
Jul. Pues ¡qué!
Mi señorita ¿no sabe
Que el invencible poder
De sus ojos hechiceros
Cautivos tienen á los tres?
Marc. ¿Qué estás diciendo?
Jul. En verdad,
Señora, no es menester
Ser profeta para eso.
El amor luego se ve,
Y en materias semejantes
Es un lince la mujer.
Marc. Pues yo, que tal no he notado,
No lince, topo seré.
Jul. ¿Disimula usted conmigo?
Eso, señora, es hacer
Agravio á mi discrecion.
¿O desea usted tal vez
Que le regale el oído?
Marc. No por cierto. Pero ¿quién
Te ha contado esas patrañas?
En nuestro trato ¿qué ves
Sino una amistad sencilla...?
Jul. Me gusta la sencillez.
Digo á usted que están prendados
De esos hechizos. Lo sé
De buena tinta
Marc. Confieso
Que muy galanes los tres
Me suelen decir lisonjas,
Que ni puedo reprender,
Porque al fin las alabanzas
Nunca se oyen con desden,
Ni les doy otro valor
Que el debido al oropel
De cortesanías finezas.
Uno entre ellos suele ser
Mas pródigo en requiebros...
Jul. Don Martin, sin duda.
Marc. Pues,
Pero yo le oigo, Juliana,
Como quien oye llover,
Porque es aquella cabeza
Otra torre de Babel;
Y tan pronto me enamora
Diciendo que al rosicler
De la aurora dan envidia
Mis ojos, y que el clavel
No es mas rojo que mis labios,
Y cosas de este jaez;
Como me habla de un tordillo
Que le envían de Jaen;
Y del pienso, la parada,
La patrulla y el cuartel.
Jul. Pues crea usted...

ESCENA II.

MARCELA, DON AGAPITO.

Marc. Ahora dime:
¿No sería una sandez
El juzgarme yo querida,
Solicitada por él?
Don Agapito me asedia,
Y suele decir tambien
Sus píropos; pero un hombre
Que gasta todo su haber
En perfumes y pastillas,
Victima de su corsé,
Bailarin, afeminado,
¿Cómo es capaz de querer?
Resta el poeta; y tú sabes
Que es la suma timidez
Para con las damas. Puede
Que por mí perdido esté
De amor; y aun suele mirarme
Con melosa languidez;
Pero mientras no se explique
Mal le puedo comprender.
En fin, tiempo há que me tratan
Todos ellos. La viudez
Me da cierta independéncia;
Mas, aunque á solas me ven,
De ninguno he recibido
Hasta ahora ni papel,
Ni declaracion verbal
Por donde pueda creer
Que me aman. Los tres me estiman,
Y no fuera yo cortés
Si tan finas atenciones
Me negase á agradecer.
Jul. Sin embargo, muchas veces,
Mientras una no da pié,
Callan los hombres y... Vamos;
Ya sabe usted que soy fiel.
Ese cuerpo ha dado á todos
Flechazo: si; yo doy fe
¿Cuál de los tres ha logrado
Inspirar mas interés...?
Marc. Vete, que don Agapito
Quiere hablarme á solas.
Jul. ¿Eh?
¿Qué tal?
Marc. Y aquí viene.
Jul. Pronto
Le verá usted á sus piés
Tierno, rendido...
Marc. ¡Bobada!
Algun nuevo balance
Querrá enseñarme, ó quizá...
Jul. Ello presto se ha de ver.
Yo me voy. (Ya por el pronto
Cayó en el anzuelo un pez.)

Agap. Ahora bella Marcelita,
Que no está aquí el artillero,
Y sobre mesa el copleto
No sé si duerme ó medita;
Pues sola oirme ha querido,
Colmándome de bondades,
Voy á usar de mi licencia.
Prepare usted el oído...

Marc. (Para escuchar necedades.
¡Paciencia!)

Agap. No es por vanidad; nací,
Señora, con tal estrella,
Que apenas hay una bella
Que no delire por mí.
Yo las dejo suspirar
Y, prendido en otra red,
Las miro con menosprecio;
Que á todas no puedo amar,
Y mi alma...

Marc. Prosiga usted.
(¡Qué necio!)

Agap. Ya prosigo. El alma mía
Sola usted ha cautivado
Y á la de usted se ha ligado
Por secreta simpatía.
No es dura roca Marcela,
No es insensible diamante
Al tierno amor que me inspira.
Sé que por mí se desvela:
Me lo prueba á cada instante...

Marc. (¡Mentira!)
Permita usted...

Agap. Seré breve. —

Pero sus ojos fatales
Alientan á mis rivales,
Y esta conducta es alevé.
Fijó yo en su corazon,
Poco me debe afligir
Algun amor transeunte.

Marc. Pero ¿qué demostracion...?

Agap. Déjeme usted concluir.

Marc. (¡Qué apunte!)

Agap. Si á solas está conmigo,
Su sonrisa encantadora

Me prueba... (Se rie Marcela.)

Pues; como ahora,
Que soy su mas dulce amigo;
Mas si viene el atronado
De don Martin... ¡fuego en él!
O el mustio don Amadeo,
Hago yo siempre á su lado
Un ridículo papel.

Marc. (Lo creo.)

¡Bravo Adentro.
(Se lleva como á remolque á don Martin
y á don Amadeo.)
Mart. (¡Maldito goloso!...)

ESCENA X.

DON AGAPITO, MARCELA.

Agap. (¡Hola!
Me prefiero.) Marcelita,
Si usted á mal no lo toma,
Después de comer quisiera...
Marc. ¿Qué?
Agap. Hablar con usted á solas.
Marc. Muy bien. (¿Qué querrá decirme?)
Agap. (¡Qué de finezas me otorga!
¡Si digo yo que mi amor
Navega con viento en popa!)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, JULIANA.

Jul. Pronto deja usted la mesa.
Marc. Ya han levantado el mantel:
No tienen por qué quejarse.
Les he servido el café,
Y huyendo de los cigarros,
Que maldiga Dios, amen,
Aquí me vengo, Juliana.
Jul. Pero esa es mucha esquivéz,
Señorita. ¿Qué dirán
Viendo que se aleja usted
Tan pronto?
Marc. ¿Qué han de decir?
Que preciándome de ser
Amiga suya, los trato
Con franqueza.
Jul. Eso está bien.
El señor don Timoteo,
Que habla él solo mas que diez,
En punto á conversacion
Sabrá suplir, bien lo sé,
La falta de su sobrina;
Pero, á mi corto entender,
Motivos mas halagüehos
● Harán sensible y cruel

Esa retirada.
Marc. ¡Cómo!
Yo no te entiendo.
Jul. Pues ¡qué!
Mi señorita ¿no sabe
Que el invencible poder
De sus ojos hechiceros
Cautivos tienen á los tres?
Marc. ¿Qué estás diciendo?
Jul. En verdad,
Señora, no es menester
Ser profeta para eso.
El amor luego se ve,
Y en materias semejantes
Es un lince la mujer.
Marc. Pues yo, que tal no he notado,
No lince, topo seré.
Jul. ¿Disimula usted conmigo?
Eso, señora, es hacer
Agravio á mi discrecion.
¿O desea usted tal vez
Que le regale el oído?
Marc. No por cierto. Pero ¿quién
Te ha contado esas patrañas?
En nuestro trato ¿qué ves
Sino una amistad sencilla...?
Jul. Me gusta la sencillez.
Digo á usted que están prendados
De esos hechizos. Lo sé
De buena tinta
Marc. Confieso
Que muy galanes los tres
Me suelen decir lisonjas,
Que ni puedo reprender,
Porque al fin las alabanzas
Nunca se oyen con desden,
Ni les doy otro valor
Que el debido al oropel
De cortesanías finezas.
Uno entre ellos suele ser
Mas pródigo en requiebros...
Jul. Don Martin, sin duda.
Marc. Pues,
Pero yo le oigo, Juliana,
Como quien oye llover,
Porque es aquella cabeza
Otra torre de Babel;
Y tan pronto me enamora
Diciendo que al rosicler
De la aurora dan envidia
Mis ojos, y que el clavel
No es mas rojo que mis labios,
Y cosas de este jaez;
Como me habla de un tordillo
Que le envían de Jaen;
Y del pienso, la parada,
La patrulla y el cuartel.
Jul. Pues crea usted...

ESCENA II.

MARCELA, DON AGAPITO.

Marc. Ahora dime:
¿No sería una sandez
El juzgarme yo querida,
Solicitada por él?
Don Agapito me asedia,
Y suele decir tambien
Sus píropos; pero un hombre
Que gasta todo su haber
En perfumes y pastillas,
Victima de su corsé,
Bailarin, afeminado,
¿Cómo es capaz de querer?
Resta el poeta; y tú sabes
Que es la suma timidez
Para con las damas. Puede
Que por mí perdido esté
De amor; y aun suele mirarme
Con melosa languidez;
Pero mientras no se explique
Mal le puedo comprender.
En fin, tiempo há que me tratan
Todos ellos. La viudez
Me da cierta independéncia;
Mas, aunque á solas me ven,
De ninguno he recibido
Hasta ahora ni papel,
Ni declaracion verbal
Por donde pueda creer
Que me aman. Los tres me estiman,
Y no fuera yo cortés
Si tan finas atenciones
Me negase á agradecer.
Jul. Sin embargo, muchas veces,
Mientras una no da pié,
Callan los hombres y... Vamos;
Ya sabe usted que soy fiel.
Ese cuerpo ha dado á todos
Flechazo: si; yo doy fe
¿Cuál de los tres ha logrado
Inspirar mas interés...?
Marc. Vete, que don Agapito
Quiere hablarme á solas.
Jul. ¿Eh?
¿Qué tal?
Marc. Y aquí viene.
Jul. Pronto
Le verá usted á sus piés
Tierno, rendido...
Marc. ¡Bobada!
Algun nuevo balance
Querrá enseñarme, ó quizá...
Jul. Ello presto se ha de ver.
Yo me voy. (Ya por el pronto
Cayó en el anzuelo un pez.)

Agap. Ahora bella Marcelita,
Que no está aquí el artillero,
Y sobre mesa el copleiro
No sé si duerme ó medita;
Pues sola oirme ha querido,
Colmándome de bondades,
Voy á usar de mi licencia.
Prepare usted el oído...

Marc. (Para escuchar necedades.
¡Paciencia!)

Agap. No es por vanidad; nací,
Señora, con tal estrella,
Que apenas hay una bella
Que no delire por mí.
Yo las dejo suspirar
Y, prendido en otra red,
Las miro con menosprecio;
Que á todas no puedo amar,
Y mi alma...

Marc. Prosiga usted.
(¡Qué necio!)

Agap. Ya prosigo. El alma mía
Sola usted ha cautivado
Y á la de usted se ha ligado
Por secreta simpatía.
No es dura roca Marcela,
No es insensible diamante
Al tierno amor que me inspira.
Sé que por mí se desvela:
Me lo prueba á cada instante...

Marc. (¡Mentira!)
Permita usted...

Agap. Seré breve. —

Pero sus ojos fatales
Alientan á mis rivales,
Y esta conducta es alevé.
Fijó yo en su corazon,
Poco me debe afligir
Algun amor transeunte.

Marc. Pero ¿qué demostracion...?

Agap. Déjeme usted concluir.

Marc. (¡Qué apunte!)

Agap. Si á solas está conmigo,
Su sonrisa encantadora
Me prueba... (Se rie Marcela.)

Pues; como ahora,
Que soy su mas dulce amigo;
Mas si viene el atronado
De don Martin... ¡fuego en él!
O el mustio don Amadeo,
Hago yo siempre á su lado
Un ridículo papel.

Marc. (Lo creo.)

Agap. Pretendo, pues, y ya es hora,
Que ese labio lisonjero
Ponga fin con un te quiero
Al ansia que me devora.
(Viene don Amadeo, Marcela le sale al
encuentro, y hablan aparte.)
Entonces, si gloria tanta
Que mi ventura completa
Me disputa un temerario...
¡Calla! ¡Esta es buena! Me planta
Por hablar con el poeta.

¡Canario!

ESCENA III.

MARCELA, DON AGAPITO,
DON AMADEO.

Marc. No, no me lo niegue usted :
(Aparte con don Amadeo.)

Ocioso es que disimule.
¡Si Juliana me lo ha dicho!

Agap. (Merece quien esto sufre...
Pero no; estará picada,
Y darme celos presume.)

Amad. Estaba solo. Sentia
Inspiraciones del nùmen,
Y una letrilla amorosa
Por pasatiempo compuse;
Pero está tan incorrecta...

Agap. (Si me ve con pesadumbre
Logra su objeto.)

Marc. ¿Qué importa?
No es razon que se sepulte
En el olvido. Veamos.

Amad. Bien; con tal que no la escuche
Don Agapito...

Marc. ¿Y por qué?

Amad. No temo á una mala nube
Tanto como á un necio.

Agap. ¡Oh! Si;

Aunque se finge voluble,
Ella me ama. Lleva á mal
Que sin motivo la acuse...
Bien puedo yo ser su amante
Sin exigir que renuncie
A tener amigos.)

Marc. Bien;
Pues yo haré que desocupe
El puesto. — Don Agapito.

(Se acerca á él.)

Agap. ¡Miren qué pronto sucumben!

Marc. Quisiera... Perdóne usted.

Agap. (¿No digo?)

Marc. Mandar por dulces..

Agap. Aun he de tener pastillas
Aqui... mas ¡son tan comunes!

Usted preferiré bombones;
¿No es cierto?

Marc. Lo que usted guste.
(Yo no los he de probar.)

Agap. No se si en casa de Nuñez
Los habrá. Si no los tiene,
Yo veré en los andaluces...

Marc. No; yo mandaré á Juanillo.

Agap. ¡Qué! Si ese hombre es tan inútil...

Marc. Es verdad. Bien; vaya usted :
Mejor será.

Agap. Me confunde
Tanta bondad. Voy volando.

(Ya no es posible que dude
De su amor. ¡Para que hicier
Tal distincion de ese fútil
Poetilla, ó del insigne
Don Martín! ¡Ah! ¡Cuál me bulle
El corazon de alegría!
¡Digo á ustedes que se lucen,
Señores míos!) — Supongo

(A Marcela con misterio, y haciéndose el
interesante.)
Que...

Marc. Ya. (Riéndose.)

Agap. Bien, bien; pero urge...

Marc. Si.
Agap. Basta, basta. (Lo mas
(Muy satisfecho.)
Que resiste es hasta el lunes.)

ESCENA IV.

DON AMADEO, MARCELA.

Marc. (¿Habrà títere mas...?) Vamos;
Ya nadie nos interrumpe.

Lea usted esa letrilla.

Amad. Será fácil que me turbe.

Léala usted, si merezco

Tanta dicha, y que disculpe

Le ruego mi libertad.

Marc. (Temblando está.)

Amad. (Amor me ayude.)

Marc. « Letrilla á Laura. »

(Leyendo.)

Amad. (No sangre;

Hielo por mis venas cunde.)

Marc. « Mis ojos, que admiran

Tu talle gentil,

Y á los tuyos piden

Cadena feliz,

Y ven en tus labios

Las gracias reir,

Contino te dicen

Que muero por tí.

¿Y tanta es la perfeccion
De esa Laura? ¿Ha sido fiel
El poético pincel?

¿No ha habido exageracion?

Amad. Es de las gracias modelo;
(Con entusiasmo.)

La formaron los amores;

Sus ojos encantadores

Robaron la luz al cielo;

Flores nacen donde pisa...

Marc. Su dulce voz enajena...
(Remedándole.)

Y las almas encadena

Con su hechicera sonrisa;

Su boca es fragante rosa

De Chipre... ó de Jericó. —

¿Piensa usted que no sé yo

Como se pinta á una hermosa?

Amad. (Se burla. No me declaro.)

Marc. (¿Tendrá Juliana razon?)

Pero ¿quién en conclusion

Es ese portento raro?

Amad. No seré yo quien le nombre.

Marc. ¿Es delito por ventura

El adorarla?

Amad. Es locura.

Marc. ¡Locura! ¿Eso dice un hombre? —

¿Es de áspera condicion?

Amad. No, que su agrado enamora.

Marc. ¿Es casada?

Amad. No, señora.

Mas honesta es mi pasion.

Marc. (Yo de mi duda saldré.)

¿Es amiga mia?

Amad. Si.

Marc. ¿Vive muy lejos de aqui?

Amad. No.

Marc. ¿Quiere á otro?

Amad. No sé.

Marc. Hoy la habrá usted visto.

Amad. Ya.

Marc. ¿Puso mala cara?

Amad. No.

Marc. ¿Le ha dado á usted celos?

Amad. ¡Oh!

Marc. ¿Le ha hecho á usted preguntas?

Amad. ¡Ah!

Marc. ¡Qué lacónico es usted! —

Vaya; tome su cancion,

Y á la primera ocasion...

Amad. ¡Ah! Ya es inútil.

Marc. ¿Por qué?

Amad. Porque su rigor me hiela.

Marc. Cualquiera de esto se halaga;

Y si tanto amor no paga,

Lo agradecerá...

Amad. ¡Marcela!

Marc. Tome usted sus versos.

Si veo á tu mano,
Que envidia el marfil,
Del arpa divina

Las cuerdas herir,

Mi dulce embeleso,

Mi gozo sin fin

Te dicen ¡oh Laura!

Que muero por tí.

Tú ves abrasado

Mi pecho latir

Desque Amor me hiere

Con dardo sutil.

Mis hondos gemidos,

Mi llanto infeliz

Te dicen ¡oh Laura!

Que muero por tí.

Erato desdeña

Mi plectro regir,

Si no es que te canto

Gloria de Madrid,

Y en versos que aspiran

A eterno buril,

¡Oh Laura! te juro

Que muero por tí.

Cautivo en tus ojos

Me consumo así

Cual roto y perdido

Capullo de abril,

Tú me ves ¡oh Laura!

Penando morir,

Y quizá no sabes

Que muero por tí.

Ya es vano el silencio.

Yo te adoro, si.

Por tí me atormentan

Mil penas y mil.

Si airada la tumba

Me quieres abrir...

No ignores al menos

Que muero por tí. »

¡Oh qué preciosa cancion!

(¿Seré yo esta Laura bella?)

Amad. Si hay algun mérito en ella

Es todo del corazon.

Marc. No se llame sin ventura

Quien maneja así la lira,

Ni la belleza que inspira

Tanto amor, tanto ternura.

Amad. ¡Ah! Si...

Marc. Nombre imaginario

Laura sin duda será,

Que los poetas allá

Tienen otro calendario.

Y la razon es muy llana :

¿Quién en los versos tolera

A una Blasa, á una Sotera,

Jerónima ó Sinforiana? —

Amad.
Marc. ¡ Dale con tanto gemir!
 Acabe usted de decir
 Que soy esa Laura yo.
Amad. ¡ Ah! Si... Mi... La... (*Turbado.*)
Marc. Si... Mi... La...
 (*Riéndose.*)
 ¿ Me enseña usted el solfeo?
Amad. (Perdido soy. Bien lo veo.)
Marc. (Lástima y risa me da.)
 Vaya; hable usted con franqueza,
 Monosilabo señor.
 ¿ Soy yo causa de su amor?
Amad. ¡ Oh desventura! ¡ Oh flaqueza!
Marc. De nada me maravillo;
 Y...
Amad. ¡ Dura fuerza del hado!
Marc. Vaya, hable usted, ó me enfado.
Amad. ¡ Ay Marcela!
Marc. ¡ Ay tabardillo!
Amad. Con que al fin ¿ he de romper
 Mi silencio?
Marc. Si; ya es hora.
Amad. Pues la que mi pecho adora...
Marc. Ya no lo quiero saber.
Amad. ¡ Ah!
 (*Se deja caer sobre una silla.*)

ESCENA V.

DON AMADEO, MARCELA, DON MARTIN.

Mart. ¡ Gracias al cielo doy
 Que al fin ya libre me veo...!
Marc. ¿ De quién?
Mart. De don Timoteo.
 Bufando de rabia estoy.
Marc. Pues ¿ cómo...?
Mart. ¡ Malditos sean
 Sus sinónimos eternos!
 Hay hombres de los infiernos
 Que cuando hablan aporrean.
 No acabara en quince días
 A no hacerle yo acostar.
 Y vuelta á su palomar;
 Y torna á sus profecias;
 Y retorna al nacimiento...
 ¡ Digo! ¡ Pues tenia traza
 De dejarme meter baza!
 ¡ Oh qué hablador tan sangriento!
 Aquello era por demás.
 Hija, ¡ qué nube! ¡ qué nube!
 Intencion mil veces tuve
 De enviarle á Satanás.
 No lo puedo resistir;
 Me desesperan, me endiablan.

¡ Oh!
 Esos que hablan y hablan y hablan
 Sin respirar ni escupir.
 Sirve en mi cuerpo un alférez,
 Que es hablador furibundo,
 Y se llama don Facundo
 Valeniin Perez y Perez.
 No hay poder hablar con él.
 Sí, sí, ¡ facilito es eso!
 En soltando la sin hueso
 A ninguno da cuartel.
 Un día se puso á hablar
 Conmigo: yo le queria
 Interrupir. ¡ Boberia!
 Sintió que iba á estornudar
 En tan crítico momento
 ¿ Qué hace? La boca me tapa,
 El estornudo se escapa,
 Y prosigue con su cuento.
 ¡ Digo! Esto es ser hablador.
 Pues con tanta algarabía,
 Por cartujo pasaria
 Al lado de ese señor.
 Es mucha, mucha crueldad.
 ¡ Válgame Dios, qué carcoma!...
 No lo tome usted á broma:
 Eso es una enfermedad.
 Vamos; aun me dan sudores.
 ¡ Qué suplicio! ¡ Qué agonía!
 ¡ Jesús! ¡ Mala pulmonía
 En todos los habladores!

Marc. ¡ Cuenta con la maldicion!*Mart.* Pues qué, ¿ me puede alcanzar?

Marc. No; á usted no, que es para hablar
 La suma moderacion.
 Mas ¡ oh prodigo admirable!
 En el próximo aposento
 A usted le ha dado tormento
 Un hablador perdurable.
 Pues véame usted; yo sudo
 De fatiga y de pesar
 Porque acabo de lidiar
 Con un sempiterno mudo.

Mart. ¡ Mudo! Y ¿ quién...?*Amad.* ¡ Abrete, abismo!*Mart.* ¡ Calla! ¿ No es mi primo aquel?—

Diga usted, Marcela: ¿ es él

Ese mudo?

Amad. ¡ Ay Dios!*Marc.* El mismo.

Nunca gusté de llorones.

¿ Dónde hay cosa mas molesta

Que oír solo por respuesta

Suspiros é interjecciones?

Mart. Pero ¿ cual es tu quebranto?

Amigos somos los dos.

Habla; di...

Amad. ¡ Pluguiera á Dios

Que no hubiese hablado tanto!

Marc. Amor le saca de tino;

Mas no sé quién le avasalla.

Si se lo pregunto, calla;

Solloza si lo adivino.

Y por cierto que hace mal,

Y procede como necio;

Que de sensible me precito,

Sinó de sentimental.

Siento los males ajenos:

Soy su amiga verdadera;

Y satisfacer debiera

Mi curiosidad al menos.

Pero si tanto le halaga

Dentro del pecho su pena,

Guárdese en hora buena

Y buen provecho le haga.

Amad. Yo...*Mart.* ¡ Quita allá, que eso es

mengua!

¡ Nada! A salir del barranco.—

A bien que yo soy mas franco:

No me morderé la lengua.

Yo no soy nada hablador,

Que de prudente me paso;

Pero cuando viene al caso

Hablo mas que un sangrador.

Precisamente deseo

Ahora mas que nunca hablar:

¡ Tal dieta me ha hecho pasar

El señor don Timoteo!—

Ya que usted me da licencia, (*A Marcela.*)

Y puesto que el dios vendado

Al mas lego, al mas callado

Da facundia y elocuencia;

Basta, basta de tormento;

Salga del pecho mi afan,

Que estoy hecho un alquitran,

Y si no canto reventio.

No hay que dudar de mi fe

Porque Dios me hizo soldado,

Que Aquiles fué enamorado,

Y Marte mismo lo fué.

No sirve contra Cupido

El vestir férrea coraza,

Que cual si fuera de estraza

La taladra el fementido.

Harto he mostrado á mi dama

Celebrando su belleza

La intensidad, la fiereza

De esta pasion que me inflama.

Ni Amadis, ni Beltenebros,

Ni cuantos de amor bramaron

A sus bellas regalaron

Tantos, tan dulces requiebros;

Mas temiendo sus enojos,

¡ Admiro mi cobardia!

No la he dicho todavía:

« Muerto me tienen tus ojos. »

Mis intenciones son rectas:

Bien lo puede conocer;

Pero está visto, es mujer

Que no entiende de indirectas.

Yo con mi amor no la ultrajo,

Porque al fin soy caballero.

Pues pecho al agua. ¿ Qué espero?

Echemos por el atajo.

Marc. (¡ Oh qué exordio impertinente!)*Mart.* ¿ Qué dice usted?*Marc.* Nada digo.

Prosiga usted.

Amad. ¡ Ah!*Mart.* Prosigo,

Que ya he soltado el torrente.

Hay mujeres, cuyo oficio

Es barrenar corazones

Y con dulces ilusiones

Sacar á un hombre de quicio.

Mujeres que á su pesar

Son iman de los placeres;

Y en fin, señora, mujeres

Que es forzoso idolatrar.

Graciosas, discretas, bellas

Y apacibles como el cielo,

¿ Cuál es el hombre de hielo

Que no suspira por ellas?

Una entre todas domina,

Como suele en los collados

Entre tomillos menguados

Descollar gigante encima.

Por ella estoy con el Credo

En la boca... ¡ Oh! y no, no es chanza;

Si no cumple mi esperanza

Dará conmigo en Toledo.

Si el hombre mas insensible

La adora mal de su grado,

¿ Qué haré yo, desventurado?

¡ Yo, que soy tan combustible!

Pues ese dulce martirio;

Esa deidad de la tierra,

Que me mueve tanta guerra,

Que me infunde tal delirio;

Ese apetecido bien;

Esa suspirada aurora;

Ese prodigio...

ESCENA VI.

DON MARTIN, MARCELA, DON AMADEO,
JULIANA.*Jul.* ¡ Señora! (*Llega corriendo.*)*Mart.* (¡ Maldita seas, amen!)*Jul.* Venga usted, que hay novedad.

¡ Yo estoy loca!

Marc. ¿Qué ha ocurrido?
Jul. Que Clitemnestra ha parido
 Con toda felicidad.
Mart. ¡Clitemnestra!
Jul. ¡Pobrecita!
Marc. ¡Oh qué gozo! ¿Y cuantos?
Jul. Tres.
Mart. ¿Se puede saber quién es...?
Jul. ¿Quién ha de ser? La gatita.—
 Venga usted; el uno es negro;
 Otro tiene un collarín...
Marc. Perdóne usted, don Martín.—
 Vamos, vamos. *(Se van corriendo.)*

ESCENA VII.

DON AMADEO, DON MARTIN.

Mart. ¡Pues me alegro!
 ¡Oh mujer aleve, ingrata!
 ¡Con la palabra en la boca
 Me deja como una loca
 Porque ha parido la gata!
Amad. ¡Oh cielo!
Mart. ¡Tratarme así!
 ¡Si lo veo, y no lo creo!—
 ¿Qué dices de esto, Amadeo?
 Responde.
Amad. ¡Triste de mí!
Mart. ¡Quedamos lindas figuras
 Para adornar un retablo!
Amad. ¡Ay!
Mart. Jeremías del diablo,
 Ya la paciencia me apuras.
 ¿De qué te quejas, maldito?
Amad. De mi desdicha.
Mart. Si es tanta.
 ¡Mala angina en tu garganta!...
 Pon en las nubes el grito;
 Desahoga el corazón;
 Truena, y no con esa calma
 Te estés repudiando el alma,
 Amoroso moscardón.
 En el café mucho hablar:
 Vaya, ¿quién te pone tasa?
 Y en entrando en esta casa
 Solo sabes suspirar.
 Levanta. *(Le hace levantar.)*
 Deja de hacer
 En ese rincón el buho,
 Y reneguemos á duo
 De esa funesta mujer.
 Toma parte en mi rabieta,
 Y pues tanto me ultrajó,
 Llámala tú como yo
 Frívola, falsa, veleta.
 Por mucho que tú te asombres

De su garbo sin segundo,
 Di que Dios la ha echado al mundo
 Para acabar con los hombres.
 Dí conmigo, pues me mata:
 «Mujer inicua y sin fe,
 ¡Permita Dios que te dé
 Veinte arañazos la gata!»
Amad. No le haré yo tal agravio;
 No tomaré tal venganza.
 Solo para su alabanza
 Osaré mover el labio.
 Mientras con saña importuna
 Te quejas de su desvío,
 Yo la pondré, primo mío,
 En los cuernos de la luna.
 Diré que eclipsa la gloria
 De Cleopatra, de Lucrecia,
 Y de aquella que en la Grecia
 Dejó perpétua memoria.
 Diré que es cual otro Eden
 Aquel rostro afable, hermoso.
 Diré que es grato y sabroso
 Hasta su mismo desden.
 Con tierna solicitud,
 Si tanto puede mi acento,
 Encomiaré su talento,
 Ensalzaré su virtud.
 Diré que es dulce, sencilla,
 Cuérda, apacible, donosa;
 Y diré en verso y en prosa
 Que es la octava maravilla.
Mart. ¡Qué fuego! ¡Qué ponderar!
 Estoy de oírte pasmado.
 O la vidua te ha flechado,
 O yo no sé qué pensar.
Amad. ¡Ah! Sí; mi pecho la adora,
 Y en él su imagen grabada...
Mart. ¡Mire usted con que embajada
 Me sale el primito ahora!
 Yo bien decía entre mí:
 Este pisó mala yerba;
 Pero es tanta tu reserva...
 Nunca obsequiarla te vi...
 Yo atendía á mi negocio,
 Y con mi afán no advertía...
 Pues escucha: juraría
 Que tenemos otro socio.
Amad. ¡Otro! ¿Y quién?
Mart. Don Agapito.
Amad. Sí; pero en vano porfía.
Mart. Querer á ese hombre sería
 Imperdonable delito;
 Bien lo conozco. No obstante,
 Como amor todo es chiripas...
Amad. ¡Qué! ¡Si dá dolor de tripas
 Solo el mirar su semblante!
 Menospreciarle debemos,
 Porque á un bicho tan cuitado

Le honraria demasiado...
Mart. Calla que aquí le tenemos.

ESCENA VIII.

DON MARTIN, DON AMADEO, DON AGAPITO.

Agap. Todo Madrid he corrido
(Con un cucurucho de dulces.)
 Por traer de los mejores,
 Hasta que al fin... ¡Oh, señores!—
 ¿Y Marcela? ¿Dónde ha ido?
(Don Martín y don Amadeo rodean á don Agapito, y le hablan con mucho misterio.)
Mart. A una solemne función.
Agap. ¿A estas horas? No sospecho...
Amad. Está postrada en su lecho...
 La viuda de Agamenón.
Agap. ¡Eh, señores! Esa chanza...
Mart. No es ilusión.
Amad. ¡Oh maldad!
 ¡Oh perfidia!
Mart. ¡Oh liviandad
 Que está clamando venganza!
Agap. Vaya; basta de tramoya,
 Que es para aspar á cualquiera...
Mart. ¡Oh Atrida! ¡Mas te valiera
 Haber fenecido en Troya!
Agap. ¡Pues digo que es buen humor...!
Amad. ¡Ay, señor don Agapito,
 Tres de una vez! ¡Oh delito!
Mart. ¡Y el uno es negro! ¡Qué horror!!!
Agap. Véame yo confundido
 Si entiendo un solo vocablo.
Amad. ¡Silencio!
Agap. Pero ¿qué diablo...?
Mart. ¡Chist!... Clitemnestra ha parido.
Agap. ¿Clitemnestra? Por mi abuela...
Mart. ¿Quiere usted que lo repita?
Agap. ¡Ah! Ya entiendo. La gatita,
(Dando palmadas.)
 La gatita de Marcela.
 ¡Por vida...! Me alegro mucho.
 Voy corriendo; voy á ver...
 Señores... *(Despidiéndose.)*
Mart. ¿Puedo saber
 Qué encierra ese cucurucho?
Agap. Son bombones, capuchinas,
 Almendras garapiñadas,
 Yemas acarameladas,
 Y pastillas superfinas.
 ¿Gusta usted, don Amadeo?
 ¿Y usted...?

Mart. La ventura alabo.
 De don Agapito. ¡Bravo!
 Ya hay dulces para el bateo.
 Corra usted...
Amad. Corra usted; sí.
 Mi enhorabuena le doy.
Mart. Cuidarla mucho.
Agap. Voy, voy.—
 El negrito para mí.

ESCENA IX.

DON MARTIN, DON AMADEO.

Mart. ¿Has visto, primo, en tu vida
 Mas ridiculo animal?
Amad. Ya se iba amoscando un poco.
Mart. ¡Oh! Y si él se enoja es capaz...
 De caerse muerto.—Pero
 Dejémosle acariciar
 A su Clitemnestra, y vamos
 A otra cosa mas formal.
 Con que ¿amas á la viudita?
Amad. ¿Y quién, oh primo, verá
 Tantas gracias en su rostro,
 Quién su talle celestial
 Sin sentir dentro del pecho
 Un amoroso volcan?
Mart. A mí tambien me ha gustado
 Mas de lo que es regular;
 Y por cierto que no esperaba,
 Que fueses tu mi rival.
 Yo creí que satisfecho
 Con merecer su amistad,
 No aspirabas á la dulce
 Coyunda matrimonial.
Amad. Tampoco yo imaginaba
 Que fueses tú su galán.
Mart. Poeta y amar de veras;
 ¡Es cosa particular!
Amad. ¿Y qué diremos de ti,
 Andalúz, y capitán?
Mart. Como que iba yo á pedirte
 Me hicieses un madrigal
 Para pintar á Marcela
 Mi dulce cautividad.
Amad. Yo me iba á valer de ti
 Para decirle mi afán.
Mart. Pues querernos á los dos
 No es posible.
Amad. Claro está.
Mart. Dejarla es duro; matarnos...
 Sería una necedad.—
 ¿Qué haremos?
Amad. Querido primo,
 Ya sabes tú cuán fatal
 Soy en amores. La adoro.

Solo la tumba podrá
De mi triste corazón
La activa llama apagar;
Mas, sea que no merezco
Tan peregrina beldad,
Sea que con tantos ayes
La he llagado á fastidiar;
Bien conozco que Marcela
No será mia jamás.
Tú sabes mejor que yo
La ciencia de enamorar.

Yo soy tímido en extremo;
Tú eres en extremo audaz:
A mí no me dá esperanzas;
Acaso á ti te las dá.

Yo te cedo su conquista:
Sí, Martín; y de este umbral
Apartado para siempre,
Triste, desvalido, ¡ay!
Lloraré mi desventura
En amarga soledad.

Mart. ¡Ah, ah...! Déjame reir.

Amad. Con que estoy para espirar,
¿Y te ries?

Mart. No hay cuidado:
Pronto te consolarás,
Que amores inconsolables
No son fruta de esta edad.

Amad. ¡Cómo! ¿Tú dudas, Martín,
Que mi amor...?

Mart. No dudo tal;
Pero hablemos con franqueza,
Pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras;
Mañana suspirarás
Por otra.

Amad. Yo soy sensible:
Yo no vivo sin amar.

Mart. Pues por eso mismo es fácil

Que rinda tu voluntad
Otra Filis, ú otra Laura,
Amartelado zagal.—

Tres damas te he conocido
Desde el día de San Juan.
La cuarta es Marcela.—Vamos,
Dime ahora la verdad:

¿No te atreves con la quinta?
¿No hay en tu pecho lugar
Para hospedarla? ¿Qué diablos!
Aunque sea en el zaguan.

Amad. Aun me harás reir, Martín;
Y eso es una iniquidad.

Mart. Yo también amo á Marcela;
Pero amo á lo militar:
Reservándome algun tanto
De juicio y de libertad,
Por si hay que volver la grupa

Hacia el cuartel general.
Cuando la veo me inflamo,
Pierdo la chaveta, y mas
Si me esgrime aquellos ojos
Que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
Su mano, fuera el mortal
Mas dichoso; pero, amigo,
No me dejaré enterrar
Como amante de novela
Si calabazas me da.

Amad. Pero en suma, ¿qué partido
Tomaremos?

Mart. Declarar
Formalmente nuestro amor
A la viuda, y cada cual
Ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
Que ella nos anima á todos
Con su carácter jovial.

Manos á la obra, Amadeo.
¡Al grano! Que lo demás
Es perder tiempo. Al que venza
Su fortuna le valdrá,
Y el que quedare vencido
Ceda el campo á su rival.

Amad. Pues lo quieres, me conformo.

Mart. Entre tanto dame acá
Esos cinco. Siempre amigos.

Amad. Siempre amigos.—Y del tal
Don Agapito ¿qué hacemos?

Mart. Declararle sin piedad
La guerra; mortificarle;
Perseguirle y no parar
Hasta echarle de esta casa;
Que aunque él es moro de paz,
Y no puede desbancarnos

Semejante orangutan,
Sin embargo, será útil...

Amad. ¿Para qué?

Mart. Para estorbar.—
Sígueme; vamos á casa,
Y dispondremos el plan
De ataque. (Mucho me engaño,
O la hago capitular.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON TIMOTEO, MARCELA.

Tim. Pues hemos quedado solos,
Ven; sentémonos aquí,
Sobrinita.

Marc. Está muy bien. (Se sientan.)
¿Qué me quiere usted decir?

Tim. Muerto, ó difunto, tres años
Hará el día de San Luis,
Tu marido, tu consorte,
Tu esposo don Valentín,
Eres viuda, pero viuda
Todavía en el abril;
Quiero decir, en la flor
De tus años. ¿No es así?

Marc. Cierto. (¿Adónde irá á parar?)

Tim. Aunque en edad juvenil,
Por tu estado, tu talento,
Tu independencia, y en fin,
Porque te dan tus haciendas
Una renta de dos mil
Y quinientos pesos fuertes,
Que hoy día es un Potosí,
Eres hábil, apta, idónea,
Segun el fuero civil;
Digamos, segun las leyes
Y costumbres del país.
Para hacer lo que te agrade
De tu persona gentil.

Marc. Pero...

Tim. Sentado y supuesto

Que tienes maravedís;
Esto es, dinero, caudal
Para poder subsistir...
Digamos...

Marc. Al grano, tío.

Tim. Aunque no es tampoco ruin,
O, si se quiere, mezquina,
Cicatera, baladí
Mi fortuna, pues poseo,
Gozo y disfruto en Madrid
Seis mil ducados anuales,
Que no es un grano de anís;
No te hago ninguna falta;
No necesitas de mí.
Pero apenas cinco lustros
Acabas tú de cumplir,
O sean veinte y cinco años;
Y supuesto que en monjil
No se han de trocar tus galas

Y, si no quieres mentir,
Una voz dentro del pecho
A nueva amorosa lid
Te está brindando; Marcela,
Sobrina, por San Dionís,
Al yugo del himeneo
Vuelve á humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
Antes que llegue al confín,
Al término de mi vida,
Que ya la tengo en un tris,
Véame yo en tus hijuelos
Renacer, reproducir,
Ya que no pueda en los míos
Por culpa de mi Beatriz,
Que en gloria descansa, aunque ella
Me echaba la culpa á mí.

Marc. Aun no soy tan vieja, tío,
Que me tenga sin dormir
El ansia de pronunciar
En los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
Lo mismo aquí que en París,
Es de la mujer apoyo,
Como el olmo de la vid;
Pero aunque tanta viudez
Ya me empezase á aburrir,
Porque insensible no soy
Cual figura de tapiz,
Eso de casarse, tío,
No se hace así como así.
¿He de pregonar mi mano
A són de caja y clarín?

Tim. No digo tal. ¡Dios me libre
De pensamiento tan vil,
Porque vale mas tu mano
Que el imperio marroquí!
Quédese para las feas
El descaro y el ardid;
O sea... ¡Cuántos habrá
Que suspiren entre sí;
Quiero decir, en silencio,
Por enlazar, por unir
Su destino con el tuyo!
Ahí tienes á don Martín,
Al capitán, que delira,
Bebe los vientos por tí,
Marc. ¿De veras?

Tim. Si; me lo dijo
Sobre mesa, y no en latín,
Porque, como al fin criado
En la orilla del Genil,
Tiene un desparpajo... Y vaya,
Que no es cosa de escupir,
De menospreciar... Treinta años;
Hombre fuerte, varonil;
Capitán de artillería;
Con haciendas en Coín,

Solo la tumba podrá
De mi triste corazón
La activa llama apagar;
Mas, sea que no merezco
Tan peregrina beldad,
Sea que con tantos ayes
La he llagado á fastidiar;
Bien conozco que Marcela
No será mia jamás.
Tú sabes mejor que yo
La ciencia de enamorar.

Yo soy tímido en extremo;
Tú eres en extremo audaz:
A mí no me dá esperanzas;
Acaso á ti te las dá.

Yo te cedo su conquista:
Sí, Martín; y de este umbral
Apartado para siempre,
Triste, desvalido, ¡ay!
Lloraré mi desventura
En amarga soledad.

Mart. ¡Ah, ah...! Déjame reir.

Amad. Con que estoy para espirar,
¿Y te ries?

Mart. No hay cuidado:
Pronto te consolarás,
Que amores inconsolables
No son fruta de esta edad.

Amad. ¡Cómo! ¿Tú dudas, Martín,
Que mi amor...?

Mart. No dudo tal;
Pero hablemos con franqueza,
Pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras;
Mañana suspirarás
Por otra.

Amad. Yo soy sensible:
Yo no vivo sin amar.

Mart. Pues por eso mismo es fácil

Que rinda tu voluntad
Otra Filis, ú otra Laura,
Amartelado zagal.—

Tres damas te he conocido
Desde el día de San Juan.
La cuarta es Marcela.—Vamos,
Dime ahora la verdad:

¿No te atreves con la quinta?
¿No hay en tu pecho lugar
Para hospedarla? ¿Qué diablos!
Aunque sea en el zaguan.

Amad. Aun me harás reir, Martín;
Y eso es una iniquidad.

Mart. Yo también amo á Marcela;
Pero amo á lo militar:
Reservándome algun tanto
De juicio y de libertad,
Por si hay que volver la grupa

Hacia el cuartel general.
Cuando la veo me inflamo,
Pierdo la chaveta, y mas
Si me esgrime aquellos ojos
Que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
Su mano, fuera el mortal
Mas dichoso; pero, amigo,
No me dejaré enterrar
Como amante de novela
Si calabazas me da.

Amad. Pero en suma, ¿qué partido
Tomaremos?

Mart. Declarar
Formalmente nuestro amor
A la viuda, y cada cual
Ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
Que ella nos anima á todos
Con su carácter jovial.

Manos á la obra, Amadeo.
¡Al grano! Que lo demás
Es perder tiempo. Al que venza
Su fortuna le valdrá,
Y el que quedare vencido
Ceda el campo á su rival.

Amad. Pues lo quieres, me conformo.

Mart. Entre tanto dame acá
Esos cinco. Siempre amigos.

Amad. Siempre amigos.—Y del tal
Don Agapito ¿qué hacemos?

Mart. Declararle sin piedad
La guerra; mortificarle;
Perseguirle y no parar
Hasta echarle de esta casa;
Que aunque él es moro de paz,
Y no puede desbancarnos

Semejante orangutan,
Sin embargo, será útil...

Amad. ¿Para qué?

Mart. Para estorbar.—
Sígueme; vamos á casa,
Y dispondremos el plan
De ataque. (Mucho me engaño,
O la hago capitular.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON TIMOTEO, MARCELA.

Tim. Pues hemos quedado solos,
Ven; sentémonos aquí,
Sobrinita.

Marc. Está muy bien. (Se sientan.)
¿Qué me quiere usted decir?

Tim. Muerto, ó difunto, tres años
Hará el día de San Luis,
Tu marido, tu consorte,
Tu esposo don Valentín,
Eres viuda, pero viuda
Todavía en el abril;
Quiero decir, en la flor
De tus años. ¿No es así?

Marc. Cierto. (¿Adónde irá á parar?)

Tim. Aunque en edad juvenil,
Por tu estado, tu talento,
Tu independencia, y en fin,
Porque te dan tus haciendas
Una renta de dos mil
Y quinientos pesos fuertes,
Que hoy día es un Potosí,
Eres hábil, apta, idónea,
Segun el fuero civil;
Digamos, segun las leyes
Y costumbres del país.
Para hacer lo que te agrade
De tu persona gentil.

Marc. Pero...

Tim. Sentado y supuesto

Que tienes maravedís;
Esto es, dinero, caudal
Para poder subsistir...
Digamos...

Marc. Al grano, tío.

Tim. Aunque no es tampoco ruin,
O, si se quiere, mezquina,
Cicatera, baladí
Mi fortuna, pues poseo,
Gozo y disfruto en Madrid
Seis mil ducados anuales,
Que no es un grano de anís;
No te hago ninguna falta;
No necesitas de mí.
Pero apenas cinco lustros
Acabas tú de cumplir,
O sean veinte y cinco años;
Y supuesto que en monjil
No se han de trocar tus galas

Y, si no quieres mentir,
Una voz dentro del pecho
A nueva amorosa lid
Te está brindando; Marcela,
Sobrina, por San Dionís,
Al yugo del himeneo
Vuelve á humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
Antes que llegue al confín,
Al término de mi vida,
Que ya la tengo en un tris,
Véame yo en tus hijuelos
Renacer, reproducir,
Ya que no pueda en los míos
Por culpa de mi Beatriz,
Que en gloria descansa, aunque ella
Me echaba la culpa á mí.

Marc. Aun no soy tan vieja, tío,
Que me tenga sin dormir
El ansia de pronunciar
En los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
Lo mismo aquí que en París,
Es de la mujer apoyo,
Como el olmo de la vid;
Pero aunque tanta viudez
Ya me empezase á aburrir,
Porque insensible no soy
Cual figura de tapiz,
Eso de casarse, tío,
No se hace así como así.
¿He de pregonar mi mano
A són de caja y clarín?

Tim. No digo tal. ¡Dios me libre
De pensamiento tan vil,
Porque vale mas tu mano
Que el imperio marroquí!
Quédese para las feas
El descaro y el ardid;
O sea... ¡Cuántos habrá
Que suspiren entre sí;
Quiero decir, en silencio,
Por enlazar, por unir
Su destino con el tuyo!
Ahí tienes á don Martín,
Al capitán, que delira,
Bebe los vientos por tí,

Marc. ¿De veras?

Tim. Si; me lo dijo
Sobre mesa, y no en latín,
Porque, como al fin criado
En la orilla del Genil,
Tiene un desparpajo... Y vaya,
Que no es cosa de escupir,
De menospreciar... Treinta años;
Hombre fuerte, varonil;
Capitán de artillería;
Con haciendas en Coín,

Y en Loja, y en Antequera;
Noble como el mismo Cid,
Franco, alegre... Para esposo,
Vamos, no hay mas que pedir. —
¡Ah, picaruela! ¿Te ries?
El se ha valido de mi...

Marc. Pero...

Tim. Entiendo. Tu modestia,
Tu rubor... ¡Oh, qué sutil,
Qué sagaz soy yo, qué fino
Para esto de descubrir,
Adivinar, sorprender
Un secreto femenino!
Esto es hecho. Ahora á tus solas...
Adios. Me voy al jardín.
Echaré pan á los peces,
Y subiré perejil
Para mañana. ¡Qué boda!
¡Qué brillante porvenir!
Serás muy afortunada,
Muy dichosa, muy feliz.

ESCENA II.

MARCELA.

¡Pues! Porque ve que me rio
Ya se va tan satisfecho;
Ya presume que mi pecho...
¡Qué original es mi tío!
Sensible soy como todas;
No me pienso emparedar,
Pero me pongo á temblar
Con solo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
Con mi dulce libertad,
Y temo hallar en verdad
Un tirano en un esposo.
Mas si al fin como mujer
Me es forzoso sucumbir,
Ya que yo le he de sufrir,
Yo me lo quiero escojer.

ESCENA III.

MARCELA, JULIANA.

Jul. ¡Buenas nuevas! El criado
De don Agapito ahora
Me acaba de dar, señora,
Este billete cerrado.

Marc. ¿Y á quién dirige esa esquela
El señor don Agapito?

Jul. Lea usted el sobrescrito.

Marc. « Para la hermosa Marcela. »
(Toma el billete, y lee el sobre.)

Extraño, por vida mia,
Que un papel quiera enviarme
Un hombre que puede hablarme
A cualquier hora del dia.

Jul. Faltándole atrevimiento
Para hablar, la cosa es clara,
En ese papel declara
Su amoroso pensamiento;
Pues, por mucho que presume
De la victoria, es constante
Que maneja todo amante
Mejor que el labio la pluma.
Sí; carta es de amor.

Marc. Lo creo,
Porque me dijo no ha mucho...

Jul. Ya con impaciencia escucho.
Abra usted pues.

Marc. Abro y leo.

« Adorable y adorada Marcelita, unidos
nuestros corazones por los ocultos resortes
de mágica armonía, como los sonos del
trombon se acuerdan con los ecos del violin
cuando marcan los compases de una con-
tradanza con melodiosa cadencia... »

¡Buen principio! Esto promete.
Me pasma tanta elocuencia.

Jul. Con melodiosa cadencia...
Vale un mundo ese billete.

Marc. « Dias há que nuestros ojos son
los únicos intérpretes de nuestra reciproca
ternura; pero ha tomado tal incremento la
mia que ya no la puedo contener en los li-
mites de mi silencio, aunque expresivo y
elocuente. Un poeta misántropo y calentu-
riente, un militar atolondrado y hablador
la bloquean á usted y, envidiosos de mi
ventura, parece que se empeñan en secues-
trar mis amores. Declaro pues por escrito,
desesperado de poderlo hacer de palabra,
que mi gusto por la danza, mi pasión por
la moda, mi fanatismo por las sedentarias
é inocentes labores del bello sexo, á que
usted pertenece y con el cual aspiró á
identificarme, y últimamente mi afición á
las pastillas de coco y á los merengues, no
embelesan tanto mis sentidos como una
sola mirada de la interesante Marcela. Arda
pues para nosotros la antorcha de Himeneo,
y envidien todos los elegantes de Madrid al
derretido y amartelado

Agapito Cabriola y Bizcochea. »

Jul. ¡Oh qué meliflúo papel!

Marc. Su lectura causa tedio.

ESCENA V.

MARCELA, JULIANA.

Marc. ¿Qué hay?

Jul. De recibir acabo

Dos cartas mas. ¡Qué fortuna!
Don Martín manda la una,
La otra el poeta. ¡Bravo!
También esperan respuesta
Los criados de los dos.

Marc. Dame, dame, Santo Dios,
¿Qué conspiración es esta?

Jul. ¡Bueno! ¿Qué hace usted con tres
Declaraciones ahora?

Marc. Leamos. « A mi señora
Doña Marcela Cortés. »

Jul. (La veo en terrible aprieto.
¿Quién se llevará la torta?)

Marc. Esta á lo menos es corta.

« A Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano
Quien mas rendido tu belleza adora,
Pronto luciera la benigna aurora
Término á tu desden, que lloro en vano.

Mas ¡ay! jamás logré poder humano
Dar leyes al amor; jamás, señora,
Que, á poderlas dictar, mi pecho ahora
Se holgara de romper su yugo insano.

No con dulce esperar me lisonjeo:
Solo te pido en premio á mi ternura
El fatal desengaño que proveo,
Bien como en cárcel hórrida y oscura
Solía un tiempo el inocente reo
La muerte proferir á la tortura.

Amadeo Tristan del Valle. »

Jul. A ese no habrá quien le tilde
De vano y de presumido.

¡Qué modesto, qué rendido,
Qué respetuoso, qué humilde!

Marc. Si es cierto amor tan extraño,
Yo estoy muy comprometida,
Porque va á perder la vida
Si le doy un desengaño.

Jul. Pero es tan bello sugeto,
Tan amable...! Bien merece...
(Buena señal, que enmudece.)

Marc. Mucho me agrada el soneto.

Jul. Por fuerza ha de ser muy fiel
Quien tales sonetos fragua.

¡Eh, señora! Pecho al agua.
Decídase usted por él.

Marc. No es imposible que sienta

¡Qué novio para un remedio!

Jul. Pues calabazas en él.

Marc. Me enfada su presunción
Y su descaró inaudito.

¿Cuándo el tal don Agapito
Conquistó mi corazón?

Si á mi despecho tal vez
Sus visitas he sufrido,

Porque mi paciencia ha sido
Mayor que su estupidez;

Si su necia petulancia
Me ha dictado con razon

Algun elogio burlon
Que ha convertido en sustancia;

Si, como hago con cualquiera
Por no poderlo evitar,

Mi mano le suelo dar
Al subir una escalera;

Si sufro, por no hacer dengues
Sobre lo que nada vale,

Que alguna vez me regale
Caramelos y merengues;

No le autorizo por esto
A tan extraña osadía;

Ni mi amor jamás pondría
En hombre tan indigesto.

Jul. ¡U! Me da dolor de muelas:
De mirarle me empalago.

Déle usted carta de pago
Y vaya á las covachuelas (1).

Marc. No pasará de esta noche,
Puesto que á tanto se atreve.

Ya que el demonio me lleve
Quiero que me lleve en coche.

Jul. ¿Y qué le digo al criado
Que espera contestación?

Marc. Le dirás que á la oración...
(Suena una campanilla.)

Anda á ver quien ha llamado.

ESCENA IV.

MARCELA.

¡Posible es que así se engría
Con mi pretendido amor!

¿Yo su esposa? Antes ¡qué horror!
La mano me cortaría.

Yo le haré con mis desprecios...
Señor, ¡que no ha de poder

Ser amable una mujer
Sin que la persigan necios!

(1) Tonduchos subterráneos donde principalmente se
vendían juguetes para niños. Existían bajo las gradas
de San Felipe el Real y desaparecieron cuando este
monasterio fué demolido.

Lo que me dice.

Jul. Pues ya.

Marc. Pero el soneto quizá
Se ha escrito para cuarenta.

Jul. Con tal marido yo espero...

Marc. Después de la bendición
Suele volverse león

El más tímido cordero.

Jul. Mi corazón se conmueve,
Y á ser la cosa conmigo...

Marc. Confieso que es el amigo
Que más aprecio me debe;

Más casarme...

Jul. ¡Voto á san...!

Si no nos aventuramos,

Señora mía...

Marc. Leamos

(Después de un momento de reflexión.)

La carta del capitán.

« Amable Marcelita: esta tarde me hubiera declarado verbalmente á no haberme impedido el parto de *Clitemnestra*. Me dejó usted plantado por una gata... »

Aunque nada hay malo en esto,
Nunca tan frívola fui.

Para escaparme de aquí

Me valí de aquel pretexto;

Porque estaba ya en un potro,

Y no podía sufrir

Al uno por su gemir,

Y por su charlar al otro.

« Pero yo no lo atribuyo á desprecio, sino á un capricho, á una chanza, ó tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos.— Ya es tiempo de explicarme.

Treinta años hace que soy soltero; y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el más espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque siempre he sido curioso, y porque empiezo á cansarme de andar, como suelen decir, á salto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohíben hostilizar la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros más afortunados disfrutan *gratis*. — Me canso de lidiar con patronas y lavanderas. — Por otra parte, cuando yo nací mi padre fué lo que yo no

he sido todavía; y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por estas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mía? Talento, gracia, hermosura... ¡Cuántos presagios de ventura matrimonial! — Aunque creo que no me mira usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupo en ese corazón; pero me parece que no haría usted ningún disparate en casarse conmigo, porque, sin vanidad, me atrevo á ser tan buen consorte como el primero.

Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza á su resuelto pretendiente
Q. S. P. B.

Martin Campana y Centellas.

¡Epístola singular!

¿Has visto un novio más brusco?

Jul. Por cierto que el hombre es chusco.

¡Qué modo de enamorarse!

Marc. Alabo su buen humor

Y su carta me dá gozo,

Que al fin es soberbio hablador.

Jul. Y muy soberbio hablador.

Marc. Más con gracia.

Jul. No ha de ser

Por mi voto el preferido.

¡Dios me libre de un marido

Que hable más que su mujer!

Marc. Con que ¿no te agrada?

Jul. No.

Yo le haría mil desdenes.

Marc. Juliana, mal gusto tienes.

¿Y si le escogiera yo?

Jul. Preciso es que la chaveta

Perdiera usted, ama mía.

A quien yo preferiría

Es al poeta.

Marc. El poeta...

Si...

Jul. Yo hablo sin interés.

Ello, usted se ha de casar.

Marc. ¡No me dejan respirar!

Jul. Vamos, ¿á cual de los tres...?

Marc. Poco á poco. ¿Es puñalada

de picarot? Loca estoy.

¡Tres á un tiempo! Se lo doy,

Juliana, á la más pintada.

Jul. Pero ¿qué contestación

A los criados daré?

Marc. Que aquí vuelvan les diré

Sus amos á la oración.

Jul. Pues qué, ¿va usted á salir?

Marc. Voy á hacer una visita

Ahí arriba á doña Rita.

Jul. ¿No me quiere usted decir...?

Marc. Muy pronto, te lo prometo,

Todos mi elección sabrán.

(¡Qué franco es el capitán! —

¡Qué letrilla, y qué soneto!)

(*Se retira pensativa.*)

ESCENA VI.

JULIANA.

¡Mal haya tanto misterio!

Ahora iría con el chisme

A Gertrudis, si supiera...

¡Desgraciadas las que sirven

A estos señores que quieren

Que todo se lo adivinen! —

Vamos, no dirá el poeta

Que Juliana es insensible

A su regalo. — Y presumo

Que la viuda le distingue. —

Por otra parte, yo temo

Que la balanza se incline

A don Martín. — Esta duda

Tanto me aburre y me aflige,

Como si fuera yo alguno

De los tres novios insignes. —

Con esto, y con que después

Se la lleve el alféñique

De don Agapito... ¡Oh! No.

¡Qué locura! No es posible. —

¿Quién se acerca? — El es.

ESCENA VII.

JULIANA, DON AGAPITO.

Agap. Juliana,

Muy buenas tardes.

Jul. Felices.

Agap. Yo sé que tu ama ha leído

Mi billete. Dime, dime...

Jul. Le cita á usted...

Agap. Ya lo sé.

¡Si me lo ha dicho Felipe!

Pero yo estoy impaciente...

Y es preciso que averigüe...

Jul. También ha citado...

Agap. ¿A quién?

Jul. Al poeta.

Agap. ¿Qué me dices?

¿Se ha declarado por fin?

Jul. Sí, señor.

Agap. ¡Mire usted!

Jul. Item.

Comparecerá también

A su tribunal temible

El capitán don Martín,

A fin de que se administre

Recta justicia á los tres

Agap. ¡Bien! Comparecencia triple.

¿Es concurso de acreedores? —

Con tal que á mí me adjudiquen

La hipoteca... ¡Oh! ¿Quién lo duda?

Me alegro de que nos cite

A un tiempo á los tres. Mi triunfo

Así será más plausible,

Más solemne, y mis rivales...

¿Cuánto voy á divertirme! —

Di: ¿cómo, cómo leyó

Mi carta? Con apacible

Sonrisa, con cierta... Aguarda:

¿Te gustan los diabolines?

Aun tengo...

Jul. No soy golosa.

Agap. ¿Qué le ha parecido el simil...?

Jul. No entiendo.

Agap. La consonancia

De trombones y violines

Comparada á nuestro amor.

Mi pensamiento es sublime.

¿Lo celebré? (*Va oscureciendo.*)

Jul. Sí por cierto;

Soltando el trapo á reirse

Como yo.

Agap. Pues, de alegría.

Y dime: ¿tú no advertiste

Palpitación en su pecho,

Y así..., un rubor...?

Jul. ¡Oh, qué chinche!

Excuse usted las preguntas,

Porque yo no he de decirle

Ni una palabra.

Agap. Está visto:

Sin duda se me apercibe

Alguna dulce sorpresa.

¡Oh! Pero yo soy muy lince.

Jul. Al más lince se la pegan.

Agap. ¡Oh! Lo que es á mí es difícil. —

Hablemos claros: yo sé

Que Marcela se desvive

Por mí, y esos mentecatos

En vano, en vano compiten

Conmigo.

Jul. Tengo que hacer;

Y si usted me lo permite...

Agap. Anda con Dios. — ¡Ah! te ofrezco

Para cuando se realice

Mi casamiento...

Jul. ¿Un vestido?

Agap. Una libra de confites.

Jul. Mil gracias por la fineza.

(Mala vibora te pique.)

ESCENA VIII.

DON AGAPITO.

¡Bravo! La victoria es mía.
Esta noche se despiden
Mis rivales y, no bien
Me dejen el campo libre
Trataremos de la boda.
A medio día convite
Gastronómico; á la noche
Gran concierto, baile... Envidien
Mi fortuna los que tanto
Con sus bromas me persiguen;
Los que me llaman enclenque
Y fátuo y... Yo sé el *busilis*
Mejor que nadie; y mujer
Que á mis gracias no se rinde
Bien puede decir... ¡Qué veo!
Allí vienen el belitre
De don Martín y su primo
Don Amadeo. ¡Infelices!

ESCENA IX.

DON AGAPITO, DON MARTIN, DON AMADEO.

Mart. No puede tardar. Aquí
La aguardaremos.
Amad. ¡Terrible
Momento!
Mart. Don Agapito. (*En voz baja.*)
Hagamos lo que te dije.
¡Duro en él! Yo por un lado;
Tú por otro.
(*Se acerca á don Agapito y le da una fuerte
palmada en el hombro.*)
Don Melindre,
Buenas noches.
Agap. Poco á poco.
No quiero que me acaricien
De ese modo.
Amad. Buenas noches.
(*Por el lado opuesto haciendo lo mismo.*)
¿A cómo van los anises?
Agap. ¡Eh, que mis hombros no son
De piedra!
Mart. No; son de mimbre;
Ya lo sé; pero mi afecto...
Agap. Bueno está que usted me estime;
Pero...
Amad. ¡Cuidado, que soplan
Unos vientos muy sutiles,
Y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se euide.

Agap. Pero, señores, ¿qué diablos...?
Quiero que ustedes descifren...

Mart. Guárdese usted del sereno.
Agap. Pero aunque yo me constipe,
¿Qué le importa á nadie?
Mart. Vamos;
El que de esto no se rie
No tiene gusto.
Agap. ¡Señores!...
Mart. Oye para que te admires.
Ese apéndice...
Agap. ¿Qué frases!
No; pues como yo me irrite...
Mart. Quiere casarse.
Amad. ¿De veras?

No haga usted caso. Son chistes
De mi primo. ¡Usted casarse!
Agap. Si, señor. ¡Y quién lo impide!
Mart. Y con Marcela. ¡Ahí es nada!
Agap. ¡Bueno es que ustedes me priven...
Mart. Hombre, no sea usted fatuo.
Amad. Hombre, no sea usted simple.
Mart. ¿Dónde se ha metido usted?
Amad. Mejor es que se retire
Con sus honores...
Agap. ¿Por vida...!

Desde que tengo narices
No me he visto...
Mart. ¿Quiere usted
Con esa traza de tiple
Enamorar á Marcela?
Si fuera entonar un *kyrie*...
Agap. ¡Oiga usted...!
Amad. ¿Marido un *quidam*
Que padece de raquitis!
Mart. Si usted se casa..., perdone
Que su fin le pronostique;
No vive usted veinte días.

Amad. ¿Qué veinte días? Ni quince.
Agap. ¿Quiere ustedes dejarme?
Mart. ¡Vaya una figura triste!
Agap. Pero ¿hay valor para esto?
Amad. ¡Vaya una cara de tisis,
Que da gozo!
Agap. ¡Voto á bríos!
Amad. ¡Lindo mueble!
Mart. ¡Lindo dije!
Agap. ¡Me ahorcara!
Amad. ¡Vaya un apunte!
Mart. ¡Vaya un ente inverosímil!
Agap. Señores, basta de broma.
Mart. ¿Eh? ¿Quiere usted que me ex-
plique
De otro modo?
Amad. Mejor es.
Dejémonos de perfiles.
Renuncie usted á la mano
De Marcela.

Agap. Es imposible.
Mart. Deje usted de visitarla.
No es justo que nos fastidie...
Amad. Que nos estorbe...
Agap. Esas cosas
De ningun hombre se exigen;
Y primero...
Mart. ¿Con que usted
Gallea?
Amad. ¿Usted se resiste?
Mart. Pues véngase usted conmigo.
(*Tirándole de un brazo.*)
Amad. Pues veremos si usted riñe
(*Tirándole del otro.*)

Como habla. Sigame usted.
Agap. Señores, no me desquicien.
Mart. Déjale. Vamos al campo.
Amad. Es inútil que porfies.
Antes lidiará conmigo.
Agap. Pero entre Escila y Caribdis
¿Qué hago yo?
Mart. Suéltale.
Amad. Aparta.
Agap. ¡Por piedad, no me asesinen
Ustedes!
Mart. ¡Al campo!
Amad. ¡Al campo!
Agap. ¿Quién me socorre? ¡Ah, caribes!

ESCENA X.

DON AMADEO, DON AGAPITO,
DON MARTIN, DON TIMOTEO, JULIANA.

(*Don Martín y don Amadeo sueltan á don
Agapito.—Juliana trae luces.*)

Tim. ¿Qué es esto?
Jul. ¿Qué es esto?
Amad. Nada.
Tim. Esos gritos...
Mart. Una broma.
Agap. Pero broma muy pesada.
Mart. ¿Se pica usted, camarada?
Pues con su pan se lo coma.
Tim. ¿Picarse? ¡Qué disparate!—
Pero al oír tal debate
Yo pensaba, por mi abuelo,
Que se trataba de un duelo,
O desafío, ó combate.
Mart. ¡Qué! No, señor. Le hemos dicho
Que deje de pretender
A Marcela.
Tim. ¡Buen capricho!
Mart. Porque ella es mucha mujer
Para semejante bicho.
Agap. ¿No ve usted como me insultan?
Yo lo sufro...

Amad. Por desidia.
Agap. Mas si antes no me sepultan,
Marcela... En vano lo ocultan;
Se están muriendo de envidia.
Tim. ¡Silencio! Amigos ahora;
Luego, mas tarde, después...
Jul. Fuego de amor los devora;
Mas ya vendrá mi señora,
Y escogerá entre los tres.—
Oiga usted, don Amadeo.
(*Se lo lleva á un lado, y hablan aparte.
Lo mismo hace don Timoteo con don
Martín.*)
Hablé por usted á mi ama.
De usted será. Así lo creo.
Amad. ¡Fausto amor! ¡Dichosa llama...!
Mas ¡ay! te engaña el deseo.
Tim. Usted va á rendir el muro.
Mart. ¿Será mía?
Tim. Lo aseguro...
Mart. ¡Si vale usted un tesoro!
Tim. Lo afirmo y lo corroboro,
Y lo sostengo, y lo juro.
Agap. ¡Cuánto tarda! Me impaciente.
¡Oh! Con tisis, ó sin tisis,
Ya se verá... Pasos siento.
Jul. Ya está aquí.
Tim. Llegó el momento
Decisivo; esto es, la crisis.

ESCENA XI.

DON TIMOTEO, DON MARTIN, JULIANA,
MARCELA, DON AGAPITO,
DON AMADEO.

Tim. Bienvenida.
Amad. (¡Oh dulce vista!)
Marc. Caballeros, buenas noches.
Tim. Aquí tienes tres amantes;
O bien, tres adoradores,
Que solicitan, pretenden,
Anhelan ser tus consortes.
Todos tienen buenas prendas,
O cualidades, ó dotes;
Y es fuerza que alguno de ellos
Tu preciosa mano logre.
¿A cuál de los tres eliges?
¿A cuál de los tres escoges?
Marc. Declarados ya los tres,
El triste deber me imponen
Mi amistad, mi honor, mi estado
De decir á estos señores
Libremente mi sentir;
Y pues el poder del hombre,
Como ha dicho alguno de ellos,
No manda en los corazones,

Yo espero que sin rencor
A mi fallo se conformen.

Agap. Lo prometo.

Mart. Y yo tambien.

Amad. Y yo.

Marc. Tres declaraciones

He recibido esta tarde
Que me colman de favores.

Ahora bien; responderé

A todos tres por su orden.—

Don Agapito...

Agap. ¡Ay Marcela!

(Solo á mi me corresponde.)

Sus ojos lo están diciendo.)

Marc. Aunque me sobran razones

Para quejarme de usted,

Pues no sé cuándo, ni dónde

Le he dado yo fundamento

Para que tanto blasone

De mi soñado cariño...

Agap. Señora... yo...

Mart. Aquí se oye

Y se calla.

Marc. La indulgencia

Ha sido siempre mi norte;

Y mal puedo yo evitar

Que usted viva de ilusiones.

Le perdono su osadía.

Por lo que hace á sus amores,

Los agradezco en el alma,

Siquiera por los bombones

Que me regaló esta tarde;

Mas le ruego no se enoje

Si digo que para usted

Mi corazon es de bronce.

Agap. ¡Qué escucho!

Marc. No hay que afligirse.

Siendo tanto los primores

De esos piés y de esas manos,

Mujeres hay, mas de doce,

A las cuales un marido

Como usted, vendrá de molde,

Ya que yo no haga justicia

A un mérito tan enorme.

Pero le daré un consejo

Siempre que á mal no lo tome.

Si usted pretende, hijo mio,

Ser venturoso en amores,

Déjese de caramelos,

Robustezca sus pulmones,

Emancipe su cintura

Del corsé que se la come,

Déjese de figurines,

Déjese de rigodones;

Que el hombre ante todas cosas

Está obligado á ser hombre.

Agap. ¡Usted tambien! Vive Dios,

Que ya no hay paciencia...

Tim. ¡Pobre

Don Agapito! Si usted

Consiente en que yo le adobe,

Le cure, le restablezca,

Desencanije y entone...

Agap. Déjeme usted, que estoy hecho

Un tigre, un rinoceronte.

¡A mi tal desaire! ¡A mi...!

Estoy echando los bofes

De cólera y de... ¿Qué digo?

Eso quieren; que me amosque,

Y me desespere, y... No;

Que hay hermosuras mayores

Muertas por mí.—Si, señora;

Y porque usted me abochorne

No dejaré yo de ser

La delicia de la corte.

ESCENA XII.

MARCELA, DON AMADEO, DON MARTIN,
DON TIMOTE, JULIANA.

Jul. (Ese va ya despachado.)

Tim. ¡Qué estúpido es ese jóven,

Qué mentecato, qué nécio,

Y qué estólido, y qué torpe!

No; pues como no se enmiende,

O se corrija, ó reforme,

Le anuncio, le pronostico,

Le presagio mil sofiones;

¡Oh! y exequis prematuras,

Anticipadas, precoces.

Mart. Con que á quién le toca ahora?

Amad. (Yo tiemblo como el azogue.)

Marc. Al señor don Amadeo.—

Sentiré que le incomode

Mi franqueza. Yo le estimo

Como á un hermano. Son nobles

Sus sentimientos; su trato

El mas ameno; es muy dócil,

Muy fino, muy consecuente

Y me faltan expresiones

Para ensalzar su talento;

Mas, por mucho que me honre

Con su mano, nuestros gustos,

Nuestros genios son discordes.

El es serio, reflexivo,

Taciturno; y yo, señores,

Viva, alegre, bulliciosa.

Además, aunque él me adore,

Jamás podré conseguir

Que á las musas abandone...

Y tendré zelos de Erato,

De Talia y de Caliópe.

Mas ya que el hado no quiere

Que esposo mio le nombre,

ESCENA ULTIMA.

MARCELA, DON TIMOTE, DON MARTIN,
JULIANA.

Marc. Don Martin, ¿lloro ó me rio?

Porque á la verdad yo dudo

Lo que debo hacer.

Mart. Reir

Es lo mejor.

Tim. ¡Qué ex abrupto,

Qué descarga, que andanada,

Qué tempestad, qué diluvio

De quejas y de clamores,

De lágrimas y de insultos!

Marc. Pero ¿habrá perdido el juicio?

Mart. ¿Cómo, si nunca lo tuvo?

Ya ve usted; poeta... Pero

No hay cuidado: ese es un flujo

De palabras. El morir se

De amores ya no está en uso.

Tim. Ea, vamos; ya está visto

Que es tu novio, ó tu futuro,

Don Martin.

Jul. (¡Pobre poeta!)

Tim. Aplauo, celebros mucho,

Tu buena eleccion, tu acierto;

Quiero decir, tu buen gusto.

Mart. Si merezco tanta gloria

No habrá, señora, en el mundo

Quien no envidie...

Marc. Usted perdone,

Don Martin, si le interrumpo.

Confiese usted que no tiene

Todavía muy maduros

Los cascos para marido.

Aun no está usted muy seguro

De quererme solo á mí.

Aun están muy en tumulto

Esas pasiones; y yo,

Que no fui con mi difunto,

Muy dichosa, antes que humille

Otra vez mi frente al yugo

Lo miraré muy despacio.

Palabras que como el humo

Se disipan nada prueban,

Y á quien cumplió cinco lustros,

Don Martin, no se deslumbra

Con amorosos arrullos.

Aunque un poco atolondrado,

Usted, no lo dificulto,

Sería muy buen marido;

Mas dice un refran del vulgo

Que lo mejor de los dados

Es no jugarlos.

Mart. ¡Me luzco

Como hay Dios!

Mas tierna amiga que yo

No ha de hallar en todo el orbe.

Amad. ¿Amiga? ¡Qué profleres!

(Muy exaltado.)

¿Merece mi cariño tanto agravio?

¡Ah! Rompa ya mi labio,

Rompa el silencio, pues mi muerte

quieres.—

¡Oh tú, la mas cruel de las mujeres!

¡Oh tú, cuyos hechizos

Por mi destino aciago

Adoro á mi despecho!

¿Solo me ofreces de mi amor en pago

Yerta amistad? Arráncame del pecho

En donde está grabada,

Arráncame primero, ingrata, impia,

Tu imágen adorada.—

¡Ay! Mal que pese á tu desden infausto,

Cuando al dolor sucumba,

Y pronto gozarás en mi holocausto,

Conmigo aquí á la tumba

(Con la mano en el corazon.)

Descenderás ¡oh linda entre las lindas,

Y oh fiera entre las fieras la mas fiera!

La amistad apacible

Con que tú ahora ¡pérfida! me brindas

Tal vez se cambia en amorosa hoguera;

Mas ¿dónde el insensible,

Dónde está el corazon cobarde, helado,

Que á la amistad descende

Cuando en llama voráz Amor le en-

ciende?—

No, no. Sé mi enemiga,

Pues no merece el misero Amadeo

A par de ti ceñirse en los altares

La plácida corona de Himeneo.

En tanto mis pesares

Lejos de ti llorando, en la ribera

Del lento Manzanares,

Yo con voz lastimera

A los vientos daré tristes cantares.

¡Adios!

Marc. Pero oiga usted...

Amad. No. Ya es en vano.

Mart. ¡Primo...!

Tim. ¡Raras manías!

Mire usted, considere, reflexione

Que como no abandone...

Amad. ¿Ya va usted á ensartar sus pro-

fecias?

Cállese usted, y el diablo se le lleve.—

¡Adios, mujer aleve!

¡Adios por siempre! ¡Adios! Nuevo Ma-

cias

Victima moriré de tus rigores.

En tiernas elegias

Cantad, hijos de Apolo, mis amores,

Y en mi huesa llorad, ¡llorad, pastores!

Tim. Pero, sobrina...

Mart. Con que ¿tampoco hay indulto Para mi?

Marc. Perdone usted.
No es vanidad, no; lo juro,
La causa de este desvío
Con que á tres novios renuncio;
Pero amo mi libertad
Y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
Aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes, casi todos;
Para esposos... ¡abrenuncio!
Mi sexo me inclina á ellos;
Mi razon toma otro rumbo.
No se al fin quién vencerá,
Porque yo no soy de estuco.
Entre tanto ni desprecio
A los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
Mi corazon... á ninguno.

Mart. Esa franqueza me encanta;
Y sería un necio, un bruto
Si, ya que aspirar no puedo,
Aunque de amor me consumo,
A una mano tan preciosa,
No cifrase yo mi orgullo
En elogiar á Marcela
Y en llamarme esclavo suyo.

Jul. Con que ¿no se casa usted?

Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro
Sin el consuelo, el alivio,
El gusto, el placer...?

Marc. Presumo
Que así será.

Tim. Mas ¿por qué,
Por qué, mujer? Yo me aburro.

Marc. Boda quiere la soltera

Por gozar de libertad,
Y mayor cautividad
Con un marido le espera.
En todo estado y esfera
La mujer es desgraciada;
Solo es menos desdichada
Cuando es viuda independiente,
Sin marido ni pariente
A quien viva sojuzgada.

Quiero pues mi juventud
Libre y tranquila gozar;
Pues me quiso el cielo dar
Plata, alegría y salud.
Si pelagra mi virtud
Venceré mi antipatia,
Mas mientras llega ese dia
¿Yo marido? Ni pintado,
Porque el gato escarmentado
Huye hasta del agua fria.

Los humanos corazones
Ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mi;
Cualquiera por mis doblones.
Celibatos camastrones,
Buscad muchachas solteras,
Que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo:
Yo ya lo pagué; y de veras.

No perturbéis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;
Pero, á la verdad, os temo
Como la oveja al raposo.
Este es necio; aquel zeloso;
Avaro y altivo el uno;
Otro infiel; otro importuno;
Otro...

Mart. ¿Está usted dada al diablo?

Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo
Con todos y con ninguno.

ELENA,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 23 DE OCTUBRE
DE 1834 (1).

PERSONAS.

ELENA.
VICTORINA.
BLASA.
DOÑA CASILDA.
DON GERARDO.
EL MARQUÉS.
GINÉS.
EL CONDE.
REJON.

TORMENTA.
PANCHO.
PASCUAL.
UN PINTOR.
UN MÉDICO.
DON TADEO.
UN CARRETERO.
LADRONES.
CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado, y quinto en una cabaña á las inmediaciones de Ecija.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Gerardo.

ESCENA PRIMERA.

DON GERARDO.

Ya no hay freno á mi pasión;
Ya tanta debilidad

Me avergüenza; ya me canso
De gemir, de suplicar...
Mi esposa ha de ser Elena:
Lo he jurado; lo será.
¡Ay desdichada mujer
Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA II.

DON GERARDO, GINÉS.

Ginés. Señor...

Ger.

¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno romanticismo estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar también alguna ofrenda á las aras del ídolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición. Como desempeño esta tarea, objeto entonces de agrias censuras por una parte y excesivos elogios por otra, júzguelo el lector. Solo dira, y cree que esta colección lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo trascurrido mas de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los mas azarosos y turbulentos que

Tim. Pero, sobrina...
Mart. Con que ¿tampoco hay indulto
Para mi?

Marc. Perdona usted.
No es vanidad, no; lo juro,
La causa de este desvío
Con que á tres novios renuncio;
Pero amo mi libertad
Y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
Aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes, casi todos;
Para esposos... ¡abrenuncio!
Mi sexo me inclina á ellos;
Mi razon toma otro rumbo.
No se al fin quién vencerá,
Porque yo no soy de estuco.
Entre tanto ni desprecio
A los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
Mi corazon... á ninguno.

Mart. Esa franqueza me encanta;
Y sería un necio, un bruto
Si, ya que aspirar no puedo,
Aunque de amor me consumo,
A una mano tan preciosa,
No cifrase yo mi orgullo
En elogiar á Marcela
Y en llamarme esclavo suyo.

Jul. Con que ¿no se casa usted?

Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro
Sin el consuelo, el alivio,
El gusto, el placer...?

Marc. Presumo
Que así será.

Tim. Mas ¿por qué,
Por qué, mujer? Yo me aburro.

Marc. Boda quiere la soltera

Por gozar de libertad,
Y mayor cautividad
Con un marido le espera.
En todo estado y esfera
La mujer es desgraciada;
Solo es menos desdichada
Cuando es viuda independiente,
Sin marido ni pariente
A quien viva sojuzgada.

Quiero pues mi juventud
Libre y tranquila gozar;
Pues me quiso el cielo dar
Plata, alegría y salud.
Si pelagra mi virtud
Venceré mi antipatia,
Mas mientras llega ese dia
¿Yo marido? Ni pintado,
Porque el gato escarmentado
Huye hasta del agua fria.

Los humanos corazones
Ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mi;
Cualquiera por mis doblones.

Celibatos camastrones,
Buscad muchachas solteras,
Que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo:
Yo ya lo pagué; y de veras.

No perturbéis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;

Pero, á la verdad, os temo
Como la oveja al raposo.

Este es necio; aquel zeloso;
Avaro y altivo el uno;
Otro infiel; otro importuno;
Otro...

Mart. ¿Está usted dada al diablo?

Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo
Con todos y con ninguno.

ELENA,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 23 DE OCTUBRE
DE 1834 (1).

PERSONAS.

ELENA.
VICTORINA.
BLASA.
DOÑA CASILDA.
DON GERARDO.
EL MARQUÉS.
GINÉS.
EL CONDE.
REJON.

TORMENTA.
PANCHO.
PASCUAL.
UN PINTOR.
UN MÉDICO.
DON TADEO.
UN CARRETERO.
LADRONES.
CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado, y quinto en una
cabaña á las inmediaciones de Ecija.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Gerardo.

ESCENA PRIMERA.

DON GERARDO.

Ya no hay freno á mi pasión;
Ya tanta debilidad

Me avergüenza; ya me canso
De gemir, de suplicar...
Mi esposa ha de ser Elena:
Lo he jurado; lo será.
¡Ay desdichada mujer
Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA II.

DON GERARDO, GINÉS.

*Ginés, Señor...
Ger.*

¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno romanticismo estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar también alguna ofrenda á las aras del ídolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición. Como desempeño esta tarea, objeto entonces de agrias censuras por una parte y excesivos elogios por otra, júzguelo el lector. Solo dira, y cree que esta colección lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo trascurrido mas de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los mas azarosos y turbulentos que

Ginés. Desayunándose está.

Ger. Bien. No tardará en venir
Con su labor. — El fatal
Momento se acerca. Tiemblo.

Ginés. ¡Bobada! ¿Por qué temblais?

Ger. Ginés, solo en ti confío.

Ginés. ¡Oh! bien podeis confiar.

Ger. El celo con que me sirves

No olvidaré yo jamás.

Cuando todos me vendian

Tú solo fuiste leal;

Tú solo en mi larga ausencia.

No te gozaste en labrar

Mi deshonra, mi desdicha

Ginés. ¡ Señor, señor, por piedad.

No me abochorneis! Cumpli

Con mi deber. Nada más.

Ger. No bien descubrir lograste

Aquella intriga infernal,

La denunciaste á tu amo,

Que en la modestia falaz

De una mujer se faba.

Ginés. ¡ Ah, señor! La caridad

Con que la humana flaqueza

Debe un cristiano mirar,

La indulgencia y el sigilo

Me prescribían quizá.

Por otra parte, el amor

Que me debéis, mi lealtad,

Mi gratitud... ¡Fué preciso

A esa infeliz acusar!

Pero bien sabeis, señor,

Que no hubo mordacidad

En mi carta. ¡Dios me libre!

Referí de pe á pa

Lo sucedido; eso sí,

Pero sin acriminar

Al prójimo, que soy hombre

Yo tambien, y como tal

Puedo caer algun dia

En las garras de Satan.

Tranquila está mi conciencia,

Y solo tengo un pesar,

Que es haber sabido tarde,

Y cuando no había ya

Remedio, la mala accion

De vuestro indigno rival.

Dirán que pérfido fui

Con la cuitada. Es verdad.

Luego que partió de Utrera

El seductor capitán

A una urgente comision

Del servicio militar,

Logré hacerme confidente

De su víctima; y fué tal

Su candor, su buena fe,

Que tendria gran pesar

De haberla engañado luego,

Si para evitar un mal

No hubiera sido forzoso

Otro mas leve aceptar.

Temí vuestros justos zelos;

Temí que agudo puñal

La sangre de esa infeliz

Derramase; y, lo que es mas,

La vuestra. En tal situacion,

¿Qué mucho, pues, si sagaz

Interceptando las cartas

De la dama y del galán,

Fingiéndolas, y atizando

De la discordia infernal

La tea, allané el camino

De vuestra felicidad? —

Los medios son reprobables;

Mal lo pudiera negar;

Pero es muy cristiano el fin;

Pues se encamina á la paz,

Y á la dicha de mi amo,

De aquel que me da su pan;

De aquel... ¡Sea todo por Dios!

Lo mejor es olvidar

Lo pasado; y yo confío,

Puesto que tanto la amais,

Que vuestra hermosa sobrina

Al fin la mano os dará,

Y un matrimonio dichoso

Pondrá fin á tanto afán.

Ger. Tan lisonjera esperanza

No me atrevo yo á abrigar

En mi pecho todavía.

Tú sabes la frialdad

Con que siempre me ha escuchado

Cuando he querido insinuar

Mi designio de casarme

Con ella. Ya es un volcan

Dentro de mi alma el amor

Que me inspira su beldad,

Y retardar no me es dado,

O bien el golpe mortal

De un desengaño, ó la dicha

De llamarla ante el altar

Esposa mia. Esta carta

De su irritado galán

Tal vez en odio implacable

acaso ha conocido la humanidad. En el teatro del mundo positivo se han sucedido tantos y tantos dramas, ora terribles, ora ridículos, y tan abundantes en peripecias, no todas verosímiles, aunque demasiado ciertas, que el de hoy solia hacer olvidar el de ayer. Y si esto sucedia con realidades de tal trascendencia, no es mucho que dejasen poca ó ninguna huella en la memoria de algunos las fugaces invenciones de un poeta, y que la crítica, de ordinario superficial y apasionada, no haya seguido y observado á cada autor en todas las fases y vicisitudes de su vida literaria.

Tanto amor convertirá.
Parece que la he dictado
Yo mismo. Se la darás,
Y con destreza...

Ginés. Os comprendo.

(Tomando y guardando el papel.)

Obraré segun el plan
Convenido. Sin embargo,
Bueno fuera retardar
Algun tiempo...

Ger. No, Ginés.

Basta de suplicio ya.

Ginés. Quiera el cielo...

Ger. Si consigues

Inclinar su voluntad
Hacia mí, seré tu esclavo,
No tu señor. Mi caudal,
Mi vida...

Ginés. ¡Silencio!

Ger. ¿Viene?

Ginés. Sí, señor.

Ger. Voy á escuchar

Desde su cuarto. A su tiempo
Saldré...

Ginés. Sí. ¡ Pronto! Aquí está.

ESCENA III.

ELENA, GINÉS.

Ginés. ¡Pobre señorita! ¡Siempre,

Siempre llorando!

Elena. El encono

De mi estrella, buen Ginés,

Así lo quiere. Yo lloro,

Y entre tanto el hombre injusto

Ocasion de mi sollozos

Tal vez á otra desgraciada

Jura eterno amor. ¡ Mis ojos

Ya no volverán á verla!

La que en tiempo mas dichoso

Era su ídolo, quizá

Ya no le merece un solo

Recuerdo.

Ginés. En verdad, señora,

Militar, jóven, buen mozo,

Y en siglo tan corrompido,

No me causaria asombro

Su perfidia. Sin embargo,

Mientras no haya un testimonio

Que lo pruebe...

Elena. ¿Qué mas prueba

Que pasar un mes y otro

Sin escribirme? Al principio

Con mas compasion que enojo

Su silencio atribuía

A alguna dolencia. ¡Ay! ¡Cómo,
Cómo nos ciega el amor!
Pero tú sabes cuán poco
Duró mi error. Tú, que has sido
Mi consolador, mi apoyo,
Desde el dia que supiste
Mi secreto...

Ginés. Soy piadoso,
Señorita. Fui cristiano
Antes de ser mayordomo.

Elena. Tú escribistes á Badajoz
Donde se halla desde agosto
Su regimiento, y supiste...

Ginés. Que está muy sano y muy gordo
Don Gabriel; pero tal vez
Algun impensado estorbo...

No hay que perder la esperanza.

Acaso anhelando el logro

De sus deseos... Sabeis

Que antes de partir, ansioso

De unirse á vos pars siempre

En halagüeño consorcio,

Solicitó la debida

Real licencia, y si el negocio

No está corriente, sin duda

Habrà de estarlo muy pronto.

El dia menos pensado

Recibiremos...

Elena. Tu rostro

Me anuncia algun bien. ¡ Ah! Dime...

Ginés. Si me prometéis que el gozo

No ha de enagenaros, hoy...,

Tal vez ahora mismo...

Elena. ¿Qué oigo!

Habla. ¿Qué quieres decirme?

¿Hay carta?

Ginés. Chit...! ¡Qué alboroto!

Si. Tómela usted.

(Da á Elena la que recibió de don Gerardo.)

Elena. ¡Gabriel!

¡Dueño de mi vida! ¡Oh colmo

De placer!

Ginés. ¡Callad! No en vano

Temí... ¡ Por vida del moro!

Pedir juicio á los amantes

Es pedir peras al olmo.

Moderaos. Si nos oyen...

Elena. No temas. ¿ Ves cuál sofoco

(Ha abierto la carta.)

En mi pecho el regocijo?

¡ Oh nombre, nombre que adoro,

Aquí estás! ¡ Con qué delicia

Te besa el labio amoroso

De tu Elena!

Ginés. (Ya ha llegado

El fatal momento.)

Elena. ¡Cómo...!

(Interrumpiendo su lectura.)

¡ Justo Dios !... ¿Será posible...?
¿Daré crédito á mis ojos?—
¡ Ah ! Yo muero.

(Dejándose caer sobre una silla.)

Ginés. ¡ Señorita!

Elena. No, no te pido socorro.
Dame un puñal que me mate,
Pues golpe tan horroroso
Puedo resistir. ¡ Ginés!

Ginés. ¿Qué nueva funesta...?

Elena. ¡ Monstruo!
Lee esa carta. ¡ Ah ! ¿Qué tarde
Su perfidia reconozco!

Ginés. (Lee.) « Te creí digna de ser
» amada, y mi corazón fué tuyo. Un des-
» engaño feliz ha roto la venda que me ce-
» gaba. No te acuso: eres mujer. Ni te re-
» cuerdo tus promesas, ni estoy obligado á
» cumplir las mías. Fuiste débil: yo seré
» prudente. Suspiras por tu libertad: yo
» recobro la mía. Supongo que no me escri-
» birás: sería inútil. No te inquiete la suerte
» de tu inocente hijo. Sé mis deberes, y no
» renunciaré á mis derechos. Adios. Olvida
» para siempre al desengañado y resuelto

GABRIEL DE ZAVALA. »

¡ Jesus, Jesus, qué maldad!
¡ Qué perfidia! Estoy absorto.

Elena. ¡ Oh rubor! ¡ Oh desventura!

¡ Tal es el premio que logro
Del mas entrañable amor!
¿Qué se hicieron, alevoso,
Aquellos tiernos suspiros?
¿Qué fué del mentido lloro,
Qué de la infame elocuencia,
Qué de los ardientes votos
Con que insidiaste y rendiste
Mi virtud?

Ginés. Hay muchos lobos
Con piel de oveja. ¡ Ay, señora,
Cuántos vínculos ha roto
La ausencia! Ya en este siglo
Pasan por juguete el dolo,
La injusticia... No hay virtud,
Ni constancia, ni decoro
En los hombres. ¡ Vive Dios,
Que hablo como un San Ambrosio!

Elena. No; quizá tiene mi amante
Motivos muy poderosos,
Que no puedo comprender,
Para violar sin rebozo
Sus juramentos. Acaso
La calumnia...

Ginés. Si; su soplo
Envenenado tal vez

Convierte el amor en odio.
Mas ¿qué amante verdadero,
Solo porque algun chismoso
Le indispone con su dama,
La condena de ese modo,
Sin comprobar su delito;
Sin oír? — No soy docto,
Mas por la lectura sola
De esta carta, bien conozco
Que es don Gabriel un perjuro.
Se muestra en ella quejoso;
Pero ¿de qué? Solo dice:

« Quitó la venda á mis ojos
» Un desengaño feliz... »
¿Qué desengaño, ó qué embrollo
Es este? ¡ Nada! Pretextos;
Subterfugios de tramoso.
Quizá tenía vergüenza
De escribir: « Yo te abandono
» Porque me canso de tí
» Y á otra belleza enamoro. »

Elena. Ten piedad de mi dolor.
No me quites oficioso
El consuelo de la duda,
De la esperanza. ¡ Este solo
Me restaba!

Ginés. No quisiera
Afligir ni por asomo
A mi amada señorita;
Mas con vanos circunloquios
No disfrazo lo que siento.

Elena. ¡ Dios de venganza! ¿Eres sordo
Al clamor de una infeliz?
Descienda desde tu trono
Un rayo exterminador.
Perezca el hombre alevoso
Que así me engañó. Sepulta
A su cómplice en el polvo
De la tumba. — ¡ Miserable!

¿Qué digo? ¡ Ah! ¿Cómo te invoco
Sin temblar? Mi frente sola
Sea blanco lastimoso
De tu cólera divina,
Pues yo soy quien la provoqué:
Yo que abandoné la senda
De la virtud; yo que ahogo
Sus gritos; yo que del alma
Aun el retrato no horro
De un fementido; yo, en fin,
Que á mi familia deshonoré.

Ginés. (Ahora viene de perillas
Un movimiento oratorio.)
¡ Deshonrar! ¿Por qué, señora?
Don Gerardo es generoso,
Es hombre de mundo, y sabe
Que está expuesta á mil escollos
La virtud de una mujer,
Como nave sin piloto.—

Por algunas expresiones
Que de cuando en cuando le oigo
Preumo que mi señor
Ya se ha informado de todo.—
Sí, señora. Sin embargo,
Cada dia está mas loco
Por Elena, y si lograra
La dicha de ser su esposo...

Elena. ¡ Desdichada! ¿ Adónde iré?
(Sin oír á Ginés.)

¿ En qué desierto remoto
Iré á esconder mi miseria?
¿ Quién enjugará piadoso
Mis lágrimas doloridas?
¿ Quién...?

Ginés. ¡ Qué lástima de potro!
Ese hombre ¿es cristiano? ¡ Ah vil! —
¿ Y qué hareis? Ello, es forzoso
Tomar un partido. Acaso
La justicia... Mas el foro
Procede con tanta flemma...
Y luego, si él es temoso
Y se cierra en no casarse...

Elena. No, Ginés. Harto sonrojo
Cubre ya mi frente. ¿ Quieres
Que, haciendo al mundo notorio
Mi infortunio, me aventure
A un fallo que mi desdoro
Tal vez aumente? ¿ Y qué gloria,
Qué ventura me propongo
Si por fuerza es mi marido?
Su corazón ambicioso
Mas que su mano, Ginés.
¿ Y qué tribunal, qué solio
Me lo volviera? Perdí
Para siempre mi reposo,
Mi alegría, mi esperanza.

Ginés. ¡ No! ¿Cuál fuera el alborozo
Del perverso don Gabriel
Si viera ese amargo lloro!
¿ No hay mas hombres en el mundo?
¿ Son como él acaso todos?
Olvidadle, señorita.

Mas digno, mas amoroso
Consorte os depara el cielo;
Y no es al fin ningun mono,
Ningun...

Elena. ¡ Jamás! Condenada
A la aflicción y al oprobio,
¿ Qué mortal osara...?

ESCENA IV.

DON GERARDO, ELENA, GINÉS.

Ger. Yo.
(Saliendo precipitadamente.)

Elena. ¡ Mi tío!
Ger. Yo, que te adoro;
Yo, que postrado á tus piés
Te juro...
Elena. ¡ Señor!...
Ginés. (Yo estorbo.)

ESCENA V.

DON GERARDO, ELENA.

Elena. Levantad.
Ger. Pronuncia un sí.
Hazme venturoso, Elena.
No me apartaré de tí
Hasta que tu boca...
Elena. ¡ Oh pena!
Ger. Compadeceete de mí.
Elena. (¡ Oh cielos! ¡ En qué ocasion!...
Por piedad... Yo no merezco...
Ni puede mi corazón...
Ger. Si no eres mía, fallezco;
¡ Tan profunda es mi pasión!
Elena. Perdonad, señor, hi huyendo
Evito...
Ger. No. ¿ Por qué huir?
(Se levanta y la detiene.)

Yo con mi amor no te ofendo.
Solo tu dicha pretendo.
Elena. (¡ Ah! ¡ Cuánto tardo en morir!)
Ger. ¿ Merecen tanto desvío
Mi bondad, mi tierno amor?
Elena. Yo no mando en mi albedrío.
Ger. ¿ Sufriera tanto rigor
Si yo mandara en el mío?
Elena. Si basta mi gratitud...
Ger. No, que merece tu mano

Mi tierna solicitud
Quizá mas que algun villano
Seductor de tu virtud.
Elena. ¿ Qué escucho!
Ger. Todo lo sé.
Elena. ¡ Desventurada de mí!
¡ Ah, señor! Ya no podré
Alzar mis ojos...

Ger. ¿ Por qué? —
¡ Yo los alzo sobre tí!
A tí te causa rubor.
Haber amado á un traidor,
Ocasión de tu desdoro;
Y yo á su víctima adoro.
¿Cuál es flaqueza mayor?
Elena. ¡ Ah, que con frente serena
En el miserable estado
A que el cielo me condena,
Escuchar ya no me es dado

Acentos de amor!

Ger. ¡Elena!

Elena. Aunque el derecho he perdido
De hacer respetar mi llanto,
Postrada, señor, os pido
No hagais mayor mi quebranto.
Sepultadme en el olvido.

Ger. ¿Olvidarte yo? Jamás.

Aun bajo la losa fria
Dueño de mi alma serás.

Elena. Un alma como la mia
Ama una vez, y no mas.

Ger. ¿Y á quién, infeliz mujer,
Digno juzgas de tu amor?

A un perjuero, á un seductor
Que con bárbaro placer
Se mofa de tu dolor.

El te condena querido
Al desprecio, al abandono;
Yo infeliz y aborrecido,

Yo, que vengarme he podido,
Te idolatro... y te perdono.

Recuerda, recuerda, ingrata,
Cuánto debes á este tío

A quien tu desden maltrata,
Y lamenta el desvario

De tu pasión insensata.
Amparo de tu horfandad

Desde tu tierna niñez,
Te libértó mi bondad

De triste mendicidad,
Y de la infamia tal vez.

¿Qué padre mostró jamás
Mi ternura ardiente, inmesa?

¿Dónde un amante hallarás
Mas generoso? ¡Y me das

Tan amarga recompensa!
Acaso mi amor un día

Ludibrio será del mundo;
Mas ¡ay! la razon tardia

Mal puede del alma mia
Dardo arrancar tan profundo.

No brilla en mí la florida
Primavera de la edad;

No en mi lengua fementida
Blanda lisonja se anida

Máscara de la maldad;
Amores no sé decir;

Sé amar con el alma entera,
Y si no logro rendir

Tu altivez injusta y fiera,
Amando sabré morir.

Elena. Cada palabra que hablais
Me traspasa el corazón.

Contemplad á quién amais,
Y no como yo cubrais

Vuestro nombre de baldon.
Poder amaros quisiera,

Pero mi destino adverso...

Ger. ¡El destino! Sé sincera.

Aun amas á aquel perverso.
Confésamelo aunque muera.

Elena. Sí, le amo, le amo, señor,
Y eterno será mi amor.

Ger. ¡Le amas! ¡O despecho! ¡O men-
gua!

¿Y sin temer mi furor...?

Elena. No sabe mentir mi lengua.

Ger. Insúltame. Digno soy
De tu escarnio y tu desprecio,

Pues ciego y sin juicio estoy,
Y con mi paciencia ¡ay necio!

Armás contra mi te doy.
Si hubiera escuchado un día

La voz de justa venganza
Lavando la afreta mia

En tu sangre, hoy no veria
Burlada así mi esperanza.

Elena. Clavad el hierro inhumano
En mi sangre aborrecida.

¿Quién detiene vuestra mano?
Sed mi cruel homicida...;

Mas no seais mi tirano.
Ger. Si pudiera aborrecerte.

¡Oh cuán venturoso fuera!
Elena. ¿Qué esperais? Dadme la muerte.

Yo bendeciré mi suerte,
Y la mano que me hiera.

Si no por odio, señor,
Por piedad de mi dolor,

Abridme la sepultura;
Que esta vida sin ventura

Aun me infunde mas horror.
Vengad con golpe sangriento

Tanto desden, tanto ultraje:
Cesará mi amor violento,

Cesará vuestro tormento,
Y el baldon de mi linaje.

Arranque una punta atrada
A mi lacerado pecho

Aquella imágen amada
Que aun retiene á su despecho

Con fuego eterno grabada.
Menos su inconstancia lloro

Que vuestro amor. Dadme, dadme
La muerte que tanto imploro.

Ger. ¡Desdichada!

Elena. Si, le adoro...
Y os aborrezco. ¡Matadme!

Ger. ¡Oh mujer, mujer fatal
Nacida para mi mal!

Yo merezco oprobio tanto;
Yo, mas piadoso á tu llanto

Que mi funesto rival.
A ti misma te aborrezco

Aun mas que á tu bienhechor.

¡El seno al puñal ofreces!

No, no un puñal; tú mereces
Otro suplicio mayor.

No me fuerce tu demencia
A convertir en encono

Mi mal pagada clemencia.
¡Ay de ti si te abandono!

La deshonra, la indignencia...
Elena. ¡No mas! Yo sabré sufrir

Mi suerte...
Ger. ¿Adónde has de ir

Si amparo en tu afliccion?
Elena. No ha de faltarme un rincon

Donde llorar... y morir.
Si sucumbo á la indignencia,

Si de Dios la providencia
Su proteccion no me da,

Al menos me libraré
De vuestra odiosa presencia.

(*Vase Elena; afligido don Gerardo se deja
caer sobre una silla.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Victorina, suntuosamente alhajada.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Siéntate; no estés de pié,
Que yo no soy altanera.

(Es linda la camarera;
Con ella me quedaré.)

Yo supongo que sabrás
Lo necesario á tu empleo:

Coser, peñar con aseo,
Leer, escribir y demás.

Elena. Ya que no mi suficiencia,
Mi deseo de dar gusto,

Mi agradecimiento...
Vict. Es justo.

Elena. ¡Dios mio, dadme paciencia!
Vict. Si no estás bien instruida,

Si no sirves para mí,
Tanto peor para ti,

Porque serás despedida. —
Ni hay tanta dificultad

En complacerme. Soy viva,
Impaciente, ejecutiva,

Pero tengo caridad.

No me gusta que á un sirviente
Se insulte, se mortifique...

Con que no me replique,
Conmigo está grandemente.

Pago el salario puntual;
En comer no pongo tasa;

Si alguno enferma en mi casa
No le envio al hospital;

Si me agrada una doncella,
Tal la suelo regalar

Que muchos pueden dudar
Si la señorita es ella.

El hondo cofre repleto
Digalo sinó por mi

De la que ayer despedi
Porque me faltó al respecto. —

¿Tu nombre?
Elena. Elena.

Vict. Muy bien.
Bello nombre y adecuado,

Que eres muy linda. ¡Cuidado
No haya aquí Troya tambien!

Elena. Señora, yo...
Vict. ¿Quién te abona?

Elena. ¡Ay triste! Nadie en el mundo.
Vict. ¡Qué suspiro tan profundo!

Con qué ¿no hay una persona...?
¿Dónde has servido hasta hoy?

Elena. En ninguna parte.
Vict. ¡Alabo!

¿Tienes familia?
Elena. No.

Vict. ¡Bravo!
Elena. Infeliz huérfana soy.

Vict. ¡Desventurada! ¿Cuál es
Tu patria?

Elena. Utrera.
Vict. ¡Gran villa!

¿Cuándo has venido á Sevilla?
Elena. Vine, señora, habré un mes.

Vict. Ese llanto... la finura
De tu rostro y tus modales

Son evidentes señales
De que alguna desventura...

Sé sincera, y te prometo
Mi amparo, mi proteccion.

Si alguna infausta pasión...
Elena. Moriré con mi secreto.

Vict. ¡Es posible!
Elena. No me admiro

Si sospechosa os parezco,
Señora...

Vict. Te compadezco,
Pero...

Elena. Basta. Me retiro.
Vict. Espera. ¿Ningun amparo,

Ningun asilo te resta?
Elena. ¡Ah! Nací en hora funesta.

Acentos de amor!

Ger. ¡Elena!

Elena. Aunque el derecho he perdido
De hacer respetar mi llanto,
Postrada, señor, os pido
No hagais mayor mi quebranto.
Sepultadme en el olvido.

Ger. ¿Olvidarte yo? Jamás.

Aun bajo la losa fria
Dueño de mi alma serás.

Elena. Un alma como la mia
Ama una vez, y no mas.

Ger. ¿Y á quién, infeliz mujer,
Digno juzgas de tu amor?

A un perjuero, á un seductor
Que con bárbaro placer
Se mofa de tu dolor.

El te condena querido
Al desprecio, al abandono;
Yo infeliz y aborrecido,

Yo, que vengarme he podido,
Te idolatro... y te perdono.

Recuerda, recuerda, ingrata,
Cuánto debes á este tío

A quien tu desden maltrata,
Y lamenta el desvario

De tu pasión insensata.
Amparo de tu horfandad

Desde tu tierna niñez,
Te libértó mi bondad

De triste mendicidad,
Y de la infamia tal vez.

¿Qué padre mostró jamás
Mi ternura ardiente, inmesa?

¿Dónde un amante hallarás
Mas generoso? ¡Y me das

Tan amarga recompensa!
Acaso mi amor un día

Ludibrio será del mundo;
Mas ¡ay! la razon tardía

Mal puede del alma mia
Dardo arrancar tan profundo.

No brilla en mí la florida
Primavera de la edad;

No en mi lengua fementida
Blanda lisonja se anida

Máscara de la maldad;
Amores no sé decir;

Sé amar con el alma entera,
Y si no logro rendir

Tu altivez injusta y fiera,
Amando sabré morir.

Elena. Cada palabra que hablais
Me traspasa el corazón.

Contemplad á quién amais,
Y no como yo cubrais

Vuestro nombre de baldon.
Poder amaros quisiera,

Pero mi destino adverso...

Ger. ¡El destino! Sé sincera.

Aun amas á aquel perverso.
Confésamelo aunque muera.

Elena. Sí, le amo, le amo, señor,
Y eterno será mi amor.

Ger. ¡Le amas! ¡O despecho! ¡O men-
gua!

¿Y sin temer mi furor...?

Elena. No sabe mentir mi lengua.

Ger. Insúltame. Digno soy
De tu escarnio y tu desprecio,

Pues ciego y sin juicio estoy,
Y con mi paciencia ¡ay necio!

Armas contra mi te doy.
Si hubiera escuchado un día

La voz de justa venganza
Lavando la afreta mia

En tu sangre, hoy no vería
Burlada así mi esperanza.

Elena. Clavad el hierro inhumano
En mi sangre aborrecida.

¿Quién detiene vuestra mano?
Sed mi cruel homicida...

Mas no seais mi tirano.
Ger. Si pudiera aborrecerte.

¡Oh cuán venturoso fuera!
Elena. ¿Qué esperais? Dadme la muerte.

Yo bendeciré mi suerte,
Y la mano que me hiera.

Si no por odio, señor,
Por piedad de mi dolor,

Abridme la sepultura;
Que esta vida sin ventura

Aun me infunde mas horror.
Vengad con golpe sangriento

Tanto desden, tanto ultraje:
Cesará mi amor violento,

Cesará vuestro tormento,
Y el baldon de mi linaje.

Arranque una punta atrada
A mi lacerado pecho

Aquella imágen amada
Que aun retiene á su despecho

Con fuego eterno grabada.
Menos su inconstancia lloro

Que vuestro amor. Dadme, dadme
La muerte que tanto imploro.

Ger. ¡Desdichada!

Elena. Si, le adoro...
Y os aborrezco. ¡Matadme!

Ger. ¡Oh mujer, mujer fatal
Nacida para mi mal!

Yo merezco oprobio tanto;
Yo, mas piadoso á tu llanto

Que mi funesto rival.
A ti misma te aborrezco

Aun mas que á tu bienhechor.

¡El seno al puñal ofreces!

No, no un puñal; tú mereces
Otro suplicio mayor.

No me fuerce tu demencia
A convertir en encono

Mi mal pagada clemencia.
¡Ay de ti si te abandono!

La deshonra, la indignencia...
Elena. ¡No mas! Yo sabré sufrir

Mi suerte...
Ger. ¿Adónde has de ir

Sin amparo en tu afliccion?
Elena. No ha de faltarme un rincon

Donde llorar... y morir.
Si sucumbo á la indignencia,

Si de Dios la providencia
Su proteccion no me da,

Al menos me libraré
De vuestra odiosa presencia.

(*Vase Elena; afligido don Gerardo se deja
caer sobre una silla.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Victorina, suntuosamente alhajada.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Siéntate; no estés de pié,
Que yo no soy altanera.

(Es linda la camarera;
Con ella me quedaré.)

Yo supongo que sabrás
Lo necesario á tu empleo:

Coser, peñar con aseo,
Leer, escribir y demás.

Elena. Ya que no mi suficiencia,
Mi deseo de dar gusto,

Mi agradecimiento...
Vict. Es justo.

Elena. ¡Dios mio, dadme paciencia!
Vict. Si no estás bien instruida,

Si no sirves para mí,
Tanto peor para ti,

Porque serás despedida. —
Ni hay tanta dificultad

En complacerme. Soy viva,
Impaciente, ejecutiva,

Pero tengo caridad.

No me gusta que á un sirviente
Se insulte, se mortifique...

Con que no me replique,
Conmigo está grandemente.

Pago el salario puntual;
En comer no pongo tasa;

Si alguno enferma en mi casa
No le envío al hospital;

Si me agrada una doncella,
Tal la suelo regalar

Que muchos pueden dudar
Si la señorita es ella.

El hondo cofre repleto
Digalo sinó por mí

De la que ayer despedí
Porque me faltó al respecto. —

¿Tu nombre?
Elena. Elena.

Vict. Muy bien.
Bello nombre y adecuado,

Que eres muy linda. ¡Cuidado
No haya aquí Troya tambien!

Elena. Señora, yo...
Vict. ¿Quién te abona?

Elena. ¡Ay triste! Nadie en el mundo.
Vict. ¡Qué suspiro tan profundo!

Con qué ¿no hay una persona...?
¿Dónde has servido hasta hoy?

Elena. En ninguna parte.
Vict. ¡Alabo!

¿Tienes familia?
Elena. No.

Vict. ¡Bravo!
Elena. Infeliz huérfana soy.

Vict. ¡Desventurada! ¿Cuál es
Tu patria?

Elena. Utrera.
Vict. ¡Gran villa!

¿Cuándo has venido á Sevilla?
Elena. Vine, señora, habré un mes.

Vict. Ese llanto... la finura
De tu rostro y tus modales

Son evidentes señales
De que alguna desventura...

Sé sincera, y te prometo
Mi amparo, mi proteccion.

Si alguna infausta pasión...
Elena. Moriré con mi secreto.

Vict. ¡Es posible!
Elena. No me admiro

Si sospechosa os parezco,
Señora...

Vict. Te compadezco,
Pero...

Elena. Basta. Me retiro.
Vict. Espera. ¿Ningun amparo,

Ningun asilo te resta?
Elena. ¡Ah! Nací en hora funesta.

Vict. Mas ¿por qué no hablarme claro?
Me precio de ser humana,
Y reservada.

Elena. Señora...

Vict. ¿Quién te ha albergado hasta ahora?

Elena. Una miserable anciana.

En su hogar — ¡prémiala Dios! —

Consuelo mi pena hallaba.

Yo trabajando ganaba

El sustento de las dos.

Mas ¡ay! de este bien postrero

Su muerte me ha despojado.

Vict. Me da lástima tu estado.

Yo lo haré mas llevadero.

Elena. En la flor de juventud,

Una mujer desvalida,

Sola...

Vict. Sí; comprometida

Tiene siempre su virtud.

Ni excusa por ser honrada

La malicia de las gentes.

Contra lenguas maldicientes

No hay virtud asegurada.

Elena. Para evitar tanto horror.

Bien que fui servida un día,

Servir, señora, queria

En una casa de honor;

Y sabiendo esta mañana...

Vict. Bien. Sin mas informacion

Te ofrezco mi proteccion.

Te trataré como hermana.

Harto te abona ese llanto

Que yo enjugaré piadosa;

Harto esa cara donosa

Que es de mis ojos encanto.

Ya ves, mi linda doncella,

Que envidia no cabe en mí.

¡Oh! Ni tan fiero naci

Que tenga miedo á una bella.

Galanes hay mas de tres

Cuya amorosa eficacia

Haga al punto... Hoy, verbigracia,

Me caso con un marqués.

No es casamiento á la usanza:

De interés digo; ¡qué horror!

Ni casamiento de amor,

Ni de estado... Es de venganza.

Desde que viuda quedé

Solo un hombre me flechó.

Tuvo celos; me dejó...

Buen viaje. No le rogué.

Pido á mi razon auxilio,

Digole adios á Granada,

Y ya de mi amor curada

Fijo aquí mi domicilio.

Viuda rica poco aguarda

Si aspira á nuevo consorte.

Hé aquí que me hace la corte

El marqués de Rivaparda.

Me merece buen concepto

Si no amor arrebatado,

Aunque poco le he tratado;

Me pide la mano: acepto.

Yo no sé si este capricho

Me saldrá á la cara un día;

Mas no hay remedio, hija mía:

Hoy me caso; ya lo he dicho. —

¡Eh! Ya ves que sin temor

Toda mi historia te cuento;

Y es porque ganarme intento

Tu con fianza y tu amor.

Elena. ¡Ah! señora. No merezco

Tanta bondad. A esas plantas

Mi gratitud...

(*Se arrodilla.*)

Vict. ¿Te levantas,

O reñimos? (Me enternezco.)

Elena. Tanta ventura os dé Dios

(*Levantándose.*)

Como bien me haceis, señora.

Vict. Basta, basta por ahora.

Llorando estamos las dos...

Y yo lágrimas no quiero;

Que mi novio va á llegar,

Y si me viese llorar

Lo tendría á mal agüero.

Anda allá dentro y pregunta

Por doña Ambrosia Calleja,

Mi ama de llaves. Es vieja

Desabrida y cejjunta,

Pero fiel. Di que te agrego

En calidad de doncella

A mi servidumbre, que ella

Te dirá...

Elena. Bien.

Vict. Vuelve luego.

ESCENA II.

VICTORINA.

¡Pobre muchacha!... Y sin duda

Es mujer mas virtuosa

Que feliz; que de otra suerte

Siendo tan gallarda moza

No se pondría á servir.

Quizá yo con esta obra

De caridad, ¡pobre Elena!,

Te libro de la deshonra.

¡Cuántas, cuántas infelices

Por la miseria...!

ESCENA III.

VICTORINA, UN CRIADO.

Criado. Señora...

Vict. ¿Qué quieres?

Criado. Un caballero

Que debe ser en la boda

Testigo...

Vict. Pase adelante.

ESCENA IV.

VICTORINA, EL CONDE.

Conde. Señora, ¿sois vos la novia?

Porque mi amigo el marqués,

Embobado con sus glorias,

Aun no me ha dicho... ¡Qué veo!

Vict. ¡Conde!

Conde. ¡Vos!...

Vict. Estoy absorta.

Conde. ¿Será sueño? ¡Victorina!

Vict. ¿De qué os admirais? Es cosa

Del otro mundo el casarse

Una mujer?

Conde. No me asombra

Que os caseis: lo que me pasma

Es haber venido eu posta

A ser conyugal testigo

Del que mi dicha me roba;

Yo, que rendido os amé...

Y os amo tambien ahora,

Y os amaré...

Vict. Señor conde,

Dejemos á un lado bromas.

Conde. ¡Sí, para bromas estoy!

Con qué la dama me soplan

Contra el derecho de gentes.

¡Y quereis...? ¡Es mucha historia!

La mía! Vengo volando

A heredar á doña Alfonso,

Mi tia, porque me anuncian

Su muerte; ¡y robusta, gorda,

Me la encuentro paseando

En los Caños de Carmona!

Entro molido en Sevilla,

Y al apearne en la fonda

En sus brazos me recibe

Un amigo, me sofoca

Con sus halagos, y exclama:

« Conde, tu venida colma

Mi felicidad. Me caso.

Al volver vive mi esposa:

En una casa que tiene

Persianas verdes; no hay otra.

Corre: allí te hospedarán

Luego iré: tengo mil cosas

Que hacer. Serás mi testigo...

— Pero ¡hombre!... — No puedo ahora

Decir mas. » — Desaparece:

Vengo aquí sin ceremonia;

Llamo; á falta de otras señas

Pregunto... por una novia,

¡Y me recibe...! ¿Os reis?

Esa risa me desploma.

Vict. ¿Qué he de hacer sino reirme?

Conde. ¡Criatura infiel! ¿Te mofas

De mi dolor?

Vict. Señor conde,

Ya no es tiempo de lisonjas.

Quizá me amásteis un día,

Pero yo no soy tan hoba.

Que aun os crea apasionado

Después que por vos fué rota

La amante correspondencia

De nuestras almas.

Conde. Quien oiga

Vuestra acusacion, dirá

Que es Victorina una Porcia,

Y yo un ingrato, un perjuro,

Voluble como las olas. —

Acordáos de aquel baile

Casa de don Juan Ullóa.

¡Ah! La noche que me disteis

Mientras viva no se borra

Del alma mia; no. ¡Estarse

En conversacion dos horas

Con un regidor de Vélez!

Vict. Era mi primo.

Conde. ¿Qué importa?

Tambien son hombres los primos,

Y los hay de tal estofa

Que no suelen esperar

Que yengan bulas de Roma.

Vict. Salisteis á la antésala

A fumar...

Conde. ¡Tambien es droga

Que no ha de poder un hombre

Moverse sin que le pongan

Sustito!

Vict. El ocupó

Vuestra silla, y no era cosa

De levantarme...

Conde. Si tal;

Que bien se levantan otras

Cuando les conviene.

Vict. Es cierto;

Pero las gentes lo notan,

Y la urbanidad exige...

Conde. La urbanidad es muy tonta.

Vict. Yo no pude menos...
Conde. Si;

De hablar como una cotorra;
No hacer caso de mis señas;
Verme sudar gota á gota
La sangre, el alma, y reirse
Con aquel bobo de Coria;
Y, lo que es mas, ¡oh traición!
Bailar con él la galopa.

Vict. Y vos me dijisteis luego
Mil injurias.

Conde. Fueron pocas
Todavía.

Vict. Me llamásteis
Delante de cien personas
Coqueta, y echando fuego
Por los ojos y la boca
Exigisteis que dejase
Corrido como una mona
A mi primo.

Conde. Y por lo mismo
Tú fuiste mas obsequiosa
Con el tal primo, y le diste
Caramelos, que ponzoña
Se le vuelvan.

Vict. Y tú luego
Me dejaste sin mas forma
De proceso.

Conde. Y no paré
Hasta verme en Barcelona.

Vict. Y no me escribiste luego.

Conde. Y tú tampoco, traidora.

Vict. ¡Ni una sola vez!

Conde. Estaba
Ofendido.

Vict. Yo quejosa.

Conde. Mas por mi desgracia nunca
Se apartó de mi memoria
Tu imagen.

Vict. Es falsedad.

Conde. Que me deshaga una bomba.
Si miento.

Vict. ¡Quererme ajena
El que no me quiso propia! —
No lo extraño, que los hombres
Aun mucho mas que nosotras
Gustan del árbol vedado.

Conde. ¿Y has de ser tan rencorosa...?

Vict. No; yo no os guardo rencor;
Y aun puedo, si os acomoda,
Ser vuestra amiga.

Conde. ¡Mi amiga!
Yo tengo amigas de sobra;
Las viejas.

Vict. Pero...

Conde. No pienses
Que mi pasión se conforma
Con esa parva materia.

Vict. ¡Parva? Aun soy muy generosa.

Conde. Mi amante, ó nada.

Vict. Pues nada.

Conde. ¡Ah, cruel! Dame una sogá,
Dame un puñal...

Vict. ¡Boberia!

¿Cuánto va á que note ahorcas?

Conde. ¡Pues! Porque uno es aturdido

Presumen estas señoras

Que no es capaz de sentir,

Ni de tragarse una copa

De arsénico, ni... Mal haya

El necio que se enamora.

Vict. Ya basta, conde, Mudad
De conversacion...

Conde. ¡No es cosa

Lo que pides! Con que casi

Me están dando ya conyugas,

¿Y quieres que ahora te hable

De Coimbra ó de Lisboa?

¡Pérfida mujer! Te casas

Con otro; me desalojas

De tu corazón... ¿Acaso

Es mas gallarda persona

Tu novio, ó tiene mas gracia

Para bailar la gabota

Que yo? ¿Recibe primero

El figurín de la moda?

¿Canta mejor por ventura

Una polaca de *Cocciá*

Un *duetto* de *Bellini*,

O aquella aria de la *Donna*

Del lago... ¡Ah!; Ya no te acuerdas

De las noches deliciosas

En que al amor escondía

En los pliegues de su toga

La dulce *Euterpe*, y maligno

Solia entre nota y nota

Con un solo dardo herir

Tu pecho y el mio! ¡Oh glorias

Por mi mal perdidas! ¡Oh!...

¿Y será posible que rompas

Aquella grata cadena...?

Mas ya veo que se agolpan

Las lágrimas á tus ojos;

Ya tu frente se soronja

Y palpitando tu pecho

Mis esperanzas corona.

Vict. No, no; mis lágrimas mientan,

Y si mi pecho zozobra

Miente tambien. Señor conde,

Es accion aleve, impropia

De un caballero la vuestra.

¡Hecerme llorar ahora

Cuando...! Yo no soy mujer

Que fácilmente revoca

Lo que una vez ha resuelto.

Conde. Tú me desdeñas...; y lloras! —

¿Amas al marqués?

Vict. No sé.

Esa es pregunta capciosa,

Pérfida. Si no le amo,

Peor... para mi.

Conde. ¡Esta es otra!

Sin amarle... Bien, muy bien.

Yo sé lo que hacer me toca.

Vict. ¿Cuáles son vuestros designios?

Conde. El florete ó la pistola

Dirimirán la contienda.

Vict. ¡Señor conde!

Conde. Hoy va á ser Troya

Esta casa.

Vict. ¿Qué decis?

¡Una escena escandalosa

En mi presencia! ¿Y á tanto

Podrá llegar vuestra loca

Osadia?

Conde. Perdonad,

Que los zelos me trastornan;

Perdonad. No aquí; en el campo

Disputaremos la joya.

Vict. ¿Y sois vos el que me amais?

¿Vos, que aventurais mi honra...?

Y la aventurais en vano;

Que ya con ojos de esposa

Miro al maqués, y ofenderle

Es ofenderme á mi propia.

Señor conde, en el extremo

A que han llegado las cosas

Ningun derecho os asiste

Para acibarar mis bodas;

Y sabed que por los medios

Que vuestro furor adopta,

Lejos de lograr mi mano

En premio de la victoria,

Perdereis mi estimacion.

No os digo mas. Ahora á solas

Reflexionad. La nobleza

De vuestra alma será norma

De vuestra conducta. Sí;

No lo dudo. Adios.

Conde. ¡Qué mona!...

¿Y yo podré...?

Vict. Perdonad.

Ocupaciones forzosas...

Yo volveré... (Si no huyo,

Es segura mi derrota.)

ESCENA V.

CONDE.

Bien dice : razon no tengo
Para armar una camorra

Y comprometer su fama.
Si á otro mas feliz otorga
Su mano, la culpa es mia;
Si; que por una bicoca
Reñi con ella... Es verdad
Que el tal primo estuvo posma.
¡Toda la noche á su lado!
Pero ¿qué mujer es sorda,
Aunque blasone de fiel,
A la voz de la lisonja?
¡Y en un baile! El coqueteo
Es enfermedad de todas. —
Vamos claros : yo tambien,
Luego que pasó la mosca,
Orillas del Llobregat
Fui galan de veinte *noyas*. —
Mas vuelvo á ver á mi viuda
Y mi corazón recobra;
Y su agitacion, su llanto,
Sus miradas seductoras...
Si; todavía me quiere;
¡Y la perjura me inmola
Al que dirán, á la...! ¡Cielos!
Si veo lucir la antorcha
De Himeneo para dicha
Del rival que me destrona;
Si mis lágrimas no ablandan
Aquel corazón de roca,
No habrá para mí consuelo.
El dolor, la rabia...

(Mira adentro.)

¡Hola!

¿Qué lindo busto es aquel
Que per el pasillo asoma?
¡Bella muchacha, por Dios!
Aquí se acerca. ¡Preciosa!

ESCENA VI.

ELENA, EL CONDE.

Elena. Perdonad. En esta sala
Creí ver á mi señora...

Conde. ¡Ah! ¿Luego sois su doncella?

Pues muchas damas quiotas

Mandan á treinta criados

Y pisan ricas alfombras,

Que comparadas con vos

Serian lo que la sombra

De la noche comparada

Con el fulgor de la aurora.

Elena. Excusad vuestros elogios,

Que mal, señor, se conforman

Con mi estado, y permitid...

Conde. No seas tan desdeñosa,

Que no soy ningun caribe.

Elena. Dejadme...
Conde. Cuando te enojas
Estás mas bella. Tus ojos
El corazon me aprisionan;
Y esa mano...

Elena. Deteneos.
Si en el traje, no en las obras,
Sois caballero, si al verme
Reducida á tan penosa
Situacion imagináis
Que yo no soy acreedora
Al respeto que dispensa
A mi sexo el que blasona
De bien criado, tal vez
Sabré recordáros...

Conde. ¡Oigan!
¡Una Lucrecia en figura
De camarera española!
Vamos; yo estoy reservado
A aventuras prodigiosas.
¿Quién habla de pensar...?
Pues, como soy, que me corta
Ese grave continente,
Así, á modo de matrona
Romana.. (Amor me castiga
Por la traición alevosa
Que á mi viuda incomparable
Acabó de hacer. ¿Qué cholla
La mía! — Pero si en viendo
Dos ojos negros... Perdona,
Victorina de mis ojos,
Que esto ha sido un entrecomas
De mi cariño, una especie
De... un *hors d'œuvre*.) Adios, pichona —
(Vuelvo á buscarte, bien mio,
Y do quiera que te escondas,
De nuevo te juraré
Mi fe constante y heroica.)
Invulnerable doncella,
Si tanto te desazonan
Los requiebros de los hombres,
Bien puedes meterte monja;
Que con ese lindo talle,
Y esa carita de rosa
Corres peligro en el mundo.
¡Nada! Un sayal, una toca,
Y evitarás los escollos
De esta vida transitoria.

(Vase por donde se fué Victorina.)

ESCENA VII.

ELENA.

Doléos, Dios de clemencia,
De esta misera mujer,

¡Tantos dias de tormento
En que enjutos no se ven
Mis ojos, tantos afanes
No merecen suspender
Vuestro enojo! ¡Ah! ¿Hasta cuándo
Habré de apurar la hiel
Del dolor? ¿Llevo en mi frente,
Llevo yo el sello tal vez
De la deshonra? ¿Hasta cuándo
Triste ludibrio seré
De los hombres, triste objeto
De sus insultos? ¡Gabriel!
Si vieras entre sollozos
Mi amargo llanto correr;
Si vieras en este pecho
Clavado el dardo cruel
De tu ingratitud, acaso
Tú llorarías tambien. —
¿Y serás tú venturoso?
No; que en medio del placer
El atroz remordimiento
Quizá lacerando esté
Tu corazon. — Vuelve, vuelve
A mis brazos, caro bien,
Mayor será mi ternura,
Mayor que tu culpa fué. —
¿Qué digo? ¿Como esperar
Que á la senda del deber
Pueda tornar algun dia
Arrepentido el infiel
Que ni á mis humildes quejas
Se digna satisfacer
Con una carta, una sola
En que piadoso y cortés,
Ya que enamorado no,
Algun consuelo me dé?
Si al menos me fuera dado
Al fruto inocente ver
De mis funestos amores...
Mas ¡ay dolor! Tanta es
Su iniquidad, que le oculta
Donde jamás le verá.
Y en tanto víctima triste
De la mas negra doblez,
Desvalida, sin amparo,
Despreciada, moriré.
¡Doléos, Dios de clemencia,
De esta misera mujer!

(Se sienta llorosa y abatida.)

ESCENA VIII.

DON GERARDO, ELENA.

Ger. (Allí está la ingrata. ¡Y llora!
(Desde la puerta.)

Acaso de su altivez
Pesarosa...! Ah, cómo tiemblo
A su vista!)

Elena. ¿Quién...? (Se acerca.)

Elena. ¿Quién...? (Se levanta.)

¡Ah! ¡ Vos!... ¡ Vos... aquí...!

Ger. ¿Te admiras?

Elena. Huid de mí. ¿Qué quereis

De esta infeliz?

Ger. Tu ventura.

Elena. No; ya no la puede haber

En el mundo para mí.

Ger. Contempla, ingrata, cuál es

El fruto de tu soberbia.

¡Tú sirviendo, Elena! Ven,

Vuelve al hogar de tu tío,

Que siempre indulgente y fiel...

Elena. Jamás. Vuestro amor me irrita.

Ger. ¡Mi amor te irrita! ¿Por qué?

Elena. ¡Por qué me decís! ¿Y acaso

No debo yo aborrecer

A todos los hombres? Vos,

Que mi situacion cruel

Sabéis; vos, víctima triste

De otra pasion, ¿vos no veis

Que un alma desesperada

No es capaz de obedecer

Ni al freno de la razon,

Ni á la voz del interés?

¡Por qué no os amo! ¿Y no puedo

Preguntaros yo tambien

Por qué me amais vos á mí

Debiéndome aborrecer?

Soy para con vos ingrata,

Injusta, ciega; lo sé;

Pero no esperéis...

Ger. Escucha:

No pretendo que me des

Tu mano. Solo te pido

Que depongais la esquivéz,

El no merecido encono

Con que te gozais en ser

El tormento de mi vida.

Ven á ser dueña otra vez

De mi casa, mis riquezas...

Bien sé que el bajo interés

En tu pecho no se abriga;

Pero antes que depender

De ajeno favor, debieras...

Elena. Yo sé cuál es mi deber,

Si vos no olvidais el vuestro,

Dejadme; no me obligueis

A maldeciros.

Ger. No, Elena:

Ya jamás me apartaré

De tu lado; no, aunque espire

Al rigor de tu desden.

¡Ingrata! Huyendo de mí,
Cual lo pudieras hacer
De tu mayor enemigo,
Me has hecho apurar la hez
De la afliccion, tantos dias
Buscándote en vano. Ayer
Te vi salir de esta casa.
El designio averigué
Que te llevaba á su umbral.
Quiso mi suerte que en él
Encontrara al mayordomo
De esa señora... (Saca un puñal.)

Deten

El paso, que me has de oír
O muerto caigo á tus piés. —
(Elena, que habia hecho un movimiento
para retirarse, se detiene aterrada.)

Criado fué de mi casa:

Dios sabe si le hice bien.

Recuérdole mis bondades,

Y le pido por merced...

¡Una librea! Logramos

Yo y mi mayordomo fiel

Entrar aqui de sirvientes,

Y al menos tengo el placer...

Elena. Rompa ese puñal mis venas,

Y acabarán de una vez

Mis infortunios.

Ger. ¡Silencio!

Elena. Yo libertarme sabré

De vuestra presencia.

Ger. Un grito,

Un solo paso que des

Para frustrar mis intentos

Te pierde... y á mí tambien.

Si; diré quién soy, quién eres;

Tu mengua publicaré;

Sabrá el mundo...

Elena. ¡Dios eterno!

¡Ah! No. Por piedad... Si os ven,

Si os oyen...

Ger. Nada receles.

(Guardando el puñal.)

Adentro cuida Ginés

De que nadie nos sorprenda. —

Quiero hacerte conocer

Tu error. De vil servidumbre

Quiero arrancarte, y después

Serás libre; te lo juro,

Elena. No abusaré

De tu desventura. En tanto,

Por las grandezas de un rey

No cambiara yo la humilde

Condicion en que me ves.

Ella el consuelo me ofrece

De acreditarte mi fe,

Y ser tu apoyo, tu escudo,

Si tiene la avilantez

De ofenderte algun mortal.
Desventurado de aquel
Que osare...!
Vict. ¡Elena!
Ger. Te llaman.
Vuela: no tardes, no des
Que sospechar...
Elena. ¡Justo Dios!

ESCENA IX.

DON GERARDO.

¡Oh! Yo apagaré mi sed
De venganza en el infame...

ESCENA X.

DON GERARDO, EL CONDE.

Conde. (No la puedo convencer.
(Entrando.)

Será preciso que yo
Me explique con el marqués.
Sepamos... ¡Hola! ¡Lacayo!

¿Hablo yo con la pared?

Ger. ¿Qué me queréis?

Conde. ¿Ha venido

El futuro?

Ger. No lo sé.

ESCENA XI.

CONDE.

¿Qué es esto? ¡Hasta un lacayuelo
Con altivez me responde!
¡Eh! no sabrá que soy conde
Como mi padre y mi abuelo.
Habrá tal vez los desvíos
De su señora observado,
Y á fuer de leal criado...
Otro tanto hacen los míos.
Al que pongo buena cara
Reciben con reverencia;
Al que no, con insolencia,
Y en los ojos la mampara. —
Todo me sale al revés
En esta ciudad maldita.
Como soy, que ya me irrita...
¡Oh! Bien venido, marqués.

ESCENA XII.

EL CONDE, EL MARQUÉS.

Marq. ¡Conde! Vuélveme á abrazar.
Conde. Bien; mis brazos no te niego.
Un abrazo ahora... Luego
Nos iremos á matar.

Marq. ¡Matarnos! ¿Estás en tí?
Conde. Sí; ven, mi sangre derrama
Ya que me usurpas la dama.
Yo soy tu rival.

Marq. ¿Tú?
Conde. Si.
Seis meses há que idolatro
A mi bella granadina.

Marq. ¿Será cierto? ¡A Victorina!
Conde. Como dos y dos son cuatro.

Reñimos..., no sé por qué,
Ni ella lo sabe tampoco;
Pero siempre como un loco
La he querido y la querré.

Hoy, que no pensaba en ella,
Por tu culpa aquí los dos
Nos vemos, y vive Dios,
Que nunca ha sido mas bella.

¡Nunca!... En fin, marqués, ni quiero
Ser de tu boda testigo,
Ni se ha de casar contigo.
Si no me matas primero.

Marq. En verdad, conde, aunque mucho
Me sorprende esta aventura,
Compadezco tu locura,
Y sin cólera te escucho.

No es una ciega pasión
La que me inspira tu dama.
¡Jamás en amante llama
Arderá mi corazón!

Amé por desgracia mía
A una liviana hermosura
Que dió pago á mi ternura
Con la mas negra falsía.

Yo en la ausencia la adoraba
Aun mas rendido, mas firme,
Y en tanto ni de escribirme
La pérdida se dignaba.

De su traición convencido
Mis cadenas quebranté,
Y condenarla juré
Al desprecio y al olvido.

No le mereció mi amor
Que disculpara mi ofensa.
¿Qué mucho si la defensa
Olvidaba de su honor?

A Sevilla destinado,
No tardo, amigo, en saber
Que esa pérdida mujer

ESCENA XIII.

EL CONDE, VICTORINA, EL MARQUÉS.

Vict. Perdonadme. El tocador
Seriamente me ocupaba,
Que toda novia es esclava
Del ¿cómo estará mejor?

Marq. Siempre estais incomparable.
Conde. Si; siempre. Tiene razon.
Vict. (¡Ah! Siento una agitacion...)

Mil gracias. Sois muy amable.
Marq. Sin adornos exteriores
Que á las feas no embellecen
Vuestros encantos merecen

El trono de los amores.
Vict. Excusad...
Marq. ¿Quién no celebra
Ese sonreír gracioso...?

Conde. ¡Hombre...!
(En voz baja.)
Marq. Ese talle donoso...

Conde. (¡Vive Dios, que la requiebra!)
Vict. Sois galante, y veis en mí
Gracias...

Marq. Que existen, señora.
Digalo quien os adora;
Digalo el conde.
Conde. (Eso sí.)
Vict. ¿Qué decis!

Marq. ¿A qué os turbais?
Sabed que no se me esconde
El amor que os tiene el conde. —
Vos tambien quizá le amais.

Vict. ¡Conde! (No se dónde estoy.)
Marq. Yo no soy ningun tirano,
Y si preferis su mano,
Libre seréis desde hoy.
Vict. Yo... sí...
Conde. No tengo una vena
Con gota de sangre ahora.

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS, VICTORINA, EL CONDE,
DON GERARDO, ELENA.

Ger. El escribano...
Elena. Señora...
(Llega por diferente puerta con un abanico
que da á Victorina.)

¡Ah! ¡Gabriel!
(Reconociendo al marqués.)

Su deshonra ha consumado.
Huyó de su casa un día.
Un mes há que falta de ella,
Y en vano buscan su huella
Que á eterno oprobio la guía.
A pesar de su traicion,
Aun su funesta beldad
No merceda piedad
Recuerda mi corazón.
Casarme al fin determino
Para olvidarla mejor,
Bien que no pueda otro amor
Hallar de mi alma el camino.
Veo á Victorina bella,
Y su trato me asegura
Que han de labrar mi ventura
Las prendas que admiro en ella;
Y pues merece mi aprecio
Ya que amor ardiente no...

Conde. ¡Eso es! ¡Linda flema! ¡Y yo
La idolatro como un necio!
¡Es mucha suerte la mía!

Tú sin haberlo pensado
Heredas un marquesado,
Y das de baja á una tia.
Yo con esperanza igual
Aquí vengo en diligencia;

Y en lugar de rica herencia
Dios me depara un rival.
Tú sin amor te confiesas
Y á Victorina mereces,
Y yo la juro mil veces

Que la adoro, y ¡ni por esas!
¡Ah! Por tí, por tí la pierdo.
Cede. Tu bondad invoco.
¡Cielos! No se casa el loco,
¡Y se ha de casar el cuerdo!

Marq. Ya mi palabra empuñé,
Y no he de hacer un desaire...
Conde. ¡Eh! Pasará por donaire.

No es artículo de fe.
Marq. Mas la hablaré de tu amor;
No puedo hacer mas por tí;
Y si te prefiere á mí
No tendrás competidor.

Conde. Basta. Si el amor me ayuda
(Dándole la mano.)
Y mi presagio no miente
Yo espero...

Marq. Vamos...
Conde. Detente.
Ya está aquí la hermosa viuda.

Ger. ¡Cielos!
Marq. ¡Elena!
(Elena cae desmayada en los brazos de don Gerardo: el marqués desaparece horrorizado: la sorpresa deja inmóviles al conde y á Victorina.)

ACTO TERCERO.

Sigue la decoracion del anterior. El teatro se va oscureciendo gradualmente

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Ahora que estás recobrada De aquel repentino insulto, ¿Podré saber, niña mia, La causa que lo produjo? ¿Cuáles son tus conexiones Con el marqués? ¿Cómo pudo Tal efecto obrar en ti Su presencia? ¿Qué conjuro Se esconde en tus bellos ojos, Que al fijarlos en los suyos Le hicistes huir de mi casa Horrorizado y confuso?

Elena. El es la causa, señora, De todos mis infortunios, Bien quisiera haber podido Confiar solo al sepulcro Mi desventurado amor, Mas si ahora fuese mudo Mi labio, de mi inocencia Pudiera dudar el vulgo. Tranquila y feliz vivía Sin conocer el influjo Del amor. Por mi desgracia Me vió, señora, el perjuro Don Gabriel. ¡Ah! Yo inexperta...

Vict. El atrevido y astuto, Tú sensible en demasia, El galan hasta lo sumo, Y el demonio que las carga... En fin, engañarte supo. ¿No es esto? Si; que nosotras No cedemos al impulso De una pasion. ¡Imposible! Ya se ve; somos de estuco.

Elena. ¡Señora!...
Vict. Contra su llanto Y sus arteros discursos Y sus falsos juramentos No fué poderoso escudo Tu virtud. El fementido Huyó después; tú sin fruto Le escribiste, le rogastes, Y á falta de otro recurso En pos del ingrato Eneas Corriste por esos mundos.

Elena. Esa ironía cruel...

Vict. No te alteres: ya concluyo, Tú buena estrella..., ó la mia, Al fin te señala el rumbo Del prófugo caballero. Llegas á mí; yo te juzgo Acreedora á mi bondad; Creo en tu llanto; no dudo De tu aparente candor; Te doy albergue; procuro Consolarte; y tú entre tanto Preparabas con estudio Una escena escandalosa Con que sin duda tu orgullo Quería humillar el mio. Venciste. No te disputo La joya; pero ¿á qué fin Tener tu designio oculto Exponiéndome al sonrojo De presenciar...?

Elena. No. Yo os juro Por mi vida que ignoraba...

Vict. Bien; será así. No te acuso. Reclama, pues, tus derechos, Si acaso tienes alguno, A la mano del marqués. Haz alarde del triunfo; Sé marquesa enhorabuena, Que si mas tiempo te arguyo Pudieras creer acaso Que de envidia me consumo. Pero allá lejos de mí...

Elena. Perdonad si os interrumpo. Vuestro decoro y el mio Exigen de mi que al punto Me aleje de vuestra casa; Y no con semblante adusto Necesitais despedirme, Que de estos umbrales huyo Con mas gozo que pesar. Pero pues yo no os injurio; Aunque sois funesta causa De los tormentos que sufrí, No me exaspereis, señora; No claveis el dardo agudo De vuestra sátira amarga En un corazon que al yugo

¡Ah! No. Jamás. Lo juro. Antes mi pecho Romperá tu puñal en mil pedazos; Antes verás mi tumba que su lecho.

ESCENA III.

DON GERARDO, ELENA.

Ger. ¡Qué clamores...! ¡Elena!
¡Modera tu dolor!
Elena. ¡Oh! ¡Cómo el alma, Ya quebrantada su fatal cadena, Cobra gozosa la perdida calma!
Ger. No me oye..., no me mira...
Elena!
Elena. Yo pensaba, — necia he sido, — Que amor con sus falaces ilusiones De todas las pasiones Era la mas suave, la que inspira Mas dulces sensaciones.
¡Error! ¡Sueño! ¡Mentira!
¡Cuánto mas dulce, cuánto mas... la ira!
Ger. ¡Elena! — ¡Atroz delirio!
Por dicha nadie observa; mas si alguno...
Elena. Pronto, pronto habrá fin mi atroz martirio.

Ger. Huye de aquí, infelice. No te expongas A desdicha mayor. ¿Por qué en tu daño, Por qué cerrar los ojos A la luz del acerbo desengaño? ¿No te basta saber que en menosprecio De su jurada fe, de tu firmeza, El perjuro que en lágrimas te inunda Amante criminal de otra belleza Su posesion anhela en vil coyunda? ¿Querrás tambien de escarnio vergonzoso Servir á tu rival envanecida Y á su cómplice odioso?
¡Ah! Vuelve por tu vida, Elena, vuelve en ti...

Elena. ¿Quién sois? — ¡Oh cielo!
¡Vos! ¡Oh inmenso placer! Con cuanto anhelo

Os buscaban mis ojos!
Ger. De sorpresa... Ni á hablar acierto. ¿Qué! ¿Será posible...? ¡Ah! Tal vez de tu mente el desvario...

Elena. ¿Me amais?
Ger. ¡Y tú lo dudas! ¿En qué pecho Fuego de amor ardió como en el mio?
Elena. Si vuestro amor es tanto; Si aun es por dicha á vuestros ojos bella Esta angustiada frente Que la ignominia sella, No ya, no ya mi boca Que la culpable ingratitud movía

De viles pasiones nunca, Nunca cedió. Yo renuncié A los sagrados derechos Con que pudiera ante un justo Magistrado confundir Al traidor que me sedujo; Mas no imagineis, señora, Que á mi desgracia sucumbo Hasta el doloroso extremo De sufrir vuestros insultos.

Vict. ¡Pues no faltaba otra cosa! A damas de alto coturno Cual vos, señora marquesa, Debe tratarse con mucho, Con muchísimo respeto, Así, pues, con el tributo De cumplida reverencia A vuestra salud, Y la ruego que se marche Antes de quince minutos.

ESCENA II.

ELENA.

¡Oh! Ya en mi corazon no hay sufrimiento. Ya el dolor me fatiga y me sonroja. No mas, no mas en triste abatimiento Cubrir de amargas lágrimas mis ojos, Pues no aplacan el llanto y la paciencia De mi enemiga estrella los enojos. Rencor, maledicencia, Dulce afán de venganza Que alimentais de un triste la existencia, De hoy mas sed mi consuelo y mi esperanza. ¡Qué! Porque airado el cielo Quiso hacerme mujer, yo envitecida, Cual si tuviese corazon de hielo, Sin murmurar mi labio ¿El peso he de sufrir de tanto agravio? ¿No sabré yo de cólera inflamada, Como dé amor un dia, Vengar la afrenta mia, Vengarla, ó fenecer desesperada? Traidor que á tal extremo Reduces á tu victima inocente; Pérfido amante, jurador blasfemo Que con tanta vileza correspondes Al mas cordial amor, al mas ardiente, ¿Dónde, villano, á mi furor te escondes? Ven, ven á hacer alarde De tu barbaro triunfo; Ven, y consume tu maldad, ¡cobarde! — ¿Y triunfarás? ¿Y con infames lazos A otra mujer unido Reirás de mi oprobio entre sus brazos?

Ger. ¡Cielos!
Marq. ¡Elena!
(Elena cae desmayada en los brazos de don Gerardo: el marqués desaparece horrorizado: la sorpresa deja inmóviles al conde y á Victorina.)

ACTO TERCERO.

Sigue la decoracion del anterior. El teatro se va oscureciendo gradualmente.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Ahora que estás recobrada De aquel repentino insulto, ¿Podré saber, niña mia, La causa que lo produjo? ¿Cuáles son tus conexiones Con el marqués? ¿Cómo pudo Tal efecto obrar en ti Su presencia? ¿Qué conjuro Se esconde en tus bellos ojos, Que al fijarlos en los suyos Le hicistes huir de mi casa Horrorizado y confuso?

Elena. El es la causa, señora, De todos mis infortunios, Bien quisiera haber podido Confiar solo al sepulcro Mi desventurado amor, Mas si ahora fuese mudo Mi labio, de mi inocencia Pudiera dudar el vulgo. Tranquila y feliz vivía Sin conocer el influjo Del amor. Por mi desgracia Me vió, señora, el perjuro Don Gabriel. ¡Ah! Yo inexperta...

Vict. El atrevido y astuto, Tú sensible en demasia, El galan hasta lo sumo, Y el demonio que las carga... En fin, engañarte supo. ¿No es esto? Sí; que nosotras No cedemos al impulso De una pasion. ¡Imposible! Ya se ve; somos de estuco.

Elena. ¡Señora!...
Vict. Contra su llanto Y sus arteros discursos Y sus falsos juramentos No fué poderoso escudo Tu virtud. El fementido Huyó después; tú sin fruto Le escribiste, le rogastes, Y á falta de otro recurso En pos del ingrato Eneas Corriste por esos mundos.

Elena. Esa ironía cruel...

Vict. No te alteres: ya concluyo, Tú buena estrella..., ó la mia, Al fin te señala el rumbo Del prófugo caballero. Llegas á mí; yo te juzgo Acreedora á mi bondad; Creo en tu llanto; no dudo De tu aparente candor; Te doy albergue; procuro Consolarte; y tú entre tanto Preparabas con estudio Una escena escandalosa Con que sin duda tu orgullo Quería humillar el mio. Venciste. No te disputo La joya; pero ¿á qué fin Tener tu designio oculto Exponiéndome al sonrojo De presenciar...?

Elena. No. Yo os juro Por mi vida que ignoraba...
Vict. Bien; será así. No te acuso. Reclama, pues, tus derechos, Si acaso tienes alguno, A la mano del marqués. Haz alarde del triunfo; Sé marquesa enhorabuena, Que si mas tiempo te arguyo Pudieras creer acaso Que de envidia me consumo. Pero allá lejos de mí...

Elena. Perdonad si os interrumpo. Vuestro decoro y el mio Exigen de mi que al punto Me aleje de vuestra casa; Y no con semblante adusto Necesitais despedirme, Que de estos umbrales huyo Con mas gozo que pesar. Pero pues yo no os injurio; Aunque sois funesta causa De los tormentos que sufrí, No me exaspereis, señora; No claveis el dardo agudo De vuestra sátira amarga En un corazon que al yugo

¡Ah! No. Jamás. Lo juro. Antes mi pecho Romperá tu puñal en mil pedazos; Antes verás mi tumba que su lecho.

ESCENA III.

DON GERARDO, ELENA.

Ger. ¡Qué clamores...! ¡Elena!
¡Modera tu dolor!
Elena. ¡Oh! ¡Cómo el alma, Ya quebrantada su fatal cadena, Cobra gozosa la perdida calma!

Ger. No me oye..., no me mira...
Elena!
Elena. Yo pensaba, — necia he sido, — Que amor con sus falaces ilusiones De todas las pasiones Era la mas suave, la que inspira Mas dulces sensaciones.
¡Error! ¡Sueño! ¡Mentira!
¡Cuánto mas dulce, cuánto mas... la ira!
Ger. ¡Elena! — ¡Atroz delirio!
Por dicha nadie observa; mas si alguno...

Elena. Pronto, pronto habrá fin mi atroz martirio.
Ger. Huye de aquí, infelice. No te expongas A desdicha mayor. ¿Por qué en tu daño, Por qué cerrar los ojos A la luz del acerbo desengaño? ¿No te basta saber que en menosprecio De su jurada fe, de tu firmeza, El perjuro que en lágrimas te inunda Amante criminal de otra belleza Su posesion anhela en vil coyunda? ¿Querrás tambien de escarnio vergonzoso Servir á tu rival envanecida Y á su cómplice odioso?
¡Ah! Vuelve por tu vida, Elena, vuelve en ti...

Elena. ¿Quién sois? — ¡Oh cielo!
¡Vos! ¡Oh inmenso placer! Con cuanto anhelo

Os buscaban mis ojos!
Ger. De sorpresa... Ni á hablar acierto. ¿Qué! ¿Será posible...? ¡Ah! Tal vez de tu mente el desvario...

Elena. ¿Me amais?
Ger. ¡Y tú lo dudas! ¿En qué pecho Fuego de amor ardió como en el mio?
Elena. Si vuestro amor es tanto; Si aun es por dicha á vuestros ojos bella Esta angustiada frente Que la ignominia sella, No ya, no ya mi boca Que la culpable ingratitud movía

De viles pasiones nunca, Nunca cedió. Yo renuncié A los sagrados derechos Con que pudiera ante un justo Magistrado confundir Al traidor que me sedujo; Mas no imagineis, señora, Que á mi desgracia sucumbo Hasta el doloroso extremo De sufrir vuestros insultos.

Vict. ¡Pues no faltaba otra cosa! A damas de alto coturno Cual vos, señora marquesa, Debe tratarse con mucho, Con muchísimo respeto, Así, pues, con el tributo De cumplida reverencia A vuestra salud, Y la ruego que se marche Antes de quince minutos.

ESCENA II.

ELENA.

¡Oh! Ya en mi corazon no hay sufrimiento. Ya el dolor me fatiga y me sonroja. No mas, no mas en triste abatimiento Cubrir de amargas lágrimas mis ojos, Pues no aplacan el llanto y la paciencia De mi enemiga estrella los enojos. Rencor, maledicencia, Dulce afán de venganza Que alimentais de un triste la existencia, De hoy mas sed mi consuelo y mi esperanza. ¡Qué! Porque airado el cielo Quiso hacerme mujer, yo envitecida, Cual si tuviese corazon de hielo, Sin murmurar mi labio ¿El peso he de sufrir de tanto agravio? ¿No sabré yo de cólera inflamada, Como dé amor un dia, Vengar la afrenta mia, Vengarla, ó fenecer desesperada? Traidor que á tal extremo Reduces á tu victima inocente; Pérfido amante, jurador blasfemo Que con tanta vileza correspondes Al mas cordial amor, al mas ardiente, ¿Dónde, villano, á mi furor te escondes? Ven, ven á hacer alarde De tu barbaro triunfo; Ven, y consume tu maldad, ¡cobarde! — ¿Y triunfarás? ¿Y con infames lazos A otra mujer unido Reirás de mi oprobio entre sus brazos?

Vuestra saña provoca.

A vos, sí, á vos tan solo se reserva,
Si la anhelaís, mi mano. Esposa, amante...
Aun es poco, señor. Humilde sierva
En mí tendréis. Lo juro al Dios que adoro.

Ger. ¡Ah, que á tanta ventura
Sucumbe el corazón! ¿Es sueño vano?

¡Yo dueño de tu angélica hermosura!

¡Elena! En dulce lloro...

De orgullo... y de placer mi rostro baño.

¡Oh, Dios! Si de mi ardiente fantasía

Fuese esta gloria lamentable engaño,

Mano alevosa, impía

Con él destruya la existencia mía.

Elena. No; no os miente mi lengua.

Ni cupo en mí jamás tan torpe mengua;

Mas, no lo niego, inmenso sacrificio

Tal vez me impongo ahora,

Y en justo galardón un beneficio

De vuestro amor implora

Esta infeliz mujer.

Ger. ¡Cielos! ¿Qué aguardas?

Habla. Toda mi hacienda,

Mi sangre toda venturosa ofrenda

Será de tu beldad.

Elena. No alcéis, os ruego,

No alcéis la vos. — Riquezas no ambiciono

Ni sed de vuestra sangre me atosiga.

Otra os pide mi encono;

Vertédla, y mereced que yo bendiga

Esa obediente mano vengadora.

Ger. Si, vengada serás.

Elena. ¡Alma traidora!

El cielo al fin tus crímenes castiga. —

Oid: aunque me ofende

No culpo á mi rival. También es ella

Bianco de la perfidia.

Pues espiró el amor, muera la envidia.

Solo al marqués alcanza

El rayo matador de mi venganza.

Romped su corazón vil, inhumano;

Rompedlo sin clemencia,

O jamás seréis dueño de mi mano.

Ger. ¡Ah! Mas que á tu despecho

Grata será su muerte al odio mio.

Parte. Bajo este techo

Ya no puedes vivir. Parte...

Elena. ¿Y adónde?

¡Ay, triste! adonde irá...

Ger. Volver á Utrera

Sería...

Elena. No; ¡jamás!

Ger. Más grata fuera

A tu dolor inmenso la morada

Do inocente respira

Aquel fruto infeliz...

Elena. ¡Oh, prenda amada!

Si en mis brazos le viera...

Mas! ¡ay! vano deseo...

Ger. No. Su asilo

Logró al fin penetrar mi vigilancia,

Y pronto á servirme los pastores

Que cuidan de su infancia...

Elena. ¡Ah! ¿Qué tardais? Guíadme...

Ger. ¿Y quién te vengas?

No temas. Un amigo

Tu conductor será. Ginés ahora

Te llevará á su casa. Apenas brillen

Los rayos de la aurora...

Le escribiré. Un instante...

(Saca una cartera y escribe con lapiz en

una hoja del libro de memorias.)

Un solo instante espera.

(Elena se sienta con muestras del mayor

abatimiento.)

ESCENA IV.

DON GERARDO, ELENA, GINÉS.

Ger. ¡Oh Dios! ¿Quién viene?

(Ginés trae luces.)

Ginés. Yo soy. Nada temais. Aun la señora

Allá en la retirada galería...

Ger. ¡Ginés! Elena es mía.

(A media voz.)

Ginés. Os doy mi enhorabuena...

Y el pésame al marqués.

Ger. ¡Silencio! — Elena.

Elena. ¿Qué me queréis? Ya os sigo. No

dormía,

(Se levanta con lentitud y como enajenada.)

No; pero en dulce calma

Venturosa yacia,

Y de su asiento desprendida el alma

Lentamente ¡oh placer! desaparecía.

Ger. ¡Elena!... ¡Oh qué tormento!

Conturbada otra vez su fantasía...

(Mas si un solo momento

Su partida retardo;...

Si vuelve mi rival y por desgracia

La ve, la habla...) Ginés, á tí la fio,

A tu constante celo, á tu eficacia.

Cerca vive don Juan. Allí segura

Hasta rayar el día...

Esta carta le entrega.

Elena. No dormía,

No; que enconado el cielo

Me ha negado también este consuelo.

¡Yo velaré llorando!

¡El dormirá tranquilo!

Ginés. Basta. Volando voy.

Ger. Elena mía,

Sigue á Ginés...

Elena. Sí. (Distraída.)

Ger. Que á mejor asilo

Él te conducirá.

Ginés. Venid, señora.

(Tomando de la mano á Elena, que le sigue

maquinalmente.)

Soy vuestro siervo fiel. (Tiembla su mano.)

Elena. Si; apartadme de aquí. Gozosa

os sigo.

Esa luz me atormenta,

¡Esa luz que maldigo!

¡Ah! ¿Qué mano cruel ha disipado

La negra oscuridad que me halagaba?

Huyamos, caro amigo,

Allá donde la noche tenebrosa,

Ya que no el centro de la tumba fría,

Esconda al mundo la vergüenza mía.

ESCENA V.

DON GERARDO.

¡Desventurada Elena!

El dolor que la agobia

Su razón, sus sentidos enajena.

Mas luego que á sus ojos

Desaparezca la mansión odiosa

Testigo de su oprobio y amargura,

Yo espero que la paz y la alegría

De nuevo brillen en su frente hermosa.

¡Oh gozo! Ya su pecho no sojuzga

La imagen de un rival aborrecido.

La sangrienta venganza

Solo se anida en él. Cierto es mi triunfo.

Mi corazón recobra la esperanza.

ESCENA VI.

VICTORINA, DON GERARDO.

Vict. ¿Fué ya la miserable

Que criminal ó inocente

Tan mal día nos ha dado?

Ger. Sí, señora.

Vict. Al cielo plegue

Darla mil felicidades

Con tal que de mí se aleje.

Quizá con poca razón

Dije á la infeliz mil pestes;

Mas no pude contener

Mi saña. ¿Y quién la contiene

Después de un sonrojo...? No;

No es ella, sea quien fuere,

Que no cuido de saberlo,

La que mi enojo merece,

Sino el traidor... ¡Qué cabeza

Me ha dado Dios! ¿A qué vienen

Estas serias reflexiones,

Y elegir por confidente...

¿A quién? ¿á un recién venido

Lacayo! Pues como pruebe

Tan bien como la doncella,

Me luzco seguramente.)

Ger. ¿Mandais algo?

Vict. Si; queria

Que... Primero es que me acuerde.—

¡Ah! Si; un palco de platea

Para la ópera. ¿Entiendes?

Sobra tiempo. Al mayordomo

Le pedirás lo que cueste.

Ger. Está bien.

Vict. Voy un momento

A mi tocador. Si viene

Entre tanto el señor conde,

Que me avisen y se espere.

(Por fin si un novio me planta,

Hay otro que le releve.)

ESCENA VII.

DON GERARDO.

¡Oh qué frívola señora!

¿Y quiere mi negra suerte

Que yo sufra...?

(Toca la campanilla.)

Si no hay otro

Que vaya por el billete

Se queda sin él.—¡Ah! Bien.

(Llega un lacayo, oye el recado que figura

darle en voz baja don Gerardo, y vase.)

Demos el encargo á este.—

Ya tarda Ginés. Yo tiemblo.

Si algun funesto accidente...

¡Y he podido yo apartarme

De mi Elena...! Mas conviene

A mi designio y al suyo

Que ninguno aqui sospeche

La menor inteligencia

Entre los dos.—Será breve

Nuestra ausencia, prenda hermosa,

Y aunque mil vidas arriesgue...

ESCENA VIII.

DON GERARDO, GINÉS.

Ger. ¡ Ah! Ven; dime...

Ginés. ¿ Estamos solos?

Ger. Solos; sí. Nada receles.

¿ Qué es de Elena?

Ginés. Ya está en casa

De don Juan. ¡ Ah! Me conmueve

Su estado. Será un prodigio

Si la cabeza no pierde.

¡ Bala yo consolando

Por la calle come debe

Quien de cristiano se precia;

Pero ella sin responderme

Se dejaba conducir.

Llegamos: piadoso huésped

Don Juan la recibe, y ella

A sus palabras corteses,

O sin concierto responde

O suspirando enmudece.

La esposa de vuestro amigo

La persuade á que se acueste,

Y á tantas penas rendida

Por fin logramos que cierre

Tranquilo sueño sus ojos.

Ger. ¡ Ah! Dios haga que despierte

Mas venturosa.

Ginés. « ¡ Venganza,

Venganza de un hombre alevé. »

Son los últimos acentos

Que con voz trémula y débil

Pronunció la desdichada.

Ger. Si; no brillará dos veces

La luz del sol, cara Elena,

Sin que mi mano se cebe

En la sangre de un rival

Aborrecido.

Ginés. ¡ Una muerte!

¡ Qué horror! — ¡ Ah! Mejor sería

Que esa pasión vehemente

Sofocárais y tranquilo...

Ger. ¡ Miserable! ¿ Qué te atreves

A decirme? Tanta ofensa,

Tantos amargos desdenes,

No pudieron de mi amor

Entibiar la llama ardiente;

Y ahora que dulce esperanza

La paz perdida me vuelve,

Ahora que al término llevo

De tanto afanar ¿ pretendes

Que aquella imagen hermosa

De mi corazón destierre?

Ginés. Perdonadme. Yo quería...

Como soy naturalmente

Compasivo... Mas ya veo

Que si el marqués no fenece

No conseguireis la mano

De esa sobrina rebelde,

Y de dolor morireis;

Y así, pues el hado quiere

Que uno muera de los dos,

Sea el marqués por quien recen

Estos labios pecadores;

No el amo que me mantiene.

Ger. ¿ Qué tardó pues en retarlo

Y que mi pecho atraviese

O muerto caiga á mis piés?

Ginés. ¿ Qué vais á hacer, imprudente?

¡ Tenéos! En tales lances

No es el valor el que vence,

Sino la destreza. Vos

Ni la espada ni el florete

Manejais, que entre barbechos

Tales artes no se aprenden:

Él es práctico en las armas;

¿ Correréis á ofrecerle

Vuestra sangre en galardón

De los tormentos crueles

Que os ha causado? ¿ Quereis

Sacrificarle el deleite

Del amor, de la venganza?

¿ Pondréis en riesgo inminente

Hasta la vida de Elena

Por obedecer las leyes

De un pundonor temerario

Que ese infame no merece?

¿ Guardólas él por ventura

Cuando estando vos ausente

Sedujo á vuestra sobrina,

Y desterró para siempre

La paz de vuestros hogares,

Y sonrojó vuestra frente,

Y mancilló...?

Ger. Basta. El odio

Que dentro de mi alma hierve

Al escuchar tus palabras

En rabia atroz se convierte.

No muera cual caballero

Quien como villano ofende,

Quien osó... ¿ Quieres en fin

Que mi flaqueza confiese?

La eterna paz de la tumba

Ayer ansiaba demente:

Hoy que espero convertir

En dichosos parabienes

Tantos días de amargura,

Horror me inspira la muerte.—

Mas... ¿ podré manchar mi mano...?

Ginés. No. Manos habrá que os venguen

Sin que aventureis...

Ger. ¡ Silencio!

(Viendo venir al criado de la escena anterior.

¿ La platea? Dame.

(Tomando el billete que trae el criado.)

Vete. (Vase el criado.)

¿ Y dónde hallar quien se atreva...?

Ginés. ¡ Aunque fuera el ave Fénix!

Habiendo oro...

Ger. Cuanto pidan.

Ginés. Ayer al pasar el puente

Me encontré con cierto amigo

Que conoce mucho á un jefe

De bandidos que en Triana

Las mas de las noches duerme.

No bien supe que tenia

Conexiones de esta especie,

Afeando su conducta

Juré no hablarle ni verle...

Ger. ¡ Oh qué nécia hipocresía!

Al caso. El tiempo se pierde.

Ginés. Mas, si quereis, por su medio...

Ger. Si; pronto. ¿ A qué te detienes?

Ginés. No os inquieteis, y escuchadme.

Lo primero es no exponerse

Y asegurar bien el golpe.

Tal vez á dario se niegue

Dentro de la población

Ese bandido, si teme

Ser descubierto. En el campo,

Rodeado de su gente...

Ger. Acaba.

Ginés. Al rayar el día...;

Antes, si preciso fuere,

Se pone Elena en camino,

Porque esto es lo mas urgente.

Ger. Bien.

Ginés. Ya sabéis dónde vive

Don Gabriel.

Ger. Sí.

Ginés. Vais á verle;

Y, puesto que no os conoce,

Fingís que sois un sirviente

De la sobrina, ó del tío

Si mas bien os pareciere.

Haciendo del fiel ladrón

Le jurais que está inocente.

Su sobresalto, su fuga

Prueban que en su pecho aun tiene

Demasiado imperio Elena.

Para mejor convencerle,

De las pasadas intrigas

Le haceis tambien confidente,

Echándome á mi la culpa...

Y á vos mismo si conviene.

Le revelais la partida

De Elena al humilde albergue

Donde él mismo tiene oculto

A su hijo; se entornece;

A la piedad y al honor

Se une la voz elocuente

De la sangre; instais; la sigue;

Los ladrones la sorprenden...

Ger. No mas. Te entiendo.

Ginés. (¡ Yo sudo!)

No tardeis. Como un cohete

Yo vuelvo ahora mismo en busca

Del bandido; le hablo; viene;

Os poneis de acuerdo...

Ger. Espera.—

¿ Qué traes?

(A un criado que llega.)

Criado. Este billete

Del marqués de Rivaparda.

(Don Gerardo y Ginés se miran con

inquietud.)

Ginés. Lo leerá inmediatamente

(Tomándolo.)

El ama. ¿ Esperan respuesta?

Criado. Sí.

Ginés. Bien. (Vase el criado.)

Abrámoslo. Aun tiene

Fresca la oblea. (Abre el billete.)

Ger. ¿ Qué has hecho?

Ginés. ¿ Qué importa culpa tan leve

Cuando...? Leed.

Ger. Cuatro renglones.

(Lee rápidamente el papel, y vuelve á

pegar la oblea.)

Ver á la viuda pretende.

Ginés. Muy bien. Os ahorra un viaje

Si le recibe.— Alguien viene.

Separémosnos...

Ger. Si; anda.

Ya te sigo. No te alojes.

ESCENA IX.

DON GERARDO, EL CONDE.

Conde. ¡ Calle! ¿ Sois vos el lacayo

Hipocondriaco y adusto...?

Ger. Yo soy...

Conde. Bien. Hacedme el gusto

De avisar... (El tal desmayo...;

La escapada repentina

Del marqués... Vaya; increíble

Parece... (¿ No está visible

La preciosa Victorina?)

Ger. Pasaré recado.

Conde. Sí.

Ger. Tomad, si gustais, asiento

Y esperaos un momento.

Voy... Ya la teneis aquí.

ESCENA X.

EL CONDE, VICTORINA, DON GERARDO.

Conde. Señora...

Vict. ¿Tengo platea?

Ger. Tomad.

(Le da el billete que trajo el criado.)

Vict. Conde, bien venido.

Ger. Esta esquela que ha traído...

Vict. Venga. *(La abre.)*

¿Permitís que lea?

Conde. Sois muy dueña...

Vict. ¿Es del marqués?

Conde. ¿Qué oigo! ¿Tendrá la insolencia tal vez...?

Vict. Me pide licencia

Para ponerse á mis piés.

Conde. ¿Y vos...?

Vict. Supuesto que espera

Mi respuesta el portador,

Decidle que su señor

Puede venir cuando quiera.

ESCENA XI.

VICTORINA, EL CONDE.

Conde. ¿Con un hombre que os burló

Sois tan complaciente ahora?

¿Perdeís el juicio, señora?

¿Vos recibís...?

Vict. ¿Por qué no?

Picada me juzgaría

Si yo á verle me negara.

Cuando él no escondé la cara

¿Quereis que oculte la mia?

Venga muy en hora buena,

Que sin susto le veré,

Y no me desmayaré

Cual su interesante Elena.

Venga: no sería tan necio

Que volver quiera á mi gracia.

Si tanta fuera su audacia

Mayor será mi desprecio.

Quizá espera verme absorta,

Triste, abatida... ¿Qué error!

Conde. Mas ..., no extrañéis mi temor,

Su visita...

Vict. Será corta.

Conde. Él, antes de aquella escena,

Feliz para mi quiza,

Me contó de pe á pa

La biografía de Elena.

Díjome que le engañó

Que le causó mil pesares,
Que después de sus hogares
Huyó la tal.— ¿Qué sé yo?
Que ya no pensaba en ella,
Que en paz y en gracia de Dios

Iba á casarse con vos

Y bendecía su estrella;

Pero como ya sabia

Que por vos yo estaba ciego

Vuestra mano desde luego

Sin violencia me cedía.

Mas que esto habia de ser

Si á la novia acomodaba;

Que si no, resuelto estaba

A que fuérais su mujer.

Su probidad es notoria;

Lo confieso aunque rival.

Su conducta fué leal.

Solo aquella escapatoria...

En fin, es amigo mio,

Y otro no tengo mas fiel;

Mas si estais quejosa de él,

Hoy mismo le desafío.

O moriré en la palestra

O vereis qué pronto os vengo;

Que injusta ó recta no tengo

Mas voluntad que la vuestra.

Por casarse con mi bien

Quise matarle, señora;

Y por no casarse ahora

Iré á matarle tambien.

Vict. ¿Matarle? ¿Pobre señor!

No le quiero yo tan mal,

Ni ha sido tan criminal

Que merezca ese rigor.

¡Oh! Ni es conveniencia mia;

Porque él pudiera vencer,

Y es fuerte cosa perder

Dos amantes en un día.

Conde. ¿Cuál me halaga ese temor!

Luego ¿renace en tu pecho...?

Vict. Mira no sea despecho

Lo que te parece amor.

Conde. No; que tu boca divina,

Que me dió tantos enojos...

Grata sonrie, y tus ojos...

¡Ah! Tú me amas, Victorina.

Vict. Si, mi zeloso; y en vano

Te lo quisiera negar.

Conde. ¡Oh dicha! ¡Un cura! ¡Un altar.

Vict. ¿Estás loco?

Conde. Hé aqui la mano.

Vict. Aun es mayor mi impaciencia

Que la tuya puede ser.

Conde. ¿Qué escucho! A tanto placer

Ya no basta mi existencia.

¿Tú?...

Vict. No á mis palabras des

Interpretacion violenta.

Borrar deseo la afrenta

Que hacerme quiso el marqués.

Me compromete, me humilla

La conducta de ese hombre.

Temo que sea mi nombre

La fábula de Sevilla.

Si; que el pueblo es el demonio,

Y mil sátiras presagio,

Si no acudo en el naufragio

Al puerto del matrimonio.—

Tal vez mis temores fundo

En vana aprension...

Conde. Sin duda.

Vict. Mas si me quedase viuda

¿Qué diria de mí el mundo?

Soy zelosa de mi fama,

Y en lance tan singular

¿Quién osaría culpar

El orgullo de una dama?

Así con gozo mayor,

Conde, mi dueño te hago,

Pues á un tiempo satisfago

Mi vanidad y mi amor.

Conde. ¡Ah! Mi regocijo extremo

Deja que muestre á tus piés.

Vict. No. En mis brazos.

Ger. El marqués.

*(A la puerta.)*Vict. Que entre. *(Retirase don Gerardo.)*

Conde. Si. Ya no le temo.

ESCENA XII.

VICTORINA, EL MARQUÉS, EL CONDE.

Marq. Sé que no es muy fácil, señora,

Mi conducta disculpar...

Vict. ¿Por qué os quereis molestar?

Yo os absuelvo desde ahora.

Marq. Al ver aquella mujer

Yo no fui dueño de mi.

Mi sorpresa, mi horror...

Vict. Si.

Marq. Me hicieron...

Vict. ¿Cómo ha de ser!

Marq. Faltar...

Vict. Os volvistes loco:

¿No es verdad? Bien dije yo...

Marq. Fui desatento...

Vict. ¿Qué! No.

Lo que es ridiculo... Un poco.

Marq. Hubo un tiempo, de memoria

Harto aciaga para mí,

En que ciego amante fui

De Elena...

Vict. Sé ya su historia.

Marq. Mas ya la habia olvidado...

Vict. Y ella, que os iba al alcance,

Se presenta... ¡Vaya un lance!

Se lo doy al mas pintado.

Marq. No dudeis que mi ternura

Por siempre en odio mortal

Convertida...

Vict. Hacedis muy mal,

Que es preciosa criatura.

Marq. Señora, esta explicacion

Os molesta; bien lo veo,

Mas obligado me creo

A daros satisfaccion...

Vict. Aunque yo no os la he pedido,

Por satisfecha me doy.

Libre quedais; libre soy.

Es negocio concluido.

Marq. Vuestra mano no merezco,

Mas si hui...

Vict. Nada de encono.

¿Fué desaire? Lo perdono.

¿Fué locura?

(Mira con ternura al conde.)

Os lo agradezco.

Marq. Basta. Esa tierna mirada,

Tan conforme á mi deseo,

Es para mí, á lo que veo,

La señal de retirada.

Vict. Nada de eso. A cualquier hora

(Toca la campanilla.)

Vuestra es mi casa; de noche,

de día...

Marq. Gracias...

Vict. El coche.

(A Ginés, que llega.)

Marq. Baso á usted los piés, señora.

ESCENA XIII.

EL CONDE, VICTORINA.

Vict. ¿Qué tal? ¿No aplaudes mi calma

Conde. Y tu gracia sin ejemplo.

¿Qué dichoso me contemplo

Reinando solo en tu alma!

Vict. Ahora al teatro conmigo

Vendrás, pues tengo platea,

Y la aristocracia vea

Que no me falta un amigo.

Conde. Sí; y un amante sincero.

Mas ¿cuando unidos los dos...?

(Ginés aparece por el foro.)

Vict. Pronto.

Conde. ¡Si, hermosa, por Dios!
¡Pronto; que sinó, me muero!

ESCENA XIV.

GINÉS.

(Desde la puerta mirando adentro.)

¡Mal haya tanto charlar! —
Ya se van. ¡Gracias á Dios!
Ya somos ámos de casa,
Y podremos sin temor
Conferenciar... Mucha flema
Gasta el compadre Rejon. —
No es extraño. Le dejé
Vistiéndose de señor,
Difraz que ha adoptado á fin
De no llamar la atencion;
Y aunque no es hombre de estarse
Consultando al tocador
Mucho tiempo... Abren la puerta...
Él es;... el mismo. — Aquí estoy,
Señor don Jorge. Adelante.

ESCENA XV.

GINÉS, REJON.

GINÉS. Solos estamos los dos.
Salió el amo...

REJON. He visto el coche.

GINÉS. No temas.

REJON. ¡Temer! ¿Quién? ¡Yo,
Que fui diez años sargento,
Y aunque ahora bandido soy
Por mi desgracia...! Eso, tú,
Que siempre has sido collon.
Pero...

GINÉS. El mayordomo es nuestro.

REJON. ¿Sabe que vengo...?

GINÉS. Eso no.

Solo sabe lo preciso.

REJON. Bien.

GINÉS. Y está en obligacion

De complacer á mi amo.

No hay ningun riesgo.

REJON. Mejor.

GINÉS. Si temes que yo te venda...

REJON. No; que si fueras soplón

Yo tambien sabria entonces

Sacar tus trapos al sol.

Ya sabes que no podemos

Ser enemigos los dos.

GINÉS. ¿Mis trapos? ¡Eh! Niñerías.

Ya hace tres años que soy
El hombre mas timorato...
Vamos, un santo varon.

REJON. Si; bien tuviste osadia
Para ser estafador
Y miserable tahir
Como un tiempo lo fui yo:
Mas cuando empresas mayores
Te propuso mi valor
No fuiste hombre...

GINÉS. Siempre tuve
Pacifica condicion.
Allá en mis años primeros
Estudié...

REJON. ¡Si; gran doctor!
Pero ¿dónde está tu amo?

GINÉS. Detrás del *quidam* salió
Que, como sabes, mañana
Será...

REJON. ¿Tanta dilacion

Para nada!

GINÉS. Ten paciencia.

REJON. Si tarda mucho, me voy.

GINÉS. Espera...

REJON. Espere el canalla

Que se sujeta al baldon

De ganar un vil salario.

GINÉS. ¡Oh! Soy administrador,

Secretario y mayordomo

De un ricachon... solteron.

Le inspiro gran confianza,

Y las cuentas que le doy

Nunca mira. No me cambio

Por el mismo emperador

De Marruecos. Ya tengo hecha

Mi pacotilla...

REJON. ¿Ladron!

GINÉS. Con ella y un pasaporte

Que la industria me adquirió,

Yo, que no soy tonto y veo

Que corre á su perdicion,

Mañana tomo soleta,

Y adivina quien te dió. —

Pero, hablando de otra cosa...

(Démosle conversacion

Para entretenerle.) ¿Sabes

Que pareces un milord?

REJON. ¿De veras?

GINÉS. ¿Qué diablo al verte

Reconoce á un saltador

De caminos?

REJON. ¿Y qué diablo

Bajo ese tono de voz

Tan meloso, y esa cara

De novicio en procesion

Descubre al mayor tunante

Que madre humana parió?

¿Quién...?

GINÉS. ¡Silencio! Siento pasos...
Iré á ver... Es mi señor.

ESCENA XVI.

DOS GERARDO, GINÉS, REJON.

GINÉS. ¿Le hablásteis?

GER. Le hablé.

GINÉS. ¿Ha esido

En nuestro lazo?

GER. Cayó.

GINÉS. ¿Reconoce la inocencia

De Elena?

GER. Sí.

GINÉS. ¿Y el amor

Renace en él...?

GER. Demasiado.

GINÉS. El caballero Rejon. (Presentándole.)

GER. Bien.

GINÉS. ¿Se dispone á seguirla?

GER. Al nacer el nuevo sol,

Pues antes que el alba rompa

Saldrá Elena. — Oídme vos.

¿Estais dispuesto á servir

De instrumento á mi rencor?

REJON. ¿Estais dispuesto á pagarme

Bien y como hombre de pro?

GER. ¿Cuánto?

REJON. Una muerte alevosa

Ya veis que es crimen feroz.

GER. No perdais tiempo

REJON. ¿Quién es

Blanco de vuestro rigor?

GER. El marqués de Rivaparda.

REJON. ¿Marqués, nada menos? ¡Oh!

Por su cuna y su dinero

Gozará de alto favor.

¿Quién no le querrá vengar?

¿Qué escribano no sirvió

De rodillas á un marqués?

Si fuera algun pobregon...

GER. Acabad.

REJON. Doscientas onzas.

GER. Se os darán.

REJON. La mitad hoy,

Y la otra mitad mañana

En el campo del honor,

Si queréis satisfaceros

Viendo el cadáver; si no,

Con enviar un criado...

GER. No. Verle quiero.

REJON. Mejor.

¿Adónde el viaje?

GINÉS. A un cortijo.

Que dista de Écija dos
A tres leguas. A la izquierda
De la Luisiana...

REJON. Ya estoy.

Sobre un collado...

GINÉS. Cabal.

REJON. A palmos conozco yo

Aquel terreno. Esta noche

Vuelo á tomar posicion

Con mi cuadrilla. — ¡Ea! Venga

Esa mano ¡voto á bríos!

(Toma la mano á don Gerardo y se la

aprieta. Don Gerardo muestra inquietud

y terror.)

Esta otra para el dinero.

GER. Venid á tomarlo.

REJON. Voy.

GINÉS. (¡ Doscientas onzas!)

REJON. ¿Temblais?

El hombre ha de ser atroz.

ACTO CUARTO.

Frazoso despoblado entre la Luisiana y Écija, inmediato al camino real de Madrid á Cadix, que se supone estar á la izquierda del actor y que lo cubren los arboles y la maleza. En la misma direccion, hacia la cual y tambien hacia el foro se eleva con desigualdad el terreno, aparecen dos ladrones en actitud de estar prontos á acometer á los caminantes. Rejon, Tormenta y Pancho en el tablado. Los demas ladrones de la cuadrilla se supone que están colocados al otro lado del camino.

ESCENA PRIMERA.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Pancho. ¡Por Dios que es mucho el afan

De este oficio aperreado!

¿Vela mas ningun soldado?

¿Sudá mas un ganapan?

Te juro, mi capitan,

Que á veces envidio yo

Al que cobarde nació,

Y tanto á aburrirme llevo

Que en cuerpo y alma reniego

Del padre que me engendró.

REJON. Si temes, pide el indulto

Y huye...

Pancho. Si otro que no fuera

Conde. ¡Si, hermosa, por Dios!
¡Pronto; que sinó, me muero!

ESCENA XIV.

GINÉS.

(Desde la puerta mirando adentro.)

¡Mal haya tanto charlar! —
Ya se van. ¡Gracias á Dios!
Ya somos ámos de casa,
Y podremos sin temor
Conferenciar... Mucha flema
Gasta el compadre Rejon. —
No es extraño. Le dejé
Vistiéndose de señor,
Difraz que ha adoptado á fin
De no llamar la atencion;
Y aunque no es hombre de estarse
Consultando al tocador
Mucho tiempo... Abren la puerta...
Él es;... el mismo. — Aquí estoy,
Señor don Jorge. Adelante.

ESCENA XV.

GINÉS, REJON.

Ginés. Solos estamos los dos.
Salió el amo...

Rejon. He visto el coche.
Ginés. No temas.

Rejon. ¡Temer! ¿Quién? ¡Yo,
Que fui diez años sargento,
Y aunque ahora bandido soy
Por mi desgracia...! Eso, tú,
Que siempre has sido collon.
Pero...

Ginés. El mayordomo es nuestro.

Rejon. ¿Sabe que vengo...?

Ginés. Eso no.

Solo sabe lo preciso.

Rejon. Bien.

Ginés. Y está en obligacion

De complacer á mi amo.

No hay ningun riesgo.

Rejon. Mejor.

Ginés. Si temes que yo te venda...

Rejon. No; que si fueras soplón

Yo tambien sabria entonces

Sacar tus trapos al sol.

Ya sabes que no podemos

Ser enemigos los dos.

Ginés. ¿Mis trapos? ¡Eh! Niñerías.

Ya hace tres años que soy
El hombre mas timorato...
Vamos, un santo varon.

Rejon. Si; bien tuviste osadia
Para ser estafador
Y miserable tahir
Como un tiempo lo fui yo:
Mas cuando empresas mayores
Te propuso mi valor
No fuiste hombre...

Ginés. Siempre tuve
Pacifica condicion.
Allá en mis años primeros
Estudié...

Rejon. ¡Si; gran doctor!
Pero ¿dónde está tu amo?

Ginés. Detrás del *quidam* salió
Que, como sabes, mañana
Será...

Rejon. ¿Tanta dilacion

Para nada!

Ginés. Ten paciencia.

Rejon. Si tarda mucho, me voy.

Ginés. Espera...

Rejon. Espere el canalla

Que se sujeta al baldon

De ganar un vil salario.

Ginés. ¡Oh! Soy administrador,

Secretario y mayordomo

De un ricachon... solteron.

Le inspiro gran confianza,

Y las cuentas que le doy

Nunca mira. No me cambio

Por el mismo emperador

De Marruecos. Ya tengo hecha

Mi pacotilla...

Rejon. ¿Ladron!

Ginés. Con ella y un pasaporte

Que la industria me adquirió,

Yo, que no soy tonto y veo

Que corre á su perdicion,

Mañana tomo soleta,

Y adivina quien te dió. —

Pero, hablando de otra cosa...

(Démosle conversacion

Para entretenerle.) ¿Sabes

Que pareces un milord?

Rejon. ¿De veras?

Ginés. ¿Qué diablo al verte

Reconoce á un saltador

De caminos?

Rejon. ¿Y qué diablo

Bajo ese tono de voz

Tan meloso, y esa cara

De novicio en procesion

Descubre al mayor tunante

Que madre humana parió?

¿Quién...?

Ginés. ¡Silencio! Siento pasos...
Iré á ver... Es mi señor.

ESCENA XVI.

DOS GERARDO, GINÉS, REJON.

Ginés. ¿Le hablásteis?

Ger. Le hablé.

Ginés. ¿Ha esido

En nuestro lazo?

Ger. Cayó.

Ginés. ¿Reconoce la inocencia

De Elena?

Ger. Sí.

Ginés. ¿Y el amor

Renace en él...?

Ger. Demasiado.

Ginés. El caballero Rejon. (Presentándole.)

Ger. Bien.

Ginés. ¿Se dispone á seguirla?

Ger. Al nacer el nuevo sol,

Pues antes que el alba rompa

Saldrá Elena. — Oídme vos.

¿Estais dispuesto á servir

De instrumento á mi rencor?

Rejon. ¿Estais dispuesto á pagarme

Bien y como hombre de pro?

Ger. ¿Cuánto?

Rejon. Una muerte alevosa

Ya veis que es crimen feroz.

Ger. No perdais tiempo

Rejon. ¿Quién es

Blanco de vuestro rigor?

Ger. El marqués de Rivaparda.

Rejon. ¿Marqués, nada menos? ¡Oh!

Por su cuna y su dinero

Gozará de alto favor.

¿Quién no le querrá vengar?

¿Qué escribano no sirvió

De rodillas á un marqués?

Si fuera algun pobregon...

Ger. Acabad.

Rejon. Doscientas onzas.

Ger. Se os darán.

Rejon. La mitad hoy,

Y la otra mitad mañana

En el campo del honor,

Si queréis satisfaceros

Viendo el cadáver; si no,

Con enviar un criado...

Ger. No. Verle quiero.

Rejon. Mejor.

¿Adónde el viaje?

Ginés. A un cortijo.

Que dista de Écija dos
A tres leguas. A la izquierda
De la Luisiana...

Rejon. Ya estoy.
Sobre un collado...

Ginés. Cabal.

Rejon. A palmos conozco yo

Aquel terreno. Esta noche

Vuelo á tomar posicion

Con mi cuadrilla. — ¡Ea! Venga

Esa mano ¡voto á bríos!

(Toma la mano á don Gerardo y se la

aprieta. Don Gerardo muestra inquietud

y terror.)

Esta otra para el dinero.

Ger. Venid á tomarlo.

Rejon. Voy.

Ginés. (¡ Doscientas onzas!)

Rejon. ¿Temblais?

El hombre ha de ser atroz.

ACTO CUARTO.

Frazoso despoblado entre la Luisiana y Écija, inmediato al camino real de Madrid á Cadix, que se supone estar á la izquierda del actor y que lo cubren los arboles y la maleza. En la misma direccion, hacia la cual y tambien hacia el foro se eleva con desigualdad el terreno, aparecen dos ladrones en actitud de estar prontos á acometer á los caminantes. Rejon, Tormenta y Pancho en el tablado. Los demas ladrones de la cuadrilla se supone que están colocados al otro lado del camino.

ESCENA PRIMERA.

REJON, TORMENTA, PANCHO, LADRONES.

Pancho. ¡Por Dios que es mucho el afan
De este oficio aperreado!

¿Vela mas ningun soldado?

¿Sudá mas un ganapan?

Te juro, mi capitan,

Que á veces envidio yo

Al que cobarde nació,

Y tanto á aburrirme llevo

Que en cuerpo y alma reniego

Del padre que me engendró.

Rejon. Si temes, pide el indulto

Y huye...

Pancho. Si otro que no fuera

Mi capitán se atreviera
A decirme tal insulto...
¿Me has visto esconder el bulto
En ningún riesgo?

Rejon. Jamás.

Pancho. Ni esconderlo me verás.
Mas yo no soy lisonjero.
La vida de un bandolero
Es vida de Barrabás.

Rejon. Pero...

Pancho. Roba á su placer
Con su plata un usurero,
Con sus trampas un fullero,
Con su vara un mercader;
Roba una hermosa mujer
Con fingidas convulsiones;
Roban los viles soplones;
Roba un sastre aun mas que miente;
¡Y á nosotros solamente
Nos llama el mundo ladrones!

Torm. Diga el mundo lo que quiera
Pues no vivimos en él.

Pancho. ¿Y no es destino cruel
Convertirse un hombre en fiera?

¿A quién, di, no desespera,
Si no tiene alma de leño,
No ver un rostro halagüeño,
No inspirar á nadie amor
Y no vivir sin temor

Ni aun en los brazos del sueño?

Torm. Si te desvelas mohino

Temiendo dar en el gancho,
Bébetes una azumbre, Pancho,
Y ahoga el pesar en vino.

Pancho. Contra mi perro destino,
Tormenta, ¿no he de clamar,
Si me prohíbe agradar
A las mujeres y fiel...?

Torm. ¿Qué importa ¡voto á Luzbel!
Como las puedas comprar?
En este mundo embustero
¿Cuántos mejores que tú
Espantaran como el bú
Si no tu vieses dinero?

¿Qué ha de hacer un bandolero
Del amor y sus perfiles?
Filigranas tan sutiles
En mi reino no entrarán;
No; que harta guerra me dan
Escribanos y alguatiles.

Pancho. Te confieso que es afrenta
Tal locura en un bandido,
Pero soy hombre perdido
En viendo faldas, Tormenta.

Rejon. Callad, que ya me impacienta
Conversacion tan extraña.
Con la codicia y la saña
Se aviene mal el amor.

¿No nos basta el alto honor
De escandalizar á España?
Torm. ¿Qué sabes tú si te espera
Mejor suerte...?

Pancho. ¿A mí? Bien sé
De qué modo acabaré
Mi maldecida carrera.
Si ahí en esa carretera
No me sacan el redaño,
Sentado en el vil escaño
Daré al pueblo una función
Y mi cabeza á un sayon.

Rejon. ¿Y qué? Tal día hará un año. —
Mas las cuatro van á dar
Y aun no parece mi muerto.

Pancho. Hoy casi ha estado desierto
El camino.

Rejon. ¡Es buen tardar!
Pancho. Poco ha habido que robar.
Rejon. Mejor para tu conciencia.
(*Los ladrones apostados desaparecen por
la izquiera.*)

Torm. ¡Un carruaje!
(*Los tres se dirigen hácia su izquierda
preparando los trabucos.*)

Rejon. ¿Habrás pendencia?
Torm. ¿Y quién ha de ser el majo...?
Lad. 1.º ¡Alto ahí, perro! (*Dentro.*)
Voces. ¡Abajo! ¡Abajo! (*Dentro.*)
Rejon. Bien. No han hecho resistencia.
(*Volviendo al proscenio con Tormenta.*)

ESCENA II.

REJON, TORMENTA.

¿No nos basta el alto honor
De escandalizar á España?
Torm. ¿Qué sabes tú si te espera
Mejor suerte...?

Pancho. ¿A mí? Bien sé
De qué modo acabaré
Mi maldecida carrera.
Si ahí en esa carretera
No me sacan el redaño,
Sentado en el vil escaño
Daré al pueblo una función
Y mi cabeza á un sayon.

Rejon. ¿Y qué? Tal día hará un año. —
Mas las cuatro van á dar
Y aun no parece mi muerto.

Pancho. Hoy casi ha estado desierto
El camino.

Rejon. ¡Es buen tardar!
Pancho. Poco ha habido que robar.
Rejon. Mejor para tu conciencia.
(*Los ladrones apostados desaparecen por
la izquiera.*)

Torm. ¡Un carruaje!
(*Los tres se dirigen hácia su izquierda
preparando los trabucos.*)

Rejon. ¿Habrás pendencia?
Torm. ¿Y quién ha de ser el majo...?
Lad. 1.º ¡Alto ahí, perro! (*Dentro.*)
Voces. ¡Abajo! ¡Abajo! (*Dentro.*)
Rejon. Bien. No han hecho resistencia.
(*Volviendo al proscenio con Tormenta.*)

ESCENA III.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES, ELENA, UN CRIADO.

(*Elena viene conducida de la mano por
Pancho: el criado la precede y entrega
una esquila á Rejon. Elena sigue como
maquinalmente á su conductor. Su vago
mirar, su palidez, el estupor que á
veces la hará parecer tan insensible
como el mármol, y su silencio, inter-
rumpido únicamente por algun profundo*

suspiro, manifestarán el estado de ena-
jenacion mental en que se halla.)

Pancho. ¡Buena presa, capitán!
Rejon. ¡Esquila á mí! ¿Qué aventura...?
(*Lee para sí.*)
Pancho. No te asustes, criatura.
(*Sin desasirla.*)

Animo; que nadie intenta
Matarte.—¿Has visto, Tormenta,
Mas peregrina hermosura?
Rejon. Es la consabida Elena.
(*A Tormenta.*)

Torm. Vive el cielo que es bonita.
Rejon. Nada temais, señorita.
(*Su situacion me da pena.*)

Pancho. ¡Ay cintura macarena!
¡Ay boca...! Ven; que no mancho.
¡Bien haya la madre...!

Rejon. ¡Pancho!
(*Mirando á Pancho con ira.*)

Pancho. (Ya mi pecho es un volcan.)
Guárdemlosa, capitán,
Para que nos haga el rancho.

Rejon. ¡Insolente!...
Pancho. ¡Si es tan bella...!

¡Si esos ojos hechiceros...!
Vendédmela, compañeros.
Veinte onzas os doy por ella.

Rejon. Aparta. (*Poniéndose en medio.*)
Pancho. Linda doncella.

Dame siquiera un abrazo
Y verás que dulce lazo...
Rejon. Vil, si á mirarla te atreves,
(*Echándose el trabuco á la cara y ponién-
dose delante de Elena.*)

Si de ese lugar te mueves,
Te tumbo de un trabucazo,
Pancho. ¡Por san Juan...!

Torm. Calla, salvaje.
Pancho. ¡Hum!... Callo...
(*Con despecho.*)
Torm. O llega tu hora.
Rejon. Venid. Yo mismo, señora,
Os conduciré al carruaje.

ESCENA IV.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES, ELENA, UN CRIADO.

Pancho. Bramando estoy de coraje.
Torm. En vencerse está la palma.
Pancho. ¡En vencerse!
Torm. Nuestra calma
Te da ejemplo.

ACTO CUARTO.

109

ESCENA V.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Rejon. (¡Pobre muchacha! No habla
Y sus miradas errantes,
Su palidez... O está loca,
O el susto que ese bergante
Le ha causado... ¡Eh! Ya se fué.
La Magdalena la ampare.)
Otra vez, Pancho ó demonio,
Guárdate de propasarte...
Pancho. Quedo enterado. Ya sé
Que he de vivir como un fraile.
¡Maldita sea mi estampa!
Rejon. O no he ser yo quien mande,
O ha de morir hecho trizas
El que mis leyes quebrante.
Torm. Pasajeros.
(*Rejon y los demás ladrones verifican el
mismo movimiento que en la escena pri-
mera.*)
Lad. 1.º ¡Alto!
Una voz. ¡Para!
Cas. ¡Ay!
Lad. 2.º ¡Silencio!
Cas. ¡Virgen madre!
Tadeo. ¡Por Dios!
Lad. 2.º ¡Abajo!
Rejon. No es gente
(*Mirando adentro y volviendo en seguida á
la escena con Tormenta y Pancho.*)
De armas tomar. Adelante.
Torm. Como ellos traigan dinero...
Pancho. Lo que es aquel badulaque,
Poco...
Cas. ¡Piedad! (*Dentro.*)
Torm. ¡Una dama!

Pancho. ¿Una dama?
(*Quiere correr á su encuentro. Una mirada de Rejon le contiene. Doña Casilda llega conducida por el ladrón 1.º y detrás don Tadeo remolcado por el ladrón 2.º*)
Seré mártir.

ESCENA VI.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES, DOÑA CASILDA, DON TADEO,
EL MAYORAL.

Cas. ¡Misericordia!
Pancho. ¡Una vieja!...
(*Los diablos con ella carguen.*)
Tadeo. ¡Por Dios!... ¡Siquiera las vidas!...
Rejon. Aquí no se mata á nadie
Si entrega de bien á bien
El dinero que llevaré;
Mas si oculta un solo real,
Fuego y requiescat in pace.
Cas. ¡Ay, Virgen de Guadalupe!
(*Chillando.*)
¡Ay, San Antonio...!
Pancho. ¡Ea, calle!
(*Con aspereza.*)
Rejon. ¿Qué es esto, Pancho? ¿Eres tú
Que te precias de galante...?
Perdonadle: está irritado.
Yo usaré de otro lenguaje.
Señora mía, le ruego
Que no se aflija, ni rabie,
Ni alborote; que nosotros
Somos gente muy amable.
Cas. Bien. El dinero que tengo
Ahi está.
(*Le da un bolsillo. Rejon lo echa sobre un pañuelo que estará tendido en el suelo para recoger lo robado. En él habrá ya dinero y alhajas.*)
Rejon. Nada de fraude.
¡Cuidado!
Cas. No tengo mas.
Pero mi honor... Por el ángel
Custodio...
Rejon. Vivid segura.
No habrá ninguno que os falte
Al respeto. No sois vos
De esas mujeres vulgares
A quienes pueda atreverse
Ningun hombre. Ese semblante
Tiene un no sé qué... capaz
De inspirar respeto á un cafre.

Cas. ¡Eh! Mil gracias... ¿Quién creyera
(*Sonriéndose.*)
Que un hombre de esos modales
Fuese un...; no diré ladrón;
Un... Yo no sé como os llame.—
Un recaudador.
Rejon. Cabal.
Cas. Ya empiezo á tranquilizarme.
Torm. Si el capitán lo permite,
Ahora puede consolarte
De aquella prenda perdida
Esa dueña venerable,
Panchon.
Cas. ¿Qué escucho? ¡Dios mio!
Protegedme en este trance.
Pancho. Teniente, bromas á un lado.
No estoy ya tan de remate
Que me vaya á enamorar
De sesenta navidades.
Cas. ¿Sesenta? Estais engañado.
Cincuenta y tres... no cabales.
Pancho. De una vieja garrafal
Que de madura se cae.
Cas. ¡Qué descortés! ¡Qué insolente!
Tadeo. ¡Callad...! (*En voz baja.*)
Cas. ¡A mi tal ultraje!
¡Quién se lo dijera un día
A doña Casilda Yañez...!
Rejon. No os incomodeis. Son chanzas...
Cas. El diablo que las aguante.
Rejon. ¿Adónde vais á parar?
Cas. A Ecija.
Rejon. ¿Y vuestro viaje
Qué objeto tiene?
Cas. Señor,
Mi Tadeo va á casarse...
Rejon. Alzad vos esa cabeza,
Caballerito. ¡Qué diantre!
¿Teneis miedo?
Tadeo. A punto fijo
No lo sé; pero es muy fácil
Que lo tenga.
Rejon. ¿Vuestro empleo?
Tadeo. Soy... escribano.
Pancho. Matadle.
¡Un escribano! ¡Ahi es nada!
¡Desgraciado del que atrape!
Rejon. Teneos.—¿Quiénes de vosotros
Si se ha visto en una cárcel
No ha inspirado compasión
A alguno de sus cofrades?—
No obstante, yo le condeno
En las costas. Despojadle;
Que si su cara no miente
No se morirá de hambre
El infeliz.
Tadeo. Yo doy fe...

Rejon. ¿Qué fe? Dinero contante;
Que nosotros no robamos
Las virtudes teologales.—
Lagarto, á ti te encomiendo
El carretero: que pague
Tambien el portazgo.
(*El ladrón 1.º registra á don Tadeo, y otro al mayoral.*)
Cas. No;
(*Al ladrón 2.º, que quiere registrarla.*)
A mí no hay que registrarme,—
¡Señor capitán!
Rejon. ¿Qué es eso?
Cas. No permitais que profanen...
Rejon. Déjala, Caifás; no sea
Que de pudor se desmaye
Esa Lucrecia en adobo,
Y tengamos aquí un lance
De Calderon.
(*El ladrón 1.º oculta entre la maleza un reloj que ha robado á don Tadeo. Tormenta lo observa y figura delatarle á Rejon en voz baja.*)
Torm. Capitán...
Rejon. ¿Tú lo has visto?
Torm. Si.
Rejon. ¡Tunante!
Disimulemos.—¿Quién llega?
Pancho. Dos viajeros vergonzantes.

ESCENA VII.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
DON TADEO, DOÑA CASILDA, EL MUSICO,
EL PINTOR, LADRONES, EL MAYORAL.

Rejon. Bien venidos, caballeros.
(*Al músico y al pintor, que llegan conducidos por un ladrón.*)
Lléguense acá; no se espanten.—
¿Por qué os poneis colorado?
(*Al pintor.*)
Ea, no hay que avergonzarse;
Que, aunque yo soy el monarca
De estas bellas soledades,
Trato con mucha llaneza
Al que viene á visitarme.—
Nos estais como alelado.
(*Al músico.*)
¿No adivinais el percance
Que os va á suceder?
Músico. Yo...
Rejon. Nada.
En señal de vasallaje
Me dareis vuestra pecunia;

La tomaré sin exámen,
Y con un cuidado menos
Proseguireis vuestro viaje.
Con que... Pero ya es razon
Que á esos prójimos despache.
Señora, yo no os despido;
Mas ya podeis...
Cas. Al instante.
(*Vase el mayoral.*)
Rejon. Idos, pues, y Dios preserve
De algun impuro combate
Vuestro pudor, madre mía.
Si quereis que os acompañe
Hasta la galera...
Cas. Gracias.
Rejon. Escribano, Dios os guarde.
La vida os he perdonado.
Ello, no ha sido de balde;
Pero os juro que si un día
Caigo por algun desastre
En vuestras uñas, mas caro
Pagaré yo mi rescate.
Tadeo. No. Yo no soy rencoroso.
(*Si te llevo á echar el guante...*)
Soy muy vuestro.
Cas. Muerta voy.
(*Aparte con don Tadeo, yéndose los dos.*)
Quiera Dios que algun ataque
De nervios... Vamos, Tadeo,
Tadeo. ¡Buen viaje hemos hecho madre!
Mas otro peor me espera.
Cas. ¡Peor! ¿Cuál?
Tadeo. ¡Voy á casarme!

ESCENA VIII.

REJON, TORMENTA, PANCHO, EL
MUSICO, EL PINTOR, LADRONES.

Pintor. ¡Infelices de nosotros!
(*Bajo al músico mientras hablan aparte Rejon, Tormenta y Pancho.*)
Músico. Amigo, ya no hay escape.
Pero en dándoles los cuartos...
Pintor. Aunque gran falta me hacen,
No siento lo que me quiten,
Sino lo que pueden darme.
Rejon. Aun tengo que despachar
(*Al músico y al pintor.*)
Otro negocio importante.
Soy con vosotros.
(*Pancho y Tormenta sorprenden al ladrón 1.º asiéndole cada uno de un brazo.*)
Pancho. Traidor,

Date preso.

Rejon. Desarmadle. (Lo hacen.)

Lad. 1.º ¿Cómo! ¿A mí...! ¿Por qué delito...?

Rejon. Camaradas, ese infame

Es indigno de vosotros,

Lad. 1.º ¡Yo!

Rejon. Tú, ratero cobarde,

Que querías usurparnos

Lo que con tantos afanes

Adquirimos para todos.

Lad. 1.º ¿Cuándo...? Ven á registrarme

Y verás...

Torm. Niega, belitre,

Que entre la yerba ocultaste

El reloj del escribano. (Lo lusca.)

Lad. 1.º (Soy perdido.) Es falso. Nadie

Podrá decir...

Torm. Yo lo he visto

Y Caifás que está delante.

Lad. 2.º Es verdad.

Torm. Mirad el cuerpo

(Sacando el reloj de entre las matas.)

Del delito.

Rejon. Ea, apartadle

De mi vista, y sin demora

Mis leyes irrevocables

Se cumplan.

Lad. 1.º Perdon te pido,

Capitan, que no es tan grave

Mi culpa.

Rejon. ¿No obedecéis?

(Pancho y el ladron 2.º se lo llevan por la derecha.)

Lad. 1.º ¡Mala centella te abraze!

ESCENA IX.

REJON, TORMENTA, EL MUSICO,
EL PINTOR, LADRONES.

Rejon. A los otros camaradas

Será preciso dar parte

De esta ocurrencia. — Sé tú

(A otro ladron, que parte por la izquierda.)

Mi mensajero, Galafre. —

Saquemos ahora de penas

A estos pobres caminantes.

¿A ver la bolsa?

Músico. Esta es. (Dando la suya.)

Rejon. Poco pesa. (La registra.)

¡Treinta reales!

(Los echa en el pañuelo, y lo mismo hará con el dinero del pintor.)

Músico. Ese es..., era mi caudal.

Rejon. Pues ¿á dónde vais?

Músico. ¡A Cádiz!

Rejon. ¿La vuestra?

Pintor. Tomad.

(Entregando también su dinero.)

Rejon. ¡Seis duros!

Tampoco estáis muy boyante.

¿Y á dónde bueno?

Pintor. A Sevilla.

Torm. Yo temo que nos engañen.

Registremos...

Rejon. ¡Buena gana!

Pues ¿no ves ese equipaje?

Torm. Cierto, y viajeros peones...

Rejon. ¿Sois por ventura escolares?

Pintor. No, señor. Mi compañero

Es músico.

Rejon. ¿Y vos? ¿Danzante?

Pintor. Soy pintor.

Rejon. Sea en buen hora.

Pintor. Deseando ejercitarme

En la escuela sevillana,

Y con mucho amor á mi arte,

Pero con poca moneda...

Rejon. Entiendo. Hacéis vuestro viaje

Al pié de la letra.

Pintor. Llevo

En esta cartera lápiz

Y papel; y si á mi vista

Algún bello paisaje

Se ofrece por el camino,

Lo dibujo.

Rejon. Bien. Eso abre

El apetito.

Músico. Yo canto

En italiano, en romance,

Y hasta en latin si es preciso.

Soy cantor lírico errante...

Por no decir de la legua.

¡Oh! Si yo fuera de extránjis

Otro gallo me cantara.

No es justo que yo me alabe,

Pero por ser español

Me silban en todas partes. —

Ahora voy recomendado

Al empresario de Cádiz...

Rejon. ¡Oh, qué idea! Yo también

Tengo afición á las artes,

Y quiero honraros. — Pintor,

Sentáos y dibujáme

En el sublime ejercicio

De mi poder formidable.

Pintor. Yo...

Rejon. ¡Vamos pronto! — ¿Qué escena

Pudierais pintar mas grande,

Mas estupenda, mas...?

Pintor. Yo...

Rejon. ¡Voto á...! ¿Queréis que os lo encargue

De otra manera?

Pintor. Obedezco.

(Siéntase sobre una roca y se pone á dibujar.)

Rejon. Ahora es preciso que cante

Este mozo.

Músico. Con el susto

Se me ha secado el gaznate...

Torm. Remojadlo.

(Dándole un frasco que lleva.)

Músico. Yo...

Rejon. Bebed.

Músico. (Peor será que me casque.)

(Bebe y en seguida canta.)

Duce di tanti eróí

Crollar faró gli impe...

Torm. ¿Qué es eso? ¿Cantais en gringo?

¡Voto á bríos!... Eso es burlarse.

Aquí no somos naciones.

Rejon. Vaya un polo.

Torm. Y con donaire.

Músico. Corriente. (Haremos de tripas

Corazon.) Oigan los jaques.

(Canta.)

* Gachones de San Bernardo,

Los que penais por Catana,

Con mi cuchillo os aguardo

En el puente de Triana.

¡Ay gitana, gitánilla,

Sandunguera,

Caprichosa,

Retrechera,

Valerosa,

Tú eres el sol de Sevilla.

¡Gitánilla! ¡gitánilla!

Torm. ¡Qué bien canta el arrastrado!

Otra coplilla compadre.

Músico. « Por ella en cárcel oscura... »

(Canta.)

(Oyense dos tiros. Sobresaltado el músico

interrumpe su canto.)

Rejon. No es nada. No os asustéis.

Músico. ¡Dios mio!

Pintor. ¡Virgen del Cármen!

Rejon. Un pillo menos.

(Pancho y el ladron 2º vuelven á la escena.)

Pancho. Negocio

Concluido. Ya es cadáver.

L.

Rejon. No transijo con ladrones.

Quien tal hizo que tal pague. —

Mas no haya rencor, amigos,

Que todos somos mortales.

Roguemos por su alma todos.

(Breve pausa. Se quitan los sombreros y figuran rezar.)

Dios le asista.

Torm. En paz descansen.

Músico. ¡Y esta gente reza!

(Aparte con el pintor.)

Pintor. Calla,

Que pueden á ti rezarte

También.

Torm. Capitan, ahora

Bueno será que nos cante

Una copla...

Rejon. No; ya basta.

No quiero mortificarle

Mas tiempo. El pobre va á pié;

La Luisiana está distante,

Ya va declinando el sol. —

Maestro, despachad, que es tarde.

(Al pintor.)

Pintor. En este momento acabo

Mi dibujo. — Dispensadme

(Entregándoselo.)

Que no os lo dé tan perfecto

Como quisiera. No es fácil

En poco tiempo y temblando...

Rejon. ¿Qué decis? ¡Si está admirable!

Este de enmedio soy yo:

¿No es verdad? ¡Vaya si es hábil

El pintor!

Pintor. Vuestra bondad...

Rejon. Y el dibujo ¿cuanto vale?

Pintor. ¡Qué! Nada.

Rejon. ¿Nada? Yo soy

Muy hombre...

Pintor. Si. (¡Dios me salve!)

Rejon. Y no ha nacido este cuerpo

Para que lo pinten gratis. —

Ahí va ese par de medallas.

Pintor. Señor...

Rejon. No hay que replicarme,

Que es caso de honra; y ¡por vida...!

(Las toma el pintor.)

Tomad vos, cantor de lance.

Músico. Mil gracias.

(Tomando una onza que le da Rejon.)

(¡Por una copla

Trescientos y veinte reales!

¡Ay del que venga detrás!

Rejon. Ea, al camino. — Dejarse

(Empujándolos.)

De cortesias. Abur.

Pintor. ¡Qué demonio de carácter!
(*Bajo al músico, yéndose.*)
Músico. Comparado con este hombre
Fué niño de teta Jaime.

ESCENA X.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Rejon. ¡Por Dios que el dibujo es bello!
(*Examinando el dibujo. Los ladrones le rodean.*)

Las peñas, los matorrales...
(*Los ladrones apostados desaparecen en actitud de detener á algun pasajero.*)
Este es el músico. Este otro...
¡Calla! Tu propio semblante.

¿No ves? Gordo, carrilludo,
Los ojos como volcanes,
Las cejas...

ESCENA XI.

REJON, TORMENTA,
PANCHO, LADRONES, EL MARQUÉS.

Rejon. ¿Qué es eso?
Torm. Un nuevo
Penitente...
(*Llega el marqués conducido por un ladrón.*)

Rejon. Que se aguarde.
Torm. Es que...
Rejon. Me encanta este cuadro. —
Tú puedes desbaliararle,
Tormenta.

(*Sigue contemplando el dibujo.*)
Torm. Bien. — Caballero,
Supongo que ya no os cabe
Duda alguna de que estais
Entre bandidos.

Marq. Robadme,
Y abreviad, que voy de prisa.
Torm. Ese orgullo, y ese traje,
Y el ver que viajais en posta,
Son evidentes señales
De que no sois un cualquiera.
Tanto mejor. ¿A ver? Dadme
El pasaporte.

Marq. Tomad.
Torm. Estas son formalidades...
(*Lee entre dientes.*)

« Em... Marqués de Rivaparda. »
Rejon. Ya está aquí mi hombre. Dejadle,
(*Volviéndose rápidamente y echando mano al puñal.*)

Que ese corre de mi cuenta.
Largo va á ser vuestro viaje,
Marqués.
Marq. ¿Qué intentas, villano?
Rejon. Castigar vuestras maldades.
(*Yendo á dar el golpe.*)

¿Qué veo! Esa cara... ¡Él es!
Torm. ¿Le conoces?

Rejon. ¡Mi ayudante!
No, no me engaño. ¿Os llamais...?
Marq. No niego mi nombre á nadie.
Gabriel de Zavala.

Rejon. ¡Oh Dios!
¿Y yo quería matarle!
¿Ya no os acordais de mí?
¿No me conocéis? Miradme.

Marq. No recuerdo bien...
Rejon. Yo soy
El sargento Alonso Suarez...

Marq. ¡Tú!
Rejon. Que en vuestro regimiento
Servia seis años hace...

Marq. Sí; tú eres; y de infamia
Te cubriste...
Rejon. Horas fatales.
Me jugué un día los fondos
De la compañía...; un martes
Por cierto; y me receté
Yo mismo mudanza de aires.

Desde entonces poseido
De aquel vicio abominable...
Pero ni á vos os importan
Mis aventuras y afanes,
Ni yo por ahora tengo
Intencion de confesarme.

Partid: vuestro nombre os salva;
Y ojo alerta en adelante,
Que no os faltan enemigos,
Y hay venenos y puñales.

Marq. ¿Qué traidor...?
Rejon. Juré guardar
Silencio. Saber os baste
Que, aunque tengo un corazon
Mas negro que el azabache,
Ni soy delator ni ingrato.

Siendo mi jefe me honrásteis
Con vuestro aprecio, y mil veces
Me colmásteis de bondades.

Marq. Eras valiente y honrado.

¿Quién creyera...?
Rejon. El hombre es frágil,
Marq. Aun pudieras reparar
(*Bajando la voz.*)

Tus delitos...
Rejon. Es ya tarde.
Idos.
Marq. ¡Ah! ¡Quién me dijera
Que en ese ejercicio infame...!

Rejon. ¡Marqués!...
Marq. ¡Otra fué algun día
Tu ambicion!

Rejon. ¡Voto á...! Dejadme.
¿A qué recordais...? Ya estoy
Llorando como un cobarde.
Pagado estais. Id con Dios,
Y sed venturoso amante.

Marq. ¡Gracias te doy, justo cielo,
Pues permites que aun consagre
Mi existencia al bien que adoro!

Rejon. ¿Ea! ¿Qué esperais? ¡A escape!

ESCENA XII.

REJON, TORMETA, PANCHO,
LADRONES.

Rejon. Ya os he visto murmurar
Y de reojo mirarme;
Mas decidme, camaradas:
¿Será justo que yo bañe
Mi sanguinario puñal
En la esclarecida sangre
De un oficial á quien debo...?

Pancho. ¿Quién te obliga á que le mates?
¿Qué nos importa á nosotros
Bandidos, no sacristanes,
Que viva ó muera un marqués
Donde los hay á millares?
Pero dejar que se vuelva
Al camino sin robarle...

(*Murmullo de los ladrones.*)
Rejon. ¡Silencio, canalla ruin!
Nadie la voz me levante,
Antes que salga la luna
Vereis cómo os satisface

Rejon. *Torm.* Valga tu palabra;
Mas la que anoche empeñaste
A aquel hombre...

Rejon. Poco importa
Que aquella palabra falte,
Pues no la dió la amistad.
Mas por si acaso no trae
En su poder las cien onzas

Temiendo que yo le engañe,
Me ocurre un ardid... Caifás,
Vé á desnudar el cadáver
De Simon. Con tu cuchillo
Desfigura su semblante...

Lad. 2.º Entiendo. (Vase.)
Rejon. Apenas se ve.
Fácil me será engañarle.

No ha de venir tan despacio
Que á reconocer se pare
A un difunto, ni es tampoco
De aquellos hombres audaces,
Y sin conciencia... Yo vi
Que le temblaban las carnes
Solo de intentar su crimen:

¿Qué será cuando señale
Mi mano el helado cuerpo?
Pero si es tan arrogante
Que á examinarlo se atreve
Y hacemos la farsa en balde,
No por eso receleis
Que las cien onzas os faltan.
Yo os prometo...

Torm. Un hombre solo
Baja por esos jarales.
Rejon. El será, pues se mantienen
Tan quietos los vigilantes.

Torm. ¡Qué pálido...!
Rejon. ¿No os lo dije?—
Señor don Gerardo, avance
Vuestra merced.

ESCENA XIII.

DON GERARDO, REJON, TORMENTA,
PANCHO, LADRONES.

Ger. ¿Dónde...? ¿Quién...?
(*En la mayor turbacion.*)
¿Dónde está el jefe? — Llevadme...

Rejon. En vuestra presencia está
Si algo tenéis que mandarle,
Mas venia tan azorado,
Tan descolorido... Dadle
La bota...

Ger. No.
Rejon. Extraño mucho
Que Ginés no os acompañe.
Ger. ¡Ginés!... No existe. El caballo
Desbocado... Muerto yace
En la Luisiana.

Rejon. ¿Sí? Os doy
Mi enhorabuena. Pillastre
Mas socarron... Él ha sido
El autor de vuestros males.

Ger. No sé; ni quiero saberlo.
 Rejon. ¡Oh! Lucifer bien lo sabe.
 Ger. ¿Vino... el marqués?
 Rejon. Si; poco há.
 Ya podéis encomendarle
 A Dios.
 Ger. ¡Oh cielo!...
 Rejon. Vendreis...,
 Eso no puede dudarse,
 A dar cumplimiento...
 Ger. Sí.
 Rejon. Vivan los hombres puntuales.
 También lo ha sido Rejon.—
 ¿Veis aquel rastro de sangre?
 (Asiéndole del brazo y llevándole hacia su derecha.)
 Ger. ¡Oh, qué horror! (Vuelve los ojos.)
 Rejon. ¡Suelta, asesino!
 Rejon. ¿Ahora venis acusarme?
 El asesino sois vos.
 Ger. ¿Yo?... ¡Si!
 Rejon. Pero eso no vale
 La pena... Mirad.
 Ger. No mas.
 Déjame huir, miserable,
 Adonde mi atroz destino
 Tal vez ¡ay de mí! me arrastre
 A nuevos horrores.— Toma;
 Tu codicia vil se sacie.
 (Le arroja un bolsón.)
 Mas que te ofrecí te doy.—
 ¡Oh amor, amor execrable!
 Por ti mi infamado nombre
 Maldecirán los mortales.
 ¡Elena!... Logre yo al menos
 Que tu corazón se apiade
 Aunque el rayo vengador
 A tus piés me despedace.

ESCENA XIV.

REJON, TORMENTA, PANCHE,
 LADRONES.

Rejon. (¡Desventurado!) Que vengan
 Los camaradas, Calafre.

(Galafre se coloca sobre una altura y da un silbido, á cuya señal acuden por diferentes lados todos los de la cuadrilla. Otro ladrón recoge lo robado.)

Recoje tú ese pañuelo,
 Y cuidado con pringarte
 Como Simon, si no quieres
 Ir al infierno á buscarle.—

¿Están todos?
 Torm. Sí.
 Rejon. Pues largo,
 Que es hora de retirarse.—
 Toma también esa bolsa.
 Todo es vuestro ¡miserables!
 Repartido entre vosotros.
 Torm. ¿Y tú?
 Rejon. Yo os cedo mi parte.
 Lad. 2.º No, no es justo...
 Rejon. Y desde ahora,
 Queda mi plaza vacante.
 Torm. ¡Capitan! ¿Será posible
 Que abandones...?
 Rejon. Nadie me hable.
 Vuestra vil desconfianza;
 Vuestra codicia insaciable...
 Las justas reconvenções
 De mi bizarro ayudante...
 Basta. Yo no os hago falta.
 Buscad, buscad quien os mande.—
 ¡Adios! En mi corazón,
 Os lo confieso, renacen
 Los honrados sentimientos...
 Aun soy el sargento Suarez.
 Aun puedo emplear mi brazo
 En empresas mas laudables,
 Mas dignas de quien llevó
 Las insignias militares.
 Aun puedo, Dios bondadoso,
 Expiar tantas maldades
 Por mi patria y por mi reina
 Vertiendo toda mi sangre.
 (Rejon desaparece. Algunos de los ladrones hacen ademán de seguirle; otros contienen á estos: los restantes manifiestan sorpresa y admiración.)

ACTO QUINTO.

Interior de una cabaña. La luz de la luna penetra en ella por una ventana situada en el foro. La puerta que sale al zaguán está colocada á la derecha del actor. En frente hay otras dos que guían á los demás aposentos. En el foro una alcoba cubierta con una cortina de algodón. Se supone que esta alcoba se comunica también con otras piezas interiores, y que la casa tiene otra salida al campo. Algunas sillas rústicas y una mesa de pino son los únicos muebles que adornan la habitación. Sobre la mesa luce un velón.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

(Elena aparece sentada y en la mas profunda melancolía.)

Blasa. Consoláos, señorita.
 Si en esta cabaña pobre
 No os podemos ofrecer
 Los placeres de una corte,
 En ella encontraréis al menos
 Dos piadosos corazones
 Que ya que no la remedien
 Vuestra desventura lloren.
 Elena. Sí.— Mi cabeza... Jurara
 Que tengo sobre ella un monte.
 (Se despeina.)

¡Ah! Ya respiro.
 Pasc. ¡Infeliz!
 Blasa. ¡Buen Dios, haced que recobre
 Sus sentidos!— Vuestro tío
 Debe llegar esta noche...
 Elena. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
 Blasa. Él os ama.
 ¿Qué importa que os abandone
 Un traidor...?
 Pasc. ¡Quién lo creyera!
 Nos dió tan buenos informes
 De su merced el sugeto
 Que trajo el niño, y tan noble
 Ha sido su proceder
 Con nosotros... ¡Cien doblones
 Por guardale su secreto!
 (Yo lo descubri por doce.)
 Elena. ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído
 A este solitario bosque?
 ¡Asesinos! ¡Ah! ¡Piedad!
 ¡Piedad! ¿Nadie me socorre?
 Blasa. No temais aquí, señora,
 A asesinos, ni á ladrones.
 Estais entre gente honrada
 Que os sirven con mil amores

Y al lado de vuestro hijo,
 Ya que un fementido rompe
 Los santos lazos...
 Elena. ¡Qué altiva!
 ¡Miradla cómo dispone
 Los atavíos nupciales!
 Dejadla, amigos, que goce
 De su soñada victoria,
 De sus dulces ilusiones.
 Mio es Gabriel; solo mio.
 No temais que me lo roben
 La ingratitud, la calumnia,
 La intriga... ¡Cielos! ¡El coche!
 Soy perdida. ¡Deteneos! (Se levanta.)
 ¡Ah! Nadie escucha mi voces.
 Ella me mira altanera;
 El de mis ojos esconde
 Su yerto rostro que anuncia
 Remordimientos atroces.
 Blasa. ¡Ah! Señorita...!
 Elena. Miradla.
 ¡Qué de joyas! ¡Qué de flores!—
 ¡Cuánto embellece la dicha!
 Yo desvalida; yo pobre...
 Mis ojos sin expresion;
 Mis mejillas sin colores...
 Hace bien en despreciarme.
 ¡Soy ludibrio de los hombres
 Y oprobio de las mujeres!
 Pasc. Cesen ya vuestros clamores.
 Mirad...
 Elena. ¡Silencio! Ya llegan
 Al ara. Ya el sacerdote...
 ¡Esto es hecho! Ya reciben
 Los venturosos consortes
 Mil parabienes; y yo...
 ¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes,
 Perjuro? ¡Ven!— ¡Ah! Primero
 Que tu triunfo se corone,
 Yo te arrancaré del alma,
 Aunque el mundo me lo estorbe,
 La imágen de mi rival.
 Si quieres que le perdone,
 Vuelve la paz á mi pecho,
 Vuelve el honor á mi nombre,
 ¡Vuélveme el hijo adorado!
 Blasa. Qué, ¿ya olvidais que os acoge
 Un mismo techo, señora?
 Elena. ¡Ah! Sí, sí. Honrados pastores,
 Perdonadme. No extrañéis
 Que tantas penas me agobien.
 Tened compasion de mí.
 ¡Por Dios...! ¿Queréis que me postre
 A vuestros piés? Dadme, os ruego,
 La prenda de mis amores.
 Pasc. Allí...
 Blasa. ¡Pascual!... (A media voz.)

Ger. No sé; ni quiero saberlo.
 Rejon. ¡Oh! Lucifer bien lo sabe.
 Ger. ¿Vino... el marqués?
 Rejon. Si; poco há.
 Ya podéis encomendarle
 A Dios.
 Ger. ¡Oh cielo!...
 Rejon. Vendreis...,
 Eso no puede dudarse,
 A dar cumplimiento...
 Ger. Sí.
 Rejon. Vivan los hombres puntuales.
 También lo ha sido Rejon.—
 ¿Veis aquel rastro de sangre?
 (Asiéndole del brazo y llevándole hacia su derecha.)
 Ger. ¡Oh, qué horror! (Vuelve los ojos.)
 Rejon. ¡Suelta, asesino!
 Rejon. ¿Ahora venis acusarme?
 El asesino sois vos.
 Ger. ¿Yo?... ¡Si!
 Rejon. Pero eso no vale
 La pena... Mirad.
 Ger. No mas.
 Déjame huir, miserable,
 Adonde mi atroz destino
 Tal vez ¡ay de mí! me arrastre
 A nuevos horrores.— Toma;
 Tu codicia vil se sacie.
 (Le arroja un bolsón.)
 Mas que te ofrecí te doy.—
 ¡Oh amor, amor execrable!
 Por ti mi infamado nombre
 Maldecirán los mortales.
 ¡Elena!... Logre yo al menos
 Que tu corazón se apiade
 Aunque el rayo vengador
 A tus piés me despedace.

ESCENA XIV.

REJON, TORMENTA, PANCHE,
 LADRONES.

Rejon. (¡Desventurado!) Que vengan
 Los camaradas, Calafre.
 (Galafre se coloca sobre una altura y da un silbido, á cuya señal acuden por diferentes lados todos los de la cuadrilla. Otro ladrón recoge lo robado.)
 Recoje tú ese pañuelo,
 Y cuidado con pringarte
 Como Simon, si no quieres
 Ir al infierno á buscarle.—

¿Están todos?
 Torm. Sí.
 Rejon. Pues largo,
 Que es hora de retirarse.—
 Toma también esa bolsa.
 Todo es vuestro ¡miserables!
 Repartido entre vosotros.
 Torm. ¿Y tú?
 Rejon. Yo os cedo mi parte.
 Lad. 2.º No, no es justo...
 Rejon. Y desde ahora,
 Queda mi plaza vacante.
 Torm. ¡Capitan! ¿Será posible
 Que abandones...?
 Rejon. Nadie me hable.
 Vuestra vil desconfianza;
 Vuestra codicia insaciable...
 Las justas reconvenções
 De mi bizarro ayudante...
 Basta. Yo no os hago falta.
 Buscad, buscad quien os mande.—
 ¡Adios! En mi corazón,
 Os lo confieso, renacen
 Los honrados sentimientos...
 Aun soy el sargento Suarez.
 Aun puedo emplear mi brazo
 En empresas mas laudables,
 Mas dignas de quien llevó
 Las insignias militares.
 Aun puedo, Dios bondadoso,
 Expiar tantas maldades
 Por mi patria y por mi reina
 Vertiendo toda mi sangre.
 (Rejon desaparece. Algunos de los ladrones hacen ademán de seguirle; otros contienen á estos: los restantes manifiestan sorpresa y admiración.)

ACTO QUINTO.

Interior de una cabaña. La luz de la luna penetra en ella por una ventana situada en el foro. La puerta que sale al zaguán está colocada á la derecha del actor. En frente hay otras dos que guían á los demás aposentos. En el foro una alcoba cubierta con una cortina de algodón. Se supone que esta alcoba se comunica también con otras piezas interiores, y que la casa tiene otra salida al campo. Algunas sillas rústicas y una mesa de pino son los únicos muebles que adornan la habitación. Sobre la mesa luce un velón.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

(Elena aparece sentada y en la mas profunda melancolía.)

Blasa. Consoláos, señorita.
 Si en esta cabaña pobre
 No os podemos ofrecer
 Los placeres de una corte,
 En ella encontraréis al menos
 Dos piadosos corazones
 Que ya que no la remedien
 Vuestra desventura lloren.
 Elena. Sí.— Mi cabeza... Jurara
 Que tengo sobre ella un monte.
 (Se despeina.)

¡Ah! Ya respiro.
 Pasc. ¡Infeliz!
 Blasa. ¡Buen Dios, haced que recobre
 Sus sentidos!— Vuestro tío
 Debe llegar esta noche...
 Elena. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
 Blasa. Él os ama.
 ¿Qué importa que os abandone
 Un traidor...?
 Pasc. ¡Quién lo creyera!
 Nos dió tan buenos informes
 De su merced el sugeto
 Que trajo el niño, y tan noble
 Ha sido su proceder
 Con nosotros... ¡Cien doblones
 Por guardale su secreto!
 (Yo lo descubri por doce.)
 Elena. ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído
 A este solitario bosque?
 ¡Asesinos! ¡Ah! ¡Piedad!
 ¡Piedad! ¿Nadie me socorre?
 Blasa. No temais aquí, señora,
 A asesinos, ni á ladrones.
 Estais entre gente honrada
 Que os sirven con mil amores

Y al lado de vuestro hijo,
 Ya que un fementido rompe
 Los santos lazos...
 Elena. ¡Qué altiva!
 ¡Miradla cómo dispone
 Los atavíos nupciales!
 Dejadla, amigos, que goce
 De su soñada victoria,
 De sus dulces ilusiones.
 Mio es Gabriel; solo mio.
 No temais que me lo roben
 La ingratitud, la calumnia,
 La intriga... ¡Cielos! ¡El coche!
 Soy perdida. ¡Deteneos! (Se levanta.)
 ¡Ah! Nadie escucha mi voces.
 Ella me mira altanera;
 El de mis ojos esconde
 Su yerto rostro que anuncia
 Remordimientos atroces.
 Blasa. ¡Ah! Señorita...!
 Elena. Miradla.
 ¡Qué de joyas! ¡Qué de flores!—
 ¡Cuánto embellece la dicha!
 Yo desvalida; yo pobre...
 Mis ojos sin expresion;
 Mis mejillas sin colores...
 Hace bien en despreciarme.
 ¡Soy ludibrio de los hombres
 Y oprobio de las mujeres!
 Pasc. Cesen ya vuestros clamores.
 Mirad...
 Elena. ¡Silencio! Ya llegan
 Al ara. Ya el sacerdote...
 ¡Esto es hecho! Ya reciben
 Los venturosos consortes
 Mil parabienes; y yo...
 ¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes,
 Perjuro? ¡Ven!— ¡Ah! Primero
 Que tu triunfo se corone,
 Yo te arrancaré del alma,
 Aunque el mundo me lo estorbe,
 La imagen de mi rival.
 Si quieres que le perdone,
 Vuelve la paz á mi pecho,
 Vuelve el honor á mi nombre,
 ¡Vuélveme el hijo adorado!
 Blasa. Qué, ¿ya olvidais que os acoge
 Un mismo techo, señora?
 Elena. ¡Ah! Sí, sí. Honrados pastores,
 Perdonadme. No extrañéis
 Que tantas penas me agobien.
 Tened compasion de mí.
 ¡Por Dios...! ¿Queréis que me postre
 A vuestros piés? Dadme, os ruego,
 La prenda de mis amores.
 Pasc. Allí...
 Blasa. ¡Pascual!... (A media voz.)

Elena. ¡Hijo mio!
(*Corriendo al foro.*)
Dejad, dejad que repose.
(*Mirando adentro por entre la cortina.*
Pascual y Blasa no se separan de Elena.)
¡Cuán apacible es su sueño!
¡Ay! Criminales pasiones
No le cercan todavía
De fantasmas y de horrores.
Duermes, amor mio. Yo en balde
Una noche y otra noche
Ese consuelo demandando
Al cielo que no me oye.
Un solo sueño á mis ojos
Reservan ya sus rigores:
El de la tumba!
Blasa. ¡Qué dicha!
Otra vez le reconoce.
Elena. Tú mi consuelo serás...
¡Por Dios, amigos, que ignore
Su cuna! no me maldiga;
No abomine de mi nombre.
Blasa. Ten cuidado...
(*Aparte con Pascual.*)
Pasc. Nada temas.
Elena. ¡Cuán hermoso!... ¡Ah! ¡No
malogren
Tus hechizos infantiles
Los ciezos asoladores!
No mas. Perdona, hijo mio,
Que tu blando sueño viole
Mi amoroso labio... ¡Cielos!
¡Él es!... ¡Qué facciones!
¡Infame! ¿Tú á la inocencia
Para evitar mis rencores
Robas el amable rostro?
No de tu triunfo blasones.
Te reconozco; te veo.
Tiembla, perjuro, que el golpe
De mi venganza... ¡Un puñal!
Blasa. ¡Deteneos!
Elena. ¿Nadie me oye?
¡Un puñal! — Mas ¿quién me impide
Que entre mis brazos le ahogue?
(*Va á penetrar furiosa en la alcoba y
Pascual la sujetu.*)
Blasa. ¡Pascual!
Pasc. ¿Qué haceis?
Elena. ¡Ah! ¡Mi hijo!
(*Du un grito de espanto y se desmaya.*)
Blasa. Detenla.
(*Entrando en el dormitorio.*)
Pasc. Ocúltale. Corre.

ESCENA II.

ELENA, PASCUAL.

Pasc. ¡Señorita!... No respira.
Parece estatua de bronce. —
¡Ah! Ya suspira.
Elena. Dejádme.
(*Desprendiéndose de los brazos de
Pascual.*)

ESCENA III.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

Blasa. ¡Señorita...!
Pasc. No la enojos.
Retírate.
Elena. ¿Ni un momento
Me he de ver sola?
Blasa. Dan golpes
A la puerta. — Corre á ver
Quién es. (*Pascual va á abrir.*)
¡Señorita! — Inmóvil,
Pálida como la muerte,
Me mira y no me responde.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, ELENA, PASCUAL,
BLASA.

Marq. ¿Dónde está, dónde...? ¡Ella es!
(*Corre á los brazos de Elena.*)
Pasc. (¿Quién será este hombre?)
Marq. ¡Alma mia! —
¡Callas!
Pasc. Buen lance sería...
Marq. Soy tu Gabriel.
Blasa. (A Pascual.) ¡El marqués!
Marq. Sí; yo soy. Dios bondadoso
Quito á mis ojos la venda,
Y al fin mi adorada prenda
Recobro. ¿Quién mas dichoso?
¡Elena!... ¡Qué! ¿ni un acento...?
Ni aun fijas en mí los ojos...
Cesen, cesen tus enojos,
Y no en tan feliz momento...
Blasa. ¡Ah, señor! La desdichada
Ha perdido la razon.
Marq. ¿Qué decis?
Pasc. Da compasion.
Está loca rematada.

Blasa. ¡Ah! no la conocereis.
Marq. ¡Cielos! ¿Tambien esta pena
Me reservais? ¡Elena!
Elena. ¿Quién me habla? — ¿Qué me
quereis?
Marq. Soy tu Gabriel. Vuelve en tí.
Elena. No. Loco estás. ¡Tú Gabriel!
Marq. Sí, Elena.
Elena. Si fueras él
No te acercáras á mí.
Él tiene un alma feroz:
Tú eres tierno y compasivo.
Marq. ¡Y á tal dolor sobrevivo!
Elena. ¡Qué bien me suena tu voz!
Sin duda el cielo te envía
A ser mi ángel tutelar.
¡Ah!... Yo te quisiera amar.
¿Podré amarte?
Elena. ¿Elena mia!
Elena. ¿Tuya? No. ¡Jamás, jamás!
¿Por qué me das ese nombre?
Marq. Porque te adoro.
Elena. Eres hombre.
Marq. Te juro...
Elena. Me engañarás.
Tambien Gabriel me juraba
Ardiente y eterno amor,
Y su labio seductor
Mi desventura labraba.
¿Le conoces?
Marq. Sí, mi bien.
Elena. ¡Ah! ¡Cuál fuera su contento
Si ahora vieses mi tormento!
Corre á darle el parabien.
Marq. Mira que estás engañada...
Elena. Sí; mi parabien sincero. —
No le digas que yo muero
Zelosa y desesperada.
No digas que llevo á mal
Su inconstancia, su perfidia.
No digas que Elena envidia
El triunfo de su rival. —
¿Y por qué? ¿Tú no me amas?
Marq. Sí, sí; y el lazo dichoso...
Elena. ¡Qué bálsamo delicioso
En mi corazón derramas!
¿Y hay un hombre; oh maravilla!
Que en medio á tanta amargura...?
No retardes mi ventura.
Partamos pronto á Sevilla.
Allí me quiero casar.
Mi gloria será mayor
Cuando contigo el traidor
Me vea al pie del altar. —
¡Qué bello mozo es mi novio!...
Mas no he de engañarte; no.
No tengo otra dote yo

Sino lágrimas y oprobio!
Marq. No. Yo tu virtud confieso
Y mi error fatal maldigo.
A Dios pongo por testigo...
Elena. Siento en los ojos un peso...
¡Oh! Si pudiera llorar...
¿Quién mis lágrimas detiene? —
¿Quién es ese hombre? ¿A qué viene?
No me dejan descansar.
Marq. ¡No hay esperanza! — ¡Mi dueño!...
Blasa. Callad. Tal vez si se duerme...
Elena. Ya no puedo sostenerme.
Llevadme. El cansancio... el sueño...
Blasa. Venid, señorita. Vos
No la sigais.
Marq. Un instante.
Elena. Su voz... Su grato semblante...
(*Retirándose lentamente apoyada en
Pascual y Blasa.*)
¡No me despertéis por Dios!

ESCENA V.

MARQUÉS.

Dueño infeliz de mi vida,
¡En qué situacion te veo!
Tarde tu virtud conozco;
Tarde reparo mis yerros.
Siempre te amé, dulce Elena;
Mas con colores tan negros
Te pintaron á mis ojos
Y tanto fué mi despecho...
¡Oh, si la razon perdida
Pudiera volverte á precio
De toda mi sangre! — Amigos...

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, BLASA, PASCUAL.

Blasa. Ya por fin tranquilo sueño
Cerró sus ojos. Tal vez
Cesé con él su tormento.
Mas pudiera despertar
De improviso; y mucho temo
Que si os ve y os reconoce
Sin prevenirla primero,
Llegue su fatal demencia
Al mas lastimoso extremo.
¡Tal es el horror que os tiene!
Marq. ¡Horror! ¡Ah! No lo merezco.
Las apariencias me culpan,

Mas sabe Dios que mi anhelo
Fué siempre hacerla dichosa,
Y si mi destino adverso
Me lo impide, ni en la tumba
Tendrá fin mi sentimiento.

Blasa. Sois noble, señor marqués:

Procedereis, yo lo espero,
Como tal; mas una intriga
Cuyo origen no comprendo
A los ojos de esa dama
Parecer os hace reo.

Conviene que os retireis
Hasta que se vea el medio
De anunciaros...

Marq. Sí, bien dices;

¡Oh! mi amor está dispuesto
A mayores sacrificios.

Blasa. Seguidme. Al pie de ese cerro,
Cien pasos de esta cabaña

Hay otra. En ella os ofrezco
Pobre, mas seguro albergue,
Porque la habitan mis deudos.

Por la puerta del corral
El camino acertaremos.

Allí, señor, vuestras penas
Hallarán dulce consuelo
En el tierno fruto...

Marq. ¡Oh Dios!

¿Voy á ver?!

Blasa. Pocos momentos
Antes de vuestra llegada

Allí lo envié temiendo
Que en un rapto de demencia...

Marq. Basta. Guíadme. Volemos.

¡Oh prenda de mis entrañas!
¡Podré abrazarte á lo menos!

ESCENA VII.

PASCUAL.

Y el tío que va á venir...
No hay duda: aquí hay un misterio
Incomprensible... ¿Y por qué
Me he de devanar los sesos
Para averiguar asuntos
Que no me importan un bledo?

(Se queda pensativo.)

ESCENA VIII.

DON GERARDO, PASCUAL.

Ger. Esta es la cabaña. Sí. —
Yo no sé cómo me encuentro

En ella. Mi agitacion...
El atroz remordimiento
Que me despedaza...

Pasc. ¿Quién...? (Asustado.)

¿Qué me queréis? ¿Qué...? (Yo muero.)

Ger. ¿No me conoces?

Pasc. ¡Ah! Sí.

¡Vos...! Don Gerardo...

Ger. ¡Silencio!

¿Vino Elena?

Pasc. Sí, señor.

Ger. ¿Dónde, dónde está?

Pasc. Durmiendo.

Ger. ¡Durmiendo! Y yo por su causa...

¿Dónde ha encontrado el secreto

De ensordecer de ese modo

A los horribles acentos

De la conciencia? Ella sola

No ve entre el crimen y el sueño

Una muralla de bronce.

Pasc. ¿Qué decis! Yo me estremezco...

Ger. Sosiegáte. Vengo á ser

El amparo y el consuelo

De esa víctima.

Pasc. No dudo...

Mas venís tan macilento,

Tan descolorido... El rostro

Desencajado, el cabello

Erizado... ¿Qué tenéis?

Ger. Todo el horror del infierno

Dentro de mi corazón.

Pasc. ¡Ah, señor!... Yo no os ofendo.

Yo, pobre de mí...

Ger. Perdona.

Sin juicio estoy. Vengo muerto

De cansancio.

(Se sienta apoyando el codo en la mesa.)

(¿Cuál aumenta

Mi terror el fin funesto

De Ginés! Quizá me guarda

Castigo mayor el cielo. —

Pero si nadie me acusa,

¿Por qué gimo? ¿por qué tiemblo?

Mañana al romper el día

De esta comarca me alejo

Con la ocasion adorada

De mis atroces tormentos. —

Y ¿qué! ¿tendré yo valor

Para mostrarme sereno

A sus ojos y pedirle

De mi asesinato el premio?)

Pasc. ¿Qué miradas! ¿Qué terror!...

Cualquiera diría al veros...

Ger. ¡Miserable! ¿Tú me acusas?

¿Quién te ha dicho que en mi seno

Clamando está la conciencia?

¿Quién te ha dicho que yo veo

ESCENA X.

ELENA, DON GERARDO.

Elena. ¿Dónde estoy? Esta rústica ca-
baña...

(Todavía sentada. — Don Gerardo la ob-
serva.)

¿Quién me condujo á ella?

¿Qué fué de la ciudad y del asilo

Donde lloraba ayer? ¿Cuál es la estrella

Benigna que del misero teatro

De mi oprobio me aleja? ¿Qué se han
hecho

Mi orgullosa rival aborrecida

Y el amante traidor, que aun idolatro,

Aunque me arranca su crueldad la vida?

¿Qué de ideas se agolpan á mi mente!

En confuso tropel! ¿Ha sido sueño,

Ilusion, ó delirio

La serie de infortunios y de horrores

Que á mi dolor aumentan el martirio

De amarga incertidumbre? Allí afrontada

Por el que dueño fué de mi albedrio;

Aquí mas perseguida que adorada

Por quién jamás, jamás el pecho mio

Podrá amar; allá aprestos conyugales;

Las tinieblas aquí de horrenda noche...;

Nuevo hospedaje...; un coche...;

El monte...; los bandidos...; esta choza...;

El inocente halago

De un niño, que mi ilusa fantasía

En retratar sin término se goza...;

Aquella voz que aun suena

Grata á mi corazón...; Dios de justicia,

Ten compasion de la infeliz Elena!

Disipa las tinieblas horrosas

Que ofuscan mi razon; ó si perdida

Para siempre está ya, con ella al menos

Pierda yo mi existencia aborrecida.)

Ger. No me ha visto. En profundas re-
flexiones (Acercándose lentamente.)

Absorta yace. Ni á mover la planta

Me atrevo. La memoria

De mi crimen me espanta.

¡Ah! ¡Pese á mi flaqueza!...

Elena. ¡Oh Dios! ¿Qué veo!

(Se levanta estremezida.)

¡Vos...!

Ger. Yo soy. ¿Mi presencia te sor-
prende?

Elena. ¡Mi tío!

Ger. Por ventura

¿No me esperabas tú? Recobra, Elena,

La paz del corazón. De hoy mas serena

Brillará para tí la luz del día,

Los abismos infernales

Ante mis plantas abiertos?

Pasc. ¿Por qué os alteráis, señor?

Yo no he dicho ni por pienso...

Ger. Esa mujer.. (Viendo venir á Blasa.)

Pasc. Es la mía.

ESCENA IX.

DON GERARDO, BLASA, PASCUAL.

Blasa. (¡Don Gerardo!)

Ger. Dadme, os ruego,

Dadme agua con que mitigue

Mi ardiente sed.

Pasc. Al momento.

Corre, Blasa.

Blasa. (Yo no sé

Por qué á su vista me aterro.)

(Vase y vuelve luego con agua en un vaso.)

Ger. (Si me sorprenden... Mis armas...

(Sacando un par de pistolas y reconocién-
dolas.)

Bien están. Nada recelo.)

Pasc. ¡Pistolas!... (¡Dios mio! Este

hombre...)

Ger. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

(Al guardar las pistolas mira á Pascual,

que está temblando.)

Pasc. Miedo.

Ger. ¿De quién? ¿De mí? Miedo no,

Lástima solo y desprecio

Puedo inspirar á los hombres.

Blasa. Beded.

Ger. Dame. (Bebe el agua con ansia.)

Os agradezco

El bien que me haceis, amigos.

(Elena atraviesa lentamente el teatro sin

ver á nadie y se sienta pensativa al lado

del foro.)

Mas ¡ah! ¿Me engaña el deseo?

¿No es Elena? ¡Ah! Si. — Pastores,

Dejadme solo un momento

Con ella.

Blasa. Pero...

Ger. Alejaos,

O mi cólera...

Pasc. ¿Qué ceño! (Aparte con Blasa.)

Vamos, y estemos alerta.

Blasa. Desde esta alcoba observemos.

(Entran en la alcoba.)

Ya tu venganza se logró, y la mía.

Elena. ¡Venganza! Esos acentos.
Despedazan mi pecho acongojado,
¿Acaso mis tormentos
A su colmo, señor, aun no han llegado?

Ger. No á su colmo, bien mio:
Di mas bien á su término dichoso.
No blanco á los ultrajes de un impio,
No triste, abandonada, envilecida
Arrastrarás tu dolorosa vida.

No en brazos de su cómplice soberbia
Hará tu ingrato amante
Vil escarnio de tí. Yo que te adoro
Vengo ufano á enjugar tu amargo lloro.

Elena. Acabad. ¿Qué misterio...? ¿Qué infortunio?

Me venis á anunciar?
Ger. ¿Ya has olvidado
Que la venganza de la atroz ofensa
Hecha á tu tierno amor me has confiado?

¿Ya has olvidado que tu labio hermoso
Me ofreció la mas dulce recompensa...?

Elena. ¡Ah! ¿Qué recuerdo horrible!
Sí; yo creo...; yo temo...; Dios piadoso!
Y ¡qué! ¿será posible...?
Tiembo, tiemblo de oiros,
Y á mi pesar lo anhelo.
Hablad, matadme de una vez.

Ger. ¡Oh cielo!
Su dolor, su sorpresa...
¿Será que aun la razon no ha recobrado...
O arrepentida ya de su promesa...?

Elena. ¡Callais! Ese silencio
Aumenta mi terror.

Ger. Juré vengarte;
Que mas que el mio me irritó tu agravio;
Y cuando al fin tu labio

Después de tantos años de desvíos
Abrió mi corazon á la esperanza,

¿Volvierá yo á tus ojos sin venganza?
Sí; tu vil seductor, ese funesto
Rival, que nunca fuera

Digno del corazon que me usurpabas,
Ese mónstruo de orgullo y de egoismo,
Que te ha dejado en misero abandono,
Victima de mi furia y de tu encono
Nadando en sangre descendió al abismo.

Elena. ¡Ah!...; Mi Gabriel! El alma...
Se me arranca... del pecho. ¡Ay prenda mia!
¡Tú muerto... y yo respiro!

Ger. (Perdido soy.) ¡Elena!
Elena. ¡Ah! pronto, pronto mi postrer
suspiro...

Yo siento de tu muerte la agonía
En este corazon desconsolado
Donde siempre tu Imágen ha reinado,

Ger. ¡Qué! ¿Tú lloras al pérdido...?

Elena.

¡Asesino!

¿Cómo tienes allento
Para mirarme aún? ¿Cómo te atreves
A insultar con tu rostro y tus palabras
A esta infeliz mujer? ¿Ningun asilo,
Ni la tumba tal vez, que anhelo en vano,
Me salvará de tí? ¿Qué tigre hircano
A tu fiereza iguala?

¿Así de la conciencia
Desoye atroz los formidables gritos
Tu abominable pecho,
Albergue del horror y los delitos?

¿Aun no has saciado tu crueldad sangrienta?

¿Querrás tambien para colmar tu triunfo
Aquí arrastrar el pálido cadáver,
Y con feroz sonrisa

Contando mis inútiles gemidos
En sus tristes despojos,

¡Bárbaro! ¡ave! ¡apacentar tus ojos?

Ger. ¿Y eres tú, desdichada,
Tú, cuya saña impia armó mi brazo,
La que me insulta y me condena ahora?

Elena. No. Tu lengua impostora
Cómplice quiere hacerme de tu crimen.
¿Cómo pudiera yo la muerte horrenda
Pedirte ¡á tí! del que constante amaba
A par del alma mia?

Ger. Era un vil corruptor que te vendía...

Elena. Era aquel que mis votos
Oyó de eterna fe, de amor eterno;
Aquel á quien mi tierno

Corazon eligió; mi bien; mi amigo;
Y el padre en fin de un hijo idolatrado
Que á maldecirte aprenderá conmigo.

Ger. ¡Oh vergüenza! ¡Oh furor!...; Po-
drás negarme

Que de injurias tu lengua le cubría
Y ayer mismo su muerte me pedía?

Elena. Debió de ser delirio;
Error de mi turbada fantasía.

¿Que mucho si el martirio
Que mi inocente pecho laceraba
De venganza y de muerte

Insensatos acentos me dictaba?
Tú, que blasonas para mengua mia
De amante verdadero,

¿Del amor desconoces la demencia?
¡Cuántas veces juraste en mi presencia
Librarme de la tuya, que abomino!

¿Y has cumplido tu voto temerario?
¡Cuántas veces juraste el sanguinario
Puñal hundir en mi angustiado seno,
A tu vano clamor inaccesible!

¡Y aun vivo á mi pesar! ¡Y aun me re-
serva

Mi destino inflexible

El horror de mirarte!

(*Blasa y Pascual se asoman de cuando en cuando con precaucion.*)

Ger. Si; tu sombra
Seré; seré el suplicio de tu vida,
Ya que el ansiado titulo me niegas
De amante y protector. Si tan funesto
Mi amor fué para tí, contempla, ingrata,
Cuánto mas lo será mi justo encono.
Tiembla, que ya á su impulso me aban-
dono.

¡Y yo con torpe lengua
Iluso te halagaba!

¡Y era tanta mi mengua,
Tanta mi ceguedad, que de tu mano
La fementida oferta celebraba!

Elena. ¡Mi mano á tí! ¡Jamás! ¡Oh!
¿Cómo pudo

Tan vil promesa pronunciar mi labio?
La que tierno amador te aborrecia

¿Cómo asesino infame te amaria?
¿Quién, quién te dió el derecho
De vengar mis injurias?

¿Quién de mi amante pecho
Los íntimos arcanos
Te ha enseñado á inquirir? Si atribulada

En amargas querellas porrumpía,
Quizá mi tierno llanto
Al frenético labio desmentía.

Quizá cuando tus iras provocaba
Contra mi dulce esposo
Entonces mas que nunca yo le amaba.

¡Ay! Tal vez inocente
Bajó al sepulcro el adorado mio.
Tal vez si en sus entrañas

Tú no hubieras clavado el hierro impio,
Ahora... aquí... postrado
Su inocencia probara. ¡Ay, cara prenda!

¡Y cuán fácil, cuán fácil le sería
De mi pecho encontrar la usada senda! —
Mas ¿qué digo? Cruel, falso, perjurio
A mi Gabriel quisiera,
Y á tí constante y fiel te aborreciera.

Ger. Ese aborrecimiento
Con que affligirme acaso tú imaginas
Es mi consuelo, es mi delicia ahora.
Tu amor, tu mismo amor que en mi de-
mencia

Sin tregua ambicionaba
No me fuera mas grato. La vehemencia
De mi pasion terrible
La pugna reclamaba
Do otra pasion profunda, irresistible.

Así mal de tu grado
Tu corazon al fin he sojuzgado.
Tambien para ligar los corazones
Lazos tiene el rencor. —; Desventurada!
Cuán grande, cuán horrible es tu infortunio

Tú no sabes aún. Tu triste amante
Inocente murió Su crimen solo
Fué el osar disputarme tu cariño.
Por tí forzado á recurrir al dolo,
A la calumnia vil, yo de traidora,
Yo te acusé de pérdida y liviana.
¡Y cuál el fruto de mi engaño ahora
Supera á mis deseos! ¡Cuál me gozo
En tu dolor, en tu despecho!

Elena. ¡Infame!
¡Ah! la pena... me ahoga.

¡Y no niega su luz el justo cielo,
Y la tierra no traga horrorizada
A un monstruo como tú!

(*Blasa y Pascual salen de la alcoba, y se van acercando sin ser vistos de don Gerardo.*)

Ger. Morar en ella
Ya no me es dado; no. Lo sé. No puedo
Contra mi aciaga estrella

Mas tiempo combatir. Ansio la muerte...
Mas tu postrer sollozo
Primero he de escuchar.

(*Saca un puñal: Blasa y Pascual le sujetan.*)

¡Muere...!

Blasa. ¡Malvado!

Pasc. ¿Qué haceis?

Elena. No tiemblo. Herid.

Ger. ¡Ay miserable!
(*Deja caer el puñal.*)

¿A qué horroroso extremo me arrebató
Mi insensato furor? ¿Qué! ¿no estoy harto
Dé crímenes aún? ¡Gran Dios! ¡Mi acero
En tu adorada sangre!... Antes la mia
Mil veces y otras mil derramaría. —
Perdona... Ciego estoy... La voz me falta...
Las fuerzas me abandonan... Ni aun pos-
trarme

Me es dado ya... á tus piés.

(*Elena se ha dejado caer sobre una silla con muestras del mas vivo dolor.*)

¡Dios de venganza,
Que á la tardia luz del desengaño
Abres mis ojos, mi suplicio horrendo
Retarda un sola instante. ¡Elena! —
Amigos,

Llepadme á otro aposento.
Quisiera sin testigos
Reposar un momento.
Si pudiera escribir...

Blasa. Pascual...

Pasc. Seguidme.

Ger. Sostenme, amigo. Fallacer ¡me
siento.

(*Vase por la izquierda apoyado en Pascual.*)

ESCENA XI.

ELENA, BLASA.

Elena. ¡Inocente mi Gabriel!
¿Hay mujer mas desdichada?

Blasa. Inocente y siempre fiel.
Siempre de él fuisteis amada
Como vos le amais á él.

Elena. ¡Ah! ¡Cuál me habrá maldecido
En su hora postrera!

Blasa. ¡No!
Elena. ¿Por qué el puñal atrevido
Que su sangre derramó
En mi pecho no se ha hundido!

Blasa. Señora, tan triste suerte
Quizá no os reserva el cielo;
Quizá no es cierta su muerte...

Elena. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerla?
Ya no hay para mí consuelo.
Si tú sabes por ventura
Dónde yace el cuerpo frío...

Blasa. Señora, tan triste suerte
Quizá no os reserva el cielo;
Quizá no es cierta su muerte...

Elena. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerla?
Ya no hay para mí consuelo.
Si tú sabes por ventura
Dónde yace el cuerpo frío...

Blasa. Señora, tan triste suerte
Quizá no os reserva el cielo;
Quizá no es cierta su muerte...

Elena. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerla?
Ya no hay para mí consuelo.
Si tú sabes por ventura
Dónde yace el cuerpo frío...

Blasa. Señora, tan triste suerte
Quizá no os reserva el cielo;
Quizá no es cierta su muerte...

Elena. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerla?
Ya no hay para mí consuelo.
Si tú sabes por ventura
Dónde yace el cuerpo frío...

Blasa. Señora, tan triste suerte
Quizá no os reserva el cielo;
Quizá no es cierta su muerte...

ESCENA XII.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

Blasa. ¿Qué hace ese hombre?

(Aparte con Pascual.)

Pasc. Está escribiendo.
¿Vierte unas lágrimas...! ¡Oh!...

Blasa. Llama al marqués.
Pasc. Voy corriendo.

Blasa. Y que no entre hasta que yo
Por esa ventana...

Pasc. Entiendo.

ESCENA XIII.

ELENA, BLASA.

Blasa. No lloreis, señora mía.

Elena. ¡Ay triste!

Blasa. Mirad por vos.
De la suerte mas impia

Suele triunfar el que fia
En la clemencia de Dios. (Baja la voz.)
No lloreis por vuestro amante.

Elena. Solo vivía por él;
Y ¡qué! ¿su muerte cruel...?

Blasa. Quizá dentro de un instante...
Elena. ¿Qué oigo!

Blasa. Vive, don Gabriel.
Elena. ¡Vive! — ¡Por Dios, por tu vida
No me engañes!

Blasa. Vive, si.
Yo os lo juro.

Elena. ¿Y dónde...? Di...
Blasa. ¡Callad! — Vuestro tío allí...

Si nos oye, soy perdida.
Muerto le juzga... Su error
Prolongue el cielo piadoso.

¿Cuál sería su furor
Al saber que vuestro esposo
Ciego cual nunca de amor...!

Elena. ¿Dónde está?
(Bajando la voz y con suma ansiedad.)

Blasa. Cerca de aquí. —
Con vuestro hijo.

Elena. ¡Oh ventura!
¿Tú le viste?

Blasa. Yo le ví
Y los gemidos oí
De su amorosa ternura.

Elena. ¡Oh dicha! ¡Oh gozo increíble!...
Blasa. También le habeis visto vos.
No ha mucho que aquí los dos...

Elena. Volemos...
Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

Blasa. Ya no es posible. —
(Viendo venir á don Gerardo.)

Pero te puedo vengar,
Elena... ¡y te vengaré!
Díome el cielo un corazón
A la virtud inclinado,
Y una funesta pasión
Hacia el crimen ha cambiado
Su primera inclinación.
Generoso y compasivo
No te pude merecer,
Y tu fatal atractivo
Me forzó ¡infeliz! á ser
Falso, opresor, vengativo.
¡Nunca te hubiera mirado
Y tranquilo yo viviera;
Y no sería un malvado;
Y no por tí pereciera
Maldito y desesperado!
Nunca te sedujo el oro.

¡Ay! Harto lo sé y lo lloro.
Ni hay consuelo á tanta pena;
Ni paga una vida, Elena,
El mas crecido tesoro.

Mas aunque víctima fui
De tus amargos desdenes,
Y nada quieres de mí,
¿A quién diera yo mis bienes

Sino á quien el alma dí?
Mi heredera universal
Te instituye este papel.

Toma. La historia fatal
También he trazado en él
De mi pasión criminal.

Llega Pascual por la izquierda y habla en
secreto con Blasa.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

(Mira por la ventana.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

(Mira por la ventana.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

(Mira por la ventana.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

(Mira por la ventana.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

(Mira por la ventana.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

(Mira por la ventana.)

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...

Ger. ¿Es también delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tío...
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun día...

Mira: allí; en el firmamento...
¡Dios! ¿Qué veo? Sombra impia,
¡Aparta, aparta...! ¡Oh tormento!
¡Le he visto! Su rostro airado...
La profunda herida... ¡Es él!
El me aleja de tu lado. —
¡Adios! Espectro cruel,
¡Suéltame! Serás vengado.
(Huye aterrado por la puerta de la derecha
dejando caer el papel.)

ESCENA XV.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

Elena. ¡Misero!
Blasa. Al marqués no veo. —
Quizá impaciente su amor
Ya no resiste al deseo...

Cese ya vuestro terror.
Pasc. Si se encuentran...

Blasa. No; no creo...
Pasc. ¿Adónde ira el desdichado...?

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!

Marq. ¡Elena! (Dentro.)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

Blasa. Siguele tú...
(Dirigiéndose hacia la izquierda. Elena la
sigue temblando.)

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 13 DE MAYO DE 1835.



Doña VICENTA.
Doña EUSTOQUIA.
PILAR.

Don RUFO.
Don EVARISTO.
Don FAUSTINO.

Madrid. — Sala en casa de don Rufo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Doña VICENTA, PILAR.

(Doña Vicenta aparece sentada leyendo el Diario de Avisos, y se levanta viendo venir á Pilar.)

Vic. La ópera nueva esta noche en el Príncipe... ¡Pilar!

¿Ya lista? ¡Qué madrugar!

Pilar. ¡Si ya va á venir el coche!

Y usted ¿por qué no se viste?

Vic. Yo así iré; sin pretension.

En poniéndome un manton...

Pilar. ¿Cómo es eso? ¿Está usted triste?

Vic. Lo estoy á fe de Vicenta, y tuya es la culpa.

Pilar. ¿Mia?

Vic. Aunque viendo tu alegría

Yo debiera estar contenta.

Pilar. ¿Mi alegría? No, no es tanta

PERSONAS.

Como usted piensa.

Vic. ¿Pues no?

Tú vas á casarte...

Pilar. Yo...

¡Por Dios, por la Virgen santa...!

Vic. ¿Qué...?

Pilar. No hablemos de esa boda.

Vic. ¿No es de tu gusto?

Pilar. No, tía.

Vic. Algo de eso presumia;

Pero si no te acomoda...

Pilar. ¡Tía!

Vic. ¿Por qué has dado el sí?

Pilar. La obstinacion de papá...

La indolencia de mama...

No hay remedio: ya le di.

Dicen que don Evaristo

me conviene.

Vic. No lo creo.

Pilar. Yo tambien así lo veo;

Mas ¿qué he de hacer? No resisto.

Pretenden que el corazon

rara vez en eso acierta,

Y que una niña inexperta

No puede tener razon.

Y papá, si no consiento

En dar la mano á ese hombre,

Me ha jurado por su nombre

Que he de entrar en un convento.

Esto me aterra en verdad;

Que, aunque yo hereje no soy,

Quizá templada no estoy

Para tanta santidad.

Ni el coro, la celda, el huerto

Me asustarían á mi

Si hubiera mazurca allí,

Y ópera, y Prado y concierto.

Vic. ¿Allí cosas del demonio?

¡Mas dar en un cautiverio

Por huir de otro...! Es muy serio

Asunto el del matrimonio.

Pilar. Ya me lo figuro yo,

Porque me da una tristeza...

Tiemblo de piés á cabeza.

Vic. ¡Y no sabes decir no!

Pilar. Ya he dicho una vez, dos, tres;

Que no quiero á ese señor.

¡Ni por esas! El amor

Dicen que vendrá después.

Vic. ¡Lindo!

Pilar. Usted que ya se ha visto

Casada, ¿piensa usted, tía,

Que podré yo amar un día

Al señor don Evaristo?

Vic. Quizá la costumbre, el trato...

Pero siempre es muy expuesto,

No amándole...

Pilar. Le detesto.

Vic. ¡Y se casa el insensato!

Mas ¿qué mucho? Amor no es

La pasion que le domina,

Sino otra ruin y mezquina;

El miserable interés.

Pilar. No lo sé; mas da tal frio

Con su perene dulzura...

¿Y pienza usted que se apura

Porque le hablo con desvio?

Jóven de primera flor,

Nunca en otra igual me ví,

Mas no me han pintado á mi

Tan impasible el amor. —

Pero que solo te incite

El interés, no lo ereo;

Que él es rico á lo que veo.

Vic. ¿Porque gasta en un convite?

¿Porque regala un diamante?

¿Porque visita en simon?

¿Porque vende proteccion?

¡Qué simpleza! Es un farsante.

Pilar. Su familia es principal,

Y mi padre, que no es tonto,

Ya ha sabido por de pronto

Que heredó muy buen caudal.

Vic. Pero, viviente almacén

De empresas y de proyectos,

Todos los juzga perfectos

Y ni uno le sale bien.

Su afan es ser millonario;

Llegar á serlo presume,

Y en ilusiones consume

La vida y el numerario.

El nunca se desengaña.

No vi mania mas necia.

¡Hasta de entender se precia

La política de España!

De una aritmética fia;

Luego aparece otra nueva,

Y así en la Bolsa se lleva

Un petardo cada dia;

Que el político teatro

Tales farsas representa,

Y por acá en buena cuenta

Dos y dos no suman cuatro.

Pilar. Ello es que hace un gran papel

En Madrid.

Vic. Es un menguado.

Algunos se han arruinado

Especulando con él.

Pilar. ¿Será posible...? ¡Infelices!

Mas mi padre ¿Cómo es que...?

Vic. ¡Tu padre! El pobre no ve

Mas allá de sus marices.

Su sandia credulidad

Es ya notoria en la córte,

Y en tocándole el resorte

De la ciega vanidad...

¡Oh! le conozco bastante.

Vaya; ¿qué quieres poner

A que le hago yo creer

Que ha volado un elefante?

Pilar. ¡Eh! calle usted...

Vic. Te lo pinto

Como es. ¡Digo! ¡A pié juntillas

Cree que en ambas Castillas

Ha de reinar Carlos Quinto!

Es de esos hombres ilusos

Que en no ver claro se empeñan,

Y todas las noches sueñan

Con austriacos y con rusos.

Hoy mismo el santo varón

Los esperaba en Almagro.

Mira si será milagro

Que le engañe un embrollon.

Pilar. Es segun con quién se junta.

Ayer con suma alegría

Dijo á mamá que volvía

La constitucion difunta.

Vic. Otra prueba de que á todo

Da crédito el buen señor.

Bien que no todo es error.

Lo que él quiere es su acomodo...

Mas no es razon que te aflija

Murmurando de él, que al cabo,

Sea libre, ó sea esclavo,

Es tu padre; eres su hija.
 ¡Pero aprovechar mi ausencia
 Para apresurar tu enlace!...
 ¡Ah! Mira que ese hombre te hace
 Infeliz.

Pilar. Tendré paciencia.

Vic. ¿Paciencia? ¡Santa virtud!

Pero ¿no es cosa cruel...?

¡Eh! No te cases con él.

¡Lástima de juventud!

Pilar. ¡Si ya no hay remedio, tía!

Vic. Bien; está muy bien.

Pilar. Dios solo...

Vic. No iré yo contigo á Apolo (1).

Pilar. ¿Tampoco á la Vicaria?

Vic. Menos.

Pilar. ¿Qué día me espera

Si usted me abandona así!

Vic. Si yo lograra de tí

Que retardases siquiera...

Pero es vana pretension.

Ni aun sabrás, si es necesario,

Al ver la cara al notario

Fingir una convulsión.

¡Tan inexperta, tan niña...!

Pero como pueda yo

No has de casarte.

Pilar. ¿Que no?

Como papá no me riña...

Vic. No. Déjame obrar á mí;

Que yo quitaré de en medio

Al novio, pues tanto tedio

A las dos nos causa.

Pilar. ¿Si?

¡Qué amable es usted! ¡Qué buena!

Si sale usted con su intento

Mi eterno agradecimiento...

Vic. Eso no vale la pena.

Cuando miro por tu bien

Mi deber hago, y no mas;

Si, por tu bien... y quizás

Por el bien de otro tambien.

Pilar. Mil gracias por tanto afecto.

Mas ¿qué quiere usted decir...?

Vic. He llegado á concebir,

Pilar querida, un proyecto...

Yo sé de cierto galan

Que arde por tí...

Pilar. ¡Santo Dios!

¿Es posible?... ¿Ya son dos?

¡Mire usted que es mucho afán!

Vic. ¡Niña!... ¡Qué extraño desden!

¿Culparás á un caballero

Porque te adore?

(1) Jardín público situado á la inmediación de la antigua puerta de los Pozos, con fonda, café, juegos campestres, etc. Ya hace años que no existe.

Pilar. No; pero...

¡Querrá casarse tambien!

Vic. Sí, que su amor es honesto,

Y á no ser tú tan adusta...

Pilar. ¿Y si luego no me gusta

Ni su trato ni su gesto?

¿Y si es otro como el tal

Don Evaristo?

Vic. No, á fe.

Si él no te agrada, no sé

Cuál será el feliz mortal...

Pilar. Ahora va usted á llamarme

Altanera, vanidosa...

Y no lo soy: no hay tal cosa;

Sino que eso de casarme...

Vic. ¡Calla! ¿Es algun sacrilegio?

Pilar. No; pero tengo entendido

Que es tan terrible un marido...

Vic. ¡Ba! Sandeces de colegio.

No es cosa que atemorice

Un marido; no. ¡Qué error!

El no tenerlo es peor.

Una viuda te lo dice.

Y si es tan tierno, tan fino

Como el que yo te he buscado...

Pilar. ¿Quién es?

Vic. ¿No lo has acertado?

El sensible don Faustino,

Pilar. ¿Qué oigo! ¿Pretende mi mano?

Vic. Muerto está por tí. Tú eres

El iman... Vaya, ¿le quieres?

Pilar. Si, tía. — Como á un hermano.

Vic. La respuesta que me das

Temo que no le contente.

Pilar. ¿No?

Vic. Porque él, probablemente,

Querrá que le quieras mas.

Pilar. ¿Es culpa mia, señora,

Que un hombre por mí suspire

Y á mi corazon no inspire

El amor que le devora?

Mas si está tan abrasado,

¿Cómo es que no se declara?

Vic. Bien te lo muestra su cara.

Pilar. ¿Su cara? No he reparado.

¡Se queja de mi desvío!

¿Y qué hace? Ponerse triste,

Callar...

Vic. Si en eso consiste,

Él hablará: yo lo flo.

Pero esa yerta esquivéz...

Di, *Pilar*: tu corazon

¿Siente acaso inclinacion

A otro sujeto...?

Pilar. Tal vez.

Vic. ¡Y te salen los colores!

¿Con que otro hombre te flechó?

Ya me figuraba yo

Que en la edad de los amores...

¿Quién así tu pecho inflama,

Niña hermosa?

Pilar. El caso es, tía,

Que... á la verdad... todavía

No sé yo cómo se llama.

Vic. ¡Esa es buena!

Pilar. Una vez sola

Le vi... en un baile...

Vic. ¿Y á tu alma

Robó la apacible calma

El poder de una cabriola?

¡Niñerías!

Pilar. Yo no digo

Que estoy penando por él.

Pero ¡qué bailar aquel! —

Tres veces bailó conmigo.

¡Qué finura! ¡Qué elegancia!

¡Qué primor! Toda la escuela

De *Beluzzi*!

Vic. (¡Qué tontuela,

Y qué amor tan sin sustancia!)

¿Es militar ó paisano?

Pilar. Teniente de cazadores.

Vic. ¿Y te dijo muchas flores?

Pilar. Muchas.

Vic. ¿Te apretó la mano?

Pilar. Yo no sé... Creo que sí.

Vic. ¡Bueno! ¿Y tú sin saber quien...?

Pilar. ¡Me dió bombones!

Vic. ¿Tambien?

No hay duda: muere por tí.

Dime: y... ¿quedásteis en algo?

Pilar. ¡Si salia de la córte

Al otro día!

Vic. ¿Si?

Pilar. Al Norte...

Vic. ¿A Navarra? Echale un galgo.

Pilar. Se empeñaba en saber mi nombre;

Va el suyo á decirme...

Vic. Ya.

Pilar. En esto viene papá,

Y le interrumpe.

Vic. ¡Mal hombre!

Pilar. ¡Y no he vuelto á verle mas!

Vic. Pues, hija mia, *laus Deo*.

Fuerza es olvidarle... Y creo

Que pronto le olvidarás.

Pilar. Puede; mas tal impresion

Su airoso bailar me deja...

Vic. No te ha de faltar pareja.

Pilar. ¡Qué solo! ¡Qué rigodon!

¡Cielo! ¿Y me habrá de casar

La crueldad de mi destino

Con ese buen don Faustino

Que no gusta de bailar?

¿Cómo podré dar el sí...?

Vic. ¿Y le desdénas por eso?

Niña, tú has perdido el seso.

Pilar. Yo...

Vic. Calla.—Él es... Ya está aquí.

ESCENA II.

Doña VICENTA, PILAR, DON FAUSTINO.

Faust. Bienvenida, mi señora

Doña Vicenta. *Pilar,*

Estoy á los piés de usted.

Pilar. Caballero...

Faust. Extrañarán

Ustedes que tan temprano

Las venga yo á visitar.

Vic. Nada de eso. Usted es de casa.

Faust. Por una casualidad

Anoche supe que usted

Acababa de llegar...

¿Buena?

Vic. Sí, muy buena. Gracias.

Faust. Yo lo celebro. ¿Y qué tal

Los baños?

Vic. Bien me han probado.

Ya los nervios no me dan

Tanta guerra. Son famosas

Esas aguas del Molar.

Faust. Hoy, segun dice el *Diario,*

Una paga se dará

A las viudas, y venia

Impaciente, por si van

Mal dadas, á recoger

La fé de vida y demás

Documentos de costumbre

Para acudir á cobrar

La pension de usted... (¡Qué hermosa!)

(*Mirando á Pilar.*)

Ya que es tanta su bondad

Que me honra con el empleo

De agente suyo.

Vic. Eso es ya

Ser por demás complaciente,

Mi amigo. (¡Qué servicial!)

Yo soy la favorecida,

Y usted las gracias me da.—

Mas aun lado los negocios.

No me urge tanto el cobrar,

Que, gracias á Dios, mis líneas

Me excusan el triste afán

De gemir en el exhausto

Monte pio militar.

Faust. No obstante, bueno seria...

Vic. Mañana se cobrará.

Ahora hablemos de otra cosa.—

¿Querrá usted creer que *Pilar*

Todavía está dudando
Del amor de usted?

Pilar. Yo... (Cortada.)

Faust. ¡Ah! .. (Lo mismo.)

Pilar. ¡Vaya, que tiene mi tía
Unas cosas...!

Vic. ¡Si es verdad!

Eso se conoce á legua.

Faust. Si... yo... (Sudores me dan.)

Pilar. Pero eso es comprometerme... (Aparte á su tía.)

Vic. Él te adora. ¿Hay algun mal
En esto?

Faust. Pero, señora...

Pilar. Yo no le puedo culpar...

Vic. Falta que le quieras tú. —

Pero eso se arreglará.

Pilar. ¡Tía!

Faust. Está usted hoy terrible.

¿A qué fin mortificar

A esa señorita? Acaso

Yo soy para ella el mortal

Mas odioso...

Vic. No por cierto.

Con dulzura angelical

Me ha dicho... No te sonrojes.

Faust. ¿Que ha dicho?

Pilar. Nada.

Vic. Que ya

Le quiere á usted como á hermano.

Faust. ¡Ah! ¡Tanta felicidad...!

Pilar. ¡Tía, por Dios...!

Vic. ¿No los has dicho?

Pilar. ¡Jesus!... Me voy á marchar.

Vic. Quieta, que tía lo manda.

Vaya; no faltaba mas...

Si, señor; como á un hermano;

Y eso que usted, siendo tal

Su pasión, gime, la mira,

Vuelve á gemir... y no hay mas.

Quien callando á merecido

Su ternura fraternal,

Dejo al curioso lector

Lo que hablando alcanzará.

Faust. ¡Ay! ¿Por qué se burla usted

De un desventurado?

Vic. ¡Ay! (Remedándole.)

Pilar. (Tiene razon. Yo me rio

Sin poderio remediar.)

Vic. ¿Y aun no se declara usted

Sabiendo que hay un rival

En campaña?

Faust. (¡Qué suplicio!)

Pilar. ¡Tía, tía!

Vic. Este galan,

Está visto, necesita

De un intérprete.

Pilar. Quizá

Ni me quiere ni lo sueña.

Faust. ¡Oh! Ya no puedo callar.

La amo á usted, Pilar, la adoro.

Si; y esta pasión fatal...

Pilar. ¡Dios mio, como se pone!

Vic. ¡Animo! Asi. ¡Voto á san...!

Faust. Dichoso yo si pudiera...

Eust. ¡Pilarcita! (Dentro.)

Pilar. Voy, mamá.

(Me alegro.) Perdone usted.

(¿Dónde estará mi oficial?)

ESCENA III.

Doña VICENTA, Don FAUSTINO.

Faust. Gracias, señora; mil gracias.

Vic. ¿Por qué?

Faust. ¿Qué necesidad

Tenia usted, falsa amiga,

De hacerme representar

Tan desairado papel?

Harto infeliz era ya

Con la yerba indiferencia

De esa insensible beldad

Sin exponerme á su enojo;

A su desprecio quizá.

Vic. No diga usted disparates,

Que no es tanta la crueldad

De Pilarcita. ¿Qué indicios

De desden ni de pesar

Ha advertido usted en ella?

La sorpresa natural

En una niña sin mundo

Que ignora lo que es amar

¿Le intimida á usted? ¿Acaso

Se rinde una voluntad

A la primera...?

Faust. La suya

No será mia jamás.

Vic. Pero ¿en qué se funda usted?

Faust. Su corazón es glacial.

Vic. Si usted no le ha dicho nada,

¿Había de adivinar...?

La timidez en amores

Siempre fué perjudicial.

Faust. ¿Timidez? ¡No! Si bastase

Ser intrépido y audaz

Para sojuzgar un alma,

¿Quién osara disputar

La suya á mi amor? ¿Acaso

Yo, que me siento capaz

De sacrificios mayores,

Temeraria revelar

Vic. Y el bálsamo de Malats.

Faust. Búrlese usted: lo merezco. —

Mas yo prometo calmar

Esta ardorosa impaciencia,

Supuesto que usted me da

Tan lisonjera esperanza.

Si, si; el candor virginal;

Esa inefable dulzura

Que acaba usted de pintar;

Esa ternura tranquila

Y esa sumision nupcial,

Aunque es de fuego mi pecho,

Tambien para mi tendrán

Encantos. Dulce *Amenaida*

Amó á *Tancredo* marcial,

Y *Carlos el Temerario*

A la *Virgen de Underlac*.

Vic. Al grano y basta de frases;

Que es preciso aprovechar

El tiempo. Mientras usted

Callaba como un costal

Otro hacia su negocio.

Faust. ¿Con ella?

Vic. Con el papá.

Faust. ¿Quién?

Vic. Don Evaristo.

Faust. ¿Cielos!

Vic. La cosa va muy formal.

Faust. ¿Qué me dice usted!

Vic. La boda

Está concertada ya.

Faust. ¿Y nada sabía! ¿Cómo

Me habia de figurar...?

Vic. Si vengo un día después,

¡Adios, *Virgen de Underlac!*

Faust. Maldición!...

Vic. Tenga usted fiema.

Faust. ¿Y consentia Pilar...?

Vic. Por fuerza.

Faust. ¿Barbaro padre!

Vic. Esa boda no se hará;

Yo lo juro.

Faust. ¿Angel del cielo!

Vic. No irá llorando al altar

Mi sobrina.

Faust. ¿Y qué recurso

Si se obstina ese animal

De don Rufo en que se case

Con el otro perillan?

Vic. Será en vano.

Faust. Y yo ¿que haré

Vic. Por ahora, dejarme obrar

A mi sola.

Faust. ¿Y qué...?

Vic. Las nueve.

Don Evaristo vendrá

Dentro de un instante.

Faust. ¡Oh furia

La pasión que me devora

A ella, á su padre, á un rival,

Al mundo, al cielo, al abismo,

Si esa alma... que duerme en paz,

Pudiera leer en la mia?

Pues ¿qué! ¿es necesario hablar

Para que amor se descubra

A su despecho? ¿Dónde hay

Mordazas para los ojos?

¿Cómo no ha visto un volcan

En los míos? ¿Qué mujer

En un acento, en un ay,

Hasta en el mismo silencio

No ve la fiebre tenaz

Del amor que sus encantos

Han inspirado? ¡Ah! Satan,

Satan incendió en mi pecho

Esta pasión infernal.

Vic. ¡Don Faustino!... ¿Está usted loco?

Faust. ¡Yo he nacido para amar,

Y no para ser amado!

¡Este anatema fatal

Pesa sobre mí!

Vic. ¿No he dicho

Que será de usted Pilar?

Pero no aman de repente

Ni así á modo de huracan

Las niñas que se han criado

Con juicio y honestidad.

Ella ha nacido en Madrid,

No á orillas del Senegal;

No ha leído á *Victor Hugo*,

Ni á *Lord Byron*, ni á *Dumás*;

Se ha criado en un colegio;

Es aun muy tierna su edad,

¿Y ha de ser por fuerza actriz

En un drama sepulcral?

Si es usted tierno y galante,

Y sabe disimular

Algun caprichillo, alguna

Inconsecuencia venial,

Achaques de pocos años,

Esa niña le amaré;

Mas su amor será tranquilo,

Blando, tierno, angelical;

Amor honesto, fundado

En la plácida amistad;

Amor, en fin, de una esposa.

Por ventura ¿valen mas

Esas vehementes pasiones

Que como vienen se van?

Faust. ¡Ah! No. Perdon, Vicentita.

Esa voz es el maná

Que mi alma desconsolada

Fortalece; es el fanal

Benéfico que me alumbra

En la ciega oscuridad;

Es el arpa de David...

Vic. Silencio; no hay que chistar.
Quiero hablar con él á solas.
¿Qué hace usted que no se va?

Faust. Pero...

Vic. No hay pero. Volando.
Ya está usted en el portal.

Faust. Oigame usted...

Vic. Nada escucho.

Faust. ¿Cuándo vuelvo?

Vic. Ya, ya irán

A avisar á usted...

Faust. Adios.

Vic. ¡Pobrecillo! Ciego está.

ESCENA IV.

DOÑA VICENTA.

No, no puedo consentir
Que se realice esa boda.
Dolor sería por cierto
Que una niña tan donosa
En un hombre se empleara
Que, aunque la dice lisonjas,
Menos que de su belleza
De su dote se enamora.
¡Oh! Yo haré mudar de plan
A ese amante de tramoya,
Que ya conozco su flaco.
Cuando sepa que la novia
No es tan rica como piensa...
Pero lo que mas me asombra
Es la ceguedad de Rufo.
¿Posible es que no conozca
Que el tal yerno es un farsante,
Vanidad todo y bambolla?
¡Dar su hija á un ente de hielo
Que por empresa la toma,
Cuando un jóven la pretende
Que la merece y la adora!
Mas... si es Faustino tal vez
Un farsante de otra estofa...
Si es capricho pasajero
Ese amor de que blasona...
No, no. Brilla la verdad
En sus ojos y en su boca.
Si alguna vez desvaría,
Esas locuras son propias
De una alma ardiente, exaltada
Que el arte costoso ignora
De dominar las pasiones
En cuyos grillos se goza. —
Llaman. — ¿Será su rival?
El es. — Manos á la obra.

ESCENA V.

DOÑA VICENTA, DON EVARISTO.

Vic. ¡Oh, señor don Evaristo!

Evar. Beso á usted los piés, señora.

Siento mucho haber tardado...

¡Qué veo! ¿Usted no nos honra

Con su asistencia? Lo inflero

Porque siendo ya la hora

Convenida aun no está usted

Vestida...

Vic. La ceremonia

Bien puede hacerse sin mí.

Evar. Ya; pero el jardín, la fonda...

Vic. Estoy algo delicada...

Soy poco amiga de bromas...

No crea usted que repruebo

Una union tan venturosa.

Hace muy bien en prendarse

De esa gallarda persona

Mi sobrina.

Evar. Pasadera,

No mas. Usted me sonroja.

Vic. ¡Fatuo! Pilar desde luego

Gana mucho en ser esposa

De caballero tan noble,

De un sujeto á quien adornan

Tan recomendables prendas.

Evar. (Presumo que esta señora

Se inclina á mí. Estoy tendado...

Es rica, y no tan jamona

Que no inspire...)

Vic. Diga usted :

¿Hay algun proyecto ahora

Entre manos?

Evar. Tengo varios.

Para el uno ya son pocas

Las acciones que me faltan.

Vic. ¿Cuál?

Evar. Se trata de una fonda

Donde en comidas de precio

Los concurrentes escojan

Entre variedad de platos

Diferentes en la forma

Y en el gusto, bien que iguales

En valor; donde se coma

De un tirón, y no clamando

Porque se lleven la sopa

Y gritando á cada vianda :

¡Mozo! ¡Muchacho! ¡Otra cosa!

Donde muden los cubiertos

Sin perderlo de limosna,

Y de un mugriento bolsillo

No los saque con pachorra

Un fámulo malcarado

Tomando parte en la broma
Y con tono familiar
Refiriéndome su historia;
Donde hallen los forasteros
Decente mesa redonda;
Donde en invierno haya luz
Y en estío no haya moscas;
Donde el agua sea pura,
Ya que no el vino, que es droga
El no conseguir jamás
Que enjuague una redoma;
Donde encuentre un ciudadano,
Que no va á comer de gorra,
Cualquier dia mantel limpio,
Cortesía á todas horas;
Donde quepan los que comen...
Y no quepan los que estorban;
Donde haya en fin quien asista
Al que allí estruje su bolsa;
Que tres mozos, aunque suden
Vida y alma gota á gota,
Servir á un tiempo no pueden
A cuatrocientas personas.

Vic. ¡Soberbio plan! Mas yo temo
Que no tenga usted la gloria
De realizarle.

Evar. ¿Por qué?

Vic. Porque la paciencia heroica
De un castellano á mayores
Privaciones se acomoda.
Para uno que eche de menos
Esas bagatelas y otras,
Hay ciento...

Evar. No. Ya ha llegado
El tiempo de las reformas.

Vic. Y usted que es tan ingenioso,
Tan amigo de mejoras...
Mucho gana mi sobrina
Con esa boda dichosa,
Porque usted sabrá aumentar
Su patrimonio...

Evar. Usted me honra...

Vic. Y bien que lo necesita,
Porque á la verdad no es cosa.

Evar. No. Está usted mal informada.

Un olivar en Carmona,

Dos molinos en Baeza,

Y el cortijo de Cazorla,

Y los censos de Madrid...

Vic. Todo eso, amigo, es bambolla.

Evar. ¿Qué dice usted?

Vic. Entre pleitos,

Y deudas, y trapisondas

Se consume mucha parte

De la renta, si no toda.

Evar. ¿Es posible...? Pues don Rufo
Nunca me ha dicho una jota...

Vic. Propia reserva de suegro..
Pero usted que no se ahoga
En poca agua...

Evar. Ciertamente...

Vic. No descomodrá la boda
Porque la casa esté un poco
Atrasada. A usted le sobra
Caudal para mantener
Con el tren de una señora
A mi sobrina.

Evar. Si tal.

Yo...

Vic. Una niña tan hermosa
No ha menester mas riquezas
Que su...

Evar. En efecto. ¿Qué importa...?
Ya iremos desempeñando...

Vic. Por supuesto; y aunque hay otra
Calamidad de por medio...

Evar. ¿Qué sucede? (Una congoja
Me va á dar.)

Vic. En los llamados (1)

Tres años hago memoria
De que don Diego Bermudez,
Hermano de doña Eustaquia
Bermudez...

Evar. Sí, sí; el hermano
De la madre de la novia,
Que era poseedor entonces...

Vic. Pues. Dios lo tenga en su gloria.

Evar. Amen. ¿Qué hizo el buen señor?

Vic. Vender en debida forma
La mitad del mayorazgo.

Evar. ¡Cielos!... ¡Y con esa sorna
Me lo dice! Ya... La ley
Le autorizó...

Vic. ¡Buenas onzas

Le dieron! Pero... ¡Dios le haya

Perdonado!... por la posta

Se le fueron. Ya se ve;

Soltero, amigo de bromas,

Jugador...

Evar. ¿Tambien tenia

Esa gracia?

Vic. ¡Vaya!... ¡Y moza!

Evar. ¡Libertino!

Vic. Le chupaba... (R)

¡Figurese usted!

Evar. ¡Bribona!

Vic. Luego... Ya lo sabe usted.

Entre Angulema y sus tropas,

Y los de acá, y los de allá,

Y los frailes y las notas,

Y el Zurriago, y el Censor...

(1) Alude al real decreto que anuló la mayor parte
de los actos legislativos del gobierno constitucional
abolido en 1823.

Esto se hizo una Liorna...
Y acabó la malhadada
Constitucion española.
A su antiguo sér y estado
Volviéron todas las cosas...
Todas no; que el vencedor,
Aunque se anuló la compra,
Recobró sus heredades,
Pero no soltó la mosca.

Evar. Y ahora tendrá que soltarla
El heredero; y con costas.

Vic. ¿Qué! ¿se ha anulado el decreto
Anulador?

Evar. ¡Toma, toma!

En buenas manos está

El panderero.

Vic. Pues es droga

Perder medio mayorazgo

Asi... de una mano á otra...

Mas siendo medida justa

Y al Estado provechosa,

El patriotismo de usted...

Evar. Sí, yo soy muy buen patriota;

Pero es duro, vive Dios,

Que á un inocente le coja

El carro y... Yo me quejo

De las Córtes. Ellas obran

En conciencia. Pero el tal

Don Diego... ¡Bárbaro! ¡Idiota!

¡Descastado! Aquella venta

Fué inicuá, infame, traidora...

¡Y malgastar el dinero

En vicios y en comilonas!

Vic. No se desazone usted.

Todo ello es una vicoca.

Evar. Cierto... No es el interés

El que en cólera me monta.

Es la moral ultrajada.

Vic. A bien que otros son los dogmas

De Pilareita...

Evar. Si, sí...

Pilareita es virtuosa.

Vic. Y la virtud es el dote

Mejor.

Evar. Ese es un axioma. —

Sin embargo, un dote en fincas

O en metálico... no estorba.

Vic. Pero ha dicho usted mil veces,

Y no por vana lisonja,

Que apreciaba mas la mano

De Pilar que una corona,

Y que el dote es lo de menos

Cuando las virtudes sobran.

Evar. Lo he dicho... y lo rectifico...

(¡Maldita sea mi boca!)

Vic. (¿Se casará todavía?)

Pero advierto una zozobra

En el semblante de usted...

Una inquietud... ¡Ah! ¡Qué tonta!

No es zozobra, ni inquietud;

Es que esa alma se alborozó

Al contemplar que tal vez

Es ya una accion generosa

No desistir del enlace.

Evar. No crea usted... (Me sofoca

Esta mujer.) No me cuesta...

Ningun esfuerzo... ni sobra

De... ¡Ca! (Yo estoy en tortura.)

Solo me aflige una cosa;...

Y es que... por hoy no es posible...

¿Está don Rufo en Atocha

Todavía?

Vic. Si, señor.

Dijo que iría á la fonda

A buscarnos. — Vamos, ¿qué hay?

(No se casa.)

Evar. Que se agolpan

A veces tantos y tantos

Obstáculos... En la Bolsa

Tengo hoy un negocio urgente. —

Mi amigo don Juan Ochoa

Está ocupado... y en fin,

El notario...

Vic. ¿Tanta prosa

Para nada!

Evar. Es que yo siento...

Vic. ¡Bobada! Si hoy no se otorgan

Los contratos, otro dia...

¿Qué mas tiene...?

Evar. Cierto.

Vic. (¡Hola!

Parece que ya hace efecto

La píldora.)

Evar. (Si me ahorcan

No me caso.) Crea usted...

Vic. Ya está aquí mi prima Eustaquia.

ESCENA VI.

Doña VICENTA, DON EVARISTO,
Doña EUSTOQUIA.

Eust. ¡Oh! Ya ha venido mi yerno.

¡Vaya, que estoy mas contenta!...

¡Y tú nos dejas, Vicenta!

Vic. Si; que hace un día de invierno.

Eust. ¡Si está hermosa la meñana!

Vic. Yo temo... que ha de nevar.

(Mirando con malicia á don Evaristo.)

Eust. No tal. Llamaré á Pilar...

¡Qué linda está! ¡Qué galana!

Vic. No la llames.

Eust. ¿Por qué no?

Vic. Prima, porque es excusado.

La boda se ha prorogado...

Eust. ¡Cómo! ¿Hasta cuándo? ¿Quién...?

Evar. Yo...

Eust. ¡Eh! No lo creo. Eso es chanza.

¿Cómo pudiera Evaristo

Cuando al fin cumplida ha visto

Su lisonjera esperanza...?

¡Oh, qué venturoso dia!

¡Cómo lo he de celebrar!

En la dicha de Pilar

Cifro yo la dicha mia.

Toda mi alma se alborozó,

Y aunque ella ha de hacerme abuela,

La boda de esa chicuela

Presumo que me remozó.

Ea, vámonos, y no haya

Mas dilacion...

Evar. Hoy, señora,

No puede ser.

Eust. ¿Cierto? ¿Ahora

Salimos con eso? ¡Vaya!

Vic. Como anuncia tiempo vario

El almanaque...

Evar. No es eso.

Es que anoche hizo un exceso,

Y está en la cama el notario.

Eust. ¡Qué lástima!

Evar. Hasta las dos

Estuvo en cruda agonía.

Eust. Algun cólico sería.

Evar. Cerrado.

Eust. ¿Válgame Dios!

(Se sienta en un sillón.)

Vic. Ya se ve; como un avanto

Cenaría, y un asiento...

Eust. ¡Pobre señor! (Solo siento

Haber madrugado tanto.)

¿Pero, hombre, en la Vicaria

Solo hay un notario?

Evar. No.

Pero á ese buscaba yo

Porque ya le conocía.

Es muy sagaz...

Eust. El más tonto

Es sagaz en su provecho.

Evar. No obstante...

Eust. (¡Que me hayan hecho

Dejar la cama tan pronto!)

No entiendo...

Vic. Querida Eustaquia,

Considera, y no te asombres,

Que no siempre están los hombres

Corrientes con la parroquia.

Eust. Ya..., sí... Yo soy indulgente.

Evar. Luego que se alivie...

Eust. Sí.

No hay prisa. Asi como asi...

El dia está intercidente.

(Cayéndome estoy de sueño.)

Evar. Si ustedes me dan licencia,

Voy á cierta diligencia...

Eust. ¿Sin ver al amado dueño?

Eso es ser poco galan.

(Empieza á dar cabezadas.)

Evar. ¿Qué extraño es que no me atreva

A darle tan triste nueva?

Ustedes se lo dirán;

Que aunque tal vez su sosiego

No pierda por eso...

Eust. (Bostezando.) No.

Evar. (No es ella á quien temo yo,

Sino á don Rufo.) Hasta luego.

Vic. Hasta después.

Evar. (Yéndose.) ¡Lindo hallazgo!

¡Famosa boda iba á hacer!

¡Por entero la mujer...

Y á medias el mayorazgo!

ESCENA VII.

Doña EUSTOQUIA, Doña VICENTA.

Vic. No es grande, prima, el afecto

Que le ha inspirado Pilar.

Eust. ¡Eh...!

Vic. La boda retardar

Con tal frescura...

Eust. En efecto.

Vic. Farsa de teatro fué

Aquella ternura inmensa.

Don Evaristo no piensa

Como pensaba.

Eust. (Casi dormida.) ¿Por qué?

Vic. Lo juro á fe de Vicenta.

Sabiendo yo que es mal bicho,

Hoy por probarle le he dicho...

¿No me oyes?

Eust. Si; cuenta, cuenta.

(Despavildándose por un momento.)

Vic. ¿Te duermes?

Eust. No, que te escucho.

Vic. Le he dicho que tu caudal

En realidad no era tal

Como él creyó, ni con mucho.

(Doña Eustaquia se queda dormida.)

¡Habias de ver su gesto

Oyendo esta nueva! Al punto

Se quedó como un difunto.

Vamos; ¿qué dices á esto?

A un cólico imaginario

Apela en tan fuerte apuro,

Y no sé cómo el perjuro

No enterró al pobre notario.

No le contradigo yo,
Aunque miente como un diablo,
Y... ¿Qué es esto? ¿Con quién hablo?
¡Prima!... ¡Eustaquia!... Se durmió. —
¡Qué lástima de botija
De agua de nieve en su alma!
¡Dormirse con esa calma
Cuando la hablo de su hija! —
¡Y tal vez por la apariencia
Juzgando la vecindad
Llama exceso de bondad
A esa estúpida indolencia!
Siempre con igual semblante
Oye el favor y el agravio.
De miel rosado su labio,
Su corazón de diamante.
A nadie dice que no;
Pero su casa ardería
Y desde lejos diría:
Arda el mundo, y viva yo,
Un mueble más en la sala;
¡Tal es tu naturaleza,
Oh mujer, que de pereza
Ni eres buena, ni eres mala! —
¡Cuál ronca! Ni un sinapismo
Despertara á la maldita. —
Me voy, que el verla me irrita. —
¡Confunda Dios tu egoísmo!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Doña EUSTOQUIA, DON RUFO.

(Doña Eustaquia duerme todavía. Don Rufo llega de fuera.)

Rufo. ¿Cómo estás con tanta flema
Tendida en ese sillón?
¿Cómo es que ya son las once
Y aun no ha salido el convoy?
Ya podía yo buscarlos
En Apolo hecho un avión.
Todo lo he corrido en balde:
La glorieta, el cenador,
La sortija, el laberinto,
El columpio... ¿Qué sé yo?
Cansado en fin de dar vueltas
Y de mirar el reloj,

Vengo á saber de qué nace
Tan extraña dilación.
¿Se ha muerto don Evaristo?
¿Ha dicho Pilar que no? —
Pero... mi mujer se ha muerto,
O duerme como un lirón.
¡Eustaquia! ¡Eustaquia!
Eust. ¿Quién llama?
(Se despierta asustada.)

¿Quién...? ¿Eres tú!
Rufo. Si; yo soy.
¿Estabas dormida?
Eust. Si.
Rufo. ¡Y con tan poca aprensión
Lo confiesas!
Eust. ¿Y qué quieres,
Si casi al salir el sol
Me he vestido?
Rufo. Ya. También
Te acostaste á la oración.
Eust. Si; pero el cuidado mismo
De madrugarse...
Rufo. ¡Bien por Dios!
Toda la noche has estado
Roncando como un prior,
¿Y ahora me vienes con esas?

Eust. ¡Si tengo esta complexion...!
¡Si...! Vamos; cuando una duerme
Es el tiempo tan veloz...
Y... ¿Qué he de hacer?
Rufo. Castigar
Ese cuerpo remolon;
Moverte; arreglar la casa,
Y elevar el alma á Dios;
Que solo para dormir
Y comer no te crió.
Eust. Bien, hijo, si; no te enfades.
Rufo. ¡Pues traigo yo buen humor
Para...!

Eust. ¿Qué te ha sucedido?
Rufo. Nada.
Eust. Di... Siéntate.
Rufo. Estoy
Bien así.
Eust. Como tú quieras.
Rufo. Tronaré; ¡No hay remisión!
Me quedaré sin destino.
Eust. ¿De veras?
Rufo. El director
Está contra mí, y sospecho
Que los informes que dió
Me favorecen muy poco.
Eust. ¡Cómo ha de ser!
Rufo. Dicen que hoy
Sale el nuevo arreglo. ¡Buena
Quedará la Dirección!
Ya se ve: tanto clamar
Por economías... Oh!

¡Las Cortes! ¡Las Cortes!... Esto
Va cada día peor.
Eust. ¿Quién sabe...?
Rufo. Y esas ideas
De servicios, opinion,
Antecedentes... ¡Qué diablo!
Dejen *in statu quo*
Las cosas. ¿No es fuerte asunto
Haber comprado doblon
Sobré doblon mi destino,
Y á pretexto de si soy
Negro ó blanco, hábil ó torpe
Cercenarme la ración?
¡Y eche usted un galgo ahora
Al jefe que me empleó!
¡Vaya usted á recordarle
Que un día por cuanto vos
Contribuisteis...! ¡Ya es obra!
Hecho en Londres un milord,
Así se acuerda de mí
Como yo del gran Mogol.
Ello es que ya han enterrado
A mi jefe de seccion;
Que por turno rigoroso
Debo sucederle yo,
Y temo quedar cesante.

Eust. ¡Sea por amor de Dios!
Rufo. ¿Ese consuelo me das?
Eust. Si, Rufo. Mas padeció...
Rufo. ¡Eh! Déjame en paz. ¿Acaso
Tengo yo el alma de Job?
Eust. No te enojas, Rufo.
Rufo. Quiero
Enojarme. ¡Voto á bríos!
Eust. Bien, hijo. Si así te alivias...
Enójate: eso es mejor. —
No faltarán aspirantes...
Rufo. ¡To, tu, tu! Yo sé de dos.
Eust. Mozos sin pelo de barba...
Rufo. No.
Eust. Ineptos...
Rufo. No.
Eust. Oscuros...
Rufo. ¡No!
El uno es un tal don Cosme...
Natural de Vinaroz.
Del veintuno al veintitres
La misma plaza sirvió;
Está amnistiado, y la pide...
Eust. Con muchísima razón.
Rufo. No tal. Eres una bestia.
Eust. Bien, hombre; si. Bestia soy.
Rufo. ¿Qué significa amnistía?
Dame tú la explicación.
Eust. Olvido de lo pasado.
Rufo. Justo: eso es en español.
Ahora bien, pues mi rival
Por ese olvido clamó,

Justo es olvidar tambien
Que fué jefe de seccion.
Eust. En efecto.
Rufo. El otro... Mas
¿Qué es esto? ¿No vamos hoy
Al jardín de Apolo, y luego
A firmar...?
Eust. Creo que no.
Rufo. ¿Por qué? ¿Dónde está esa chica?
¿Por qué es esta suspension?
¿Dónde está don Evaristo?
Habla; respóndeme.
Eust. Yo...
A punto fijo no sé...
Se habló de una indigestion...
De... otro día... de... el notario...
Como se nublaba el sol...
Y yo me dormí... No sé...
Rufo. Pero ¡que tengas valor
Para...!
Eust. Calla, que Vicenta
Ha de saber... Ahora voy
A preguntar... Ella viene.
Rufo. (Mi mujer es un lechón.)

ESCENA II.

Doña EUSTOQUIA, DON RUFO,
Doña VICENTA.

Vic. Prima, que están esperándote
Para almorzar.
Eust. Voy.
Vic. ¿De cuando acá tu estómago
Se hace esperar?
Rufo. Antes de eso, sea licito
Que sepa yo
Por qué el casamiento próximo
Se suspendió.
Vic. Pues sin andarme en retóricas
Yo te diré
Que de tu yerno ya es pública
La mala fe.
Rufo. No lo creo. Tú eres discola
Por complexion,
Y tu lengua es de una víbora,
De un escorpión.
Vic. ¿A qué me injurias, estúpido
Si tu mas ni mas?
Don Evaristo es un pérfido:
Tú lo verás.
No se casa.
Rufo. ¿Por qué? Dímelo.
¡Voto á quien soy!...
Ayer me juró con lágrimas...
Vic. Ayer no es hoy.

No le contradigo yo,
Aunque miente como un diablo,
Y... ¿Qué es esto? ¿Con quién hablo?
¡Prima!... ¡Eustaquia!... Se durmió. —
¡Qué lástima de botija
De agua de nieve en su alma!
¡Dormirse con esa calma
Cuando la hablo de su hija! —
¡Y tal vez por la apariencia
Juzgando la vecindad
Llama exceso de bondad
A esa estúpida indolencia!
Siempre con igual semblante
Oye el favor y el agravio.
De miel rosado su labio,
Su corazón de diamante.
A nadie dice que no;
Pero su casa ardería
Y desde lejos diría:
Arda el mundo, y viva yo,
Un mueble más en la sala;
¡Tal es tu naturaleza,
Oh mujer, que de pereza
Ni eres buena, ni eres mala! —
¡Cuál ronca! Ni un sinapismo
Despertara á la maldita. —
Me voy, que el verla me irrita. —
¡Confunda Dios tu egoísmo!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Doña EUSTOQUIA, DON RUFO.

(Doña Eustaquia duerme todavía. Don Rufo llega de fuera.)

Rufo. ¿Cómo estás con tanta flema
Tendida en ese sillón?
¿Cómo es que ya son las once
Y aun no ha salido el convoy?
Ya podía yo buscarlos
En Apolo hecho un avión.
Todo lo he corrido en balde:
La glorieta, el cenador,
La sortija, el laberinto,
El columpio... ¿Qué sé yo?
Cansado en fin de dar vueltas
Y de mirar el reloj,

Vengo á saber de qué nace
Tan extraña dilación.
¿Se ha muerto don Evaristo?
¿Ha dicho Pilar que no? —
Pero... mi mujer se ha muerto,
O duerme como un lirón.
¡Eustaquia! ¡Eustaquia!
Eust. ¿Quién llama?
(Se despierta asustada.)

¿Quién...? ¿Eres tú!
Rufo. Si; yo soy.
¿Estabas dormida?
Eust. Si.
Rufo. ¡Y con tan poca aprensión
Lo confiesas!
Eust. ¿Y qué quieres,
Si casi al salir el sol
Me he vestido?
Rufo. Ya. También
Te acostaste á la oración.
Eust. Si; pero el cuidado mismo
De madrugarse...
Rufo. ¡Bien por Dios!
Toda la noche has estado
Roncando como un prior,
¿Y ahora me vienes con esas?

Eust. ¡Si tengo esta complexion...!
¡Si...! Vamos; cuando una duerme
Es el tiempo tan veloz...
Y... ¿Qué he de hacer?
Rufo. Castigar
Ese cuerpo remolon;
Moverte; arreglar la casa,
Y elevar el alma á Dios;
Que solo para dormir
Y comer no te crió.
Eust. Bien, hijo, si; no te enfades.
Rufo. ¡Pues traigo yo buen humor
Para...!

Eust. ¿Qué te ha sucedido?
Rufo. Nada.
Eust. Di... Siéntate.
Rufo. Estoy
Bien así.
Eust. Como tú quieras.
Rufo. Tronaré; ¡No hay remisión!
Me quedaré sin destino.
Eust. ¿De veras?
Rufo. El director
Está contra mí, y sospecho
Que los informes que dió
Me favorecen muy poco.
Eust. ¡Cómo ha de ser!
Rufo. Dicen que hoy
Sale el nuevo arreglo. ¡Buena
Quedará la Dirección!
Ya se ve: tanto clamar
Por economías... Oh!

¡Las Cortes! ¡Las Cortes!... Esto
Va cada día peor.
Eust. ¿Quién sabe...?
Rufo. Y esas ideas
De servicios, opinion,
Antecedentes... ¡Qué diablo!
Dejen *in statu quo*
Las cosas. ¿No es fuerte asunto
Haber comprado doblon
Sobré doblon mi destino,
Y á pretexto de si soy
Negro ó blanco, hábil ó torpe
Cercenarme la ración?
¡Y eche usted un galgo ahora
Al jefe que me empleó!
¡Vaya usted á recordarle
Que un día por cuanto vos
Contribuisteis...! ¡Ya es obra!
Hecho en Londres un milord,
Así se acuerda de mí
Como yo del gran Mogol.
Ello es que ya han enterrado
A mi jefe de seccion;
Que por turno rigoroso
Debo sucederle yo,
Y temo quedar cesante.

Eust. ¡Sea por amor de Dios!
Rufo. ¿Ese consuelo me das?
Eust. Si, Rufo. Mas padeció...
Rufo. ¡Eh! Déjame en paz. ¿Acaso
Tengo yo el alma de Job?
Eust. No te enojas, Rufo.
Rufo. Quiero
Enojarme. ¡Voto á bríos!
Eust. Bien, hijo. Si así te alivias...
Enójate: eso es mejor. —
No faltarán aspirantes...
Rufo. ¡To, tu, tu! Yo sé de dos.
Eust. Mozos sin pelo de barba...
Rufo. No.
Eust. Ineptos...
Rufo. No.
Eust. Oscuros...
Rufo. ¡No!
El uno es un tal don Cosme...
Natural de Vinaroz.
Del veintuno al veintitres
La misma plaza sirvió;
Está amnistiado, y la pide...
Eust. Con muchísima razon.
Rufo. No tal. Eres una bestia.
Eust. Bien, hombre; si. Bestia soy.
Rufo. ¿Qué significa amnistia?
Dame tú la explicacion.
Eust. Olvido de lo pasado.
Rufo. Justo: eso es en español.
Ahora bien, pues mi rival
Por ese olvido clamó,

Justo es olvidar tambien
Que fué jefe de seccion.
Eust. En efecto.
Rufo. El otro... Mas
¿Qué es esto? ¿No vamos hoy
Al jardín de Apolo, y luego
A firmar...?
Eust. Creo que no.
Rufo. ¿Por qué? ¿Dónde está esa chica?
¿Por qué es esta suspension?
¿Dónde está don Evaristo?
Habla; respóndeme.
Eust. Yo...
A punto fijo no sé...
Se habló de una indigestion...
De... otro día... de... el notario...
Como se nublaba el sol...
Y yo me dormí... No sé...
Rufo. Pero ¡que tengas valor
Para...!
Eust. Calla, que Vicenta
Ha de saber... Ahora voy
A preguntar... Ella viene.
Rufo. (Mi mujer es un lechon.)

ESCENA II.

Doña EUSTOQUIA, DON RUFO,
Doña VICENTA.

Vic. Prima, que están esperándote
Para almorzar.
Eust. Voy.
Vic. ¿De cuando acá tu estómago
Se hace esperar?
Rufo. Antes de eso, sea licito
Que sepa yo
Por qué el casamiento próximo
Se suspendió.
Vic. Pues sin andarme en retóricas
Yo te diré
Que de tu yerno ya es pública
La mala fe.
Rufo. No lo creo. Tú eres discola
Por complexion,
Y tu lengua es de una víbora,
De un escorpión.
Vic. ¿A qué me injurias, estúpido
Si tu mas ni mas?
Don Evaristo es un pérfido:
Tú lo verás.
No se casa.
Rufo. ¿Por qué? Dimelo.
¡Voto á quien soy!...
Ayer me juró con lágrimas...
Vic. Ayer no es hoy.

Rufo. No te creo. Alguna cábala
Se me arma aquí.
Vic. No.
Rufo. Y como tú eres su antipoda...
Vic. ¡Oh! Si; eso sí.
Tu hija me movía á lástima,
¡Pobre Pilar!
Y al fin á la triste víctima
Logré salvar.
Rufo. ¿Cómo?
Vic. Arrancando la máscara
De ese gandul.
Rufo. Nada me pruebas poniéndole
De oro y azul.
Vic. Le dije el estado crítico
De tu caudal,
Y él, que formaba otros cálculos...
Rufo. Mientes: no hay tal.
Es generoso, es magnífico...
Vic. No; no lo es
Hombre á quien domina el sórdido,
Vil interés.
Ello es que le puso pálido
La novedad
De reducirse tus vínculos
A la mitad.
Rufo. Aprension tuya. — Y por último,
¿Hay boda, ó no?
Vic. Con varias excusas frívolas
La prorogó.
Eust. Bien puede ser...
Rufo. ¡Por San Crispulo...!
¿Vas tú á apoyar
También...?
Eust. Yo no; pero...
Rufo. Cállate.
Eust. Me iré á almorzar.

ESCENA III.

DON RUFO, DOÑA VICENTA.

Vic. Rufo, ya ha volado el pájaro.
Rufo. No puede ser.
Vic. Pero ¡qué pilla! ¡Qué hipócrita!
Rufo. Basta, mujer.
Un hombre que es tan político,
Que es tan formal,
¿Cómo ha de dar un escándalo
Tan garrafal?
Y aquel talento sin límites...
¡Si es un horror
Lo que él sabe en punto á máquinas...
Vic. Ya.
Rufo. De vapor! —
¿Te ries? No seas cáustica.

Quizá, quizá
Algún día entre los Próceres
Se sentará.
Mas ¿qué digo? Soy un bárbaro.
Ya llegó en fin
A las Córtes y á los códigos
Su san Martín.
Caerán del pueblo los ídolos;
Sí: yo lo sé.
Me lo ha dicho un diplomático
Digno de fé.
Vic. Deja ilusiones ridículas
Con Belcebú.
¿Quién cree eso sino un pápalo
Cual lo eres tú?
No ya con votos sacrilegos
Ha de triunfar
Quien quiera los siglos bárbaros
Resucitar.
A tu trono, augusta Huérfana,
Daré el valor
De tu denodado ejército
Nuevo esplendor.
Caerá destrozada, exánime
La hidra voraz,
Y entonará dulces cánticos
La alegre paz.
Desde las ondas atlánticas
Al Niño fiel
Sonará este grito unánime:
¡Viva Isabel!
Y estrechará muestra plácida
Fraternidad
Con indisolubles vínculos
La libertad.
Rufo. ¡Siempre con esas hipérboles
Me has de venir!
Vic. ¿Quién tus ideas retrógradas
Puede sufrir?
Rufo. Basta. Dobleemos la página
Con mil y mas,
Y no hablemos de política
Jamás, jamás;
Que ya sabes que soy áspero
De condicion,
Y no he de ceder un ápice
De mi opinión. —
Volviendo al novio, repítote
Que ayer le vi
Y que me juró... A propósito:
Mirale allí.

ESCENA IV.

DON RUFO, DOÑA VICENTA,
DON EVARISTO.

Rufo. Bien venido sea usted,
Don Evaristo.
Evar. ¡Oh, don Rufo!
Beso á usted los piés, señora.
Vic. Felices.
Rufo. Me alegro mucho
De ver á usted, porque quiero
Que aclaremos cierto asunto...
¿Es verdad que usted renuncia,
A ser mi yerno?
Evar. ¡Qué escucho!
¿Quién ha dicho tal enredo?
Vic. Yo lo he dicho y lo aseguro.
Evar. Perdone usted. Afirmar
Sin fundamento ninguno
Cosa que nunca he pensado,
Señora mía, no es justo.
Vic. ¡Eh! déjese usted de farsas.
¿Qué vale ya el disimulo?
Evar. Digo que se engaña usted.
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. Niegue usted, perjuro,
Que aquí mismo, habrá dos horas,
En el momento en que supo
Que la hacienda de mi prima
A la mitad se redujo
Por la ley de mayorazgos,
Se quedó como difunto.
Evar. ¿No he de sentir sus pesares
Siendo su yerno futuro?
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. Niegue usted que usando
De frívolos subterfugios
De repente suspendió
La ceremonia...
Evar. ¿Y qué mucho
Si acometido el notario
De un apoplético insulto...?
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. Veo que se burla
De tí.
Evar. No tal; no me burlo.
Usted interpreta mal
Cuanto digo.
Rufo. Ese es flujo.
Evar. Y en eso me agravia usted,
Que soy muy amigo suyo...
Vic. Gracias.
Evar. Cuando usted me trate
Mas á fondo...
Vic. Eso... lo dudo.

Evar. Verá usted...
Vic. No hay que ver nada.
Evar. Que yo soy hombre que cumpla
Lo que prometo.
Vic. ¿Se ha visto
Descaro igual en el mundo?
Bien. Supuesto que es usted
Tan veraz, tan concienzudo,
Haga usted por que hoy se arregle
La boda...
Evar. Con mucho gusto.
A eso venía.
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. ¿Qué dice usted? ¿Ya se puso
Bueno el notario?
Evar. Está en cama,
Pero hay un amigo suyo
Que nos servirá por él.
A las ocho y media en punto
De la noche vendrá aquí. —
Perdóneme usted si abuso
De su bondad, padre mio.
Sabe usted que le consulto
Para todo; pero es tanta
Mi impaciencia...
Rufo. ¡Oh! No te culpo.
¿Lo ves?
Vic. ¡Eh! Déjame en paz.
Evar. Siempre he fundado mi orgullo
En ser benéfico. Ahora
Que puedo servir de escudo
A una familia afligida,
La dulce union apresuro...
Rufo. Basta, hijo, que me enterezo.
Vic. (O aquí hay un misterio oculto
Que no puedo penetrar,
O es loco este hombre.)
Rufo. De estuco
Te has quedado. Y bien, ¿qué dices
Ahora?
Vic. Que ciego, iluso
A un insensato capricho,
Cual si fueras su verdugo,
Sacrificas á tu hija;
Que tú estás cantando el triunfo
Y ella lo llora; ¡infeliz!
Que ese hombre no es de su gusto
Ni puede serlo jamás;
Que yo detesto ese nudo
Precursor de mil pesares;
Que no he de darles, lo juro,
Ni un real, y sabes que puedo
Aumentar bien su peculio;
Y en fin, que si fuera yo
Pilar, no entrara en el yugo...;
O mi venganza daría
Que hablar en Madrid; y mucho.

ESCENA V.

DON RUFO, DON EVARISTO.

Rufo. ¡Qué sierpe de Lucifer!
La daría con un canto.

Evar. ¡Eh!

Rufo. No sé como la aguanto.

Evar. Déjela usted. Es mujer.

¿Qué importa su ceño adusto

Si mi corazón adora

A Pilar y usted...? Ahora,

Si ella no se casa á gusto...

Rufo. Si, señor, sí. ¿Quién lo duda?

Pero el natural rubor...

Evar. Cuando la hablo de mi amor

Calla cual si fuese muda.

Rufo. ¡Miren qué falta le puso!

Mujer muda es un tesoro.

Evar. No obstante, como la adoro,

Con justa razón la acuso...

Rufo. Hombre, fie usted de mí.

Verá usted con qué frescura

Ante el notario y el cura

Pronuncia el plácido sí.

Es verdad que ahora está fría...

Evar. Sí; tan fría como bella.

Rufo. Pero la culpa no es de ella.

Los consejos de su tía...

Mas ya no tiene esperanzas

De frustrar tan grato enlace,

Y callará. Si no lo hace,

No me andaré yo con chanzas.

Yo me sabré deshacer

De un doméstico enemigo.

Evar. ¡Oh! vivirá usted conmigo

Y colmará mi placer.

Mi casa es cómoda y buena.

Algo lejos: en la Cava;

Pero... ¡voto á...! Me olvidaba.

Está usted de enhorabuena.

Rufo. Pues ¿cómo...?

Evar. En el ministerio

Me lo acaba de decir

Quien no acostumbra á mentir.

¡Vaya, don Juan, que es tan serio!...

Rufo. ¿Salió la planta?

Evar. Si tal.

Rufo. ¿Y entro yo en la promoción?

Evar. Justo.

Rufo. A jefe de seccion

Era mi ascenso...

Evar. Cabal.

Jefe de seccion don Rufo

Marchamalo.

Rufo. ¡Oh dicha mía!

¡Yo jefe! ¡Yo...! De alegría

Salto, río, lloro y bufo.

Evar. Yo celebro...

Rufo. Hoy me remozo.

¡Respiro! El susto pasó.

Evar. ¡Qué!...

Rufo. No las tenía yo

Todas conmigo. ¡Qué gozo!

¡Y á qué buen tiempo! Hoy que es día

De bodorrio y aeluya...

Evar. No crea usted que eso influya

En mí...

Rufo. ¡Ba! No.

Evar. Sentiría...

Rufo. ¡Oh! ¡Calle usted!...

Evar. (Otra nueva

Es la que me halaga á mí.)

Rufo. Si otra vez me habla usted así,

Reñimos.

Evar. (¿Qué buena breva!)

Con que, vaya, hasta la noche.

Rufo. ¡Jefe de seccion! ¡Qué gesto

Me pondrán tan indigesto

Los que...!

Evar. Vendré con el coche...

Rufo. ¿Se va usted?

Evar. Tengo un proyecto...

Rufo. ¿Otro? Con ese son mil.

Evar. Voy al Gobierno civil...

Rufo. ¿Lo del diario?

Evar. En efecto.

Ya la licencia me han dado.

Con buen plan y un precio módico...

Rufo. ¿Qué color toma el periódico?

Evar. Un color... tornasolado.

Rufo. Entiendo.

Evar. Con que, á mas ver,

Padre mio.

Rufo. No te vas

Si palabra no me das

De venir luego á comer.

Evar. Si usted se empeña, la doy.

Rufo. ¡Ah! Dime: mi nombramiento...

Evar. Mañana.

Rufo. Adios. De contento

Pierdo los estribos hoy.

ESCENA VI.

DON RUFO, DOÑA VICENTA.

Vic. Con impaciencia esperaba

A que ese señor se fuese

Para hablarte.

Rufo. ¿Sí? Ya te oigo.

Di tu embajada, y sé breve.

Vic. Pilar sería infeliz

Con ese hombre.

Rufo. Erre que erre.

No lo será. ¿Y qué te importa?

¡Fuerte flujo de meterse

En camisa de once varas!

Vic. Escúchame y no te alteres.

El tiempo insta, y no quiero

Entre dimes y diretes

Malgastarlo. Yo prescindo

De si los genios convienen

O no, y prescindo tambien

De si la niña obedece

Con repugnancia ó sin ella

A tus preceptos crueles.

Pero ya que no consultes

Su corazón inocente,

¿Por qué á su interés y al tuyo

Una manía preñeres?

Con sus cansadas lisonjas,

Con su boato aparente

Te ha deslumbrado ese... histrion,

Que otro nombre no merece.

Trampas, proyectos, bamboya;

Hé aquí todos sus bienes.

Por otra parte tu hija

¿Qué riquezas se promete?

Solo el vínculo de Eustaquia,

Que va á quedar...

Rufo. Yo soy jefe

De seccion. ¿No lo sabías?

Vic. Te doy mil parabienes.

Mas un aumento de sueldo

Que será de seis ó siete

Mil reales todo lo mas...

Rufo. De cinco mil; pero en breve

Subiré mas. Es probable

Que me nombren intendente,

Y esto ya es algo.

Vic. Y tambien

Es muy fácil que te quedes

Cesante, ó que te jubilen,

Y quizá que te destierren

Por desafecto...

Rufo. No tal.

Yo he llenado mis deberes;

Yo soy adicto á la reina;

Yo nunca he sido rebelde;

Y no porque uno murmure

Alguna vez, y se queje

Cuando se juzgue agraviado...

Vic. Pronto la casaca vuelves.

Rufo. Esto no es volver casaca.

Esto es que á mí me convienen

Los hechos. — Ahora ya veo

Que todo va grandemente.

Reconocen mis servicios

Y mis talentos; me ascienden...

¡Oh! Y lo que es del ministerio

De Hacienda yo siempre, siempre

Me prometí buenas cosas,

Porque es hombre que lo entiende

Su excelencia, y ayer mismo...

Vic. Ayer mismo echabas pestes

De esa boca contra él.

Rufo. Por no decirte que mientes,

Te diré que te equivocas. —

Sea de esto lo que fuere,

Mudar de opinion es propio

De hombres cuerdos y prudentes.

Ya no dudo que en el alma

Yo tenia oculto el germen

De los nuevos sentimientos

Que ahora en mi sangre hierven.

Nuevo estado, vida nueva.

El subalterno y el jefe

No ven por un prisma igual.

Hay virtudes que requieren

Mando, autoridad... En fin,

Yo me entiendo, y Dios me entiende.

Vic. Bien, basta. A un lado disputas

Que no hacen al caso. ¿Quieres

Que vivamos como amigos

Y como buenos parientes?

Rufo. Si quiero.

Vic. ¿Quieres que tu hija

Sea dichosa?

Rufo. Me ofendes

En dudarlo.

Vic. Pues en vez

De casarla con ese ente

Que no puedo soportar,

Permiteme que yo arregle

Su boda con un sugeto

Que su corazón merece,

Y diez mil duros de dote

La ofrezco inmediatamente,

Sin perjuicio de asignarla

Un tanto para alfileres,

Y de nombrarla tambien

Heredera de mis bienes.

De lo contrario...

Rufo. ¿Amenazas?

Aunque tú la desheredes,

¿Qué falta le hacen tus rentas

Con un padre como este

Y un marido como aquel?

Vic. No seas terco; no te ciegue

La presuncion; no á lo cierto

Preñeres lo contingente.

¡Rufo, Rufo! Mira bien

Lo que haces. Quizá te pese

Mañana...

Rufo. ¡Eh! Deja ese tono,

Que esto no es misa de requiem.

Yo sé lo que debo hacer

Sin que tú me lo aconsejes,
Que no vengo al mundo ahora. —
Y, en fin, ¿quién es tu cliente?
Vic. Es un joven de carrera
Que ya gana en su bufete
Para vivir, y que aspira
A un buen empleo, pues tiene
Poderosos protectores.
Tierno, amable, complaciente...
Ruso. ¿Su nombre?
Vic. Honrado, juicioso...
Ruso. ¿Su nombre?
Vic. A tu casa viene...
Ruso. ¡Oh! ¿Quién es? ¿Quién?
Vic. Don Faustino
Rivera...
Ruso. ¡Cómo! Ese mueble
Sentimental, taciturno,
Espasmódico..., esa especie
De buho... ¿Será posible?...
¿Y cómo el traidor se atreve
A seducir á mi hija?
Y tú ¿por qué lo consientes?
Vic. No hay tal seducción. Jamás...
Ruso. ¿Y á mi ese yerno me ofreces?
Vic. Escucha...
Ruso. Por algo á mi
No me entraba de los dientes
Adentro.
Vic. Si le trataras...
Ruso. No hay para qué, y si me vuelve
Por aquí, yo te prometo...
Vic. ¿Qué harás? ¿Eh?
Ruso. ¿Qué haré? Ponerle
De patitas en la calle.
Vic. Eso no; que vendrá á verme
Cuando yo quiera.
Ruso. ¿Que no!
Vic. ¿Que sí!
Ruso. ¿Quién es aquí el jefe
De la familia? ¿Quién manda
En esta casa?
Vic. Quien puede.
Ruso. ¿Qué quieres decir con eso?
Vic. Que de ti solo dependen
Tu hija y tu mujer: no yo;
Que esta casa es mía. ¿Entiendes?
Ruso. Eso es en buen castellano
Decirme que soy tu huésped
Y no mas, y echarme en cara
Que no te pago alquileres.
Vic. Nunca te los he pedido.
Ruso. Te los pagaré. — Seis meses
Y ocho días...
Vic. ¡Dale, bola!
No es eso lo que me duele.
Ruso. Y me mudaré á otro cuarto
Tan luego como lo encuentre.

Vic. Como quieras. Yo no te echo.
Ruso. No importa que tú no me echas.
No quiero vivir contigo.
Vic. Mejor.
Ruso. Corriente.
Vic. Corriente.
Ruso. No hay ángeles que te aguanten.
Vic. No hay diablos que te toleren.

ESCENA VII.

DOÑA VICENTA, DON RUFO, PILAR.

Pilar. ¡Ay, papá! ¡Qué triste nueva!
(Con un impreso en la mano.)
Ruso. ¡Otra! ¿Qué nuevo entremés...?
Pilar. ¿Yo entremés? Muy al contrario.
Bien quisiera no traer
La fatal noticia...
Ruso. ¿Cuál?
Habla; dime...
Pilar. Este papel...
Ruso. ¿La Gaceta extraordinaria!
(Tomándolo.)
¿Qué ha podido acontecer...?
(Lee para sí con ansia.)
Pilar. Una completa victoria
Por las armas de Isabel.
Ruso. ¡Bravo! ¡Bien! ¡Si era forzoso...!
Veamos... Esto va bien.
Pilar. ¡Va bien! ¡Y los pobres muertos
¡Ay Dios! Cuando vea usted...
Ruso. ¿Qué gozó! No me interrumpas.
Vic. ¡Oh, santo Dios de Israel,
Y lo que puede un empleo!
Ruso. Poca la pérdida fué:
Treinta muertos, cien heridos...
Pilar. ¡Pobre tío!
Ruso. ¿Cómo!... ¿Quién...?
Pilar. Lea usted. Yo no me atrevo...
Los nombres están al pie.
Ruso. «Entre los muertos se cuenta
El teniente coronel
Don Pedro...» ¡Cielos! ¡Mi primo!
Pilar. Nunca le vi ni traté.
Mas basta ser de mi sangre...
Vic. Don Pedro... ¿Qué oigo! ¿Es aquel
Capitan de granaderos...?
Ruso. Sí, sí; don Pedro Garcés
De Marchamalo.
Vic. Muy rico;
Mayorazgo...
Ruso. Sí, mujer.—
Y era soltero... ¡infeliz!
Y no deja... ¡triste de él!

ESCENA VIII.

PILAR, DON RUFO, DOÑA VICENTA,
DOÑA EUSTOQUIA.

Padre, ni madre, ni hermanos...
Vic. Pues; y tú le heredas...
Ruso. ¡Pues!
Mira tú qué fortunon
Se entra por mis puertas: ¿eh?—
Pero su muerte me aflige,
Que, aunque no me pudo ver
Jamás, yo siempre... ¡No hay mas!
¡Murió! Aquí dice: «á los tres
Días espiró en Pamplona.» —
Vamos; al fin pudo hacer
Sus disposiciones; y esto
Al cabo consuelo es. —
¡Calla! Hoy debo tener carta
O suya ó de don Miguel
De Urrutia, mi fiel amigo.
Voy, voy al instante á ver
Si vino la mala; que estas
Noticias... Sí, son del diez
Por extraordinario. ¡Diantre!
No me es posible saber
Hasta que llegue la mala...
¡Oh! Yo nunca perderé
Mis derechos, pero... ¡Ay Dios!
¡Cómo con amarga hiel
Mezclas la humana dulzura! —
Pero al fin... ¡Cómo ha de ser!
Todos hemos de pasar
Por ese trance cruel.
Pilar. (Ahora será preciso
Mi consorcio suspender
Y este consuelo siquiera
En tanta pena tendré.)
Ruso. No te aflijas, Pilarcita:
No llores. ¿Qué se ha de hacer?
Dios le ha llamado á su gloria...
(Las haciendas de Jaen...
Casa en Cádiz y en Granada...
Viñas en Rota, en Jerez...)
Vic. ¿Ves ahora claro el motivo
De tomar tanto interés
Don Evaristo en su boda
Con Pilar?
Ruso. ¡Oyes!... Tal vez...
Vic. Pocas horas antes todo
Era obstáculos: después
Todo lo allanó. Sin duda
Acababa de leer
La Gaceta extraordinaria.
Ruso. Las mujeres siempre hacéis
Juicios temerarios. Ello,
No hace mucho que le hablé
De Pedro, que en paz descansa.
Vic. Pues ¿qué mas quieres? Ya ves
Que mi sospecha es fundada.
Ruso. Ya; pero ¡un hombre como él...!

Eust. Ahora, querido esposo,
Que ya debo suponer
Que pasado el primer trago,
¡Ay! de acibar, no de miel,
Podrás escuchar palabras
De consuelo... ¡Oh! No. ¿Por qué,
Por qué consolarte? Lloro,
Pues de la suerte el vaiven
Tal angustia te depara.
Deja que mi amor te dé
Un pésame dolorido;
Que aunque la constante ley
Del orbe... En fin, llora, Ruso;
¡Lloro! ¡Bien tienes por qué!
Ruso. ¡Lloro!... ¡Lloro!... ¡Aunque es-
tuviese
Yo bailando!... ¡Qué sandez!
¿Querrá usted, señora esposa,
Darme con esto á entender
Que porque heredo á mi primo...;
Digo, á lo menos tendré
Derecho á lo vinculado;
Su muerte me da placer?
Mis ojos están conjutos,
Mas si en ellos no se ven
Lágrimas, dentro del pecho
Las siento; ay triste! correr. —
Y en fin, si llorarle es justo,
¿Por qué no llora usted?
Eust. Yo... por no afligirte mas.
Pero ya á solas lloré.
Vic. Todavía no he perdido
(Aparte á Pilar.)
Mis esperanzas. Después
Habla...
Ruso. Pero, en fin,
No hay motivo para hacer
Pucheros. Muy al contrario;
Considerándolo bien,
Hoy es día de alborozo. ®
Sí, amadas; y os probaré
Que en vez de pésame amargo
Debeis darme el parabien. —
No por el vínculo, no,
Aunque bien lo he menester
En mis actuales apuros,
Sino por la honra y prez
Que con su muerte ha adquirido
El buen don Pedro Garcés.
¡Llorar al patriota insigne
Que cumpliendo su deber
Murió en el campo de honor

De lauro ornada su sien!
¡Llorar al bravo soldado;
Llorar al súbdito fiel
Que ha derramado su sangre
Por la patria y por la ley!
Antes su suerite envidiemos;
Antes...

Vic. Conviene saber
Que Rufo ya no es carlista,
Sino amante de Isabel.

Rufo. Sí, por Isabel Segunda
Juro morir ó vencer.

Eust. ¿Isabelino te has hecho?
Muy bien; lo apruebo; muy bien.

Pilar. ¿Qué cosas tienen los hombres!
Mi papá pensaba ayer
De otro modo.

Rufo. ¡Calle el trasto!
¿Sabe ella...?

Pilar. Yo...
Rufo. ¡Calle usted!

Vic. No vayas á figurarte
Que porque el ministro... ¿quién?...
¿El de hacienda?... le ha nombrado
Jefe de ¿qué sé yo qué...?

Rufo. Jefe de seccion.
Eust. ¿De veras?

¡Tantas dichas á la vez!...
¡Ah! Pero dime: y ahora
¿El pésame te dará,
O la enhorabuena?

Rufo. Ni uno
Ni otro.

Eust. Por no errar. Ya ves...
Rufo. Tú siempre yerras.

Eust. Deseo
Darte gusto.

Rufo. ¡Oh qué moler!
¿Quieres darme gusto?

Eust. Si.
Rufo. Pues vete de aquí.

Eust. Me iré.
Tu voluntad es la mía.

Iré á quitarme este tren
Que respirar no me deja.

¡U! Reniego del corsé.
¿Qué diabólica invencion!

Ven á desnudarme, ven,
Pilar... (Me echaré en la cama
Hasta la hora de comer.)

ESCENA IX.

DOÑA VICENTA, DON RUFO.

Vic. ¿Te vas? — Oyeme.

Rufo. ¿Qué quieres?

¿Reñiremos otra vez?

Vic. No. Supongo que esa nueva

Retardará...

Rufo. Ya, ya sé

Lo que me vas á decir.

Mas no pienso suspender

Las diligencias de boda;

Que primero que se den

Las tres amonestaciones

Pasará cerca de un mes,

Y ya entonces...

Vic. Norabuena.

No te quiero convencer

Con inútiles razones.

Rufo. Yo nunca falto á la fe

De mis palabras, y mas

En asuntos de interés.

¿Qué se diría de mi

Si porque heredo...?

Vic. Está bien.

Tampoco yo te aconsejo

Que des tu brazo á torcer.

Más si te pruebo que ese hombre

Es un embrollon; si ves

Probado hasta la evidencia

Cuanto yo te he dicho de él;

Si le oyes, en fin, tú mismo

Con impensado desden

Renunciar...

Rufo. Si tal hiciese,

Puede ser que á pantapiés...

Vic. No; no lo digo por tanto.

Rufo. Pero tal desfachatez

No es posible en un sujeto...

Vic. ¿No? Que me lleve Luzbel

Si para hartarle de injurias

Hoy mismo no te da pié.

Rufo. ¿Y podré saber el medio

De que te piensas valer...?

Vic. Nada. Hablar con él á solas

Un cuarto de hora; y que estés

Oculto sin que él lo sepa

Donde le oigas.

Rufo. De la piel

Del diablo sois las mujeres.

Presumo que alguna red

Piensas tenderle...

Vic. Algo hay de eso.

Rufo. Tú mentirás...

Vic. Mentiré

Si es preciso. Aunque me arriesgue

A hacer acaso un papel

Desairado, tengo empeño

En quitarle de una vez

La máscara. ¿Vuelves pronto?

Rufo. Sí. — Las dos menos seis...

A la una ya estoy aquí.

Vic. Entretanto irá Ginés

A llamarle...

Rufo. Es excusado.

Quéó en venir á comer.

Vic. Bueno. Si tú condesciendes,

Verás...

Rufo. ¿Hacer un pastel

Apenas nombrado jefe!

¿Qué dirá el vulgo soez?

Pero en fin, porque no digas

Que soy testarudo, haré

Lo que desees.

Vic. Conformes.

Hasta luego.

Rufo. Hasta después.

ESCENA X.

DON RUFO.

¡Mayorazgo! ¡Qué contento!

¡Jefe de seccion! ¡Qué gozo!

¡Y en un día! ¡Qué alborozo!

¡Ah! ¡Cómo en el alma siento

El liberal ardimiento...!

Corriendo, aunque eche la hiel,

Ahora voy, patriota fiel,

A alistarme en la milicia.

¡Viva la patria! ¡Oh delicia!...

¡Viva la reina Isabel!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFO, DOÑA VICENTA.

Vic. ¡Acabaras de venir!
Yo creí que hasta la noche
No volvias.

Rufo. Esperando

Ese correo del Norte

1.

Que no acaba de llegar...

Quizá por aquellos montes

La faccion le ha interceptado.

¡Si hasta que les den un golpe

Decisivo!... ¡Ah! Dame albricias.

Soy ya urbano: el uniforme

Pienso estrenar el domingo;

Si, mas que me cueste el doble. —

Acuérdame que mañana

Me he de dejar el bigote.

Vic. Sí, pero lo que urge ahora...

Rufo. ¿Qué urge? ¿Qué? Lo que urge...

Vic. Oye.

Rufo. Es consolidar las patrias

Libertades. ¡Zumbe el bronce!

¡Cruja el parche! ¡Arma, arma, guerra

Desde Irun hasta San Roque!

¡Y que viva...! Vamos, ¿qué hay?

Vic. Que esperamos á ese hombre...

Rufo. ¿A qué hombre?

Vic. A don Evaristo.

Rufo. Con que ¿te empeñas...?

Vic. Sí. Corre.

Entra en ese gabinete,

Que ya es hora...

Rufo. Al fin y al postre

Nada has de lograr...

Vic. No es fácil

Que yo mi desígnio logre

Si no haces lo que te digo.

Rufo. ¡Meterme á mí en esos trotes

De farsas y... á mi que soy

Tan franco y naturalote!

Vic. ¿Así cumples tu palabra?

Ya son las dos. Anda. Coge

El sombrero y el baston;

No los vea... Mira; ponte

Junto á la puerta y podrás

Escucharnos; mas si toses

Lo echas á perder.

Rufo. ¿Qué diablos!...

¿Será justo que me ahogue

Por tu capricho?

Vic. Ya llaman...

¿A qué esperas? ¿No te escondes?

Rufo. Sí. Voy, voy...

Vic. ¡Gracias al cielo!

(Se sienta en un sofá.)

Ya entró. ¿Qué posma es el hombre!

ESCENA II.

DOÑA VICENTA, DON EVARISTO.

Evar. Señora... Usted sola aquí...

Si la incomodo á usted...

10

De lauro ornada su sien!
¡Llorar al bravo soldado;
Llorar al súbdito fiel
Que ha derramado su sangre
Por la patria y por la ley!
Antes su suerite envidiemos;
Antes...

Vic. Conviene saber
Que Rufo ya no es carlista,
Sino amante de Isabel.

Rufo. Sí; por Isabel Segunda
Juro morir ó vencer.

Eust. ¿Isabelino te has hecho?
Muy bien; lo apruebo; muy bien.

Pilar. ¿Qué cosas tienen los hombres!
Mi papá pensaba ayer
De otro modo.

Rufo. ¡Calle el trasto!
¿Sabe ella...?

Pilar. Yo...
Rufo. ¡Calle usted!

Vic. No vayas á figurarte
Que porque el ministro... ¿quién?...
¿El de hacienda?... le ha nombrado
Jefe de ¿qué sé yo qué...?

Rufo. Jefe de seccion.
Eust. ¿De veras?

¡Tantas dichas á la vez!...

¡Ah! Pero dime: y ahora

¿El pésame te dará,
O la enhorabuena?

Rufo. Ni uno
Ni otro.

Eust. Por no errar. Ya ves...

Rufo. Tú siempre yerras.
Eust. Deseo

Darte gusto.
Rufo. ¡Oh qué moler!

¿Quieres darme gusto?
Eust. Sí.

Rufo. Pues vete de aquí.
Eust. Me iré.

Tu voluntad es la mía.

Iré á quitarme este tren
Que respirar no me deja.

¡U! Reniego del corsé.
¿Qué diabólica invencion!

Ven á desnudarme, ven,
Pilar... (Me echaré en la cama
Hasta la hora de comer.)

ESCENA IX.

DOÑA VICENTA, DON RUFO.

Vic. ¿Te vas? — Oyeme.

Rufo. ¿Qué quieres?

¿Reñiremos otra vez?

Vic. No. Supongo que esa nueva

Retardará...

Rufo. Ya, ya sé

Lo que me vas á decir.

Mas no pienso suspender

Las diligencias de boda;

Que primero que se den

Las tres amonestaciones

Pasará cerca de un mes,

Y ya entonces...

Vic. Norabuena.

No te quiero convencer

Con inútiles razones.

Rufo. Yo nunca falto á la fe

De mis palabras, y mas

En asuntos de interés.

¿Qué se diría de mi

Si porque heredo...?

Vic. Está bien.

Tampoco yo te aconsejo

Que des tu brazo á torcer.

Más si te pruebo que ese hombre

Es un embrollon; si ves

Probado hasta la evidencia

Cuanto yo te he dicho de él;

Si le oyes, en fin, tú mismo

Con impensado desden

Renunciar...

Rufo. Si tal hiciese,

Puede ser que á pantapiés...

Vic. No; no lo digo por tanto.

Rufo. Pero tal desfachatez

No es posible en un sujeto...

Vic. ¿No? Que me lleve Luzbel

Si para hartarle de injurias

Hoy mismo no te da pié.

Rufo. ¿Y podré saber el medio

De que te piensas valer...?

Vic. Nada. Hablar con él á solas

Un cuarto de hora; y que estés

Oculto sin que él lo sepa

Donde le oigas.

Rufo. De la piel

Del diablo sois las mujeres.

Presumo que alguna red

Piensas tenderle...

Vic. Algo hay de eso.

Rufo. Tú mentirás...

Vic. Mentiré

Si es preciso. Aunque me arriesgue
A hacer acaso un papel
Desairado, tengo empeño
En quitarle de una vez
La máscara. ¿Vuelves pronto?

Rufo. Sí. — Las dos menos seis...
A la una ya estoy aquí.

Vic. Entretanto irá Ginés
A llamarle...

Rufo. Es excusado.

Quédo en venir á comer.

Vic. Bueno. Si tú condesciendes,
Verás...

Rufo. ¿Hacer un pastel

Apenas nombrado jefe!

¿Qué dirá el vulgo soez?

Pero en fin, porque no digas

Que soy testarudo, haré

Lo que desees.

Vic. Conformes.

Hasta luego.

Rufo. Hasta después.

ESCENA X.

DON RUFO.

¡Mayorazgo! ¡Qué contento!

¡Jefe de seccion! ¡Qué gozo!

¡Y en un día! ¡Qué alborozo!

¡Ah! ¡Cómo en el alma siento

El liberal ardimiento...!

Corriendo, aunque eche la hiel,

Ahora voy, patriota fiel,

A alistarme en la milicia.

¡Viva la patria! ¡Oh delicia!...

¡Viva la reina Isabel!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFO, DOÑA VICENTA.

Vic. ¡Acabaras de venir!
Yo creí que hasta la noche
No volvias.

Rufo. Esperando
Ese correo del Norte

1.

Que no acaba de llegar...
Quizá por aquellos montes
La faccion le ha interceptado.
¡Si hasta que les den un golpe
Decisivo!... ¡Ah! Dame albricias.
Soy ya urbano: el uniforme
Pienso estrenar el domingo;
Sí, mas que me cueste el doble. —
Acuérdame que mañana
Me he de dejar el bigote.

Vic. Sí, pero lo que urge ahora...

Rufo. ¿Qué urge? ¿Qué? Lo que urge...

Vic. Oye.

Rufo. Es consolidar las patrias
Libertades. ¡Zumbe el bronce!

¡Cruja el parche! ¡Arma, arma, guerra

Desde Irun hasta San Roque!

¡Y que viva...! Vamos, ¿qué hay?

Vic. Que esperamos á ese hombre...

Rufo. ¿A qué hombre?

Vic. A don Evaristo.

Rufo. Con que ¿te empeñas...?

Vic. Sí. Corre.

Entra en ese gabinete,

Que ya es hora...

Rufo. Al fin y al postre

Nada has de lograr...

Vic. No es fácil

Que yo mi desígnio logre

Si no haces lo que te digo.

Rufo. ¡Meterme á mí en esos trotes

De farsas y... á mi que soy

Tan franco y naturalote!

Vic. ¿Así cumples tu palabra?

Ya son las dos. Anda. Coge

El sombrero y el baston;

No los vea... Mira; ponte

Junto á la puerta y podrás

Escucharnos; mas si toses

Lo echas á perder.

Rufo. ¿Qué diablos!...

¿Será justo que me ahogue

Por tu capricho?

Vic. Ya llaman...

¿A qué esperas? ¿No te escondes?

Rufo. Sí. Voy, voy...

Vic. ¡Gracias al cielo!

(Se sienta en un sofá.)

Ya entró. ¿Qué posma es el hombre!

ESCENA II.

DOÑA VICENTA, DON EVARISTO.

Evar. Señora... Usted sola aquí...
Si la incomodo á usted...

10

Vic. ¡Ba!
Simplezas. ¿De cuando acá
Me incomoda usted á mí?
Evar. Como esta mañana tuve
El pesar...
Vic. No hablamos de eso.
Me incomodé: lo confieso;
Mas ya se pasó la nube.
Evar. (¡Cosa extraña! Me recibe
Con una amabilidad...)
De su apreciable amistad
Yo siento que usted me priva.
Vic. No. De todo me desdigo.
Yo juzgué mal... Pero ¿qué!
¿No se sienta usted?
Evar. Si haré.
Vic. Aquí: en el sofá, conmigo.
Evar. ¡Tanta dicha...! (Estoy en babia.)
(*Se sienta.*)
Vic. Para mí es la dicha.
Evar. (¡Cielos!
Me ama, está visto: y los zelos
Causaron aquella rabia.
Pero no sea que me arme
Algun lazo...)
Vic. (Está suspenso.)
Evar. (Mientras no se explique pienso
Que no debo aventurarme.)
Vic. Rufo ha salido.
Evar. Ginés
Me lo ha dicho, amiga mía.
Vic. Dijo que no volvería
Hasta después de las tres.
Evar. Mucho es que tan tard...
Vic. Y esa
Es notable grosería
Sabiendo que usted debía
Acompañarle en la mesa.
¡Eh! No me admiro. El hallazgo
De una rica herencia...
Evar. ¿Qué...?
Vic. ¿Nada sabe usted?
Evar. No sé.
Vic. Hereda un gran mayorazgo.
Con eso está que desbarra.
Evar. ¿De veras? ¿Y qué accidente
Casual...?
Vic. Le han muerto un pariente
Los facciosos de Navarra.
Evar. (Naya en gracia: ya leyó
La extraordinaria.)
Vic. Noticia
Dichosa que con delicia
Mi buen primo recibió.
No digo yo que no sienta
De un dardo suyo la muerte;
Pero del dolor mas fuerte
Consuela una pingüe renta.

Evar. Ya; y no por eso mi boda
Dilatará...
Vic. ¡Disparate!
No hay quien de bodas le trate.
Es lo que mas le incomoda.
Su mujer por mala estrella
Quiso hablarle del asunto
Sin cuidarse del difunto,
¡Y armó una zambra con ella...!
« ¡Boda en día tan aciago!
¿Estás dada á Belebú?
Grita. ¿Y me lo dices tú
Después del acerbo trago...?
¡Y que en pecho humano quepa
Tanta crueldad! Quita allá.
¿Boda? ¡Gran Dios! ¿Qué dirá
El muerto cuando lo sepa?
Primero es cumplir el luto,
Y después... Después veremos. »
Evar. ¿Eso dijo? (¿Esas tenemos?)
Con que... ¿el funeral tributo...?
Vic. En fin, mil sandeces dijo.
Evar. ¡Oh! sí. Ya es su bobería
Proverbial.
Vic. Y yo le oía
Con singular regocijo.
Mas ¿qué mucho si halagaba
Mis ideas...?
Evar. (¡Ah! ¿Y por qué?
Vic. El por qué... yo me lo sé.
Evar. (¡Cuál me mira!)
Vic. (Este se clava.)
Usted no puede ignorar,
Y yo lo negara en vano,
Que á mi despecho la mano
Le ofrecieron de Pilar.
Y no porque usted no es
Digno de ella, y mas ahora
Que muestra por la que adora
Tan noble desinterés.
Evar. ¡Señora, por Dios...!
Vic. Con ella,
Aunque pobre, usted se casa,
Y quizá su suerte escasa
La hace para usted mas bella.
Sí; que si usted dilató
La boda contra su gusto
Fué con motivo muy justo.
Ahora lo conozco yo.
Y mi primo... ¡qué contraste!
Con la herencia tal está
Que para yerno quizá
Ni un archiduque le baste.
Pero, aquí para *inter nos*,
La chica, como es novicia,
Le hacia á usted la injusticia
De no amarle.
Evar. ¿Es cierto? ¡Oh Dios!

Si yo lo hubiera sabido...
Vic. Yo, que á fondo lo sabía,
No sin razon me oponía
Al enlace convenido. —
Y usted allá para sí
Quizá alguna vez pensó
Que le aborrecia yo.
Evar. Así, es cierto, lo creí;
Y el cielo sabe, señora,
Lo mal que usted me pagaba,
Que mi alma rendida, esclava...
Vic. Deje usted chanzas ahora.
Evar. ¿Chanzas? ¡Ah! No...
Vic. Don Faustino
Está muerto por Pilar.
Yo la queria casar
Con él...
Evar. ¿Y soy yo adivino?
Si usted como buena amiga
Hubiérame dicho: hay esto,
Yo hubiera dejado el puesto
Sin importarme una higa.
¡Por cierto, gran pesadumbre!
No era profundo mi amor,
Sino que ya..., el pundonor...
El qué dirán..., la costumbre...
¿Y quién sabe si el pesar
De no encontrar acogida
En otra alma empedernida
A quien no osé declarar...?
Pero ¿es justo que al amor
Cuidados ajenos roben
Una viuda amable, jóven,
Que es de la córte esplendor?
¿Por qué desvelarse así
Buscando á Pilar un novio?
No es mas natural, mas ovio...
Vic. Ya. ¿El buscarlo para mí?
Evar. No es menester que lo busque
Una deidad...
Vic. ¿Yo deidad?
¡Qué error!... Pero la amistad
No es mucho que á usted le ofasque
Evar. (Yo me declaro. Esto es hecho;
Que es buen negocio la viuda.)
Señora, mi lengua anuda
El volcan que arde en mi pecho;
Mas mis ojos, mi semblante
Harto anuncian...
Vic. No diré:
De ésta agua no beberé.
Puede que mas adelante...
Evar. No. Esas cosas ¡pronto, pronto!
Que el que lo piensa mejor
Mas se chasquea.
Vic. El temor
De dar con marido tonto...
Evar. Grande lástima sería;

Que usted, señora, es un lince.
Vic. Yo ya pasé de los quince.
Soy viuda, jamona, y tia.
Evar. Tia, cualquiera lo es;
Viuda, es glorioso blason;
Jamona..., ¡ponderacion!
Veintiocho años...
Vic. Treinta y tres.
Evar. No.
Vic. Si tal, don Evaristo.
Evar. Bien. Así las quiero yo.
De esa edad nos redimió
Nuestro señor Jesucristo. —
Y yo sé de un corazon
Preso en cadena amorosa
Que de esa boquita hermosa
Espera su redencion.
Vic. Yo no tengo antipatía
Al yugo del matrimonio;
Pero si hiciera el demonio
Que me arrepintiese un día...
No quiero yo para esposo
Un señorito mimado,
Elegante, almivarado,
Intercadente y dengoso.
Tambien me causara tedio
Una yerta senectud,
Sin pasiones, sin salud...
Evar. Ya. Usted quiere un... justo medio.
Un hombre de treinta y tantos..
Vic. Sí; de juicio y probidad.
Evar. Justamente esa es mi edad.
Yo cumplo por todos santos...
Vic. Que esté en el mundo bien quisto,
Que no tema á maldicientes;
Que...
Evar. Yo tengo un don de gentes...
Lo digo á fe de Evaristo.
Vic. Que ni sea una atalaya
Perpétua de su consorte,
Que eso no hay quien lo soporte,
Ni á picos pardos se vaya.
Evar. Y que no se arrogue un mando
Despótico en demasia...
Vic. Claro está.
Evar. Por vida mia
Que me está usted retratando.
Vic. Cierto: usted puede alegar
Mil prendas...
Evar. Usted no crea
Que yo...
Vic. Es lástima que sea
Tan desdeñosa Pilar.
Evar. ¡Si mi amor no la pretende!
Ya he dicho...
Vic. Mucho lo siento.
Evar. Repito que no es mi intento...
(¡Qué angustia! Se desentiende.)

Vic. Volviendo á mí...
 Evar. Si, sí : á usted.
 Vic. Ni quiero un hombre vehemente
 Ni mucho menos un ente
 Frio como esa pared.
 Que, sin que sea un Apolo,
 Ya que hemos de vivir juntos
 Sepa arreglar mis asuntos.
 Evar. Para eso me pinto solo.
 ¡Negocios! Esa es mi furia.
 Vea usted mi cartapacio;
 Pregunte usted en Palacio;
 Pregunte usted en la curia;
 Y en el gobierno civil;
 Y al ministro; y á mis socios...
 Tengo sobre cien negocios
 Y basto para otros mil.
 Vic. Yo soy libre...
 Evar. ¡Ah! ¡Peregrina!
 Vic. Sin tutores...
 Evar. ¡Adorable!
 Vic. Sin hijos...
 Evar. ¡Incomparable!
 Vic. Rica...
 Evar. ¡Celestia! ¡Divina!
 Vic. Yo de negocios no entiendo...
 Evar. Ni eso es cosa de mujeres.
 ¡Y en la edad de los placeres!
 ¡Qué dolor! Eso es horrendo...
 Vic. Luego... la maledicencia...
 Evar. ¡Pues! Rica, joven, y viuda...
 Vic. ¿Debo casarme?
 Evar. Sin duda.
 Vic. ¿De veras?
 Evar. Y con urgencia. —
 ¡Ah! Mi pecho se commueve...
 Vic. ¿Y por qué?
 Evar. Si no temiera...
 Vic. ¿A quién?
 Evar. Si yo me atreviera...
 Vic. ¿Qué hace usted que no se atreve?
 Evar. Si, aunque la suerte fatal...
 Mas... ¿no siente inclinacion
 Ese viudo corazon
 A ningun feliz mortal...?
 Vic. ¿Soy por ventura de piedra?
 Mas soy dama, y una dama
 En silencio pena y ama,
 Que austero pudor la arredra.
 Evar. ¡Ah! no mas. Ese mirar,
 Dulce, apacible, expresivo,
 Fatidico, decisivo
 Me acaba de derrotar.
 Si, sí; yo soy el que inspiro
 Tanto amor, tanto interés.
 Mirame, hermosa, á tus piés.
 Dí que me amas... ó aquí espiro.
 Vic. ¡Ah! ¡Loado sea Dios!

Silencio... Usted no repara...
 Alce usted... Si alguno entrara
 Y así nos viera á los dos...
 Evar. ¡Por Dios, por la Virgen madre
 Ameme usted!
 Vic. ¿Y Pilar?
 Evar. No la puedo atravesar.
 A ti, sola á ti...
 Vic. ¿Y su padre?
 Evar. ¿Su padre? ¿Ese mentecato?
 A tener voz el don Rufo
 Seria excelente bufo,
 Pero bufo caricato.
 A emparentar con ese hombre
 No sé qué signo funesto
 Me arrastró. Ya le detesto;
 Ya ni quiero oír su nombre.
 Vic. ¡Bien! ¡Bien!
 Evar. A fe de Evaristo
 Que no hay en la capital
 Mas ridiculo animal.
 Rufo. ¡Por vida del que ató á Cristo!
 (Desde la puerta, apareciendo de
 improviso.)

ESCENA III.

Doña VICENTA, Don RUFO, Don
 EVARISTO.

Evar. ¡Don Rufo! ¡Y me estaba oyendo!
 Rufo. Oiga usted, seó badulaque...
 Vic. ¡Mi primo! ¿Quién lo pensara?
 (A don Evaristo.)
 ¡Hemos echado un buen lance!
 Rufo. Proyectista de memoria,
 Trapalon, cajon de sastre,
 ¡Yo mentecato! ¡yo bufo!
 ¡Yo animal!... ¡Voto á mi sangre...!
 Evar. Don Rufo, lo dicho dicho.
 Siento que usted se amostae,
 Mas si no fuera curioso
 No hubiera oido...
 Rufo. ¡Faraute!
 Evar. No alborremos...
 Rufo. ¡Fantasma!
 Vic. Vamos; haya paz...
 Rufo. ¡Pedante!
 ¡Ministerial! ¡Pastelero!
 Evar. ¿Qué dice ese necio...?
 Vic. Baste...
 (No puedo tener la risa.)
 Evar. (Ese sonreir amante
 Me anima.) Señor don Rufo,
 Calle usted y no me saque
 De mis casillas. ¡Cuidado...!

ESCENA IV.

Don RUFO, Don EVARISTO.

Rufo. ¿Aun me la echa usted de jaque?
 Váyase de aquí el hambriento...
 Evar. ¡Señor don Rufo!
 Rufo. ¡A la calle!
 Evar. Usted no me puede echar
 De esta casa, y aunque rabie
 Entraré yo en ella mientras
 Otra cosa no me mande
 Esta señora, á quien rindo
 Mi pecho en digno homenaje
 De sus gracias.
 Vic. Agradezco,
 Señor mio, esa galante
 Cortesia, pero yo
 No apadrino á charlatanes.
 Evar. ¡Qué oigo! ¡Señora! ¿Es po-
 sible...?
 ¿Usted...? ¡Como...! Ese lenguaje...
 Vic. El que usted merece. ¿Cómo
 Pudo usted imaginarse
 Que yo le pudiese amar?
 Si á mi despecho un instante
 He escuchado sus simplezas,
 Mostrándole que en el arte
 De astuta coqueteria
 Cualquiera mujer es hábil,
 Ibame en ello no menos
 Que el desengaño de un padre
 Obcecado, y la ventura
 De mi sobrina; de ese ángel
 Puro, inocente, inmolado
 A torpe codicia infame.
 Nunca he gustado de farsas;
 Las odio, pero no es fácil
 Sin imitarlos quitar
 La máscara á los farsantes.
 Mi inocente estratagema
 Por dicha no ha sido en balde,
 Y usted vencer se ha dejado
 Por sus vicios dominantes,
 Avaricia y vanidad.
 Tienda usted en otra parte
 Sus redes, que aquí ya está
 Conocido; y si algo valen
 De una mujer las lecciones,
 Aun me atrevo á aconsejarle
 Que sea menos ansioso
 Y mas cauto en adelante,
 Porque las paredes oyen;
 Y honra y provecho no caben
 Dentro de un saco; y los tontos
 No sirven para intrigantes.

Evar. ¡Pérfida mujer!
 Rufo. ¡Lucido!
 Ha quedado usted, compadre!
 Evar. No es tan terrible infortunio
 El que una mujer me engañe
 Para que yo como un niño
 Me desespere y me mate;
 Que para darme el desquite
 Mujeres hay á millares.
 Y dado que á mi la mosca
 Que usted piensa me picase,
 A bien que tengo en mi mano
 El medio de consolarme
 Sin salir de aquí.
 Rufo. Pues ¿cómo?
 Evar. No hay una cosa mas fácil.
 Haciendo que usted se cuelgue
 De despecho.
 Rufo. ¡Disparate!
 Evar. Con que... ¿disparate? Allá
 Lo veredes, dijo Agrajes.
 ¿Se acuerda usted de la nueva
 Que le di dos horas hace?
 Rufo. Sí; que me habian nombrado
 Jefe de seccion.
 Evar. ¡Qué diantre!...
 No hay tal nombramiento.
 Rufo. ¡Cómo!
 Evar. Sin duda quiso mofarse
 Quien me lo dijo. Al contrario,
 Ha quedado usted cesante.
 Rufo. ¿Será cierto? ¡Yo...! ¿Qué
 prueba...?
 Evar. Yo, que hablando en buen ro-
 mance,
 Dudaba mucho que á un *ultra*
 Con tal empleo agraciasen...
 Rufo. Al grano, y nada de apodos;
 Al grano.
 Evar. Para informarme
 Acudo á la Aduana á tiempo
 Que uno de los oficiales
 Amigo mio salia,
 Y me dice : « En este instante
 Ha venido el reglamento.
 Yo asciendo, y don Juan, y Suarez...
 ¿Y don Rufo? interrumpi. —
 ¿Quién? ¿Ese viejo vinagre...? »
 Rufo. Nada de apodos he dicho,
 Y acabemos con mil pares
 De demonios.
 Evar. Pues, en suma,
 Ha pasado usted á la clase

De excedentes.

Rufo. No es posible.
No espere usted que me trague
Esa píldora. ¡Qué ruin
Venganza, qué miserable!

Evar. Quizá esté engañado yo,
Pero usted puede enterarse
Por sí mismo; que aquí traigo,
Para que tampoco falte
Este obsequio, la plantilla
Impresa en muy buen carácter
De letra. ¿Usted gusta...?

Rufo. Venga.
(Le arrebató el impreso que ha sacado del
bolsillo, y lo lee con afán.)

«Ministerio de...»

Evar. Adelante.
Rufo. ¡Santos cielos!... «Enterada
Su majestad que Dios guarde,
La reina gobernadora...»

Evar. ¡Eh! Preámbulos aparte.
Al grano.

Rufo. «El bien de los pueblos...
Em... la penuria... Em... las bases...
Em... y habiendo consultado...
Em... ministros... y el dictamen...
Em... se ha dignado...»

Evar. A la vuelta.
Para que usted no se canse
Le señalaré... Aquí está
Su nombre de usted.

Rufo. ¡Cesante!
¡Ah! reniego de mi suerte
Y del...

Evar. Eh, que usted lo pase
Muy bien, y por muchos años
La goce.

Rufo. ¡Asesino! ¡Cafre!

Evar. Será en hora buena. Abur. —
¡Ah! Si quiere usted dar parte
A sus amigos, aun puedo
Mas impresos regalarle.
Un recadito y le envío
Dos docenas de ejemplares.

ESCENA V.

Don RUFO.

¡Bribón!... Soy hielo; soy piedra.
No tengo gota de sangre
En las venas. Yo excedente!
¡Yo, que pocas horas hace
Me figuré... — ¡Si está visto!
(Paseándose como loco.)

No es posible que esto marche.
No hay justicia; no hay pilotos
Que dirijan esta nave.

La cosa no dura un mes.
España va á dar al traste.
Tendremos restauración...

*Párase de repente con muestras de
aflicción.)*

¡Pero entre tanto el que cae...!

(Vuelve á pasearse muy agitado.)

¡Sí, señor! ¡Haya reformas!

¡Vengan planes, vayan planes!...

Y ninguno da en el hito.

¡Oh! Si yo fuera... ¿Qué traes?

ESCENA VI.

Don RUFO, Doña EUSTOQUIA.

Eust. La comida...

Rufo. Hoy no se come.

Eust. Sí, querido, que ya es tarde.

Rufo. Déjame en paz, que no estoy

Ahora...

Eust. ¡Que así te afanes,

Que te alborotes así

Por cosas que nada valen!

Rufo. ¿Nada, eh? ¡Nada! ¡Voto á
bríos!...

¡Voto á bríos!...

Eust. Eh, no te enfades.

Ya sé yo que el patriotismo

Es una virtud laudable.

Rufo. ¡Patriotismo!

Eust. Y que la gala

De los súbditos leales...

Rufo. ¡Gala! Sí; ¡la Magdalena

Está para tafetanes!

Eust. Ya sé que estamos de luto.

Yo hablo de galas morales...

Rufo. ¿Moraless has dicho? ¡Infierno!

No vuelvas nunca á nombrarme

Al tal Morales. Por él,

Por sus intrigas...

Eust. ¿Qué le hace?

¿Faltan brazos á la patria?

Basta que el tuyo consagres

A defender sus sagrados

Derechos sin empeñarte

En convertir...

Rufo. ¡Voto á...! ¡Esfinge!

¿Ahora con eso me sales?

Eust. ¡Pero, hombre...! Yo... Vaya, vamos

A comer; sí, que esto es antes

Que la milicia, y la reina,

ESCENA VII.

Doña EUSTOQUIA, PILAR, Don RUFO.

Rufo. ¡Ah! Me vuelve el alma al cuerpo.)

Trae, dame esa carta... Escucha,

¿Por qué vienes tan contenta?

¿Te alegras tú por ventura

De la muerte de mi primo?

No hiciera otro tanto Judas.

Pilar. ¿Yo? ¡Jamás! Pero confieso

Que mi justa pena endulza

La idea de verme libre

De la funesta conyunda...

Rufo. Entiendo, hija mía. El tal

Don Evaristo es un púa...

Dicha ha sido conocerle

Con tiempo. Alabo la industria

De tu tía. — Ahora veamos

Lo que dicen... ¡oh amargura!

En esta carta.

(Abre la carta y lee.)

La firma

Es de don Miguel de Urrutia.

Leamos. — «Pamplona, doce...

Querido Rufo...» ¡Qué angustia!

«Querido Rufo, con harta

Aflicción tomo la pluma

Para anunciarte la muerte...»

Murió, sí; ¡murió! no hay duda.

«De mi amigo y primo tuyo

Don Pedro Garcés...» — Se nublan

Mis ojos. — «De Marchamalo...» —

¡Oh dolor! — «En la Borunda

Cayó herido de una bala

Tomando con su columna

Un puesto enemigo al grito

De viva Isabel Segunda.

Conducido en parihuelas

A esta plaza...» ¡Oh prematura

Muerte! ¡Oh pérdida cruel

Que en un piélagó me inunda

De lágrimas!... ¡Ay! Al menos

Yo te daré sepultura

Digna de tantas virtudes,

Ya que no puedo á la tumba

Arrancarte, y cada día

Un credo, una salve, y una

Ave Maria te lo juro

Rezar por tu alma difunta...

Quiero decir, por tu cuerpo,

Que en las celestes alturas

Canta ya entre ángeles tu alma:

¡Gloria al Señor! ¡Aleluya!

Prosigamos. — «A pesar

De la diligencia suma

Que en su curacion se puso,
Era tal y tan profunda
La herida, que á los tres dias
Falleció... pero con mucha
Resignacion...» Eso sí.
En medio de la trifalca
De las armas nunca Pedro
Desmereció de su alcurnia
En eso de buen cristiano,
Y hombre de costumbres puras,
Y... Prosigamos. — «Dos horas
Encerrado con el cura,
Fervoroso, arrepentido
Se confesó de sus culpas.» —
«Sus culpas! Pues ¡Si era un santo! —
«Em... confesó...; y de resultas
Del penitente colquio
Se celebró con premura
Su casamiento...» — «¿Qué es esto? —
«Con Hermenegilda Orduña...» —
«Dios del cielo! ¿Esloy soñando? —
«Antigua criada suya,
De la cual tuvo seis hijos...» —
«Esto mas? ¡Mujer injusta!...
«Que reconoció don Pedro
In articulo...» — «¿Qué furia! —
«Mortis...» — «Oh maldad! ¡Oh infamia!
¿Y aquella sangre circula
Por mis venas? ¡Mal pariente!
¡Mal hombre! ¡Traidor! ¡Enjundia
De hiena! ¡Casarse á posta
Y así... con cualquier piruja
Por desheredarme! Y, digo,
¡Cómo fué poco fecunda
La dichosa Hermenegilda!

(*Sigue leyendo para sí.*)

Eust. Por cierto que es cosa dura;
Pero al cabo esta mañana
Tú no esperabas ninguna
Herencia ni de tal hombre
Te acordabas. Da por nula
Tu breve esperanza, y Cristo
Con todos.

Rufo. ¡Negra fortuna!
¿No te hartas de perseguirme?
Ni siquiera una tahulla
De tierra, ni un solo harapo
Me deja. ¡Oh! ¡Dios le confunda!

Pilar. ¡Padre!

Eust. Calla.

(*A Pilar en voz baja.*)

Rufo. ¡Hereje! ¡Ateo!

Pilar. ¡Padre, por Dios!... ¿Usted insulta
Sus cenizas? ¿No mandaba
La religion por ventura
Que reconociese...?

Rufo. No;

Que los hombres de mi cuna
De semejantes pecados
Con pan bendito se curan.
Bastaba que señalase
A aquella tarasca inmunda
Una pequeña pension,
Y los chicos... á la inclusa.

Pilar. Pero...

Rufo. Calla. Estoy bramando;
Estoy que... ¡Calla tú bruja!

Eust. ¡Si no he chistado siquiera!

Rufo. Todos contra mi conjuran.

¿Ni rabiár podré en mi casa?

¿Tendré yo queirme á una gruta?

Pilar. Pero así ¿qué logra usted

Sino hacer su desventura

Mayor...?

Rufo. ¡Dale! ¡Si no quiero

Reflexiones ni preguntas!

Eust. ¿Adónde vas?

Rufo. Al abismo,

Donde no os vea ni os sufra.

ESCENA VIII.

DOÑA EUSTOQUIA, PILAR.

Pilar. ¡Ah! Sigámosle, no sea,
Mamá, que haga una locura.

Eust. No. Guárdate de seguirle,

Que es un crimen sin disculpa

Contrariar la voluntad

De los padres. Tu impertuna

Solicitud ¿qué alcanzara

Sino hacer mayor su angustia,

Su despecho? Yo que le amo

Con la mas cordial ternura,

A solas con su dolor

Le dejo, pues de eso gusta.

Ea, vamos á comer.

Ya que Dios nos atribula

Con tantas penas, conviene

Para sostener la lucha

Fortalecernos.

Eust. ¡Comer,

Señora, cuando está una

Viendo á su padre...!

Eust. ¿Qué! no.

Se le pasará la murria.

¿Vienes?

Pilar. No; no tengo gana.

Coma usted.

Eust. ¿Qué criatura!

Si te pones mala, luego

No me echas á mi la culpa.

ESCENA IX.

PILAR.

Pero, Dios mio, mi padre
¿Por qué ha de irritarse así?
¿No son primero los hijos
Que los primos? Y si al fin,
Gracias á Dios, no nos falta
Para un descente vivir,
¿Qué motivo...?

ESCENA X.

PILAR, DOÑA VICENTA.

Vic. Pillarcita,
Me alegre de verte aquí.
Pilar. ¿Y papá? ¿No sabe usted...?

Vic. Me lo acaba de decir,

Y yo he logrado calmarle,

Que hace gran caso de mí

Aunque antes me aborrecia,

Gracias al dichoso ardid...
Ahora aprovechar debemos

Coyuntura tan feliz.

El obstáculo mas grande

Se venció. Ya el galopin

De don Evaristo huyó

Para siempre; y pues á tí

No te disgusta el amable

Don Faustino, que en la lid

Queda vencedor...

Pilar. Yo... tia...

Vic. Te pones como un carmin:

Buena señal.

Pilar. Pero... Yo...

Vic. Ya le he mandado venir.

Pilar. ¡Jesus, tia!

Vic. Es necesario

Que os expliqueis.

Pilar. Pero si...

Vic. Ya va á llegar.

Pilar. Otra vez...

Vic. Hoy; ahora; ¡Qué pueril

Cortedad!

Pilar. Pero ¿qué prisa

Tenemos?

Vic. Ya siento abrir.

Pilar. ¡Oh Dios!

Vic. Ya escucho su voz.

¡Buen ánimo! — Ya está aquí.

ESCENA XI.

DOÑA VICENTA, PILAR, DON FAUSTINO.

Vic. Ea, ya llegó el momento,
Amoroso paladin.

Ya os da vuestra dama audiencia.

Pedid el ansiado sí.

Solos os deajo. — Cuidado

Con traspasar el confin

De lo licito y honesto;

Que estaré observando allí.

Sed vos casta Melisendra;

Vos, rendido Belianis.

Cuidado con algun lance

Romántico á lo *Antoni*;

Y adios, que el tiempo se pasa

Y el drama toca á su fin.

ESCENA XII.

PILAR, DON FAUSTINO.

Faust. Sol de mi corazon, ángel de amo-
res,

¿Podré esperar que con afable rostro

Oigas la voz del que rendido y ciego

Adora tus encantos? Uno solo

Plácido acento de tu dulce boca

Puede elevarme de la gloria al colmo,

O allá en los antros del dolor eternos

Abismarme cruel. Si; que no ponga

Solo en tus manos la precaria dicha

Que el hombre anhela en el terrestre globo.

Tú eres el astro ya que mi alma ardiente

Ha de ensalzar hasta el celeste solio,

O por siglos de siglos sin clemencia

A las garras lanzarme del demonio.

Pilar. ¡Ah! Me hace usted temblar.

Vic. Criatura frágil,

No de las almas árbitro dispongo;

Mas si Dios infinito, omnipotente,

De oír se digna mis humildes votos,

Lejos de ir al infierno, don Faustino,

Ni siquiera irá usted al purgatorio.

Faust. ¡Oh paloma torcaz sin hiel nacida!

Yo no merezo de tu planta el polvo

Reverente besar. ¡Qué! ¿no rehusas

Servirme en este mundo transitorio

De norte y de fanal? ¡Dios te lo premie!

Ya este pobre bajel que se iba á fondo

Puede, surcando el proceloso piélago,

De los vientos triunfar y los escollos.

Tu amor, virgen de paz...

Pilar. No he dicho tanto,

Faust. ¿No me amas? ¡Oh dolor! ¡Oh acerbo tósigo!
¡Oh!... ¿Sabes tú, infeliz, que esas palabras Despedazan mi semo congojoso Y que con ellas la execrable sima Me abres del crimen...?

Pilar. ¡Yo! Si está usted loco, Digámelo por Dios, que tiemblo toda.

Faust. ¡Sí; tiemblo! Si frenético me ar-

rojo
A la depravacion, tú, desgraciada, Mi cómplice serás. Tú entre sollozos Te acusarás del infortunio mio Si impenitente un día sobre el lomo Grosero y raín de asnal cabalgadura Y cñiendo la túnica y el gorro, Preseas del iadron y el homicida, Me llevan al patibulo afrentoso.

Pilar. ¡Ah, no! ¡Pobre de mí!... Yo á nadie impido

Que sea hombre de bien. Pero ¡qué modo De amar, ¡Dios mio! Si el amor es ese Yo no amaré jamás.

Faust. Luz de mis ojos, Perdona. No el horror patibulario, No fantasmas y espectros terrorosos Pretendo yo cual grata perspectiva Ofrecerte feroz. No soy un monstruo Perseguidor de la inocencia pura; Que antes mi corazon la erige tronos. Mas este corazon es aseua ardiendo.

¿Lo oyes, Pilar? Y entre el amor y el odio, Y entre el delito y la virtud no hay valla; Ya no la hay para mí. ¿Quieres, oh hermoso Querube encantador, que hasta la tumba Norma yo sea al universo absorto De cándida virtud? ¡Pilar! sé mia; Di que me amas, y feliz consorcio Confunda para siempre nuestras almas. Yo te lo ruego y á tus piés me postro.

Pilar. ¡Ay! ¡Un hombre á mis piés! ¿Qué haré?

Faust. Responde.

Pilar. Alce usted...

Faust. No. Yo espero...

Pilar. Me sofoco.

Faust. Mi sentencia. ¡Pilar!

Pilar. (Por fin, ahora)

Ya no me asusta tanto. — ¡Y es buen mozo!

Faust. ¡Callas! — ¡Ah! ¿Qué me anuncia ese silencio?

¿Qué me anuncia tu púdico sonrojo Y esa de puro amor blanda sonrisa?

¡Rosa de Jericó! no mi alborozo

Sea falaz. ¡Un sí! Dilo; no tardes,

Y tu esclavo seré; no ya tu esposo.

Por esta mano...

Pilar. ¡Oh! No...

Faust. Que amante beso...

Pilar. (¡Y tia Vicenta que nos deja solos!)

Faust. Por ese blando talle que parece

Fantástica vision de caledonio

Bardo, ó sueño fugaz de peregrino

Trovador provenzal, ¡un sí! Lo imploro

Con lágrimas de fiebre y de ternura.

¡Un sí, Pilar; un sí!

Pilar. Ya, ya lo oigo.

Faust. ¡Son dos letras, Pilar!

Pilar. Si; son dos letras

Que significan mucho; y no es negocio

Tan llano el pronunciarlas; Fuerte empeño

De atosigarme así! Y casi lloro

De rabia y... ¡Suelte usted!

Faust. Próspero llanto

Precursor de mi dicha, llanto pródigo,

Yo te bendigo!

Pilar. Pero si...

Faust. ¿Qué escucho!

¿Quién mas que yo en el mundo venturoso?

Ya el sí de bendicion has pronunciado;

¡El fiat de mi gloria!

Pilar. Poco á poco.

Yo...

Faust. ¿Quién no ha de envidiarme...?

ESCENA XIII.

Doña VICENTA, PILAR, Don FAUSTINO.

Vic. ¡Bravo! ¡Albricias!

Bien lo decia yo. Como unos tontos

Se querian los dos.

Pilar. ¡Olga usted! Sepa...

Vic. Vaya; ¿á qué viene ahora ese bo-

chorno?

¿Es delito el amar?

Pilar. (Me desespero.)

Oigame usted. No es eso; es que...

Vic. Respondo

De rufo. Ven, Pilar. Con dos palabras

Que yo le diga... Vamos. — ¡Oh! ya es otro.

Pilar. ¡Ah! pero...

Vic. Ven y calla. Don Faustino,

Aquí le dejo á usted. Volvemos pronto.

(Se la lleva de la mano corriendo.)

ESCENA XIV.

Don FAUSTINO.

¡Ah! ¡Siento en el alma un júbilo!...
Así... ¡un deleite pacífico...!

Como cuando á tierra el náufrago Salta desde airado mar.

Ya no hay á mi dicha obstáculos

Desde que un sí tan explícito

Pronunció el labio pulquérrimo

De mi adorada Pilar. —

Pero yo, que soy un fósforo,

¿Cómo ahora estoy tan lánguido?

¿Será que me torná estúpido

El exceso del placer?

¿O será que á mi alma indómata

Sobrecoge un terror pánico

Pensando en el yugo próximo...?

Pues todo pudiera ser.

Todo lo que no es fantástico

Me parece á mí ridículo.

¡El matrimonio es tan clásico...!

Yo siempre lo aborreci.

Esa Pilar es lindísima:

Yo la quiero como un árabe;

Pero conyugales vínculos...

Vamos; no son para mí.

¿Y qué dirán los románticos?

Dirán que soy un estólido,

Un pobre hombre...; Ah! De sus sátiras

Libreme el Señor, amen.

ESCENA XV.

Don FAUSTINO, Doña EUSTOQUIA.

Eust. Señor don Faustino...

Faust. ¡Oh célebre

Doña Eustoquia!

Eust. Un viejo rústico

Que habla con tono muy áspero...

Portero es sin duda.

Faust. ¿Y bien?

Eust. Me ha dado con mil preámbulos

Esta carta, y yo solicita

La traigo...

Faust. Estimando.

(Tomándola y abriéndola.)

¡Cáspita!

De mi tío el general.

Leamos... (La lee para sí.)

Eust. (Será algun recipe

De su tío; que es tan rígido...

Todo cuanto hacen los jóvenes

Parece á los viejes mal.)

Faust. ¡Qué fortuna!

Eust. (Erré mi cálculo.

Alguna noticia próspera

Trae la carta.) Si me es licito

Preguntar...

Faust. ¿Y por qué no?

Ami tío, hombre de mérito,
Da el gobierno para Nápoles
Una mision diplomática,
Y el secretario soy yo.

Eust. El viaje...

Faust. Muy pronto: el sábado.

¡Oh placer! ¡Oh gozo súbito!

¡Cómo rabiarán mis émulo!

¡Qué carrera voy á hacer!

Yo, que siempre amé frenético

La gloria, con este estímulo

Pronto llegaré al pináculo...

¿Quién me lo dijera ayer?

Allí el Vesubio, y los Príncipes...

¡Ah! Me voy como un relámpago,

Que mi tío espera. — Estoy...

Eust. ¿Es puñalada de picaro?

¡Marcharse así como un prófugo

Sin despedirse...! ¿En qué cátedra...?

Faust. Hay mil cosas que hacer hoy.

Eust. ¡Qué! ¿Ni á Pilar, que es el idolo

De esa alma...?

Faust. Si... somos víctimas...

Eust. No tal.

Faust. ¡Un muro sin límites

Se levanta entre los dos!

Eust. Nada de eso. En arreglándose

La boda... Ahora mismo...

Faust. ¡Ay misero!

Eust. Mi prima está haciendo el último

Esfuerzo... ¡El último adiós!

Faust. (Queriendo irse.)

¡Ah! no seré yo tan bárbaro.

Eust. No se irá usted... (Deteniéndole.)

Faust. (¡Vieja incómoda!)

Eust. ¿Quién sino un ingrato, un pérfido

Abandona así...?

Faust. No á fe.

Eust. ¡Ah! Ya vienen.

Faust. (¡Voto al chapiro...)

Válgame aquí la farándula.

Mucho hablar; tono muy trágico,

Y del apuro saldré.)

ESCENA XVI.

Doña EUSTOQUIA, Doña VICENTA, Don FAUSTINO, PILAR, Don RUFO.

Eust. ¿No sabeis...?

Rufo. Al fin...

Vic. ¡Albricias!

Pilar. (¡Sin dejarme hablar!)

Faust. Nada me digan ustedes.
Sé que he nacido infelice.
Sé que no merezco...
Vic. Sí.
Ya mi primo...
Faust. Eso me affige
Mas que todo. Conocer
Que tengo una alma sensible,
Y negarme...
Rufo. Nadie niega...
Faust. Sin Pilar ¿de qué me sirven
Todos los bienes del mundo?
Eust. Su tio...
Vic. Oiga usted...
Rufo. ¿Qué dice
Ese hombre?
Eust. Su tio...
Faust. Fuerza
Será que yo me resigno
Con mi desgracia.
Eust. Su tio...
Faust. Otro...
Eust. ¿No queréis oirme?
Mejor.
(Se sienta á un lado.)
Faust. Será mas feliz.
Ya que á mi se me despide...
Vic. No, señor. ¿Qué hombre!
Faust. Pero otro
Que la ame cuál yo, imposible.
Vic. Si oyera usted...
Rufo. Pero este hombre...
¿Está loco?
Pilar. Bien lo dije.
Faust. Sé que usted se ha interesado
Por mí, lo sé, y este insigne
Beneficio no haya miedo
Que mi corazon lo olvide,
Vicentita; mas don Rufo,
Que tiene entrañas de tigre...
Rufo. ¡Bueno es eso! Cuando vengo...
Faust. Si; á dorar con apacibles
Palabras... ¡Hé aquí los hombres!
Nada importa que asesinen
Como luego con dulzura
A su victima acaricien.
Rufo. ¿Qué victima? Sepa usted...
Vic. No somos aquí caribes.
Al contrario...
Faust. ¡Ay! Este golpe
Cruel, atroz, insufrible...
Vic. ¡Don Faustino, ó don demonio!
Faust. ¡Pues! ¿Tambien usted me riñe?
Ya no faltaba otra cosa. —
¿Qué veo? ¡Y Pilar se rie!
¡Maldicion!
Vic. De rabia sudo.

¡Ay triste!

Faust. ¡Maldicion!
Rufo. ¿No hay quien le tire
Por una ventana?
Faust. ¡Adiós!
Yo me voy á los confines
De la tierra á descargar,
Allá entre Escila y Caribdis,
El peso de mi existencia.
Vic. ¿Dónde va usted...?
Faust. Tierna virgen,
Te perdono. ¡Adiós!
Rufo. ¡Por vida...!
Vic. Oiga usted...
Rufo. Déjale irse.
Faust. Cumplióse mi atroz destino.
¡Adiós! ¡Adiós! ¡Maldecidme!

ESCENA XVII.

Doña EUSTOQUIA, Don RUFO, Doña
VICENTA, PILAR.

Rufo. ¡Oh! Eso sí. Yo te maldigo
Con todo mi corazon.
Mil diablos carguen contigo. —
No sé como no le sigo
Y le doy un coscorrón.
Pilar. El cielo vuelve por mí.
¿Con quién me iba yo á casar!
Vic. Pero ¡alborotarse así...!
¿Qué dices de esto, Pilar?
¿Se ha visto igual frenesi?
Rufo. ¿Y ese es el tierno mancebo
Por quien abogabas tú?
Vic. Me coge eso tan de nuevo
Que aun á creer no me atrevo...
Eust. ¡Si tú no entendies la Q!
(Levantándose.)

Nada teneis que admirar.
Es un farsante embustero.
Yo le iba á desmascarar
Y á desengañaros, pero...
¡Nadie me quiso escuchar!
Rufo. ¡Y ahora con esa cachaza
Sales...! ¡Mal haya tu raza!
Eust. ¡Si por mas que alzaba el grito...!
¿Acaso á nadie el maldito
Ha dejado meter baza?
¿Sabeis quién saca de tino
A mi señor don Faustino,
Y quién triunfa de su llama,
Y quién...?
Vic. ¿Acaso otra dama?
¿Es posible...?
Eust. No. Un destino,
Vic. ¿De veras?

Eust. El caso es serio.
No me burlo.
Rufo. ¿Qué trastada!
Eust. Le ha nombrado el ministerio
Secretario de embajada.
Ahi teneis todo el misterio.
Vic. ¿Qué infamia! ¿Qué viltania!
¡Y yo necia, le creia
Sensible, franco, sincero!
Pilar. ¡Y lloraba el trapacero!
Si acierto á quererte... ¡ay, tia!
Vic. ¿Quién al verle tan amante;
Retratado en su semblante
Dijera que es un farsante?
¡Ah! Reniego del mejor.
Rufo. Poco has dicho. Es un perjurio.
Eust. Cierto.
Rufo. Un malvado.
Eust. Seguro.
Rufo. Un seductor.
Eust. Es verdad.
Rufo. Un monstruo de iniquidad.
Yo lo afirmo.
Eust. Yo lo juro.
Rufo. En fin un hombre del dia.
Eust. Pues.
Rufo. Filósofo á la moda.
Eust. Sí.
Rufo. Engañarnos pretendia
Con achaque de la boda
Y...
Eust. Si; eso es lo que queria.
Rufo. ¿Eh? ¿Qué queria?
Eust. ¡Bobada!
Lo que tú ibas á decir.
Rufo. ¡Pero si no he dicho nada!
Eust. Es natural presumir...
Rufo. Esa presuncion me enfada.
Eust. Perdóname si prevengo
Tus ideas y me atengo...
Rufo. ¡Eso es! Voto de reata.
Tanta sumision me mata.
Eust. Tienes razon.
Rufo. No la tengo.
Eust. Así será.
Rufo. No es así.
Eust. ¿Qué diré, triste de mí?
Callaré pues.
Rufo. ¿Por qué callas?
Eust. ¡Si no gusto de batallas!
Pilar. ¡Padre...!
Rufo. ¡Quitate de ahí!
Eso no es persona humana.

¿Posible es, suerte tirana,
Que ni el gusto he de tener
De reñir con mi mujer
Cuando me diere la gana?
¡Sempiterno sinapismo!
¡Censo atroz! Un solecismo
Ha sido nuestro consorcio. —
Voy á entablar ahora mismo
La demanda de divorcio.

ESCENA XVIII.

Doña VICENTA, Doña EUSTOQUIA,
PILAR.

Eust. (La llamada por respuesta.
Yo primero, y siempre yo.)
Voy...
Vic. Sabes que le molesta
Tu presencia, y vas...
Eust. ¿Qué! No.
¡Si voy á dormir la siesta!

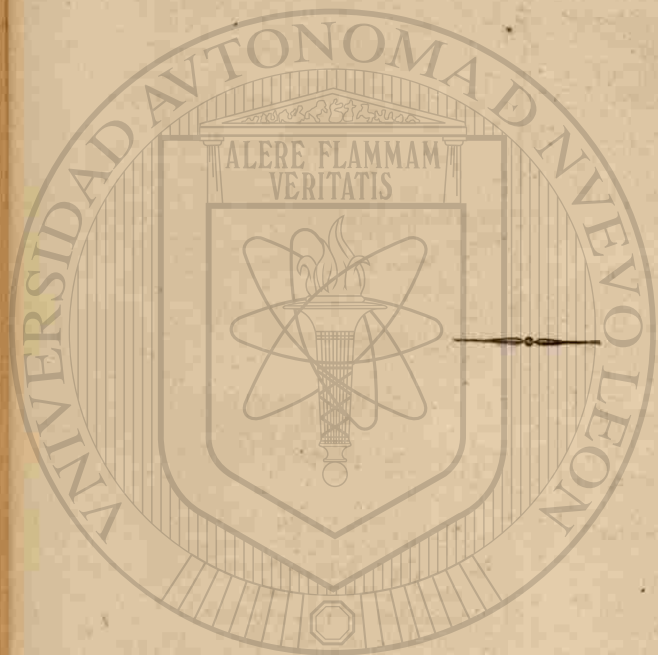
ESCENA ULTIMA.

Doña VICENTA, PILAR.

Pilar. ¿Qué dia, buen Dios, qué dia!
Vic. Eh, luego entrará la calma.
De ese ingrato la falsia
Es lo que me llega al alma.
Pilar. ¡Si yo no le amaba, tia!
Celebro de ambos señores
Verme libre. Sus amores
Me daban miedo cervical.
Vic. ¡Ay, Pilar! No te enamores.
Pilar. Si acaso..., del oficial...
Vic. ¿Del oficial?... ¡Inocente!
Ni se acordará de ti.
Pilar. No. Aquel suspiro elocuente...
Vic. Puede que te quiera, sí...
Hasta salir de teniente.
Mas todo teniente espera
La segunda charretera;
Y quizá si se la dan
Piensa ya de otra manera.
Ya ves, ¡todo un capitán!...
¡Dichosa tú que en tu daño,
Pilar, aun no has aprendido
Que el interés y el engaño
Tienen al mundo perdido
Lo mismo ogaño que antaño.
Ninguno es lo que aparenta.
Yo misma, á fe de Vicenta,

La virtud nuestro ensalzar,
Y menos que ella me alienta
El flojo de murmurar.
Sociedad, ¿quién no es actor
En tu voluble teatro?
Y detrás de un bastidor
Desempeñan mas de cuatro
La plaza de apuntador.
Y con tanto y tanto afán

Telones vienen y van,
Que acaso el que hoy es comparsa
Hará mañana en la farsa
Papel de primer galán.
Mi talento no es profundo,
Pero en la verdad me fundo
De que al cielo hago testigo,
Pilar mía, cuando digo
Todo es farsa en este mundo.



ME VOY DE MADRID,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1835.

PERSONAS.

TOMASA.
MANUELA.
AMPARO.
DON JOAQUIN.

DON HIPOLITO.
DON FRUCTUOSO.
DON SERAPIO.
LUCAS.

La escena es en Madrid : el acto primero en casa de don Fructuoso, el segundo en el jardín de la de don Hipólito, y el tercero en la de don Joaquín.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MANUELA, DON FRUCTUOSO.

Fruct. Excusado es que lo niegues.
Esa amistad va tomando
Un carácter que me inquieta.

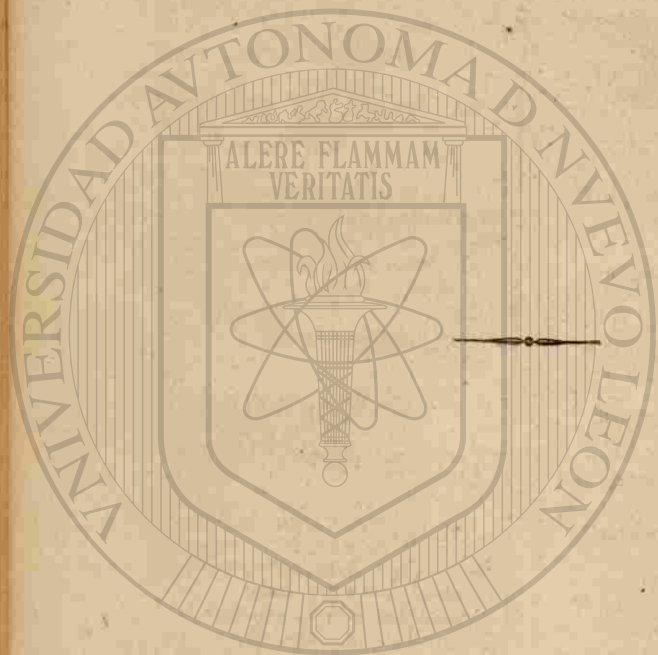
Man. ¿Qué quieres, Fructuoso? El trato
Engendra cariño.

Fruct. Pero...
Man. Yo no soy de cal y canto.
Tú sabías que me amaba
Don Joaquín; y sin embargo
En tu casa le recibes
Como amigo, como hermano;
Consientes que á todas horas
Nos visite; y como al cabo
No tiene pelo de tonto,

Ni es mudo, ni es feo... Vamos;
Si al fin me prendara de él,
¿Deberías extrañarlo?
Fruct. Manuela, yo le detesto.
Si le hago mil agasajos
Es porque temo á su lengua
Y á su pluma : yo soy franco.
Me haría muy poca gracia
Que á sátiras y á sarcasmos
Me derribase del puesto
Que me cuesta afanes tantos
Conservar : sí; que esos zollos,
Peste del género humano,
Tal vez con su envidia mueren
Sin salir nunca del fango,
Mas desgraciado de aquel
Que sirve de triste blanco
A sus epigramas. De ellos
No esperes, ni por acaso,
Ningun bien : son sabandijas
Que nacen para hacer daño.
Ya un día le faltó poco
Para sacarme los trapos
A la colada. — Hoy..., ya ves...,

La virtud nuestro ensalzar,
Y menos que ella me alienta
El flojo de murmurar.
Sociedad, ¿quién no es actor
En tu voluble teatro?
Y detrás de un bastidor
Desempeñan mas de cuatro
La plaza de apuntador.
Y con tanto y tanto afán

Telones vienen y van,
Que acaso el que hoy es comparsa
Hará mañana en la farsa
Papel de primer galán.
Mi talento no es profundo,
Pero en la verdad me fundo
De que al cielo hago testigo,
Pilar mía, cuando digo
Todo es farsa en este mundo.



ME VOY DE MADRID,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1835.

PERSONAS.

TOMASA.
MANUELA.
AMPARO.
DON JOAQUIN.

DON HIPOLITO.
DON FRUCTUOSO.
DON SERAPIO.
LUCAS.

La escena es en Madrid : el acto primero en casa de don Fructuoso, el segundo en el jardín de la de don Hipólito, y el tercero en la de don Joaquín.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MANUELA, DON FRUCTUOSO.

Fruct. Excusado es que lo niegues.
Esa amistad va tomando
Un carácter que me inquieta.

Man. ¿Qué quieres, Fructuoso? El trato
Engendra cariño.

Fruct. Pero...
Man. Yo no soy de cal y canto.
Tú sabías que me amaba
Don Joaquín; y sin embargo
En tu casa le recibes
Como amigo, como hermano;
Consientes que á todas horas
Nos visite; y como al cabo
No tiene pelo de tonto,

Ni es mudo, ni es feo... Vamos;
Si al fin me prendara de él,
¿Deberías extrañarlo?
Fruct. Manuela, yo le detesto.
Si le hago mil agasajos
Es porque temo á su lengua
Y á su pluma : yo soy franco.
Me haría muy poca gracia
Que á sátiras y á sarcasmos
Me derribase del puesto
Que me cuesta afanes tantos
Conservar : sí; que esos zollos,
Peste del género humano,
Tal vez con su envidia mueren
Sin salir nunca del fango,
Mas desgraciado de aquel
Que sirve de triste blanco
A sus epigramas. De ellos
No esperes, ni por acaso,
Ningun bien : son sabandijas
Que nacen para hacer daño.
Ya un día le faltó poco
Para sacarme los trapos
A la colada. — Hoy..., ya ves...,

A nadie le falta un flaco
Donde le hieran. No muestra
Dos días el calendario
Político un mismo tiempo.
No tengo mas mayorazgo
Que mi empleo, aunque á Dios gracias,
Covachuelista... esto es algo;
Y no es cosa de perderlo
Por echarla de espartano.
Mi sistema es estar bien
Con todos. Hoy me deshago
En alabanzas y encomios
Del gorro republicano,
Y mañana el justo medio
Con igual fervor aplaudo.

Man. Como ensalzabas un día
El despotismo ilustrado.

Fruct. Y antes al rey absoluto.

Man. ¡Hombre versátil!

Fruct. Yo me hallo

Bien con cualquiera que mande
Mientras cobro del erario;
Y esto no es ser pastelero
Como dice el vulgo vano;
Sino que tengo un carácter
Tan complaciente, tan blando...
El que me haga mal á mi
Tendrá el alma de guijarro.

Man. (Complaciente para todos,
Menos para mí. Yo pago
Por todos.)

Fruct. ¿Qué estás diciendo
Entre dientes? Murmurando
Tal vez....

Man. Digo que no es justo
Desairar á ese muchacho.
¡Me ama tanto, y es su amor
Tan romántico...!

Fruct. ¿Apostamos
A que ya el romanticismo
Te ha trastornado los cascos?

Man. Si, que yo estoy por las grandes
Pasiones y por los raptos...

Fruct. ¿Por los raptos? ¿Cómo...!

Man. Sí;
De imaginación. Yo marchó
Con el siglo; yo no gusto
De rutinas, ni me adapto
A sentimientos vulgares,
Metódicos, sedentarios.

Tiende á dilatarse el alma
Por el anchuroso espacio
De la creación y la...

Si; lo demás es un caos;
Es..., no sé..., la inanición...,
La raquitis..., el marasmo...

Y en fin, el romanticismo,
Aunque yo no sé explicarlo,

Es de moda, y esto basta
Para que sea el encanto
De las mujeres. Ya ves
Que con franqueza yo te hablo
Tambien.

Fruct. Pues yo te prohibo
Romantiquizarte; ¿estamos?
Que á gobernarme la casa
No te han de enseñar lord Byron (1)

Ni Victor Hugo. ¡Me vienes
A mí, que soy empleado,
Con romances! ¡A quien vive
Entre expedientes, y extractos,
Y plantillas é instrucciones;

A un ente reglamentario,
Digámoslo así, sacarle
De sus casillas!

Man. No trato
De seducirte. Si quieres
Seguir la pauta de Horacio...

Fruct. Ni entiendes de Horacio tú,
Ni su nombre viene al caso.

Allá se van los poetas
De entonces y los de ogaño.

No gusto de ellos; que viven
En mundos imaginarios,
Y yo soy muy positivo.

Man. Eso es verdad. Sin embargo...

Fruct. No hay sin embargo. El gobierno
De una casa ó de un Estado

No es un poema. Y en fin,
Deja allá á los literatos
Esas cuestiones, y vive
Y piensa como tu hermano...;
Y hasta.

Man. Pero ¿por qué?

Fruct. ¿Por qué? Porque yo lo mando.

Man. (¡Oh fraternal tiranía!)

Fruct. ¡No ha perdido su trabajo
El tal don Joaquín! ¿Qué mucho?

Te habrá pintado con rasgos
Elocuentes, seductores,

La energía, el entusiasmo,
El delirio de un amor
Indómito, estafalario...

¿Qué sé yo?; y ciega, perdida
Estás ya por ese trasto.

Man. Me ha hablado... como hablan
siempre

Los que están enamorados.
Todos somos, ellos y ellas,
Románticos cuando amamos.

Si he de decir la verdad
Aun no sé yo si le amo;
Mas sírvate de gobierno

(1) Pronúnciese Báiren.

Y altar y trono; y aquello
De en nombre del rey lo mando :
Obedezca y represente;
Y el sencillo formulario
De archívese; no ha lugar;
Acuda... á Poncio Pilato.

(Suena una campanilla.)

Entonces podía un hombre
Servir... y mandar... ¿Llamaron?

ESCENA III.

Don FRUCTUOSO, Don JOAQUÍN.

Joaq. Buenos días, don Fructuoso.
Fruct. Muy felices, don Joaquín.

Viene usted hecho un figurín.

Joaq. No. Es usted muy bondadoso.

Fruct. ¿Qué hay de nuevo?

Joaq. El mercader

Retorta ha quebrado...; pero

No se trata de dinero;

Es quiebra con su mujer. —

Y la consorte, que es bella

Y se queja con razon,

Ha pedido intervencion...

Yo sé quién se encarga de ella. —

Tambien á llamar me atrevo

Novedad fresca ese drama

Que á don Luis da tanta fama.

El dice bien : aquí es nuevo.

A Francia afirma Garcés

Que lo robó, y de tal modo

Que por ser ladrón en todo

Se lo ha dejado en francés.

¿Qué importa? No me sorprende

Un hurtillo literario

Donde hay quien roba el erario

Y por santo se nos vende. —

Nuevo es tambien, lo sé yo,

De doña Teodora el talle,

Tanto que ayer en la calle

De Carretas lo compró. —

Y en toda mi vecindad

Hace un mes que á nadie mata

El doctor don Juan Morata.

Esta sí que es novedad.

Pero me ha dicho esa dama

Que trata con don Beltran :

« Si á nadie mata don Juan... »

Es porque nadie le llama. »

Fruct. Siempre punzante y maligno,

Mas con gracia peregrina.

Joaq. ¿Qué he de hacer? A esto me in-

clina.

Que de alabanzas y halagos
Ninguna mujer se enoja;

Que mi amante es porfiado,

Y por fin, que yo soy viuda

Y tengo veinte y dos años.

Fruct. Pues sírvate de gobierno

Que, aunque me llames avaro,

Lo que es dote, no lo esperes.

Que si te llevas petardo;

Ora se case contigo,

Ora te niegue su mano,

Que tal vez á un mismo punto

Van dos caminos contrarios,

Allá te lo llorarás,

Porque yo no enjugo llantos

De nadie; que don Joaquín,

Si en un repentino cambio

Puede medrar, está expuesto

A que se le lleve el diablo

Segun cómo el cambio sea,

Y... he dicho. Este es mi *ultimatum*.

Ahora vete á tus quehaceres,

Que ya se te fué charlando

Media mañana.

Man. (Dios quiera

(Yéndose.)

Librarme de este tirano.

No sé qué va á ser de mí

Si al momento no me caso.)

ESCENA II.

Don FRUCTUOSO.

Amores, modas... Hé aqui
De una mujer los cuidados.

Si ella tuviera los míos...

No digo los de mi cargo,

Que quien tiene subalternos

De los negocios mas arduos

Sale airoso, y gana honra

Y provecho sin trabajo.

Pero navegar un hombre

En medio á tantos nublados

Políticos y hallar siempre

Una tabla en el naufragio,

¡Ya es empresa! Ya se ve,

Con este sistema ó diablo,

De Cortés y libertades

Y reformas... nunca estamos

Seguros de ir con el viento,

Porque sopla de otro lado

A lo mejor... ¡Oh! bien haya

Aquel régimen tan llano,

Tan fácil de comprender...

Aquello de *pan y palo*,

La influencia de mi signo.

¿Y por qué no perseguir
Con satírico desprecio
Al bribon? ¿Por qué del necio
No me tengo de reir?

Fruct. ¿Y dónde hay hombres perfectos?
¿Lo es usted acaso?

Joaq. No;

¿Pero tengo de ser yo

Quien censure mis defectos?

No faltará quien se tome

Ese trabajo, en verdad,

Porque aquí la caridad

Es fruta que no se come.

Y eso no tiene remedio.

Si me quejo, ¿en qué me fundo?

Dice un refrán: medio mundo

Se burla del otro medio.

Gracias á Dios, no soy zote,

Y ya que es tan buen bocado

La sátira, no hay cuidado,

Que yo sacaré mi escote.

Fruct. ¿Qué, si tiene usted del labio

Siempre una pulla pendiente!

Joaq. Así lo dice la gente;

Mas ¿quién no tiene un resabio?

Fruct. Y hombre de tal condicion

Es mas temble que el Draque.

¿Ay del pobre á quien ataque

Esa lengua de escorpion!

Joaq. Al menos nunca es el blanco

De mi sátira un amigo:

Solo á mi rival persigo

Y la máscara le arranco.

Fruct. Yo mismo, aunque sea mengua

Decirlo, temo que un día

A mi costa el pueblo ria

Si con la pluma ó la lengua...

Joaq. ¿Qué va usted á proferir?

¿Yo? ¿Cá! De usted nada digo;

Porque de usted, caro amigo...

Nada se puede decir.

Fruct. Pues eso mismo me suena

A epigrama.

Joaq. No, no tal.

Es... la verdad. (¿Qué animal!

Le he de poner en escena.)

Soy jóven, vivo en el ocio...

En algo me he de ocupar.

Fruct. ¿Así piensa usted medrar?

Joaq. Por ahora no hago negocio.

Ya en vano á tres ministerios

Importuné de mil modos...

Fruct. ¿Qué han de hacer, si usted á

todos

Los harta de vituperios?

Toque usted otro registro...

Joaq. ¡Es tan fácil, don Fructuoso,

Tan popular, tan sabroso

El hacer guerra á un ministro!

Fruct. ¡Popular!... ¡Idea vana!

¿Quién fia del pueblo insano,

Que hoy adora á un ciudadano

Y le apedrea mañana?

Pero el alto funcionario

Sirve á un amigo; le emplea...

Joaq. Tambien porque no lo sea

Suele emplear á un contrario.

Fruct. Si, de tratos semejantes

Muchos ejemplos se han visto.

Joaq. Por eso yo me malquistó

Con todos los gobernantes.

Fruct. Mas de un modo tan cruel

Que ya no admite convenio.

No mezcla usted con ingenio

El azúcar y la hiel.

Vamos, si usted no se enmienda...!

Busque usted otro resorte.

Quien medrar quiera en la corte

A ser lisonjero aprenda.

Joaq. ¿Yo que veo su agonía

Al ministerio adherirme!

Fruct. No señor, que está muy firme.

(Puede que no dure un día.)

¿Ya ve usted si yo sabré...

Y si entenderé el manejo...!

Joaq. Sí.

Fruct. Tome usted mi consejo,

Que le hablo de buena fe.

Joaq. Lo tomo, que mi porfia

Puede llevarme al abismo,

Y el ministerio... Si; hoy mismo

Voy á hacer su apologia.

(Ya la tengo á prevencion

Eserita, y saldrá esta tarde

Impresa.)

Fruct. Haga usted alarde

De la mas pura adhesion...

Joaq. Mas el apoyo reclamo

De usted...

Fruct. Si: salga el folleto,

Y es de usted, yo lo prometo,

El ministro de mi ramo.

Joaq. Bien; quiero obrar como cuerdo,

Mas me voy á fastidiar,

Porque debo confesar

Que no vivo si no muerdo.

Fruct. Ahí está la oposicion.

Hinque usted el diente en ella.

Joaq. ¡Yo, que he seguido su huella

Con impávido teson!...

Si atacarla determino

No ha de faltarme materia.

¿Por dónde no hay en Iberia

Dos leguas de mal camino?

Un refran me sacará

Fácilmente de embarazo.

Dijo la sarten al cazo:

¡Que me tiznas! ¡quita allá!

¿Y cómo podré ni cuándo

Apoyar al gabinete

Sin apuntar al ariete

Contra el enemigo bando?

Esto es hecho. Tan fatal,

Tan desventurado soy,

Tan desesperado estoy...

Que me hago ministerial.

Dirán hombres importunos

Que he cambiado de bisiesto.

Bien. Mil ejemplos hay de esto.

Yo puedo citar algunos.

Fruct. (Desacreditarle espero.)

Coja usted la breva, pues;

Y mas que digan después:

Don Joaquin es pastelero.

Joaq. Mucho sentiré que broma

Se vuelva todo y...

Fruct. ¡Cá! No.

Joaq. Y haga los pasteles yo

Para que otro se los coma.

Fruct. Bueno es andar en la masa,

Que algo á los dedos se pega.

(Suena la campanilla.)

Joaq. Bien; ya veremos... ¿Quién llega?

Fruct. Visitas.

Joaq. ¡Doña Tomasa!

ESCENA IV.

TOMASA, DON FRUCTUOSO, DON
JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Fruct. ¡Señora! Muy bien venida.

¿Don Hipólito!

Hip. Señores...

¿Que veo! ¿Usted por aquí,

Buena pieza?

Joaq. Si; aquí...

Tom. ¿Dónde

Esta Manolita?

Fruct. Adentro

Anda en no sé qué labores.

Iré á llamarla...

Tom. ¿Por qué?

No quiero que se incomode.

Pues somos de confianza,

Yo iré á buscarla. Perdonen

Ustedes... ¡Ah! don Fructuoso,

Veniamos mi consorte

Y yo á suplicar á ustedes

Que hoy en la mesa nos honren.

Con eso verá Manuela

Mi nueva casa y las flores

Del jardinito.

(Don Joaquin y don Hipólito hablan
aparte.)

Fruct. Mil gracias.

Porque ustedes no lo tomen

A desaire irá Manuela.

Yo como en casa del conde,

Y siento mucho...

Tom. Otro día

Séra.

Fruct. Sí; con mil amores.

Tom. Manuela no faltará,

Supongo.

Fruct. ¡Oh! no. Y con el coche.

Iré yo por ella.

Tom. Bien.

Hasta después.

ESCENA V.

DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO,
DON JOAQUIN.

Hip. ¡Hombre, hombre!

(Riéndose.)

¿Qué me cuenta usted?

Joaq. De veras.

La sorprendió con el jóven

Don Policarpo á sus piés.

Hip. El buen don Claudio Quincoces...

Já, já... Pondría una cara...

Me alegro.

Joaq. Echaba los bofes

De cólera.

Hip. Lo celebro,

Porque no estamos acordés

En opinion. ¿Y qué dijo?

¿No echó mano de un estoque...?

Joaq. ¡Imprudentes, temerarios!

Exclamó. De accion tan torpe

¿Cómo os podreis disculpar?

Hip. Temblando como el azogue

Estaría la infeliz...

Joaq. No; que ella rie, y responde:

No te esperaba tan presto. —

Pero se echa el picaporte

Siquiera, replica el otro,

Y se toman precauciones...

Si conforme he entrado yo,

Que soy complaciente y dócil,

Hubiera entrado cualquiera,

¡A Dios honra! — No te enojés,

Claudio... — Cuidado otra vez...

Soy de usted, señor de Robles.

Fruct. ¿Y se fué con esa flema?
Joaq. Sí, señor: como usted lo oye.
 Pero conviene advertir
 Que el mozo es hijo de un prócer
 Y sobrino de un ministro,
 Y que don Claudio Quineoces
 Aspira á ser secretario
 De la embajada de Londres.
Hip. ¡Vaya, que es original

(*Riéndose.*)
 La anecdotilla! Ya corre
 Por Madrid; ¿eh?

Joaq. Todavía...
Hip. Yo la he de contar á voces
 En el café; y si tuviera
 Esa sal de usted...

Fruct. Señores,
 Son las doce menos cuarto,
 Y el hombre de obligaciones...
 Voy al ministerio.

Joaq. ¡Así!
 ¡Temprano! Los superiores
 Deben dar ejemplo.

Hip. ¡Diantre!

(*En voz baja á don Joaquín.*)

¡Temprano, y ya son las doce?
Fruct. Abur. Ustedes se quedan
 En su casa. — Hasta la noche.

ESCENA VI.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Hip. El insigne don Fructuoso
 No ha conocido la pulla.

Joaq. Es tanta su presuncion
 Que le colmarán de injurias
 Y él entre tanto dirá
 Para sí: ¿cómo me adulan!

Hip. Para un hombre tan discreto,
 Tan punzante y tan de bulla
 Como usted, es una alhaja
 Un necio así.

Joaq. Tanto abundan
 Los necios, que adonde quiera
 Que voy no me falta nunca
 Alguna victima.

Hip. Y... vamos;
 Como usted cuando los zurra
 Lo hace con tanto salero
 Y así..., con tanta frescura...
 ¡No tuviera yo el chirúmen
 De usted!... Porque á mi me gusta
 La sátira... ¡Bub!... Me muero
 Por ella, y él que la usa

Me lleva á mí donde quiera.
 Y tambien tengo mis puntas
 De epigramático: sí;
 Mas me falta la sandunga
 Y así..., el talento de usted
 Ya se ve, cuando no estudia
 Un hombre... Soy mayorazgo:
 Sirvame esto de disculpa.

Joaq. Ahora me recuerda usted
 Un epigrama...

Hip. ¡Oh fortuna!
 ¿Cómo es? ¿Cómo es?

Joaq. Vale poco...
Hip. Vaya, vaya... Usted se burla.

Joaq. Créalo usted.
Hip. Vaya... ¡Caiga!

Mis dos orejas lo escuchan.

Joaq. ¿A qué gastar el dinero
 En comprar caricaturas?
 Yo sé de un tonto en Madrid
 Que da de balde la suya.»

Hip. Eh, ge... ¡Cosa mas chistosa!
 (*Riéndose.*)

¿Y quién es ese... babucha?

Joaq. El primero á quien le cuadre.
 Es ideal la pintura.

Hip. ¡Oh! Pues le viene de molde
 A mi vecino don Lucas.
 Se lo tengo de encajar
 Esta noche en la tertulia.

Pero no me acordaré.
 ¿Mi memoria es tan obtusa!...
 ¿Querrá usted dármele escrito?

Joaq. Sí, señor. Venga una pluma.
 (*Se pone á escribir.*)

¡Si para usted lo he compuesto!
 Como sé que tanto gusta
 De estas cosas...

Hip. Gracias, gracias.
 ¿Consentir que yo lo luzca
 Con su ingenio!

Joaq. Tome usted.
Hip. Pues ya que está usted de chunga,
 Vaya ahora una saeta
 De las que usted acostumbra
 Contra el ministerio, que eso
 Es para mí el *non plus ultra*

Del regocijo.
Joaq. Después...

Esas cosas no se buscan.
 Solo se deben decir
 Cuando buenamente ocurran.

Hip. Pues bien; luego; en la comida...
 Porque usted vendrá...

Joaq. Sin duda.

Hip. Yo me voy hacia el café,
 Que á estas horas ya se juntan

ESCENA VII.

DON JOAQUIN.

¡Descomunal dromedario!
 Todo eso es materia bruta.
 ¡Ame usted como á si mismo
 A ese prójimo! Aunque el cura
 Lo diga, ¿dónde hay virtud
 Para tanto? ¡Y en coyunda
 Venturosa vive unido
 A tan celeste hermosura!
 Abuso que clama á Dios.
 Amalgama torpe, absurda.
 ¡Tigribus agni! Es forzoso
 Que yo... Ella viene. — ¿Y la viuda?

ESCENA VIII.

DON JOAQUIN, TOMASA.

Tom. ¿Y mi marido?

Joaq. Se fué,
 Dejándole á usted plantada.
 (*Don Joaquín presenta una silla á Tomasa
 y se sientan los dos.*)

Yo extraño...

Tom. No importa nada:
 En casa le encontraré.

Eso de estar en visita
 Le aburre; y á mi tambien.

Joaq. Dejar la visita, bien,
 Pero á usted... ¡Ah, Tomasa!

Tom. Yo le agradezco en el alma
 Que haga confianza de mí.

Joaq. Y debe hacerla; eso sí,
 Pero... (Me impone esa calma.)

Tom. Estará usted impaciente
 Porque no viene Manuela.

Joaq. No. Lo que mi pecho anhela...
Tom. La han enviado un presente...

Joaq. Medrado por su consorte
 Alguno le recompensa.

Tom. Llenando están la despensa;
 Y todo franco de porte.

Ahora confieso mi error:
 Yo dé buena fe pensaba

Que solo se regalaba
 Al dómine y al doctor.

Y Manuela...

Joaq. ¿Qué dulzura!
 ¡Qué inocencia de mujer!

¡Y prenda de otro ha de ser
 Tan celestial criatura!

Tom. ¿De veras? Ya presumía...
Mucho me alegro.

Joaq. ¿Qué escucho!
¿Será posible...?

Tom. Sí, mucho.
Joaq. ¿Hay dicha como la mía?

Tom. Usted logrará, es forzoso,
El premio de su pasión.

Joaq. ¡Oh hermosa! Mi corazón...
Pero si un rival odioso...

Tom. ¿Hay locura semejante?
Usted solo es el querido.

Joaq. Pierdo el juicio... ¡Usted...! El
marido...

Tom. Marido será el amante.
Cuando se unen de ese modo

Dos almas...
Joaq. Ah, sí; mi gloria...

Tom. Es segura la victoria...
El amor triunfa de todo.

Yo hablaré...
Joaq. ¿Si?

Tom. Yo prometo...
Joaq. ¡Oh placer! ¡Oh...! ¿Cuándo?

Tom. Pronto.
Joaq. ¡Ah! Bien. Pero ese hombre...

Tom. Es tonto.
Joaq. Es un animal.

Tom. Completo.—
Pero suelte usted la mano.

¿A qué ahora...?
Joaq. Si; el amor...

Perdone usted: el fervor...
¿Me ofrece usted...?

Tom. Y no en vano.
Lo principal está ya

Vencido, y siendo usted fiel...
Digo que hablaré con él

Y todo se compondrá.
Joaq. Ya; si el hombre se acomoda...

¿Pero me habla usted de chanza?
¿Cómo...?

Tom. Valor, confianza;
Y pronto se hará la boda.

Joaq. ¿La boda? (Sorprendido.)
Tom. A fe de Tomasa.

Joaq. ¿La boda?
Tom. Sí; con la bella

Manolita.
Joaq. Si... Ya... Ella... (Cortado.)

(¡Cielos! ¿Qué es lo que me pasa?)
Tom. Seré su madrina.

Joaq. Pero...
Usted no me ha comprendido...

Si yo... (Quedo convencido

De que soy un majadero.)

Tom. Cuando yo digo... Aquí está
Manolita. Mas á punto...

Joaq. No la hable usted de ese asunto.
Tom. ¿Qué causa...?

Joaq. Usted la sabrá.

ESCENA IX.

TOMASA, MANUELA, DON JOAQUIN.

Man. Perdone usted, don Joaquin.
Ocupada en enojosas

Faenas... ¿Qué buen sistema
Era aquel de los ilotas

De que usted me hablaba ayer!
¿Dónde era? ¿En París... ó en Rodas?

No me acuerdo. Yo no soy
Para una vida tan sosa,

Tan mecánica.
Tom. ¿Qué dices?

Pues ¿qué hemos de hacer nosotras
Sino arreglar nuestras casas?

Si las mujeres no toman
A su cargo esos cuidados

Que á ti tanto te incomodan,
¿En qué quieres tú ocuparlas?

¿En la milicia? ¿En la toga?
¿En cazar por esos montes

Y en remar por esas olas?
Man. ¿Y por qué no? Si leyeras

En las antiguas historias,
Las proezas te asombraran

De las fuertes amazonas;
De aquella Pentésiléa

Que allá en el sitio de Troya...
¿Verdad, don Joaquin?

Joaq. Si; es cierto...
(¡Entre dos fuegos ahora!)

Tom. Sin duda la educación
De esas mujeres heroicas

Sería muy diferente
De la que hoy rige en Europa.

Pero tú... ¿de cuándo acá,
Manolita...? Eras muy otra

Dos meses hace. En mi ausencia
Te has transformado...

Tom. ¡Oh! la aurora
De un nuevo ser ha brillado

Para mí. La piedra tosca
De mi antiguo natural

Tomó la sublime forma...
Explique usted, don Joaquin,

Los grandes prodigios que obra
La emanación mental.

Tom. ¡Qué lenguaje! Estoy absorta...
Man. En una palabra, soy...

Romántica.
Tom. Deja bromas.

¿Qué romántica, ni qué...?
¡Si tú no has nacido en Roma!

Man. No, mujer. Tú no comprendes...
Pero abra usted esa boca,

Don Joaquin: explique usted...
Joaq. Es inútil. La señora

Gusta del *statuto quo*,
Y hacerla entrar en la norma...

Man. ¡Norma! ¡Sublime mujer!
Tom. Mucho me gusta esa ópera.

Man. ¡Con qué placer fuera yo
Gran sacerdotisa!

Tom. (¡Boba!)
Man. Si el cielo me ha condenado

A existencia tan penosa,
Tan oscura, tan servil,

¿Por qué en mi pecho no ahoga
La susceptibilidad...?

¿Lo he dicho bien?
Joaq. Si, señora.

Man. ¿La palpitante energía
Que me consume?

Tom. ¿Estás loca?
Yo creo que esas ideas

Sublimadas no son propias
De un sexo débil, amante,

Apacible. Con las tocas
Mal se avienen varoniles

Arranques. Ni es tan odiosa
La suerte de la mujer

En un país donde goza
De racional libertad,

Porque los hombres blasonan
De muy galantes. ¡Parece

Que estás en Constantinopla!
Y tú que no eres duquesa...

Yo no sé adular; perdona.
¿Por qué temes degradarte

Haciendo lo que hacen otras
No de peor condición

Que tú? Para mí la joya
Que después de la virtud

Mas á la mujer adorna
Es ser mujer de su casa.

Tengo rentas que me sobran
Para dejarme servir

Y solo pensar en modas.
Y en placeres; pero soy

Por afición hacendosa,
Y por placer... y por cálculo,

Porque de esas que abandonan
Los domésticos deberes

Dice el vulgo tales cosas...
Y no basta ser honradas

Quando el vulgo no nos honra.
Joaq. ¡Bien! ¡Divina!

(En voz baja.)
Man. ¿Con que quieres

Reducirme á ser fregona...?
Tom. No, amiga mía. Ni es esa

Tu condición; pero á todas
Nos está bien el mirar

Por la hacienda mucha ó poca.
Nunca estoy yo mas ufana

Que repasando la ropa,
Ordenando la despensa,

Cuidando de que la alcoba
Se ventile, reprendiendo

A criadas remolonas,
Tomando cuentas al mozo,

Despidiéndole si roba...
Man. ¡Santo Dios! Eso es vivir...

¿Qué sé yo...? Vivir en prosa.
¡Oh clásica servidumbre!

¡Y hay mujer que la soporta!
Joaq. ¡Bien dicho!

(A Manuela en voz baja.)
Tom. A mí me daría

Vergüenza de estar me ociosa
Reclinada en un sofá

Y oyendo necias lisonjas
De almirados galanes,

O echándola de doctora
En política y leyendo

Con comentarios y glosas
El *Catalan*, el *Vapor*

Y la *Revista Española*,
Y el *Manifiesto de Cádiz*

Y la *Proclama de Córdoba*.
Yo siempre me ocupo en algo.

Ya plancho una camisola,
Solo por avergonzar

Con ella á mi planchadora;
Ya bordo... y si es necesario,

Cojo también una escoba,
Nuevo yo misma un colchon,

Doy un vistazo á la olla...
Man. ¡Calla, mujer! Si no callas,

Me va á dar una congoja.
Tom. ¡Es posible...!

Man. ¡Y yo que anoche
Estuve en *Lucrecia Borgia*!...

Quiero decir, en el drama
Que de este modo se nombra.

¡Aquella si que es mujer! —
No porque yo me proponga

Imitarla en sus maldades.
Pero ¡qué alma tan hidrópica

De agitaciones sublimes!
Joaq. (¡Y que quiera yo á esa tonta!)

Tom. Apuesto á que esa mujer.
No hacia punto de blonda,
Ni supo en toda su vida
Cómo se hace una compota.

Man. ¡Ay! ¡Por Dios! ¿Quieres matarme?

Ya se ve; como vosotras,
Las clásicas, no sentis...
Ni tenéis nervios...

Tom. ¿Te enojas?

Yo lo siento. Mi franqueza...

¡Ah! ¡Qué pícara memoria!

Ustedes comen en casa.

No gusto de ceremonias,

Peró si de regalar

A los amigos que me honran.

Hay un plato que te agrada,

Y ese lo he de hacer yo sola

Si ha de salir á mi gusto.

Me lo enseñó la priora

De la Encarnacion. — Adios.

Man. ¡Ah! ¡Guisar también!

Tom. ¿Qué importa?

Hasta luego. Que no tardes.

Joaq. Permitame usted, señora...

(Disponiéndose á acompañarla.)

Tom. Gracias: no. Quédese usted.

De aquí á la calle de Atocha

Hay cuatro pasos. Abur. —

No lo permito. — Adios, mona.

(Se besan.)

ESCENA X.

MANUELA, DON JOAQUIN.

Man. ¡Qué francota y qué bonacha!
Solo complacer desea.

Da lástima de que sea

Tan vulgar esa muchacha.

Joaq. ¡Es mujer tan material!...

Convencerla es vano intento.

Man. No; no le falta talento.

Joaq. Si... Talento conyugal.

Man. Mi lógica no hizo mella:

Yo hablaba con la pared;

Y usted...

Joaq. Yo... ¡Si ha estado usted

Man. Tan prosaico como ella!

Joaq. He llamado porque advierto

Que es clásica impenitente,

Y predicar á esa gente

Es predicar en desierto.

Además, yo estaba en ascuas

Ansiando ver á mi encanto

A solas; ¡y ella entre tanto

Contenta como unas pascuas!

Acabó el cólera morbo

Con millares de inocentes;

¡Y no se llevó á esos entes

Que solo sirven de estorbo!

No es ella de nuestra masa.

¿Y qué ha de entender de amor

Mujer que tiene valor

Para llamarse... Tomasa?

Man. Sea usted mas tolerante,

Que es mi verdadera amiga.

Joaq. Bien, pero que no persiga

A un desventurado amante.

En fin, basta de proemio.

¿Me amas? ¡Di tú!

Man. Si..., Joaquín.

Joaq. Y de tanto amor, en fin,

¿Me otorgas el dulce premio?

Man. Si; y en venturosa calma...

Joaq. ¡Calma, y abrasado estoy!

Man. ¿Qué mas quieres? ¿No te doy

MI corazón y mi alma?

¿No ves cuán tierna te hablo...?

Joaq. No me has amado jamás,

¡No!

Man. ¿Cómo...!

Joaq. ¡El alma me das!

¿Soy yo por ventura el diablo?

Man. Si no la quieres...

Joaq. Si tal;

Pero el alma á secas...

Man. ¡Hola!

¿Qué quiere usted? Yo estoy sola...

¿Qué designio criminal...?

Joaq. No hay crimen donde hay amor.

Man. La máxima no es exacta.

Joaq. Amor no es pasión abstracta,

Es...

Man. Don Joaquín, tengo honor.

Joaq. Ya lo sé; mas no se trata...

Man. De ese lenguaje me admiro.

Joaq. Pero...

Man. Basta, ó me retiro...,

Y adios para siempre.

Joaq. ¡Ingrata!

(Se deja caer en una silla como desesperado.)

¡Qué temeraria virtud!

Fuerza es enmendar mi error.)

(Se levanta.)

Usted con tanto rigor

Quiere abrirme el ataúd.

¿Es pretension infamante,

Es pensamiento villano

Pedirle á usted... una mano?

ESCENA XI.

DON JOAQUIN.

¡Bravo lance! El marco es de oro,
Y me hallo en tales apuros...
Bien me darán quince duros
Por el dulce bien que adoro.
Pues con su cara y su trato
Me cautivó esa mujer,
Lo menos que puedo hacer
Es cautivar su retrato.

ESCENA XII.

MANUELA, DON JOAQUIN.

Man. Hé aquí mi efigie.
Mi amor te la da.
Pendiente del pecho
Mi pobre Julian
Siempre la llevaba
Constante y leal.
Joaq. Del mio un instante
No se apartará.
¿Sabes que con ella
La vida me das?
Man. ¿Qué alma tan romántica!
¡Qué fino galán!
¡Ay! Hasta la tumba
Te tengo de amar,
Aunque se incomode
Mi hermano carnal.
Joaq. Acerca esa mano.
(Lleva á su pecho la mano de Manuela.)
¿Sientes palpar
Aquí... mas arriba...?
¿Sientes...?
Man. ¡Es verdad!
Joaq. También en mi alma
Betratada está
Esa tu donosa
Cara celestial.
Man. Y quien esto escucha
¡Oh Dios de Abraham!
¿Cómo podrá luego
Coser y planchar?
Joaq. Ahora en esta sala
Tres Manuelas hay.
Man. ¿Tres? Yo no comprendo...
Joaq. ¿No lo he dicho ya?
Una en miniatura,
Otra en realidad,

Man. ¡Ah!... la mano..., ya... No obstante...

Joaq. ¡Cielos, aún vacila, aún duda!

¡Ni una mano que á cualquiera

Se le dará en la escalera!

¡Y es romántica! ¡Y es viuda!

Man. Principiante soy aún

En la romántica escuela.

Joaq. ¿Perói ya tu amor, Manuela?

Man. Te amaré, pero... segun.

Joaq. (Esta se mantiene tiesa

Porque aún no la hablé de altar.

Habremos de aventurar

La matrimonial promesa.)

Aún en la rutina gimes

Y llena de ideas rancias

Son para ti extravagancias

Las sensaciones sublimes.

Aún piensas que en el abismo

Te has de hundir como Sodoma,

¡Infeliz! si en una coma

Te apartas del Catecismo.

Mas aunque todo á tu amor

Ansiara deberlo el mio,

No quiero que tu desvío

Me acuse de seductor;

Y pues eres tan avara

Aun del favor mas liviano,

Yo te doy palabra y mano

De ser tuyo al pié del ara.

Man. Acepto: aquí está la mia.

Joaq. ¡Bien mio!

Man. La mano sola.

Joaq. (Dejemos rodar la bola.

Mañana será otro dia.)

No temas que yo pretenda

Cosa indigna de una dama;

Mas sin arriesgar tu fama

Pudieras darme otra prenda.

(Saquemos algun partido.)

Man. ¿De qué clase? Mi recato...

Joaq. No te alteres. Tu retrato.

Man. Fué prenda de mi marido.

Joaq. ¿Con que le heredo por junto,

Y no han de tocar tu imagen

Estas manos sin que ultrajen

Las cenizas del difunto?

Man. Tienes razon. Eso es cierto.

Mas...

Joaq. ¿Adónde me conduces,

Ingrata? ¡Tú me reduces

A tener zelos de un muerto!

¡No mas!...

Man. ¡Espera!

Joaq. ¡Cruel!

Adios. En vano ya lidio

Contra mi suerte. El suicidio...

Man. ¡Oh Dios! Tente. Voy por él.

Y otra que aquí tiene

(Con la mano en el pecho.)

Su trono y su altar.

Man. Dime, y tu retrato,

¿No me lo darás?

Joaq. Sí, bien de mi vida.

Eso es natural.

Justamente han dado

En litografiar

A todo viviente

En la capital;

Y mi linda cara

¿No se ha de pintar

Cuando yo soy una

Notabilidad?

Man. Cuélgatelo al pecho.

Joaq. No, déjalo. ¿Cá!

¿Si á un platero amigo

Lo voy á llevar!

Man. ¿Cómo...!

Joaq. ¡Aquí una cifra

Qué bien estará!

Unida á tu M

Mi J. ¿Qué tal?

Man. Joaquín y Manuela:

Me gusta ese plan;

Pero letras góticas:

¿Entiendes?

Joaq. ¿Pues ya!

Man. ¿Me serás perjuro?

Joaq. Jamás. ¡Oh! ¡Jamás!

Adios, cara esposa.

Man. ¡Ah!

Joaq. ¡Suspiras! ¡Ah!

Ya que no soy digno

Del original,

Tu retrato, hermosa,

Me consolará.

Man. Y á mí ¿qué consuelo

Me queda en mi afán?

Virtud enemiga,

Ventura ideal.

Joaq. Adios. (¿Quince duros!)

Man. Adios. ¿Ya te vas?

¡Ay! Hasta la tarde.

Adios. ¡Ay!

Joaq. ¡Ay! ¡Ay!

(Besando el retrato.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Hip. Sentémonos, don Joaquín,

Junto á esa fuente serena,

Que la tarde está muy buena

Y es hermoso mi jardín.

Joaq. Pero, señor don Hipólito,

Las señoras ¿qué dirán?

Hip. No hay cuidado: ellas vendrán.

¿Siéntese usted, buen acólito!

Joaq. Me siento. (¿Qué bruto eres!)

(Se sientan en un banco de piedra.)

Hip. A mí nunca me ha gustado,

Y menos desde casado,

Conversacion de mujeres.

Cierta ó fingida virtud

Sus labios siempre condena,

Para muchas no sin pena,

A perpétua esclavitud.

Así se ven reducidas

A hablar de cosas triviales,

Sin las puntas y las sales

Que al hombre son permitidas.

Joaq. Cierto. Dice doña Viola:

« ¿Qué mal tiempo! Hoy no saldré... »

Pero se calla el por qué

Desea quedarse sola.

De su cólico fatal

Habla Dolores, y no

De la fruta que comió

Y le ha sentado tan mal;

Y habla del traje Leonor

Que ayer estrenó su tia...

Mas no dice lo que haría

Por tener otro mejor.

Hip. Las mozas al fin son flores,

Y todo en ellas encanta;

¿Mas quién la parleta aguanta

De las señoras mayores? —

« Hoy hay nubes en Acuario:

Bien lo anuncia mi cabeza.

El calendario lo reza... »

Su fuerte es el calendario. —

« Tal día como hoy nació

Con mil apuros mi Elena

Y yo ofrecí una novena

A la Virgen de la O.

Al otro año tuve un hijo

Robusto como un planeta;

Pero mamó mala teta

Y se me murió canijo.

El ama era mocetona,

Pero tuvo... — ¿Tabardillo? —

No, señora; un trabajillo...

Lo de todas. ¡Picarona!

Nos dejó lelos, abortos.

¿Quién lo creyera? ¡La muy...!

Otros once hijos pari,

Y no cuento los abortos.

Y mi edad no es tan madura...

Aun vendrá el décimocuarto;

Aunque del último parto

Se me quebró la cintura.

Mas hoy traerá el ordinario

Una bizma de Jaen,

Que allí las hace muy bien

Un famoso boticario.

Con facultades escasas

¡Tanta prole! ¡Qué afliccion!

¡Y las nodrizas, que son

La polilla de las casas...!»

Entra luego el relatar

Las gracias de los muchachos,

Sus lombrices, sus empachos,

Su romper y su chillar.

Y luego las lavanderas,

Las criadas... ¡San Benito!

¡Y el artículo infinito

De medicinas caseras!

Otra habla de los ataques

De flato, fumando espliego

Y anis, y refiere luego

Cada bruja sus achaques.

Cuando las oigo ¡qué horror!

Yo me pongo climatérico.

¡Y todas tienen histérico!

¿No es fuerte cosa, señor?

Joaq. ¡Hola! Sátira completa.

Muy bien.

Hip. ¿Si?

Joaq. Como lo digo.

Ya al lado de usted, amigo,

Yo soy un niño de teta.

Hip. Aunque yo no soy muy diestro,

Algo hace la aplicacion;

Aprovecho la leccion

De tan insignie maestro.

Joaq. ¡Oh! Ya lo es usted.

Hip. ¿De veras?

Así tendrá sucesor

Un perjuro, un desertor

Que abandona sus banderas.

Joaq. ¿Con quién habla usted?

Hip. ¿Con quién?

(Se levantan.)

Con usted, que ya comienza

A apostatar. ¡Que vergüenza!

¿Eso hace un hombre de bien?

¡El apóstol del dieterio,

El Zoilo de nuestros días

Escribir apologias...!

¿Y de quién? ¡Del ministerio!

Joaq. Segun los ministros son...

Hip. Para mí todos son unos.

Joaq. Perdone usted; hay algunos...

Hip. Nada; no admito excepcion.

Aun el bueno, éste es mi adagio,

La virtud allí abandona,

Que la maldita poltrona

Tiene un no sé qué... un contagio...

Como soy que no discierno,

Se lo digo á usted formal,

Cómo un hombre es liberal

Hablando bien del gobierno.

Pídanme cien suministros,

Pero déjenme, á lo menos,

Sean malos, sean buenos,

Renegar de los ministros.

Y á mí ninguno me ablanda,

No; sobre esto no se me hable.

Soy enemigo implacable,

Atroz, de todo el que manda.

Joaq. ¡Mas conmigo regañar...!

¿Es posible...! ¿Y por qué es eso?

Sin duda por el impreso

Que acabo de publicar.

Hip. Pero ¿hay mayor vituperio

Que escribir ese papel?

¿No se ha bartado usted en él

De incensar al ministerio?

Joaq. ¡Hombre, si es todo ironia!

Lea usted con atencion...

Hip. ¿Cómo!...

Joaq. Y por pura irrision

Lo titulo apologia.

Hip. ¡Qué! no, señor: esa es una...

Salida de pié de banco.

Usted los pone, sea franco,

En los cuernos de la luna.

Joaq. Hombre, por la Virgen Santa...

Hip. A bien que aquí tengo el pliego,

Que se lo he comprado á un ciego.

(Saca un impreso.)

Mírole usted. Carta canta.

Joaq. ¡Lo ha comprado usted! Me alegro

Lo leeré con comentarios,

Y á ver si los funcionarios...

(Le hará ver lo blanco negro.)

Hip. Como es usted tan gazapo

No extrañaré que consiga...

Joaq. ¡Oh! Cuando usted no me diga

Que los pongo como un trapo...

Hip. Bien, el desafío acepto.

Vamos leyendo y paseando.

(Pasean hasta desaparecer.)

Y otra que aquí tiene

(Con la mano en el pecho.)

Su trono y su altar.

Man. Dime, y tu retrato,

¿No me lo darás?

Joaq. Sí, bien de mi vida.

Eso es natural.

Justamente han dado

En litografiar

A todo viviente

En la capital;

Y mi linda cara

¿No se ha de pintar

Cuando yo soy una

Notabilidad?

Man. Cuélgatelo al pecho.

Joaq. No, déjalo. ¿Cá!

¿Si á un platero amigo

Lo voy á llevar!

Man. ¿Cómo...!

Joaq. ¡Aquí una cifra

Qué bien estará!

Unida á tu M

Mi J. ¿Qué tal?

Man. Joaquín y Manuela:

Me gusta ese plan;

Pero letras góticas:

¿Entiendes?

Joaq. ¿Pues ya!

Man. ¿Me serás perjuro?

Joaq. Jamás. ¡Oh! ¡Jamás!

Adios, cara esposa.

Man. ¡Ah!

Joaq. ¡Suspiras! ¡Ah!

Ya que no soy digno

Del original,

Tu retrato, hermosa,

Me consolará.

Man. Y á mí ¿qué consuelo

Me queda en mi afán?

Virtud enemiga,

Ventura ideal.

Joaq. Adios. (¡Quince duros!)

Man. Adios. ¿Ya te vas?

¡Ay! Hasta la tarde.

Adios. ¡Ay!

Joaq. ¡Ay! ¡Ay!

(Besando el retrato.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Hip. Sentémonos, don Joaquín,

Junto á esa fuente serena,

Que la tarde está muy buena

Y es hermoso mi jardín.

Joaq. Pero, señor don Hipólito,

Las señoras ¿qué dirán?

Hip. No hay cuidado: ellas vendrán.

¿Siéntese usted, buen acólito!

Joaq. Me siento. (¡Qué bruto eres!)

(Se sientan en un banco de piedra.)

Hip. A mí nunca me ha gustado,

Y menos desde casado,

Conversacion de mujeres.

Cierta ó fingida virtud

Sus labios siempre condena,

Para muchas no sin pena,

A perpétua esclavitud.

Así se ven reducidas

A hablar de cosas triviales,

Sin las puntas y las sales

Que al hombre son permitidas.

Joaq. Cierto. Dice doña Viola:

« ¿Qué mal tiempo! Hoy no saldré... »

Pero se calla el por qué

Desea quedarse sola.

De su cólico fatal

Habla Dolores, y no

De la fruta que comió

Y le ha sentado tan mal;

Y habla del traje Leonor

Que ayer estrenó su tia...

Mas no dice lo que haría

Por tener otro mejor.

Hip. Las mozas al fin son flores,

Y todo en ellas encanta;

¿Mas quién la parleta aguanta

De las señoras mayores? —

« Hoy hay nubes en Acuario:

Bien lo anuncia mi cabeza.

El calendario lo reza... »

Su fuerte es el calendario. —

« Tal día como hoy nació

Con mil apuros mi Elena

Y yo ofrecí una novena

A la Virgen de la O.

Al otro año tuve un hijo

Robusto como un planeta;

Pero mamó mala teta

Y se me murió canijo.

El ama era mocetona,

Pero tuvo... — ¿Tabardillo? —

No, señora; un trabajillo...

Lo de todas. ¡Picarona!

Nos dejó lelos, abortos.

¿Quién lo creyera? ¡La muy...!

Otros once hijos pari,

Y no cuento los abortos.

Y mi edad no es tan madura...

Aun vendrá el décimocuarto;

Aunque del último parto

Se me quebró la cintura.

Mas hoy traerá el ordinario

Una bizma de Jaen,

Que allí las hace muy bien

Un famoso boticario.

Con facultades escasas

¡Tanta prole! ¡Qué afliccion!

¡Y las nodrizas, que son

La polilla de las casas...!»

Entra luego el relatar

Las gracias de los muchachos,

Sus lombrices, sus empachos,

Su romper y su chillar.

Y luego las lavanderas,

Las criadas... ¡San Benito!

¡Y el artículo infinito

De medicinas caseras!

Otra habla de los ataques

De flato, fumando espliego

Y anis, y refiere luego

Cada bruja sus achaques.

Cuando las oigo ¡qué horror!

Yo me pongo climatérico.

¡Y todas tienen histérico!

¿No es fuerte cosa, señor?

Joaq. ¡Hola! Sátira completa.

Muy bien.

Hip. ¿Si?

Joaq. Como lo digo.

Ya al lado de usted, amigo,

Yo soy un niño de teta.

Hip. Aunque yo no soy muy diestro,

Algo hace la aplicacion;

Aprovecho la leccion

De tan insignie maestro.

Joaq. ¡Oh! Ya lo es usted.

Hip. ¿De veras?

Así tendrá sucesor

Un perjuro, un desertor

Que abandona sus banderas.

Joaq. ¿Con quién habla usted?

Hip. ¿Con quién?

(Se levantan.)

Con usted, que ya comienza

A apostatar. ¡Que vergüenza!

¿Eso hace un hombre de bien?

¡El apóstol del dieterio,

El Zoilo de nuestros días

Escribir apologias...!

¿Y de quién? ¡Del ministerio!

Joaq. Segun los ministros son...

Hip. Para mí todos son unos.

Joaq. Perdone usted; hay algunos...

Hip. Nada; no admito excepcion.

Aun el bueno, éste es mi adagio,

La virtud allí abandona,

Que la maldita poltrona

Tiene un no sé qué... un contagio...

Como soy que no discierno,

Se lo digo á usted formal,

Cómo un hombre es liberal

Hablando bien del gobierno.

Pídanme cien suministros,

Pero déjenme, á lo menos,

Sean malos, sean buenos,

Renegar de los ministros.

Y á mí ninguno me ablanda,

No; sobre esto no se me hable.

Soy enemigo implacable,

Atroz, de todo el que manda.

Joaq. ¡Mas conmigo regañar...!

¿Es posible...! ¿Y por qué es eso?

Sin duda por el impreso

Que acabo de publicar.

Hip. Pero ¿hay mayor vituperio

Que escribir ese papel?

¿No se ha bartado usted en él

De incensar al ministerio?

Joaq. ¡Hombre, si es todo ironia!

Lea usted con atencion...

Hip. ¿Cómo!...

Joaq. Y por pura irrision

Lo titulo apologia.

Hip. ¡Qué! no, señor: esa es una...

Salida de pié de banco.

Usted los pone, sea franco,

En los cuernos de la luna.

Joaq. Hombre, por la Virgen Santa...

Hip. A bien que aquí tengo el pliego,

Que se lo he comprado á un ciego.

(Saca un impreso.)

Mírole usted. Carta canta.

Joaq. ¡Lo ha comprado usted! Me alegro

Lo leeré con comentarios,

Y á ver si los funcionarios...

(Le hará ver lo blanco negro.)

Hip. Como es usted tan gazapo

No extrañaré que consiga...

Joaq. ¡Oh! Cuando usted no me diga

Que los pongo como un trapo...

Hip. Bien, el desafío acepto.

Vamos leyendo y paseando.

(Pasean hasta desaparecer.)

Usted me está chuleando
Cual si yo fuera un inepto;
Y á fe que en ese capítulo
Puedo yo...

Joaq. « Rasgo poético, (Lee andando.)
Político, apologetico... »
(Aparecen por otro lado Manuela y
Tomasa.)

Hip. Dejemos á un lado el título.

ESCENA II.

MANUELA, TOMASA.

Tom. Ya que no quieres salir
A paseo...

Man. Es de mal tono,
Es muy clásico el paseo
En un domingo; y me asombro
De que tú...

Tom. Pues bien; si gustas,
Sentémonos.

Man. Me conformo.

(Se sientan.)

¿Has reparado, Tomasa,
Qué sombrero tan airoso
Llevaba...?

Tom. ¿Quién?

Man. ¿No la has visto?
La baronesa del Golfo.

Tom. No he reparado.

Man. ¿Es posible!

Tom. Soy poco afecta á los gorros.

Man. Pues no eres mujer de gusto:
Te lo digo sin rebozo.

Tom. No te obligo á que me imites.

Man. El sombrero da decoro,
Señorio, autoridad...

Tom. Yo, que jamás me lo pongo,
No me tengo en menos que otras.
Nunca en pueriles adornos
Cifré mi orgullo.

Man. ¿Qué quieres!

A mí me causa sonrojo
La mantilla. Es en extremo
Descarada.

Tom. Vaya; somos
Opuestas en todo. Y yo
Suelo decirle á mi esposo
Cuando me habla de sombreros:
« Si yo de honrada blasono
Y no debo nada á nadie,

¿Por qué he de esconder el rostro? »

Man. Tú pecas contra la moda.

Tom. Yo no desciendo de loros

Ni de monas.

Man. La mantilla

Es anacronismo impropio

De la cultura del siglo.

Tom. Sienta bien sobre los hombros

De una española castiza.

Da mas garbo á los contornos

De un cuerpo meridional

Que aborrece los estorbos,

Mas brio á su frente aliva,

Mas llama á sus negros ojos.

Man. Contra el sol un sombrero

Sirve en verano de toldo,

Y de abrigo en el invierno

Contra el aquilon furioso;

Y si por cauto ó modesto

No muestra el hechizo todo

Del semblante, por lo mismo

Se nos mira con mas gozo,

Con mas amoroso afán;

Que si bien agrada al pronto

La abierta rosa lozana,

Hechiza mas el pimpollo

Que se esconde entre las hojas

A los ultrajes del Noto.

Tom. ¿Yo sombrero? ¿No en mis dias!

¿Qué mueble tan enfadoso!

Cuando chico, un solideo,

Y cuando grande, un biombo.

Man. Cuando veo una mantilla

Recuerdo el: « ¡Adios, Manolo! »

Y aquello de: « ¡Sal del mundo... »

Te he de comprar un zorongo! »

Tom. Cada cual con sus gustos.

Man. Y dios con todos.

Tom. ¿Que viva la mantilla!

Man. ¿Que viva el gorro!

ESCENA III.

MANUELA, TOMASA, AMPARO.

(Aparece Amparo mal perjeñada y con un
pañuelo en la mano que contendrá al-
gunas ropas de mujer y otras alhajas.)

Amp. (Allí está.) Señoras mías,

¿Puedo pasar adelante?

Tom. Bienvenida, doña Amparo.

Llegue usted.

Amp. Muy buenas tardes.

(Se acerca.)

Man. ¿Qué doña fulana es esa?

(Aparte con Tomasa.)

Tom. Una preñada ambulante.

Ya te contará su historia,

Y la historia de su padre.

¡Oh!... — Tome usted esa silla

Y siéntese. (A Amparo.)

Amp. Que me place.

(Acercando una silla rústica y sentán-
dose.)

¿Usted lo ha pasado bien?

Tom. Muy bien. Gracias. ¿Y qué trae

De bueno en ese pañuelo

Doña Amparo?

Amp. Algunos pares

De medias, cosa de gusto;

Dos papalinas de encaje

Que aun no se han hecho del agua...

Mil cosas: todo de balde;

Porque como están los tiempos

Tan fatales, tan fatales...

Tom. (Dios te tenga de su mano.)

Amp. Y luego, ya usted lo sabe,

Yo, que soy una señora,

No engaño jamás á nadie.

¡Jesus! Yo no. Me contento

Con ganar algunos reales...

Man. Las mujeres de Castilla

No hablan con tanto donaire.

¿Es usted andaluza?

Amp. Si;

Nacida y criada en Cádiz.

Man. Ya imaginé...

Amp. Mi familia

Es de las mas principales.

Si usted ha estado por allá...

Man. No he pasado de Getafe.

Amp. Ahí está doña Tomasa.

Ella dirá si mi sangre...

Tom. Con efecto. Usted me ha dicho

Que es azul.

Amp. Mi señor padre...

Man. Fué intendente: ¿no es verdad?

O brigadier.

Amp. Es el diantre

Esta señora. En efecto,

Brigadier; pues.

Tom. Acertaste.

Man. No es maravilla; que todas

(En voz baja á Tomasa.)

Esas dueñas vergonzantes

O son viudas de intendentes,

O hijas de generales.

Amp. El que sirvió la intendencia

Fué mi difunto don Jaime...

Man. Pues. — ¿Qué te decía yo?

(A Tomasa aparte.)

Amp. Pero; qué de adversidades

Sobre una triste familia!

Mi padre murió en Levante

Del bubon, el año cinco.

Yo no le alcancé, que el martes

De la semana siguiente

Me dió á luz mamá.

Man. ¿Qué trance!

Amp. ¡Jesus!...

Man. ¿Con que es usted póstuma?

Amp. Pues, sí, póstuma... por parte

De papá.

Man. Pues; ya se entiende.

Amp. Después se llevó á mi madre

La fiebre amarilla.

Man. ¡Cielos!

Amp. Y por colmo de desastres

Mi malogrado consorte

Se murió dos años hace

Del cólera.

Man. ¿Qué dolor!

¿Y el malogrado don Jaime

Dejó tambien algun póstumo?

Amp. Un niño, sí, como un ángel. —

Póstumo no, que ya andaba;

Pero al mes siguiente cae

Con sarampion... ¡Ay Dios mio!

El corazon se me parte.

Man. ¿Murió tambien?

Amp. Sí, señora.

Man. ¿Desventurado linaje!

¿Cuatro epidemias sobre él!

Amp. ¡Ah! Yo soy la quinta...

Man.

¡Calle!

¿La quinta epidemia?

Amp. No.

La quinta víctima. Frágil

Mujer, viuda, abandonada...

Favor me haria en llevarme

Dios para sí.

Man. ¡Nada de eso!

Tom. (¿Que esta mujer no se canse

De hablar!)

Man. La suerte algun dia...

Amp. ¿Suerte? ¡Si nada me sale

(Hablando y manoteando con fervor.)

Bien! ¡Jesus! ¡Nada! Mi esposo

Pertenecía á la clase

De ilimitados, y ¡ni esto

(Con el dedo en los dientes.)

Me dejó! Los funerales...;

Porque soy una señora,

Y debia yo portarme

Como tal; pues, y el billete

De la diligencia, el viaje,

Y la muerte del chiquillo,

Acabaron de arruinarme.

Vengo á la córte; pretendo

La vuidedad, y me salen
Al encuentro... ¿qué sé yo?
Con dos mil dificultades.
Al cabo de veinte meses
Aun me llevan y me traen
Sin cobrar una mesada.
Era preciso ingeniarne,
Porque soy una señora
Y... En fin, ustedes ya se hacen
El cargo... Tomé un cuartito
Abi en la calle del Cármen,
Y puse mesa de juego...
Entre gentes regulares,
Por supuesto. Vea usted:
¡Era la partida grande! —
Yo siempre como señora. —
Cuatro horitas por la tarde,
Y me dejaban seis duros;
Pero un comisario alarbe
¡Zás! se me entra de rondón,
Pilla á todos *in fraganti*,
Y cuanto gané en tres meses
Me lo multó en un instante.
Man. ¡Qué horror!
Amp. ¡Y, señora y todo,
Quiso llevarme á la cárcel!
Después de esto...
Tom. Sí; después
Se mudó usted á otra parte
Y puso casa de huéspedes...
Amp. Si tal; mas..., sin degradarme;
Que yo soy una señora,
Y no quiero que me tacheen...
¡Jesus, María! ¡Primero
Comerme los codos de hambre!
Pero llevaba una vida
De perros, y mis afanes
No alcanzaban á cubrir
Mis cortas necesidades.
Hay en Madrid tantas gentes
Que viven del hospedaje,
Que no es fácil sacar jugo
De un arbitrio semejante.
Se lleva una mil petardos;
Y luego el vino, la carne,
Las verduras; todo está
Por las nubes. Mi carácter
No es tampoco para eso;
Que yo soy señora...
Tom. ¡Dale
Con la señoría!
Amp. En fin,
Ya no dependo de nadie.
Me he dedicado al comercio...
¡Pero sin tienda! Mi sangre
No me permite...
Man. Ya entiendo.
Comercio de corretaje;

Movible; no sedentario...
Amp. Pues, y aunque dan en llamarme
Prendera, yo soy señora...
Man. Eso no puede dudarse.
Señora... y de muchas prendas.
Amp. ¿Yo habia de sujetarme
A un mostrador y á servir
A cualquiera que llegase...?
Man. No; mejor es traficar
Por las casas, por las calles...
Hay en esto mas nobleza,
Y un desinterés laudable.
Amp. Yo visito á mis amigas;
Y de paso, una cambie
Sus alhajas por dinero,
O que por gusto se encargue
De empeñar alguna prenda...
Ya usted ve; cuando esto se hace
Entre señoras...
Man. Ya... Si.
Amp. Con que ¿quiere usted que sa-
que...?
Tom. Yo, por mí, no compro nada.
Si usted se vuelve otra tarde...
Amp. Bien: cuando usted guste.
Man. ¿A ver?
Si algo tiene que me agrade
Mi señora doña Amparo,
Estoy dispuesta á ferirme.
Amp. Mire usted ¡qué ricas medias!
Parece punto de Flandes.
Doña Paula y sus dos hijas,
Bonitas como dos angeles,
Se desojan para hacerlas.
En tres dias cuatro pares;
Que es un asombro. El bribon
De don Lorenzo, mal padre,
Peor marido, con un sueldo
De veinticuatro mil reales,
Las hace vivir remando
Y me las mata á pesares.
Como todo se lo chupa
La figuranta de baile...
Usted la ha de conocer.
La Timotea: buen talle,
Morena, muy descarada...
Tom. Eso no quita ni añade
Valor á las medias.
Amp. No;
Pero es natural que se hable...
Este chal es de Gertrudis,
La mujer de don Melquiades
El agente de negocios.
La corteja un comerciante...
Tom. ¡Qué mujer!
Amp. Que sus finezas
Paga en lienzos, tafetanes,
Merinos..., y como el otro

Es una especie de cafe
Que la zela y..., ya usted ve...
Tom. Me precisa el retirarme.
Tengo que hacer allá dentro...
Ya vendré luego á buscarte,
Amiga mía. (Está hoy
Esa mujer intratable.)

ESCENA IV.

MANUELA, AMPARO.

Amp. Vamos á ver si lo ajusto.
Seis duros. Es muy bonito.
Ya lo ve usted: nuevecito.
Man. No lo quiero. Es de mal gusto.
Amp. Las papalinas... ¿Qué tal?
Man. No, que es traje de beatas.
Amp. Las medias... Las doy baratas.
Man. (Pero ¡si no tengo un real!
Revolveré sin embargo.)
Tengo medias como esas.
Amp. ¿Y este collar de turquesas?
Man. ¿Cuánto?
Amp. No echaré por largo.
Trescientos reales. Son finas.
Man. Es caro.
Amp. Bonita hechura...
Man. No hacen bien á mi figura
Turquesas ni papalinas.
Amp. Otro collar, que es barato
Siendo tan rico y bien hecho...
Aqui lo llevo en el pecho.
(*Saca del pecho una joya envuelta en un
papel, y la desenvuelve.*)
Mire usted... No; es el retrato.
Man. ¿Retrato? Verlo deseo.
¿De quién es la miniatura?
Amp. Dicen que es de una hermosura.
Yo no he fijado...
Man. ¿Qué veo!
Amp. ¿Que es eso? ¿Qué novedad...?
Man. ¡Oh traicion! ¡Oh desacato!
Amp. No comprendo...
Man. ¡Este retrato
Es el mio!
Amp. ¡Y es verdad!
(*Mirándole.*)
Mas ¿por qué tanto despecho?
Man. ¿Por qué? Si á Dios no mirara...
Amp. Pero...
Man. ¡Vendida mi cara
Como cosa de desecho!
Amp. Y que un retrato se venda
¿Es maravilla?
Man. Gitana

Maldita, bruja chalana,
¿Quién le dió á usted esta prenda?
Amp. ¿Qué escucho! ¿Usted me desdora?
¿Usted con ese desceco...?
Man. ¡Pérfido!
Amp. Poquito á poco;
Que yo soy una señora.
Man. Bien; señora; archiduquesa,
Si usted quiere; emperatriz...
Hable usted; pero infeliz
Si la verdad no confiesa.
¿De dónde viene esa joya?
¿Quién te la ha dado? ¿Quién eres?
Amp. Las hijas de brigadieres
No hacen ninguna tramoya.
Hoy un mozo me la trajo
De parte de su señor.
Man. ¿Cómo se llama el traidor?
Amp. ¡Señora! Hable usted mas hajo.
El amo no sé quién es,
Que su nombre es un sagrado;
Pero conozco al criado.
Sirvió al señor don Andrés...
Man. ¡Basta...!
Amp. Y luego á doña Aldonza...
Man. ¡Me ha vendido! ¡Ay, aprended,
Mujeres...!
Amp. No; que está usted
Empeñada en una onza.
Man. Bien está. Yo me rescato.
¿Fia usted de mí?
Amp. Yo espero...
Man. Mañana daré el dinero.
Me quedo con el retrato.
Amp. Si por cierto. Basta y sobra
El verla á usted en la casa
De mi amigueta Tomasa. —
Ya no extraño esa zozobra.
Algun ingrato... Es seguro.
Man. ¿Qué villana recompensa!
Amp. ¿Quién no llora alguna ofensa
De amante infiel y perjuro?
Yo también, señora, á un huésped
Quise, y me engañó el cruel;
Y eso que reñí por él
Con don Matias del Céspedes...
¿Le conoce usted...?
Man. No sé.
Amp. ¡Buen sujeto! No es muchacho,
Mas sobre ser un ricacho
¡Me amaba con tanta fe...!
Pero el seductor impio
Después de comerme un lado
¡Ay ciegos! me ha abandonado.
¡Signo funesto es el mio!
Man. ¿Qué extremos hizo el ingrato!
¡Y me entrega á una prendera!
Amp. ¡Feliz yo si solo hubiera

De llorar por mi retrato!

Man. ¡Ay! Se pierde nuestro afán
En el viento, en esas flores;
Y entre tanto los traidores
De nosotras se reirán!

Amp. El de usted, según yo creo,
Solo la ofende en estatua;
Mas yo que he sido tan fatua
Que... Le he de ahogar si le veo.
Se esconde el hijo de cabra
Hoy aquí, mañana allí...
Mas se ha de acordar de mí
Si no cumplé su palabra.

(*Va oscureciendo.*)

Man. ¡Oh! ¡Suene el fúnebre cántico

Para mí!

Amp. ¡Para las dos!

¡Falso!

Man. ¡Infame! ¿Quién ¡oh Dios!

Crejera tal de un romántico?

¡Ay Joaquín!

Amp. ¿Joaquín se llama?

Man. Sí, don Joaquín es su nombre.

Amp. ¡Santo Dios! ¿Si será ese hombre...?

¿Su apellido!

Man. Valdegrama.

Amp. ¡El es, el es!... Seductora,

Usted me roba su amor.

No sé cómo mi furor...

Pero soy una señora.

Man. ¡Ah! ¡Me faltaba este oprobio!

Amp. ¡La lechuguina! ¡La bella!

¿Quién es ella, quién es ella,

Para quitarme mi novio?

Man. Yo... ¡Dios del cielo, qué furia!

No sabía...

Amp. ¡Acción villana!

Usted me dará mañana

Satisfacción de esta injuria.

Man. ¡Ay! Yo tiemblo. Si me pilla

Sola... ¡Qué bárbaro exceso!

¿Dónde...? ¿Cómo...?

Amp. En el Reposo

Ante un teniente de villa.

Man. ¿Yo he de sufrir esa mengua?

¿Yo á tribunales citada?

Y ¡por quién!

Amp. ¡Calle, taimada...!

O la arrancaré la lengua!

Man. Pero ¡Señora! por Dios...

¿Qué hice yo, pobre de mí?

¿Quién es delincuente aquí?

¡Victimas somos las dos!

Amp. Sí...; víctimas de un infiel...

Culpar á usted es en vano;

El solo... venga esa mano.

(*Se la da Manuela temblando.*)

Guerra las dos contra él.

¿Dónde vive ese bribón?

Usted bien sabrá en qué casa.

(*Tomasa aparece á lo lejos.*)

Man. Vive... Allí viene Tomasa.

Si advierte mi agitación...

Vámonos por aquel lado...

Amp. Sí: tal vez no nos ha visto...

¡Habrà la de Dios es Cristo

Cuando te agarre, malvado!

ESCENA V.

TOMASA.

Se marcha con la prendera...

Ya volverá por aquí.

¡La tal doña Amparo! Vamos,

Yo no la puedo sufrir

Cuando está tan habladora.

Manuela, que es tan pueril,

Mucho se habrá divertido

Con su cháchara, que á mí

Me hace poquisima gracia.

¡Y qué modo de mentir

La viuda del intendente! —

¿Quién pasea por allí?

Ya apenas se ve. ¿Será

Mi esposo? No. Es don Joaquín.

ESCENA VI.

TOMASA, DON JOAQUÍN.

Joaq. (Pensé no echarme de encima

Hasta mañana al cerril

De don Hipólito. ¿Qué hombre!

En agarrándose á mí...

Su mujer, si no me engaño,

Ha de andar por el jardín.

¿Qué negros ojos aquellos

Y qué cuerpo tan gentil!

Y una pasta... angelical.

Cuando ella sufre al mastin

De su esposo... Allí la veo;

¡Y está sola! Soy feliz.

Allá voy. Yo me declaro.)

(*Se acerca.*)

¿Cómo tan solita aquí,

Adorable Tomasita?

¿Es usted el querubín

Que guarda este paraíso?

Tom. ¡Qué lisonja!

Joaq. No. El matiz

Del clavel y de la rosa,

Del nardo y del aleli

Se marchitan cuando usted

Se aparece en el pensil.

Tom. ¿Soy yo acaso el crudo cierzo

Que se goza en destruir

Las flores?

Joaq. No, que es usted

La flor mas bella de abril,

Y avergonzadas las otras...

Tom. ¡Eh! no sea usted así.

Si le oyera á usted Manuela

¿Qué diría? Porque al fin,

Aunque esas galanterías

Son inocentes en sí,

Como usted pena por ella...

Joaq. No, señora. Ese es un *quid*

Pro quo. Cuando está mañana...

Tom. ¿Si acabará de venir?

La gaditana sin duda

Le estará contando mil

Patrañas...

Joaq. Acaso esté

Paseándose por ahí...

Tom. Vamos los dos á buscarla.

Joaq. Si se quiere usted servir

Del brazo...

Tom. Con mucho gusto.

Joaq. Está hermoso el tiempo.

Tom. Si.

(*Al retirarse los dos paseando aparece por*

el lado opuesto don Hipólito. Acaba de

anochece.)

ESCENA VII.

DON HIPOLITO.

Don Joaquín es el demonio,

Pero yo soy muy sutil

Y no me la pega nadie.

Él anda ¡qué galopin!

Tras de la bella viudita,

Y harto será que un deslíz...

Él piensa que voy andando

Hacia la red de San Luis;

Mas del jardín no he salido

Y voy á ser su alguacil.

No quiero hacerle mal tercio;

¡Nada! dejemos vivir

A todo el mundo, que yo

Tambien algun día fui

Muchacho. Pero me ha entrado

Curiosidad mujeril

De oír en tierno coloquio

A ese bravo paladín

I.

Y á la hermosa señora

Que le cautiva; es decir,

A una viudita romántica

Al estilo de París,

Y al pillo mas redomado

Que pasea por Madrid.

¿Por dónde andarán? Mas ¡tate!

Entre un sauce y un jazmin

Veo dos bultos. Son ellos...

Y se vienen hácia aquí.

Ellos son. Vienen hablando...

¡Pues! La voz de don Joaquín.

Me esconderé entre estos árboles...

¿Cómo me voy á reír!

ESCENA VIII.

TOMASA, DON JOAQUÍN, DON HIPOLITO.

Tom. Sentémonos un poquito.

(*Se sientan Tomasa y don Joaquín.*)

¡Vaya, que es gracioso el cuento!

Joaq. ¿Se rie usted de mi amor,

Señora?

Tom. Hago lo que debo.

Joaq. Al ver esa indiferencia

Me aflijo, me desespero.

Hip. (No los oigo bien, y saco

Media vara de pescuezo.

Daré un paso mas.)

Tom. Ya basta

De broma. ¡Si no lo creo!

Hip. (¡Dengosa!)

Tom. ¿Cómo es posible

Que ame usted á dos á un tiempo?

Joaq. ¡Ah! Yo juro que usted sola...

Hip. (¿La viudita tiene celos?

¡Mujer al agua!)

Joaq. Es verdad

Que amé á otra: no lo niego;

Mas desde el dia, no sé

Si venturoso ó funesto

Para mí, desde aquel dia

En que vi el hermoso cielo

De esa cara, usted fué sola

El iman, el embeleso

De mi alma. Desde entonces

Senti en ella todo el fuego

Del amor, y conocí

Que aquel mi primer afecto,

O fué engañosa ilusion

O capricho pasajero.

Hip. (¡Qué labia, qué labia tiene!

A mí se me está cayendo

La baba de oírle. ¡Es mucho!

Tom. Se pone usted ya tan serio

12

Que me obligará á imitarle;
Y como hay Dios que lo siento.

Hip. (Esa voz... No sé... Sin duda...
El aire... ¿Qué sé yo?... El eco...)

Joaq. ¿Qué! ¿Pudiera yo burlarme
De un dechado tan perfecto
De hermosura...?

Hip. (¡Bien!)

Joaq. De gracia...

Tom. Menos malo fuera eso
Que poner lascivos ojos
En mujer que tiene dueño.

Joaq. Señora...

Hip. (¿Dueño? No caigo...
¡Ah! Sin duda habla del muerto.)

Joaq. Sí; usted depende de otro hombre,
¡Y este es mi mayor tormento!

Hip. (Lo dice por don Fructuoso,
Tiene razon, que es un perro.)

Tom. ¡Atentar contra la honra
De un amigo!

Hip. (¿Honra? ¿Qué es esto?)

Joaq. Oigame usted...

Tom. Esa acción
No es digna de un caballero.

Hip. No; esa voz no es de la viuda.
Mas parece ¡vive el cielo!

La de mi mujer.)

Joaq. Señora,

Yo merecía, es cierto,

Tan agria reconvenção

Si fuese amigo en efecto

De su marido de usted.

Hip. (¡Hay marido de por medio!

Yo soy. ¡Ciertos son los toros!

Joaq. Si le hablo, si le tolero

Es por tener ocasion

De ver á usted. Nuestros genios

Son opuestos, antipáticos.

Tanto como á usted la quiero...

Hip. (¡Ay! Esto va malo.)

Joaq. Al tal

Don Hipólito aborrezco.

Hip. (Quedó enterado; Por vida!...)

Joaq. Y á no mirar al respeto

Que usted me merece...

Hip. (¡Infame!)

Joaq. Le diría que es un lerdo...

Hip. (¡Villano! ¡Traidor!)

Joaq. Un burro...

Tom. ¡Don Joaquin!

Hip. (¿Y no le estrello?

Pero ella... ¿Quién sabe...? Oigamos.)

Joaq. Perdona usted si me excedo.

Al cabo es usted su esposa

Y debo algun miramiento

A la desgracia de usted.

Hip. (¡Ah!)

Joaq. Pero el amor, los zelos...

¿Cómo he de ver con paciencia

En brazos de ese mastuerzo...?

Hip. (¡Em!)

Joaq. ¿Un tesoro de gracias?

Tom. Basta. No sufro...

Joaq. ¡Un momento!—

¿Entregada á un rudo sátiro...

Hip. (¡Oh!)

Joaq. La beldad por quien muero?

Hip. (¡Him!...)

Joaq. No se impaciente usted.

Aquí, á solas, en secreto

Hablo así; pero en el mundo

No publico sus defectos.

Hip. (Gracias. ¡Bribon!)

Joaq. Y á lo mas

Lo que hago es mofarme de ellos.

Hip. (¡Hum! ¡Yo le mato!)

Tom. ¿Y qué importa

Que no escuche esos dicitos

El mundo, si yo los oigo?

Hip. (¡Ay! ¡Dios te pague el consuelo

Que me das!)

Joaq. ¡Oh cuánto admiro

Esa bondad, ese bello

Carácter! Usted se esfuerza

Para dominar el tedio

Con que le mira...

Hip. (¡Ay! Yo sudo...

¿Será verdad? Mucho temo...)

Joaq. Y ya que él no haya sabido

Hacerse amar, á lo menos

Cierta consideracion...

Cierto aparente respeto...

Tom. Sí; yo respeto á mi esposo:

Mi deber es este; pero...

Hip. (¡Uf!... ¿Qué va á decir?)

Tom. Le amo

Tambien.

Hip. (¡Oh placer! A besos

Me la comería ahora.)

Joaq. (¡Está rebelde! Toquemos

Otra tecla.) ¡Usted le ama!

Verdad será; yo lo creo.

Pero prescindiendo ahora

De su falta de talento...

Hip. (¡Voto á brios!...)

Joaq. De su mal tono,

De sus modales groseros.

De lo obtuso y lo compacto

De su figura...

Hip. (¡Hoy me pierdo!)

Joaq. ¿Es acaso su conducta

Digna de un amor tan tierno?

Tom. Yo no tengo queja de él.

Hip. (¡Mona!)

Joaq. Pues anda diciendo

Que usted se casó sin dote

Ansiosa de su dinero.

Hip. (¡No digo tal!)

Tom. Sentiría

Que de mí dijera eso.

El sabe que no es verdad.

Hip. (¡No, hija mía!)

Joaq. ¡Y qué desprecio

Cuando habla de la familia

De usted! « Unos hidalguelos

Presumidos, pobretones...

Me la entregaron en cueros... »

Hip. (Si este hombre no es un dem onio

No los hay en el inferno.)

Tom. Pobre era; si, pero honrada.

Y si es verdad que yo debo

Mi bienestar al esposo

De mi eleccion, sabe el cielo

Que ingrata no soy.

Hip. (¡Divina! —

Yo lloro como un muñeco.)

Joaq. Aun no lo sabe usted todo.

Teniendo en casa un modelo

De hermosura y de virtud,

Está amancebado...

Hip. (¡Ah perro!

¡Mientes!)

Joaq. Con una bolera

Jubilada.

Hip. (¡Habrá embustero!)

Joaq. ¡Buena cara, pero tiene

Una facha de sargento!

Hip. (¡No mas!)

(Da un paso como para abalanzarse á don

Joaquin: oyendo después hablar á To-

masa se detiene.)

Joaq. Y no hay que esperar

Que ese hombre...

Tom. ¡Basta! Ya est tiempo

(Se levanta, y en seguida don Joaquin.)

De que hable yo, señor mio.

Usted ha cobrado aliento

Por lo visto al ver con cuánta

Paciencia le he estado oyendo.

Pero yo no soy mujer

Que grito, y me desespero,

Y arañó como una arpia

Al que me dice requiebros.

Sé mi deber, sé cumplirlo;

Y necesario no creo

Para ser mujer de bien

Dar un cuarto al pregonero.

Confieso que la insolencia

De usted...

Hip. (¡Chúpate esa! ¡Bueno!)

Tom. No ha merecido la gracia

De mi largo sufrimiento;

Pero soy mujer al fin,

Y, no por ganar trofeos,

Sino por la inevitable

Curiosidad de mi sexo,

Ver he querido hasta dónde

Llega el orgullo de un necio.

O enamorado está usted

De veras, y lo celebro

Porque así será mas vivo

Y eficaz el escarmiento;

O por vicio, nada mas;

Quería ganar mi afecto;

Y en este caso, hijo mio,

Ha andado usted poco diestro.

Presume usted de famoso

Libertino, á lo que veo;

Pero en esto de mujeres

No hay seguro reglamento,

Que suele dar la mas boba

Lecciones á los maestros.

Joaq. Señora...

Hip. (¡Ay, boquita de ángel!

Tom. Sírvale á usted de gobierno

Que hay, además de la honra,

Otro fuerte impedimento

Para que ahora, ni nunca,

Acceda yo á sus deseos;

Y es que gusto yo muy mucho

De mi marido.

Hip. (Lo apruebo.

Me hace justicia.)

Tom. Y de usted...

Nada.

Hip. (¡Bravísimo!)

Joaq. Siento

No merecer...

Tom. Mi marido,

Con todos esos defectos

Que usted supone y pondera,

Y algunos que yo le encuentro...

Hip. (¡Cómo! Eso...)

Tom. Me inspira amor,

Y usted...

Joaq. ¿Odio?

Tom. No. — Desprecio. ®

ESCENA IX.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Joaq. ¡Digo..., y parecía tonta!

¡Yaya, que he quedado fresco!

Mas ¿qué importa? Si esta falla...

Hip. (Ahora entro yo de refuerzo.)

¡Caballerito!

(Acercándose.)

Joaq. ¡Esta es otra!
¡El marido aquí!... Escapemos.

ESCENA X.

DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Hip. ¡Oiga usted! ¡El que codicia...!
(Buscándole.)

Fruct. Él es.

Hip. La mujer ajena;

El que...

Fruct. ¡Sea en hora buena!
(Abrazándole.)

¡Apriete usted! ¡Gran noticia!

Hip. ¡Cómo...! Qué... ¡Ba...! ¿Quién me agarra?

Fruct. ¡Qué dicha!

Hip. Suélteme usted,

Que se escapa de la red...

¿Qué noticia? ¿Es de Navarra?

Fruct. No, señor.

Hip. Pues sin misterio
(Sin poder desasirse.)

Diga usted... ¡Ah! Se me escapa.

Suelte usted... ¡Ah! Se me escapa.

Suelte usted... Ya ¿quién le atrapa?

Fruct. Ha caído el ministerio.

(Sin soltarle.)

Hip. ¡Bien, bien! Y caiga hasta el nombre
Del partido estacionario.

¡Pero suelte usted, canario!

¿Me quiere matar este hombre?

(Se desprende de los brazos de don Fructuoso.)

Fruct. El triunfo ha sido completo.

Hip. Después podemos hablar,

(Andando.)

Que ahora tengo que ajustar

La cuenta á cierto sujeto...

Y diga usted: ¿quiénes son

(Volviéndose.)

Los candidatos? ¿A ver?

Porque yo les quiero hacer...

Fruct. ¿Visita?...

Hip. No. Oposición.

Fruct. No hiciera mas un carlista.

¡Si son patriotas! No encuentro

La razon... Vamos adentro,

Y leeremos la lista.

Hip. Vamos; ya basta de plática.

(Andando.)

(Si le cojo, ¡por Santiago...!)

Lo dicho dicho: les hago

Oposición sistemática.

Fruct. ¡Oposición!

Hip. ¡Y tres mas!
Fruct. ¿Y siendo del movimiento...?
Hip. Pues bien; hacérsela intento
Para que se mueva mas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN.

(Sentado junto á una mesa.)

No hay duda. El marido... ¡pues!
Oculto me estaba oyendo,
Y hay allí un lance tremendo
Si no me valen los piés.
El hombre, lerdó ó no lerdó,
Me ha dado un chasco cruel.—
¡Y quizá estaba con él
La Tomasita de acuerdo!
Yo esperaba mil placeres...
¡Pero enamorarse así
De un hombre tan baladí!
El diablo son la mujeres.
Mucho temo que ese vándalo
Por vengar á su Tomasa
Venga iracundo á mi casa,
Y haya en Madrid un escándalo.
¡Oh! mal pleito fuera el mio;
Que la pública moral...
Vamos; soy hombre fatal.—
¡Y el otro del desafío?
Porque en un breve epigrama
Dije de él que es un cornudo,
En mi sangre el testarudo
Quiere vindicar su fama.
¡Vaya, que hay raras manías!
Conmigo ojeriza tanta,
¡Y al quidam que le suplanta,
Le hará dos mil cortesías!
O es ó no ciervo de Dios:
Si lo es, la verdad escribo,
Y una verdad no es motivo
Para matarnos los dos.
Si, al contrario, á un buen casado
Con mi epigrama ofendi,
Escriba dos contra mi
Y estamos del otro lado.
¡Por una chanza venial

Metido en lance tan serio!—
¡Y al hundirse el ministerio
Hacerme ministerial!...
¡Maldecida suerte! Y luego
Tanto acreedor temerario...
Está visto. Es necesario
Tomar las de Villadiego.—
Pero este ganso de Lucas
¡Cuánto tarda! Mi impaciencia...
Si tomo la diligencia
No paro hasta las Molucas.
Mas si pronto no las lio...
¿Quién demonios le detiene?
Responderé mientras viene
Al cartel de desafío.

(Escribe.)

ESCENA II.

DON JOAQUIN, LUCAS.

(Entra Lucas abriendo con un picaporte
la puerta que da á la escalera, y se la
deja entornada.)

Joaq. ¿Estás aquí ya, jumento?

Lucas. ¡Vaya, y por poco me caigo

Por correr...!

Joaq. Bien.

(Sigue escribiendo.)

Lucas. Aquí traigo,

Señor...

Joaq. Espera un momento.

Lucas. (Por servirle me deslomo,

¡Y jumento me llamó!

¡Si valiera...! Pero yo

Tengo ley al pan que como.)

Joaq. Así está bien.— Señor,

(Lee el papel que ha escrito.)

Puesto que á punta de lanza

Quiere usted llevar mi chanza,

Acepto su desafío.

Supongo que usted no ignora

Que en todo tiempo el retado

A su gusto ha designado

El arma, el sitio y la hora.

Pues bien, señor redartor,

Por sitio á Paquin elijo,

Y la hora que le fijo...

Cuanto mas tarde, mejor.

Yo parto, y no tengo saña.

¿Quiere usted seguir mis huellas?

Mis armas son dos botellas

De buen vino de Champaña.—

Luego que me haya marchado

Llevarás este papel

A casa de don Gabriel.

(A Lucas, cerrando el billete, y dejándolo
sobre la mesa.)

Lucas. Muy bien: pierda usted cuidado.

Joaq. Ahora, Lucas, dame pronto

Cuenta de tu comision.

¿Fuiste á la administracion?

¿Traes billete?

Lucas. ¿Soy yo tonto?

Aquí está, valga ó no valga.

Joaq. Ya he dicho que hacer mi viaje

Quiero en cualquier carruaje:

En el primero que salga.

Al Levante, al Sur, al Norte...

Con todos vientos navego.

El caso es largarme luego

De esta maldecida córte.

Lucas. ¿Qué diligencia, señor,

Sale hoy? Esta fué mi arenga.—

La de Zaragoza.— Venga

Un billete de interior.—

Doy el nombre, tomo, pago,

Y listo como un cohete...

Joaq. Y luego, cojo y ¿qué hago?

(Se lo da.)

Me voy á la policia;

Saco el pasaporte...

Joaq. ¡Bravo!

(Tomando el pasaporte.)

Tu puntualidad alabo.

Lucas. Sale el coche al medio dia.

Joaq. ¿Hay muchos viajeros?

Lucas. Pocos.

Un matrimonio, y el suegro...

Joaq. ¡A Zaragoza! Me alegro.

Allí hay hospital de locos.

Y á fe que habrá mas de dos

En él que tengan mas seso

Que yo.

Lucas. ¡Cá! No diga usted eso.

Ser. ¡Alabado sea Dios! (Entrando.)

ESCENA III.

DON JOAQUIN, DON SERAPIO, LUCAS.

Joaq. (¡Don Serapio! Soy perdido.—
¡Ese animal de bellota...!)

Lucas. (¡Pecador, que no he cerrado

La puerta! ¿Qué digo ahora?

Yo me escurro.)

Joaq. ¡Esta es otra!
¡El marido aquí!... Escapemos.

ESCENA X.

DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Hip. ¡Oiga usted! ¡El que codicia...!
(Buscándole.)

Fruct. Él es.

Hip. La mujer ajena;

El que...

Fruct. ¡Sea en hora buena!

(Abrazándole.)

¡Apriete usted! ¡Gran noticia!

Hip. ¡Cómo...! Qué... ¡Ba...! ¿Quién me agarra?

Fruct. ¡Qué dicha!

Hip. Suélteme usted,

Que se escapa de la red...

¿Qué noticia? ¿Es de Navarra?

Fruct. No, señor.

Hip. Pues sin misterio

(Sin poder desasirse.)

Diga usted... ¡Ah! Se me escapa.

Suelte usted... ¡Ah! Se me escapa.

Suelte usted... Ya ¿quién le atrapa?

Fruct. Ha caído el ministerio.

(Sin soltarle.)

Hip. ¡Bien, bien! Y caiga hasta el nombre
Del partido estacionario.

¡Pero suelte usted, canario!

¿Me quiere matar este hombre?

(Se desprende de los brazos de don Fructuoso.)

Fruct. El triunfo ha sido completo.

Hip. Después podemos hablar,

(Andando.)

Que ahora tengo que ajustar

La cuenta á cierto sujeto...

Y diga usted: ¿quiénes son

(Volviéndose.)

Los candidatos? ¿A ver?

Porque yo les quiero hacer...

Fruct. ¿Visita?...

Hip. No. Oposición.

Fruct. No hiciera mas un carlista.

¡Si son patriotas! No encuentro

La razon... Vamos adentro,

Y leeremos la lista.

Hip. Vamos; ya basta de plática.

(Andando.)

(Si le cojo, ¡por Santiago...!)

Lo dicho dicho: les hago

Oposición sistemática.

Fruct. ¡Oposición!

Hip. ¡Y tres mas!
Fruct. ¿Y siendo del movimiento...?
Hip. Pues bien; hacérsela intento
Para que se mueva mas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN.

(Sentado junto á una mesa.)

No hay duda. El marido... ¡pues!
Oculto me estaba oyendo,
Y hay allí un lance tremendo
Si no me valen los piés.
El hombre, lerdó ó no lerdó,
Me ha dado un chasco cruel.—
¡Y quizá estaba con él
La Tomasita de acuerdo!
Yo esperaba mil placeres...
¡Pero enamorarse así
De un hombre tan baladí!
El diablo son la mujeres.
Mucho temo que ese vándalo
Por vengar á su Tomasa
Venga iracundo á mi casa,
Y haya en Madrid un escándalo.
¡Oh! mal pleito fuera el mio;
Que la pública moral...
Vamos; soy hombre fatal.—
¡Y el otro del desafío?
Porque en un breve epigrama
Dije de él que es un cornudo,
En mi sangre el testarudo
Quiere vindicar su fama.
¡Vaya, que hay raras manías!
Conmigo ojeriza tanta,
¡Y al quidam que le suplanta,
Le hará dos mil cortesías!
O es ó no ciervo de Dios:
Si lo es, la verdad escribo,
Y una verdad no es motivo
Para matarnos los dos.
Si, al contrario, á un buen casado
Con mi epigrama ofendi,
Escriba dos contra mi
Y estamos del otro lado.
¡Por una chanza venial

Metido en lance tan serio!—
¡Y al hundirse el ministerio
Hacerme ministerial!...
¡Maldecida suerte! Y luego
Tanto acreedor temerario...
Está visto. Es necesario
Tomar las de Villadiego.—
Pero este ganso de Lucas
¡Cuánto tarda! Mi impaciencia...
Si tomo la diligencia
No paro hasta las Molucas.
Mas si pronto no las lio...
¿Quién demonios le detiene?
Responderé mientras viene
Al cartel de desafío.

(Escribe.)

ESCENA II.

DON JOAQUIN, LUCAS.

(Entra Lucas abriendo con un picaporte
la puerta que da á la escalera, y se la
deja entornada.)

Joaq. ¿Estás aquí ya, jumento?

Lucas. ¡Vaya, y por poco me caigo

Por correr...!

Joaq. Bien.

(Sigue escribiendo.)

Lucas. Aquí traigo,

Señor...

Joaq. Espera un momento.

Lucas. (Por servirle me deslomo,

¡Y jumento me llamó!

¡Si valiera...! Pero yo

Tengo ley al pan que como.)

Joaq. Así está bien.— Señor,

(Lee el papel que ha escrito.)

Puesto que á punta de lanza

Quiere usted llevar mi chanza,

Acepto su desafío.

Supongo que usted no ignora

Que en todo tiempo el retado

A su gusto ha designado

El arma, el sitio y la hora.

Pues bien, señor redartor,

Por sitio á Paquin elijo,

Y la hora que le fijo...

Cuanto mas tarde, mejor.

Yo parto, y no tengo saña.

¿Quiere usted seguir mis huellas?

Mis armas son dos botellas

De buen vino de Champaña.—

Luego que me haya marchado

Llevarás este papel

A casa de don Gabriel.

(A Lucas, cerrando el billete, y dejándolo
sobre la mesa.)

Lucas. Muy bien: pierda usted cuidado.

Joaq. Ahora, Lucas, dame pronto

Cuenta de tu comision.

¿Fuiste á la administracion?

¿Traes billete?

Lucas. ¿Soy yo tonto?

Aquí está, valga ó no valga.

Joaq. Ya he dicho que hacer mi viaje

Quiero en cualquier carruaje:

En el primero que salga.

Al Levante, al Sur, al Norte...

Con todos vientos navego.

El caso es largarme luego

De esta maldecida córte.

Lucas. ¿Qué diligencia, señor,

Sale hoy? Esta fué mi arenga.—

La de Zaragoza.— Venga

Un billete de interior.—

Doy el nombre, tomo, pago,

Y listo como un cohete...

Joaq. Y luego, cojo y ¿qué hago?

(Se lo da.)

Me voy á la policia;

Saco el pasaporte...

Joaq. ¡Bravo!

(Tomando el pasaporte.)

Tu puntualidad alabo.

Lucas. Sale el coche al medio dia.

Joaq. ¿Hay muchos viajeros?

Lucas. Pocos.

Un matrimonio, y el suegro...

Joaq. ¡A Zaragoza! Me alegro.

Allí hay hospital de locos.

Y á fe que habrá mas de dos

En él que tengan mas seso

Que yo.

Lucas. ¡Cá! No diga usted eso.

Ser. ¡Alabado sea Dios! (Entrando.)

ESCENA III.

DON JOAQUIN, DON SERAPIO, LUCAS.

Joaq. (¡Don Serapio! Soy perdido.—

¡Ese animal de bellota...!)

Lucas. (¡Pecador, que no he cerrado

La puerta! ¿Qué digo ahora?

Yo me escurro.)

ESCENA IV.

DON JOAQUIN, DON SERAPIO.

Ser. Buenos dias,
Amigo mio.

Joaq. (Este posma
Me faltaba.)

Ser. Si está usted
Ocupado; si incomoda
Mi visita...

Joaq. Nada de eso,
Don Serapio. Usted me honra
Demasiado...

Ser. Pues entonces,
Si usted á mal no lo toma,
Me sentaré.

Joaq. (¡Santo Dios!
¿Quién me libra de esta mosca?)

Señor don Serapio hoy tengo
Ocupaciones forzosas...

Tengo que salir... Si usted...

Ser. Mi visita será corta.
Hoy no traigo mas objeto
Que el de saber si usted goza
De buena salud.

Joaq. Mil gracias.
(¡Nada me pide! ¡Me asombra
Tal exceso de bondad!)

A mi la salud me sobra.

¿Y usted?

Ser. ¡Eh! Vamos tirando.
Mientras siga así la atmósfera...

De paso también venía
A cobrar esa bicoca...

Joaq. (Ya decía yo que este hombre...)

Sí; ya entiendo: las nueve onzas...

Ser. Perdona usted: tres mil reales.

Joaq. ¡Ah! sí, sí.

Ser. Cuenta redonda.

Joaq. Usted medió cuatro y media...

Ser. Y los intereses montan

Doble y un pico...

Joaq. ¡En tres meses

El ciento por ciento! Es cosa

De estremeerse.

Ser. Amiguito,

Con los agios de la bolsa

Escasa el numerario;

Y agregue usted la discordia

Civil, las malas cosechas,

Y los rezagos del cólera...

Joaq. Es verdad, y usted merece

Mi gratitud... (¡Mala bomba...!)

Ser. Y tres mil reales, al cabo,

¿Qué son para una persona

Como usted?

Joaq. Son tres mil reales.

Ser. Pues; que en un día de fonda

Se gastan.

Joaq. Bien: yo estoy pronto

A pagar.

Ser. ¿Si?

Joaq. Pero hay otras

Atenciones que cubrir...

Ser. No serán tan perentorias...

Joaq. Si usted quisiera esperar

Hasta la semana próxima...

Ser. No, no puede ser.

Joaq. Espero

Dos letras de Barcelona.

Ser. No puede ser. Se ha cumplido

El plazo, y á mi me acosan

Para el subsidio, y la paja...

Joaq. (Esa sea la que comas

Toda tu vida.)

Ser. Y los frutos

Civiles... Ni es esta sola

La cuenta que...

Joaq. Al zapatero

Debo seis pares de botas...

Se lo digo á usted en confianza;

Y no cuento las remontas.

Ya ve usted; un artesano

Es antes...

Ser. ¿Usted se apura

Por eso?

Joaq. Y es natural.

Ser. Yo sé que el maestro de obra...

(Estornuda.)

Prima esperará.

Joaq. ¡Jesus! (Salutando.)

Ser. Gracias. (Menos ceremonias

Quisiera yo y mas dinero.)

Joaq. Pero usted ¿en qué se apoya

Para asegurar...?

Ser. En este

(Saca un papel, y en seguida lo guarita.)

Papellito en que me endosa

Su crédito. Y le he dado

Los dos tercios de la cuota,

Y está muy agradecido.

Joaq. Es resignacion heroica.

Pero el caso es que á mi sastré...

Ser. ¿El de la calle de Atocha?

Joaq. Le bebo cuarenta duros,

Y es hombre que me sofoca...

Ser. Tambien tengo aqui su cuenta.

Le dí por ella seis doblas

De á cuatro duros.

Joaq. ¿Pero, hombre...!

Ser. Y no piense usted que llora

Por lo perdido. Al contrario.

Me dijo con mucha sorna:

Lo que falta hasta el completo

De la cuenta que usted compra

Iba de mas en el paño,

Forros, botones y borlas.

Joaq. ¡Qué modo de especular!

Ni judíos de Liorna...

Ser. ¿Qué quiere usted? Hoy en dia

La industria se desarrolla

En todos sentidos. Unos

Con deuda interior negocian,

Otros con deuda exterior.

Yo por no hacer bancarrota

Especulo en la doméstica;

Especie de lima sorda

Que enriquece sin escándalo;

Mina virgen que se explota

Con paciencia y con ingenio;

Papel que nadie ambiciona,

Y como no hay concurrentes

Me hace á mi la olla gorda;

Papel en fin que no alteran

Contratiempos ni derrotas,

Y ni paga corretaje,

Ni está sujeto á reformas.

Joaq. Averiguando primero

Si es hombre el deudor que goza

De rentas, si hay garantías...

Ser. Es claro: ahí está la historia.

Joaq. (Pues si fias en mis rentas,

De aquí á cien años no cobras.)

Ser. Pero hay gentes en Madrid

De brillo y de trapisonda

Que sin sueldo ni heredades

Disfrutan la *vita bona*,

Ya escribiendo, ya jugando.

Ya porque á su cargo toman

Comisiones reservadas,

O ya en fin porque enamoran

Hasta agotar sus gavetas

A una dueña quintañosa.

Tambien sus deudas negocio,

Y quizá primero que otras,

Si es moderada la suma

Y la ganancia no es floja.

Joaq. (¡Diablo de hombre!) Mas sin

fincas,

Diga usted, ¿quién los abona?

Ser. Su vanidad. Mas conviene

Que el acreedor sea cócora,

Que no los deje dormir,

Que los siga á sol y sombra,

Y que allí los acometa

Donde mas los abochorna;

En el café, verbigracia,

En el Prado, entre señoras...

Joaq. (¡Este hombre es un asesino!)

Ser. Si no basta, se alborota

El barrio del insolvente;

Se pide auxilio á la tropa,

Y se le cita al Repeso,

Y se le mete en chirona...

Joaq. ¡Basta! ¡Basta!

Ser. Y se le quita

De casa en casa la honra;

Se le acusa en los periódicos...

Joaq. Vamos, ya basta de bromas.

Ser. Bromas...; ¡pues!; que con usted

No se entienden esas formas

Legales, porque supongo...

Joaq. Si, señor; usted suponga...

¿Sabe usted que es una empresa

La de usted muy meritoria?

Ser. ¡Vaya! Con ella hago muchas

Obras de misericordia.

Hombre hay que no cobraria

Ni en un siglo si mi bolsa

No redimiera su crédito.

Joaq. Y mi pecho, que blasona

De agradecido, jamás

Olvidará, ni en la losa

Del sepulcro, esa fineza

Desconocida en la historia.

¡Pagar á mis acreedores!—

¡Oh alma noble y generosa!

(Abrazándole.)

Ser. ¡Por Dios, señor don Joaquin!

¡Por Dios! Usted me sonroja.

Yo no merezco... Lo que es

Esas cuentas... Por ahora...

Joaq. Gracias; no esperaba menos...

(Despidiéndole.)

Con que, abur...

Ser. Pero la otra

Me la habrá usted de pagar

En el acto.

Joaq. ¡Dale hola!

¡Si no tengo un cuarto!

Ser. ¡Vaya!

Yo sé bien que á usted le sobra

Para sus vicios...

Joaq. ¡Ni un cuarto!

Ser. Yo tambien admito joyas...

Joaq. Todas las tengo empeñadas...

Ser. Y muebles, y alguna ropa;

Colchones...

Joaq. Ya no hay paciencia.

Vil usurero carcoma,

¿Quiere usted dejarme en paz?

Ser. Ni dictérios ni lisonjas

Me harán mudar de propósito.

¿Añoja usted, ó no añoja?

Yo no me muevo de aquí

Mientras no pille la mosca.

Joaq. ¿No? ¿Ve usted ese balcon?

Ser. Si. La pregunta es ociosa.
 Joaq. Pues ó me tiro por él,
 O le tiro á usted. Escoja.
 Ser. ¿Qué escoja yo?
 Joaq. Si, señor.
 Ser. Pues la eleccion no es dudosa.
 Tírese usted.

Joaq. ¡Vive el cielo!
 (Va á salir, y se detiene.)

(Mas si mi furia le arroja
 A la calle es muy capaz
 De no morir esa momia
 Infernal, y pagará
 Después la cura y las costas.)
 ¡Váyase usted!

Ser. No me voy,
 Joaq. Bien: aquí tengo pistolas...
 (Saca del bolsillo un par de pistoletas.)

Siempre las llevo conmigo.
 (Descargadas, mas no importa:
 Metámosle miedo.)

Ser. Entiendo.
 A cuenta de las nueve onzas
 Y pico... Pero ¿qué puede
 Valer eso? Poca cosa.
 No doy por ellas un duro.

Joaq. ¡Miren qué salida ahora!
 No es eso. Tome usted una,
 Otra yo, estalle la pólvora,
 Y muera el mas ruin.

Ser. No acepto
 El duelo: es costumbre goda
 Y temeraria.— ¡Vecinos...!

Joaq. ¡No grite usted! Punto en boca,
 (Apuntándole con la pistola.)

O le hago aquí un chicharrón!
 Ser. (Es que... en verdad... si me sopla
 (Retrocediendo.)

Un tiro...)
 Joaq. ¡Voto á...! ¿Usted quiere
 Forzarme á una accion impropia
 De un caballero? Yo soy
 Libertino, mala cholla,
 Vicioso; lo que usted quiera;
 Mas no merezco la nota
 De criminal todavía.

Usted es quien me provoca
 A serlo. Váyase usted,
 O disparo ¡y ardá Troya!

Ser. (De veras va, que echa llamas
 Por los ojos y la boca.)
 ¡Quieto! Si... Me... voy... (Mañana
 Volveré con una ronda.)

ESCENA V.

DON JOAQUIN.

¡Uf! Sudo como un gañan.
 Si no acudo á la pistola,
 Aquí se está todo el día
 Y sale sin mi la góndola.—
 ¡Lucas!... No responde. ¡Lucas!
 (Acercándose á la puerta por donde se fué
 Lucas.)

Durmiendo está: y ¡cómo ronca
 El bárbaro! — ¡Lucas!

Lucas. Voy.
 (Dentro.)
 Joaq. ¡Pues alabo la pachorra!

ESCENA VI.

DON JOAQUIN, LUCAS.

Joaq. ¡Vamos, hombre! Ya estoy ronco
 De dar voces. ¡Qué estafermo!

Lucas. ¡Si yo no oigo cuando duermo!
 (Bostezando.)

Joaq. Tú no eres hombre: eres tronco.
 Siempre te estoy repitiendo:
 Ten cuidado con la puerta,
 ¡Y te la dejas abierta!

Lucas. Como venia corriendo...
 Joaq. Yo no he visto un animal
 De entendimiento mas romo.—

Mas con paciencia lo tomo
 Porque al fin eres leal.
 Lucas. Su merced me hace justicia.
 Yo no soy hombre que síso...

(Nada mas que lo preciso;
 Y esto lo hago sin malicia.)

Vaya, usted no le hallará
 Ni mas fiel ni mas sufrido;
 ¡Y aunque me lo ha prometido
 Sin desarnarme se va!

Joaq. ¡Pobre Lucas! Esa empresa
 A mi fuerza es superior.
 Siempre tendrás...

Lucas. ¿Qué, señor?

Joaq. El pelo de la dehesa.

Lucas. ¿Hay mas que cortarlo? Pronto...

Joaq. Y es un cargo de conciencia
 Querer dar inteligencia
 Al infeliz que nace tonto.

Lucas. ¿Por qué?

Joaq. En[la razon me fundo.
 Tú duermes como un liron,

Lucas. Si da usted en ese capricho
 Injúrieme cuanto quiera. —
 ¿Cuándo entregará las llaves?

Joaq. Cuando lleve lo que queda
 El chalan de la almoneda.
 A las dos vendrá: ya sabes.
 Ahora voy á que me dé
 Lo que el baratillo importa;
 Luego una visita corta...

Lucas. Bien, señor.
 Joaq. No tardaré.

Lucas. ¿No toma usted un refuerzo...?
 Joaq. Ese recado urge mas.
 Mientras salgo y vengo, irás
 Preparándome el almuerzo.

ESCENA VII.

LUCAS.

Desacomodado ahora,
 Pobre Lucas, ¿qué haces tú?
 Yo estoy, sea dicho en paz,
 Rollizo como un atun,
 Y Dios me da por castigo
 La correa y la salud;
 Y, como ha dicho mi amo,
 Aunque no entiendo la Q,
 Coger puedo un azadon
 O cargar con un baul.
 Pero tenderme á la larga
 Es mi gloria y mi don-plus;
 Y el oficio de criado
 Es después del de tahir
 El mas momio y regalón
 Cuando uno da con algun...,
 Así con un señorito
 De lozana juventud

Que anda siempre en diversiones,
 Y en sus amores, y en sus...

Quitar el polvo á la ropa,
 Dar á las botas betun;
 Ahora llevar billeticos
 A damas de sangre azul,
 Ahora á tomarle luneta
 Porque hay ópera en la Cruz,
 Ahora á empeñar la camisa
 Porque perdió en un albur
 El último peso; luego
 Decirle á un inglés (1): no hay mus...
 Nada de esto hace sudar;
 Y á media mañana, abur,

(1) Ya há muchos años que en estilo familiar se
 llama inglés al acreedor, y aunque no le consta el
 origen de tan extraña acepcion, el autor se cree facul-
 tado para usarla.

Tú comes como un lechon
 Y dejas rodar el mundo.
 Aunque animal, eres manso,
 De buena organizacion,
 Y con cierta inclinacion
 Al saludable descanso.
 Que otro mas placeres goce
 No ha de alterar tu semblante.
 Con poco tiene bastante
 Quien lo mucho no conoce.
 Si aunque eres sufrido y fiel
 Te despide un amo injusto,
 Podrás decir: soy robusto;
 Me haré mozo de cordel.
 Esa condicion servil
 Que es para ti el bien supremo,
 Así se acomoda al remo
 Como al pico y al fusil.
 Nunca el adverso destino
 Podrá turbar el reposo
 Del hombre que es venturoso
 Con una copa de vino.
 ¿Qué ha de llorar ni temer
 Una acémila asturiana
 Sin miras para mañana
 Y sin recuerdos de ayer?
 Ni todo burro ha llevado
 Hasta morir una albarda.
 Quizá la suerte te guarda
 Algun destino elevado.
 Como de esos majaderos
 De la mañana á la noche
 A su casa añaden coche
 Y á su sueldo cuatro ceros,
 Y así Dios me dé el Perú
 Para mis gastos urgentes,
 Como yo he visto intententes
 Mas gagnápiros que tú.

Lucas. Siendo así, quizá me encaje
 Algun día una entindencia...

Joaq. ¿Llevaste á la diligencia
 Mi cofrecillo de viaje?

Lucas. Sí; ya lo han puesto en el coche.
 Lo demás ¿dónde lo apaño?
 ¿En aquel bolso tamaño...?

Joaq. Pues; en el saco de noche.
 Nada debo, y es portento,
 Al casero atrabiliario.

Tú ya has cobrado el salario... —
 Lucas. Y con dos duros de aumento.

Quien me diga que usted es malo...
 Sobran aquí treinta reales

(Sacando unas monedas.)

De la cuenta de hoy... Cabales.

Joaq. Guárdalos: te lo regalo.
 Te pago de esa manera
 Las injurias que te he dicho.

Pero aun me quedan las alas.

¡Lucas! *Me voy de Madrid.*

Lucas. No se vaya usted, señor.

Joaq. ¿Quién puede vivir aquí?
¡Son tan injustos los hombres!

Yo que sé mas que Merlin
En mofarme de los tontos
Me acostumbro á divertir:
Y en lugar de agradecerme
Que yo los desasne así,
Se amoscan, me desafian...

Me voy, me voy de Madrid.

¿No es natural que yo quiera

Lucir mi cuerpo gentil?

¿No es justo que yo blasono

De elegante en el vestir?

Me mando hacer un vestido

A la moda de París;

Pero el sastre no agradece

Que yo soy un figurín,

Y se empaña en que le pague. —

¡Lucas! *Me voy de Madrid.*

En política es aciago

El signo con que nací.

Si enemigo, me desprecian;

Si adulo, me llaman ruin.

A un hombre sin opinion

Le dan un mandon civil;

Yo tengo treinta opiniones,

¡Y nada me dan á mí!

Lucas. ¿Qué crueldad! ¿Qué despotismo!

Joaq. *Me voy, me voy de Madrid.*

Con esta maldita fama

De satírico y hostil,

No habiendo un hombre de pro

Que sea mi amigo...

Lucas. Si,

Que yo me precio de serlo...

Joaq. Eso es lo que iba á decir.

No hay un necio, no hay un asno

Que no delire por mí.

¡Lucas! Decidido estoy.

¡Lucas! *Me voy de Madrid.*

Cuando á alguna dama bella

Logro, oh Lucas, persuadir,

Todo el corazón que tengo

Me lo pide para sí;

Y yo como pan bendito

Lo deseo repartir;

Que hay muchas necesidades

En el sexo feminil.

Lucas. Tiene usted razón. Las pobres...

Joaq. *Me voy, me voy de Madrid.*

Juré incauto ser esposo

De alguna..., y es tan pueril

Que me acusa recordando

La palabra que le di;

Mas si ya no la he cumplido.

No es por ser ingrato y vil,

Sino porque estoy seguro

De que la haría infeliz.

Lucas. Como es usted tan bondoso...

Joaq. ¡Lucas! *Me voy de Madrid.*

Y ¡asómbtrate! en una villa

Donde se ven rebullir

Tantas hembras cuya honra

No vale un grano de anís,

A mi amor una Lucrecia

No se ha querido rendir.

Lucas. Será muy lindo el marido...

Joaq. No tal, que es un jabali.

(*Asoma don Hipólito contenido por*

Tomasa.)

¿Has visto mayor infamia?

Me voy, me voy de Madrid.

(*Se levanta.*)

Lucas. ¡Ay qué lástima! La córte

Debe vestirse de luto.

Joaq. Vamos; ¿tienes prevenido

El saco de noche?

Lucas. Al punto

Lo traigo.

(*Vase, y vuelve con él.*)

Joaq. Las once y media;

(*Mira su reloj.*)

Y yo atraso once minutos...

Ya es hora de irme acercando...

Lucas. Aquí está el saco noturno.

Joaq. Pues vé delante con él

Mientras estos papeluchos

Coloco yo en la cartera.

(*Metete en una cartera de viaje varios pa-*

papes que tenía en el bolsillo.)

Lucas. (Por si ahora le dan un susto

Los amigos que le aguardan,

Me alegro de huir el bulto.)

ESCENA XV.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Joaq. Quiera Dios que en el camino

No encuentre á algun importuno,

Que fuera chasco por cierto...

Hip. ¡Alto ahí, compadre Curro!

Dándole por detrás un golpe en el

hombro.)

Joaq. ¿Quién...? ¿Qué veo...?

Hip. ¡Amigo ingrato!

¡Marcharse por esos mundos

Sin despedirse de mí!

Joaq. Excúseme usted. Asuntos

Urgentes me han obligado...

Hip. Déjese usted de repulgos

De empanada: usted se fuga

Por librarse de mi justo

Furor.

Joaq. No sé qué motivo...

Hip. ¿No? ¡Voto á Crispo Salustio!...

¡Olvida usted lo de anoche...?

Joaq. ¿Lo de anoche?...; Ah! Ya bar-

runto...

Hip. ¿Piensa usted que somos sordos?

Joaq. ¿Quién resiste á los impulsos

De una pasión? Ya ve usted...

Yo no he nacido cartujo...

Y al cabo ¿qué ha sucedido?

Su honor de usted queda puro.

Hip. Ya..., sí. Pero ¿sabe usted

Que soy hombre que no sufro

Ancas de nadie, y que yo

No necesito de adjuntos?

Joaq. Pero si fui desahuciado,

¿A qué ahora esos escrúpulos?

Antes debiera usted darme

Las gracias...

Hip. ¡Yo!

Joaq. Por el triunfo

Que yo le proporcioné

Tan á costa de mi orgullo.

Hip. ¿Y la dañada intencion?

¿Y la perfidia, el abuso

De confianza, las injurias

Que ese labio atroz, perjuro,

Descerrajó contra mí?

Joaq. ¿Qué quiere usted!...; Si pierde uno

La cabeza!...

Hip. Para hacer

A una dama cuatro arrullos

¿Es tan preciso el decir

Que su marido es un bruto?

Joaq. ¡Es posible...!

Hip. Si, señor,

Si, señor; usted me puso

En parágon...; no recuerdo...

No sé si fué con el buho...

Si con el sátiro...; en fin,

Con un animal cuadrúpedo.

Joaq. ¡Grave error! Usted no tiene

Cuatro piés, y es un absurdo...

Hip. ¿Cómo...?

Joaq. Digo que en la suma

Me equivoqué.

Hip. ¡Por san Bruno

Que no sé cómo reprime

La comezon de mis puños!

Joaq. ¡Eso, poco á poco...!

Hip. Pero

Porque no murmure el vulgo,

Y puesto que usted se marcha,

De lo cual me congratulo,

Vaya bendito de Dios,

Y vuelva usted... cuando el humo.

Pero no sería extraño

Que, como es usted tan chulo,

Me honrase con algun lindo

Epigrama de los suyos...

Si tal hace usted, y luego

A averiguarlo, le juro

Por quien soy que mi venganza

Dará que hablar... á los mudos.

Joaq. No, señor: antes diré

Que en sus obras y discursos

Es usted un hombre de oro,

Y el único para el yugo...

Matrimonial.

Hip. Bien; muy bien.

; Y no hay que decir insultos

De mi mujer...!

Joaq. ¡Oh! Jamás.

Diré que, amable conjunto

De gracias y de virtudes,

El mayor mérito suyo...

Es ser esposa de usted.

Hip. ¡Eso se llama ser justo!

Quedo satisfecho. Abur.

Joaq. Adios... (Lo dicho: es un burro.)

(*Al irse le sale al encuentro Manuela.*)

ESCENA XVI.

MANUELA, DON JOAQUIN,
DON HIPOLITO.

Man. ¡Detente, sacrilego!

Joaq. ¡Cielos!

Man. ¡Vil, ingrato!

(*Don Joaquin va á interrumpirla varias*

veces, y no lo consigue.)

¿Qué es de mi retrato?

Dí: ¿qué has hecho de él? —

No respondes, perdido. —

¿Y un alma española

Procede...? Yo sola

Quiero hablar, infiel.

Si fuera amor cándido

Lo que fué capricho...

¿Qué calles he dicho! —

¡Buena estaba yo!

¡Fie usted de lágrimas...!

Ruin, mal caballero...

¿Piensas que te quiero?

No hay tal cosa; no.

Cuando oí tus súplicas

Estaba yo loca...

No chistes la boca:

Que vas á mentir.
Si á contar tus crímenes
Mi labio comienza,
Aquí de vergüenza
Te vas á morir.
Ya tu rostro pálido,
Tus ojos convulsos...
Ya te dan impulsos
De echarte á mis piés. —
No ; primero un tósido
Que tú de marido,
Bien que arrepentido,
La mano me des.
Con causa legítima
Culparte pudiera
Clamando severa
Con trémula voz :
Detengan al prófugo
Que me puso en venta,
Y den á mi afrenta
Venganza feroz.
Mas tengote lástima,
Y no he de hacer daño
Al que un desengaño
Dichoso me da.
Me aplacau tus síntomas
De remordimiento :
Sí ; y en tu tormento
Me he vengado ya.
Y espero que... ; cállate ! —
En vano un consuelo
Pedirás al cielo
Lejano de mí ;
Mientras yo sin término
Doy gracias al signo
Que quiso benigno
Librarme de tí.

Joaq. Sí ; yo seré víctima...
(¡ Vaya, que es historia !)
Víctima expiatoria
De mi ingratitud.
Ya corro á la góndola.
No puedo, en efecto
Sufrir el aspecto
De tanta virtud.

ESCENA XVII.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO,
MANUELA, DON FRUCTUOSO,

Fruct. Don Joaquín, felices días.

¿ Qué tal, qué tal desde ayer ?

Joaq. (¿ Otro ? ¡ Por vida de brios... !)

Bien, para servir á usted.

Fruct. Traigo una buena noticia.

Joaq. No me puedo detener...

Fruct. Oiga usted : el ministerio
Que ayer en cierto papel
Ponia usted en las nubes,
Ha caído.

Joaq. Ya lo sé.

Yo me voy...

Fruct. Usted reciba

Mi sincero parabien...

Hip. Mi cordial enhorabuena...

Joaq. ¡ Por vida de Lucifer !...

Esto ya pasa de broma.

Denme ustedes un cordel,

O déjenme con mil diablos

Que me vaya, si tal vez

No vienen de mano armada

A entregarme aquí los tres

En poder de aquel hebreo

Que maldiga Dios, amen.

Va á salir la diligencia,

Yo tengo sumo interés

En huir de un usurero

Que no me dará cuartel

Si me echa la vista encima.

Y...

Fruct. ¿ Cómo ! ¿ Se marcha usted ?

(Interponiéndose.)

Joaq. Sí, señor.

Fruct. ¿ Dónde ?

Joaq. ¡ Al infierno !

ESCENA XVIII.

MANUELA, DON JOAQUIN, DON
FRUCTUOSO, DON HIPOLITO, TOMASA.

Tam. Eso ya es mucho moler.

Joaq. ¿ Aun hay mas ?

Tom. Aparta tú.

(¡ A su marido. !)

Hip. ¿ Cómo ! ¿ Tú vuelves por él ?

Tom. ¿ Y por qué no ? Que se vaya,

Y Dios buen viaje le dé,

Y muchísima salud,

Y el juicio que ha menester.

Joaq. ¡ Ay ! ¿ Qué mujer... ! (¡ Y un idiota... !)

Que ustedes lo pasen bien.

(Vase, cerrando la puerta.)

ESCENA XIX.

MANUELA, TOMASA, DON HIPOLITO,
DON FRUCTUOSO.

Tom. Si no acudo á su defensa

Se va de Madrid el coche

Sin él... ; Qué mal corazón !

Hip. ¿ Posible es que tú le abones

Después de haberse atrevido

A quererte... ?

Tom. ¡ Pobre jóven !

¿ Puedo yo acaso impedirle

Que me quiera y que me adore ?

Ya que no mi gratitud,

Bien merece que le otorgue

Mi compasion.

Hip. La que empieza

Por compadecer... ; Demontre !

Tom. No digas majaderias.

Mujer que se inclina á un hombre

No facilita su ausencia.

Hip. Cierto : tienes mil razones ;

Y celebro que se escape

Porque de rabia se ahorque

El desalmado userero

Que le persigue.

Fruct. ¿ Y adónde

Va á parar... ?

Tom. ¿ Qué nos importa ?

Man. Aunque al extremo del orbe

Se destierre, sentirá

Remordimientos atroces.

¿ No viste cómo tembló... ;

Cómo perdió los colores ?

¿ No has observado mi calma,

Mi indiferencia, mi noble

Tranquilidad ? Ni una queja,

Ni denuestos, ni baldones... ;

El desprecio es el castigo

Que humilla mas á los hombres.

Hip. ¿ Tranquilidad ? ¡ Bien por Dios !

(A parte á don Fructuosó.)

¡ Y alborotó con sus voces

La vecindad... !

(Llaman á la puerta.)

Fruct. Han llamado.

¿ Serán tal vez acreedores... ?

Hip. Será el criado, ó tal vez...

Tom. Pero ¡ abre... !

Amp. ¿ Nadie responde ?

(Dentro, llamando otra vez.)

(Abre don Hipólito la puerta, y entra Amparo.)

ESCENA XX.

TOMASA, AMPARO, MANUELA, DON
HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Amp. Dios guarde á ustedes. ¿ No está... ?

Fruct. ¿ Quién... ?

Amp. Don Joaquín.

Tom. Ha partido.

Amp. ¿ Dónde... ? ¿ Cómo... ? ¿ Adónde ha ido... ?

¡ Traidor ! Pero él volverá.

Hip. Por ahora, dificulto...

Fruct. La ocasion no es oportuna...

Amp. ¿ Qué viene á ser esto ? ¿ Alguna

De ustedes le tiene oculto ?

Pues vano será el ardid.

Soy señora ; y se ha de ver...

Hip. ¿ Está loca esa mujer ?

Tom. Se ha marchado de Madrid.

Amp. ¡ Hombre vil y sin conciencia !

(Abriendo las puertas, y registrando desde ellas con la vista las habitaciones.)

¿ Así á mi amor corresponde ?

¿ Y con qué motivo... ; y dónde... ?

Hip. ¿ Qué sé yo ? — En la diligencia.

Amp. Yo no veo su equipaje...

(Fija la vista sobre la mesa, ve el billete que escribió don Joaquín, lo abre, y lo recorre con la vista rápidamente.)

Todo esto anuncia... ; Un papel !

Yo lo abro... Tal vez en él...

¡ Cielos ! ¡ Si ! ¡ Cierto es el viaje !

Mi furor te seguirá :

En vano me huyes, malvado...

¿ Mas qué camino ha tomado ?

¿ En qué diligencia va ?

Tom. No lo sabemos.

Amp. ¡ Traicion !

Hip. Se largó.

Amp. ¡ Cruel tormento !

Hip. Y volaba como el viento.

Amp. ¿ Cuándo ?

Hip. Ya ha rato.

Amp. ¡ Bribon !

Me la paragá, con costas.

¡ Por él andó como ando !

¡ Yo ! ¡ Una señora !... Volando

Voy á la casa de postas.

Si allí veo al inconstante,

De mí no se ha de burlar.

Con él tengo de viajar...

Aunque me suba al pescante.

Si ya se ha marchado el coche,

Sabré qué rumbo el infiel

Ha tomado, y detrás de él

Caminaré día y noche.
 En vano el triunfo celebra.
 Si no hay carruaje, iré andando,
 ¡Oh! y aunque sea arrastrando
 Como arrastra la culebra.
 Aunque pierda mi comercio,
 No se me escapa. ¡Que no!
 ¡Aun no sabe él quien soy yo
 Si la mantilla me tercio! —
 ¿Ríe usted? — ¿Usted se asombra?

(A don Hipólito y á Manuela.)

¡Sí; con valor sin segundo
 Le seguiré por el mundo
 Como si fuera su sombra.
 Resuelta, resuelta estoy.
 Mal que pese al fermentido
 Él ha de ser mi marido
 O no he de ser yo quien soy;
 Y á su cuello me he de asir
 Con la mano..., con las dos...;
 ¡Y no suelto, vive Dios,
 Hasta casarme ó morir!

ESCENA ULTIMA.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO,
 DON FRUCTUOSO.

Man. ¡Jesus, Jesus, qué mujer!
Fruct. Habrá la de San Quintín
 Si ella...

Tom. ¡Pobre don Joaquín!

Hip. Ya le ha caído que hacer.

Fruct. ¡Qué hablar! ¡Hasta por los codos!

Hip. Vámonos; y sin embargo

De que ella toma á su cargo
 El darnos venganza á todos,
 Hoy os convido: venid;
 Y brindad los tres conmigo
 Porque el comun enemigo
 No vuelva mas á Madrid.

LA REDACCION DE UN PERIODICO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 5 DE JULIO DE 1836.

PERSONAS.

PAULA.
 DON TADEO.
 DON AGUSTIN.
 DON FABRICIO.
 DON LORENZO.
 EL REGENTE.
 DON ANTONIO.

UN TAQUIGRAFO.
 UN CAPITAN.
 UNA ACTRIZ.
 EL PORTERO.
 UN ESCRIBIENTE.
 SUSCRIPTORES.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

LA CONTADURIA.

Sala con puerta á la derecha del actor, que es la principal, y otras dos á la izquierda: la mas inmediata al proscenio guía á las cajas; la otra á la redaccion. En el foro un balcon. Mesa de escritorio con papeles, libros de cuentas, etc., y otra con tapete verde, donde trabaja un escribiente.

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

(Aparecen don Fabricio y el escribiente sentados, el primero á la mesa de escritorio, y el segundo á la otra.)

Fab. Esa carta á la Coruña.
 Ya creo que van doscientas.

I.

¡Que nunca haya de dar cuentas
 Aquel librero guardaña!
 Acabe usted esa nómina,
 Y cuidado con la pluma;
 No equivoque usted la suma,
 Que sería mucha andrómina...
 ¡Ah! ¿Cuántos números sueltos
 Se despacharon ayer?
 Dí trescientos á vender...
Esc. Todos han sido devueltos.
 La empresa está en decadencia.
 Si no hay quien le dé un impulso...
Fab. ¡Vaya usted á escribir con pulso,
 Con templanza, con prudencia!
 En no tocando á rebato
 Todo escritor se malquista.
 No hay quien lea á un periodista
 Si es periodista sensato.
 Con esta guerra civil...
 ¿Dónde estás que no te veo,
 Tiempo amable del *Correo*
Literario y mercantil?
 Sin disputas, sin rivales,
 Sin redaccion prosperaba,

13

Caminaré día y noche.
 En vano el triunfo celebra.
 Si no hay carruaje, iré andando,
 ¡Oh! y aunque sea arrastrando
 Como arrastra la culebra.
 Aunque pierda mi comercio,
 No se me escapa. ¡Que no!
 ¡Aun no sabe él quien soy yo
 Si la mantilla me tercio! —
 ¿Ríe usted? — ¿Usted se asombra?

(A don Hipólito y á Manuela.)

¡Sí; con valor sin segundo
 Le seguiré por el mundo
 Como si fuera su sombra.
 Resuelta, resuelta estoy.
 Mal que pese al fermentido
 Él ha de ser mi marido
 O no he de ser yo quien soy;
 Y á su cuello me he de asir
 Con la mano..., con las dos...;
 ¡Y no suelto, vive Dios,
 Hasta casarme ó morir!

ESCENA ULTIMA.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO,
 DON FRUCTUOSO.

Man. ¡Jesus, Jesus, qué mujer!
Fruct. Habrá la de San Quintín
 Si ella...

Tom. ¡Pobre don Joaquín!

Hip. Ya le ha caído que hacer.

Fruct. ¡Qué hablar! ¡Hasta por los codos!

Hip. Vámonos; y sin embargo

De que ella toma á su cargo
 El darnos venganza á todos,
 Hoy os convido: venid;
 Y brindad los tres conmigo
 Porque el comun enemigo
 No vuelva mas á Madrid.

LA REDACCION DE UN PERIODICO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 5 DE JULIO DE 1836.

PERSONAS.

PAULA.
 DON TADEO.
 DON AGUSTIN.
 DON FABRICIO.
 DON LORENZO.
 EL REGENTE.
 DON ANTONIO.

UN TAQUIGRAFO.
 UN CAPITAN.
 UNA ACTRIZ.
 EL PORTERO.
 UN ESCRIBIENTE.
 SUSCRIPTORES.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

LA CONTADURIA.

Sala con puerta á la derecha del actor, que es la principal, y otras dos á la izquierda: la mas inmediata al proscenio guía á las cajas; la otra á la redaccion. En el foro un balcon. Mesa de escritorio con papeles, libros de cuentas, etc., y otra con tapete verde, donde trabaja un escribiente.

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

(Aparecen don Fabricio y el escribiente sentados, el primero á la mesa de escritorio, y el segundo á la otra.)

Fab. Esa carta á la Coruña.
 Ya creo que van doscientas.

I.

¡Que nunca haya de dar cuentas
 Aquel librero guardaña!
 Acabe usted esa nómina,
 Y cuidado con la pluma;
 No equivoque usted la suma,
 Que sería mucha andrómina...
 ¡Ah! ¿Cuántos números sueltos
 Se despacharon ayer?
 Dí trescientos á vender...
Esc. Todos han sido devueltos.
 La empresa está en decadencia.
 Si no hay quien le dé un impulso...
Fab. ¡Vaya usted á escribir con pulso,
 Con templanza, con prudencia!
 En no tocando á rebato
 Todo escritor se malquista.
 No hay quien lea á un periodista
 Si es periodista sensato.
 Con esta guerra civil...
 ¿Dónde estás que no te veo,
 Tiempo amable del *Correo*
Literario y mercantil?
 Sin disputas, sin rivales,
 Sin redaccion prosperaba,

13

Y eso que vivía esclava
De censuras monacales.
No hay cosa como escribir
Bajo la sombra de un sollo,
Y ejercer el monopolio
De desbarrar y mentir.
Pero cesó el privilegio,
Y hay plaga de publicistas,
Y se echan á periodistas
Los muchachos del colegio.
¿Cómo el lucro del oficio
A tantos ha de alcanzar?
Si cuatro pueden medrar,
Cuarenta van al hospicio.
Así en tres años de fecha
Lo menos treinta finaron,
Y todos ellos soñaron
Una fortuna deshecha.
El venerable *Correo*
Murió de un golpe de estado;
Murió también extenuado
El narcótico *Ateneo*.
Murió eclipsada la *Aurora*
Victima de un mandarín,
Y la *Crónica* dió fin
Por meterse á redentora.
Sin cumplir del año un tercio
A oscuras murió la *Estrella*,
Y poco vivió mas que ella
El *Boletín del Comercio*.
El rayo ministerial
Abrió un mismo panteón
Al *Eco de la Opinión*,
Al *Tiempo*, al *Universal*,
Y al *Cínife*, que asustaba
Cual horroroso vestigio,
Y á aquel atrevido *Siglo*
Que cual learo volaba.
Y feneció el *Nacional*,
Que *Fénix* renace ahora,
Y se suicidó en mal hora,
La *Gaceta judicial*,
El efímero *Ladron*
Dijo al morir en la cuna:
No os hago falta ninguna.
¿Hay tantos en la nación!
Cayó en el profundo abismo
La *Floresta*, aun muy novicia,
Y el *Eco de la Justicia*
Se hizo justicia á sí mismo.
Cayó el *Mantuano Guerrero*,
Y cayó el *Observador*,
Y cayó el *Compilador*,
Y trasmigró el *Mensajero*.
Y aunque diz que *Metternic*
Amaba su tierna infancia,
No salió de la lactancia
La *Péninsule ibérique*.

Cayó en fin la *Miscelánea*,
Cayó el *Album* ¡ Dios le asista!
Y la *Abeja*, y el *Artista*,
Que se dió muerte espontánea.
Y otros varios que no cuento
Su breve vida acabaron,
Sin contar los que espiraron
Antes de su nacimiento.
Y también, según barruntos,
Irá el nuestro el mejor día
A la santa cofradía
De los hermanos difuntos.

ESCENA II.

PAULA, DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

(*Paula trae alguna labor ligera, que deja sobre una silla; don Fabricio se levanta y el escribiente sigue trabajando.*)

Paula. ¿Dónde está don Agustín?
¡Son las diez, y aun no ha venido!

Fab. ¿Qué ha de hacer el pobre mozo
Si se retiró á las cinco?
Que aunque dijo..., yo no sé
Fijamente quién lo dijo,
Que con amor no se duerme,
Es garrafal desatino.

Paula. ¿Tan tarde se retiraron
Ustedes?

Fab. ¡Ese maldito
Periódico...! Si él no acaba,
Tiene que acabar conmigo.
Cuartillas y mas cuartillas...
Nada basta. Es un abismo.

Y, ya se ve, aunque se llenen
Ocho columnas de ripio,
Para llenar las que restan
Es fuerza sudar el quilo
Si uno ha de escribir de modo
Que no mate de fastidio
Al benévolo lector.
¡Y cada día lo mismo!
¡Es mucho afán!

Paula. Si por cierto.
Con ese trágico continuo
Esta casa es un babel.
Allá cajas y rodillos;
Acullá prensas; aquí
El cierre y el embolismo
De cuentas y suscripciones;
Mas allá papeles, libros...;
Adentro la redacción...
Vaya, es mucho laberinto.

Y tanto entrar y salir;
Tanto disputar... ¡Dios mío!
Así es que á todos nos lleva
Papá como zarandillos.
Yo misma mas de una vez
Tengo que poner en limpio
Los borrones de mi padre
Cuando se mete á erudito,
O ayudo á pasar las pruebas,
O traduzco un parrafillo
De modas; que aunque sé poco
De francés, con el auxilio
De *Cormon* salgo del paso.
Yo no sé quien ha metido
A mi padre en tal Liorna;
Y aun si faese productivo
El periódico...; mas temo
Que sobre perder el juicio
Nos ha de dejar por puertas.

Fab. ¿Qué quiere usted! Los partidos...
Como á ninguno halagamos
Y á todos los combatimos,
Y no queremos carlistas,
Y no hay aquí dos patricios
Que piensen del mismo modo,
¿Dónde hemos de hallar amigos?

Paula. Si por mi Agustín no fuera,
Vería con regocijo
La muerte del tal diario.
Así daría otro giro
A su capital mi padre,
Y no estaría en peligro
De ir á parar con sus huesos
Un día á San Bernardino.
Mas si el periódico cesa,
Ya no tendremos arbitrio
Para vernos; y aun así,
Si no muda de designio
Mi padre...

Fab. ¿Quién...? Es la voz
De don Agustín... El mismo

ESCENA III.

PAULA, DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Agust. ¡Paula querida! Te veo,
Y no á tu padre cruel.
¡Venturoso el día de hoy
Me ha amanecido...!

Fab. A las diez.
Agust. Déjame besar tu mano
Una vez, y dos y cien...

Paula. Quieto, que no estamos solos.
Agust. Don Fabricio siempre fué

Mi mejor amigo...

Fab. Cierto.

Agust. Colaborador...

Fab. ¡Pardiez!

Para besar lindas manos
Cualquiera lo puede ser;
Pero con nueve chiquillos
Y al borde de la vejez...
Harta colaboración
Tengo yo con mi mujer,
Y el periódico y las cuentas...

Agust. El escribiente, ya ves...
Aquello es solo una máquina
Para embadurnar papel.

Paula. Mas si nos viese mi padre...

Agust. ¡Si al cabo lo ha de saber;
Si al cabo será forzoso
Que su licencia nos dé...!

Paula. Lo dudo.

Fab. Don Agustín,

Ya es tarde: examine usted
El artículo de fondo,
Y á ver si se ha de poner
Boletín de variedades,
O el comunicado aquel...

Agust. Lugar tenemos: todo eso
Lo puede usted hacer muy bien.

Fab. Usted es redactor en jefe.
Yo no me debo meter...

Agust. Tenga usted piedad de mí.
Sabe Dios cuándo podré
Volver á hablar con mi Paula.
Ahora que llegó mi vez
Góceme yo en esos ojos,
Y al alma, que suya es,
Vuelvan la calma perdida
Sus labios de rosicler.

¿Quiere usted que hable de Córtes,
O de la legión de Argel,
O de los partes de Mina,
De si coopera el inglés,
De la ley electoral,
De si alza ó baja el papel...

Cuando en plática sabrosa
Jurar puedo eterna fe,
Constancia eterna, á la bella
Que es mi patria, que es mi Edén,
Y que al fin será mi esposa,
O he de morir á sus piés?
Si ha de ser causa el periódico
De turbarme en mi placer
Un instante, un solo instante,
Lléveselo el diablo.

Paula. Amen.

Fab. Però...

Paula. Tiene mil razones.
Déjeme usted hablar con él.

Preciso es tener una alma
De hielo ó de no sé qué...

Agust. Un alma de periodista...

Paula. Para interrumpir...

Agust. ¡Sandez
Como ella...!

Paula. El tierno coloquio
De dos que se quieren bien.

Fab. Bien está. No hay que enfadarse.

Yo solo trabajaré,

Que á celo nadie me gana

Y á mirar con interés

El papel que, malo ó bueno,

Al fin me da de comer.

Así, yo soy el *fac totum*

De la empresa; usted lo ve.

Yo redacto, yo traduzco,

Yo corro como un lebrél

A caza de novedades,

Yo las invento tambien

Si es preciso, yo recibo

Las suscripciones del mes,

Llevo la cuenta y razon...;

Eso da poco que hacer;

Despacho todo el correo,

Corrijo pruebas después,

Y eharé mano á una prensa

Cuando sea menester;

Si, señor... Pero yo estaba

Hablando con la pared.

No es maravilla. Muchachos...

Vuelvo á mi tarea, pues.

(Vuelve á sentarse, y escribe.)

Agust. ¡Qué me dices!

Paula. Que se empeña

En que vaya á Santander.

Como está tan achacoso

Mi tío don Bernabé

Y no tiene ningun hijo...

Agust. Si, la codicia... ¡Eso es!

No quiere que se le escape

La herencia.

Paula. Su proceder

No es extraño. Cada cual

Mira por sí.

Agust. Ya; tal vez

Tú tambien deseas...

Paula. ¡Yo!

¡Qué! ¿Soy yo tan ruin mujer

Que tal se piense de mí?

Quince dias de esquivéz

No son bastante castigo

Para esa injuria cruel.

Agust. ¡Ah! Perdona...

Esc. ¿A quién va esto?

Fab. Al librero de Jerez.

Agust. Solo al contemplar que ausente

De tus ojos me he de ver,
Pierdo el juicio.

Paula. Como el tío

Me conoció en mi niñez,

Me quiere mucho, y porfia

Para que le vaya á ver. —

Y aun el viaje es lo de menos.

Agust. ¡Lo de menos, dices! ¿Eh?

Pues ¿qué mayor desventura...?

Paula. Otro tío..., el don Ginés,

Mercader de lencería...

Tiene un hijo...

Agust. ¡Lucifer

Se lo lleve! Ya adivino...

Paula. Quieren casarme con él.

Agust. ¡Y todo se queda en casa!

Pero ¡señor! ¡que ha de haber

Siempre un primo de por medio...!

Y será un babieca, un buey...,

Quizá un faccioso.

Paula. En mi vida

Le he visto.

Agust. Faccioso es;

No lo dudes. ¿Y es posible

Que por una timidez

Fatal, por una obediencia

Mal entendida me des

Tan amargo trago? No;

La boda no se ha de fiacer.

Si te pones en camino,

Aunque supiera ir á pié,

Allá voy yo tras de tí,

Y á ese primo de almacén

Le diré cuántas son cinco.

Fab. Nada: dejarlo correr...

(Al escribiente como contestando á una pregunta.)

Se desprecia.

Agust. ¿Despreciar?

Le he de acribillar la piel

A estocadas, ó desiste...

Fab. ¡Si yo no hablo con usted!

Hablaba de ese periódico

Que con tanta avilantez

Nos injuria. — ¿A qué ofenderse,

Si nadie lo ha de leer?

¿Digo bien, don Agustín? —

A otra puerta.

Paula. No lo sé;

Mas cuando llegue la hora

Será fuerza obedecer.

¿Qué disculpa...?

Agust. Ponte mala.

Paula. Ni con eso excusaré

La partida, ni yo sirvo

Para farsas de entremés.

Agust. Pues ¿qué medio buscaremos?

Si te vas, te seguiré;

Nuestra redaccion...

Agust. Yo creo

Que mis principios...

Tadeo. Si tal.

Digo que estoy muy contento.

Y para ser tan tronera

Escribe usted con un seso...

Agust. Yo no sé si escribo bien,

Pero escribo lo que siento.

Paula. (No me ha visto todavía.)

Tadeo. « Málaga, quince... » ¿Qué es esto?

(Leyendo una carta.)

Aquí nos ponen como hoja

De perejil. — « Pasteleros...

Retrógrados, fusionistas...

Estafadores del pueblo... »

Agust. ¿Y quién firma?

Tadeo. Es un anónimo.

Fab. Y aquí hay otro.

Tadeo. ¡Santo cielo!

Fab. Mire usted. Es ¡de mi flor!

Tadeo. ¡Qué garrapatos tan feos!

Fab. Una cruz en este lado,

Aquí una horca, y en medio

Con letrotas garrafales

¡Viva Carlos Quinto!

Tadeo. ¡Perro,

Faccioso! Si le pillara...

Fab. Estos son otros requiebros.

« Francmasones... jacobinos,

Herejes..., traidores..., negros... »

Tadeo. ¿Se ha visto infamia como ella?

Agust. ¡Bobada! ¿Quién hace aprecio

De anónimos? Estos son

Gajes del oficio.

Tadeo. Bueno.

Diviértanse los ociosos

En hacer que pierda el tiempo

El prójimo y en hartarle

De amenazas y dicitivos,

Pero envíen sus anónimos

Francos de porte, á lo menos. —

¿Otro?

Fab. No, señor. Se queja

Un suscriptor de Toledo

De que le faltan seis números.

Tadeo. Enviarlos, y *laus Deo.*

¡Pero es tambien fuerte cosa

Que por descuidos ajenos,

O porque haya estafetistas

Que se nos queden con ellos,

Se pierda tanto periódico!

Luego dicen: los cogieron

Los facciosos... ¿Y cómo es

Que no cogen ni por pienso

Las cartas en que se quejan

De su falta tantos pueblos?

Ya lo he dicho, y mas que el mundo...

¿Quieres que me eche á sus piés

Y declare...?

Paula. No hagas tal;

Que ya ha llegado á entender

Tu inclinacion, y la mira

De muy mal ojo. Ya ves;

¿Qué sería si supiera...?

Agust. ¡Ah maldito de cocer

No me quiere para yerno

Porque yo no soy marqués,

Ni hacendado, ni intendente...

Paula. No te aflijas. Seré fiel

A mi palabra. O soy tuya,

O de nadie.

Agust. ¡Ah, dulce bien;

Ídolo mio! Bien haya

Esa boquita de miel...

Fab. ¡Chit...! La voz de don Tadeo.

Paula. ¡Ah! Ya está allí. Si me ve

Salir corriendo es peor...

Aquí me siento á coser.

(Se sienta en una silla que habrá en el

balcon, y se pone á coser.)

ESCENA IV.

PAULA, DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
EL ESCRIBIENTE, DON TADEO.

Tadeo. Deje usted eso, don Fabricio,

(Entra muy apurado con un paquete

de cartas.)

Que ya traigo aquí el correo...

Fab. ¡Copiosa correspondencia!

Tadeo. ¡Toma! Cerca de doscientos

(Sentándose junto á la mesa: tambien lo

hace don Agustín, y ayuda á abrir y leer

cartas, pero distraído y mirando á hur-

tadillas á Paula.)

Reales me cuesta. Ahora mismo

He satisfecho al cartero...

Los doy por bien empleados.

Hoy recibimos lo menos

Cuatrocientas suscripciones

Nuevas. ¡Eh! Vamos abriendo. —

Y eso es natural. El público

Debe apreciar el criterio

Imparcial, la sensatez

Y el patriotismo severo

Que respiran las columnas

De mi diario.

Fab. Eso es cierto;

Las doctrinas que profesa

Veo que será forzoso,
Como los hay contra incendios,
Establecer en España
Seguros contra Correos. —
¿Qué es eso?

Agust. Un comunicado.

Tadeo. Y este es otro. ¡Buen refuerzo!

Fab. Un patriota del Almería...

Tadeo. ¿Se suscribe?

Fab. No por cierto.

Se despide.

Fab. ¡Vaya en gracia!

Agust. Aquí nos dice el librero
De Cádiz...

Tadeo. ¡Gracias á Dios!

Agust. Que de los números sueltos
No ha vendido uno, y que va
Cada día decayendo
La suscripción.

Tadeo. ¡Lindamente!

Paula. ¡Qué cara pone! Yo tiemblo.)

Tadeo. Aquí envía el de Sevilla

Su cuenta. ¡Bravo! Sumemos...

Ejemplares recibidos,

Cincuenta; vendidos, cero...

¡Qué deliciosa balija!

Solo me trae contratiempos

Y pesadumbres. ¡Y yo

Qué esperaba...! ¿A ver? ¿Qué es eso?

¿Otro suscriptor que cesa?

Agust. No, sino cuatro.

Tadeo. ¡Me alegro,

Me alegro y vuelvo á alegrarme!

¿Ha venido del infierno

Ese postillon? — ¿A ver

Lo que nos dice este pliego...?

Mucho abulta. ¿Qué será?

¡Calle! Una resma de impresos...

Y esta carta... Es de Granada...

« Amigo mio y mi dueño:

El periódico de usted

Es patriótico y ameno,

Pero aquí no gusta... » ¡Bravo! —

« Por tanto le devuelvo

Los veinticinco ejemplares

Que me remitió, y le ruego...

Et cetera. » ¡Habrá juicio,

Ladron...! ¡Sobre no venderlos

Me hace pagar cuatro duros

Por la noticia! No quiero

Leer mas. Vaya al demonio

El diario y...

ESCENA V.

PAULA, DON AGUSTIN, DON TADEO,
DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE, VARIOS
SUSCRIPTORES.

Susc. 1°. Caballeros,

Buenos dias. ¿Es aquí

Donde se suscriba...?

Tadeo. ¡Ah! ¡Buena!

Si, señor. Lléguese usted

A esa mesa. — Vamos presto,

(Al escribiente.)

Apunte usted al señor.

Susc. 1°. ¿Qué me apunte? No; ¡si vengo

A que me borre!

Tadeo. Ya..., bien...

Susc. 1°. Estoy ya hasta los cabellos

Del orden, de la concordia,

La fusion y los derechos

Adquiridos... ¡Nada, nada!

Progreso, y siempre progreso.

(Se acerca al escribiente como para dar su
nombre. El escribiente le borra de un
libro, y el suscriptor se retira: lo mismo
harán luego sucesivamente los otros.)

Tadeo. ¿Quién es...?

(En voz baja.)

Agust. Le conozco mucho.

Anda á caza de un empleo,

Y tocará mil resortes

Hasta lograrlo.

Susc. 2°. ¿Podemos...?

Fab. Adelante...

(Entran otros ocho ó diez suscriptores.)

Tadeo. Ustedes vienen

Sin duda con el objeto...

Susc. 3°. De dejar la suscripción.

Tadeo. ¿Qué va á ser de mí? ¡Yo muero!

(En voz baja á los redactores.)

Pero ¡qué epidemia es esta,

Dios mio!

Esc. ¿Y usted...?

Susc. 2°. Don Pedro

Gonzalez, calle del Barco.

Susc. 3°. Ahí está mi nombre. Anselmo

Barrera...

Esc. Espérese usted;

(Al suscriptor 2°.)

Que hay que volverle dinero.

Usted se había suscrito

Por tres meses...

Susc. 2°. Bien: el resto

Quédese en la redaccion.

Servirá para el entierro

Del periódico.

(Vase.)

Tadeo. ¡Oiga usted...!

¿Habrá un modo mas perverso
De ser generoso?

Susc. 3°. Abur.

Susc. 4°. Benito Sanchez.

ESCENA VI.

PAULA, DON AGUSTIN, DON TADEO,
DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE, DON
ANTONIO, SUSCRIPTORES.

Ant. Yo vengo

(Dirigiendo la palabra á don Tadeo.)

A suscribirme...

Tadeo. ¡Ah! Mil gracias.

(Se levanta, y le lleva lejos de la mesa del
escribiente. Don Agustín aprovecha la
oportunidad y cuchichea con Paula. Don Fa-
bricio acaba de leer el correo.)

(Si ve lo que están haciendo

Los otros, somos perdidos;

Le entra el arrepentimiento.)

Véngase usted á este lado.

Ahora se están suscribiendo

Todos aquellos señores,

Y hasta que acaben con ellos...

Como es principio de mes...

¡Huy! Esto es un jubileo...

Ant. Con que ¿va bien el negocio?

Pues me habian dicho...

Tadeo. Viento

En popa. Ya no me bastan

Los operarios que tengo.

(Todos me van á sobrar

Si Dios no pone remedio.)

Paula. Por Dios, no me comprometas.

(Aparte con don Agustín.)

Agust. No hay cuidado. Ya le observo.

Ahora no nos ve.

Tadeo. ¿Cuál es

Esa condicion? Si puedo...

Ant. Que me han de insertar ustedes

Este articulo, al momento.

(Le da un manuscrito.)

Tadeo. ¡Tan largo...!

Ant. No quito nada.

Tadeo. ¡Si esto pareca un proceso!

Digame usted, ¿y es en contra,

O en favor del ministerio?

Ant. En contra; mas ya que ustedes

Son neutrales...

Tadeo. Con efecto...

Se pondrá. (Así como así

Con defender al gobierno
No he de medrar.) Venga usted,
Y le apuntarán...

(Conduciendo á don Antonio á la mesa del
escribiente, ve á Paula que habla con
don Agustín.)

¡Qué veo!

¡Aquí tú...!

Paula. Vine...

Agust. ¡Maldito...!

Tadeo. ¿No te he dicho que no quiero...

Ant. Antonio Perez.

(Al escribiente.)

Tadeo. Que salgas

De tu cuarto? ¡Estamos frescos!

Venirse aquí...

Paula. Como vive

Joaquina pared por medio...

Tadeo. Si, Joaquina... No es Joaquina...

Paula. Desde este balcon la veo

Mas de cerca...

Tadeo. Sí... Al señor,

Que te dice chicoleos.

Agust. Yo...

Tadeo. Mas ¡vive Dios...!

(Viendo que se va don Antonio, y despi-
diéndole afectuosamente.)

Abur.

Mañana mismo, lo ofrezco,

Saldrá el articulo.

Ant. Bien.

Tadeo. Y esta casa... Nada tengo

Que decir á usted.

Ant. Mil gracias.

(Me apestan los cumplimientos.)

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, PAULA, DON FABRICIO,
DON TADEO, EL ESCRIBIENTE.

Tadeo. ¿Aun estás en el balcon?

Paula. Ya me voy. ¡Buena aprension...!

(Se levanta.)

Tadeo. Vete, que aquí me incomodas

Y acaba esa traduccion

Del articulo de modas.

Paula. Temó que me salga mal;

Que yo para eso no valgo.

Tadeo. Cuando falta material

Todos hemos de hacer algo.

Agust. (Si, lo que hagas tú... ¡Animal!

Paula. Vuelvo al articulo, pues;

Mas será cosa del diablo

Que me critiquen después...

Tadeo. Si no entiendes un vocablo...
Te lo dejas en francés.

Paula. Aquí no estamos en Francia,
Y...

Tadeo. Basta. No me acalores.
Vete. Eso hacen en sustancia
Mas de cuatro traductores
Que se dan mucho importancia.

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, DON TADEO, DON
FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

Tadeo. ¿Acaba usted, don Fabricio?
Fab. Ahora mismo; sí, señor.

(*Se levanta, y tambien el escribiente.*)

Ya ha acabado el contador.
Menos me ocupa este oficio
Que el otro; el de redactor.

Tadeo. A la otra sala. ¡Viveza!
Prepare usted original...

Fab. Bien. Sigame usted, Baeza.

Tadeo. (Esto va muy mal, muy mal.)
Quédese usted, buena pieza.

(*A don Agustin, que seguia á don Fabricio.*)

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON TADEO.

Tadeo. (Ahora que á solas le cojo
Voy á descargar mi enojo
Sobre el galán mequetrefe.)
¡ Señor redactor en jefe!...
El periódico está flojo.

Agust. ¿Y es mía la culpa?

Tadeo. Sí.

Agust. ¿No dijo usted, hace poco,
Mil alabanzas de mí?

Tadeo. Si las dije, estaba loco,
Señor mío.

Agust. Será así.

Tadeo. Yo con doctrinas no medro,
Y es usted muy doctrinario.

Agust. Pues, amigo...

Tadeo. El pueblo es vario,
Y tambien, voto á san Pedro,
Ha de serlo mi diario.
Pero como usted lo mira
Con desvío y abandono
Mientras por Paula suspira,
Se lleva el diablo al abono;

Todo el mundo se retira.
¡Pues como soy que me alegro!
Ni yo del sueldo que doy
Con amores me reintegro,
Ni de parecer estoy
De que usted me llame suegro.

Agust. Pudiera amarla tal vez
Sin ofender su virtud...

Tadeo. ¡Qué audacia! ¡Qué ingratitud!

Agust. Y sin ajar la altivez
De esa honrada senectud.

Tadeo. Si á lo menos prosperase

En sus manos mi papel,
Podría decir: ¡Eh!... pase...

Ya que es fuerza que la case,
Sea en buen hora con él.

Agust. ¡Ah! Si la ventura mía
Fuese tanta, noche y día

Sin aspirar á otra palma
Con el cuerpo y con el alma

Por usted trabajaría.

Poco tengo de poder

O el diario á de volver

Al auge, al antiguo crédito...

Tadeo. ¡Haberse quedado inédito

Todo el número de ayer!

Agust. No, todo no; pero, en suma,

¿Qué es un día, dos, ni diez?

Con un buen rasgo de pluma

El periódico otra vez

Subirá como la espuma.

Si usted por una futesa

Se ha de afligir...

Tadeo. ¡Buena es esa!

¿No quiere usted que me aflija

Si me arruina usted la empresa,

Y me requiebra á la hija?

Aun esto, poco me importa,

Que yo sabré atarla corta

Mientras le doy un marido; —

Y tenga usted entendido

Que no es para usted la torta.

Pero es fuerza dar impulso

A esta muerta redaccion.

Agust. Mi plan es...

Tadeo. Trivial, insulso.

¡Nada! ¡Lenguaje convulso,

Y sangrienta oposición!

Agust. Ya se hace cuando es forzoso...

Tadeo. ¡Siempre! No ha de haber re-

poso,

¡A todo el que mande, palo;

Duro á roso y á belloso,

Y á lo bueno y á lo malo!

Agust. Dejo entonces mi destino.

No es tanto mi frenesí.

Otro habrá...

Tadeo. Mucho que sí.

Agust. Si se ha de escribir sin tino,
Yo ya estoy de mas aquí.

(¡Ay Paula! Por tí lo siento.)

Por despedido me doy.

Reemplácame usted al momento.

Tadeo. Mañana. Acabe usted hoy

Su tarea...

Agust. Bien: consiento.

Tadeo. Abur. — Me voy á las cajas...

Agust. Yo á la redaccion.

Tadeo. ¡Canario!

Si no he de sacar ventajas...

Yo buscaré un carbonario

Que no se duerma en las pajas.

ACTO SEGUNDO.

LA REDACCION POR LA MAÑANA.

Sala diferente de la del acto primero. En el foro puerta
vidriera que da al gabinete de Paula. Otra á la de-
recha del actor, que es por donde entran los que
vienen de la calle; y otra que guía á las habita-
ciones interiores. Habrá dos mesas con escribania.
Don Agustin aparece sentado á la primera, que es-
tara cubierta de periódicos, folletos, artículos ma-
nuscritos, etc. Don Fabricio traduce en la otra pa-
rafas de un diario francés.

ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. Con que ¿riñeron ustedes?

Agust. Sí, señor. Vaya al demonio

Con sus humos de empresario.

Yo á caprichos no me doblo

De un narabjo como él,

Ni mis doctrinas inmolo

A cálculos mercantiles.

Fab. Pues yo á todo me conformo,

Subalterno redactor.

Como no es mío el negocio,

Ni tengo ambicion política,

Diré lo que dijo el otro,

Segun refiere la crónica:

« Ni quito rey, ni lo pongo,

Peró ayudo á mi señor. »

Agust. Lo celebros. De este modo

Por conducto de un amigo

Tan fiel y tan bondadoso
Podré escribir á mi Paula,
Ya que el bárbaro ostromodo
De su padre ha puesto fin
A nuestros dulces coloquios.

Fab. Cuente usted con mi amistad;

Que tambien he sido mozo,
Y me han gustado las faldas,

Y por aficion me embobo

Con amorios ajenos

Como un dia con los propios.

Agust. Mil gracias, amigo mio;

Y crea usted que sí logro...

Fab. No hablemos de eso. Acabemos

De ordenar nuestro periódico.

¿Tenemos hoy folletín?

Agust. Sí; un artículo muy corto

De teatros.

Fab. Ya: poniendo

De vuelta y media á los cómicos:

¿No es verdad?

Agust. Ya sabe usted

Cómo escribe ese demonio

De muchacho.

Fab. ¡Oh! Tiene gracia;

Y no le falta tampoco

La razon algunas veces;

Pero son tan quisquillosos

Los actores... Ya ve usted:

Todo no ha de ser elogios.

Agust. Yo no repruebo la critica,

Pero sea sin encono,

Sin mofa; que cuando se aja

Demasiado el amor propio

De un hombre, así se corrige

Como da peras el olmo.

Y harta pena es arrostrar

Indefenso un dia y otro

La inexorable censura

Del respetable auditorio.

Fab. Respondan á los artículos.

¿Se lo estorbamos nosotros?

Nadie ha venido hasta ahora

A quejarse, y yo supongo...

Act. ¿Se puede entrar?

(*A la puerta.*)

Agust. Adelante.

Fab. ¿Quién es...? ¡Ah! ya la conozco.

(*Habla al oido á don Agustin.*)

Tadeo. Si no entiendes un vocablo...
Te lo dejas en francés.

Paula. Aquí no estamos en Francia,
Y...

Tadeo. Basta. No me acalores.
Vete. Eso hacen en sustancia
Mas de cuatro traductores
Que se dan mucho importancia.

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, DON TADEO, DON
FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

Tadeo. ¿Acaba usted, don Fabricio?
Fab. Ahora mismo; sí, señor.

(*Se levanta, y tambien el escribiente.*)

Ya ha acabado el contador.
Menos me ocupa este oficio
Que el otro; el de redactor.

Tadeo. A la otra sala. ¡Viveza!

Prepare usted original...

Fab. Bien. Sigame usted, Baeza.

Tadeo. (Esto va muy mal, muy mal.)
Quédese usted, buena pieza.

(*A don Agustin, que seguia á don Fabricio.*)

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON TADEO.

Tadeo. (Ahora que á solas le cojo
Voy á descargar mi enojo
Sobre el galán mequetrefe.)
¡ Señor redactor en jefe!...
El periódico está flojo.

Agust. ¿Y es mía la culpa?

Tadeo. Sí.

Agust. ¿No dijo usted, hace poco,
Mil alabanzas de mí?

Tadeo. Si las dije, estaba loco,
Señor mío.

Agust. Será así.

Tadeo. Yo con doctrinas no medro,
Y es usted muy doctrinario.

Agust. Pues, amigo...

Tadeo. El pueblo es vario,
Y tambien, voto á san Pedro,
Ha de serlo mi diario.
Pero como usted lo mira
Con desvío y abandono
Mientras por Paula suspira,
Se lleva el diablo al abono;

Todo el mundo se retira.
¡Pues como soy que me alegro!
Ni yo del sueldo que doy
Con amores me reintegro,
Ni de parecer estoy
De que usted me llame suegro.

Agust. Pudiera amarla tal vez
Sin ofender su virtud...

Tadeo. ¡Qué audacia! ¡Qué ingratitud!

Agust. Y sin ajar la altivez

De esa honrada senectud.

Tadeo. Si á lo menos prosperase

En sus manos mi papel,

Podría decir: ¡Eh!... pase...

Ya que es fuerza que la case,

Sea en buen hora con él.

Agust. ¡Ah! Si la ventura mía

Fuese tanta, noche y día

Sin aspirar á otra palma

Con el cuerpo y con el alma

Por usted trabajaría.

Poco tengo de poder

O el diario á de volver

Al auge, al antiguo crédito...

Tadeo. ¡Haberse quedado inédito

Todo el número de ayer!

Agust. No, todo no; pero, en suma,

¿Qué es un día, dos, ni diez?

Con un buen rasgo de pluma

El periódico otra vez

Subirá como la espuma.

Si usted por una futesa

Se ha de afligir...

Tadeo. ¡ Buena es esa!

¿No quiere usted que me aflija

Si me arruina usted la empresa,

Y me requiebra á la hija?

Aun esto, poco me importa,

Que yo sabré atarla corta

Mientras le doy un marido; —

Y tenga usted entendido

Que no es para usted la torta.

Pero es fuerza dar impulso

A esta muerta redaccion.

Agust. Mi plan es...

Tadeo. Trivial, insulso.

¡Nada! ¡Lenguaje convulso,

Y sangrienta oposicion!

Agust. Ya se hace cuando es forzoso...

Tadeo. ¡Siempre! No ha de haber re-

poso,

¡A todo el que mande, palo;

Duro á roso y á belloso,

Y á lo bueno y á lo malo!

Agust. Dejo entonces mi destino.

No es tanto mi frenesí.

Otro habrá...

Tadeo. Mucho que sí.

Agust. Si se ha de escribir sin tino,
Yo ya estoy de mas aquí.

(¡Ay Paula! Por tí lo siento.)

Por despedido me doy.

Reemplácame usted al momento.

Tadeo. Mañana. Acabe usted hoy

Su tarea...

Agust. Bien: consiento.

Tadeo. Abur. — Me voy á las cajas...

Agust. Yo á la redaccion.

Tadeo. ¡Canario!

Si no he de sacar ventajas...

Yo buscaré un carbonario

Que no se duerma en las pajas.

ACTO SEGUNDO.

LA REDACCION POR LA MAÑANA.

Sala diferente de la del acto primero. En el foro puerta
vidriera que da al gabinete de Paula. Otra á la de-
recha del actor, que es por donde entran los que
vienen de la calle; y otra que guía á las habita-
ciones interiores. Habrá dos mesas con escribania.
Don Agustin aparece sentado á la primera, que es-
tara cubierta de periódicos, folletos, artículos ma-
nuscritos, etc. Don Fabricio traduce en la otra pa-
rafas de un diario francés.

ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. Con que ¿riñeron ustedes?

Agust. Sí, señor. Vaya al demonio

Con sus humos de empresario.

Yo á caprichos no me doblo

De un narabjo como él,

Ni mis doctrinas inmolo

A cálculos mercantiles.

Fab. Pues yo á todo me conformo,

Subalterno redactor.

Como no es mío el negocio,

Ni tengo ambicion política,

Diré lo que dijo el otro,

Segun refiere la crónica:

« Ni quito rey, ni lo pongo,

Peró ayudo á mi señor. »

Agust. Lo celebros. De este modo

Por conducto de un amigo

Tan fiel y tan bondadoso
Podré escribir á mi Paula,
Ya que el bárbaro ostromo
De su padre ha puesto fin
A nuestros dulces coloquios.

Fab. Cuente usted con mi amistad;

Que tambien he sido mozo,

Y me han gustado las faldas,

Y por aficion me embobo

Con amorios ajenos

Como un dia con los propios.

Agust. Mil gracias, amigo mio;

Y crea usted que sí logro...

Fab. No hablemos de eso. Acabemos

De ordenar nuestro periódico.

¿Tenemos hoy folletín?

Agust. Sí; un artículo muy corto

De teatros.

Fab. Ya: poniendo

De vuelta y media á los cómicos:

¿No es verdad?

Agust. Ya sabe usted

Cómo escribe ese demonio

De muchacho.

Fab. ¡Oh! Tiene gracia;

Y no le falta tampoco

La razon algunas veces;

Pero son tan quisquillosos

Los actores... Ya ve usted:

Todo no ha de ser elogios.

Agust. Yo no repruebo la critica,

Pero sea sin encono,

Sin mofa; que cuando se aja

Demasiado el amor propio

De un hombre, así se corrige

Como da peras el olmo.

Y harta pena es arrostrar

Indefenso un dia y otro

La inexorable censura

Del respetable auditorio.

Fab. Respondan á los artículos.

¿Se lo estorbamos nosotros?

Nadie ha venido hasta ahora

A quejarse, y yo supongo...

Act. ¿Se puede entrar?

(*A la puerta.*)

Agust. Adelante.

Fab. ¿Quién es...? ¡Ah! ya la conozco.

(*Habla al oido á don Agustin.*)

ESCENA II.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
LA ACTRIZ.

Act. Saludo á ustedes.

Agust. Señora...

(Levantándose. — Don Fabricio saluda con la cabeza, y sigue trabajando.)

Act. ¿Tengo, por dicha, el honor de hablar con el redactor de teatros?

Agust. No está ahora.

Pero tome usted asiento...

Act. Gracias, gracias: bien estoy.

Dos palabras y me voy.

Oigame usted un momento.

Ya que la suerte no tenga de ver á ese caballero.

Sabiendo usted lo que quiero se lo diré cuando venga.

Agust. Se tendrá por muy feliz en servir á usted...

Act. Barrunto

Que no. Vamos al asunto.

Pues, señor..., yo soy actriz.

Agust. Sea en buen hora.

Act. Actriz nueva

En la escena de Madrid.

Con la Jimena del Cid

Hice anteanoche mi prueba.

¡Y qué triunfo! Pero ese hombre conmigo ha sido un villano.

Agust. (¡Dios te tenga de su mano!)

Act. ¡Y por vida de mi nombre...!

Agust. No hay que sofocarse. ¿A ver? Sepamos...

Act. Es un mal bicho

Que mil injurias me ha dicho

En el número de ayer.

Agust. ¿Injurias? ¿Cómo ha podido...?

Act. ¡Mucho! Dejemos aparte las relativas al arte,

Porque de eso no me cuído.

En lo que fundo mi queja

Es en el mayor agravio

Que se hace á mujer. ¡Yo rabio!

Agust. ¿Cómo...!

Act. Me ha llamado vieja!

Agust. Es falta de educacion

Que de él no hubiera esperado.

Yo la hubiera á usted tratado

Con mas consideracion.

Act. Yo aprecio tanta bondad.

Agust. Hay cosas que en mi sentir

No se deben escribir,

Aun cuando sean verdad.

Act. ¿Cómo...? ¿Yo...?

Agust. Una cosa es,

Señora, que por mi cuenta

Pase usted de los cuarenta,

Y otra que él lo diga.

Act. ¡Pues!

¿Con que usted también me insulta?

Agust. Señora...

Fab. (Metamos paz,

(Se levanta, y se acerca á la actriz.)

Que sinó este hombre es capaz...)

No porque usted sea adulta...

Act. ¡Adúltera yo! ¡Qué horror!

¡Qué infamia! ¡Qué vituperio!

Fab. ¿Quién habla aquí de adulterio?

Act. Soy mujer de mucho honor;

Y semejante indirecta...

Agust. ¡Bravo! A usted le toca ahora.

(Aparte á don Fabricio.)

Fab. Adulta he dicho, señora;

Y aun debí decir proveya.

Act. Yo no soy mujer de edad,

Y esa chanza es ya importuna.

Fab. Usted ha de tener alguna

Por fuerza.

Act. ¿Qué iniquidad!

Esto es sin duda venganza

De alguna rival traidora...

Agust. Sosiéguese usted, señora,

Que todo ha sido una chanza.

(Mil piropos la diré

Por tal de echarla de aquí.)

Act. Ayer veintiocho cumplí.

En casa tengo la fe...

Agust. ¿Qué fe? Si usted lo asegura

Basta y sobra; y la vejez

Nunca ha mostrado esa tez,

Esa gracia, esa frescura...

Act. ¿Eh? ¿De veras? ¡Qué burlon!

(Haciendo dengues.)

Agust. Ahora hablo de veras; sí.

Fab. Bien: ya no hago falta aquí.

Me vuelvo á mi traduccion.

(Vuelve á sentarse y á trabajar.)

Act. Pues de esa suerte, yo espero

Que me hará usted el favor

De enmendar pronto el error

De su incivil compañero.

¡Adios mi carrera artística

Si de vieja cobro fama!

No me ajustarán de dama,

Sino de característica.

(Por la vidriera del foro se ve á Paula que está observando.)

Agust. En el número inmediato

Quedará usted complacida.

Act. Y en extremo agradecida.

Perdone usted el mal rato...

Agust. ¿Mal rato? No diga usted eso.

Al ver ese lindo rostro,

Flechado de amor me postro

Con extático embeleso.

Act. ¡Jesus! Usted me abochorna.

Ese es mucho galanteo.

Agust. Venturoso el coliseo

A quien tal belleza adorna.

¡Que no fuera yo poeta!

Para usted escribiría

Un papel...

Act. Yo lo querría...

Agust. ¿De emperatriz?

Act. De coqueta.

Agust. ¿Lo es usted?

Act. Cualquier muchacha

Ese carácter dibuja.

Agust. ¡Y usted que es (¡maldita bruja!)

Tan donosa y vivaracha!...

¿Malagueña?

Act. De Malvina. —

Con que, abur. Yo poco valgo;

Mas, por si se ofrece algo...

Vivo en la calle de Silva.

Agust. (Esa es la que tú mereces;

Y te la daré de firme

Si vuelves á interrumpirme

Con ridiculas sandeces.)

Act. Aquí las señas están

De mi casa.

(Le da una tarjeta.)

Agust. Venga, pues.

Iré á ponerme á esos piés.

(¡Qué tarasca!)

Act. (¡Qué galan!)

(Don Fabricio hace un ligero movimiento como para levantarse.)

Quieto ahí... Quietos los dos...

Fab. (¡Facilito es que yo fuera...!)

Agust. Hasta la puerta siquiera...

Act. No replico. — Adios, adios.

ESCENA III.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
PAULA.

Agust. Vaya, que aventura igual...

(Al volver de acompañar á la actriz se encuentra cara á cara con Paula.)

Paula. Sí; muy graciosa aventura.

Agust. ¿Estabas aquí, Paulita?

Paula. Si estaba. ¿Por qué te turbas?

Las dichas de mis amigos

Me sirven á mí de mucha

Satisfaccion.

Agust. No comprendo...

Paula. En vano lo disimulas.

Otra en mi lugar ahora

Te diría hecha una furia

Que eres falso, infiel, perjuro;

Mas con tan alta hermosura

No puedo yo competir;

Y si por ella me burlas,

Lo sublime del objeto

Tu infidelidad disculpa.

Agust. Pero... ¿Paula! ¿Hablas de veras?

Paula. No, que hablaría de chunga

Después que en mi propia casa,

A mis ojos... ¡Ah! ¡Qué injuria!

¡Qué vileza!

Agust. ¿Y es posible

Paula mia, que presumas...?

Paula. Presumo que eres un pérfido,

Un ingrato. ¡Nunca, nunca

Te hubiera yo conocido!

Agust. ¡Esto me faltaba! Escucha...

Paula. No escucho.

Fab. ¿Zelos ahora?

Agust. ¡Ah! Venga usted en mi ayuda,

Don Fabricio.

(Se levanta don Fabricio.)

Diga usted,

Si á esa mujer, que confunda

El cielo, he visto en mi vida

Hasta que mi ruin fortuna

La trajo aquí.

Fab. ¿Ha visto usted,

Señorita, por ventura

Aquel malhadado gesto?

¿Ha visto usted su peluca

Y el quintal de bermellon

Con que cubre sus arrugas?

¿Cómo puede ser que un joven

Discreto, bella figura

Y, lo que aun es mas, querido

De una muchacha tan pulcra,

Tan mona..., vaya á prendarse

De semejante falúa?

Paula. Los hombres son caprichosos;

No se contentan con una,

Y por variar...

Fab. ¡Qué simpleza!

Paula. Ella ha venido en su busca...

Fab. ¡Eh, señora! Es una pobre

Comedianta. Esa andaluza

Que anteanoche se dió á luz;

Y aunque el pueblo la repulsa

Se tiene por grande actriz.

Los periódicos la abruman
A epigramas : en el nuestro
La hemos llamado vetusta;
Ha venido á querellarse
De tan horrible calumnia;
Y por diversion nosotros
La hemos dicho cuatro pullas
Que ha convertido en sustancia :
Esta es la verdad desnuda.
Con que pelillos al mar,
Y que se pase la murria.
Acérquese usted, pobre hombre :
Venga usted acá, criatura.
La mano...

(Toma á cada uno una mano, y hace por unirlos. Paula se resiste un poco.)

Venga esa otra.

Ahora las quiero ver juntas...
¡Eh! No hay que hacerse de pencas. —
¡Animo, usted...! ¡Vaya...! ¡A una!
(Se dan las manos don Agustin y Paula.)

Asi... ¡Bravo! Dios es de
Su bendición, y ¡aleluya!
(Vuelve don Fabricio á su tarea.)

Paula. Porque no diga el señor
Que soy una testaruda,
Me he desenojado, pero...

Agust. Aprension como la tuya
No se ha visto. ¿Qué haré yo
Para disipar tus dudas?
¿Ves la tarjeta? La rompo
Sin leerla.

Paula. Asi me gusta.
Agust. Y mañana en un artículo
Diré de ella mil injurias.
¿Quieres más?

Paula. Ni aun tanto : basta.
No quiero que por mi culpa
Aflijas á una infeliz
Cuyo bien estar se funda
En la pública indulgencia.
Sería crueldad injusta
Cuando acaso ya no espero
Volverte á ver...

Agust. ¿Qué me anuncias?
Paula. Ya sé que te has despedido...

Ha sido mucha locura.
Agust. No lo he podido excusar.
Mas tu viaje... ¿se efectúa?

Paula. Aun no sé cuando. Mi padre
Lo prepara, y me importuna...
Mas no tardará en venir;
Y si nos ve...

Fab. De Maguncia
(Traduciendo.)

Con fecha quince de mayo
Escriben que el rey de Prusia... »

Paula. Por don Fabricio sabrás
Calquier novedad que ocurra.
Adios.

Agust. Adios, hechicera.
¿Serás mía?

Paula. Hasta la tumba.

ESCENA IV.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Agust. ¿Qué cariñosa! ¿Qué bella!
(Sentándose de nuevo á trabajar.)

¿No digo bien, don Fabricio?

Fab. ¡Oh! Mucho.

Agust. No tiene juicio
Quien no lo pierde por ella.

¿Verdad?

Fab. Sí, por vida mía.
*(Darle la razon pretendo,
Aunque en verdad no comprendo
Tan sublime algarabía.)*

Agust. ¿Se acaba esa traducion
De la crónica extranjera?

Fab. Voy á concluir. — « Baviera... »
(Traduciendo.)

Agust. ¿Y cuántas cuartillas son?

Fab. Las contaré... Siete, y una
Que luego está concluida...

Agust. Ocho... y de letra metida...
Bien harán una columna.

Fab. No alcanzan, si es de brevariario.

Agust. Veamos los remetidos.

(Toma y examina uno, que es el que entregó don Antonio en el acto primero.)

Este... ¡Tres pliegos cumplidos!

Leamos... *(Lo recorre con la vista.)*

Es incendiario.

Estas diatribas fatales

No producen ningun bien.

Fab. ¿Y puede saberse quien

Lo firma?

Agust. Dos iniciales...

Fab. Adivina quien te dió.

Agust. A... P... Las mias... sin falta.

Fab. Cabal. Agustin Peralta.

Agust. Pero no lo he escrito yo.

Fab. Pues si no ha de entrar en tanda

Poco importa que ese hombre

Alejo Parra se nombre,

O A naclcto Peñaranda.

Agust. ¿A ver este? — Tambien es

Sedicioso.

Fab. ¡Voto va...!

Esta frase... ¿Dónde está

El diccionario francés?

¡Ah! traduciendo su artículo

Lo tiene adentro Paulita.

Agust. ¿Y acaso usted necesita
De semejante adminiculo?

Fab. A veces...

Agust. Ponga usted, pues,

Lo que le ocurra. ¡Qué diablos...!

Por tres ó cuatro vocablos...

¡Si al fin todo va en francés...!

Fab. Trabajo urgente, y diario...

Así nada sale bien.

Agust. ¡Pues! El lector será quien

Necesite diccionario. —

En este papel prolijo

(Examinando otro artículo.)

Sale á defender sus versos

Desaboridos, perversos,

Cierto poeta canijo.

Injuriando á sus censores

Y armádoles un proceso

Piensa triunfar; mas por eso

¿Serán sus coplas mejores? —

Aquí un prócer nos envía

Corregido y aumentado

Su discurso *improvisado.*

No ha lugar : *orden del dia.*

Fab. Se quejará de que usted

Su docta oracion repudie.

Agust. Antes que perore estudie;

Que después no hay para qué.

ESCENA V.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
EL REGENTE.

Reg. ¿Me da usted...?

Agust. ¿Original?

Fab. Ya tenemos aquí al pobre

De todos los dias. Vaya;

Allá van esas catorce

Cuartillas.

Reg. Poco es.

Fab. Y el bando

Del ejército del Norte.

Agust. Tome usted, señor regente,

Ese otro artículo sobre...

Reg. ¿A qué explicarlo, si luego

Lo veré en letra...?

Agust. De molde.

¿Falta mucho para el número?

Reg. Aun está en paños menores;

Digamos...

Agust. Lo así. No importa :

La Gaceta de esta noche

Nos dará un par de columnas;

Luego enviarán los censores

Mas materiales : con esto

Y con la sesion de Córtes,

La Bolsa y los espectáculos,

Hay sobrado...

Reg. Usted perdone,

Pero el hombre prevenido...

Agust. Vale por dos. Bien, don Cosma.

Abur, y que no haya erratas.

Reg. Amigo, cuando se corre

Es muy fácil...

Agust. Tropezar;

Pero harto hace el que responde

De sus propios disparates,

Sin agregarle por postre

Los del cajista.

Reg. En efecto

Los hay que son algo...

Agust. Torpes.

Reg. Eh, pásenlo ustedes...

Agust. Bien.

Reg. Hasta la...

Agust. Si; hasta la noche.

ESCENA VI.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, PAULA.

Fab. Vaya, que es el tal regente
Personaje original.

Jamás acaba una frase.

Agust. Le tiene uno que ayudar

Siguiéndole el pensamiento,

Porque sinó es incapaz...

(Se oye un piano.)

¿Qué oigo! El piano... ¡Es mi Paula!

¿Que no estuviera yo allá...!

Fab. ¡Adios! Perdió la chaveta.

Agust. ¡Silencio, que va á cantar!

(Canta dentro Paula. — Durante la primera estrofa entreabre la puerta del gabinete don Agustin, sin poderle contener don Fabricio.)

Paula. No importa, bien de mis ojos,

Que enemigos despiadados

Nos separén con cerrojos

Y cándados;

Que yo consolada vivo,

Pues con mas dulce prision

Late en el tuyo cautivo

Mi corazon.

Agust. ¡Qué mágica voz! ¡Qué gracia!

¿Qué expresion...! ¡No puedo mas!

Fab. ¡Por Dios, hombre! Nos perdemos
Si llega a venir papá.

Agust. ¡Mas que venga! — Otra coplita.
(A Paula, con un pié dentro del gabinete. — Don Fabricio le detiene asiéndole del brazo.)

Fab. Vaya otra, sin ejemplar.

Paula. Pretenden poner á precio
(Vuelve á cantar dentro.)

De una mujer la ternura,
Mas yo miro con desprecio
Su locura.

Comprarán mi eterno lloro
Y comprarán su baldón;
Mas no se compra con oro
Mi corazón.

Agust. ¡Bendita sea tu boca!
¿Y cómo no delirar

De regocijo y de amor...?
¡Canta, hermosa, canta mas!

Fab. ¡Quieto!

Paula. No me comprometas,
(Se levanta y se presenta en la puerta del gabinete sin salir de él.)

Que ya no puede tardar
Mi padre...

Agust. ¿Pero es posible
Que uno contenga el afán...?

Fab. ¿Cómo es que yo me contengo...?
Agust. Porque es usted un pedernal.

Fab. Sin embargo...

Paula. ¡Ah! Por Dios, vete...
(Llega el capitán: al verte Paula da un grito, cierra de golpe la puerta y desaparece: don Agustín y don Fabricio se vuelven sobresaltados.)

¡Ah!

Cap. Buenos días.

Agust. ¿Qué hay?

Fab. ¿Qué hay?

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
EL CAPITAN.

Cap. ¿Quién es aquí el editor,
O el redactor principal?

Agust. El editor ha salido,
El redactor aquí está.

¿Se ofrece algo, caballero?

Cap. Mucho. Yo soy capitán

De una compañía franca,

O guerrilla, que es igual.

Agust. Ya veo las charreteras.

Cap. Y estoy dado á Satanás;

Y estocada y tente perro

Es mi modo de enjuiciar.

Agust. ¿Y á qué viene eso? Nosotros...

Cap. A que un *quidam*, un patán

En el diario de ustedes

Ha dicho sin mas ni mas

Que no me guía la ley,

Sino la fuerza brutal;

Y todo porque en su cama

Me acosté dias atrás

De tránsito en una aldea

Cerca de esta capital,

Y él se fué con su mujer

A dormir en el pajar.

Ya ve usted: en tiempo de guerra...

No hay cosa mas natural.

Agust. Usted está hablando de broma.

Cap. ¿De broma? Ya se verá.

Yo vengo á exigir á ustedes

La responsabilidad.

Fab. ¿A nosotros? ¡Buena es esa!

Agust. Mire usted: en primer lugar,

Ni el tal artículo es nuestro,

Puesto que firmado va

Por el paisano ofendido,

Ni aquí vino original,

Sino copiado á la letra

De otro diario...

Cap. ¡Ba, ba!

Liláilas...

Agust. Ni quien se explica

Con tan poca urbanidad

Merece satisfacciones,

Ni aquí tenemos lugar

Para oír impertinencias.

Vaya usted á un tribunal.

Cap. ¿Qué tribunal...? La justicia...

Yo me la sé administrar,

Y nos veremos las caras,

Que yo...

Agust. Déjeme usted en paz.

(Se sienta á trabajar.)

Cap. Pero ¿qué veo? Usted tiembla...

(A don Fabricio.)

Fab. ¿Yo temblar? ¡Cómo...! (Es verdad.)

Este fariseo tiene

Trazas de abrirme en canal.)

Cap. A usted sin duda he debido

Ese obsequio; y ¡voto á san...!

Fab. Atienda usted á razones...

Cap. No atiende: usted me dará

Satisfacción en el campo.

Fab. Pero ¿con qué autoridad...?

Cap. Con la mia.

Agust. Vamos; esto

Ya no se puede aguantar.

(Se levanta, y vuelve á tomar parte en la disputa. — Hablan los tres á un tiempo hasta el fin de la escena.)

Cap. Si tiro de la charrasca...

Fab. ¡Oh Dios...!

Agust. Señor capitán,

Si usted desea camorra,

Conmigo se las habrá;

Pero un pobre viejo...

Fab. ¡Vaya,

Que es manía singular!

Sin comerlo ni beberlo...

Y á mí, á un hombre de mi edad...

Cap. No se ultraja impunemente

La fama de un oficial.

Yo, aunque no tenga razón,

Trueno si no me la dan.

¡Voto á bríos!

Agust. ¡Oiga usted!

Fab. ¡Cielos!

Pero ¡señor militar...!

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, EL
CAPITAN, DON TADEO.

Tadeo. ¿Qué es esto? ¿Quién grita?
(La llegada de don Tadeo, y una fuerte palmada que da el capitán sobre una mesa, restablecen el silencio.)

Cap. En fin,

O mañana se me da

En ese mismo periódico

Satisfacción muy formal

De tan inaudito agravio,

O ustedes lo han de llorar.

Aquí vuelvo, y he de hacer

Mas daño que un huracán.

Papel, prensas, redactores,

Todo lo he de atropellar.

Tadeo. ¡Hombre, hombre...!

Cap. Lo dicho, dicho;

Y ¡viva la libertad!

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, DON
TADEO.

Tadeo. ¿Qué ha sido eso?

Fab. Que es forzoso,

Si aquí hemos de trabajar,

Traer un matón de oficio

Que mediante un buen jornal

Se encargue de responder

A hombres de esa calidad.

Y aun esto quizá no baste;

Que segun las cosas van

Ni con rastrillos y fosos

Tendremos seguridad.

Tadeo. Eb, son gajes del oficio,

Y nadie se espanta ya

De esas cosas.

Fab. ¡Pues alabo

La frescura!

Tadeo. Poco mal

Fuera ese si alcanzara

Su antigua prosperidad

Mi diario.

Fab. Pero ese hombre...

Ya le oyé usted; volverá...

Tadeo. No volverá... Y sobre todo,

Donde las toman las dan.

A bien que hay ya redactores

Nuevos, y alguno es capaz

De habérselas á estocadas

Con el mismo Tamerlan.

Me ha dado un soberbio artículo,

Y dos su amigo...; Ya, ya!

De oposicion por supuesto:

Ya basta de lenidad.

Los he enviado al exámen

De la censura en lugar

De esos papeles mojados

Que ni dan honra ni pan.

Fab. Con que ¿nuevos redactores?

Tadeo. ¡Oh! Pero usted quedará,

Pues no tiene otra opinion

Que la de su principal.

Fab. Hombre...

Tadeo. Y usted es para mi...

Fab. Entiendo: una prensa mas.

Tadeo. En cuanto á usted, amiguito,

(A don Agustín.)

Aunque siento renunciar

Para redactor en jefe

A un mancebo tan galán,

Queda usted desde mañana

Y para siempre jamás

Destituido. No obstante,

Usted me puede mandar,

Fuera de aquí, cuanto guste.

Agust. Gracias por tanta bondad,

Señor mio; pero de ella

No me pienso aprovechar.

Tadeo. Celebro mucho que usted

Me ofrezca esa prueba mas

De fina condescendencia

Y recíproca amistad.

(Se entra en el gabinete.)

ESCENA X.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO.

Fab. ¡Vaya, que es fiera alimaña
(Después de un momento de silencio, y
saliendo de la cavilacion en que estaba.)

El capitán guerrillero!

Agust. Hay otro animal mas fiero.

Fab. ¿Cuál? Será de especie extraña
No conocida en España.

Agust. Don Tadeo, á mi entender,

¿Cuál otro pudiera ser?

Fab. Tiene usted mucha razon.

Soy de la misma opinion.

Agust. Pues vámonos á comer.

(Se retiran por la puerta de la derecha.)

ACTO TERCERO.

EL EDITOR Y SU HIJA.

El gabinete de Paula. Puerta á la derecha del actor,
que es la que comunica con la sala donde está la
redaccion, otra á la izquierda, y encima de ella una
ventanita con vidriera. En el foro un balcón. El
piano, un costurero, sillas, tocador.

ESCENA PRIMERA.

Don TADEO, PAULA.

Tadeo. Está ya resuelto, Paula :
Lo siento y lo sentirás ;
Pero mañana te vas,
Y no hay que hacerme la maula.
Contigo irán don Simon
Y su hija la Restituta,
Que llevan la misma ruta.
Ya ves tú ; qué proporcion !
Viajar en una galera
No es gran lujo el dia de hoy,

Pero vas con el convoy ;

No como viaja un cualquiera.

Paula. ¡Qué enfadosa caminata!

¿Es posible, padre mio...?

Tadeo. Te espera con ansia el tío,

¡Y así le pagas ingrata!

Paula. Pero él es cuerdo y dirá,

Si de mi vista no goza,

Que mejor está una moza

Al lado de su papá.

Y yo cual hija amorosa...

Tadeo. Afuera zalamerías.

En vano, en vano porflas,

Que tu partida es forzosa.

Para evitar ungestrépito

Confórmate al gusto mio.

¿No sabes que el pobre tío

Es millonario y decrépito?

Paula. Sí, ¡y con mi primo Geromo

Me quieren casar!...

Tadeo. ¿Y qué?

¡Mi idea...

Paula. Todo lo sé.

¡Maldito dinero!

Tadeo. ¿Cómo!...

No digas esa blasfemia,

Que Dios te castigará.

¿Te habrá acometido ya

La romántica epidemia?

¡Pues! Mala crianza..., mimo...

Con que ¿te rebelas...?

Paula. No.

Se hará el viaje; pero yo

No me caso con el primo.

Tadeo. Tal vez te lo pintan rudo

Tus cortesanas ideas,

Pero luego que le veas

Será otra cosa.

Paula. Lo dudo.

Tadeo. En fin, vete á Santander,

Que lo principal es esto ;

Y no me pongas mal gesto,

Porque si al fin ha de ser...

Si el primo no es de tu agrado

Y el desposorio no cuaja,

Tendré al menos la ventaja

De alejarte de mi lado.

Paula. ¡Padre cruel! ¿En qué pudo

Ofender á usted...?

Tadeo. No es eso ;

Pero es demasiado peso

Una hija para un viudo.

Nada ; ó te vas, ó yo emigro.

Son buenas tus intenciones,

Pero entre tantos hombrones

Corre una niña peligro.

Paula. Pues ; para evitar desmanes

De alguna arriesgada lid,

Cáseme usted en Madrid

Y cesan esos afanes.

Tadeo. ¡Cómo, cómo! ¿Qué me has
dicho?

¿Acaso tu corazón

Siente ya alguna pasion,

Algun culpable capricho...?

Paula. ¡Culpable, señor! ¿Por qué?

Dueña soy de mi albedío.

Tadeo. ¡Calla! ¿Qué dirá tu tío?

¿Qué dirá don Bernabé?

¿Y quién es el galopin

Que tu corazón pervierte?

¡Ah! ¡Por vida de la muerte...!

Sin duda es don Agustín.

Paula. Pero, señor, yo pregunto :

¿Es delito el querer bien...?

Tadeo. Grave delito. ¡Y á quién!

¡A un periodista, por junto!

Paula. Nunca ha vivido en el ocio,

Y yo le juzgo capaz...

Tadeo. Escritor de órden y paz

Y leyes y... ¡Buen negocio!

Paula. Pero...

Tadeo. Basta de simplezas.

No me hables de ese gandul,

Y vete á hacer el baul, —

¿Qué estás gruñendo? ¿Qué rézas?

Paula. Estoy ofreciendo á Dios

Lo que usted me hace penar.

Tadeo. Vete allá dentro á rezar

Por tí y por él; por los dos.

Lo que quiero es obediencia

Y no llantos y jemeques.

Paula. ¡Padre mio!...

Tadeo. No me seques :

Quitate de mi presencia.

Paula. ¿Habrá suerte mas amarga...?

(Yéndose.)

Tadeo. ¡Ah! Yo tengo que salir,

Y el seductor va á venir...)

Espera. (El diablo las carga.)

Fuera indisculpable yerro

Que por descuidado y tonto...

Entra en ese cuarta; pronto.

Paula. ¡Qué! ¿me encierra usted?

Tadeo. Te encierro.

Paula. Pero, señor, eso pasa

De...

Tadeo. Tus virtudes aplaudo;

Mas te pongo á buen recaudo

Mientras yo falto de casa.

Otro recurso no encuentro

Para evitar...

Paula. ¿Es posible!

¿Qué dirán...?

Tadeo. Soy inflexible.

Paula. Pero...

Tadeo. Basta. Adentro, adentro.

(Hace entrar á Paula en el cuarto de la izquierda, echa la llave y se la guarda.)

ESCENA II.

Don TADEO.

Algun ángel me ha enviado

La galera y el convoy (1).

¿Con que es cierto que ya estaban

En relaciones de amor?

¡Así, como Dios quería

Andaba la redaccion!

Al escribir un artículo

Pensaría... ¿Qué sé yo?

En los ojos de su Filis

Y en la dulce agitacion

Y en la... Pero á bien que pronto

Se pasa el día de hoy.

Vamos á cerrar el trato

Con el nuevo redactor,

Y libre ya de una hija

Que me haga la oposicion,

Yo se la haré al gabinete;

¡Pero firme, vive Dios!

ESCENA III.

Don TADEO, EL ESCRIBIENTE.

Esc. Señor don Tadeo...

Tadeo. ¿Qué hay?

Esc. Uno que se llama don...

¿Cómo ha dicho? Don Lorenzo

Valfontana y Perelló,

Desea hablar con usted.

Tadeo. No conozco á ese señor.

Esc. Dice que es negocio urgente

Y secreto.

Tadeo. Que entre.

Esc. Voy.

(1) Sabido es que durante la guerra civil era peligroso viajar sin escolta en ciertas direcciones, y que muchas personas, para hacerlo con mas seguridad, se unian á los convoyes militares.

Y recíproca amistad.

(Se entra en el gabinete.)

ESCENA X.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. ¡Vaya, que es fiera alimaña
(Después de un momento de silencio, y
saliendo de la cavilacion en que estaba.)

El capitán guerrillero!

Agust. Hay otro animal mas fiero.

Fab. ¿Cuál? Será de especie extraña
No conocida en España.

Agust. Don Tadeo, á mi entender,

¿Cuál otro pudiera ser?

Fab. Tiene usted mucha razon.

Soy de la misma opinion.

Agust. Pues vámonos á comer.

(Se retiran por la puerta de la derecha.)

ACTO TERCERO.

EL EDITOR Y SU HIJA.

El gabinete de Paula. Puerta á la derecha del actor,
que es la que comunica con la sala donde está la
redaccion, otra á la izquierda, y encima de ella una
ventanita con vidriera. En el foro un balcón. El
piano, un costurero, sillas, tocador.

ESCENA PRIMERA.

DON TADEO, PAULA.

Tadeo. Está ya resuelto, Paula :
Lo siento y lo sentirás;
Pero mañana te vas,
Y no hay que hacerme la maula.
Contigo irán don Simon
Y su hija la Restituta,
Que llevan la misma ruta.
Ya ves tú; qué proporcion!
Viajar en una galera
No es gran lujo el dia de hoy,

Pero vas con el convoy;

No como viaja un cualquiera.

Paula. ¡Qué enfadosa caminata!

¿Es posible, padre mio...?

Tadeo. Te espera con ansia el tío,

¡Y así le pagas ingrata!

Paula. Pero él es cuerdo y dirá,

Si de mi vista no goza,

Que mejor está una moza

Al lado de su papá.

Y yo cual hija amorosa...

Tadeo. Afuera zalamerías.

En vano, en vano porflas,

Que tu partida es forzosa.

Para evitar ungestrúpito

Confórmate al gusto mio.

¿No sabes que el pobre tío

Es millonario y decrépito?

Paula. Sí, ¡y con mi primo Geromo

Me quieren casar!...

Tadeo. ¿Y qué?

¡Mi idea...

Paula. Todo lo sé.

¡Maldito dinero!

Tadeo. ¿Cómo!...

No digas esa blasfemia,

Que Dios te castigará.

¿Te habrá acometido ya

La romántica epidemia?

¡Pues! Mala crianza..., mimo...

Con que ¿te rebelas...?

Paula. No.

Se hará el viaje; pero yo

No me caso con el primo.

Tadeo. Tal vez te lo pintan rudo

Tus cortesanas ideas,

Pero luego que le veas

Será otra cosa.

Paula. Lo dudo.

Tadeo. En fin, vete á Santander,

Que lo principal es esto;

Y no me pongas mal gesto,

Porque si al fin ha de ser...

Si el primo no es de tu agrado

Y el desposorio no cuaja,

Tendré al menos la ventaja

De alejarte de mi lado.

Paula. ¡Padre cruel! ¿En qué pudo

Ofender á usted...?

Tadeo. No es eso;

Pero es demasiado peso

Una hija para un viudo.

Nada; ó te vas, ó yo emigro.

Son buenas tus intenciones,

Pero entre tantos hombrones

Corre una niña peligro.

Paula. Pues; para evitar desmanes

De alguna arriesgada lid,

Cáseme usted en Madrid

Y cesan esos afanes.

Tadeo. ¡Cómo, cómo! ¿Qué me has
dicho?

¿Acaso tu corazón

Siente ya alguna pasion,

Algun culpable capricho...?

Paula. ¡Culpable, señor! ¿Por qué?

Dueña soy de mi albedío.

Tadeo. ¡Calla! ¿Qué dirá tu tío?

¿Qué dirá don Bernabé?

¿Y quién es el galopin

Que tu corazón pervierte?

¡Ah! ¿Por vida de la muerte...!

Sin duda es don Agustín.

Paula. Pero, señor, yo pregunto:

¿Es delito el querer bien...?

Tadeo. Grave delito. ¡Y á quién!

¡A un periodista, por junto!

Paula. Nunca ha vivido en el ocio,

Y yo le juzgo capaz...

Tadeo. Escritor de órden y paz

Y leyes y... ¡Buen negocio!

Paula. Pero...

Tadeo. Basta de simplezas.

No me hables de ese gandul,

Y vete á hacer el baul, —

¿Qué estás gruñendo? ¿Qué rézas?

Paula. Estoy ofreciendo á Dios

Lo que usted me hace penar.

Tadeo. Vete allá dentro á rezar

Por tí y por él; por los dos.

Lo que quiero es obediencia

Y no llantos y jemeques.

Paula. ¡Padre mio!...

Tadeo. No me seques:

Quitate de mi presencia.

Paula. ¿Habrá suerte mas amarga...?

(Yéndose.)

Tadeo. ¡Ah! Yo tengo que salir,

Y el seductor va á venir...)

Espera. (El diablo las carga.)

Fuera indisculpable yerro

Que por descuidado y tonto...

Entra en ese cuarta; pronto.

Paula. ¡Qué! ¿me encierra usted?

Tadeo. Te encierro.

Paula. Pero, señor, eso pasa

De...

Tadeo. Tus virtudes aplaudo;

Mas te pongo á buen recaudo

Mientras yo falto de casa.

Otro recurso no encuentro

Para evitar...

Paula. ¿Es posible!

¿Qué dirán...?

Tadeo. Soy inflexible.

Paula. Pero...

Tadeo. Basta. Adentro, adentro.

(Hace entrar á Paula en el cuarto de la izquierda, echa la llave y se la guarda.)

ESCENA II.

DON TADEO.

Algun ángel me ha enviado

La galera y el convoy (1).

¿Con que es cierto que ya estaban

En relaciones de amor?

¡Así, como Dios quería

Andaba la redaccion!

Al escribir un artículo

Pensaría... ¿Qué sé yo?

En los ojos de su Filis

Y en la dulce agitacion

Y en la... Pero á bien que pronto

Se pasa el día de hoy.

Vamos á cerrar el trato

Con el nuevo redactor,

Y libre ya de una hija

Que me haga la oposicion,

Yo se la haré al gabinete;

¡Pero firme, vive Dios!

ESCENA III.

DON TADEO, EL ESCRIBIENTE.

Esc. Señor don Tadeo...

Tadeo. ¿Qué hay?

Esc. Uno que se llama don...

¿Cómo ha dicho? Don Lorenzo

Valfontana y Perelló,

Desea hablar con usted.

Tadeo. No conozco á ese señor.

Esc. Dice que es negocio urgente

Y secreto.

Tadeo. Que entre.

Esc. Voy.

(1) Sabido es que durante la guerra civil era peligroso viajar sin escolta en ciertas direcciones, y que muchas personas, para hacerlo con mas seguridad, se unian á los convoyes militares.

ESCENA IV.

DON TADEO, DON LORENZO.

Tadeo. ¿Qué negocio...?

Lor. Beso á usted
La mano.Tadeo. Muy servidor...
Suplico á usted que se siente...

Lor. No; mil gracias: bien estoy.

Tadeo. ¿Qué se ofrece, caballero?

Lor. Yo traigo una comision

Ventajosa para usted,

Y desde luego le doy

Mi parabien...

Tadeo. Muchas gracias.

Usted dirá...

Lor. Pues, señor,

El periódico de usted,

Sin que sea adulacion,

Goza del mejor concepto

Entre las gentes de pro.

Tadeo. ¡Oh! Mucho.

Lor. Solo le falta

Un poco de proteccion;

Pero si usted se resuelve

A que tome otro color...

Tadeo. Sí; sí; pierda usted cuidado.

Doctrinas, principios... ¡Oh!

Todo eso no vale nada.

Mañana alzaré la voz.

Lor. Bien, muy bien; contra ese espíritu

De eterna revolucion;

En defensa del gobierno...

Tadeo. ¡Del gobierno!...

Lor. Y en favor

De su loable sistema...

Eso es ser buen español,

Y no esperaba yo menos...

Tadeo. Permitame usted. Yo no...

Lor. Ya sé que usted no es venal;

Pero, aquí para *inter nos*,

A todo servicio es justo

Conceder un galardón.

Tadeo. (Esto ya es otro cantar.)

Lor. Y el gobierno, de quien soy

Fiel agente, no es ingrato

Ni mezquino...

Tadeo. Pues bien; yo

No aventuro, señor mío,

Mi caudal y mi opinion

Por vanas promesas: claro.

Lor. Lo demás fuera un error.

Diga usted, pues, lo que quiere.

Solos estamos los dos...

Tadeo. Usted es un bello sujeto.

Mas yo no tengo el honor

De conocerle; y quisiera

Hacer mi proposicion...

Lor. Ya; sí: al ministro en persona.

Bueno; pero ha de ser hoy.

Tadeo. Ahora mismo, si usted quiere.

Tomo sombrero y baston,

Y ¡andando!

Lor. (El hombre es soez.)

Tadeo. (¡Bien! Voy a estar en favor...)

Cuando usted guste. — ¿Qué es esto?

(Viendo unas cuartillas escritas que habrá
sobre el piano.)

¡Ah! ¡Toma!... La traduccion

De Paulita... ¡Don Fabricio!

Usted perdóne... ¡Muñoz!

¿Nadie me oye?

ESCENA V.

DON TADEO, DON FABRICIO,
DON LORENZO.

Fab. ¿Qué se ofrece?

Tadeo. Esas cuartillas...

Fab. Estoy.

Tadeo. Y recoja usted tambien

(Yéndose.)

Aquel libro...

(Estará sobre otro mueble.)

Fab. Sí; el *Cormon*,

ESCENA VI.

DON FABRICIO, PAULA.

(Paula sigue encerrada.)

Fab. Concluido está el artículo.

Examinando el trabajo de Paula.)

¡Bien escribe y bien traduce

La niña! ¿Y cantar? ¡Caramba!

¡Si digo que es un estuche!

¡Y tan linda, tan graciosa!

No es extraño que trabuque

A don Agustin el seso.

Yo con mis sesenta octubres...

(Se oyen golpes á la puerta.)

Mas ¿quién llama á aquella puerta? —

Otra vez, y nadie acude...

Yo voy á ver...

Paula. ¡Don Fabricio!

(Dentro toda la escena.)

Fab. ¡Ah...! ¡Si es Paulita! ¡Oh qué
dulce

Femenina voz!

(Acercase á la puerta.)

¿Qué es eso?

O en los ojos tengo nubes

O está usted presa.

Paula. Si estoy.

Mi padre...

Fab. ¡Y esto se sufre

En un país ilustrado!

Paula. El débil siempre sucumbe.

Fab. ¿Es precaucion, ó castigo?

Paula. Uno y otro.

Fab. ¡Habrá acebuche...!

Y el delito será...

Paula. Amor.

Mas su empeño será inútil.—

Supongo que ya se ha ido...

Fab. Sí; se fué con ese apunte

Que estaba hablando con él.

Paula. Y segun lo que yo pude

Oir por la cerradura,

Volverá á casa con luces.

¿Ha venido mi Agustin?

Fab. Voy á verlo.

Paula. Aunque aventure

Mi vida lo quiero hablar.

Fab. ¡Cuidado con que usted busque

Tres pies al gato...!

Paula. Es forzoso.

Fab. ¿Y habrá mortal que disguste

A tan bella criatura?

Paula. Vaya usted, corra y pregunte...

Fab. Sí; sí... Pero le oigo hablar.

(Acercándose á la puerta de la derecha.)

¡Don Agustin!... Se consume

La pobrecilla.

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Agust. ¿Quién llama?

Fab. ¡Amigo, qué pesadumbre!

Paulita está presa.

Agust. ¡Cómo!

Fab. Mo crea usted que es embuste.

Agust. ¿Por quién? ¿Por su padre?

Fab. Sí.

¡Maldito sea su buche!

Agust. ¿Y dónde está?

Fab. En aquel cuarto

Agust. ¿Y los cielos no confunden
A ese idiota...?

Fab. Vamos; calma,

Y la ocasion no se frustre.

No está en casa don Tadeo.

Hable usted, consuele, arrulle

A su cautiva paloma;

Que, aunque de holgazan me acuse,

Yo me estaré en el balcon

Por si don Tadeo sube,—

¡Qué Dios dé tan lindas hijas

A padres tan avestruces!

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, PAULA.

(Paula se asoma, sin ser vista, á la ven-
tanilla que habrá encima de la puerta de
la izquierda.)Agust. ¡Paula! ¡Mi bien!—No responde.
(Mirando por la cerradura.)

El sol de mi alma se esconde

Y me deja en noche umbría.

¿Dónde estás, hermosa, dónde?

¡Paula amante; Paula mía!

En vano mi vista avara

Traspone la cerradura,

Que frenético arrancara.

Me niega amor la ventura

De embelesarme en tu cara.

¿Ni hablas siquiera, mis ojos?

No soy yo la causa, no,

De tu llanto y tus enojos,

Ni el imbécil que pensó

Poner al amor cerrojos.

¡Ay, acaso su beldad

Yace sin aliento, yerta...!

¿Se vió mas fiera crueldad?

Mas yo romperé la puerta

Y te daré libertad.

(Paula deshace un ramito de flores y las
deja caer sobre don Agustin, que las
recoge.)

¡Ah... traidorecilla de amores!

Engáñame así en buen hora.

Noche, ahuyenta tus horrores.

Pródiga nace la aurora

De donaires y de flores.

Paula. ¡Bien haya quien presa gime

Para verse amada así!

En vano un padre me oprime

Si al amante veo en tí

Que me halaga y me redime.

(Va oscureciendo.)

Agust. Ventana á mi amor propicia,
¿Cómo no te vió el furor
Del crudo encarcelador?

Paula. La cólera y la codicia
Son mas ciegas que el amor.

Agust. Pero ¿cómo á tanta altura
Subiste...?

Paula. He puesto una mesa,
Y sobre ella...

Agust. ¿Criatura!
¿Tambien osada y traviesa!...
Nada falta á mi ventura.

Paula. ¿Qué no haria yo por tí?
Pero el tiempo es muy precioso,
Y yo, insensata de mí...
Ya el momento doloroso
Llegó, que tanto temi.

Agust. ¿Qué oigo?

Paula. Mañana es el día
De la partida funesta.

Agust. Y para mas tirania
Ese bárbaro te arresta
Sin temer la saña mia.
¿Y obedeces? ¿Y te vas?

Paula. ¡Infeliz! ¿Qué puedo hacer?
La obediencia es mi deber.

Agust. No es posible; no te irás.
¡Ahí es nada! ¿A Santander!

¿Te has de poner en camino
Con ese talle divino
Cuando arde impia la guerra...?
¿Y por dónde! ¿Y por qué tierra!

Paula. ¡Ay eterno Dios!... ¡Merino!...

Agust. ¡Ay, si un faccioso...! tal vez...

¿De pensarlo me horripilo!
No te vas: dí que no; dílo.

Contra ese padre soez
Sean mis brazos tu asilo.

Paula. ¿Qué me propones?... ¿Qué
haré...?

No abuses de mi ternura.

Agust. ¿Temes...? Mi pasión es pura,
Paula, tu esposo seré.

Mi amor..., mi honor te lo jura.

Paula. No á tí, que eres caballero;
Pero temo al qué dirán...

Agust. ¿Y es ese amor verdadero?

Paula. ¡Por Dios, no aumentes mi afán!

Agust. Si no eres mía, yo muero.

¡Ah! Decidete...

Paula. No sé...
Con mil pensamientos luchó...
Y toda tiemblo...

Agust. ¿Por qué?

Paula. Si á mi corazón escucho...

Agust. ¡Acaba!

Paula. Te escribiré.

Agust. Oponerse no es baldón
A tan injusta opresión.

¿Quieres que prevenga el coche?
¿Quieres, Paulita...?

Paula. Esta noche
Sabrás mi resolución.

Adios...

Agust. ¡Oh adios inhumano!

(Toma una silla y se sube sobre ella.)

Espera, espera un momento

¡Pese al alcaide villano...!

Paula. ¿Dónde vas? ¿Cuál es tu intento?

Agust. Besarte, hermosa, la mano.

Paula. No; no lo permitiré.

(¡Ah!... que moverme no puedo.)

Agust. Acerca la mano. ¡Qué!

¿No soy digno...?

Paula. ¡Tengo un miedo...!

Si viene mi padre... ¡Ay!

(Viendo á don Fabricio, desaparece: don
Agustín se baja de la silla sobresaltado.)

Agust. ¿Eh?

ESCENA IX.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Fab. ¿Qué diablo de galanteo!
Vamos adentro, por Dios.

¡Pronto!

Agust. ¿Qué ocurre? No veo...

Fab. Que ya sube don Tadeo.

Agust. ¡Malditos seais los dos!

(Se entran corriendo por la puerta de la
derecha.)

ACTO CUARTO.

LA REDACCION POR LA NOCHE.

La misma sala del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

(Aparecen sentados cada cual á su mesa
correspondiente. Habrá luces.)

Agust. ¡Tan tarde; las once y media
Y sin saber de mi Paula!

Fab. ¡Tan avanzada la noche,
Y el periódico no marcha!

Agust. ¡Sin enviarme un recado,
Ni una mala esquela; nada!

Fab. ¿De dónde salen ahora

Los materiales que faltan?

Agust. Ya ha salido del encierro,

Y aunque su padre está en casa,

Bien puede escribir dos letras

Que pongan fin á mis ansias.

Fab. Yo tradozco á todo trapo;

¡Pero es tanto lo que traga

La imprenta!...

Agust. Ya no hay arbitrio

Para mí; no hay esperanza.

Vencerá... (Tose dentro Paula.)

Pero ella tose...

(Tose tambien.)

Respondamos...

(Desde adentro pasan una carta por bajo
de la puerta. Don Agustín la coge, la
abre, y la lee para sí.)

¡Una carta!

¡Ah! ¿Qué me dirá? Leamos.

Fab. Y la Gaceta no acaba

De venir... Vaya; tendremos

Otra noche toledana.

Agust. ¡Oh qué dicha, oh qué placer!

Ya cesó mi pensa amarga.

¡Albricias, amigo mio!

Fab. ¿Hay Gaceta extraordinaria?

(Con suma viveza, dejando los papeles que
ocupaban toda su tencion.)

¿Hay materiales? ¿Llegó

El correo de la mala?

Déme usted; venga... Yo mismo

Iré corriendo á las cajas...

Agust. ¿Qué demonios dice usted?

Fab. El diario...

Agust. Ne se trata

Del diario. Es que mi bella

Se decide...

Fab. ¡Ah! Yo pensaba...

Agust. ¡Venturoso amor! Ya es mía.

Será mi esposa mañana.

Fab. ¿Cómo!...

Agust. Me cita á las siete

En esa iglesia inmediata.

Fab. ¿Va sola?

Agust. No; pero está

De su parte la criada.

Fab. Pero, hombre, un rapto...

Agust. ¿Qué rapto?

Mis intenciones son castas.

El raptor sería el padre

Si á mi amor la arrebatara.

En fin, yo no estoy ahora

Para argumentos ni máximas,

Sino para enloquecer

De alegría. — ¿Cómo anda

El periódico? Deseo

Que acabemos...

Fab. ¡Ya va larga!

La censura ha prohibido

Tres artículos.

Agust. ¡No es nada!

¡Tres artículos!

Fab. Si usted

Me deja ahora en las astas

Del toro...

Agust. No haré tal cosa;

Que ya empené mi palabra

De dar concluido el número,

Y la cumpliré.

Fab. Mil gracias.

Me aturdo si usted me deja,

Y va todo esto á la diablo.

De don Tadeo es la culpa,

Que como ha vuelto casaca

Retirá nuestros escritos

Y adulando á la bullanga

Ha enviado esos libelos.

Que son teas incendiarias.

Agust. Pero ese hombre es un abuso

De estupidez. ¡Y nos hablan

De reformas!

Fab. Las reformas

Nunca á los necios alcanzan.

Agust. Ventana á mi amor propicia,
¿Cómo no te vió el furor
Del crudo encarcelador?

Paula. La cólera y la codicia
Son mas ciegas que el amor.

Agust. Pero ¿cómo á tanta altura
Subiste...?

Paula. He puesto una mesa,
Y sobre ella...

Agust. ¿Criatura!
¿Tambien osada y traviesa!...
Nada falta á mi ventura.

Paula. ¿Qué no haria yo por tí?
Pero el tiempo es muy precioso,
Y yo, insensata de mí...
Ya el momento doloroso
Llegó, que tanto temi.

Agust. ¿Qué oigo?

Paula. Mañana es el día
De la partida funesta.

Agust. Y para mas tirania
Ese bárbaro te arresta
Sin temer la saña mia.
¿Y obedeces? ¿Y te vas?

Paula. ¡Infeliz! ¿Qué puedo hacer?
La obediencia es mi deber.

Agust. No es posible; no te irás.
¡Ahí es nada! ¿A Santander!

¿Te has de poner en camino
Con ese talle divino
Cuando arde impia la guerra...?
¿Y por dónde! ¿Y por qué tierra!

Paula. ¡Ay eterno Dios!... ¡Merino!...

Agust. ¡Ay, si un faccioso...! tal vez...

¿De pensarlo me horripilo!
No te vas: dí que no; dílo.

Contra ese padre soez
Sean mis brazos tu asilo.

Paula. ¿Qué me propones?... ¿Qué
haré...?

No abuses de mi ternura.

Agust. ¿Temes...? Mi pasión es pura,
Paula, tu esposo seré.

Mi amor..., mi honor te lo jura.

Paula. No á tí, que eres caballero;
Pero temo al que dirán...

Agust. ¿Y es ese amor verdadero?

Paula. ¡Por Dios, no aumentes mi afán!

Agust. Si no eres mía, yo muero.

¡Ah! Decidete...

Paula. No sé...
Con mil pensamientos luchó...
Y toda tiemblo...

Agust. ¿Por qué?

Paula. Si á mi corazón escucho...

Agust. ¡Acaba!

Paula. Te escribiré.

Agust. Oponerse no es baldón
A tan injusta opresión.

¿Quieres que prevenga el coche?
¿Quieres, Paulita...?

Paula. Esta noche
Sabrás mi resolución.

Adios...

Agust. ¡Oh adios inhumano!

(Toma una silla y se sube sobre ella.)

Espera, espera un momento

¡Pese al alcaide villano...!

Paula. ¿Dónde vas? ¿Cuál es tu intento?

Agust. Besarte, hermosa, la mano.

Paula. No; no lo permitiré.

(¡Ah!... que moverme no puedo.)

Agust. Acerca la mano. ¿Qué!

¿No soy digno...?

Paula. ¡Tengo un miedo...!

Si viene mi padre... ¡Ay!

(Viendo á don Fabricio, desaparece: don
Agustín se baja de la silla sobresaltado.)

Agust. ¿Eh?

ESCENA IX.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Fab. ¿Qué diablo de galanteo!
Vamos adentro, por Dios.

¡Pronto!

Agust. ¿Qué ocurre? No veo...

Fab. Que ya sube don Tadeo.

Agust. (¡Malditos seais los dos!)

(Se entran corriendo por la puerta de la
derecha.)

ACTO CUARTO.

LA REDACCION POR LA NOCHE.

La misma sala del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

(Aparecen sentados cada cual á su mesa
correspondiente. Habrá luces.)

Agust. ¡Tan tarde; las once y media
Y sin saber de mi Paula!

Fab. ¡Tan avanzada la noche,
Y el periódico no marcha!

Agust. ¡Sin enviarme un recado,
Ni una mala esquela; nada!

Fab. ¿De dónde salen ahora

Los materiales que faltan?

Agust. Ya ha salido del encierro,
Y aunque su padre está en casa,

Bien puede escribir dos letras

Que pongan fin á mis ansias.

Fab. Yo tradozco á todo trapo;

¡Pero es tanto lo que traga

La imprenta!...

Agust. Ya no hay arbitrio

Para mí; no hay esperanza.

Vencerá... (Tose dentro Paula.)

Pero ella tose...

(Tose tambien.)

Respondamos...

(Desde adentro pasan una carta por bajo
de la puerta. Don Agustín la coge, la
abre, y la lee para sí.)

¡Una carta!

¡Ah! ¿Qué me dirá? Leamos.

Fab. Y la Gaceta no acaba

De venir... Vaya; tendremos

Otra noche toledana.

Agust. ¡Oh qué dicha, oh qué placer!

Ya cesó mi pensa amarga.

¡Albricias, amigo mio!

Fab. ¿Hay Gaceta extraordinaria?

(Con suma viveza, dejando los papeles que
ocupaban toda su tencion.)

¿Hay materiales? ¿Llegó

El correo de la mala?

Déme usted; venga... Yo mismo

Iré corriendo á las cajas...

Agust. ¿Qué demonios dice usted?

Fab. El diario...

Agust. Ne se trata

Del diario. Es que mi bella

Se decide...

Fab. ¡Ah! Yo pensaba...

Agust. ¡Venturoso amor! Ya es mía.

Será mi esposa mañana.

Fab. ¿Cómo!...

Agust. Me cita á las siete

En esa iglesia inmediata.

Fab. ¿Va sola?

Agust. No; pero está

De su parte la criada.

Fab. Pero, hombre, un rapto...

Agust. ¿Qué rapto?

Mis intenciones son castas.

El raptor sería el padre

Si á mi amor la arrebatara.

En fin, yo no estoy ahora

Para argumentos ni máximas,

Sino para enloquecer

De alegría. — ¿Cómo anda

El periódico? Deseo

Que acabemos...

Fab. ¡Ya va larga!

La censura ha prohibido

Tres artículos.

Agust. ¡No es nada!

¡Tres artículos!

Fab. Si usted

Me deja ahora en las astas

Del toro...

Agust. No haré tal cosa;

Que ya empené mi palabra

De dar concluido el número,

Y la cumpliré.

Fab. Mil gracias.

Me aturdo si usted me deja,

Y va todo esto á la diablo.

De don Tadeo es la culpa,

Que como ha vuelto casaca

Retirá nuestros escritos

Y adulando á la bullanga

Ha enviado esos libelos.

Que son teas incendiarias.

Agust. Pero ese hombre es un abuso

De estupidez. ¡Y nos hablan

De reformas!

Fab. Las reformas

Nunca á los necios alcanzan.

ESCENA II.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
EL REGENTE.

Reg. Aquí traigo la Gaceta
Del...

Agust. Del gobierno, Ya es hora.
Démela usted, y veremos
Qué materiales arroja. —
« Parte oficial. — Enterada

(Leyendo la Gaceta.)

La reina gobernadora... »

Poca cosa; una real orden

Sobre el comercio de drogas.

Media columna... y no hay mas.

A ver si acaso en la crónica

Extranjera... « Petersburgo... »

Esto ya es viejo. « Cracovia... »

Ayor lo dimos nosotros. —

« Cartas recientes de Aneona... »

Fab. De nada de eso se puede

Aprovechar una coma.

Agust. ¿A ver? « Partes recibidos... »

Nada, nada. Es la derrota

Anunciada en un alcance

De la Revista española.

Reg. ¡Ah! sí. De eso ya tenemos

En las cajas una...

Agust. Copia.

Pues ponga usted la real orden.

Todo lo demás es broza.

Fab. Con que ¿nada se aprovecha?

Agust. Me parece que no es cosa

De reimprimir por recurso

Los anuncios de las obras

Venales en el despacho

De la imprenta real.

Fab. Y ahora,

Quid faciendum?

Reg. Venga la...

Cotizacion...

Agust. ¿De la Bolsa?

Tome usted. — Vaya tambien

Ese anuncio de la ópera.

Reg. Eso es nada entre dos...

Fab. Platos. —

Allá van otras diez hojas

De noticias extranjeras,

Y el parte de Barcelona.

Con eso hay ya cuando menos

Para dos columnas...

Reg. Cortas...

Ahora acabo yo la...

Fab. Frase.

Reg. Justo.

Fab. (Mal lobo te coma.)

Agust. ¿Cómo vamos de sesion?

Reg. Se ha compuesto casi...

Agust. ¿Toda?

Reg. Sí; casi toda.

Agust. ¿Y qué falta

Para coronar la obra?

Reg. Muy poco. Cuatro...

Agust. ¿Renglones?

Reg. Columnas. (Vase.)

Fab. ¡Virgen de Atocha!

ESCENA III.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Agust. ¡Por un bruto verse así!

Fab. ¡Cuatro columnas!

Agust. ¿Qué haré?

Discurra usted...

Fab. Yo ¿qué sé?

El taquígrafo está aquí.

ESCENA IV.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN,
EL TAQUIGRAFO.

Taq. Hemos hecho maravillas.

Ya se ha descifrado el resto

De la sesion.

Agust. ¿Y es todo esto?

(Tomando las cuartillas que trae el taquígrafo.)

Taq. Sí, señor. Siete cuartillas.

Yo tengo dadas diez y ocho:

Con estas son veinte y cinco.

Gracias á Dios y á mi ahínco,

Lo que es por hoy no trasnocho.

Agust. Señor... todo esto es farfulla,

Compendiada greguería...

Taq. Diga usted á la galería...

Que no meta tanta bulla.

Agust. Este discurso es capado.

Una cara... ¡Estamos buenos!

Yo sé que hablé por lo menos

Hora y media el disputado.

Taq. Quite usted lo que repite...

¡Muletillero del diablo!...

« Si es lícito este vocablo...

« Si el Estamento permite...

« Volvamos á la cuestion...

« Y aquí la indulgencia invoco...

« Dije, si no me equivoco...

« Digamos en conclusion... »

Entren luego en la rebaja

Cuando en la tribuna arguye

Las frases que no concluye,

Los sinónimos que encaja...;

Y el tiempo que gasta ¡oh Dios!

En dar tormento á los codos;

Y aquellos largos períodos

Del singulto y de la tos;

Y aun me quedarán razones

Para afirmar sin jactancia

Que hay sobra de redundancia

En esos veinte renglones.

Fab. Pues, señor, estamos frescos.

El número se retrasa,

Y va á haber en esta casa

Capeletes y Montescos.

Agust. Háyalos en hora buena.

Fab. Ya, si... Usted, como se va...

Agust. De don Tadeo será

La culpa.

Fab. Y mia la pena.

Taq. ¡Pero hombre, y usted se aburre...!

Ya que la premura es tanta,

Podemos poner en planta

Una idea que me ocurre.

Agust. Una idea... No comprendo...

Fab. ¡Ah! Dígala usted por Dios.

Taq. Sigán ustedes los dos

Disputando y maldiciendo;

Yo copio en taquigrafía

Esa escena original,

Y así hacemos material

Para la urgencia del día.

Agust. ¡Por cierto, linda ocurrencia!

Taq. Rauda mi pluma y fugaz...

Fab. ¡Ea, calle y habrá paz,

Pendollista en diligencia!

Agust. Tome usted su algarabía

Y llévesela al regente

Con mil diablos.

Taq. (¡Pobre gente!

¡No saben taquigrafía!)

ESCENA V.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Fab. Pues, señor, aquí no hay mas

Que copiar cuantos papeles

Haya á mano; el boletín...;

Este diario del viernes;

La Guia de forasteros...

Lo primero que se encuentre.

Agust. ¡Oh! ¿qué dirían? Al fin

Yo soy redactor en jefe...

Fab. ¡Hoy tambien ha sido un día
Tan escaso...! ¡Ni una muerte,
Ni un mal motin, ni una mala
Cencerrada!...

Agust. Hay seis ó siete

Artículos remitidos;

Pero ¡si son tan alevés!...

Fab. No importa. En talos apuros...

¿Por qué no insertamos ese

De las iniciales...?

Agust. ¡Pues!

¡Para que luego me cuelguen

El milagro! Hay además

Otro grave inconveniente,

Y es que no está censurado.

Pero ¿qué hace que no viene

Don Tadeo? El, que nos puso

En este conflicto, debe

Sacarnos de él.

Fab. Calle usted...

El llega aquí justamente.

ESCENA VI.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
DON TADEO.

Tadeo. Buenas noches, caballeros.

(Con un manuscrito en la mano.)

¿Se arregló el número?

Fab. ¡Sí,

Trazas tiene de arreglarse!

Las doce son en Madrid

Y aun falta una plana entera.

¿Es esto grano de anís?

Tadeo. Bien; es decir...

Agust. La censura,

Como era de presumir,

Prohibió los tres artículos

Que usted remitió; y así

Nos encontramos ahora...

Tadeo. ¡Casualidad mas feliz...!

Me alegro mucho.

Agust. Pues ¡cómo...!

Tadeo. Yo los iba á suprimir

Aunque estuvieran impresos,

Y la junta censoril

Nos ahorras ese trabajo

Y algunos maravedis.

Fab. Pero, hombre...

Tadeo. No hay que apurarse,

Señores. Ya traigo aquí

Con qué llenar lo que falta.

¡Y qué artículo! ¡Este si

Que es artículo! ¡Qué ideas!

¿Qué estilo tan varonil!

Fab. ¿Y está censurado?

Tadeo. No.

Fab. Pues ¿cómo se ha de imprimir...?

Tadeo. No importa.

Agust. Si lo denuncian

Al gobernador civil,

La multa...

Tadeo. ¡Qué disparate!

Eso es para gente ruin.

Agust. Pero...

Tadeo. ¡Pero...! A bien que usted

No la ha de pagar por mí.

Fab. ¿De qué trata?

Tadeo. De política.

Pero ¿cómo da en el *quid*...!

Fab. Hablará del ministerio...

Tadeo. Mucho. — No en sentido hostil:

Antes le alaba y defiende

Desde el principio hasta el fin.

Agust. ¡Qué escucho! ¿Habla usted de veras?

Tadeo. Como soy Tadeo Ortiz.

Agust. Pues ¿qué! ¿no se había usted

Declarado paladín

De la oposicion?

Tadeo. Si tal.

Yo era blanco de un ardid

Maquiavélico. Esas gentes

Me querian seducir.

Mas luego he sabido...; he visto

Periódicos de Paris...;

Me han revelado secretos,

Planes, clubs... No hay que reir

Ni achacar esta mudanza

A un cálculo mercantil;

Que aunque pudiera citar

Muchos ejemplos... En fin,

Ahi le dejo á usted el artículo,

(*Entrega el artículo á don Fabricio.*)

Y pues yo lo quiero así,

Imprimatur, y laus Deo.

Abur. Me voy á dormir.

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. ¡Vaya en gracia! Bien hará

(*Hojeando el artículo, y lo deja despues sobre la mesa de don Agustín.*)

Sus tres columnas y media...

Agust. ¡Eh! Déjelo usted. Si es corto,

Que pongan gorda la letra.

Fab. Llamaremos al regente...

(*Va á salir y le detiene don Agustín.*)

Agust. Ya vendrá. Lo que interesa

Ahora... Siéntese usted,

Que voy á darle las señas

De la casa adonde pienso

Llevar á mi cara prenda.

(*Don Fabricio se sienta á su mesa y escribe lo que le dicta don Agustín apoyado en ella.*)

Coja usted papel y escriba...

Fab. Vamos.

Agust. Calle de Hortaleza...

ESCENA VIII.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN,
EL REGENTE.

Reg. Me ha dicho don...

Agust. Don Tadeo.

(*Sigue dictando en voz baja á don Fabricio.*)

Fab. ¡Qué regente tan postema!

Reg. Que usted me dará un...

Agust. Artículo.

Ahi está sobre mi mesa.

Tómelo usted. — Cuarto bajo.

(*A don Fabricio.*)

Fab. Ya; en casa de doña Petra...

La conozco mucho.

Reg. Bien;

Con esto ya habrá tarea

Para completar el...

Agust. Número.

Fab. Es excusada molestia.

Ya sé el número.

Agust. Nos es eso.

Hablo con aquel babieca.

Reg. ¿Se ofrece algo?

Agust. Nada más.

Pásemle usted bien las pruebas.

Reg. No hay...

Agust. Cuidado.—Buenos noches.

Reg. Téngalas usted...

Agust. Muy buenas.

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Agust. ¡Gracias á Dios que acabamos!

Por cierto que es vida petra

La vida de un periodista.

Afanes, sustos, contiendas,

Multas, vigalias...

Fab. ¡Eh! Todo

Es acostumbrarse á ella,

Porque...

Agust. Vámonos, que es tarde,

Y tengo mil diligencias

Que hacer. Queda usted encargado

De dar mañana una vuelta

Por aqui para informarme

De todo lo que suceda.

Fab. Estoy en ello; aunque yo

Mejor iría á la iglesia

Con ustedes...

Agust. ¡Nada! Aqui.

Ya vendrá usted á la cena.

Fab. Mejor es eso.

ESCENA X.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
EL REGENTE.

Agust. ¿Otra vez?

(*Al salir se le aparece el regente.*)

¿Qué nueva embajada es esa?

Reg. Hace falta...

Fab. ¿Original?

¿Quién será sobre la tierra

Mas original que usted?

Reg. Se ha calculado en...

Agust. La imprenta;

Acabe usted.

Reg. Que con ese...

Fab. Artículo...

Reg. No se llena

To lo que...

Agust. Falta. Y, vamos,

¿Cuánto faltará?

Reg. Unos treinta...

Agust. Treinta mil diablos te lleven,

Y al editor, y á la empresa,

Y al diario, y al... Este hombre

Me aburre, me desespera,

¡Me asesina! Imprima usted

Cualquier cosa... Una receta,

La cuenta del comprador; —

O ponga usted en las prensa

Al editor maldonado,

Que él tiene la culpa de estas

Agonías. — ¡Ah!... Yo debo

(*Metiendo la mano en un bolsillo.*)

Tener en la faltriquera

Un cuento..., un... ¿Qué me sé yo...?

Una de las mil simplezas

Que á uno le dan...

(*Le da un papel sin mirarlo.*)

Tome usted,

Y ¡largo!

(*Va á hablar el regente y le despide con un ademán; toma en secuida el brazo de don Fabricio y parte con él apresurado.*)

No, no hay respuesta. —

Huyamos de aqui; volemos,

O perderé la paciencia.

ACTO QUINTO.

EL ULTIMO NUMERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO.

(*Entra observando.*)

¡Qué silencio y qué quietud!

¿Se habrá malogrado el lance...?

¿O se consumó la fuga

Y aun no sabe nada el padre?

Grande es mi curiosidad;

Mas ¿cómo pregunto á nadie...?

¡Eh! Pronto saldré de dudas.

Ya es hora de que prepare

El ripo del nuevo número.

(*Se sienta á trabajar.*)

¿Quiénes serán mis cofrades

De redaccion? Yo supongo

Que serán ministeriales...

Hasta que corra otro viento;

Pero á mi, mientras me paguen...

ESCENA II.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. ¡Hola! Ya está aqui mi amigo
(*En traje de casa.*)

Don Fabricio. Así me place.

¡Puntualidad! ¡Ah! Si todos

Fab. ¿Y está censurado?

Tadeo. No.

Fab. Pues ¿cómo se ha de imprimir...?

Tadeo. No importa.

Agust. Si lo denuncian

Al gobernador civil,

La multa...

Tadeo. ¡Qué disparate!

Eso es para gente ruin.

Agust. Pero...

Tadeo. ¡Pero...! A bien que usted

No la ha de pagar por mí.

Fab. ¿De qué trata?

Tadeo. De política.

Pero ¿cómo da en el *quid*...!

Fab. Hablará del ministerio...

Tadeo. Mucho. — No en sentido hostil:

Antes le alaba y defiende

Desde el principio hasta el fin.

Agust. ¡Qué escucho! ¿Habla usted de veras?

Tadeo. Como soy Tadeo Ortiz.

Agust. Pues ¿qué! ¿no se había usted

Declarado paladín

De la oposicion?

Tadeo. Si tal.

Yo era blanco de un ardid

Maquiavélico. Esas gentes

Me querian seducir.

Mas luego he sabido...; he visto

Periódicos de Paris...;

Me han revelado secretos,

Planes, clubs... No hay que reir

Ni achacar esta mudanza

A un cálculo mercantil;

Que aunque pudiera citar

Muchos ejemplos... En fin,

Ahi le dejo á usted el artículo,

(Entrega el artículo á don Fabricio.)

Y pues yo lo quiero así,

Imprimatur, y laus Deo.

Abur. Me voy á dormir.

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. ¡Vaya en gracia! Bien hará

(Hojeando el artículo, y lo deja despues sobre la mesa de don Agustín.)

Sus tres columnas y media...

Agust. ¡Eh! Déjelo usted. Si es corto,

Que pongan gorda la letra.

Fab. Llamaremos al regente...

(Va á salir y le detiene don Agustín.)

Agust. Ya vendrá. Lo que interesa

Ahora... Siéntese usted,

Que voy á darle las señas

De la casa adonde pienso

Llevar á mi cara prenda.

(Don Fabricio se sienta á su mesa y escribe lo que le dicta don Agustín apoyado en ella.)

Coja usted papel y escriba...

Fab. Vamos.

Agust. Calle de Hortaleza...

ESCENA VIII.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN,
EL REGENTE.

Reg. Me ha dicho don...

Agust. Don Tadeo.

(Sigue dictando en voz baja á don Fabricio.)

Fab. ¡Qué regente tan postema!

Reg. Que usted me dará un...

Agust. Artículo.

Ahi está sobre mi mesa.

Tómelo usted. — Cuarto bajo.

(A don Fabricio.)

Fab. Ya; en casa de doña Petra...

La conozco mucho.

Reg. Bien;

Con esto ya habrá tarea

Para completar el...

Agust. Número.

Fab. Es excusada molestia.

Ya sé el número.

Agust. Nos es eso.

Hablo con aquel babieca.

Reg. ¿Se ofrece algo?

Agust. Nada más.

Pásemle usted bien las pruebas.

Reg. No hay...

Agust. Cuidado. — Buenos noches.

Reg. Téngalas usted...

Agust. Muy buenas.

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Agust. ¡Gracias á Dios que acabamos!

Por cierto que es vida petra

La vida de un periodista.

Afanes, sustos, contiendas,

Multas, vigalias...

Fab. ¡Eh! Todo

Es acostumbrarse á ella,

Porque...

Agust. Vámonos, que es tarde,

Y tengo mil diligencias

Que hacer. Queda usted encargado

De dar mañana una vuelta

Por aqui para informarme

De todo lo que suceda.

Fab. Estoy en ello; aunque yo

Mejor iría á la iglesia

Con ustedes...

Agust. ¡Nada! Aqui.

Ya vendrá usted á la cena.

Fab. Mejor es eso.

ESCENA X.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
EL REGENTE.

Agust. ¿Otra vez?

(Al salir se le aparece el regente.)

¿Qué nueva embajada es esa?

Reg. Hace falta...

Fab. ¿Original?

¿Quién será sobre la tierra

Mas original que usted?

Reg. Se ha calculado en...

Agust. La imprenta;

Acabe usted.

Reg. Que con ese...

Fab. Artículo...

Reg. No se llena

To lo que...

Agust. Falta. Y, vamos,

¿Cuánto faltará?

Reg. Unos treinta...

Agust. Treinta mil diablos te lleven,

Y al editor, y á la empresa,

Y al diario, y al... Este hombre

Me aburre, me desespera,

¡Me asesina! Imprima usted

Cualquier cosa... Una receta,

La cuenta del comprador; —

O ponga usted en las prensa

Al editor maldonado,

Que él tiene la culpa de estas

Agonías. — ¡Ah!... Yo debo

(Metiendo la mano en un bolsillo.)

Tener en la faltriquera

Un cuento..., un... ¿Qué me sé yo...?

Una de las mil simplezas

Que á uno le dan...

(Le da un papel sin mirarlo.)

Tome usted,

Y ¡largo!

(Va á hablar el regente y le despide con un ademán; toma en secuida el brazo de don Fabricio y parte con él apresurado.)

No, no hay respuesta. —

Huyamos de aqui; volemos,

O perderé la paciencia.

ACTO QUINTO.

EL ULTIMO NUMERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO.

(Entra observando.)

¡Qué silencio y qué quietud!

¿Se habrá malogrado el lance...?

¿O se consumió la fuga

Y aun no sabe nada el padre?

Grande es mi curiosidad;

Mas ¿cómo pregunto á nadie...?

¡Eh! Pronto saldré de dudas.

Ya es hora de que prepare

El ripo del nuevo número.

(Se sienta á trabajar.)

¿Quiénes serán mis cofrades

De redaccion? Yo supongo

Que serán ministeriales...

Hasta que corra otro viento;

Pero á mí, mientras me paguen...

ESCENA II.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. ¡Hola! Ya está aqui mi amigo

(En traje de casa.)

Don Fabricio. Así me place.

¡Puntualidad! ¡Ah! Si todos

Fuesen como usted, otro auge
Tendría la empresa.

Fab. (Nunca
Le vi de mejor semblante.)
No me lo agradezca usted,
Don Tadeo. Es mi carácter.
En tomando yo una cosa
Con afición y coraje...
(Vamos; está visto, Paula
No habrá podido escaparse.)

Tadeo. Esa eficacia, ese celo
De usted... ¡oh! son impagables.

Fab. Vivo aquí mas que en mi casa,
Y como el trato constante
Engendra cariño, y yo
Siempre estoy dale que dale
Con el periódico, ya
Lo miro como á un compadre,
Como á mi mejor amigo;
En suma, como á una parte
De mi mismo.

Tadeo. Y no es ingrato
A un redactor tan amante
Mi periódico; es decir,
El editor responsable,
Que soy yo; créalo usted.
Antes quiero que me falten
Artífices que lo impriman,
Y plumas que lo redacten,
Y libreros que lo vendan,
Y censores que lo maten;
Antes todo que mi fiel
Don Fabricio Santibañez.

Fab. ¡Tanta bondad!

Tadeo. ¡Ceferina!
(Llamando.)

¿No viene ese chocolate?
¡Ah! Usted tomará también...

Fab. Gracias. Para mi ya es tarde.
Tadeo. ¡Las nueve ya, y no me envían
La docena de ejemplares
Que prometí al ministerio!

(Entra una criada, sirve el chocolate
á don Tadeo, y se retira.)

Fab. No es mucho que se retarden.
Cuando yo me retiré
Ya no alumbraba en las calles
Ningun farol, y aun quedaba
Aquel artículo grande
Por componer, y el ajuste...

Tadeo. ¡Eh! Son unos holgazanes,
Y si uno no les arrea...
Vaya usted: que se despachen;
Que no den lugar...

Fab. Ya viene
El regente perdurable.

ESCENA III.

DON TADEO, DON FABRICIO, EL REGENTE.

Reg. Aquí está la docena...

Tadeo. Bien; de ejemplares. Sea enhora-
buena.

Reg. Tome usted, don Tadeo.

Aun están...

Tadeo. Chorreando. Ya lo veo.

Un sobre, don Fabricio,

Y volando...

Fab. ¿Se envían con oficio?

Tadeo. No, que ya su excelencia

Los espera tal vez con impaciencia.

(Pone un sobre don Fabricio á los doce
ejemplares que le entrega el regente,
toca la campanilla, acude el portero y
se va con el pliego.)

¿Y para mí no hay uno?

¡Editor, y sin él me desayuno!

Reg. ¡Ah! Si. Voy...

Tadeo. (¡Mentecato!)

Reg. Los demás, hasta dentro de un
buen...

Tadeo. Rato.

Reg. Aun están en la...

Tadeo. Prensa.

(La calma de ese tártaro es inmensa.)

ESCENA IV.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Fab. Tardé los leerá la villa,
Que primero que se tire
Toda la edicion...

Tadeo. No importa,
Si el gobierno les recibe
Temprano.

Fab. ¿Y los suscriptores?
Dirán...

Tadeo. Que digan, que chillen.
Son tan pocas que, á Dios gracias;
Aunque ellos se desgañiten

No habrá tumulto por eso.

Mientras á mí no me priven

Del ministerial subsidio,

Lo demás vale un ardite.

ESCENA V.

DON FABRICIO, DON TADEO,
EL REGENTE.

Reg. Aquí tiene usted su...

(Con un número del periódico, que da á
don Tadeo.)

Tadeo. Bien.

Ya se entiende lo que dices.—

Que se avise á los del cierre,

Y á los prensistas, que avien.

ESCENA VI.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. Ahora empieza mi recreo.

¿Usted no leyó el artículo?

Fab. No, señor.

Tadeo. ¡Oh! Es un vehiculo...

(Recorre con la vista el periódico.)

¿Dónde...? Este largo... ¿Qué veo!

No es esto lo que yo di.

¡Por vida del hemisferio!...

Y el papel del ministerio

¿Qué se ha hecho? ¿No está aquí!

Fab. Si estará.

(Se levanta, y examina el periódico sin
soltarlo don Tadeo.)

Tadeo. ¡Precisamente

Es lo que mas me interesa!

Fab. Pero, hombre..., ¡si de esta mesa

(Mostrando la mesa de don Agustin.)

Lo tomó...

Tadeo. ¿Quién?

(Se levanta irritado.)

Fab. El regente.

Tadeo. Si; yo puse aquí el discurso...

(Da una palmada en la mesa, y pone
la mano sobre el artículo de que se
habla.)

¡Dios! ¡Y aquí está todavía!

¿Hay suerte como la mía?

¡Soy perdido sin recurso!

Fab. Cogió un papel... Yo no vi...

(Turbado.)

Tadeo. Vamos; ni de camisa

Puedo flarme.

Fab. La prisa...

Tadeo. ¡Cielos! Qué va á ser de mí?

En vez de gratos loores,

Leerán en los ministerios

Una legua de dicitorios.

Recorre con la vista el artículo, y se lo
muestra á don Fabricio.)

Vea usted... ¿Qué tal?... ¡Horrores!

Fab. Yo no sé lo que me pasa...

Tadeo. ¿Y esa... me ahoga la ira,

Es la ley con que usted mira

Por las cosas de mi casa?

Fab. Deje usted... Ahora recuerdo...

Tadeo. ¡Échele usted un nudo al hopo!

Fab. Que ahí había...

Tadeo. ¡Calle el topo!

Fab. Otro papel.

Tadeo. ¡Calle el lardo!

Fab. Sin duda en lugar del que...

Tadeo. Veamos si firma alguno

Este libelo importuno.

A. P... ¿Quién es don A. P.?

Fab. ¿Quién lo puede adivinar?

Eso equivale á un anónimo.

Tadeo. ¡Por vida de san Jerónimo

Que si le llego á pillar...!

Angel... Puente... Se me exalta

La bilis. *Ambrosio...* Pino...

¡Oh! El seductor libertino...

No hay duda. *Agustin Peralta!*

El es, si; don Agustin!

Viéndose ya despedido

Se ha vengado; ¡me ha perdido!

¡Oh venganza alevé, ruin!

¿Habrá mas vil sabandija?

Fab. ¿Oiga usted! Yo fui testigo...

Tadeo. Y si esto ha hecho conmigo,

¿Qué haría ¡oh Dios! con mi hija?

Fab. ¡Si ese es un comunicado

Que él no quiso insertar...!

Tadeo. ¡Oh!

¿Quién lo ha traído?

Fab. Usted.

Tadeo. ¿Yo?

¿Está usted empecatado?

Calle usted... Esta mañana

Aquel nuevo suscriptor...

El será acaso el autor...

Tengo fiebre de cuartana.

Venga aquí el original,

Por los ángeles benditos,

Y el libro de los suscritos.

¡Jesus, qué berengenal!

ESCENA VII.

DON TADEO.

¿Qué cuenta daré de mí?
¡Golpe terrible, funesto!

¿Y pago yo para esto
A tanto bigardo aquí!
Para ese escritor... de cuerno
Lo mismo es hache que efe;
¡Y el tal redactor en jefe
Que aspiraba á ser mi yerno...!
¡Oh! Si mis ojos le vibro...

ESCENA VIII.

DON TADEO, DON FABRICIO.

Fab. ¡Ah, qué vida de azacan!
(Trae el artículo de don Antonio y el libro de suscripciones.)

Vamos á ver: aquí están
Al artículo y el libro.

Tadeo. Cierto, sí; este papelucho
(Examinando el artículo.)

Es el que me dió aquel hombre.

A. P. Veamos si el nombre...

Yo me pongo malo... ¡y mucho!

Fab. El mirarlo fácil es.

Uno solo se ha suscrito...

(Registrando el libro.)

Hé aquí el cuerpo del delito!

A. P. Antonio Perez.

Tadeo. ¡Pues!

Cara le saldrá la gracia.

Ahí constará donde vive...

Fab. Sí, señor.

Tadeo. Como un caribe

Iré á castigar su audacia.

Mas si el gobierno me abisma,

En tan triste situacion

¿Qué hago con romper á un don...

Antonio Perez la crisma?

¿Qué haré?

Fab. Pesado es el chasco.

Tadeo. ¡Ay pobre, ay pobre Tadeo!

¡Ya no hay recurso; ya veo

Sobre mi frente el chubasco!

Y ello..., es fuerza disculparme.

La verdad voy á decir

Y... Pero estoy sin vestir,

Y mientras voy á aviarme...

Usted, que es el que me atasca;

Usted, que hizo el gatuperio,

Vuele usted al ministerio

Y conjure la borrasca.

Fab. Sí; ya voy, y aunque iracundo

Me trata usted como á un perro,

Yo diré que es mio el yerro

Disculpando á todo el mundo.

Pero si busco la palma

De mártir con tal valor,
No es por usted, sino por...
Mi periódico de mi alma.

(Sollozando.)

Tadeo. Corra usted, que es grande apuro.

Diga usted á su excelencia

Que por hoy tenga paciencia;

Que mañana yo le juro...

Y por Dios que no me anule;

Que el yerro fué involuntario,

Y yo haré que ese diario

Maldecido no circule.

Fab. Basta, que no soy tan záfio.

Si muere el diario, ¡ay Dios!

Ya pueden para los dos

Escribir el epitafio.

ESCENA IX.

DON TADEO, EL PORTERO.

Tadeo. No me llega la camisa

Al cuerpo. — ¡Portero! ¡Alonso!

(Llamando.)

Port. ¿Llama usted?

Tadeo. Sí, señor.

Que venga el regente: ¡pronto!

ESCENA X.

DON TADEO.

Si un hoy no me da un tabardillo...

¡Qué lance de los demonios!

¡Y en qué día! Cuando tengo

Entre manos el engorro

Del viaje... A las doce en punto

Salé la galera; ¿y cómo

Acompañó yo á esa chica

A la posada y dispongo

Lo necesario...? ¡Eso es!

Mas despacito. ¡Qué plomo!

ESCENA XI.

DON TADEO, EL REGENTE.

Tadeo. ¿Se ha tirado ya la resma?

Reg. Aun no. Falta muy...

Tadeo. Muy poco.

Hoy no estoy para ayudar

A nadie. Hablará usted solo,
¡Voto á brios!... aunque reviente.

¿Lo entiende usted?

Reg. Ya lo... oigo...

(Con mucha pena, y acosado por los gestos de don Tadeo, logra acabar la frase.)

Tadeo. Hoy no se publica el número...

¡No hable usted! — Guárdese todo. —

Aquí me han plantado ustedes

(Con el periódico en la mano.)

Un artículo espantoso.

Reg. A mi...

Tadeo. Sí; á usted se lo dieron;

Y usted, que es un babilonio.

No reparó...

(Va á interrumpirle el regente.)

Calle usted.

Mejor es hablar con sordos.

Reg. Yo tomo lo que me... ¿Estamos?

Tadeo. ¡Por vida!...

Reg. Solo respondo

De las...

Tadeo. Erratas. Usted

Sí que es errata, y de á folio.

Reg. ¡Oiga usted...! (Un poco enfadado.)

Tadeo. Pero ¿qué es esto

Que está en caracteres gordos?

Es una carta...

(Lee ó habla, según se marca en los versos.)

« Bien mio,

Tuya soy. Yo me abandono

A tu ternura, á tu honor.

Llanto, súplicas, sollozos

Han sido en vano. Mi padre

Se obstina en que el matrimonio

Proyectado... » ¿Qué... qué es esto?

« Con ese primo, á quien odio,

Se verifique, y ya sabes

Que mañana... » ¡San Ambrosio!

Parece que habla mi hija.

« Debo partir si no rompo

Las cadenas que me oprimen. »

Ella es; no hay duda. ¡Oh colmo

De insolencia! Concluyamos. —

« Mañana de siete á ocho

Iré á misa con Pascuala... »

¡Vamos, ciertos son los toros!

« Adonde sabes... » ¡Bribona! —

« Allí, idolatrado esposo... »

No puedo mas. ¿Quién te ha dado

Esta carta, que es un tósigo

Para mí?

Reg. ¡No hay que gritarme!

(Con resolucion.)

Que si una vez me incomodo...

Me la dió don Agustín.

Tadeo. ¿Y tuvo valor el monstruo
Para imprimir mi deshonra

En mi casa, en mi periódico...?

¡Y tú te has prestado, infame...!

Reg. Señor mio, poco á poco.

Ni la carta está firmada,

Ni yo la letra conozco,

Ni lei lo que me dieron,

Ni sé nada del negocio,

Ni me meto yo en camisa

De once varas.

Tadeo. ¡Qué demonio

De verbosidad ahora;

Y otras veces es un trompo!

¿Solo habla usted de corrido

Para asesinar al prójimo?

Reg. Yo soy tardo en producirme:

Mas si de veras me amosco,

La ira me da elocuencia,

Y es mi lengua un terremoto.

Tadeo. Pero, señor, ¿no bastaba

Dar al público mi oprobio,

Sin imprimirlo con letras

Como mi puño?

Reg. Era corto...

(Volviendo á su torpeza en explicarse.)

El billete y no alcanzaba

A llenar... Y sobre todo...

Pegue usted con quien... En fin...

Siempre... El que no quiera polvo...

Tadeo. ¡Quite usted de mi vista!

Váyase usted, ó le arrajo

Por un balcon.

(El regente se va refunfuñando.)

ESCENA XII.

DON TADEO, DON FABRICIO.

Tadeo. ¡Y á todo esto

Aquí me estoy hecho un bobo.

Sin inquirir, sin gritar...!

(Grita desde la puerta del gabinete.)

¡Paula! ¡Paula! Yo me ahogo...

¡Paula! ¡Paula! ¡Échale un galgo...!

Iré á registrarlo todo...

Fab. Don Tadeo...

(Entra y se acerca á don Tadeo.)

Tadeo. ¡Quite usted!

(Le da un empujón y se entra gritando.)

¡Hija infame...!

Fab. ¡Que alboroto!

ESCENA XIII.

DON FABRICIO.

Vamos, según la apariencia,
Se descubrió lo del rapto.
¡Bien! ¡Ahora sí que me capto
Su grata benevolencia!

ESCENA XIV.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. ¡Nada! En vano he registrado
Hasta la última rendija.

¿Sabe usted qué es de mi hija?

Fab. Yo... no sé...

Tadeo. ¿Me la han robado!

Fab. ¡Cómo!... ¿Quién...?

Tadeo. ¿Quién ha de ser?

El señor don Agustín.

Yo le juro al galopin...

Estoy dado á Lucifer.

Cumpla ahora su deseo;

Mas ya verá el seductor

Y esa hija sin pudor

Que Dios maldició...

Fab. ¿Don Tadeo!

Tadeo. Vamos, ¿qué hay del otro
asunto?

¿Ha visto usted á su excelencia?

Fab. No ha querido darme audiencia.

Tadeo. ¿Eso dice usted por junto?

¿Que todo á mí se me fuerza!

Haber instado de firme...

Fab. ¿Si no quiso recibirme!

¿Había de entrar por fuerza?

El portero don Francisco

Dijo: ¡Huya usted, temerario!

Desde que vió ese diario

Está hecho un basilisco.

Tadeo. ¿Y que la tierra no se abra...!

Fab. Allí un memorial le he puesto,

Ya que por ningún pretexto

Quiere oírme de palabra.

Tadeo. Mi periódico le insulta,

Y no será maravilla

Que me envíen á Melilla

Después de pagar la multa.

Fab. Aun puede venir encima

Otro conflicto mayor.

Tadeo. No puede ser.

Fab. Sí, señor. (Afligido.)

¿Que el diario se suprima!

ESCENA XV.

DON FABRICIO, DON TADEO, EL PORTERO.

Port. De parte de su excelencia
El ministro...

Tadeo. ¡Ay madre mía!

Ahi está la policía.

Ya se dictó mi sentencia.

Port. No tal. Es un caballero,

Y de porte muy gentil.

Tadeo. ¿El gobernador civil!

Que entre al instante. ¡Yo muero!

(Vase el portero.)

Fab. Me voy. A solas los dos...

Tadeo. ¿Y si al mirarle me aturdo

Y le digo algun absurdo?

No se vaya usted, por Dios.

ESCENA XVI.

DON FABRICIO, DON TADEO,
DON LORENZO.

Lor. ¡Buena la ha hecho usted!

Tadeo. Yo... ¡Cielos!

Lor. ¿Era eso lo tratado?

Tadeo. No ha sido la culpa mía.

Un error involuntario...

Lor. Es error inexcusable.

Tadeo. Pero...

(A don Fabricio en voz baja.)

¡Hable usted! — Sin embargo...

Lor. Ese artículo es capaz

De trastornar el Estado.

Fab. Eso podría evitarse...

Lor. ¿Y cómo...?

Fab. No circuiando

El número. Si el señor

Secretario del despacho

Ha leído el memorial

Que hice poner en sus manos,

Por él verá que ni un solo

Ejemplar...

Lor. Hablemos claros.

(A don Tadeo.)

Si esto es verdad, no es difícil

Que se conjure el nublado;

Pero ¡ay de usted si procede

Con doblez!

Tadeo. ¡No, no! (Es un santo

Este hombre. ¡Y yo que temía...!)

Usted puede comprobarlo,

Tomando declaración

A todos los operarios...

Lor. Es diligencia excusada.

Lo que importa en este caso

No es inquirir la verdad,

Sino evitar el engaño. —

¿Podemos hablar delante

(En voz baja.)

Del señor?

Tadeo. ¡Oh! Sin reparo.

El señor es otro yo.

Fab. Si. Yo soy aquí empleado

Inamovible.

Lor. Muy bien.

Tadeo. Perdone usted. El sobresalto

(Ofreciéndole una silla.)

Me hizo olvidar... Aquí hay silla...

Lor. Déjela usted. Bien estamos.

El gobierno bien pudiera

Sin ser duro ni arbitrario

Multarle á usted, ocuparle

La edicion, y de un plumazo

Desterrarle de Madrid

Y suprimir su diario;

Pero teme que los otros

Hagan después comentarios...

El ministro que me envía

No gusta de dar escándalos.

Tadeo. ¡Oh verdadero señor

Excelentísimo!

Lor. Vamos.

Si usted me da su palabra...

Su palabra de hombre honrado,

De quemar ese edicion,

Se le abonarán los gastos

Y además una decente

Gratificación.

Tadeo. ¡Oh rasgo

De insigne, régia, inaudita

Longanimidad! Yo no hallo

Palabras con que expresar...

Lor. Aquí en la cartera traigo

(Saca una cartera y de ella unos billetes

de banco que dará á don Tadeo.)

Veinte mil reales...

Fab. ¡Mil duros!

Lor. En diez billetes del banco.

Tadeo. ¡Ah! Déjeme usted besar

El polvo de sus zapatos...

De sus botas; botas son.

Yo no sé lo que me hablo...

¡Mil duros... cuando temía

Que me llevasen al palo...!

Ahora mismo en su presencia

De usted voy á hacer un auto

De fe con esos papeles

Malditos. — Vamos al patio...

Lor. Poco á poco, señor mio —

Antes de eso es necesario

(Poniendo un papel sobre la mesa.)

Que firme usted al momento

Este anuncio declarando.

Que su empresa ha concluido.

Tadeo. Con mucho gusto lo hago,

Que de empresas periodísticas

Estoy hartó, y mas que hartó.

¡Para lo que yo ganaba!

Fab. ¿Y yo, y yo? ¡Desventurado!

Tadeo. Amigo... ¡Paciencia!

(Don Tadeo firma el papel.)

Fab.

¡Cielos!

¡Ya lo firmó!

Lor. En el Diario

(Guardando el anuncio.)

De Avisos saldrá mañana.

Fab. Bien dije yo. Al perro flaco...

¡Al cabo yo soy la víctima

Dei propiciatorio!

Lor. En cuanto

Al autor de aquel artículo...

Tadeo. ¡Oh! Yo sobre eso me lavo

Las manos... Yo...

Lor. ¿Piensa usted

Que le amenaza algun daño?

Tadeo. Yo creía...

Lor. No, señor:

Nada. Todo lo contrario.

Es jóven de mucho mérito.

Aunque el artículo es agrio

Está escrito ¡vive Dios!

Con talento extraordinario.

Sin duda con los ministros

Estaría enemistado

Porque nadie se acordaba

De tan digno ciudadano.

Pero ya le hacen justicia.

Aquí traigo su despacho

De oficial del ministerio.

Déselo usted en su mano...

(Le da un pliego cerrado.)

Tadeo. « A don Agustín Peralta... »

(Leyendo el sobre.)

No es este...

Fab. ¡Calle usted, diablo!

(En voz baja interrumpiéndole.)

Válgale su buena suerte.

(Don Fabricio se sienta á escribir un

billete.)

Tadeo. ¡Ah! Si, ya estará casado

Con Paula... Buena elección,

Porque es mozo muy bizarro,

Y patriota á toda prueba.

Ya se ve; sufría agravios...

Lor. Ya ve usted que el ministerio
Se apresura á repararlos.

Tadeo. Y ¿ahora qué hacemos? ¿Quién
sabe

(A don Fabricio acercándose á la mesa.)

Dónde estará ese muchacho?

Fab. Venga el pliego. Yo lo sé.

Ya le escribo que volando

Se vengán...

Tadeo. ¿Esas tenemos?

¿Con que usted...?

Fab. Ya está cerrado.

(Ha puesto bajo un sobre el pliego del mi-
nisterio y su esqueta; toca la campana
y se levanta.)

Amnistía general.

(En voz baja á don Tadeo.)

Yo fui complice en el rapto.

Tome usted. Adonde dicen

(Al portero, que entra, toma el pliego
y parte.)

Las señas. ¡Vivo! ¡En dos saltos!

Tadeo. Le remite el nombramiento.

¡Son tan amigos...!

Lor. Lo aplaudo.

ESCENA XVII.

DON LORENZO, DON FABRICIO, DON
TADEO, DON ANTONIO.

Ant. Caballeros, con permiso...

Y beso á ustedes las manos.

Fab. ¡Cielos! ¡Don Antonio Pérez!

(Viéndole y saliendo á recibirle.)

Ant. ¿Cómo es que se tarda tanto

En repartir el periódico?

Fab. (Si se explica, nos da un chasco.)

Le diré á usted lo que ocurre.

(Se le lleva á un extremo de la sala y ha-
blan aparte. Don Tadeo habla con don
Lorenzo.)

Tadeo. ¡Huy! ¡El autor propietario

(Viendo á don Antonio.)

Del artículo! Alejemos

A este buen señor. ¿No vamos

A hacer ese auto de fe?

Será soberbio espectáculo.

Lor. Bien. — Diga usted á su amigo

(A don Fabricio.)

Que vaya lo mas temprano

Que pueda...

Fab. Sí; al ministerio,

Lor. Porque desea tratarlo

Su excelencia; y que no tema...

Fab. Estoy, estoy...

Tadeo. Vamos, vamos,

ESCENA XVIII.

DON FABRICIO, DON ANTONIO.

Ant. ¡Calle usted! ¿Con que el gobierno
Ha suprimido el diario?

Fab. Por ese escrito incendiario
Que trajo usted del infierno.

Ant. ¿No tenía por ventura

La rúbrica del censor?

Fab. Por hacerlo á usted favor

Lo pusimos sin censura.

¡Buena broma nos espera!

Ya la causa se ha empezado,

Y en poder del magistrado

Está la edicion entera.

Por casualidad extraña

Solo ese ejemplar quedó.

Ant. Veamos... Aquí estoy yo.

(Ojeando el diario sobre la mesa donde
está.)

Fab. ¿Piensa usted que se le engaña?

¡Oh fatal diaricidio!

Ant. Este ejemplar guardaré

Si usted...

Fab. ¿Y si lo saben? ¿Eh?

Desde aquí voy á un presidio.

No, señor; no. Lo hago trizas;

(Hace pedazos el diario.)

¡Y pluguiera á Satanás

Que viese yo los demás

Reducidos á cenizas!

Ant. Al menos mi manuscrito...

Fab. ¡Oh pretension temeraria!

¡Si está unido á la sumaria

Como cuerpo del delito!

Y si el gobierno averigua

Que ha escrito usted el libelo...

Váyase usted...

Ant. ¡Santo cielo!

Fab. ¡Por la virgen de la Antigua!

Ese hombre que estaba aquí...

Ant. ¿Que escucho! ¿Será tal vez...?

Fab. ¡El juez, don Antonio; el juez!

Y va á volver...

Ant. ¡Ay de mí!

(Y yo que tengo otros trapos...)

No hay que decirle, por Dios...

Fab. No...

Ant. ¿Trae alguaciles?

Fab. Dos;

Pero ¡qué par de gazapos!

Apele usted al ardid...

De la fuga.

Ant. ¡No, que no!

Esta noche duermo yo

A diez leguas de Madrid.

(Se va corriendo.)

ESCENA XIX.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Fab. Como alma que lleva el diablo

Corre don Antonio. El susto

No le sale á dos tirones

Del cuerpo. ¡Dios, cómo sudo!...

Así no se atreverá

A publicar en ninguno

De los restantes periódicos

Su malhadado discurso.

Tadeo. Ya se ha ido don Lorenzo,

(Entra ahora.)

Después que ha tenido el gusto

De ver arder los diarios.

¡Qué gloria! No queda uno.

Fab. ¿Qué dolorosa catástrofe!

Tadeo. Creí que me abogaba el humo.

Y esos muchachos ¿no vienen?

Fab. Calle usted... Creo que escucho

La voz de Paula...

Tadeo. ¿Ella es!

ESCENA ULTIMA.

DON FABRICIO, DON TADEO, PAULA,
DON AGUSTIN.

Paula. ¡Padre mio...!

(Va á echarse á los pies de don Tadeo
y este la recibe en sus brazos.)

Tadeo. Yo te indulto.

Abrazame.

Agust. ¡Don Tadeo!

¡Don Fabricio!

Fab. ¡Con qué gusto

Doy á usted mil parabienes

Por su inesperado triunfo!

Agust. Pero dame á mí un empleo...

Así... ¿Quién...?

Fab. Cosas del mundo.

Sic vos non vobis... Et cætera.

Tadeo. Y el periódico... difunto.

Paula. Pues ¿cómo...? Explíqueme
usted...

I.

Fab. Ha ardidido el último número.

Tadeo. Y yo bailo de contento.

Fab. Y yo me aflijo y me angustio.

Agust. Si comprendo una palabra

Que me aspen.

Tadeo. Es largo asunto.

En la fonda lo sabrás,

Que allá vamos todos juntos

A celebrar tantas dichas.

Fab. ¡Yo olvidaré mi infortunio

En loor de la amistad!

Paula. ¿Qué tiene usted?

Tadeo. Está viudo.

Agust. ¿Cómo! ¿Murió doña Ambrosia?

Tadeo. No, pero bajó al sepulcro

Mi periódico, y él era

Su dama, su...

Agust. ¡Buen apuro!

Ya sabe usted, don Fabricio,

Que cuanto poseo es suyo,

Y ahora que por mi empleo

Espero tener influjo

Haré que usted se coloque...

Fab. Si quiere usted darme gusto,

Que sea en la redaccion

De la Gaceta. Así cumplo

Mi vocacion decidida

De periodista.

Tadeo. Ese flujo

He tenido yo tambien;

Pero de hoy mas, ¡abrenuncio!

Paula. ¡Ah, cuánto me alegro!

Fab. ¿Por qué motivo...?

Tadeo. Por muchos.

A no háber previa censura,

Que es nuestro mayor trabajo.

Pues la mejor escritura

No está á cubierta de un tajo...;

¡Ay, que su fatal tijera

Aun recelo que me embista!...

¡Gran dicha fuera

Ser periodista!

A no ver que el pueblo vario

Tan propenso suele ser

A quemar hoy el diario

Que era su delicia ayer,

Creyendo de esta manera

Vencer la faccion carlista,

¡Gran dicha fuera

Ser periodista!

Si uno pudiera á lo menos

Dar gusto á todos y en todo,

Hoy que no hay dos hombres buenos

15

Que piensen del mismo modo,
Porque la discordia fiera
Anda demasiado lista,

*¡Gran dicha fuera
Ser periodista!*

Con cuatro mil suscriptores
Y lo que suelto se vende,
Y sin pagar redactores
Ni periódicos de allende,
Ni taquígrafo siquiera,
Ni regente, ni cajista,

*¡Gran dicha fuera
Ser periodista!*

A no haber reclamaciones,

Ya del cómico quejoso,
Ya de poetas ramplones,
Ya de un jefe quisquilloso,
Ya ¡gran Dios! de un calavera
Deslenguado y quimerista,

*¡Gran dicha fuera
Ser periodista!*

Mas con esa vida amarga,
Sin mil cuitas que no nombro,
Tan insoportable carga
Lleve el diablo sobre el hombro.
Aunque tenga mas dinero
Que el mas ladron prestamista...

*¡No mas; quiero
Ser periodista!*

EL AMIGO MARTIR,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 10
DE OCTUBRE DE 1836.

PERSONAS.

CARLOTA.	DON RAMON.
DOÑA BASILIA.	DON VICENTE.
DOÑA LEONCIA.	DON JULIAN.
BLASA.	RUFINO.
DON ANGEL.	UN MOZO DE CAFÉ.

La escena es en Madrid. El acto primero y el cuarto en casa de doña Basilia: el segundo en el jardín de Apolo; el tercero en la calle.

ACTO PRIMERO.

Sala medianamente amueblada, con puerta a la derecha, que guia a la de la escalera y a las piezas interiores, y otra a la izquierda que conduce a un gabinete y al dormitorio de don Ramon y don Angel. En el foro habrá un balcon.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA, DON RAMON.

(Aparecen sentados a un velador y acabando de desayunarse.)

Bas. Otra tacita de té,

Don Angel.

Angel. No mas; ya no.

Bas. ¿Es porque la ofrezco yo?

(Con zalameria bajando la voz.)
Ingtrato!

Angel. ¡Ah!... Llénela usted.

Bas. Con qué; hoy se come en Apolo?

Ramon. Si.

Bas. Me abandonan ustedes

Aquí entre cuatro paredes.

Angel. La amistad...

(Bajando la voz.)

Bas. Que vaya él solo.

(Lo mismo.)

Ramon. ¡Calla! Déjale venir.

(Aparte con doña Basilia.)

Que yo allá le necesito.

Bas. Que vaya; pero, amiguito,

Todo hemos de vivir,

Angel. ¿Qué es eso?

(Aparte con doña Basilia.)

Bas. Nada. Le riño

Porque sin usted me deja.

Angel. Es infundada esa queja.

¿Me tiene tanto cariño!...

Bas. Y usted, como amigo fiel,

Le prefere a mí.

Que piensen del mismo modo,
Porque la discordia fiera
Anda demasiado lista,

*¡Gran dicha fuera
Ser periodista!*

Con cuatro mil suscriptores
Y lo que suelto se vende,
Y sin pagar redactores
Ni periódicos de allende,
Ni taquígrafo siquiera,
Ni regente, ni cajista,

*¡Gran dicha fuera
Ser periodista!*

A no haber reclamaciones,

Ya del cómico quejoso,
Ya de poetas ramplones,
Ya de un jefe quisquilloso,
Ya ¡gran Dios! de un calavera
Deslenguado y quimerista,

*¡Gran dicha fuera
Ser periodista!*

Mas con esa vida amarga,
Sin mil cuitas que no nombro,
Tan insoportable carga
Lleve el diablo sobre el hombro.
Aunque tenga mas dinero
Que el mas ladron prestamista...

*¡No mas; quiero
Ser periodista!*

EL AMIGO MARTIR,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 10
DE OCTUBRE DE 1836.

PERSONAS.

CARLOTA.	DON RAMON.
DOÑA BASILIA.	DON VICENTE.
DOÑA LEONCIA.	DON JULIAN.
BLASA.	RUFINO.
DON ANGEL.	UN MOZO DE CAFÉ.

La escena es en Madrid. El acto primero y el cuarto en casa de doña Basilia: el segundo en el jardín de Apolo; el tercero en la calle.

ACTO PRIMERO.

Sala medianamente amueblada, con puerta a la derecha, que guia a la de la escalera y a las piezas interiores, y otra a la izquierda que conduce a un gabinete y al dormitorio de don Ramon y don Angel. En el foro habrá un balcon.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA, DON RAMON.

(Aparecen sentados a un velador y acabando de desayunarse.)

Bas. Otra tacita de té,

Don Angel.

Angel. No mas; ya no.

Bas. ¿Es porque la ofrezco yo?

(Con zalameria bajando la voz.)
Ingtrato!

Angel. ¡Ah!... Llénela usted.

Bas. Con qué; hoy se come en Apolo?

Ramon. Si.

Bas. Me abandonan ustedes

Aquí entre cuatro paredes.

Angel. La amistad...

(Bajando la voz.)

Bas. Que vaya él solo.

(Lo mismo.)

Ramon. ¡Calla! Déjale venir.

(Aparte con doña Basilia.)

Que yo allá le necesito.

Bas. Que vaya; pero, amiguito,

Todo hemos de vivir,

Angel. ¿Qué es eso?

(Aparte con doña Basilia.)

Bas. Nada. Le riño

Porque sin usted me deja.

Angel. Es infundada esa queja.

¿Me tiene tanto cariño!...

Bas. Y usted, como amigo fiel,

Le prefere a mí.

Angel. No tal.
Ese afecto es fraternal,
Pero...
Bas. Tengo celos de él.
Ramon. Siempre hablándose al oído...
Me picaré como hay Dios.
Angel. Lo mismo habla con los dos.
Ramon. Pero eres tú el preferido.
Bas. Supongamos que es verdad.
¿Querrá usted...?

Ramon. Solo deseo
Su ventura.
Angel. Así lo creo
De tu sincera amistad.
Bas. Pero ¿quién será el que lidie
Por ganar mi corazón?
Es barto mesuquino el don
Para que nadie lo envidie.

Angel. ¡Qué bien sienta la modestia
En una hermosa!
Bas. ¿Sí? Doy
A usted mil gracias.
Angel. (Me voy
A enamorar como un bestia.
¡Qué mujer! A su ascendiente
Yo no puedo resistir.)
(*Se levanta, y hacen lo mismo dona Basilia
y don Ramon.*)

Ramon. ¿Te vas?
Angel. Tengo que escribir
A mi tío don Vicente.
Ramon. Bien. Vistiéndome te espero.
Angel. Dos correos me han faltado
Y me tiene con cuidado,
Que como á un padre le quiero.
Ramon. ¡Qué alma cándida! ¿Lo ves?
(*Aparte á dona Basilia.*)

Bas. Sí.
Ramon. La brevedad te encargo.
Angel. Descuida. No será largo.
Hasta luego.
Bas. Hasta después.

ESCENA II.

DON RAMON, DOÑA BASILIA.

Ramon. Está perdido por tí.
Bas. ¡Em...!
Ramon. No lo dudes, Basilia.
Bas. Me dice cosas muy dulces,
Mirándome se extasia,
Y si amorosa le hablo
Se anega su alma en delicias;
Mas, ora sea respeto,

Ora sea cobardía,
Aun no me ha dado ninguna
De esas pruebas positivas...
¿A qué espera, que no me habla
De consorcio todavía?
Mucho temo que no sea
Tan platónica y tan fina
Como tú te la figuras
La pasión con que me mira.

Ramon. ¡Qué! ¡Si es un alma inocente
Sin doblez y sin malicia!
Yo, con ser hombre y faltarme
Los suspiros, las risitas,
Los dengues y las demás
Fementiles baterías,
Hago cuanto quiero de él.
Y una muchacha tan linda,
Tan graciosa como tú
¿No ha de lograr su conquista?

Bas. Él me ama, si: no lo dudo.
Durante los ocho días
Que has pasado en Talavera
Al lado de tu familia
Mucho mi imperio ha crecido
Sobre aquella alma novicia.
Ya se ve; ningún objeto
De mi amor le distraía,
Ni me hacía oposición
La amistad de un egoísta.

Ramon. Mil gracias por la lisonja
Ya en tu carta me decías
Lo bien que andaba el negocio,
Y excusado es que repita
El placer que tuve en ello,
Pues con el alma y la vida
Deseo tu bienestar.

Bas. Sí; basta que tú lo digas.
¡Falso!

Ramon. Me da pesadumbre
Verte en viudez desvalida
Siendo tan bella, tan jóven...

Bas. ¡Qué descarada mentira!
Si es así, ¿por qué rehusas
Llevarme á la vicaría?
¿Por qué, traidor, tus palabras
Y mis finezas olvidas?
¿No me juraste...?

Ramon. ¡Ay... por Dios.
Por Dios...! ¡Cosas tan antiguas...!
¡Buen matrimonio por cierto!
¿Estás en tu juicio, chica?
Yo mas probe que las ratas;
Tú caprichosa y bonita...
¡Halagüeño porvenir!
¡Deliciosa perspectiva!
Yo te juré... A punto fijo
No lo sé, por vida mia,
Porque á los pies de una bella

Todo se jura, Basilia.
Bas. ¡Y tan crédulas nosotras!
Ramon. Sin duda te juraría
Hacerte feliz; ¿y acaso
No lo cumplo? ¿Hay mayor dicha
Para tí que ser esposa,
No de un pobre, no de un *quidam*
Como yo, sino de un mozo
Que tiene un genio de almibar,
Y es cosechero en Marchena,
Y con un tío en Lebrija
De quien hereda un caudal
En olivares y viñas?
¿Y á quién debes esa alhaja
Sino á mí, desconocida
Mujer?

Bas. No niego la deuda;
Pero te das tanta prisa
Con tu ofciosa amistad
A beneficiar la mina,
Que si no me caso pronto
Me voy á quedar *per istam*.
Ramon. ¡Ponderacion!... No hay cui-
dado.

Son vinculadas la fincas.
Y tuyo será; lo espero;
Mas; guarda! no le persigas
Demasiado ni con quejas
Ni con amantes caricias,
Que irrita la sujecion
Y la lisonja fastidia.
Un ten con ten... un buen medio...
Algo de coquetería...
Ya me comprendes. Si llega
A penetrar que codicias
Su mano, ¡mujer al agua!
Si débil ó compasiva
De su platónica mente
Las ilusiones disipas,
Es negocio concluido:
Viudez tienes para días.

Bas. Demonio predicador,
¿Le enseñas esa doctrina
A la andaluza beldad
Cuya mano solicitas?
Ramon. Buena hoda, aunque no tanto
Como la tuya. — Y la niña
Es frívola si las hay
Con sus ribetes de activa;
Pero una casa en Madrid,
Que nunca se desalquila
Porque está muy bien situada
Y produce en renta limpia
Dos mil duros, no es un grano
De anís.

Bas. Pero ¿está propicia
La muchacha?
Ramon. Hoy me prometo

Acabar de persuadirla
En Apolo, mientras Angel
Se divierte con la tia.
Mas ya hemos charlado mucho,
Y si sospechan lo intriga...
Bas. Sí; me voy á mis haciendas,
Adios.
Ramon. Adios, alma mia.

ESCENA III.

DON RAMON, RUFINO.

Ramon. Aun está escribiendo. ¡Oh cándi-
dido,
(*Mirando adentro.*)

Oh cariñoso sobrino! —
Nos vestiremos. — ¡Rufino!
¿Nadie responde?
Ruf. Allá voy. (*Dentro.*)
Ramon. Un criado tan estúpido
No le hay en Madrid.

ESCENA IV.

DON RAMON, RUFINO.

Ruf. Presente.
Ramon. Si no eres mas diligente
Te despido, como soy.
Ruf. A mí... Usted...
Ramon. Como una pólvora
Has de ser cuando te llamo.
Ruf. Ya lo soy cuando mi amo...
Ramon. ¿Eh? Yo soy tu amo tambien.
Y á mí no me gustan réplicas.
¿Entiende usted, tío Camuñas?
Ruf. (Si me valiera...)
Ramon. No gruñas.
(*Se ha puesto en magas de camisa.*)

La corbata.
Ruf. (¡Estamos bien!)
Ramon. ¿Dónde vas? Abre esa cómoda
Y sácame la escocesa.
Ruf. ¿La de mi señor?
Ramon. Sí; esa.
Ruf. Pero...
Ramon. Él se pondrá la azul.
(*Tomándosela á Rufino y poniéndosela.*)
Ruf. (El tal amigo es un despota.)
Ramon. Dame ese chaleco negro...
El ramadeo.
Ruf. ¡Me alegro!
¿Y mi amo? (*Le da el chaleco.*)

Ramon. ¡Calle el gandul!
 La levita.
 Ruf. ¡Qué...!
 Ramon. Despáchate.
 Ruf. ¿La de mi amo?
 Ramon. Pues; la verde.
 Vamos, quel el tiempo se pierde.
 Ruf. Vaya.
(Dándosela. y lo demás que indica el dialogo.)
 Ramon. Hoy no salgo de frac.
 El sombrero nuevo...
(Rufino va á darle otro.)
 ¡Picaro!
 Del nuevo te estoy hablando.
 El mio está ya tan blando
 Que puede servir de clac.
 Guantes...
(Mirando los que le da Rufino.)
 No están muy católicos.
 Los compraré de camino.
 Venga ahora el baston, Rufino.
 Ruf. ¿Cuál? ¿El de puño de boj?
 Ramon. No. Me gusta mas el de ébano
 Con puño de filigrana.
 Ruf. (Le diera de buena gana
(Con el baston en la mano.)
 Un...)
 Ramon. Me olvidaba. El reloj.
 Ruf. Pero eso es dejar in púribus
 A mi amo, y despnes...
 Ramon. Camello,
 Tu amo tiene gusto en ello.
 Ruf. (Si me consultara á mi...)
 Ramon. Entre dos amigos íntimos
 Todo es comun. Ahí le dejo
 Mi equipaje.
 Ruf. (Malo y viejo.
 Cualquiera es amigo así.)

ESCENA V.

DON ANGEL, DON RAMON, RUFINO.

Angel. ¡Hola! ¡Estás vestido ya!
 Ramon. Eso lo hago yo en un soplo.
 Ruf. (Fácil es con los criados
 Y los vestidos del prójimo.)
 Angel. Esa levita...
 Ramon. Es la tuya.
 A fuer de galan y novio
 Tiene uno que presentarse
 A su dama con decoro,
 Que si por eso no fuera...

Ya sabes que soy filósofo,
 Y nunca me han desvelado
 Superficiales adornos.
 Angel. Cierto, si.
 Ramon. ¿Me sienta bien
 La corbata?
 Angel. Espera un poco.
(Arreglándosela.)
 El lazo está desigual...
 ¡Ah! ¡Mi saboneta de oro!
 Ramon. ¡Ah! Si. — ¿Te hace falta?
 Angel. No.
 Ramon. Por no pregunta á otro
 Qué hora es si Carlotita
 Desea saber... Con todo,
 Si la quieres...
 Angel. ¡Qué bobada!
 Lívala. Soy muy gustoso
 En que la luzcaz.
 Ramon. ¡Oh Angel!
 ¡Verdadero ángel custodio
 Para mí! Dame un abrazo.
 Cuanto yo poseo, todo,
 Todo es tuyo.
 Angel. Ya lo sé.
 Ruf. (¿Qué amigo tan generoso!)
 Ramon. Ni á su Pilades Orestes,
 Ni Teseo á Piritóo
 Amaron con tantas veras
 Como yo te amo.
 Ruf. (¡Y el bobo
 Se lo cuela!)
 Angel. Y yo, Ramon,
 Que tu alma noble conozco
 Con tener tan buen amigo
 Me reputo venturoso.
 Ruf. (Lástima y rabia me da.)
 Ramon. Si con halagüeño rostro
 Me mira un día la ingrata
 Fortuna, ¡con cuánto gozo
 Te pagaré las finezas
 Que te debo, y dadivoso...!
 Mas ¿qué digo? Yo te ofendo.
 Perdona este desahogo
 De mi justa gratitud,
 Querido amigo. No ignoro
 Que llevan ciertos servicios
 La recompensa en si propios.
 Angel. Basta ya: no me sonrojes.
 Si un decente patrimonio
 Me procura la ventaja
 De mitigar el encono
 De tu suerte, caro amigo,
 Tu corazon afectuoso
 Recompensa con usura
 Esos que yo me abochorno
 De oírte llamar servicios.

Ramon. Si.—Ya hablaremos
 Mas despacio... Adios, buen mozo.

ESCENA VI.

DON ANGEL, RUFINO.

El favor de un poderoso,
 La casualidad, la industria
 Pueden de un momento á otro
 Hacer grande y opulento
 Al que yacia en el polvo;
 Mas un verdadero amigo
 Es don el cielo precioso,
 Y pocos tienen la dicha
 De encontrar ese tesoro.

Ramon. Vuelve á abrazarme. Mejor
 No hablara san Juan Crisóstomo.
 Tú me haces justicia; si,
 Que el alma mia... Yo lloro
 De júbilo.

Ruf. (¡Hipocriton!)

Angel. ¿A qué vienen los sollozos
(Enjugándose una lágrima.)

Ahora...?

Ramon. Preciso fuera
 Tener una alma de plomo,
 Angel mio; para oírte...

Ruf. (Consolándole.)

Angel. Vamos...
 Ramon. Hablar de ese modo...

Sin enternecerse. — Vaya,
 Hasta después. Ahora corro
 A alquilar la carretala
 Con los dos caballos tordos...
 No quiero que tú te tomes
 Esa molestia. — Supongo
 Que no irás desprevenido,
 Que el gasto no será flojo.
 En casa de Carlotita
 Tu espero. No tardes.

Ruf. (Pronto)

Me tienes allí.

Ramon. ¡Cuidado
 No te embelesen los ojos
 De la patroncita amable
 Y te olvides nosotros!

Ruf. (No faltará.)

Ramon. ¿No es verdad
 Que es bella?

Ruf. (¡Ah! Si.)

Ramon. Y un asombro

De donaire, de dulzura...
 ¡Oh! Y es limpia como un oro;
 Y mujer de mas gobierno
 Que un agente de negocios;
 Y te quiere... ¡Oh! te idolatra.

Ruf. (Si; yo creo...)

Ramon. Y tú estás loco
 Por ella. ¡Mejor pareja...!
 Sois el uno para el otro.
 Animate, y en un dia
 Se harán los dos matrimonios.

Ruf. (¡Casarse...!)

Ramon. Si.—Ya hablaremos
 Mas despacio... Adios, buen mozo.

ESCENA VI.

DON ANGEL, RUFINO.

Angel. ¡El buen Ramon!... Menos piensa
 En su dicha que en la mia.
 Pruebas me da cada dia
 De su gratitud inmensa.

Ruf. ¡Maldita sea su casta!
 ¿Pruebas son mandar en todo,
 Comérsele á usted un codo,
 Ponerse su ropa...?

Angel. Basta.
 Cuanto tengo es de mi amigo;
 Nada le debo tasar,
 Que á estar él en mi lugar
 Lo mismo haria conmigo.

Ruf. Si, señor; así lo ofrece,
 Pero...

Angel. ¿Quieres que te plante
 En la calle? ¡Hola!

Ruf. Adelante.
 Sarna con gusto no escuece.

Angel. Sin respeto no le nombres,
 Que yo sé lo que me hago.
 ¿Soy yo acaso algun monago?

Ruf. No.

Angel. Yo conozco á los hombres.

Ruf. Perdone usted. La lealtad
 Me engañará...

Angel. Así lo pienso.
 Yo sé bien á quién dispense
 Mi cariñosa amistad.

Ruf. Aquí han traído estos créditos
(Sacando unos papeles que da á su amo.)
 Para que usted...

Angel. ¿De quién son?

Ruf. Son deudas de don Ramon.

Angel. Dos onzas, y una de réditos...
(Examinando una de las cuentas, y luego las demás.)

¡Horrible usura en dos meses!

Así en un año cabal
 Tres veces el capital
 Importan los intereses.
 El pobre estaba apurado,
 Y como es tan caballero...
 Mas teniendo yo dinero
 No ha de vivir empeñado. —
 Aquí firma otro acreedor.
 Pedro Celestino Prieto.
 No conozco á este sujeto.
 Ruf. Es famoso jugador.

Angel. ¡Fatal juego! Yo sé que él
Aborrece hasta su nombre,
Pero hay casos en que el hombre
Por no hacer un mal papel...
Suma todo; no es exceso:
Cuatro mil. Los pago, y listo.
(*Saca dinero de la cómoda y lo entrega á
Rufino.*)

Ruf. (El don Ramon, está visto,
Le tiene sorbido el seso.)
Angel. Proveamos el bolsillo
(*Poniendo oro en un bolsillo de seda.*)
Para el gasto que hoy ocurra.

Ruf. ¿Quién le apea de su burra?
Le engañan como á un chiquillo.)

Angel. Vamos; corbata y chaleco.
Ruf. Ahí va. La otra...
(*Ayudándole á vestir.*)

Angel. Ya sé.
Ruf. Y un chaleco de piqué,
Color de membrillo seco.

Angel. La levita... ¡Ah! voto al Draque...
Mi caro amigo la tiene.

¡Y ese sastre que no viene!...
Vamos, me pondré su fraque,
Cepilla, y dámelo pronto.

Ruf. Raido está.
(*Acepillando el fraque.*)

Angel. Bien; ¿y qué?
Ruf. Aquí donde usted lo ve,
No tiene pelo... de tonto.

Angel. Por ser de Ramon lo estimo,
Y con el trueque me allano,
Que soy su amigo y su hermano.

Ruf. (Yo digo que eres su primo.)
A poco que usted se abroche
Salta el paño.

Angel. No hace frio.
Ruf. ¿Manda usted algo, señor mio?
Angel. Nada mas. Hasta la noche.

ESCENA VII.

DON ANGEL.

Aquí Ramon me ha dejado
Su sombrero y su baston.

(*Se pone el sombrero.*)
Bien me está. ¡Vaya, tenemos
Igual cabeza los dos!
¡Poder de la simpatía!...
Pero se hace tarde. Voy...

ESCENA VIII.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA.

Bas. ¿Se va usted sin despedirse
De su tierna amiga?
Angel. No;

Que iba á entrar...
Bas. ¡Oh! no es extraño
Que vaya usted tan veloz
Donde hermosuras le aguardan.

Angel. ¿Hermosuras? ¿Cuáles son?
La que ese nombre merece,
Aunque á usted tan inferior,
Bien sabe usted, Basilita,
Que es prenda de don Ramon.
La dama cuyo galan
En esa partida soy
No es para inquietar á nadie,
Que ya cincuenta cumplió.
¿Teme usted que me enamore
Semejante cronicon,
Y me rinda á los hechizos
Del reumatismo y la tos?

Bas. ¿Cuándo el amor verdadero
De los zelos se libró?
Pero si usted me promete
Que no ha de serme traidor
Aunque su ausencia me affige
Por satisfécha me doy.

Angel. Esa dulce confianza
Bien la merece mi amor.
Bas. Vaya, divertirse mucho;
¡Y guárdese usted del sol!

Angel. Mi sol está en esa cara.
Bas. ¿Es de veras? ¡Picaron!
Angel. ¿Quiere usted algo de Apolo?
Bas. Tráigame usted una flor.
Angel. ¿Cuál será?

Bas. La siempreviva,
Imágen de mi pasión.
Pero ese frac tiene motas.
El cepillo...
(*Lo toma y acepilla á don Angel.*)

Angel. Bien estoy.
Bas. ¡Eh, déjese usted servir!
Angel. No merezco tanto honor.
Bas. Sin vanidad, ¿habrá muchas
Camareras como yo?

Angel. ¡Divina!... (Mas que el vestido
Me cepilla el corazon.
¡Ah! si no temiera...
Bas. ¡Cielos!
Rufino no reparó...
¡Qué zafios!
Angel. ¿Alguna mancha?

Bas. Se está cayendo un boton.
Lo coseré en un momento.
Angel. Dejarlo. ¡Válgame Dios...!
Tanta molestia... ¿Qué importa?
Si fuera en el pantalon...
Bas. Yo lo he de coser. No quiero
Que corra por ahí la voz
De que no cuidado á mis huéspedes
Con esmero y con primor.
Voy por la aguja.
(*Vase y vuelve luego.*)

Angel. Señora...
¡Qué singular sensacion
Produce en mí esa mujer!
La adoro, y me da temor...
Me embelesan sus halagos,
Mas no sé por qué razon
Quisiera que no me amase.
Bas. Vamos.
Angel. ¡Ah!... ¿Me quito...?
(*Hace ademán de quitarse el fraque.*)

Bas. No.
Se puede usted constipar.
Angel. Vaya...
Bas. Corre un viento atroz.
(*Cosíendole el boton.*)

Angel. ¡Tan cerquita, y yo cobarde...!
¡Qué pecho! ¡Qué manos! ¡Oh!...
Bas. ¡Maldita aguja!
Angel. ¡Ay! La siento
Palpitar... ¡Qué situacion!
Bas. ¿Le molesto á usted?
Angel. ¡A mí!
No... vida mia... (¿La doy
Un beso?... ¡Es mucha osadía!)
Bas. Ya no faltan mas que dos
Puntadas.
Angel. (No puedo mas...)
(*Pasando suavemente el brazo por cima
del hombro de doña Basilia.*)

¡Basilia mia!
Bas. ¡Traicion!
¡Cojerme así... descuidada!
¡Abusar de mi candor!
Angel. ¡Qué! ¿tan grave es mi delito?
(*Turbado.*)

Bas. ¡Empañar así el cristal
De mi honra!
Angel. Cállese usted.
No há sido tal mi intencion,
Basilia.
Bas. Si algun vecino,
Si algun criado lo vió...
Angel. ¡Señora!...
Bas. ¡Desventurada!
¡Perdí mi reputacion!
¿Eso es quererme! ¿Eso hace

Un caballero español?
Angel. ¡Basilia!... (¡Es una Lucrecia!
¡Un modelo de pudor!
¿Y aun vacilaré?) ¡Basilia!
Si erré, te pido perdon.
Bas. Si, el corazon te perdona;
Mas la virtud... (Se clavó.)
Angel. Nunca fué mi pensamiento
Conspirar contra tu honor;
¡Nunca! yo te juro...
Bas. Acaba...
Angel. Gente viene. ¡Adios! ¡Adios!

ESCENA IX.
DOÑA BASILIA, RUFINO.
Bas. ¡Mal haya, amen, la vida
Del importuno...!
Ruf. Perdone usted, señora,
Si la interrumpo.
Bas. ¿Es mucha audacia!
Ruf. Si hubiera yo sabido
Que incomodaba...
Bas. Criados... mal criados
Siempre incomodan.
Sépalos el insolente
Por si lo ignora.
Es villanía
Colarse de ese modo
Cuando hay visita.
Ruf. Vengo á arreglar el cuarto...
Bas. ¿Qué prisa corre?
Váyase á la antesala;
No me sofoque.
Ruf. ¡Doña Basilia!...
Eso aumenta diez grados
A mi malicia.

ESCENA X.
DOÑA BASILIA.
¡Bribon!... ¡Entrar el zafio
Cuando mi dueño
Ya iba á darme palabra
De casamiento!
Y ahora ¿qué hago yo?
No es para cada día
Cosér un boton.
La timidez de ese hombre
Me desespera,
Que á fuerza de fingirlo
Le amo de veras.

¡Será una ganga
Si trasquilada salgo
Yendo por lana!

ESCENA XI.

DOÑA BASILIA, RUFINO.

Ruf. Señora... Usted perdone,
(A la puerta.)
Un caballero
Quiere hablar...
Bas. Adelante.
Ruf. Voy al momento. (Vase.)
Bas. ¿Será otro huésped
Acaso...? ¡Ay! Es vetusto.
¡Maldita suerte! (Se sienta.)

ESCENA XII.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE.

Vic. A los pies de usted, señora.
Bas. Servidora.
Vic. Vengo en busca
De don Angel...
Bas. Ha salido.
Tome usted asiento si gusta.
Vic. Sí; ya me han dicho que acaba
(Sentándose.)
De salir. Poca fortuna
Es la mía.
Bas. (¿Quién será?)
Vic. Ya no volverá sin duda
Hasta la hora de comer.
¿Come en casa?
Bas. Lo acostumbra,
Mas hoy come fuera...
Vic. ¡Diantre!
¡Ocurrirle esa diablura
Cuando...! ¿Es comida de fonda?
Bas. Cierto.
Vic. ¿Y en cuál de mas muchas
Que hay en Madrid?
Bas. En Apolo.
(Ya me enfadan sus preguntas.)
Usted será forastero.
Vic. ¿Es acaso mi figura
Tan provincial...?
Bas. No señor,
Pero...
Vic. Es que... ese aire de chungu...
Estas gentes de Madrid

De todo el mundo se burlan.

Bas. ¿Burlarme yo? No por cierto.
Vic. Aunque mecieron mi cuna
A muchas leguas de aquí,
Mi educación es tan pulcra
Como la del mas erguido
Cortesano.
Bas. ¿Quién lo duda?
Vic. Ni Madrid me espanta á mi
Como á la gente palurda,
Que no lo conozco yo
De ahora. Cuando la jura...
Bas. Pero por llamar á un hombre
Forastero ¿se le insulta?
Vic. ¡Eh...! No. Pero... por si acaso...
Bueno es que uno se sacuda. —
Con que ¿es decir que don Angel
Anda de broma y de bulla,
Y hasta la noche no vuelve?
¿A qué hora?
Bas. No es muy segura.
Unas veces á las doce,
Otras veces á la una...
Vic. ¿A la una dice usted?
(No me agrada esa conducta.)
Pues ¿dónde pasa la noche?
Bas. No soy confidente suya.
Con sus amigos, supongo;
En el teatro... Hoy anuncian
Ópera nueva en la cruz,
Y es muy posible que acuda...
Vic. ¡Ah! Bien. Irá á la luneta...
Bas. Mas bien irá á la tertulia.
Vic. A la tertulia..., al teatro...
¡Vaya, que es usted muy chula!
¿Cómo ha de estar en dos partes
A un tiempo? ¿Creo yo en brujas?
Bas. ¡Oh! No. Tertulia se llama...
Vic. ¡Ahora falta que me instruya
De lo que tengo olvidado!
Sociedad donde se juntan
Varias familias, y juegan
O bailan, cantan, murmuran...
¿Si pensará esta señora
Que soy alguna lechuza
Insociable...?
Bas. (¡Diablo de hombre!
Todo se le antoja pulla.)
Tertulia es aquí tambien
Un corredor que circunda
El teatro, mas arriba
De los palcos. — Pero, en suma,
¿Qué quiere usted? que con tanta
Interrogacion me abruma.
Vic. Eso es decirme que soy
(Se levanta, y tambien doña Basilia.)
Entrometido.

Bas. ¡Ay, qué angustia!
Vic. O suponerme alguacil,
Escribano de la curia,
Agente de policia...
Bas. Mientras usted no descubra
Quién es, puedo presumir
Lo que guste.
Vic. Sí; la culpa
Es mia. Pues sepa usted,
Para que no me confunda
Con gente ruin, que yo soy
Don Vicente Gil Fonrubia,
Hacendado de Lebrija...
Bas. ¡Cómo!... ¿Es usted...? ¿qué ven-
tura!
Tio de don Angel...
Vic. ¿Pues!
Tio carnal. ¿Qué! ¿no es justa
Mi curiosidad?
Bas. Sí tal.
Perdone usted. Como nunca
Tuve el honor...
Vic. Excusemos
Cumplidos que me importunan.
Bas. ¿Cuánta va á ser la alegría
De don Angelito!
Vic. ¡Mucha!
Todo el día de jolgorio,
Toda la noche de tuna...
Así se acuerda de mi
Como del moro Muza.
Bas. ¿Si se hace lenguas de usted!
Vic. Sí, y en las cartas me adula...
Pero eso no me contenta
Cuando veo que le acusan
De tronera, disipado...
Bas. ¿Quién levanta esa calumnia?
Vic. ¿No acaba usted de decirme
Que anda siempre de trifulca?
Bas. Se divierte como jóven,
Pero siempre con cordura.
Vic. Basta. Yo me informaré...
Bas. (¡Oh... qué cara tan adusta!)
Mandaremos á buscarle.
Verá usted cuál se apresura...
Vic. Eso no; de ningun modo,
Que así mi intencion se frustra
De sorprenderle. Esta tarde
Iré á Apolo, con la ayuda
De Dios, y allí nos veremos.
En tanto, que no trasluzca
Nadie mi venida, ¿Estamos?
Bas. Callaré como una muda.
Vic. ¡Cuidado! Ahora deme usted
Habitación, si hay alguna
Desocupada.
Bas. Allá dentro
Hay una sala muy euca.

¿Quiere usted comer aqui?
Vic. Sí; pero solito...
Bas. Hay truchas...
Vic. (Y una de ellas eres tú.)
Bien está.
Bas. ¿Qué postres?
Vic. Fruta...
Cualquiera cosa. ¿Mi cuarto?
Bas. Voy... Sigame usted si gusta.
(Este tio me degüella.)
Vic. (Esta mujer me repugna.)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una de las placetas del Jardín de Apolo. Rosales, arbustos, bancos de piedra; á un lado una mesa, y sillas rústicas al rededor. Pendiente de un pilar de madera habrá un farol que se encendrá á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL, DON RAMON.

Ramon. En arreglar su toilette
Aun tardarán un buen rato
Las señoras. Esperemos
Sentados en ese banco. (Se sientan.)
¿Qué comida tan soberbia!
Angel. Exquisita. Ha habido platos
Selectos.
Ramon. ¡Oh! cuando yo
Tomo una cosa á mi cargo...
Angel. Te has lucido, amigo mio,
¿Cuánto me alegro!
Ramon. Y el gasto
No es excesivo. A doblon
Por cabeza, y los helados y
Los vinos... Importa todo
Cuarenta duros escasos.
Angel. ¿Qué! ¿me das cuentas ahora
Cual si fueses mi criado?
Al entregarte el bolsillo
¿He puesto limite acaso
A tu liberalidad?
Ramon. Nada de eso. Sin embargo,
Mi delicadeza...
Angel. Vaya;
Punto final, ó me enfado.
Ramon. ¿Qué quieres! Aun entre amigos
Causa una especie de empacho

Estar recibiendo un hombre
Continuamente agasajos
Sin poder... ¡Y con mi genio,
Tan desprendido y tan franco
Que no tengo nada mio!
¡Si tú me hubieras tratado
En mi próspera fortuna!
Dinero, mesa, caballos...;
Todo era de mis amigos.

No había pobre á mi lado.
Ya ves; rico negociante,
Jóven, solo... No era extraño.
Mas la falsa bancarrota
De un corresponsal villano
Que dispuso de mis fondos.

Y después lo del naufragio...
Angel. ¡Qué lástima! Una goleta
Llena de añil y cacao...

Ramon. ¡Eh! No te quiero afligir
Con recuerdos tan amargos.
Hablemos de nuestras novias,
Y una higa á lo pasado.

Angel. Si he de decirte verdad
Creo que la tuya es algo...

Ramon. Habla; ¿Por qué te detienes?
Angel. Lo tomarás por agravio.

Ramon. ¿Yo? ¡Qué locura!
Angel. Pues bien;

Te lo diré sin reparo.
Tu Carlota es muy linda,
Mas de un carácter tan vano,
Tan superficial... Ya pones
Mal gesto; te picias... Callo.

Ramon. No me picao. Lejos de eso
Tu sinceridad aplaudo.
No me ciega la pasión.
Con efecto, he reparado
En Carlota esos defectos.
Pero tiene pocos años.

Y es fuerza ser indulgente.
Luego que estemos casados
La corregiré, lo espero,
De esos pueriles resabios,
Que aunque la criaron mal
Su corazón está sano.

Angel. Dices bien. Me has convencido.
(¡Qué hombre!) No abre sus labios
Sin decir una sentencia.)

Ramon. Tú te excusas el trabajo
De educar á tu consorte.
Doña Basilia... ¡Qué hallazgo!
Esa es toda una mujer.

¿A quién darías tu mano
Que mejor la mereciese?

Angel. Yo la quiero; la idolatro,
Pero... la verdad; así...
Como si fuera su esclavo;
Como si al alma oprimiera

Algun yugo involuntario...
Siento rubor si me mira,
Como si fuese un muchacho.
Cuando la veo me encanta;
Y, con todo, no descanso
Sino lejos de su vista.
¿Si algun funesto presagio
Sentirá mi corazón?
Yo no comprendo este arcano.

Ramon. ¡Pobre mozo! Ya se ve;

Como tú nunca has amado
Aasta ahora... Esos temores,
Combates y sobresaltos
Siempre han sido inseparables
Del primer amor. El santo
Dulce vínculo nupcial

Te curará por ensalmo
De inquietudes y aprensiones.
Sea amor impuro ó casto,
No es dichoso sin la grata
Posesión del bien amado.

Tú no querrás obtenerla
Con seducciones y engaños...

Angel. No; ¡jamás!
Ramon. Pues bien; el médico

De tu mal es el vicario.—
Pero las damas no vienen.

Volvámonos allá. (Se levantan.)
Angel. Volvamos.

Ramon. ¡Por Dios que no te descuides
En dar á la tia el brazo!

(Aparece por el foro don Julian
observando.)
Angel. ¡Ah, qué cotorra! ¡Qué plepa!

Si no te quisiera tanto,
Antes que ser su escudero
Me dejara dar de palos.

Ramon. Tanta bondad me confunde.
¡Eres una alhaja! Vamos.

ESCENA II.

DON JULIAN.

(Fumando un puro.)

Ellos son. ¿Qué harán aquí?
¿Apostemos á que hay cita?

Mas no veo á la primita
Y todo el verjel corri.

¡Olvidarme así en la ausencia,
Mujer ingrata y voluble,

Cuando en lazo indisoluble
Creí...! Pierdo la paciencia.

¡Nunca fuera yo á Logroño
Mas ¿quién entonces creyera

Que no fuese fiel siquiera
Desde el estío al otoño?
En tanto que á mis afanes
Tan insensible se muestra,
Cate usted que en la palestra
Se presentan dos galanes...
Mas la inconstante beldad
¿A cuál corresponde, cielos?

Son amigos... y con celos
No puede haber amistad.
¿Será mi rival acaso
El don Ramon? ¡Qué tormento!

¿O el don Angel...? ¡Uf! Me siento
(Se sienta y se hace aire con el sombrero.)

De ira y de calor mi abrasso.
Calla la infiel, calla Blasa...

Para que yo me impaciente,
La tia, todo viviente

Está de acuerdo en las casa.
¡Por vida de san Ginés!..

¿Hay suplicio tan fatal
Como tener un rival

Y no saber quién lo es?
Mas hoy de la duda saigo,

Y el que sea mi enemigo
Se habrá de batir conmigo

Y verá lo que yo valgo
Yo no sufro, vive Dios..

Mas si huyendo la refriega
Este calla, el otro niega...

Entonces mato á los dos.

ESCENA III.

DON JULIAN, DON VICENTE

Vic. (Ni le encuentro en el billar,
Ni dan razon en la fonda,
Y en vano errante le busco
Hace mas de media hora.

Ya se ve; entre tanta gente
¿Quién encuentra una persona
Determinada?— Y tal vez
Se le habrá puesto en la cholla

A mi sobrinito el irse
A otra parte con la broma.

Eh!.. fumemos un cigarro
En este banco á la sombra.)

Jul. (Yo los busco; está resuelto,
(Se levanta.)

Y la espada ó la pistola...)
Vic. ¿Quiere usted darme la lumbre

Si no le hago mala obra?
Jul. No por cierto. Tome usted.

Vic. (Este quizá le conozca.)

Gracias. ¿Podrá usted decirme...?
Disimule usted si es tonta

Mi pregunta, caballero,
Porque en esta Babilonia
No es muy fácil...

Jul. Ciertamente;
No es fácil que yo responda
Mientras usted no se explique.

Vic. ¿Conoce usted por dichosa
Casualidad á un don Angel

Rodriguez Fonrubia ?
Jul. ¡Toma

Si le conozco!
Vic. ¿De veras?

Y... dígame usted...
Jul. Ahora

Estaba pensado en él
Vic. Es decir que usted le honra

Con su amistad...
Jul. No, señor.

Si usted tiene alguna cosa
Que decirle, por ahí anda

Paseando.
Vic. (La patrona

Dijo bien.) Gracias, amigo.
Jul. Parece que usted se informa

Con interés singular...
Apostemos una dobla

A que es usted...
Vic. ¿Quién?

Jul. Su tío.
Vic. Cierto; usted no se equivoca.

Pero usted ¿de dónde sabe...?
Jul. Soy fisonomista

Vic. ¿Oiga!
¿Tengo yo cara de tío?

Jul. No digo tal.
Vic. ¡Es chistosa

La ocurrencia!
Jul. Ahora será

Justo que usted corresponda
A mi atención. Por acaso

¿Ha visto usted dos señoras
Que ando buscando, hija y madre;
La madre gruesa, frescota;

La hija bonita, ojos negros...?
Vic. Todas las madres son gordas;

Todas las hijas son bellas
Para el galán que las ronda.

Yo, además, soy forastero
Y nunca tuve la nota

De curioso.
Jul. Como es hoy

Día de fiesta, andan otras
Por el jardín... Y ¡qué diablos!

Usted que vendrá de Astorga
O ¿qué me sé yo de dónde...

Vic De Lebrija.
 Jul. Es igual.
 Vic. ¡Hola!
 Yo nunca fui maragato.
 Jul. Bien; de Lebrija. ¿Qué importa?
 ¿Cómo ha de saber usted...?
 Apostemos una onza...
 Vic. ¡Oiga usted, caballero!
 ¿Presume usted que me asombra
 Con onzas á mi?
 Jul. No. ¡Vaya;
 Usted de todo se amosca!
 Bien podía yo apostar
 Sin peligro de mi bolsa
 A que usted jamás oyó
 Nombrar á doña Leoncia
 Suarez...
 Vic. ¡Vea usted lo que es
 Hablar á tontas y á locas!
 Si llevo a aceptar la apuesta
 La pierde usted.
 Jul. ¿Sí?
 Vic. No es mofa.
 La he conocido en los baños
 De Carratraca. Es de Loja.
 Jul. Sí, señor.
 Vic. Tiene una hija...
 Jul. ¿Cómo se llama?
 Vic. Carlota.
 La niña heredó una casa
 En Madrid, calle de Atocha...
 Jul. Las mismas.
 Vic. Y han de ser ellas
 Las que cerca de la noria
 Vi pasar, sin acabarlas
 De conocer.
 Jul. ¿Iban solas?
 Vic. Solas iban; sí.
 Jul. Yo vuelo
 En su busca. — Adios. — ¡Traidora!
 (Vase corriendo. Aparecen al mismo tiempo algunas damas y caballeros que pasean.)
 Vic. ¿Qué le ha dado á ese tronera?
 Amorios; trapisondas
 De mozos... Vamos á ver
 Si puedo encontrar ahora
 A mi dichoso sobrino.
 ¡Dígole á usted que es historia
 Andar uno...! ¡Qué peluca
 Va á llevar! No será floja.

ESCENA IV.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL, CARLOTA,
 DON RAMON.

(Llegan por rumbo opuesto al que han tomado don Julian y don Vicente y un poco antes de desaparecer la última pareja de las que paseaban.)

Carl. ¡Jesus, tonto pasear...!
 No puedo tenerme en pié.
 (Se sienta en un banco, y a su lado don Ramon.)

Leonc. ¿Os sentáis, niños? Opino
 Que nos sentemos tambien.
 (Se sientan en otro banco doña Leoncia y don Angel.)

Carl. ¿Cuándo es la funcia de pólvora?
 Ramon. Siempre es al anochecer.
 Carl. Me ha mareado el columpio.
 Ramon. Haremos que traigan té...
 Carl. No. Ya se me va pasando.
 Leonc. Pues, como decia á usted,
 Soy tan sensible de nervios
 Quel el ruido de un cascabel
 Me horripila.

Angel. Es mucha pena
 Ciertamente...
 Leonc. Asi quedé
 Desde el último malparto.

Angel. Pues mucho es que en la vinez
 No sienta usted mejoría.

Leonc. No, señor. Esta cruel
 Enfermedad se ha hecho crónica;
 Y la misma robustez
 Que otras envidian...

Angel. No obstante...
 (¡ Maldieta vieja!)

Leonc. Sé bien
 Lo que usted me va á decir.

Angel. Señora...
 Leonc. Sí; que por qué,
 Siendo así, no determino
 Casarme segunda vez.

Angel. Yo no decia...
 Leonc. ¡Pues ya!

Que me case con cualquier
 Monigote. No. A Dios gracias,
 No he llegado á la vejez...

Angel. (¡ Con cincuenta y cuatro eneros!)

Leonc. Treinta y nueve años no es
 Una edad exagerada.

Pero ¿dónde encontraré
 Marido como el difunto?

Angel. No es fácil.
 Leonc. ¡Oh! ¡Qué hombre aquel!

Como usted no ha estado en Loja
 No le pudo conocer.

Angel. No, señora. (Yo estoy frito.)
 Leonc. Pues mire usted; mi Miguel...

(Sigue hablando en voz baja con don Angel,
 que le oye fastidiado.)

Ramon. Puesto que usted se incomoda,
 Digo que no volveré

A hablar del primo Julian.

Carl. Si algun dia puse en él
 Mi cariño, es porque entonces
 No supe lo que después.

Es discolo y quimerista,
 Y tiene tanta altivez...

Querria mandar en jefe...
 Ramon. ¡Miren qué insolencia!

Carl. ¡Pues!
 Y que no tuviera en casa
 Voz ni voto su mujer.

Ramon. ¿De veras? Siempre le tuve
 Por villano y descortés.

El buen esposo no debe
 Otro dominio ejercer

Sobre su cara mitad
 Que el influjo que le den

Su amor, su condescendencia,
 Y el reciproco interés...

Carl. Cabalmente. Usted discurre
 Con loable sensatez.

Ramon. (Poco cuesta el darte ahora
 Esta dedana de miel.)

Carl. Y en buen hora la infeliz
 Que no tiene que comer

Admita cualquier partido
 Y se deje dar la ley;

Mas yo estoy, gracias al cielo,
 En el caso de escoger.

Ramon. Sí, vida mía, que siempre
 Tal el privilegio fué

De la hermosura, y el alma
 Que no se rinda á esos piés...

Carl. Muchos me han llamado bella:
 Si me adulan no lo sé;

Mas sé que tengo una casa
 Y produce su alquiler...

Ramon. No se hable de eso. Tus ojos,
 Tu talle, tu blanca tez

Son el tesoro á que aspira
 Esta alma rendida y fiel.

Carl. Eso de ser propietaria
 Es una ventaja que...

Ramon. Aun que fueras la mas pobre
 Del barrio...

Carl. Yo puedo hacer
 Feliz á un hombre.

Ramon. A tu lado
 ¿Quién puede no serlo, quién?

Carl. El que se case conmigo
 Puede hacer mucho papel.

Ramon. ¡Oh!

Carl. Porque siendo mayor
 Contribuyente, ya ves ..

Ramon. Con efecto; pero... ¡ah!
 ¿Qué es el humano oropel

Comparado con la dicha
 Doméstica...?

Carl. Ni seré
 Difícil de contentar.

Un vestido cada mes,
 Abono para la ópera,

Una casa en Aranjuez
 Por la primavera, coche...

Cuando sea menester,
 Y presentarme en los bailes

De gran tono con el tren
 Correspondiente... ¿Qué menos...?

Ramon. Eso es una pequeñez
 Y si no te diera gusto

Seria yo muy cruel.
 (¡ Cáspita! Deja que estemos

Casados, que yo te haré
 Entrar en vereda.)

Leonc. ¡Niña!
 ¿Refrescamos? Tengo sed.

Ramon. ¡Mozo! ¿Qué quieren ustedes?
 (Dando golpes á la mesa.)

Carl. ¡Eh...! yo no quiero beber.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL, CARLOTA,
 DON RAMON, EL MOZO.

Leonc. No; lo que ella tomará,
 Si acaso, será café...

Carl. Fada.

Leonc. Pues eso descarga
 La cabeza, y si en la sien

Te pones...
 Carl. No necesito
 Ponerme nada.

Leonc. Yo sé
 Que en dándote la jaqueca...

Carl. Siempre ha de querer usted
 Adivinar... Buena estoy.

¡ Es mucha ridiculez!

Leonc. Bien está; no te incomodes.—
 A mí un sorbete.

Mozo. ¿De qué?
 Leonc. De azofaifas.

Ramon. ¿Y nosotros?

Leonc. Ustedes querrán... ¿A ver
La lista...?

Angel. Yo... cualquier cosa.
Ramon. Cerveza y limon.

ESCENA VI.

Doña LEONCIA, DON ANGEL, CARLOTA,
DON RAMON.

Carl. ¡Inés!
(Levantándose.)
Espera. Allá va Inesita
Con su mamá.
Leonc. Y don Gabriel.
Ya los veo.
(Saluda con el abanico.)
Carl. Voy con ella
A dar dos vueltas ó tres.
Leonc. Bien. Yo aquí estaré. ¡Cuidado!
Carl. ¡Vaya!
Leonc. No os extraviéis.
No entreis en el laboratorio.
Ramon. Señora...
Carl. ¡Déjela usted!
(En voz bajo.)
(Se van de brocera. — Principia á oscu-
recer.)

ESCENA VII.

Doña LEONCIA, DON ANGEL.

Leonc. Pues, como iba á usted diciendo,
Se me murió la chiquilla
De un ataque de alfombrilla...
(El mozo, que ha vuelto con las bebidas
que se le pidieron, destapa en este mo-
mento una botella de cerveza, la vierte
en una ponchera y se retira.)
¡Az, Virgen santa! ¡Qué estruendo!
Angel. No se asuste usted. (El brazo
con las uñas me ha deshecho.)
Leonc. ¡Qué bruto! Dentro del pecho
me resuena el taponazo.
Angel. Vamos pues.
(Dejan el banco y se sientan á la mesa
donde está el refresco.)
Leonc. ¡Qué sillas estas!
Angel. Yo siento...
Leonc. ¡Jesus, Maria!
Angel. ¡Solo aquí con esta tia...!
¡Oh amistad, lo que me cuestas!

Leonc. Suele ser el matrimonio
Fuente de mil regocijos;
Pero ¡ay, don Angel! los hijos...
Angel. (No te llevara el demonio!)
Leonc. ¡Tanto cuidado importuno
Como causan; y después
Que una los cria...! De tres
No me ha quedado ninguno.
Viuda me estaré..., testigo
Sea Dios..., porque deseo
No tener mas hijos. — Veo
Que dirá usted...

Angel. Nada digo.
Leonc. Que sus gracias inocentes
Nos hechizan. ¡Angelitos!
Pero el llanto, y los ahitos,
Y el sarampion, y los dientes...
Aunque es grave impertinencia,
Usted va á decirme ahora
Que sufrirá...
Angel. No, señora.
Yo tengo peca paciencia.
Leonc. Pues sin embargo... Ya sé
Que usted me va á desmentir.
Angel. Yo...
Leonc. Mas ¿quién puede decir
De esta agua no beberé?
Angel. ¡Por Dios...!
Leonc. ¿A que acierto yo
Cómo quiere usted que sea
La consorte que desea?
Angel. ¡Ah!
Leonc. Vamos por partes.
Angel. ¡Oh!

Leonc. No querrá usted presuntuosas
Que en el espejo se emboben;
Y en cuanto á edad, ni muy joven,
Ni veteranas raposas.
Mujer que el tiempo no pase...
Angel. Lo que yo quiero, señora,
Es que no sea habladora
La mujer con quien me case;
Que no tome por incienso
La menor galanteria,
Ni dé en la noticia mania
De adivinar lo que pienso;
Que no haga mi cuerpo trizas
Por el flujo de sobar;
Que no me hable sin cesar
De partos y de nodrizas;
Que se deje de proverbios,
De recetas, de doctores,
Y que no tenga vapores.
Ni convulsiones, ni nervios.
Leonc. Yo diré á usted...
Angel. ¡Oh! Me voy...
Leonc. Siempre es buena cualidad

Tener sensibilidad...

(Se oye un cohete al cual siguen algunos
otros. Al oírlo se levanta asustada doña
Leoncía; derriba la mesa con las vasijas
que hay en ella; tambalea por algunos
instantes y cae desmayada en los brazos
de don Angel.)

¡Dios de Israel! ¡Muerta soy!

Angel. ¡Esto me faltaba ahora,
Que le diese un patatús...!
¡Y pesa como un obús!
Señora... ¡Nada! ¡Señora!

(Es ya de noche.)

ESCENA VIII.

Doña LEONCIA, DON ANGEL,
DON VICENTE.

Vic. No parece. En vano corro
De aquí para allá. Por cierto
Que es chasco...

Angel. ¿Si se habrá muerto?

Y nadie viene... ¡Socorro!

Vic. ¿Qué será? Acudo veloz...

Angel. Ayúdeme usted.

Vic. ¿Quién llama?

Angel. Sostenga usted á esa dama,

Voy por vinagre...

(Suelta la carga en brazos de don Vicente
y echa á correr.)

Vic. Esa voz...

ESCENA IX.

DON VICENTE, Doña LEONCIA,
EL MOZO.

Vic. ¡Es mi sobrino!... Y se larga...

Y en mis brazos un difunto...

¡Mire usted que es fuerte asunto!

¡Angel!... Yo suelto la carga. —

Se menea... ¡Y vaya un tomo!

¡Angel, Angel!... Lleva faldas. —

¡Que va usted á caer de espaldas!

¡Señora! ¡Que me deslomo!

(Llega el mozo y enciende el farol.)

¡Angel!... ¡Por vida del sol...!

¡Que de otro haya sido el gozo

Y aguante yo ahora...! ¡Mozo!...

¡Ah! Bien. Enciende el farol...

¡Vamos, señora! ¡Qué poste!

Nadie me ayuda. ¿Qué haré?

I.

Yo la alojara el corsé,
Mas ¿quién mueve este armatoste? —
¡Doña Leoncia! Ella es...

(Reconociéndola.)

Si. Y Angel no vuelve... ¡Mozo!

Ten...

(La suelta en brazos del mozo, que habia
acudido á socorrerla.)

Mozo. ¿Qué hago...?

Vic. Echarla en el pozo.

(Dos quintales pesa, ó tres.)

ESCENA X.

Doña LEONCIA, EL MOZO.

Mozo. Oiga usted... ¡Vaya que es franco
El buen señor!... Y si acierta
A quedárame aquí muerta...
La soltaré en ese banco...

ESCENA XI.

Doña LEONCIA, EL MOZO, DON RAMON,
CARLOTA.

Mozo. ¡Qué! Ni la fuerza de un burro...
(Trabajando para llevarla al banco.)

Carl. Aquí estaba...

Mozo. ¡Oh! viene gente...

Carl. ¡Ay, Dios mio! un accidente...

Ramon. ¡Señora!

(Acudiendo á ella.)

Mozo. Suelto, y me escuro.

Ramon. ¡Agua!

(En sus brazos está ya doña Leoncia.)

Carl. ¡Alguna esencia...!

Mozo. Voy.

(Corriendo.)

ESCENA XII.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON.

Carl. Y don Angel ¿qué se ha hecho?

Ramon. Hazla aire... afójala el pecho...

Leonc. ¡Ay!

(Volviendo del desmayo, pero sin incor-
porarse.)

Ramon. Ya vuelve.

Leonc. ¿Dónde estoy?

16

Este histórico me mata.

¿Y mi sobrina?

Carl. Soy yo.

Ramon. ¿Quiere usted sentarse?

Leonc. No.

(Inmóvil en los brazos de don Ramon.)

Ramon. ¡Vaya!

Jul. Al fin te veo, ingrata.

(A Carlota á media voz asomando de improviso la cabeza por entre los árboles.)

ESCENA XIII.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON,
DON JULIAN.

Carl. ¿Quién...?

(Volviéndose asustada.)

Jul. ¡Escucha!

(Acercándose á Carlota.)

Ramon. ¡El primo ahora,

Y yo con este bulto...!

Jul. Esto ya pasa de insulto,

¡Aleve, falsa, traidora!

Carl. Ahora no estoy para quejas.

Se ha puesto mala mi tia.

Jul. ¿Qué importa? La saña mia...

Carl. Pero...

Jul. Son dengues de viejas.

Leonc. ¡Ay!

(Dando un fuerte suspiro. Don Julian sigue hablando aparte y muy acalorado con Carlota.)

Ramon. Vamos; en esta silla...

Leonc. El corazon se me quiebra.

Ramon. (Y en tanto el otro requiebra...)

Leonc. ¡Ay!

ESCENA XIV.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON,
DON JULIAN, EL MOZO.

Mozo. Esencia de vainilla.

(Trae un promito.)

Ramon. Deja. Ya no es menester.

Jul. Sí, sí; estoy arrepentido,

Y mucho, de haber querido

A tan voluble mujer.

Carl. Basta; bien.

Jul. Mas te aseguro.

Que mi agravio no perdono.

El amor se vuelve encono...

Y me vengaré: lo juro.

ESCENA XV.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON,
EL MOZO.

Ramon. ¡Oh!... ¿Suelto ya?

Leonc. Sí, señor.

¡Ay!...

Ramon. ¿Qué decía ese necio?

(Corriendo hácia Carlota.)

Carl. ¡Eh! Déjale. Le desprecio.

Leonc. ¡Ay!

Carl. ¿Se siente usted mejor?

Leonc. Un poco. Pero la noche

Está tormentosa y fria...

Ramon. ¡Ah! Que agradezca á tu tia...

(A Carlota en voz baja.)

Carl. Pues vamos, vamos al coche.

Leonc. Sí; no sea que me dé

Segunda vez...

Carl. ¿Cuánto tarda

Don Angel!

Leonc. ¡Ay!

(Ultimo suspiro mas prolongado que los demás.)

Ramon. Quién le aguarda?

Vamos. Que se venga á pié.

(Vanse, apoyada doña Leoncia en don Ramon y en Carlota.)

ESCENA XVI.

El Mozo.

¡Vaya; estaba interesante

Con su desmayo la tia!

Si eso es pan de cada día

El demonio que la aguante. —

Mas no han pagado el refresco. —

¡Qué veo! Roto el servicio...

¡Caballero!

(Gritando.)

¡Qué estropicio!

Si no le alcanzo estoy fresco. —

Pero el amigo está aquí.

ESCENA XVII.

DON ANGEL, EL MOZO.

Angel. ¿Dónde estarán...? Me he perdido,
(Con un pañuelo en la mano.)

Y con el susto aturrido

Ando de aquí para allí...

¡Toma! Y ya se evaporó

El vinagre del pañuelo...

¡Ah! cacharros por el suelo...

(El mozo está acabando de recogerlos.)

Vaya, aquí se desmayó.

Mozo. La dama del parasismo,

Si acaso la busca usted,

Está buena y ya se fué.

Angel. Me alegro. ¿Cuándo?

Mozo. Ahora mismo.

Angel. Al salon de baile irán.

Ya allí las gentes se acoplan...

Mozo. No, que en el coche se soplan

Las dos damas y el galán.

Angel. ¡Sin mí se van! ¡Y lo avisa

Con esa flemma el mastranzo!

Voy á ver si los alcanzo.

Mozo. ¿Dónde va usted tan de prisa?

Ya estarán junto al hospicio,

Que por esa calle vuela

Rodando la carretela.

Angel. Me han hecho un flaco servicio.

Mozo. Pagará usted la bebida

Y la loza y el cristal,

Si usted no lo toma á mal.

Angel. ¡Ah!... sí. (¡Vieja maldecida!)

¿Cuánto?

Mozo. Ajustaré la cuenta.

Tres duros, y la echo corta,

Por lo roto. El gasto importa

Diez reales... Total, setenta.

Angel. Toma...

(Va á echar mano al bolsillo.)

¡Voto á Barrabás!

Ramon se llevó el bolsillo,

Y el reloj... Toma este anillo

Que vale diez veces mas.

Mozo. Yo, señor, de buena gana

Flara, pero la hacienda

No es mia...

Angel. Guarda la prenda.

La rescataré mañana.

Mozo. Si quiere usted ver al amo...

Angel. No. Basta. Vete de aquí.

Mozo. Preguntará usted por mí.

Tiburcio Garron me llamo.

ESCENA XVIII.

DON ANGEL.

¡Vaya que el chasco no es flojo!

El día que yo he pasado

Se lo doy al mas pintado.

¡Hasta sufrir el sonrojo...!

¡Cómo ha de ser!... ¡Soy amigo!...

¡Mas por qué fatalidad

Las dichas de la amistad

Nunca se entienden conmigo?

Lo que nunca olvidaré,

Lo que mas me desconsuela

Es pagar la carretela

Y haber de marcharme á pié.

Y me atormentan las botas...

¡Horrible vieja tarasca!...

Y el cielo anuncia borrasca...

Ya me han caido tres gotas. —

No me quedo en el jardín,

Porque estoy avergonzado.

Vuelo á tomar alquilado...

Aunque sea un calesín.

La cochera del tío Pando

Por fortuna está muy cerca.

¡Irá tan ancha esa... puerca!

Mientras yo me estoy mojando!

Hombres, desde hoy me llamad,

Pues no encuentro represalias,

Don Angel Rodriguez: alias,

El mártir de la amistad.

ACTO TERCERO.

De noche, en la calle. Fachada de la casa de Carlota
con reja, y una puerta que se abre á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, BLASA.

Carl. Mucho tarda don Ramon.

(Están sentadas á la reja.)

¿Le habrá ocurrido algo?

Blasa.

¡Quiá!

(Bostezando.)

Hace poco que se ha ido.

Carl. ¿Poco? Media hora y mas;

Este histórico me mata.

¿Y mi sobrina?

Carl. Soy yo.

Ramon. ¿Quiere usted sentarse?

Leonc. No.

(Inmóvil en los brazos de don Ramon.)

Ramon. ¡Vaya!

Jul. Al fin te veo, ingrata.

(A Carlota á media voz asomando de improviso la cabeza por entre los árboles.)

ESCENA XIII.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON,
DON JULIAN.

Carl. ¿Quién...?

(Volviéndose asustada.)

Jul. ¡Escucha!

(Acercándose á Carlota.)

Ramon. ¡El primo ahora,

Y yo con este bulto...!

Jul. Esto ya pasa de insulto,

¡Aleve, falsa, traidora!

Carl. Ahora no estoy para quejas.

Se ha puesto mala mi tia.

Jul. ¿Qué importa? La saña mia...

Carl. Pero...

Jul. Son dengues de viejas.

Leonc. ¡Ay!

(Dando un fuerte suspiro. Don Julian sigue hablando aparte y muy acalorado con Carlota.)

Ramon. Vamos; en esta silla...

Leonc. El corazon se me quiebra.

Ramon. (Y en tanto el otro requiebra...)

Leonc. ¡Ay!

ESCENA XIV.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON,
DON JULIAN, EL MOZO.

Mozo. Esencia de vainilla.

(Trae un promito.)

Ramon. Deja. Ya no es menester.

Jul. Sí, sí; estoy arrepentido,

Y mucho, de haber querido

A tan voluble mujer.

Carl. Basta; bien.

Jul. Mas te aseguro.

Que mi agravio no perdono.

El amor se vuelve encono...

Y me vengaré: lo juro.

ESCENA XV.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON,
EL MOZO.

Ramon. ¡Oh!... ¿Suelto ya?

Leonc. Sí, señor.

¡Ay!...

Ramon. ¿Qué decía ese necio?

(Corriendo hácia Carlota.)

Carl. ¡Eh! Déjale. Le desprecio.

Leonc. ¡Ay!

Carl. ¿Se siente usted mejor?

Leonc. Un poco. Pero la noche

Está tormentosa y fria...

Ramon. ¡Ah! Que agradezca á tu tia...

(A Carlota en voz baja.)

Carl. Pues vamos, vamos al coche.

Leonc. Sí; no sea que me dé

Segunda vez...

Carl. ¿Cuánto tarda

Don Angel!

Leonc. ¡Ay!

(Ultimo suspiro mas prolongado que los demás.)

Ramon. Quién le aguarda?

Vamos. Que se venga á pié.

(Vanse, apoyada doña Leoncia en don Ramon y en Carlota.)

ESCENA XVI.

El Mozo.

¡Vaya; estaba interesante

Con su desmayo la tia!

Si eso es pan de cada día

El demonio que la aguante. —

Mas no han pagado el refresco. —

¡Qué veo! Roto el servicio...

¡Caballero!

(Gritando.)

¡Qué estropicio!

Si no le alcanzo estoy fresco. —

Pero el amigo está aquí.

ESCENA XVII.

DON ANGEL, EL MOZO.

Angel. ¿Dónde estarán...? Me he perdido,
(Con un pañuelo en la mano.)

Y con el susto aturrido

Ando de aquí para allí...

¡Toma! Y ya se evaporó

El vinagre del pañuelo...

¡Ah! cacharros por el suelo...

(El mozo está acabando de recogerlos.)

Vaya, aquí se desmayó.

Mozo. La dama del parasismo,

Si acaso la busca usted,

Está buena y ya se fué.

Angel. Me alegro. ¿Cuándo?

Mozo. Ahora mismo.

Angel. Al salon de baile irán.

Ya allí las gentes se acoplan...

Mozo. No, que en el coche se soplan

Las dos damas y el galán.

Angel. ¡Sin mí se van! ¡Y lo avisa

Con esa flemma el mastranzo!

Voy á ver si los alcanzo.

Mozo. ¿Dónde va usted tan de prisa?

Ya estarán junto al hospicio,

Que por esa calle vuela

Rodando la carretela.

Angel. Me han hecho un flaco servicio.

Mozo. Pagará usted la bebida

Y la loza y el cristal,

Si usted no lo toma á mal.

Angel. ¡Ah!... sí. (¡Vieja maldecida!)

¿Cuánto?

Mozo. Ajustaré la cuenta.

Tres duros, y la echo corta,

Por lo roto. El gasto importa

Diez reales... Total, setenta.

Angel. Toma...

(Va á echar mano al bolsillo.)

¡Voto á Barrabás!

Ramon se llevó el bolsillo,

Y el reloj... Toma este anillo

Que vale diez veces mas.

Mozo. Yo, señor, de buena gana

Flara, pero la hacienda

No es mia...

Angel. Guarda la prenda.

La rescataré mañana.

Mozo. Si quiere usted ver al amo...

Angel. No. Basta. Vete de aquí.

Mozo. Preguntará usted por mí.

Tiburcio Garron me llamo.

ESCENA XVIII.

DON ANGEL.

¡Vaya que el chasco no es flojo!

El día que yo he pasado

Se lo doy al mas pintado.

¡Hasta sufrir el sonrojo...!

¡Cómo ha de ser!... ¡Soy amigo!...

¡Mas por qué fatalidad

Las dichas de la amistad

Nunca se entienden conmigo?

Lo que nunca olvidaré,

Lo que mas me desconsuela

Es pagar la carretela

Y haber de marcharme á pié.

Y me atormentan las botas...

¡Horrible vieja tarasca!...

Y el cielo anuncia borrasca...

Ya me han caido tres gotas. —

No me quedo en el jardín,

Porque estoy avergonzado.

Vuelo á tomar alquilado...

Aunque sea un calesín.

La cochera del tío Pando

Por fortuna está muy cerca.

¡Irá tan ancha esa... puerca!

Mientras yo me estoy mojando!

Hombres, desde hoy me llamad,

Pues no encuentro represalias,

Don Angel Rodriguez: alias,

El mártir de la amistad.

ACTO TERCERO.

De noche, en la calle. Fachada de la casa de Carlota con reja, y una puerta que se abre á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, BLASA.

Carl. Mucho tarda don Ramon.

(Están sentadas á la reja.)

¿Le habrá ocurrido algo?

Blasa.

¡Quiá!

(Bostezando.)

Hace poco que se ha ido.

Carl. ¿Poco? Media hora y mas;

Y viviendo tan cerquita
No parece regular
Que me tenga aquí esperando...
Yo le quiero mas puntual.
¿Qué tiene que hacer ah ora?
Tomar la capa...

Blasa. ¡Pues ya!
(Bostezando.)

Las noches están fresquitas.

Carl. Me consumo.

Blasa. Es natural.
Cuando una espera... Tal vez
Está cenando.

Carl. ¡Cenar!
Si tal supiera... No come
Quien se precia de galán
Cuando su dama le espera.

Blasa. Digale usted eso á Pascual,
Mi novio. Después del pienso
Mas fino que el no le hay;
Pero en ayunas, no hay diablos
Que le puedan aguantar.

Carl. ¿Se acostó la tía?

Blasa. Sí.

Carl. Esta noche dormiré.
Como un tronco. Sus desmayos
En eso suelen parar.
Voy, con todo, á cerciorarme...
Quédate y avisarás
Cuando venga don Ramon.

Blasa. ¡Ay santo Dios!... Bien está.
(Bostezando.)

Carl. Y no te duermas, que tienes
Un sueño... de pedernal.

ESCENA II.

BLASA.

¡Miren ahora el capricho
De la cita y el afán...!
Pues yo aseguro que si ella
Tuviera que madrugar...
Y como yo trabajase
Que estoy hecha un azacán...

(Se queda dormida.)

ESCENA III.

BLASA, DON RAMON, DON ANGEL.

Ramon. Siento darte, amigo mio,
Tan grande incomodidad.

Angel. ¿Qué incomodidad? Yo lo hago
Con mucho gusto; si tal.

Ramon. Como está tan envidioso
De mi dicha don Julian
Y es hombre de malas tripas,
Ya ves, sería capaz...
Frente á frente no le temo,
Pero á traicion...

Angel. No hay que hablar.
Yo te guardo las espaldas.

Ramon. Cuando tengas un rival
Cuenta conmigo. Primero
Mi pecho atravesará...

Angel. Gracias. Ya sé que deseas
Darme pruebas de amistad...

¿Mas á qué viene esa cita
Cuando tú puedes entrar
En la casa á todas horas
Libremente, y poco habrá
Que saliste de ella?

Ramon. Extraña

Es esa curiosidad
En un andaluz. ¿No sabes
Que se estilan por allá
Los nocturnos galanteos?

Esto se llama pelar

La pava. De este servicio,
Que halaga la vanidad

De las mujeres, un novio

No se puede dispensar.

Nacida en Loja mi bella,

Por esta noche no mas

Me ha sometido á esa rancia

Costumbre de su ciudad.

Angel. Como criado en pacífico

Seminario conciliar,

No sabía... Mas, por cierto,

Es capricho original.

Ramon. Pues lo exige así, es forzoso

Complacerla; y además,

Si consigo que á mis ruegos

Se abra la puerta...

Angel. ¡Tal cual!

¡Y, sin respeto al asilo

Del pudor, tú abusarás...!

No creyera que tuvieses

Tan poca moralidad.

Ramon. Esa sospecha me agravia.

La criada siempre está

Delante; ni yo, que áspiro

A la coyunda nupcial,

Maquinara cosa alguna

Contraria á la honestidad.

Angel. Con eso me tranquilizas,

Porque yo en punto á moral

Soy severo. Anda en buen hora.

Mas si tienes la bondad

De no detenerte mucho,

Querido Ramon, me harás
Sumo favor.

Ramon. Media horita.

Angel. En la calle está uno mal,
Amigo mio; y como antes
Me cogió la tempestad...

Ramon. ¡Pobre Angel! ¡Y sin paraguas!

¿Quién había de pensar

Con una tarde tan buena...?

¡Fué mucha fatalidad

Ponerse mala la tía!

Yo me cansé de gritar

Llamándote...

Angel. ¡Eh! ¿Qué remedio?

Son gajes de la amistad.

Ramon. Angel, de tantas finezas

No me olvidaré jamás.

Algun día querrá Dios...

Angel. ¡Hágase su voluntad!

(Don Ramon se acerca á la reja; don Angel
se pasea arriba y abajo.)

Ramon. Idolo del alma mia,

Ya vuelve en mi corazón

A renacer la alegría.

Angel. ¡Viene de aquel callejon

(Abrigándose.)

Un aire de pulmonía!

Ramon. ¡Feliz quien tu amor alcanza!

Todo me causaba enojos

En esta breve tardanza,

Pues no veía en tus ojos

El cielo de mi esperanza.

¡Callas! ¡Bajas la cabeza!

¿Por qué escondes tu belleza?

Angel. (Buena dicha es para mí

Que hoy no pasen por aquí

Los carros de la limpieza.)

Ramon. ¿No me respondes, mi dueño?

Angel. ¡Malo! Ya me entra la tos.)

(Tosiendo.)

ESCENA IV.

CARLOTA, BLASA, DON RAMON,
DON ANGEL.

Carl. Oigamos.

(Llega de puntillas y se esconde detrás de

Blasa.)

Ramon. ¡Qué! ¿Tienes sueño?

(Blasa ronca.)

(¡No me engaño, vive Dios!

Dormida está como un leño.)

Angel. ¡Estoy divertido! ¿En cuál

De esas pícaras estrellas

Está mi signo fatal?

Ramon. (Nunca ha sido tan bestial

El ronquido de las bellas.)

¡Carlota mia! (Esto pasa

De castaño oscuro. ¿Habré

Quizás errado la casa?

No. Como apenas se ve...

¿Si será el bulto de Blasa?)

Tocaremos suavemente...

(Metiendo la mano por la reja.)

Blasa. ¿Quién me toca? Daré voces...

(Despertando despavorida.)

Ramon. ¡Ah, qué manos tan atroces!

Blasa. ¿Habrá picaro, insolente...?

Carl. ¡Bien! ¡Bien! ¡Otro par de coces!

(Soltando la carcajada.)

Ramon. ¡Qué escucho! ¡Estabas ahí!

Blasa. ¡Vaya con el hombre...!

Carl. Basta.

Retírate de la reja

Y siéntate allí.

(Blasa se sienta á alguna distancia y de
cuándo en cuándo bosteza, ó da cabe-
zadas.)

Ramon. ¿Qué chanza

Tan pesada! Yo creía

Que eras tú con quien hablaba.

Carl. ¡Donosa equivocacion!

¿En qué me parezco á Blasa?

Ramon. En nada. ¿Puede la noche

Compararse con el alba,

Ni la acelga con la rosa,

Ni la ruda con el ámbar?

Mas mi error es disculpable.

Sabía que me esperabas,

Y como está tan oscuro

Y venia con tal ansia

De hablarte...

Carl. El buen caballero

Si no ve, huele su dama.

Angel. (¡Si ahora me prenden por vago

Será mi dicha colmada!)

Ramon. Dice muy bien, pero tengo

Esta noche la desgracia

De estar constipado.

Carl. ¡Calle!

¿De veras?

Ramon. ¡Ah! sí.

Carl. ¡Qué lástima!

Ramon. ¡Haber dicho yo requiebros

A una criada de zafia!

¡Pensar yo, necio de mí,

Que así tu mano blanca,

Y estrechar la de esa mula

Que pincha como una zarza!

No me perdono... ¡Te ries!

Carl. ¿No es de celebrar la gracia?

Amor con eso ha querido
Vengarme de tu tardanza.
Y ahora quiero yo saber
De esa detención la causa.

Ramon. Mi amigo tiene la culpa.
Como nuestra union es tanta,
Ha tomado por empeño
El guardarme las espaldas.

Carl. ¡Ah! No había reparado...

Allí pasea un fantasma...

Angel. (Héme aquí de centinela,
Pero sin cuerpo de guardia,
Ni esperanza de relevo.

Amistad estacionaria
Es la mía.)

Ramon. ¡Es tan temoso!
Media hora, si, muy larga

He gastado en persuadirle
A que se meta en la cama;

Pero en vano. ¡Ya ves tú
Si teniendo yo una espada

Y alentándome tu amor
Necesito camaradas! —

¿Estás convencida ya?

Carl. Un poquito.

Ramon. Tu venganza
Ha sido injusta, y te ruego

Que en desagravio me abras
La puerta.

Carl. ¡Qué me propones!
¿Así he de arriesgar mi fama?

Ramon. Soy caballero.

Carl. No obstante,
La vecindad es tan mala...

La interventora que tiene
Una lengua como un hacha...

Envidias de gente ruin.
Como yo soy propietaria...

Ramon. No es tan darde que parezca
Escandalosa mi entrada.

¿Quién sabe á qué cuarto voy
Cuando hay tantos en la casa?

Peor es que aquí me vean...

Carl. No se abre. En vano te cansas.

Ramon. ¡Está tan húmedo el piso! —
Nublados, nieves y escarchas

Por tí sufriera con gusto;
Pero di: ¿no es una gaita

Que me tengas en la calle
Pudiendo estar en la sala?

Carl. Si supiera que no habías
De abusar...

Ramon. No, prenda amada.

Juro...

Carl. ¿De veras estás
Constipado?

Angel. (¡Cuánto charlan!)
Ramon. Sí, hija mía, — Vamos, abre,

¿Acaso es tan grave mancha
Para tu honor recibir

Delante de la criada
Al amante que de esposo

Te ha dado mano y palabra?

Carl. Te abriré; pero ¡cuidado!...

Blasa. — Se durmió. ¡Muchacha!

Blasa. ¡Ay Jesus, Jesus...! ¿Qué es eso?

(Despertando asustada.)
Carl. Vamos; anda á abrir.

Blasa. ¿Quién llama?

Carl. Muévete, animal.

Blasa. Ya voy.

(Quieta aun)
Carl. Yo te alumbraré. Levanta.

(Desaparecen las dos.)
Ramon. ¡Chlco!

(Acercándose á don Angel.)
Angel. ¿Ya nos vamos! ¿Eh?

Ramon. No. Me abre la puerta.

Angel. ¡Vaya!

(Esforzándose á mostrar alegría.)
¿Sea muy en hora buena...!

Ramon. ¡Qué dicha!

Angel. (¡Y en hora mala
Para mí!)

Ramon. Ya están abriendo...

Pronto saldré.

Angel. ¡Dios lo haga!

(Abre Blasa la puerta, alumbrando Car-

lota; entra don Ramon: Blasa vuelve á

cerrar; poco después aparecen los tres

en la sala que se ve por la reja; junto á

ella se sientan don Ramon y Carlota, y

Blasa á cierta distancia, pero de modo

que la vea el público; Carlota pone la

luz sobre una mesa retirada.)
Para los que están en tiernas

Pláticas como un relámpago
Pasan las horas eternas.

¿Me cerraron el pestigo
Cual si yo no fuese prójimo!

¿Se hace esto con un amigo?
El entra en la casa, ¡bueno!

Y á guisa de humilde fámulo
Yo aquí tomando el sereno!...

También yo tengo una linda
En cuyos ojuelos lánguidos

Sus glorias amor me brinda.
¡Oh! no haría yo á tu lado,

Hermosa Basilia, méritos
Para un dolor de costado. —

La amistad es don del cielo,
Si; pero ¡siempre ser víctima!

¡Tocarme siempre el mochué! —
Mas tierno y amable yo,

Y él casi vertiendo lágrimas...

¿Cómo decirle que no?
Mañana quizá el mancebo

Me premie... con una sátira
Que me ponga como nuevo. —

¿Me largo? — No. Saldrá pronto. —
Pero está será la última.

Ya me causo de ser tonto.

(Sigue paseándose.)
Carl. Si, Ramon. Ya no es posible

Que la boda se retarde.
Así no daré lugar

A que me acusen de frágil.

Ramon. ¿Podré hacer las diligencias...?

Carl. Desde mañana; al instante.

Ramon. Yo supongo que tu tia
No reprueba nuestro enlace...

Carl. No; mas se haría lo mismo
Aunque ella lo reprobese.

Es cierto que por bondad
La tengo en lugar de madre;

Pero yo soy propietaria
Y no dependo de nadie.

Angel. (Un hombre hácia mí se acerca.
¡Bueno fuera que algun lance...!)

ESCENA V.

DON RAMON, CARLOTA, BLASA,
DON ANGEL, DON JULIAN.

Jul. Antes de entregarme al sueño,
Aunque me mata á desaires

No resisto á la flaqueza
De saludar sus umbrales. —

¡Qué veo! En la reja un bulto,
Y aquí un caballero andante...

Apuesto la vida á que es
Uno de los dos galanes...

Me alegro. Ahora veremos
Quién es el guapo. (Se acerca.)

¿Compadre!

Angel. ¿Con quién habla usted? ¿Con-

migo?

Jul. No, que hablaré con el aire.
¿Es usted acaso el sereno

Que está guardando esta calle?
Angel. ¿Tiene usted mucho interés

En saberlo?

Jul. (Este es don Angel.)
Mucho.

Angel. (Pendencia tenemos.)
Y usted ¿quién es? ¿Es alcalde

Del cuartel, ó celador
De policía?

Jul. Muy jaque
Responde usted. ¿Qué apostamos

A que ese tono arrogante
Le hago yo bajar?

Angel. (No hay duda;
Es don Julian: Su carácter

Duelista y el vicio eterno
De apostar...) No hay que atufarse,

Señor mio.

Jul. Ea, diez duros
Contra uno...

Angel. Eso es en balde.

Si usted desea camorra,
No se exponga á que le casquen

Sobre perder su dinero.

Jul. Pues bien; matémonos gratis.

Carl. ¿Qué miras...?

Ramon. Nada... Mi amigo
Está allí hablando con álguien...

Jul. Ya debe usted conocer
Que tengo razon bastante

Para pedirle una seria
Satisfaccion. Usted sabe...

Angel. Sé que estoy de mal humor
Y es forzoso que lo pague

Alguno. Ha venido usted
Muy á tiempo.

Jul. ¿Sí? Me place.

Angel. Jamás he sido duelista,
Mas creo que en este instante

Andaria yo á estocadas
Aunque fuese con mi padre.

Jul. Pues sígame usted al Prado.

Angel. Está lejos y es muy tarde.
Allí, en aquel callejon...

Jul. Corriente; en cualquiera parte.

Ramon. No los oigo bien. Yo creo
Que riñen...

Carl. ¿Qué disparate!

Angel. Armas...

Jul. Yo traigo una espada.

Angel. ¿Es de filo?

Jul. Sí.

Angel. Yo un sable.

Jul. Bien. Si hay ventaja en alguna,
La noche las hace iguales.

Vamos...

Ramon. Las espadas brillan.

(De pie.)
Yo vuelvo...

Carl. ¡Virgen del Carmen!
(Deteniéndole.)

No; no te dejo salir...

Angel. (Celebraré que me mate
Para que en vida y en muerte

Sea yo el amigo mártir.)

ESCENA VI.

DON RAMON, CARLOTA, BLASA.

Ramon. Abreme. Van á batirse...
 Carl. ¡Ay Dios! Me tiemblan las carnes...
 Ramon. El desafio es por mí.
 Dirá que soy un infame...
 Carl. ¿Y si te matan...?
 Ramon. No temas.
 Lograré que se separen.
 Suelta...
 Carl. ¡Ah! No.
 Ramon. Mi honor...
(Se desprende y corre á despertar á Blasa.)
 ¡Muchacha!
 Blasa. ¡Ay! ¿Quién...? ¡Cielos! Ya voy...
 Ramon. Abre.
 Carl. Espera. Hacia aquí se vuelven
 Y han suspendido el combate
 Sin duda...

ESCENA VII.

CARLOTA, DON RAMON, BLASA, DON VICENTE, DOÑA BASILIA.

(Aparecen don Vicente y doña Basilia y se quedan hablando en el foro de espaldas á la reja.)

Carl. Si es don Julian
 El uno, y te ve que sales
 A estas horas de mi casa,
 Va á escandalizar la calle.
 Ramon. Tienes razon. Observemos.
 Vic. Digo á usted que no se canse.
 No me he de acostar sin verle.
 Con que, ¿aquella casa grande...?
 Bas. No sé si estarán en ella
 Todavía; pero es fácil,
 Como han andado de broma...
 A casa vinieron, hace
 Muy largo rato. Yo estaba
 De tertulia, y como á nadie
 Quiso usted que se dijera
 Que ha venido usted...
 Vic. ¡El diantre
 Del muchacho! ¿Es algun duende?
 ¿Es espíritu impalpable?
 Ramon. No son ellos. Esa voz...
 Vic. ¡Ya podía yo buscarle
 Por el teatro! Ea, vamos;
 A ver si con cien millares
 De diablos...

Bas. Sigame usted.
 Vic. ¡Voto á bríos!... Cuando le agarre...
(Se dirigen á la puerta de la casa.)
 Carl. ¡Una mujer!
 Bas. Allí hay luz
(Parándose.)
 Carl. ¡Que no te vean! ¡Apártate!
 Vic. Ande usted, doña Basilia.
 Ramon. ¡Mi patrona!
 Vic. Aunque se enfade
 Doña Leoncia...
 Carl. Aquí vienen.
 Bas. ¿Le parece á usted que llame
 A la reja?
 Ramon. No hay cuidado.
(A Carlota.)
 Yo saldré... Toma la llave,
 Blasa. Abreme. — Hasta mañana.
(En alta voz.)
 Bas. Ya se van.
(A don Vicente parándose cuando iba á llamar por la reja.)
 Ramon. Que usted descanse,
 Doña Leoncia. Carlota,
 A los piés de usted.
(Desaparece precedido de Blasa, que lleva la luz.)
 Vic. Ya salen.
 Carl. Felices. Vámonos, tia.
 ¿Por qué vendrán á buscarle...?
 Mas yo lo sabré mañana.
 ¡Pobre de él como me engañe!
(Se retira cerrando la reja. Al mismo tiempo sale don Ramon por la puerta, y esta vuelve á quedar cerrada.)

ESCENA VIII.

DOÑA BASILIA, DON RAMON, DON VICENTE.

Bas. Señor don Ramon...
 Ramon. ¿Qué veo!
 ¡Patrona! ¿Usted por aquí?
 ¿Viene usted de algun bureo?
 Bas. ¿Bureo? ¡Pobre de mí!
 No, señor. Vengo buscando...
 Ramon. Entiendo. ¿A don Angel?
 Bas. Sí.
 Ramon. Ya no está aquí. Se fué...
 Vic. ¿Cuándo?
 Ramon. Hace mas de media hora.
 Vic. ¿Donde?
 Ramon. No sé.

ESCENA IX.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE.

Vic. ¿Cómo...?
 Ramon. Andando.
(Este apunte me encocora.)
 Vic. La respuesta no es cortés.
 Ramon. ¿Viene usted con la señora?
 Vic. ¡Eh!... Yo vengo...
 Bas. El señor es
 Tio de don Angel.
 Ramon. ¡Ah!...
 Vic. Sí, señor, su tio; ¡pues!
 Ramon. Usted me perdonará.
 Como no soy adivino...
 Y hablada usted recio...
 Vic. Ya.
 Ramon. ¿Viene usted bueno? El camino...
 Vic. ¡Eh!... Cumplimientos á un lado.
 ¿Dónde ha ido mi sobrino?
 Ramon. A casa se habrá marchado.
 ¡Diablo! — ¿Por qué no me avisas?
(Aparte á doña Basilia.)
 Usted no tenga cuidado...
(A don Vicente.)
 Vic. Ya me cuesta mas pesquisas
 Que vale toda su raza.
 Yo se lo diré de misas.
 Ramon. Pues allí estará...
 Vic. ¿Qué maza!
 Si así fuera, ¿me estaría
 Yo aquí con tanta cachaza?
 No fué á casa en todo el dia.
 De allí vengo en este punto
 Con la dama que me guia.
 Ramon. Pues extraño...
 Vic. Y yo pregunto:
 ¿Por qué se aparta usted de él
 Siendo su amigo y su adjunto?
 ¡Y en una noche cruel!
 Ramon. No ha permitido esperar
 A su compañero fiel...
 Bas. Poco puede ya tardar...
 Ramon. Como vivimos un paso...
 Vic. ¡Por vida!... ¡Le he de matar!
 Ramon. Yo iré á buscarle... *(Es el caso que no sé dónde le halle.)*
 No esten ustedes al raso.
 Vic. Cuando mi cólera estalle...
 Ramon. Irse á casa; que hace frío,
 Y aquí en medio de la calle...
 ¡Qué importuno desafio!
 En casa de don Antonio
 Estará... ¡Maldito tio!
 Aquí le traje el demonio.)

Bas. Don Ramon le buscará.
 Vamos á casa...
 Vic. Insigne
 Galopin será el amigo.
 ¡Todo el dia de penguinue
 Con él y luego á las tantas
 De la noche le permite
 Que se vaya solo, á riesgo
 De que un traidor le asesine!
 Bas. Alguna causa habrá habido;
 Porque parece imposible
 Que don Ramon... ¡Oh! Le quiere
 Como á hermano. Se desvive
 Por él. Amigo mas tierno
 Ni corazon mas sensible,
 Crea usted...
 Vic. Si; ¿quién lo duda?
 ¿Como es cosa tan difícil
 Que encuentre en Madrid amigos
 Un mancebo rico! A miles
 Los tendrá, si cada dia
 Les da en Apolo un convite.
 Bas. Vámonos ya, don Vicente.
 Temo que usted se constipe...
 Vic. ¡Constiparme, y echo llamas
 Por la boca!
 Bas. ¡Dios nos libre!
 Vic. ¿Le parece á usted que el dia
 Que yo he pasado...?

ESCENA X.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE, DON JULIAN.

Jul. ¿Quién vive?
 Vic. Lucifer.
 Jul. ¡Bello sujeto! —
 A un ladito. El paso libre.
 Vic. Nadie se lo estorba á usted.
 Bas. ¡Ay! corramos...
 Vic. ¡Eh! No chillé.
 Jul. *(Esa es la voz de aquel viejo
 Regañon...)* Apuesto quince...
(A don Vicente.)
 Veinte duros á que usted
 Al lado de unos jazmines
 Me pidió lumbre esta tarde
(Es vision que me persigue.)
 Vic. Si, señor; y pues mi suerte,

Que hoy no es de las mas felices,
Me le pone á usted delante
Siempre que busco al belitre
De don Angel mi sobrino,
¿Podrá usted acaso decirme...?

Jul. Sí, señor. Nos acabamos
De separar. Es un titere...

Vic. Ahora no tratamos de eso.
Jul. Ronda á mi dama, compite
Con un hombre como yo;
Pero apuestó...

Vic. ¿Por la Virgen,
Nada de apuestas! Deseo...

Jul. Déjeme usted que me explique.

Aquí andaba paseando:
Yo, que no gasto melindres,
Le desafío; él, sin duda
Porque luego no le tilde
De gallina su señora,
Hace entonces, como dicen,
De las tripas corazón
Y se aventura á batirse
Conmigo.

Bas. ¿Dios mio!

Vic. ¿Un duelo!

Jul. Ahí detrás, en ese triste
Callejon dimos principio
A sacudirnos de firme.

Vic. ¿Desventurado de mí!

¿Y me lo cuenta el caribe

Con un gozo...!

Bas. ¿Ay Dios! ¿Ha muerto?

Jul. No ha muerto. Ustedes se afligen
Por nada.

Vic. Herido estará...

Jul. ¿Eh! Tampoco. Un novio simple

Es invulnerable.

Vic. ¿Y ¡vamos!

¿Dónde está, donde...?

Jul. Terrible

Cuchillada le iba á dar

Después de un rapido quite,

Cuando gentes impertunas

Nos rodean, nos dividen,...

Y me estorban el placer

De romperle las narices.

Vic. ¿Lindo placer!

Bas. ¿Ah, qué hombre!

Jul. Mas aunque de ese me prive,

Otro me queda. La tropa...

Vic. ¿Era tropa?

Jul. ¿No lo dije?

Una patrulla. Le han preso.

Yo he logrado escabullirme.

Vic. ¿Preso!

Bas. ¿Y adónde le llevan?

Jul. No sé; pero es muy posible

Que duerma en el Principal,...

Si no acuden alguaciles

Y lo llevan á la carcel.

Ea, que ustedes se alivien.

Bas. ¿Qué corazón!

Vic. ¿Oiga usted...!

Jul. No oigo mas. ¡Vaya, que es chinche

El viejo! — ¡Mujer ingrata!

*Dando con la espada en la reja de
Carlota.)*

Yo haré que tú no me olvides.

ESCENA XI.

DON VICENTE, DOÑA BASILIA.

Bas. Se escapa ese hombre fatal

Y en tanto en un calabozo

Don Angel... ¡Ah! ¡Pobre mozo!

Corramos al Principal.

Usted dirá que es su tío...

Vic. ¿Yo? Me guardaré muy bien.

Bas. Yo intercederé tambien,

Y espero que el llanto mio...

Vic. Es un tuno, un disipado.

Bas. ¡Ah! Ruego á usted que se aplaque.

Vic. No. Que duerma en el Vivaque.

Le está muy bien empleado

Bas. ¿Señor! ¡Vaya...!

Vic. Es mucha grima

Todo el dia andarle en pos

Sin conseguir ¡voto á brios!

Echarle la vista encima.

Bas. No es culpa suya. ¡Piedad...!

Vic. Bramando estoy de coraje.

¿Cuando hago por él un viaje

De cien leguas, á mi edad!

Bas. Eso es muy sensible, pero...

Vic. ¿Nada! No hay pero que valga.

Bas. Lógrese ahora que salga

De prision...

Vic. ¡Dale! No quiero.

Ni hay que esperar que me amanse.

Vamos. Me quiero acostar.

Después de tanto afanar

Razon es que yo descanse.

Bas. No será usted tan cruel...

Vic. Verá usted cómo lo soy.

Y á otra posada me voy

Si vuelve usted á hablarme de él.

Bas. Dirán...

Vic. ¿Qué me importa á mi

Lo que en la córte se diga?

Muy pronto la haré una higa.

¡Maldita córte!

Bas. (¿Eso sí!)

Vic. Ea, vamos; venga el brazo. —

Y mas que luego se afilla,

He de volverme á Lebrija

Sin ver á ese bribonazo.

Mi indignacion es muy justa.

Mañana me voy, si puedo.

Bas. (¿Muy bien!)

Vic. ¡Y le desheredo!

Bas. (Eso es lo que no me gusta.)

Alguna vez.

Ramon. Sí, Basilia.

Con lágrimas como puños

Le mostraré mi amargura,

Mi sentimiento profundo...

Bas. Acuérdate de decirle

Que yo tambien me consumo

De dolor...

Ramon. Voy... Pero antes

Mitiguemos nuestro mutuo

Sinsabor con un abrazo.

Bas. ¡Vaya!

(Se abrazan.)

Ramon. ¿Qué hermosa!

Bas. ¿Qué tuno!

ESCENA II.

DOÑA BASILIA.

Pienso que ya don Vicente

No estará tan iracundo

Como anoche, que al fin es

Su tío y le quiere mucho.

No obstante, ya debo obrar

Con prudente disimulo.

Si intercedo por don Angel

Y de nuevo le disculpo,

Va á sospechar lo que ahora

Me importa tener oculto;

Y es tan receloso el viejo...

No; tomemos otro rumbo,

Y pongámonos de parte

De la moral.

(Don Vicente y Rufino aparecen en el foro
hablando.)

ESCENA III.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE, RUFINO.

Ruf. Digo y juro...

(Con un paquete en la mano.)

Vic. Basta. Si á escoger me dan

Me quedaré sin ninguno.

Anda á llevar ese encargo.

Ruf. Crea usted que mi amo...

Vic. ¿Punto!

No oigo mas.

Ruf. Voy...

Vic. ¿Has oido?

Al parador de San Bruno.

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BASILIA, DON RAMON.

Ramon. ¿Se ha levantado ese viejo
Tan mal venido?

Bas. Presumo

Que se está vistiendo ya.

Ramon. ¿Vaya, que es terrible apuro!

¿Y Angelito no parece!

Bas. Por tus amores nocturnos

El pobre estará gimiendo

En un calabozo oscuro.

Ramon. Y el tío, que por lo visto

No gasta muy buenos humos,

Conmigo la va á tomar.

Bas. Por supuesto.

Ramon. Y te aseguro

Que no sabré que decirle.

Bas. Lo peor es que el cazurro

De Rufino ha entrado ahora

En su cuarto, y yo no dudo

Que le informará muy mal

De nosotros.

Ramon. El asunto

Es prevenir á don Angel.

Yo me valdré del influjo

Que tengo sobre él, y el viejo

No ha de estorbar nuestro triunfo.

Bas. Lo primero es libertar

A don Angel. Mina el mundo

Hasta lograrlo, que bien

Lo merece.

Ramon. Sí; es muy justo.

Bas. Algo has de hacer por tu amigo.

Bueno es que te llegue el turno

Que hoy no es de las mas felices,
Me le pone á usted delante
Siempre que busco al belitre
De don Angel mi sobrino,
¿Podrá usted acaso decirme...?

Jul. Sí, señor. Nos acabamos
De separar. Es un titere...

Vic. Ahora no tratamos de eso.
Jul. Ronda á mi dama, compite
Con un hombre como yo;
Pero apuestó...

Vic. ¿Por la Virgen,
Nada de apuestas! Deseo...

Jul. Déjeme usted que me explique.

Aquí andaba paseando:
Yo, que no gasto melindres,
Le desafío; él, sin duda
Porque luego no le tilde
De gallina su señora,
Hace entonces, como dicen,
De las tripas corazón
Y se aventura á batirse
Conmigo.

Bas. ¿Dios mio!

Vic. ¿Un duelo!

Jul. Ahí detrás, en ese triste
Callejon dimos principio
A sacudirnos de firme.

Vic. ¿Desventurado de mí!

¿Y me lo cuenta el caribe
Con un gozo...!

Bas. ¿Ay Dios! ¿Ha muerto?

Jul. No ha muerto. Ustedes se afligen
Por nada.

Vic. Herido estará...

Jul. ¿Eh! Tampoco. Un novio simple
Es invulnerable.

Vic. ¿Y ¡vamos!

¿Dónde está, donde...?

Jul. Terrible

Cuchillada le iba á dar

Después de un rapido quite,

Cuando gentes impertunas

Nos rodean, nos dividen,...

Y me estorban el placer

De romperle las narices.

Vic. ¿Lindo placer!

Bas. ¿Ah, qué hombre!

Jul. Mas aunque de ese me prive,

Otro me queda. La tropa...

Vic. ¿Era tropa?

Jul. ¿No lo dije?

Una patrulla. Le han preso.

Yo he logrado escabullirme.

Vic. ¿Preso!

Bas. ¿Y adónde le llevan?

Jul. No sé; pero es muy posible

Que duerma en el Principal,...

Si no acuden alguaciles

Y lo llevan á la carcel.

Ea, que ustedes se alivien.

Bas. ¿Qué corazón!

Vic. ¿Oiga usted...!

Jul. No oigo mas. ¡Vaya, que es chinche

El viejo! — ¡Mujer ingrata!

*Dando con la espada en la reja de
Carlota.)*

Yo haré que tú no me olvides.

ESCENA XI.

DON VICENTE, DOÑA BASILIA.

Bas. Se escapa ese hombre fatal

Y en tanto en un calabozo

Don Angel... ¡Ah! ¡Pobre mozo!

Corramos al Principal.

Usted dirá que es su tío...

Vic. ¿Yo? Me guardaré muy bien.

Bas. Yo intercederé tambien,

Y espero que el llanto mio...

Vic. Es un tuno, un disipado.

Bas. ¡Ah! Ruego á usted que se aplaque.

Vic. No. Que duerma en el Vivaque.

Le está muy bien empleado

Bas. ¿Señor! ¡Vaya...!

Vic. Es mucha grima

Todo el dia andarle en pos

Sin conseguir ¡voto á brios!

Echarle la vista encima.

Bas. No es culpa suya. ¡Piedad...!

Vic. Bramando estoy de coraje.

¿Cuando hago por él un viaje

De cien leguas, á mi edad!

Bas. Eso es muy sensible, pero...

Vic. ¿Nada! No hay pero que valga.

Bas. Lógrese ahora que salga

De prision...

Vic. ¡Dale! No quiero.

Ni hay que esperar que me amanse.

Vamos. Me quiero acostar.

Después de tanto afanar

Razon es que yo descanse.

Bas. No será usted tan cruel...

Vic. Verá usted cómo lo soy.

Y á otra posada me voy

Si vuelve usted á hablarme de él.

Bas. Dirán...

Vic. ¿Qué me importa á mi

Lo que en la córte se diga?

Muy pronto la haré una higa.

¡Maldita córte!

Bas. (¿Eso sí!)

Vic. Ea, vamos; venga el brazo. —

Y mas que luego se aflija,

He de volverme á Lebrija

Sin ver á ese bribonazo.

Mi indignacion es muy justa.

Mañana me voy, si puedo.

Bas. (¿Muy bien!)

Vic. ¡Y le desheredo!

Bas. (Eso es lo que no me gusta.)

Alguna vez.

Ramon. Sí, Basilia.

Con lágrimas como puños

Le mostraré mi amargura,

Mi sentimiento profundo...

Bas. Acuérdate de decirle

Que yo tambien me consumo

De dolor...

Ramon. Voy... Pero antes

Mitiguemos nuestro mutuo

Sinsabor con un abrazo.

Bas. ¡Vaya!

(Se abrazan.)

Ramon. ¿Qué hermosa!

Bas. ¿Qué tuno!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BASILIA, DON RAMON.

Ramon. ¿Se ha levantado ese viejo
Tan mal venido?

Bas. Presumo

Que se está vistiendo ya.

Ramon. ¿Vaya, que es terrible apuro!

¿Y Angelito no parece!

Bas. Por tus amores nocturnos

El pobre estará gimiendo

En un calabozo oscuro.

Ramon. Y el tío, que por lo visto

No gasta muy buenos humos,

Conmigo la va á tomar.

Bas. Por supuesto.

Ramon. Y te aseguro

Que no sabré que decirle.

Bas. Lo peor es que el cazurro

De Rufino ha entrado ahora

En su cuarto, y yo no dudo

Que le informará muy mal

De nosotros.

Ramon. El asunto

Es prevenir á don Angel.

Yo me valdré del influjo

Que tengo sobre él, y el viejo

No ha de estorbar nuestro triunfo.

Bas. Lo primero es libertar

A don Angel. Mina el mundo

Hasta lograrlo, que bien

Lo merece.

Ramon. Sí; es muy justo.

Bas. Algo has de hacer por tu amigo.

Bueno es que te llegue el turno

ESCENA II.

DOÑA BASILIA.

Pienso que ya don Vicente

No estará tan iracundo

Como anoche, que al fin es

Su tío y le quiere mucho.

No obstante, ya debo obrar

Con prudente disimulo.

Si intercedo por don Angel

Y de nuevo le disculpo,

Va á sospechar lo que ahora

Me importa tener oculto;

Y es tan receloso el viejo...

No; tomemos otro rumbo,

Y pongámonos de parte

De la moral.

(Don Vicente y Rufino aparecen en el foro
hablando.)

ESCENA III.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE, RUFINO.

Ruf. Digo y juro...

(Con un paquete en la mano.)

Vic. Basta. Si á escoger me dan

Me quedaré sin ninguno.

Anda á llevar ese encargo.

Ruf. Crea usted que mi amo...

Vic. ¿Punto!

No oigo mas.

Ruf. Voy...

Vic. ¿Has oido?

Al parador de San Bruno.

ESCENA IV.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE.

Vic. Buenos dias.

*(Viene en bata.)*Bas. Felices, don Vicente.
Ha dormido usted bien?

Vic. Malditamente.

Bas. Siento...

Vic. ¿Tan fácil es pegar los ojos
Llena el alma de penas y de enojos?Bas. ¿Penas? Mal hace usted si no se
cuida,Que en el último tercio de la vida
Debe usted procurar...Vic. No soy tan viejo.
*(Picado.)*Bas. ¡Oh! no es esto decir... Es un
consejo...Vic. Y muy sano será; pero importuno.
Consejos ¡voto á san...! cuando está uno...

Bas. Cierto; cuando se pasa mala noche...

Vic. Después de andar ayer á troche y
moche,Sin descansar del viaje sempiterno,
Buscando á ese sobrino del infierno...Bas. ¡Oh, tener á su tío sin reposo
Siendo un señor tan dulce y bondadoso!Vic. ¡Me quiere usted decir, según las
trazas,

Que soy un pusilánime, un bragaza!

Bas. ¿Yo? No tal.
Vic. « Don Fulano es un bendito,
Es un alma de Dios, un pobrecito »
Quiere decir á veces...

Bas. Yo no trato...

Vic. « Don Fulano es un bobo, un men-
tecató. »

Bas. Pero, ¿es posible...?

Vic. Satisfecho quedo,
Mas no soy hombre que me mamo el dedo.Bas. Si á usted le da don Angel un dis-
gusto,El desforarlo en mí tampoco es justo;
En mí que ni lo como ni lo bebo
Y esos locos desórdenes repruebo.Vic. Aunque le está muy bien el calabozo,
Quizá toda la culpa no es del mozo.

Bas. ¡Ay! ¡Malo!

Vic. Los amigos, los amores...
Tal vez dos ojos negros seductores...Bas. No soy por cierto yo quien le con-
quistó.No pára nunca en casa. Usted lo ha visto.
Vic. *(Piensa la hipócritona que me en-
gaña.)*Mas no por eso aplacaré mi saña.
Aunque llore á mis piés no le perdono.
No cuente mas conmigo. Le abandono.Bas. Confieso que será buen expediente
Una dura leccion que le escarmiente.Vic. ¡Taimada! Pronto arreglo la balija
Y otra vez tomo el rumbo de Lebrija.

Bas. Bien hecho. Eso merece un calavera.

Vic. *(Ahora te creo menos, embustera.)*

Bas. ¿Y se va usted sin verle?

Vic. ¡Descastado!
En eso estaba; si.

Bas. Muy bien pensado.

Vic. Pero discorro ahora que es muy
necioVolver la grupa sin tronar de recio.
Le veré.

Bas. ¡Soy perdida!

Vic. ¡Y no pretenda
Salvarse de mí justa reprimenda!

Bas. ¡Señor...!

Vic. Reventaría en el camino.
Descargue yo sobre él toda mi bilis
Y después... ahí le dejo con su Filis.

Bas. Temo...

Vic. No hay que temer. ¿Soy
yo algún niño?

Bas. Se enmendará: lo espero.

Vic. ¡Nada! ¡Firme! —
Cerca está el Principal. Voy á vestirme.

ESCENA V.

DOÑA BASILIA.

Esto es hecho: le ve; se reconcilia;
Le saca de Madrid... ¡Pobre Basilia!¿No es un dolor cuando era casi mio;
Cuando hoy mismo quizá...? ¡Maldito tío!No en vano le juzgué de mal agüero. —
Mas si pudiese yo verle primero...

Corro en su busca. Si el amor me auxilia...

Pero ¡qué veo! Es él. — ¡Angel!

Angel. ¡Basilia!
*(Legando.)**(Doña Basilia recibe á don Angel en sus
brazos.)*

ESCENA VI.

DOÑA BASILIA, DON ANGEL.

Angel. Buenos dias.

Bas. ¡Dueño amado!

¡Pobre Angel mio! ¡Qué noche
Habrás pasado?

Angel. Fatal.

Metido en un camarote,
Sin luz siquiera... Por dicha,Dió de mí buenos informes
El alcalde del cuartel;Si no, en la cárcel de córte
Estuviera ya, y Dios sabe

Hasta cuándo.

Bas. ¿Y el Herodes
Que te vino á provocar...!

¡Ah! Le daría mas golpes...

Angel. ¡Qué! ¿sabe usted ya...?

Bas. Sí; todo.

¡Lo que yo he llorado!

Angel. ¿Y dónde
Está Ramon? EmbragadoCon sus felices amores
Y libre de todo riesgo,No se ha acordado del pobre
Que por su causa sufría

Tan amargos sinsabores.

Bas. Te anduvo anoche buscando
Sin saber de tí, sin norte
Que le guíase...Angel. ¡Es desgracia
Que no escuchase las voces,
Ni á dos pasos de la roja
Viese lucir los estoques!Bas. Hoy, apenas ha sabido
Que entre soldados feroces
Al Principal te llevaron,
De aquí ha salido á galope...Es mucho que no os habeis
Encontrado.Angel. No te asombres.
Yo solo encuentro en Madrid
Percances y chaparrones,
Y viejas que me fastidien,
Y amantes que me provoquen,
Y soldados que me prendan...Bas. ¡Y mujeres que te adoren,
Ingrato! Mi corazón
Te seguía en las prisiones;Y ya la tierna Basilia,
Cuyo amor aun no conoces,
Volaba á tu encuentro, acaso
Aventurando su nombre
A las sátiras del vulgo. —
Pero, en fin, los cielos oyen.

Mis votos: te veo libre

¡Y soy feliz!

Angel. ¡Oh!... ¡No llores,
Bien de mi vida!

Bas. ¡Es de gozo!

Angel. ¡Ah! Yo sería un mal hombre
*(Abrazándola.)*Si no te amase, Basilia.
Tu cariño no me exponeA desventuras sin fin;
Y tu hermosura, tus dotes
Amables... ¡Tú debes ser
Mi único amigo!Bas. ¿Y respondes
De mirarme siempre así?Si la suerte nos opone
Obstáculos...Angel. Nada temas.
Será mi pecho de bronce.Bas. Mira que quizá el instante
En que cumplas ese noble
Propósito no está lejos.

Angel. ¿Y podrá haber quien estorbe...?

Bas. Hay una gran novedad
En casa, y quizá revoques...

Angel. No; mas... ¿qué quieres decirme?

Bas. No alces la voz, no te azores...

Ha venido...

Angel. ¿Quién?

Bas. Tu tío.

Angel. ¡Mi tío! ¿Dónde está, dónde...?

Bas. ¡Eh! ¡Calla!... Está desde ayer
Corriendo del sur al norte
En tu busca.Angel. ¡Y sin que nadie
Me haya dicho...!*(Va á salir y le detiene doña Basilia.)*

Bas. ¿Adónde corres?

Espera. No fué posible...
Y ya sabe lo de anoche;
Y está furioso...Angel. Yo espero
*(Impaciente.)*Que pronto se desenoje
Cuando sepa la verdad.

¿Dónde está? ¿Dónde se esconde?

Bas. Va á venir... ¡Ay, Angel mio!
Si es tan tirano que rompe
Nuestros lazos...

Angel. No lo creas.

Bas. ¡Ah! Yo temo que no arrostres
Su oposicion... ¡Ya está aquí!¡Bien mio, no me abandones!
(En voz baja.)

ESCENA VII.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA,
DON VICENTE.

Angel. ¡Querido tío...!

(Yendo á abrazar á su tío.)

Vic. ¡Alto ahí!
(Con severidad.)

No conozco á usted.

Bas. ¡Señor...!

Vic. ¿Quiere usted hacerme el favor...?

Bas. Ya; bien... Me retiro...

Vic. Si.
(Con sequedad.)

ALERE-FLAMMAM
ESCENA VIII.

DON ANGEL, DON VICENTE.

Angel. ¿Así me recibe un tío
Que como padre me amó?
¿Qué motivo he dado yo
Para tan cruel desvío?

Vic. Muchos.

Angel. ¡Señor...!
Vic. Y muy graves.

Angel. De nada mi corazón
Me acusa.

Vic. ¿No?

Angel. ¿Cuáles son
Mis delitos?

Vic. Tú lo sabes.

¡Apearne yo del coche
Tan contento, tan ufano,

Y después seguirte en vano
Todo un día con su noche!

Mientras pierdo la paciencia,
Tú de borrasca en Apolo...

Angel. ¡Tío!

Vic. Y si esto fuera solo...;
Mas después cita, pendencia...

¿Y quieres que yo reporte
La justa cólera mía?

Angel. Juro á Dios que no sabía
Que estaba usted en la corte.

Vic. ¿Y esa es disculpa bastante
Para sumirte sin juicio

En el cenagal del vicio?
¡Quitáteme de delante!

Angel. Oigame usted sin pasión;
Y si disculpa no hallo,
Yo me someto á su fallo
Con filial resignación.

Vic. ¡Hé aquí el niño á quien mi hermana
Hubiera puesto en retablo!

¡Este es el ángel...! ¡El diablo,
Diría yo, ea carne humana!

¿Bebedor como un navarro,
El día pasa en la fonda;

De noche seduce, ronda,
Riñe, alborota el cotarro!

¡Olvidado de su tío
En las garras del demonio,

Disipa su patrimonio...
Y está amenazando al mío!

Angel. ¡Por Dios y la Virgen santa...!

Harto es mi pena cruel.

No apriete usted el cordel
Que me oprime la garganta.

Usted presume que ayer,
Día para mí menguado,

Viví feliz, envidiado

En el trono del placer;

Mas, júrolo al Dios eterno

Que me prueba de mil modos,

Sobre mí pesaron todos

Los tormentos del infierno.

De otro ha sido el alborozo

Y míos los sinsabores...

En fin, ¡las horas mejores

Las pasé en un calabozo!

Si es crimen ser fiel amigo,

Yo he sido muy criminal;

Y de este crimen fatal

Llorando estoy el castigo.

¡Y cuando en tanta congoja

De un tío el cordial espero

Me recibe usted severo

Y de sus brazos me arroja!

Vic. Algun día con ternura

Te estrechaba yo en mi seno;

¡Pero entonces eras bueno!

Angel. ¿Y no lo soy por ventura?

Tan bueno soy que el refrán

Me viene de molde, tío.

« Hazte de miel, hijo mío:

Las moscas te comerán. »

Vic. ¡Pobre muchacho! Si; aun es
(Enternecido.)

Dócil, cándido, sencillo)

Angel. ¿Quiere usted mas? Ya me hu-

milló

Atribulado á esos piés.

Vic. ¡No mas! Alza. Me hacen mal

(Le levanta y le abraza.)

Tus lágrimas.

Angel. Ya reposa.

Mi corazón. Era cosa

De tirarse uno al Canal.

Vic. Como tu alma se arrepienta

Tu padre otra vez será.

Angel. Si he pecado no lo sé;
Mas no ha sido por mi cuenta.

Vic. Ya sé por cuenta de quién.

Angel. Mi amistad...

Vic. Ha sido heroica.

Angel. Mi resignación...

Vic. Estóica.

(El criado dijo bien.)

A una sola condición

Te sujeta mi bondad.

Angel. ¿Cuál?

Vic. Que dejes la amistad

Del insigne don Ramon.

Angel. Casi mi lengua se atreve

A confesar que... en efecto,...

Poco me paga su afecto

Las finezas que me debe.

Mas decirle, « amigo mío,

Ya no pienso como ayer... »

Para eso es fuerza tener

Cara de vaqueta, tío.

Vic. Ese apuso no te aflija.

Angel. Pero...

Vic. Si eres tan cobarde.

Sin decirle Dios te guarde

Vente conmigo á Lebrija.

Mañana mismo...

Angel. (¿Y mi amada?)

¿A qué salir de Madrid?

Buscaremos otro ardid

Sin dar una campanada...

En tanto descansa usted,

Vé la corte...

Vic. Ya la he visto.

(La patrona, vive Cristo,

Me le ha atrapado en la red.)

Angel. Pentro de un mes... todos juntos..

Tengo aqui asuntos pendientes.

Vic. Ya sé yo sin que los cuentos

Cuales son esos asuntos.

Angel. ¡Señor!...

Vic. Asuntos de faldas.

Angel. De faldas son; si, señor,

Mas siendo casto mi amor...

Vic. ¡Hum!...

Angel. ¿Alza usted las espaldas?

La mujer que me prendó...

Vic. Sé quién es, y cómo y cuándo.

Angel. Mas...

Vic. Tal vez te está escuchando.

Angel. ¡Tío!...

Vic. Es la huésped. ¿No?

Angel. ¡Tiene tan fuerte dominio

Sobre mi alma!... Y yo protesto

Que quisiera... Vamos, esto

No es amor; es latrocinio.

En fin, no hay arbitrio humano...

Vic. Mira que es una taimada.

Angel. ¡Ella!

Vic. ¿Hay palabra empeñada?

Angel. Si, señor; ¡palabra y mano!

Vic. ¿Palabra y mano? ¡Inocente!

¿Tú á semejante garduña...?

Angel. ¡Tío!

Vic. ¿Te ha de echar la uña...?

Angel. ¡Silencio, que viene gente!

ESCENA IX.

DON ANGEL, DON VICENTE, DOÑA
LEONCIA, CARLOTA.

Leonc. Beso á ustedes las...; Qué veo!
Ya está don Angel ahí.

Sea muy en hora buena.

Vic. ¡La enhorabuena es gentil!

¿Aplaudé usted por ventura

Su prision?

Leonc. ¿Qué he de aplaudir?

Nunca fuera yo capaz

De pensamiento tan ruin.

Lo que aplaudo es verle libre,

Porque le estimamos y...

Pero... ¿me engañan los ojos?

Usted es don Vicente Gil...

Vic. Fonrubia, muy servidor

De ustedes.

Leonc. ¿Y á qué feliz

Casualidad debo el gusto

De verle á usted en Madrid?

Angel. Es mi tío.

Leonc. ¡Hola! Me alegro.

¿Por parte de madre?

Vic. Si.

Carl. Cerebro que venga usted

Bueno.

Vic. Gracias, serafín.

Leonc. ¿Y el réuma?

Vic. No me incomoda.

Leonc. Si pudiera yo decir

Otro tanto de mis nervios...

Vic. Aunque parezca incivil

Mi cumplido, es dicha mía

Que le hagan á usted gemir.

Leonc. ¡Cómo...!

Vic. Si tal; porque á ellos

La satisfacción debí

De tenerla á usted en mis brazos

Ayer tarde en el jardín.

Leonc. ¡Calle! ¿Usted...?

Angel. ¿Con que usted fué

Quien me relevó...?

Vic. Yo fui.

Angel. ¡Y yo aturrido...!
Leonc. Yo siento
No haber visto á usted... En fin,
Ya sabe usted que le estimo.
Nada tengo que decir.
Vivimos...

Carl. Ahí muy cerquita.
Plazuela de Anton Martin...
Vic. Sé las señas, porque anoche...
Carl. Pues le ofrezco á usted allí
Una casa, de que soy
Propietaria.
Vic. Iré á cumplir
Mi deber.

Leonc. Esta mañana
Supimos que el malandrin
De Julian...
Angel. No se hable de eso.
Leonc. ¡Válgame Dios! En un tris
Estuvo acaso...! Y por él
Prenderle á usted como á un vil
Malhechor...!
Angel. Todo lo olvido.
Leonc. No he parado hasta venir
A informarme, porque estaba
Con mucho cuidado...
Angel. Mil
Y mil gracias.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON VICENTE,
DON ANGEL, DOÑA BASILIA.

Bas. ¡Oh, señoras...!
¡Tanta dicha por aquí...!
¿Ustedes buenas?
Carl. Sí: gracias.
Leonc. Los nervios...
(*Cháchara incomprensible de las tres
mujeres.*)
Vic. ¡Triste de mí!
¿Quién resiste el guirigay
Do un terceto mujerial?)

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DOÑA BASILIA,
CARLOTA, DON VICENTE, DON ANGEL,
DON RAMON.

Ramon. A los piés de ustedes...; Ah!
(*Ye á don Angel, corre á él y le abraza.*)

¡Ya estás aquí; ya te veo,
Caro amigo! Me tenias
Con tal pena...
Angel. Lo agradezco. (*Serio.*)
Ramon. Yo vengo del Principal,
Donde me ha dicho un sargento
Que estabas libre...
Angel. Ya ves.
Que no ha mentido.
Ramon. ¡Qué sério!
Tú habrás venido sin duda
Por otro camino. Un necio
Me ha detenido en la calle... —
Muy felices, caballero.

¿Se ha descansado?
Vic. Así, así.
Bas. Pero sin tomar asiento...
Carl. No, que nos vamos.
Bas. ¿Tan pronto?
Un ratito...
Leonc. Condesciendo,
Pero por pocos instantes.
(*Don Ramon y don Angel acercan sillas
y se sientan todos.*)

Vic. ¡Qué fastidio! Y a tenemos
La tertulia armada.)
(*Quedan colocados en fila por el orden si-
guiente: Don Vicente, don Ramon, Car-
lota, doña Basilia, doña Leoncia, don
Angel.*)

Ramon. Usted
Pensará estar mucho tiempo
En Madrid...
Vic. No sé.
Bas. Es bonito
Ese abanico. ¿Qué precio?
Carl. Seis duros. No vale tanto,
Pero sin duda el tendero
Sabe que soy propietaria,
Y me ha clavado por eso.
Leonc. Pero quedarse en la calle
A tales horas, expuesto...
¡Ah! No estaba yo despierta,
Qué sinó...
Ramon. Mucho me alegro
(*A don Vicente interrumpiendo á doña
Leoncia.*)

De la venida de usted.
Vic. ¿De veras?
Ramon. ¡Oh sí! En extremo.
Leonc. Ya sé lo que usted me quiere
Decir.
Angel. Pero ¡si no quiero
Decir nada!
Carl. ¡Bien! ¡Me gusta!
(*Aparte con don Ramon.*)

Charlando con ese viejo
No haces aprecio de mí.
Ramon. Son forzosos cumplimientos;
Mas ya sabes que te adoro
Y que mi único deseo...
Carl. Primero soy yo que nadie.
Angel. (Me parece que me encierro
En mi cuarto á piedra y lodo
Y aquí plantada la dejo.)
Yo no entiendo palotada

(*A doña Leoncia.*)
De jaquécas ni de nervios.
Esa señora sabrá...
(¡Oh, qué insufrible mareo!)
Leonc. ¿Qué remedio me da usted...?
(*A doña Basilia.*)

Bas. Yo, señora...
Leonc. ¿Los refrescos?
Ya los tomo.
Bas. Yo...
Leonc. Los baños
Va usted á decir.

Bas. Eso..., el médico...
Vic. (No se irán hasta mañana.
¡Cuidado que es mucho cuento!
Después de tantos afanes
Logró encontrarle, ¡y no puedo
Hablar con él! — Yo le llamo
Aunque pase por grosero.)
(*Se levanta.*)

Angelito, con licencia
De estas damas...
Leonc. Un momento. —
Fácil es adivinar (*A don Angel.*)
La causa de ese silencio.
Vic. ¡Nada! Hizo presa la bruja
Y no le suelta.)

Angel. Protesto...
Leonc. Sí; usted está enamorado.
Bas. (Esta vieja me da zelos.)
Vic. ¡Angel!...
Angel. Voy...
Leonc. ¡Eh! Quietecito.

Usted quiere huir el cuerpo
Por no confesar... Veamos
Si adivino yo el objeto
Que ese corazón cautiva.
Angel. ¡Señora, por los tormentos
De san Serapio bendito...!
Leonc. ¡Taimado!...
Vic. ¡Dios justiciero!
¿Dónde están las pulmonias?
¿Para cuándo son los truenos?
¿No habrá un rayo vengador
Para quitarme de enmedio

A estas mujeres?
(*Se oye tocar á fuego.*)
Bas. ¿Campanas?
Carl. ¿A qué tocan?
Leonc. ¡Ay! ¡A fuego!
(*Todos se levantan.*)
Ramon. No hay que asustarse.
Vic. ¡Alabado
Sea el Señor! Así espero
Verme libre de ellas.)
Leonc. ¡Ay!
¿Dónde será?
Carl. ¡Justo cielo!
¿Si será en mi casa?
Ramon. No.
Ya avisarian...
Bas. Yo creo
Que ha de ser en la parroquia.
San Sebastian toca á vuelo.
Angel. No hay duda.
Leonc. ¡Virgen del Carmen!
Carl. Tía, vámonos corriendo...

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DOÑA BASILIA,
CARLOTA, DON VICENTE, DON ANGEL,
DON RAMON, DON JULIAN.

Jul. ¿Dónde vas? Todo se abrasa.
(No me han mentido. Aquí están.)
Leonc. Dinos...
Ramon. ¡Aquí don Julian!
Carl. ¿Dónde es el fuego?
Jul. En tu casa.
(*Muy fresco.*)
Leonc. ¡Ay!
Vic. ¿Tendremos convulsión?
Carl. ¡Cielos!
Jul. Sí, ingrata mujer.
Desde aquí lo puedes ver.
Ramon. ¿Cómo...!
Carl. Vamos al balcon.
(*Todos acuden á mirar por el balcon.*)
Jul. (Allá va toda la trınca.)
Carl. ¡Ella es! ¡Triste de mí!
¡Mi casa!
Ramon. ¡Es verdad!
Angel. ¡Si!
Bas. ¡Si!
Leonc. ¡No hay remedio! ¡Arde tu finca!
Jul. Arde, sí, como en mi pecho
La llama de amor ardia
Que hoy has convertido, impía,
En cólera y en despecho.
Ya al menos á mí te igualo

En la angustia, en el afan.
No en vano dice el refran
Que Dios castiga sin palo.
El ha escuchado, tal vez
Mas allá de mi esperanza,
Las quejas de mi venganza,
La injuria de tu altivez.
Todo lazo entre los dos
Fuera ya odioso, fatal...
Consuélete mi rival,
¡Y adios para siempre, adios!

ESCENA XIII.

Doña LEONCIA, CARLOTA,
Doña BASILIA, DON ANGEL, DON RAMON,
DON VICENTE.

Vic. ¡Jesus, qué demonio de hombre!
Leonc. Es un perro, un... ¡Ay! Me suben
Unos vapores... Tenedme.
¡Yo fallezco!
(Cae desmayada en brazos de don Angel.)
Vic. ¡Dios te ayude!

¡Señora!
Angel. ¡Otra vez!
Ramon. ¿Qué es eso?
Vic. El soponcio de costumbre.
Angel. ¡Y siempre soy yo el dichoso!
Ayudadme... ¿Quién acude...?
Vic. Al sillón. ¡Bueno estoy yo
Para cargar con atunes!

(Ayudado de doña Basilia y don Vicente
la coloca don Angel en un sillón; Carlota
llora sentada á alguna distancia, y en
otra silla cavila don Ramon.)

Angel. Cuidenla ustedes. Yo en tanto
Voy á ver si el fuego cunde...

Vic. ¡Angel!
Bas. ¡Por Dios, no te espongas!
(Al oído.)

Angel. Cuando yo puedo ser útil
A mis semejantes, nada
Me detiene.

Vic. ¡Y el apunte
De don Ramon se está quieto!

Angel. No tome usted pesadumbre.
(A Carlota.)

No será nada tal vez.
Haré sacar los baules...
Haré lo que pueda. Adios.

ESCENA XIV.

Doña LEONCIA, CARLOTA, Doña BASILIA,
DON RAMON, DON VICENTE.

Carl. ¡Mi casa! ¡Mi casa!
Vic. Un buche
De agua tal vez... Mas ya vuelve.

Leonc. ¡Ay!
Carl. Yo vuelvo, aunque aventure...
(Levantándose.)

Ah! No me puedo tener.
(Volviendo á dejarse caer en la silla.)
Vic. ¡Adios! ¡La otra sucumbe
Tambien!

Ramon. No. Quédate aquí.
(Acercándose.)

¿Qué has de hacer entre una nube
De soldados, de aguadores,
De albañiles...? No te apures.
Tus criados son muy fieles
Y por si acaso se aturden
Angel está allí...

Leonc. ¡Dios mio!
Toda la sangre me bulle...
La cabeza se me va...
Y los ojos se me hundén.

Bas. ¿Quiere usted...?
Leonc. Nada. Morirme;

¿Qué en la tumba no se sufren
Estas congojas.

Carl. ¡Villano!
¿Y habrá de quedar impune?
Ha venido á asesinarme
Como si me diera un dulce
Parabien. ¡Acaso él mismo
Puso en mi casa la lumbre
Que la devora!

Ramon. ¡Eh! No llores.

Yo supongo que consumen
Las llamas algunos muebles...
No es cosa de que te angusties
Por eso. Estando la casa,
Como mi amor lo presume
Asegurada de incendios...

Carl. ¡Ah! ¡No!

Ramon. ¿Qué dices!

Carl. El lunes

Se iba á hacer la diligencia...
Ramon. ¡Cielo! ¿Es verdad? No te
burles.

Leonc. ¡Cierto que es buena ocasion
De chanzonetas y embustes!

Ramon. ¡Oh descuido imperdonable!

¡Una finca que produce

Un dineral! ¡Desgraciada!

¿Quién habrá que te disculpe?

¡Al lado una carbonera,
Una fábrica de hules
Encima, y al otro lado
La tienda de Pedro Antunex
Donde se venden hachones
Y el aceite por azumbres!
¡Ni escombros van á quedar
Donde tu dolor sepultes!

(Cae astigido sobre una silla.)

Leonc. ¡Pobre mozo! Mas lo siento
(Aparte con don Vicente y doña Basilia.)
Que nosotras.

Vic. Ya me ocurre
(En voz baja.)

La causa de su afliccion.

Leonc. ¿Acaso usted la atribuye...?

Vic. Al vil interés.

Leonc. ¡Qué injuria!

Bas. Él no es capaz...

Vic. Que me emplumen

Si ahora se casa con ella.

Para que usted no lo dude

Probemos. Amigo mio,
(A don Ramon.)

Alice usted esa cara fúnebre.

En ocasiones como estas

El buen caballero luce

Su noble desinterés.

No falta aquí quien arguye

De ese silencio sospechas

Que en un verbo se confunden

Si usted quiere.

Ramon. No comprendo...

Vic. Basta que usted se apresure

A dar la mano á Carlota.

Tres testigos... se reúnen

Al instante. El escribano...

Vendrá aquí sin que le busquen,

Que al olor acuden ellos

Donde esperan que los unten.

Pruebe usted á Carlota

Que sus prendas le seducen;

No vanas riquezas. ¡Ea,

Pronto, que la cosa urge!

Ramon. Mi corazon... Crea usted...

Bas. (Mucho temo que la ensucie.)

Ramon. ¡Maldito viejo! Yo adoro

A Carlota, y en la cumbre

De la dicha me veré

Cuando lazo indisoluble

Nos estreche; mas ahora...

Cuando la campana lúgubre...

Ya ve usted; no son momentos...

No es decir que yo renuncie...

Carl. Basta, que ya de mi vista

(Levantándose.)

Cayó la venda engañosa.
¿Yo habia de ser esposa
De un seductor egoista?
¿Puedo esperar ningun bien
De quien de noche á mi reja
No osa llegar si no deja
A retaguardia un reten?
Mal caballero, ¡me amas,
Y, falso como cobarde,
Cuando mi casa se arde
No te arrojas á las llamas!
Otro al peligro corriera
Solicito, apresurado;
Si no del amor guiado...
De la avaricia siquiera.
Mas tan santa obligacion
Cumples tú... por sustituto,
Reservándome el tributo
De un importuno sermón.
Ya te he conocido, si;
Y el mal que llorando estoy
Por bien venido lo doy...
Porque me libra de tí.

Ramon. Yo me resigno, y te dejo
Aunque sin razon me plantes,
Dueño hermoso; pero antes
Te quiero dar un consejo.
Pues Dios en amargas horas
Cambia el lisonjero arrullo,
Corrija tu necio orgullo
El infortunio que lloras.
Todos nacimos en cueros,
Y no es cuerdo á la verdad
Quien cifra su vanidad
En bienes perecederos.
La fortuna siempre es varia,
Y por si hay fuego ó rapiña...
Bueno es que sea una niña
Algo mas que propietaria.
Con harta pena destruyo
La ilusion en que has vivido,
Mas...

Leonc. ¡Calla, infame, atrevido...!
(Se levanta furiosa.)

Ramon. Dos palabras, y concluyo.
No basto yo á tus dispendios,

(A Carlota.)

Y ya que tu casa no...

Carl. ¡Traidor!

Ramon. Tengo el alma yo
Asegurada de incendios.

ESCENA XV.

Doña LEONCIA, Doña BASILIA,
CARLOTA, DON VICENTE.

Leonc. ¡Picaro...! Déjenme ustedes.
(*Va á correr tras de él y la detiene don Vicente y doña Basilia.*)

He de arrancarle la lengua.

Bas. Déjele usted...

Leonc. ¡Bribonazo!

Vic. Vamos, señora... Prudencia!

Carl. ¡Hombre péfido, execrable!

¡Y yo le amé tan de veras!

Leonc. La cólera me atraganta,

Los músculos se me alteran...

Los nervios...

Vic. ¡Por Dios, por Dios,

Señora! ¿Otra pataleta?

Leonc. ¡Dios poderoso! ¿Qué día

De horror! La casa se quemó...

Ese infame te abandona...

El flato me desespera...

Bas. La puerta ha sonado.

Vic. Es Angel.

Quizá traiga buenas nuevas.

ESCENA XVI.

Doña LEONCIA, Doña BASILIA,
CARLOTA, DON ANGEL, DON VICENTE.

Angel. Ensanche usted el corazón.
La casa está sana y buena.

Carl. ¿Será cierto?

Angel. El fuego ha sido
En la inmediata.

Leonc. ¿De veras?

Angel. La distancia, el sobresalto,

Y la feroz complacencia

Del tal don Julian á todos

Nos engañaron. Ya queda

Apagado el fuego y libre

De su fatal contingencia

La casa de usted.

Carl. ¡Oh gozo!

Vic. Vaya, sea en hora buena.

Leonc. Desde aquí, á la compañía

De seguros; no suceda

Otra vez...

Carl. Ahora ese vil

Se tirará de una oreja

Y no alcanzará á la otra.

El justo cielo me venga.

Angel. ¿Adónde fué don Ramon?

Vic. Creyéndola ya por puertas,

Se fué huyendo de su novia

Como si fuera epidemia.

Angel. Por dicha ya le conozco

Y no extraño su vileza.

Ni es este el solo favor

Que hoy debo á la Providencia.

Vic. ¿Cómo...!

Bas. ¡Yo tiemblo!

Angel. Otra máscara

Mas traidora y mas funesta

Voy á arrancar.

Bas. ¡Soy perdida!

Angel. El que intriga sin cautela

Se expone á mil compromisos:

¿No es verdad, patrona bella?

Bas. Sí... Yo...
(*Turbada.*)

Angel. Confiar secretos

A un papel... es imprudencia

Muy clásica.

Bas. ¿Y quién...?

Vic. Acaba.

Leonc. ¿Yes? Pierde el color la huésped.

(*A Carlota mirando á doña Basilia.*)

Angel. Ahí bajo, sin acordame

De que no llevaba puesta

Mi levita, en el bolsillo

Buscaba yo mi cartera

Para cierta apuntacion,

Y tropecé ¡qué sorpresa!

Con esta carta...
(*La enseña.*)

Bas. ¡Dios mio!

La que escribí á Talavera...

Vic. Veamos...

Angel. Creo que usted

(*A doña Basilia.*)

Ha de conocer la letra...

El sobre es á don Ramon...

Carl. ¿Qué escucho!

Angel. Voy á leerla...

Bas. Disimule usted. Yo tengo

Que hacer una diligencia

Forzosa... ¡Maldita carta!

Me retiro... Ustedes quedan

En su casa... Beso á ustedes

Las... ¡Ah! No veo la puerta...

¡Soy de bronce, si hoy no muero

De pesar y de vergüenza!

ESCENA ULTIMA.

Doña LEONCIA, CARLOTA, DON ANGEL,
DON VICENTE.

Vic. ¿Qué talisman poderoso

En esa carta se encierra

Que petrifica á las gentes?

¿Es acaso la cabeza

De Medusa?

Angel. No la leo

Porque el rubor me lo veda.

Me basta decir á ustedes

Que he descubierto por ella

Que en torpe lazo vivian

Don Ramon y esa... embustera,

Mientras el uno aspiraba,

No á la mano, á las riquezas

De Carlota...

Carl. ¡Perverso!

Angel. Y la otra...

Leonc. ¡Qué pareja!

Vic. ¡A que abismo se arrojaba

Tu juventud inexperta!

Carl. ¿Qué lección!

Vic. ¡Esta es la corte!

Angel. Volvamos pronto á la aldea.

Vic. Y en adelante, hijo mio,

Mira bien á quién dispensas

Tu amistad.

Angel. Si, yo lo juro.

¡Buen maestro es la experiencia!

No mas amigo egoista

Ni tirano compañero

Que luzca con mi dinero,

Que con mi ropa se vista,

Que me haga seguir su pista

Donde me insulte un compadre,

Donde el agua me taladre,

Donde á la niña corteja...

Y á mí en las garras me deja

De la tia ó de la madre.

La mutua amistad alabo

Y la opresora maldigo;

Que una cosa es ser amigo

Y otra cosa es ser esclavo.

Si he sido un alma de pavo,

Ya el noviciado pasó.

De escarmiento sirva yo

A incauto amigo novel.

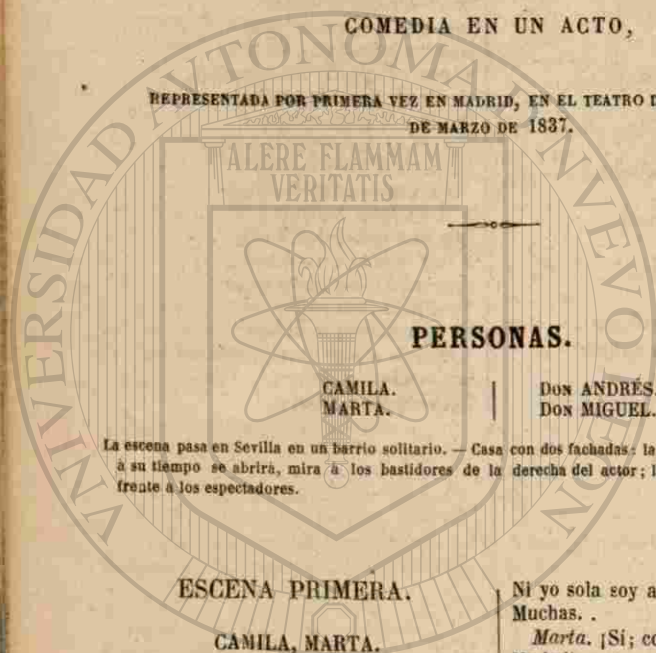
Sea generoso y fiel;

Pero mártir... ¡Eso no!

UNA DE TANTAS,

COMEDIA EN UN ACTO,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE, EL DÍA 2
DE MARZO DE 1837.



PERSONAS.

CAMILA.
MARTA.

DON ANDRÉS.
DON MIGUEL.

La escena pasa en Sevilla en un barrio solitario. — Casa con dos fachadas: la principal con reja, y puerta que á su tiempo se abrirá, mira á los bastidores de la derecha del actor; la otra, también con reja, está de frente á los espectadores.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, MARTA.

(Es de noche. Camila y Marta aparecen sentadas á la reja que mira al público.)

Marta. ¡Tan tarde, y aun no ha venido á la cita don Miguel!

Yo no lo creyera de él,
¡Tan meloso, tan rendido!

Cam. Cierto; maravilla es
que hoy deje de ser puntual;
mas si no acude, ¿qué mal?
Vendrá luego don Andrés.

Marta. Un amante..., ¡anda con Dios!
Todas tenemos licencia

para eso; pero ¿hay conciencia
para que usted tenga dos?

Cam. ¡Qué quieres! Me ha dado el cielo
tan sensible corazón...
¡Ah, qué afortunadas son
esas mujeres de hielo...!

Ni yo sola soy avara.
Muchas.

Marta. ¡Si; con ese afán
no hallan otras un galán
por un ojo de la cara!
Como yo ¡pobre de mí!...
Pues ¿no es diabólica idea
cuando el género escasea
monopolizarlo así?

Cam. Ya; sí. En la crisis actual
tú quisieras..

Marta. Yo quisiera
que de los hombres se hiciera
un reparto vecinal.

Pero..., aquí para *inter nos*,
confiésemos usted, picaña,
que á uno de los dos engaña;...
si no es que engaña á los dos.

Cam. No, que por ambos suspiro.

Marta. Pero ¿está usted dada al diablo...?

Cam. Con igual amor los hablo,
con igual placer los miro.

Marta. ¡Y con sola un alma!

Cam. Pues.

Marta. ¿Podrá usted partirla?

Cam. No;

Pero tengo un alma yo
que vale por dos ó tres.
¿No hay corazón insensato
en mi sexo pecador
que ama con igual fervor
á su novio y á su gato?
Pues si amor, sin que te asombres,
entre hombre y gato se parte,
¿por qué has de escandalizarte
de que quiera yo á dos hombres?

Marta. Preciso es que sobre alguno
si son de mérito igual.

Cam. No, tonta. Entonces..., cabal;
los dos no son mas que uno.

Marta. ¡Qué aguda y que trapacera!
mas ahora sí que en la red
la voy á cojer á usted.

Cam. Veamos de qué manera.

Marta. No hay dos hombres en el mundo
de una misma condición.
Ahora bien; si opuestos son
el primero y el segundo;...
la pongo á usted en un potro;
diga usted: ¿no es evidente
que, agradando un pretendiente,
ha de fastidiar el otro?

Cam. Lástima me da tu error.

Antes bien sus caracteres
encontrados, los placeres
multiplican del amor
¿no ves que sin mucha ciencia
triunfar de los dos se alcanza;
del uno con la alabanza,
del otro con la indulgencia?
Ora en apacible calma,
ora en grata agitación,
de una en otra sensación
vaga embebecida el alma.

Ninguna pena cruel
temas que así te moleste,
porque la dulzura de este
templa lo amargo de aquel.

Ni solo bajo un semblante
halaga amor al deseo,
que cambia como Proteo
y siempre reina triunfante.
Gusta en la cara trigueña
la audaz mirada de fuego,
y gusta en la blanca luego
la afable risa halagüeña.

Son de opuesto natural
mis dos novios; mas tú ves
que si amable es don Andrés
no lo es menos su rival.
Zeloso el uno, impaciente,
me ostenta su poderío;

ACTO UNICO.

263

Y el otro se rinde al mío
tierno, afable, complaciente.
Y pues venturosa vivo
ora sierva, ora señora,
¿me reprenderás ahora
de mi amor alternativo?
Las que ven por solo un prisma
¿qué gozan en conclusion?
¡Siempre una misma pasión
y siempre una cara misma!

Marta. No quiero ya disputar.
Siga usted su contrabando
de amores; pero ¿hasta cuándo
piensa usted que ha de durar?
Pasó todo el mes de octubre
sin novedad, ama mía;
pero ¿qué hará usted si un día
ese pastel se descubre?
Como no sufre galán
dentro de casa la vieja,
cada cual viene á su reja
que á distintas calles dan;
pero ¿usted no considera
que un chisme de vecindad,
la menor casualidad...?

Cam. ¡Oh! No seas agorera.
Lo futuro no me afana,
pues gracias al cielo soy
muy jóven. Vivamos hoy,
que Dios proveerá mañana. —
Mas al coloquio nocturno
don Miguel no viene, y ya
la hora pronto dará
que marca al otro su turno.

Marta. Retírese usted por Dios,
y por san Pedro y san Pablo,
Señorita; no haga el diablo
que aquí se encuentren los dos.

Cam. Yo gobernarne sabré...
¿Y sin ver á mi zeloso
he de entregarme al reposo?
No lo merece su fe.
Esta noche...

Marta. ¡Señorita...!

Cam. Con doble placer le veo,
porque vengarme deseo
del que ha faltado á la cita. —
Vé á la otra reja, no obstante,
que yo aquí me estoy perene,
y si por ventura viene,
avisámelo al instante.

Marta. Pero...

Cam. Ea, vete; y procura
que no te vea.

Marta. ¿Por qué?

Cam. El por qué yo me lo sé.

Marta. (Yo no he visto igual locura.)

ESCENA II.

CAMILA.

Es preciso confesar
Que Marta tiene razon.
Si entramos vienes ahora,
En gran compromiso estoy.
Mas no ha de faltarme arbitrio
Para cumplir con los dos.

ESCENA III.

CAMILA, MARTA, DON MIGUEL.

Mig. Sentida de mi tardanza
(*Entra por la derecha y se dirige á la fachada principal.*)
Se habrá ya acostado... No,
Que aun está la reja abierta.
¡Ah, qué afortunado soy!
Marta. Señorita, ya tenemos
(*Llegando á la reja donde está Camila.*)
A don Miguel de planton.
Cam. Vamos allá. ¡Qué filipica
Me va á llevar!
Marta. ¿Qué hago yo?
¿Me quedo...?
Cam. Vete á la cama.
Marta. ¿Y si el otro campeón...?
Cam. Eso corre de mi cuenta.
Marta. Bueno. Quede usted con Dios.

ESCENA IV.

DON MIGUEL.

No viene. ¿Dónde estará?
¿Si se habrá dormido? Voy
A llamar quedito... ¡Chis!...
¡Camila!... ¿A ver si una tos...?
Ya está aquí.

ESCENA V.

DON MIGUEL, CAMILA.

Cam. ¡Qué buena hora
De venir! ¡Qué fino amor!

Mig. No es culpa mia...*Cam.* Será

Que se ha parado el reloj.
Mig. No, dueño querido... Pero
La precisa obligacion...

Cam. Yo soy primero que todo.*Mig.* ¿No exceptúas el honor?*Cam.* ¿Qué honor...? Mas yo te dispenso
De darme satisfaccion.

Ni pienses que te esperaba.

No soy yo mujer que doy

Mi brazo á torcer.

Mig. ¡Camila!*Cam.* Ni un falso me desveló.

Pero está mala mamá...

Mig. ¿Qué tiene?*Cam.* Un cólico atroz.

Yo lo achaco á la cuajada.

Mig. ¡Cielo!...*Cam.* Y después el melon...*Mig.* ¡Pobre señora! ¿Y qué tal?

¿Se va aliviando? ¿Rompió?

Cam. Gracias al tártaro emético

Ya está un poquito mejor;

Pero es preciso velarla.

Mig. Pues ¿y Marta?*Cam.* Se acostó.

La pobre estaba rendida...

¡Eh, sea todo por Dios! —

Si ahora me acerco á la reja

No es por darte gusto, no;

Es solo para decirte

Claro y en español

Qué no me vuelvas á hablar

En tu vida. ¿Lo oyes?

Mig. ¡Oh!

¡Qué crueldad y qué injusticia!

Cam. Lo dicho. Hasta aquí llegó.

¡Le cito á las doce, y viene

Cuando van á dar las dos!

Mig. Pero si oyes mi disculpa...*Cam.* No hay disculpa; no hay perdon.*Mig.* Camila, soy militar,

Y cuando suena el tambor

De oprobio me cubriría

Si no acudiese veloz.

Iba á estallar esta noche

No sé qué conspiracion.

Me nombraron de reten

Y, ya ves, el pundonor...

Cam. Por aquí nada se ha dicho

De motin ni rebelion...

Mig. Como esta es calle excusada...

Mas ya la alarma cesó;

Me han mandado retirar,

Y en alas de mi pasion

Venía...

Cam. Todo es embuste.

ESCENA VI.

DON MIGUEL, DON ANDRES.

(Cada cual en su calle respectiva.)

And. Reja que á mi amor inmenso
Cortas el vuelo atrevido,
Confidente de mi gozo
Y de mi pesar testigo,
Otra vez, reja, en tus hierros
Vengo á remachar los mios.

Mig. Duérmete, madre importuna,
Y deja libre al hechizo
De mi amante corazon.

ESCENA VII.

DON MIGUEL, CAMILA, DON ANDRÉS.

Cam. ¿Eres tú, dueño querido?

(En la reja de don Andrés.)

And. Sí, yo soy. Mucho has tardado.
Tal vez en sueño pacifico
Yacías mientras el viento
Se llevaba mis suspiros.

Cam. ¡Qué injusta queja! ¡Dormir
Cuando en tu ausencia no vivo!

And. ¡Ah, Camila!*Cam.* Mi mamá

Tiene un cólico agudísimo,

Y como la estoy velando...

Ahora siente algun alivio,

Pero ha estado ¡pobrecilla!

Toda la noche en un grito.

And. Si no fuese madre tuya

Oyera con regocijo

Esa noticia.

Cam. ¿Es posible

Que tal digas? ¿Qué motivo...?

And. La detesto. ¿Por qué cierra

Las puertas á mis gemidos?

¿Por qué guarda con candados

El tesoro que codicio?

¿Por qué, si es casto mi amor

Y no soy tal vez indigno

De tu mano, me reduce

Sin piedad á este suplicio

De Tántalo...; á verte solo

Por entre rejas y vidrios,

A deshoras de la noche,

Expuesto á que los vecinos

Me tengan por un ladron...?

Ese cólico es castigo

Del cielo. Y es poco aun:

Merecía un tabardillo.

Mig. No vuelve. Yo me consumo.

Cam. ¡Qué se ha de hacer! Son caprichos...

Dejemos obrar al tiempo...

And. Si me tuvieses cariño,

Como yo maldecirías

Su materno despotismo,

O ya hubieras ablandado

Aquel corazón de risco.

Mig. ¡Cuánto tarda!

And.

Mas tu amor,

Si es que algun amor te inspiro.

Es débil, fugaz... y acaso

Te burlas de mi martirio

Mientras un rival dichoso...

Cam. ¡Eh! No digas desatinos.

¡Dejaría el blando lecho

Y arrostraría el peligro

De que el argos de mi madre

Me cogiese en el garlito

Si no te amase de veras?

And. Con todo, yo desconfío...

Si es cierto que tú me quieres,

¿Cómo es que aun no he merecido

Que mi esperanza confortes

Ni aun con el favor mas mínimo?

¿Temes que imprima tus cartas?

¿Temes que venda tus rizos?

Cam. ¡Andrés!

Mig.

Si amor no tuviera,

Diría que tengo frío.

And. ¿No merezco yo, cruel,

Que otorgues á mi conflicto

Siquiera una mano?

Mig.

¡Nada!

(Mirando por la reja.)

Cam. (Tiene razon. ¡Pobrecillo!)

Me tienes muy ofendida

Con esos zelos inicuos.

And. Fueras tú menos hermosa

Y yo viviera tranquilo!

Cam. ¡Qué bien dicho! ¡Eso es amar!

And. ¿No quieres? ¡Ah! Ya está visto.

Tu corazón es de piedra.

¡Infeliz! Soy el ludibrio

De tu vanidad. ¡Adios!

Para siempre me despido...

Cam. Espera... No hables tan fuerte...

And. Estoy por pegarme un tiro...

Cam. ¡No por Dios!

And.

¿Me das la mano?

Cam. ¡Jesus!... Bien. Será preciso...

(No le dará la que el otro

Besaba tan derretido,

Que esto sería una infamia.)

Tómala, zeloso mio.

(Dándole la mano izquierda.)

And. ¡Ah! tú me vuelves la vida...

(Se quita un anillo y se lo pone á Camila.)

Toma: conserva este anillo...

Cam. ¡Dueño amado!...

And.

Aquí, en el dedo

Del corazón. ¡Ah! ¡Qué hoyitos,

Qué suavidad!...

Cam. Basta; deja...

Voy á ver si se ha dormido

Madre. (Don Miguel ahora

Me va á parecer tan tibio...)

And. ¿Te vas?

Cam. Al instante vuelvo.

And. ¡Ah, qué mano! Es un prodigio.

ESCENA VIII.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

Mig. ¿No vienes, mi amor, mi encanto?

¡Ay cielos! No sufre tanto

Con las bascas y los vómitos

Me señora tu mamá.

And. ¿Qué donosa es mi Camila!

Mas su madre me horripila.

¡Mal hayan las suegras cócoras!

Mig. Respira, amor. Aquí está.

ESCENA IX.

CAMILA, DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

Mig. Tu tardanza, vida mia,

De pesar me consumía.

Cam. Esa queja es muy ridicula.

Mig. ¿Acaso me quejo yo?

Cam. Para que estés satisfecho,

¿Abandonaré en su lecho

A mi madre enferma...? ¡Bárbaro!

Mig. No digo tal cosa; no.

Aunque tu ausencia me aflija,

Considero que eres hija.

Tengo de tu madre lástima,

Y no culpo tu virtud.

Adios. Ya ves; me resigno...

Me voy. El cielo benigno

Ponga en tus manos el bálsamo

Que repare su salud.

Cam. ¡Qué apacible, qué obediente!

No, no te vayas; detente.

Desde que tomó las píldoras

Está un poquito mejor.

Mig. ¡Qué dicha!

ESCENA X.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

Mig. No puede haber en el mundo
Mas venturoso mortal.

And. Haría aquí un desafuero

Si me dejase llevar

De mi genio.

Mig. ¡Con qué gozo,

Con qué voluptuoso afán

Te beso, prenda de amor!

(Toca la sortija.)

¡Y tiene pelo!... ¿Esto mas?

¡Besa, Miguel, besa ufano

El pelo de tu deidad!

And. La sortija que la di

Con pelo mio quizás

Está examinando ahora.

Por vana curiosidad.

Mig. ¡Otro beso y otros mil!

And. ¡Albricias que viene ya!

ESCENA XI.

DON MIGUEL, CAMILA, DON ANDRÉS.

Cam. (Soy yo misma. Es un asombro.
No vi semejanza igual.)

And. ¡Gracias al cielo! Creí

Que no volvías jamás.

Cam. ¡Válgame Dios...! ¿No te he dicho

Que estoy velando á mamá?

And. ¿Se ha dormido?

Cam. No.

And. Pues ¡opio!

Cam. Y gracias me debes dar

Porque á despedirme vengo.

And. ¿Ya me dejas? ¿Ya te vas?

Cam. Es forzoso...

And. ¿E-o me dices

Después de tanto esperar?

¡Y con qué tibieza! ¡Ah! nunca

Me amaste.

Cam. ¡Qué terquedad!

Quizá mas de lo que debo

Te he querido.

And. ¿Luego ya

No me quieres?

Cam. No hay quien sufra

Ese genio suspicaz,

Adusto...

And. ¿Ya no me quieres?

¡Mujer pérfida y fatal!

Cam. Si no domas tu carácter...
 And. ¿Y acaso en mi mano está?
 Si quieres que te obedezca,
 Dame un corazón glacial
 Como el tuyo. El que respira
 En mi seno es un volcán;
 Volcan que inflaman los rayos
 De tu hermosura falaz.

Cam. (¡Mi pobre Andrés! Despedirle
 Sería mucha crueldad.)
 And. Por tí, mi ingrata señora,
 Me arrojaría á la mar,
 Y bajaría al infierno
 Entre llamas de alquitran.
 Sin tí aborrezco la vida;
 Sin tí no hay felicidad
 Para mí...

Cam. Si; ya lo sé,
 Lo sé. (Si esto no es amar,
 Que venga Dios y lo diga.)
 And. Sé cariñosa y leal,
 Y harás de mí cuanto quieras.
 Mig. El cólico es contumaz.
 And. ¿Quieres que deje por tí
 La carrera militar?
 ¿Quieres que dé algún escándalo
 Que aturda la vecindad?
 ¿Quieres que ponga carteles
 Retando á todo galán
 Que no te llame la reina,
 La diosa de la ciudad?

Cam. ¡Dichosa la que es amada
 De tal suerte!
 And. Ya verás,
 A poco que tú me quieras,
 Quién soy yo. Seré capaz...
 Mas que no sea zeloso
 Siendo tanta tu beldad;
 Que no codicien mis manos
 La furia del huracán
 Para romper esta reja
 Que me hace desesperar...

Cam. (¡Qué entusiasmo!)
 And. No lo esperes,
 Camila; y si algún rival
 Me disputara tu mano...
 No lo dudes, como un can
 Me arrojará á él...

Cam. (¡Oh gloria!)
 And. Y entre mis uñas...
 Cam. ¡No mas!
 Así quiero yo á los hombres.
 Aunque se oponga mamá
 Tuya seré... No me gustan
 Amores de mazapan.
 And. ¡Bien haya amen tu boquita,
 Y rebien haya tu sal!
 Cam. (Perdió el pleito don Miguel.)

En prenda de mi verdad...
 Toma, Andrés.
 (Saca el retrato y se lo da.)
 And. ¿Qué?
 Cam. Mi retrato.
 Para tí lo hice pintar.
 And. ¡Cielos! Yo me vuelvo loco
 Tomando el retrato y besando la mano
 de Camila.

De placer.
 Mig. ¿Qué hora será?
 And. ¿Qué será cuando posea
 El divino original?
 Cam. En breve recibiremos
 La bendición del altar.
 Vete ahora, que es muy tarde;
 Y mañana sé puntual.
 And. Pero... otro ratito.
 Cam. ¡Loco!
 ¿Ya olvidas la enfermedad
 De la mamá, y que en mi casa
 Se acostumbra á madrugarse?
 And. Tienes razón...
 Cam. Ea, adios,
 Y no me olvides.
 (Camila se retira cerrando la reja.)
 And. ¡Jamás!

ESCENA XII.

DON ANDRÉS, DON MIGUEL.

And. ¡En mis manos su retrato!
 ¡Oh ventura sin igual! —
 No distingo las facciones.
 Es tanta la oscuridad...
 No importa: es ella, y á besos
 La voy aquí á devorar.
 (Besando con entusiasmo la miniatura.)
 Mig. Siento pasos... Si; ya viene...

ESCENA XIII.

DON MIGUEL, CAMILA, DON ANDRÉS.

Cam. Adios, adios... Vete ya...
 Mig. ¡Cómo...!
 Cam. No puedo. Mi madre...
 Mig. Escucha...
 Cam. ¡Imposible!
 (Cerrando.)
 Mig. ¡Ay!

ESCENA XIV.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

And. ¡Que ahora no luciera el sol!
 Vería esta faz divina...
 Pero sobre aquella esquina
 Medio agoniza un farol.
 Alla voy. Mi alma impaciente...
 (Se dirige hacia los bastidores de la
 derecha.)
 Mig. ¡Eh! Sin duda algún insulto
 Le ha dado á su madre... ¡Un bulto!
 And. ¡Un hombre!
 Mig. ¿Quién va!
 And. ¿Qué gente?
 Hágase á un lado el galán.
 Mig. Esa voz es la de Andrés.
 And. Si no me engaño... Si; él es.
 ¡Miguelito!
 Mig. ¡Capitan!
 And. A estas horas no esperaba
 Hallarte en la calle. ¿Tienes
 Por aquí el trapillo?
 Mig. ¿Vienes
 Tal vez de pelar la pava?
 And. Si, Miguel. ¡Qué criatura!
 Dos ojos como dos soles;
 Un cuerpo de tres bemoles;
 Y una mano, un cintura...
 Mig. La mía no tiene tacha
 Y tan tierna, tan sencilla...
 No se pasea en Mechilla
 Mas hechicera muchacha.
 And. ¿Fiel? ¿Decidida?
 Mig. En extremo.
 ¿Y la tuya?
 And. Es un diamante.
 Soy el mas dichoso amante...
 Mig. ¿No hay rival?
 And. No; ni lo temo.
 Mig. Ni yo, aunque la envidia ladre.
 ¿Entras tú en la casa?
 And. No.
 ¿Entras tú?
 Mig. Tampoco yo.
 Es algo rara la madre.
 And. También es un jabalí
 La madre del bien que adoro;
 Mas ¿qué importa si el tesoro
 Será al cabo para mí?
 Mig. La mía esta noche... ¡Ay Dios!
 Yo enloquezco de alegría.
 Me dió una mano.
 And. La mía.
 Me ha dado á besar las dos.

Mig. Aunque de verme se alegra
 Se ha retirado mi bien.
 Su madre enfermó.
 (Empieza á rayar el alba.)
 And. También
 Se ha puesto mala mi suegra.
 Mig. Cortado ha sido el coloquio.
 Como velaba á la vieja...
 And. ¿Y mientras tanto en la reja
 Hacías tú un soliloquio?
 ¡Cosa singular! A mí
 Me ha sucedido otro tanto.
 Temo... Di: tu dulce encanto
 ¿Vive muy lejos de aquí?
 Mig. No tal. Aquella es su casa.
 And. ¡Ah! Ya mi esperanza es muerta.
 A otra calle tiene puerta.
 Mig. ¿Qué oigo!
 And. La ira me abrasa.
 A un tiempo... ¡intriga infernal!
 A los dos citaba; si;
 Por la puerta falsa á mí
 Y á tí por la principal.
 Mig. No es posible. Su ternura...
 And. Dime el nombre de tu dama;
 ¡Dilo!
 Mig. Camila se llama.
 And. ¡Camila! ¡Ella es! ¡Perjura!
 ¡A mí farsas de teatro!
 ¡Tratarme á mí de ese modo!
 Mas no importa: falsa y todo
 Yo la adoro, la idolatro.
 O saca la espada y hiere,
 O renuncia á su conquista.
 (Desenvaina la espada, y don Miguel
 hace lo mismo.)
 Mig. No esperes que yo desista
 Cuando sé que me prefiere.
 And. Si es tan infausta mi estrella,
 Al menos vengarme espero
 Matándote á tí primero,
 Y después á ella, ¡á ella!
 Mig. No se retarde la lucha.
 And. Feliz sea el vencedor.
 Mig. Me hará invencible el amor.
 ¡Ea, en guardia!
 And. ¡En guardia!
 (Combaten por algunos momentos en si-
 lencio; suspende la lid don Andrés, y
 dice:)
 Escucha.
 Aunque veo que vacila,
 Por razones que no sé,
 Yo no dudo de la fe
 Con que me quiere Camila.
 Mas mi suerte es tan menguada
 Que cuando tocaba al cielo

Es muy fácil que en el suelo
Me claves de una estocada.
No es esto excusar la lid,
Que zeloso y vengativo
Con mucho menos motivo
Me batiera con el Cid.
Pero si á la tumba fria
Me conduce esta pendencia,
Quiero que sea tu herencia
El retrato de esa impia.
Cuando dé el postrer aliento
Sácala de este bolsillo;
No caiga en manos de un pillo
Tan soberano portento.

Mig. Si tu espada me aniquila,
Tambien yo á ti... Mas ¡ay triste!
¿Cuándo, di, cómo adquiriste
El retrato de Camila?

And. Esta noche misma, allí,
Entre amorosas caricias
Me lo ha dado, y yo en albricias...

Mig. ¡Cielo! ¿Me lo enseñas?

And. Si.

Miralo...
Mig. ¡Infamia notoria!
Yo se lo he dado á esa impia
Esta noche. — Es obra mia,
¡La retraté de memoria!

And. Si de Lucifer no es hija
Digo que...

Mig. Y la muy gitana,
Tierna, agradecida, ufana
Me regaló esta sortija.

And. ¿A ver?... ¡De cólera brinco!
¡Es mia! ¡Tiene mi pelo!

Mig. ¿Tu pelo? ¡Y yo, justo cielo,
La besé con tanto ahinco!

(*Escupe y gesticula como sintiendo asco.*)

And. No se hiciera entre grumetes
Lo que ha hecho esa mujer.

Nuestro amor ¿qué viene á ser?

Mig. Un juego de cubiletes.

(*Es ya de día claro.*)

And. Y aunque siento mi desdoro...

Mig. Y aunque veo su falsia

Yo la quiero todavía.

And. ¡Yo todavía la adoro!

Mig. ¡Tal es mi tirana estrella!

And. ¡Tanta es, Miguel, mi locura!

Mig. Mas ¿merece esa perjurá

Que nos matemos por ella?

And. No. Envainemos las espadas.

(*Lo hacen.*)

Mig. ¿Y qué haremos? Yo pregunto...

And. Arreglemos el asunto

Como buenos camaradas. —

Yo con fuerzas no me siento

Para cedértela á ti.

Mig. Yo la quiero para mí.

And. Yo tambien.

Mig. ¡Ahí está el cuento!

And. Pues riñamos. ¡Voto á bríos!

Pero me ocurre una idea.

No es posible que ella vea

Del mismo modo á los dos.

Mig. Preciso es que allá en secreto

A uno de los dos prefiera.

And. Pues que ella elija al que quiera.

Yo á su fallo me someto.

Mig. Y yo renuncio á su amor

Si ella tu ventura labra.

And. Y yo.

Mig. Corriente.

And. Palabra

De honor. (*Se dan las manos.*)

Mig. Palabra de honor.

And. ¿Oyes? La puerta ha sonado.

Mig. Si fuese Camila bella...

And. Dice que madruga...

Mig. ¡Es ella!

And. Apartémonos á un lado.

ESCENA XV.

DON ANDRÉS, DON MIGUEL, CAMILA,
MARTA.

(*Abrese la puerta y salen Camila y Marta.
Don Andrés y don Miguel las acechan
apartados.*)

Cam. Cierra, y vámonos á misa.

Marta. ¿Qué tal ha salido usted

Del apuro?

Cam. Lindamente.

Marta. Mas ¿cómo...?

Cam. Yo te diré.

Vamos á la iglesia.

Mig. Aguarda.

(*Acercándose.*)

No hay tanta prisa.

Cam. ¡Miguel!

No esperaba esta sorpresa

Agradable...

Mig. Es que tal vez

Serán dos...

And. ¿Tan de mañana...

(*Llegando por el otro lado.*)

Señorita?

Cam. ¡Don Andrés!

Marta. Tiró de la manta el diablo

Y se descubrió el pastel.)

Cam. (¡Soy perdida!)

And. No es decente

Que dama de tanto prez

Camine sin escuderos.

Cam. (Sofocada estoy. ¿Qué haré?)

Mig. Deseamos uno y otro

Tanta honra merecer.

Cam. Vivan ustedes mil años.

Me harian mucha merced,

Mucha...; pero no conviene

A mi humildad ese tren.

Llevar estado mayor

No es propio de una mujer,

Y podrán decir que ustedes

Me llevan presa al cuartel.

Mig. No dirán eso si humildes

Rendir las armas nos ven.

And. Dirán que vamos cautivos

En ese divino Argel.

Cam. Yo no necesito escolta

Ni admitirla me está bien.

Mig. Pero...

And. No obstante...

Cam. Soy tuya.

(*Al oído rápidamente á don Miguel.*)

Ya sabrás... Te escribiré. —

No me precisen ustedes

A que sea descortés. —

Aunque ves que me condenan

(*Á don Andrés vivamente en voz baja.*)

Las apariencias, soy fiel. —

Vamos, Marta...

Mig. No. Primero...

And. Acabemos de una vez.

Encantadora sirena,

Segunda Circe cruel,

Victimas somos los dos

De tu alevosa doblez;

Pero al fin el cielo quiso

Que presa en tu propia red...

Cam. Disimule usted. Ahora

No me puedo detener.

Mig. No te irás sin que salgamos

De este confuso Babel.

Cam. Soy libre y de mis afectos

Ninguno puede ser juez.

And. Yo puedo serlo, perjurá;

Bien lo sabes.

Mig. Yo tambien,

¡Perfida!

And. ¡Coqueta!

Mig. Casa

Con dos puertas siempre fué

Mala de guardar.

And. ¿Qué has hecho

De mi sortija?

Cam. Yo.

Mig. Ten.

(*Á don Andrés dándole la sortija.*)

A mi me la dió.

Cam. Sin duda...

Por darle una mia...

And. ¡Infiel!

Mig. ¿Qué hiciste de aquel retrato?

Cam. Yo te explicaré después...

And. Aquí está. Pero debió

(*Saca el retrato y se lo da á don Miguel.*)

Retratarla tu pincel

Con dos caras.

Marta. (¡Vaya un lance!)

Cam. Ya sé que fácil no es

Justificarme. Con todo

Protesto que no pensé...

Soy una niña inexperta

Y mi corazon novel

No es mucho que vacilase...

Como una no sabe en quién

Pone su cariño y..., vamos;

¿Cómo pude yo prever...?

And. Dejémonos de disculpas

Y profesiones de fe.

Vida nueva y olvidemos

Lo pasado.

Cam. ¿Qué queréis?

Mig. Si de los dos te burlabas

Acábese el entremés.

Cam. No cabe en mi corazon

Tan indigno proceder.

And. Pues ni yo sufro rivales,

Ni los sufre don Miguel.

Uno ha de triunfar. Elige.

Mig. (Yo el preferido seré.)

And. (Mia será la victoria.)

Tu voluntad sea ley.

Cam. ¡Dios mio! Eso es conspirar

Contra una pobre mujer.

Mig. No hay remedio.

And. No hay arbitrio.

Cam. Bien está. Yo pensaré...

And. No admitimos dilaciones.

¡Ahora mismo!

Mig. ¡Ahora ha de ser!

Cam. Pues bien; ya que en tan amargo

Compromiso me poneis,

El desairado perdone

Si no le prefiero á él. —

Reinar en tu alma de fuego,

Andrés mio, es mi placer. —

Miguel, tu dulce carácter,

Tu modesta timidez

Me hechizan. Seré una ingrata

Si no coronó tu sien...

Mig. ¡Ah!

And. ¡Oh!

(*Con gozo.*)

(*Con pena.*)

Cam. Mas ¿cómo privarte
Del merecido laurel,
Andrés amado?
And. ¡Ah!... (Con gozo.)
Mig. ¡Oh!... (Con pena.)

Cam. Tuyo sea el parabien...
No; tuyo, Miguel querido...
Mas no; que igual interés...
¿Cómo he de elegir á este
Si he de privarme de-aquel?
¿Cómo resolverme...? En fin
Yo sé amar; no sé escoger.
Yo os quiero á los dos; entrambos
Teneis en mi alma un dosel;
Y antes que ofender al uno
Sin los dos me quedaré.

Mig. Pues tener tú dos maridos,
Ni lo consiente la ley,
Ni nosotros...

Marta. Vaya; eso
Sería el mundo al revés.
And. Para un amor como el mio
No basta media mujer.

Mig. Herrar ó quitar el banco.
Aunque parezco de miel
Yo no sufro ancas de nadie.

Cam. Pues mirad cómo ha de ser,
Hijos, porque yo... me abstengo
De votar.

And. ¡Estamos bien!
¿Cómo salir del pantano?

Marta. Solo hay un medio.

Mig. ¿Cuál?
And. ¿Eh?

Marta. Que lo decida la suerte
Y conformarse los tres.

And. ¿Qué dices tú? (A Camila.)

Cam. Por mi parte
Me conformo. ¿Qué he de hacer?

And. ¿Y tú? (A don Miguel.)

Mig. Forzoso será,
Ya que ella no escoge...

And. Pues...
A cara ó cruz. Saco un duro...

Aquí ninguno nos ve...

Cam. ¡Oh si quisiera mi dicha
(Aparte á Marta.)

Que ganase don Miguel!

And. Ya tiro. ¿Qué pides?

Mig. Cruz.
(Don Andrés tira el duro al aire.)
(Yo tiemblo.)

And. ¡Hispaniarum rex!

(Alza el duro y todos acuden á ver de qué
lado ha caído.)

¡Desventurado de mí!

¡Tú ganaste!

Cam. ¡Pobre Andrés!
(A Marta en voz baja.)

Mas contenta quedaría

Si hubiese ganado él.

Mig. Tú te afliges... Callas tú...

Eso me hace conocer

Que sin ser yo venturoso

Desgraciados os haré. —

Yo te la cedo

And. ¡Oh fineza

Inaudita!

Mig. ¡Adios...! (Yéndose.)

And. Deten

El paso.

Cam. ¿Qué va á decirle? (A Marta.)

Marta. Oigamos...

And. Tú no has de ser

Mas animoso que yo.

Por otra parte... ya ves;

La lección ha sido fuerte.

Esa moza es de la piel

Del diablo, y dice el refrán:

Quien hace un cesto hará cien.

Mig. Tienes razon.

Cam. ¡Oh! Yo juro...

And. Quédese para quien es,

Y olvidémosla los dos. —

Esto debimos hacer

Dos horas ha.

Marta. (Con efecto.)

Mig. Sí; sí; que es un cascabel...

Cam. ¡Miguelito!...

Mig. Una embustera.

And. Una archicoqueta.

Cam. ¡Andrés!

And. ¡Adios, esfinge!

Cam. ¡Escuchadme!..

Mig. Señora, á los piés de usted... —

Yo la perdono. (A don Andrés.)

And. Yo no.

El amor se ha vuelto hiel.

Cam. ¿Es delito el ser sensible?

¡Ah, mujeres! Aprended.

Mig. Adios; y él te dé, Camila,

El juicio que has menester.

And. Por los siglos de los siglos

Maldita seas, amen.

ESCENA ULTIMA.

CAMILA, MARTA.

Marta. Se van... ¡Buena la hemos
hecho!

¿Ve usted lo que yo decia?

¡Anoche tanta alegría

Y hoy tan amargo despecho!
¡De ser fingida y veleta
Vea usted lo que se saca!
Aguante usted la matraca,
Y empiece á tener chaveta. —
Pero compasiva soy.
No mas reprensiones, que harta
Pesadumbre...

Cam. ¡Pobre Marta!

(Riéndose.)

¿Piensas que afligida estoy?

Marta. Con justa causa lo inflero.

Desairada por los dos...

Cam. ¡Eh, vaya en gracia de Dios! —

Me consolará el tercero.

Marta. ¡Cómo! ¿El tercero?

Cam. Si tal.

Yo nunca estoy desprovista.

Ayer hice su conquista.

Me espera en la catedral.

Vamos corriendo...

Marta. ¿Es posible!...

Cam. Se llama don Lucio Ramos.

¡Arrogante mozo!

Marta. Vamos;

Es usted incorregible.

Cam. Los hombres son mala yerba;

El mas fiel no está seguro.

Por eso siempre procuro

Tener tropa de reserva.

Marta. Pero...

Cam. De poco te espantas.

Marta. Dirán las gentes discretas...

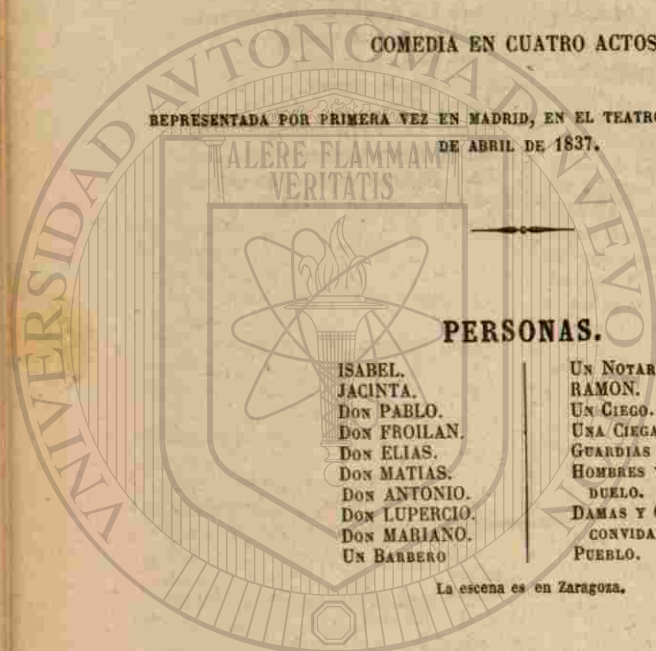
Cam. Que hay millares de coquetas,

Y yo soy... UNA DE TANTAS.

MUÉRETE ¡Y VERÁS...!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE, EL DÍA 27 DE ABRIL DE 1837.



PERSONAS.

ISABEL.	UN NOTARIO.
JACINTA.	RAMON.
DON PABLO.	UN CIEGO.
DON FROILAN.	UNA CIEGA.
DON ELIAS.	GUARDIAS NACIONALES.
DON MATIAS.	HOMBRES Y MUJERES DE
DON ANTONIO.	BUELO.
DON LUPERCIO.	DAMAS Y CABALLEROS
DON MARIANO.	CONVIDADOS.
UN BARBERO	PUEBLO.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. — Un café en el foro con puerta vidriera.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO,
DON MARIANO.

(Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales, equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.)

Ant. Salgamos, Lupercio, á ver
(Saliedo del café.)

Lo que pasa por la calle.

Lup. Ya transita poca gente.

Mar. Como por aquí no sale
La columna...

Lup. Quiera Dios
Que á los facciosos alcancen
Y los destruyan.

Ant. ¿Qué fuerza
Va á marchar?

Lup. Dos mil infantes
Y ciento veinte caballos
Entre tropa y nacionales
Movilizados.

Mar. Venid,
Que ya es regular que marchen
En breve.

Ant. No tengas prisa.
Cuando están los oficiales
Tan despacio en el café...

ACTO PRIMERO.

275

Lup. Sí. Ahí quedan don Pablo Yagüe
Y don Matias Calanda;
Pero este es un botarate
Que cuando está en una broma
No oye cajas ni timbales,
Y don Pablo, embelesado
En los ojos de su amable
Jacinta...

Ant. Pues malas lenguas
Dicen que el otro compadre
Gusta también de la niña,
Y se puede desbancarle...

Lup. Por ahora es el preferido
Don Pablo. Mas adelante,
No diré... Porque en mujeres
No hay que fiar, y el carácter
De Jacinta es en mi juicio
Mas veleidoso que el aire.

Mar. Sin embargo, tiene mil
Apasionados, y nadie
Piensa en Isabel, su hermana,
Aunque yo creo que vale
Mucho mas.

Ant. Mal gusto tienes.
Ella podrá ser un ángel,
Mas ¡tan callada...!

Mar. Es modestia.

Ant. Soseria. Aquel donaire
De Jacinta, aquel mirar,
Aquel despejo, aquel talle...

Mar. No es menos bella Isabel,
Pero desconoce el arte
De coquetear y fingir.
Si yo hubiera de casarme
Con alguna de las dos...

Ant. Eh, no digas disparates.

Lup. Filósofo estás, Mariano.

Ant. Perdió anoche dos mil reales
Al *ecarté*, y no me admiro...

Mar. No reprobará el enfase
De su hermana don Froilan,

Pues sufre que la acompañe
Don Pablo, y la dé convites...

Lup. Como en ellos tenga parte,
No haya miedo que por eso
Se incomode. Es el mas grande
Egoísta...

Ant. Es un amigo,
Y no debo criticarle;
Mas por no mover un brazo
Morir dejara á su padre
Si lo tuviera.

Lup. Y en todo
Ve peligros, y desastres.
¡Qué agorero! Otra campana
De Velilla.

Ant. Eso lo hace
Por disculpar su egoísmo.

Ya se ve, cuando á los males
No hay remedio es excusado
Que los médicos se cansen.

Mar. ¡Antonio! Ten caridad.
Y nosotros, paseantes
Y ociosos de profesion,
¿Qué hacemos en este valle
De lágrimas?

Ant. ¡Eh!... Nosotros,
Aunque somos holgazanes,
Servimos de algo en el mundo.
Acreditamos á un sastre,
Alegramos las tertulias,
Sostenemos los billares,
Y brindamos en la fonda
Por las patrias libertades.

Lup. A propósito. ¿Estarán
Almorzando hasta la tarde? —
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON
MARIANO, DON PABLO.

(Don Pablo viste uniforme de teniente de
nacionales movilizados.)

Pablo. (Ese usurero bergante
No parece, y necesito
Que me preste para el viaje
Diez onzas. Estos tal vez
Me dirán...) ¿Ustedes saben
Dónde pára don Elias?

Mar. No.

Lup. No sé.

Pablo. Voy á buscarle.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO,
DON MARIANO.

Ant. Ya anda en busca de ususeros.

Mar. Ya se ve, ¡tanto gastar...!

Lup. Ese hombre se va á arruinar.

Ant. Le vamos á ver en cueros.

Mar. Su patrimonio es crecido.

Lup. Su vanidad es mayor.

Ant. Libertino...

Lup. Jugador...

Mar. Disipado...

Ant. Corrompido.

¿Veis el ardor con que pinta

La pasión que le sujeta?
Pues que me lleve pateta
Si se casa con Jacinta.

Lup. Yo sé que tiene otra moza.

Mar. Si; la viuda de Quirós.

Ant. Pues se olvida de las dos
Al salir de Zaragoza.

Lup. Con la seducción y el dolor
Otras hallará al momento.

Mar. Presume tener talento...

Ant. Es un ignorante, un bala.

Lup. Aunque atusando el bigote
Se tiene por muy galán,

Me parece á mí un gañán.

Ant. Y á mí un Judas Iscariote.

ALERE FLAMMAM
SCENAS

Don ANTONIO, Don LUPERCIO, Don
MARIANO, Don FROILAN.

Froil. ¿Todavía por aquí,
Caballeros?

Ant. ¡Don Froilan!

Froil. ¿No van ustedes á ver
La columna desfilar?

Lup. Eso pensamos. Supongo
Que también usted irá
Con las niñas...

Froil. No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.

Estoy malo. Hace mal día.

Mar. Hombre, ¡si hace un sol que da
Regocijo!

Froil. Sin embargo,
El viento se va á mudar...

Y yo tengo para mí
Que esta tarde nevará.

Ant. El calendario de usted,
Amigo, es siempre fatal.

Froil. Nevará. ¡Pobre milicia!
¡Qué trabajos va á pasar!

Ant. Mucho sentirá don Pablo
Marcharse de la ciudad
Dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
Se trataba de la boda.

Froil. Si; pero ¡buenos están
Los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
El gusto de mis hermanas;
Pero pronostico mal
De ese casamiento.

Lup. ¡Cómo!
¿No iban con gusto al altar
Ambos contrayentes?

Froil. Mucho;

Mas si la fatalidad
Hiciera... Anoche Jacinta
Vertió en la mesa la sal
Nombrando á don Pablo.

Mar. Y eso
¿Qué puede significar...?

Froil. Es mal agüero. Ese viaje
Inesperado es quizá
Otro aviso de los cielos...
Piensa mal y acertarás,
Dice el refrán.

Ant. Si es funesta
Esa coyunda nupcial,
¿Por qué no interpone usted
Su fraterna autoridad
Para que no se efectúe?

Froil. No, amigo, no haré yo tal.
Las voluntades son libres:
Las chicas tienen ya edad
Para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada mas.
Yo sé que puedo vivir
Sin una cara mitad.

Si ellas piensan de otro modo,

Si ellas se quieren casar,

Para ellas será la dicha

O la pena: me es igual.

Elas comen de su dote...

Ni me quitan, ni me dan.

Ant. ¡Vaya, que es filosofía

La de usted... original!

(*Sigue hablando con los ociosos don
Froilan.*)

ESCENA V.

Don FROILAN, Don ANTONIO, Don
LUPERCIO, Don MARIANO, JACINTA,
ISABEL, Don MATIAS.

(*Don Matias lleva uniforme de subte-
niente de milicia movilizada.*)

Jac. ¡Cómo! ¡Aun no viene don Pablo!

Mat. No tardará. Aquí en la puerta
Estaremos mas alerta...

¡Hola! ¡Mozo!... ¿Con quién hablo?

(*A un mozo, que llega á la puerta.*)

Trae sillas aquí; al momento.

Isab. ¡Dios mio, vela por él!

(*Trae sillas el mozo, y se sientan don
Matias y Jacinta.*)

Jac. ¿No te sientas, Isabel?

Isab. Si... me sentaré... (¡Oh tormento!)
(*Se sienta. Don Matias y Jacinta hablan
en voz baja.*)

Mat. Mil veces afortunado
Mi cautivo corazón
Si fuese yo la ocasión
De ese amoroso cuidado.

Jac. Vamos, deje usted esa chanza.

Mat. ¡Chanza cuando gimo y ardo,
Y tengo en el pecho un dardo...

He dicho poco: ¡una lanza!

Aun ese desden fatal

Amara yo con delirio

Si no viese mi martirio

En la dicha de un rival.

Isab. (¡Qué desgraciada nací!)

Jac. ¡Qué temeraria porfía!

Mi voluntad ya no es mía.

¿Qué pretende usted de mí?

Mat. O tan divina beldad

No estrechen brazos ajenos,

O vuélvame usted al menos

Mi perdida libertad.

Jac. Si basta decirlo yo,

Libre es usted desde ahora;

Libre y sin costas.

Mat. ¡Traidora!

¿Te burlas de mí?

Jac. Yo no.

Mat. Si otro consuelo no halla

El afán que me atormenta,

Me hago dar muerte sangrienta

En la primera batalla.

¡Qué temeraria virtud!

Jac. Con que ¿usted quiere un favor...?

Bien. Portarse con honor.

Buen viaje y mucha salud.

Mat. Eso se dice á cualquiera.

Jac. Mas no como yo lo digo.

Le amo á usted... como á un amigo.

Mat. ¿Por qué no de otra manera?

Jac. Porque estoy comprometida

Y así la suerte lo quiso.

Mat. ¿Y á nó mediar compromiso?

Jac. Entonces...

Isab. (¡Fatal partida!)

Jac. Me apura usted demasiado.

¿Pretende usted que yo fragüe...?

Mat. Si no amara usted á Yagüe...

Jac. Usted sería el amado.

Mat. Ya que victoria no cante,

Aunque la razón me sobre,

No es malo que aspire un pobre

A la primera vacante.

Jac. Basta. Merece castigo

Quien á la dama echa flores

De su amigo.

Mat. Hija, en amores

No hay amigo para amigo.

Jac. Pues de camarada fiel

Se la echa usted.

Mat. Estoy loco.

Animeme usted un poco,

Y hoy mismo riño con él.

Jac. Busque usted mas alta gloria

Combatiendo al despotismo,

Y vézase usted á sí mismo,

Que es la mas noble victoria.

Mat. ¡Amonestacion discreta!

Mas quien mira esos encantos...

Jac. Déjeme usted con mil santos.

Yo no quiero ser coqueta.

Mat. ¡Cruel...!

Jac. (Lástima me da,

Mas el deber... ¡Y es buen chico!)

Mat. Tus ojos...

Jac. Calle usted el pico,

Qué viene Pablo.

Isab. (¡Allí está!)

(*Se levantan viendo venir á don Pablo, y
reparando en las damas los otros inter-
locutores se incorporan con ellas.*)

ESCENA VI.

ISABEL, JACINTA, Don FROILAN, Don
MATIAS, Don PABLO, Don ANTONIO,
Don LUPERCIO, Don MARIANO, Don
ELIAS.

Pablo. Me vienen perfectamente
Los tres mil reales y pico,
Y con la vida y el alma
Quedo á usted agradecido.

Jac. (Mi Pablo... No, no es posible

Que yo ponga mi cariño

En otro hombre.)

Elias. El interés

Es muy corto. Un veinte y cinco

Por ciento...

Pablo. Si; en cuatro meses...

No me parece excesivo.

Elias. Ser servicial y económico

Son mis dotes favoritos.

Sin lo segundo no hiciera

Lo primero. Economizo,

Y de esta manera puedo

Ser útil á mis amigos.

Pablo. ¡Bien! Lo explica usted á modo

De charada o logogrifo.

Elias. No tomará usted á mal

Que extendamos un recibo...

Pablo. Sí, sí; que somos mortales.

Elias. No es decir que desconflo...
 Ahí en el café lo pongo
 En dos plumadas...
Pablo. Lo firmo,
 Y estamos del otro lado.
*(Se reúne con los demás interlocutores.
 Don Elias va á entrar en el café, y á la
 puerta le detiene don Antonio.)*
 Cierta negocio preciso
 Ha motivado mi ausencia...
Elias. Necesito...
(Siguen hablando los dos en voz baja.)
Pablo. Ahora soy todo de ustedes
 Hasta ponerme en camino.
Isab. ¡Le quiero mas que á mi vida,
 Y me parece delito
 El mirarle!
Elias. Ya hablaremos
 Ya sabe usted dónde vivo...
 ¡Cuando el otro va á partir
 Me detiene este maldito!
Ant. La hipoteca es abonada.
Elias. Bien, sí...
Ant. Corrientes los titulos...
 Si hoy no me socorre usted
 Mañana me pego un tiro.
Elias. ¿No hay quién te lo pegue ahora?
 Veremos...
(Con un pie dentro del café.)
Ant. Pero...
Elias. Lo dicho.
(Entra en el café.)
Lup. Vamos á ver la columna.
(A don Antonio y á don Mariano.)
 ¿Qué hacemos en este sitio?
Ant. Sí; vámonos, Señoritas,
 A los pies de ustedes. Chicos,
 ¡Buen viaje!
Mat. ¡Abur!
Jac. Beso á ustedes
 La mano.
Pablo. Adios...
*(Está muy entrelenido hablando con Jacinta
 desde que se acercó al carro.)*
Lup. Si servimos
 De algo...
Mar. Que escribais...
Froil. Señores...
 ¡Gracias á Dios que se han ido!

ESCENA VII.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO,
 DON MATIAS, DON FROILAN.

Mat. (Ellos en dulce coloquio
 Y yo aqui siendo testigo...
 Me largo con viento fresco,
 Que es cruel este suplicio.)
 La columna va á marchar
 Y yo no me he despedido
 De mi familia. Madamas,
 ¡Hasta la vuelta!
Froil. Repito...
Isab. Buen viaje.
Jac. Abur, don Matias.
Mat. ¡Ah! Voy hecho un basilisco.
 Vosotros lo pagareis,
 Soldados de Carlos quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON PABLO,
 DON FROILAN, DON ELIAS.

*(Siguen hablando aparte don Pablo y
 Jacinta.)*

Isab. ¡Qué felices son! Y yo...
 ¡Suerte infeliz, suerte amarga
 La de una mujer! Mis labios
 Sella la vergüenza. El alma
 Se me arranca, y no no puedo
 Decir: ese hombre me mata!
(Se sienta afligida.)
Froil. Despacio la toman. — ¡Mozo!
(A la puerta del café.)
 La Gaceta. Nunca acaban
 De hablar los enamorados.
*(El mozo le trae la Gaceta, se sienta, y la
 lee. Sale don Elias del café con el recibo
 en la mano.)*
Elias. ¿No es droga que en estas casas
 Nunca ha de haber un tintero
 Corriente?
*(Se acerca con el recibo en la mano á
 don Pablo, que entretenido con Jacinta
 no le ve.)*
 Ya solo falta
 Que firme usted...
Jac. Si; mi Pablo.
 Mi corazon se desgarrá
 Al verte partir. Si el freno

Del pudor no me atajara,
 Tan briosa como amante
 Te sigiera á la campaña.
 Mas, ya que de este placer
 Me privan leyes tiranas;
 Ya que viva no te sigo,
 Ya que el cielo nos separa,
 Hé aquí mi retrato: toma,
(Da el retrato á don Pablo.)

Bien mio, y amor le haga
 Escudo que te defienda
 De las enemigas lanzas
Isab. ¡Qué suplicio!
Elias. Con permiso...
Pablo. ¡Oh don precioso! Tú inflamas
*(Besando el retrato, que guarda luego en
 el pecho.)*

Mi valor, que con la pena
 De ausentarme desmayaba.
 Ahora me siento capaz
 De las mayores hazañas.
Isab. ¡Que no me muriera aqui!
Elias. Con licencia de esa dama,
 La firma...

Froil. ¡Ah, señor don Pablo!
*(Levantándose, y acercándose á don
 Pablo.)*

Elias. ¡Este lloron me faltaba!
Froil. ¡Inútil valor! ¡Inútil
 Patriotismo! Está ya echada
 La suerte. ¡Pobre nacion;
 Volverá á gemir esclava.
 El genio del mal persigue
 A la miserable España.
 Tanto afan, tantos tesoros,
 Tanta sangre derramada
 ¿De qué han servido? La hidra
 De la rebelion levanta
 Sus cien cabezas. El cielo
 Nos abandona... ¡No hay patria!
Elias. Mientras don Froilan parodia
(A don Pablo.)

La tragedia de Quintana,
 Firme usted...
Pablo. Mucho me admiran,
 Don Froilan, esas palabras
 En boca de un español,
 De quien liberal se llama.
Froil. Ya verá usted...
Pablo. Ese cuadro
 Es el parto de una amarga
 Misantropía... No quiero
 Atribuirle otra causa.
 Mas yo supongo que es fiel;
 Que mil desastres amagan
 Al Estado; que peligrá
 La libertad. Por ser ardua

La lid ¿debemos acaso
 Abandonar la demanda?
 ¿Ha de faltarnos el brío
 Primero que la esperanza?
 ¿Doblabemos la cerviz
 Antes de probar la espada?
 Sacrificios; no clamores,
 Teson, virtudes; no lágrimas,
 La nacion pide á sus hijos.
 Si hoy se pierde una batalla
 No se recobra el honor
 Sino venciendo mañana.

Jac. ¡Bien dicho!
Isab. ¿Y no le he de amar?
Elias. El recibito...

Froil. La llaga
 Es muy profunda, don Pablo.
 Nuestras discordias infaustas
 Nos llevan al precipicio.
 Las pasiones enconadas
 Nos ciegan: los pueblos gimen;
 No hay dinero; esto no marcha;
 No vamos todos á un fin;
 Los partidos...

Pablo. Asi hablan
 El egoismo y el miedo.
 En las tristes circunstancias
 Se acrisola el patriotismo;
 Y el que noble tiene el alma
 No se deja dominar
 De miras interesadas,
 Ni de ocultas, influencias,
 Ni de pasiones bastardas.

Elias. Y el que diga lo contrario
 Es un... ¿lo digo?, es un mandria.
 Don Pablo es buen caballero,
 Y asi maneja la espada
 Como la pluma. A propósito:
 ¿Quiere usted hacerme la gracta
 De firmar...?

Pablo. ¡Ah! Sí. El recibo...
*(Va á entrar en el café, y le detiene don
 Froilan.)*

Vamos...
Froil. Nadie me aventaja
 En patrio amor; mas al ver
 Tantos errores y tantas
 Calamidades, confieso
 Que mi corazon desmaya.
 ¡Ay, don Pablo! Rara vez
 Mis presentimientos fallan.
 El ferro mayor de Troya
 Fué no escuchar á Casandra.
 Crea usted á un fiel amigo,
 No salga usted á campaña.

Jac. ¿Por qué?
Pablo. ¡Es honroso el consejo!

Isab. ¡Si pudiera hablar!
Froil. La baja
 De un hombre, sea quien fuere,
 No es de tan grave importancia...
 Quédesse usted en Zaragoza.
Pablo. ¡Bravo! Si esa cuenta echara
 Cada cual, pronto estaríamos
 En una paz octaviana.
Froil. ¡Mire usted que ya en el cielo
 Leyendo estoy una página
 Sangrienta! ¡Ya en mis oídos
 Está silbando la bala
 Matadora! ¡Ay infeliz!
 En vez de bélica palma,
 Tu generoso ardimiento
 Va á buscar... ¡una mortaja!
Isab. ¡Maldita tu boca sea!
Jac. ¡Ah! ¿Qué estás diciendo? Calla.
 ¿Por qué afligirnos así?
 ¿Qué idea...!
Pablo. ¡Ba! Es una chanza.
 Si yo creyese en agüeros
 Sería un poco pesada.
 Pero, en fin, morir lidiando
 Por la mejor de las causas
 Es muerte gloriosa.
Jac. ¡Ah! No.
 Dios oírás mis plegarias.
Pablo. Solo por ti lo sintiera. —
 Por lo demás, no me espanta
 (Riéndose.)
 La muerte á mí. Y casi, casi,
 Muriera de buena gana
 Solo por dar un petardo
 A mis acreedores.
Elias. ¡Cáscaras!
Jac. Vamos, deja ya esa broma.
Elias. ¡Ah! Si no firma y le matan...
 Vamos, don Pablo. Esa firma...
 Tocan dentro llamada y tropa. *Isabel se levanta.*
Pablo. Vamos...
Froil. ¡Ya suenan las cajas!
Jac. ¡Oh pena!
Isab. ¡Amargo momento!
Elias. ¡Voto á...! Si usted me firmara...
Pablo. ¡Adios, bien del alma mía!
 (Abrazando á Jacinta.)
 La ausencia no será larga.
 ¿Serás fiel?
Jac. Hasta la tumba.
 ¡Oh! Poco he dicho. La llama
 Que abrasa mi corazón
 Ni en el sepulcro se apaga.

Elias. (Los momentos son preciosos.
 Traeré el tintero...) — ¡Despacha!
 (A un mozo desde la puerta del café.)
 ¡Un tintero: (Por el gusto
 De que yo me ahorque de rabia
 Se hará matar.)
Pablo. En tus ojos
 Prisionera dejó el alma.
Jac. ¡Adios...! La pena me ahoga.
 (Sollozando.)
 Mi corazón te idolatra
 Mas de lo que yo creía.
 Si mi desventura es tanta
 Que por la postrera vez
 Tu Jacinta fiel te abraza,
 ¡Ay! te seguiré muy pronto
 A la tumba solitaria.
 ¡Adios!
Pablo. ¡Adios!
 (Desprendiéndose de sus brazos.)
Froil. ¡Caro amigo!
 (Abrazando á don Pablo.)
Elias. (No me dejan meter baza
 (Con el papel en una mano y el tintero
 en la otra.)
 El amor y la amistad.)
Froil. ¡Adios! La lengua me embarga
 El sentimiento...
Pablo. ¡Qué llantos...!
 (Volviendo á Jacinta que llora.)
 Aunque me fuese á la Habana...
 Ea, adios... No mas... — ¡Adios!
 (Yéndose.)
Isab. ¡Y á mí no me dice nada!
 (Con amargura y llorando.)
Elias. ¡Don Pablo...! ¡Señor don Pablo...!
Pablo. ¡Pobre Isabel...! Me olvidaba...
 (Volviendo.)
 Venga un abrazo.
 (La abraza.)
Isab. ¡Ah, Dios mío!
 (Estremecida de gozo.)
Pablo. Case usted á esta muchacha,
 Don Froilan. Está tan triste...
 Adios. Cuidame á tu hermana.
Isab. ¡Infeliz...! Así lo haré.
Elias. Antes de romper la marcha...
 (Viendo don Pablo que don Elias se dirige
 á él con los brazos abiertos, le estrecha
 en los suyos, y ruedan por tierra papel
 y tintero.)
Pablo. Sí. ¡Adios, adios, don Elias!
Elias. (En vez de firmar me abraza...
 ¡Adios, tintero! El papel...)
Jac. ¡Pablo!

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

Sala en la casa de don Froilan. A la derecha del actor la puerta que conduce á la de la escalera; á la izquierda otra que guía á las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera y cortinas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

(Aparece sentada junto á un velador donde habrá varios periódicos, y acabando de leer uno.)

Ni cartas confidenciales,
 Ni partes, ni conjeturas
 Siquiera... Desde que entró
 La brigada en Cataluña
 No ha vuelto á saberse de ella.
 ¿Qué suerte será la suya?
 No escribir en tantos días
 Don Pablo... ¡Mortal angustia!
 ¿Habrán sido derrotados?
 Alguna emboscada, alguna
 Sorpresa... Pero muy pronto
 Las malas nuevas circulan.
 Parciales y confidentes
 Tiene la rebelde turba
 Donde quiera, y cuando callan
 Es seguro que no triunfan.
 Esta reflexión me vuelve
 La esperanza. Si; me anuncia
 El corazón...

ESCENA II.

ISABEL, DON FROILAN.

Froil. ¡Hola! ¿Cómo
 Te aplicas á la lectura
 Estos días! ¿También tú
 Te aficionas como muchas
 A las cuestiones políticas
 Mas que á la plancha y la aguja?
Isab. A todos nos interesa
 Saber quién vence en la lucha
 Funesta que nos divide.

Pablo. ¡Jacinta!
 (Le da el último abrazo, y vase corriendo.)
Elias. ¡Mal haya...!
 (Buscando la pluma después de haber
 recogido el tintero.)
 ¡Don Pablito...! ¡Échale un galgo!
 ¡Don Pablo...! Ya ¿quién le alcanza?
 (Arroja enfadado el tintero.)

ESCENA IX.

ISABEL, JACINTA, DON FROILAN,
DON ELIAS.

Jac. Vamos á verle marchar...
Froil. No. La gente... Los caballos...
 ¡Eh! ya no es tiempo... Y los callos
 Que no me dejan andar...
 Esta noche ¡gran escarcha!
Elias. ¡Ahí es un grano de anís!
 ¡Diez onzas!
Jac. Vamos...
 (Una música militar toca marcha á lo
 lejos.)
Froil. ¿Oís?
 Partió. Ya suena la marcha.
Jac. ¡No podré vivir sin él!
Elias. ¡Libértale de un balazo,
 Virgen del Pilar!
Froil. El brazo,
 (Da el brazo á Jacinta.)
 Y á casa. Usted á Isabel.
 (Don Elias da el brazo á Isabel.)
Elias. Con mucho gusto. ¡Qué bella!
 Esto alivia mi dolor.
 A estar de mejor humor
 Hoy me declaraba á ella.
Froil. ¿Qué hace usted tan pensativo?
 Ande usted.
Jac. ¡Qué desconsuelo!
Isab. (Me ha dado un abrazo. ¡Oh cielo!)
Elias. (No me ha firmado el recibo!)

Froil. Eso ya no admite duda;
Al fin cantarán victoria
Don Carlos y la cogulla.
Ya todo esfuerzo es inútil.
Nuestro mal no tiene cura.
La libertad es aquí
Planta exótica, infecunda.
La sociedad se desquicia,
Y la patria se derrumba.

Isab. Si como tú se echan todos

(*Entre dientes.*)

En el surco...

Froil. ¿Qué murmuras?
Yo soy un buen ciudadano;
Yo siento que la fortuna
Nos vuelva la espalda, y son
Mis intenciones muy puras;
Pero, en fin, estaba escrito
Allá arriba, y es locura...
Repasaré esos periódicos
Sin embargo. Ni disputas
Políticas, ni noticias
Busco en ellos: son absurdas
Comunmente las primeras
Y fatales las segundas;
Pero en tanto que me sirven
El desayuno, me gusta
Recrearme con un trozo
De amena literatura,
Descifrar una charada,
Reirme con una pulla...
Así me distraigo un poco,
Y las lágrimas se enjugan
Que á mi corazón arrancan
Las calamidades públicas.

(*Se iba con los papeles, y vuelve.*)

¡Ah! ¿Viene aquí alguna nueva
De nuestra marcial columna?

Isab. ¡Nada!

Froil. ¡Pues! ¿Lo que yo digo!

¡Pereció! ¡Todo se frustra!

La falta de dirección...

Alguna mano perjura

Sin duda los hizo presa

De *Tristany ó Camas-Cruas.*

¡Qué dolor de juventud!

¡La flor de Cesaraugusta!...

¡Oh amigo! Soy con usted.

(*A don Elías, que entra.*)

¡Qué horror! — El almuerzo, Bruna.

ESCENA III.

ISABEL, DON ELIAS.

Isab. ¡Ay desgraciada! Su triste
Presagio me hace temblar.)

Elías. (Yo la voy á declarar
Mi amor... y *laus tibi, Christe.*)

Para un asunto de urgencia,
Que diré en lenguaje explícito,

Concédame usted, si es licito,
Cuatro minutos de audiencia.

Yo la amo á usted. Mas conciso
Ningun amante sería,

Y es que entra en mi economía
No hablar mas de lo preciso.

En paz y en gracia de Dios
Que hemos de vivir entiendo;

Y no es maravilla, siendo
Capitalistas los dos.

Mi caudal es la salud,

El dinero y la alegría;

Y el de usted, señora mía,

La hermosura y la virtud.

(Paso en silencio su dote,

Que es lo que mas me acomoda.)

Ajustemos pues la boda,

Y casémonos á escote.

Mucho vale el ser hermosa:

Mi amor sea el testimonio;

Pero un rico patrimonio

Tambien vale alguna cosa.

No sé qué será peor

En este mundo embustero;

Si hermosura sin dinero,

O dinero sin amor;

Mas siempre que á lo segundo

Lo primero unido va,

Allí la ventura está,

O no hay ventura en el mundo.

Aunque en la ciudad se suena

Que soy dado á la avaricia,

Comer bien es mi delicia...

(Cuando como en casa ajena.)

Ello si, como está en moda,

La economía cursé,

Y á todo la aplicaré...

Menos al pan de la boda.

Poco avaro en fin soy yo

Cuando á casarme me allano.

Con qué... ¿acomoda mi mano?

Responda usted: sí, ó no.

Isab. Aunque debo celebrar

Con mas risa que sorpresa

El sumo donaire de esa

Declaracion singular,

Merece el que así me honró

Igual franqueza de mí.

No puedo decir que sí.

Elías. ¿Luego dice usted que no?

¡Cruel mujer!

Isab. No. Sincera.

Elías. ¡Tal desvío á mi pasión!

¡Ah! ¿Tiene usted corazón?

Isab. ¡Ojalá no lo tuviera!

Elías. Si no ha de ser para mí,

Si otro hombre lo cautivó...

Isab. No puedo decir que no.

Elías. ¿Luego dice usted que sí?

¿Habrà fortuna mas perra?

¿Habrà mujer mas ingrata?

Si dice que no, me mata;

Si dice que sí, me entierra.

Isab. ¡Ay, don Elías, que el cielo

Con mayor mal atormenta!

Ese no que usted lamenta

Fuera para mí un consuelo.

Elías. ¡Cómo!...

Isab. Basta ya, si es chanza.

Si habla usted de veras...

Elías. Sí.

¡Oh!...

Isab. Yo no tengo ¡ay de mí!

Ni puedo dar esperanza.

Con harta pena lo digo.

Elías. ¿Que va á ser de mí, Isabel?

Isab. Sea usted mi amigo fiel. —

Yo he menester un amigo.

Elías. Algo mas quise alcanzar;

Mas lo seré. (Y me conviene,

Porque al fin y al cabo tiene

Haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

ISABEL, DON ELIAS, JACINTA.

Jac. ¡Oh, que está aquí don Elías!

Lo celebro mucho.

Elías. Siempre

A los pies de usted. ¿Qué tal?

¿Hay noticias del ausente?

Jac. Ninguna. Nada se sabe;

Ni hay cartas, ni los papeles

Públicos me dan indicios

De si vive ó de si muere.

Elías. No es extraño que en la guerra

Los correos se intercepten;

Mas no tenga usted cuidado,

Porque la faccion rebelde

O no osará combatir

Con nuestra tropa valiente,

O pagará su osadía

Muy cara.

Jac. Pero; tenerme

Si es cierto que bien me quiere,

¿Cómo no ha hallado camino

Para hablarme de su suerte,

De su amor...? ¡Su amor!... Jacinta

Ya tal vez no lo merece.

Quitá á los pies de otra dama

Ha puesto ya sus laureles.

Isab. No digas tal de don Pablo

Pues ningun motivo tienes

Para dudar de su fe.

Jac. ¡Ah, que la ausencia es la muerte

Del amor! Los hombres...

Elías. Son

Pérfidos, inconsecuentes...

¡Hombres! ¡Oh! Yo no los quiero...

Me gustan mas las mujeres.

Un Ciego. (*Dentro gritando.*) El suplimento al *Patriota aragonés*, que acaba de salir ahora nuevo, con noticias interesantes.

Isab. ¿Qué grita ese ciego? Oigamos...

Jac. Suplemento...

Isab. ¡Ay Dios! Si fuese...

El Ciego. Con la completa derrota de la faccion del *Canónigo*, por la columna que salió de esta capital en su presecucion.

Isab. ¿Has oído? — ¡Ah! don Elías...

Jac. ¡Qué gozo!

Isab. Corra usted, vuele...

Elías. El suplemento... Sí... voy...

(*Es chasco que se me peguen*

Los cuartos...) No tengo suelto...

Isab. ¡Oh, Dios mio!...

Jac. Aquí habrá.

(*Dándole el ridiculo, del cual saca cuartos don Elías.*)

Elías. Nueve...

Diez... Hay bastante.

Jac. ¿Qué plomo!

Isab. ¡Vamos!

Elías. (Si lo saco en siete...)

ESCENA V.

JACINTA, ISABEL.

El Ciego. (*Dentro.*) El suplimento al *Patriota aragonés*, que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota... ¿Quién llama?

Isab. Ya los afanes cesaron.
Nuestros milicianos vencen.
Pronto á los dulces hogares
Volverán... ¡Ah, cuán alegre
Estoy!

Jac. ¡Pablo de mi vida!
Vuelve á mis brazos. ¡Oh! Vuelve
La dicha á mi corazón.

ESCENA VI.

JACINTA, ISABEL, DON ELIAS.

Elias. ¡Victoria! Escuchen ustedes.
(Con un impreso.)

(Lee.) « La columna expedicionaria de Zaragoza ha dado un día de gloria á la nacion. La gavilla del Canónigo ha sido bandida, destrozada á las inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio el alcalde constitucional de dicha villa, y se espera de un momento á otro el parte circunstanciado. Mientras llega y lo publican las autoridades, no queremos retardar á nuestros lectores tan fausta noticia. Nuestros bizarros milicianos han rivalizado en pericia y valor con las beneméritas tropas que han tenido parte en la accion. ¡Viva la libertad! ¡Viva Isabel II! »

Isab. ¡Oh cielo, yo te bendigo!
Elias. Doy á usted mil parabienes,
Jacinta.

Jac. ¡Y Pablo no escribe!

Isab. Querrá tal vez sorprenderte...

Elias. Aquí viene don Froilan.
¡Qué cara de miserere!

ESCENA VII.

ISABEL, JACINTA, D. ELIAS,
DON FROILAN.

Froil. Todo el barrio se alborota;
Los ciegos van dando gritos...
¿Qué anuncian esos malditos?
Sin duda, alguna derrota.

Jac. Derrota: tienes razon.

Froil. ¿Lo veis? ¡Oh dias aciagos!

Isab. Mas quien llora sus estragos
Es la enemiga faccion.

Froil. Dirán que es suyo el revés,
Mas yo temo que en el lance...

Elias. ¡Oh!... Lea usted el alcance
Del Patriota aragonés.

(Le da el impreso, y lo lee para sí don Froilan.)

Jac. En todo ve mal agüero.

Isab. En nada encuentra placer.

Elias. Corneja debía ser
Ese hombre, ó sepulturero.

Froil. Es muy vaga la noticia.

Es atrasada la fecha. —

Si fué la faccion deshecha,

¿Qué se hizo nuestra milicia?

En la guerra hay mil azares;

Y, además, la exactitud

No siempre fué la virtud

De los partes militares.

Muchos planes y cautelas,

Y alardes y movimientos,

Y zanjas y campamentos,

Y curvas y paralelas.

Mucho de causar zozobras

A las fuerzas enemigas;

De encarecer las fatigas,

De describir las maniobras.

Mucha recomendacion;

Mucho de Roma y Numancia;

Y ¿qué nos dice en sustancia

El jefe de division?

Que anduvimos cuatro leguas;

Que el faccioso echó á correr

Dejando en nuestro poder

Una mochila y dos yeguas;

Que allí hubieran muerto muchos

De la gavilla perjura

A no ser la noche oscura

Y á no faltar los cartuchos;

Que el cabecilla vasallo

Huyó á tiempo de la quema,

Y se salvó... por la extrema

Ligereza del caballo;

Que por falta de refuerzo

Deja el campo de batalla

Y va á esperar la vitualla

A Villafranca del Vierzo;

Que envíen francas de portes

Diez cruces de san Fernando;

Y concluye suplicando

Al ministro y á las Córtes

Que sin exigir recibo

Le traigan los maragatos

Seis mil pares de zapatos

Y un millon en efectivo.

Jac. Jefes hay que en tu pintura

Su historia acaso verán;

Pero no todos, Froilan,

Merecen esa censura.

Isab. Ver siempre males eternos
Es fatal filosofia.

Elias. Se previene por sí un día
Va á parar á los infernos.

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON FROILAN, RAMON.

Ramon. Esta carta para usted.

(Da una carta á Jacinta.)

Jac. ¡Es letra de don Matias!

¿Y don Pablo?... ¿No hay mas cartas?

Ramon. No hay mas que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA, ISABEL, DON FROILAN,
DON ELIAS.

Isab. ¡No escribir don Pablo! ¡Oh Dios!

Froil. Eso me da mala espina.

Jac. ¡Qué ingratitud!

Elias. Abra usted

Pronto esa carta, Jacinta,

Y saldremos de inquietudes,

Y ahorraremos profecías.

Jac. (Abre la carta y lee.) « En el mismo campo de batalla, cubierto de cadáveres enemigos, me apresuro á participar á usted la victoria de nuestras armas. Los restos de la faccion huyen dispersos y aterrados, y una parte de la columna los persigue y acosa en todas direcciones. Yo tambien parto ahora en su seguimiento. La pérdida del enemigo es grave; la nuestra muy corta: cuatro soldados muertos y unos veinte heridos, todos de tropa... »

Isab. ¡Ah! Respiro.)

Elias. ¿Lo ve usted?
(A don Froilan.)

Froil. Déjela usted que prosiga

Leyendo, y harto será

Que alguna mala noticia...

Jac. Lo demás son cumplimientos,

Memorias, galanterías...

¡Es tan fino aquel muchacho!

En el campo, entre las filas,

Rendido acaso del hambre,

De la sed, de la fatiga,
Me escribe tan obsequioso;
Y al que en la amarga partida
Me juró constancia eterna
¡No le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.
¡Necia la que en ellos fia!

Isab. No habrá podido escribir.

Elias. Muchas cartas se extravían...

Froil. Mi corazón es leal.

No en vano me lo decía.

Don Pablo es un aturdido.

Engolfado en la milicia,

Va no se acuerda de tí.

Isab. (No tuviera yo esa dicha!)

Froil. Alguna linda patrona

En sus brazos le cautiva.

Isab. ¡Ay, eso no!

Jac. ¿Quién creyera

Que su amor fuese mentira!

Una Ciega (Dentro.) El supimiento al Boletín oficial. El supimiento estraordinario.

Isab. ¿Habeis oido? Otro parte

Sin duda...

Elias. Será la misma

Relacion...

Jac. Manda á comprarlo,

Froilan.

Froil. Alguna engañifa...

ESCENA X.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON FROILAN, RAMON.

Ramon. Aquí está el impreso.

Elias. Venga.

Ramon. Parece que se confirma...

Froil. Bien está, sí. Ya sabemos
Leer. Vete á la cocina.

ESCENA XI.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON FROILAN.

Elias. (Lee.) « Capitanía gen'ral de Aragon. Hago saber al público para su satisfaccion que los rebeldes han sido en efecto batidos completamente entre Mora y Gandesa por la valerosa columna de milicianos y tropa que salió últimamente de esta ca-

pital. Mientras se imprime y publica el parte circunstanciado, me complazco en asegurar á este heróico vecindario que nuestra pérdida solo ho consistido en seis hombres muertos, entre ellos un oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del enemigo á ciento veinte de los primeros, sobre trescientos de los segundos, y mas de quinientos prisioneros. Zaragoza, etc. »

Isab. ¡ Ah ! ¿ Quién sera ese oficial Muerto ? ¿ Será por desdicha... Don Pablo ?

Froil. ¡ Pues ! ¿ Si lo dije !

Jac. ¡ Jesus, qué fatal manía De presagiar infortunios !

Elias. Si alguno de la milicia Hubiera muerto en la accion, En su carta le diria Don Matias,

Jac. Cierto. Esa Reflexion me tranquiliza.

Froil. Aun seguian nuestras tropas A las huestes fugitivas Cuando se escribió la carta ; Esto y el no haber noticias De don Pablo hacen temer Que alguna bala homicida Abrevió ; desventurado ! La carrera de sus dias.

Isab. ¡ Ah ! ¿ Fundado es su temor !

Jac. Que lo tema y no lo diga. Parece que se deleita En afligir...

Elias. ¿ Y no habia Mas oficiales allí ? ¿ Qué razón nos autoriza A suponer que entre tantos Tocó á don Pablo la china ? Otro pudo ser el muerto ; Quizá el mismo que escribia Tan gozoso...

Jac. ¡ Oh ! Si. ¿ Quién sabe... ? Dice en su carta que él iba A marchar segunda vez Contra la fuerza enemiga.

Froil. Pues bien ; el uno ú el otro, Ya no hay duda, han sido victimas. ¡ Tal vez entrambos ! ¡ Oh guerra ! ¡ Guerra infausta, fratricida ! ¡ Pobres muchachos !... En fin ; ¡ Estaba escrito allá arriba ! No han de dar vida á los muertos Nuestras lágrimas tardias. Yo me voy á mis negocios. Esas cosas me contristan Sobremanera. De hoy mas

Nadie me hable de política. Soy sensible. — ¡ Eh ! No lloreis...

(*A Jacinta é Isabel.*)

Dios guarde á usted, don Elias.

ESCENA XII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS.

Elias. Maldita sea tu estampa. Y otra vez sea maldita.

¿ Por qué no lleva á una gruta Su negra misantropía ? Malo está ese hombre. Yo creo Que padece de ictericia.

Jac. ¡ Mi Pablo ! ¿ Será posible... ?

¡ La prenda del alma mia !...

¡ Ah, qué amargura ! y el otro...

El amab'e don Matias...

Lástima fuera por cierto...

Elias. (Y ello..., si bien se examina...)

No es temerario el pronóstico.

Lo cierto es que los carlistas

No tiran con algodón.

Broma pesada seria

Haberse muerto don Pablo

Dejándome á mí *per istam*

Sin cobrar aquella cuenta,

Y en circunstancias tan criticas !

Isab. (Saber la verdad anhelo...,

Y tiemblo de descubriria.)

Jac. ¡ Tan bizarros y morir

En lo mejor de su vida !

Elias. (Diez onzas me debe el uno

Y el otro solo una fina

Amistad. Si el uno de ellos

Espiró, Virgen Santísima,

Que sea el vivo don Pablo

Y el difunto don Matias !)

Isab. (No quiero que nadie muera ;

Quiero que don Pablo viva,

Aunque otra mujer le goce...,

Y yo me muera de envidia !)

Mat. ¿ Dónde están ? (*Dentro.*)

Jac. Esa voz...

(*Corriendo á recibírte.*)

Isab. ¡ Qué oigo !

(*Lo mismo, y tambien don Elias.*)

Elias. ¡ Amigo !

Isab. ¡ Cielos !

Mat. ¡ Jacinta ! (*Entrando.*)

ESCENA XIII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON MATIAS.

Jac. ¡ Bien venido el vencedor !

Isab. ¿ Y don Pablo ?

Jac. ¡ Cuánto polvo !

Mat. Apenas hace una hora

Que llegué...

Isab. Pero...

Elias. Usted solo...

Mat. Solo. Yo he traído el parte

De nuestro triunfo glorioso.

En casa del general

Me han tenido hasta hace poco ;

He abrazado á mi familia,

Y sin quitarme este lodo

Vengo á saludar á ustedes.

Jac. ¿ Y sabes que viene gordo,

Isabel ? — Pero don Pablo...

Isab. ¡ Ah ! ¿ Qué es de él ? ¿ Vive ?

Mat. El destrozo

Del enemigo fué grande ;

Peró los humanos gozos

¡ Cuán rara vez son completos !

Jac. ¿ Cómo !

Isab. ¡ Acabe usted !

Mat. El rostro

De la fortuna no siempre

Sonrie al valor heróico.

Jac. ¿ Será posible... ?

Isab. ¡ Ah ! ¡ Murió !

Jac. ¡ Cumplióse el fatal pronóstico

De Froilan !

Mat. Siento afligir

A ustedes. Su ciego arrojó...

Isab. ¡ Ay dolor ! ¡ Ay desventura !

(*Se deja caer en una silla, y llora amargamente.*)

Elias. (¡ Mi dinero !) ¡ Pobre mozo !...

Jac. Bien mi corazón temía...

Mat. Justo es, Jacinta, ese lloro ;

Mas si la flor de su vida

Cortó el enemigo plomo,

Al menos murió vengado,

Y en los siglos mas remotos

Vivirá inmortal su nombre.

Isab. ¡ Dios mio ! Salvarse todos,

¡ Y él solo morir !

Jac. ¡ Mi Pablo !

Mat. Persiguiendo á los facciosos

Con mas valor que cautela...

Isab. ¿ Y nadie le dió socorro ?

Mat. ¿ Y quién detiene una bala,

Isabel ? Ciego de encono

Contra la armada faccion,
Se desvió de nosotros
Demasiado cuando ya
La columna, después de ocho
O diez horas de pelea,
Necesitando reposo,
Se acantonaba triunfante
En los pueblos del contorno.

Jac. ¡ Ah ! ¿ Quién se le hubiera dicho ?
¡ Infeliz !

Elias (¡ Diez onzas de oro !)

Isab. ¡ Y abandonado en el monte

Será presa de los lobos

Su cadáver insepulto !

Y ¿ quién sabe si esos monstruos

Ceban la impotente saña

En sus sangrientos despojos ?

¡ Ah !

(*Queda abismada en su dolor.*)

Elias. ¡ Qué horror !... Murió sin duda
Ab intestato.

Mat. Supongo...

Elias. (Y no tenía herederos

Forzosos... ¿ De dónde cobro ?

¿ De quién reclamo... ? Ese hombre

Estaba dado al demonio.

¿ A quién le ocurre morirse

Sin arreglar sus negocios ?)

(*Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuando en cuando le dirige la palabra como para consolarla.*)

Mat. Tambien yo corrí peligro

De quedar allí.

Jac. Pues ¿ cómo... ?

(*Con interés.*)

Mat. Me pasó el chaco una bala,

Y otra me alcanzó en el hombro.

Jac. ¡ Cielos ! ¿ Fué grave la herida ?

Mat. No ; me lastimó muy poco.

Venia cansada. — Y siento

No haber caído redondo

En el campo de batalla.

Jac. No diga usted despropósitos.

Mat. Mas vale morir amado

Que pasar el purgatorio

En vida siendo el objeto

Del menosprecio, del odio

De una ingrata.

Jac. ¿ Y es posible

Que cuando lloran mis ojos

La desgracia de don Pablo

Usted me hable de ese modo ?

Mat. ¡ Ah ! Si el muerto fuese yo,

No bañara usted su rostro

En lágrimas de amargura.

Jac. ¿ Por qué no ? ¿ Soy algun tronco

Insensible ?

Mat. Usted me dijo...;
Burla fué; bien lo conozco,
Que me amaría á no estar
Comprometida con otro.

Jac. Y crea usted... Pero ¡ay Dios!
Dejemos este coloquio.
Necesito desahogar
Mi corazón en sollozos.
No debo pensar ahora
Sino en mi Pablo. Aun le oigo
Decirme el último adiós
Tan tierno, tan amoroso...
¡Y eterna fidelidad!

Le juré yo! Si de pronto
Aquí se alzara su sombra
¡Cuál sería mi sonrojo!
Mat. No. Don Pablo desde el cielo
Aprueba nuestro consorcio.
¿Sabe usted lo que me dijo...
(Apelemos al embrollo)
Cuando rompimos el fuego
Contra el rebelde Canónigo?
* Tú eres mi mejor amigo,
Matias. Si cierro el ojo,
A ti dejo encomendada
Mi Jacinta, Sé su esposo,
Y el Sér Supremo bendiga
Vuestro casto matrimonio. »

Jac. ¿Eso dijo?
Mat. Ah, si, señora;
Y lo dijo con un tono
De solemnidad profética
Que llenó mi alma de asombro.

Jac. ¡Pobrecillo! ¡Ay Dios! Ahora
Con mas motivo le lloro.

Mat. Yo también lloro y me afitjo,
Y mas cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
Heredar tanto tesoro.

Jac. Merecerlo... ¡ah!... Si.

Mat. ¿De veras?
Esa palabra es el colmo
De mi gloria.

Jac. Yo ¿qué he dicho?
Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
Es un cordel, es un tósigo
Que me mata. Si algun día
La paz del alma recobro...

Mat. ¡Bien mto!

Jac. ¡Ah! Váyase usted,
(Bajando la voz.)

Que no estamos entre sordos.

Mat. (Dice bien.)

Jac. Usted vendrá
Fatigado; y es forzoso

Descansar.

(*Siguen hablando aparte.*)
Elías (No me responde.
(*Se levanta.*)

Veo que en vano la exhorto
A consolarse... Y á mí
¿Quién me consuela? Hoy no como
De pena..., aunque esto no entraba
En mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora...

Mat. Si viene usted hácia el Coso,
Vamos juntos. Señoritas...
No olvide usted que la adoro.

(*Bajo á Jacinta.*)

Hasta luego.

Jac. Adios, señores.

Elías. (Otra vez yo ataré corto
Al que me pida dinero.
Sin recibo... y testimonio
De no morir insolvente,
No vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL, JACINTA.

Jac. ¡Tú, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
¿Habrá de darte consuelo
Quien lo esperaba de tí?

Isab. Viendo en mi frente la pena
(*Se levanta.*)

Dices que admirada estás...
Yo debo admirarme mas
De ver la tuya serena.

Jac. ¡Ah, que es mucha mi afliccion
Aunque ves mi rostro enjuto!

Isab. Cuando en el rostro no hay luto
No hay pena en el corazón.

Jac. Sabe el cielo...

Isab. Sabe el cielo
Que en desesperado amor
No es verdadero dolor
Dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo imploros.
¡Aun el cuerpo no está frio
Del que te dió su albedrío
Y de otro escuchas amores!

Jac. Siempre me amó don Matias;
Y aunque en tan mala ocasion
Me recuerda su pasion,
Yo no sé hacer groserías.
No es culpa mia, Isabel,
Que ese muchacho me quiera;
Ni porque Pablo se muera

Absorta me dejas.

Isab. ¡Cielos!
Sin esperanza... con zelos...
¿Hay suplicio mas cruel?
Y otra vez lo sufriria
Aunque penando muriera
Porque á la vida volviera
El dueño del alma mia.
Yo infelz no borraré
Su imagen de mi memoria;
Y tú que fuiste su gloria
¡Le guardas tan poca fe!

Jac. Deja ya reconcenciones.
No porque zelos te di
Te quieras vengar de mí
Con importunos sermones.

Isab. ¡Jacinta!
Jac. ¡Calla por Dios!

Amar sin consuelo es duro;
Mas tambien es fuerte apuro
El verse amada por dos.
Mujeres hay, mas de diez,
Que á dos suelen contentar;
Pero yo no puedo amar
Mas que uno solo á la vez.
Pues basta con un esposo,
Querer á dos es punible;
Pero mi pecho es sensible...
Y no puede estar ocioso.

Iguales galanterías
Debí á los dos de que hablo;
Mas mientras vivió don Pablo
No quise yo á don Matias.
¿Y no será un desacierto,
Si ahora de amarle me privo,
Matar sin piedad al vivo
Porque no se ofenda el muerto?
Su especial filosofia
Cada cual tiene en secreto,
Y pues la tuya respeto,
Déjame en paz con la mia.

ESCENA XV.

ISABEL.

¡Alma á quien el alma di,
Si á las dos nos escuchaste,
Mira á qué mujer amaste!
¡Júzgala y júzgame á mí!

He de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió.
Si el cielo cortó sus dias,
Y no ha muerto don Matias,
¿Puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
A admitir amante nuevo,
Aunque en justicia no debo
Darle una mala respuesta.
Don Pablo, que era su amigo,
Le dijo que si él moria
Y yo en ello consentia,
Se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro
Cuán de veras he sentido
Que se haya ¡ay de mí! cumplido
Aquel preságio siniestro;
Mas yo ahora te pregunto:
Si al otro llevo á querer,
¿Hago mas que obedecer
La voluntad del difunto?

Isab. ¿Su voluntad? ¡Impostura!
¡Maldad! Quien de veras ama
Con el amor que le inflama
Desciende á la sepultura.
Si el pago que tú le das
Sabido hubiera al morir,
Pudieras maldecir,
Pero ¿olvidarte? ¡Jamás!
¡Así tu lengua le infama!
¿Qué amante, si de este nombre
Es merecedor, á otro hombre
Deja en herencia su dama?
No; que es la dulce mitad
De su alma, y en la agonía
Tras sí llevarla querría
A la inmensa eternidad.

Jac. Tanta exaltacion me asombra
Y tan extraña amargura.
¿Le amabas tú por ventura,
Que así delendes su sombra?

Isab. Le amaba... ¿Qué digo? Le amo,
Le idolatro todavia,
Y él soló me arrancaria
Las lágrimas que derramo.
El ignoró mi tormento, —
¡Triste ley de la mujer! —
Y ni aun pude merecer
Cortés agradecimiento.
Ahora sin rubor quebranto
Del silencio la cadena;
¡Ahora que la dicha ajena
No turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
Ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasion.
La divinizó la muerte!
Jac. ¿Tú le amabas, Isabel?

ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

Plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barbería.

ESCENA PRIMERA.

DON FROILAN, DON ELIAS, JACINTA,
DON MATIAS.

(Don Matias viene delante con Jacinta de bruero; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con copas.)

Mat. Mucho sufriré esta noche, Jacinta.

Jac. ¿Por qué lo dices?

Mat. Porque estás bella en extremo, Y vendrán de quince en quince A colmarte de lisonjas Los que conmigo compiten.

Jac. ¿Qué importa, si solo á ti El alma mía se rinde?

Mat. ¡Oh dicha! Solo te ruego Que no bailes con el titere De Fermínito.

Jac. Contigo Solo, mi bien.

Mat. ¿Qué felices Seremos cuando el enlace Suspirado...!

(Sigue hablando en voz baja con Jacinta. Los cuatro se han parado junto á la puerta.)

Froil. ¿Usted no asiste (A don Elias.)

Al baile?

Elias. Tengo un asunto...

Froil. Pues yo también pienso irme A la ópera y volver; Porque los bailes me embisten, Aun siendo de confianza Como este.

Elias. A tales convites Soy yo poco aficionado. Si además de los violines Hubiere cena... Lo digo

Por la broma y por los brindis.

Jac. ¿Qué hacemos aquí? ¿No subes?

Froil. Vamos. (Entran en la casa.)

Elias. Ea, divertirse.

ESCENA II.

ELIAS.

Hora es de entrar en la iglesia, Y aunque un funeral es triste Funcion, Isabel la paga, Y basta que ella me fie Sus secretos y yo sea Su amigo y correvédele, Para acompañarla pio Hasta el postrer parece mihi.

(Las campanas tocan á muerto.)

Esa funebre campana Me recuerda ¡ay infelice!

Mis diez medallas difuntas;

Y á fe que no se redimen

Las ánimas de esa especie

Con responsos ni con kyries.

¿Y habré de rezar al muerto

Después que fué tan caribe

Que se llevó al otro mundo

Mis pobres maravédeses?

Si al menos, en justo premio

De un esfuerzo tan sublime,

Ya que Isabel no me dé

Su mano y su dote pingüe,

Me confiriese el empleo

De su curador *ad litem*...

Pero en el templo me espera.

Vamos... ¡Ah, qué bella efigie!

¡Lástima de criatura!

Por un muerto se desvive,

Cuando suspira por ella.

Un vivo de mí calibre!

(Al entrar don Elias en la iglesia llegan hablando don Antonio y sus amigos. Oyese otra vez la campana.)

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO,
DON MARIANO, EL BARBERO.

Ant. La noche no está muy fría. No entremos, que aun es temprano.

Lup. ¿Dónde encenderé este habano?

Mar. Ahí está la barbería.

Lup. Dices bien. — ¡Ave Maria!

(A la puerta, y sale el barbero.)

¿Podré encender este puro?

Barb. ¡Señor don Lupericio Muro!

Ya sabe usted que en mi casa...

(Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro don Lupericio, y se la vuelve.)

Dame esa luz, Nicolasa. —

¿Va usted de baile? Seguro.

Lup. Si; subiremos después.

Barb. Cuidadito, que el demonio

¡Hola! Ahí está don Antonio...

Y don Mariano.. (¡Qué tres!)

Ofrezco á ustedes cortés

La justa hospitalidad,

La cena, la facultad,

Conversacion, la guitarra...

Ant. No, que el oído desgarrá.

(En voz baja á sus amigos.)

Gracias, maestro — Escuchad

(Saludan al barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.)

Barb. Yo celebro que en la plaza

Preferan pasar el rato,

Porque entre ese triunvirato

No podría meter baza.

Tienen lenguas de mostaza;

Sobre todo el cocodrilo

De don Antonio. ¿Hay asilo

Que de su pico defienda

La honra? No hay en mi tienda

Navaja de tanto filo.

Que hable y murmure un barbero,

Eso es moneda corriente;

Pero; ser tan maldiciente

Un ilustre caballero!

Ya se ve; el ocio, el dinero...

(Se oye la música del baile.)

¡Hola! El violín se hace rajás,

Y entre tanto las barajas...

¿Qué inmoralidad! ¿Qué vicio!...

Mas cada cual á su oficio.

Afilemos las navajas.

(Al entrarse el barbero en su tienda aparece embozado don Pablo.)

ESCENA IV.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO,
DON MARIANO, EL BARBERO, DON
PABLO.

Pablo. Por aquí atajo camino. Tiro despues á la izquierda...

¡Oh, Jacinta! ¿Cuál va á ser Tu alegría, tu sorpresa...!

Quizá no haya recibido

Mis cartas; quizá me tenga

Por muerto. De todas suertes

Es imposible que sepa

Mi llegada. Entrar de incógnito

Ha sido feliz idea,

Y apearne en un meson! —

Antes que llegue á su puerta

Quiero besar otra vez

Su adorada imágen bella.

(Saca el retrato y lo besa.)

¡Bien mio! ¿Serán iguales

Tu hermosura y tu firmeza?

¡Ah! No lo dudo. Volemos...

(La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.)

Mas ¿qué campanas son esas?

¡Tocan á muerto! Con malos

Auspicios vuelvo á mi tierra.

No he temido en la campaña

A balas ni bayonetas,

Y sin poder remediarlo

Esas campanas me aterran.

¡Por cierto que es miserable

La humana naturaleza! —

¡A muerto, si! En ese templo

Están celebrando exequias...

¿Si entraré?... Mejor será

Preguntar en esta tienda.

¡Desgracias!

Barb. Adelante. (Saliendo.)

La navaja está dispuesta.

Entre usted. Le afeitare

Con primor y ligereza.

Pablo. No lo necesito. Gracias.

Parece que en esa iglesia

Hay entierro. ¿Sabe usted

Quién es...? digo mal, quién era

El muerto?

Barb. Don Pablo Yagüe.

Pablo. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?

Barb. Lo que oye usted; si; don Pablo Natural de Cariñena,

Vecino de Zaragoza,

Hacendado, hombre de letras,

De estado soltero, edad

Como de veintiocho á treinta,

Oficial movilizado,

Buen mozo, *et cetera, et cetera.*

Pablo. (Peregrina es la aventura;

Y el hombre da tales señas...

Lo mas singular del caso

Es el ser yo á quien lo cuenta.)

Barb. Ya nadie ignora su muerte;

Ni aun los niños de la escuela.

Pablo. ¡Bravo! Puede ser que yo Me haya muerto y no lo sepa.)

Barb. Parece que usted se aflige Al oír tan triste nueva.

Pablo. Todas las malas noticias Que oiga yo sean como esa.

Barb. ¿Qué dice usted! Con que ¿un muerto...?

Pablo. Dios le dé la gloria eterna, Pero yo llorara mas La muerte de otro cualquiera.

Barb. ¿Hombre! ¿Por qué?

Pablo. Yo me entiendo.

¿Ha muerto aquí?

Barb. No. En la guerra. En la gloriosa jornada

De los campos de Gaudesa.

Murió como un Alejandro

Después de hacer mil proezas.

Cargó él solo á un batallón

Y le quitó la bandera.

Pablo. ¿Cáspita!

Barb. Treinta facciosos

Le atacan; y él ¿qué hace? Cierra

Con todos, y á veinticuatro

Deja tendidos.

Pablo. ¿Aprieta!

Barb. Al fin sucumbió. ¿Qué lástima!

¿Un mozo de tantas prendas...!

Pablo. ¡Ah! ¿Le conocía usted?

Barb. No, señor; y es que, á la cuenta,

Se afeitaba solo. Pero

Todo el mundo le celebra...

Pablo. ¿Después de muerto! ¿Verdad?

(*Vuelve á oírse el son de las campanas*

sin cesar el de la música.)

Barb. Yo le diré á usted...

(*Los tres paseantes se paran en corrillo*

cerca de la barbería.)

Lup. Aun suenan

Las campanas. ¿Pobre Pablo!

Si su muerte me causa pena.

Barb. Justamente esos señores

Hablan del muerto.

Pablo. ¿Quisiera

Escuchar...

Barb. Pues éntre usted

En el corro: con franqueza.

Son parroquianos y amigos.

Pablo. No quiero yo que me vean.

Barb. ¿Por qué?

Pablo. Tengo mis razones.

Barb. Si no mienten mis sospochas

Usted es pariente del muerto.

Pablo. Algo hay de eso; si

Barb. Por fuerza.

Quando ví que se alegraba

De oír el *requiem aeternam*,

Dije para mí al momento:

Este es de la parentela.)

Pablo. Y allí hay música.

Barb. Es un baile.

Pablo. ¡Este es el mundo!

Mar. Mi lengua

Siempre elogiará á don Pablo.

(*Don Pablo aplica el oído sin desembozarse.*)

Ant. ¿Qué talento aquel!

Lup. ¿Qué amena

Conversación!

Mar. ¿Qué donaire!

Barb. ¿Lo oye usted?

Pablo. Sí.

Ant. ¿Qué nobleza

De sentimientos!

Lup. Su bolsa

Para todo el mundo abierta...

Pablo. Esos que ahora le alaban

Le quitaban la pelleja

Quando vivo; yo lo sé.

¡Maestro, al que está en la huesa

Nadie le envidia! (*Cesa la música.*)

Barb. En efecto;

Siempre oigo decir lindezas

De todos los que se mueren.

Ant. Dices bien. No lo creyera

De don Matías. ¿Qué acción

Tan indigna! ¿Qué baja!

Solicitar á Jacinta...

Pablo. ¿Qué oigo!

Ant. ¿Habiendo sido prenda

De su amigo y camarada!

Pablo. ¡Ah, traidor amigo! — Y ella...

¡Oh! No; no es posible... Oigamos...

¡Ahora que mas me interesa

Oírlos, bajan la voz!

(*Don Froilan sale de la casa del baile,*

atraviesa el teatro, y al emparejar con

los del corrillo le reconoce don Antonio.)

Lup. No vi ingratitude mas negra.

ESCENA V.

DON PABLO, DON ANTONIO,
DON LUPERCIO, DON MARIANO, EL
BARBERO, DON FROILAN.

Ant. ¿Don Froilan! ¿Adónde bueno?

¿Ya deja usted el baile?

Froil. Es fiesta...

Que me fastidia y me apesta...

Prefero estar me al sereno.

Diversión es el bailar,
Expuesta á mil contingencias.

Sus fatales consecuencias

He visto á muchos llorar.

Ya pincha como lanceta

El alfiler de un justillo;

Ya se disloca un tobillo

Al hacer una pirueta;

Ya, por estar ajustado,

Se revienta el pantalon;

Ya encaja mal el balcon,

Y entra un dolor de costado.

El ruido, la baraunda

Le vuelven á un hombre loco...

Y no es difícil tampoco

Que se abra el piso y nos hunda,

Lup. Todo es triste para él.

(*Bajo á don Mariano.*)

Ant. ¿Y las hermanitas bellas?

Allí estarán.

Froil. Sí; una de ellas.

Pablo. ¡Cielos!... ¡Oh! Será Isabel.)

Ant. ¿Es Jacinta?

Froil. Justamente.

Pablo. ¡Ah!...

Mar. ¿Cómo no están las

dos?

Pablo. ¡Ella baila, justo Dios,

Y yo de cuerpo presente!

Froil. ¿Baille la otra? ni el nombre

Sufriría. Es tan adusta...

Barb. Pues mire usted, á mi me gusta...

(*En voz baja á don Pablo. Ambos se*

mantienen á la puerta de la tienda algo

distantes de los demás.)

Pablo. ¡Silencio!

Barb. ¿Quién será este hombre?

Ant. ¿Y don Matías, el fiel

Adorador de Jacinta?

Froil. Tierno está como un Aminta.

Ant. ¿Y ella?

Froil. Se muere por él.

Pablo. ¡Eso mas! ¡Pérfida!... ¡Ingra-

tos!..)

Lup. Boda habrá.

Froil. ¿No la ha de haber?

Mañana al anochecer

Se celebran los contratos.

Pablo. (*Muérete ¡y verás...!* ¡Ah,

perra!

Ant. Pero, amigo, usted confiese

Que es infamia... ¡Si lo viese

El que está pudriendo tierra!

Froil. Sin razon se quejaria,

Porque ¿qué mal hay en esto?

Nada. A rey muerto, rey puesto.

Lo demás es bobería.

(*Suena otra vez la campana.*)

Pablo. ¡Habrás picaro!

Froil. ¿Qué diablo!...

Me aturde ese campaneó.

¿Es sermon, ó jubileo?

Mar. No. Las honras de don Pablo.

Ant. Pues ¡qué! ¿usted no lo sabía?

Froil. ¿Qué he de saber? No por cierto.

Lup. Pues ya. Sabiendo que el muerto

Es don Pablo, asistiria...

Froil. No tal. Tengo mil asuntos...

Es muy triste un ataud...

No poseo la virtud

De resucitar difuntos.

Pablo. ¡Bribon! Aunque tú no quie-

ras,

Resucitaré, y tres mas;

Y mañana sentirás

Que no haya muerto de veras.)

Froil. Ya al solemne funeral

El domingo asistí yo

Que por su alma celebró

La milicia nacional.

¿Dos entierros! ¿Qué boato!

¿Tanto valia su nombre?

¿Dos entierros para un hombre

Que falleció *ab intestato!*

Barb. ¿Qué tio!

Pablo. ¿Por Dios, maestro!...

(*Haciéndole callar.*)

Froil. Y es todo en vano. Yo sé

Que al otro mundo se fué

Sin rezar un *Padre nuestro.*

Él busco su muerte, si;

Y por eso no me aflige.

Yo su horóscopo le dije

Y no hizo caso de mí.

Ant. Pero, hombre...

Froil. Las ocho... Aun llevo

Al acto segundo. Estoy

Convidado... Ea, me voy

A la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI.

DON PABLO, DON ANTONIO, DON
LUPERCIO, DON MARIANO, EL
BARBERO.

Mar. ¿Qué entrañas tiene!

Ant. Es nefando.

Lup. ¡Y predica como un fraile!

Ant. Basta. ¿Vámonos al baile?

Lup. Si, si. Ya estarán tallando.
(*Se entran en la casa del baile. Don Pablo se queda pensativo.*)

ESCENA VII.

DON PABLO, EL BARBERO.

Barb. ¿Sabe usted que el don Froilan es hombre de mala estofa? El egoista agorero Le llaman en Zaragoza. ¡Miren qué disculpas da Para faltar á las honras Del que iba á ser su cuñado! Y eso que, segun me informan, Le hizo el muerto mil favores. Pues ¡digo! ¡Tambien la otra, Que al són del *luccat ei* Bailando está la gabota, Y con el pérfido amigo Concierta alegre la boda! Y luego si uno murmura Dirán... (Pero no se toma La molestia de escucharme. Extravagante persona Es este *quidam*).

Pablo. (Estoy Por subir, y á esa traidora... Pero mas que ella me irrita Su hermano. ¡Pues no hace mofa De mi muerte! A bien que pronto Se convertirá en congojas Y lamentos el sarcasmo Con que á los muertos baldona. Aquí le traigo yo un *reçipe* Que no ha de tomarlo á broma. — Pero el castigo, aunque duro, No satisface mi cólera. Yo quisiera otra venganza Mas directa; mia sola... ¡Ah! ¡Qué idea tan feliz! Mi escribano Ambrosio Mora Vive al volver esa esquina; Don Froilan está en la ópera... Voy volando...) Abur, maestro.

Barb. Felices noches. (Ahora Se va y me deja en ayunas...)

Pablo. ¿Oyó usted á aquella boca Excomulgada insultar Al que está bajo la losa?

Barb. Si; ¡el tal don Froilan...!

Pablo. Pues luego

Cantará la palinodia.

Barb. ¿De veras? Diga usted. ¿Cómo...?

Pablo. Es un secreto.

Barb. No importa.

Vamos..., yo no lo diré...

Pablo. Sino á toda la parroquia.

Barb. No tal. Yo soy...

Pablo. Excelente

Barbero.

Barb. Usted me sonroja;

Mas...

Pablo. Cuente usted con mi barba

Si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

EL BARBERO.

¡Por el alma de Judas...! Ahora le prenderia, á ser alcalde. Yo quiero su secreto: no su barba; Y por salir de dudas Consintiera en rapársela de balde. ¡Señor! ¿Qué extraño ente Es este, que una sola *Ave Maria* No reza por el alma de un pariente, Y luego si otra lengua A escarnecer se atreve su ceniza Cual si oyera á Luzbel se escandaliza? Calla su nombre, oculta su semblante..., Si hablan del muerto, aplica las orejas... ¡Y las cierra á la fúnebre salmodia! Y ¿qué le importa, en fin, que el otro cante

O deje de cantar la palinodia?

Ello, el asunto es serio.

Un embozado, un muerto, un maldiciente...

Si aclarar no consigo este misterio

¿Qué me dirá después el parroquiano?

¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia

Si no puedo nombrar á ese fulano

Ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

EL BARBERO, DON ELIAS.

Elias. ¡ Hermosa criatura! Con el llanto,

Que á otras afea tanto,

Se aumenta de su rostro peregrino

El seductor encanto.

Por no ofender á Dios salgo del templo.

¡Oh, ciegos pecadores,

De mi austera virtud tomad ejemplo!

Otro en el dulce error se obstinaria, Mas yo ni aun en la senda del pecado Abandono la sabia economía. Ya que es pecar sin fruto El adorar las dotes... ¡y la dote! De ese hermoso portento, Poñamos al amor veto absoluto, Y demos otro giro al pensamiento. Diez onzas... ¡Ay! Cabaes Tres mil doscientos reales. ¡Fatal recuerdo! El corazon le odia, ¡Y siempre ha de venir á atormentarme!

Barb. (No puedo echar de mi la palinodia.)

(*Don Elias llega paseando á la puerta de la barberia. Suenan por última vez las campanas.*)

Elias. Maestro, buenas noches.

Barb. ¿Sanguijuelas?

¿Un repaso á la barba?

Elias. No. amigo. Mi dolor...

Barb. ¿Dolor de muelas?

Elias. ¡Ah!

Barb. Si hay cáries, afuera; es muy sencillo.

Prepararé el gatillo...

Elias. ¡Por Dios y por las ánimas benditas!

Ya me han sacado ¡diez! — No de la boca.

¡Ojalá!

Barb. Pues ¿de dónde?

Elias. ¡Del bosillo!

Oígame usted: le contaré mis cuitas.

Ese hombre á quien entierran...

Barb. A propósito...

Un embozado aquí que, por lo visto,

Es su pariente...

Elias. ¡Ah! ¿Le dejó en depósito

Alguna cantidad? ¿Es su albacea?

Barb. Lo contrario berrunto,

Porque habló con desprecio difunto.

Elias. ¡No hay esperanza!

Barb. Es hombre misterioso.

Quizá usted le conozca, don Elias.

Quizá usted que era amigo de don Pablo...

Elias. En hora buena se le lleve el diablo;

Mas ¡tambien mi dinero!...

Barb. A lo que entiendo,

El tiene trazas de mover un cisco...

Con don Froilan es toda su ojeriza.

Elias. ¡Sepultadas mis onzas en el fisco!

Al pensarlo me tiro de las greñas,

Y bramo de furor.

Barb. Daré las señas,

Es alto, es rubio...

Elias. No; no le perdono.

Su muerte fué un suicidio.

Barb. Militar parecía...

Elias. ¡Se ha matado

Por llevarse á la tumba mi subsidio!

Barb. Hombre de buena edad, grueso...

Elias. ¡Mentira!

Barb. Perdone usted...

Elias. ¡Mentira! No he rezado,

Aunque usted me haya visto ¡mal pecado! Salir del templo.

Barb. ¡Dale!

¡Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro. Al despedirse dijo...

Elias. Maestro, aquella tumba era mi potro,

Y el duelo era un sarcasmo, una parodia...

Barb. Dijo que don Froilan...

Elias. ¡Pérfido! ¡Ingrato!

Barb. Cantaria...

Elias. ¡Ay de mí!

Barb. La palinodia,

Elias. Su muerte...

Barb. ¡Oígame usted!

Elias. Es una afrenta.

Barb. Pero, ¡hombre!...

Elias. ¡Bancarrota fraudulenta!

Barb. ¡Oh! Quedarme prefiero

Con mi curiosidad.

Elias. Yo...

Barb. ¡Basta, basta!

¡Atajar la palabra de un barbero!

Elias. Es que...

Barb. ¡Maldita, amen, sea tu casta!

(*Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.*)

ESCENA X.

DON ELIAS.

¡Cierra la puerta y me planta!

¿Qué diablos tiene ese hombre?

¿Prestó tambien al difunto

Y perdió sus patacones? —

Mas huele á cera apagada;

Las campanas no se oyen...

Vamos; se acabó el entierro;

Y pues yo hago los honores

Funerales, despedamos

El duelo.

(*Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mujeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido*)

Mujer. Dios le perdona.

Elias. Amen. Gracias, Caballeros...

Señoras...

Homb. Felices noches.*Mujer.* Dios le dé la gloria eterna.*Elias.* Así sea.*Homb.* ¡Pobre jóven!*Elias.* Que Dios se lo pague á ustedes...*Mujer.* Beso á usted la mano.*Elias.*

Amen...

Digo gracias.

Homb. *Pater noster...**(Rezando.)**Elias.* Gracias por mí y por el muerto.*(¡Qué tormento! Echo los bofes**De rabia, y tengo que hacer**Cumplidos...)**Mujer.* *Ora pro nobis...**Elias.* Abur. — Isabel no sale.*(Pensará pasar la noche**En la iglesia? ¡Ah! Ya está aquí.*

ESCENA XI.

ISABEL, DON ELIAS, RAMON.

*(Isabel estará vestida de hito; Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los violines.)**Isab.* ¡Aun ballan! ¡Qué corazones!*Ten piedad de ellos, Dios mio.**Suspende el terrible golpe**De tu justicia, por mas**Que su maldad lo provoqué.**Elias.* ¡Oh Isabel, Isabelita!*Usted es un ángel.**Isab.*

¡Pobre

*Don Elias! Usted es fiel**A la amistad. ¡Alma noble,**Alma sensible y piadosa!**Elias.* No merezco esos loores.*Crea usted...**Isab.*

Olvidan otros

*Sagradas obligaciones,**Y usted que nada debía**A don Pablo...**Elias.*

Yo ¿de dónde?

*Al contrario...**Isab.*

Pero Dios

*Premia las buenas acciones.**Elias.* Yo confío en su infinita*Misericordia... (¡Este postre**Me faltaba!)**Isab.*

La que fué

Su delicia, sus amores,

Su único bien, ni aun escucha

El són del místico bronce

Que anuncia su funeral.

Ceñida la sien de flores,

No deposita una sola

Sobre la tumba del hombre

Que la adoró. Ni un suspiro

Lanza aquel pecho de roble,

Si no á la grata memoria

Del que iba á ser su consorte,

Siquiera al sincero amigo,

Siquiera al valiente jóven

Que el alma rindió invocando

De patria y de amor el nombre. —

Bien haces, Dios no sé paga

De sacrilegos clamores.

No insultes ¡ay! á su sombra.

Déjala que en paz repose,

Ingrata mujer; no mandes

A tos ojos que le lloren

Si en otro semblante luego

Se han de fijar seductores.

Mas puro será mi llanto,

Mas veraz, y desde el orbe

Celestial quizá benigno

Mi Pablo amado lo acoge.

Mi tálamo es su sepulcro.

Deja que en él me corone

Yo sola. Yo sé que su alma

Al alma mia responde,

Y pues yo la he merecido

Mas que tú, ¡no me la robes!

*(El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira. Sigue la música.)**Elias.* ¡Ah, señora! Yo tendria

Un corazon de alcornoque

Si no derramase lágrimas...

(Por mis cuarenta doblones.)

Pero al fin... ¡Cómo ha de ser!

Aunque usted gima y solloce,

Dios lo hizo: no hay esperanza

De que su fallo revoque.

Y ya han cerrado la puerta

Y sopla un viento de norte...

*(Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta y cruza las manos en actitud de orar.)**(No me escucha; se arrodilla**En los yertos escalones,**Y orando por el difunto**Estatua parece inmóvil.**¡Oh, Virgen Madre, que ruegas**Por nosotros... acreedores!**¿Merece un muerto insolvente**Tan devotas oraciones?)*

ESCENA XII.

ISABEL, DON ELIAS, RAMON,
DON PABLO.*Pablo.* (Ya ha recibido el papel;

Ya es otro hombre; ya me llora.

¿Qué apostamos á que ahora

Soy un santo para él? —

¿Otra vez en el salon

Suena la música impia?

¡Oh vil, infame alegría!

¡Oprobio!... ¡Prostitucion!

¿Y no arrojaré del pecho

Al ídolo torpe, ingrato...?

(Saca el retrato, lo despedaza, y lo pisa.)

¡Hé aquí su falaz retrato!...

Caiga á mis plantas deshecho.

Si un día fui tu cautivo,

Ya no, mujer inconstante.

Quien vende muerto al amante,

Vendiera al esposo vivo.

¿Qué se diría de mí

Si me rindiese al dolor...?

Entierra, Pablo, al amor,

Pues te han enterrado á ti.

Engañadora sirena,

Te creí sincera y firme...

Pues si acierto á no morirme,

¡Como hay Dios que la hago buena!

Olvidemos á la infiel;

Que si alrado resuelto,

¿Qué haré con alzar el grito?

Un ridículo papel.

Vuelva á mi pecho la calma;

Y pues soy muerto viviente,

Voy á ver qué buena gente

Pide al cielo por mi alma.

Y á fe que, si al catecismo

Doy un repaso, quizás

Tampoco estará de mas

Que yo me rece á mí mismo.

¡Vaya, que es rara aventura!

Para mí es niño de teta

El austero anacoreta

Que cava su sepultura.

Mas eco hará en los anales

El nombre de un ciudadano

Que concurre vivo y sano

A sus propios funerales.

*(Da algunos pasos hácia la iglesia, siempre**embozado, y se pára.)*

Por hoy ya no puede ser,

Que la iglesia está cerrada. —

Mas ¡qué veo! ¡Arrodillada

Al umbral una mujer!

¿Quién será el alma bendita

Que así me llora insepulto?

En este esquinazo oculto

Observaré...

Elias. ¡Isabelita!...*Pablo.* (¿Si será la hermana bella

De Jacinta? No. ¿A qué asunto

Suspitar por un difunto

Que en su vida...?)

*(El criado, que se pasea silencioso con la linterna en la mano, pasa por junto á Isabel, y la reconoce don Pablo. Cesa la música.)**(¡Pues es ella! —*

¡La otra tan malas entrañas

Y esta adorando mi nombre!

No hay como morir un hombre

Para ver cosas extrañas.)

Isab. Sombra que amo y reverencio,

Perdóname si llorosa

Interrumpo de tu losa

El venerable silencio.

Pablo. (¡Qué oigo!)*Isab.*

Mas grata oblacion

Diérate la amada prenda;

Mas no rehuses la ofrenda

De mi tierno corazon.

Pablo. (Me amaba, me ama... ¡Oh portento!)*Isab.* Si de una triste mortal

Desde el trono celestial

Oyes benigno el acento,

No á Dios le pidas que yo

Deje, sin dejar el mundo,

El dolor veraz, profundo

Que tu muerte me infundió.

No turbe, no, mi quebranto

Las delicias de tu Eden;

¡Que Dios ha puesto tambien

Gloria y delicia en el llanto!

Pablo. (¡Qué alma! ¡Y no la conocí!)*Isab.* Pídele solo al Señor

Que eterno sea el amor

Con que el alma te rendi;

Que nunca humana flaqueza

Me conduzca á no quererte.

¡Antes un rayo de muerte

Caiga sobre mi cabeza!

*(Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.)**Pablo.* (¡No puedo mas! ¡Qué pasión!

Yo llego... ¡Oh ventura mia! —

Mas la súbita alegría

(Deteniéndose.)

Tal vez...)

Isab. Vámonos, Ramon.*(Después de un profundo suspiro.)*

ESCENA XIII.

ISABEL, DON PABLO, DON ELIAS,
RAMON, DON FROILAN.

Froil. Entremos. Aun será tiempo...

Pero la iglesia cerraron.

Pablo. (Ya está aquí mi hombre.)

Froil. ¡Isabel!

¡Don Elias! ¿Cómo os hallo

A estas horas por aquí?

¿Salís del entierro... acaso?

¡Ah! Sí; no hay duda. Ese luto...

Parece que se ha acabado

El funeral.

Elias. Si, señor.

Froil. ¡Y fué para mí un arcano!

¿Por qué no habérmelo dicho,

Y mis ardientes sufragos...?

Isab. ¿A qué, si ya en otra tumba

Le habías tú sepultado

Mas profunda?

Froil. ¡Yo! No entiendo...

Isab. En el olvido!

Froil. ¿A mi Pablo?

¿Al mejor de mis amigos?

¿A quien ya llamaba hermano?

Pablo. (¡Para el necio que te crea!)

Froil. Pues ¡si le quería tanto!

Poco he dicho. Le adoraba.

Pablo. (No sé cómo no le mato.)

Elias. (¡Extraña metamorfosis

Por cierto!)

Froil. ¡Tan buen muchacho!...

¡Ah!... Me nombró su heredero.

Elias. ¿Qué dice usted?

Froil. Aquí traigo

Su postrera voluntad.

Pablo. (Eso no, que ya he tomado

Mis medidas por si muero

Antes de reir el chasco.)

Elias. ¡Usted su heredero!

Froil. Si.

Elias. ¿No habla de otros legatarios

El testamento? ¿O de deudas...?

Froil. No. Todo me lo ha dejado.

¿Qué mucho si nos unió

Desde los primeros años

La dulcísima amistad

Cuyos halagüeños lazos...

Pablo. (¡Hipocritón!)

Froil. (Nuestras almas

Llenaron siempre de encantos?

Elias. Vea usted; y yo creía...

Froil. ¡Ay, caro amigo! Este rasgo

De cariñosa bondad

Hace mayor mi quebranto.

¿Qué son todos los tesoros
Del mundo si los comparo
Con la delicia de verte,
De hablarte...? Mi acerbo llanto
No podrá ¡triste de mí!
Arrancarte al duro mármol
Que te esconde...

Isab. ¡Calla, impío!

¡Blasfemo, sella los labios!

Guárdate el oro que heredas

Y no turbes el descanso

De aquella alma generosa,

Que acaso estará penando

Porque tan mal empleó

Sus dádivas.

Froil. Ese agravio...

Isab. ¡Calla por piedad! No me hagas

Testigo del vil escarnio

Con que insultas las cenizas

De tu bienhechor. Huyamos...

Pablo. (¡Ah, qué ángel!)

Froil. Oye...

Elias. Si usted

Quiere servirse del brazo...

Isab. ¡No! Sola me quiero ir.

Detesto al linaje humano.

¡Perfidia, maldad, baja

Donde quiera...! Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

DON PABLO, DON FROILAN, DON ELIAS.

Pablo. (¿Es sueño acaso? ¿Es delirio?

¡Tanto amor!...)

Froil. ¿Qué sin razon!

¿Qué ruin interpretacion

De mi profundo martirio!

Elias. Y en efecto, el testamento...

Froil. ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!

Y ahora volver á esa fiesta...

Hé aquí mi mayor tormento.

Mas debo forzosamente

Acompañar á mi hermana.

Elias. La herencia es mas que mediana,

Y usted que era ya pudiente...

Froil. ¡Yo baile, oh Dios, yo con-

cierto,

Cuando mi pena es tan grave...!

Elias. Yo tenia, usted lo sabe,

Relaciones con el muerto...

Froil. No toque usted ese punto,

Que mi afliccion...

Elias. Sin embargo...

Usted debe hacerse cargo

ESCENA XV.

DON PABLO, DON ELIAS.

(Llega don Pablo por detrás de don Elias,
y le toca en el hombro.)

Pablo. Tenga usted mas caridad
Con los difuntos.

Elias. ¿Qué vez...?
(Volviéndose asustado.)

Si yo creyera en visiones
Diría... (Se reconoce.)

Si; ¡el es! Favor...

Pablo. ¡Silencio! No soy fantasma.
Yengo...

Elias. De parte de Dios

Te digo, sombra iracunda...

Pablo. No hay tal sombra. Vivo estoy.

Acérquese usted sin miedo.

Tenemos que hablar los dos.

Elias. Si en el otro mundo penas

Como en este pene yo,

Al heredero le toca

Procurar tu redencion;

No á mi, difunto don Pablo;

A mí que soy tu acreedor,

A mí...

Pablo. Basta. Sabe usted

Que soy hombre de razon,

Y si yo me hubiera muerto,

No lo negaría, no.

Caf herido de un balazo

En medio de la faccion.

Sin duda al verme tendido

Sin aliento y sin color

Todos me dieron por muerto

Sin mas averiguacion;

Y como nadie después

De mí ha sabido hasta hoy,

No extraño que en mis exequias

Haya graznado el fagot.

Recobrados mis sentidos

Con el frio y el dolor,

Medio vivo, medio muerto,

Me levanté del monton.

En vano pedia auxilio;

Nadie escuchaba mi voz. —

Por fin llegué como pude

A la choza de un pastor.

Por buena suerte la herida

No era mortal, aunque atroz.

Aquella familia honrada

Tuvo de mi compasion;

Y curándome en sigilo,

Sin botica ni doctor,

Me libértó de las uñas
De *Tristany ó Caragol*.
Recobradas ya mis fuerzas
Mi marcha emprendo veloz
De regreso á Zaragoza,
Y hoy llevo á puertas de sol
Para reir desengaños
De este mundo pecador.

Elias. ¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...

Pablo. Usted es un hombre de pro.
Usted ha rezado en mi entierro...

Elias. ¡Oh! Si; con mucho fervor.

Pablo. Y gracias por su cristiana
Misericordia le doy.

Solo á usted me he descubierto...

Elias. Usted me hace sumo honor...

Pablo. Mas nadie sepa que vivo
Hasta mejor ocasion.

Usted sabrá mis proyectos,
Y cuento con su favor
Para llevarlos á cabo.

Elias. Sabe usted que siempre estoy
A su obediencia. — A propósito:

El papel que se quedó

Sin firmar... Aquí lo traigo.

Si á la luz de ese farol

El que habrá en el portal de la casa
donde se baila.)

Quisiera usted... Pediremos
Un tintero...

Pablo. ¿No es mejor.

Que se venga usted conmigo

Y le daré en el meson

Las diez onzas consabidas,

Los réditos y otras dos

En muestra de gratitud...?

Elias. ¡Oh qué bello corazon!

Pablo. Justamente ya ha debido

Cobrar mi administrador

Unas letras...

Elias. No es decir

Que yo tenga prisa, no.

Solo por acompañar

A usted... ¡Supremo Hacedor,

No me le mates ahora,

Cumpla su buena intencion!

Pablo. Vamos...

Elias. Abriguese usted.

(Componiéndole el embazo de la capa.)

¡Cuidarse! (Don Pablo tose.)

¿Qué es eso? ¿Tos?

Pablo. No es nada.

Elias. Es que usted estará

Delicado; y el pulmon...

Pablo. Cállese usted, don *Elias*,

(Riéndose.)

Que mi palabra le doy
De no morirle otra vez
Sin pagarle.

Elias. (¡Oigate Dios!)

ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO, DON ELIAS.

(Entran con precaucion. El teatro está oscuro.)

Pablo. Si alguno nos ha observado...

Elias. Solo lo sabe Ramon,

Y ese es de satisfaccion.

Puede usted entrar descuidado.

Jacinta está de jolgorio

Con su novio y los amigos

Que servirán de testigos

Para el impio casorio.

Luego que apuren los platos

Del opiparo banquete

Vendrán á este gabinete

Para firmar los contratos.

Pablo. Isabel...

Elias. No fué posible

Hacerla entrar en la fiesta.

La maldice y la detesta

Como sacrilegio horrible.

Pablo. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilan?

Elias. Muerto está de pesadumbre;

Mas, ya se ve; la costumbre...

La etiqueta, el qué dirán...

Pablo. Al bien y al mal se acomoda

Esa frase; y ¿qué ha de hacer

Quien por fuerza ha de escoger

Entre un duelo y una boda?

Elias. Ya; pero, entre el mundo y Dios,

Don Froilan gime... y devora;

Luego apura el vaso... y llora;

Y así cumple con los dos.

Pablo. ¿Está todo preparado?

Elias. Todo como usted desea.

Pablo. Sentiré que alguien me vea.

Elias. ¿Cómo? En un cuarto excusado...

Pablo. Quisiera un instante hablar

Con Isabelita... Pero

Prepárela usted primero.

Elias. Entiendo. Vóila á buscar.

Pues llevan largo el convite

Y Ramon está advertido,

Fácil será...

Pablo. Siento ruido...

Elias. Traen luces. ¡Al escondite!

(Don Pablo corre á esconderse en el cuarto del foro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.)

ESCENA II.

DON ELIAS, RAMON.

Elias. ¿Ha visto alguien á don Pablo?

Ramon. No, señor; nadie le ha visto.

Elias. Vete, y ¡silencio!

Ramon. No chisto.

Elias. Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

DON ELIAS.

¡Por hacer aquí el rufian

Dejo la opipara mesa!...

Pero servir me interesa

Al escondido galan.

¿Qué no he de esperar de ti,

Difunto que expresamente

Resucitas complaciente

Solo por pagarme á mi?

¡Y con qué rumbo! Ea, pues;

Busquemos á Isabelita

Y anunciemos la visita...

Mas ¿quién se acerca? — Ella es.

ESCENA IV.

DON ELIAS, ISABEL.

Isab. ¿Qué hace usted tan solo aquí?

Elias. Señora, no es de mi gusto

Esa infame bacanal,

Y aquí me estoy hecho un buho

Contemplando las flaquezas

Y aberraciones del mundo.

¿Dejarán la mesa pronto?

Isab. No sé.

Elias. Desde aquí descubro...

(Mirando por la puerta de la izquierda.)

Los postres sirven. — No acaban

Ni en veinticinco minutos.

¡Qué contraste! ellos riendo,

¡Y usted vestida de luto!

Isab. Y quizás de mi afliccion

Se mofan.

Elias. ¡Atroz insulto!

¡Y acaso aun están calientes

Las cenizas del difunto!

Isab. ¡Ah!

Elias. Si apareciese ahora

Entre ellos vivo y robusto

El mismo á quien juzgan muerto,

Como figuras de estuco

Se quedarían.

Isab. ¡Ay Dios!

Elias. Y ¿qué maravilla? Algunos

Suelen tornar á la vida

Desde el borde del sepulcro.

Isab. No con vanas ilusiones

Aumente usted mi profundo

Dolor.

Elias. No quiero decir

Que Dios, aunque sea sumo

Su poder, haga un milagro,

Y se alcen á mis conjuros

Los que descansan en paz;

Pero, señor, yo pregunto,

¿Quién da fe de que haya muerto

Don Pablo? Un parte confuso...

La declaracion verbal

De un amigo infiel, perjurero...

Isab. Y otros ciento que en el campo

Le vieron yerto, insepulto;

Y los facciosos tambien

Le contaron en el número

De los muertos. Si el viviera

No podría estar oculto

Su destino tantos dias.

¡Nunca se verán enjutos

Mis ojos! ¡No hay esperanza!

Elias. Pues yo la tengo y la fundo

En razones poderosas.

¡Oh! ¡Como de esos renuncios

Se cometen en los partes!

Ni siempre la voz del vulgo...

Bien pudo caer don Pablo

Herido en el campo y pudo

Salvarse después... En fin,

Aunque parezca un absurdo,

Me libértó de las uñas
De *Tristany ó Caragol*.
Recobradas ya mis fuerzas
Mi marcha emprendo veloz
De regreso á Zaragoza,
Y hoy llevo á puertas de sol
Para reir desengaños
De este mundo pecador.

Elias. ¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...

Pablo. Usted es un hombre de pro.
Usted ha rezado en mi entierro...

Elias. ¡Oh! Si; con mucho fervor.

Pablo. Y gracias por su cristiana
Misericordia le doy.

Solo á usted me he descubierto...

Elias. Usted me hace sumo honor...

Pablo. Mas nadie sepa que vivo
Hasta mejor ocasion.

Usted sabrá mis proyectos,
Y cuento con su favor
Para llevarlos á cabo.

Elias. Sabe usted que siempre estoy
A su obediencia. — A propósito:

El papel que se quedó
Sin firmar... Aquí lo traigo.

Si á la luz de ese farol

*El que habrá en el portal de la casa
donde se baila.)*

Quisiera usted... Pediremos
Un tintero...

Pablo. ¿No es mejor.
Que se venga usted conmigo

Y le daré en el meson
Las diez onzas consabidas,

Los réditos y otras dos
En muestra de gratitud...?

Elias. ¡Oh qué bello corazón!

Pablo. Justamente ya ha debido
Cobrar mi administrador

Unas letras...

Elias. No es decir
Que yo tenga prisa, no.

Solo por acompañar
A usted... ¡Supremo Hacedor,

No me le mates ahora,
Cumpla su buena intencion!

Pablo. Vamos...

Elias. Abriguese usted.
(Componiéndole el embazo de la capa.)

¡Cuidarse! *(Don Pablo tose.)*
¿Qué es eso? ¿Tos?

Pablo. No es nada.

Elias. Es que usted estará
Delicado; y el pulmon...

Pablo. Cállese usted, don *Elias*,
(Riéndose.)

Que mi palabra le doy
De no morirle otra vez
Sin pagarle.

Elias. *(¡Oigate Dios!)*

ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO, DON ELIAS.

*(Entran con precaucion. El teatro está
oscuro.)*

Pablo. Si alguno nos ha observado...

Elias. Solo lo sabe Ramon,
Y ese es de satisfaccion.

Puede usted entrar descuidado.

Jacinta está de jolgorio

Con su novio y los amigos

Que servirán de testigos

Para el impio casorio.

Luego que apuren los platos

Del opiparo banquete

Vendrán á este gabinete

Para firmar los contratos.

Pablo. Isabel...

Elias. No fué posible
Hacerla entrar en la fiesta.

La maldice y la detesta

Como sacrilegio horrible.

Pablo. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilan?

Elias. Muerto está de pesadumbre;

Mas, ya se ve; la costumbre...

La etiqueta, el qué dirán...

Pablo. Al bien y al mal se acomoda

Esa frase; y ¿qué ha de hacer

Quien por fuerza ha de escoger

Entre un duelo y una boda?

Elias. Ya; pero, entre el mundo y Dios,

Don Froilan gime... y devora;

Luego apura el vaso... y llora;

Y así cumple con los dos.

Pablo. ¿Está todo preparado?

Elias. Todo como usted desea.

Pablo. Sentiré que alguien me vea.

Elias. ¿Cómo? En un cuarto excusado...

Pablo. Quisiera un instante hablar

Con Isabelita... Pero

Prepárela usted primero.

Elias. Entiendo. Vóila á buscar.

Pues llevan largo el convite

Y Ramon está advertido,

Fácil será...

Pablo. Siento ruido...

Elias. Traen luces. ¡Al escondite!

*(Don Pablo corre á esconderse en el cuarto
del foro y cierra por dentro las vidrie-
ras. Ramon trae luces.)*

ESCENA II.

DON ELIAS, RAMON.

Elias. ¿Ha visto alguien á don Pablo?

Ramon. No, señor; nadie le ha visto.

Elias. Vete, y ¡silencio!

Ramon. No chisto.

Elias. Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

DON ELIAS.

¡Por hacer aquí el rufian

Dejo la opipara mesa!...

Pero servir me interesa

Al escondido galan.

¿Qué no he de esperar de ti,

Difunto que expresamente

Resucitas complaciente

Solo por pagarme á mi?

¡Y con qué rumbo! Ea, pues;

Busquemos á Isabelita

Y anunciemos la visita...

Mas ¿quién se acerca? — Ella es.

ESCENA IV.

DON ELIAS, ISABEL.

Isab. ¿Qué hace usted tan solo aquí?

Elias. Señora, no es de mi gusto

Esa infame bacanal,

Y aquí me estoy hecho un buho

Contemplando las flaquezas

Y aberraciones del mundo.

¿Dejarán la mesa pronto?

Isab. No sé.

Elias. Desde aquí descubro...

*(Mirando por la puerta de la iz-
quierda.)*

Los postres sirven. — No acaban

Ni en veinticinco minutos.

¿Qué contraste! ellos riendo,

¡Y usted vestida de luto!

Isab. Y quizás de mi afliccion

Se mofan.

Elias. ¡Atroz insulto!

¡Y acaso aun están calientes

Las cenizas del difunto!

Isab. ¡Ah!

Elias. Si apareciese ahora

Entre ellos vivo y robusto

El mismo á quien juzgan muerto,

Como figuras de estuco

Se quedarían.

Isab. ¡Ay Dios!

Elias. Y ¿qué maravilla? Algunos

Suelen tornar á la vida

Desde el borde del sepulcro.

Isab. No con vanas ilusiones

Aumente usted mi profundo

Dolor.

Elias. No quiero decir

Que Dios, aunque sea sumo

Su poder, haga un milagro,

Y se alcen á mis conjuros

Los que descansan en paz;

Pero, señor, yo pregunto,

¿Quién da fe de que haya muerto

Don Pablo? Un parte confuso...

La declaracion verbal

De un amigo infiel, perjuro...

Isab. Y otros ciento que en el campo

Le vieron yerto, insepulto;

Y los facciosos tambien

Le contaron en el número

De los muertos. Si el viviera

No podría estar oculto

Su destino tantos dias.

¡Nunca se verán enjutos

Mis ojos! ¡No hay esperanza!

Elias. Pues yo la tengo y la fundo

En razones poderosas.

¡Oh! ¡Como de esos renuncios

Se cometen en los partes!

Ni siempre la voz del vulgo...

Bien pudo caer don Pablo

Herido en el campo y pudo

Salvarse después... En fin,

Aunque parezca un absurdo,

Yo creo... Yo tengo datos...

Isab. ¡Ah! ¿Cuáles son?

Elias. Dios es justo...

Isab. ¡Insensata! ¿Cómo puedo esperar...?

Elias. Si de su puño

Enseñase yo una carta...

Isab. Basta, basta. Yo no sufro

Que usted se burle de mí

Tan cruelmente.

Elias. No me burlo.

Vive don Pablo.

Isab. ¡Oh, Dios mío!

¿Será posible?

Elias. Lo juro.

Isab. ¿Dónde...?

Elias. Baje usted la voz.

Si no temiera que un susto

Repentino...

Isab. No; mi gozo...

Venga esa carta...

Elias. Presumo

Que usted daría mas crédito

A un testigo... y me aventuro

A presentarlo...

Isab. ¿A quién? ¿Cómo...!

Elias. Usted le conoce mucho.

Isab. Yo... ¿Dónde está?

Elias. Salga usted.

(Junto á la puerta del foro, que había
entreabierto don Pablo.)

El momento es oportuno.

ESCENA V.

DON PABLO, ISABEL, DON ELIAS.

Pablo. ¡Isabel!

Isab. ¡Ah!... ¡Pablo mío!

(Al verle grita y retrocede asustada, y
después de un instante de silencio le
abrazo con la mayor ternura.)

¿Es posible que te ven

Mis ojos? ¡Pablo! ¿Tú vives?

Mi alma se anega en placer.

¡Dios de bondad! Si es delirio,

Muera yo dichosa en él.

Más no; mis brazos amantes

Le están estrechando. ¡El es!

(Avergonzada se desprende de los brazos
de don Pablo, y baja los ojos.)

(¿Qué estoy diciendo, insensata?

¡Oh rubor!...) Perdone usted...

Elias. Ya han retirado los postres

(Observando á la puerta.)

Y las copas de Jerez.

Isab. Isabel, ese cariño

Que en el alma grabaré

Viene á endulzar la amargura

De un desengaño cruel.

Isab. Dios sabe con qué aflicción

Tu muerte, Pablo, lloré...

Elias. Ya recogen la vajilla.

Ya levantan el mantel.

Pablo. Aunque por muerto me dieron,

De mis heridas sané.

Otra me han hecho en el alma.

Yo la curaré también.

Isab. ¡Pablo!...

Pablo. ¡Hermana de mi vida!

Isab. (¡Hermana!... ¡Ay de mí!)

Pablo. Isabel,

Tú sola sabes que vivo.

Otros lo sabrán después.

¡Querrás por breves instantes

Guardarme el secreto fiel?

Isab. Lo guardaré; mas ¿qué intento...?

Elias. Ya están tomando café,

Pablo. A este contrato nupcial

Presente quiero que estés.

Isab. ¡Tú lo exiges!

Pablo. Y no importa

Que les des el parabien.

Yo se lo doy desde luego;

Y ya jamás flaré

Ni en lisonjeros amigos

Ni en palabras de mujer.

Isab. (¡Qué oigo!)

Pablo. ¡En la tumba se aprende

Mucho!

Elias. ¡Que ya están en pie!

Pablo. Adios... Yo seré mas cauto...

Por si me muero otra vez.

(Se entra en el cuarto del foro, cerrando
las vidrieras.)

ESCENA VI.

ISABEL, DON ELIAS.

Elias. ¡Confidente y centinela

De mi rival! Por usted,

Sólo por usted haría

Tan subalterno papel;

Papel que entrará en el farrago

De deuda sin interés.

Isab. ¡No me ama! ¡Infeliz de mí!

(Sin oírle.)

Mas al fin no le veré

En los brazos de Jacinta.

¿Y si otra me roba el bien

Que el alma anhela...? ¡No importa!

¡Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

ISABEL, DON ELIAS, DON FROILAN,
JACINTA, DON MATIAS, DON ANTONIO,
DON LUPERCIO, DAMAS, CABALLEROS.

(Toman todos asiento en varios grupos.
Don Matias, Jacinta con otras damas y
galanes á un lado; don Lupercio con los
demás convidados á otro; don Antonio
junto á don Froilan; don Elias é Isabel
á un extremo.)

Mat. Adentro. Sin ceremonia.

Jac. Tomen ustedes asiento.

Lup. ¡Oh, que está aquí don Elias!

Elias. Buenas noches, don Lupercio.

Mat. ¿Cuándo viene ese notario?

Que en verdad, ya me impaciento

Esperándole.

Jac. Ya poco

Puede tardar.

Mat. Mira: luego

Que se firmen los contratos

Conyugales, bailaremos.

Dama 1ª. Si, si; un poquito de baile.

Galán 1º. Y será el día completo.

Froil. Esa boda se va á hacer

(Aparte con don Antonio.)

Bajo auspicios muy funestos,

Don Antonio.

Ant. ¿Qué sé yo...?

Se quieren y están contentos...

Jac. Por fin ya nos favorece

(Aparte con don Matias.)

Mi hermana. Pero ¡qué gesto!

Y es un insulto el entrarse

Aquí con vestido negro.

Mat. Como es tan sentimental,

No me admiro...

Jac. Pues yo creo

Que tiene mas de envidiosa

Que de santa.

Mat. Y aun por eso

A falta de otro galán

Se resigna á los obsequios

Del buen don Elias.

Jac. Siempre

Tuvo ruines pensamientos.

Dama 2ª. ¿Qué dote lleva la novia?

(En voz baja.)

Lup. No es gran cosa. Seis mil pesos.

Isab. ¿Cuáles serán los designios

(Aparte con don Elias.)

De don Pablo?

Elias. Es un secreto,

Señorita; y como yo

De económico me precio,

Quiero ahorrar las conjeturas,

Pues al fin he de saberlo.

Froil. Es un cargo de conciencia;

(Aparte con don Antonio.)

Si, señor; y yo no debo

Autorizar...

Ant. ¡Boberia!

Los que se casan son ellos,

No usted.

Froil. ¡Casamiento horrible!

Ant. Peor seria no hacerlo.

Froil. ¡Don Pablo amaba á Jacinta!

Ant. Si, señor...; pero se ha muerto.

Froil. Don Matias fué su amigo.

Ant. Ya; pero no es su heredero.

Froil. ¡Yo lo soy á mi pesar!

Ant. ¡Cómo ha de ser! Ya lo veo.

Froil. Mis lágrimas...

Ant. Yo también

Las vertería... á ese precio.

Mat. Ya está aquí el notario. ¡Viva!

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS, DON
FROILAN, DON MATIAS, DON ANTONIO,
DON LUPERCIO, EL NOTARIO, DAMAS,
CABALLEROS.

Not. Buenas noches, caballeros.

Dama 1ª. Ese curial incivil

(Aparte á un convidado.)

No saluda al bello sexo.

Mat. Vamos; ¡vienen ya extendidos

Los contratos?

Not. Si por cierto.

(Sentándose á una mesa, donde habrá re-
cado de escribir.)

No falta más que firmar;

Los contrayentes primero

Y los testigos después

En sus respectivos huecos.

Froil. Ese hombre, que para mí

(A don Antonio en voz baja.)

Es una especie de cuervo,

Despierta en mi corazón

Atroces remordimientos.

Not. Si ustedes me lo permiten,
Calo las gafas y leo...
Mat. ¡No, por Dios! ¿A qué cansarnos
Con ese eterno proceso?

Not. No tal. Yo soy muy lacónico.
Tendrá veintisiete pliegos...
Mat. ¡Misericordia!... ¡Una pluma!
(Llega á la mesa y la toma.)

¿Da usted fe de que en efecto
Me caso con la que adora
Mi corazón?

Not. Por supuesto.
Con doña Jacinta...
Mat. Basta.
Firmo como en un barbecho. (Firma.)

Froil. ¡Ah! ¡Qué horror! ¡Y safo yo
(Tapándose los ojos.)

Tan bárbaro sacrilegio?
Elias. ¿Qué le ha dado á don Froilan?
(A Isabel.)

Suspira; se pone trémulo...
Not. Ahora la novia.
Jac. Volando.
(Se acerca á la mesa.)

Que mi gloria cifro en esto.
Froil. ¡No puedo mas!
(Se levanta, y se acerca tambien á la mesa.)

Jac. ¿Dónde?
Not. Aquí.
Froil. ¡Deten en nombre del cielo

Esa mano temeraria!
¿Olvidas tus juramentos?
¿Menosprecias tu opinion?

¿No sabes que hay un infierno
Para los perjuros? ¡Ah!...
Mat. ¿Qué dice ese majadero?

Froil. ¿Vas á casarte con otro
Cuando la sangre del muerto
Está humeando? Aun escucho

Las campanas de su entierro...
Jac. ¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?
Galan 2º. Ese hombre ha perdido el seso.

Dama 3º. ¡Qué hipocresía!
(A don Antonio.)

Ant. ¡La herencia!
Elias. Como soy que me divierto.
(A Isabel.)

Mat. Ea, firma, y no hagas caso
De un fastidioso agorero.

Jac. Sí; el corazón me lo manda. —
¿Aquí?... (No sé por qué tiemblo.
¡Animo!)

Ya está.
Froil. ¡Gran Dios!...
Ella ha firmado! ¡Esto es hecho!
¡Ah! ¿Qué sería de ti,

Falsa mujer, si del centro
De la tumba aquí se alzase
Don Pablo y con voz de trueno...?

Mat. ¡Oiga!...
(Todos los interlocutores, á excepcion de
Isabel, rien estrepitosamente.)

Lup. ¡Donosa ocurrencia!
Dama 1º. ¡Qué visionario!
Galan 1º. ¡Qué necio!

Ant. Se nos viene con sandeces
Del siglo décimotercio.
Mat. No hablaba usted de ese modo

Dos dias há.
Froil. Me arrepiento.
Elias. Oportuno es el sermón.
(A Isabel.)

Parece que está de acuerdo
Con don Pablo. Mas ¿qué aguarda,
Que no sale del encierro?

Froil. Don Matias, no es la herencia
La que ha obrado este portento.
Mueve mi labio divina

Inspiracion. Yo preveo...
Mat. ¡Eh! Basta ya de simplezas,
Que estamos perdiendo el tiempo.

Concluyamos. — Los testigos...
Not. Don Antonio Mollinedo...
Ant. Servidor.

(Va á la mesa y firma.)
Sea mil veces
En buen hora.

Not. Don Lupercio...
Lup. Allá voy... (Firmando.)
Y con el alma

Y la vida lo celebro,
Not. Don Elias Ruiz...
Elias. Presente. —
(Va y firma.)

Sea en hora buena, y laus Deo.
Not. Hemos concluido.
Pablo. ¡No!

(Dentro.)
¡Falta un testigo! (Sorpresa general.)
Mat. ¿Qué es eso?
Jac. ¿Qué voz...?

Froil. Por allí ha sonado...
Mat. ¿Quién es el testigo?

(Oyese una fuerte detonacion en el cuarto
del foro; ábrese la puerta, y aparece
don Pablo cubierto de pies á cabeza con
un manto blanco. Un vivo resplandor
rojizo alumbra el cuarto de donde sale.)

Pablo. ¡El muerto!

ESCENA IX.

ISABEL, JACINTA, DON PABLO,
DON ELIAS, DON FROILAN, DON MATIAS,
EL NOTARIO, DON ANTONIO,
DON LUPERCIO, LOS CONVIDADOS.

(Al aparecer don Pablo retrocede Jacinta
aterrada; las demás señoras chillan, y
una ó dos se desmayan en brazos de los
caballeros que las rodean, volviendo en
sí á pocos momentos; don Froilan se
queda extático; don Elias suelta la car-
cajada, y hace notar á Isabel los gestos
de los demás; don Matias calla, entre
dudoso y amostazado; don Antonio y
don Lupercio dan muestras de admiracion,
y el notario se esconde detrás de
la mesa.)

Jac. ¡Cielos!
Not. ¡Oh!

Mat. ¡Don Pablo!
Froil. ¡Es él!

Elias. ¡Lindas figuras!
Dama 1º. ¡Qué espanto!
Froil. ¡Yo no lo dije por tanto!

Jac. ¡Aparta, sombra cruel!
Galan 3º. ¡Señora!...
(Haciendo aire á una que está desmayada.)

Dama 2º. ¡Qué horrible vista!
Galan 2º. (Yo tengo mas miedo que ella.)
Elias. La tramoya ha estado bella.

(Aparte á Isabel.)
¡Se ha portado el polvorista!
Jac. ¡La imagen de mi conciencia

Veo en su rostro fatal!
Froil. (Si es aparicion, tal cual,
Si está vivo, ¡adios la herencia!)

Jac. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdón,
Mat. ¿Locura?

Jac. Ten compasion
De una frágil criatura.
A tus plantas...
(Va á arrojarse, y don Matias la de-

tiene.)
Mat. ¡Eso no,
Por vida de san Matias!

¿Tú á sus plantas? ¡No en mis dias!
El ha muerto, y vivo yo.

Y nos veremos las caras,
Pues ya se firmó el concierto,
Si quiere meterse el muerto

En camisa de once varas. —
Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
Que si difunto estuviera

No alzara así como quiera
La yerta y pesada losa.
Yo no le disputo á Dios

El poder de hacer milagros;
Mas los muertos están magros,
Y este abulta como dos.

Le quisiste vivo; es cierto;
Y ahora á mí. Sea en hora buena.
Eso no vale la pena

De resucitar á un muerto.
Si él ha muerto, ¿qué hace aquí?
Vuelva al panteon profundo;

Y si vive para el mundo,
Muerto sea para ti.

En fin, que viva ó que muera,
Tuyo no ha de ser jamás.
Veremos quién puede mas;

El muerto, y yo... calavera.
Pablo. No he muerto, gracias el cielo,
(Soltando el manto y dando algunos
pasos.)

Ni por una infiel y un loco
Quiero exponerme tampoco
A dar la vida en un duelo.

Que perdone este mal rato
Pido á la tertulia toda,
Pues mal sienta en una boda

El funeral aparato;
Pero hombre de calidad,
Cuya muerte es tan sentida,

Justo es que vuelva á la vida
Con cierta solemnidad.
Conozco que algun menguado

En esta cómica escena
Mas me quisiera alma en pena
Que muerto resucitado;

Pero si alguno desea
Ser pasto á la muerte avara,
Yo no: ya he visto su cara,

Y me parece muy fea;
Y puesto que debo tanto
Al sumo Hacedor, no es justo

Que por dar á nadie gusto
Me vuelva yo al campo-santo. —
Mis quejas no escucharán

Los amigos fementidos;
No; porque á muertos y á idos...
Conocido es el refrán.

Que matan los desengaños
Dice la gente. — No á mí;
Que, como muerto los vi,

No han de abreviarme los años. —
Nada de rencor, Matias.
Querer á una dama hermosa

Mas que á un fiel amigo, es cosa

Que se ve todos los días.
Siempre amor en tal pelea
Ha de triunfar: esto es cierto;
Y mas si el amigo ha muerto
Y la dama pestañea.
Yo la quise; tú la quieres...
Tuya debe ser la bella,
Pues yo he muerto para ella,
Y tú por ella te mueres. —
Ni á ti, Jacinta del alma,
Culparé. ¿Con qué derecho
Pidiera yo á tu despecho
Una tumba y una palma?
Se olvida al galán mas pulcro,
Vivo, lozano, fornido,
¿Y no ha de echarse en olvido
Al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros días
Como el Fénix se renueva,
Que ya no hay almas á prueba
De balas y pulmonías.
Yo te creía mas firme;
Mas si otro me reemplazó,
La culpa me tengo yo.
¿Quién me mandaba morirme?
Mat. No haya duelo. ¿En qué lo fundo
Si no hay rival á mi amor?
Mucho aplaudo el buen humor
Con que vuelves á este mundo.
Jac. Pablo, la sorpresa... el gozo...
Pero... Ya ves... He jurado...
(Después que ha resucitado
Me parece mejor mozo.)
Pablo. Señoras, cese ya el susto,
Que si lo causó viviente,
Me moriré de repente
Estando sano y robusto.
Y el notario fugitivo
¿Adónde fué?
Not. Me escondí...
(Sacando la cabeza.)

Pablo. Ea, salga usted de ahí
A dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
Que, á fe del nombre que tengo,
Del purgatorio no vengo
A tomarle residencia. —
¡Don Lupercio! ¡Don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
No me ha llevado el demonio.
Ant. Yo lloraba...
Pablo. Si por cierto.
Lup. Yo...
Pablo. Como hablan las paredes,
Ya sé que me han hecho ustedes
Justicia... después de muerto.

¡No era tan feliz mi suerte
Cuando vivo!... Con que ¿soy
Un ángel ahora? Doy
Muchas gracias á la muerte.
Ruego á ustedes, pues advierto
Que me va mejor así,
Que siempre que hablen de mí
Se figuren que estoy muerto.
Ant. ¡Pullas, después que en mil puntos
(Aparte á don Lupercio.)

Su elogio hicimos ayer!
Ya no se puede tener
Caridad... ni con difuntos.
Pablo. Don Froilan, siento en verdad
Decir á un amigo fiel
Que el consabido papel
No es mi postrer voluntad.
Froil. Es acción muy baladí
Que perdonarse no puede
El resucitar adrede
Para burlarse de mí. (Risa general.)

Señores, nada de risas,
Que es sobrada impertinencia
Despojarme de la herencia
Y quedarse con las misas.
Elías. Agorero cejijunto,
Justo es que á Dios satisfagan
Herederos que no pagan
Los créditos del difunto.
Era insigne mala fe,
Riendo de mi abstinencia,
Comerse, amen de la herencia,
Lo que yo economicé.
No era usted quien merecía
Tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo... No digo mas...
Mat. ¿Por qué?
Elías. Por economía
Froil. ¿Por vida!...
Pablo. Tenga usted calma.
Yo las misas pagaré...
A no ser que quiera usted
Que se endosen á su alma.
Lea usted ahora en desquite
Esta carta que Melchor
Me dió...
Froil. Si; mi arrendador
(Toma la carta, la abre, y la lee para sí.)
De la hacienda de Belchite.
Isab. ¿Qué será?
Mat. Le tiembla el pulso...
Ant. Gime...
Elías. Un color se le va
Y otro se le viene...
Froil. ¡Ah!
Jac. Mira al cielo.

Lup. Está convulso...
Froil. ¡Cruel, funesta noticia!
¡Desventurado de mí!
Yo esperaba el bien ajeno.
¡Y pierdo el mio! ¡Infeliz!
Me han subastado el aceite,
Me han secuestrado el redil,
Me han destruido el molino,
Y ¡adios, trigo! ¡adios, maiz!
A mí, que no me metía
Con liberal ni servil,
Y ni he sido diputado,
Ni prócer, ni alcalde, ni...
Si hasta los neutrales tienen
Su hacienda y vida en un tris,
Ya es crimen la indiferencia.
¡Guerra! ¡Un fusil! ¡Un fusil!
¡Canónigo atroz! la sangre
Siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
O me vengaré de ti.

ESCENA ULTIMA.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO,
DON ELIAS, DON MATIAS, DON ANTONIO,
DON LUPERCIO, EL NOTARIO,
LOS CONVIDADOS.

Jac. ¡Dios mio!
Isab. ¡Pobre Froilan!...
¡Funesta guerra civil!
Pablo. Le está muy bien empleado.
Elías. Lo merece el malandrin.
Pablo. Volviendo á lo de la boda,
En buen hora sea mil
Y mil veces. — Yo tambien
Me caso.
Isab. ¡Ay!
Jac. ¿De veras?
Pablo. Sí.
Si ustedes quieren mañana
A mi contrato asistir...
Isab. ¡Mañana!...
Damas. ¿Quién...?
(Muestran todas mucha curiosidad.)
Ant. ¿Quién será...?
(Los caballeros forman tambien corrillo.)
Mat. ¿Quién es la novia feliz?
Dime...
Pablo. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
De este mundo.

Mat. Alguna momia...
Pablo. No. Fresca como el abril
¡Flor de mi tumba! ¿Por qué
Tan tarde te conocí?
Isab. (Me mira... ¡Ah! ¡Cómo palpita
Mi corazón!)
Ant. Pero en fin...
Jac. ¿Será Isabel...?
Dama 1ª. ¿No sabremos...?
Pablo. Aunque á su gracia gentil
Sabe hermanar la modestia,
Su nombre puedo decir,
Que pues la ofrezco mi mano,
No la alejaré de sí
Quien ya me dió el corazón.
(Isabel no puede reprimir su agitacion.)
Dama 1ª. Hacia aquí mira. ¿Advertís?
(Aparte á las otras.)
Pablo. ¡Ah! Si. Ya anuncia mi dicha
En su labio de carmin
La sonrisa del amor.
Dama 1ª. ¡Yo soy! Me ve sonreír...
Pablo. Y esa mirada... — ¡Isabel!
(Acercándose á Isabel, y presentándole la
mano.)
Isab. ¡Pablo mio!
(Toma la mano de don Pablo, y reclina la
cabeza en el pecho del mismo como para
ocultar el exceso de su gozo.)
Dama 1ª. ¡No era á mí!
(Con un suspiro y abanicándose.)
Ant. }
Lup. } Isabel!
Damas. }
Galanes. }
Mat. ¡Era tu hermana!
(A Jacinta.)

Elías. ¡Ya llegó mi san Martín!
Mat. ¿No dijiste que tu esposa
No era de este mundo?
Pablo. Sí.
Mujer de un alma tan pura,
Cuya virtud sin igual
Compite con su hermosura,
Es un sér angelical;
No es humana criatura.
Mujer de tanta virtud,
Mujer de amor tan profundo
Que en su tierna juventud
Se inmolaba... ¡á un ataud!...
No pertenece á este mundo.
Yo, que su ventura anhelo,
Ya no me juzgo habitante
De este miserable suelo;
Que Isabel me mira amante,

Y sus brazos son... ¡el cielo!

Isab. Yo que te lloré en la losa;

Yo, que con verte, no mas,

Me tenía por dichosa,

¡Qué haré ahora que me das

El dulce nombre de esposa?

Pablo. ¡Cuán de veras lo mereces!

¡Dichosa muerte mil veces! —

Muérete y verás, Matías...

Mat. ¡Lindo regalo me ofreces!

Pablo. ¿Qué dice usted, don Elías?

Elías. Que el mundo es un entremés,

Don Pablo.

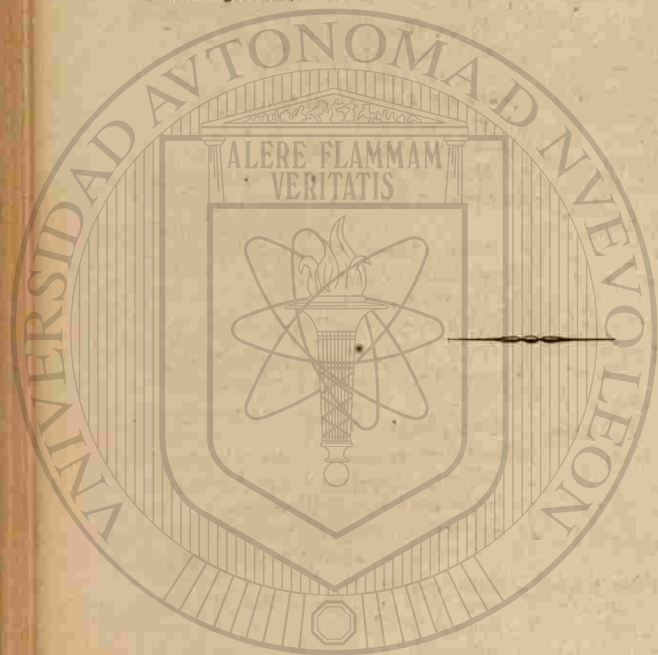
Mat. Es cierto.

Lup. Así es.

Ant. Para aprender á vivir...

Elías. No hay cosa como morir.

Pablo. Y resucitar después.



DON FERNANDO EL EMPLAZADO,

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 30 DE NOVIEMBRE DE 1837.

PERSONAS.

DON FERNANDO IV, rey de Castilla.

EL INFANTE DON PEDRO.

EL INFANTE DON JUAN.

DOÑA SANCHÁ.

DON GONZALO CARVAJAL.

DON JUAN CARVAJAL.

DON PEDRO CARVAJAL.

DON JUAN ALFONSO BENAVIDES.

DON JUAN FERNÁNDEZ DE LEIVA.

DON PEDRO DÍAZ DE CASTAÑEDA.

DON HERNÁN RODRIGUEZ DE CASTRO.

PELAEZ.

FORTUN.

ROBLEDO.

RUPÉREZ.

EL MÉDICO.

EL MERINO MAYOR.

DON MENDO. — CORTESANOS.

UN CARCELERO. — EL VERDUGO.

ALGUACILES. — SOLDADOS. — PUEBLO.

La acción pasa en Martos y en Jaén. — Año de 1812.

ACTO PRIMERO.

Salón del palacio del rey en Martos.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO CARVAJAL, BENAVIDES.

Ben. Don Pedro, será mejor,
Que olvideis á doña Sancha.

P. Carv. Soy hijodalgo y sin mancha.
¿Por qué negarla á mi amor?

Tal desaire no esperaba
Quien ofensa no os ha hecho,
Don Juan, y adorna su pecho

Con la cruz de Calatrava.

Ben. Cruces, don Pedro, se dan
Menos que á rancia nobleza

Al ruego de la pobreza.

P. Carv. O al valor de un capitán.

Del mio da testimonio

El agareno andaluz.

Ben. Harto es llevar una cruz

Sin la cruz del matrimonio.

¿Qué es un miserable feudo

En tres hermanos partido

Para haberos atrevido

Al honor de ser mi deudo?

Muchas victoriosas lides

Han de daros fama y medro

Antes de alzaros, don Pedro,

Al solar de Benavides.

P. Carv. Cuando la reina María

Digna de eternos loores

Y sus brazos son... ¡el cielo!

Isab. Yo que te lloré en la losa;

Yo, que con verte, no mas,

Me tenía por dichosa,

¡Qué haré ahora que me das

El dulce nombre de esposa?

Pablo. ¡Cuán de veras lo mereces!

¡Dichosa muerte mil veces! —

Muérete y verás, Matías...

Mat. ¡Lindo regalo me ofreces!

Pablo. ¿Qué dice usted, don Elías?

Elías. Que el mundo es un entremés,

Don Pablo.

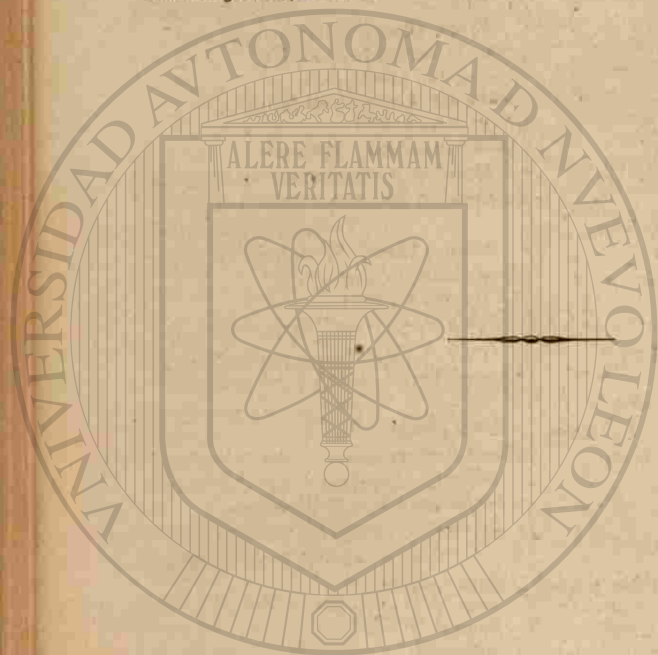
Mat. Es cierto.

Lup. Así es.

Ant. Para aprender á vivir...

Elías. No hay cosa como morir.

Pablo. Y resucitar después.



DON FERNANDO EL EMPLAZADO,

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 30 DE NOVIEMBRE DE 1837.

PERSONAS.

DON FERNANDO IV, rey de Castilla.

EL INFANTE DON PEDRO.

EL INFANTE DON JUAN.

DOÑA SANCHÁ.

DON GONZALO CARVAJAL.

DON JUAN CARVAJAL.

DON PEDRO CARVAJAL.

DON JUAN ALFONSO BENAVIDES.

DON JUAN FERNÁNDEZ DE LEIVA.

DON PEDRO DÍAZ DE CASTAÑEDA.

DON HERNÁN RODRIGUEZ DE CASTRO.

PELAEZ.

FORTUN.

ROBLEDO.

RUPEREZ.

EL MÉDICO.

EL MERINO MAYOR.

DON MENDO. — CORTESANOS.

UN CARCELERO. — EL VERDUGO.

ALGUACILES. — SOLDADOS. — PUEBLO.

La acción pasa en Martos y en Jaén. — Año de 1812.

ACTO PRIMERO.

Salón del palacio del rey en Martos.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO CARVAJAL, BENAVIDES.

Ben. Don Pedro, será mejor,
Que olvideis á doña Sancha.

P. Carv. Soy hijodalgo y sin mancha.
¿Por qué negarla á mi amor?

Tal desaire no esperaba
Quien ofensa no os ha hecho,
Don Juan, y adorna su pecho

Con la cruz de Calatrava.

Ben. Cruces, don Pedro, se dan
Menos que á rancia nobleza

Al ruego de la pobreza.

P. Carv. O al valor de un capitán.

Del mio da testimonio

El agareno andaluz.

Ben. Harto es llevar una cruz

Sin la cruz del matrimonio.

¿Qué es un miserable feudo

En tres hermanos partido

Para haberos atrevido

Al honor de ser mi deudo?

Muchas victoriosas lides

Han de daros fama y medro

Antes de alzaros, don Pedro,

Al solar de Benavides.

P. Carv. Cuando la reina María

Digna de eternos loores

Puso fin á los rencores
De vuestra casa y la mía,
El último Carvajal
En valia os superaba;
Mas cuando paz os juraba
No perjuró desleal.
Riquezas, que no ambiciono,
Yo que á la patria las di,
¿Cómo despiertan así
De vuestro pecho el encono?
Ni vuestra soberbia es ley
Ni mi demanda es delito
Porque seáis favorito...
Del favorito de un rey.

Ben. No es favor su confianza;
Que el lustre no se mancilla
De un infante de Castilla
Por darme á mi su privanza.

P. Carv. Cierto. De él nada dirán
Porque os proteja constante:
De vos sí; que aunque es infante...
Es el infante don Juan.

Ben. Si una lengua maldiciente
Sus blasones...

P. Carv. ¡Oh, cuán bellos!
No hayais miedo de que en ellos
La envidia clave su diente.
Contaros puede el califa
De quien fué siervo villano;
Y si calla el africano,
Hable el puñal de Tarifa.
Mas juzgare al infante Dios,
Que aquí es su nombre excusado,
Y me mueve otro cuidado,
Don Pedro, á tratar con vos.
Deponed el odio insano,
Que no os pretende agraviar
Quien os viene á saludar
Con el título de hermano.
Por mis hechos y mi cuna
Fernando me da soldada.

Si es corta, tengo una espada
Para acrecer mi fortuna.
Si en tierra solicited
Pido á Sancha mi ventura,
La espero de su hermosura
Y la fundo en su virtud.
Cuál sea su dote ignoro;
Que avaro no fui jamás,
Ni Sancha valiera mas
Aunque la pesáseis de oro.
Ni que ella averigüe creo
Antes del amante nudo
Los cuarteles de mi escudo
O las villas que poseo.

Ben. ¿La habláis?

P. Carv. Si; mas vuestra queja,
Don Juan, sería infundada,

Yo caballero, ella honrada,
Y entre los dos una reja.

Ben. ¡Qué escuchó! ¡Mujer liviana!...

P. Carv. Tened la lengua por Dios.
Ved que os injuriáis á vos
Injuriando á vuestra hermana.

Ben. Y ella ¿os ama? ¿Y para esposo
Admite...?

P. Carv. A vos no viniera
Si primero no me diera
Su labio el sí venturoso.
Don Juan, quien de veras ama,
Y en algo precia su honor,
Solo le pide el amor
El corazón de una dama.

Ben. Del amor el desvario
Quede á mujeres sin nombre,
Mas la hermana de un rico-hombre
No ha de tener albedrío.
Al lustre se debe toda
Del linaje en que ha nacido;
No elige, acepta marido,
Y ama... después de la boda.

P. Carv. Esa práctica es locura,
Y el que iluso la defiende
Cuanto mas guardarla entiendo
Tanto mas su honra aventura;
Que el cielo á todas no dió
Las virtudes que atesora
La incomparable señora
Que mi pecho cautivó.
Mano que avara ó cruel
Los fueros del alma huella
Tal vez la casta doncella
Convierte en esposa infiel.

Ben. Excusemos mas razones;
Que si al ruego no cedí,
Menos lograrán de mi
Temerarias reflexiones.

P. Carv. Firme y puro es nuestro amor
No pasajero capricho,
Y ese tirano entredicho
Mas avivará su ardor.

Ben. Cesarán los devaneos
De Sancha, y si no se humilla,
Conventos hay en Castilla
Que curen torpes deseos.

P. Carv. ¡Benavides!... ¡Vive Dios
Que no hay sufrimiento ya...!

Ben. Paso, que tambien habrá
Calabozos para vos.

P. Carv. ¡Para mí! ¡Ciño una espada,
Y antes que tan vil intento...
Mucho os desvanece el viento
De esa córte depravada.
Vuestra amenaza es quimera;
Que el rey no ha de ser injusto

ESCENA III.

BENAVIDES, EL REY, DON JUAN,
CASTAÑEDA, CORTESANOS.

(El rey viene hablando con don Juan sin
reparar en Benavides, con el cual se
reunen y hablan los demás cortesanos.)

Rey. ¡Hermosa mujer,
Aunque altiva hasta lo sumo!
¡No abrir á su rey la puerta!
No sé, tío, cómo sufro
Tal ultraje.

Juan. Doña Sancha
Estaba sola, y el vulgo
Malicioso...

Rey. Por ventura
¿Es mi visita un insulto?

Juan. Sois casado.

Rey. Soy monarca.

Juan. No obstante su ceño adusto,
Es grato á altiva hermosura
Que se sujete á su yugo
Todo un rey. Acaso teme
A su hermano...

Rey. No presumo
Que le estuviera tan mal
A ese necio linajado
Que su esquivia hermana fuese
Dama de un príncipe agosto.

Juan. Señor, al tiempo y las dádivas
Encomendad vuestro triunfo.

Rey. ¡Oh! Si ella cede á mis ruegos,
Poco le valdrán sus humos
Al señor don Juan Alfonso
Benavides. Yo le juro...

Juan. Mirad no os oiga. Está allí.

Rey. Caballeros, os saludo.

(Reuniéndose á los cortesanos.)

Ben. Guarde Dios á vuestra alteza.

Rey. Buenas nuevas os anuncio.
Don Pedro, mi noble hermano,
Estrecha el cerco á los muros
De Alcaudete, y presto en ellos
Se alzaré mi real escudo.
Don Garellopez, maestro
De Calatrava, redujo
A Cartama, y victorioso
Sigue al arraéz perjuero
De Málaga, que rehusa
Dar el pactado tributo.

Ben. Buen soldado es el maestro.
¿Cómo no siguen su rumbo
Los Carvajales?

Rey. De Martos

Commigo por daros gusto,
Ni un Carrajal lo sufriera;
Y aunque es mi fortuna ingrata,
Hermanos tengo, don Juan,
Que mi sangre vengarán
Si aleve hierro me mata.
Cien lanzas mantiene fiel
Gonzalo, que es el mayor;
El otro es comendador
De Martos, que adora en él.
Mirad, don Juan... Mas ¿qué digo?
Vos sereis cuerdo mañana
Y otorgareis á la hermana
Lo que negais al amigo.
Vos no querreis inhumano
Provocar con furia loca
La maldición de su boca,
La venganza de mi mano.
Amor, que es ya frenesí,
La rinde mi corazón,
Y con la misma pasión
El suyo late por mí.
A entrambos guía una estrella;
Mi herida fuera su herida;
Que no queremos la vida
Ella sin mí, y yo sin ella.

Ben. ¡Raro amor! ¡Tanto interés...!

P. Carv. Vuestro es tambien.

Ben.

¡Cómo!...

P. Carv.

Adios.

O el altar para los dos...
O tumba para los tres.

ESCENA II.

BENAVIDES.

¡Por Dios que me han irritado
Sus fieros! Mas yo le excuso.
No hay amante venturoso
Que no desafie al mundo.
No á él; solo á ti, liviana
Mujer aleve, te culpo.
Yo te haré lanzar del pecho
El amor que te sedujo,
O antes que el ara nupcial
Verás abierto el sepulcro.
El rey.

Es comendador el uno,
Y está á su cargo el convento
Hasta que al prior difunto
Se reemplace.

Ben. Mas el otro...

Rey. Amor de hermano le trujo,
Y negarle por seis dias
Licencia ne fuera justo
Pues ya se la dió el maestro.

Ben. En buen hora; pero es mucho
Que de tan bravo guerrero
Descanse el brazo robusto
Cuando pudiera en servicio
De vuestra alteza...

Rey. No dudo
De su valor y lealtad.

En los pasados disturbios
Siempre partieron conmigo
La dicha y el infortunio
Los Carvajales.

Ben. Señor,
Si he de decir lo que juzgo,
Su afecto es á vuestra madre
Mas que á vos. No lo acuso.
Pero...

Rey. Hablad.

Ben. Cuando dejarla
En Valladolid os plugo
Quedó con ella Gonzalo,
Que es su valido.

Rey. Muy duro
Fuera yo si, aun desterrada,
No le consintiera el gusto
De quejarse y murmurar
Con algun criado suyo.

Ben. Creed, señor, que mi celo...

Rey. Decid mas bien que iracundo
Habla por vos el rencor
Mal apagado, aunque oculto.
Yo no soy amigo de ellos,
Porque mi imperio ab soluto
Tal vez severos reprenden
Y me modesta su orgullo.
Si en efecto son traidores
Sus cuellos daré al verdugo;
Mas de pasiones ajenas
No ha de regirme el impulso.

Juan. (Soberbio mozo, en las tuyas
Toda mi esperanza fundo.)

ESCENA IV.

EL REY, DON JUAN, BENAVIDES,
CASTAÑEDA, CASTRO, CORTESANOS.

Castro. Vuestra licencia señor,
Para hablaros pide un nuncio
De la reina vuestra madre.

Rey. (¡Tanto mensaje importuno!...)
Llegue. ¿Quién es?

Castro. Don Gonzalo
Carvajal.

ESCENA V.

EL REY, DON JUAN, BENAVIDES,
CASTAÑEDA, CASTRO, DON GONZALO
CARVAJAL, CORTESANOS.

G. Carv. Vuestros augustos
Piés...

Rey. Levantad.

G. Carv. Esta carta...

Rey. Mostrad.

G. Carv. (¡Con rostro sañudo
La recibe cual si fuese
Del mayor contrario suyo!)

Rey. ¡Extraña obstinacion la de mi madre!
(*Ha leído la carta.*)

¿Tan mal se halla en la corte de Castilla?
¿A qué seguir mis bélicos pendones
Arrostrando peligros y fatigas?
Allá los pueblos que mi herencia fueron
Con blando imperio su prudencia rija
En tanto que mis huestes vencedoras
Aquí del moro la arrogancia humillan.
Allá pueden dar fruto sus virtudes;
Aquí es ocioso el brazo que no lidia.
Mal se avienen los yelmos y las tocas.
Basto yo á gobernar la Andalucía.

G. Carv. Las agresoras armas depusieron
Portugal y Aragon. Francia enemiga
Os reconoce rey. El de la Cerda,
Que arrojaros del solio pretendia,
Ya á los tratados de Agreda sumiso,
O mas bien al rigor de su desdicha,
Prefiere á un vano título caduco.
La quieta posesion de algunas villas.
El hijo indigno de Fernando el Santo,
Con Enrique, aquel monstruo de perfidia,
Maldecido del cielo y de los hombres,
Hunde ya en el sepulcro su ignominia.
En suelo extraño al turbulento Lara
Consume la ambicion, roe la envidia.

Ya en venturosa paz Castilla duerme;
Ya esa paz se la dió doña Maria.
Sagaz, prudente, valerosa reina
Cual madre tierna y viuda sin mancilla,
Triunfó de tres monarcas coligados,
Y de avevoso acero parricida
Cien veces os salvó huérfano débil.
Si una diadema en vuestra frente brilla,
Bien que don Sancho os la legó muriendo,
De vuestra madre fué noble conquista.
Solo este amor solícito de madre
Mueve su afan de veros; no codicia
De vana autoridad. Ni os agraviara
Si de madre á las plácidas caricias
Añadiera sus pródidas lecciones;
Que sois; oh rey! muy mozo todavía,
Y aunque holló vuestra madre á los per-
versos

Aun fermenta en el lodo su semilla.

Rey. El tránsito es penoso y dilatado,
La estacion rigorosa, ardiente el clima,
Y exponer por un frívolo capricho
Su preciosa salud...

Juan. Cuando sumisa
Al mandato real doña Constanza,
Bien que esposa del rey, vive tranquila
En Avila estrechando al casto pecho
El niño Alfonso en quien España cifra
Su mas dulce esperanza, bien pudiera
Sufrir sin murmurar doña Maria
Tan breve ausencia.

G. Carv. El maternal afecto
Tal vez consueta, infante, á la afligida
Esposa tierna; pero amar á un hijo,
No aspirar á otra gloria ni á otra dicha
Que morir en sus brazos; y angustiada
Tan lejos de él llorar, es cruda espina
Que el corazon traspasa; y el inicuo
Que aconseja la dura tiranía
De quebrantar los vinculos mas santos
Sangre de tigres en el seno abriga.
Mas ¿qué consejo que feroz no sea
Puede dar el verdugo de Tarifa?

Juan. ¡Temerario!...

Rey. Mirad que yo os escucho.
Enfrenad, Carvajal, vuestra osadia,
O si de heraldo traspasais el fuero
No os podrá libertar de mi justicia.

G. Carv. Perdonad á la lengua de un sol-
dado

Que no sabe con bajas cortesias
Disfrazar la verdad; mas quien la tema,
No la provoque.

Rey. ¿Ois? De vuestra vida
(*Aparte á don Juan.*)

Toda la historia lenguaraz contara
Si yo no le atajase; y peregrina

Fuera la narracion, amado tío.

Juan. Señor, ya mi lealtad...

Rey. Me es conocida.
Confesadme, don Juan, que largos años
Fuisteis muy pecador; mas de rodillas
Me demandásteis gracia arrepentido
Y os di con ella la confianza mia.

Juan. Mi gratitud sincera...

Rey. (No la creo.)

Desde que apoyo en vos mi regia silla
Limite á mis deseos no conozco
Y entre placeres vaga embebecida
Mi ardiente juventud. Sois buen ministro.
(Tú mi venganza llorarás un dia.)

G. Carv. ¿No respondeis, señor, á mi
demanda?

Rey. ¿Aun estais vos aquí? Ved que me
irrita

El necio porfiar. Mi augusta madre,
Crédula ó recelosa en demasia,
Se queja sin razon. Altos motivos
A no atender su ruego me precisan.
Ejemplo de obediencia á mis vasallos
Si me ama debe dar doña Maria.
Desista de su empeño. El hijo amante
Por el público bien se lo suplica...
Y se lo manda el rey. ¿Es la corona
Vano adorno en mis sienes? ¿O imagina
Que debo yo en tutela perdurable
Mis dias consumir? Ya no vacila
Mal segura mi planta; ya mi mano
El cetro empuña y el estoque vibra;
Ya el desvalido infante es hombre adulto,
Y solo al cielo dobla la rodilla.

G. Carv. Yo á vuestros piés la doblo su-
plicante

Para romper el velo que os fascina.
Cuando la gloria de Maria excelsa
A vulnerar se atreve torpe envidia,
¡La abandonais, señor, en su destierro!
No en vuestro corazon hallen cabida
La negra ingratitud y la soberbia
Que á un abismo tal vez os precipitan.
Esa que vos lanzais del seno esquivo
Os albergó en el suyo; y la apellidan
Númen celeste los leales pueblos
Que á vuestro nombre oprimen y esclavizan

Viles tiranos. ¡Por piedad!...

Rey. Infante,
Oid vos esa plática prolija.

ESCENA VI.

DON JUAN. DON GONZALO CARVAJAL,
BENAVIDES.

G. Carv. De cólera estoy sin mí.
(Levantándose airado.)

¡A un rico-hombre de Castilla
Tal afrenta, tal mancilla!
Mas esto merece, sí,
Quien á tiranos se humilla.
¡Oh reina á quien sirvo fiel!
Solo por tu amor sufriera
Menosprecio tan cruel,
Y otro que tu hijo no fuera
Arrepintérase de él!
El hijo de tus amores
Sometido al yugo vil
De infames aduladores!
Ve aquí, mujer varonil,
El fruto de tus sudores.
¡Oh iniquidad! ¡Oh vileza!
Al ver, Castilla, tu suerte
¡Qué dijera Sancho el Fuerte
Si hoy alzase la cabeza
Desde el lecho de la muerte?
De tanta gloria ¿qué ha sido?
Ya no guardan los Guzmanes
Tu dosel esclarecido.
¡Tu palacio es torpe nido
De traidores y rufianes!

Juan. Mirad que al rey represento.
Tened, Carvajal, la lengua,
Que es sobrado atrevimiento...

G. Carv. Probadme, don Juan, quemiento,
Y mía será la mengua.
Probadme que al rey defiende
Y que leal puede ser
Quien torpes lazos le tiende;
Probadme que hoy no le vende
Quien le destronaba ayer.

Juan. Respetad las intenciones.
Todo hombre tiene pasiones,
Y sea el rey bueno ó malo,
Ni ha menester mis lecciones...

Ben. Sin concederle licencia
De juzgar vuestra conciencia
Le haceis ya sobrada gracia,
Y tanto como su audacia
Me admira vuestra paciencia.

Carv. Si por temor ó por fuero
No venga don Juan su agravio,
Retadme vos; caballero,
Y lo que afirma mi labio
Sabrá mantener mi acero.

Ben. El mio os hará...

Juan. Callad.
Bien que su ciego furor
Ultraja á la majestad,
Es Gonzalo embajador:
Su titulo respetad.
De vuelta á Valladolid
Vos á la reina decid
Que la obediencia es su ley;
Mas entre tanto advertid
Que sois vasallo del rey.

G. Carv. Fui lo, y mas leal que vos:
Harto lo sabeis los dos;
Mas ya no, que el desdichado
Desde que sois su privado
Está maldito de Dios.
Sirvale el triste pechero:
Yo reclamo el libre fuero
Que patrias leyes me dan,
Y seguir la huella quiero
De Rodrigo y de Guzman.
No sufren tamaño ultraje
Los hombres de mi linaje.
A extraño reino me voy:
Decidse lo, y desde hoy
Cesa mi pleito homenaje.

Juan. Direis á la reina viuda...

G. Carv. No. Vos hallareis sin duda
Otro á quien mejor le cuadre
Con flecha herir tan aguda
El corazón de una madre.

Juan. Pues ya en el número os cuento
De los Guzmanes y Cides,
El rey sabrá vuestro intento.
Aquí esperad un momento.—
Seguidme vos, Benavides.

ESCENA VII.

DON GONZALO CARVAJAL.

No, ya no es honra en Castilla
Vestir el pesado arnés,
Y con fatigas y sangre
Comprar bélico laurel
Para que un tirano impio
Lo aje y lo pise después.
Solo á tí, doña María,
Consagrara mi broquel
Hasta que esa turba infame
Fuese alfombra de tus piés;
Mas tú que de tantos héroes,
Bien que en misera viudez,
Eclipsaste la memoria
En el campo, en el dosel,

Hasta afirmar la diadema
De un hijo ingrato en la sien,
Hoy que eres sola infeliz,
Solo sabes ¡ser mujer!
¡Oh, dieras tú la señal,
Y cien caudillos y cien...!
Mas ¿qué veo? ¡Mis hermanos!
¡Oh Juan! ¡Pedro mio!

Y de sus reinos tambien.
J. Carv. ¡Gonzalo!
G. Carv. ¿No lo aprobais?
J. Carv. Si es fuerza...
G. Carv. ¿Me seguireis?

En Aragon, en Navarra,
En el suelo portugués,
Donde quiera que el valor
Y la constancia y la fe
Se estimen algo hallaremos
Digna acogida los tres.

P. Carv. Yo te siguiera, Gonzalo,
Aunque en extraño bajel
Cual otro Guzman bogaras
A los desiertos de Fez;
Mas invencible pasión
Encadena aquí mis piés.

G. Carv. ¡Amor?...
J. Carv. Si, y amor funesto
Que no ha de parar en bien.
G. Carv. ¿Indigno de tí?
P. Carv. Eso no,
Que es muy honesta mujer
Doña Sancha Benavides.

G. Carv. ¿Doña Sancha? ¡Qué escuché!
¡Y ahora mismo, aquí, su hermano
De entre esa cobarde grey
Alzó para mí la voz
Con temeraria altivez,
Y en los ojos y en la lengua
Mostró de su alma la hiel!

P. Carv. Centella ha sido mi amor
Que al soplo del interés
El odio, por mi olvidado,
Hizo en su alma renacer;
Pero este amor es mi vida.
Y en mi corazón juré
Alzar una ara de fuego
A doña Sancha; y a fuer
De caballero y soldado
Mi promesa cumpliré.

G. Carv. ¡Infeliz! Lástima tengo
De tu flaqueza. ¿No ves
Alzada ya contra tí
Aleve daga cruel?

P. Carv. No temas. Sancha me adora.
Si el yugo es fuerza romper
Del fiero hermano..., la fuga...
Acaso te seguiré
Pronto... ¿Adónde...?

G. Carv. A Portugal.
Queda tú á vela por él,
Amado Juan. Es muy mozo
Y tu apoyo ha menester.
Profeso y comendador
De Calatrava, ya sé
Que sin orden del maestre
De tu regla la estrechez

ESCENA VIII.

LOS TRES CARVAJALES.

(Se abrazan.)

J. Carv. ¡Es él!
P. Carv. ¡Gonzalo!
J. Carv. ¡Dichoso instante!
¿Es posible que te ven
Mis ojos?
P. Carv. No te esperaba,
G. Carv. Como repentino fué
Mi viaje..

J. Carv. Lo hemos sabido
Por tu escudero Garcés,
Que á la puerta del alcázar
Guardando está tu corcel,
Y afanosos de abrazarte...
G. Carv. ¡Será la postrera vez!
P. Carv. ¡Qué dices!

G. Carv. Con fiero orgullo
Y con desvío cruel
El mensaje de María
Oyó de mi boca el rey.
Yo, que ni adulé jamás
Ni á reyes pedí merced,
De hijosos ¡mengua á mi nombre!
Por su madre le rogué;
Y la espalda me volvió
Con insolente desden;
¡Y escarnio fui de jugiares
Entre el polvo de sus piés!

J. Carv. ¡Eso hace el rey de Castilla
Con quien le ha servido fiel!

P. Carv. ¡Y á tráfugas fementidos
Abandona su poder!

G. Carv. ¡Oh! Si de justa venganza
No ahogara mi honor la sed,
Yo al desonvuelto mancebo
Le enseñara á ser cortés;
Mas nunca fueron rebeldes
Caballeros de mi prez.

J. Carv. ¿Cuáles son pues tus intentos?
G. Carv. Acogiéndome á la ley,
De su servicio me aparto

Te impide salir de Martos.

J. Carv. Al altar me consagré

Y, guerrero sacerdote,
Solo contra el moro infiel
Vibrar me es dado el acero

Acaudillando mi grey,
Gloria del santo Raimundo,
Noble rama del Cistér.

A las humanas pasiones
Mi pecho es férreo cancel;

Ni sé temer, ni envidiar,
Ni si en Castilla hay un rey,

Y á nadie llamo enemigo
Si de Cristo no lo es.

Pues tu partida es forzosa,
Favor el cielo te dé,

Y él á todos nos alumbré
Por el sendero del bien.

G. Carv. Pues delincuentes no somos,
Dios velará por los tres.

Idos ahora. Si juntos
En el alcázar nos ven,

¿Quién sabe si atroz calumnia...?
Aquí del que fué mi rey

La respuesta aguardo.

P. Carv. ¡Adios!
(Abrazándole.)

J. Carv. Gonzalo mio, detén
(Lo mismo.)

La ira si asoma al labio,
Pues indefenso te ves.

P. Carv. No. Yo á su lado...
G. Carv. Es inútil...

¿Quién sería osado, quién...?
¡Eh! No mas...

P. Carv. ¡Gonzalo!
J. Carv. ¡Hermano!

G. Carv. Yo me sabré contener.
Adios. Antes de partir

Os abrazaré otra vez.

ESCENA IX.

DON GONZALO CARVAJAL.

(Empieza á oscurecer.)

¡Pobres hermanos! Me han hecho
Llorar como una mujer...
No por mí, que á torpe yugo
Doblar el cuello no sé,
Y donde libre respiro
Mi patria está y mi placer.
¡Ay tristes de los que quedan
De un tirano á la merced!

ESCENA X.

DON GONZALO CARVAJAL, BENAVIDES.

Ben. El rey deciros me manda

Que sin pesar y sin ira
El homenaje os retira
Y accede á vuestra demanda.

Y con la ayuda de Dios
Venceré, ha dicho, al infiel
Sin vasallos como él.

G. Carv. Si; los querrá como vos.

Ben. Para salir de esta villa
Tres días de plazo os cuenta.

G. Carv. ¡Insigne favor! Cuarenta
Me da la ley de Castilla.

Mas vive el cielo que aun es
Dadivoso en demasia:

Decidle por vida mia
Que sobran dos de los tres.

Ben. Se holgará...
G. Carv. Y es largo espacio.

Partiré sin dilacion,
No infesté mi corazon

El aire de su palacio.
Fogoso alazan me espera.

Mañana en mejor asilo
Libre dormiré y tranquilo

Allende de la frontera;
Y aunque agraviado me alejo

No le ofenderé enemigo;
Que si ha menester castigo

En buenas manos le dejo.

ESCENA XI.

BENAVIDES.

Yo te diera el que mereces,
Mas ya que tú te lo impones

Con voluntario destierro,
Excusa mi saña el golpe.

¿Por qué tambien no te siguen
Tus hermanos y en la noche

Del olvido para siempre
No se sepulta su nombre?

ESCENA XII.

BENAVIDES, DON JUAN.

Juan. ¿Partió don Gonzalo?
Ben. Si,

Y cuando así no le dome,
¿Hay mas que soltar la rienda
Y que él mismo se desboque?
Así un día su corona
Mi sien ceñirá, y entonces...

ESCENA XIII.

DON JUAN, BENAVIDES, LEIVA.

(Es ya de noche. Criados de palacio iluminan la estancia.)

Leiva. Tumultuosa conmocion
Reina en Martos. Los rumeres
Del mensaje de Maria

Y de que el rey lo desoye
Han agitado los ánimos.

Cree el pueblo que en prisiones
Gime la madre del rey.

Mueran, grita, los traidores
Y viva doña Maria.

Juan. ¿Será cierto...?
Leiva. Ya las voces
Cerca suenan del alcázar.

Juan. Acudid, Leiva. Que doblen
Las guardias; que se guarnezcan

Las almenas de la torre...

ESCENA XIV.

DON JUAN, BENAVIDES, LEIVA, EL REY,
CASTRO, CASTANEDA, CABALLEROS,
SOLDADOS.

(Oyese gritaría de gente amotinada.)

Rey. ¿Qué es esto, infante?

Juan. Señor...

Rey. ¿Por qué de improviso rompe

El freno de la obediencia

Ese pueblo y con atroces

Alaridos...? ¿No deciais

Que esos fieles moradores

Me adoraban? — Yo no gusto

De tales adoraciones.

Juan. Señor, mi sorpresa...

Rey. ¿Quién

Ha excitado ese desórden?

Juan. Los indicios... Mis sospechas...

Entre tanto pecho noble

Solo un Carvajal... Gonzalo...

Pueblo. ¡Mueran, mueran los traidores!

(Dentro.)

Leiva. Antes que el pueblo se alzara
De Martos salió á galope
Don Gonzalo. Yo le vi.

Juan. Mas sus hermanos feroces,
Bienquitos con esa plebe...

Rey. Basta: los aceros obren.
¿Qué sirven lenguas ahora?

Ben. Ballesteros, ricos-hombres,
Seguidme. Con su cabeza
Benavides os responde
Del triunfo.

ESCENA XV.

EL REY, DON JUAN.

Pueblo. ¡Viva María! (Dentro.)

¡Mueran, mueran los traidores!
Rey. Morirán, sí; y á mis manos.

(En acto de partir con la espada desnuda.)

Juan. ¿Adónde, señor, adónde
Correis...?

Voces. ¡Viva el rey! (Dentro.)

Rey. Dejadme...

Juan. No os aventuréis. La noche

Es oscura. Si á su sombra

Algun aleve... Ya se oye.

Mas apartado el motin.

¡Venimos! Mirad. Se rompen

(Mirando por una ventana. El rey se acerca

también á ella.)

Los amotinados grupos.

¿No veis cuál huyen veloces?

Voces. ¡Viva el rey! (Mas cerca.)

Rey. ¡Oh si en mis manos

(Volviendo al proscenio.)

Viese á los viles autores

De la horrible sedicion!

Yo les juro por mi nombre...

ESCENA XVI.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, LEIVA,
CASTAÑEDA, CABALLEROS, SOLDADOS.

Castro. El tumulto se ha deshecho.

Unos huyen á los montes,

Otros en la calle espiran

O á los hogares se acogen.

Mas quiere Dios que con sangre

Esclarecida se compre

La victoria. Benavides...

Rey. ¿Herido...?

Castro. ¡Muerto!

Juan. ¡Mi noble

Fiel amigo...! — Dadme albricias.

(Aparte al rey.)

Ya no hay hermano que estorbe.

Vuestra será doña Sancha.

Rey. Sus claras cenizas se honren

En suntuoso funeral,

Y los valientes le lloren;

Y pues huérfana ha quedado

Su hermana, darále dote

Y mi pupila ha de ser. —

¿Se han hecho algunas prisiones?

Castro. A don Juan de Carvajal

Y á su hermano...

Rey. ¡Ah! Los traidores

¿Son ellos?

Castro. Entre los grupos

Los han preso y á dos hombres

Del pueblo...

Rey. Si fueren reos

No esperen que los perdone.

Juan. (Si; reos serán. ¡Oh gozo!)

Rey. Que los lleven á la torre

De Palacio. Mi justicia

Ha de estremecer al orbe.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la torre del palacio de Martos, inmediata á las prisiones. Puerta en el foro, que es la general de entrada; otra á la derecha del actor, por donde entran y salen el rey y el infante don Juan, y otra en frente de esta, que es la que guía á los calabozos, y al tribunal. A la parte exterior del foro se deja ver un centinela.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CARCELERO.

Juan. ¿Qué hace el juez?

Carc. Sin descansar

La pesquisa está formando.

Juan. ¿Van los presos declarando?

Carc. Pronto los van á llamar

Juan. Bien... Traedme (Es tiempo aun.)

A uno de aquellos dos hombres...

No recuerdo bien sus nombres.

Carc. Gil Pelaez y Fortun.

Juan. Si. Cualquiera de los dos.

El otro vendrá después.

Carc. (¿Don Juan pone aquí los piés?

No es para servir á Dios.)

ESCENA II.

DON JUAN.

¡Tal virtud en baja plebe!

A precio pongo sus cuellos,

Y á declarar contra ellos

Solo un testigo se atreve.

Mas con un solo testigo

Condenar no puede el juez.

Esos villanos tal vez

Por evitar el castigo...

ESCENA III.

DON JUAN, PELAEZ.

(El carcelero conduce á Pelaez, y se retira.)

Pel. Me envía aquí el carcelero...

Juan. ¿Cómo te llamas, buen hombre?

Pel. Gil Pelaez es mi nombre.

Juan. ¿Y tu oficio?

Pel. Soy herrero.

Juan. ¿Qué tal lo pasas en él?

Pel. Perramente. El triste pan

Apenas gano, don Juan,

Y echo en la fragua la hiel.

Juan. Aun por eso no es extraño

Que aprendas otro mejor.

Pel. ¿Cuál?

Juan. El de conspirador.

Pel. Ese es el que medra ogaño.

Vos de alta sangre real

Sabeis todo eso al dedillo.

Juan. ¡Villano! ¿Tú...?

Pel. Soy sencillo

Y no lo digo por mal.

Juan. Y perdono á tu ignorancia.

Pel. Señor...

Juan. Y á piedad me mueve

Tu pena. Nunca á la plebe

Traté yo con arrogancia.

Pel. Con que ¿os doleis de mis males?

Juan. Y libertarte procuro.

Pel. ¿Cierto?

Juan. Sirvan de seguro

(Sacando una bolsa.)

Estos doscientos mercales.

Pel. Dadme...

Juan. Paso. No hay presente

Si no lo ganas primero.

Pel. ¿Qué me mandais?

Juan. Solo quiero...

Que sepas ser inocente.

Pel. Yo, señor, de buena fe

En la zambra me metí.

A los del barrio seguí:

Gritaron, y yo grité.

Juan. Mas al sedicioso enjambre

Te condujo...

Pel. Fué mi guía

Mi amor á doña María

Exaltado por el hambre.

Juan. Si esa sola confesion

Oye de tu boca el juez

No logras por esta vez

Ni dinero ni perdon.

Pel. Pues ¿qué haré?

Juan. Toda la historia

Referir...

Pel. (Ya te comprendo.)

Ídmela vos refiriendo,

Que soy flaco de memoria.

Juan. ¿No os dijo anoche un compadre

Que aquel insulto á la ley

Fué por destronar al rey

Dando el gobierno á su madre?

Pel. Es verdad. (No lo sabía.)

Juan. De ese crimen en descargo,

Vos ignorais sin embargo

Que es crimen de alevosia.

Pel. ¿Y si me ahorcan, señor,

Aunque ignorante haya sido?

Juan. Se perdona al seducido

Y se castiga al motor.

Pel. ¿Al motor decis? Pues bien;

Para hacer aquel entuerto

Yo fuí seducido; es cierto. —

Ahora vos direis por quién.

Juan. ¡Qué memoria tan fatal!

¿Quién pudo armar vuestras manos

Sino los viles hermanos

Juan y Pedro Carvajal?

Pel. (¿Qué infante tan embustero!

Mas su oro...) Teneis razon:

Ellos los traidores son.

Mi conciencia es lo primero.

Juan. Y acaso por sus ardides

Feneció... ¿Sabes por suerte

O viste tú quien dió muerte

A don Juan de Benavides?

Pel. Un Carvajal; mas por Dios

Que hoy no puedo recordar

Si Pedro ó Juan...

Leiva. Antes que el pueblo se alzara
De Martos salió á galope
Don Gonzalo. Yo le vi.

Juan. Mas sus hermanos feroces,
Bienquitos con esa plebe...

Rey. Basta: los aceros obren.
¿Qué sirven lenguas ahora?

Ben. Ballesteros, ricos-hombres,
Seguidme. Con su cabeza
Benavides os responde
Del triunfo.

ESCENA XV.

EL REY, DON JUAN.

Pueblo. ¡Viva María! (Dentro.)

¡Mueran, mueran los traidores!
Rey. Morirán, sí; y á mis manos.

(En acto de partir con la espada desnuda.)

Juan. ¿Adónde, señor, adónde
Correís...?

Voces. ¡Viva el rey! (Dentro.)

Rey. Dejadme...

Juan. No os aventuréis. La noche

Es oscura. Si á su sombra

Algun aleve... Ya se oye.

Mas apartado el motin.

¡Venimos! Mirad. Se rompen

(Mirando por una ventana. El rey se acerca

también á ella.)

Los amotinados grupos.

¿No veis cuál huyen veloces?

Voces. ¡Viva el rey! (Mas cerca.)

Rey. ¡Oh si en mis manos

(Volviendo al proscenio.)

Viese á los viles autores

De la horrible sedicion!

Yo les juro por mi nombre...

ESCENA XVI.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, LEIVA,
CASTAÑEDA, CABALLEROS, SOLDADOS.

Castro. El tumulto se ha deshecho.

Unos huyen á los montes,

Otros en la calle espiran

O á los hogares se acogen.

Mas quiere Dios que con sangre

Esclarecida se compre

La victoria. Benavides...

Rey. ¿Herido...?

Castro. ¡Muerto!

Juan. ¡Mi noble

Fiel amigo...! — Dadme albricias.

(Aparte al rey.)

Ya no hay hermano que estorbe.

Vuestra será doña Sancha.

Rey. Sus claras cenizas se honren

En suntuoso funeral,

Y los valientes le lloren;

Y pues huérfana ha quedado

Su hermana, darále dote

Y mi pupila ha de ser. —

¿Se han hecho algunas prisiones?

Castro. A don Juan de Carvajal

Y á su hermano...

Rey. ¡Ah! Los traidores

¿Son ellos?

Castro. Entre los grupos

Los han preso y á dos hombres

Del pueblo...

Rey. Si fueren reos

No esperen que los perdone.

Juan. (Si; reos serán. ¡Oh gozo!)

Rey. Que los lleven á la torre

De Palacio. Mi justicia

Ha de estremecer al orbe.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la torre del palacio de Martos, inmediata á las prisiones. Puerta en el foro, que es la general de entrada; otra á la derecha del actor, por donde entran y salen el rey y el infante don Juan, y otra en frente de esta, que es la que guía á los calabozos, y al tribunal. A la parte exterior del foro se deja ver un centinela.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CARCELERO.

Juan. ¿Qué hace el juez?

Carc. Sin descansar

La pesquisa está formando.

Juan. ¿Van los presos declarando?

Carc. Pronto los van á llamar

Juan. Bien... Traedme (Es tiempo aun.)

A uno de aquellos dos hombres...

No recuerdo bien sus nombres.

Carc. Gil Pelaez y Fortun.

Juan. Si. Cualquiera de los dos.

El otro vendrá después.

Carc. (¿Don Juan pone aquí los piés?

No es para servir á Dios.)

ESCENA II.

DON JUAN.

¡Tal virtud en baja plebe!

A precio pongo sus cuellos,

Y á declarar contra ellos

Solo un testigo se atreve.

Mas con un solo testigo

Condenar no puede el juez.

Esos villanos tal vez

Por evitar el castigo...

ESCENA III.

DON JUAN, PELAEZ.

(El carcelero conduce á Pelaez, y se retira.)

Pel. Me envía aquí el carcelero...

Juan. ¿Cómo te llamas, buen hombre?

Pel. Gil Pelaez es mi nombre.

Juan. ¿Y tu oficio?

Pel. Soy herrero.

Juan. ¿Qué tal lo pasas en él?

Pel. Perramente. El triste pan

Apenas gano, don Juan,

Y echo en la fragua la hiel.

Juan. Aun por eso no es extraño

Que aprendas otro mejor.

Pel. ¿Cuál?

Juan. El de conspirador.

Pel. Ese es el que medra ogaño.

Vos de alta sangre real

Sabeis todo eso al dedillo.

Juan. ¡Villano! ¿Tú...?

Pel. Soy sencillo

Y no lo digo por mal.

Juan. Y perdono á tu ignorancia.

Pel. Señor...

Juan. Y á piedad me mueve

Tu pena. Nunca á la plebe

Traté yo con arrogancia.

Pel. Con que ¿os doleis de mis males?

Juan. Y libertarte procuro.

Pel. ¿Cierto?

Juan. Sirvan de seguro

(Sacando una bolsa.)

Estos doscientos mercales.

Pel. Dadme...

Juan. Paso. No hay presente

Si no lo ganas primero.

Pel. ¿Qué me mandais?

Juan. Solo quiero...

Que sepas ser inocente.

Pel. Yo, señor, de buena fe

En la zambra me metí.

A los del barrio seguí:

Gritaron, y yo grité.

Juan. Mas al sedicioso enjambre

Te condujo...

Pel. Fué mi guía

Mi amor á doña María

Exaltado por el hambre.

Juan. Si esa sola confesion

Oye de tu boca el juez

No logras por esta vez

Ni dinero ni perdon.

Pel. Pues ¿qué haré?

Juan. Toda la historia

Referir...

Pel. (Ya te comprendo.)

Ídmela vos refiriendo,

Que soy flaco de memoria.

Juan. ¿No os dijo anoche un compadre

Que aquel insulto á la ley

Fué por destronar al rey

Dando el gobierno á su madre?

Pel. Es verdad. (No lo sabía.)

Juan. De ese crimen en descargo,

Vos ignorais sin embargo

Que es crimen de alevosia.

Pel. ¿Y si me ahorcan, señor,

Aunque ignorante haya sido?

Juan. Se perdona al seducido

Y se castiga al motor.

Pel. ¿Al motor decis? Pues bien;

Para hacer aquel entuerto

Yo fuí seducido; es cierto. —

Ahora vos direis por quién.

Juan. ¿Qué memoria tan fatal!

¿Quién pudo armar vuestras manos

Sino los viles hermanos

Juan y Pedro Carvajal?

Pel. (¿Qué infante tan embustero!

Mas su oro...) Teneis razon:

Ellos los traidores son.

Mi conciencia es lo primero.

Juan. Y acaso por sus ardides

Feneció... ¿Sabes por suerte

O viste tú quien dió muerte

A don Juan de Benavides?

Pel. Un Carvajal; mas por Dios

Que noy no puedo recordar

Si Pedro ó Juan...

Juan. Por no errar...
 Pel. Si; le mataron los dos.
 Carl. Pelaez. (A la puerta.)
 Juan. Ya el tribunal
 Te llama.
 Pel. De su balanza
 Dueño sois, que es mi fianza
 Una bolsa. (La toma.)

Juan. Y un puñal.
 (Requiere el que lleva al pecho.)
 Pel. No hay para qué. Tango honor
 Y vuestra duda me ultraja.
 Juan. ¡El Pelaez es albaja!
 Pel. ¡El infante es de mi flor!

ESCENA IV.

DON JUAN, FORTUN.

(El carcelero conduce á Fortun, y se retira.)

Fort. ¿Sois vos quien llama á Fortun?
 Juan. Si; y á sacarte me ofrezco
 De la cárcel...
 Fort. Lo agradezco.
 Juan. Si me sirves...
 Fort. ¿Yo? Segun.
 Juan. Violando anoche la ley
 Sé que obraste sin malicia.
 Fort. Señor, quien pide justicia
 Ni á Dios ofende ni al rey.
 Juan. Con máscara de lealtad
 De un seductor el infujo...
 Fort. A mi nadie me sedujo.
 Libre fué mi voluntad.

Juan. Falso celo te engañó...
 Fort. Yo sé bien, aunque villano,
 Tan bien como un cortesano,
 Lo que es bueno y lo que no.
 Juan. Fiar suele el hombre bueno
 Del que virtudes le miente;
 Presume obrar libremente,
 Y obra por impulso ajeno.
 ¡Cuántos pasan por leales
 Y en su alma está la traición!

Fort. Eso es verdad.
 Juan. Tales son
 Los hermanos Carvajales.
 Fort. Quien así los injurió
 Miente: decídselo así.
 Si hay algun Judas aquí,
 No es de su linaje, no.
 Juan. Autores son del insulto
 Que anoche...

Fort. Es calumnia atroz.
 Antes su espada y su voz
 Atajaron el tumulto.

Juan. Convictos los dos están.
 Si los defiendes aun,
 Tú eres perdido, Fortun,
 Y ellos no se salvarán.

Fort. ¿Yo de falso testimonio
 Reo vil? Si al cielo plugo,
 El cuello daré al verdugo,
 Pero no el alma al demonio.
 El pueblo que hambriento gime
 No ha menester consejeros
 Para demandar sus fueros
 Al tirano que le oprime.
 Los que á lágrimas sin fin
 Para saciar su ambicion
 Le condenan, esos son
 Los autores del motin.

Ni el pueblo, si en fiero bando
 Contra los traidores grita,
 Su cetro heredado quita
 Al nieto de san Fernando.
 Justicia, señor, implora,
 Pues por ella paga pechos,
 Y vuelve por los derechos
 De una reina á quien adora.
 Es ya, mas que torpe yerro,
 Crimen que pide venganza
 Que esté don Juan en privanza
 Y ella en injusto destierro.

Juan. Don Juan tan solo desea...

Fort. Nunca la cara le ví,
 Pero tengo para mí
 Que debe de ser muy fea.

Juan. ¡Audaz villano!...

Fort. Si vos
 Su amigo sois por desgracia,
 Decidle con eficacia
 Que tenga temor de Dios.

Decidle al rey que no impió
 Al rey de reyes enoje,
 Y que de su lado arroje
 A ese condenado tío.

Y al error y al frenesí
 La voz de la sangre venza;
 Que es una mala vergüenza
 Tratar á su madre así.

Juan. Basta. En fin, ¿quieres perderte?
 Adios, imprudente mozo.

Fort. Ni me aflige el calabozo
 Ni me acobarda la muerte.

Juan. Ya que en la horca no mueras
 Si de tí se aplada el juez,
 Por diez años y otros diez
 Remarás en las galeras.

Fort. Navegaré sin escote,

Que el rey me lo pagará;
 Y acaso el juez temblará
 Mientras ria el galeote.
 Carc. Fortun. (A la puerta.)
 Juan. ¡El cielo te asista!
 Pero haces mal, por mi fe...
 Fort. Ya he dicho á vuesamercé
 Que á mi nadie me conquista.
 Ni el oro me hará mentir,
 Pues que Dios me quiso dar
 Brazos para trabajar
 Y valor para morir.

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Qué teson tiene el villano!
 Mas con Pelaez y el otro
 Me basta, y aun ambos sobran,
 Pues cuento con el enojo
 Del rey. El se precipita
 Y yo mi venganza logro.

ESCENA VI.

DON JUAN, EL REY.

Rey. ¡Que no se alcanzó á Gonzalo!
 Juan. Es un águila su potro.
 Rey. ¡Ay de él si á pisar se atreve
 Otra vez mi territorio!
 Mas ya que rehenes me deja
 No se me diate el gozo
 De la venganza. ¿En qué estado
 Se halla la causa?

Juan. Muy pronto
 La terminará el merino,
 Y como el crimen supongo
 Comprobado...

Rey. Si lo está,
 ¿Qué hace ese juez? ¿Es de plomo?
 Urge el dar un escarmiento
 A mi pueblo, y es forzoso...

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, LEIVA.

Leiva. Señor...

1.

Rey. Entrad. Ya se alojan
 Leiva. En Martos y sus contornos
 Las lanzas que de Jaen
 Envía Rodrigo Osorio,
 Y del terror dominada
 Yace la villa en reposo.
 Mas, no os lo debo ocultar,
 Si el cielo oyera sus votos
 Libres los dos Carvajales
 Saldrian del calabozo.

Rey. ¿Tan queridos son en Martos?

Leiva. No os debe causar asombro.
 Esta villa es de la órden
 De Calatrava: uno y otro
 Visten su hábito...

Rey. ¿Qué importa?

Mas poder tiene mi trono
 Que esa cøgulla insolente.

Juan. El maestre acosa al moro
 Con su hueste: solo quedan
 Los ancianos y achacosos
 En la encomienda, y si el fallo
 Se apresura...

Leiva. Fuerte escollo
 Contrariar puede ese intento
 Si, como yo lo supongo,
 Rehusan los Carvajales
 Ser juzgados por el foro
 Civil. Calatrasos son,
 Y solo los religiosos
 Del órden...

Juan. Se les acusa
 De sedicion y soborno,
 Y de homicidio á las puertas
 Del alcázar. No conozco
 Cuando se juzga á traidores
 Otro fuero que el del solio.

Rey. Si á mi poder soberano
 Se atreviese á poner coto
 El órden de Calatrava,
 Yo de ese importuno estorbo
 Me sabria libentar;
 Que mas fuertes y orgullosos
 Fueron ayer los templarios
 Y yacen hoy en el polvo.

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, LEIVA, EL MERINO MAYOR.

Mer. Los Carvajales, señor,
 Escudados con sus votos
 Y exenciones, se oponian

21

A declarar, testimonio
Pidiendo de lo que llaman
Incompetencia, despojo
De jurisdicción... No en vano
Vuestro nombre en fin invoco,
Y compelidos por mi
Protestan que del trastorno
De anoche son inocentes;
Que antes con lealtad y arrojo
Entrambos lo contuvieron;
Que ellos á don Juan Alfonso
Benavides no mataron;
Y aunque era muy justo el odio
Que le tenían, le hubieran
Combatido rostro á rostro,
A la luz del medio día,
Sin ventaja, sin desdoro
De su fama; no de noche
Cual sicarios alevosos.

Rey. ¿Qué declaran los testigos?
Mer. A serlo se niegan todos,
Por temor de que los juzguen
Cómplices del alboroto;
Mas de tres que han declarado,
Dos los acusan; el otro...

Rey. Basta.
Mer. Siguiendo del juicio
Los trámites...

Rey. Son ociosos.
El delito está probado:
La majestad de mi trono
Fue hollada; corrió la sangre
De un vasallo generoso;
Tal vez peligró la mía...
Haced, merino, que pronto
La mi corte se reuna.
Luego á presidirla corro,
Y desde el fallo á la pena
Solo un breve plazo otorgo.

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN, LEIVA.

Leiva. ¡Desventurados amigos!
No puedo daros socorro.

ESCENA X.

EL REY, DON JUAN, LEIVA, CASTRO.

Castro. Señor, hablaros desea
Una dama...

Rey. ¿Quién...?
Castro. Lo ignoro.
Calla, y el rostro velado...
Rey. ¿Si será...? Dejadme solo.

ESCENA XI.

EL REY, DOÑA SANCHA.

Sancha. A vuestros piés...

Rey. Tened, que la corona
No me excusa el deber de caballero
Yo, á quien rinden sumiso vasallaje
Tanta y tanta provincia, á la hermosa
Me gozó en tributar grato homenaje.
Alzad, señora, el envidioso velo.
No neguéis á mis ojos la ventura
De contemplar sin nube ese cielo.

Sancha. Miradme. Sancha soy.

Rey. No en vano el alma.
Me le anunció desde que al eco blando
De vuestra dulce voz perdió la calma.

Sancha. Las lisonjas dejad, rey don Fernando;

Que si nunca me engrie su tributo,
Hoy es ultraje á mi horfandad llorosa,
Hoy es escarnio á mi infelice luto.

Rey. El labio á su pesar... Perdon, hermosa.

Cuando anegado en lágrimas el rostro
Y herido el corazón de dardo aleve
La sangre me pedís de vuestro hermano,
Callar sus votos el amante debe
Y su imperio ostentar el soberano.
Ora halagueis con placida esperanza
Mi ardiente amor ó le esquivéis impía,
No llorareis, lo juro, sin venganza.

Sancha. ¿Venganza! ¡Ah! No la pide mi amargura.

Justicia sí.

Rey. No viola la justicia
El que venga á las leyes. Si sangriento
Como lo fué la culpa es el castigo
El nombre que le diéreis poco importa.
Justa es el hacha si los brazos corta
Que osaron desnudar viles puñales,
Y con su sangre vengarán la vuestra
En justa expiación los Carvajales.

Sancha. Maldigo con horror al alevoso
Que dió la muerte á mi infeliz hermano,
Pues abrigó á los dos un seno mismo,
Bien que fué para mi crudo tirano.
Mas ni al sagrado altar de la justicia,
Ni á mi acerbo dolor fuera consuelo
De sangre no culpada el sacrificio.

Delincentes no son los Carvajales
Por mas que la calumnia bajo el velo
De lealtad oficiosa los denuncié.
Yo lo juro, señor, lo juro al cielo.

Rey. ¿Qué escucho! ¡Doña Sancha los defiende!*Sancha.* Doña Sancha defiende á la inocencia.

Mal que le pese á la cobarde envidia,
Jamás en tan hidalgos corazones
Cupieron la vileza y la perfidia.
Sita mi reja en frente del alcázar,
Desde ella vi la dolorosa escena;
Y ya mi hermano el ay de la agonía
Lanzaba ¡oh Dios! en la sangrienta arena
Cuando los dos valientes caballeros
Paz gritando á la ciega muchedumbre
En medio se arrojaron del tumulto,
Que tal vez á su ruego se deshizo.
Si no es verdad, persigame insepulto
De mi hermano el espectro noche y día.

Rey. Vos ignorais tal vez que don Gonzalo

Poco antes de su rey se despedía
En guisa de rebelde y con sañudo,
Provocador talante, que á fe mía
Me inspiró menos ira que desprecio;
Que no alcanza á turbar mi augusta frente
La estéril rabia del orgullo necio.

Sancha. Si fué Gonzalo audaz, si fué imprudente

¿Han de sufrir la pena sus hermanos?
Don Pedro Carvajal es inocente. —
Los dos: también don Juan.

Rey. Mas de una causa
Muéveme á reputarlos enemigos.
Presos en la asonada entrambos fueron
Y acordes los acusan dos testigos.

Sancha. Mienten. El oro vil compró su lengua.

¿No merece mas crédito la mía?
¿Tanta sería mi maldad, mi mengua,
Que de mi sangre misma á los verdugos
Yo osara defender?

Rey. Y alma de tigre
Tendría el juez que condenar pudiera
A quien vos defendéis.

Sancha. ¿Qué escucho! ¡Oh gozo!
¿Será...? ¿Serán absueltos? ¡Infelices!
Si, saldrán del oscuro calabozo
Donde gime aherrojada su inocencia,
Y ambos bendecirán, y yo con ellos
Bendeciré, señor, vuestra justicia.
¿Callais? ¡Ah! No os agravie mi impaciencia.

Decid: « Yo los absuelvo; sean libres, »
O si aun dudais, desde el excelso trono

Suene la grata voz de la clemencia.
Decid, señor, decid: « Yo los perdono. »
Rey. ¡Oh Sancha, Sancha!... El corazón te vende.

No inspiran la piedad ni la justicia
Esa ardiente elocuencia, ese abandono.
Solo el amor, y amor profundo, ciego
Habla... y delira así; y el llanto, el ruego
Disfraza en vano el labio temeroso
Cuando el silencio mismo nos delata,
Y amor asoma al párpado lloroso,
Y el rubor de la frente lo retrata.

Sancha. Bien decís: si mi rostro lo descubre,

Si mi amor es legítimo, inocente,
¿A qué negarlo? Sí; yo amo á don Pedro.
O ha de callar mi lengua, ó nunca miente.

Rey. ¿Vos á don Pedro amais!*Sancha.* Feliz le amaba.

¿Queréis que en la desgracia le abandone?

Rey. ¡Oh furor!

Sancha. Os irritó cuando callo;
Si hablo os irritó mas. — ¡Ay de mi triste!
Por la vuestra juzgad si un alma tierna
A la pasión fatídica resiste
En que cifra su bien. ¡Ay! En mal hora
Contemplaron amantes vuestros ojos
A esta infeliz...

Rey. Y en hora mas aciaga
Encoña de mi pecho la honda llaga
La dicha de un rival á quien detesto
Aun mas que os amo á vos; rival funesto
Que de la sangre ahoga el grito santo
En vuestro corazón. Vos, que sin llanto
Veis de un hermano la horrorosa herida,
¿Llorais de amor indigno poseída
Y el alma os cubre de mortal espanto
El peligro del bárbaro homicida!

Sancha. ¿Faltaba entre los viles detractores

La bastarda ojeriza de los zelos,
Linaje ruin de impudicos amores!
¿No caben dos afectos por ventura
Dentro de un corazón? Llora al hermano
Y Dios ve mi dolor y mi amargura;
¿Mas le habré de inmolar al fiel amante
Porque ose denigrarle la impostura?
Si deberes la sangre nos recuerda,
También el corazón tiene sus leyes,
Y á contrastar su imperio no es bastante
El tirano capricho de los reyes.

Rey. ¡Fatal imperio que á la incauta lengua

Tales acentos deslumbrado inspira.
¿Creed al corazón, desventurada,
Que en vez de mitigar mi justa ira
Enardecerla mas ciego os ordena

Sancha. ¡Señor!... ¿Qué he dicho...?
¡Ay Dios! Si me enajena
El dolor que me oprime, sed piadoso,
Y no un amante... á mi pesar quejoso;
Oigame en vos un rey justo y clemente;
Oigame un caballero generoso.

Rey. Vos, oh Sancha, que sois tan indulgente

Con vuestro corazón, pensad os ruego,
Que es vano empeño y loco desvario
Lo que al vuestro negais pedir al mío.
Oidme y resolved. Si en vuestro labio
Halaga á mi pasión dulce esperanza,
De las leyes el justo desagravio
Yo á vuestros pies sacrificar prometo,
Y mi orgullo y mi encono y mi venganza.
Mas que el amor con halagüeños lazos
Os una á mi rival aborrecido
Y me escarnezca luego en vuestros brazos,
¡No lo esperéis de mí! Vivo, en buena hora:
Vuestro, jamás. Hasta espirar el día
Su juez seréis. Si es grande el sacrificio
No es leve el don. — Mi dicha... ó su suplicio.

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA.

¡Cruel! No hay dicha para ti en el mundo
Si la esperas de Sancha. Y cuando fuera
Tanta mi mengua que á tu vil deseo
Mi acrisolado honor prostituyera,
Jamás la vida á precio tan infame
Comprara Carvajal. ¡Oh, dueño mío!
¡Antes mil veces la segur derrame
Tu ilustre sangre, y en tu mármol frío
Yo fallezca de amor y de despecho!
Que tú también en mi angustiado pecho
Antes quisieras ver punzante daga
Que de antojo brutal la torpe huella
En mi llerosa faz. ¡Ay trance amargo!
¡Ay desdichada la que nace bella!
No temas, no. Si mi dolor inmenso
No me alea á los ojos del tirano,
Yo mi cabello mesaré furiosa
Y este rostro ajará mi propia mano.
Solo á tus ojos parecer hermosa
Pudírame halagar, ¡y ya en tus ojos
No me puedo mirar embelesada! —
¿Quién abrirá á mi llanto esos cerrojos?
¡Oh si al menos mi boca enamorada

El postrimer adios pudiera darte! —
Mas una idea... Sí... No desespero.
¡Oh amor! protege mi inocente engaño.
Probemos... ¡Ah de casa! ¡Carcelero!

ESCENA XIII.

DOÑA SANCHA, EL CARCELERO.

Carc. ¿Quién llama?
Sancha. ¿Me conocéis?
Carc. Sí. ¿No sois la hermana vos
Del difunto Benavides?
Sancha. Bien lo muestra mi dolor.
Afan de justa venganza
Me conduce á esta mansion.
Sé que ha sido un Carvajal
El asesino feroz,
Mas como el crimen horrendo
Niegan tenaces los dos,
Mi labio ignora á quién debe
Fulminar su maldición.
En esta estancia no ha mucho
El rey mis quejas oyó.
Vos lo sabéis.
Carc. A mi oído
Llegó el eco de su voz.
Sancha. ¡Cielo! ¿Oisteis...?
Carc. No, señora,
Que el respeto me alejó,
Y á fuer de buen carcelero
Ciego y sordo-mudo soy.
Sancha. Yo á los presos he de ver.
Así su propio terror
Descubrirá al delincuente.
Carc. Señora...
Sancha. El rey lo mandó.
Carc. Créolo así; pero... á solas...
Sancha. ¿Temas? Armada no estoy
de puñal, ni me vengara
Con él; que es sobrado honor
Para un asesino infame.
Carc. (Esta mujer es atroz.)
Pues sois la parte contraria,
Y hay guarda, y vigilo yo,
Y el rey lo ordena, no hay riesgo...
Sancha. ¡Andad!...
Carc. A traerlos voy;
Pero ved que al fin son prójimos.
Tened de ellos compasión.

ESCENA XIV.

DOÑA SANCHA.

¡Bien haya un hombre tan necio
Que no advierte cuánto son
Forzados en lengua amante
Los acentos del rencor!

ESCENA XV.

DOÑA SANCHA, DON PEDRO CARVAJAL,
DON JUAN CARVAJAL.

(Don Juan Carvajal se sienta retirado
y medita.)

P. Carv. ¿Qué veo! ¡Sancha! ¡Es posible...!

Sancha. Deteneos...
P. Carv. ¡Grato don
De los cielos! ¡Sancha mía!
Sancha. Bajad, don Pedro, la voz.
(Se acerca á la puerta de las prisiones
y mira.)

P. Carv. Nadie nos oye. ¿Qué objeto
Te conduce á mi prisión?
Sancha. Ya el carcelero se aleja. —
¿Quién, Pedro, sino el amor
Me trajera aquí?

P. Carv. ¡Bien mío!
(Se abrazan.)

¿Es cierto, ó soñando estoy?
¡Tú en mis brazos! Luz divina
Disipa el lóbrego horror
De mi cárcel, y en tí veo
El ángel de redención.
Sancha. ¡Ay, Pedro!
P. Carv. ¡Qué! ¿Ya no queda
Esperanza?
Sancha. ¡Solo en Dios!
P. Carv. ¿Todos nos culpan? ¿No hay ya
Justicia en la tierra?
Sancha. ¡No!
Testigos para acusaros
Compra el oro corruptor.
Si alguien osa defenderos,
Segura es su perdición.
Y cuando el juez es verdugo,
¿Cómo aplacar su rigor?
P. Carv. Si el rey...
Sancha. Postrada á sus pies
Con elocuente aflicción
Defendí vuestra inocencia...

Y su pecho se apladó.
P. Carv. ¿Cómo pues...?
Sancha. Mas ¡qué piedad!
P. Carv. ¡Sancha!
Sancha. La muerte es mejor.
P. Carv. ¿Qué escucho?
Sancha. Pone en mis manos
Tu suplicio ó tu perdón.
P. Carv. ¿Y tu respuesta...?
Sancha. ¡Oh Dios mío!
Nunca fué tanto mi amor;
Mas el te ofrece la vida...
¡Y yo la muerte te doy!
P. Carv. Tiemblo de oírte.
Sancha. El secreto
De mi alma sorprendió,
Y este amor que era tu gloria
Tu mayor delito es hoy.
P. Carv. ¡Desventurado de mí!
Acaba. ¿Y su labio osó...?
Sancha. ¡Pacto infame! No mi lengua;
Digatelo mi rubor.
P. Carv. ¿Y no hay rayos en el cielo!
J. Carv. No acuses, blasfemo, á Dios.
(Se levanta.)
P. Carv. ¡Triunfa ese monstruo execrable
Que el negro abismo abortó,
Triunfa, y la muerte ó la infamia
Nos reserva su furor;
¿Y no he de quejarme al cielo?
¡Ah! No hay en mi corazón
Tanta virtud.
J. Carv. Los arcanos
Respetá del Criador.
¡Feliz quien se alza inocente
A la celeste región
Y se sienta entre los ángeles
Como Abel y como Job!
Muere sereno y no envidies
El triunfo del pecador.
¿Qué es una vida acosada
De remordimiento atroz?
Vuela y le aguarda en la tumba
Eterna condenación.
Sancha. Piensa, mi bien, que muriendo
Salvas tu fama y mi honor.
J. Carv. ¿Ves? Débil mujer alienta
Al esforzado varón.
Sancha. ¡Ah! ¡Yo serena me finjo
Y muerta de pena estoy!
No es tanta de nuestra estrella
La cruel persecución,
Pues abrazados podemos
Darnos el último á Dios.
(Se abrazan.)
P. Carv. Sancha, esa dulce ternura

Roba á mi pecho el valor
Para morir. ¡Ser amado,
Reinar en tu corazón.
Nutrir risueña esperanza,
Y verla agostada en flor!

Sancha. ¡Ah! No morirás tú solo;
Que yo de mármol no soy.
La tumba nos unirá
Ya que los altares no.

P. Carv. ¡Cuán cariñosa y cuán bella!
Mirame así, dulce amor;
Roba su presa al verdugo
¡Y muera en tus brazos yo!

J. Carv. ¡Apartad, desventurados!
(Los separa, y queda entre los dos.)

No ofendais al Redentor.
Desterrad de vuestro pecho
Toda humana sensación;
¡Que el trance final se acerca
Y el tiempo corre veloz!

P. Carv. Mi amor es cándido, es puro,
Que su virtud lo inspiró.
Pues para amarnos nacimos,
Y somos libres, y voy
A morir; quién mis halagos
Culpará...?

J. Carv. La religion.
Apartaos, yo os lo ordeno;
Yo, ministro del Señor.

P. Carv. ¡Oh!... Tú me acuerdas un bien
Que en mi horrible situación
Ya no esperaba. Señora,
Vos me amáis; yo os amo á vos...
Hé aquí mi mano. El que ahora
Os la ofrece en la prision
Os la ofreciera lo mismo
Cumpliendo lo que juró
Si daros pudiera en arras
Todo el imperio español.

Sancha. Yo sé despreciar grandezas,
Que me basta un corazón. —
Pobre preso, he aquí la mía.

(Tendiendo la mano.)

Con orgullo te la doy.

P. Carv. ¡Sacerdote! Todo es templo
(A su hermano.)

Quando se alza el alma á Dios.
El caballero se humilla:
Bendiga el comendador.

(Don Pedro Carvajal y doña Sancha se arrodillan.)

J. Carv. Si Dios permite benigno
Que de infame delación
Triunfe Pedro y libre vuelva
A gozar la luz del sol,
¿Seréisle fiel, doña Sancha?

Sancha. ¡Oh, sí! Eternamente.

J. Carv. ¿Y vos
De caballero y cristiano
Cumplireis la obligación?

P. Carv. Siempre.
J. Carv. En nombre del Eterno

Justo, omnipotente Dios,
Yo vuestros votos acojo.
Recibid mi bendición.
Si aquel que con soplo leve

Hizo polvo á Jericó
Del impio rey nos libra
Y el juez prevaricador,
Benedicidle luengos años

En casta y plácida union;
Mas si una precaria vida
Nos demanda el Salvador,
Cumplamos su voluntad

Como el padre de Jacob.
Y vosotros, ofrecedle
Con pia resignacion
La suspirada ventura

Que os roba muerte precoz.
Mayor será vuestra dicha
En otra vida mejor.

ESCENA XVI.

DOÑA SANGHA, DON JUAN CARVAJAL,
DON PEDRO CARVAJAL, EL CARCELERO.

(Llega el carcelero sin ser visto por los demás interlocutores y, como dominado por el prestigio del acto que presencia, se arrodilla también. Don Juan Carvajal prosigue.)

J. Carv. De ese humano sacrificio

Dios os dará el galardón,
Y en aquel glorioso eden
Que á los justos reservó
Flores de eternal aroma

Brotarán para los dos. —
Alzad.

(Don Pedro Carvajal y doña Sancha se levantan y se abrazan.)

Sancha. ¡Bien mío!
Carc. ¿Qué escucho!
(Levantándose.)

P. Carv. ¡Esposa mía!
Carc. ¡Traicion!

¡Engañarme así...!
(Los separa.)

P. Carv. ¡Un momento!
Sancha. ¡Por favor...!

Carc. No hay favor.

P. Carv. ¡Adios!

Carc. Ya basta.

Sancha. ¡Adios!

Carc. ¡Ea, á la prision!

J. Carv. Ya obedecemos. — ¡No mas!

P. Carv. ¡Amargo instante!

Sancha. ¡Oh dolor!

Carc. ¡Pobrecillos!... Acabemos.

(Medio enternecido.)

Entrad presto. — Salid vos.

(Separándolos con violencia.)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una parte de la villa de Martos, situada en anfiteatro sobre una alta colina. A la izquierda del actor habrá una quinta de arquitectura árabe con emparrado, naranjos y macetas de flores á la entrada. Sobre este edificio, que será de un solo cuerpo, habrá una azotea. En lo mas alto del cerco se elevará hacia la derecha un áspero y desnudo risco, en cuya cima habrá una meseta y sobre ella un castillo con puerta que á su tiempo ha de abrirse. Habrá tambien una loma transitable entre la villa y la fortaleza.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, CASTRO.

(Aparece el rey voluptuosamente reclinado sobre un escaño de junco bajo el emparado y entre las flores y frutales que adornan la entrada de la quinta. Castro en pie á su lado.)

Rey. Deliciosa quinta es esta.
Los monarcas del oriente
Sabían serlo; que no hay gloria
Como nadar en placeres.

Buen alarbe que plantaste
Estos amenos verjeles,
Si yaces en torno mío
Bajo algun florido césped,

Séate ligera mi planta;
Que aunque austera me lo vede
Mas estrecha religion,
Yo tambien, nieto de reyes,

Perdidis cuento las horas
Que no hermosea el deleite.

Castro. Por cierto que vuestro hermano

En el cerco de Alcaudete,
Entre cascos y ballestas
No tendrá tan buen albergue.

Rey. La esperanza de vencer
Le consolará. Es valiente.
Yo tambien de tal blasono;
Mas acaudille mis huestes

En buen hora; que es locura
Arrostrar soles y nieves
Por ganar, Castro, una villa
El que tantas villas tiene.

Me hallo bien entre las rosas
Y no envidio sus laureles.

Castro. Solo faltaba, señor,
A vuestra dicha que fuese
Menos vana y desdeñosa
Doña Sancha.

Rey. Está rebelde;
Mas no pierdo la esperanza,
Que el tiempo todo lo vence.

Castro. Olvidadla. Mil bellezas
Ansiarán lo que ella pierde;
Que los reyes son contados
Y sin cuento las mujeres.

Rey. Nacen todas caprichosas,
Mas Sancha á todas excede.
¡Desprecia al rey de Castilla
Por un condenado á muerte!

Confieso que al declararlo
Su boca, como un demente
Me enfurecí; mas la calma
Otra vez al seno vuelve;

Que si de un placer me priva,
Otro mas dulce me ofrece:
La venganza.

Castro. Aun no ha vencido.
Fiad en su sexo débil.
Si ama á Carvajal, acaso
Quando el momento se acerque
Del suplicio...

Rey. No está lejos.
Pero ¿qué hace que no viene
Mi caro tío?

Castro. Sin duda
Temeroso de la plebe
Dictando está precauciones...

Rey. ¿Qué concepto te merece
Mi tío?
Castro. Señor...
Rey. ¿Te turbas?

Hablar sin recelo puedes.
Castro. Pues le dais vuestra confianza,
Digno de ella me parece.

Rey. ¡Lindamente! ¿Y qué dirias
Si de mi gracia cayese?

Castro. Señor...
Rey. ¡Señor!... Yo no gusto

De aduladores; ¿entiendes?
 ¡Que nunca se libre un rey
 De esa maldecida peste!
 Si te precias de sincero,
 Di que es don Juan un aleve,
 Un traidor, un ambicioso;
 Di que España le aborreee
 Como le aborrezco yo;
 Di que me afrenta y me vende.

Castro. ¡Hoy la toma con don Juan?
 Seguiremos la corriente.)
 Pues queréis, señor, que os diga
 La verdad, mucho se duelen
 Vuestros súbditos leales
 De que las riendas se entreguen
 Del Estado á un hombre odioso,
 Indigno de su progenie
 Excelsa, y cuya maldad
 Ya es proverbio entre las gentes.

Rey. Es un perverso.

Castro. Un hipócrita.

Rey. Escrita lleva en la frente
 La perfidia y la bajeza.

Castro. Rastrero y vil con el fuerte,
 Tirano con el humilde,
 Y si la fama no miente,
 (Perdone el señor don Juan)
 Tiene sus puntas de hereje.

Rey. Yo mi privanza le di
 Mancebo inexperto y débil.
 Sus lisonjas me enañaron,
 Mas no tardé en conocerle.
 Si aun sufro y el pié no pongo
 Sobre su cuello insolente,
 Temor del poder inmenso
 Que ha usurpado me detiene;
 Que ese infame, aunque rubor
 El confesarlo me cueste,
 Mas que yo manda en Castilla.
 Mas dia vendrá en que truene
 Mi reprimido furor
 Y el caiga y Castilla tiemble.

Castro. (Si así pierde su privanza,
 No sea yo quien la herede!)

(*Suena un atabal.*)

Rey. ¿Qué atabal...?

Castro. El pregonero,
 Que recorre los cuarteles
 Anunciando la sentencia..

Rey. Así será mas solemne.

Pregon. (*Gritando dentro.*) El rey, y en
 su real nombre el su merino mayor: Visto
 el juicio formado contra los hermanos don
 Juan y don Pedro Carvajal, acusados y
 convictos del crimen de alevosía y traicion
 y homicidio violento, los condena á ser

arrojados por mano del verdugo de lo alto
 de la peña de esta villa de Martos para es-
 carmiento de traidores.

(*Suena otra vez el atabal.*)

Rey. ¿Y cómo el terrible fallo
 Oyeron los delinquentes?

Castro. Con noble serenidad.

Rey. Sus almas son de buen temple;
 Y me huelgo de saber
 Que como soldados mueren.

(*Corónanse de soldados las almenas del
 castillo. Un oficial distribuye otros por
 la toma que conduce de la villa á la peña.
 Otro coloca tambien centinelas en varios
 puntos para tener en respeto al pueblo,
 que saliendo de la villa va ocupando el
 cerro.*)

ESCENA II.

EL REY, CASTRO, SOLDADOS, PUEBLO.

Castro. Ya los arqueros asoman
 Por las almenas del fuerte.

Rey. Y el populacho curioso
 Por la colina se tiende.

Castro. ¡Que siempre atraigan al vulgo
 Espectáculos crueles!

Miradlos. Con menos ansia
 Asistieran á un banquete.

Rey. ¡Singular pasión! Y acaso
 A los reos compadecen
 Y si librarlos pudieran...

Castro. No haya miedo que lo intenten,
 Que está el cerro bien guardado
 Y hay cuatrocientos ginetes
 Entre la plaza y la vega.

(*Sordo rumor y continuo movimiento de la
 muchedumbre de ambos sexos y de todas
 edades que pugna por cojer puesto. Los
 soldados los desvian con aspereza, y pro-
 curan imponer silencio.*)

Rey. Como soy que me divierte
 Aquel confuso bullicio.

Castro. Cubierto con esa verde
 Espesura nadie os ve.

(*Siguen hablando aparte.*)

Una muj. ¡Ave Maria! No apriete.

Un homb. Haga paso.

Otro. ¡Nari-Nuño!

Por aquí.

Otro. ¡Niños de leche

A estas funciones! ¡No ve

Que es fácil que la atropellen?

Una muj. Lo traigo para que aprenda.

Un homb. ¡Si apenas tiene seis meses!

Un sold. ¡Eh! Poca bulla. Ya he dicho.

(*A otro grupo.*)

Que se callen y se asienten.

Un niño. Madre, ¿dónde está la horca?

Una muj. No hay horca.

Un niño. Pues ¿cómo mueren?

Una muj. ¡Despeñados!

Una jóv. ¡Virgen madre!

Otra. ¡Qué horror!

Un homb. Y son inocentes.

Un sold. ¿Qué ha dicho?

(*Amenazando.*)

El homb. Yo nada..., nada...

(*Temblando.*)

Otro sold. ¡Silencio! Nadie resuelle.

(*Las amenazas de los soldados aterran á la
 multitud; y aunque siguen los murmullos
 con muestras de general descontento, ya
 nadie osa alzar la voz. Quién mani-
 fiesta oír á otro con curiosidad é interés;
 otros alzan las manos al cielo, ó con di-
 versas demostraciones mudas hacen ver
 la compasion que les inspiran los sen-
 tenciados. Algunas madres y algunos an-
 cianos se ponen el dedo en la boca como
 para contener á la juventud imprudente.
 La variada animacion del cuadro, mas
 ó menos perceptible, no ha de cesar hasta
 el fin del acto.*)

Castro. Aquí se acerca don Juan.

Rey. Ya me tenía impaciente.

ESCENA III.

EL REY, CASTRO, DON JUAN,
 CASTAÑEDA, LEIVA, SOLDADOS,
 PUEBLO.

(*Don Juan, Castañeda y Leiva vienen por
 la parte de la villa.*)

Rey. ¿Llegó la hora? ¿Es negocio
 Tan grave...?

Juan. Señor, faltaba

Al freile de Calatrava

Degradar del sacerdocio.

Rey. Si el prelado resistía...

Juan. No; que os ha servido bien

El obispo de Jaen.

Rey. ¡Le degrada don García!

Juan. Tenéisle á vuestra obediencia.

Rey. Gran pena os habrá costado

El conseguir del prelado

Ese acto de complacencia;

Que no sin cuenta y razon

A la corona real

Su báculo pastoral

Rinde mitrado varon.

Juan. No es mucho que lo consienta

Y á vuestro querer se dome,

Pues Calatrava le come

Los dos tercios de su renta.

(*Suena otra vez el atabal, y dentro en án-
 gulo distinto se repite el pregon; al oírlo
 se aumenta el murmullo popular, pero
 la tropa lo reprime.*)

Rey. Ese pueblo es mala grey.

Oye el pregon con tal cara

Que de la peña arrojara

Al pregonero... y al rey.

Juan. Señor, vuestra autoridad...

Rey. No os hagais, tío, de nuevas.

Ya sabéis que tengo pruebas

De su buena voluntad.

Siento que el rostro me tuerza;

Mas ¿qué me puede pedir

Si yo le deajo elegir

Entre el amor y la fuerza?

Dóble la fe su rodilla

O dóblela el torpe miedo,

¿Qué importa? Contento quedo.

Todo es reinar en Castilla. —

Mas ya el suplicio se apresta,

Y pues no acusa el calor,

Venid; desde el mirador

Gozaremos de la fiesta.

Leiva. Podrá achacar esa acción

El mundo á cruel deseo.

¡Ver un rey la cara al reo

Sin concederle el perdon!...

Rey. ¿Qué os importa á vos el juicio

Que el mundo forme de mí?

Leiva. Señor, mi celo... Creí...

Rey. ¡Eh! Callad.

Leiva. Si es deservicio

Dar un prudente consejo...

Rey. Es consejo impertinente,

Leiva, y lo sufro indulgente

Porque sois un pobre viejo.

Idos si os han de mover

Los traidores á piedad,

Y por sus almas rezad,

Que bien lo habrán menester.

Yo, que privarme no quiero

De escena tan singular,

Así el nombre he de ganar

De monarca justiciero.

ESCENA IV.

LEIVA, SOLDADOS, PUEBLO.

Leiva. ¡Justicia, cuál se mancilla
Tu santo nombre en la lengua
De un príncipe insano! ¡Oh mengua!
Desventurada Castilla!

ESCENA V.

EL REY, DON JUAN, CASTRO,
CASTAÑEDA, SOLDADOS,
PUEBLO.

(El rey y su séquito aparecen en el
mirador.)

Soldados. ¡Viva el rey Fernando!
¡Viva!

(Dos ó tres veces inclina el rey levemente
la cabeza. El pueblo murmura.)

Juan. Ved, señor, cuál se alborozan
Al veros...

Rey. Sí; los soldados.

Un sold. ¡Viva el rey!

Otro.

Fuera esa gorra.
(A un hombre.)

¡Viva el rey! ¿No grita?

El hamb.

¡Viva...!

(Con voz apagada.)

(¡Mala hora de Dios le coja!)

Sancha. ¡Dejadme! Yo le he de hablar.

(Dentro.)

¡Justicia!

Un sold. ¡Tened, señora!

ESCENA VI.

EL REY, DON JUAN, CASTRO,
CASTAÑEDA, DOÑA SANCHA,
SOLDADOS, PUEBLO.

(Llega doña Sancha con el rostro pálido,
el cabello descompuesto y gritando con
desesperación; quiere penetrar en la
quinta y los soldados se lo impiden.)

Sancha. Es una maldad horrible
Que la venganza provoca

Del cielo. ¡Son inocentes!

(Nueva agitación del pueblo reprimida por
los soldados.)

Rey. ¡Qué voz! ¡Doña Sancha ahora...!

Sancha. ¡Cruelles! Dejad que el rey

Me vea; dejad que oiga

La verdad...

Juan. Este impensado

Accidente...

Rey. Mas hermosa

La hace el despecho á mis ojos. —

Pero si el pueblo alborota...

Sancha. ¡Allí está! ¡Señor, señor!

Si en algo estimais la gloria,

Si al grito de la justicia

Vuestra alma de rey no es sorda,

Derogad esa sentencia

Atroz, fiera, escandalosa.

¡Son inocentes!

Soldados. ¡Atrás!

(A los grupos del pueblo que se mueven
con marcado interés hacia donde se halla
Sancha.)

Juan. El dolor que la acongoja.

(Al pueblo.)

Amigos, turba su mente.

Era la hermana amorosa

De Benavides. La misma

Que asesinado le llora,

Por sus infames verdugos,

Demente ¡oh dolor! aboga.

Compadece su delirio.

(El pueblo da muestras de compasion.)

Sancha. Miente esa lengua traidora.

No deliro: el rey lo sabe.

Yo lo juro por mi honra,

Por mi vida, por mi alma.

Son inocentes. Sus obras

Mas que mi voz los defienden.

Otros merecen la nota

De asesinos: ella no.

Rey. Ea, prended á esa loca,

Y conducidla á un encierro

Donde en segura custodia...

(Los soldados vacilan.)

Obedeced.

(Varios soldados rodean á Sancha en
actitud de hacerla retirar.)

Sancha. La verdad

Ha de sonar en mi boca

Mientras respire.

Rey. ¡Soldados!

Un hamb. ¡Quietos, que la guardia do-
blan!

(A otro que va á embestir á los soldados.)
(Acude en efecto mas fuerza armada.)

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, DON PEDRO
CARVAJAL, DON JUAN CARVAJAL, EL
MERINO, EL VERDUGO, ALGUACILES,
ATABALEROS, SOLDADOS, PUEBLO.

Un hamb. ¡Allí están!

Un niño.

¡Allí!

Una muj.

¡Qué lástima!

Un hamb. Aquel es Pedro; aquel Juan.

Otro. Ya le han quitado las órdenes.

Una muj. ¡Sacrilégio!

Otra.

¡Iniquidad!

Un sold. ¡Silencio!

Un hamb.

¡Y era tan bueno!

Una muj. ¡Y don Pedro tan galán!

Una jóv. ¡Qué pena! ¡Morir así,

Y en lo mejor de su edad!

Otro sold. Punto en boca. Vea y calle

Quien no los quiera imitar.

P. Carv. ¿Con que ya llegó el momento?

(Abatido.)

¿Sancha mía, dónde estás?

¿Quién dijera que en mis bodas

Fuera esta peña el altar,

Y mis preseas de novio

Este infamado gaban,

Y áspero derrumbadero

Mi tálamo conyugal!

J. Carv. Mostremos, hermano mio,

La noble serenidad

De cristiano y de nobles

En el término fatal.

Y honrará nuestra memoria

La justa posteridad;

Que solo al malvado infaman

La cuchilla y el dogal.

P. Carv. No siento por mí la muerte.

Por Sancha... ¡Ay Dios! ¿Qué será

De la infeliz? ¡Me ama tanto!...

¡Y llora en triste horfandad;

Y un tirano...

J. Carv. Su virtud

Los cielos ampararán.

Allí lauro inmarcesible

Guardado á los tres está.

Eleva el alma al empuero,

Y sobre ese lodazal

De miserias y de crímenes

No tiendas la vista mas.

No se diga, Pedro mio,

Que espanto ahora nos da

La muerte que en cien batallas

Vimos con serena faz.

¿Qué es el dolor de un instante

Rey. ¡Llevadla! ¡Pésia mi saña...!

Sancha. ¡Apartad...! ¡Ah, que me
ahoga

El dolor...! Matadme, impíos.

Si su noble sangre es poca

Para saciar á ese monstruo.

Madres, hermanas, esposas,

Rogad, maldecid... ¡Dios mio!

¿Y es posible que aun no rompás,

Pueblo oprimido, la férrea

Cadena vil que te agobia?

¡Cobardes!

(Al són de atabales y trompetas aparecen
por la loma y se dirigen al castillo el
juez, alguaciles, soldados y el verdugo.)

¡Ay! ¡El verdugo!

Yo... muero.

(Cae desmayada entre los soldados y se la
llevan.)

Juan. Llevadla ahora.

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA,
EL MERINO, EL VERDUGO, ALGUACILES,
ATABALEROS, SOLDADOS, PUEBLO.

Rey. ¿Habrá muerto...?

Castro.

No. Un desmayo...

Rey. Id, Castañeda; volad.

Que velen por su salud. —

Es bella... y no es Carvajal.

(El merino, alguaciles, etc., llegan á la
puerta del castillo; ábrese esta, sale el
alcaide con los reos, que visten simples
túnicas sin ningun distintivo; los en-
trega al juez y vuélvese al castillo que-
dando otra vez cerrada la puerta.
Castañeda baja del mirador, atraviesa
el teatro y desaparece en la direccion
que llevó doña Sancha. El rey sigue
hablando con Castro y el infante. Todos
fijan la vista en la peña, el pueblo da
vivas señales de curiosidad y compa-
sion; los soldados vigilan con mas aten-
cion y preparan sus armas. El sol
empieza á nublar y oyesse algun trueno
lejano.)

Si se llega á comparar
Con la celeste ventura
De toda una eternidad?

P. Carv. ¡Oh! Tú confortas mi espíritu.
Tu voz es voz paternal.
¡Voz de Dios! Te imitaré.
Digno de ti me verás
Hasta el postrimer instante.

Rey. ¿Aun no da el juez la señal?

(A don Juan.)

¿A qué aguarda...?

Merino. Caballeros,
La hora pasó... Acabad.

Cumplid vos vuestro deber.

(Al verdugo.)

P. Carv. No llegéis. Un Carvajal
No ha menester vuestro auxilio
Para morir. — Apartad.

J. Carv. ¡Pedro! Esa vida no es tuya.
Tu valor es criminal.

Dios no te manda matarte,
Sino dejarte matar. —

Buen hombre, haced vuestro oficio.
¿Qué importa un ultraje mas?

¡Así Dios lo ha decretado!

Cumplase su voluntad.

P. Carv. ¡Dame el abrazo postrero;

J. Carv. ¡Adios! En la eterna paz
Tornaremos á abrazarnos.

*(Las nubes se condensan por instantes,
los truenos, ya muy cercanos, se multi-
plican; parte del pueblo se va retirando
á la villa huyendo de la tormenta que
amenaza.)*

Juan. Horrorsa tempestad

Nos amaga. Huid...

Rey. No puedo.

(Turbado.)

¡La mano de Satanás

Me clava aquí!

Una muj. ¡Dios piadoso!

Un homb. Huyamos del temporal.

*(Al desprenderse don Pedro Carvajal de los
brazos de su hermano fija la vista en
el mirador y exclama:)*

P. Carv. ¡Qué veo! ¡El tirano allí!

¡Oh colmo de atrocidad! —

¿Aun quieres en nuestra sangre

(Gritando.)

Los ojos apacentar?

Verdugo de la inocencia,

Nuestra sangre caerá

Gota á gota sobre tí.

El sol se niega á alumbrar

Tu fiereza, y trueno horrible

La cólera celestial.

Voces del pueblo. ¡Perdon! ¡Perdon!

Rey. No perdono.
(Esforzándose á ocultar su terror.)

*(El teatro queda enteramente oscuro: solo
algun relámpago deja ver los objetos por
intervalos; arrecia la lluvia; pocos del
pueblo permanecen en la escena; los de-
más huyen consternados; el rey queda
solo en el mirador haciendo vanos es-
fuerzos para retirarse.)*

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN CARVAJAL, DON
PEDRO CARVAJAL, EL MERINO, EL
VERDUGO, SOLDADOS, PUEBLO.

J. Carv. Yo tengo de tí piedad,

Y te perdono, infeliz;

Mas mi perdón ¿qué valdrá?

¡Escuchad, y oidme todos!

Mi labio pronto á espirar

Mueve inspiracion celeste.

Pues tú inaudita crueldad

Sin oír nuestra defensa

Ni la acusacion probar

Nos condenó, yo te cito

Al divino tribunal:

Allí donde no hay quien ponga

Mordazas á la verdad,

Ni son razones las lanzas

Cuando falla un juez venal.

Treinta dias es tu plazo.

Treinta dias vivirás.

Cuéntalos bien: no los pierdas;

Que irán y no volverán.

¡Cuéntalos bien! — Vos, ahora

(Al verdugo.)

La sentencia ejecutad.

*(Los Carvajales se dan las manos vueltas
hacia el bastidor de la derecha, y en el
momento de ser precipitados por el ver-
dugo oyese un trueno espantoso, y un
grito universal; el rey cae en tierra
sin sentido, y baja el telon.)*

ACTO CUARTO.

Arboleda en las inmediaciones de Jaen, que termina
en una quinta, cuya fachada y puerta principal se
ven en el foro. Habrá algunos bancos de césped.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON JUAN,
EL MÉDICO, CASTRO, CASTAÑEDA,
CABALLEROS.

*(El rey, pálido, doliente, melancólico,
pasea lentamente sostenido en los brazos
de Castro y el médico. Don Juan y los
demás caballeros le siguen.)*

Rey. Mas despacio, mas despacio.

Hoy apenas tengo aliento

Para moverme.

Cast. Hoy está

(Aparte á don Juan.)

De remate. Aquel aspecto

Es mortal. Creo que pronto

Vacará en Castilla un cetro.

Preparáos...

Juan. ¡Oh si fuera

Aquel pronóstico cierto!

Pero es quimera. Jamás

He creído yo en agüeros

Ni profecias.

Castro. No obstante,

Desde el trágico suceso

De Martos, un solo día

De salud y de sosiego

No ha lucido para el rey,

Y su mal es mas acerbo

Cuanto mas se acerca el fin

Del terrible emplazamiento.

Rey. ¡Ah!... No puedo mas...

Méd.

Sentáos.

Basta por hoy de paseo.

*(Ayudado por el médico y Castro se sienta
el rey en un banco.)*

Rey. ¿Tan escasa es vuestra ciencia,

Doctor, que no hallais remedio

Para esta fiebre tenaz

Que me consume?

Méd.

No advierto

Síntomas graves aún.

Al contrario; va en descenso

La calentura. Los aires

De Jaen, á lo que observo,

Os mejoran.

Rey. Bien hicisteis

En sacarme de aquel pueblo

De maldicion. Pero ¿adónde,

Adónde iré que el siniestro

Fantasma de aquella peña

No me aterre?

Juan. Esos recuerdos

Acrecientan vuestro mal.

Lanzadlos del pensamiento.

Rey. ¿Esperais curarme pronto?

Méd. Si no haceis ningun exceso

Y procurais desechar

Esos terrores funestos,

En breve, mediante Dios,

Que os restablezcáis espero.

Rey. ¿Cuándo?

Méd. Señor, no es posible..

Rey. ¿Cuándo?

Méd. Eso, lo sabe el cielo.

Rey. ¿Y tú no?

Méd. No llega á tanto

Mi ciencia.

Rey. Pues ¿qué es un médico?

¿De qué aprovecha, si ignora

Lo que no sabe el enfermo?

Méd. La práctica y el estudio

No siempre son del acierto

Prendas seguras, que todo

Al error está sujeto

En el mundo. Conocida

La enfermedad...

Rey. ¡Por san Pedro...!

¿Necesito yo un doctor

Para saber que padezco?

Castro. No os inquieteis.

Méd.

Dadme pues

Licencia, si aquí mi celo

Es inútil.

Rey. Esperad.

Teneis ontrañas de perro.

¿Queréis dejarme morir?

Méd. Si no domais ese genio,

Vos mismo os dareis la muerte.

Rey. Veintisiete años no cuento

Todavía, y ¡verme así!...

¡Y envidiar al mas abyecto

De mis vasallos, yo rey;

Yo cuyo poder supremo

Del mar cántabro se extiende

Hasta el gaditano estrecho!

¡Yo para el placer nacido,

Yo á quien nadie pone freno,

Ni lanzar puedo un venablo

Contra el jabalí soberbio,

Ni sobre dócil bridon

¡Señorearme caballero,

Si se llega á comparar
Con la celeste ventura
De toda una eternidad?

P. Carv. ¡Oh! Tú confortas mi espíritu.
Tu voz es voz paternal.
¡Voz de Dios! Te imitaré.
Digno de ti me verás
Hasta el postrimer instante.

Rey. ¿Aun no da el juez la señal?

(A don Juan.)

¿A qué aguarda...?

Merino. Caballeros,
La hora pasó... Acabad.

Cumplid vos vuestro deber.

(Al verdugo.)

P. Carv. No llegéis. Un Carvajal
No ha menester vuestro auxilio
Para morir. — Apartad.

J. Carv. ¡Pedro! Esa vida no es tuya.
Tu valor es criminal.

Dios no te manda matarte,
Sino dejarte matar. —

Buen hombre, haced vuestro oficio.
¿Qué importa un ultraje mas?

¡Así Dios lo ha decretado!

Cumplase su voluntad.

P. Carv. ¡Dame el abrazo postrero;

J. Carv. ¡Adios! En la eterna paz
Tornaremos á abrazarnos.

*(Las nubes se condensan por instantes,
los truenos, ya muy cercanos, se multi-
plican; parte del pueblo se va retirando
á la villa huyendo de la tormenta que
amenaza.)*

Juan. Horrorsa tempestad

Nos amaga. Huid...

Rey. No puedo.

(Turbado.)

¡La mano de Satanás

Me clava aquí!

Una muj. ¡Dios piadoso!

Un homb. Huyamos del temporal.

*(Al desprenderse don Pedro Carvajal de los
brazos de su hermano fija la vista en
el mirador y exclama:)*

P. Carv. ¡Qué veo! ¡El tirano allí!

¡Oh colmo de atrocidad! —

¿Aun quieres en nuestra sangre

(Gritando.)

Los ojos apacentar?

Verdugo de la inocencia,

Nuestra sangre caerá

Gota á gota sobre tí.

El sol se niega á alumbrar

Tu fiereza, y trueno horrible

La cólera celestial.

Voces del pueblo. ¡Perdon! ¡Perdon!

Rey. No perdono.
(Esforzándose á ocultar su terror.)

*(El teatro queda enteramente oscuro: solo
algun relámpago deja ver los objetos por
intervalos; arrecia la lluvia; pocos del
pueblo permanecen en la escena; los de-
más huyen consternados; el rey queda
solo en el mirador haciendo vanos es-
fuerzos para retirarse.)*

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN CARVAJAL, DON
PEDRO CARVAJAL, EL MERINO, EL
VERDUGO, SOLDADOS, PUEBLO.

J. Carv. Yo tengo de tí piedad,

Y te perdono, infeliz;

Mas mi perdón ¿qué valdrá?

¡Escuchad, y oidme todos!

Mi labio pronto á espirar

Mueve inspiracion celeste.

Pues tú inaudita crueldad

Sin oír nuestra defensa

Ni la acusacion probar

Nos condenó, yo te cito

Al divino tribunal:

Allí donde no hay quien ponga

Mordazas á la verdad,

Ni son razones las lanzas

Cuando falla un juez venal.

Treinta dias es tu plazo.

Treinta dias vivirás.

Cuéntalos bien: no los pierdas;

Que irán y no volverán.

¡Cuéntalos bien! — Vos, ahora

(Al verdugo.)

La sentencia ejecutad.

*(Los Carvajales se dan las manos vueltas
hacia el bastidor de la derecha, y en el
momento de ser precipitados por el ver-
dugo oyese un trueno espantoso, y un
grito universal; el rey cae en tierra
sin sentido, y baja el telon.)*

ACTO CUARTO.

Arboleda en las inmediaciones de Jaen, que termina
en una quinta, cuya fachada y puerta principal se
ven en el foro. Habrá algunos bancos de césped.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON JUAN,
EL MÉDICO, CASTRO, CASTAÑEDA,
CABALLEROS.

*(El rey, pálido, doliente, melancólico,
pasea lentamente sostenido en los brazos
de Castro y el médico. Don Juan y los
demás caballeros le siguen.)*

Rey. Mas despacio, mas despacio.

Hoy apenas tengo aliento

Para moverme.

Cast. Hoy está

(Aparte á don Juan.)

De remate. Aquel aspecto

Es mortal. Creo que pronto

Vacará en Castilla un cetro.

Preparáos...

Juan. ¡Oh si fuera

Aquel pronóstico cierto!

Pero es quimera. Jamás

He creído yo en agüeros

Ni profecias.

Castro. No obstante,

Desde el trágico suceso

De Martos, un solo día

De salud y de sosiego

No ha lucido para el rey,

Y su mal es mas acerbo

Cuanto mas se acerca el fin

Del terrible emplazamiento.

Rey. ¡Ah!... No puedo mas...

Méd.

Sentáos.

Basta por hoy de paseo.

(Ayudado por el médico y Castro se sienta

el rey en un banco.)

Rey. ¿Tan escasa es vuestra ciencia,

Doctor, que no hallais remedio

Para esta fiebre tenaz

Que me consume?

Méd.

No advierto

Sintomas graves aún.

Al contrario, va en descenso

La calentura. Los aires

De Jaen, á lo que observo,

Os mejoran.

Rey. Bien hicisteis

En sacarme de aquel pueblo

De maldicion. Pero ¿adónde,

Adónde iré que el siniestro

Fantasma de aquella peña

No me aterre?

Juan. Esos recuerdos

Acrecientan vuestro mal.

Lanzadlos del pensamiento.

Rey. ¿Esperais curarme pronto?

Méd. Si no haceis ningun exceso

Y procurais desechar

Esos terrores funestos,

En breve, mediante Dios,

Que os restablezcáis espero.

Rey. ¿Cuándo?

Méd. Señor, no es posible..

Rey. ¿Cuándo?

Méd. Eso, lo sabe el cielo.

Rey. ¿Y tú no?

Méd. No llega á tanto

Mi ciencia.

Rey. Pues ¿qué es un médico?

¿De qué aprovecha, si ignora

Lo que no sabe el enfermo?

Méd. La práctica y el estudio

No siempre son del acierto

Prendas seguras, que todo

Al error está sujeto

En el mundo. Conocida

La enfermedad...

Rey. ¡Por san Pedro...!

¿Necesito yo un doctor

Para saber que padezco?

Castro. No os inquieteis.

Méd.

Dadme pues

Licencia, si aquí mi celo

Es inútil.

Rey. Esperad.

Teneis ontrañas de perro.

¿Queréis dejarme morir?

Méd. Si no domais ese genio,

Vos mismo os dareis la muerte.

Rey. Veintisiete años no cuento

Todavía, y ¡verme así!...

¡Y envidiar al mas abyecto

De mis vasallos, yo rey;

Yo cuyo poder supremo

Del mar cántabro se extiende

Hasta el gaditano estrecho!

¡Yo para el placer nacido,

Yo á quien nadie pone freno,

Ni lanzar puedo un venablo

Contra el jabalí soberbio,

Ni sobre dócil bridon

¡Señorearme caballero,

Ni alegrarme en los festines,
Ni triunfar en los torneos,
Ni en voluptuosos delirios
El trono olvidar y el tiempo!
Si fueras tú quien yo soy
Y vieraste cual me veo,
Tú te desesperarías
Como yo me desespero

Méd. No hay medicina en el mundo
Contra ese fatal despecho,
Si la razón no lo ahuyenta.

Rey. La razón... Bien; te obedezco,
Pues mandar al alma quieres
Sobre atormentar el cuerpo.

Méd. Yo, señor...

Rey. ¡Y a los monarcas
Llama tiranos el pueblo!
Nunca fueron tan tiranos
Los reyes como los médicos.
¿Qué me ordenas?

Méd. Por ahora
(*Pulsándole.*)

Nada, pues tranquilo os veo,
Y el pulso es menos frecuente;
Y pues no es grata á los siervos
La presencia del tirano,
Aquí en libertad os dejo;
Mas cuando decline el sol
Retiráos; yo os lo ruego;
Que en las noches de setiembre
Es peligroso el sereno.

ESCENA II.

EL REY, DON JUAN,
CASTRO, CASTAÑEDA, CABALLEROS.

Castro. De la boca del doctor
Al fin ya salió un precepto
Tolerable.

Cast. Es un inepto.

Castro. Extremado es su rigor.

Cast. Si él os ha de dar auxilio,
No esperéis...

Castro. ¿Cómo podría
Curaros de hipocondría
Si es más serio que un concilio?

Cast. Su sistema os empeora
Cada día.

Castro. Y, vamos claros,
Acaso para mataros
Le pague mano traidora.

Rey. Hoy lunes... ¿Cuántos del mes?
(*Cavilando.*)

Castro. ¡Eh, señor...!

Rey. ¿Cuántos, don Juan?

Juan. Cuatro.

Rey. ¿Cuatro días van?

¡Ya solo me quedan tres!

¡El jueves! ¡Terrible jueves!...

Juan. Desechad...

Rey. ¡Horas amargas!

¡Para el tormento tan largas;

Para la vida tan breves!

Ya la voz de Dios retumba;

Ya en mí descarga su brazo;

Ya me acuerda el negro plazo

Carvajal sobre la tumba.

¡Ni esperanza, ni perdón!

¡Ni el empuje, ni el infierno

Borrarán del libro eterno

Mi día de maldición!

Castro. Vano terror os fascina

Cast. ¿Dais crédito...?

Castro. ¡Pesía tal...!

¡Intérprete un Carvajal

De la voluntad divina!

Juan. Si cruel fué la sentencia

Horrible la culpa fué.

Rey. Yo su crimen no probé...

Juan. Mejor que ellos su inocencia.

Cast. Para obrar tal maravilla

¡Qué austeros anacoretas!

Castro. El tiempo de los profetas

Pasó ya para Castilla.

Rey. Pienso que teneis razón.

Como ha días que no duermo,

Delirio, aprensión de enfermo...

Cast. Pues ¿quién lo duda? Aprensión.

Juan. ¿Y á qué fin curarle de ella?

(*Aparte á Castañeda.*)

Cast. ¡Eh! Si Dios contó sus días,
(*Aparte á don Juan.*)

Ni tristezas ni alegrías

Desmentir podrán su estrella.

Rey. Si yo ahora os excomulgo,

¿Qué servirá mi anatema?

Castro. Aquello fué estratagemá

Para sublevar al vulgo.

Rey. ¡Qué flaqueza! Sí; me río

De esas necias predicciones.

Si valieran maldiciones,

¿Qué fuera ya de mi tío?

(*Todos rien menos don Juan.*)

Juan. Recobrad, aunque á mi costa,

La alegría y la quietud.

Castro. Reid. La risa es salud.

Cast. Os curareis por la posta.

Castro. Y antes que el vital estambre

Os corte, alejad de aquí

A ese doctor baladí

ESCENA III.

EL REY, DON JUAN, CASTAÑEDA,
CABALLEROS.

Cast. Apenas rompeis el yugo
De ese médico maldito
Al rostro vuelve el color;
Cobran los ojos su brillo.

Rey. Acertado fué el consejo.
El cuerpo siente mas brio
Y pensamientos mas gratos
En el corazón abrigo.

ESCENA IV.

EL REY, DON JUAN, CASTAÑEDA,
LEIVA, CABALLEROS.

Leiva. ¡Albricias, señor!

Rey. ¿Qué nueva...?

Leiva. Alcaudete se ha rendido.

Rey. ¿Es cierto?

Cast. ¡Gloria á Castilla!

Leiva. Cansados del largo sitio

Ayer dieron el asalto

Vuestros guerreros invictos.

Los que osaron defenderse

Pasados fueron al filo

De la espada triunfadora:

Los demás gimen cautivos.

Rey. ¡Feliz jornada! ¿Y mi hermano?

¿Cómo no habláis del caudillo?

Leiva. El infante mi señor,

Dejando leal presidio

En el fuerte conquistado,

Veloz se ha puesto en camino

Con su ejército animoso.

Yo solo le he precedido

Corto espacio...

Cast. ¿No lo veis?

Todos son ya regocijos.

Juan. (No para mi, que pudiera

Correr ahora peligro

Mi prianza.)

Rey. No. Dejadme.

(*Se levanta y don Juan y Castañeda acuden
á sostenerle.*)

Ya veis que la planta afirma

Sin que me ayudeis. En tanto

Que otros con capa de amigos

Quizá contra mí conspiran,

Mi fiel hermano...

(Sale Sancha de la quinta, y se dirige entamente adonde está el rey.)

¡Qué miro!

¡Es Sancha! Dejadme solo.

Juan. Señor...

Rey. ¡Qué molestia! Idos.

ESCENA V.

EL REY, DOÑA SANCHA.

Rey. ¡Sois vos, doña Sancha! Os veo
Y mi ventura no eras;
Que es exceso de indulgencia
Honrar con vuestra presencia
A quien se confiesa reo.
Si es vuestro objeto, bien mio,
Quejaros de mi rigor,
De amor fué mi desvario,
Y pues sabeis qué es amor
Que me perdoneis confío.
Yo os vuelvo sin condicion
La perdida libertad.
Solo os pido en galardón
Que mireis mi ceguedad
Con ojos de compasión.

Sancha. Si; no hay duda; estais muy ciego,

Pues en torpe inútil fuego
El alma os dejais arder,
Y á Dios no elevais el ruego
Que desdeña una mujer.
Contra firme voluntad

Que la cárcel no amedrenta
¿Qué vale falsa piedad?
Prefiero vuestra crueldad,
Que ella al menos no me afrenta.

Cuando de prision salia
Juzgué que ya no os veria,
Ni severo, ni clemente;
Ya no creí que esa frente
Osara alzarse á la mia.
Libertad es don de Dios;
Mas ni eso quiero de vos;
Que el mas negro calabozo
Sitio es para mi de gozo
Si nos separa á los dos.

Rey. ¿Eso merece la fe
Del que á tus plés rinde un trono?
Es cierto que te agravié;
¿Mas será, Sancha, tu encono
Mayor que mi culpa fué?
Baste á expiar mi delirio
Este horroroso martirio

Que me consume letal,
Como el recio vendaval
Seca las hojas del lirio.
Sombra no soy del que fui;
Doliente y lánguido muero.

¡Oh! Ten lástima de mí,
Que solo la vida quiero
Para consagrarla á ti.

Sancha. Si; la imagen de la muerte
Veo en tu rostro, y mi suerte
Ya no puedo maldecir;
Que si amargura es el verte,
Consuelo es verte morir.

Y sordo al remordimiento
Fundas en mi tu esperanza!
En mí, que soy instrumento
De la divina venganza,
Y me gozo en tu tormento!

Rey. ¿Qué has dicho? Tanta ojeriza...!
Libradme, Dios sempiterno,
De esa mujer que me hechiza.
Ese mirar me horroriza;
Esa risa es del infierno.

¿Quién te trajo á mi presencia?
Tú con venenoso jugo
Me diste mortal dolencia...

Sancha. El delito es tu verdugo,
Tu veneno es la conciencia...

Rey. Mas aun puedo tu traicion
Castigar...

Sancha. Arma tu mano;
Traspásame el corazón.
La muerte es el solo don
Que acepto yo de un tirano.

Rey. Muere, muere, desdichada...
(Saca un puñal.)

¡Oh cielo! ¿Qué mano helada...?
¡Aparta! ¡Suelta el puñal!...
Una sombra ensangrentada...

¡La sombra de Carvajal!...
¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Yo muero.
(Cae aterrado en un banco.)

ESCENA VI.

EL REY, DOÑA SANCHA, DON JUAN,
CASTRO, CASTAÑEDA.

(Todos acuden corriendo á socorrer al rey.)

Juan. ¡Señor!...

Cast. ¡Doña Sancha aquí!...

Castro. ¡Y en vuestra mano un acero!

Juan. ¿Qué intentó...?

Rey. ¡Fantasma fiero,

¡Huye!... ¡Apartadle de mí!

Castro. Débil la imaginacion
Os finge horrible vision.
Solo veo á una mujer.
¿Qué podeis de ella temer?
Recobrad vuestra razon.

Cast. Calla y os mira altanera,
Y el corazón rencoroso
Descubre su faz severa.

Juan. Si importa á vuestro reposo,
Muera doña Sancha.

Cast. Muera.

Rey. ¡No mas sangre! ¡Antes mi muerte!
¡No mas!

Sancha. Infante de España.
Pruebe una mujer tu saña.
Hiérame ese brazo fuerte...
Que es digna de ti la hazaña.

Rey. ¡Ay del que osare ofendella!
Su cabeza haré caer.
Libre sea esa mujer;
Mas lleve lejos su huella
Donde no la torne á ver.

Sancha. Triunfo será para mí
Que el terror te inspire así.
Si es piedad, no la agradezco,
Porque la vida aborrezco,
Como te aborrezco á ti.

Ni la estampa de mi pié
Quieres ver... mas ¡ay dolor!
¿Adónde lo llevaré
Si me privó tu furor
De cuanto en el mundo amé?
Triste, errante, peregrina... —
Mas un templo veo allí

(Mirando al bastidor de su izquierda.)
Sobre fragosa colina.
El sea mi asilo. A tí
Me acojo, bondad divina.

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO,
CASTAÑEDA.

Rey. ¡Oh cobardía! ¡oh flaqueza!
Vida de afán y de angustias,
¿Por qué te amo todavía?
¿Por qué me espanta la tumba?

Cast. Otra vez la negra imagen
De la muerte os atribula?

Castro. Señor, sin duda la dieta
Vuestro cerebro perturba.
Comed, bebed, alegráos;

Que así al diablo se conjura. —
Mirad: vuestro hermano llega,
Y su venida os anuncia
Mas felices horas...

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN,
CASTRO, CASTAÑEDA, DON PEDRO,
LEIVA, DON MENDO,
OFICIALES DEL SÉQUITO DE DON PEDRO.

Rey. ¡Pedro!

(Levantándose.)

Pedro. Señor, vuestra planta augusta...
(Va á arrodillarse y el rey le abraza.)

Rey. ¿Qué hace? No. Ven á mis brazos.

Pedro. ¡Hermano mio!

Rey. ¡Oh ventura!
¡Cuánto tu vista anhelaba!
Ella mis penas endulza
Y mi pecho fortalece.

Pedro. No esperaba mi ternura
En tal estado encontrarte.

Rey. Postró mi salud robusta
No sé si obstinada fiebre,
O terror fatal que nunca
Debió triunfar de mi esfuerzo;
Mas tu presencia me cura
De fiebres y de aprensiones,
¡Oh hermano, oh firme columna
De mi imperio!

Pedro. En esa dicha
Toda mi ambición se funda.
Vos, tío, ¿no me abrazais?

Juan. Mi afecto se congratula...
(Abrazándole tiblemente.)

(Fuerza es fingir.)
Pedro. Presos quedan

(Al Rey.)

En el castillo de Andújar
Los freiles de Calatrava
Que temerarios acusan
A su rey...

Rey. No me recuerdes
Aquel día de amargura...

Pedro. Yo, soldado, no examino
Si fué justa ó no fué justa
La sentencia. Vos firmásteis,
Y vuestra sea la culpa
O la gloria. El labio mio
Ni os aplaude, ni os acusa.

Rey. Basta. — Tu hueste ¿es leal?
(A media voz.)

(Don Juan habla aparte con Castañeda, Castro y otros caballeros. Leiva forma corro con los del séquito de don Pedro.)

Pedro. Con mi obediencia y la suya Podéis contar.

Rey. Está bien.

Pedro. Si hay algun traidor...

Rey. Si. Escucha.

(Siguen hablando en voz baja el rey y don Pedro.)

Juan. ¿Qué os parece, ricos-hombres porque ha vencido á una turba De cobardes sarracenos Ya don Pedro no os saluda, Y con su altivo ademán Dijérase que os insulta.

Castro. En los fraternos halagos Con preferencia se ocupa; Y si el triunfo le envanece Su mocedad le disculpa.

Cast. Mas los nobles que desprecia, No en una lid, sino en muchas, Ya habian ganado palmas Cuando él lloraba en la cuna.

Juan. Habla á Fernando en secreto. Tal vez su labio os calumnia, Y vuestros cargos y honores Quiere dar á sus hechuras. Tal vez...

Rey. Valientes guerreros, (Al séquito de don Pedro.)

Reposad, y á nuevas luchas Preparad los fuertes brazos Que mi dosel aseguran.

(Los de la comitiva de don Pedro saludan y parten por la derecha.)

Adios, caro hermano.

(A don Pedro apretándole la mano.)

Pedro. El cielo La salud te restituya.

(Vase siguiendo á los suyos.)

Rey. Idos. (A los demás caballeros.)

Vos, don Juan, quedáos.

Castro. (Don Juan, tu poder caduca.) (Los caballeros entran en la quinta. — Empieza á oscurecer.)

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN.

Rey. Noble infante don Juan, mi amado tío, (Sentado.) Mayordomo mayor de mi corona,

Vos grande entre los grandes de Castilla, Vos mi maestro, mi fanal, mi norma, Oid. De vuestras pródidas lecciones Nunca he necesitado como ahora.

Juan. Procurar vuestro bien es mi conato.

(Nunca en su labio oí tanta lisonja.)

Rey. Esta dolencia que mi cuerpo aflige Llena el alma de afán y de congoja. Soy pecador y el cielo me castiga.

Don Juan, yo debo desarmar su cólera Antes que suelte en la profunda huesa El peso de esta vida que me agobia.

Juan. Señor, ¿qué habláis de huesa? Largos días

El cielo os guarda de salud, de gloria...

Rey. Yo daré gracias humillado al cielo Si mi vida benéfico prolonga, Mas cada hora que el cristiano vive La debe contemplar su última hora.

Juan. (Si devoto se vuelve, soy perdido. Por el menor escrúpulo de monja Me aborcará sin piedad.)

Rey. Los Caryajales No se apartan, don Juan, de mi memoria.

Juan. Público fué su crimen. Si al proceso

La observancia faltó de leyes fórmulas, Vil rebellion alzaba la cabeza Y rápida justicia aterradora La debió sofocar.

Rey. ¡Fallo terrible, Escarmiento horroroso que la historia Grabará con sangrientos caracteres!

Justo sin duda fué pues que lo abona Sincero vuestro labio; mas, decidme, (Se levanta.)

¿Solo aquel acto de justicia pronta Me demandaba el cielo? ¿Fué la vara De esa justicia que don Juan invoca Recta siempre en mi mano? ¿Es digno de ella

Quien ciego ó pusilánime la dobla Al capricho, al temor? O por ventura ¿Solo alcanza el poder de mi corona Al flaco, al indefenso, al oprimido?

¿Solo á aquellos hidalgos, cuyas sombras Tal vez han perturbado vuestro sueño, La fama infieles súbditos pregona? ¿No hay ya, don Juan, malvados en Castilla?

¿Ya no teméis que la feroz discordia Fie otra vez sus teas infernales A alguna mano pérfida y traidora? ¿No hay alguna cabeza que debiera A mis plantas caer, bien que orgullosa Tal vez se quiere alzar sobre la mía?—

¿Tembláis? Quien viera, tío, esa zozobra Diría... Recobraos.

Juan. No... Me inquieta... Solo vuestra salud...

Rey. Mucho os importa: Lo sé; mas la del cuerpo es lo de menos; La del alma, don Juan, es mas preciosa. El cielo por mis culpas irritado Una victima pide expiatoria. ¡Su voluntad se cumpla!

Juan. ¿Y es posible Que así un vano terror os sobrecoja? ¿De qué puede acusaros la conciencia...?

Rey. No es mi conciencia la que clama ahora.

(El teatro es ocupado por soldados de don Pedro que acaudilla don Mendo.)

Juan. ¿Cuál pues? ¿Será... la mía? Horrible ceño

Anubla vuestra frente; en vuestra boca Sonrisa amarga... Habláis de una victima...

Rey. La victima sois vos. ¡Cielo!... ¡Alevosa (Volviendo la cabeza.)

Traicion! — ¡Amigos...! Gritareis en vano.

Rey. Señor... A Dios podid misericordia. (Entra en la quinta.)

ESCENA X.

DON MENDO, DON JUAN, SOLDADOS.

Juan. ¡Oh don Pedro, don Pedro!... Bien temía...

Mendo. Dadme, don Juan, la espada.

Juan. ¡En tal deshonra Me he de ver! ¿Dónde están mis lanzas fieles?

¿Dónde...? ¡Socorro! Todos me abandonan.

Mendo. Daos preso. Antes... (Desenvainando la espada.)

Mendo. Matale si resiste.

Juan. Tomad. ¿Dónde...? (Entrega la espada.)

Mendo. Al castillo de Carmona.

Juan. Y allí... morir... Lo ignoro. Soy soldado. Solo callar y obedecer me toca.

(Al retirarse don Juan por la derecha entre los soldados de don Pedro, aparece doña

Sancha por la izquierda, y lentamente se dirige al centro del teatro, alumbrado por la luna.)

ESCENA XI.

DOÑA SANCHA.

¿Adónde voy, desdichada? Cielos, ¿qué ordenais de mí? ¡Yo os he pedido la muerte Y mi súplica no oís!

Debo acatar vuestras leyes: Perdonad si os ofendi; Mas para un sér condenado A no ver hora feliz No hay suplicio comparable Al suplicio de vivir.

¡Ay de mí, Que en hora amarga nací!

Muerta al mundo y á mí misma De mi vida en el abril,

Ni de amor blandos acentos Me pueden ya seducir;

Ni la amistad, ni la sangre Me ligan, oh mundo, á ti;

Ni la esperanza me alienta De mas grato porvenir,

Y es el mayor de mis males No ver á mis males fin.

¡Ay de mí, Que en hora amarga nací!

Si recuerdo que mi infancia Meció cuna de marfil,

Ni aun me sirve de consuelo El recordar lo que fué;

Que como flor que se agosta Al brotar en el jardín,

Antes que el aura de vida La sana del cierzo vi,

Y siempre fué mi destino Esperar, temer, gemir.

¡Ay de mí, Que en hora amarga nací!

Todo es para mí desierto En este mundo infeliz.

Sol, que do quiera mereces Mi bendiciones y mil,

Yo cual ave de la noche Me escondo al verte lucir,

Y por vivir á lo menos De la muerte en el conflu

Entre ruinas y sepulcros

Quisiera solo vivir.
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nació!

¡Oh peña, peña de Martos!
Si el esposo que perdi,
Victima de atroz venganza
Y de la envidia mas vil,
Aun yace á tu pié insepulto,
Allí está mi mundo, allí.
Volemos. Dios bondadoso,
Vos mi planta dirigid...
¡Ah! Las fuerzas me abandonan...
¡Lejos de él voy á morir!
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nació!

(Cae desalentada sobre un banco. Don Gonzalo Carvajal llega, vestido de peregrino, por el bastidor de la derecha mas inmediato á la quinta.)

ESCENA XII.

DOÑA SANCHÁ, DON GONZALO CARVAJAL.

G. Carv. (No ha de estar lejos su huella,
Que si el informé no miente
De mi leal confidente... —
¡Una mujer!... ¿Será ella?)

(Viendo el bulto y acercándose.)

Sancha. ¡Oh Dios! ¿Quién...?

(Levantándose asustada.)

G. Carv. Sólo y sin guía
Perdí en la noche el camino.
Soy un pobre peregrino...

Sancha. ¡Ah! ¡Gonzalo!

(Reconociéndole.)

G. Carv. ¡Hermana mía!

(Se abrazan.)

Sancha. ¿Sabes...? ¡Ay!

G. Carv. Todo lo sé.

No bien llegó á mi noticia
La atroz, bárbara injusticia,
Cuando á vengarla volé.
Por estos sotos vagando
A favor de mí disfrasé
Juré libertarte audaz
De las garras de Fernando;
Mas él me excusó esta tarde
Tan loca temeridad
Dándote la libertad
Arrepentido ó cobarde.

Sancha. ¿Qué es libertad sin ventura?

¿Qué es la vida sin mi esposo?
Solo hay para mi reposo
En su yerta sepultura.
Mas ¡ay! ni de este consuelo
Gozarán mis tristes ojos;
Que los sangrientos despojos
Pasto de fieras... ¡Oh cielo!

G. Carv. Calma, Sancha, tu aflicción.
De piadoso el rey se alaba,
Y no negó á Calatrava
La gracia de un panteon.

Sancha. Allí mi postrer abrazo
Daré con el ay postrero
Al bien que amé.

G. Carv. No. Primero
Dios cúmpla el tremendo plazo.
¿No te ánima esa esperanza?
Vive tres días, no mas,
Y á la tumba llevarás
El placer de la venganza.
Yo puedo tal vez en tanto,
Mensajero de la muerte,
Precioso don ofrecerte
Que te bañe en dulce llanto.

Sancha. ¿Qué don...?

G. Carv. Ven á la ciudad.

Este sitio es peligroso...
Ven al asilo piadoso
Que prevengo á tu horfandad.
Sacra urna encierra allí
El corazon que te amó. —
También era amado yo.
El tuyo ¡Oh Juan! para mí.

Sancha. ¡Oh cielo! Yo te bendigo.

G. Carv. Con ambos me quedaria;
Mas ¿no eres ya hermana mía?
Partiré mi bien contigo.

Sancha. ¡Ah! Guiame... ¡Santo Dios,
(Tomando la mano de Gonzalo.)

Tiende propicio tus manos
A dos miseros hermanos
Que lloran por otros dos!

ACTO QUINTO.

Camara del rey en Jaen. La puerta de entrada á la derecha del actor; la del dormitorio á la izquierda; al lado de esta otra pequeña; en el foro un balcon grande.

ESCENA PRIMERA.

ROBLEDO, RUPEREZ.

Rob. Pues la cámara del rey
Ya está aseada y compuesta,
Vámonos, Ruperez.

Rup. Larga
Parece que va la gresca
De risotadas y brindis.

Rob. Dos horas hace que almuerzan.

Rup. ¡Bravamente se desquita
Nuestro buen rey de la dieta
Que ha sufrido!

Rob. ¿Has visto tú
Quién le acompaña en la mesa?

Rup. Hernan Rodriguez de Castro,
Villalobos, Castañeda...

Rob. Harto será que don Pedro
Tome parte en esa fiesta.

Rup. No. Ya sabes que le ocupan
Los cuidados de la guerra...

Rob. Sin duda está meditando
Otra militar empresa.

Rup. Mal gusto tiene el infante.
Preferir crudas peleas

A placeres y regalos...

¡Ah, Robledo! ¿Que no fuera
Infante yo de Castilla!

Rob. No envidiara esa prebenda
Si el cielo me reservase
El fin que á don Juan espera.

Rup. ¿No sabes que se escapó?
¡Buen fin por cierto! Ahora empieza.

Rob. ¿Cierto?

Rup. El oro puede mucho
Y el campo no tiene puertas.

Rob. ¿Y adonde?

Rup. No sé.

Rob. Sin duda

A los moros, que es ya vieja
Esa costumbre en don Juan.

Rup. Anoche llegó la nueva.

Rob. ¿Y el rey...?

Rup. Bramando de cólera

Puso á precio su cabeza.

Pero, di: ¿no es un portento

Cómo ha cobrado la fuerza
Y la salud en tres días?

Rob. Con efecto.

Rup. Era muy necia
Su aprension. Desde que dijo:

Fuera doctor, vida nueva,
Venga vino, vengan aves
Y echemos á un lado penas,
Es otro hombre. Y le has de ver
Como un rollo de manteca

Muy pronto si sigue así.
Y luego dicen que secan

Las maldiciones. ¡Bobada!
Y aun habrá sandios que crean

Porque el otro le emplazó...
Hoy que se cumplen los treinta

Está tan sano y tan tieso
Que... Vaya, vaya; simplezas.

Rob. Mientras el plazo no espire...
Rup. Ni siquiera lo recuerda.

Rob. Bien pudo hacer Dios intérprete
De su justicia suprema...

Rup. ¿A un traidor?

Rob. La voz del pueblo
Atestigua su inocencia,
Y es voz de Dios.

Rup. O del diablo.
Y en fin no seas babieca.

No puede ser inocente
Hombre á quien el rey condena.

Rob. Basta que lo digas tú. —
Mas ¿qué rumor...?

Rup. ¿Quién se acerca...?
(Acercándose á la puerta de la derecha.)

¡Cielos! el rey... Desmayado...
Muerto tal vez... Aquí llega...

Rob. Y ahora ¿qué dirás, Ruperez?

Rup. No sé... Las carnes me tiemblan.

ESCENA II.

RUPEREZ, ROBLEDO, EL REY, CASTRO,
CASTAÑEDA, LEIVA, CABALLEROS.

(El rey llega desmayado entre Castro, Castañeda y otros dos caballeros, que ayudados por los dos camareros le colocan en un sillón.)

Castro. Ayudad...

Rup. ¡Pobre señor!

Castro. ¿Qué haremos?

Rob. No da señales

De vida.

Castro. Traed cordiales...

Cast. Llamad volando al doctor.
(Vase Ruperez.)
Leiva. ¿Qué desgraciado accidente...?
(Llegando.)
Cast. ¡Mirad, Leiva! Hace un momento
que estaba sano, contento;
Y, ya lo veis, de repente...
Leiva. Sin duda es alferecía:
Cast. Yo presumo que el pulmon...
Rob. Una fuerte indigestion...
Castro. Digo que es apoplejía.
Cast. Conduzcámosle á su lecho...
Rob. El aire libre es mejor.
Leiva. Alguna reliquia...
Castro. ¡Error!
Un baño le hará provecho.
Cast. Eso es quererle matar.
Leiva. Ya parece que respira.
Castro. Los ojos abre, y suspira.
Cast. Ya los ha vuelto á cerrar.

ESCENA III.

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA,
LEIVA, ROBLEDO, RUPEREZ, CABALLEROS,
EL MÉDICO.

Castro. ¡Ah, doctor! Está muy malo.
Cast. ¡Acudid!
(El médico pulsa al rey y le observa.)
Leiva. ¿Teméis que muera...?
Castro. ¿Qué decis...?
Rob. ¡Qué no le viera
Agonizar don Gonzalo!
Méd. Fiebre mortal le devora.
Si el santo Dios de Israel
No hace un milagro con él,
No vive el rey una hora.
Rey. ¿Dónde estoy?... ¿Quién es ese
hombre?
Leiva. El doctor...
Rey. ¡Oh, qué porfía!
(Con voz muy débil que en vano quiere
esforzar.)
¿No he dicho que no quería
Ni verle ni oír su nombre?
Un leve insulto... No temo
A la muerte. Mi salud...
Méd. Si, tal vez hay plenitud...
Una sangría...
Rey. ¡Blasfemo!
Ya tu intencion adivino.
¡Sangrarme! Es una maldad.
De sus garras me librad.
Prendedle. Es un asesino.

Leiva. Fiad, señor, en su ciencia
Y en su probada virtud.
No mireis vuestra salud
Con tan loca indiferencia.
Méd. ¡En buena hora por cierto
Vuestro labio me insultó!
¿Qué interés tuviera yo
En asesinar á un muerto?
Grito general. ¡Oh!!!
Méd. Quien así me denigra
No merece un desengaño;
Mas no quiero vuestro daño.
Rey! Vuestra vida pelagra.
Rey. ¡Impostor!
Méd. Con noble calma
Vuestra cólera provocho;
Que arriesgar mi vida es poco
Porque vos salvéis el alma.
Rey. ¡Por san Millan...!
Méd. ¡Ay de vos
Si estos instantes perdeis
Y contrito no volveis
El alma, Fernando, á Dios!
El solo en trance tan fuerte...
Castro. Permitid que la sangría...
(Al rey.)
Méd. ¡Es tarde ya! Serviría
(Observando de nuevo al rey.)
Para acelerar su muerte.
Ya aquí es ocioso el doctor.
Me dais lástima; y os dejo;
Pero tomad mi consejo.
Llamad pronto al confesor.
Rey. De Lucifer es tu arte,
Mas fuerza habrá que lo enfrene,
Y si el sacerdote viene
Será para excomulgarte.
Prended, matad al villano...
¿No obedecéis? ¿Nadie habrá
Que me vengue? ¿No soy ya
Vuestro rey? Mi propia mano...
Méd. ¡Tu mano! ¡Prueba siquiera
A levantarte de ahí!
Rey. ¡Desventurado de mí!
(Pugna sin fruto por alzarse del sillón.)
¡Soy de mármol! ¡Suerte fiera!
Inmóvil el pié y el brazo...
¿Qué recuerdo!... ¡Ah! ¡Muerto soy!
Sétiembre... siete...! Hoy es...! ¡Hoy
Se cumple el horrendo plazo!
Y mi ciego desvario...
¡Oh, perdon!... Sangrame; si.
Haz lo que quieras de mí.
¡Piedad!... ¡Dios mio! ¡Dios mio!
Méd. Cuidadle. Vuelvo volando.
(A los caballeros.)
(Vase corriendo.)

ESCENA IV.

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA,
ROBLEDO, RUPEREZ, CABALLEROS.

Rey. ¡Confesor!
Castro. Pues lo quereis,
El vuestro...
Rey. No le llameis.
Yo os lo ruego; yo os lo mando,
Cortesano, falso amigo,
Sobrado indulgente fué;
¡Y ahora que morir me ve
Será inflexible conmigo!
Rob. Si vuestra alteza prefiera
Un buen religioso...
Rey. Si;
Que venga.
(Vase apresurado Robledo.)
Cast. ¡No estar aquí
(Aparte á los dos caballeros.)
Don Juan cuando el rey se muere!

ESCENA V.

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA,
EL MÉDICO, LOS DOS CABALLEROS.

Méd. Esta bebida tomad,
(Trae una bebida que presenta al rey.)
Señor, que acaso restaure
Vuestras abatidas fuerzas.
Rey. Si, sí. Dámela al instante.
(La toma.)
Consuelo me da el licor.
Bien me sienta, bien me sabe.
(Lo apura.)
Mi espíritu se recobra;
Mas libre el pecho me late
Y la esperanza halagüeña...
Jurara que mi semblante
Se reanima...
Castro. Si, señor.
Rey. ¡Ah, doctor! Eres un ángel.
Méd. Dad, señor, gracias al cielo
Que por mi mano ignorante
Os quiere fortalecer
En este terrible trance.
Rey. No; ya no... Mejor me siento...
Ya es excusado que llamen
Al confesor... (El médico le pulsa.)
¿Eh? ¿Qué dices?
Méd. Que temo no venga tarde.

Rey. ¿No digo que estoy mejor?
¡Qué empeño de desahuciarme!
Si esa bebida me alienta,
Otra que tú me prepares
Espero que en breves días
Me restablezca y me sane.
Méd. Señor, no basta mi ciencia
A curar un mal tan grave,
Tan singular, que ni acierto
Siquiera á calificarle.
Mal con que el cielo á los dos
Quiere mostrar cuánto es frágil
La humana naturaleza
Y cuán pequeño el alcance
Del humano entendimiento.
Rey. Mi buen doctor, tú no te haces
Justicia. ¡A cuánto infeliz
De los brazos no arrancaste
De la muerte! Lo que hiciste
Por cualquiera miserable,
¿No lo has de hacer por tu rey?
¡Oh! Yo haré cuanto me mandes.
Si he sido hasta ahora indócil,
No culpes á mi carácter:
Culpa á esa turba servil
Que te calumniaba infame.
(Movimiento de indignacion en los corte-
sanos.)
Cast. ¡Aprended!
(A los otros aparte.)
Rey. Sé generoso,
Olvida injustos desaires,
Y vuélveme la salud...
¡La vida! ¡Sálvame, sálvame!
¿Quieres riquezas en premio
De beneficio tan grande?
Yo mandaré que á tu voz
Se abran las arcas reales.
¿Ambicionas por ventura
Honos y dignidades?
Yo haré que los ricos-hombres
Te obedezcan y te acaten.
Tú no serás mi vasallo,
Sino mi amigo, mi padre...
¡Ah!... La luz falta á mis ojos...
Otra vez... postrados caen...
Mis miembros...
Rob. El religioso.
(Anunciando.)
Méd. Cortos son ya los instantes
De su vida, y Dios los pide.
Con su ministro dejadle
En libertad.
(Robledo introduce á un fraile dominico
por la puertecilla inmediata á la del
dormitorio. El religioso, cubierto con
la capucha y con la cabeza baja, se pára
á muy corta distancia de la puerta.)

Leiva. ¡ Desdichado !
(Haré que á su hermano llamen.)
(Todos se retiran por la puerta de la derecha. El religioso la cierra.)

ESCENA VI.

EL REY, EL RELIGIOSO.

Rey. ¡ Morir ! ¡ No hay ya remedio ni esperanza !

Rel. ¡ No ! Dios te llama al tribunal eterno ;

*Y, juez inexorable, en su balanza
Los actos pesará de tu gobierno.*

Rey. ¡ Ay del que ha provocado su venganza !

Rel. Y la muerte olvidaba y el infierno
Do no hay juez que se venda al condenado
Ni púrpura que cubra su pecado.

Rey. Presa de la ambición mi cetro ha sido.

Rel. En sangre se tiñó de la inocencia.

Rey. Consejos de un traidor me han seducido.

Rel. ¿ Y nada te decía la conciencia ?

Rey. ¡ Perdon, Dios de bondad, y arrepentido

Yo viviré en humilde penitencia !

Rel. No aplaca ese terror al Dios que adoro

Sino de ardiente contrición el lloro.

Si has de mentir al cielo, no le nombres.

Tanto vale ultrajarle maldiciente.

Engañar no podías á los hombres

¿ Y engañarás á Dios omnipotente ?

Rey. ¡ Piedad ! De mi flaqueza no te asombres.

Viva ó muera, le adoro penitente

El te envía á salvarme y yo contrito...

Rel. ¡ El me envía á acusarte ! ¡ Sí, precito !

Mal hijo, mal esposo, rey cruento.

Ya decretar tu pena al cielo plugo.

Por mí te acusa el pueblo descontento

Que agobiado gimí bajo tu yugo.

Tus víctimas por mí con sordo acento

Gritan : ¡ execración, muerte al verdugo !

Por mí, cumplido el plazo que te asombra,

Te habla de Carvajal la inulta sombra.

Rey. Tal vez ¡ ay ! si en mi pecho penetrara

Esa sombra cruel se aplacaría ;

¡ Y el ungido de Dios que desde el ara

Á confortar mi espíritu venía,

En el trance mortal me desampara,

Y tal vez me escarnece en la agonía !

Rel. No soy quien me ha juzgado tu delirio.

(Desciñese el hábito y se acerca mas al rey.)

Mírame bien.

Rey. ¡ Gonzalo !... ¡ Atroz martirio !

G. Carv. No ha permitido Dios que tu cuchilla

Abriese á tres hermanos una losa.

Aun late aquí, tirano de Castilla,

Sangre de aquella raza generosa.

(Saca un puñal.)

¿ Ves este acero que desnudo brilla ?

Venganza le aguzaba rencorosa.

Yo, fiador de tu tremendo plazo,

La esperaba de Dios... y de mi brazo.

Rey. Clávamele ; no escondas el acero,

(Moribundo.)

Que no será... cual mi dolor, impío

¡ Buen Dios !... Acoge mi pesar sincero...

¡ Madre !... ¡ Esposa !... ¡ Hijo mio !... ¡ Alfonso mio !...

¡ Nadie me escucha !... Abandonado mue: o...

¡ Señor, misericordia ! En vos... confío...

(Logrando incorporarse y dirigiéndose á Gonzalo grita :)

¡ Perdon !

(Da con el cuerpo en el suelo, y apoya espirante la cabeza en el sillón.)

G. Carv. Sí, desgraciado ; que mi encono

Contigo espira.

(En alta voz y con tono solemne dice poniendo la mano sobre la cabeza del rey :)

¡ Rey, yo te perdono !

(Vuélvese á cubrir rápidamente, abre la puerta de la derecha, y se desvía de ella.)

ESCENA VII.

DON GONZALO CARVAJAL, DON PEDRO.

Pedro. ¿ Muerto... ?

(Adelantándose á todos.)

G. Carv. ¡ Mirad ! Dios es justo.

(Mostrando el cadáver del rey.)

(Desaparece por la puertecilla de la izquierda.)

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO, CASTRO, CASTAÑEDA,
LEIVA, EL MÉDICO, ROBLEDO,
CABALLEROS, CRIADOS.

(Llegan todos apresurados. El médico reconoce el cuerpo.)

Pedro. ¡ Fernando mio ! (Acercándose.)

Méd. Ya es muerto.

Pedro. ¡ Pobre hermano ! Con mi sangre

Quisiera animar tu cuerpo !

(Los grandes formados corrillos, y hablan entre sí muy animados. Castro y Leiva en el uno; Castañeda en el otro. Don Pedro y el médico permanecen silenciosos al lado del sillón.)

Castro. Era un tirano.

(En voz baja á los suyos.)

Cast. Era un monstruo

(Aparte á sus parciales.)

Leiva. ¿ Y á un niño dareis el cetro ?

Cast. Proclamemos á don Juan.

Castro. Demos el trono á don Pedro.

Rob. A la puerta del palacio

(Entrando.)

Se agrupa impaciente el pueblo...

Pedro. Traed el pendon de Castilla.

(A Leiva.)

(Vase Leiva corriendo.)

Castro. Rey se declara. Esto es hecho.

(Aparte á los de su bando.)

Yo á su lado...

(Castro y sus parciales se dirigen hácia donde está don Pedro.)

Cast. ¡ Usurpador !...

(Aparte á los suyos.)

Pedro. Abrid el balcon, Robledo.

(Tomando el pendon de manos de Leiva, que entra con él.)

(Abre Robledo el balcon, y don Pedro se acerca á él. Oyese sordo murmullo de multitud curiosa.)

¡ Pueblo ! don Fernando el Cuarto

Murió. Dios solo es eterno.

Mas si Fernando no vive,

Vive el rey en su heredero.

A Dios, el alma del padre ;

Al hijo, el dosel supremo. —

¡ Real, real, Castilla, Castilla

(Tremolando el estandarte.)

Por don Alfonso el Onceno !

MEDIDAS EXTRAORDINARIAS,

ó

LOS PARIENTES DE MI MUJER,

COMEDIA EN UN ACTO,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DÍA 24 DE DICIEMBRE DE 1837.

PERSONAS.

DOÑA INÉS.
DOÑA QUITERIA.
DOÑA MACARIA.
PETRONILA.
AMBROSIA.
ROSITA.
DON PASCUAL.
DON ANTONIO.

DON CENON.
DON MAURICIO.
TIBURCIO.
LUCAS.
MATEO.
RAMON.
CRIADOS.
MOZOS DE CORDEL.

La escena es en Madrid, en una sala de la habitación de don Pascual.

ESCENA PRIMERA.

DON PASCUAL, DOÑA INÉS.

Pasc. ¡Oh ventura! ¡Ya te pesco,
(Entrando con un cartucho de duros.)
Mensualidad suspirada!

Inés. ¿Vienes contento?

Pasc.

¡Ahí es nada!

¡Si traigo dinero fresco!

Inés. ¿Te han dado una paga, ó dos?

¡Ah! Poco abulta el cartucho.

Pasc. Una, y mermada, y es mucho,

Y demos gracias á Dios.

Aun me deben otras quince;

¿Mas cuándo verá otra plata

Aunque el hambre que me mata

Me dé la vista del lince?

¡Felices aquellos días

En que hubo plazas seguras,

Y se lograban futuras,

Y pascuas y regalías;

Y nadie temía, Inés,

Cesantías ni otras plagas...

Y se cobraban las pagas

Antes de espirar el mes!

¡Hoy almorzamos proclamas,

Cenamos pronunciamientos,

Y nos cubren de los vientos

Circulares y programas!

Inés. Harto gemí ¡pesa tal!...

Cuando estábamos á cero.

Hoy que tenemos dinero

Alegrémonos, Pascual.

Pasc. Si: que haya abundante cena.

Y cantando villancicos

Gritemos como los chicos:

« Esta noche es noche buena. »

Aynemos, á la usanza,

Cenando, Inés, mucho y bien;

Que Dios nos dará en Belen

Un voto de confianza.

¿Y acaso nos faltan méritos

Para violar la abstinencia?

Conténtese la conciencia

Con los ayunos pretéritos.

Hambre, ¿has de ser mi verdugo

El día en que nace Dios? —

Abí tienes un duro..., dos. —

Lo primerito, un besugo.

Grato fuera al paladar

Rico jamon con Jerez;...

Pero no; merea otro pez;

Tiempo hay para promiscuar.

De moscatel una azumbre

Comprará al tío Serapio;

Y que haya lombarda y apio

Y el casejo de costumbre.

Turrón..., lo que quieras tú.

No hay ninguno que me empache;

Mazapan, nieve, guirlache,

Jijona, yema, alajú...

¡Por vida de Melisendra!...

Lo mejor de la función

Se me olvidaba; ¡la con-

Sabida sopa de almendra!

Inés. Tu gusto se cumplirá.

Yo por mi parte, alma mía,

Poco te pido. Querria...

Pasc. ¿Qué?

Inés. Que me compres un bod.

Pasc. ¡Bod! Jamás oí tal plato.

¿Es carne, ó pescado?

Inés. No.

Ni de platos hablo yo.

Un bod digo: vulgo, un gato.

Pasc. ¡Un gato! Es rara manía.

¿Quién se fia de ladrones,

Ni quién teme á los ratones

Con la dispensa vacía?

Inés. Bod, ya que no das en ello,

Es una piel que está en boga,

Asi..., en figura de sogá...

Que abriga y adorna el cuello.

Pasc. ¡Hablaras para mañana!

Bien; ¿y cuánto cuestan esos...?

Inés. Los de cisne, treinta pesos.

Pasc. ¡Madre de Dios soberana!

Inés. No por ellos tengo afan

Aunque son de mejor vista.

Con uno negro estoy lista.

En quince duros lo dan.

Pasc. ¿Lo dices con esa calma?

Ponme primero en un potro.

Con ese pellizco y otro

Adios cartucho del alma!

Inés. Siempre con capa es fatal...

Pasc. Peor estoy yo que carezco

De ese mueble;... y pertenezco

A la milicia legal.

Inés. Tú, que vas siendo machucho,

Vas bien de cualquier manera;

Mas mi verde primavera...

Vamos; desbaza el cartucho...

Pasc. ¿Para dijés? No haré tal

Con recursos tan escasos.

Cuando cobre mis atrasos

Será otra cosa.

Inés. ¡Pascual!

Pasc. Excusados son los dengues.

Inés. Mi afan es darte decoro.

Pasc. Muchas gracias. Dame oro:

Yo te daré perendengues.

Inés. ¡Oro! Al marido le toca

Ganarlo.

Pasc. ¿Y gastarlo á tí?

Inés. ¿Y la dote que te di?

Pasc. Tú la has consumido, loca.

¿Y ahora me hablas de ganar?

Yo trabajara á destajo,

Pero es mi mayor trabajo

No tener que trabajar.

Feliz si fuera ebanista;

Mas ni tengo beneficio,

Ni conozco mas oficio,

Inés, que el de oficinista.

Hoy día no hay propietario

Que sus fincas no administre,

Ni prócer que, pluma en ristre,

No se ahorre el secretario.

Los franceses dramaturgos

Traduzco de cuatro en cuatro;

Mas los desecha el teatro

Y no me los compra Burgos.

Ni falta quién me avergüence

Dictándome sin empacho

Que dejar suelo en gabacho

Lo que no vierto en vasenence.

Como no me eche á robar...

Tus parientes importunos,

Pues pudientes son algunos,

Nos pudieran amparar.

Inés. ¡Qué quieres! Dan compasion
Esos pueblos. ¡Pobre gente!
Lo que deja el intendente
Se lo come la faccion.

Pasc. Todos me dan á porfia
Dos mil incomodidades,
¡Y para estas navidades,
Nadie un regalo me envía!

Inés. Aun no es tarde: algo vendrá.
No les pongas mala fama.

Amb. ¿Dónde está, dónde está el ama?
(*Dentro.*)

Inés. ¡Calle! ¿Ambrosia por acá?

ALERE FLAMMAM
TITIS
ESCENA III.

Don PASCUAL, Doña INÉS, AMBROSIA.

(*Entra Ambrosia con una cesta colgada
del brazo.*)

Amb. ¡Voto á san!... Venga un abrazo.
(*Abrazando y besando á doña Inés.*)

¿Cómo va? Creí que nunca
Nos volvíamos á ver.

Inés. Yo buena. Tú tan robusta,
Tan rolliza como siempre.

Amb. ¡Qué quiere usted! No tiene una
Cudiaos... ¿Y usted, señor?

Pasc. Bien de salud. De pecunia...

Inés. ¿Y mi abuela?

Pasc. ¿Qué hay de nuevo
En Perales de Tajuña?

Amb. La abuelita, tan famosa. —

(*Hablando, ya con uno, y con otro.*)

Ogaño, mala la fruta. —

No pasan días por ella. —

Pero abundantes las uvas. —

Se acuerda mucho de usted. —

Memorias del señor cura.

Inés. ¿Y mi hermana Petronila?

Pasc. ¿Y qué tal año se anuncia...?

Amb. Desmejoradilla está. —

Hay mucha falta de lluvias. —

Creo que anda enamorada. —

Ni hallan las reses vacuñas

Dónde pastar. — El teniente

De provinciales de Murcia

Que tuvimos alojado,

A la cuenta es quien trabuca

Su caletre. — ¡Pobre alcalde!

Le sacrifican á multas. —

Lo cierto es que no echa luz

Desque se fué la coluna.

Yo la he dicho que se venga

A Madrid. ¡Pobre criatura!

Aquí se divertiría,

Y ustedes tendrían mucha

Satisfaccion...

Inés. Sí, sí.

Pasc. ¡Pues!

(*Quiera Dios que antes se pudra.*)

Inés. ¿Y esa cesta?

Amb. Huevos frescos.

Como sabe que le gustan

A usted...

Inés. ¡La pobre abuelita!

Pasc. ¡Vaya en gracia! Algo se chupa.)

¿Son muchos?

Amb. Una docena.

Ya ve usted; con la trifulca

De la guerra; y viva Carlos

Y viva Isabel segunda...

No dejan gallina á vida. —

Pero me espera la burra.

Diquia después.

Inés. ¿Tienes suelto?

(*A Pascual en voz baja.*)

Pasc. Aquí hay pesetas.

(*Sacando plata menuda.*)

Inés. Dame una.

(*La toma y se la da á Ambrosia.*)

Toma.

Amb. ¡Quite usted, señora...!

(*Tomando la peseta.*)

Inés. Para alfileres y agujas.

Amb. Vaya, abur; y buenas pascuas.

Pasc. ¡Mala bomba te destruya!

ESCENA III.

Don PASCUAL, Doña INÉS.

Inés. Vamos; ¿qué dices ahora?

Ya ves que no nos sepultan

Mis deudos en el olvido.

Pasc. ¡Buen regalo, voto á Judas!

Una docena de huevos

Que Ramon se los manduca

En un almuerzo. ¡Y le das

Una peseta á la mula

Que los trajo! Mas baratos

Los dan en la tienda.

(*Suena la campanilla.*)

Inés. Escucha.

Han llamado.

Lucas. Sea Dios (*Entrando.*)

En esta casa.

Inés. ¡Tío Lucas!

ESCENA IV.

Doña INÉS, Don PASCUAL, LUCAS.

Lucas. Con permiso, que he venido

(*Sentándose.*)

A pié desde Valdemoro.

Pasc. ¡Qué llaneza!

Inés. ¿Cómo está

Mi tío don Cenon?

Lucas. Famoso.

Inés. ¿Y sus dos hijos; Mauricio,

Tiburcio...?

Lucas. ¿Tiburcio? Gordo

Como un lechon, aunque sea

Mala comparanza. El otro,

Guitarrista como siempre

Y mocero como él solo.

Inés. Tiburcio estará estudiando...

Lucas. Sí.

Inés. ¿Con quién?

Lucas. Con el demonio.

No hay en tuita la comarca

Muchacho mas revoltoso.

No ha salido de palotes,

Pero hace bailar al trompo

Que es un primor; y es capaz

De apedrear al susuncordio.

Pasc. ¿Qué edad tiene el angelito?

Lucas. Trece años cumplió en agosto.

Pasc. ¡Pues promete!

Inés. Mas su padre,

¿Cómo con tanto abandono

Le cria?

Lucas. ¿Quién? ¿Don Cenon?

Se le cae de puro gozo

La baba. Sus travesuras

Le remozan. Está chocho.

¡Qué buen amo! ¡Ah! Verbo en gracia:

En la alforja traigo un pollo

(*Sacándolo.*)

Para que ustedes celebren

La pascua.

Pasc. ¡Hártate, goloso!

Inés. Lo estimo mucho.

Pasc. ¿Y usted

Se volverá...?

Lucas. No tan pronto.

Justo es que el cuerpo descanse

Por hoy. Mañana ú esotro...

Pasc. ¡Cielo! Irá usted al meson...

Lucas. ¿Qué meson? ¿Estoy yo loco?

Tengo ley á la señora

Y aquí en casa me acomodo.

Pasc. ¡Ah! Bien... Pero el caso es

que...

No tenemos dormitorios...

Lucas. No le hace. Yo en la cocina...

O en la sala me compongo. —

Voy á ver qué hace Ramon

Y á que me dé por el pronto

De almorzar. Hasta dempués,

Que no quiero hacer estorbo.

Inés. Llévase usted allá dentro

Esa cesta.

Lucas. Sí; y el pollo.

ESCENA V.

Don PASCUAL, Doña INÉS.

Pasc. ¡Qué campechano es tu tío!

Inés. Aunque el agualdo es corto,

La voluntad...

Pasc. ¡Un polluelo

Tísico! ¡Bravo negocio!

¡Y el bruto que lo conduce

Llena á mi costa el mondongo!

Inés. ¿Le hemos de echar á la calle?

Mateo. Que Dios guarde á ustedes.

(*A la puerta.*)

Pasc.

¡Otro

ESCENA VI.

Doña INÉS, Don PASCUAL, MATEO.

Mateo. ¿Quién de ustedes dos se llama

(*Trae una cesta.*)

Don Pascual Garcia Robles?

Pasc. ¡Linda pregunta! Yo soy.

Mateo. Celebro que usted la goce.

Pasc. ¿Y usted...?

Mateo. Soy el ordinario

De Boadilla del Monte.

Con esta cesta me envía

Doña Quiteria Quincoces...

Inés. ¡Mi cara prima! ¿Está buena?

Mateo. Tan guapa. Se reconcome

Por hallar otro marido.

Inés. Ya ves, enviudó tan jóven...

Pasc. ¿Qué hay de bueno en esa cesta?

Inés. Una orza con arroz.

(*Registrándola.*)

Mantecados de las monjas,

Y tortas de cañamones.

Pasc. (Todo ello valdrá seis reales.)

Dé usted gracias en mi nombre

(*Despidiéndole.*)

A esa señora, y mandar.

Mateo. ¿No me paga usted el porte y los derechos?

Pasc. ¿Derechos?
¿Porte? ¿Estamos frescos! ¿Con que...?
Inés. Págame. ¿Qué hemos de hacer?
(En voz baja.)

Pasc. Llévase con mil legiones
(Lo mismo.)

De diablos lo que ha traído.
Inés. ¡Eh! Calla; no me abochornes.

¿Qué dirían de nosotros?
Pasc. ¡Oh!... ¿Cuánto?

Mateo. Nueve..., catorce...
Catorce reales, señor.

Pasc. ¡Excomul...! (Dios me perdone.)
Tome usted.

Mateo. Ea, salud.
(Tomando el dinero.)

Pasc. (Así... saldremos de pobres.)

ESCENA VII.

Don PASCUAL, Doña INÉS.

Inés. ¿Qué ojos! Parecen dos ascuas.
Pasc. Reniego de tus parientes,
Reniego de sus presentes,
De ti, de mí y de las pascuas.

Inés. Harto hacen, siento notoria
La miseria general;
Y tú debieras, Pascual,
Agradecer su memoria.

Pasc. Si solo muestran así
Su cariñoso interés,
Diles de mi parte, Inés,
Que no se acuerden de mí.

Inés. Vamos, hijo, no te enfades,
Que eso es de poco momento;
Y si tú no estás contento
Tendré malas navidades.

Pasc. Si; tu dulce voz me aplaca,
Y no es culpa tuya al fin
Si tu parentela es ruin
Y mi fortuna bellaca.

Inés. A pesar del casto lazo
Que nos une, estás hoy tal,
Que no me atrevo, Pascual,
A pedirte...

Pasc. ¿Qué?
Inés. Un abrazo.

Pasc. Tómalo. ¿De cuándo acá
(Abrazándola.)

No es mi gloria el darte gusto?
Inés. ¡Eso dices, hombre injusto,

Y no me compras el bod!
Pasc. Pero, mujer, ¿no te he dicho
Que eso es imposible?

Inés. ¡Ingrato!
Pasc. ¡Eh! No llores. Por un gato...

Inés. ¡Cruel!
Pasc. ¡Vaya, que es capricho...!

Inés. ¡Tú no me amas!
(Separándose.)

Pasc. Sí, mujer;
Mas cuando falte el dinero

¿Echarás en el puchero
Ese bod de Lucifer?

Inés. ¿A una mujer que se humilla
Desairas de esa manera?

Bien; yo tendré cuando quiera
Bods... y pieles de chinechilla.

Pasc. ¿Qué dices? ¡Oh!... Me amena-
zas...

Veremos... (Temblando estoy.)
Calla... Palabra te doy...

Inés. ¡Bien mío!
(Suena la campanilla.)

Pasc. (Soy un bragazas.)
Inés. Lllaman.

Pasc. ¿Si? Venga mi palo,
(Toma su baston.)

Y romperle te prometo
sobre el zamarro paleta
Que me traiga otro regalo.

ESCENA VIII.

Doña INÉS, Don PASCUAL,
Doña MACARIA, PETRONILA.

Inés. Es mi abuelita. ¿Qué gozo!
Pasc. (Esto es mil veces peor!)

Mac. ¡Inés! ¡Hija!
(Abrazando á doña Inés.)

Inés. ¡Madre!
Pet. ¡Inés!

(Abrazándola.)
Inés. ¡Petronila!

Pasc. (¡Voto á bríos!)
Mac. ¡Hijo! ¡Pascual! ¿No me abrazas?

Pasc. ¡Oh! Si, señora, si. ¡Oh!
(Reprimiendo su disgusto y abrazándola.)

Mac. Aprieta más. ¿Qué tibieza!
Pasc. Por no ofender el pudor...

Mac. Bobada. ¿No soy tu madre? —
Abrazale tú, ababol.

(A Petronila.)

Pet. Estaba esperando vez.
(Petronila y don Pascual se abrazan.)

Mac. Tú no me esperabas hoy.
(A Pascual.)

¿Verdad?
Pasc. Cierto. No esperaba

La dulce satisfaccion...
Mac. Ya ha tiempo que os prevenia

Esta prueba de mi amor.
Pasc. (Yo me pasara sin ella.)

Mac. Ahora veo que cumplió
Con mis órdenes Ambrosia.

Así mas placer os doy
Con la sorpresa... Pascual,

Acérame ese sillón.
Pasc. (¡Eso me faltaba!)

(Se lo acerca y se sienta doña Macaria.
Todos hacen lo mismo.)

Mac. Niña,
Tú estás flaca, sin color...

Inés. No sé por qué. Yo estoy buena.
Mac. ¿Hay acaso presuncion

(En voz baja.)
De...? Síntomas... Ya me entiendes.

Inés. ¡Abuela!...
Mac. Baja la voz,

Que tu hermana no es de misa.
Con que ¿un biznietito...?

Inés. No.
Mac. Pues tú estás desmejorada.

Y casi creyendo voy
Que el nuevo estado quizá... —

Sería una sinrazon
(A Pascual.)

No amar á esta criatura,
Porque es un ángel de Dios

Mi Inés.
Pasc. ¡Señora...!

Inés. ¡Abuelita!
Mac. Si te trata con rigor

Será mucha iniquidad.
Una moza como un sol

Que aun no cumplió veinticuatro
Es joya de gran valor...

Pasc. ¿Quién niega...?
Mac. Para un marido

Que peina cincuenta y dos.
Pasc. Cuando la ofreci mi mano,

¿Por ventura oculté yo
Mi partida de bautismo?

Ni sé que motivo doy
Para que me acuse usted...

Mac. Es mera suposicion...
Vamos, sin duda mi ausencia

La entristecia. Al fin soy
Su abuela y su única madre,

Porque la suya... ¡Ay dolor!
Acabó mozá Lerruá

Con ella.
Pasc. (¡Y contigo no!)

Inés. ¿A qué saca usted ahora
Tan triste conversacion?

Mac. Mas consuétate, hija mía.
Gracias al cielo, ya estoy

A tu lado y comeremos
En una mesa el turron.

Pasc. (¡Ay de mí!)
Mac. Y aunque abandone

Por tu causa la labor,
No me iré tan pronto...

Pasc. (¡Rayo!)
Inés. Yo me alegro mucho...

Pasc. (¡Oh!...)
Mac. Aquí he de estarme hasta el miér-
coles.

De ceniza.
Pasc. (¡Maldicion!)

Mac. Ya hablaremos. Correrá
De mi cuenta desde hoy

El gobierno de esta casa,
Y estará como un reloj.

Ya sabes que á gobernosa
Nadie me gana.

Pasc. (¡Gran Dios!)
Mac. A mí debieran nombrarme

Ministro de lo interior.
Pasc. No es menester. Donde hay poco...

Mac. Tú eres un santo varon.
Pasc. Convengo.

Mac. Inés, una niña.
Yo velaré por los dos...

Pasc. Gracias.
Mac. Dime: los criados...

(A doña Inés.)
(Sigue hablando con doña Inés en voz
baja.)

Pasc. (¡Ya ha tomado posesion!)
¿Y tú qué dices, muchacha?

(A Petronila.)
Pet. Yo hablo poco. Aquí me estoy

Al brasero...
Pasc. ¿Te hallas bien

En Madrid?
Pet. ¿Yo? No, señor.

Como no conozco á nadie...
Pues. Y este es un lugaron

Que... Vaya, vaya; en mi pueblo
Estaba mucho mejor.

Pasc. Así lo creo. Es decir
Que si vale tu opinion

Te volverás á Perales...
Pet. Antes que mañana, hoy.

Pasc. Eres muy amable.

Pet. Mucho.
Pasc. Muy graciosa.
Pet. Eh... ¡Jum...! ¿Qué tos!
Pasc. ¿Te estás riendo de mí?
Pet. No tengo tan buen humor.
Pasc. ¡Callaré por no exponerme
 A cascarla un bofetón.
 ¡Vaya que nieta y abuela
 Son dos hembras de mi flor!
 Con la una en esta casa
 Ha entrado la Inquisición;
 La otra á cada pregunta
 Responde con una coz.)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS, DON PASCUAL,
 DOÑA MACARIA, PETRONILA, DOÑA
 QUITERIA, ROSITA.

Quit. No tiene usted que pasar
 (Dentro.)
 Recado. Yo soy de casa.
 (Entra en la sala con su niña. Lleva boá.)
Inés. Esa voz... ¡Quiteria!
 (Se levanta, y todos menos doña Macaria.)
Quit. ¡Inés!
 (Abrazándola.)
Pasc. (Esta es otra que bien baila.)
Quit. ¿Es tu suegro ese señor?
Inés. No; mi marido.
Quit. Pensaba...
Pasc. ¿Tengo yo cara de suegro?
Quit. ¡Qué veo! ¡La tía Macaria!
 (Se acerca y la abraza.)
Mac. Adios, Quiteria.
Quit. ¡Tan fresca!
 ¡Tan rozagante!... ¡Y tu hermana!
Pet. Para servirte.
Inés. ¡Rosita!
 Ven aquí, ven aquí, alhaja.
 (La besa.)
 Sentáos. ¿Qué haceis de pié?
Mac. Está muy mona.
Pet. Es muy guapa.
Quit. Hija, en el pueblo me aburro,
 Y vengo á pasar las pascuas
 En Madrid.
Inés. Haces muy bien.
Quit. Aquí tengo muchas casas
 Donde venir á parar.
 Como estoy relacionada
 Con tanta gente... Ya ves;
 Mi marido, que Dios haya,

Estuvo empleado en propios...
 Pero vaya noramala
 Todo el mundo. Entre los míos
 Estaré mas á mis anchas;
 Y si no lo hiciera así,
 Tú, prima, que eres tan franca,
 Te quejarías...
Inés. Sin duda...
Quit. Tratadme con confianza:
 ¿Lo entendeis?
Inés. ¡Un bod! ¿Lo ves?
 (Aparte á don Pascual.)
 ¡Hasta en los pueblos lo gastan!
Pasc. Déjame en paz. ¡Bueno estoy
 (En voz baja.)
 Para bods! De buena gana
 La ahorearía yo con él.
Inés. Vamos; ¿no me dices nada,
 Niña?
Quit. Haz un mimo á tu tía.
Inés. Vamos; sí.
Mac. ¿Cómo te llamas?
Quit. Responde: Rosita Suarez.
 ¡Si viera usted cómo charla!
 ¡Tiene un pieo...!
Pet. Vamos; di.
Quit. Es milagro que ahora calla. —
 Mira que llevas azotes.
Inés. Te daré merengues... ¡Nada!
Quit. Se empeña en dejarme mal.
 ¿No quieres hablar? Pues canta.
 Para eso se pinta sola.
 Vamos; el *Lelé*, ó el *Alza*
Pillí.
Mac. Tendrá vergüenza.
Quit. Pues ¡y bailar! Baila, baila
 Las manchegas; hija mía.
Pasc. Acaso no tendrá gana...
Quit. ¡Vaya! Y sino, la *Cachucha*. —
 Tara, larira, laraara...
 (Talareando.)
Mac. Propia condicion de niños,
 Que nunca han de hacer sus gracias
 Cuando se lo ruegan.
Quit. Mira
 Que me sofocas, muchacha.
Pasc. Ya hará gracias: no hay cuidado
 (Aparte á doña Macaria.)
 Verá usted que poco tarda
 En romper un abanico,
 Llorar, ó pedir la...
Quit. ¡Vaya!
 Otra vez será.
Pet. Sin duda
 De mi cuñado se espanta.
Pasc. ¿Soy yo alguna fiera?
Quit. No;

ESCENA X.

DOÑA INÉS, DON PASCUAL, DOÑA
 MACARIA, PETRONILA, DOÑA
 QUITERIA, ROSITA, DON CENON,
 DON MAURICIO, TIBURCIO.

(Otra vez se levantan todos menos doña
 Macaria. Don Cenon y sus hijos abrazan
 á doña Inés.)

Cenon. ¡Inés!
Maur. ¡Inés!
Tib. ¡Inesilla!
Inés. ¡Tanto bueno por acá!
Pasc. ¿Meson? Poco he dicho. Este es
 El valle de Josafat.)
Cenon. ¡Pascual!
Maur. ¡Pascual!
 (Lo mismo.)
Pasc. Bien venidos...
Tib. ¡Felices pascuas, Pascual!
 (Toca una enorme zambomba que trae.)
Inés. ¡Tío Cenon!
Pasc. ¡También zambomba!
 Hoy me da una enfermedad.)
Cenon. ¡Hola, Quiteria!... ¡Macaria!
 ¡Petronila! ¡Voto á san...!
 Y la chiquilla... Me alegro.
 ¡Qué dichosa navidad!
Mac. ¡Cenon!
 (Hablan todos á un tiempo y se van
 sentando.)
Pet. ¡Tiburcio!
Maur. ¡Rosita!
Tib. ¡Petronila!
Quit. ¿Cómo estás.
 Mauricio?
Maur. Para servirte,
 Quiteria.
Tib. ¿A ver, á ver qué hay
 (Aprovechándose de la confusion destapa
 y reconoce la cesta.)
 En este canasto? ¡Bollos!
 (Saca dos y come. En el resto de la es-
 cena hará continuos viajes á la cesta.)
 ¡Qué mantecosos están!
Cenon. ¿Y cómo aquí reunida
 La parentela?
Inés. Es casual...
Cenon. Vamos, Pascual ha tenido
 La humorada singular
 De convidaros á todos
 Para esta festividad.
Pasc. Convidar...
Cenon. ¡Y á mí me excluyes!

Del convite general,
A mi y á mis hijos! Pero
Sin duda la circular
Se ha extraviado. Mejor.
Así me agradecerás
Con doble razon el viaje.

Pasc. Sí, señor; mucho; si tal.
(Así tengas la salud.)

Maur. ¡Inesita! ¡Voto va...!

(La abraza.)

Otro abrazo. Estás muy bella;
Mas bella que en el lugar.

Inés. Si; lo mismo se lo dices
A cualquier hija de Adán.

Pasc. (Otra vez?) Aficionado
(A doña Quiteria, que está á su
lado.)

Es el tal primo á abrazar.

Quit. Un poco. Y en otro tiempo

(En voz baja.)

Fué su novio.

Pasc. ¡Por san Blas...!

Quit. Y ha llegado á mi noticia
Que ella no le quiso mal.

Pasc. ¡Qué escucho!

Quit. Y el parentesco...

No le pudiera alcanzar
Un galgo.

Pasc. ¿Si? Con licencia.

(Se levanta apresurado.)

Señor primo. — Ven acá.

(Don Mauricio, que tenía asida una mano
de Inés, la suelta, pasa ella al lado de
su marido y hablan en voz baja.)

Inés. ¿Qué quieres?

Pasc. Tienes un primo

Muy sobon, cara mitad.

Inés. Nos hemos criado juntos.

Pasc. Ese es un motivo mas
Para apartaros yo ahora.

Inés. Mi honor es como el cristal.

Pasc. ¿Por lo limpio, ó por lo frágil?

Inés. ¡Qué insulto! ¡Qué iniquidad!
Mercedes...

Pasc. ¡Y mucho mimo

Después! ¡Y comprame el bodí!

Inés. Pero, hijo, si...

Pasc. Ruega á Dios

Que, aunque es de canto y de cal,
No se canse mi paciencia.

Mac. ¿Qué es eso?

Inés. Nada, mamá.

(Vuelve al corro y se sienta lejos de don
Mauricio.)

Pasc. ¡Hola, hijito! No eres manco.
(Sorprendiendo á Tiburcio en el acto de
sacar una torta.)

Tib. ¡Toma! ¿Por qué no me dan?

Cenon. Ja, ja... Dice bien el chico.

(Riéndose.)

Atrácate. Ja, ja, ja.

Maur. ¿Cuántas te has comido?

Tib. Ocho.

(Con la boca llena.)

Maur. Vaya otra, sin ejemplar.

(El muchacho saca la mano llena de bollos.)

Quit. Basta ya, tragon. ¿No quieres

Que las prueben los demás?

Pasc. Yo se las daría todas...

(Si fuesen de rejalar.)

Inés. Rosita...

Quit. Ya se ha dormido.

¡Ay Jesu! Pesa un quintal.

¿Dónde la echaré?

Inés. En mi cama.

Pasc. ¡Ay Dios! Me la va á calar.

Inés. Dámela. (Toma la niña.)

Mac. Espera, Inesita.

(Levantándose.)

Yo tambien voy por allá.

Reconoceré la casa

Y veré de acomodar

A todos.

ESCENA XI.

DON PASCUAL, PETRONILA, DOÑA
QUITERIA, DON CENON, DON MAURICIO,
TIBURCIO.

Quit. ¡Diablo de tía!

(A don Pascual.)

¡Miren con qué libertad

Dispone de casa ajena!

Pasc. En cuanto á eso, muchos hay

Que la imitan.

Quit. ¡Y qué genio!

Nadie la puede aguantar.

Si ella está aquí cuatro días

No habrá contento ni paz

En esta casa. ¡Oh!

Pasc. (La vinda

Tiene lengua de alquitrán.)

Quit. Pues digo ¡la Petronila!

Tan fatua, tan ñoña... El tal

Don Cenon es un mastuerzo;

El muchacho un Barrabás;

Mauricio vicioso y ganso...

Pasc. Y usted... un ángel. ¿Verdad?

ESCENA XII.

DON PASCUAL, PETRONILA, DOÑA
QUITERIA, DON CENON, DON MAURICIO,
TIBURCIO, DOÑA MACARIA, DOÑA INÉS,
LUCAS, AMBROSIA.

Inés. Quisiera tener mas casa.

Mac. Bien. Ya formaré mi plan.

(Llega Lucas con un matelon, alforjas, ca-
pas y una guitarra. Le sigue Ambrosia.)

Lucas. ¡Alabado sea Dios!

Amb. Ya estamos todos acá.

Pasc. ¡Otro refuerzo! Está visto.

Yo tendré que irme al zaguán.)

Lucas. ¿Dónde acomodo estos chismes?

Maur. Pónlos sobre ese sofá.

Mac. Si; bien. Luego arreglaremos...

Quit. Mis baules no vendrán

Hasta mañana.

Mac. Los mios

Llegan con el mayoral

Esta tarde.

Pasc. ¿Si? ¡Muy bien!...

(¡Santísima Trinidad!..)

Muehacho, qué estás haciendo?

(Viendo á Tiburcio que garrapatea en los
papeles que habrá sobre la mesa.)

Tib. Pintando monos.

Pasc. ¡Satan!

¡Me has perdido! ¡En mi expediente

Sobre alfólies de sal!

¡Aparta! ¡Y esto ha de ir

Al ministro?

Cenon. Ja, ja, ja.

(Acercándose á mirar, con risa estúpida.)

¡Ocurrencia como ella!

¿A ver qué has hecho, rapaz?

¡Bien! Y nadie le ha enseñado.

Digo que es habilidad.

Ja, ja, ja...

Pasc. ¿Se rie usted?

Tib. Es el gigante Goliat.

(Don Cenon suelta una estrepitosa carca-
jada; don Pascual encierra los papeles
en una cómoda; las mujeres charlan to-
das á un tiempo; Mauricio toma la gui-
tarra y la temple.)

Cenon. Este chico es la esperanza

De la familia.

Pasc. (¡Infernal

Parentela!)

Quit. ¡Oh, que tenemos

Guitarra! Bueno será

Que cantes alguna cosa,

Petronila.

Pet. Lo hago mal.

Maur. Vamos; yo acompañaré.

Quit. Si. Una voce poco fa.

Mac. Canta.

Pet. ¡Si me da vergüenza!

Amb. ¡Tio Lucas, que va á cantar!
Sentémonos.

Lucas. Que me place.

(Se sientan.)

Pasc. ¡Bien! ¡Viva la libertad!

(A los criados lugareños.)

Pet. El aria no.

Inés. Pues bien, canta

Otra cosa.

Mac. El Dulce iman.

Cenon. Y sino, el Trípoli, Trápala.

Pet. Pero... Otro día será...

Maur. Ahora.

Todos. ¡Que cante! Que cante!

(Menos don Pascual.)

Pet. Si estoy ronca. ¡Fuerte afan!...

Quit. Va verá usted cómo ahulla

(A don Pascual.)

Después de hacerse rogar.

Maur. Vaya algo nuevo. La Atala.

Pasc. (¡Virgen de la Antigua!)

Pet. Mas...

Todos. ¡La Atala! ¡La Atala!

(Menos don Pascual.)

Pet. Vamos :

Ustedes perdonarán... —

¡Pero sí...!

(Tosiendo y escupiendo.)

Maur. Vamos, empieza.

(Punteando la guitarra.)

Pet. « Triste Chac... » (Cantando.)

No.

(Hablando.)

« Triste Chac... »

(Cantando.)

¡Si digo que hoy...!

(Hablando.)

Quit. ¿No lo dije?

(A don Pascual.)

Maur. Volveremos á empezar.

(Petronila canta con ridicula afectacion y
muy desafinada. Todos manifiestan oírlo
con sumo gozo, particularmente doña
Macaria y don Cenon. Doña Quiteria
reprime la risa y se tapa la boca con el
abanico. Don Pascual hace gestos de des-
aprobacion.)

Pet. « ¡Triste Chactas! ¡Cuán rápida ha
sido

(Cantando.)

La terrible ilusion de tu dicha!

Surgido en perpetua desdicha
Solo resta un fatal porvenir.
Bella virgen, tu vida expusiste
Por librarme de muerte funesta.
Mi cancion para siempre será esta :
Sin mi Atala no puedo vivir. »
Pasc. (¡Jesus! ¡Bienaventurados
(Mientras todos palmotean.)
Los sordos! ¡Qué atrocidad!
Comparada con su voz,
La zambomba es celestial.)
Mac. Ahora, pues quiso el cielo
Por su infinita bondad
Reunir la parentela
En casa del buen Pascual,
Ya que esta casucha ofrece
Tan poca comodidad...
Pasc. Cierto, y yo era de opinion...
Mac. Tú no te debes mezclar
En eso.
Pasc. Yo...
Mac. En tal apuro
Dicia la necesidad
Medidas extraordinarias.
Pasc. ¡Ay! ¡Si enviarme guerrá
Confinado á Filipinas!
Quit. ¿Qué golpe de autoridad
Nos prepara usted?
Mac. Hagamos
Cama redonda.
Maur. Cabal.
Todos. ¡Cama redonda!
(Menos don Pascual y Petronila.)
Pasc. ¡Protesto!
(Gran bulla.)
Pet. No permitiré jamás...
Pasc. Pido la palabra.
Pet. Corre
Peligro mi honestidad.
Pasc. Soy casado.
Mac. Necio, aquí
No se ataca á la moral.
Habrá division de sexos.
Los hombres se acostarán
En la sala; las mujeres
En la alcoba principal;
Los criados allá dentro...
Pasc. Pero es una iniquidad
El arrancar á un cristiano
De su lecho conyugal.
Maur. ¡Quite el marido!
Cenon. ¡Fuera
Privilegios! ¡La igualdad
Ante la ley!
In s. Es preciso,
(Aparte con don Pascual.)
Porque en casa no los hay

Para tantos...
Pasc. ¿Qué? Renlego...
Inés. Pedir á la vecindad
Colchones.
Pasc. No quiero. Vayan
Noramala.
Inés. ¿Qué dirán...?
Pasc. Dios, con ser Dios, va á dormir
Esta noche en un portal.
Inés. Estamos conformes. Luego
(Volviéndose al carro.)
Lo arreglaremos, mamá.
Quit. Soy de parecer que ahora
Vayamos á pasear
Todos juntos.
(Todos se levantan.)
Maur. Si, lo apruebo.
Mac. Vamos; sí.
Cenon. Vamos allá,
A bien que todos llevamos
Los trapos de cristianar...
Inés. Sí. ¿Vienes, Pascual?
(Poniéndose la mantilla.)
Pasc. No.
Tib. Si;
Me comprará mazapan.
Pasc. Vayan ustedes con Dios.
Yo me quedo á preparar
La colacion.
Maur. Venga el brazo.
(A doña Inés.)
Pasc. (Ya me la atrapó el galan.)
Tib. ¡Esperarse! ¡Allá voy yo!
Maur. Quita, zopenco. Tú irás
Con Ambrosia y el tío Lucas
Tib. Pues que me dé padre un real
Y compraré una chicharra.
Cenon. Toma, toma, perillan.
(Dándole cuartos.)
Primita Macaria, tengo
El honor...
(Ofreciendo el brazo y ella lo toma.)
Quit. ¡Miren qué par!
Inés. Ea, abur...
Quit. Cuideme usted
La niña.
(Salen todos, Don Pascual cae desolado
sobre el sillón.)
Pasc. ¡No puedo mas!

ESCENA XIII.

DON PASCUAL.

(Breve pausa.)

¡Qué noche-buena me aguarda!...
Mas yo merezco la albarda
Que me echa encima esa gente,
Como á mulo de alquiler,
Por ser tan condescendiente
Con mi mujer.

Dios poderoso y bendito,
¿Cuál ha sido mi delito
Que otro campo de Agramante
Ya mi casa viene á ser?
¿No me castigais bastante
Con mi mujer?

Miro á todos con espanto,
Mas nadie me aterra tanto
Como esa maldita vieja
Que en todo se ha de meter,...
¡Y ese primo que corteja
A mi mujer!

O soy de Madrid ludibrio,
O perdiendo el equilibrio
De patas en el infierno
El crimen me hará caer;
¿Por quién, por quién, Dios eterno?
¡Por mi mujer!

¡Ay, pobre paga! Entre todos
Me van á comer los codos;
Y esa re-suegra gendarme,
Retrato de Lucifer,
¡Ay! ni me deja acostarme
Con mi mujer.

¡Soldados, no esteis ociosos!
¿Quereis perseguir facciosos?
Venid, patriotas valientes,
Venid; yo os he menester.
Acabad con los parientes
De mi mujer.

ESCENA XIV.

DON ANTONIO, DON PASCUAL.

Ant. ¡Don Pascual!
Pasc. ¡Ay, don Antonio!
Ant. Yo temo que se me hunda
La casa. ¡Qué baraunda!

¿Quién ha entrado aquí?

Pasc. ¡El demonio
Ant. ¡Tanto ruido todo el dia...!
Pasc. ¡Ay, vecino!
Ant. Y cuando oi
Gritos, clamores..., creí
Que estaba usted en la agonía.
Pasc. Sí; señor; ó poco menos.
Ant. ¡Hoy que humilde en un establo
Nace Dios...!
Pasc. Me lleva el diablo,
Y por pecados ajenos.
Ant. Cuénteme usted...
Pasc. ¡Qué epidemia!
Ant. Ya sabe usted que le quiero.
Pasc. Sí; siendo usted mi casero
Ni me embarga ni me apremia.
Ant. Usted es honrado; yo rico.
Sé que el tesoro está exhausto...
Pasc. ¡Soy de la patria holocausto!
Ant. Por dos mil reales y pico...
Pasc. Hoy que he tomado del arca
Una paguita, ¡qué estrella!
Se conjuran contra ella
Diez pueblos de la comarca.
Ant. ¿Qué dice usted? ¿Con qué ti-
tulo...?
Pasc. ¡Oh villanos trogloditas!
Ant. Vaya, cuente usted sus culitas...
Pasc. Oiga usted. Primer capitulo.
Mi mujer... Ya usted sabrá
Que se muere por un dije...
Ant. Algo...
Pasc. Pues, señor, ¡me exige
Media paga para un bod!
Ant. No es justo, que están muy malos
Los tiempos...
Pasc. Item. Su abuela
Y otros de la parentela
Me abruman con sus regalos.
Ant. ¡Hombre!...
Pasc. Oiga usted.
Ant. Adelante.
Pasc. Son tortas negras y duras,
Y huevos con galladuras,
Y un pollito vergonzante.
Ant. ¡Nada menos!
Pasc. Si, señor;
Y entre propinas y porte
Ya me ha hecho dar mi consorte
Siete veces su valor. —
Item mas. Los muy beodos...,
Lo peor, don Antonio, es esto,
Con tan frívolo pretexto
Se me encajan aquí todos.
Ant. ¿Qué me cuenta usted?
Pasc. Sus céspedes

Han abandonado en masa,
Y está invadida mi casa
Por una legión de huéspedes.

Ant. ¡Pobre don Pascual!

Pasc. La tía,
Los primos, la abuela anciana,
Los sobrinitos, la hermana...
Y toda la dinastía.

Ant. Contra la injusta invasión
De tanto deudo importuno
¿No habrá un medio?

Pasc. Solo hay uno. —

Tirarme por el balcon.

Ant. ¡Cómo!... Pues yo, es cosa cierta.

Los cogiera de los cuellos

Y los arrojará á ellos,

Si no se van por la puerta.

Pasc. Por fin ahora el somaten

Me ha dejado descansar.

Ant. ¿Dónde han ido?

Pasc. A pasear.

Ant. ¿Y la costilla?

Pasc. También.

Ant. ¡Pensamiento peregrino!

¡Oh! sí, sí... Yo haré el despejo...

Pasc. ¿Eh?

Ant. Tome usted mi consejo,

Y se salva usted, vecino.

Pasc. Y á gentes tan temerarias,

Tan gorronas é impolíticas...

¿Cómo...?

Ant. En circunstancias críticas...

Medidas extraordinarias.

Pasc. ¿A ver? Yo en usted confío...

Ant. Sin que quede ni un esparto,

Desalquilemos el cuarto,

Y hájese usted al mio.

Pasc. ¡Oh qué buena idea!

Ant. Así,

Cuando vuelvan sus mercedes,

No hallarán... mas que paredes.

Pasc. ¡Bravo! Sí; al instante, sí.

Ant. ¡Al avío!

Pasc. Yo me atonto...

Ant. Venga el criado...

Pasc. ¡Ramon!

(Llamando.)

No hay tiempo... La confusion...

ESCENA XV.

DON PASCUAL, DON ANTONIO, RAMON.

Ant. ¡Ah! Baja á mi cuarto. ¡Pronto!
Con mis criados volando

Vuélvete aquí, y además
A seis mozos llamarás
De cordel...

(Ramon duda y mira á su amo.)

Pasc. Vé: yo lo mando.

ESCENA XVI.

DON PASCUAL, DON ANTONIO.

Pasc. Van á alborotar la corte

Si ven cerrada la puerta.

Ant. Yo me quedo. Estará abierta.

Yo les daré pasaporte.

Pasc. Ya de su chasco me rio,

Y aun lo merecen mayor;

Pero ¿y mi mujer, señor?

¿Qué va á ser de ella, Dios mio?

Ant. ¡Eh! No sea usted tan... bobo.

Que rabie.

Pasc. ¡Pobre Inesita!

Ant. También ella necesita

Ver las orejas al lobo.

Pasc. Tal vez haciéndola instancias...

Ant. O no hay nada de lo dicho,

O he de obrar á mi capricho

Conforme á las circunstancias,

¿No fia usted de un amigo?

Pasc. Si; omnimodas facultades

Doy á usted. ¡Qué navidades!

Ant. Las pasará usted conmigo.

ESCENA XVII.

DON PASCUAL, DON ANTONIO, RAMON.

*Siguen á Ramon dos criados y luego
entran seis mozos de cordel.)*

Ant. Cargad con ese menaje,

Y á mi habitacion con él.

Pasc. ¿Y los mozos de cordel?

Ramon. Aquí están.

Ant. ¡Vivo!

Pasc. ¡Coraje!

*Los criados y mozos empiezan á cargar
muebles y llevárselos, yendo y viniendo
hasta quedar desocupada la habitacion.)*

Vosotros cuatro, á la alcoba

Con Ramon y al comedor.

Ramon. ¿Todo abajo?

Ant. Sí, señor.

No ha de quedar ni la escoba.

*(Vase Ramon á lo interior de la casa con
cuatro mozos. Los demás y los dos criados
siguen desocupando la sala.)*

Pasc. La zambomba y la guitarra

Y esas capas y ese lio,

Dejadlo ahí, que no es mio.

Ant. ¡Ah! Ya.

Pasc. Es de ellos. ¡Mala...!

Un Mozo. ¡Agarra!

(A otro.)

*(Los mozos dejan en un rincon lo que
trajeron los lugareños y se llevan el
sofá.)*

Pasc. Llévate esa cesta, drope,

Que harto cara me ha costado. —

¡Ay! Apenas han quedado

(Reconociéndola.)

Cuatro tortas y el arropo. —

Despacito... Anda tú; ayuda. —

(A uno que se lleva la mesa.)

Con cuidado, que está endeble.

Ramon. ¿Qué hacemos con este mueble?

(Volviendo con Rosita dormida.)

Pasc. ¡Oh! ¡La niña de la viuda!

¡Por san Francisco de Borja,

Que no se despierte!

Ant. Es guapa.

Pasc. Tiéndela sobre esa capa,

Y por almohada la alforja.

(Lo hace Ramon y vase.)

Ant. Llévate el brasero tú.

(A un criado.)

¿Queda aquí algo?

Pasc. Nada encuentro...

Ant. Pues, vamos; á lo de adentro.

Despachad con Belcebú.

ESCENA XVIII.

DON PASCUAL, DON ANTONIO.

Pasc. ¡Y ahora, Dios mio, este gasto!...

Ant. Yo lo abono.

Pasc. ¡Ah! ¿Quién te iguala,

Hombre insigne...

Ant. ¡Y en la sala

Se nos queda el mejor trasto!

Pasc. ¿Cuál? No veo...

Ant. ¡Usted, demonio!

¿A qué alejar con empeño

Los muebles si queda el dueño?

¡Lárguese usted!

Pasc. ¡Don Antonio!

Ant. Pronto, que van á volver.

Pasc. ¡Adios..., mi turgurio..., adios!

¡Inés!... Reniego de los...

Parientes de mi mujer!

ESCENA XIX.

DON ANTONIO.

No va á armarse mala zambra

Cuando vuelva esa langosta

De parientes. En verdad,

Algo pesada es la broma;

Pero harto lo han merecido.

¿No hay sino vivir de gorra,

Y á título de pariente

Y porque envio unas tortas

Pegar la tostada al prójimo?

¡Ojalá en letras muy gordas

Se imprimiera este suceso

Para escarmiento de posmas

Y se circulara á todos

Los pueblos de la redonda!

ESCENA XX.

DON ANTONIO, RAMON, LOS CRIADOS,
DOS MOZOS.

Ant. ¡Hola! ¿Se ha desocupado

La casa?

Ramon. Si, señor. Toda.

Ant. Bien está. Paga á los mozos.

Aquí tienes media onza.

Con mis criados después

Repartirás lo que sobra.

Idos abajo; dejadme

Aquí solo; y punto en boca.

ESCENA XIX.

DON ANTONIO, ROSITA.

Ant. Gracias á Dios, nos han dado

Bastante tiempo...

(Despierta llorando Rosita.)

¿Quién llora...?

¡Ah! La chiquilla...

Ros. ¡Mama!

(Se levanta.)

Ant. Ya va á venir. Calla, mona.

Ros. ¡ Mamá, mamá!...
 Ant. ¿Qué hago yo
 Con este embeleco ahora?
 Mas siento ruido... Ya vienen...
 Ros. Yo quiero tortas.
 Ant. No hay tortas.
 Toma dos cuartos y calla. (Se los da.)
 Aquí están. ¡Qué familia! ¡

ESCENA XXII.

DON ANTONIO, ROSITA, DOÑA INÉS,
 TODOS LOS PARIENTES, AMBROSIA, LUCAS.

Inés. ¡ Pascual!... ¿Dónde está Pascual?
 Ros. ¡ Mamá!...
 Quit. ¡ Mi niña!... ¡ Tan sola...!
 Inés. ¡ Don Antonio aquí!
 Mac. Los muebles...
 Ant. Beso á usted los piés, señora...
 Maur. La sala desocupada...
 Cenon. ¿Qué es esto?
 Inés. ¡ Tambien la alcoba!
 (Mirando desde la puerta.)
 Tib. ¿Y la cesta? ¡ Yo quería
 Dar un asalto á la orza!
 Inés. ¿Me explica usted, don Antonio,
 Este misterio?
 Ant. Es la cosa
 Mas sencilla. Don Pascual
 Por ahorrarse trapisondas
 Ha desalquilado el cuarto.
 Inés. Pero ¿dónde está?
 Ant. Se ignora.
 Solo ha dicho: « Los parientes
 De mi esposa me acosan,
 Y por libertarme de ellos
 Me iria á las Californias. »
 Quit. ¡Qué insulto!
 Amb. ¿Qué picardía!
 Cenon. Tiene razon que le sobra.
 Ja, ja, ja.
 Maur. ¡Qué accion tan baja!
 Pet. ¡Grosero!
 Tib. ¡Mal primo!
 Mac. ¡ Idiota!
 Inés. ¡ Justicia de ese bribon
 Que á su mujer abandona!
 Mac. ¡ Y nuestra noble prosapia
 Ha de sufrir tal deshonra!
 Maur. Me dará satisfaccion,
 ¡ O por vida de Mahoma!...
 Mac. Tú debes quejarte á un juez...
 (A doña Inés.)

Ant. Suplico á usted que me oiga.
 (A doña Inés.)
 Aparte.
 (Se la lleva á un extremo y habla aparte
 con ella.)
 Quit. Aquí ya es forzoso
 Tomar medidas...
 Cenon. No hay otra
 Que tomar sino marcharnos.
 Confesemos que es chistosa
 La ocurrencia...
 Mac. ¡ Quita allá!
 Mi dictámen es que ahora...
 (Forman corro los parientes y consultan
 en voz baja.)
 Ant. Ni hay causa para divorcio
 Ni diera á usted buena nota
 Esa idea. A sus maridos
 Deben seguir las esposas.
 Inés. ¿Y mis parientes? Confieso
 Que todos aquí ¡ es historia!
 Ant. Ellos, ó él: elija usted.
 Si cede usted, él perdona.
 Yo sé dónde está.
 Inés. ¡ Villano!
 Ant. Con insultos ¿qué se logra?
 Inés. ¿Dónde está? Digalo usted.
 Ant. Saber primero me importa
 Si usted quiere paz.
 Inés. No. ¡ Guerra!
 Ant. (Para que no haya camorras
 Habré de capitular
 Aunque lo pague mi bolsa.)
 Mal le paga usted, ingrata.
 Él la ama á usted; él la adora,
 Y quizá en este momento
 El bod suspirando compra.
 Inés. ¡ Que escucho! ¡ El bod! ¿Tendré
 bod?
 Ant. Yo empeño en debida forma
 Mi palabra.
 Inés. Suya soy.
 ¿Dónde...?
 Ant. En mi cuarto.
 Inés. Estoy pronta.
 Mac. Inés, ven á dar tu voto
 Porque si ahora no se toman
 Medidas extraordinarias...
 Inés. La que de honrada blasona
 Obedece á su marido...
 Y yo lo pongo por obra.

ESCENA ULTIMA.

DON ANTONIO, LOS PARIENTES,
 AMBROSIA, LUCAS.

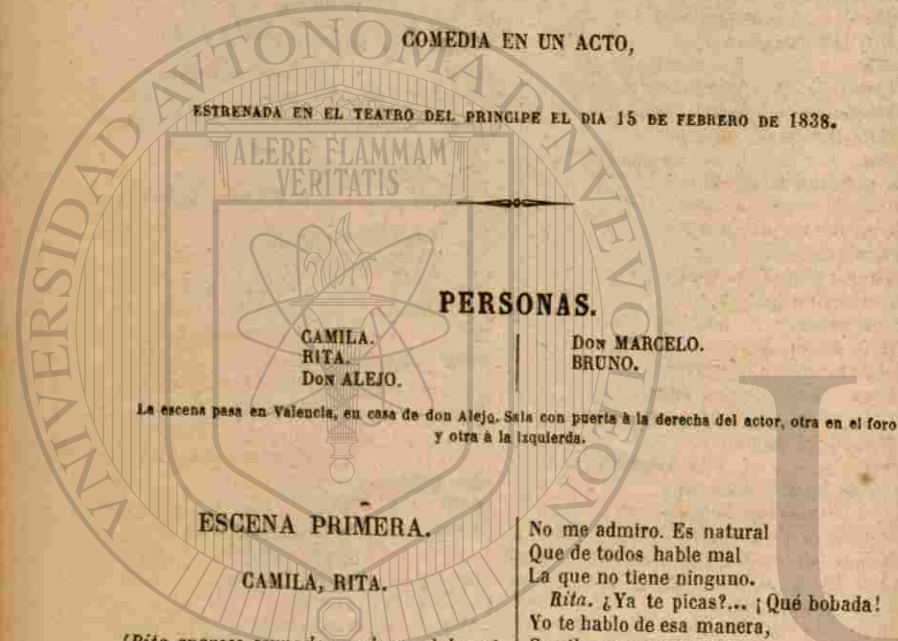
Mac. ¿ Lo oís? ¡ Se va! ¡ Nieta indigna!
 Maur. Marido y mujer se mofan
 De nosotros.
 Quit. ¡ La embustera!
 Pet. ¡ La descastada!
 Mac. ¡ La hipócrita!
 Cenon. Ja, ja... Tendré qué contar...
 Maur. Vaya, y ¿qué hacemos ahora?
 Quit. Quedarnos aquí...
 Ant. Imposible.
 Yo, casero, á mucha honra
 Lo tendria; mas ya corre
 Por cuenta de otra persona
 El cuarto.
 Maur. Fuerza es tomar
 La resolucion heróica...
 De largarnos.
 Quit. Juntos no,
 Porque es mucha Babilonia.
 Cenon. Volvámonos al lugar.
 (A sus hijos.)
 Mac. Yo al parador.
 Quit. Yo á la fonda. —
 La culpa ha sido de ustedes
 Que se entran sin ceremonia
 Donde nadie los llamaba.
 Mac. ¿Cómo se entiende! ¡ Piojosa!
 La intrusa eres tú, que vienes
 A comer la sopa boba
 A título de cuñada
 De un primo tercero.

Quit. Rosa,
 (Tomando de la mano á su niña.)
 Vamos de aqui, vamos, antes
 Que me arrebathe la cólera.
 (Vase con la niña.)
 Cenon. Tú tambien por gobernar
 (A doña Macaria.)
 Casas ajenas...
 Mac. Tío Roñas,
 ¿Y á qué has venido tú aqui?
 Cenon. ¡ Eh! Yo...
 Mac. A llenar la bartola
 Con esos dos zangandungos.
 Maur. ¡ Zangandungos!
 Cenon. Está chocha.
 Mac. ¡ Oiga el muy...!
 Cenon. Coje esos bártulos,
 Lucas.
 Tib. Venga mi zambomba.
 Ant. (¿No acabarán?)
 Mac. Vamos, hija.
 Pet. ¡ Pelones!
 Mac. Vamos, Ambrosia.
 Maur. ¡ Canalla!
 (Todos á un tiempo al salir.)
 Mac. ¡ Tramposos!
 Tib. ¡ Bruja!
 (Tocando la zambomba.)
 Mac. ¡ Peleles!
 Amb. ¡ Bruto!
 Lucas. ¡ Facciosa!
 (Siguen dentro voceando.)
 Ant. ¡ Qué maldita parentela!
 Aun se oye la jergonza. —
 Si me caso, de la inclusa
 Tengo de sacar la novia.

ELLA ES ÉL,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 15 DE FEBRERO DE 1838.



PERSONAS.

CAMILA.
RITA.
DON ALEJO.DON MARCELO.
BRUNO.

La escena pasa en Valencia, en casa de don Alejo. Sala con puerta á la derecha del actor, otra en el foro y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, RITA.

*(Rita aparece ocupada en alguna labor de su sexo. Llega Camila, se sienta y toma tambien algo de costura.)*Cam. ¡Eh! Ya he dejado la pluma.
Ahora la aguja.Rita. ¡Qué afán!
Vida llevas de azacan.Cam. ¡Qué quieres! Mi pobre Alejo
Es un bendito de Dios.
Yo trabajo por los dos...Rita. ¡Qué corazón de calandria!
¡Qué pobre hombre! Vale mas
No casarse una jamás
Que casarse con tal mandria.Cam. Tú que eres de mi marido,
Rita, tan severo juez...
Hablemos claros; tal vez
No le hubieras escupido.
Mas de tu fallo importunoNo me admiro. Es natural
Que de todos hable mal
La que no tiene ninguno.Rita. ¿Ya te picas?... ¡Qué bobada!
Yo te hablo de esa manera,
Camila, porque quisiera
Verte mejor empleada.Cam. ¿Crees tú en hombres perfectos?
No lo es mi consorte; no,
Pero tiene prendas...Rita. Yo
Solo he visto sus defectos.Cam. ¡Con tales ojos le ves!
Tu juicio es aventurado,
Que al cabo no le has tratado
Mas que dos dias ó tres.Rita. Ese tiempo hace que habito
En tu amable compañía,
Mas ya la fama decia
Que tu esposo es... un bendito.
¡Qué simpleza! ¡Qué desidia!
¡Qué poquedad!... claman todas.
¡Pobre moza! ¡Tristes bodas!Cam. Y eso... ¿es caridad..., ó envidia?
Rita. ¡Camila!Cam. Error puede haber
En juzgar por la apariencia.Rita. Pues, hija, toda Valencia...
Cam. Valencia no es su mujer.Falta de mundo y de trato
Tal vez le han hecho indolente;
Tal vez por ser complaciente
Le acusan de mentecato.Tiene sobrado caudal
Y poquísima ambicion:
Descuidó su educacion
Ciego afecto paternal;
Y así, Rita, á dulces ocios
Mas que á brillar inclinado,
Y algo flojo y desmañado,
No se cuida de negocios.
Su dulzura, no lo niego,
Tal vez raya en timidez;
Mármol parece tal vez,
¡Y es su corazón de fuego!
No carece de valor,
Mas le falta atrevimiento:
No le falta entendimiento,
Pero le sobra candor.
Digna es en fin de la mia
Su alma amorosa y sin hiel,
Y si algo malo hay en él,
Es ser bueno en demasía.Rita. Confíesame que si pones
En el cielo á tu marido
Solo es porque ha consentido
Que lleves tú los calzones.Cam. Lo que otras envidiarán
Yo como carga lo tomo
Por ahorrar un mayordomo
Que á mis hijos robe el pan;
Y administradora fiel
Cual tierna consorte soy,
Que un sólo paso no doy
Sin consultarlo con él.Rita. ¡No tiene mala prebenda!
Tú trabajas, y el muy zote...Cam. Ya que me casé sin dote
Conservar debo su hacienda.Rita. Si es tan débil criatura,
Cambiad de una vez los frenos,
Y que él se encargue á lo menos
Del planchado y la costura.Cam. Rita, la lengua deten.
El que á mi esposo deprima...Rita. Esto es una chanza, prima,
Y lo digo por tu bien.
¡Te llama cara mitad!
Y miente; que tú eres él,
Y eres tú. Ese hombre de miel
¿Qué hace?Cam. Mi felicidad.
Rita. Y eso... ¿quién te lo asegura?
¿Y si esa condescendencia
Naciese de indiferencia,Camila, y no de ternura?
¿Se despoja así un marido
De la autoridad suprema?
Quizá sea estratagema
Lo que parece descuido.Cam. ¡No!
Rita. Tal vez, mientras el opio
De esa blandura estudiada
Te adormece confiada
Y fascina tu amor propio...Cam. ¡Qué ruin cavilosidad!
Rita. Te teme mas que te ama,
Y sacrifica su fama
A la dulce libertad.Cam. ¡Qué lengüecita de perla!
¡Calla! Me haces padecer...
Rita. Quien descuida á su mujer...
No está lejos de venderla.
¿Quién sabe si ya se cansa
De tí, y á lo somormujo...
Con ese aire de cartujo...?
¡Guárdate del agua mansa!Cam. ¡Oh!
Rita. Quizá cuando sin pena
Su cetro á tus manos pasa
Cuidados no tiene en casa.
Porque los tiene en la ajena.Cam. ¡Oh cielo! ¡Pagar así
Mi tierna solicitud...!
¡Ah! No. Tanta ingratitud
No cabe, bien mio, en tí.Rita. ¡Ah, que amor constante y fiel
Ogaño ya no se estila!
¿No quisiste tú, Camila,
A otro amante antes que á él?Cam. ¿Otro amante? Sí... Marcelo.
Le hablé dos dias ó tres;
Se fue á la guerra, y después
No le he vuelto á ver el pelo.Entonces era tan tierna
Mi edad, tan sujeta á engaños...
¿Qué mujer á los quince años
Siente una pasión eterna?Una niña ya sabrás
Que suele poner su amor
En el que baila mejor
O en el que la adula mas.Amor del primer abril,
Muchos autores lo han dicho,
Mas que amor es un capricho,
Es un antojo pueril.Buscando á ciegas el bien
El corazón nos exhorta
A querer; y poco importa
Cómo, hasta cuando, y á quién.
Cuando se fue á Calahorra
Don Marcelo, ¿quién dirías
Que á los tres ó cuatro dias

Me consoló? Una cotorra.

Rita. Morir juraste ó jamás
Ser de otro dueño; ¡y cruel
Te has casado! ¡Y no con él!

Cam. ¡Y no me he muerto! Ahí verás.
Él no me escribió...

Rita. Ya ves;
La guerra... Y un año entero
En Estella prisionero...
Pero te escribió después.

Cam. Ya era tarde. Como un sueño
Se había ya su memoria
Desvanecido, y mi gloria
Se cifraba en otro dueño.

Rita. ¡Plantar á tan fino amante!
¡Qué inconstancia! ¡Qué deslíz!
Él te hiciera mas feliz
Que ese hombre insignificante.

Cam. ¿Mas feliz que soy ahora?
¡Imposible! ¿Y qué sé yo
Si el otro se acuerda ó no...?

Rita. Prima, yo sé que te adora.

Cam. ¿Quién te ha dicho...?

Rita. Está en Valencia.

Cam. ¿De veras?

Rita. Haciendo alarde
De su constancia ayer tarde
Llegó con la diligencia.

Cam. ¿Tú le has visto?

Rita. A fe de Rita,
Cuando de misa salí.

¡Me ha hablado tanto de ti!...
Vendrá á hacerte una visita.

Cam. ¡A mí una visita! ¿Y cuándo?...

Rita. Hoy mismo. — Chica, ya tiene
Dos charreteras y viene

Con la cruz de san Fernando!

En la fonda nueva se halla. —

Recíbele, que harta pena...

Cam. Como amigo, enhorabuena;

Pero...

Rita. ¡Tu marido! Calla.

(Se levantan.)

ESCENA II.

CAMILA, RITA, DON ALEJO.

(Llega don Alejo con caña y demás avíos
de pescar, y al entrar los entrega á
Bruno, que se retira con ellos.)

Alejo. ¡Bruno!

(Llamando.)

¡Camila adorada! —

Lleva ese matalotaje

Allá dentro, y ten cuidado
Con los gatos, no se traguen
Un anzuelo. — ¡Prenda mía!
Perdona si vengo tarde.
Y dame un abrazo.

(Abraza á Camila.)

¡Hermosa!

Cam. Excusado es preguntarte
Qué has pescado, porque siempre
Vacío el cenacho traes.

Rita. O cuando mas una rana...

Alejo. Decís bien. No me da el naipe

Para la pesca; ni creo

Que la fortuna me llame

A prosperar por el agua.

Bien que... ¡por ninguna parte!

Es fatalidad. No emprendo

Cosa que no se desgracie.

Para mí es arco de iglesia

Lo que para otros muy fácil,

Y el día en que no cometo

Diez torpezas garrafales

No quepo en mí; me figuro

Que he puesto una pica en Flandes.

Solo en la elección de esposa

Fuí feliz; que eres un ángel,

Camila...; y aun eso fué

Porque te eligió mi padre.

Yo estaba muerto por tí,

Mas no osaba declararme,

Y si él no pide tu mano

Hago, de fe, un disparate.

¡Hola! Y gracias que soy rico,

Que si hubiera de ganarme

El sustento con mi industria...

Ya sabe Dios lo que se hace.

Cam. Entonces te hubieran dado

Otra educacion...

Alejo. ¡Qué diantre!...

¡Si no sirvo para nada!...

Rita. Bueno es que tú lo declares.

Alejo. Es que por ser lego en todo

No sé ni aun mentir. No obstante,

Si ahora me quejo es de vicio,

Porque hoy he echado un buen lance.

Cam. ¿De veras?

Alejo. Sí.

Cam. ¿Qué has pescado?

Alejo. Una anguila como un cable.

Cam. ¡Una anguila! ¿Y no lo anuncias

Con trompetas y timbales?

¡Qué alegría! Justamente

No hay pez que tanto me agrade.

Voy á que Juana la guise

Con la salsa que ella sabe.

Alejo. No vayas. El caso es que...

Perdona...

Cam. ¿Qué?

Alejo. No te enfades,

El caso es que... no la traigo.

Llegó un pobre vergonzante

A pedirme una limosna,

Y para aplacar su hambre

Se la di.

Cam. ¡Válgame Dios!

Alejo. ¡Qué quieres! Por no arriesgarme

A malgastar el dinero,

Y porque no me lo estafen

Mis amigos, hace dias

Que no llevo ni dos reales

En el bolsillo.

Cam. Haces mal.

Una vez que eres tan frágil,

Lleva poco, mas no vuelvo

A consentir que te marches

Sin nada; que hay ocasiones

En que no se excusa nadie

De tirar un peso duro,

Y yo no quiero que pases

Por mezquino.

Rita. Con decir:

Mi mujer tiene la llave...

Cam. ¿Por qué no diste las señas

De casa á aquel miserable?

Le hubiéramos socorrido,

Que nadie de mis umbrales

Se aparta desconsolado;

Pero eso de regalarle

La anguila sin mas ni mas...

¿No es una lástima?

Alejo. ¡Y grande!

¡Si supieras qué trabajo

Me costó el sacarla al aire!

Tira de este lado, aprieta

Del otro, y dale que dale...

Sudando estoy todavía...

¿Y el pañuelo? ¡Virgen madre...!

(Buscando el pañuelo en los bolsillos.)

¡Lo perdí! ¡Me lo han birlado!

Vamos; soy un baddlaque.

¿Quién habrá sido...?

Cam. Tal vez

El mismo á quien regalaste

La anguila.

Alejo. ¡Fatalidad!

¡Y nueve-to! ¡Flamante!

Cam. Dos van en esta semana.

Alejo. Con efecto; ¡y es hoy martes!

Cam. Vaya; sacaremos otro.

Rita. Bueno será que se lo aies

Al ojal de la levita.

Alejo. No. Yo tendré en adelante

Mas cuidado. ¡Hay tanto pillo!

¡Infeliz del que yo atrape!

Del primer palo...

Cam. ¡Cuidado

No te suceda el percance

Del otro...!

Alejo. ¿Cómo...?

Cam. Oye un cuento

Que refería mi padre.

Érase un pobre demonio

Que un dia..., tambien fué martes,

Salió á comprar en la plaza

No sé si pescado ó carne.

Como siempre en el mercado

Hay bulla y sobran truanes,

Sacáronle del bolsillo

Del pantalon, ó del fraque,

El dinero que llevaba,

Que eran diez ó doce reales.

Volvióse sin el recado,

Contó á su mujer el lance,

Pidióla otra vez dinero,

Y sacando del estante

El sable de su cuñado,

Sargento de provinciales,

La dijo: « A la plaza vuelvo.

Veremos si otro tunante

Me viene á robar ahora.

Diez minutos no cabales

Tardó en volver. La consorte

Le pregunta: « Vaya; ¿traes

La compra? — ¿No he de traerla?

Responde mi hombre muy jaque.

Figúrate... » Aquí es preciso

Imitar sus ademanes.

« Figúrate que el dinero,

Que me abutaba bastante...,

Era un cartucho de cuartos:

Lo llevaba casi casi

Fuera del bolso derecho

Del pantalon, y á esta parte

Entre el brazo y la tetilla

Mi serrucho formidable.

Iba así... de media anqueta,

Como quien mira á levanté,

Mas con el rabo del ojo

Observaba la otra márgen.

Llego pues; compro mi avio,

Y con el mismo talante

Vuelvo á casa, deseando,

Así san Pedro me salve,

Que al bolsillo tentador

Se atreviese algun pillastre,

Porque entonces ¡no hay recurso!

Le abro en canal...

(Figura tirar del sable.)

¡Voto á Sanes!

No me han quitado el dinero...

Pero ¡me han quitado el sable! »

ESCENA III.

CAMILA, RITA, DON ALEJO, BRUNO.

Bruno. Ahí está el procurador
Don Bonifacio Pelaez,
Que viene á tratar del pleito...

Alejo. Sí; será aquel que entablaste
(*A Camila.*)

Sobre el melonar de Alcira...
A mí no tienes que darme

(*A Bruno.*)

Tales recados: ¿entiendes?

Mas ya veo que no sabes,
Como ha poco que nos sirves,
Que esos negocios atañen
A mi esposa.

Bruno. Yo creía,
Salvo superior dictamen,
Que el hombre, y no la mujer,
Era aquí y en todas partes
El jefe, el rey de su casa.

Alejo. Sí; pero yo días hace
Que abdiqué. Tenlo entendido.

Cam. Di al procurador que pase
Al despacho y que me espere
Un poco. Voy al instante.

ESCENA IV.

CAMILA, RITA, DON ALEJO.

Cam. ¿Vas tú á salir?

Alejo. Sí, querida;
A no ser que tú me mandes
Otra cosa.

Cam. ¿Adónde piensas
Ir?

Alejo. Al café: ya se sabe.
Allí me estoy como un santo
Jugando á las damas gratis,
O leyendo la *Gaceta*,
Hasta las tres de la tarde.

Cam. Hoy es el último día
Para elegir concejales.
Ya olvidabas...

Alejo. Como yo
No pretendo ser alcalde...

Cam. ¿Y qué importa? Es tu deber
Procurar en cuanto alcances
Que caigan en buenas manos
Los cargos municipales.
¿Qué! ¿serás indiferente,
Como tantos holgazanes,

Al mas precioso derecho...?

Alejo. Bien: yo votaré. Si; antes
De ir al café...

Cam. ¡Cuidadito!
No hay que alterar en un ápice
La lista de candidatas

Que te dió don Pedro Sanchez.

Alejo. Bien: yo estaré sobre aviso
Para que otro no me engañe;

Mas si por una de tantas
Funestas casualidades

Lo echase á perder... Yo siento
Que no puedas tú encargarte

De esa comision.

Cam. ¡Calla, hombre!

No sé cómo no te caes
Muerto de vergüenza... Vamos,
Anda á vestirte; no tardes.

ESCENA V.

RITA, DON ALEJO.

Rita. Oye una palabra, Alejo.

Alejo. Vamos; ¿qué quieres?

Rita. Hablando

Con franqueza, eres muy blando
Y quiero darte un consejo.

Lo que dentro de aquí pasa
Tiene eco fuera de aquí.

Todos se burlan de ti
Porque eres cero en tu casa.

Alejo. La respuesta que yo doy
Al zumbar de tanto tábano

Es que á nadie importa un rábano
Si soy cero ó no lo soy.

Rita. Malos principios son esos:
Digolo porque te estimo.

No seas tan calvo, primo,
Que se te vean los sesos.

Bien que el popular murmullo
Culpa menos en verdad

Del marido la bonadad
Que de la esposa el orgullo,

Malo es que una y otra lengua
Formen juicios temerarios

Y hagan de tí calendarios
Que al fin redan en tu mengua;

Tanto que al ver tu aparejo
De pescar dicen por vicio:

Hace bien, que ese es oficio
De... ¡Ya me entiendes, Alejo!

Alejo. Pero, señor, si es honrada,
Si es discreta mi mujer,

¿Por qué quitarme el placer
De quererla y no hacer nada?

¿Que logro yo si reclamo
Un mando que me molesta?

Ningun trabajo me cuesta
Obedecer á quien amo.

El mandar me toca; si;
Pero, si yo no me amaño,

¿He de llamar á un extraño
Para que mande por mí?

Dios me hizo así... no sé cómo,
Y pues quiso darme en ella.

A un tiempo consorte bella
Y excelente mayordomo,

Quiero que mande sin tasa
Y de éstirras me rio;

Que haga su gusto y el mio...
Y todo se queda en casa.

Rita. Pero verte esclavizado
Como un ilota á sus piés...

Alejo. No tal. Su gobierno es...
Un despotismo ilustrado.

Rita. Ese dulce despotismo
Pudiera serte fatal,

Que tal vez bajo un rosal
Se oculta, Alejo, un abismo.

A nosotras...; es verdad
Que puedes, primo, creer,

Pues lo dice una mujer, —
Nos daña la libertad.

Y la que hoy se muestra ufana
De gozarla tan entera,

¡Pobre Alejo! bien pudiera
Abusar de ella mañana.

El amor propio es muy necio.
Creerá, si se juzga bella

Y no tienes zelos de ella,
Que la miras con desprecio.

Camila es muy buena esposa,
Mas como de esas se han visto...

En fin, el diablo anda listo
Y la venganza es sabrosa.

Alejo. Calla, calla. Eso es demencia.
¡Ella hacer tal felonía!

Rita. ¡Guarda, no seas un día
La fábula de Valencia!

Alejo. ¡Ah! no lo sería, no.
Si hiciera tal desvario...

Rita. ¿La mataras?
Alejo. No. ¡Bien mio!

Pero moriría yo.
No hay amor sin confianza,

Mas no hay vida sin honor.
Matariame el dolor

Antes que á ella mi venganza.
Rita. Bueno es prevenir el mal

Antes que se venga encima.
Si ella no fuese mi prima

Diría...
Alejo. Mientes. No hay tal.

Rita. ¡Hombre, mientras no me ex-
plico...!

No falta ya quien la ronde,
Y aunque ella no corresponde
Todavía...

Alejo. ¡Cierra el pico!

Rita. ¡Cómo! ¿No te causa susto
Que otro hombre á amarla se atreva?

Alejo. Antes me alegro. Eso prueba
Que yo he tenido buen gusto.

Rita. Mas si ella por un capricho...
Alejo. Basta. No seas mordaz.

Tengamos la fiesta en paz.
Rita. Pero...

Alejo. Que calles he dicho.
¿Tú tambien aquí pretendes

Regentar? Marido tierno,
Cedo á Camila el gobierno:

Pero ¡á ella sola! ¿Lo entiendes?
Rita. No te irrites. Sabe Dios...

Alejo. ¡Anda, que eres mala prima!
Rita. El bien de los dos me anima...

Alejo. Muchas gracias por los dos.
Rita. ¿No me oyes? Pues te sentencio...

Alejo. Lo que tú no has de comer
Déjalo, Rita, cocer.

Rita. Yo...

Alejo. ¡Dale!... ¡Dale!... ¡Silencio!
(*Atzando la voz.*)

Vive Dios que ya me canso...
Sepa la prima atrevida

Que yo no consiento brida
Aunque parezca tan manso.

Y pues con tanto despejo
Me aconsejó, nada bien,

A la tal prima tambien
Quiero yo dar un consejo.

Cuando en casa ajena se halle,
Sepa agradecer el pan

Y el albergue que le dan,
Y oiga, y vea, y coma, y calle.

ESCENA VI.

RITA.

¡Necio, de oirme te enojas
Cuando te quiero salvar!

Eso se llama tomar
El rábano por las hojas.

Mas ya que eres tan jumento
Que no entiendes la razon,

Yo he de darte una leccion
Que te sirva de escarmiento.

Y esa prima del demonio,

Esa fatua, presumida...
¡Qué ufana está, qué engreida
Con su feliz matrimonio!
Diez y siete años tenía
Al casarse... ¡mal pecado!...
Y yo á los treinta he llegado
¡Sin pisar la vicaría!

ESCENA VII.

RITA, BRUNO, DON MARCELO.

Bruno. Don Marcelo...

(Anunciando.)

Rita. ¡Ab! Qué entre, que entre.

Bruno. Entre el señor militar.

(Entra don Marcelo.)

Rita. Pasa el recado á mi prima.

(Se va Bruno.)

Marc. Acaso es temeridad
El entrar yo en esta casa;
Que para siempre jamás
Debiera huir de esa pérdida...
Mas una mano fatal
Me arrastra... Sí; verla quiero
Y maldecir...

Rita. ¡Satanás!
¡Que está el marido...!

Marc. Que esté.
No le vengo á disputar
Su conquista. Mas la ingrata
Mis justas quejas oira.

Rita. ¡Prudencia! ¿Quién sabe...?
Acaso...

Marc. ¿Qué escucho! ¿Podré esperar...?
Rita. Tal vez... El primer amor

No suele borrarse tan...
Nada de quejas. El tiempo...

Marc. Pero ese feliz rival,
Ese marido...

Rita. Es un sandio;
Marido de mazapan.

Marc. ¿Cómo...?

Rita. Aquí ejerce mi prima
La suprema autoridad.

Marc. ¿Cierto?

Rita. ¡Que viene! Hable usted
Como amigo y nada mas.

ESCENA VIII.

CAMILA, RITA, DON MARCELO.

Cam. Bien venido, don Marcelo.

Marc. Señora... (¡Qué hermosa está!)

Cam. Doy á usted la enhorabuena

Por su ascenso.

Marc. Esa bondad

Agradezco mucho; pero...

Cam. ¿No se quiere usted sentar?

Marc. Gracias.

Rita. Hasta luego...

Cam. Aguarda...

(En voz baja.)

Yo me voy si tú te vas. —

¿Y viene usted á Valencia

(A don Marcelo.)

De asiento?

Marc. (¡Qué frialdad!)

Creo que sí. Yo tambien

Debo á usted felicitar

Por su casamiento.

Cam. Estimo

La atención. Es natural

Que tan buen amigo tome

Parte en mi felicidad.

Marc. (¡Y me insulta!) ¿Tan dichosa

Es usted?

Cam. Hasta no mas.

Marc. Ya se ve; cuando se lleva

Contenta el alma al altar

Y no perturba ningun

Remordimiento su paz...

Rita. ¡Por Dios...!

(A don Marcelo en voz baja.)

Cam. No comprendo á usted.

Marc. Esa es ya mucha crueldad.

¿Olvida usted...?

Cam. Don Marcelo,

No me quiera usted obligar

A un desaire. Cualesquiera

Que fuesen cuatro años ha

Nuestras relaciones, lazos

Que debe usted respetar

Me impiden oír sus quejas,

Que son inútiles ya.

Marc. Si usted perdió la memoria

Cambiano la voluntad,

La mia es fiel por desgracia

Como mi pasión fatal.

Pero usted por su alma juzga

El alma de los demás,

Y falsa...

Cam. Ni juzgo á nadie,

Ni nadie me ha de juzgar

ESCENA XI.

DON ALEJO, DON MARCELO.

Alejo. Caballero...

¡ Marc. Señor mío...

Alejo. Si usted no lo toma á mal

Quisiera saber á quién

Tengo la honra de hablar.

Marc. Mi nombre es Marcelo Estrada;

Soy...

Alejo. Ya veo: capitan

De infanteria.

Marc. Conozco

Desde su mas tierna edad

A su señora de usted...

Alejo. ¡Ah! Bien. Usted me tendrá

Por su servidor y amigo...

Marc. La he venido á visitar

Y á darle mi parabien

Por su coyunda nupcial.

Alejo. Yo soy el favorecido...

Marc. Si no fuera necedad

Dar crédito á las hablillas

Del público lenguaraz;

Dijera yo como todos

Que el buen don Alejo Prats

Ha sido entre los amantes

De tan perfecta beldad

El que merecia menos

Y el que ha conseguido mas.

Alejo. Dios se lo pague á Camila

Que gracia tan especial

Me dispensó. Sin embargo,

Puesto que dice el refran:

De gustos no hay nada escrito,

Y que yo ningun puñal

Puse á su pecho, pudiera

Responder sin vanidad

Que valia mas que todos

Los candidatos quizá,

Pues sentencié en mi favor

Competente tribunal.

Marc. ¿Usted sabe con quién habla?

Alejo. ¿No me lo ha dicho usted ya?

Marc. ¿Y que tengo malas pulgas

Y no me deajo sobar

De nadie?

Alejo. Y eso ¿á qué viene?

Yo hablaba aquí en sana paz...

Marc. No hay paz. Yo amaba á Camila.

Sépallo usted...

Alejo. ¡Voto á san!...

(Sonriéndose.)

¿Usted la amaba? Lo siento,

Pero usted ve que ya no hay

Remedio... Ya es á casada...

Sino ni marido. Beso
A usted la mano.

ESCENA IX.

RITA, DON MARCELO.

Marc. ¿Qué tal?

¿Se trata á un negro peor?

¡Y no poderme vengar!

¡Y ella...! Estoy desesperado.

Rita. No ha sido usted tan sagaz

Como debía. De buenas

A primeras ¡allá va!

Marc. ¿Cómo reprimir el labio

Cuando el pecho es un volcan?

Rita. No pierda usted la esperanza.

El leon se amansará.

Marc. Antes moriré de celos.

Rita. No dejarme á mi marchar,

Evitar explicaciones,

Huir en fin...

Marc. ¡Desleal!

Rita. Ella se teme á sí misma,

Y si usted muda de plan...

Marc. ¿Qué plan...? Me ciega la cólera,

Y ahora me siento incapaz

De oír consejos...

Rita. Se acerca

(Mirando adentro.)

El marido. ¡Por piedad...!

Marc. No tema usted. Él no tiene

La culpa...

ESCENA X.

RITA, DON MARCELO, DON ALEJO.

Marc. ¡Hola! ¡Es muy galan!

Alejo. ¡Bien! ¡Mano á mano mi prima

Con un bizarro oficial!

¡Si la sacase de penas...

Y de mi casa!

Rita. Ya están

Frente á frente. Tal vez

Camorra... Esto marchará.)

Yo me figuré al entrar
Que era su dama de usted
La prima; y si le es igual...
Marc. ¡Qué insulto! ¡A mí! ¡Vive Dios...!
Pero no es este el lugar
Conveniente... Nos veremos.

ESCENA XII.

ALEJO.

¿Está dado á Barrabás
Ese hombre? Segun las trazas,
Me quiere desañar.
¿Es delito el ser marido?
¡Buena está la sociedad!
No basta el amor; no basta
La bendiccion del altar,
Ni constar como casado
En el padron vecinal.
No, señor, no; que, amen de eso,
Tiene uno que conquistar
A estocadas la pacífica
Posesion de su mitad.

ESCENA XIII.

DON ALEJO, CAMILA.

Cam. ¿No has salido todavía?
Alejo. (No la diré lo que pasa.)

Camila...

Cam. Fuera de casa
Ya ha tiempo te suponía.
(¡ Maldito procurador!...
Se habrán visto...)

Alejo. Aún no he salido.
Cam. Como te vi ya vestido
Salir por el corredor...

Alejo. La hija de mis entrañas
Me vino á pedir un beso,
Y el paternal embeleso
Me entretuvo. ¡Qué! ¿lo extrañas?

Cam. ¡Ah! No.

Alejo. Al marcharme después
Oigo hablar; entro... Era Rita
Que estaba aquí con visita.

Cam. Si. Vas á saber quién es...

¿Habeis hablado los dos?

Alejo. Muy poco. Yo no averiguo...

Dijo que era amigo antiguo...

¿Qué sé yo...? Vaya con Dios.

Cam. La verdad clara y sencilla

De mi boca has de saber;
Lo exige así mi deber. —
Cuando era yo una chiquilla...
Alejo. ¿Vas á decir que te quiso,
Y tú tambien le quisiste,
Y se fué, y *laus tibi, Christe...*?
¡Bien! Dios le dé el paraíso.

Cam. Lo que yo por él sentí
Al iniciarme en el mundo.
No fué amor tierno y profundo,
Como el que te tengo á ti;
Fué capricho fugitivo...

Alejo. Si al cabo yo he sido el rey,
¿Qué me importa? En buena ley
No hay efecto retroactivo.

Cam. Bobadas de mi niñez
O-ó recordarme necio;
Mi respuesta fué el desprecio,
Y no volverá otra vez.

Alejo. Bien hará si es importuno;
Mas te juro por los cielos
Que yo de él no tengo celos,
Camila, ni de ninguno.

Cam. Yo te juro...

Alejo. Cierra el labio.

Sé que eres fiel y sincera.
Si tus disculpas oyera
Creería hacerte un agravio.

Cam. Jamás...

Alejo. ¡Basta! ¿Siempre vos
Habeis de mandar, señora?
¡Silencio! Yo mando ahora.
Venga un abrazo, y ¡adios!

ESCENA XIV.

CAMILA.

¿Qué índole tan hermosa!
Si el mas leve pensamiento
Contra su honor y su dicha
Osara abrigar mi pecho,
La mas infame mujer
Sería del universo.
¡Cuán diversos caracteres
El suyo y el de Marcelo!
¡Venir ahora ese loco
A acibarar mi contento!...
Niñadas sin consecuencia
No le dan ningun derecho
Para atreverse... ¿Qué traes?

ESCENA XV.

CAMILA, BRUNO.

Bruno. Traigo esta esquelita; pero
(Con una esuela en la mano.)

No sé qué he de hacer con ella.
Dice el sobre: « A don Alejo, »
Y que se la dé en su mano
Me ha encargado el mensajero.
Él no está en casa, y usted
Es el alma de su cuerpo.
El sobre por una parte;
Usted por otra... Me veo
Confuso y comprometido
Como burro entre dos piensos.

Cam. Pelmazo, dame esa esuela.

Bruno. En obedecer no yerro.

Tome usted.

Cam. ¿Quién la ha traído?

(Tomándola.)

Bruno. Un militar.

Cam. (¡Ah! Sospecho...)

Bien está. Vete.

ESCENA XVI.

CAMILA.

Veamos...

(Abriendo la esuela.)

Don Marcelo firma... Tiemblo...

(Lee para sí.)

Bien mi corazón temía...
¡Hombre temerario!... ¡Un duelo!
¡Y no ha empuñado jamás
Una arma mi pobre Alejo!
Dicha ha sido que en mis manos
Caiga este papel funesto,
Y no en las tuyas, que al fin
Me adora y es caballero,
Y por su amor y su honra
Matar se dejara. ¡Oh cielo!...
Mas ocultarle esta carta
¿De qué servirá si luego...?
¡Desventurada! ¿Qué haré...?

ESCENA XVII.

CAMILA, RITA.

Rita. ¿Aquí solita? ¿Qué es eso?
¿Cómo estás tan agitada?

Cam. (¡ Dios mío, inspiradme!)

Rita. ¿ Puedo
Saber...?

Cam. No es nada...

Rita. ¿ Es acaso

Ese papel el objeto

De tu inquietud?

Cam. No... (¡ Qué idea!)

Te aseguro...

(Toca la campanilla.)

Rita. (Aquí hay misterio.)

ESCENA XVIII.

CAMILA, RITA, BRUNO.

Cam. ¿Sabes dónde está la fonda
(A Bruno aparte saliéndole al encuentro.)

Nueva?

Rita. (¿ No digo? Secretos...)

Bruno. Dos pasos de aquí.

Cam. Pues corre.

Pregunta por don Marcelo

Estrada...

Rita. (¿ Qué será?)

Cam. Y dile

Que se llegue aquí al momento;

Que tu amo se lo suplica.

Bruno. El amo es usted: entiendo.

Cam. ¡No, torpe! Tú has de decirle

Que le llama don Alejo

Prats. No me nombres á mí

Para nada.

Bruno. Ya.

Cam. ¡Y silencio!

Nadie ha de saber en casa...

Bruno. ¿Ni el amo?

Cam. Tampoco.

Bruno. Bueno.

ESCENA XIX.

CAMILA, RITA. ®

Rita. ¿De cuándo acá esas reservas
Conmigo que me intereso
Tanto por tí?

Cam. No lo dudo.

Rita. ¿Has perdido acaso el pleito?

O ¿qué accidente imprevisto...?

Cam. No es ningun negocio serio...

Rita. Si no te fias de mí...

Cam. Ya lo sabrás con el tiempo.

ESCENA XX.

RITA.

Si, si; aquí hay gato encerrado;
Mas me devano los sesos
Y en un ciego laberinto
De conjeturas me pierdo.
¿Si será del capitán
La carta? ¿Qué! No lo creo...
¿Qué le habrá dicho mi prima
Al criado, que corriendo
Salió...? Si; sonó la puerta...
¿Adónde...? ¿Me desespero!
¿Adónde irá...? Yo daría
Una oreja por saberlo.
Estaré alerta, y si el hilo
Llego á cojer de este enredo...

ESCENA XXI.

RITA, BRUNO.

Bruno. Antes de veinte minutos
(Llega acelerado y se dirige á Rita, que
está de espaldas.)
Vendrá el señor don Marcelo.

Rita. ¡Hola! ¿Qué escucho?
(Volviendo la cabeza.)

Bruno. ¡No es ella!
Mal haya mi aturdimiento,
Por Dios, que no diga usted
A su prima... ¿Está allá dentro?

Rita. Sí.

Bruno. Voy á darle el recado.
¡Señorita, por san Pedro...!

Rita. No temas.

Bruno. ¡Sea yo chismoso
Sin comerlo ni beberlo!

ESCENA XXII.

RITA.

Una cita misteriosa...
¡Lindamente! ¿Esas tenemos?
¡Miren la mosquita muerta!
¡En público tanto ceño
Para maquinarse después
Semejante gatuperio!

ESCENA XXIII.

CAMILA, RITA.

Cam. (¿Cómo la echaré de aquí?)
Aun no hemos visto al enfermo
De arriba... Si de mi parte
Quisieras subir...

Rita. (Comprendo.)

Cam. Doña Paulita está sola,
Y es regular ofrecernos...

Rita. Bien; yo la haré compañía

Si quieres. (Disimulemos.)

Cam. Es amiga. Aunque te subas

La calceta...

Rita. Estoy en eso.

(¡Primita! ¡Primita! ¿Quieres

Quitar estorbos de en medio?

Yo te serviré.) Ya subo.

(Se colmaron mis deseos.)

ESCENA XXIV.

CAMILA.

¡Anda en mal hora, fisona
Insufrible! Mis proyectos
Ignora, y para cumplirlos
Conviene tenerla lejos. —
Bien. Ya sale. (Mirando adentro.)

El capitán
No puede tardar. Alejo
No volverá hasta la hora
De comer. A cualquier precio

(Toca la campanilla.)

Es necesario impedir
Que se verifique el duelo.

ESCENA XXV.

CAMILA, BRUNO.

Cam. Cuando venga el capitán
Le dirás que tome asiento
Y espere aquí.

Bruno. Bien, señora.

Cam. Y entra á avisarme ligero.

Bruno. Pero él vendrá preguntando
Por el señor don...

Cam. Mastuerzo,

Calla y ha z lo que te he dicho.

Bruno. Lo haré así; ni mas, ni menos.

ESCENA XXVI.

BRUNO.

Esto ya pica en historia;
Esto me huele á cortejo;
Pero ¿qué se me da á mí
Si otro ha de llevar los...? Siento
Abrir la puerta...

(Se acerca á la de la derecha.)

Aquí está. —

Adelante, caballero.

ESCENA XXVII.

BRUNO, DON MARCELO.

Marc. ¿Don Alejo...?

Bruno. Ruego á usted

Que espere... Voy en un vuelo...

Siéntese usted...

Marc. ¿No está tu amo?

Bruno. Si tal. (Ella es él. No miento.)

ESCENA XXVIII.

DON MARCELO.

¡Llamarme ese hombre á su casa
Cuando yo fuera le reto!
Vamos; querrá transigir.
El no es hombre á lo que veo
De armas tomar. Será inútil,
Porque estoy hecho un veneno.
O riñe y muere á mis manos,
O en el teatro, en paseo...
Donde le vea, le escupo
Y le... ¡Camila! ¿Qué es esto?

ESCENA XXIX.

CAMILA, DON MARCELO.

Marc. Sepa usted, señora mia,
Por si me quiere culpar,
Que aquí vengo á mi pesar.
Cierta asunto me traía...

Don Alejo...

Cam. Con él no;
Conmigo; y ahora, al punto,

Se ha de zanjar ese asunto.

La cita la he dado yo.

Marc. ¿Cómo! ¿Usted...?

Cam.

Yo recibí

La esuela de desafío.

El honor de Alejo es mio.

Aquí me tiene usted á mí.

Marc. ¿Es posible!...

Cam.

Si, señor.

Marc. ¿Usted lidiar...!

Cam.

Si; en su nombre.

Marc. Entre una bella y un hombre

Solo hay combates de amor.

Cam. No se entiende eso conmigo.

Marc. Venturoso yo si lucho

Con la deidad...

Cam.

¡Eh! No escucho

Lisonjas de mi enemigo.

Marc. ¿Qué extraño acceso de bilis

Le ha dado á usted? Pero veo

Que es chanza...

Cam.

No me chanceo.

Marc. ¡Vamos, ya entiendo el busilis!

Don Alejo se acocina,

Huye al riesgo las espaldas,

Y al sagrado de las faldas

Apela como un gallina.

Cam. Alejo no sabe nada:

Lo juro. Si así no fuera,

Antes mil veces muriera

Que ver su honra mancellada.

Mas yo tengo honra tambien,

Yo tambien tengo una vida,

Y dóila al hierro homicida

Por salvar la de mi bien.

¿Qué mucho? El me hace dichosa,

Y yo le quiero constante

Con el delirio de amante,

Con la ternura de esposa.

No lo tome usted á agravio

Recordando que tal vez

Oí grata en mi niñez

Alabanzas de ese labio;

Que las mujeres honradas

Quieren amar de solteras,

Mas quizá no aman de veras

Hasta después de casadas.

Ceda esa saña cruel,

O yo la reclamo toda;

Que si hubo culpa en mi boda,

Yo la cometí; no él.

Funda oficial veterano

En las armas su blason:

El, de blanda condicion,

Jamás las tomó en la mano.

Si porque usted no le afrente

Combate con tal maestro,

Morirá por menós diestro

Y no por menos valiente.
¡Y usted después muy ufano
Dirá: venci en la pendencia;
Robé un padre á la inocencia
Y á la patria un ciudadano!
Si con tales regocijos
Esa alma cruel se exalta,
¡Muera yo, que menos falta
Haré yo á mis pobres hijos!

Marc. ¡Oh Camila! ¡Oh dicha inmensa!...

Cam. Ea pues, luzca ese acero,
Y si es usted caballero...

Marc. ¡Contra una dama indefensa!

Cam. Armas tengo.

Marc. Yo no advierto
Cuáles...

Cam. Mi propia flaqueza,
Mi fe..., quizá mi belleza...

Y estas lágrimas que vierto.

Marc. Basta. El alma mas proterva
No osara...

Cam. Si aun no he triunfado,
Triunfaré. Tengo emboscado
Mi ejército de reserva.

Marc. ¿Cuál...?

Cam. ¡Mis hijos, mi consuelo!

¡Mi Alejito, mi Isabel!

¡Un niño como un clavel,
Y una niña como un cielo!

Marc. ¡Ah! ¡No mas!

(*Cayendo á los piés de Camila.*)
Cam. ¡Gracias á Dios!

Así quiero yo: ¡á mis piés! —
Ahora... diga usted: ¿quién es
Mas valiente de los dos?

Marc. Mi loca pasión, señora,
Me cegó. Siempre amaré
A Camila..., pero sé
Cuál es mi deber ahora. —
Hoy parto para Murviedro...

ESCENA XXX.

CAMILA, DON MARCELO, RITA,
DON ALEJO.

Alejo. ¿Qué veo! ¡Infamia!...

Rita. ¡Aquí está!

(*Entran apresurados.*)

Cam. ¡El rico-hombre de Alcalá

(*Riéndose.*)

A los piés del rey don Pedro!

Alejo. ¿Así respectas los lazos...?

Cam. ¿Qué mas quieres si le ves

Arrepentido á mis piés...?

Alejo. Pero...

Cam. ¿Y él me ve en tus brazos?

(*Abrazándole. — Don Marcelo se levanta.*)

Alejo. Mujer... yo... Mi confusion...

Mas si mereces mi gracia,
No el señor; y de su audacia

Me dará satisfacción.

Marc. Pasó mi loco arrebató.

Tanta virtud lo aniquila.

Angel celeste es Camila

Y yo he sido un insensato.

Mientras injusto y zeloso

Su esposo la perseguía,

Ella su sangre ofrecía

Por la sangre de su esposo.

Alejo. ¡Camila!

Cam. Toma, lee y calla.

(*Dándole la esquila. Don Alejo la lee*

para sí rápidamente.)

Rita. ¿Qué es esto?

Marc. Una dama vió

Temblar á quien no tembió

En los campos de batalla.

Yo parto, y al que en mi furia

Reté desmedido y ciego

Que me perdone le ruego

La no merecida injuria.

Amea usted satisfecho,

Pues jura que es inocente...

Y ni es cobarde ni miente

Quien lleva esta cruz al pecho.

ESCENA XXXI.

CAMILA, RITA, DON ALEJO.

Alejo. ¡Ah! Yo tambien á tus piés...

Cam. ¡Tonto! Ese no es tu lugar.

(*Deteniéndole.*)

Alejo. ¿Cómo has podido triunfar...?

Cam. Yo te lo diré después.

Alejo. Sentí en el honor cosquillas,

Y á poco la acción mas zafia... —

Tu maldita chismografía (A Rita.)

Me sacó de mis casillas.

Cam. Pues yo su soplo bendigo,

Porque redundá en mi gloria,

Y de mi noble victoria

Te ha llamado á ser testigo.

Alejo. ¡Oh, sí! — Te ruego, no obstante,

Por mi amor sumiso y tierno,

Que las riendas del gobierno

Me ties por un instante.

Cam. ¡Eh! Calla. ¿Acaso un marido
Necesita que le den...?

Alejo. Si tú no dices amen,
Nada haré.

Cam. Pues concedido.

Alejo. Gracias. Ahora bien, usando

De mis facultades... Toma

La puerta, Rita. No es broma.

Yo lo exijo; yo lo mando.

Rita. Muy bien. (La ira me abrasa.)

Con muchísimo placer...

Alejo. Es que ahora mismo ha de ser.

No mas chismes en mi casa!

Rita. Si, si; aunque pida por Dios

Limosna, me quiero ir...,
Porque no os puedo sufrir
A ninguno de los dos.

ESCENA ULTIMA.

CAMILA, DON ALEJO.

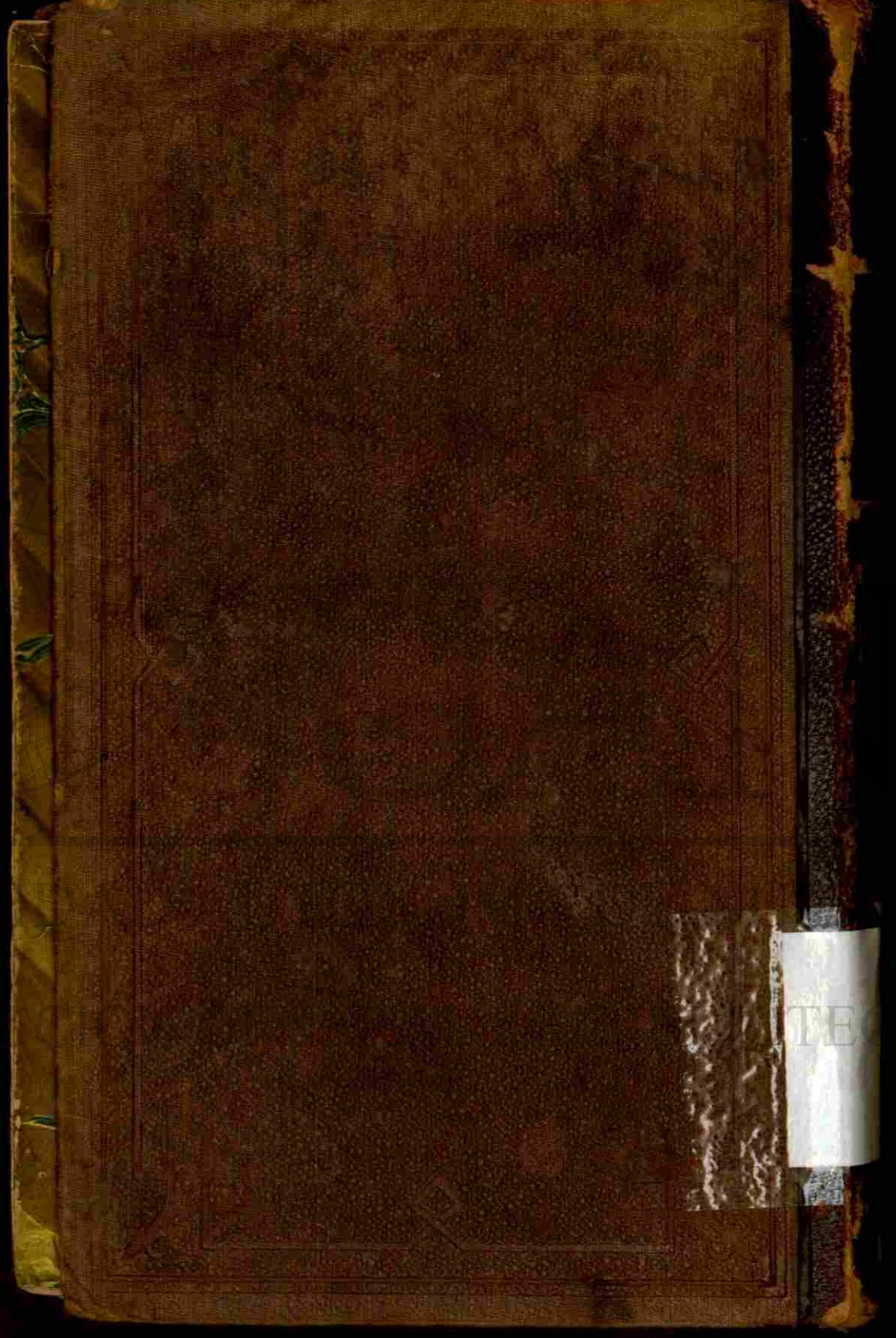
Cam. Lo creo: se irá sin pena,

Pues vana fué su perfidia,

Y es dogal para la envidia

Presenciar la dicha ajena.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



TEC